

ERINDALE COLLEGE



3 1761 02434457 4









OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA



OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA

PUBLICADAS  
POR LA  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA  
(NUEVA EDICION)  
OBRAS DRAMATICAS

TOMO XIII



MADRID  
IMPRENTA DE GALO SAEZ  
MESON DE PAÑOS, 8  
1930



## PRÓLOGO

Como las comedias de este tomo son de las más conocidas y estudiadas del autor, nos limitaremos a señalar las ediciones en que se conservan, ya que Hartzenbusch omitió en su edición toda noticia bibliográfica, que siempre es útil y aun necesario conocer para comprobar hechos o resolver dudas.

### I. Los milagros del desprecio.

Es una de las más famosas y más lindas comedias de Lope de Vega. La impresión más antigua de ella que ha llegado hasta nosotros parece ser la de la *Parte XXVII*, que suena impresa en Barcelona en 1633, pero que no es más que un tomo coleccionado en que un librero aprovechó un extenso fragmento de otra *Parte*, hoy no conocida, pero que pudiera ser de 1633, poco más o menos, añadiéndole varias comedias sueltas de la misma época y aun de la misma imprenta (1). El título que ostenta en dicha colección es éste: *De los*

---

(1) Tiene la siguiente portada: "*Las / comedias del / Fenix de España / Lope de Vega Carpio. / Parte veinte y siete. / Dirigidas al Doctor Ivan Perez / de Montalvan, natural de / la Villa de Madrid. / Año (escudo grande del halcón en el puño; el león al pie, echado, y la leyenda: POST TENEBRAS EPERO LUCEM) 1633. / Con [licencia]. [En] Barcelona... de...*". La vuelta, en blanco. En la segunda hoja hay una breve dedicatoria con la firma "*Amigo de v. m.*" y los títulos de las comedias, y a la vuelta, una *Aprobacion*, y *Licencia*, fechada en Zaragoza, a 4 de enero de 1633, que será la de la verdadera o primera edición de esta *Parte*, a la cual, aprovechando un gran fragmento de ella, se puso nueva portada, quizá en Za-

ragoza mismo: pero mucho después de 1633.

El tomo empieza con dos comedias sueltas y sigue el fragmento de otras seis, con foliación continuada del 21 al 146; luego, la comedia *El médico de su honra*, foliada 1 a 20 (que era la primera del verdadero tomo 27), y después, otras tres sueltas. En la Biblioteca Nacional apareció hace poco un fragmento de esta parte, comprensivo de las siete comedias que tienen foliación del 1 al 146. Este fragmento, aunque tenía el sello de la antigua Biblioteca Real, no había sido identificado hasta que, últimamente, el Sr. Ruiz Morcuende (véase el tomo X de esta colección de Lope, *Prólogo*), al tropezar con él en sus inteligentes indagaciones, nos dió amplia noticia de su contenido.

*milagros del desprecio. / Comedia / famosa / de Lope de Vega Carpio. / Representola. Avendaño.* Esta última circunstancia nos prueba que esta obra no es de la primera juventud de Lope, cosa ya de presumir viendo que no la menciona en ninguna de las dos ediciones de 1604 y 1618 de su *Peregrino*, en que dió listas de buen número de obras que hasta entonces llevaba escritas (2).

Después de esta edición, y sin duda por ella, pues tiene los mismos defectos, se reimprimó en 1658 en *Parte X* de la gran colección llamada de *Comedias escogidas*, donde lleva el título de *Los milagros del desprecio. / Comedia famosa. / De Lope de Vega Carpio*. No dice quién la representó, que era cosa vieja ya entonces.

En la Biblioteca Nacional de Munich, en un tomo coleccionado, hay una comedia suelta titulada *Diablos son las mujeres*, falsamente atribuida al Doctor Pérez de Montalbán y que no es más que la comedia de Lope con algunas, aunque pocas, alteraciones en el texto.

Después de estas ediciones conocemos sueltas antiguas, una de principios del siglo XVIII que tiene este encabezado: *Num. 36. / Los milagros del desprecio. / Comedia / famosa, / de Un ingenio desta corte*. Al final dice: "Con licencia. En Sevilla, por Francisco de Leefdael, / en la casa del Correo Viejo." Sin año; en 4.º y con 32 págs. numeradas. Como esta edición es de Sevilla, las palabras "Un ingenio desta corte" nos indican que hay una edición madrileña, sin autor, anterior a ella.

Otra edición del primer tercio del siglo XVIII es la titulada *Num. 73. Comedia famosa, / Los milagros / de el desprecio. / De Un ingenio de la Corte*. Al final dice: *Impresa en Valladolid En la Imprenta de Alonso del Riego, donde se hallará esta y otras de diferentes titulos*.

Más modernas todavía hay otras impresiones que no ofrecen interés, excepto la de autores españoles que D. Juan Eugenio Hartzenbusch hizo con mucho cuidado, corrigiendo los evidentes errores del texto, que fue el de la *Parte X* de *Escogidas*, según presumimos.

La fecha de la composición de esta hermosa comedia de carácter, y de un original carácter de mujer, puede concretarse bastante recordando que en el texto de ella se citan en dos lugares (págs. 4 y 22) como vivos a la infanta Isabel Clara Eugenia y su marido el archiduque Alberto, que falleció en Bru-

(2) Avendaño, que murió en 1634, no empezó a trabajar como director de compañías hasta después de 1618. Quizá por este tiempo se escribiera *Los milagros del desprecio* en suya

edad todavía a fines de 1624 hacia el entonces papel de D.ña Juana la obediencia Termino de Burgos.

selas el 13 de julio de 1621. Si la obra es posterior a 1618 y anterior a 1621 puede darse por seguro que pertenece a la madurez del entendimiento de Lope, como también lo demuestra el excelente contenido de ella.

Esta comedia fué traducida al alemán por Dohrn.

## II. Mirad a quién alabáis.

Publicó esta comedia el mismo Lope de Vega, en la *Parte XVI* de su propia colección, en 1621, dedicándola a la dama portuguesa doña María de Noñoña, mujer de D. Diego Jiménez de Vargas, a quien dedica, en este mismo tomo, *La inocente Laura* (3). Fué reimpresa treinta y dos años después en

(3) *Decima sexta / Parte de / las Comedias de / Lope de Vega Carpio, Prv- / rador Fiscal de la Camara Apostolica / Qvibusdam enim canovs / sic innatum est, vt non pro feritate, sed pro consuetu- / dine latrent. Seneca de Rem. Fort. / Año* (escudo del sagitario, con la leyenda) 1621. / *Con privilegio. / En Madrid. Por la viuda de Alonso / Martín / a costa de Alonso Perez Mercader de libros.*

4.º; seis hojas prels. y 284 foliadas; signaturas A-Nn, todas de a ocho hojas, menos la última, que tiene cuatro.

Portada; v., en blanco; hoja 2.º, títulos de las comedias:

El premio de la hermosura. Al Conde de Olivares (fol. 1).

Adonis y Venus (tragedia). Al Duque de Pastrana, D. Rodrigo de Silva (fol. 21, v.).

Los Prados de León. Al Duque de Huéscar, D. Fernando Jacinto de Toledo (fol. 40 v.).

Mirad a quien alabais. A doña María de Noñoña (fol. 65).

Las mugeres sin hombres. A la señora Marcia Leonarda (fol. 87).

La fabula de Perseo (tragicomedia). A Antonio Domingo de Bobadilla, Veintiquatro de Sevilla (fol. 108 v.).

El laberinto de Creta (tragicomedia). A la señora Tisbe Fenis (fol. 133 v.).

La serrana de Tormes. Al Conde de Cabra, D. Antonio de Cordova Cardona y Aragón (fol. 155 v.).

Las grandezas de Alejandro (tragicomedia). Al Duque de Alba (fol. 185).

La Filisarda. A. D. Juan Antonio de Vera y Zuñiga (fol. 211).

La inocente Laura. A D. Diego Ximénez de Vargas (fol. 233 v.).

Lo fingido verdadero (tragicomedia). Al R. P. Fr. Gabriel Tellez (fol. 259 v.).

*Vuelta:* Suma del privilegio al autor por diez años; San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.—Suma de la Tassa: 4 mrs. pliego; tiene 72 y medio: Madrid, 27 de septiembre de 1621.—Erratas (ninguna); Madrid, 13 de diciembre de 1621.

Aprobación del maestro Espinel. Dice que estas comedias de Lope "son las que he visto suyas escritas con más cuidado". Madrid, 24 de septiembre de 1620.

"Prólogo dialogístico. El Teatro y Un Forastero: *Forast.* ... que libro es este que estas mirando?—*Tcatro.* La parte diez y seis de las Comedias de Lope que no se acabó de imprimir por su ausencia y assí viene despues de la Decima septima.—*For.* ¿Son buenas estas comedias?—*Te.* *Mirad a quien alabais, El Perseo, El laberinto, y Los Prados, el Adonis y Felisarda* están de suerte escritas que parece que se detuvo en ellas...—*Fo.* Lástima te tengo: porque como se acabaron los Cisneros, Navarros, Loyolas, Ríos, Solanos, Ramírez, Tapias, Leones, Rochas, Salvadores y Christhovales, ¿qué han de hacer los autores sino convertidos en Bolatines, remitir a las Tramoyas las comedias y los Poetas los concetos a los aros de cedazo?—*Te.* Yo llevara en paciencia mis fracturas, aunque cada día me pusieran





Es comedia de poco valor por su grande inverosimilitud, así en conjunto como en los episodios. Tiene alguna semejanza con *La obediencia laureada*, pero hay gran distancia entre ambas en cuanto al mérito.

Moreto imitó esta comedia en la suya *Lo que puede la aprensión*.

### III. El molino.

Esta interesante comedia, que corresponde a la juventud del autor, fué publicada en la *Parte I* de sus comedias, impresa por primera vez en Zaragoza y no en Valencia, como con error se viene asegurando. pues aparte de que dicha edición de 1604, en Valencia, es posterior a la de Zaragoza, como lo prueban las aprobaciones y licencias, es el mismo Lope quien lo afirma en su *Epístola* al contador Barrionuevo (5).

tiene aprobaciones ni licencias. Las comedias serán poco más o menos de la fecha que se supone; pero la portada parece bastante posterior, por la forma y distribución de las líneas, como se ve por las separaciones señaladas, etc. Las comedias son: "Titulo de las comedias que se contienen / en este libro. / Mirad a quien alabais. De Lope de Vega Carpio. El Angel de la Guarda. De Don Pedro Calderon. El Capitán Belisario. De Lope de Vega. El diablo predicador. De Luis de Velmôte. Los principes de la Iglesia. De D. Christoual de Monroy. Dineros son calidad. De Lope de Vega. El jurameto ante Dios. De Jacinto Cordero. Las mocedades de Bernardo del Carpio. De Lope de Vega. Los encantos de Medea. De Rojas. El satisfazer callado, y Princesa de los môtos. De Lope de Vega. Don Domingo de Don Blas. De Iuan Ruiz de Alarcón. Vengarse con fuego, y agua. De Don Pedro Calderon."

(5) *Las comedias del famoso poeta / Lope de Vega, y Carpio / Recopiladas por Bernardo Grassa. / Dirigidas al Illustrissimo señor Don Gabriel Blasco de Alagon Conde de / Sastago, señor de las Baronias de Espes y Escuer. Camarlengo / del Rey nuestro señor / § Las que en este libro se contienen, van a la buelta desta hoja. / Año (escudo curioso de la casa de Sastago) M.DCIIII (1604) / Con licencia de los Superiores. / En Çaragoça. Por Angelo Tauanno.*

4.º: 12 hojas prels. y texto con dos foliaciones: 176 hojas para las seis primeras comedias y 191 para las siguientes. En hoja perdida: *Impressas, con licencia. / En Çaragoça. / Por Angelo Tauanno. Año, / M.DCIII (1603).*

Portada. A la vuelta: *Las comedias contenidas / en este libro son las siguientes:*

#### *Primera parte.*

Los Donayres de Matico, fol. 1.  
Carlos el perseguido, fol. 29.  
El cerco de Sancta fee, fol. 70.  
Vida y muerte del rey Bamba, fol. 91.  
La traycion bien acertada, fol. 120.  
El hijo de Reduan, fol. 158 (es 148).

#### *Segunda parte.*

Nacimiento de Vrsón y Valentin, fol. 1.  
El casamiento en la muerte y hechos de Bernardo del Carpio, fol. 34.  
La Scolastica Zelosa, fol. 75.  
La amistad pagada, fol. 102.  
La comedia del Molino, fol. 136.  
El testimonio vengado, fol. 177.

Hoja 2.º: "Aprovacion" del Doctor Ioan Briz Martinez: Zaragoza 4 de noviembre de 1603. Licencia del Vicario Pedro de Moya: Zaragoza, 12 de noviembre de 1603.—*Vuelta*: Licencia del Virrey de Aragon a Angelo Tavano: Zaragoza, 15 de octubre de 1603.

Hoja 3.º: Dedicatoria de Angelo Tavano, al Conde de Sastago, en que le dice que él (Ta-



hay un manuscrito antiguo tomado de la impresión anterior (8) y otro de una refundición hecha en el siglo XIX.

Esta comedia fué compuesta, o a lo menos representada, en Toledo, en 1605, cuando las fiestas celebradas para solemnizar el nacimiento, en 8 de abril, del príncipe, después Felipe IV, en las cuales Lope hizo un lucido papel en la parte literaria de ellas. Se representó además otra comedia suya, titulada *El catalán valeroso*, en el salón del Ayuntamiento; y el mismo Lope mantuvo un certamen poético y escribió una *Relación* de estos festejos.

Claramente señala Lope la fecha de la comedia en el pasaje del acto primero (pág. 103) de ella, donde el diálogo dice:

La prospera fortuna de Ruy Lopez de Aualos.  
/ La adversa fortuna de Ruy Lopez de Aualos.  
/ Vida y muerte del santo Negro llamado san Bene- / dito de Palermo." Advertencia al encuadernador para que tenga presente el error en las signaturas Bb y Cc, que se pusieron bairajando las planas.

*Vuelta*: "Tassa." Cada pliego 4 mrs. A petición de Alonso Pérez que presentó el libro (se lo cedería Serrano). Madrid, 12 de junio de 1613. Añade que tiene 88 pliegos que montan 10 rs. y 12 mrs.

*Hoja 3.<sup>a</sup>*: "Licencia." Que Alonso Pérez quería imprimir de nuevo "Doze comedias impresas de diferentes personas, autores y representadas en esta corte muchas veces, de las cuales hazíades presentación." Se le da la licencia por una vez. Madrid, 24 de diciembre de 1612. El Marqués del Valle. El Lic. D. Diego Fernando de Alarcon. El Lic. Pedro de Tapia. El Lic. D. Diego Alderete. El Lic. Don Geronimo de Medinilla.—*Vuelta*: "Erratas", muchas. "Estas comedias impresas por Miguel Martinez, Mercader de libro...". Madrid, 10 de junio de 1613. El Lic. Murcia de la Llana. "A Don Lvis Ferrer y Cardona..." En tercetos suscrita por Aurelio Mey, que sigue toda la hoja 4.<sup>a</sup>: 16 tercetos. Después de las comedias y una plana en blanco, siguen: "Entremes famoso del Sacristan Soguillo; Entremes famoso de los Romanos (sic: por Romances); Entremes famoso de los Huevos); Loa Famosa en alabanza de la Espada; Loa famosa de las calidades de las mugeres; Loa famosa de la Batalla naval; Loa famosa de las letras del a. b. c.; Loa famosa del suntuoso Escorial." Con texto de cada

pieza. En la hoja última dice: "*En Madrid. / Por Miguel Serrano de Vargas, / Año M.DC.XIII.*" Vuelta en blanco.

*Parte / tercera de / las comedias de Lope de Vega y otros avtores, / con sus Loas y entremeses, las quales Comedias / van en la segunda oja. / Dedicadas a don Lvis Ferrer y Car- / dona, del Abito de Sanctiago, Coadjutor en el oficio de Portant / vezes de General Governador de la Ciudad, y Reyno, de / Valencia y señor de la Baronia de Sor. / 82. / Año (escudete de un ancla con una sierpe enroscada en ella y dos manos cogiendo el palo del ancla) 1614. / Con licencia del Ordinario. / Impresso en Barcelona por Sebastian de Cormellas al Call. / A costa de Iuan de Bonilla Mercader de Libros.*

4.<sup>o</sup>: 2 hojas prels. y 330 foliadas. Signaturas A-Tt, de a 8 hojas, menos la última, que tiene 4. En el vuelto de la última y al pie de la plana, dice: "*En Barcelona, por Sebastián de Cormellas, al Call, / Año de M.DC.XIII.*"

Portada: v. en bl; *hoja 2.<sup>a</sup>*: "Aprobación" por el Obispo D. Luis Sans, Barcelona, 5 de diciembre de 1613: Fray Alberto Soldevilla.

*Vuelta*: "Las comedias que / van en esta tercera parte son las siguientes." Las mismas y por el mismo orden que la anterior: folios 1, 26, 49, 71, 97, 122, 149, 180, 202, 228, 261 y ? (no lo dice).

A continuación (fol. 315) van los entremeses y las loas, como en la anterior.

(8) Ms. 16.928, de 36 hojas en 4.<sup>o</sup> y letra de fines del siglo XVII, procedía de la biblioteca ducal de Osuna. El otro, Ms. 14.456, de 72 hojas, en 4.<sup>o</sup>, letra de mediados del siglo XIX. En los dos primeros actos hay po-

CARITÁN: ¿Qué hay de fiestas?  
 HUNGARÍN: ¡Bravas fiestas!  
 CARITÁN: En ocasiones como estas  
 no hay huirle a fe de quien soy,  
 que no procure mostrar  
 la fe que debe a su rey.  
 HUNGARÍN: ¡Muy noble y es justa ley.  
 ¿Que cosa puede alegrar  
 más a un español que ver  
 nacer un príncipe a España?

*La noche toledana* tiene un plan muy lucido y bien desarrollado, salvo el desenlace, que, siendo muy semejante al del *Rufián Castrucho*, es aún menos moral que aquél. En la representación, quizá no pasaría actualmente; pero su lectura es agradable. El dicho popular de ser "una noche toledana" debía de existir ya de antiguo, y Lope no hizo más que fraguar un argumento para justificarlo, lo cual consigue harto bien, en lo que toca al protagonista Florencio y su lacayo Beltrán.

## V. La obediencia laureada y primer Carlos de Hungría.

Recuerdo Lope esta excelente comedia en su segundo *Periplus*, de 1618, y ésta había sido ya impresa, en 1615, y luego otras veces en la *Parte IV* de un volumen especial, hecha con ajuencia nueva (9).

Un manuscrito de la Biblioteca Nacional, copia hecha para el teatro, no ofrece nada de particular para nuestro estudio de esta comedia (10).

Se reimprimó suelta a principios del siglo XVIII, con este encabezado: *Comedia famosa: La obediencia laureada, y primer Carlos de Hungría. Del Fénix de las Ingenias Lope de Vega. Al final dice: En Madrid, con las Escuelas nuevas, A costa de Dña. Florencia de Genovés. Hallarse en su Casa, de Compañía de la Puerta del Sol, con laurente Excmo. y más de 800 Cédulas de Comedia. 4.<sup>a</sup> 36 págs.*

En relación a la época de su composición, creo parece que no podría tratarse

las *Comedias*, para el teatro, esta obra de refugio.

(9) En el tomo anterior a éste (Vélez, pág. 1000) se ha descrito exhaustivamente la primera edición en esta parte.

(10) Ms. 6651, de 67 folios en 4.<sup>o</sup>, 1870.

de su primera mitad del siglo XVII, pero muy bien. Como se puede comprobar con las ediciones: 1.<sup>o</sup> edición de la Universidad de Alcalá y primer tomo de Vozes.<sup>2</sup> No tiene nada de particular.

lejos del año en que fué impresa la primera vez, ya que su seriedad y sentido moral la alejan de los juveniles atrevimientos que advertimos en las que corresponden a dicho período. Es comedia de carácter, y aun de varios caracteres, pues casi no le va en zaga al noble y heroico de Carlos, dechado de amor y respeto filiales, que justifica el título de la comedia, el bellissimo y nada exagerado de Filiberto, rey de Bohemia.

Y aquí verán los que por rutina niegan a Lope la facultad de crear caracteres cuán errados andan en tal opinión. Hay en Lope más caracteres, y más variados, y más reales y humanos, que en todo el teatro francés anterior al siglo XIX.

Para digno complemento de esta preciosa obra está divinamente versificada y con un lenguaje exacto, claro y elegante como sólo Lope los empleaba cuando quería sobrepujarse a sí mismo.

*Reinar por obedecer*, de Matos, Diamante y Villaviciosa, es una simple refundición de la comedia de Lope.

## VI. Los peligros de la ausencia.

Este drama, que debe de ser de la última época de la vida de su autor, ha llegado a nosotros en una *Parte XXIV*, de 1641, que no es, ciertamente, modelo de fidelidad en cuanto a los textos que ofrece, pero que por fortuna, en esta obra, quizá por lo tardío de su composición, no había tenido tiempo de sufrir los insultos de los habituales refundidores de Lope (11).

La comedia es buena; está muy bien escrita y su argumento interesa cada vez más. En el acto tercero se plantea el conflicto de la honra y castigo de la mujer con la hosquedad ordinaria en esta clase de dramas. Por dicha, el desenlace no es sangriento. La inocencia de Blanca resplandece en el momento oportuno y se calman las celosas furias de su marido. Nótase igualmente cuánto ha progresado en bondad el carácter del padre de la dama. A diferencia de los feroces padres de *La locura por la honra* y de *El labrador del Tormes*, Don Sancho, padre de Doña Blanca, no quiere que su hija muera: contra todas las apariencias y pareceres sostiene la inocencia de su hija: quizá no estaba muy convencido de ella; pero se alza airado contra la sentencia de muerte. El Lope de 1630 ya no era el de 1604. Lo que había visto y sus pro-

---

(11) En el tomo anterior (*Prólogo*, página xvi) queda hecha la descripción bibliográfica de esta *Parte*, que no repetiremos aquí, por no dilatar estas notas.





Suelta, sin lugar, año ni imprenta, con su verdadero título y a nombre de su autor verdadero, se reimprimió en el siglo XVIII (14), y no sabemos que después de la edición de Hartzenbusch se haya vuelto a estampar en España (15).

Es otra comedia de carácter esta pieza, como ya lo deja traslucir el título. La Condesa Diana se enamora de su secretario Teodoro, sólo de ver que le ama una de sus criadas. Pero como le cree de clase inferior a la suya, no se atreve a dar expansión a su afecto, ni consiente que se lo prodigue a su menina Marcela. Y las vacilaciones y luchas de la dama, hasta que el criado de Teodoro facilita la solución, constituyen el enredo de la comedia y razonan el título que ostenta.

*El perro del hortelano* fué traducido al francés por La Beaumelle, por M. Damas Hinard y por Eugène Baret; al alemán, por Braunfels, y al italiano, por La Cecilia.

## VIII. Por la puente, Juana.

De esta linda comedia tenemos, ante todo, el texto que el mismo autor nos dió en la *Parte XXI* de su colección de comedias, impresa en 1635, los mismos días en que Lope dejaba esta vida (16). También existe en una llamada *Par-*

*de España. / Dedicadas / a D. Pedro de Ponte Franca de Llerena. Capitan y Sar- / gento mayor de un Tercio de Infantería Española / del Exercito de Extremadura. / Pl. (escudo del Mecenas) 62. / Con privilegio. En Madrid, Por Domingo García Morras, Im- / pressor del Estado Eclesiastico, año de 1666. / A costa de Domingo Palacio y Villegas, / Mercader de Libros, Vendese en su casa, / frontero del Colegio de Santo Tomás. (Al fin, en hoja suelta, dice:) Con privilegio, / En Madrid, / Por / Domingo García Morras / Impresor del Estado Eclesiastico, / Año de M.DC.LXVI.*

4.º: 4 hojas prels. y 243 foliadas. Signaturas A-Hh<sup>2</sup>. Portada; v. en bl.—Hoja 2.º: Dedicación del P. José de Vitoria, agustino: Madrid, 30 de abril de 1666.—Vuelta: Aprobación del P. Martín del Río: Madrid, 8 de abril de 1666.—Licencia del Ordinario: Madrid, 8 de abril de 1666.—Hoja 4.º: Fee de erratas: Madrid, 22 de setiembre de 1666: Lic. Don Carlos Murcia de la Llana.—Suma de la Tasa

(5 mrs. pliego): Madrid, 24 de setiembre de 1666.—Suma del Privilegio a Palacio por diez años, sin fecha.

A la vuelta van los títulos de las comedias. La quinta, al folio 81, dice: *Famosa / comedia. / De la Condesa de Belflor. / de Don Agustín Morcto.*

(14) *El perro del hortelano. / Comedia / De Lope de Vega Carpio. 4.º; 32 págs. numeradas.*

(15) El mismo Hartzenbusch hizo una refundición de esta comedia para la apertura en Madrid del Teatro de Lope de Vega, el 1.º de octubre de 1862, de la cual existen dos manuscritos, números 1.080 y 1.374, en la Biblioteca Nacional. También se cita en la *Bibliografía de Hartzenbusch*, pág. III.

(16) *Veinte y una / parte / verdadera de las / comedias del Fenix de / España Frei Lope Felix de Vega Carpio. del Abito de San / Iuan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, / Procurador Fiscal de la Camara Apostolica, / sacadas de sus originales. / Dedicadas*

re XVII de Lope, y que figura impresa en Barcelona en 1633, de la cual ya hemos hablado al comienzo de este prólogo. Ambos textos son exactamente iguales, y como en ambos se observan ciertas omisiones de versos, es de creer o bien que la edición de Zaragoza de 1633, hoy no conocida, pero de la cual parece ser reproducción esta de Barcelona del mismo 1633, ha servido de modelo para la de 1635, o que esta lo fué de aquellas, en cuyo caso la fecha de 1633 sería falsa y, en realidad, posterior a este año.

Después de estas ediciones antiguas, la comedia *Por la puente, Juan* se ha publicado en 1803 en Madrid, donde se había representado antes (17).

*En Toluca Nueva. Comedia de Juan Vazquez y Vazquez. Autor de Toluca Nueva. Sinuola Comendador de Molina y Laguna. Placa de la Oración. De Contreras, Indagador de Lorena. Tesorero General de la Santa Cruzada y Media Anata y más de la traza de Tielmes. Nueva Toluca. Humorum sacra Plena. En la posita posita. 1611. 1612. 1613. 1614. 1615. 1616. 1617. 1618. 1619. 1620. 1621. 1622. 1623. 1624. 1625. 1626. 1627. 1628. 1629. 1630. 1631. 1632. 1633. 1634. 1635. 1636. 1637. 1638. 1639. 1640. 1641. 1642. 1643. 1644. 1645. 1646. 1647. 1648. 1649. 1650. 1651. 1652. 1653. 1654. 1655. 1656. 1657. 1658. 1659. 1660. 1661. 1662. 1663. 1664. 1665. 1666. 1667. 1668. 1669. 1670. 1671. 1672. 1673. 1674. 1675. 1676. 1677. 1678. 1679. 1680. 1681. 1682. 1683. 1684. 1685. 1686. 1687. 1688. 1689. 1690. 1691. 1692. 1693. 1694. 1695. 1696. 1697. 1698. 1699. 1700. 1701. 1702. 1703. 1704. 1705. 1706. 1707. 1708. 1709. 1710. 1711. 1712. 1713. 1714. 1715. 1716. 1717. 1718. 1719. 1720. 1721. 1722. 1723. 1724. 1725. 1726. 1727. 1728. 1729. 1730. 1731. 1732. 1733. 1734. 1735. 1736. 1737. 1738. 1739. 1740. 1741. 1742. 1743. 1744. 1745. 1746. 1747. 1748. 1749. 1750. 1751. 1752. 1753. 1754. 1755. 1756. 1757. 1758. 1759. 1760. 1761. 1762. 1763. 1764. 1765. 1766. 1767. 1768. 1769. 1770. 1771. 1772. 1773. 1774. 1775. 1776. 1777. 1778. 1779. 1780. 1781. 1782. 1783. 1784. 1785. 1786. 1787. 1788. 1789. 1790. 1791. 1792. 1793. 1794. 1795. 1796. 1797. 1798. 1799. 1800. 1801. 1802. 1803. 1804. 1805. 1806. 1807. 1808. 1809. 1810. 1811. 1812. 1813. 1814. 1815. 1816. 1817. 1818. 1819. 1820. 1821. 1822. 1823. 1824. 1825. 1826. 1827. 1828. 1829. 1830. 1831. 1832. 1833. 1834. 1835. 1836. 1837. 1838. 1839. 1840. 1841. 1842. 1843. 1844. 1845. 1846. 1847. 1848. 1849. 1850. 1851. 1852. 1853. 1854. 1855. 1856. 1857. 1858. 1859. 1860. 1861. 1862. 1863. 1864. 1865. 1866. 1867. 1868. 1869. 1870. 1871. 1872. 1873. 1874. 1875. 1876. 1877. 1878. 1879. 1880. 1881. 1882. 1883. 1884. 1885. 1886. 1887. 1888. 1889. 1890. 1891. 1892. 1893. 1894. 1895. 1896. 1897. 1898. 1899. 1900. 1901. 1902. 1903. 1904. 1905. 1906. 1907. 1908. 1909. 1910. 1911. 1912. 1913. 1914. 1915. 1916. 1917. 1918. 1919. 1920. 1921. 1922. 1923. 1924. 1925. 1926. 1927. 1928. 1929. 1930. 1931. 1932. 1933. 1934. 1935. 1936. 1937. 1938. 1939. 1940. 1941. 1942. 1943. 1944. 1945. 1946. 1947. 1948. 1949. 1950. 1951. 1952. 1953. 1954. 1955. 1956. 1957. 1958. 1959. 1960. 1961. 1962. 1963. 1964. 1965. 1966. 1967. 1968. 1969. 1970. 1971. 1972. 1973. 1974. 1975. 1976. 1977. 1978. 1979. 1980. 1981. 1982. 1983. 1984. 1985. 1986. 1987. 1988. 1989. 1990. 1991. 1992. 1993. 1994. 1995. 1996. 1997. 1998. 1999. 2000. 2001. 2002. 2003. 2004. 2005. 2006. 2007. 2008. 2009. 2010. 2011. 2012. 2013. 2014. 2015. 2016. 2017. 2018. 2019. 2020. 2021. 2022. 2023. 2024. 2025. 2026. 2027. 2028. 2029. 2030. 2031. 2032. 2033. 2034. 2035. 2036. 2037. 2038. 2039. 2040. 2041. 2042. 2043. 2044. 2045. 2046. 2047. 2048. 2049. 2050. 2051. 2052. 2053. 2054. 2055. 2056. 2057. 2058. 2059. 2060. 2061. 2062. 2063. 2064. 2065. 2066. 2067. 2068. 2069. 2070. 2071. 2072. 2073. 2074. 2075. 2076. 2077. 2078. 2079. 2080. 2081. 2082. 2083. 2084. 2085. 2086. 2087. 2088. 2089. 2090. 2091. 2092. 2093. 2094. 2095. 2096. 2097. 2098. 2099. 2100. 2101. 2102. 2103. 2104. 2105. 2106. 2107. 2108. 2109. 2110. 2111. 2112. 2113. 2114. 2115. 2116. 2117. 2118. 2119. 2120. 2121. 2122. 2123. 2124. 2125. 2126. 2127. 2128. 2129. 2130. 2131. 2132. 2133. 2134. 2135. 2136. 2137. 2138. 2139. 2140. 2141. 2142. 2143. 2144. 2145. 2146. 2147. 2148. 2149. 2150. 2151. 2152. 2153. 2154. 2155. 2156. 2157. 2158. 2159. 2160. 2161. 2162. 2163. 2164. 2165. 2166. 2167. 2168. 2169. 2170. 2171. 2172. 2173. 2174. 2175. 2176. 2177. 2178. 2179. 2180. 2181. 2182. 2183. 2184. 2185. 2186. 2187. 2188. 2189. 2190. 2191. 2192. 2193. 2194. 2195. 2196. 2197. 2198. 2199. 2200. 2201. 2202. 2203. 2204. 2205. 2206. 2207. 2208. 2209. 2210. 2211. 2212. 2213. 2214. 2215. 2216. 2217. 2218. 2219. 2220. 2221. 2222. 2223. 2224. 2225. 2226. 2227. 2228. 2229. 2230. 2231. 2232. 2233. 2234. 2235. 2236. 2237. 2238. 2239. 2240. 2241. 2242. 2243. 2244. 2245. 2246. 2247. 2248. 2249. 2250. 2251. 2252. 2253. 2254. 2255. 2256. 2257. 2258. 2259. 2260. 2261. 2262. 2263. 2264. 2265. 2266. 2267. 2268. 2269. 2270. 2271. 2272. 2273. 2274. 2275. 2276. 2277. 2278. 2279. 2280. 2281. 2282. 2283. 2284. 2285. 2286. 2287. 2288. 2289. 2290. 2291. 2292. 2293. 2294. 2295. 2296. 2297. 2298. 2299. 2300. 2301. 2302. 2303. 2304. 2305. 2306. 2307. 2308. 2309. 2310. 2311. 2312. 2313. 2314. 2315. 2316. 2317. 2318. 2319. 2320. 2321. 2322. 2323. 2324. 2325. 2326. 2327. 2328. 2329. 2330. 2331. 2332. 2333. 2334. 2335. 2336. 2337. 2338. 2339. 2340. 2341. 2342. 2343. 2344. 2345. 2346. 2347. 2348. 2349. 2350. 2351. 2352. 2353. 2354. 2355. 2356. 2357. 2358. 2359. 2360. 2361. 2362. 2363. 2364. 2365. 2366. 2367. 2368. 2369. 2370. 2371. 2372. 2373. 2374. 2375. 2376. 2377. 2378. 2379. 2380. 2381. 2382. 2383. 2384. 2385. 2386. 2387. 2388. 2389. 2390. 2391. 2392. 2393. 2394. 2395. 2396. 2397. 2398. 2399. 2400. 2401. 2402. 2403. 2404. 2405. 2406. 2407. 2408. 2409. 2410. 2411. 2412. 2413. 2414. 2415. 2416. 2417. 2418. 2419. 2420. 2421. 2422. 2423. 2424. 2425. 2426. 2427. 2428. 2429. 2430. 2431. 2432. 2433. 2434. 2435. 2436. 2437. 2438. 2439. 2440. 2441. 2442. 2443. 2444. 2445. 2446. 2447. 2448. 2449. 2450. 2451. 2452. 2453. 2454. 2455. 2456. 2457. 2458. 2459. 2460. 2461. 2462. 2463. 2464. 2465. 2466. 2467. 2468. 2469. 2470. 2471. 2472. 2473. 2474. 2475. 2476. 2477. 2478. 2479. 2480. 2481. 2482. 2483. 2484. 2485. 2486. 2487. 2488. 2489. 2490. 2491. 2492. 2493. 2494. 2495. 2496. 2497. 2498. 2499. 2500. 2501. 2502. 2503. 2504. 2505. 2506. 2507. 2508. 2509. 2510. 2511. 2512. 2513. 2514. 2515. 2516. 2517. 2518. 2519. 2520. 2521. 2522. 2523. 2524. 2525. 2526. 2527. 2528. 2529. 2530. 2531. 2532. 2533. 2534. 2535. 2536. 2537. 2538. 2539. 2540. 2541. 2542. 2543. 2544. 2545. 2546. 2547. 2548. 2549. 2550. 2551. 2552. 2553. 2554. 2555. 2556. 2557. 2558. 2559. 2560. 2561. 2562. 2563. 2564. 2565. 2566. 2567. 2568. 2569. 2570. 2571. 2572. 2573. 2574. 2575. 2576. 2577. 2578. 2579. 2580. 2581. 2582. 2583. 2584. 2585. 2586. 2587. 2588. 2589. 2590. 2591. 2592. 2593. 2594. 2595. 2596. 2597. 2598. 2599. 2600. 2601. 2602. 2603. 2604. 2605. 2606. 2607. 2608. 2609. 2610. 2611. 2612. 2613. 2614. 2615. 2616. 2617. 2618. 2619. 2620. 2621. 2622. 2623. 2624. 2625. 2626. 2627. 2628. 2629. 2630. 2631. 2632. 2633. 2634. 2635. 2636. 2637. 2638. 2639. 2640. 2641. 2642. 2643. 2644. 2645. 2646. 2647. 2648. 2649. 2650. 2651. 2652. 2653. 2654. 2655. 2656. 2657. 2658. 2659. 2660. 2661. 2662. 2663. 2664. 2665. 2666. 2667. 2668. 2669. 2670. 2671. 2672. 2673. 2674. 2675. 2676. 2677. 2678. 2679. 2680. 2681. 2682. 2683. 2684. 2685. 2686. 2687. 2688. 2689. 2690. 2691. 2692. 2693. 2694. 2695. 2696. 2697. 2698. 2699. 2700. 2701. 2702. 2703. 2704. 2705. 2706. 2707. 2708. 2709. 2710. 2711. 2712. 2713. 2714. 2715. 2716. 2717. 2718. 2719. 2720. 2721. 2722. 2723. 2724. 2725. 2726. 2727. 2728. 2729. 2730. 2731. 2732. 2733. 2734. 2735. 2736. 2737. 2738. 2739. 2740. 2741. 2742. 2743. 2744. 2745. 2746. 2747. 2748. 2749. 2750. 2751. 2752. 2753. 2754. 2755. 2756. 2757. 2758. 2759. 2760. 2761. 2762. 2763. 2764. 2765. 2766. 2767. 2768. 2769. 2770. 2771. 2772. 2773. 2774. 2775. 2776. 2777. 2778. 2779. 2780. 2781. 2782. 2783. 2784. 2785. 2786. 2787. 2788. 2789. 2790. 2791. 2792. 2793. 2794. 2795. 2796. 2797. 2798. 2799. 2800. 2801. 2802. 2803. 2804. 2805. 2806. 2807. 2808. 2809. 2810. 2811. 2812. 2813. 2814. 2815. 2816. 2817. 2818. 2819. 2820. 2821. 2822. 2823. 2824. 2825. 2826. 2827. 2828. 2829. 2830. 2831. 2832. 2833. 2834. 2835. 2836. 2837. 2838. 2839. 2840. 2841. 2842. 2843. 2844. 2845. 2846. 2847. 2848. 2849. 2850. 2851. 2852. 2853. 2854. 2855. 2856. 2857. 2858. 2859. 2860. 2861. 2862. 2863. 2864. 2865. 2866. 2867. 2868. 2869. 2870. 2871. 2872. 2873. 2874. 2875. 2876. 2877. 2878. 2879. 2880. 2881. 2882. 2883. 2884. 2885. 2886. 2887. 2888. 2889. 2890. 2891. 2892. 2893. 2894. 2895. 2896. 2897. 2898. 2899. 2900. 2901. 2902. 2903. 2904. 2905. 2906. 2907. 2908. 2909. 2910. 2911. 2912. 2913. 2914. 2915. 2916. 2917. 2918. 2919. 2920. 2921. 2922. 2923. 2924. 2925. 2926. 2927. 2928. 2929. 2930. 2931. 2932. 2933. 2934. 2935. 2936. 2937. 2938. 2939. 2940. 2941. 2942. 2943. 2944. 2945. 2946. 2947. 2948. 2949. 2950. 2951. 2952. 2953. 2954. 2955. 2956. 2957. 2958. 2959. 2960. 2961. 2962. 2963. 2964. 2965. 2966. 2967. 2968. 2969. 2970. 2971. 2972. 2973. 2974. 2975. 2976. 2977. 2978. 2979. 2980. 2981. 2982. 2983. 2984. 2985. 2986. 2987. 2988. 2989. 2990. 2991. 2992. 2993. 2994. 2995. 2996. 2997. 2998. 2999. 3000. 3001. 3002. 3003. 3004. 3005. 3006. 3007. 3008. 3009. 3010. 3011. 3012. 3013. 3014. 3015. 3016. 3017. 3018. 3019. 3020. 3021. 3022. 3023. 3024. 3025. 3026. 3027. 3028. 3029. 3030. 3031. 3032. 3033. 3034. 3035. 3036. 3037. 3038. 3039. 3040. 3041. 3042. 3043. 3044. 3045. 3046. 3047. 3048. 3049. 3050. 3051. 3052. 3053. 3054. 3055. 3056. 3057. 3058. 3059. 3060. 3061. 3062. 3063. 3064. 3065. 3066. 3067. 3068. 3069. 3070. 3071. 3072. 3073. 3074. 3075. 3076. 3077. 3078. 3079. 3080. 3081. 3082. 3083. 3084. 3085. 3086. 3087. 3088. 3089. 3090. 3091. 3092. 3093. 3094. 3095. 3096. 3097. 3098. 3099. 3100. 3101. 3102. 3103. 3104. 3105. 3106. 3107. 3108. 3109. 3110. 3111. 3112. 3113. 3114. 3115. 3116. 3117. 3118. 3119. 3120. 3121. 3122. 3123. 3124. 3125. 3126. 3127. 3128. 3129. 3130. 3131. 3132. 3133. 3134. 3135. 3136. 3137. 3138. 3139. 3140. 3141. 3142. 3143. 3144. 3145. 3146. 3147. 3148. 3149. 3150. 3151. 3152. 3153. 3154. 3155. 3156. 3157. 3158. 3159. 3160. 3161. 3162. 3163. 3164. 3165. 3166. 3167. 3168. 3169. 3170. 3171. 3172. 3173. 3174. 3175. 3176. 3177. 3178. 3179. 3180. 3181. 3182. 3183. 3184. 3185. 3186. 3187. 3188. 3189. 3190. 3191. 3192. 3193. 3194. 3195. 3196. 3197. 3198. 3199. 3200. 3201. 3202. 3203. 3204. 3205. 3206. 3207. 3208. 3209. 3210. 3211. 3212. 3213. 3214. 3215. 3216. 3217. 3218. 3219. 3220. 3221. 3222. 3223. 3224. 3225. 3226. 3227. 3228. 3229. 3230. 3231. 3232. 3233. 3234. 3235. 3236. 3237. 3238. 3239. 3240. 3241. 3242. 3243. 3244. 3245. 3246. 3247. 3248. 3249. 3250. 3251. 3252. 3253. 3254. 3255. 3256. 3257. 3258. 3259. 3260. 3261. 3262. 3263. 3264. 3265. 3266. 3267. 3268. 3269. 3270. 3271. 3272. 3273. 3274. 3275. 3276. 3277. 3278. 3279. 3280. 3281. 3282. 3283. 3284. 3285. 3286. 3287. 3288. 3289. 3290. 3291. 3292. 3293. 3294. 3295. 3296. 3297. 3298. 3299. 3300. 3301. 3302. 3303. 3304. 3305. 3306. 3307. 3308. 3309. 3310. 3311. 3312. 3313. 3314. 3315. 3316. 3317. 3318. 3319. 3320. 3321. 3322. 3323. 3324. 3325. 3326. 3327. 3328. 3329. 3330. 3331. 3332. 3333. 3334. 3335. 3336. 3337. 3338. 3339. 3340. 3341. 3342. 3343. 3344. 3345. 3346. 3347. 3348. 3349. 3350. 3351. 3352. 3353. 3354. 3355. 3356. 3357. 3358. 3359. 3360. 3361. 3362. 3363. 3364. 3365. 3366. 3367. 3368. 3369. 3370. 3371. 3372. 3373. 3374. 3375. 3376. 3377. 3378. 3379. 3380. 3381. 3382. 3383. 3384. 3385. 3386. 3387. 3388. 3389. 3390. 3391. 3392. 3393. 3394. 3395. 3396. 3397. 3398. 3399. 3400. 3401. 3402. 3403. 3404. 3405. 3406. 3407. 3408. 3409. 3410. 3411. 3412. 3413. 3414. 3415. 3416. 3417. 3418. 3419. 3420. 3421. 3422. 3423. 3424. 3425. 3426. 3427. 3428. 3429. 3430. 3431. 3432. 3433. 3434. 3435. 3436. 3437. 3438. 3439. 3440. 3441. 3442. 3443. 3444. 3445. 3446. 3447. 3448. 3449. 3450. 3451. 3452. 3453. 3454. 3455. 3456. 3457. 3458. 3459. 3460. 3461. 3462. 3463. 3464. 3465. 3466. 3467. 3468. 3469. 3470. 3471. 3472. 3473. 3474. 3475. 3476. 3477. 3478. 3479. 3480. 3481. 3482. 3483. 3484. 3485. 3486. 3487. 3488. 3489. 3490. 3491. 3492. 3493. 3494. 3495. 3496. 3497. 3498. 3499. 3500. 3501. 3502. 3503. 3504. 3505. 3506. 3507. 3508. 3509. 3510. 3511. 3512. 3513. 3514. 3515. 3516. 3517. 3518. 3519. 3520. 3521. 3522. 3523. 3524. 3525. 3526. 3527. 3528. 3529. 3530. 3531. 3532. 3533. 3534. 3535. 3536. 3537. 3538. 3539. 3540. 3541. 3542. 3543. 3544. 3545. 3546. 3547. 3548. 3549. 3550. 3551. 3552. 3553. 3554. 3555. 3556. 3557. 3558. 3559. 3560. 3561. 3562. 3563. 3564. 3565. 3566. 3567. 3568. 3569. 3570. 3571. 3572. 3573. 3574. 3575. 3576. 3577. 3578. 3579. 3580. 3581. 3582. 3583. 3584. 3585. 3586. 3587. 3588. 3589. 3590. 3591. 3592. 3593. 3594. 3595. 3596. 3597. 3598. 3599. 3600.*



Es comedia toledana y de la buena época de Lope; quizá no sea muy posterior a 1605, en que sabemos residió en Toledo y compuso allí otras obras por este estilo. El refrán completo que motiva la comedia es: *Por la puente, Juana; no por el agua.*

Quizá sea refrán sólo toledano o moderno, porque no lo traen el Comendador Hernán Núñez, ni Vallés; ni, lo que es más extraño, el racionero Garay; pero sí Gonzalo Correas, añadiendo, como moraleja, que “es peligroso el vado”, que es el alcance que también le dió Lope, aunque en sentido muy figurado.

El argumento es sencillo y bien urdido, y se desenlaza de un modo feliz y no esperado, aunque bueno. Sobresale el tipo de Juana, una de aquellas damas disfrazadas de labradoras que Lope sabía rodear de tantas gracias y de tan ingeniosa travesura.

Don Félix Enciso Castrillón refundió en cinco actos esta comedia, que también fué traducida al alemán por Rapp.

## IX. Porfiando vence amor.

De esta gran comedia sólo tenemos un texto, pero bueno, que es el publicado en 1637 por doña Feliciana de Vega, hija de Lope, en el tomo titulado *La Vega del Parnaso* (18), reimpresso luego en la colección de Sancha (19) y últimamente por Hartzenbusch, como todas las demás comedias de este tomo.

Hay noticia de que ya antes de 1637 se había impreso en Sevilla, en un tomo que vió el erudito D. Juan Isidro Fajardo, a principios del siglo XVIII, pero que ha perecido en la general persecución que el teatro padeció por aquellos días y antes y después.

(18) *La Vega del Parnaso. Por el Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio. del Abito de San Juan, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica. Dirigida al Excellentissimo Señor Don Lvis Fernandez de Cordova, Cardona y Aragon, Duque de Sessa, etc.* (Escudo del Duque.) *En Madrid, en la Imprenta del Reyno. Año 1637.*

4.º: 4 hojas prels. y 292 foliadas.—Suma del privilegio, por diez años, a Luis de Usátegui, yerno de Lope: Madrid, 3 de noviembre de 1635.—Fe de erratas: Madrid, 23 de junio de 1637.—Tasa: Madrid, 2 de julio de 1637.—

Aprobación del M. José de Valdivielso: Madrid, 26 de agosto de 1635.—Prólogo del Lic. José Ortiz de Villena.—Dedicatoria de Usátegui, sin fecha.

Contiene, además de varios versos, las nueve comedias siguientes: El guante de Doña Blanca; La mayor virtud de un rey; Las bazarrias de Belisa; Porfiando vence amor; El desprecio agradecido; El amor enamorado; La mayor vitoria de Alemania de Don Gonzalo de Cordova; Si no vieran las mujeres; Diálogo militar, pieza representable en un acto.

(19) Tomos IX y X.

Batj (comedia) está «alternativamente escrita y versificada»: es toda ella una porra de tercetos, en cuanto a esto. El asunto es conocido, pero interesa al diálogo varían de muchas mujeres que aman a Carlos y que sólo en parte ayudan al ritmo de la obra, que es de invención del poeta.

La época de la composición no se deduce del contexto, pero debe de ser de la primera mitad de López, sin pertenecer lo anterior.

## X. La porfía hasta el temor.

Compartiese esta comedia varias veces en el siglo XVI, pero de todas estas versiones sólo una ha llegado a nosotros. Ha la comedia en el tomo titulado *Comedia de la vida de Carlos* autores: impresa en 1634 en Huesca, lo cual nos pone una opción anterior de Zaragoza o de Madrid, pero en el siglo XVI nadie llevaba a Huesca comedias manuscritas para darlas por primera vez al público (20). No debe de ser anterior una *Parte XXIV* de López que era y

[La *Parte XXIV* (segunda edición) de comedias de / Carlos autores: / 41 / Escrita por López / por / En Huesca, por Pedro / Ochoa, impresor de la Universidad, en / 1634. / Y como de Pedro Alonso Méndez / en Huesca.]

[La *Parte XXIV* (segunda edición) de comedias de / Carlos autores: / 41 / Escrita por López / por / En Huesca, por Pedro / Ochoa, impresor de la Universidad, en / 1634. / Y como de Pedro Alonso Méndez / en Huesca.]

[La *Parte XXIV* (segunda edición) de comedias de / Carlos autores: / 41 / Escrita por López / por / En Huesca, por Pedro / Ochoa, impresor de la Universidad, en / 1634. / Y como de Pedro Alonso Méndez / en Huesca.]

[La *Parte XXIV* (segunda edición) de comedias de / Carlos autores: / 41 / Escrita por López / por / En Huesca, por Pedro / Ochoa, impresor de la Universidad, en / 1634. / Y como de Pedro Alonso Méndez / en Huesca.]

vió D. Nicolás Antonio, en el artículo Lope de Vega de su *Biblioteca Nova*, que contenía doce comedias todas diferentes de las que encierran las otras *Partes XXIV* conocidas, y entre ellas está *La porfía hasta el temor*. Esta parte es hoy desconocida.

La incluía también una *Parte XXVIII* de Zaragoza, 1639, cuyo contenido cita Barrera, aunque de un modo incompleto y muy sospechoso (21).

Impresiones anteriores a la de Hartzenbusch en Autores no sabemos de más que una suelta antigua que cita Restori como existente en la Biblioteca Ducal de Parma (22). Un manuscrito de mano de D. Agustín Durán hay en la Biblioteca Nacional, simple copia del impreso de *Varios*, que es el que ha servido para esta nueva edición.

El encabezado dice, en esta única impresión, debajo de unos adornitos tipográficos: *La porfía hasta el temor. / Comedia / famosa. / De Lope de Vega Carpio. / Representóla Roque de Figueroa. Hablan en ellas las personas siguientes*. Al fin de la primera jornada tiene un doble y grande final de capítulo, floreado; al fin de la segunda, una bonita cabecera, aquí fuera de su lugar, y al acabar la obra sólo dice: FIN, sin adorno ninguno. La comedia empieza en el folio 89 y termina en el 107 vuelto.

pero serán las dos últimas; porque en la vuelta, donde acaba la dedicatoria, tiene al pie el reclamo "Escanderbey", que es la undécima comedia del tomo, aunque no empieza con la palabra del reclamo, sino con "La despreciada querida", que es el título de la primera comedia del tomo. Esta anomalía tipográfica, que se aumenta al ver que la hoja de esta segunda dedicatoria tiene en el resto la página 216 y en la que sigue la 217, y al pie la signature Ff3, no se explica con suponer que la hoja estará mal puesta en el tomo; porque en éste están muy bien ocupados los números 216 y 217, con las planas que les corresponde, y tienen la signature Ff3 en su debido lugar y con su plana que les corresponde. Pudiera ser que Escuer imprimiese primero el tomo seguido con doce comedias, como está, y luego se le ocurriese hacer dos dedicatorias, o bien que el tomo original de Zaragoza las tuviese ya.

(21) Esta parte existe o ha existido, porque la cita D. Juan Yáñez Fajardo en su *Catálogo* de comedias, que compiló a principios del siglo XVIII. Pero Barrera (pág. 683 de su *Catálogo*) le da un contenido incompleto, pues sólo cita diez comedias, que son casi las mis-

mas que la *Parte* anterior, lo cual nos indica la relación que existe entre ambas. Pudiera ser ésta de 1639 segunda edición de una de 1633, también de Zaragoza, que haya servido de modelo a la de Huesca, o bien pudiera estar equivocado o mal leído el 3 último de la fecha, que pareciese un 9.

La lista y orden que da Barrera es, según la impresión de Huesca: 12, 8, 4, 1, 6, 3, 5, 11. *El trato muda costumbre*, de Lope (será la de D. Antonio di Mendoza) y 7. De suerte que este tomo tiene nueve comedias del anterior y una que no figura en él, faltando, en cambio, *La industria contra el poder* (núm. 2). *El Príncipe D. Carlos* (núm. 9). *El Príncipe de los Montes* (núm. 10). Además, este tomo de Barrera estaba incompleto, pues *Partes* de 10 comedias no era costumbre entonces el imprimirlas.

Con el estudio detenido y crítico de estas *Partes*, ciertamente *extravagantes*, como se las viene llamando; pero que muchas son supercherías de libreros, se irá poco a poco simplificando la enmarañada bibliografía dramática española.

(22) *Una collezione di comedie di Lope de Vega Carpio*. Liborno, 1891. 4.º; pág. 14.

De su contexto no se deduce cuando pudo haber sido escrita. El hecho de haberla estrenado Roque de Figueroa sólo nos demuestra que se compuso después de 1623 ó 1624, en que Figueroa aparece como autor o director de compañías, y antes de 1635, en que se ausentó a Italia.

En esta comedia sobresale únicamente el carácter bravo y feroz del torero. Se dramatiza con la intervención de un muerto que domella la fiereza de Don Fernando, obligándole, por temor, a cejar en el propósito de casar a la fuerza a Doña Leonor, aparición que empleó Lope varias veces, como en *Dinero y concubina*, *En Infanzón de Illustres*, *El marqués de las Navas*, y acaso en alguna otra.

## XI. La portuguesa y dicha del forastero.

Menciona Lope esta comedia en su segundo *Peregrino*, de 1618, y se imprimió en la *Parte III* de la gran colección de *Comedias escogidas*, impresa en Madrid en 1653, sin que después se haya vuelto a imprimir, no obstante ser pieza tan graciosa y movida, hasta la edición de autores españoles, quizá por la gran rareza del tomo que la contenía (23).

Pero la comedia fué escrita a fines de 1615 o primeros días del siguiente año, pues en ella se cuenta extensamente, y como muy reciente, el casamiento en El Pardo del Príncipe, después Felipe IV, con Doña Isabel de Borbón, hija de Enrique IV de Francia, el día 18 de diciembre de dicho año. La ya Princesa de Asturias durmió aquella noche en el Convento de San Jerónimo, y al día siguiente hizo su entrada solemne en Madrid.

El mismo tomo del matrimonio de Felipe IV tuvo Lope en otra comedia escrita poco antes de esta, con el título de *Los Rastilleros de Madrid*, de que hablaremos más adelante.

## XII. El premio del bien hablar.

Esta graciosa comedia la publicó Lope en la *Plebe* XVI de las suyas, impresa en 1616, aunque no puede ver terminada. El título pudo haber sido dado en el mismo año (24).

(23) En el tomo anterior (*Orlando*, 1909) se decía que había desaparecido completamente, pero resulta que se conserva en *Los Rastilleros*, etc.

(24) Comedia graciosa del volumen 16 de las obras de Lope.

(25) En la lista de la comedia *Por la patria*.

Se reimprimió suelta a principios del siglo XVIII, con el siguiente encabezado: *Núm. 147. / El premio del bien hablar, y bolver por las mageres. / Comedia / famosa, / De un ingenio de esta corte.* Al final dice: *Con licencia: En Sevilla, por Francisco de Leefdael, / en la Casa del Correo Viejo* (25).

Al decir el impresor "De un ingenio de esta corte", parece indicar que se sirve para esta reimpresión, no de la *Parte XXI* original, en la que expresamente consta el nombre del autor, sino de otra reimpresión madrileña de fines del siglo XVII, en la que voluntaria o involuntariamente se omitió el nombre de Lope de Vega.

La composición de esta excelente comedia debe retraerse a los últimos años de la vida de su autor. No sólo por el tinte de seriedad que reina en toda ella, donde hasta se apunta algo de carácter para justificar el título de la pieza, sino por la perfección misma de la obra y por algunas alusiones que encierra.

En la página 379 se elogia a Cervantes como un escritor ya fallecido, y a quien se coloca entre Cicerón y Juan de Mena, diciendo, por boca de Martín:

¿Cómo discreta? Cicerón, *Cervantes*  
ni Juan de Mena, ni otro después ni antes  
no fueron tan discretos y entendidos.

También creemos que la comedia sea no sólo posterior a 1616, en que murió Cervantes, sino que, en efecto, corresponda a fines del año 1625, en que parece la estrenó en el Escorial el autor de compañías Tomás Fernández de Cabredo, a quien se pagaron por palacio, en 18 de noviembre de dicho año, 1.300 reales por cinco particulares hechos a los Reyes en dicho Real Sitio y en Madrid (26). Lope había hecho ya las paces con Góngora, quien, cansado de la corte, se preparaba a retirarse a su ciudad natal, donde, en efecto, falleció dos años después. Así, el elogio que Lope le dedica en esta comedia es doble, como puede verse en las páginas 373 y 379; en la primera, recordando una letrilla del poeta:

Dineros son calidad,  
dijo el cordobés Lucano.

te, Juana, de este tomo, hemos descrito extensamente esta *Parte* auténtica del teatro de Lope.

(25) En 4.º; sin año; 32 págs. numeradas. Con posterioridad se reimprimió, también suelta, en Madrid, en la librería de Castillo, 1804; y en la Biblioteca Nacional hay una refundi-

ción anónima, hecha en 1806, con el título de *El defensor de las mujeres o el premio del bien hablar. Comedia de Lope de Vega refundida y arreglada en 1806*; 21 hojas en 4.º Lo de "arreglada" debe entenderse no mejorada, sino puesta conforme a las reglas.

(26) *El Averiguador*, 1871; pág. 10.





Manuscritos existen, uno en la Biblioteca Nacional de Madrid, copia del impreso (28), y otro, según el difunto hispanista D. Antonio Restori, en la Biblioteca ducal de Parma (29), también copia.

fol. 1.—2. La pobreza estimada. A don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache; fol. 24.—3. El divino Africano. A don Rodrigo de Acuña, Obispo de Oporto; fol. 51 v.—4. La Pastoral de Jacinto. A doña Catalina Maldonado. Comendadora de Torres y Cañamares; fol. 78. 5. El honrado hermano. A Iuan Nunez de Escobar. Contador mayor de Cuentas de Su Magestad; fol. 105 v.—6. El Capellan de la Virgen. A doña Catalina de Auiles; fol. 131 v.—7. La piedad executada. Al señor don Gonçalo Perez de Valenzuela, del Consejo supremo de Castilla; fol. 158.—8. Las famosas Asturianas. A don Iuan de Castro y Castilla, Corregidor de Madrid; fol. 183 v.—9. La Campana de Aragon. A don Fernando Vallejo, Colegial del Mayor de San Bartolomé; fol. 208.—10. Quien ama no haga fieros. A don Iorge de Tobar Valderrama, Alcaide de la fortaleza de Compea; fol. 236 v.—11. El rustico del cielo. A Francisco de Quadros y Salazar; fol. 257.—12. El valor de las mugeres. Al Doctor Matías de Porras; fol. 284.—*Vuelta*: “Tassa”: 4 mrs. pliego; tiene 79 = 316 mrs.; Madrid, 6 de diciembre de 1622.—“Svma del privilegio”. a LOPE, por diez años, para la 18 y 19 partes: Madrid, 25 junio 1622.—“Fe de erratas” (ninguna): Madrid, 4 de diciembre de 1622: El Lic. Murcia de la Llana.”

*Hoja 3.ª*: “Aprouacion” de Vicente Espinel de las dos partes: Madrid, 22 junio. 1622. “Aprovacion del señor doctor don Diego de Vela, Vicario general desta villa”: Madrid, 16 junio 1622.—*Vuelta*: “Benedicti Milani. ad Lopiium de Vega Carpio. / Epigramma.”

*Hoja 4.ª*: “Sebastian Francisco de Medrano. / al Lector.” Dice que estas comedias son de las mejores de LOPE; que de algunas no tenia los originales; que le han atribuido “tantos librillos de romances y otros versos así divinos como humanos, que no le ha pasado por el pensamiento escribirlos, fuera de lo que algunos ciegos, gitanos y mulatos van pregonando por las calles”.

La dedicatoria al Príncipe de Esquilache, entonces virrey del Perú, es curiosa, porque

habla y combate largamente a los cultos.

*La pastoral de Jacinto* dice que es obra de su juventud.

Que también lo era *La piedad ejecutada*, y que fué muy celebrada.

*Las famosas asturianas* está escrita en lenguaje antiguo.

Es curiosa la dedicatoria de *El rustico del cielo*, o sea el Hermano Francisco. “Sucedió una cosa rara, que un famoso representante, a quien cupo su figura en esta comedia de LOPE que se representó en tiempo de Felipe III y su mujer (ésta murió en 1611), se transformó en él de suerte que siendo de los más galanes y gentilhombres que habemos conocido le imitó de manera que a todos parecía el verdadero y no el fingido, no solo en la habla y en los donayres, pero en el mismo rostro; y yo soy testigo que saliendo de representar un día, ya en su traje y vestido de seda y oro, le dijo un pobre a la puerta: *Hermano Francisco, deme una camisa*, y mostrole desnudo el pecho. Admirado Salvador (que así se llamaba) (Jaime Salvador), le llevó sin réplica a una tienda y le compró dos camisas.”

El Dr. Matías de Porras (hijo de Gaspar) era “Capitan de la Real Sala de Armas, Familiar del Sto. Oficio y Corregidor y Justicia mayor de la Provincia de Canta, en los reinos del Perú”. Dice LOPE que era médico.

Dice que en las pasadas fiestas de la beatificación de S. Isidro hubo 3,640 papeles de versos.

“Marcela es ya monja descalza. Lope está en Sicilia con el Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz, mi señor y mi protector. Feliciano se halla con poca salud. Al jardinillo quité los pájaros, porque venían los de fuera a hurtarles el sustento, como ahora sucede a muchos poetas.” (Todo esto y lo anterior se lo dice a Porras.)

(28) Ms. 15.609, en 4.º: 18 hojas, letra del siglo XVII, pero muy mala. Falta la portada y empiezan las “Figuras de la comedia”.

(29) *Una collezione di commedie di Lope de l'ega*. Livorno, 1891, 4.º: pág. 31.





Suelta se imprimió otras dos veces. lo menos. Tengo a la vista una rarísima impresión de la primera mitad del siglo XVII, cuyo encabezado dice: *Querer la propia desdicha. / Comedia famosa. / De Lope de Vega Carpio. /* En 4.º; 16 folios, numerados, sin más señas ni adorno tipográfico alguno. En el *Catálogo* de Salvá (I, 548) se cita una impresión suelta de esta comedia, en 44 páginas, que al final contenía este pie de imprenta: *Brusselas. Huberto Antonio Velpio. 1649.* Esta comedia, con otras semejantes, había de formar parte de un tomo coleccionario, del cual no hay más noticia.

En la Biblioteca Nacional existe una refundición, en cinco actos, anónima o con iniciales que no hemos podido interpretar, escrita en 1829, con bastante atrevimiento por parte del refundidor en poner las manos en una de las obras más regulares por un lado, y por otro mejor escritas del Fénix de los ingenios (33).

Esta comedia es de carácter femenino; pero de un carácter inverosímil y poco simpático por los extremos a que Doña Angela de Aragón conduce a su

Ríos).—(12) Cauallero del milagro, a Pedro de Herrera, fol. 279 v. (Représentóla Vergara.)

*Vuelta:* Tassa (a 4 mrs.; 77 pliegos con principio y fin = 9 reales y 2 mrs.). Madrid, 17 de diciembre de 1620.—Fee de erratas (ninguna): El Lic. Murcia de la Llana: Madrid, 15 de Diciembre de 1620.

*Hoja 3.ª:* Aprobacion de Maestro Espinel: Madrid, 24 de septiembre de 1620.—Suma del privilegio a Lope, por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.

*Vuelta:* "El Teatro a los lectores", que ocupa además toda la hoja 4.ª—Dice que Lope imprimía las comedias que le volvían a las manos porque otros no lo hiciesen peor, aunque él no tenía tiempo de corregirlas. Añade que llevaba a la sazón compuestas "novecientas y veynete y siete" (927) incluyendo los autos.

Es cosa bien extraña que el mismo Alonso Pérez costeara otra impresión de este mismo tomo y en el mismo año, aunque en otra imprenta. Son ediciones distintas, empezando por la portada, que dice:

*Decimaquinta / parte de / las comedias de / Lope de Vega Carpio, Proctor / rador Fiscal de la Camara Apostolica, y / Familiar del Santo Oficio de / la Inquisición. / Dirigidas a diversas / personas. / Año (escudo del Sagitario) 1621. / Con privilegio. / En Madrid.*

*Por la Viuda de Alonso Martin. / A costa de Alonso Perez Mercader de libros.*

4.º; 4 hojas prels. y 296 foliadas; signaturas A-Pp, todas de a 8 hojas.

Portada; v. en bl.—*Hoja 2.ª:* "Títulos de las comedias desta decima quinta parte, y / a quien van dirigidas." (Las mismas que en la anterior; pero la foliación es: 1, 24 v., 47, 68 v., 94, 118, 145 v., 169, 196 v., 222 v., 247, 271 v.)

*Vuelta:* Tassa (4 mrs.; 75 pliegos con principio y fin = ocho reales y 28 mrs.): Madrid, 17 diciembre 1721.—Fee de erratas (ninguna): Madrid, y Deziembre 15 de 1620; El Licenciado Murcia de la Llana.

*Hoja 3.ª:* Aprob. de Espinel.—Suma del privilegio (como el anterior).

*Vuelta y hoja 4.ª* (como el anterior).

Si la fecha de la Tassa no está equivocada, se deduce que este tomo fué impreso, no en 1620 para salir el 21, sino en 1621, y se puso a la venta en 1622.

(33) Ms. 18.076. *Querer su propia desdicha o La mujer singular. Comedia en cinco, actos de Fr. Lope de Vega Carpio, refundida por M. S. 1820.* No tiene ninguna otra señal. En la Biblioteca Municipal hay otra copia de esta refundición, también sin más señas de autor que las iniciales. Esta comedia se estrenó en el teatro de la Cruz, el 6 de mayo de 1829.

amante Don Juan, a quien rechaza desde que el Rey le honra con títulos y riquezas. La justificación que la dama quiere hacer de su conducta no puede ser más absurda (pág. 456).

Cuando era pobre don Juan,  
a don Juan señor quería  
partes humildes tenía  
para marido y galán

Pero rico y gran señor  
pensara que me honra a mí  
que, desde que soy quien tú  
tuviste ese mismo valor

Yo pensaba honrarle a él  
y que honrado me estimara  
mas va no, porque pensara  
que yo me honraba con él,  
pues no he de tener marido  
que piense que me honra a mí

Por otra parte como el castigo que el Rey quiere infligir a la imaginaria traición de Don Juan es conocido de la misma Doña Angela, en cuyo provecho redunda todo, faltan el interés y la ejemplaridad que debería seguir, no a lo hecho por Don Juan, sino a la corrección que debería imponerse a la orgullosa dama, que es la verdadera y única culpable.

Pero hay un personaje excelente, que es el criado o gracioso Tello. Su diálogo no son chistes grotescos y ligeros, sino agudezas, sátiras y verdades maliciosas, pero profundas: todo muy relacionado y muy bien dicho. Además, toda la comedia está muy bien escrita y estructurada.

De todo ello se deduce que esta obra no sólo será interesante a 1966, como dice Haricomenchi en nota al pie de la primera página de su edición, sino a 1978, ya que no aparece citada en el segundo *Periplo*.

## XV. Los ramilletes de Madrid.

Comedia citada en la segunda edición de *El Periplo* en su patria: e incluida en el mismo libro por el autor, en la Parte III de su colección denominada (14). Desde entonces hasta la de Haricomenchi no se ha repetido la

De ella, después, se usaron los versos por fuera de la obra, y de sus estrofas formó el 1.º de agosto, con otras obras.

(14). Desde entonces, las dos ediciones de esta Parte en su colección de la Parte del Autor, en sus libros antiguos.

impresión de esta obra, ni conocemos manuscrito antiguo de ella más que una copia del impreso que cita Restori (35).

Esta comedia, aparte de algunos muy estimables rasgos de costumbres madrileñas, casi no tiene argumento que merezca tal nombre. Sólo ha servido al autor para hacer una extensa descripción de la jornada regia a Irún, para el cambio de infantas: la española Ana Mauricia y la francesa Isabel de Borbón, hecho en el otoño de 1615, y casamientos de dichas infantas con el rey Luis XIII de Francia y el príncipe después Felipe IV de España.

A esta jornada, entre los criados del duque de Sesa, asistió Lope, que hubo de romperse un brazo en el camino.

FABIO. También he visto a *Belardo*,  
que decían que por medio  
se había quebrado un brazo;  
y debió de ser del peso  
de lo que tiene entre manos,  
pues es más que todo el cielo.

Con lo cual querrá referirse al encargo de escribir la relación en verso de la jornada, que si la hizo ha quedado inédita, aunque se alude a este encargo en otra del mismo tiempo (36).

El mismo Lope, con el nombre de Marcelo, se introduce en la comedia, aunque cambiando el nombre, por el papel amoroso que hace en ella, y con cierta discreción, pues, refiriendo los principales personajes que concurrieron a la expedición, desde el jefe de ella, el duque de Uceda (por enfermedad de su padre, el de Lerma, que se quedó en Burgos), de quien dice que

gorguerán pardo vistió,  
cuajado de oro; no sepas  
más de que tuvo el vestido  
cuarenta libras de perlas.

Con lo cual, más que caballero, parecería un ganapán el buen duque, añade Marcelo:

(35) *Una collezione*, etc.; pág. 32.

(36) Véase Barrera: *Nueva biografía de Lope de Vega*. Madrid, 1890. Folio; pág. 230: "En la jornada ha andado el famoso poeta

Lope de Vega, Pedro Mantuano y otros dos, tomando por memoria todo lo que pasaba para hacer historia dello: dellos se sabrá todo lo sucedido."

## El Duque de Sesa...

LEONOR

PARAÍSO

MARCIAL

Te Sesa por enemiga tengo,  
 porque siendo dueño no  
 dices que es de amor enemiga.  
 Mas, tiempos me quédame tal  
 en que celebrarte pueda  
 en que parezca fiesta  
 en que parezca fiesta.  
 LEONOR: De nada como la fiesta.  
 MARCIAL: O, guerra de las fortunas  
 y de mi propia guerra  
 donde puso mi fortuna  
 con suma de ira. (Ap. Aman)

Lope puso en esta comedia hasta versos en su creencia que acaso oyo cantar en los festejos populares que se hicieron al ir a la infantá y a su padre y al volver a la princesa. Al cruzar el mar en Pasajes no deja de advertir que los marineros eran marineras, hecho que más de dos siglos después excitó también el interés de Breton de los Herreros, que lo dejó consignado en su trágica comedia *La Batelera de Paraíso*. Lope escribió:

MARCIAL

Ellos son las romeras  
 de aquellas barbas del Paraíso.

LEONOR

PARAÍSO

Como ver fuere ligeros  
 conducen a la orilla venenosa  
 sus papas enredadas  
 de laureles y flores de rosas. (10)

La fecha de composición y representación de esta interesante comedia dejó Lope consignadas con bastante proximidad en dos cartas al duque de Sesa, que no regresó hasta más tarde a Madrid. En la primera le decía: "Yo he escrito una comedia de amor— en que hago una relación sucinta de la jornada, va la estudian, no sé lo que será, todo lo tengo. En Madrid ay grandes preferencias de fiestas." La princesa no entró en Madrid hasta el 18 de diciembre de 1615, y Lope solo hacía unas tres semanas que había regresado a Madrid; es evidente que elaboró esta comedia en los primeros días de dicho

(10) En el texto se dice "romeras" y "barbas"; pero romeras que sea errata de imprenta, porque "ligeros" del comedia con

"ligeros" que se al objeto de la comedia, en una "barbas", a las que también pudiera referirse.

mes de diciembre. En otra carta, fechada el 12 de diciembre, ya le dice: "La comedia se ha hecho, y ha salido lucidísima. V. exc.<sup>a</sup> la verá que hasta tener su voto no quiero estar contento."

Lope había hecho este esfuerzo cuando el cuerpo estaba rendido a la enfermedad. "Mi salud es muy poca; pues desde que vine no me han faltado calenturas y corrimientos con dolores excesivos" (38). Pocos días después, sin embargo, hacía representar otra lindísima comedia, *La Portuguesa y dicha del forastero*, como hemos visto.

## XVI. El saber puede dañar.

Esta buena comedia se imprimió en 1638, en la *Parte XXIII* y última de las verdaderamente auténticas del gran poeta que hoy conocemos. Hay, además, una edición suelta rarísima y del siglo XVII, cuyo encabezado dice: *El saber puede dañar. / Comedia / famosa. / De Frey Lope Felix de Vega Carpio*. Sin lugar, ni año ni adorno tipográfico; consta de 18 hojas foliadas, en 4.º Y no sabemos que se haya impreso más veces esta linda comedia (39).

(38) Barrera: *Nueva biogr.*: págs. 231 y 232.

(39) *Parte / veinte y tres / de las comedias de Lope / Felix de Vega Carpio, / del Abito de San Pedro / y de S. Ivan. / Dedicadas / a Don Gutierrez Domingo de Teran, y Castañeda, señor de la / Casa de Teran del Valle de Iguña Montañas / de Burgos. / Por Manuel de Faría y Sousa Cavallero del Abito de / christo, y de la Casa Real / 75. / Año (escudo del Mecenaz) 1638. / Con Priuilegio. En Madrid. Por María de Quiñones. / A costa de Pedro Coello Mercader de Libros.*

4.º: 8 hojas prels. y 304 foliadas; la vuelta de la última en blanco.—Signaturas A-Oo, de a 8 hojas, menos la postrera, que tiene 4.

Portada; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: "Títulos de las Comedias / deste Tomo":

1. Contra valor no hay desdicha, fol. 1.—2. Las Batuecas del Duque de Alba, fol. 22 (v.). 3. Las Cuentas del Gran Capitan, fol. 40 (es 48).—4. El piadoso veneciano, fol. 73 (v.).—5. Porfiar hasta morir, fol. 96 (v.).—6. El Robo de Dina, fol. 118 (v.).—7. El Saber puede dañar, fol. 156.—8. La Embidia de la No-

bleza, fol. 179 (v.).—9. Los Pleitos de Inglaterra, fol. 206 (v.).—10. Los Palacios de Galiana, fol. 230 (v.).—11. Dios hace Reyes, fol. 258.—12. El saber por no saber y vida de S. Iulian, fol. 281.

*Vuelta*: "Suma del Priuilegio": a Luis de Vsastigui por diez años: El Pardo, 16 de enero de 1638.—"Suma de la Tassa": 5 mrs. pliego; tiene 75 = once reales en papel: Madrid, 23 de agosto de 1638.—"Fe de erratas" (ninguna): Madrid, 15 de agosto de 1638. El Licenciado Murcia de la Llana.

*Haja 3.ª*: "Licencia del Ordinario": Madrid, 16 de julio de 1636: El Lic. Pérez de Vargas y Pulgar.

*Vuelta*: "Aprouacion del Maestro Joseph de Valdivielso." "Estas comedias... que escribio Lope de Vega Carpio he leído con respeto y ternura, porque le admiré vivo y le venero muerto: portento de los ingenios, y ingenio con dudas de imposible en todas edades..." que merese Luis de Isastigui "su yerno (de Lope) la licencia que suplica": Madrid, 8 de julio de 1636.

*Hoja 1.ª*: "A Don Gutierrez Domingo de





tánico; y como se ve en las notas, nos ha suministrado muchas variantes en un texto ya bueno, como es el de la *Parte XIII*, lo cual nos prueba que Lope corregía sin dificultad sus obras cuando bien le parecía. Sin embargo, creemos que en no pocos lugares es preferible la lección antigua o primitiva del manuscrito autógrafo. Verdad es que ciertos pasajes del impreso pueden considerarse más bien como erratas de imprenta.

A este autógrafo no sólo le falta el acto segundo, sino una o dos hojas al final, como decimos en la nota 119 de la página 579, en las cuales añadiría alguna circunstancia bibliográfica apreciable. Al principio sólo dice: *Santiago / el Verde. / Comedia deste año / 1613*. Siguen una rúbrica y dos líneas ilegibles.

En la dedicatoria al malogrado poeta Baltasar Elisio de Medinilla, que Lope puso en su edición impresa, le dice que como su comedias andaban estragadas en poder de los actores, tuvo que “vestirlas de nuevo”, y añade: “De las que lleva esta decima tercia parte cabe a v. m. la que se llama *Santiago el Verde*, imitando la estación que hace Madrid el primero día de mayo al Soto, donde el padre Manzanares, adornado de tantos coches, no envidia las altas ruedas del Tajo, las naves del Guadalquivir ni los naranjos de Guadalaviar.”

No se olvida de los cantares populares, que solía intercalar en estas obras que tocaban costumbres comunes.

En Santiago el Verde / me dieron celos.  
Noche tiene el día: / vengarme pienso.  
Alamos del Soto, / ¿dónde está mi amor?  
Si se fué con otro / moriréme yo.

2. El Halcon de Federico. A Sebastian Iayme, Ciudadano de Valencia (fol. 31).—3. El remedio en la desdicha. A doña Marcela del Carpio (fol. 53).—4. Los esclavos libres. A don Iuan Antonio de Vera, Caballero del Abito de Santiago, Comendador de Sierrabraua (fol. 77).—5. El desconfiado. Al Maestro Alonso Sanchez, Catedrático de Prima de Hebreo en la vniversidad de Alcalá (fol. 103).—6. El Cardenal de Belen. Al P. M. F. Hortensio Felis Parauecino Predicador de su Magestad, y Prouincial dignissimo de la Religion de la Sanctissima Trinidad (fol. 123).—7. El Alcalde Mayor. Al Doctor Christoual Nuñez, en la noble y admirable ciudad de Mexico (fol. 149).—8. Los locos de Valencia. Al Maestro Simon Xabelo, noble Frâces (fol. 173).—9. Santiago

el Verde. A Baltasar Elisio de Medinilla, Toledano (fol. 199).—10. La Francesilla. Al Licenciado Iuan Perez, en la Vniversidad de Alcalá (fol. 223).—11. El desposorio encubierto. Al Licenciado Iacinto de Piña (fol. 245).—12. Los Españoles en Flandes. A Christoual Ferreyra de Sampayo, cauallero Portugues (fol. 267).

*Vuelta*: “Aprouacion de Madrid”, del Dr. don Iuan de Gomara y Mexia: Madrid, 28 de septiembre de 1619.—“Aprouacion de Barcelona”: Barcelona, 30 de mayo de 1620: Fr. Thomas Roca.—*Imprimatur attenta relatione*: Matias Amell, Offic. & Vic. Gen.—*Imprimatur*.—Vt de Çalva. & de Vallseca.

*Hoja 3.<sup>a</sup>*: Prólogo. El de la edición de Madrid. Sigue el texto.

Manzanares (donde el río pequeño  
por titularle el agua corre con tuego)

Esta comedia desenvuelve un enredo chistoso y escenas graciosas, pero los dos personajes principales, Celia y Don García, son caracteres poco recomendables en cuanto a moral. Celia, con engaños y mentiras le quita a Teodora su anado; y Don García, con embustes indignos de un caballero, hace que el noble Don Rodrigo falte a su palabra y deje de casarse con su prometida.

*Santiago el Verde* fué refundida en tres actos por el actor Juan Carretero con el título de *El Soto de Manzanares y suistre fingido*, en 1827. Existe el manuscrito en la Biblioteca Municipal. La obra se estrenó en el teatro de la Cruz el 20 de enero de 1828, e hicieron los principales papeles Antera y Teresa Baus y Josefa Virg, con José García de Luna, Cubas, Montañó y José Tamayo.

### XVIII. Servir a buenos.

Esta comedia se imprimió primero en 1641 en una *Parte XVII* de Zaragoza, de las llamadas extravagantes en la colección de Lope de Vega (41).

Se reimprimió a principios del siglo XIX en un tomo de obras de Lope, con título general de *Colección de las mejores comedias de Lope de Vega. Tomo I. Madrid 1804*, en 4.<sup>ta</sup> sin nombre de impresor. Hizo esta edición el librero Castilla como se deduce del final de cada comedia. Son las diez siguientes:

N. 1. *Las burlas de Belina* (págs. 1 a 34). Al final: "Se hallará en la Librería de Castilla, frente las Gradas de San Felipe el Real y en el Puerto de Sancho, calle del Príncipe"—N. 2. *Servir a buenos* (págs. 35 a 100) sin indicación final alguna.—N. 3. *Las doncellas de Simancas* (págs. 71 a 106). N. 4. *El Mulino* (págs. 97 a 132). También hay tirada con juguetoso prologo (1 a 36) que dice al final: "Año 1804. Se hallará en la Librería de Castilla"—N. 5. *Lo que ha de ser* (págs. 133 a 164).—N. 6. *El preso del hospital* (págs. 165 a 190), sin nada al final.—N. 7. *La Arado* (págs. 197 a 247). Al final dice: "Año 1804. Se hallará en la Librería de Castilla, frente a las Gradas de San Felipe el Real y en la de Sancho, calle del Lobo, y en el Puerto de Sancho, calle del Príncipe"—N. 8. *Un caso de la*



lencia (págs. 243 a 283); la misma indicación final que la anterior.—N. 9. *El premio del bien hablar* (págs. 285 a 316).—N. 10. *La mayor victoria* (páginas 317 a 342); al final dice: “Fin del tomo primero. Madrid, año de 1804. Se hallará...”, etc. (como el número 7). Otro ejemplar de este número 10 no dice nada al final.

Otro ejemplar de *Servir a buenos* tiene paginación propia (1 a 35), y al final dice: “Se hallará en la Librería de Castillo...”, etc. De modo que parece edición distinta del número 2 del tomo; pero es sólo una tirada especial, como se hizo con las demás comedias del tomo para venderlas sueltas.

Esta comedia es sencilla y bien llevada, pero no ofrece nada de particular. Algunas lindas escenas villanescas son la marca de fábrica.

## XIX. La vengadora de las mujeres.

Se estampó esta comedia en 1621, en la *Parte XV* de la colección especial del autor y por él mismo; de modo que el texto es auténtico (42). Salvá, en su *Catálogo* (I, 548), cita una impresión suelta, es decir, con paginación propia, pero que también estaba destinada a formar parte de un tomo coleccionario, impreso en Bruselas, en 1649, por Huberto Antonio Velpio. Tenía este encabezado: *La vengadora de las mujeres*, y constaba de 43 páginas en 4.º

Es comedia lindísima, por el estilo y gusto de *El perro del hortelano*, aunque en ella se sostiene una paradoja sólo por lucir el autor su inagotable ingenio. Pero, como en *El perro del hortelano*, se está viendo nacer y desarrollarse el amor por su secretario en la dama desamorada. No es comedia de carácter, porque el aborrecimiento de Laura a los hombres es un supuesto teórico para discretear y decir agudezas casi todos los personajes.

Debió de tener mucho éxito, porque Lope, al reimprimirla en 1621, cuando “andaba perdida por la corte”, señal de que era ya algo antigua, se acordó de su estreno y dejó consignada su fortuna, escribiendo: “Representóla León e hizo la *Vengadora* María de Alcaraz famosamente”.

(42) En la nota 1.ª de la comedia *Querer la propia desdicha*, de este mismo pró-

logo, se describen las dos ediciones de esta *Parte XV*.



*moza de cántaro* el Sr. M. Stathers, siguiendo el texto de Hartzenbusch de Autores españoles.

En la Biblioteca Nacional hay, de esta obra, un manuscrito de principios del siglo XIX que, por tanto, no tiene valor alguno. Es copia incompleta de la refundición de Trigueros (45).

Esta notable comedia excitó, a fines del siglo XVIII, en D. Cándido María Trigueros el deseo de refundirla, como había hecho con otros grandes dramas de Lope (*La Estrella de Sevilla*, *Los melindres de Belisa*, *La esclava de su galán*, *El ansuelo de Fenisa*), estropeando (no hay para qué decirlo) estas magníficas obras para acomodarlas al gusto francés o neoclásico.

Se imprimió varias veces con el título de *La moza de cántaro. Comedia en cinco actos. De Lope de Vega Carpio* (46), y refundida por Don Cándido María Trigueros. Madrid Mateo Repullés, 1803; 8.º; 108 págs. (47).

*La moza de cántaro* así refundida se estrenó en el teatro de la Cruz el 18 de abril de 1803, ya muerto Trigueros, y fué muy aplaudida y repetida, en particular por la excelente representación de Rita Luna, que hizo el papel principal.

Con respecto a la fecha en que Lope compuso esta preciosa comedia ha habido dudas que, a mi ver, no debían haberse suscitado. Para Hartzenbusch y para casi todos los que han tocado este punto, la comedia se escribió a fines de 1625, pues en el acto segundo hay un soneto relativo al desembarco atrevido de una escuadra inglesa en Cádiz, en octubre de dicho año, con tan mal éxito, que las tropas tuvieron que reembarcarse precipitadamente, abandonando todo lo que habían sacado a tierra. Como Lope no necesitaba muchos días para componer una de sus piezas, y el soneto aludido, superfluo en la obra, sólo puede explicarse por la novedad del suceso, de ahí que con buen juicio pueda afirmarse que la comedia se compuso y representó en los últimos meses del año 1625. Y mucho más cuando habiendo, en 1627, repetido este soneto en su *Corona trágica*, no lo hizo sin dos enmiendas notables que lo mejoran mucho, lo cual prueba que la de la comedia fué su primitiva forma.

Pero la comedia tiene la conclusión que dice textualmente:

*fia teatrale spagnuola*. Genève, 1929. 4.º; páginas 63 y sigs.

(45) Ms. 16.398, en 4.º; de 33 hojas, incompleto al principio y al fin.

(46) Esto es falso: la comedia de Lope está en tres actos o jornadas. Lo que está

en cinco es la refundición de Trigueros.

(47) Otra edición: *Se hallará en Valencia, en la Imprenta del Diario, con otros títulos diferentes*. Sin año; 4.º, 26 págs.—Hay otra edición de Valencia, Joseph de Orga, 1803, 28 págs., y otra de Barcelona, A. Roca, sin año.

Aquí

pono fin a la comedia  
quien no perdiere este pleito  
paga a Mil y quinientas  
Mil y quinientas ha escrito,  
pero es que perdón merezca.

A Hartzenbusch le parecieron muchas comedias en 1625, y supuso, sin fundamento alguno, que *La moza de cántaro* se había estrenado en 1625, pero con otra conclusión en que no entrase lo de las *mil y quinientas*. Y que hacia 1632, en que se volvería a poner en escena dicha comedia, le añadiría la conclusión definitiva.

Pero como sabemos por declaración expresa del doctor Pérez de Montalbán (*Fama póstuma*) discípulo y amigo predilecto de Lope, que conocía bien sus obras, que "las comedias representadas llegan a *mil y ochocientas*", aunque demos por supuesto que, en efecto, sucedió lo que dice Hartzenbusch, sería necesario que Lope, en los tres años escasos que vivió después de 1632, escribiese 300 comedias. Esto sería completamente imposible, porque Lope, en los últimos años escribió muy poco de teatro. El mismo se quejaba, hacia 1627, de que el público le desairaba a veces, y esto le tenía muy retraído. Montalbán añade que mucho antes de su muerte le dijo al duque de Sesa "que no quería escribir más comedias", y que el duque, para compensarle, le daba 400 ducados anuales.

Además, Lope tenía otros motivos de queja en lo relativo al teatro. En este año mismo de 1625 se le prohibió imprimir más tomos de comedias, cuando iba en el tomo o *parte XX*; publicación que era para él una buena fuente de ingresos pecuniarios, pues sus obras eran las que más se vendían y las ediciones de una misma parte se repetían sin cesar, en Madrid y en Barcelona. Hasta 1635 no pudo continuar la impresión de nuevos tomos, precisamente cuando le faltó la vida.

Era, pues, necesario que Lope tuviese, en 1625, escritas *mil y quinientas* comedias, y quizá algunas más, para que al fallecer, en 1635, dejase un caudal siempre inverosímil, pero cierto, de 1.800 comedias en tres actos cada una, y cerca de 400 autos sacramentales.

El incendio del archivo dramático del teatro del Príncipe, en 1802, nos privó de centenares de comedias manuscritas de Lope, que allí perecieron abrasadas.

Algo podrá, con el tiempo, restituirse a Lope entre las obras de Luis

Vélez de Guevara y otros poetas de época posterior, que se las apropiaron al refundirlas o modificarlas. Casi todo lo que suena como de Lanini o de Cañizares es de Lope. De éste, en particular, puede decirse que toda su gran fama de dramático es usurpada.

EMILIO COTARELO Y MORI.



# INDICE DEL TOMO XIII

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO.....	v
239.—Los milagros del desprecio.....	i
240.—Mirad a quién alabáis.....	28
241.—El molino.....	60
242.—La noche toledana.....	95
243.—La obediencia laureada y primer Carlos de Hungría.....	133
244.—Los peligros de la ausencia.....	170
245.—El perro del hortelano.....	205
246.—Por la puente, Juana.....	247
247.—Porfiando vence amor.....	275
248.—La porfía hasta el temor.....	309
249.—La portuguesa, y dicha del forastero.....	338
250.—El premio del bien hablar.....	373
251.—Quien ama, no haga fieros.....	403
252.—Querer la propia desdicha.....	435
253.—Los ramilletes de Madrid.....	469
254.—El saber puede dañar.....	505
255.—Santiago el Verde.....	539
256.—Servir a buenos.....	581
257.—La vengadora de las mujeres.....	614
258.—La moza de cántaro.....	647





# LOS MILAGROS DEL DESPRECIO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

DON PEDRO GIRÓN.  
DOS CRIADOS.  
HERNANDO.  
DOÑA JUANA.

LEONOR, criada.  
DOS PAJES.  
DON ALONSO.

~~~~~

DON JUAN.  
BEATRIZ.  
TÍO DE DOÑA JUANA.

## JORNADA PRIMERA

(*Salen a empezar DON PEDRO GIRÓN y CRIADOS.*)

PEDRO. Dejádme. ¿Qué me queréis?  
Bien sé que podéis decir  
que es el dejarme morir  
desesperación. Diréis  
muy bien; que si esto os negara  
en la piedad de los dos,  
parte de la ley de Dios  
os confieso que os negara.  
¡Válgame Dios! ¿Dónde tiene  
la condición inhumana  
de tu inclinación villana  
la contrayerba? (1).

CRIADO 1.º Conviene,  
aunque se enoje, Beltrán,  
divertirle en su cuidado,  
que es una tema en que ha dado,  
y enloquecerle podrán  
sus continuos pensamientos.

CRIADO 2.º ¡Señor! Aun mirar siquiera  
con qué condición de fiera  
hallará divertimientos  
tan rebelde corazón

---

(1) Falta quizás una redondilla en que se nombra-  
se la persona a quien se vitupera. Hartzenbusch lo  
enmendó así:

¡Válgame Dios! ¿Dónde tiene  
tu corazón, doña Juana,  
de su condición tirana  
la contrayerba?

y tan extraña inclemencia.  
CRIADO 1.º Duélete de tu prudencia. (1)

(*Sale un CRIADO.*)

CRIADO. Hernando, el que te sirvió  
y fué a Flandes, ha venido,  
y, leal y agradecido  
al pan que en casa comió,  
dice que te quiere ver.

PEDRO. Aunque son muy desiguales  
tus recados y mis males,  
dile que entre. ¿Qué he de hacer,  
si es ingratitud negarme  
a su buen conocimiento?  
¡Que no pueda el pensamiento  
desta locura apartarme!

Esta mujer, ¿no es mortal,  
y se pudiera morir?

Claro está; pues el sentir,  
¿por qué ha de ser desigual?

Y siendo fuerza tener  
fin su rigor y mi pena,  
¿por qué de mí me enajena  
lo que ha de dejar de ser?

(*Sale HERNANDO.*)

HERNANDO. Dame tu mano a besar.

PEDRO. Muy hombre estás ya.

HERNANDO. Señor,

---

(1) Falta un verso a esta redondilla. Hartzenbusch  
lo suplió con éste:

señor, en esta ocasión.

*halla de un mayor.*

FRANCISCO: ¡Dios muy bien, claro está!

HERNÁNDEZ: Pero como muy crecido.  
El cuerpo mortal está noble  
lo que adelgaza es la hambre  
y da de sí la tejida.

En tres años de soledad  
mal pagado y sin comer,  
podría un hombre crecer  
por encima del tejado.

No hay triste *ánima* más  
como el estar un cristiano  
entre uno y otro pontal,  
rociado de gragea.

de vil bronce, porque allí  
muestra un hombre su buen pecho.  
Bien mirado, ¡que me han hecho  
los luteranos a mí!

Jeuerito los crió,  
y puede por varios modos  
si el quiere, acabar con todos  
mucho más fácil que yo.

Éntrale sólo a un lugar,  
y tras de andar a balazos  
quitando piernas y brazos  
— sin comer ni descansar,

cuando ya el campo se inclina  
con el mas sangriento estrago  
al último Santiago  
poniéndole fuego a una mina.

que viene a dar a los pies  
del que embute enfiado  
y vuelto a un pobre soldado  
hecho hara al revés.

FRANCISCO: Pues ¿qué te disgusta de ir  
a tu casa, Hernando?

HERNÁNDEZ: El tener  
incapacidad de saber,  
sólo por no preguntar.

Tanta experiencia pasada  
traga con lo que he pasado  
que en el Consejo de Estado  
podría no decir nada.

Después de Cuernavaca  
— casi veinte ya de agosto,  
un Varadero y Polanco  
— caminando.

FRANCISCO: Ya es el plazo  
no hay grata que celebrar.

HERNÁNDEZ: ¿Qué hay, mi señor?  
¿Esta taladra aquí  
apenas ha empezado?

Yo soy desdichado que sólo sea  
un juguete de papas.

Y, Ay, ¡cómo me muero! Hernando  
— pudiera la patria... (llora)  
— de una condición humana  
— acostumbrarse.

PEDRO: Que hace  
— es la misma que antes  
— entonces la paz no más.

HERNÁNDEZ: Luego tres años y más  
— debe (1) sólo un desierto.

PEDRO: Si así es...  
HERNÁNDEZ: ¡Válgase el cielo!

Un nulla *resolución* está  
— en el interior de aquí.  
Tres años siempre a pie quedo  
— No como más en Toledo  
— el mejor corralero!

Tres años, treinta y seis meses  
— y cuarenta y cinco días  
— todo un funeral podré  
— haber hecho si tuviera.

¿dura, piedras, pedruzcos,  
¡Joven! ¿Y que no te ha dado  
— quiera un favor grande?

PEDRO: Podrían más desventuras  
— por decirlo a los fuertes.  
Con asombro tengo  
— esperanzas de no te  
— el mundo viviera.

Amoroso lo *conocimiento*  
— en dicha, y lavanderos  
— y a comerse presuntos  
— con días desgraciados.

— me voy hacia y así  
— la patria para el *conocimiento*  
— me la pena y el *conocimiento*  
— me estoy vengando de mí.

HERNÁNDEZ: — me voy hacia la patria  
— de tu amor, que me *conocimiento*.

FRANCISCO: Ya voy este mundo, voy  
— Hernando, y me voy claro  
— que cuando de tu amor  
— se acuerda de mí mal.

HERNÁNDEZ: Tu *conocimiento* *conocimiento*  
— del mundo como padre  
— sobre toda *conocimiento*.

— Después de tu para y así  
— que pueda *conocimiento* a ti  
— siempre un *conocimiento*  
— (No hay, voy al *conocimiento*).

(1) Aquí *conocimiento* me *conocimiento* *conocimiento*.

muchos cazadores diestros  
que pudieron ser maestros  
de otros, y no acertar.

y llegar un cojo y manco,  
y poner sin gallardía  
a tiento la puntería.  
y dar en medio del blanco?

Pues así pienso yo ser:  
que, aunque otros hayan tirado,  
quizá daré, afortunado.  
en el blanco, sin saber.

PEDRO. Ahora, Hernando, yo no quiero  
despreciar tu ingenio aquí,  
sino que haces (1) por mí  
de tu experiencia el primero.

Doña Juana de la Cerda  
se sirve de una criada  
poco menos recatada  
que ella, si no tan cuerda,  
y como sepas hacer  
que te trate sin rigor.  
en todo, después, mi amor  
seguirá tu parecer.

¿Quieres darle este diamante?

HERNANDO. Pues dando, ¿qué le debieras  
a mi ingenio, cuando fueras  
con ellas dichoso amante?

Con la experiencia verás  
que está, aunque estimas y adoras,  
más el daño en lo que ignoras  
que el remedio en lo que das.

Un punto no has de exceder  
los récipes que te diere;  
que el enfermo que no quiere  
al médico obedecer,  
no le queda qué argüir.

PEDRO. Los venenos se probaban  
un tiempo en los que ya estaban  
condenados a morir;

y, así, yo que a manos muero  
de un repentino rigor,  
ya resuelto y sin temor  
ponerme en tus manos quiero.

HERNANDO. El pulso voy a tomar  
a doña Juana, por ver,  
ya que no sabe querer,  
si está cerca de enfermar.

(*Vanse. Sale DOÑA JUANA y LEONOR, criada.*)

JUANA. ¡Mueran los hombres, Leonor!

LEONOR. ¡Mueran mil veces, señora.  
esta canalla traidora.  
tiranos de nuestro honor!

JUANA. Eso sí, buena mujer;  
¡vive el cielo, que si fuera  
mío el mundo, que te diera  
la mitad sólo por ver  
medida tu inclinación  
a mi gusto! Estos tiranos,  
tiernos, suaves y humanos  
antes de la posesión.

y después de ella crueles.  
desabridos y ofensores,  
a manos de mis rigores  
han de morir, como inieles.

La venganza universal  
a sus palabras quebradas  
y esperanzas malogradas  
seré, con rigor mortal.

Mujer Atila he de ser  
contra estos fieros tiranos  
contra quien son nuestras manos  
el llorar y padecer.

Y ojalá que a mi opinión  
cualquiera mujer se viera  
reducida, por que fuera  
cada mujer un Nerón  
abrasador.

LEONOR. ¡Qué dulzura  
que tiene para engañar  
el que llega a enamorar!  
¡Con qué amor, con qué frescura  
que pone en el alameda  
de la esperanza los pies  
y el alma!; pero después,  
¡qué abochornado que queda!

JUANA. De las que he visto llorar  
estoy tan escarmentada,  
que quisiera verme atada  
a un duro escollo del mar  
antes, Leonor, que rendida  
a una pasión amorosa.

LEONOR. Añade estando celosa,  
agraviada y ofendida,  
y perderás en pensallo  
el entendimiento.

JUANA. ¡Guerra,  
Santiago, arma cierra, cierra  
contra los hombres!

(*Sale HERNANDO.*)

HERNANDO. ¡Andallo!  
Ellas embisten conmigo

(1) Así en el original. Hartz. enmendó, con acierto, "uses".

en vida, que soy solo  
¡Vive Cristo, que he llegado  
al campo del enemigo!

¡Guerra, Santiago, y yo  
en el asunto! ¡Ay de mí!

Sin haberte algo de Juan  
El de allá me engañó.

JUANA (Que hombre es aquele?)  
LEONOR (Ay, señora!)

Hernandillo, el que servía  
a don Pedro, y se fue un día  
a la guerra.

HERNANDO Y vuelvo ahora.

LEONOR Sin haberte se fue, y no tiene

HERNANDO También hay entre las gentes  
habidos para los ausentes.

LEONOR ¡Jesús, y que grande viene!  
¡No acabo de santiguarme!

HERNANDO Yo sé por lo que he creído  
LEONOR Por qué?

HERNANDO Porque no he tenido  
otra cosa en que ocuparme.

LEONOR ¡Lo que traerá que contar  
de Plauke!

HERNANDO Por estas cosas  
he muerto más literario  
que arena! ¡Grande es el mar  
y es mentir con destina!  
Que hay estrellas! ¡También son  
muchas! No hay comparación,  
y me quedo en el camino  
del hiperbole atascado.

JUANA Que eres el primero torcido  
que se le abarda mintiendo  
después de haber empezado.  
¡Viste a la infanta!

HERNANDO ¡Pues no!  
Cada día.

JUANA Y como está?

HERNANDO Todavía se está allá  
con la cara que lleva.

LEONOR ¡Quién habrá que no lo crea!

JUANA ¡Basta, que tienes desatino!

HERNANDO Cuando el día es el día,  
si que está con barbitas.

JUANA ¡Has venido a recibir  
don Pedro!

HERNANDO Solista, no.

JUANA ¡Has qué!

HERNANDO ¡Puedo me comulgo  
la guerra a no le ofrezco.  
¡Basta muy suficiente!  
¡Quitaré como go antes!

que entre pasadizos  
y al viento venga hecho  
a embestar y pelar  
en levantando la mano  
pensaré que se literario  
tocare a degollar.  
Corta, está!

JUANA  
HERNANDO Con los autores

pasados y aporados  
le va cuando desdobra  
la hoja de sus amores.

JUANA ¡Puede en él y en no quimeras!  
HERNANDO ¡Hernando no me lo rombes!

LEONOR Y luego en todos los bordes.

HERNANDO Las dos pierden las hojitas.

Pues, papiritas, a lo  
que habéis de dar en la luz.

JUANA Que dices.

HERNANDO Que nadie diga  
de este agua no beberé.

JUANA ¡Que es beber! ¡Vive en los cielos,  
que si ardiente me alumbra  
que de mi ardiente férvido  
puedas arrojando  
para no dar a mi falda  
agua de tantos ríos.  
¡Hara hacer fuentes más que  
y florar después mirando!  
En mi casa se podría  
beber, como no temo  
hacer media comensal  
a tu amor.

HERNANDO Tu lo ves.

JUANA ¡Cuántas premeditaciones!

LEONOR Perdió luego la pena.

JUANA ¡Sóran veinte!

LEONOR Más de treinta.

JUANA Pues, tú me vas a inventar  
que de repente todos  
papir presento o rombo  
a por de haber estado  
a la primera.

LEONOR ¡Ah, sí!

que por eso que una habéis  
después era más literario.  
Porque sé a mi señora, lo  
que está comensal.

JUANA ¡Ay, Leonor, si así de hacer  
por para no perder!

Of. de el suplico para "mundo". (Hace un ruido  
"mundo".)

enojarte y despedir  
te doy bastante poder.

(Vase.)

LEONOR. ¿Tienes tú amor?

HERNANDO. ¿Qué es amor?

No daré por cien mujeres  
un ochavo de alfileres.

¡Mujeres!... ¡Jesús, qué hedor!

LEONOR. Parece que no has sabido  
que naciste de una, Hernando.

HERNANDO. Por eso nací llorando,  
y sentí el haber nacido.

LEONOR. Según eso, ¿cosa es llana  
que me aborrecéis a mí?

HERNANDO. Como si estuviera en ti  
el demonio en carne humana.

En mi vida hablé a mujer,  
como no me dé o me preste.  
El primer emplasto es éste  
de la cura que he de hacer.

LEONOR. Bueno es esto para quien  
está mirando estos días  
amantes idolatrias.

¿Que nunca has querido bien?

HERNANDO. Una vez que en mis intentos  
sentí ciertos intervalos,  
les di más de treinta palos  
a mis propios pensamientos.

A un diestro muy confiado (*Ap.*),  
en dándole de antuvión  
sobre su propia lición,  
de afligido y de turbado  
no sabe volver en sí.

LEONOR. Dame tú, que yo quisiera  
quererte, que yo te hiciera  
que te murieras por mí.

HERNANDO. Por dos caminos sería:  
de risa de ver tu engaño,  
o temeroso del daño  
de tan gran majadería.

No quisiera en mis cuidados  
más bien que la comisión  
de acotar sin remisión  
mujeres y enamorados.

LEONOR. ¿Hay tal hombre?

HERNANDO. Industria mía,  
por aquí se ha de guiar  
la cura; que en despreciar  
está la primer sangría.

LEONOR. Presto me he ver vengada  
de ti; que criados vienen

de pretendientes que tienen  
hasta el alma enamorada.

Escóndete, no te vean,  
y verás cómo me hartó.

HERNANDO. ¡Qué importa, si yo descarto  
cuando hay otros que desean!

(Escóndese HERNANDO y salen dos CRIADOS con presentes.)

CRIADO 1.º Este pequeño presente  
es de don Juan, mi señor,  
cuyo cuidado y amor  
lo serán eternamente.

CRIADO 2.º Don Alonso de Ribera,  
mi amo, a la enferma envía  
esta pequeña sangría  
con fe firme y verdadera.

LEONOR. Huélgome que hayáis venido  
los dos, porque sin cuidado  
responda con un recado  
a los dos que habéis traído.

Decid a esos caballeros  
que mi ama no es mujer  
que se deja convencer  
de búcaros lisonjeros

ni de salvillas doradas;

que, cuando quisiera el mar  
sobornos acreditar  
con las perlas encerradas

en sus conchas, y la tierra,  
con sus preciosos diamantes,  
no hicieran inconstantes  
los propósitos que encierra.

Que el crédito y los sentidos  
en este amor perderán,  
porque en esta casa están  
los hombres aborrecidos.

Y así, a tanto porfiar  
sólo manda el responder  
que se censan de ofender  
o se ofendan de cansar.

(Vase.)

HERNANDO. Oigan, y cuál se han quedado  
el uno y otro aturdido:  
pajes de tapiz han sido  
con el intento pintado.

CRIADO 1.º Muy bien pudiera excusar  
vuestro amo el competir  
con el mío.

CRIADO 2.º Eso es decir,  
que no le puede igualar.



Mi amo tiene guardado,  
para cuando el rey le haga  
título, un dote y paga  
de señor adelantado.

pues viene al amanecer  
a dormir que llueva o truene

CRÍADO 1.ª Que importa, si el amo tiene  
desposado y boticario

y recienzo a portina

que se lo de el rey o no

HERNANDO A eso me atengo yo  
que es el corral de Buendia,

y el otro marqués de la pera  
título camaleón

fundado en su pretensión

CRÍADO 1.ª ¿Que tenemos los dos?

CRÍADO 2.ª ¡Ay Dios, riñamos por mí!

HERNANDO En empezando a rifar,

les tengo de percollar

los dos presentes aquí.

CRÍADO 1.ª Esto le importa a mi tamo

CRÍADO 2.ª Crédito a mi nombre doy.

HERNANDO Críalo del tuyo voy

que te cuido la gacama

habrás de tener paciencia

que en la dos reina Marte

hoy se mudan a otra parte

los trillos de la pendencia

*Coge Hernando los dos salidas y vase*

CRÍADO 2.ª Aquí no han de meter  
en pie al campo sagrados  
a pelear

CRÍADO 1.ª Al campo vamos,  
que area junda tener

el "lenguaje" de la villa

o no carpentera el color

CRÍADO 2.ª Auto más será por

Ago deje su saliente

CRÍADO 1.ª Y así la mala junda

CRÍADO 2.ª Vengan desde hoy a la zona

trino algarabidos, amarga

CRÍADO 1.ª La sangre me agudo

CRÍADO 2.ª ¿Qué haré ahora, orrey  
a nosotros que nos ha sido  
sardel de que los comedidos

CRÍADO 1.ª No se como comido

CRÍADO 2.ª No, gano por y gana

un oportuno error

donde que fono. Escuso

si fono. y algarabidos

la comido, con saliente

sera más fácil remedio

CRÍADO 1.ª Si puede haber alguna media  
de pie que lo sea

y lo comido de de de

*[Fase]*

CRÍADO 2.ª Aquí viene el dueño más

Reducale el desahío

a su amo del menhí

*[Sale Don Alonso]*

ALONSO ¿Que es esto?

CRÍADO 2.ª Darle a mi mano

el repetido valor

que esta padiendo tu amo

De don Juan Altamirano

trujeron aquí un presente

al tiempo que recibí

el tuyo y el muyo no

v. celoso e imprudente

comigo quiso reñir

Pieno que admitido está

ALONSO Basta! No me digas más

Desde hoy empiezo a vivir

con ese nuevo favor

Como albricias no has pedido

si soy el favorecido?

Todo lo que me es mi honor

te daré mi ter, mi hacienda,

mi vida y mi voluntad

que en tanta felicidad

me comido que el mundo entienda

que no hago est macido

de una mujer que ha dos años

que es resuelto desengañado

le da a don Pedro Gutier

de donde en desengano

Dírele por esta comedia

no te por así y que desahío

de su patento que nave y no

comido con su comedia

los comido que vos comido

El comido comido

trujeron aquí de la zona

Desde hoy que no ha comido

no ha comido comido

comido comido

comido y comido

comido, que no es

que comido el comido comido

no ha comido comido

en su casa estorbaré  
que entre sin licencia mía,  
la luz, cuya inmensidad  
en rasgos de claridad  
es precursora del día.  
Sígueme.

CRIADO 2.º Contigo voy.  
Fácilmente lo ha creído;  
y de haberle persuadido  
gozoso y contento voy.

(*Vanse, y sale el PRIMER CRIADO y DON JUAN.*)

CRIADO 1.º Esto, señor, fué mostrar  
que en servir y en agradarte  
me cabe a mí tanta parte  
como a ti en saber amar.  
Otro presente ha enviado  
don Alonso de Ribera,  
tu competidor, que espera  
lograr también su cuidado,  
y el tuyo se recibió  
cuando el suyo han despedido,  
y así habemos reñido  
el desconsolado y yo.

JUAN. La vida, amigo, me has dado,  
y, desde hoy, que no eres digo  
mi criado: eres mi amigo,  
y en quien fundo mi cuidado.

¿Es posible que yo he sido,  
entre tantos pretendientes  
ricos, nobles y valientes,  
el solamente admitido?

El juicio he de perder,  
y no por el rendimiento  
con que se obliga mi intento  
a servir y a pretender,

sino por la soberana  
calidad y estimación  
con que don Pedro Girón  
pretendía a doña Juana.

Tres años ha justamente  
que el pobre la galantea,  
sin ver el fin que desea  
en un favor solamente;

y está tan rendido ya  
de su amoroso cuidado,  
que dicen que, retirado,  
perdiendo el juicio está.

Visitarle será bien  
sólo para examinar  
las causas de su pesar,  
y para darles también

esta gloria a mis sentidos;  
que no hay gustos estimados  
como el oír los amados  
llorar los aborrecidos.

(*Vase.*)

CRIADO 1.º Amantes: ninguno crea  
que es en el arte de amar  
difícil el engañar  
a quien pretende y desea.

(*Vase, y sale DON PEDRO y HERNANDO.*)

HERNANDO. Es todo lo que he contado  
tan verdad, como lo es  
que los dos no somos tres  
y que el uno no es soldado.

PEDRO. La soldadesca, en efecto,  
en todo entra.

HERNANDO. Es, señor,  
constitución del valor,  
aunque no traigo coleteo;  
que no hay, a mi parecer,  
quien hable más en su estado  
que un coletillo picado  
acabado de comer.

Todo lo rinde y lo mata  
contra los pobres infieles,  
si acaso dió a sus papeles  
sepulcros de hoja de lata;  
pues que si el que está a su lado  
replica y le da cordel,  
en la torre de Babel  
no se habló tan revesado  
y tanto sobre comida.

Dios se lo perdone a Flandes:  
¿qué de mentiras tan grandes  
tiene a cargo en esta vida!

PEDRO. ¿Que los presentes allí  
los cogistes? ¡Gran valor!

HERNANDO. Entre sus armas, señor,  
águila rapante fui:  
mientras los dos, muy valientes,  
defendían la nobleza  
de sus amos, con presteza  
agarré los dos presentes;  
y así, que andaban recelo,  
ya después de haber reñido,  
como aquel que divertido  
busca hongos por el suelo.

PEDRO. ¿Y qué, tanto me aborrece  
esa mujer?

HERNANDO. Sí, señor;

en el no tener amor  
calava a esta en sus trece  
pero la has de ver seguir  
tus pasos, de puro asombrado,  
y yo he de ser ignorante  
y en la demanda morir.

PEDRO. Y yo, ahora, ¿que he de hacer?

HERNANDO. Dejarte jaropear (1)  
con principios de esperar  
de callar y obedecer.  
Que en este primer intento  
es el remedio mejor,  
en calenturas de amor  
jarabes de sufrimiento.

(Sale un Criado de Don Pedro.)

CRÍADO. Don Alonso de Ribera  
dice que te quiere hablar.

PEDRO. Entre.

HERNANDO. Aquí he de recetar  
una cosa muy ligera  
si en doña Juana te incita  
este tu competidor,  
solo te ordeno, señor,  
que bebas en la visita.

PEDRO. Pues ¿he de beber sin gana?

HERNANDO. Píde de beber, que yo  
se el énfasis, y tu no.  
Si del mal que en doña Juana  
te aflige quieres curarte,  
no hay sino creerse a mí,  
porque has de beber aquí,  
o no he de poder sanarte.

PEDRO. No he de saber para qué  
efecto?

HERNANDO. Puesto en mi mano  
eres enfermo cristiano  
que se cura con la te  
y en empezando a poner  
argumento, ná te cura.

PEDRO. Ahora bien, poco aventuro  
a está el remedio en beber.

(Sale Don Alonso.)

ALONSO. Salte Dios que en la salida  
lleva a tres vuestros andes,  
que como amigo leal,  
curadísimo hubiera sido  
el primer de vuestros andes.

(1) En el original "jarapear", que quiere decir "curar" o "medicar".

PEDRO. De vuestra buena intención  
no me deis satisfacción,  
ni tenéis que disculparme.

con el darme esa disculpa  
que, en tan noble proceder  
que ignorancia puede haber  
es cierto, pero no calza.

ALONSO. Y cómo se va de salud?

PEDRO. Ya, gracias a Dios, mejor.

ALONSO. Así lo dice el cielo.  
(Ay de ti y de tu quietud  
en sabiendo, en tu ciudad,  
que soy el favorecido.)

HERNANDO. Este por lana ha venido  
y ha de volver trasquilado.  
(Pague su intención traidora.)

ALONSO. Lo que importa es no comer  
demasiado, ni hacer  
desordenes, por ahora.

PEDRO. Antes un médico me dio  
que he de beber me portía  
todas las horas del día.

ALONSO. Graduado en algún río  
debe de estar.

HERNANDO. (Lo que fragua  
el médico sabréis luego,  
cuando vos paguéis el fuego  
el conjetivo del agua.)

ALONSO. Pediros a solas quiero  
una merced.

PEDRO. Salte fuera.

(Sale Hernando.)

ALONSO. De la pasión verdadera  
de vuestro amor cierto espero  
que disculpáreis el río.

Ya sabéis que doña Juana  
ha sido hasta aquí, tirana,  
tan dueña de mi albedrío

como del vuestro, por lo va  
un presente ha recibido  
de mi mano, en que ha querido  
decirme claro que está

mi voluntad almirada  
y, pues vos no habéis respondido  
a veros en tal estado,  
mi amor me manda que os pida,  
por merced y por favor,  
que de esta empresa alagado  
si acaso el prento espanto  
debido a tanto valor.

PEDRO. A tal resultado dobles.

de su amor, la resistencia  
es sólo tener paciencia.  
¡Hola!, dadme de beber.

(Sale HERNANDO con la salvilla del presente y un bernegal.)

ALONSO. ¡Válgame Dios, qué curioso  
bernegal! ¿Quién os le ha dado?

PEDRO. Una dama le ha enviado,  
con un recado amoroso.

HERNANDO. Y más que envió a decir,  
la dama que le envió,  
que a ella un galán se le dió,  
y así es dar y recibir.

Los favores de las damas  
son los emplastos de amor,  
y curan mucho mejor  
que con récipes y dracmas.

(Aparte.)

PEDRO. ¡Vive Dios, que ha conocido  
su presente y se ha turbado!  
¿Qué has hecho?

HERNANDO. Haberte vengado  
de la intención que ha tenido.

Ya mira con atención,  
ya atribulado es su enojo:  
echa por un lado el ojo,  
y está mirando el arpón.

ALONSO. Regalado habréis estado  
de sangrías.

PEDRO. Esta sola  
fné la receta española  
que dió fin a mi cuidado.

ALONSO. ¿Ella pudo imaginar...?  
Pero yo sí, ¿cómo, cuándo...?

HERNANDO. El hombre se va turbando:  
la purga ha empezado a obrar.

PEDRO. No parece que tenéis  
tampoco entera salud.

ALONSO. Con esta nueva inquietud,  
desdichas, ¿qué me queréis?

PEDRO. Mortal estáis.

ALONSO. Tuve ahora  
un disgusto, y no estoy bueno.  
PEDRO. Amor le ha dado veneno  
por los ojos.

ALONSO. ¡Ah, traidora!

Quien recibe para dar,  
¿amor tiene? ¡Vive Dios,  
que se quieren bien los dos!  
Mas yo me sabré vengar.

PEDRO. El color habéis perdido:  
volved en vos; ya sabéis  
cuán seguro me tenéis,  
si en algo estáis ofendido.

ALONSO. El tiempo sólo os dirá  
mi intención y mi cuidado.

HERNANDO. Ya éste lleva su recado:  
¡confuso y sin huesos va!

PEDRO. ¿De qué sirve haber querido  
darle este disgusto aquí?

HERNANDO. Si en el que te daba a ti  
mala intención ha tenido,  
¿qué ley ni razón ordena,  
en lo justo, ni en lo injusto,  
que te venga a dar disgusto  
y le excusemos la pena?

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Entrándoos a visitar.  
bajaba por la escalera  
don Alonso de Ribera...

HERNANDO. Para todos hay pesar.

(Vase.)

JUAN. De suerte que me asegura  
algún enojo con vos.  
¡Desdichados de los dos,  
en sabiendo mi ventura!

(Sale HERNANDO con otra salvilla.)

HERNANDO. Apenas vió este presente,  
que a mi señor le ha enviado  
una dama, con cuidado  
de verle enfermo y doliente,  
cuando sin pulsos quedó  
y tan mortal, que me admiro.

JUAN. ¡Cielos!, ¿qué es esto que miro?  
¡De aquellos pulsos soy yo  
el muerto! A tales venenos  
¿quién habrá que se resista?

HERNANDO. Si no me engaña la vista,  
otro aturdido tenemos.

PEDRO. De don Alonso quisiera  
que supierais el disgusto.  
o la intención; que no es justo  
el irse de esa manera,  
sin declarar sus extremos.

JUAN. ¡Que siendo yo el ofendido  
los inquiete el que se ha ido!  
Corazón, disimulemos;  
porque en llegando a saber

que diera Juana le de  
la misma que le di yo,  
con intención de steriles  
mi rendirle violento,  
en las venas de las dos  
he de venar (¡vive Dios!)  
esta maldad maldad  
— a saber en mujer (¡oh!  
¡Ah cielo! Mejor dijera  
a vengarme de una fiera  
¡Soy una y un vile otro!

(¡Vive Dios Juan!)

HERNÁNDEZ — Túndese sale con coquillas  
en el alma del cuidado,  
le sus celos han tomado  
servera es las dos salidas.

PEDRO — ¿Y ahora?  
HERNÁNDEZ — Me he de pagar  
de curandero y medicina.

PEDRO — La invención es peregrina,  
pero es lo que ha de parar.

HERNÁNDEZ — En salir de todo bien  
y te curarás de mí.  
Quien te ha vengado a pu  
a labra curar también.

## ACTO SEGUNDO

(En un momento de la noche)

LUIS — O te vengas o no te vengas  
y me es como a ti,  
que de tus intenciones me  
curo en la vida mental.

LUIS — Te he dado  
a tu hombre el hombre  
que me ha dado.

LUIS — No, Luis, ¿verdad que me has  
dado a tu hombre?

LUIS — No, Luis, ¿verdad que me has  
dado a tu hombre?

LUIS — No, Luis, ¿verdad que me has  
dado a tu hombre?

LUIS — No, Luis, ¿verdad que me has  
dado a tu hombre?

LUIS — No, Luis, ¿verdad que me has  
dado a tu hombre?

LUIS — No, Luis, ¿verdad que me has  
dado a tu hombre?

a tu hombre y a tu hombre  
pero es un hombre y un  
el alma — te curas.

(Aparte. Luis.)

LUIS — ¿Qué me has dado?  
HERNÁNDEZ — No es en mi.

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

LUIS — ¿Es que me has dado  
lo que ya me has dado?

JUANA.  
BEATRIZ.  
Tío.

estimada y preferida  
a tus hermanas? ¿Olvido  
cupo en tu imaginación  
de que soy tu padre, di?  
¿Qué es esto, prima?

¡Ay de mí!

¡Buena andaré mi opinión  
y la tuya en el lugar!  
Ya destos locos mozuolos  
cuyos amantes desvelos  
se fundan en engañar,  
se ha dejado persuadir.

Sea este papel testigo  
si no hace fe lo que digo  
en lo que debo sentir.

Que le dé en su casa entrada  
le pide, y agradecido  
de verse favorecido  
el que le escribió... ¡Qué honrada  
persuasión! ¡Qué rendimiento  
tan hijo de tu flaqueza!  
Pues ¡también de mi nobleza  
lo será mi sentimiento!

Y ¡vive Dios!, que si fuera  
cada golpe de esta espada  
de tu amante fulminada  
exhalación de otra esfera,  
que habías de ver, traidora,  
en las venas que me dan  
honroso aliento, un volcán,  
cuya furia abrasadora

dejara con más rigor (1)  
un cadáver cada vida.  
Y la seña desmentida  
en la mancha de mi honor,  
para que contigo esté  
la traigo viva contigo:  
la que no pudo conmigo  
asegurarme en mi fe.

Que de ti me satisfago,  
y confío que a los hombres...  
¡Detente, no me los nombres!  
¿Los aborreces?

JUANA.  
Tío.  
JUANA.

Si hago:  
y tanto, que si estuviera  
fundada en celos mi vida,  
gustosamente homicida  
de mi propia vida fuera.

Tío.

Quita, Leonor, ese manto.  
Sólo en ti pudiera hallar  
consuelo para un pesar  
que pudo afligirme tanto.

JUANA.

Déte Dios en tu virtud  
lo que mereces por ella.  
Yo confío en Dios, que en ella  
ha de fundar tu quietud  
Beatriz.

Tío.

De tu compañía  
y tus consejos lo espero.

(Vase.)

JUANA.

Sólo de una cosa quiero  
advertirte, prima mía:  
la casa donde has quedado,  
no es casa, que es fortaleza  
donde vive la pureza  
del honor muy bien cuidado.

A la falsa idolatría  
de amantes engañadores  
hay por esos corredores  
asestada artillería.

Rabias, enojos, desdenes,  
desprecios y desafueros  
son petardos y pedreros  
del castillo adonde vienes.

Pero para estar aquí,  
pleito homenaje has de hacer  
primero de no creer  
a ningún hombre.

BEATRIZ.

¿Perdí  
la reputación de hoy más  
porque llegué a recibir  
un papel?

JUANA.

¿Eso has de decir? (1)  
¡Y aun el honor perderás!

Que como la voluntad  
de ti dispone y dispensa,  
los principios de la ofensa  
sólo es la dificultad.

BEATRIZ.

Pues en esto, si es delito,  
¿qué hicieras tú?

JUANA.

¿Yo?, no más  
de lo que ahora veras  
en los que a mí me han escrito:  
Trae una luz.

LEONOR.

Voy por ella.

JUANA.

También yo soy pretendida,  
pero tan mal persuadida,

(1) Este pasaje lo enmendó Hartzenbusch así:

te dejara con rigor  
en cadáver convertida  
y la seña desmentida.

(1) Este verso es largo. Hartz. suprimió el "un".



que antes se verá una estrella,  
de mortal mano tocada  
saltar y retroceder  
el sol ardiente, y crecer  
esteras de nieve helada.

LEONOR. Aquí está lo que has pedido  
JUANA. Para que sepas mejor

vencer sirenas de amar  
que engañan por el oído.

un acto de inquisición  
te lo ha de enseñar ahora

LEONOR. Di que reciba, señora  
el de don Pedro Giron.

BEATRIZ. Don Pedro Giron te ha escrito?

JUANA. ¿Este es suyo?

BEATRIZ. Y tu crueldad  
inmensa, su voluntad  
castiga como delito?

Muévate la inclinación  
que hace (t) de tal empleo.

JUANA. Hásme visto en el deseo,  
pero no en la posesión.

¿No has visto el mar proceloso  
prometer serenidades,  
y luego, con tempestades  
desmentirse cauteloso?

Pues así los hombres son.  
Dáme tú que ellos se vean  
al fin de lo que desean  
que luego, la condición

despolvorea huracanes,  
y, entre ofensas y temores,  
todos niegan poseedores  
lo que ofrecieron galanes.

y así los voy castigando  
en fe que, según entiendo,  
sólo obligan pretendiendo.  
Beatriz, pero no alcanzando.

El de don Pedro Giron  
se ha de quemar el primero.

(Sale Don Pedro y Hernando.)

LEONOR. Déjame, que sólo quiero.

HERNANDO. Aquí no hay satisfacción  
que tenga ni que pedir  
sino deirme a irar,  
tener paciencia y callar  
si me lo quieres enseñar.

BEATRIZ. ¿Como por mi desventura  
seguiré de amar?

aclaman en tu rigor  
la piedad de tu hermosura.

Y claramente se ve  
tu ignorante divinidad  
pues tratas como hereja  
los méritos de tu fe.

JUANA. La pasión más verdadera  
es digna de este castigo  
y así no hay piedad conmigo.

PEDRO. Ya lo creo, pero esera.

pues quemaréis penitentes  
en estatua de papel,  
vayan al fuego con el  
mis blasfemo pensamiento.

y habremos puesta en tu lengua  
con distintas intenciones  
tu en el fuego mis razones  
y yo en tu crueldad en lengua.

Tan hecha está tu paciencia  
a los rayos de tu amor,  
que ese fuego, en tus enojos,  
me informa de tu clemencia.

pues con rigor tan estrecho,  
siempre observante en tu fama  
cada desdén fue una llama  
del infierno de tu pecho.

abrasa, si te ofendieron  
mis intentos malogrados,  
que esos conceptos quemados  
de mayor fuego salieron.

y aunque no se permitió  
en los nobles la venianza  
cuando el daño o la esperanza  
en mujeres se fundió.

mi voluntad, va resaca  
parte a enojarte indignada,  
que la que hace (t) obligada  
sólo estimará ofendida.

(Pase.)

JUANA. ¿Bajeta?

LEONOR. Detente. (Entrando.)

HERNANDO. No podré que ya en su amor  
no ha de haber adulterio  
y verás que va fallando.

(Pase.)

LEONOR. ¿Como va de enojada,  
después que me has despreciado?

BEATRIZ. Y que, ¿por te de olvidado  
con un dolor así olvidado  
tú instantemente olvidado?

JUANA. ¿Esto te puede ofender?  
Viendo a un hombre padecer  
me considero gloriosa.

Con tanto imperio me veo  
en mi libre condición,  
que ni siento inclinación  
ni se me altera el deseo.

LEONOR. ¡Ay, señora, don Juan viene!

JUANA. ¿Hay tan extraña porfía  
de amante? ¡Otra herejía  
en lo pertinaz.

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Conviene,  
corazón, que os declaréis  
en la intención y el cuidado;  
que una vez desengañado  
ya no hay gloria que esperéis.

No vengo, como solía,  
a pedir y a suplicarte  
que hagas del adorarte  
méritos en mi porfía.

Hasta hoy mis ojos, rendidos  
en tu suprema beldad,  
juzgaron una deidad  
llena de almas y sentidos.

Como libre te admiraba  
mi siempre espíritu inquieto,  
con el temor y el respeto  
tus desdenes adoraba;

Pero ahora, que he sabido  
que nace (1) en tu voluntad,  
con dueño tu honestidad,  
y que saber has querido,  
sabré también castigar  
mi imaginación rendida  
con más fuerzas en mi vida,  
con más daño en mi pesar.

A tus ojos volveré,  
por volver por mi opinión,  
lo que a don Pedro Girón  
le diste y yo te envié.

Y, pues he perdido en ti  
la parte de venturoso,  
quiero en la de valeroso  
satisfacerte por mí.

JUANA. ¡Espera!

JUAN. ¿Qué hay que esperar  
de una mujer engañosa

que, inconstante y cautelosa,  
sabe fingir y engañar?

(Vase.)

JUANA. ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¡Que a  
se me atreva un hombre ya! ¡mi  
¿No hay quien le mate?

(Sale DON ALONSO.)

ALONSO. ¿Quién da  
causa de tratarte así?

¿De qué te espantas, tirana  
de la quietud de los hombres,  
que así es justo que te nombres  
por fácil y por liviana?

Lo mismo que te envié  
por vasallaje y sangría  
de tu enfermedad o mía,  
que mía pienso que fué,

diste a don Pedro Girón:  
de que veo claramente  
que de amoroso accidente  
enfermó tu corazón.

JUANA.

ALONSO.

Mira bien...

Si por mis ojos  
he visto en plata y cristal  
lisonjeado su mal  
y ofendidos mis despojos,

sólo puedes argüir  
tu gusto y tu voluntad;  
pero no en esta verdad  
dudar y contradecir.

JUANA.

ALONSO.

¡Hombre!

Dices bien, tirana;  
hombre soy, y lo he de ser  
contra quien supo vencer  
condición tan inhumana.

Contra don Pedro Girón,  
por darte disgusto a ti,  
he de oponer desde aquí  
mi valiente corazón.

JUANA.

Si tengo de responder  
en injurias declaradas,  
no...

ALONSO.

En culpas comprobadas  
no queda más que el hacer.

(Vase.)

JUANA.

LEONOR.

¿Qué es esto, Leonor?

Señora,

¡plega a Dios, si recibí  
sus dos presentes, que aquí

(1) Hartz, enmendó "vive", en lugar de "nace" que dice el original.

un rayo me parta ahora.  
Que antes había pensado  
que tú debes de haber sido  
la que los has recibido,  
y que los has enviado  
a don Pedro.

JOANA. ¡Vive Dios,  
cuánta injusticia!

BEATRIZ. ¡Detente!

JOANA. Aguarda, que juntamente  
os castigaré a las dos.

BEATRIZ. Prima, a la haces (1)  
por dudar de mi amor,  
sólo en mi amor te dices  
aunque no te satisfaces  
de mi amor, que nunca vi  
ningún amante cuidado  
que no le haya disculpado  
por lo que me toca a mí.

No, ¿cómo también osotras  
y en las mujeres también  
natural el querer bien?  
Si dudaréis y quieréis,

¿quién te guardará mejor  
tu secreto que quien tiene  
tu sangre?

JOANA. ¡Cielos! Si viera  
envuelto en este rigor  
castigo que vos me dais,  
mirad que en el maltrato  
la honestidad de mi honor.  
Sólo el timor me retiene,  
Pedro, se puede excusar  
la venganza del pesar  
que me has dado. En mí podía

haber tan vil pensamiento.  
Beatriz, yo facilidad  
de timor y de voluntad  
censuro el arrepentimiento.

De mi sangre me hartaría  
si en mi culpa incurriera  
en riesgo de ser deshonrada  
y con mi vida saliera.

Y aun ahora que lo dices,  
que me estás disculpando  
sobre lo que yo censuro  
en la cosa y el castigo.

LEONOR. Mas ¿puede si se entienden  
en del arco.

BEATRIZ. ¡Ay, Leonor!

¡Cómo he de tener amor  
la que tanto le encarnó! (1)

JOANA. ¡Ora, ve ya que seas  
lo mismo, y por desconfianza  
el no estar enamorado  
le parece ya herejía.

BEATRIZ. Dices le de si que seas.

LEONOR. ¡Ay, es, para a le mismo.  
De pues que a Hernando os he visto  
el alma se me va.

JOANA. Aunque más, Leonor, me digas  
tu en la culpa de todo gente  
tienes culpa.

LEONOR. De repente  
mucha provisión de herejes  
vea sobre mi cabeza,  
sin que de culpa pueda  
apartarme, si me quisiera  
en el sermón ahora.

mas de lo que digo (2)  
dos presentes te traerán  
dos criados que vieren  
y entran los depoli.

¡Gracias a Dios que he llegado  
Hernando, que podrá ser  
testigo, pues llegó a ver  
todo cuanto había pasado.

¡Salid, HERNANDO!

HERNANDO. Dame Amor mi juramento,  
porque si el amor no quisiera  
con este segundo empujón  
tengo de dejar con asma  
el pecho de esta mujer  
y en el favor de Dios  
le he de volver, cuando arde  
en agua fría de miel.

LEONOR. Hernando, ¿cómo ves  
dos presentes que traían  
dos criados que venían  
de dos juramentos?

HERNANDO. No,  
testigo soy de cada uno  
y quedando en juramento  
los si por una promesa  
mayor está del otro.

JOANA. ¿No estará en mi boca ahora  
Al jurar en algún villano  
el bozalón con la mano.

(1) Véase, en el acto II, ESCENA IV, la salida de Joana "diciendo" que don Pedro se ha ido.

(2) Así se le responde: "Hernando, cuando te voy a ver."

HERNANDO. Serviréte en amolar  
el cuchillo, y lo tendré  
guardándote las espaldas  
en tanto que tú te enfaldas,  
que ya tus intentos sé.  
Y aunque a don Pedro he servi-  
de tu parte me he de hacer; [do,  
que, en efeto, eres mujer,  
y yo, airoso y bien nacido.

El un ojo apostaría  
que algún enredo ha inventado,  
porque como le ha faltado  
el amor que te tenía,  
mil faltas anda diciendo  
de ti tan públicamente.  
que se anda toda la gente  
unos con otros riendo.

JUANA. ¿Qué dice?

HERNANDO. Dice que tienes  
un ojo mayor que el otro;  
éste he visto, venga el otro.

JUANA. Loco imagino que vienes.

LEONOR. O tengo el ingenio yo  
desencuadernado ya,  
o éste es bellaco, y le da  
con lo mismo que me dió.

JUANA. Prima, ¿tengo yo los ojos  
desiguales?

BEATRIZ. ¿Desiguales?  
Dos luceros celestiales  
parecen en sus despojos.

HERNANDO. Si otras cosas te dijera  
que dice, no te quedara  
en dos días tanta cara.  
Pues lo de la cabellera  
postiza y dientes atados,  
de manera lo he sentido,  
que te miro de corrido  
con los dos ojos cerrados.

Pues ver con el alegría  
que se lo dice a la dama  
con que se huela y te infama...

BEATRIZ. ¿Hay tan gran bellaquería?

LEONOR. ¿Hay tal maldad? No creyera  
de un hombre que te adoró  
tan grandes infamias yo,  
si el mundo me lo dijera.

JUANA. ¿Y es hermosa esa mujer?

HERNANDO. Es airosa y bien prendida.  
Carne viva hay en la herida,  
que le ha empezado a escocer.

JUANA. ¿Y quiérela más que a mí  
me quiso?

HERNANDO. Absorto la mira.  
y dice que fué mentira  
cuanto ha querido hasta aquí.

Porque le cogió un billete.  
con un suspiro que dió  
seis bujías apagó  
que estaban en un bufete.

JUANA. ¿Qué dices?

HERNANDO. Dios me destruya  
si no es tanta su afición  
que trae sobre el corazón  
una zapatilla suya.

Y si el origen (1) le toca,  
y a ser en la calle acierta.  
se mete tras una puerta  
y se la zampa en la boca.

JUANA. ¡Jesús!

HERNANDO. Tan grande es su ardor,  
que me llegué por un lado.  
diciendo, disimulado:

"¿Y doña Juana, señor?"

Y, sin responderme nada,  
enojado me miró  
y al sesgo me sacudió  
la más cruel bofetada  
que se ha visto dibujar  
sobre carrillos cristianos.

JUANA. ¿Qué dices?, prima.

BEATRIZ. Tiranos  
son los hombres; no hay dudar.

JUANA. ¿Qué te parece que haga?

BEATRIZ. Que le escribas un papel,  
y que le digas en él  
tus enojos, y que te haga  
merced de no te ofender  
en público ni en secreto,  
siquiera por el respeto  
que se le debe a tu ser.

JUANA. Bien dices; espera aquí.  
¡Válgame Dios! ¿Dónde voy?  
El camino erré. O estoy  
sin alma o fuera de mí.

(Vase.)

LEONOR. Señora, ya que las dos  
nacimos con voluntad,

(Aparte.)

(1) Hartzenbusch enmendó, con acierto, "frenesi",  
en lugar de "origen".

hacerme por cabal  
diferente. (D.)  
HERNANDO. ¡Vive Dios!  
Quiero escribir y que tú seas  
cruel, tibia o desabrida,  
que está la carne tan fría  
cuando se gusta la pluma.  
BEATRIZ. ¿Llorar una tuya soy  
o dime a quién quieres, ser  
tu tercera.  
LEONOR. Si dire,  
que tan seria del estío  
que tú estés dos paños del.  
Porque claramente un día  
dijo que me alborrecía  
me estás muriendo por él.  
BEATRIZ. ¿Es Hernando?  
LEONOR. Sí, señora.  
BEATRIZ. Pues él no será dichoso  
en llegar a ser tu esposo.  
Yo he de destruirlo ahora.  
¿Ah, qué bien!  
HERNANDO. Esto es a tí. (D.)  
LEONOR. ¿Cel, ¿a quien digo? ¿Ah, caba-  
HERNANDO. Que me dé la vena espesa. ¡Hiero!  
BEATRIZ. ¿Ah, soldado!  
HERNANDO. Ahora sí.  
LEONOR. Mucho estima el ser soldado.  
HERNANDO. Soy, perdónen mis pecados,  
sordo en otros apellidos.  
BEATRIZ. ¿Qué gran bellaco!  
LEONOR. ¡Tumbado!  
BEATRIZ. Séis que Leonor te odia.  
HERNANDO. Pues, que amortará en rigor  
si ya me entiendo a Leonor.  
Pues harécha la prima  
templada en el matrimonio  
de la universal unión  
a no le sea e huirlo.  
BEATRIZ. Dios obra en el mundo.  
HERNANDO. Eso va en el burlonillo  
con que talas las mujeres  
aunque son tu platero.  
Y todo sabiendo lo que pides  
no tienes desconfianza  
y desconfiaras en el yodo  
quitaras más de grado.

(En este punto sale el criado por el camino de la izquierda.)

¡Crispín, por acá!

(El criado sale corriendo.)

y que otro tenga el pistón.  
LEONOR. Mal rancore mi valor.  
Con el rey no te alondra.  
HERNANDO. Como al de los naipes tuera  
ya lo crees, mi Leonor.  
LEONOR. Yo soy mujer tan honrada  
como cuantas Dios cria.  
HERNANDO. ¿Que muerta si tengo yo  
una tela esdemoniale?  
Precítame de alentada  
y sobre aquesta hicie en Florida  
dos o tres tuernas muy grande  
y volví a España quebrado.  
LEONOR. ¿Quebrado te quiero?  
HERNANDO. Per ahora podrá ser,  
pero echáralo de ver  
después y dirás que no.  
Y tuerto poco sabe  
de quien en qué tal de es  
cortar para ti tarea  
cuando no puede cortar.  
Y mujer que tuvo amores  
no es buena para casado,  
que de la vida pasará  
lejos de los borrachos.

(Sale Doña Juana.)

JUANA. Este es el papel, Hernando.  
Dí que quisiera enviar  
en mi letra, rogando,  
con que memoria hablando  
Que es un tirano, que te cala  
sin ingrato, teniéndote  
cruel, desvergo, engañe,  
sin Dios, sin te, sin honor  
y que se guarde de ser  
con un mujer aporreada,  
reñida y desvergonada,  
un rayo.

HERNANDO. (En el acto.)  
JUANA. Y que el amor de ti  
no se olvide, no se borre,  
que siempre, que a la memoria  
canta lo dicho, lo sea.  
Y que si él, desvergonado,  
juntos me está, punto a punto,  
fuerzas me va a poner  
aunque sea por fuerza,  
no se haga estimación,  
que todo es que se pierda  
que Dios quiera que sea  
propiamente un rayo.

HERNANDO. En sabiendo que te he visto,  
y que el billete le llevo,  
me ha de poner como nuevo:  
que para mí, ¡vive Cristo!,  
que es una tigre cruel  
después que tiene otro amor.

JUANA. Toma tu manto, Leonor,  
y llévale tú con él.

(Vase.)

LEONOR. Ahora encajaba aquí  
lindamente una coleta,  
que voy con él.

BEATRIZ. ¡Qué discreta  
es la voluntad! Por mí,  
¿no habrá un poquito de fe  
con Leonor?

(Vase.)

HERNANDO. A pensar vengo  
que si por mí no la tengo,  
que por nadie la tendré:  
y basta decir aquí  
que ya de ninguna suerte  
me puedo mandar.

LEONOR. Advierte  
que te quiero más que a mí,  
aunque todo el año entero  
nos andemos a mandar  
tú en casa y yo a remendar  
tu vestido y tu braguero.

HERNANDO. No, Leonor, que en esta vida  
menos me tendrá afligido  
un braguero descosido  
que una mujer muy rompida.

(Vase, y sale DON PEDRO GIRÓN.)

PEDRO. En buen laberinto estoy  
metido. Los pretendientes  
de doña Juana, impacientes,  
piensan que el dichoso soy,  
y escriben que si no doy  
los presentes que me han dado,  
me dé por desafiado.  
¿Cuándo un hombre habrá reñido  
porque piensan que es querido  
cuando muere despreciado?

Nunca de Flandes viniera  
Hernando para matarme:  
nunca para aconsejarme  
el cielo aliento le diera:

nunca a mi casa viniera:  
aunque yo, solo culpante  
en las locuras de amante,  
¿de quién me puedo quejar  
si me dejé aconsejar  
de un hombre tan ignorante?

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. ¿Qué hay? ¿Hay revolución?  
¿No están los cielos serenos?  
¿Hay relámpagos y truenos?

PEDRO. No hay sino mi perdición;  
una esperanza burlada,  
una intención no entendida,  
una mujer ofendida  
y un alma en penas criada.  
¡Que me creyese de ti!

HERNANDO. ¿Soy ignorantino yo?  
Mal hizo quien me crió  
si me ha de tratar así.  
Para el puto que tuviera  
el negocio en mal estado:  
el morir descuartizado  
pienso que lo menos fuera  
en tu deseo.

PEDRO. ¡Ay, Hernando!  
¿Cómo has de poder hacer  
que me quiera una mujer  
que maltraté desechando  
los despojos de su honor?

HERNANDO. El énfasis está ahí:  
sólo en el tratarla así  
está el remedio, señor.  
Concierto fué de los dos  
que si yo a Leonor rindiese  
tu voluntad mereciese.

PEDRO. Es verdad.

HERNANDO. Pues, ¡vive Dios,  
que has de verla ahora aquí,  
para ti cosa bien nueva,  
más madura que una breva,  
y enamorada de mí!

Saca la daga, fingiendo  
que estás conmigo enojado.

PEDRO. ¿Para qué?

HERNANDO. Ya estás cansado.  
Sácala, que yo me entiendo:  
y después, señor, sabrás  
la tela que tengo urdida.  
¡Ay, que me quitan la vida!  
Saca presto.

PEDRO. ¡Loco estás!



HERNANDO. Señor, digo: ¡Ay, que me trata!  
No hay quien me ampare!

*Sale LEONOR con un papel.*

LEONOR. Señor, que le quiero bien. Deten.

HERNANDO. Logrose la patarata.

PEDRO. Bien le quieres?

LEONOR. Si señor,

y con saber que por él  
me estoy muriendo en cruz,  
y me trata con rigor.

HERNANDO. Como te puedo tratar,  
si porque aquí nombre yo  
a tu ama se enoja,  
y me ha querido matar?

LEONOR. Posible es que de ese modo  
la has aborrecido, dir.

HERNANDO. En no diciendo que si  
das en la calle con todo.

Finge que estás enojado.

PEDRO. Muriendome estoy, Leonor,  
ha sido grande el rigor,  
y mucho lo que he pasado.

LEONOR. Este billete te envía  
enojada lo escribo,  
pero disculpola yo,  
y su memoria pohá  
ser disculpa en sus ciudades.

que bien sabes que es quimera  
eso de la cabellera  
y de los dientes atados.

HERNANDO. Comede con lo que han dicho  
que hay dientes y cabellera  
en la montana.

PEDRO. Quisiera  
saber cómo.

HERNANDO. En el capricho  
entran con adherente.

LEONOR. ¡Dios señor, es sentida  
y ha de a dar con un vicio  
la del rabito y los dientes!

HERNANDO. Rómbelo el papel, y di  
que porque ella lo ha traido  
lo recibes desleído.

PEDRO. ¡Dios me sacre en por le bota!

Si mira el papel me tiembla,  
quien no ballará en mis cosas  
compuestas tan humanas  
y tallo Dios lo que he visto.

LEONOR. Dios es algo de lo, señor,  
de comadres de tu dama  
y de molinos a su ama.

repentido, tu amor  
me ofrece a ser tu terrera,  
y, por si acaso no vieres,  
has en tanto que otra quiere,  
que Hernando, señor, me suena.

PEDRO. Yo se que Hernando por ti  
molinara de comadron.

LEONOR. ¡Mire cual esta el Nerón,  
ay, ay, echa contra mí!

*(Pate.)*

PEDRO. ¡Que es lo que has hecho!

HERNANDO. Hacer

lo que el Galeno de amor  
en el recipe mejor,  
me pudo dar a entender.

PEDRO. Ya por la experiencia con  
parte de tu medicina,  
tan rara y tan peregrina  
que parece que te crees.

HERNANDO. Después te contare  
el camino que he tomado  
que ahora voy con cuidado  
a lo que después dire.

PEDRO. El papel quiero leer.

HERNANDO. Cerrado se ha de quedar  
tal es en el desahogar  
con deshonrar y con perder  
y le he menester cerrado.

que hav gran máquina a retar,  
y aun guerra, y este billete  
servirá de puchete  
en la postre rasado.

PEDRO. ¿Podré yo satisfacerle  
en algo?

HERNANDO. ¡Jesús mi vientre!  
Llorosamente perece.

para siempre has de morir.

PEDRO. Ya como el negocio está  
representado tierra  
si de ti oídas saliera.

HERNANDO. No meo, señor, te sé  
que voy lograda tu causa,  
que al fin de ver, Dios lo ve,  
una cosa avaras tró de ti  
que quabreque de dase.

### TERCERA JORNADA

*(Sale DOÑA JUANA.)*

JUANA. ¿Qual es esta imaginación?  
¿Por qué tanta te descomen?

y en mi propio ser anhelas  
ahora jurisdicción?  
Dueño soy de mi intención,  
y soy la misma que fui,  
y quiero poner aquí  
límites a mi deseo.  
Contra mí misma peleo;  
¡defiéndeme, Dios, de mí!  
¡Que quiera yo no pensar,  
y que me falte el poder!  
¿Qué quietud puedo tener,  
sin dejar de imaginar  
que me pudiera olvidar  
tan presto un hombre? ¡Ah, trai-  
Engañoso fué tu amor. [dor!  
¿Qué es esto? Estoy reprobando  
el pensar, y estoy pensando;  
¡incurable es mi dolor!

No quiero admirarme yo  
de que a su dama dijera  
que tengo yo cabellera  
y dientes atados, no;  
pero, que tan presto halló  
mujer tan a su medida,  
que tan del todo se olvida  
quien tanto supo querer,  
aquí es donde he de perder  
la paciencia con la vida.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Señora, tu prima está.  
JUANA. ¿No soy la misma que fui?  
LEONOR. ¡Señora!...  
JUANA. ¿Qué ha visto en mí,  
que tan presto pudo ya  
trasladar tanta firmeza  
en sujeto diferente?  
LEONOR. ¡Ay, señores, que lo siente!  
JUANA. ¿Aquella naturaleza  
se mudó con tal rigor?  
LEONOR. En éxtasis está ya.  
Carruaje hay por acá;  
también embarga el amor.  
JUANA. Leonor pienso que me ha visto  
divertida, e importará  
desvelarla, claro está;  
¡qué mal mi dolor resisto!  
¿Yo con recato y deseo?  
¿Qué hace mi prima?  
LEONOR. Ahora  
me pidió un libro, señora,  
de comedias.  
JUANA. Yo lo creo.

En libros más virtuosos  
fuera más justo leer  
la que ha llegado a saber  
tantos lances amorosos.

¿Pensáis que no os escuché  
hablar anoche, a la una,  
por la ventana? Ninguna  
imagine que no sé  
sus pasos y sus secretos;  
pero yo soy de opinión  
que sobre seguro son  
los castigos más discretos.

Llama a mi prima. ¡Ay de mí,  
que no parece que ya  
tan entera el alma está  
como se mostró hasta aquí!

Mas ¿qué es esto? ¿Ha de faltar  
en mi pecho mi valor?  
¡Mueran los gustos de amor  
a manos de mi pesar!

(Sale BEATRIZ y LEONOR.)

BEATRIZ.  
JUANA.

¿Qué me quieres?

Que no quieras;  
que ya he visto claramente,  
prima, que el nuevo accidente  
dura en tus vanas quimeras.

A mi tío escribí ya  
que alguna noche que ocioso  
esté, ronde cuidadoso  
la calle, que lo que está  
a mi cargo es sólo el  
mirar por mi casa yo.

BEATRIZ.

¡Qué poco que te debió  
mi sangre, si tan cruel,  
tan mi enemiga eres ya,  
que a mi padre le escribías  
claramente culpas mías!

JUANA.

¿Y quién, dime, me dirá  
que, porque te quiero buena,  
te trato como enemiga?

BEATRIZ.

La que en secreto castiga,  
deseando está la pena.

JUANA.

Muy bien sabes argüir.

BEATRIZ.

De tu escuela habré sacado,  
por lo que a mí me has culpado,  
lo que yo debo sentir.

Amor, venganza te pido.  
No puede esta escrupulosa  
bizarrear tan airosa,  
habiéndote a ti ofendido.

(Vase BEATRIZ y sale HERNANDO.)



el secreto por mi honor,  
que esto es rabia, no es amor.  
HERNANDO. Así, un poquito a lo largo,  
cuando en tercianas procura  
ser el calor verdadero,  
esperezos hay primero  
que venga la calentura.

JUANA. En un pozo me echaré.

HERNANDO. Yo lo creo de barriga.

JUANA. ¿Qué dices?

HERNANDO. Que nadie diga:  
de este agua no beberé.

JUANA. Hernando, mira que soy  
mujer, y estoy afligida,  
no por no verme querida,  
sino despreciada.

HERNANDO. Estoy  
por, si no fuera barbado,  
llorar en esta cautela  
como un muchacho de escuela  
que está ya desatacado.

JUANA. ¿Qué noche te he de esperar?

HERNANDO. Yo avisaré la que fuere  
a propósito (y lloviera,  
por que se pueda enlodar).

JUANA. Tu esperanza vive en mí;  
no nos vean a los dos  
juntos tanto tiempo. Adiós.

(Vase.)

HERNANDO. A Dios gracias, que vencí.

(Sale LEONOR y BEATRIZ.)

LEONOR. Lindamente lo has hablado.

BEATRIZ. Para estar aborrecido,  
por ser hombre mucho ha sido.

HERNANDO. Soy altar privilegiado.

LEONOR. Para mí tenéis vos manos,  
os pudiera yo decir,  
pues supisteis reducir  
mis pensamientos tiranos.

¿Por qué no pruebas tus fuer-  
para hacer que tenga amor [zas  
la del eterno rigor?

No hayas miedo que la tuerzas.

BEATRIZ. ¿Torcer? Si resucitara  
su padre, no le tuviera  
amor: antes le pidiera  
que al sepulcro se tornara.

HERNANDO. ¿Válgame Dios! ¿Es posible?

BEATRIZ. Pues tú solamente eres

peregrino en las mujeres.  
No ha nacido tan terrible  
monstruo de crueldad.

HERNANDO. Ya sé  
que no se enamorará.

BEATRIZ. ¿Por qué?

HERNANDO. Porque va lo está.

LEONOR. ¿Qué dices, hombre?

HERNANDO. No fué  
la que en Teruel se arrojó  
tan pegajosa y sñave  
con solamente un jarabe  
que en la vanidad tomó.

LEONOR. Que me des los pies te pido.  
Si verdad fuera, te diera,  
aunque en camisa me viera,  
cuanto tengo aquí: un vestido.

HERNANDO. Bien te puedes desnudar,  
que yo sé que algún mirón  
deseará la ocasión.  
Tras mi amo se ha de andar  
la noche que quiera yo.

BEATRIZ. Sea ésta.

HERNANDO. Ha de llover:  
que a su casa ha de volver  
como jamás no se vió  
carro de Riche en febrero.

LEONOR. Señora, estoy por saltar  
de contento y reventar  
de risa. ¡Que tal espero!

BEATRIZ. Todo hoy está llovinando.

HERNANDO. Pues que ha de ser ésta entiendo.

BEATRIZ. Lo del lodo te encomiendo.

LEONOR. ¡Por amor de Dios, Hernando!

HERNANDO. Idos, que ha de sospechar,  
si os ve aquí, que lo sabéis:  
esta noche os vengaréis.

BEATRIZ. Bien dices.

(Vase. Sale DON PEDRO.)

PEDRO. ¿Hete de hallar?

Todo el día ando tras ti.

HERNANDO. No me espanto de eso, no;  
que ando en los negocios yo  
de la herencia (1) del Sofí.

Ya la fuerza se ha rendido:  
esta noche ha de seguirte.

PEDRO. Déjame sólo decirte  
que es mucho para creído.

Hernando, si yo la veo

(1) En el original, "esencia", por errata.

ido por mi causa de  
mi casa de San Acisclo  
mi gusto y mi dolo.

Algún ángel te trae  
de Flandes, pues en sus vestidos  
lo que en pecho encerrado  
jamás pudo vencer y...

... en la obligación posteriora  
de mi esperanza perdida,  
te debo toda la vida,  
y la de otros érnala entera.

Mi vida, mi honor, mi ser  
y cuanto tengo en el mundo  
ya como luego te quita  
te debes obedecer.

HERNANDO: Esta es tu hija, aquí está.

PEDRO: Temale tú, que no quiero  
si fue el remedio postre,  
que vuelva a mis manos ya.

Pedre de Hernando, siquiera  
no fueses de un momento hablarla  
antes sea despreciarla.

HERNANDO: Señor, escármela quitera. (1)

PEDRO: ¿No puedo más?

HERNANDO: Eso es lo que  
para un hombre condenado  
a quien los suyos le han dado  
señaladamente veneno.

... y para el que está metido  
por la Sita en la capilla,  
de la vulgar campanilla  
lamentado y pedido.

... pero en para de crisma  
libre y con entendimiento,  
quieres que por un momento  
se haya traidado en vano.

¿Por Dios! que vienen aquí  
que pretendamos, niños.

PEDRO: Hablarle en su sala  
lo que habló mi dicha en ti.

Aquí me tienes que hacer  
idea de puerles retiro  
cuando tú el albanar  
en semejante detras.

HERNANDO: ¿Qué se quiere? ¿Vas a contar  
que los niños, qué es cuando

de un contrano tirado,  
para mi colera, un poco.

En Flandes, no lo hace va,  
cuando el archiducado Alberto  
daba voces en desorden,  
tanto por de escarapelo.

Saló Don Juan a Don Alonso.

ALONSO: ¿Qué has hecho, Pedro, Gerón,  
los que son tan caballeros...

PEDRO: En las leyes y en los tiempos  
que deba y no obligación.

... Por qué tenemos que hablar?  
Si es porque no he respondido  
a dos papeles, no ha sido  
culpa sino costumbre.

... el haber imaginado  
que si cavamos tuviere  
de dora, fuera la dora  
no aun al Cid rescatado.

A los hombres que han nacido  
con mi curación, no es bien  
pedirle más que den  
las prendas que han recibido.

Yo sé dar más no volver,  
y cosas que a Dios pluguiera  
que en recibir estuviera  
el albero defendido.

Pero si va en el talon  
puede que andan sobrados  
los sucesos, las espaldas...

(Saló el Tío)

TIO: ¿Qué es esto?

PEDRO: Nada, señor.

ALONSO: ¿Vas en bonard?

JUAN: Yo también.

PEDRO: Hemos acordado  
lo que comencé a hacer  
los tres.

(Pasa la mano)

TIO: ¿Qué es esto, ¿qué es?

¿Presencia aquí? ¿Vas, Gerón,  
con donde la vida? ¿Cada?

... En una vida, Gerón,  
para en salud, talon, talon.

¿Qué es, te queda completa  
la comedia, señor?  
de la prima, es de comedia?

(1) Este papel pertenece a Gerónimo y no a Pedro.

(2) Este es el momento en que  
se van a separar los dos.

(3) Este es el momento en que

Gerónimo se va a separar de Pedro.

Ya es de noche; voyme armar (1),  
porque así podré saber  
si quien me puede ofender  
me puede también matar.

(Vase. Salen BEATRIZ y LEONOR.)

LEONOR. Quedito, señora; saca  
de matachín pie y pierna.

BEATRIZ. ¿Cómo?

LEONOR. Hernando con linterna  
y con zapato de vaca,  
en secreto están hablando  
más ha de un hora cabal,  
y ella, si no miré mal,  
pienso que se está enfaldando.

BEATRIZ. ¿Cómo podremos saber  
si trata de salir fuera?

LEONOR. Yo lo sabré; aquí me espera,  
pero no te has de mover.

Si me hicieran reina ahora  
sólo porque no acechara,  
pienso que no lo tomara.

(Vase.)

BEATRIZ. Valiente Amor, nadie ignora  
que se fundan tus razones,  
según tu poder contemplo,  
en entapizar tu templo  
de rendidos corazones.

Contra quien más tu poder  
resiste, más te previenes;  
porque de Dios, al fin, tienes  
lo absoluto del poder.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Chinelita baja.

BEATRIZ. Espera.  
a ver si sale.

LEONOR. Eso hago.  
porque no me satisfago  
hasta verla en la escalera.

(Vase.)

BEATRIZ. Ruego a Dios que despreciada  
vuelva del que va a buscar,  
por que no llegue a probar  
los gustos de enamorada.

(1) Falta un verso antes o después de éste para  
que haya dos redondillas con un consonante común a  
ambas.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Flux hizo para conmigo  
doña Juana, mi señora;  
como un rayo sale ahora  
por la puerta del postigo.

Ya no tiene que reñir:  
privilegio nos ha dado  
con haberse enamorado  
para podernos reír.

¿Qué se ha hecho tu galán,  
señora, que no le veo?

BEATRIZ. Fué al Brasil; el deseo  
y el alma, penando están.

LEONOR. Ya en su castillo no hay fueros.

BEATRIZ. Sí, que amorosas pasiones  
han clavado los fogones,  
a petardos y a pederros.

LEONOR. ¿Qué habemos de hacer?

BEATRIZ. Bajar  
al postigo, y aguardarla  
para sólo avergonzarla  
con mirarla y con callar.

LEONOR. ¡Vitoria por el amor!

BEATRIZ. Como es ciego, dióle palo.

LEONOR. Desde hoy puede ser Gonzalo  
enamorado mayor.

(Vanse. Sale el Tío. armado.)

Tío. ¿Que aun así tratan flaquezas  
mis años, tan sin respeto!

Todavía estoy sujeto  
a femeniles ternezas.

Pensará, viéndome así  
la muerte, que ya la he visto  
y que armado la resiste.

(Sale DOÑA JUANA disfrazada y HERNANDO rebozada  
con linterna.)

HERNANDO. Quedo, que un hombre está aquí.  
JUANA. Si algo pregunta, que soy

doña Beatriz de la Cerda  
le dirás, para que pierda  
los indicios que le doy;  
y si es justicia, dirás  
que va en casa de su padre.

HERNANDO. No hay disculpa que no cuadre,  
bien dicha; salir podrás.

Tío. ¿Quién va?

HERNANDO. Cuanto puede ser.

Tío. ¿Quién es?

HERNANDO. ¿Qué pregunta en vano!



Partido el género humano  
en hombre y una mujer.  
Tú: «Quien es la mujer?»

HERNANDO: «¿Cual?»  
donde Beatriz (de la corda)

FRANC.: De la Cerda

HERNANDO: Ya la sé!

De la Cerda

Tú: «¿Ay de mi hombre!»

HERNANDO: «¿Podremos casarse?»

Tú: «¿Dónde la llevas?»

HERNANDO: A ver

a su padre

Tú: Hasta saber

la verdad, la he de seguir

y si un pedir licencia

a su prima va a buscar

su amante, la he de matar

Sufre y tened paciencia

corazón

HERNANDO: «¿Tenéis ya

palaparte?»

Tú: Sí

HERNANDO: Pues vamos

que despachados estamos

Tú: En muerte en tu casa va

(*Vanse y sale DON JUAN y DON ALONSO de noche*)

ALONSO: «Pues aquí quele venís

y podréis acabar

lo va empezado a tratar

desta suerte

Tú: En recitar

presentes es venturoso (1);

cuando en reír también

por que dos veces le da

título de venturoso

ALONSO: «A mí me habéis de dejar

si viene solo»

Tú: Eso no

me lo he de reír yo

ALONSO: «Y vos que habéis de ir»

Al que de nosotros fuere

más artificio, más ingenio

le he de dar el premio

Tú: Cuando que viene que viene

(*Salen DON JUAN y HERNANDO*)

PEDRO: «Mira que vendrá pronto

HERNANDO: «Venga, y dejale ir»

por lo que te late el pecho

con el alma apretado

PEDRO: Basta, Hernando, no temas

sobra que es oscuro y oscuro

HERNANDO: «Mujer que ha sido de miere

con la derretirá»

PEDRO: «Quiero aporcar, Hernando

que se ha de volver a ir»

HERNANDO: «Mujer que me mira a seguir

derretida y derretida

se irá tras un hombre a Florida»

PEDRO: «Mucha será tu impiedad

que en tanta la caridad

HERNANDO: «Y tú, ¿qué ganas, ¿qué das?

En llegando a casarse

por las costillas el fuego

te ha de desquitar el fuego

y has de volverte a ir»

PEDRO: «Pues alébrala ahora

que estamos lejos los dos»

HERNANDO: Zarpa há de haber (1) (con él)

(*Mata la interna*)

PEDRO: «No tienes amor»

HERNANDO: «¿Querrá

posible venir en todo

por que cuando que es fuerte

el presumir más bruto

de las mujeres en todo

«Ahoguese, aunque es un hombre

ver una mujer así»

«Ah, quién me tragara que

la atrada (1) de Sevilla»

ALONSO: «Señor don Pedro»

PEDRO: «¿Qué?»

ALONSO: «Lo que hoy quisiera saber

de vos si al no casados

vue desprecia»

PEDRO: «¿Cual?»

ALONSO: «Pues cuando se ha casado

que desprecia en todo

se va de lengua la lengua

con una sola palabra»

(*Quedan solos*)

Tú: «(Alonso) No pongas poder

en más comida de amor»

(1) «Hernando, cuando "casado" quiere decir "casado" y "casado" quiere decir "casado" y "casado" quiere decir "casado"»

(1) «Hernando, cuando "casado" quiere decir "casado" y "casado" quiere decir "casado"»

(Sale Doña Juana.)

JUANA. ¡ Señor don Pedro Girón,  
amparamme!

PEDRO. Si haré.  
Caballeros, acudir  
a las mujeres es justo;  
que para nuestro disgusto  
tiempo queda en qué reñir.

ALONSO. Sois, en efeto, Girón,  
cuya calidad sabemos,  
y no es bien que os estorbemos  
tan precisa obligación.

(Sale el Tío.)

PEDRO. ¿ Quién es? ¿ Quién va allá?  
Tío. Yo soy.

PEDRO. ¿ Quién?  
Tío. El padre desdichado  
desta hija, que le ha dado  
el ser, que perdiendo estoy.

PEDRO. Señor don Luis.  
Tío. Yo tomara  
que, por que nadie me viera  
en mi deshonra, se abriera  
la tierra y que me tragara.

HERNANDO. No te des por entendido  
que no es su hija.

PEDRO. Si haré.  
Tío. ¿ Qué ha hecho?  
Yo os lo diré.

De su inquietud ofendido,  
con doña Juana, señor,  
de la Cerda, mi sobrina,  
la puse, cuya divina  
virtud y heroico valor  
pensé que la convirtiese,  
y al traerla (1), divertida  
en las calles y perdida  
la halló de esta manera.

Dádole hubiera la muerte;  
pero ¿ quién, señor, pensara  
que de una santa tomara  
los consejos de esta suerte?

No le falta sino hacer  
milagros.

HERNANDO. De piedra y lodo,  
para dar en él con todo  
después que empezó a querer.

PEDRO. Con justa causa, os confieso  
que ahora os podéis quejar;  
pero no es éste el lugar  
para hablar, señor, en eso.

Mi señora doña Juana  
la reñirá, y vos allí  
también con ella.

JUANA. ¡ Ay de mí!  
Tío. ¿ Que no pudieron, tirana,

los consejos de tu prima  
moverte a no me afrentar!

PEDRO. Yo la tengo de llevar.  
Tío. El que como yo os estima,  
que os obedezca es razón.

HERNANDO. ¡ Linda va la cazolada!  
En la santa acreditada  
se metió la tentación.

PEDRO. Disimulad, y llevemos  
a su casa esta mujer  
que se ha querido valer  
de mí, y luego podremos  
reñir.

ALONSO. A tanto valor  
no replico.

JUAN. Sea así.

(Vanse todos.)

HERNANDO. La buena es la mala aquí,  
y la mala es la mejor.  
Amantes, nadie sea necio  
en pretender, y avisión  
en lo visto, que estos son  
los milagros del desprecio.

(Vase, y sale BEATRIZ y LEONOR.)

BEATRIZ. ¡ Lindamente se cerrara  
la plana de venturosa  
si fuera yo tan dichosa  
que mi padre la encontrara!

LEONOR. Con atrancarle el postigo,  
ahora a perder volviera  
la paciencia; pero fuera  
todo el enojo conmigo.

BEATRIZ. Si va haciendo con querer  
nuestro negocio, no es justo  
que le pongamos al gusto  
estorbos que lo han de ser.

LEONOR. En la puerta principal  
llaman.

(Vase.)

(1) En el original, "tragarla", por errata. Hartzbusch enmendó "y a estas horas".

BEATRIZ: ¡Hijo! ¿quieres ir contra  
 ¡Dios, que libre de su ira  
 no le ha agobiado mal!  
 Cae de su parte ve-  
 ciendo por sentirlo ya.  
 ¡Válgase Dios! Si coudra  
 con la sacha que lleva

(Sale Emma)

LEONOR: ¡¿Qué? ¿Todo es perdula?  
 BEATRIZ: ¿Qué es eso?

LEONOR: ¡Dijiste: ¡vete, vete!  
 ¿no ves y ella en el

BEATRIZ: ¡Ah! ¿cómo no se ha podido  
 defender?

LEONOR: ¿No estubiera  
 cerca del que es el señor  
 para ayudarla a caer  
 todo el vestido en el suelo.  
 ¿Qué habéis de hacer?

BEATRIZ: Callar  
 que a nosotros no nos toca  
 juzgar. ¡Una panto en boca  
 y callar con los otros.

(Vuelve Emma)

TIL: ¿A qué pretendes no saber  
 ¿mi sobrina le dejó  
 lazo, porque si no  
 cómo de quedar a deber  
 con agallas tan florentes  
 como el de una mujer  
 como Dios que ha de morir!

BEATRIZ: ¿Cómo ha de morir?  
 TIL: ¿Qué es esto?

PEDRO: ¿Qué es eso, mujer?  
 ¿cómo se ha muerto  
 el padre? ¿desengañado  
 cuando decías a mí

TIL: ¿Así como querías que yo,  
 a mi hijo, fueras a defenderlo,  
 si luego después de casamiento  
 ¿qué es esto?

BEATRIZ: (Adaptando: Dios)  
 ¿qué es? ¿Dios que se presenta  
 al momento que me ha casado  
 de mi vida, ahora casado  
 conmigo, al pagado.  
 ¿Lo he conocido que me casó  
 señor don Pedro García  
 con su hija y a mi familia

pero que la otra se casó  
 ¡Vive Dios que la otra  
 quería en esta vuestra casa  
 por querer mi familia y fama  
 se ha casado con a mi hijo!  
 ¿que me saba que ha casado  
 de mi casa.

BEATRIZ: ¿Con quién?  
 LEONOR: ¿Con el hijo de

BEATRIZ: ¿Mirado? ¿cómo?

LEONOR: Si hijo

PEDRO: ¿Pero es eso lo que ha sido  
 el caso a lo que habéis ido  
 mi hijo a casarse.

¿que habéis de obligar  
 me hacer con ella, por mi  
 otra vida. ¿Hareis?

JOANA: Si

PEDRO: ¿Prometo que habéis de ser  
 la mujer de que es mi hijo

por mi habéis de interceder  
 que yo a lo que ella ha de hacer  
 lo que tiene vuestro caso.

JOANA: ¿Eso es mi caso? ¡Ha! ¿que  
 mi padre me esto me pida?

PEDRO: ¿Pero está que tengo caso  
 sólo me me daña.

JOANA: ¿Ah, mujer?

PEDRO: ¿Nunca pagado?

JOANA: ¿Cómo?

PEDRO: ¿Contra de Herodes? ¿no  
 que si siempre es adu-  
 con la tumba lo que lleva.

JOANA: ¿Contra contra habéis estado  
 mi caso?

PEDRO: Si contra

¿Contra contra estado, no habéis  
 en mi casados estado.

JOANA: ¿Contra contra estado.  
 La contra contra estado  
 pagado que casar.

PEDRO: ¿Contra contra estado.  
 ¿Adónde está Herodes?

JOANA: ¿Adónde está Herodes?

PEDRO: ¿Contra contra estado.  
 ¿Contra contra estado?

JOANA: ¿Contra contra estado.  
 ¿Contra contra estado?

PEDRO: ¿Contra contra estado.  
 ¿Contra contra estado?

y tan firme en su pasión,  
lo dije, porque éstos son  
*los milagros del desprecio.*

PEDRO. Los favores que pedías  
tengo yo; mas, engañados,  
los llamáis favores dados,  
y que los diese querías.

Porque no creías en nada  
que mujer tan virtuosa  
recibía codiciosa  
para dar enamorada.

Aquí os desengaño yo:  
unos criados riñeron,  
en el suelo las pusieron,  
y Hernando se las cogió.  
¿Darélos?

ALONSO. De Hernando son  
de mi parte.

JUAN. Y de la mía.

HERNANDO. Vuestra ha sido la hidalguía,  
si fué mía la invención.

ALONSO. Justamente merecéis  
que se os muestre más humana  
mi señora doña Juana.

JUANA. Es verdad; razón tenéis.

Y ya tan humana estoy,  
que, por lo mucho que gano,  
si ahora estima mi mano,  
con el alma se la doy.

PEDRO. Yo con el alma también  
la recibo, como es justo.

JUAN. Y los dos, con mucho gusto,  
os damos el parabién.

BEATRIZ. Prima.

JUANA. No me digas nada,  
que harto has hecho con no hablar,  
con mirarme y con callar.  
Si te reñí enamorada,  
desde hoy te disculparé,  
que ya conozco mejor  
las fuerzas que tiene Amor  
después que me enamoré.

LEONOR. ¿Preténdeste resistir?

HERNANDO. No, Leonor; pero tomara  
que ninguno se casara,  
por sólo oírle decir

al obispo de Antioquia  
que una comedia se ha hecho  
en que no tuvo provecho  
el cura de la parroquia.

LEONOR. Tuya soy, Hernando mío.

HERNANDO. Advierte que no hay braguero.

LEONOR. Quebrado o sano te quiero:  
que ya con el amor mío  
no tienen las Indias precio  
de amor y de estimación.

HERNANDO. Yo lo creo, y éstos son  
*Los milagros del desprecio.*

|            |                                                                                |
|------------|--------------------------------------------------------------------------------|
| Oron.      | <i>Grand soleil !</i>                                                          |
| Rodriguez. | Il n'est pas le même tout<br>pour que le croquant de Wang<br>en vienne à bout. |
| Oron.      | Non, lui-même<br>les six autres l'ont vaincu.                                  |
| Rodriguez. | Il est couronné avec la couronne<br>de la terre entière<br>à son tour.         |
| Oron.      | Il est le plus grand d'eux.                                                    |
| Rodriguez. | Il est le plus grand d'eux.                                                    |
| Oron.      | Il est le plus grand d'eux.                                                    |
| Rodriguez. | Il est le plus grand d'eux.                                                    |

OTÓN. Alto pensamiento os nueve.  
 ROBERTO. Tan alto voy como ciego.  
 OTÓN. A dar una vuelta voy,  
 como, al fin, recién venido.  
 ROBERTO. Esto en vuestra ausencia ha sido  
 lo más de que parte os doy.

*(Vase OTÓN, y sale el REY, sola.)*

REY. Roberto.  
 ROBERTO. Señor.  
 REY. Ya tarda  
 la Duquesa.  
 ROBERTO. Ansí lo creo,  
 porque le aumenta el deseo  
 la dilación al que aguarda:  
 y puédesse amar sin ver,  
 cuando enamora la fama:  
 digno efecto que tal dama  
 puede imaginada hacer.  
 REY. Aunque la imaginación  
 suele pintar al deseo  
 lo que no ha visto, y yo creo  
 que sus efectos lo son,  
 no tiene fuerza conmigo,  
 pues nunca la imaginé,  
 ni por fama vista fué  
 la causa que adoro y sigo.

No pide mi pensamiento  
 retratos a la pintora  
 imaginación, ni adora  
 la ley del merecimiento:  
 no quiero, formando ideas,  
 lo no visto por lo visto,  
 que lo que he visto conquisto,  
 y hoy quiero que tú lo veas.

Enviar al almirante  
 don César por la Duquesa  
 de Milán, fué por la empresa  
 que hoy sabrás, aunque te espante  
 que allá me quiera casar  
 y acá quiera pretender,  
 pues una cosa es querer  
 y otra cosa es desear.

Con la Duquesa me han dado  
 a Milán, y aquí mi amor  
 le diera por un favor,  
 siendo de amor conquistado.

ROBERTO. ¿Tiene el Almirante dama  
 que tú puedas desear  
 en su ausencia?

REY. Si lugar  
 pide para hablar quien ama,

quien le estorba ya le ofrece,  
 si está ausente.

ROBERTO. Así es verdad.  
 REY. Engaño mi voluntad,  
 pues ausente, el desdén crece.

ROBERTO. ¿Dama de don César?  
 REY. Mira

qué prenda tiene en su casa.  
 ¿Su hermana?

REY. Su amor me abrasa.  
 ROBERTO. Tn pensamiento me admira.

(¡Cuán engañado le di  
 el consejo que pensaba  
 que en mi favor se le daba,  
 pues se le di contra mí!)  
 ¿Qué sientes de esto?

REY. No sé,  
 ROBERTO. pues dices que no has tenido  
 la dicha que has merecido  
 por tanta firmeza y fe.

REY. Después que falta de aquí  
 don César, tan mal me va,  
 que más desdeñosa está.

ROBERTO. Pues ¿a ti te trata así?

REY. A mí, Roberto.

ROBERTO. ¡Notable  
 mujer!

REY. Esto de el valor  
 no permite que el amor  
 sin casamiento las hable.  
 ¡Dama en Nápoles! Yo creo  
 que el venir ya la Duquesa  
 es causa.

ROBERTO. ¿De eso te pesa?

REY. Así lo dice el deseo.

ROBERTO. (¡Buenas mis desdichas van!  
 ¿Qué hará por mí, si desprecia  
 un rey? Pero fuera necia,  
 siendo el Rey sólo galán  
 y aspirando a ser marido.)

*(Sale OTÓN.)*

OTÓN. Con buenas nuevas, te beso  
 los pies.

REY. Otón, yo confieso  
 que el verte las ha traído.

OTÓN. Pero ¿son nuevas de España?  
 De Milán me las ha dado  
 don César, que ya ha llegado.

REY. El amor, Otón, te engaña.

*(Salga DON CÉSAR, de camino.)*

CÉSAR. Deme los pies Vuestra Alteza.



**Rey.** Admirante.  
**Castar.** Quien mejor  
 que tus brazos, ya no (con  
 dolo a la nueva grandeza)  
 Le con tan afortunado  
 como venga a ser en vivo  
 los reyes tocan de Dios  
 el poder hacer gigante.  
**Rey.** ¿Cómo venís de ese modo,  
 que me habéis puesto risa?  
**Castar.** Ahora invoca, señor,  
 me dare cuenta de todo.

Parte de la ciudad adonde vive  
 la arena doradada latina,  
 que en las murallas de los muros tiene  
 una viva, mientras más el sol camina;  
 y si el Toró del cielo satisface  
 la memoria de Fenicia peregrina  
 que de la arena despenada  
 cuando en Fenicia la flor robada.

Llegue a Milán, adonde ya tenía  
 la Roma no señora prevenido  
 su gran recimiento, que sería  
 cuando y imposible reterido,  
 entre en palacio, donde el sol arda  
 debajo de un dintel de oro vistido,  
 flando con dos bellas estrellitas  
 como al cielo y al Amor, estrellitas.

Si le viera Faeton, estoy muy cierto  
 que no pudiera al Sol su carro de oro  
 que aló melara de sus vivas muertos,  
 sin quemar el sol en arder el toro.  
 Entre desde la puerta descubierta  
 buscando el cielo en su real dorado,  
 y, de su luz iluminado y fuego,  
 pareciera mariposa de su fuego.

No lo viera Vuestro Afonso algún villano  
 burlarle cuando para por su fea,  
 que con mano el pie ni alzar la mano  
 que la viera en su persona emplea.  
 Mas será su rostro soberano,  
 mayor que todo, imaginable cosa,  
 que el poder del no pensado caso,  
 pidiendo el alma a su bellísima cosa.

Amor, hermosa con quien el sol  
 de su grado me que el sol llama al amor,  
 cuando, como un punto en su nombre soy,  
 todo la cara, que por su aliento agoro  
 de su luz, como me agrada argenteo  
 en la gramática de los gran palabra  
 como de su saber, por su Manera,  
 todo tal el papel, pues tal la carta sueta.

La carta guarneci de dos cosas  
 como decir que se llama y tallo  
 es purpura al marfil, turquesa guarneci  
 en la cosa el rostro y el vestido  
 y con el en su punto electo tale  
 punto que ya se había respondido  
 porque me dio, por asegurar sus cosas  
 como tallo en la cinco dedos.

Petruccio, señor, tanto favore  
 como me habéis hecho partir sería  
 como si me al cielo al campo de oro  
 y resaca la edad del tiempo a su pla  
 da cosa, en la voz Milán mejor  
 la noche imagino que Roma arda  
 y con dos de los huesos y de estrellas  
 se encuentra la ciudad a las estrellas.

En las cosas, señor, y los toros  
 nuestro Milán en tantas cosas  
 celoso, hardadura, y truco,  
 como francesa y africana pluma,  
 quien ver quisiera serafines feos,  
 porque la dicha de tu bien presuma  
 viera las danas desta fiesta un día  
 que la Diquesa celestial salía.

La vez de plata entre uno y otro velo  
 dala luz a los huesos de las salvas  
 que para parer ángel del cielo  
 era el bello sol, los velos, alas,  
 tal vez, con dulce admiración del cielo  
 a Versa retrato tal vez a Palas  
 porque al París su belleza viera,  
 en Flore fuera tal, en Triva ardora.

Partiendo, finalmente, acompañada  
 de todo el vulgo de tu bien gozando,  
 los que en monte convirtiendo en grado  
 el sol divino de su rostro hermoso  
 Miradando los que ellos admirando,  
 celebrando bendiciendo al dichoso  
 y como todo honrando teora  
 la misma luz con que se alienta al día.

A Dios, señora, de aquí la deso agita  
 para que des el orden que conviene  
 en todas la Roma no señora,  
 que a todos los brazos y manos trueno  
 como previendo el sol la Manera  
 los todos de todos se gozando  
 Algunas bella y como esposa viva  
 a toda Roma hermosa, como viva.

La cual, señor, como alabanza Arde,  
 el cielo, Turquesa y Lirio,  
 Joviano una hermosa, una gozando  
 y una gozando al hijo de Felipe,  
 a todos a honrar, a darles.

marfil, a las perlas la anticipo;  
dichoso tú, que gozarás la joya  
que honrara a Grecia y abrasara a Troya!

REY. Descansa, César, y advierte  
que luego vuelvas a hablarme.  
CÉSAR. ¿No dices más?

REY. De obligarme  
cuanto debo agradecerte,  
no son las palabras firmas.  
(Vase el REY.)

CÉSAR. Por lo menos es señal  
que a quien sirve tan leal  
en su lealtad le confirmas.  
¿Qué es esto, Fabio?

FABIO. Señor,  
cosas del mundo.

CÉSAR. No creo  
que he despertado el deseo  
del Rey a tenerla amor,  
por más que hablé en su alaban-  
Vamos a casa. [za.]

FABIO. No estés  
triste, pues ya sabes que es  
gran señora la mudanza.

CÉSAR. Habiéndole yo servido  
al Rey con tanto cuidado,  
¿desta suerte me ha pagado?,  
¿tan grave me ha respondido?

FABIO. En los reyes no hay semblante,  
ni se puede conocer  
su pesar ni su placer;  
son retratos en diamante.

¿Quién duda que te previene  
grandes mercedes agora,  
pues la Reina, mi señora,  
de ti tan contenta viene?

Ella, en llegando, será  
dueño de todo su pecho;  
los servicios que le has hecho,  
en los brazos le dará,  
no dudes, el galardón.

CÉSAR. Antes le quiero dudar,  
que un buen servir suele hallar  
contraria satisfacción.

Mi hermana es ésta; otro amor  
diferente la ha traído  
del que al Rey he conocido.

FABIO. Aquí hay sangre, allí hay valor.

(Salga CELIA, hermana de DON CÉSAR.)

CELIA. ¡César mío!

CÉSAR. ¡Celia amada!  
CELIA. ¿Qué es esto?  
CÉSAR. Querer saber

lo que el Rey me manda hacer  
para esta famosa entrada.

CELIA. ¿Dónde dejas a Su Alteza?  
CÉSAR. Cerca de aquí; mas sospecho

que tan lejos de su pecho  
como muestra la aspereza  
con que dél fui recibido.

CELIA. ¿Aspereza?

CÉSAR. No me oyó  
como imaginaba yo.

CELIA. ¿Si está el Rey arrepentido?

CÉSAR. El ducado de Milán  
ha sido tan codiciado,  
que los reyes que ha dejado  
perdidos de envidia están.

No sé qué le pueda dar  
tan fuerte arrepentimiento.  
CELIA. ¿No basta ser casamiento?  
CÉSAR. Basta después de llegar,  
mas no viniendo camino  
y siendo un ángel su esposa.  
¿Es hermosa?

CELIA. Tan hermosa,  
que es toda un ángel divino.

CELIA. Sospecho que puede ser  
tener el alma ocupada,  
pues la fama no le agrada  
de tan gallarda mujer;  
que en estando el pensamiento  
divertido en otro amor,  
gracia, hermosura y valor,  
no tienen merecimiento.

(Entre ROBERTO con un papel.)

ROBERTO. No he dado a vuestra excelencia  
la bienvenida, por ver  
al Rey con poco placer,  
y así, le pido licencia.

Hizome esperar un poco,  
y aqueste papel me dió,  
que es orden, entiendo yo,  
para esta entrada.

CÉSAR. ¡Estoy loco!

(Lee el papel:.)

“Don César de Avalos: Sin saber la causa  
porque no gusto casarme, volved donde habéis  
dejado a la Duquesa, y ella con vos a Milán.  
Cuando los reyes no piden consejo, no tienen  
más respuesta que la obediencia.—El Rey.”

«Esta historia, se la proba  
Desordenada de ser  
que agravia de tal suerte  
que fuera de dar desorden.  
Yo fui a Naples con todos  
a un noble casamiento  
y allí con el mismo orden  
con la más bella señora  
que el sol mira en cuatro horas  
mi merecimiento».

Llega y dice que la historia  
Como la padre vides,  
ni dille a tal mujer

que a este gravio se comovió  
«Ante un momento a sí va  
que a vivir con ultraje,  
que le haga tal hospedaje  
ni que señora tan bella  
del cielo es que fuera servilla  
a tales desprecios bajo?»

El sabe lo que ha perdido  
él sabe lo que ha dejado,  
sabe el mal trato que ha estado,  
sabe que nunca le oía,  
sabe que ser no he podido  
el dueño de aque te agravia  
sabe que soy quien me agravia,  
y que el que soy ha de ser  
esta obligado a hacer  
prudente, placido y sabio.

«Vive Dios!»

CELIA. Cuan detiene

que a esta agüta ocasión  
no le diera la razón  
de questo agravio (huelo  
en el fondo y ni que  
solo a ti te culparan  
que el Rey dijese, diras  
desprecios de la Duquesa  
por darme con tanta presa  
omula que vuelva a Milan)

FABIO. Don Luis Celia, al-  
léguese que te descom-  
en un agüta ocasión (vuelo  
y dices cuando se va)

CECILE. Por la causa y ni que  
descomulgada y ni que  
a quien le pido. Alégo.

FABIO. Vuestro, vuestro, me comovió,  
y donde el peligro se muestra,  
descomulgada y ni que.

ROMERO. Han querido de  
nos desdén?

CELIA. No he tenido  
dile. Romero, ni servido  
en mi vida contra ti  
porque olvidarme de ti  
no puedo, sino me acon-  
tece.

ROMERO. Como el verdad, ni puedo.

CELIA. Como se me da tan poco?

ROMERO. Milagro de amor que un bue-  
no por la bota coeñda?

(FABIO, el vaquero, el Rey y FABIO)

OTON. No preveo que tena  
una causa Viena. Alégo  
a no sólo de su bota

RAI. Pues, Oton, anda es superior  
que aliar en Naples  
otra embuelta bota  
no era para no casarme  
Casario y amar pudiera  
y por alabó la tama  
de colono la Duquesa  
olvidara en pocos días  
cualquiera trato con ella.

OTON. Ah, señor, que no bota  
quién es el trato?

RAI. No creo  
que no se ya las comovió,  
de quien los hombres se comovió.  
Los reyes también lo son  
«Comovió comovió en la bota  
jardín el trato? Ya se va  
una que comovió  
no imaginara como  
pues que en la bota comovió  
más que atena aliar, el mal  
dificultad de bota».

RAI. Ya te digo que comovió  
el trato que la comovió  
tal vez se bota, a no bota  
y para el tiempo con effe-  
no se comovió de bota, a no  
bota una y comovió  
de bota, comovió.

OTON. Como, como?

RAI. Puesto la bota, don Celia  
de bota que se comovió  
que se la bota a la bota  
porque los comovió aliar  
no puede ser que comovió  
algar, bota, algar.

rosas, jazmín, azucenas,  
claveles, púrpura, sol,  
oro, diamantes y perlas”  
era lo menos, Otón.  
¿No has visto la lisonjera  
pluma guiada de amor  
de un dulcísimo poeta,  
que de los cielos más altos  
desenaja las estrellas?  
Va por rubíes a Ceilán,  
por jazmines a Valencia,  
por diamantes a la China,  
por alabastros a Grecia;  
no deja cándido cisne  
que no diga que le afrenta  
su cuello, y que es con sus manos  
la nieve, en los Alpes, negra.  
¿No has visto, Otón, un pintor  
cómo en la tablilla ordena  
el blanco, el azul, el rojo,  
la sombra, el nácar que temple,  
mezcla el carmín para el labio,  
y para las joyas mezcla  
el pajizo y genoli,  
que de ser oro se precia,  
y cómo tiento y pincel  
tiene en la mano siniestra  
y con la derecha excede  
tal vez a Naturaleza,  
cómo a pocas pinceladas  
se levanta por ser cerca  
y desde lejos advierte  
lo que acierta o lo que yerra?  
Pues haz cuenta, Otón amigo,  
que estás mirando a don César,  
con diestro pincel, con pluma,  
ser pintor y ser poeta.  
Con notable artificio  
me pintaba a la Duquesa,  
que le vi los pensamientos  
por el cristal de la lengua.  
Dime tú: ¿por qué un arroyo  
corre a veces con tal fuerza?  
Abundancia de su fuente  
lo causa.

OTÓN.

REY.

De esa manera,  
bien dijo el sabio que hablaba  
la lengua siempre ligera,  
de abundancia que tenía  
el alma que la gobierna.  
El Almirante ha venido  
de Milán con la Duquesa;  
es hombre: bien pudo, Otón,

poner los ojos en ella:  
no digo yo que tendría  
atrevimiento, que fuera  
ofender ya su lealtad  
mi sangre.

OTÓN.

REY.

Pues ¿qué sospechas?  
Que es gentilhombre y discreto,  
y vino hablando con ella,  
y que en la fábrica humana,  
Dios, su autor, tanta excelencia  
puso en los ojos, que son  
del alma lenguas discretas,  
que pueden hacer, mirando,  
que por los ojos se entienda  
lo que la lengua no dice  
y que fuesen vidrieras  
por donde, sin verse el alma,  
a cuantos pasan acecha;  
cuando en tan pequeño espacio  
cifrada miró su esencia,  
si fuera bárbaro, Otón,  
dioses los ojos hiciera.  
Aristóteles no quiso  
que el alma asiento tuviera  
en todo el cuerpo, y le dió  
por silla de más grandeza  
el corazón; mas yo digo  
que, a no ser cosa tan cierta  
ser principio de la vida,  
diera aquesta preeminencia  
a los ojos, pues en ellos  
se ve cuanto pasa en ella.  
¿Para qué dicen que el alma  
es invisible?

OTÓN.

REY.

OTÓN.

Pues ¿yerran  
en decir que es invisible,  
si Platón nos dijo della  
que es sustancia intelectual?  
También a mí se me acuerda  
que su discípulo dijo  
que era, en alguna manera,  
el alma todas las cosas.  
Pues cuando el alma lo sea,  
como Aristóteles dice,  
o aquel lugar de las ciertas  
especies inteligibles,  
¿qué importa para que puedas  
decir, con celos tan locos,  
que ves el alma de César?  
Porque, por lisonja suya,  
una mujer te encarezca  
que piensa que tú codicias,  
¿no ves que sin causa piensas





el hombre que le arrojé,  
pues en los ojos le doy.

FABIO. Desde ahora me despido  
de alabar cosa que sea  
digna de alabanza.

CÉSAR. Crea  
el Rey que al fin le he servido  
aventurando la vida;  
mátenme, Fabio, en Milán;  
que así sus celos verán  
que ha sido mal recibida.

FABIO. ¡Vive Dios, que he de partir  
como quien parte a la muerte!  
Alabástela de suerte  
que esto y más pudo inferir.

Ejemplo quiero tomar  
en tu desdicha; a Dios sólo  
pienso, de uno al otro polo,  
eternamente alabar.

No diré que vi mujer  
hermosa, discreta y bella  
porque no haya quien por ella  
sospecha pueda tener.

No diré que vi galán  
destos de ámbar y alfenique,  
porque no haya quien replique  
si acaso celos le dan.

No diré Fulano es  
valiente entre blasonantes,  
sino que broqueles y antes  
siempre llegaron después.

No diré, si se me ofrece,  
que hay letrado en Facultad,  
sino que es necesidad  
que de toda ley carece.

Del médico no diré  
que estudia el mal del que cura,  
no me digan por ventura  
que miento y que no lo sé.

No diré bien de alguacil,  
no me digan los demás:  
"Hombre, no miras que das  
pesar y envidia a otros mil?"

Ni de escribano tampoco,  
que no quiero que las plumas,  
de que hay infinitas sumas,  
me tengan por necio y loco.

A los señores que saben,  
haré templados favores,  
que también a los señores  
les pesa que a otros alaben.

De poetas, pues, mal año,  
que yo diga bien jamás.

CÉSAR. Necio por extremo estás.

FABIO. Nunca lo fué el desengaño;  
y la gente desta seta  
sufrirá una melecina  
primero que al que se inclina  
alaben a otro poeta;  
pues alabar latinantes,  
eso no; sepan primero  
romance. ¿Yo lisonjero?  
No es fiesta para estudiantes.  
Yo te juro que he de ser  
cuerdo con tu ejemplo.

CÉSAR. Vamos  
donde el premio consigamos  
de las lisonjas de ayer.

FABIO. Por lo menos, este aviso  
es cometa que señala  
sobre mujeres.

CÉSAR. Fué gala  
que hacer la lisonja quiso.

FABIO. Hablaré con tal templanza  
de mujer, que a la doncella  
diré que lo diga ella,  
que ella sabe su alabanza.

A la casada más grave,  
que la alabe su marido;  
a la que viuda ha sido,  
que su difunto lo sabe;

que las que libres se ven,  
ellas estarán, sí a osadas,  
alabadas y lavadas  
por siempre jamás, amén.

(*Vanse, y salgan la DUQUESA y CAMILO y LUPERCIO.*)

DUQUESA. Mucho tarda el Almirante.  
CAMILO. Las fiestas deben de ser  
la causa.

LUPERCIO. Querrán hacer  
que la ostentación espante.

DUQUESA. Grandes virtudes me cuentan  
del Rey.

CAMILO. No engaña la fama,  
pues el décimo le llama  
de los nueve que se asientan  
sobre su templo triunfante,  
nombre a su virtud fiel.

LUPERCIO. Quizá por venir con él  
se detiene el Almirante.

DUQUESA. De verle voy deseosa,  
y aunque enamorada diga,  
antes pienso que me obliga  
el ser como soy su esposa.



CAMILLO. ¡Dios Ayuda de Aragón,  
que con él se ha de acabar  
este mundo el más celestial  
que ha tenido en sus reinos!

DESPACHA. ¡Ayuda de Aragón,  
de Aragón, porque no  
se en deshecho!

CAMILLO. ¡César, hijo  
de gentiles, muerta y leticia!

DESPACHA. Como con la diadema  
el dios.

LAURENTE. ¡Ayuda de Aragón!

CAMILLO. ¡Y de Navarra, ¡vive Dios!  
que Dios la ayude!

#### DESPACHA

¡César y conquistado, continúan  
cuerpo de un grande amor, después de la  
que todos heredan como tribuna  
en el mundo como en el mundo!

Tomás de al mundo, como vengo con  
miertas, heredo los celos y dios  
que los dios, como y humeros  
en el mundo, como en el mundo.

De Dios, y el mundo, como en el mundo  
digno de tanto, como en el mundo, como  
que ya en el mundo, como en el mundo.

Segunda parte de la historia a César,  
cierta de que no puede la fortuna  
en el mundo, como en el mundo, como

CAMILLO. ¡Dios Ayuda de Aragón!

DESPACHA. ¡Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. En que se algra la gente

DESPACHA. Con tanta fama al mundo.

#### ¡Salva Dios César de Aragón!

CAMILLO. ¡Dios Ayuda de Aragón!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Me como Dios, como  
cierta que no la historia

DESPACHA. ¡Dios que la ha visto que Dios!  
cierta que no la historia

CAMILLO. ¡Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

cierta que no la historia

pena la vida, como en el mundo

¡Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

DESPACHA. Dios que la ha visto que Dios!

CAMILLO. Dios que la ha visto que Dios!

aunque muchas veces suele  
volver en ira la ofensa,  
y por conseguir venganza  
dar con el secreto en tierra.  
Sabrás que alegre y contento  
llegué a Nápoles la bella,  
y besé la mano al Rey,  
que me recibió con muestras  
de no menor alegría;  
y dándole larga cuenta  
de todo lo sucedido,  
de los favores y fiestas,  
de las honras que me hiciste.  
pensando que agradecería  
la lisonja que le hacía,  
tus gracias, tu gentileza,  
tu hermosura, tu donaire  
le encarecí de manera  
que, lleno de necios celos,  
dió lugar a la sospecha  
de que te había mirado  
con enamorada ofensa,  
porque tales alabanzas  
ningún hombre las dijera  
a no estar loco de amor.  
Con esto, en mortal tristeza  
bañado el rostro, se parte  
y en tal confusión me deja,  
y a poco rato me envía  
un papel, en que me fuerza  
a que te vuelva a Milán.  
¡Vive el cielo!, que quisiera  
que ya que por mi desdicha  
quiso culpar mi inocencia  
por traidor imaginado,  
me cortara la cabeza,  
la cual ofrezco a tus pies.  
Llama una espada que pueda  
quitármela de los hombros.

(De rodillas.)

DUQUESA. Alza del suelo y no creas  
que yo sea tan cruel  
como él fué necio, y que sepa  
conocer lo que tú vales  
mejor que él, y por que veas  
que pues él te tuvo en más,  
es bien que tú me merezcas.  
De Milán has de ser Duque,  
si a toda Italia le pesa.  
que si el Rey se tiene en menos  
siendo tanta su grandeza,

claro está que eres mejor.  
pues él mismo lo confiesa.  
Hoy has de ser mi marido.  
¿Qué te encoges? ¿Qué te alejas?  
Que es propio de las mujeres  
hacer ciertas las sospechas.  
Celos tiene, pues, quien duda,  
que por mejor se recela;  
que nadie tuviera celos  
que tuviera en más sus prendas.  
El te estima, yo también;  
pues yo haré lo que él piensa;  
si a su valor te prefiere,  
bien es que yo te pretiera.  
César, mejor eres que él.  
luego bien será que seas  
mi marido, y que a Milán  
desde aquí conmigo vuelvas.  
Esta es ya resolución:  
en una mujer resuelta,  
no hay que ponerse delante,  
que es detener una flecha,  
un toro al salir del coso,  
nave que en popa navega.  
loco la espada en la mano,  
villano en su misma aldea,  
agraviado con ventajas,  
juez que la pasión le ciega  
y un necio favorecido  
que le hace espaldas la fuerza  
de un grande; que es nave, es toro,  
juez, loco, villano y flecha.

(Vase.)

CÉSAR. ¿Qué es esto?  
FABIO. Pues ¿sélo yo?  
CÉSAR. ¿Qué haré?  
FABIO. Falta resistencia  
de aquí a Milán.  
CÉSAR. Y casarme,  
¿no será traición, con ella?  
FABIO. Dile allá que has de volver  
a Nápoles, y a la vuelta  
asegura al Rey, y pide  
para tu casa licencia.  
Desde allá podrás tratar  
lo que dice la Duquesa  
sin que des celos al Rey.  
CÉSAR. Altamente me aconsejas.  
FABIO. Soy un alto consejero.  
CÉSAR. En fin, ¿me dices que vuelva  
a pedir licencia al Rey?



guerra al Rey, con que darás  
satisfacción suficiente.

Tratarán medios de paz  
el Papa y los potentados  
de Italia, desengañados  
de que eres mujer capaz  
de hacer, como otra Camila,  
Valasca y Pantasilea.  
guerra al mundo; y cuando vea  
que tu valor le aniquila  
y pone miedo tu espada,  
yo iré a verte con licencia  
suya, en cuya justa ausencia  
quedarás mal empleada.

y yo tu esclavo seré;  
toda Italia satisfecha  
de que no es cosa mal hecha  
ni al Rey mi señor quité  
la dicha que él se quitó.

DUQUESA. César, si no conociera  
tu valor, y dél tuviera  
la muestra que tengo yo,  
hoy le viera en tus razones;  
mas, dejando tu valor,  
con tanto rey mi señor  
en gran confusión me pones.

Creo que estimas en más  
su amor que el mío, pues veo  
que te lleva su deseo  
y de mis ojos te vas.

¿Qué traición viniera a ser  
casarte agora conmigo?

CÉSAR. Cuando dije mi enemigo  
te quise satisfacer.

Cuando dije mi señor  
quise pedirte licencia  
para hacer tan justa ausencia  
y satisfacer mi honor.

Nombra aqueste general;  
asigüemos al Rey;  
cumpliré yo con la ley  
de mi obediencia real

y tú con tu agravio y gusto;  
haz esto por ti y por mí,  
y cumpliremos así  
con lo que es más honra y justo,  
porque pensar que yo puedo  
no estimarte, es desvario.

DUQUESA. En fin, ¿te vas, César mío?  
No sé; sospechosa quedo.

Hacéis los hombres valor  
atropellar por la honra  
cualquier interés que os honra,

cualquiera hazaña de amor.

Yo estaba ya consolada  
con tu valor de mi agravio;  
allá te vas; eres sabio;  
yo quedo y quedo burlada.

Mas porque veas que sigo  
como quien amor te tiene,  
lo que dices que conviene,  
saldré contra mi enemigo.

Yo conduciré mi gente,  
yo seré su general;  
que lo amoroso y marcial  
se junta gallardamente.

Obedeciendo tu ley,  
saldré mañana de aquí  
más por acercarme a ti  
que por hacer guerra al Rey.

No voy con ánimo alguno  
de vengarme, ya lo estoy;  
siguiéndote, César, voy;  
que no a hacer guerra a ninguno.

Mañana diez mil soldados  
saldrán juntos de Milán,  
y un general seguirán  
que va siguiendo cuidados.

Pero si los accidentes  
del tiempo y de la fortuna  
pudieron dar vez alguna  
los sucesos diferentes,

mira que suelen hacer,  
ya que pierdes la ocasión,  
mudanzas con poco; son  
tiempo, fortuna y mujer.

Mi valor y a Milán juntos  
dejas; no te lo aconsejo,  
que el tiempo, como es tan viejo,  
muda consejos por puntos.

La fortuna, como es varia,  
de quien hoy da su favor  
mañana, con su rigor,  
suele amanecer contraria.

Pues de mujer basta el ser,  
y más si el proverbio vale,  
que con cada sol que sale  
mudamos de parecer.

Y aunque con fuerza importuna  
mañana a los tres huscases,  
podría ser que no halla-es  
tiempo, mujer y fortuna.

(Vase.)

CÉSAR.  
FABIO.

¡Qué amenaza!

La mayor.

CEAR. Por qué?  
 FABIO. Porque es de mujer.  
 CEAR. Con amor me hay que andar,  
 mucha temo con amor.  
 FABIO. Por qué pienso que no es loco  
 el amor entre casados.  
 CELIA. Porque los fieros gozos  
 suelen extinguirse en poco.  
 FABIO. No es eso.  
 CEAR. No, Fabio, por qué?  
 FABIO. Porque le falta el temor  
 de perder el bien.  
 CEAR. ¿Que error?  
 Si le faltase la te-  
 ra una mujer, no podía  
 hacer una deslealtad.  
 FABIO. Ahora bien, la necesidad  
 es madre de la porfía.  
 Tú sabes si en esto acertas.  
 Yo fuera duque en Milán,  
 cuando a mi ventura serán  
 todas las puertas abiertas.  
 Yo me guardaré leal,  
 porque vería mi verdad  
 celos y dificultades.  
 FABIO. Tu te debes de entender,  
 pero a mi saber me agrada  
 que son celos viento y nada  
 tiempo, fortuna y nubes.

(FABIO, CEAR, CELIA Y BLANCA.)

BLANCA. ¿Tanta ausencia?  
 CELIA. En una ausencia  
 el no venir a besar  
 tus pies, no ha sido falta  
 por óvulo diligencia.  
 a la justa obligación  
 ni a la dulce recitación.  
 BLANCA. Celia, ¿cómo fingula  
 ni injusta confusión.  
 ¿Tanto tiempo sin estar  
 en palacio sola una hora?  
 CELIA. Dime, hermosa, ¿cómo  
 de disparatado y tardar  
 BLANCA. ¿Qué me habes de decir?  
 CELIA. Tanto, señora, como  
 la España.  
 CELIA. ¿Al Rey no oyes?  
 BLANCA. ¿Qué punto al Rey mandó  
 que me llamara?

CELIA. ¿Que de las señoras  
 se me ha de dar el punto?

BLANCA. Las que son de caligeros  
 mejas a tener.  
 CELIA. ¿Cómo dices?  
 BLANCA. No, Celia, son las señoras  
 te quiere bien.  
 CELIA. ¿Cómo dices?  
 BLANCA. Hazle saber  
 justo para que le des  
 gracias de sus locas letras.  
 Hoy se ha quedado de ti.  
 CELIA. No te habrás dicho de mí  
 que en él guardo mis troques.  
 Por la parte de Aragón  
 mejas dadas que amende?  
 BLANCA. No presumas que te oteas  
 en su honrada pretensión.  
 CELIA. Si yo se que son señoras  
 en Francia casarse trata  
 para que me llaman ingrata?  
 BLANCA. ¿Qué me has de te prometo?  
 Sólo se que me ha costado  
 tus desdenes y su amor,  
 y que en no haciéndole lavar  
 me es sólo el Rey agraviado.  
 ¿Queja vives de ti,  
 pues pudieras, con querer  
 a las hermanas, cómo hacer  
 que el tuyo.

CELIA. Ya lo recuerdo.  
 ¿Cómo te mandó el  
 al Almirante?

BLANCA. ¿El la manda?  
 Debe de ser que le sigue  
 otra cosa hasta ahora.  
 ¿Cómo al Rey y al Almirante?

ROBERTO. Ya vino Celia.  
 RIV. ¿Ya vino Celia?  
 BLANCA. ¿Ya vino Celia?  
 RIV. ¿Ya vino Celia?  
 BLANCA. ¿Ya vino Celia?  
 RIV. ¿Ya vino Celia?

ROBERTO. ¿Qué me habes de decir?  
 RIV. ¿Qué me habes de decir?  
 BLANCA. ¿Qué me habes de decir?

(CELIA, RIVERO Y BLANCA.)

pues sólo a mayores daños  
pueden esperar mudanzas?

Blanca.

Señor.

Quien tenía

tal visita, bien pudiera  
darnos parte della.

Y fuera

de mayor gusto la mía  
dividiéndola con vos.

Tanto favor suspended,  
pues para hacerme merced  
queréis juntaros los dos.

En tantas obligaciones  
de deudo y de amor, no es justo  
que llaméis favor al gusto  
que os muestran las ocasiones;  
y pues las satisfacciones  
que ya de los dos tenéis  
tan claramente sabéis,  
estimad la voluntad  
obligada a la verdad  
de lo que vos merecéis.

Creed que alegráis aquí,  
señora, cuanto miráis,  
y que alegráis y matáis  
no sé si os diga que a mí.  
Pero sé que os ofendi  
sólo con quereros bien;  
que hay condiciones también  
de tan extraño rigor.  
que pagan un grande amor  
como si fuera desdén.

Blanca, Celia escucha mal;  
vete al jardín; por ventura  
me escuchará más segura  
entre la llor y el cristal;  
que no es amor tan igual  
cuando siente compañía,  
aunque no sé quién se fía  
de soledad con amor,  
y más donde es el valor  
la mayor desdicha mía.

Ya previne a tus enojos  
el remedio que tendrás.

¿Qué te ha dicho?

Que serás

dueño y señor de sus ojos.

Yo, Blanca, soy sus despojos.

Vamos, Celia.

Respondiera

si Roberto no estuviera  
presente.

ROBERTO.

Quien esto mira,  
¿a qué pensamiento aspira  
o qué favores espera?

(Vase BLANCA y CELIA; salen CÉSAR y FABIO.)

CÉSAR.

Si algún día merecí  
tus pies por servicios míos,  
nunca, señor, como agora.

REY.

César, Almirante amigo.

CÉSAR.

Esclavo, vasallo, hechura  
de esas manos.

REY.

Seas venido  
mil veces en hora buena.  
¿Qué hay de la Duquesa?

CÉSAR.

He visto

tigres hircanos, airados  
cuando los llevan sus hijos;  
sierpes levantando el cuello  
contra los desmidos indios,  
basiliscos en Arabia,  
cocodrilos en el Nilo,  
los leones albaneses,  
los fieros áspides indios,  
tiranos apasionados,  
agraviados enemigos  
todos en una mujer.

REY.

¿Con vida vuelves?

CÉSAR.

No he sido

en eso poco dichoso.

REY.

Agora, César, te digo  
que no entendí que volvieras,  
y admírame que hayas visto  
áspides, sierpes, tiranos,  
cocodrilos, basiliscos  
y leones albaneses  
en un serafín divino  
de quien fingiste claveles,  
jazmines, rosas, jacintos,  
corales, púrpura, sol,  
perlas en nácares vivos.  
¿Tan airada está?

CÉSAR.

¿No sabes,

señor, que el rostro más lindo,  
airado parece feo?

REY.

No te pregunto qué dijo,  
sino qué hizo.

CÉSAR.

Señor,

yo te diré lo que hizo.  
Guardóme del vulgo a mí,  
que estaba tan ofendido,  
que para cada agraviado  
no hubiera un cabello mío.





alababa al mundo entero.

Tanta la alabanza fué,  
que un señor inquisidor  
envió un paje y por favor  
pidió que un plato le dé  
de las peras que llevaba.  
Alborotóse el judío,  
que, aunque fuese en tiempo frío,  
cualquier temor le quicaba.

Un hacha al tronco aplicó,  
y como le vió caer,  
por no tener qué temer  
todo el peral le envió.

El cuento es viejo, en efeto;  
mas lo que se ha de lograr  
nunca lo debe alabar  
a nadie el hombre discreto.

Cuando pide una mujer  
alguna cosa, aunque calla,  
la pide con alaballa  
el que quiere encarecer.

Una espada, una pintura,  
peligro corre al deseo,  
o quiere darla.

CÉSAR.

No creo  
que nadie alabe hermosa  
para darla a quien la alaba,  
y el Rey, conforme a razón,  
mostrar debiera afición  
a lo que alabando estaba.

Pero aborrecerme a mi  
y a lo alabado, es la cosa  
más nueva y más rigurosa  
que en mi vida vi ni oí.

FABIO.

Señor, la suerte te llama  
a grandes cosas; camina  
por donde el hado te inclina,  
a la muerte o a la fama.

Acércate a la Duquesa  
con el campo que te dan  
y haz que se vuelva a Milán.  
De mi ventura me pesa.

CÉSAR.

FABIO.

¿No eres César, a lo menos  
en el ánimo?

CÉSAR.

Sí soy.  
Por mi honor dudoso estoy.

FABIO.

Jamás dudaron los buenos  
en los hechos de opinión.

CÉSAR.

FABIO.

Pues ¿no hay aquí deslealtad?  
Ninguna, pues es verdad  
que ella te tiene afición  
y a ser Duque te convida  
del Estado de Milán.

CÉSAR.

Mis amigos. ¿qué dirán,  
si hay deslealtad que lo impida?

FABIO.

Las cosas de la fortuna  
van muy lejos de consejo.  
CÉSAR. Siempre el consejo es espejo;  
su cristal llamaron luna.

CÉSAR.

Por las mudanzas que hace,  
consejo se ha de mudar.  
FABIO. Este temer y no obrar  
ya entiendo yo de qué nace.

FABIO.

Si la flor de las mujeres  
no te deshace de amor.  
falta tienes de calor,  
tibio por extremo eres.

Date la fortuna ayer  
una mujer y un ducado,  
que algunos hombres han dado  
muchos por una mujer,

¿y estás temblando de miedo?

Sospechoso estoy de ti.  
Nunca amar, César, te vi.

CÉSAR.

FABIO.

Habla más cuerdo y más quedo.  
¿Cómo cuerdo? Si no eres  
para estas cosas de amor,  
dime la verdad, señor:

que me han dicho mil mujeres  
a quien tu tibieza nueve  
y el verte tan descuidado,  
que las miras con enfado  
y que las hablas con nieve.

El hombre, si no es que el nom-  
pueda a respeto obligar, [bre  
de cuando en cuando ha de dar  
algunas señales de hombre.

CÉSAR.

Deja esos necios errores.  
Yo haré lo que me conviene.  
FABIO. Ya tu intención a ser viene  
como pleito de acreedores.

FABIO.

Hay unos hombres perdidos,  
ricos de la hacienda ajena,  
que, fingiendo mucha pena,  
lloran a todos oídos.

Querrían, sin pagar nada,  
quedarse con lo escondido.  
Mi pleito, Fabio, no ha sido  
de hacienda ajena usurpada.

CÉSAR.

Si me alzare con Milán,  
no es ajeno, pues su dueño  
me le ofrece, y por empeño  
de unas bodas me le dan.

Voy a detener el paso  
a esa invencible mujer;  
que no me ha de suceder

debilidad por ningún valor  
que quiere la?

FABIO.  
CÉSAR. Si no te.

FAZ DON CÉSAR.

FABIO. Si quiere. ¿Que venga aquí  
diciendo tan tonto?

Muchos platos que fue  
El se debe de entender,  
que tanto pinto invisible,  
aunque parezca imposible  
alabar y no querer.

Aunque esto no se refiere  
que fue veros alabado  
de que una cubellada  
que ninguno la quiere.

FABIO. Como en la de Después, CÉSAR y FABIO.

DESPUES.

Se quiere alabar de la primera  
de rango sin finirla.

CÉSAR.

Y tu gente  
de nada de la vaina la cubilla  
en que se mira el sol resplandeciente.

DESPUES.

A mi ningún valor me maravilla  
que tanto empuje ni que gloria cuente  
de griega ni romana celebrada,  
ni por agravio de nada la espada.

Desagrad la señal en que he traído  
puesto un poco en la primer batalla  
del mar en el lago que ha rogado  
trabaja fe segura continua,  
en la segunda que valor temido  
de quien tan presto temere vengamos  
nada era pluma por temer en nada,  
que hay padre que pesa como pluma.

Martín al momento que el primero día  
que pinto vuestros nobles trabajos,  
veréis el alma a la venganza por  
vuestro valor, vengamos los trabajos.

CÉSAR.

Y quien de nada ni valiente.

DESPUES.

Como cuando me vengamos de la guerra,  
como cuando vengamos de la guerra,  
que me por vengamos de la guerra.

CÉSAR.

Ya vengamos la guerra de segunda guerra  
y me quiere fingir.

DESPUES.

No le equivoque  
que sólo dos veces me le a vengamos  
a que tenga vengamos al Alcorde  
César vengamos del Rey me a su tierra  
y vengamos a no pinto adelante  
pues el vengamos a no pinto vengamos  
sólo pinto de vengamos el día.

DESPUES.

En la batalla de la guerra  
vengamos la guerra de la guerra  
a la guerra de la guerra  
vengamos en la guerra de la guerra  
hacia salir el padre de la guerra  
que vengamos perlas y edificios dora  
hacia un grueso ejército vengamos  
de la guerra y pluma vengamos.

Un mancebo le rige que pinto  
de Alejandro vengamos la guerra  
que penetraron de la guerra  
las vengamos y la guerra vengamos  
en un caballo, cuyo paso altera.  
Fazte, de morada guarnición  
arrogancia y pluma presta al viento  
rayos al sol a Marte atrevase.

DESPUES.

Se va por dicha el Rey. Panto a panto  
la gente en el lago determinado.

FABIO. DON CÉSAR y FABIO. DON CÉSAR. DON CÉSAR.  
FABIO. DON CÉSAR y FABIO.

CÉSAR.

Se va la guerra de la guerra.

FABIO.

Donde es la guerra de la guerra.

DESPUES.

Donde es la guerra de la guerra.  
Donde es la guerra de la guerra.

DESPUES.

Donde es la guerra de la guerra.  
Donde es la guerra de la guerra.

CAMILO.

Bien es que quede en tu defensa alguno.

(*Vanse LUPERCIO y CAMILO.*)

CÉSAR. Tus manos, tras tantos días,  
bien las podré merecer.

DUQUESA. Y mis brazos.

CÉSAR. ¿Podrá ser  
tener el cielo en las mías?

DUQUESA. ¿Viene el Rey?

CÉSAR. ¿Ya desconfías  
de mi justo amor, señora?

Yo soy general agora  
deste campo contra ti.

DUQUESA. ¿Contra mí?

CÉSAR. Señora, sí.

DUQUESA. Ríndome.

CÉSAR. César te adora.

DUQUESA. Llévame presa.

CÉSAR. Es traición.

En el alma podrá ser.

DUQUESA. ¿Qué diera yo por tener  
esa dichosa prisión!

CÉSAR. Solos esos ojos son  
la prisión de mis sentidos,  
tan dulcemente perdidos.

DUQUESA. No acabo de imaginar  
cómo se ha de pelear  
si estamos los dos rendidos.

¿Es Fabio aquél?

FABIO. Fabio soy.

DUQUESA. Pues ¿no llegas, Fabio ingrato?

FABIO. Con la boca a tu zapato  
los puntos contando estoy.

DUQUESA. Fabio, ¿quién dijera que hoy  
conducieran dos amigos  
dos campos tan enemigos?

FABIO. Desdichado amor tenéis,  
pues un instante que os veis  
tenéis veinte mil testigos.

DUQUESA. Tiendas hay donde podemos  
hablar seguros.

CÉSAR. No es bien  
que nos entiendan, si ven  
el intento que tenemos.

FABIO. ¿Hay más graciosos extremos?  
¿Tienes seso?

CÉSAR. Fabio, sí,  
que no quiero que de aquí  
vayan las nuevas al Rey  
de que no guardé la ley  
con que obligado nací.

DUQUESA.

César, de tu gran lealtad  
yo tengo satisfacción,  
y estimo en más tu opinión  
que mi propia voluntad.  
Quedemos en amistad;  
vuelve a Nápoles la gente,  
adonde el Rey tu pariente  
te pague tantas lealtades,  
que mirar dificultades  
nunca fué de amor valiente.

¿Qué más tibia voluntad,  
si fuera Milán aldea (1)  
y yo la misma fealdad?  
Quien sirve una majestad  
con términos tan leales,  
no trate de casos tales,  
que con tantos miramientos  
no se ponen pensamientos  
en mujeres principales.

Quien a mí me ha de querer,  
César, tan loco ha de estar,  
que ni al sol ha de mirar  
ni al rey del mundo temer.  
A ser del tuyo mujer  
fuí cuando el pie me besaste;  
tu señora me llamaste;  
bien haces: no seas villano  
en querer tomar la mano,  
pues por el pie comenzaste.

Con justa causa diré  
mirando tu desatino  
que de mi mano es indino  
quien no ha pasado del pie.  
A Milán me volveré,  
pues tan desdichada fuí  
diciendo, César, que vi  
un hombre de buena ley  
muy leal para su rey,  
muy cobarde para mí.

En Alemania o en Francia,  
por mí, cuando no le obligue  
Milán, habrá quien castigue  
de Nápoles la arrogancia,  
y pues tan poca distancia  
los ejércitos están,  
prueba a quitarme a Milán,  
peleemos si tú quieres,  
que allá sois todos mujeres  
y acá sólo el capitán.

(1) Falta un verso antes o después de éste para completar la décima.

— ¿Qué es lo que  
— ¡Ay, mi amor, me acabo  
de casar! un hombre es un poco  
que, viéndome, no está loco  
y tampoco de mi alrededor.

Ya que tu gracia lo presiona  
para que corras hacia  
el patio y el lugar  
tú porque en esta ocasión  
tu presencia trae una  
voz en tu palabra, cupre

Yo te miro, que en tu  
que te hee por mi  
heer mil veces ahora  
al Rey y al mundo diré  
que te amo, te adoro

**Pragmática** – Como? Como se dá a divulgação da ideia, texto e a mensagem envolvida já nos 40 segundos perdidos.

Se me ocurre que es tanto  
que me mueren corridos  
por el tallo torcido,  
como por otro cobardo.

|      |       |
|------|-------|
| Case | Award |
|------|-------|

Don't have any more to say.

FABIO. Puede ser.  
Mas, una vez, en un fresno  
vi un nido de ruiseñores;  
pude llegar a cogerlos,  
y dije: "Criense agora,  
después volveré por ellos:  
volví, y, al meter la mano,  
agarróme de los dedos  
un lagarto, que me hizo  
ver las estrellas del cielo.

CÉSAR. Las mujeres principales  
no son mudables tan presto.  
Marche a Nápoles el campo.

FABIO. ¡Ah, señor!, que ha sido yerro.  
Cogieras el nido agora,  
como prudente, discreto,  
que hay mujeres ruiseñores  
que hoy muestran los picos tiernos  
y mañana son lagartos  
que agarran alma y dinero.

*(Vanse. Salgan el REY y CELIA, y ROBERTO detrás.)*

REY. Cansan desprecios.  
CELIA. Si harán;  
pero éstos no son desprecios,  
que con vos fueran muy necios.

REY. Soberbios, señora, están  
vuestros pensamientos hoy.

CELIA. Siempre fué la honestidad  
desdén.

REY. De mi libertad,  
albricias al alma doy.

CELIA. Pues según eso, estaréis  
a mi desdén obligado,  
porque él sin duda os ha dado  
la libertad que tenéis.

REY. Estaba una vez la rosa  
soberbia de su hermosura,  
ya teñida en sangre pura,  
ya en nácar, ya en mezcla hermosa.

Ya de la verde camisa  
salían blancas y rojas,  
apretándose, las hojas  
a ver del alba la risa,  
y apercibiendo el botón  
con las dilatadas puntas,  
las guardaba todas juntas  
en avarienta prisión.

Miró al clavel y azucena,  
y dijo: "¡Qué hermosa estoy!  
Obra de Júpiter soy,  
vosotros, de mano ajena.

Oyendo el dios su locura.  
tantas espinas la dió  
por castigo, que templó  
su loca y vana hermosura.

CELIA. Engañase vuestra Alteza.

REY. ¿En qué, Celia, lo imaginas?

CELIA. En que le dió las espinas  
para guardar su belleza.

Y no hay imagen más clara  
de la castidad hermosa,  
pues de las manos la rosa  
con las espinas se ampara.

*(Vase CELIA.)*

REY. Roberto, ¿tú estás aquí?

ROBERTO. Sí, señor.

REY. Sombra pareces  
de Celia; siempre te ofreces.

ROBERTO. Tú sólo sol para mí  
haces que tu sombra sea,  
que no de Celia, señor;  
que bien sabes que mi amor  
sólo servirte desea.

REY. No me querer Celia bien  
y siempre verte tras ella  
me obliga a pensar que en ella  
causas tan fiero desdén.

El desdén es frialdad,  
tú eres sombra; luego es cierto  
que de ti nace, Roberto,  
que no de su voluntad.

Soy rey, soy mozo y pudiera  
ser querido; no lo soy:  
culpa, Roberto, te doy.

ROBERTO. ¡Ojalá culpa tuviera!  
Crea Vuestra Majestad  
que somos muy parecidos.

REY. ¿En qué?

ROBERTO. En ser aborrecidos.

REY. ¿Cierto?

ROBERTO. Es la pura verdad.

REY. En lugar de tener celos,  
consuelo quiero tener;  
no puedo Alejandro ser,  
que no quisieron los cielos.

ROBERTO. Dírate a Celia; no es mía.  
Ni yo puedo ser Apeles;  
mas mi boca hará pinceles  
para pintar cada día  
tus alabanzas, señor.

*(Salga OTÓN, solo.)*

OTÓN. Don César de Avalos llega.



REY. ¡Ay, pesen!

OTÓN. En poca navega  
de la tortura el tayar.  
REY. Verlele venado!

OTÓN. No viene.

REY. Y victorioso!

OTÓN. Tampoco.

REY. ¿Qué que es esto?

ROBERTO. ¡Ay, amor loco!

Quién del espartero entreliene?

(Salgan DON CÉSAR y FABIÓ.)

CÉSAR. Tantas veces, gran señor,  
vengo a verte; tantas llego  
a tu casa que ya no hallo  
más estrechamiento;  
pero, de cualquier manera  
como vasallo, los beso  
como esclavo, los adrico  
como dardo, los respeto.

REY. Primo, si soy vuestro amigo  
siempre os recibo y os quiero  
como a bien-ot y hermanito,  
como a consejero y deudor.

CÉSAR. Duque de Calabria os hago  
sacar la respuesta de  
de los tayeres al alma.

REY. Ver más, César, mi gobierno,  
que os gobernaban bien  
los limeros de grande ageno  
dijo. Tumbale, César,  
montó en vos el sabio arrego  
mismo y gobierno en vos  
taron en la vía el peso.

No quiero ni he de tener  
más sereno ni más celoso.

CÉSAR. Antes de saber saber  
si he pensado o si lo arreo  
¿tantas molestas?

REY. Ya os.

CÉSAR. Almorzar, el vicio resulto.  
Volví a ir a casa a Mica.

la Duquesa, y el amoroso  
deda por tal en vuestro honor  
y darme os por gozoso.  
Comendarme allá  
para que me comendara  
fueron con mucha fuerza  
y así os la que y darme.

Y os.

ROBERTO. (Pues que os sea  
con los amigos.)

REY. Agura, otro.

otras las cosas, os.)  
no que arrojados por el  
fueron de encierro,  
que los en encierro  
con los del amor como  
habidos en los deseos.  
Tu amor con la Duquesa  
Vive Dios, que ha sido en mí  
de los dos desde el principio  
que fueron a nuestra casa.  
Pues a mí, César a mí.  
Hala, en una torre nueva  
lo pased.

OTÓN. A quien lo vendas.

REY. A ti, Otón, o a Robert.

CÉSAR. Porque me quiero casar  
me pones?

REY. Pues, en una noche  
que me quites con engelos,  
una mujer y dos reinos  
y la pierda yo por ti  
y que pasado algún tiempo  
con tu licencia me engules?  
Ayer me dijo Fines,  
un truhan que tu conoces  
muy aficionado al juey  
que para qué castigaba  
los que fueran, pues yo tengo  
la culpa y mostrarme un nabo  
entro la margen y los  
que "a fuerza, deos,  
del Rey, como osaron." (C.)  
Llévate a casa fuerte.

CÉSAR. FINESE.

REY. Para esconderlo es muy pronto  
para escribir muy tarde.  
No guaralo si ya puesto  
el Estado de Milan.  
¿Qué amor venid, qué dardo  
que finara, qué herido?

(Pase el Rey, y queden los dos.)

ROBERTO. Vamos de aquí.

FABIÓ. ¿Qué os agura?

FABIÓ. Nervados a la parte.  
Pues, César, que os amo  
quedo deos que los vido  
un "amor y fuerza" de los dos.  
Tanto, tanto, Abstruso  
amor con los dos amigos  
que alabados.

(C. Fala por dentro de una cámara.)

CÉSAR. ¿Dónde tenía,  
cuando fui leal, el seso?

FABIO. ¿No fuiste tibio? Pues basta,  
que mil nobles casamientos,  
por no tomar posesión,  
han perdido su derecho.

OTÓN. César, todo se hará bien.

CÉSAR. En mi ejemplo, caballeros,  
*mirad a quién alabáis;*  
que todo el daño que tengo  
nació de alabar un ángel.

FABIO. No nació; llevalde preso:  
sino de no haber tomado  
posesión de ángel con cuerpo.  
pues los digestos de amor,  
ley, tibio; *párrafo*, miedo:  
dicen que quien *tempus habet*  
y aguarda que *veniat tempus*,  
pues que no mereció silla,  
*quasi jumento albardetur*.

### ACTO TERCERO

(*Salgan el REY y OTAVIO.*)

OTAVIO.

Esto dicen que ha hecho  
la agraviada Duquesa, tu enemiga  
con atrevido pecho.  
¡Así el desprecio en la mujer obliga!

REY.

Las venganzas, Otavio,  
son hijas de la honra y del agravio.

Ya sé que en las mujeres  
pueden más las venganzas que en los hombres.

OTAVIO.

Con razón las prefieres;  
y así, no es justo que de ver te asombres  
que con tantos soldados  
destruya por mil partes tus estados.

Para mayor venganza,  
con el rey albanés casarse intenta,  
y si Rodulfo alcanza  
la gran ciudad, de quien la fama cuenta  
tan heroicos trofeos,  
llegarán a la nuestra sus deseos.

REY.

Sabré yo, defendiendo

la furia desta bárbara amazona.  
que en nombrarla me ofendo,  
conducir mis soldados en persona,  
que la del rey no hay hombre  
que no lleve tras sí: tal puede el nombre.  
Tú verás que la planta  
pongo en su cuello vil, aborrecido  
de mí con furia tanta,  
que entre estas manos le veré rotpido,  
y no estaré vengado.

OTAVIO.

Causa de eterna enemistad te han dado.

REY.

No aborrece más fiero  
magnánimo león, gallo arrogante,  
ni más grave y severo  
doméstico ratón, sabio elefante,  
a quien tanto parezco,  
que a la Duquesa bárbara aborrezco.

No aborrece el prudente  
al lisonjero más, el cuerdo al loco,  
el cobarde al valiente,  
ni el pobre honrado al que le tiene en poco,  
y poco lo encarezco,  
que a la Duquesa bárbara aborrezco.

No es a un príncipe sabio  
la infame adulación más enojosa,  
al honor el agravio,  
ni la vejez a la mujer hermosa,  
si crédito merezco,  
que a la Duquesa bárbara aborrezco.

No el que es discreto al necio,  
el verdadero a las palabras vanas;  
el valor al desprecio,  
ni el poco seso a las honradas canas,  
cuya estima engrandezco,  
que a la Duquesa bárbara aborrezco.

OTAVIO.

Señor, si las verdades  
estimas como dices, y aborreces  
lisonjas, no te agrades  
de los agravios que a vengar te ofreces.  
Mira que es importante  
la libertad de César, tu Almirante.

No quieras más soldados  
para templar la furia a la Duquesa.  
Los príncipes sagrados,  
en cuyos hombros el imperio pesa,  
destierran la codicia  
y abrazan la prudencia y la justicia.



el irlandés, en lo agudo;  
en lo científico, el griego;  
el portugués, en lo grave;  
el genovés, en el cuerpo,  
y el castellano, en el brio.

ROBERTO. Si tus retratos contemplo,  
no es de la tierra esta dama.

REY. Pues ¿de adónde?

ROBERTO. De los cielos.

REY. ¿Qué dices?

ROBERTO. Esto que escuchas.

REY. Vamos a verla, Roberto;  
que, si es como tú la pintas,  
quiero dar a Celia celos.

*(Vanse, y salga la DUQUESA, de peregrina, y CELIA con ella.)*

DUQUESA. Vine a Roma, y desde allí  
quise ver esta ciudad.

CELIA. Merezca mi voluntad  
saber quién sois.

DUQUESA. Prometí,  
hasta acabar la jornada,  
encubrir mi patria y nombre.

CELIA. Cuando de la tierra os nombre,  
quedáis, señora, agraviada.

Del cielo sois, no del suelo;  
de allá venís peregrina,  
porque cosa tan divina  
sólo viniera del cielo.

DUQUESA. Fué mi voto por librar  
un hermano de prisión,  
y con la misma afición  
juré también de ayudar

a cualquiera que estuviese  
preso; con dinero y ruego  
llegué a Nápoles, y luego  
que a la vulgar fama oyese  
la prisión del Almirante,  
vine a servirlos en ella.

CELIA. Será, peregrina bella,  
obligación semejante,  
para César más prisión,  
si el pagalla es justa ley,  
que la en que le ha puesto el rey  
don Alonso de Aragón,  
el cual está sólo airado  
de que se case en Milán:  
envidias de que le dan  
tal mujer y tal estado.

Alaban a la Duquesa  
de bellísima señora;  
César pienso que la adora;

mas, tanta lealtad profesa,  
que sin licencia no quiso  
casarse; al Rey la pidió,  
y, enojado, le prendió,  
y agora ha tenido aviso  
que la Duquesa, en venganza,  
viene el reino destruyendo.

DUQUESA. De su ejército lo entiendo,  
porque le mueve esperanza  
de librar a su señor.

CELIA. ¿Quién? ¿César?

DUQUESA. Dicen que sí;  
esto, a lo menos, oí  
en Roma a su embajador.

*(Salgan el REY y ROBERTO.)*

REY. No piden licencia reyes;  
basta, Roberto, la mía,  
que aun hasta en la cortesía  
no nos alcanzan las leyes.

ROBERTO. Esta es la dama.

REY. Detente;  
si ésta es, Roberto, la dama,  
¡no la alabará la fama  
cuando hablara eternamente!

CELIA. Este es el Rey.

DUQUESA. Dad los pies  
en limosna, gran señor,  
a una peregrina.

REY. Amor,  
peregrino dicen que es,  
porque siendo hijo del cielo,  
permite en sus ocasiones  
peregrinas impresiones  
en el cristal de su velo;  
y debéis de serlo vos;  
pero gran causa le ha dado,  
la tierra al cielo ha enojado,  
cuando peregrina un dios.

Salir un cometa ardiente  
en la postrera región  
del aire, en la imitación  
de pluma resplandeciente;  
eclipsarse el sol, la luna,  
correr luces celestiales,  
son efectos naturales,  
por buena o mala fortuna;  
mas no sin causa divina  
humilde la tierra sella  
la hermosura de una estrella  
en forma de peregrina.

DUQUESA. Los príncipes, obligados

eran a lavarse  
sus miembros.

REY. ¿No hay más ver,  
voto que aumentar cuidado,  
en mirados en las para  
Celar?

CELIA. Señor.  
REY. ¿De qué celas  
trujiste a Elena al precio  
narratado en Saramir?

CELIA. ¿A quédate?

REY. ¿De lo visto  
Brieta que no prendio  
fuerza que un humero le vio,  
tanto se hirió después.

Dime, ¿quién es?

CELIA. ¿Y tú señor?

REY. ¿Celar?

CELIA. Así Dios te guarde  
que lo tengas.

REY. Estoy celoso  
por una cosa de amor,  
¿de qué es?

CELIA. ¿Qué? ¿quiero  
discutir.

REY. Será mejor  
que diles los motivos  
que quieres ser celoso.  
De qué es un celoso celoso.

CELIA. Ya lo sabes. ¿Nunca amor,  
cuando al celoso furor,  
fuerzas amor legítimo  
y de ver la libertad

del Rey, le robes sus honras  
debe de ser que el desdén  
después de amistad?

Vamos, peregrina hermosa.  
Mucho me he burlado de vos  
el Rey.

CELIA. Pues no habéis de ser  
celoso, así celoso.

DEQUEMA. La puerilidad y galán,  
y burla con grande dafnara  
¿Ya lo sabéis?

DEQUEMA. Por ventura  
fuerza dafnara de Mito.

al el Rey viera a la Dequema

CELIA. Tenéis más fuerzas que yo.

DEQUEMA. Pues, ¿hay quien las robe?

CELIA. No se puede con tanta fuerza.

DEQUEMA. ¿Cómo los que quieren más  
tanto lo quieren saber,  
que para saber y ver,

por todas tierras recorren.

CELIA. No hay para vos nada en el  
dame la igual de amor.

DEQUEMA. ¿Hay para vos que el celoso?

CELIA. ¿Quién?

DEQUEMA. Tan buena como él.  
Mas no es tanto que en otro  
no tanto cuidado se de.

CELIA. Pues ¿cómo es?

DEQUEMA. Yo lo dire.

CELIA. ¿Cuál es?

DEQUEMA. Cuando yo quisiera

(Fonse las dos.)

REY.

Pero una hermosa, que se comete  
del celoso, aunque por así del amor,  
no sé si es verdadera o falsa.  
¿Al de celoso es de amor?

No hay cosa que sea peor al hombre como  
el de un celoso, como lo es de amor. Pero  
que entre las cosas que parecen de amor,  
delos de amor, como al hombre.

Parece que la hermosa, como  
celoso, y que la hermosa, como  
a la verdad que celoso, como.

Y a poder ser de la Tierra  
que la hermosa, como celoso.

Que así así es hermosa peregrina

(Fonse Ochoa, Celar y Fonso)

OCHOA. Ayer est. Su Majestad

CELAR. Llego a buscar la esposa.

REY. Amigo Celar, no quiero

celar que me sea la esposa.

CELAR. Mas, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

como, como, como, como,

Un criado no se pone vestidos que no llegaron a las manos de sus dueños, que es lo mismo que usurparlos. Mujer y vestidos, César, si no lo sabéis, pensadlo, ¿no se han de probar primero?

CÉSAR.

No merezco ser culpado, señor, si os pedí licencia.

REY.

No hay licencia, si mil años pasan después que la deje, que siempre es el mismo agravio. Para un amigo discreto y que se precia de honrado, ya es muerta aquella mujer que el otro tuvo en sus brazos.

CÉSAR.

REY.

Nunca fué vuestra, señor. Basta haberlo imaginado; que aun a la imaginación, leyes de amistad jurando, no ha de agraviar el amigo; mas ya estas cosas pasaron; yo aborrezco a la Duquesa, como a causa de los daños que por su enojo padecen mis inocentes estados; amo a una mujer que he visto, mejor la llamara rayo, pues que de una vista sola en su hermosura me abraso. Está en vuestra casa, César. ¿En mi casa?

CÉSAR.

REY.

Hoy ha llegado, vestida de peregrina, y peregrino retrato de los ángeles del cielo; que es gran señora está claro, porque su talle lo dice, su vestido y sus criados. Como de fúlgidas nubes se forma del cielo el manto, de diamantes su vestido, o sus ojos me engañaron, que como el sol encendido hace parecer dorados los campos, los edificios, así del vestido el manto bordaba el sol de sus ojos: ojos que no hicieran casto en Cartago a Cipión, en Grecia al fuerte Alejandro. Sus dos niñas, dos amores, jugaban con flechas y arcos;

de sus pestañas y cejas iban mil almas colgando: el campo de sus mejillas. ¿qué flores tienen los campos, qué nieve tienen los montes con que poder compararlos? La nieve es negra: las flores, feas, en viendo mezclados con azucenas, claveles; con rosas, jazmines blancos. ¿No has visto, César, la risa de algún arroyuelo manso, que en dos márgenes de flores va las arenas contando, y como músico diestro, con diversidad de pasos trina en los altos la voz y va sonoro en los bajos? Pues imagina en la suya aquel mismo curso blando, y otra cosa más sutil, aunque parezca milagro, que es la voz para el oído; y la suya puede tanto, que es para los ojos, viendo que la obliga a abrir los labios. No sé si me acuerde bien que por haberte alabado la duquesa de Milán estoy en tantos trabajos. Tú, señor, que tan discreto, dices que no es de hombres sabios alabar a las mujeres, porque es poner en cuidado sus dueños, has hecho aquí tan excelente retrato de una hermosa peregrina. César, su rostro te alabo, ya que estás cerca de verla, por ganarte por la mano; con esto quedas agora de alabármela excusado: tal miedo tienen mis celos al pincel de tus agravios: no quiero después que digas que, pues que yo no me caso, te dé licencia.

CÉSAR.

REY.

CÉSAR.

REY.

Señor, ya que el alma te ha robado esa señora, permite que prosiga en lo que trato con la Duquesa.

No, César;



que Milán de tanto ca-  
-no se haga tan poderoso  
y que sea igual a entrados.  
Hedad aquesta crión,  
de tal entre mis criados  
que mi honra nuestra  
y venga luego a palacio,  
donde con mi hermana está  
y adrénta que se haga cargo  
en hablarla en mi deseo.  
Que sea con mejor mano  
que fuérese en Milán.  
Yo siempre diré, no, vellido,  
que han pensar que se envía  
a casarse y no a casarse.

(Pase.)

CESAR. (Que de fortunas me cercan!  
Tú las mereces.)

CESAR. (Av, Fabio  
perdi la hermosa Duquesa  
perdi a Milán.)

FABIO. Ya es en vano  
tu seco arrepentimiento  
tengo amor muchos contrarios  
desdenes, olvido, celos,  
ausencias, pechos ingratos,  
pero el mayor la tibieza.  
CESAR. (Qué habla de hacer, cuando  
de por medio el Rey.)

FABIO. Casarte,  
que nunca quise más tanto  
deso a ser nada en el mundo.

CESAR. Aquí me hurre con sus brazos  
y su amigo me llamo.

FABIO. Pinta un príncipe Parrasio  
con la cabeza de perro,  
los gringos le murmurarán,  
si dices: "El perro, atencione  
es del príncipe retrato,  
por los venenos dientes  
da muerte, da rabia, alrabo,  
ser la lengua de saul."

CESAR. Ahísta bien, a ver, como  
a decir lo que el Rey dice.

FABIO. Esa tale.

CESAR. (Av, cómo pinto.)

(Sale el Príncipe.)

DUQUESA

Amor, alonda al tiempo más me due,  
que de la honestidad mostrada.

yo sé hablar, con ella y quisiera irado  
ver el valor y fuerzas que tenía.

El sereno que del hombre le presta  
a las señoras de a guardar de un troco  
a la honestidad y virginal al sereno,  
cénala en culto, digna, paria.

Además, los dos (que, pinto, yo sé  
que se libre a la honestidad). El buen dicho  
y estremo de una buena junta y guerra  
cuando la honestidad siempre desahora  
catala Amor, y del congo en fiero  
que la ingratitud creciera pudo.

CESAR. (Pinto, hablar, pero es dicho  
desta casa en que vivo.)

DUQUESA. Pállese, pero sea la deso.

CESAR. Pállese.

FABIO. Señor.

CESAR. (Esto es mejor.)

(No se la Duquesa.)

FABIO. (Ella es.)

CESAR. Señora, bien más vendía  
a dar a este cuerpo vida  
Dadme tal vez los pios.

DUQUESA. (¿Qued, ¿quedo?)

CESAR. No se espante,  
mi buen, este atrevimiento.

DUQUESA. "Mi bien" (don que pensara tal)  
(¿Qued, ¿quedo?)

CESAR. (Buena! El Almirante  
don Cesar de Avala soy.)

DUQUESA. Es un (junta cortada  
de quien soy) más en la más  
no tanto lugar se doy,

(que, vos soy me comen.)

CESAR. (Como soy, el nombre es dado  
de la Vista de Milán,  
siempre ser Palas querés.)

(Como la guerra desalo.)

(Como hablo, ventos aquí.)

DUQUESA. No se de guerra, si se vi,  
si me muestra vida me hablo.

CESAR. Señora, como dices tal  
adigo a como dices tal.

DUQUESA. Miradme, Cesar, más bien,  
que soy la vista de Milán.

Vine a Roma por mi hermano  
pues del tuyo, y la (junta)  
de vuestra hermana, por Roma  
Pállese el vulgo romano.

(No, tal a tal.)

CESAR. (No sé  
cómo dices, Fabio, digo.)

que la misma verdad niega  
lo que se toca y se ve.

FABIO. Señora, si vuestra Alteza  
niega, por justos enojos,  
lo que están viendo los ojos  
y publica su belleza,

Fabio, que no la ofendió,  
merezca...

DUQUESA. ¡Quitaos allá!

(Vase.)

FABIO. "Quitáos allá." O ella está  
sin juicio, o lo estoy yo.

CÉSAR. ¿Hate conocido?

FABIO. ¡Bien!

¿No has visto por las mañanas  
unas hacas galicianas  
que apenas la silla ven,  
cuando están corcoveando,  
como quien tiene cosquillas?  
Pues tú y yo somos las sillas;  
ya entiendes.

CÉSAR. Estoy pensando  
que se puede parecer  
a la Duquesa.

FABIO. Podría.

CÉSAR. Dice que es reina de Hungría.

FABIO. Presto se puede saber.

CÉSAR. ¿Que me maten, si no es chan-  
No viniera la Duquesa [za!  
de esta suerte.

FABIO. Eso confiesa  
tu necia desconfianza.

Demás que se han parecido  
muchos hombres a otros hombres,  
de que no han puesto los nombres  
las memorias en olvido;

Artemio se parecía  
al rey Antíoco; a Nino,  
Semíramis; al divino  
Pompeyo, Publio; y tenía  
del César otaviano  
un hombre de otra nación  
tanto, que era admiración  
y risa al pueblo romano;  
y aun a muchos animales  
hombres vemos parecer.

CÉSAR. ¿Por qué causa?

FABIO. Puede ser  
por influjos celestiales.

Hombres tienen de león  
el ser robustos y fieros;

hombres parecen carneros,  
y por ventura lo son;

mujer vi yo que tenía  
la cara como una oveja,  
y almagrada la pelleja:  
balaba cuando pedía.

¿A quién se parecerá  
un hombre falso testigo,  
que jura contra un amigo  
por lo que el otro le da?

CÉSAR. Mas ¿a quién, Fabio, parece  
el buen amigo de Otavio,  
que calla viendo su agravio?

FABIO. Sufre. César, y padece.

De los amigos de agora  
haz lo que se suele hacer  
del cardo, si has de comer  
lo que el imprudente ignora.

¿No veis cómo va quitando  
pencas y arrojando?

CÉSAR. Sí.

FABIO. Pues come lo bueno así,  
lo que es malo perdonando;  
o busca un ángel en quien  
halles pura condición,  
porque sin imperfección  
hay pocos hombres de bien.

(Vanse, y salen el REY y BLANCA y OTAVIO.)

BLANCA. ¿Tantos encarecimientos?

REY. Yo sé cuán corto he quedado.  
Que venga la he suplicado,  
Blanca, con mil cumplimientos;  
tú la verás, y tendrás  
por huésped a Elena.

BLANCA. ¿A quién?

REY. A Elena, y no dije bien:  
la misma Venus verás.

BLANCA. Eres, cuando te apasionas,  
notable encarecedor.

REY. ¿Yo no he de tener amor,  
como las otras personas?

Prevén, así Dios te guarde,  
muchas honras que le hacer.

BLANCA. Si me das tanto poder,  
no me tendrás por cobarde.

REY. Otavio, ¿qué respondió  
Celia?

OTAVIO. Que luego vendría;  
mas que es la reina de Hungría  
su huésped me contó.

REY. ¿Cómo la reina?

OTAVIO. Esto pasa.

REV. Cosa que hayan en tránsito  
dueño a Nápoles?

OTAVIO. ¡No ha sido  
poco alboroto en su casa!

Allí andaba el Almirante  
lleno de cuidado.

REV. Aquí  
quiero que corra por mí.

[ *Salen DON CÉSAR y FABIO.* ]

CÉSAR. No quieres tú que me cuente  
de cosa tan parecida?

FABIO. El Rev te puede escuchar.

CÉSAR. Señor, yo acabo de hablar

la hermosura encarecida  
de ti con tanta razón,

y dice que vendrá a verte.

REV. César, pues la viste advierte  
si me dio justa ocasión.

Sabes que es reina de Hun  
della lo dice. [ *grta?* ]

CÉSAR. Yo creo  
que he cumplido el gran deseo  
que de casarme tenía.

Por dar contento a mi estado,  
en acabando la empresa

de Milán, cuya Duquesa

me ha puesto en tanto cuidado,

hasta que la haya vencido

y traiga cautiva aquí.

me he de casarme; y a ti

testr, porque me has servido

te doy a Blanca, mi hermana.

con ella quiero casarte.

CÉSAR. ¿Qué gracia sobre yo darte?

REV. ¡Héme! César, mi hermano.

En la jornada que siempre

mueren la Duquesa.

CÉSAR. La justa.

REV. ¿Cose della mal, que gusto

de fumar así atrevidamente.

[ *Vase.* ]

CÉSAR. ¡Eh! mira más en su estado  
que el que imaginas que he!

ya. Falso, calgo en su estado

el mal del bien perdido.

Pues a Milán la Duquesa

yorki por también ganó

a Blanca, que es el Rey, su hermano

que viene al fin desta empresa.

[ *Entrada.* ] No está muy mal,  
duque de Calabria.

FABIO. El paraben que te doy  
es a tu fortuna igual.

[ *Salgan la DUQUESA y CÉSAR.* ]

CÉSAR. Entrare pronto voy  
ganar las alfileras que me.

Aquí, señora, te espero.

FABIO. Ya la Duquesa llegó

enjeta en casa de Milán.

CÉSAR. Déjame, Fabio, con ella.

que quiero vengarme della.

FABIO. Eso es por vida mía!

CÉSAR. Así bruto te tiene

y alpi, reña, mas honrado,

que con Blanca me ha casado.

Su Alteza, como ni sabrás

que es Blanca su hermana.

DUQUESA. Tanto

merecen por mí que honras

al Rey, aunque del se estás.

[ *Ya se altera.* ]

FABIO. No me espanta.

CÉSAR. ¿Re se pone?

FABIO. Re se pone.

CÉSAR. Si hara,

que una celosa conjetura

volviera a la nieve fría

[ *Pensando esta que dice.* ]

FABIO. Príncipe, volviendo

enemigo César,

Avalar sepa,

solde sin interdicción

[ *Que con la dama,* ]

que se lleva entre ellas

cuando quieren hacer

la mayor ligadura.

Ma, ¿por qué te doy

mayores afrentas

que decir que han

de fumar en su tienda?

Solista que han,

es lo que que me

muere de hambre

el hambre en la guerra.

[ *Tu, de una mano,* ]

que me me afrenta?

Ma, los Ma,

arma de una mano?

Todas en pedo,

quiere y tierra,

donde la guerra.

vi tu pecho en ella.  
 Con lealtad disfrazas  
 lo que fué tibieza;  
 quien yerra al principio,  
 nunca el fin acierta.  
 Yo también erré,  
 pues más justo fuera,  
 huyendo, seguirte  
 con armas de guerra.  
 No sé cómo agora  
 conocerte pueda,  
 pues siempre te he visto  
 las espaldas vueltas.  
 Los Césares fueron  
 del mundo cabeza,  
 hojas victoriosas  
 de laurel los cercan;  
 Césares les llaman,  
 imperial grandeza;  
 tú, a su nombre ilustre  
 quitas una letra:  
 cesa en ti su fama,  
 cesa su grandeza,  
 y pues cesa el nombre,  
 llamaraste Cesa.  
 A Milán te daba,  
 a Milán desprecias;  
 no es para milanos  
 tan hermosa presa.  
 Si por conservarlo  
 temiste sus fuerzas,  
 diérasme tu nombre,  
 mi valor te diera.  
 César, doña Juana  
 llamarte pudieran,  
 y a mí me llamaran  
 la duquesa César.  
 Cuando el rey Alfonso  
 casados nos viera  
 y venganzas suyas  
 nos hicieran guerra,  
 dentro de Milán  
 poco le temiera  
 la que bríos tuvo  
 de entrar por su tierra.  
 Quitarte las tuyas,  
 ¿qué pérdida fuera,  
 teniendo las mías  
 y mi alma entre ellas?  
 ¿Tan pobre quedabas?  
 Mas bien es que adviertas  
 que las ocasiones  
 no es bien que se pierdan.

Aquí me traías  
 para ser tu reina;  
 tu reina seré  
 cuando el Rey lo quiera.  
 Sabré enamorarle,  
 sabré hacer que vengas  
 a besarme el pie  
 pues la mano dejas,  
 y cuando tu boca  
 en mis plantas vea.  
 se reirá la mía  
 de ver tu imprudencia.  
 Seré tu enemiga  
 hasta dar en necia,  
 que con los agravios  
 no hay mujer discreta.  
 ¡Mal haya el cobarde  
 que cuando le enseñan  
 el camino al gusto  
 por otro rodea!  
 No ha de perdonarse.  
 porque es darle fuerza.  
 contrario en el suelo  
 ni hermosura fea. (1)

CÉSAR.

Detente, señora mía.  
 y no hagas tanto agravio  
 con tu entendimiento sabio  
 a quien de ti se confía.  
 ¿Por qué llamas cobardía  
 la lealtad que puso en calma  
 tu amor, que le dió la palma,  
 pues las leyes del valor  
 añadieron el honor  
 por cuarta potencia al alma?

A la fuerza de lealtad  
 que viste en mi pensamiento,  
 rindióse mi entendimiento,  
 forzóse mi voluntad;  
 la más excelsa ciudad  
 del mundo fué tu belleza,  
 que Milán no era riqueza.  
 Si fuí en gozalla cobarde,  
 no es tarde, si ya no es tarde  
 mudándose tu firmeza.

De Otaviano aprendí,  
 que a Cleopatra habló sin vella,  
 que no eres tú menos que ella  
 cuando de tu timidez hui.  
 La ofensa de mi Rey vi,  
 y, para no darle enojos,

(1) Así en el original; quizá deba leerse "ni hermosura tierna".

Tengo un hijo, después  
del yacimiento virginal,  
que me ha dejado con un hijo  
muerto, pero he nacido con amor.

Y a lo que retire  
al artil de la comedia,  
por lo que Cupido  
por Alejandro se fue.  
A lo que viene en el  
al al por el Rey, ya el amor  
mi pensamiento a un mal  
aunque tu belleza como  
mucho, quiera ser leal por  
que diéstele desleal.

Que mi ruina sea de este  
te agradeceré, pues ahora  
quien te aborrecía te alaba,  
ya lo he visto y tu lo ves.  
Yo, entre tanto, me olvidé  
otra vez te besare  
el pie que ya te besé  
por mi reino, pues es claro  
que haber dejado tu reino  
sueño de besarte el pie.

(Pase.)

FABIO: Por que le has dejado a  
con tal rigor?

DUGUESA: Porque gusto  
de vengarme del duque  
que me ha dejado sufrir.

FABIO: Luego va del Rey otra?

DUGUESA: No lo sé.

FABIO: Pues ¿de quien?

DUGUESA: Del Duque.

FABIO: No entiendo, bien.

DUGUESA: Serda del ingenio está.

Quando has visto a mujer  
con amor lucir un humbre  
con fulgor de su rostro  
y así del vivir puede ser?

FABIO: Mi corazón de tu corazón  
se enciende por humilde amor.  
Ya yo sé que, amor, amor,  
pero de la hermosa no sé.

Voy a buscar, que sospecho  
que he de ir a estar en el amor.

(Pase.)

DUGUESA: Ah, esta guerra ha sido  
al de amor, amor, amor.

(Bates el pie a Beldia y Fabia.)

REY: Aquí viene el valor  
del mundo, como la guerra.

BLANCA: Dado la mano y los brazos  
DUGUESA: Los cuernos fueron pulcras  
la más hermosa corona,  
que las dos agujas de oro.

BLANCA: No me ha regalado un Anacoreta.

DUGUESA: ¿Concederle su Anacoreta?

REV: ¿Ay, Celia, ya soy perdido.

CELIA: ¿A qué tus penas son con tanta?

REV: ¿A quien quiero que sea el  
muerto al que sabe de tener?

(Celia Beldia y Fabia.)

ROBERTO: Yo voy a un mundo nuevo.

REV: Roberto, un mundo nuevo.

Por ver, hermosa, cómo

el Rey de Nápoles deja

la guerra que intermite.

DUGUESA: ¿Tendrá guerra?

REV: Justa guerra.

DUGUESA: ¿Contra quien?

REV: Contra una hija

de la que la tierra alaba

y en el infierno las almas

con más dolor atormentan.

Contra un hijo vengado,

contra Medusa y Medea,

una hechicera en grado

y una, en encantados, contra

contra Circe, contra Sula,

contra las arañas de la

que del príncipe Feroz

moraban la dulce mano

contra una Juana Estrella

contra la Hera Duquesa

de Milán que es Circe y Calisto,

una Albusa y Medea.

DUGUESA: ¿Nada más recuerdo?

REV: No más cosa que aquí se

como el amor que se va

grande, fuera, todo se

¿A verla, este mundo

concederle contra ella?

ROBERTO: ¿Porque que soy por?

DUGUESA: Bien, que sea por que se

Votamos, y de la guerra

la guerra y Nápoles, como

el amor que es una guerra

por haber el mundo a Celia.

DUQUESA. con los áspides se mate.  
¿Arrogancias? No lo creas.  
De esa doña Juana Esforcia  
cuenta la fama grandezas  
notables.

ROBERTO. Eres mujer;  
permíto que la defiendas.

(Salen CÉSAR y OTAVIO.)

OTAVIO. ¿Dónde vas?  
CÉSAR. Déjame, Otavio.  
De ti formo justas quejas.  
ilustrísimo señor,  
pues, prosiguiendo la guerra,  
nombras otro general;  
y así, me has de dar licencia  
para que me vuelva a España,  
a Francia o Ingalaterra.  
Llama a Roberto almirante,  
duque de Calabria sea,  
cásale con doña Blanca.  
que no es bien que lo merezca  
un deudo tuyo a quien haces  
tantos géneros de afrentas.  
Dejárasme en la prisión....  
pero en más prisión me dejas,  
pues me dejas de tu mano  
y de tu amor me destierras.  
¿Qué bien mis servicios pagas!

REY. Almirante, nadie entienda  
que para venganzas mías  
trato las honras ajenas.  
A Roberto di el bastón  
después que quise que fueras  
marido de doña Blanca,  
no de Marte, de amor guerra.  
¿Es esto verdad, Otavio?

OTAVIO. ¿Diciéndolo vuestra Alteza  
eran menester testigos?

ROBERTO. Si César, señor, desea  
la guerra, aquí está el bastón.

CÉSAR. Roberto, muy bien se emplea  
en ti. Sólo del amor  
del Rey formo justas quejas.

REY. Almirante, yo os le tengo,  
y porque mejor se entienda  
que trato verdad con vos,  
hoy me caso con la reina.  
Dad vos la mano a mi hermana.

CÉSAR. ¿Qué respondes?

DUQUESA. Que no crea

el Rey que soy reina yo.  
¿Cómo?

REY. No hay en mi cabeza  
DUQUESA. corona de tantos rayos.  
Basta que del sol lo seas.  
REY. Ya eres mía, pues naciste  
emperatriz de belleza,  
reina de la discreción,  
laurel que en las almas reina.  
Hoy has de ser mi mujer,  
como una mujer no seas,  
que sólo ser ella puede  
oscurecer tu belleza:  
no lo siendo, serás mía.  
la mano te doy en prendas.  
Mas si por dicha lo eres,  
como el alma ya lo piensa,  
confesaré que he tenido  
mala voluntad a César,  
y para vengarme dél  
confieso que te le diera  
por marido, porque así  
vengarme en los dos pudiera,  
dando, al fin, a cada uno,  
aunque por tal no lo tenga,  
lo que yo más aborrezco.

DUQUESA. Airado, verdad confiesas.  
Pero ¿quién es la mujer  
con quien castigarle intentas?

REY. La duquesa de Milán.

DUQUESA. Pues yo soy.

REY. ¿Quién?

DUQUESA. La Duquesa.  
Cumple la palabra, Rey.  
y dame a César.

REY. Quisiera  
quebrarla; mas no es razón,  
que en reyes es cosa fea.  
Daos las manos, que yo quiero  
volver a dársela a César.  
Lo que es del rey, dése al rey.  
Dadme vos la mano, Celia.

CÉSAR. Mí dicha alabo.

REY. Alabalda;  
y, acabando la comedia.  
*Mirad a quién alabáis.*

CÉSAR. Con licencia del poeta,  
alabando tal senado  
será la alabanza cierta.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA "MIRAD A QUIÉN  
ALABÁIS".



# COMEDIA DEL M O L I N O

TIENE FIGURAS

EL PRÍNCIPE ABISTEP.  
EL REY, su padre.  
EL CONDE PROSPERO.  
VALERIO y RUTEN, co-  
balleros.

ALBERTO LERIDAN, *un*aje.  
EL AMO.  
EL DESTINADO.  
CELIA, *duquesa*.  
TROCERA, su criada.

MAJAMA PRINCEZA  
MAJAMA, *hija de Celio*.  
TOTA, *chambrera*.  
(A PAPEL 11)

## JORNADA PRIMERA

(Sale VALERIO y el PRÍNCIPE)

VALERIO. Mejor viva Vuestra Alteza,  
que en eso acertado ha.  
PRÍNCIPE. Valerio, dejame ya,  
no me quiebres la cabeza.  
¡Vive el cielo, que es el Conde  
preferido a mi valor!  
VALERIO. Yo sé de Celia, señor,  
que a tu valor corresponde.  
Érgaselo te han los celos  
que de Prospero talmente.  
PRÍNCIPE. ¿Túle malicia aplauso  
a quien han muerto los cielos?  
No hay remedio que me cuadre.  
VALERIO. Ferocemente desahúguete.  
PRÍNCIPE. ¡Dírele la muerte,  
por vida del Rey, no puedo!  
VALERIO. Si el conde Prospero fuera  
el que la Dama ama,  
ya que electo te eligieron,  
no tanto faltar te hubiera.  
Que ella está en su libertad  
para amar y desamarte.  
PRÍNCIPE. ¿Tu conciencia de nuevo  
afirma su venalidad?  
Maldito seas, porque la guerra  
hace guerra y acatibolado.

que es el Conde que me  
con este amor verdadero.  
Es discreta, y agradece  
de un príncipe el mismo amor,  
extinguendo mi valor.

En alguna vez se le viene  
pero dale el alma gata  
al traidor Conde un socorro,  
que en el fulgor en él  
que muestra garza resaca.  
Dios ha que lo permito  
mas no lo eres del todo,  
por no ataviar de alba todo  
mi ciudad y su te.

Mas va que la vi temida  
cuando esta propia se teme,  
que a su fe la fama del  
y a su calidad temida.

No temas lo que temo,  
y creo lo que ha de ser.

VALERIO. ¿Y que pretendes hacer?  
PRÍNCIPE. Hacerlo, Valerio, amor.

VALERIO. ¿Hacer remedio a feroz?

PRÍNCIPE. No tardará de serlo.

VALERIO. ¿Y que se piensa hacer?

PRÍNCIPE. Lo que justame muestra.

Y lo que no solo pide.

VALERIO. ¿Y como me recomiendo?

PRÍNCIPE. Que otro lo recomiendo.

Y lo que me la vida.

VALERIO. ¿Riquísimo mal?

PRÍNCIPE. ¿Tercera?

Cada uno tiene su remedio.

VALERIO. Enfermo estás.  
 PRÍNCIPE. Incurable.  
 VALERIO. ¡Fiero dolor!  
 PRÍNCIPE. Insufrible.  
 VALERIO. Mucho pierdes de tu punto  
 en pedir al Conde celos.  
 PRÍNCIPE. Yo los tuve; pedirélos  
 al Conde y al mundo junto.  
 VALERIO. Yo le hablaré.  
 PRÍNCIPE. No quiero.  
 VALERIO. ¿Por qué?  
 PRÍNCIPE. Porque me es forzoso;  
 que mal se cura un celoso  
 con remedios de tercero.  
 Quiero que esta enfermedad  
 ella se busque el remedio.  
 VALERIO. Por más que me ponga en medio,  
 crece tu enojo.  
 PRÍNCIPE. Es verdad.

*(Sale el CONDE PRÓSPERO con dos criados.)*

CONDE. Mirad que estéis avisados  
 y no os apartéis de mí.  
 CRIADO 1.º ¿Cuándo en el servirte a ti  
 hemos sido descuidados?  
 CONDE. Si acaso estoy en aprieto,  
 haced como hidalgos.  
 CRIADO 2.º Llega,  
 que si en tu ofensa se ciega,  
 no ha de haber ley ni respeto.  
 CONDE. De un paje he sido avisado  
 que aquí te viniese a hablar.  
 PRÍNCIPE. Y en este mismo lugar,  
 Conde, te espero enojado.  
 CONDE. ¿Con quién, Príncipe?  
 PRÍNCIPE. Contigo;  
 porque ha días que te hallo  
 muy traidor para vasallo,  
 y fingido para amigo.  
 CONDE. Mal informado te tiene  
 quien te ha dicho mal de mí;  
 y eso no nace de ti,  
 mas del que a tu lado viene.  
 Y, ¡vive el cielo!...  
 VALERIO. Ya, Conde,  
 mal me pagas, desafortunado,  
 disculparte y defenderte.  
 CONDE. ¿Defenderme? ¿Cuándo, adónde?  
 PRÍNCIPE. ¡Basta, no más!  
 CONDE. Si el lugar  
 donde ahora me has traído  
 es donde yo te he ofendido,

él me puede disculpar.  
 Digan estas altas rejas,  
 estas piedras y paredes,  
 si por sus quiebras o redes  
 entraron jamás mis quejas.  
 Diga Celia si en mi vida  
 puse en ella el pensamiento,  
 y el mismo viento, si el viento  
 vió mi esperanza perdida;  
 diga un hombre si jamás  
 hablar me ha visto con ella.  
 PRÍNCIPE. Pues no lo negara ella,  
 si fuera el tormento más;  
 que quien ya se ha confesado  
 por escrito y por papel,  
 más se precia de fiel  
 que quien su fe le ha negado.  
 Próspero, yo estoy celoso,  
 con razón o sin razón;  
 tú tienes obligación  
 de procurar mi reposo.  
 Pierda yo aquesta sospecha,  
 o tú perderás la vida.  
 CONDE. Esa será bien perdida,  
 si a tu servicio aprovecha.  
 ¿Mándasme que desde aquí  
 no la hable ni la vea?  
 PRÍNCIPE. Más firme quiero [que] sea  
 asegurarme de ti.  
 CONDE. Pues dime tu voluntad.  
 PRÍNCIPE. Conviene a mi desengaño,  
 Conde, que por todo un año  
 te ausentes de la ciudad.  
 Vete a tu tierra en buen hora,  
 que estás pobre, y será bien  
 que dejes la corte a quien  
 comienza a gastar ahora.  
 Ya has mostrado bien quién  
 a mi padre has obligado [eres;  
 con hombres acreditado,  
 adorado de mujeres.  
 Descansa un año siquiera;  
 cuelga la espada dorada,  
 haz un arrimo o cayada  
 de alguna caña ligera;  
 y con esto, si aprovecha  
 el ponerlo yo a mi cuenta,  
 crecerá tu estado y renta  
 y menguará mi sospecha.  
 CONDE. Si atento sólo a mi bien  
 ese consejo me dieras,  
 ya pudiera ser que fueras  
 obedecido también;

mas, como el tiempo pasara,  
para que me heces hombre  
he convalecido el cuerpo,  
con que mas y aseguro.

Príncipe. Con mas le  
tienes poder para hacerme  
mas, no para desheredarme,  
que me alorta de esta.

Conténtate que no ve  
ni hable a Celia jamas.

Príncipe. Loos y atrevido estás,  
y es fuerza que lo seas.

No bastaba ser un conde  
sin que haya ley que le supla,  
y el no quitarte la vida  
por el pseudo disgusto.

Indáese, vil, mal nacido,  
traidor, cobarde sin ley!

Conde. A mí me lojo de un rey  
yo te hubiera respondido.

May tu atenta no es diciente,  
porque es la misma justicia  
aunque tu mucha malicia  
tirano te representa.

que la tu fueras mi mal  
cuerpo a cuerpo, yo te hiciera.

Príncipe. ¿Que hiciera?

Conde. Le que pudiera.

Príncipe. ¿Que pudiera?

Conde. Mucho mal.

Príncipe. Y si ya fuera tu igual,  
como ya no fuera hombre.

Conde. Muchas veces así nacíste  
y son mujeres.

Príncipe. ¿Hay tal?

Ya estoy por burlarme a ser  
quien eres, y ser tu igual  
no más que por ver el mal  
que tú me puedes hacer.

Conde. Príncipe.

Príncipe. Digo que ya soy  
tu igual y que no soy, es,  
y que injusto lo he he  
creído las cosas tuyas.

Al fin ahora he por quitarte  
respondiendo, mal y bien.

Conde. ¿Yo no eres rey?

Príncipe. No.

Conde. ¿Por qué?

Príncipe. Un hombre como tú eres.

Conde. ¿Y dices que soy villano,  
lameco, vil y traidor?

Príncipe. Y que lo seas mejor.

con esta espada en la mano.

Conde. Pues es cuando eres hombre,  
y tienes bastante poder.

Príncipe. ¿Habría hombre semejante?

Criado 2.º ¿Muera apártate!

Criado 1.º No le interesa!

Príncipe. ¿Con los reyes de la corte  
estás delante de mí?

Criado 2.º Verás, se puso de agua  
con todos juntos agitados.

Príncipe. ¿Con el Príncipe?

Criado 1.º ¿Lo ves?  
que si mismo has contestado  
que eres hombre igual.

Valerio. Tu lo has hecho  
la respuesta.

Príncipe. Págueme ya.

(Pase el Conde y sus criados.)

Valerio. Valerio, amigo,  
que digas a la justicia, conde,  
y con todos veras escarmentado  
de sangre de su enemigo.

¿Ah, traidor Conde, villano?

¿Ah, mal Conde!

Valerio. Ay, ay, ay, ay, ay, ay,  
que crees a tu persona.

¿Muera el Conde!

Príncipe. ¿Ah, lo ves, amigo?

¿Vive Dios, que en esta noche  
ellos por quitar la espada!

(Jaque Celia, Duquesa y Tercera, su dama.)

Duquesa. ¡Mal! Te habrás traído

que si no me pases conde.

Valerio. La Duquesa te lo agradece  
pues que sale de la guerra.

Príncipe. Como el que eres y duquesa  
tengo, Valerio, el conde.

Duquesa. ¿Príncipe, ¿qué hombre es este  
que repite con confianza?

No es este a veras mostrados  
por los de la corte.

No es este a veras mostrados  
si esperaban con justicia.

con virtudes como hombres,  
por los de la corte.

¿Las virtudes mostradas?

Príncipe. No es este que me estás hablando  
y así, mostrando las virtudes,  
por que si no eres este,

que a mi grave pesadumbre  
sois de pedernal tan fiero,  
que aun es menester acero  
para haceros saltar lumbré.

A Valerio le decía,  
cuando en estas piedras daba,  
que más difícil entraba  
amor donde amor no había;

y como el amor me fuerza,  
ensayo mi libertad  
a que, en vez de voluntad,  
me aproveche de la fuerza.

DUQUESA. Según eso, no es amor  
el que decís que tenéis.

PRÍNCIPE. Pues ¿cómo le llamaréis?

DUQUESA. Tema, locura, furor.

PRÍNCIPE. Bien al fuego que me quema  
se pueden dar tales nombres.  
DUQUESA. Bien digo yo de los hombres  
que los más quieren por tema.

Resístese una mujer  
de un hombre al primero ruego,  
y cuanto procura luego  
no es amar, sino vencer.

PRÍNCIPE. Nunca por sola porfía  
de sujetaros, Duquesa,  
he seguido aquella empresa,  
ni para llamaros mía;  
sino porque el vivo fuego  
que agora me desatina,  
para serviros me inclina,  
y me abraza, loco y ciego.

Este amor no fué elegido  
como cosa accidental,  
aunque ha sido tanto el mal,  
que fuera mejor fingido.

Yo os amo, ¡y pluguiera a Dios  
que este fuego que me quema  
no fuera amor, sino tema,  
y que vencierades vos!

Que yo os dejara de amar,  
como en mi mano estuviera,  
y más cuando alguno hubiera,  
como ahora, en mi lugar.

DUQUESA. ¿Alguno, Príncipe?

PRÍNCIPE. Alguno,  
y más que yo, cuando menos,  
que aunque soy bueno entre bue-  
soy para con vos ninguno. [nos,

DUQUESA. Más que vos, ¿quién es?

PRÍNCIPE. ¿Quién es?

Quien próspero de favor  
puso en el cielo su amor

y tiene un rey a los pies.

DUQUESA. ¿El conde Próspero?

PRÍNCIPE. El Conde.

¿Para qué os hacéis de nuevas?

DUQUESA. No es negocio para pruebas,  
pero mi valor responde.

Y alegara de mi parte  
que ha de ser rayo del cielo  
quien, fuera de ti, en el suelo,  
me abraza y puede agraviarte.

¡Qué león tan bravo y fiero,  
qué Narciso tan hermoso,  
qué príncipe poderoso,  
o qué galán caballero?

Anda, que es impertinencia  
pedirme celos de un loco.

PRÍNCIPE. Que lo esté, Celia, tan poco  
desatina la paciencia.

Dame tú que fuera él,  
que si yo loco estuviera,  
fuera, si de mí tuviera  
los celos que tengo dél.

DUQUESA. ¿No estaba contigo aquí  
el Conde?

PRÍNCIPE. Di cuándo.

DUQUESA. Agora.

PRÍNCIPE. No, por Dios.

DUQUESA. Señor...

PRÍNCIPE. Señora,  
creedme que no le vi.

Que pudo ser que rondase,  
como suele, vuestra huerta;  
mas no que junto a la puerta,  
donde yo he estado, llegase.

Mi mal habéis conocido,  
y mis celos alterado;  
pero una nueva me han dado,  
de que vuestro Conde es ido;

y así, me dará lugar,  
mientras dura aquella ausencia,  
que descansa la paciencia,  
tan enseñada a callar.

DUQUESA. ¿El Conde es ido?

PRÍNCIPE. Sin duda.

DUQUESA. ¿Y adónde?

PRÍNCIPE. Un camino largo.

DUQUESA. ¡Ay!

PRÍNCIPE. El secreto os encargo.

DUQUESA. Haced cuenta que soy muda.

Mas no lo estarán los ojos;  
que hablarán pidiendo al cielo,  
con lágrimas, el consuelo  
de su luz y mis enojos.



CONDE. Sola tu vida pudiera  
hacer que Próspero huyera;  
tú eres quien me acobardas.  
Y este verme enflaquecer,  
y que este temor me asombre,  
no es temer la muerte un hombre,  
mas amar una mujer.  
¿Dónde me mandas que huya,  
mientras esta furia pasa?  
DUQUESA. ¿No hay de un amigo una casa?  
CONDE. ¿Y qué mejor que la tuya?  
DUQUESA. Serás luego descubierto,  
que tiene ya los criados  
el Príncipe sobornados,  
y a manos de alguno, muerto.  
Y como es aquesta huerta  
más aldea que ciudad,  
y está en esta soledad  
tan guardada y encubierta,  
cuando entrases allá dentro,  
el salir es imposible,  
y a mi honor es conveniente  
quitar ese mal encuentro.  
Mejor será que te vayas  
fuera del reino unos días;  
no a tierras tuyas ni mías,  
sino a las ajenas playas:  
que mi palabra te doy  
de no ser de otro mujer,  
y aunque no te vuelva a ver,  
haz cuenta que tuya soy.  
Tú lo has querido, tú mismo;  
tú, Conde...

CONDE. ¿Gentil consuelo  
agora me cubre el cielo,  
cuando estoy en el abismo!  
¿Esas lágrimas, por dicha,  
han de apacar este fuego?  
DUQUESA. No; que lo encenderá luego  
el aire de mi desdicha.  
Mas soy, Próspero, mujer,  
a quien es dado llorar.  
Yo te quisiera imitar,  
mas nunca lo supe hacer.  
CONDE. ¿Al fin mandas que me vaya,  
y del reino me destierras?  
¿Quien paz tiene y busca guerras,  
que bien pierda y que mal haya!  
DUQUESA. Este es el postrer remedio,  
y que en llegando me escribas.  
¿Será posible que vivas,  
tanto mar y tierra en medio?  
CONDE. Sí, que al fin me mandas ir;

y quien tal puede mandar,  
podrá sin vida quedar  
y sin el alma vivir.  
DUQUESA. Mira que ha un hora, y más,  
que de la huerta salió.  
CONDE. Pues, di: ¿pártome de ti,  
y tanta prisa me das?  
¿Qué es esto, Celia, qué es esto?  
¿Hay alguna novedad?  
Mi bien, ¡ya es mucha crueldad!  
DUQUESA. ¡Huye, por Dios; huye presto!  
Temo que te hallen aquí,  
y te maten a mis ojos,  
para que en ver tus despojos  
me maten sin hierro a mí.  
Que como claro se infiere  
que el hijo que no ha nacido  
muere en el vientre, escondido,  
si acaso la madre muere,  
ansi, matando tu vida,  
quedará el cuerpo deshecho  
de la que tengo en mi pecho,  
y morirán de una herida.  
Vete con Dios, que yo espero  
librarte con este brazo.  
CONDE. Pues dame el postrer abrazo.  
DUQUESA. Toma el abrazo postrero.  
Digo postrero esta vez,  
que después de la partida  
seré tu esposa.  
CONDE. Eso pida  
el alma, que es el juez.  
Mira que sólo te encargo  
que, si a dicha me olvidares  
y otro nuevo amor tomares  
en este destierro largo,  
como el Príncipe no sea,  
sea cualquier caballero.  
DUQUESA. ¿Eso pides?  
CONDE. Eso quiero.  
¡Ansí yo vuelva y te vea!  
DUQUESA. Esa palabra te doy,  
y esta cadena.  
CONDE. Este anillo  
te doy, pues.  
DUQUESA. Con recebillo  
soy tu esposa y vida soy.  
CONDE. ¡Adiós!  
DUQUESA. Vete por detrás  
deste cercado.  
TEODORA. ¡Adiós, Conde!  
CONDE. Teodora, adiós. ¡Voyme!  
TEODORA. ¿Adónde?



CONDADO. ¿Cuando me parezca bien? ¡Díase!  
 FERRONIA. ¡Dístrame da mi brazo!  
 OQUINA. ¡Ah, te tengo dudable y vario,  
 es en fútil y necio  
 formar de tu agravio que me!  
 ¿Que trate sucesos de adu-  
 el que no bien me ha oprimido!  
 Siempre el más determinado  
 llora más arrepentido.

(*Entran y salen el Príncipe y Valerio y Arriolo y Galo, aludados*.)

PRÍNCIPE.

De todo voy siguiendo tu consejo,  
 que me tarde Valerio, es atrevido  
 y así será muy cierto que a deshacer  
 el mundo, bien venga a hablarla  
 donde podrá venir a mostrar  
 y al punto que merezca su locura.

VALERIO.

Dada un pregon que mandas en la corte  
 que quien te diere preso al conde Próspero  
 le darás otro tanto como el tiene,  
 título, hacienda, villos y lugares,  
 por bien se tendrá el que no le diere,  
 pero, para saber si acato escribe  
 a Cella y la Duquesa le responde,  
 es bien que pongas a los muros guardas,  
 y en todas las que tienes custodia  
 de Arriolo y Galo, que presentes honras,  
 puedas tener tan justa confianza  
 como merecen dos soldados tales,  
 haladros, beconos y valientes.

GALO.

Por tu valor, Valerio valeroso,  
 que siempre a tu servicio he servido,  
 pongo de guardia a nuestro Príncipe  
 que al no poderlo sacar de la noche  
 te sea otro tal privilegio, circunstancia  
 dignidad tan como a ti me llamas.

ARRIOLO.

Yo, como gran soldado, del Duque leal  
 fui que me acordas como he servido,  
 que los dos Duques y celoso me comencas.

PRÍNCIPE.

Más que con tal yo del volar vuestro,  
 y la mano de tal me a tal cargo.

(*Entran también el Príncipe y Valerio*.)

Que te parezco, Valerio?

VALERIO. Que si esto te parece, al-  
 uera de Cella le voy  
 revuelto, mestaré.

PRÍNCIPE. Pues ¿por qué la dejas?

VALERIO. Porque deves ser preguntado  
 que al Conde hallarás muy presto,  
 en quien te puedes vengar.

PRÍNCIPE. ¿Qué dices de la Duquesa?

VALERIO. Que almorza tan bien  
 el querer al Conde bien  
 que crees que no lo pueda.

PRÍNCIPE. Mi padre vive.

VALERIO. ¿Supongo  
 que ya tu madre está?

PRÍNCIPE. Que me rida, y que me alabe,  
 va por eso al peñero al lado.

(*Salen el Rey y Botecos*.)

REY. ¿Que es esto que has pregunta-  
 con que almorzas en corte? [do]

PRÍNCIPE. Cuando a tu valor le corte  
 habre, por ventura, cuando.

REY. A mi valor puede ser  
 matar a Próspero?

PRÍNCIPE. ¿Comedias  
 que en mucha la maldad.

REY. Mucha.

PRÍNCIPE. ¿Quien pudo haberse acordado  
 que tal maldad te comed?

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. Eso, por.

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

REY. ¿Salte allá fuera!

PRÍNCIPE. ¿Salte allá fuera!

hace a un hombre tantos daños,  
cuyo padre muchos años  
me ha servido, mozo y viejo?

PAJE. Señor, aquí está una dama  
que quiere hablarte.

REY. ¿Quién es?

PAJE. Podráslo saber después:  
mujer del Conde se llama.

REY. ¿Del Conde?

PAJE. Si, mi señor;  
ansí lo dice; y, cubierta,  
pide para entrar la puerta.

REY. ¿Sola?

PAJE. Sola.

REY. ¡Grande amor!

Di que entre.

RUFINO. Pues ¿no sabrás  
si lo merece? No sea  
alguna grosera y fea.

REY. ¡En gracioso extremo das!

¿Parécete que mujer  
del conde Próspero, acaso  
ha de ser de cada paso?

RUFINO. Yo sigo tu parecer.

(Entra la DUQUESA.)

DUQUESA.

Aunque haya sido grande atrevimiento  
venir, excelso Rey, a tu presencia;  
mas como de mujer el sentimiento  
sea parte de justicia y de clemencia  
que en tu pecho real el cielo puso,  
me dieron para aquesto esta licencia;  
estarás espantado, y aun confuso,  
de ver que una mujer, y no casada,  
a semejante hazaña se dispuso;  
pero, si no lo estoy, estoy prendada  
a peligro de fama, vida y honra.  
Tu hijo lo estorba, de quien soy forzada,  
pues pretende ver cierta mi deshonra;  
estórbale, señor, remedio mío,  
pues la ocasión legítima me honra.

Yo soy hija del duque Leonadío,  
viejo y enfermo de servirte en guerras  
al fuego indiano y al flamenco frío;  
saben aquesto conquistadas tierras  
que tienes hoy por él, y tú lo sabes,  
aunque de tu memoria lo destierras.

Amor, que nunca vino en gruesas naves,  
con salva ni alboroto, mas secreto,  
hasta tomar del corazón las llaves,  
como somos iguales, en efeto,

a mí y al conde Próspero nos puso  
de matrimonio el yugo más perfeto.

Nunca a pedirme al Duque se dispuso,  
de miedo que tu hijo, como agora,  
hiciese la maldad de que le acuso.

REY.

Refrenad esas lágrimas, señora,  
que para tan honrados ojos bastan,  
pues siempre mueve la mujer que llora;  
en balde perlas tan hermosas gastan,  
si ya no piensan que es de piedra el pecho,  
y como tal le rinden y contrastan.

Cuanto a lo de la justicia, satisfecho  
estoy del Conde, cierto; y de mi hijo  
creo lo que encubris y yo sospecho.

Id norabuena, que el dolor prolijo  
que agora os atormenta y apasiona  
será muy presto gloria y regocijo:  
yo guardaré del Conde la persona  
de la manera que la propia mía.

DUQUESA.

Guardé el cielo esa real corona,  
que en esa fe, como es razón, confía  
aquesta hechura de un leal vasallo  
que sirvió, señor, cuando podía.

(Vase la DUQUESA.)

RUFINO.

¡Gentil talle!

REY.

¡Gentil! Y de mirallo  
me pretendí guardar.

RUFINO.

¡Dichoso el Conde,  
pues solamente tiene de gozallo!

REY.

No hay palmo, desde aquesta tierra adonde  
el contrapuesto mar del occidente  
la cabeza del sol baña y esconde,  
que no haya andado y visto variamente;  
pero jamás, Rufino amigo, he visto  
tan bellos ojos, boca, ceja y frente.

RUFINO.

¿Hate agradado?

REY.

Tanto, que resisto  
a toda fuerza el daño.

Rey.

Pues ¿qué aguardas?

Rey.

Mi corno te cura, si le consientes.

Rey.

Tan presto tanto amor?

Rey.

Va los asombrados  
crisis antes, es que no son guelto-  
compel es fuego y caricias en guaras.

Como a agredida torre me has hecho  
al fin la bestialidad de las penas  
con una nobleza tal como es nobleza.

No en balde vuela el Príncipe prometido,  
dando como de su mal. Rápido,  
para está sin celoso y agraviado.

Rey.

¿Un año, rey del cielo, creyendo como  
un hijo de amor, que ya es aboraz?

Rey.

En qué se burlas, si que me desgracia.

Acaso serás un espíritu que pasa  
por un año al amor, y lo sujeta  
como un el animal de un trancazo.

Todo lo plasma, amor y lo impreso.

Rey.

Gracia, cuando el amor de amor  
se le burla al amor, como a amor.

Ad y un momento al momento grimo  
como amoroso. Al amor, Rey, se altera.

Rey.

Esas al valor de la Dama, no tiene.

Al príncipe, en todo que pudiera  
con gracia y amor. Huelo que  
obligas, que al Conde Quintero.

En burlada sobre personas tales,  
no pudiese ser como yo. ¿Qué gracia?

Rey.

¿Qué sea amor, y amor. Amor.

En amor. Rey, te valdrá el amor  
y con gracia al Conde y de la nobleza.

¿Qué sea amor, y amor. Amor.

En amor. Rey, te valdrá el amor

En amor. Rey, te valdrá el amor  
En amor. Rey, te valdrá el amor.

Rey.

Hien Dios. Yo prometí amor. Amor.  
que por su aboraz será la mi  
y al Príncipe poderse pagar.

Rey.

De te hacer y de tu amor. Rey.

Rey.

En un año me amado amor.

Vamos, que amor que de amor es amor.

En amor de amor al Príncipe amor.

Como un largo amor, amor.

Vere de amor. Amor al amor.

(Pase y sea el Conde Quintero, amor aboraz.)

Rey.

Fuere, amor amor.

De amor la Dama, amor.

Que amor me amor amor.

Como un largo amor, amor.

Y de amor amor.

(Dicho por amor amor.)

Como un largo amor, amor.

Que amor me amor amor.

Como un largo amor, amor.

Y de amor amor.

(Dicho por amor amor.)

Como un largo amor, amor.

Que amor me amor amor.

Como un largo amor, amor.

Y de amor amor.

(Dicho por amor amor.)

Como un largo amor, amor.

Que amor me amor amor.

Como un largo amor, amor.

Y de amor amor.

(Dicho por amor amor.)

Como un largo amor, amor.

Que amor me amor amor.

Como un largo amor, amor.

Y de amor amor.

(Dicho por amor amor.)

Como un largo amor, amor.

Que amor me amor amor.

Como un largo amor, amor.

Y de amor amor.

(Dicho por amor amor.)

Como un largo amor, amor.

Que amor me amor amor.

Como un largo amor, amor.

Y de amor amor.

(Dicho por amor amor.)

Como un largo amor, amor.

Que amor me amor amor.

Como un largo amor, amor.

si del bosque me desvío,  
mis ojos contemplarán  
donde los tuyos están,  
Celia hermosa, cielo mío.

Desde aquí, siquiera el viento  
me traerá nuevas de ti,  
y podrá mi pensamiento  
ir al lugar que perdí  
con más fácil movimiento.

Aquí, sobre esta cayada,  
el alma triste y cansada,  
quiero descansar. ¿Si el peso  
del pesar en ella impreso  
sufrirá sin ser quebrada?

Sed, cayada, fuerte palma:  
pero probemos los dos  
a tener en una calma  
cuerpo y alma. El cuerpo, vos,  
y yo, mientras vivo, el alma.

*(Salen, como del molino, LAURA, hijo del molinero, tras  
MELAMPO, mozo del molino, tirándole salvado.)*

LAURA. Aguárdame, burlador.

MELAMPO. Si me alcanzas. *(Vase.)*

LAURA. ¿Alcanzarte?

Fuera lícito a mi honor,  
que, según leyes de amor,  
ventaja pudiera darte,  
porque venciera a Atalanta  
y a la Amazona que espanta,  
pues por los trigos corría.  
y en las espigas ponía  
de una en otra la planta.

¿Qué hace aquél labrador  
sobre la cayada echado?

¡Hola! ¿Qué digo? ¡Señor!

¡Qué lleno está de cuidado  
y qué falto de color!

Sin duda, al molino vino  
de algún pueblo convecino,  
y yo no le he visto entrar.  
Mas quírole despertar.  
De esta vez me determino.

*(Echale un puñado de harina o salvado.)*

CONDE. ¡Que nie ahogo, santo cielo!

¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Favor!

LAURA. No tengáis desto recelo.

Despertad, buen labrador.

Bajad los ojos al suelo. [do.]

CONDE. ¿Y sois vos quien me ha burla-

LAURA. Sacudíos el salvado  
y veréis quién os burló.

CONDE. Si esa mano me tiró,  
salvo estoy de mi cuidado.

LAURA. ¿En salvado os ahogáis?  
¡Cochino debéis de ser!

CONDE. Mejor diréis en placer:  
que el mucho que en veros dais  
a todos puede exceder,  
que, a tanto bien, es estrecho  
el aposento del pecho.

LAURA. Sacudíos el salvado.

CONDE. Conviéneme estar manchado  
de la mano que lo ha hecho.

LAURA. Sacudíos.

CONDE. Bien estoy,  
que yo sé que de esta suerte  
más desconocido voy.

LAURA. ¿De quién?

CONDE. De la misma muerte,  
pues ya de la vida soy;

que esta señal conocida  
es vuestra, que es de la vida  
que me habéis dado con veros.

LAURA. Más señal de molineros.

CONDE. ¿Soislo vos?

LAURA. Y aquí nacida.

CONDE. ¿Sois hija del dueño?

LAURA. No;  
el dueño es más ancho y largo;  
empero soy hija yo  
del que lo tiene a su cargo  
y por un año arrendó.

El dueño es dueño de brio.

Son del Duque Leonadio  
y de Celia, la Duquesa,  
desde bosque hasta la presa.

CONDE. Son del mismo dueño mío.

¡Qué buen dueño y qué divino!

¡No en balde el alma me inclina  
a seguir este camino!

LAURA. A ver me vuelvo la harina.  
¿Qué mandas para el molino?

CONDE. Esperad.

LAURA. ¿Qué me queréis?

CONDE. Que una razón me escuchéis,  
pues me tirastes salvado.

LAURA. Sí haré, si habéis despertado  
del cuidado que tenéis.

CONDE. Grande yerro hubiera sido,  
aunque una noche de enojos  
ha de dormir el sentido,  
bahiendo ya el sol salido;

que me ha costado muchos años.

Después de eso, y después  
de que con todos que en mundo  
sueña que se alzada  
en un mar que navegaba,  
desde onde el agua se vió,

y que cuando despartí  
al fante de vuestra mano,  
muerto pródigo tuve.

LAURA. Mucho hablaste de cortesano.

CONDE. Nunca te oía más el por.

Vuestro padre tiene algo  
alguno que le sirva?

LAURA. Si.

CONDE. Cuál es?

LAURA. Dos cosas tiene:  
pero tu es el otro día  
el uno a casarse.

CONDE. ¡Ah! ¿No?

LAURA. Y por mi mal.

CONDE. ¿De qué suerte?

LAURA. Porque por darme mi vida,  
guiso de darme la muerte.  
El más firme amor se revolvía.  
No hay cosa en el mundo fuerte!

CONDE. Pensaste casar con él.

LAURA. Pensélo.

CONDE. ¿Ay suerte cruel!

Mora ha habido en mi vida

con quien me pensé casar.

LAURA. ¿No hay esperanza más?

Pues aquello por ella.

CONDE. ¿No?

Como que otro mayoral

más rico me lo quitó.

LAURA. Y ese llamáis mucho mal.

Si a pura fuerza os dejó.

¿Ay de quien entre los ella?

CONDE. Por Dios, molinera bella

que yo no le boraría!

LAURA. Ya no estáis como ella.

Como esto el tiempo me quita.

Ya me alegro, tal, y como.

Ya me llevo en estos frelos.

Al de memoria me supongo.

que tal el libro meo.

La puta fuerza del fante.

No me vido con el conde.

con el amo y con el conde.

Ordeñados al salvado.

Aunque lo he visto, pensado.

Hay memoria de él y de mí.

CONDE. Mucho talis una mole.

por eso osas tan des.

no osas de quien.

¿Qué dice?

LAURA. ¿Que es muy lo?

CONDE. ¿Que es de laconia un conde?

LAURA. Tal que?

CONDE. En laconia es conde.

LAURA. Todo el conde y conde.

CONDE. ¿En laconia es conde?

LAURA. ¿En laconia es conde?

CONDE. Y que jamás.

LAURA. Talis verdaderamente.

CONDE. Yo le que si me quisiera.

LAURA. el mal verdaderamente.

CONDE. y por lo habiendo de ser.

LAURA. y seros que me almas conde.

CONDE. hay palabras verdaderas.

LAURA. en laconia del que se me.

CONDE. a tu padre serviré.

LAURA. y te daré el alma a ti.

CONDE. De las dos te doy la otra.

LAURA. por laconia de tu le.

CONDE. Si a mi padre serviré conde.

LAURA. yo hare que te de el conde.

CONDE. que tu mismo le quieras.

LAURA. Eso perdí con conde.

CONDE. ¿Basta?

LAURA. ¿Buena?

CONDE. De a donde eres?

LAURA. De aquí soy, de Belosia.

CONDE. aunque va solo mi tu.

LAURA. Conde bien el lugar.

CONDE. Conde bien la que es conde.

LAURA. lo que me quieres conde.

CONDE. Pues ¿quién te ha conde?

LAURA. ¿Qué conde?

CONDE. me ha conde el conde.

LAURA. y conde que me conde.

CONDE. que lo que me conde conde.

LAURA. conde lo que conde.

CONDE. Digo conde conde y conde.

LAURA. Hay conde conde conde.

CONDE. conde conde en lo conde.

LAURA. conde ya el conde conde.

CONDE. conde conde conde conde.

LAURA. ¿Habéis conde?

CONDE. ¿Pues conde?

LAURA. Ahora conde conde conde.

CONDE. ¿Conde conde?

LAURA. ¿Qué conde?

CONDE. Del conde conde conde conde.

LAURA. conde conde conde conde.

CONDE. Pues ¿qué conde conde?

CONDE. El mismo nombre.  
 LAURA. Y, en fin,  
 ¿quieres servir?  
 CONDE. Y tan fiel  
 como Jacob por Raquel,  
 si no se me muda al fin.  
 LAURA. No estoy de creerte un dedo;  
 pero ven; que ya de amor  
 es mensajero este miedo.  
 CONDE. De mi bien dirás mejor  
 si en este molino quedo.

(Vase LAURA.)

¿Hay locura más notable?  
 Permite, cielo, que hable  
 en tal punto al molinero  
 que me acoja donde espero  
 vida y puerto saludable;  
 que aquí la harina y vestido  
 sé yo que me han de tener  
 de tal manera escondido,  
 que pueda hablar y ver  
 a los que me han perseguido.  
 Y a Celia veré también,  
 cuando las cosas estén  
 en punto menos mortal;  
 que sin ella todo es mal,  
 y con ella todo es bien.

## JORNADA SEGUNDA

(Salen MELAMPO, mozo del molino, y otro molinero desposado.) (1)

DESPOSADO. ¿Que es posible que ha llegado  
 a tanto extremo con él?  
 MELAMPO. Digo que pierde por él  
 el sentido enamorado.  
 DESPOSADO. ¿Tan presto puso en olvido  
 lo que me quiso?  
 MELAMPO. Es mujer;  
 sabe amar y aborrecer.  
 DESPOSADO. Bastante causa ha tenido,  
 que, en efecto, a su pesar  
 con Dalisa me casé,  
 y aquésta, ocasión le fué  
 para poderme olvidar.  
 Ella amó desesperada;

no debo ponelle culpa.  
 MELAMPO. Bien le basta la disculpa  
 de ser por otra olvidada.  
 Mas conmigo no la tiene,  
 pues con tu ausencia, debía  
 agradecer la fe mía  
 y no a quien se la mantiene;  
 que dos años la lie querido,  
 aborrecido por ti,  
 y era bien quererme a mí  
 y no a un hombre de hoy venido.  
 Pero al fin su ingratitud,  
 teniéndola más ahora,  
 ha venido a que le adora  
 a costa de mi salud.

DESPOSADO. ¿Cuánto ha que está en el moli-  
 MELAMPO. Poco más habrá de un mes [no?  
 que puso en casa los pies  
 y a darme la muerte vino.

DESPOSADO. ¿Cómo se llama?  
 MELAMPO. Martín.

DESPOSADO. ¿De dónde es?

MELAMPO. De Belmirar.

DESPOSADO. ¡Buen talle!

MELAMPO. El que basta a dar  
 a mi vida amargo fin.

El, que pudiera dar celos  
 no digo entre labradores,  
 pero entre aquellos señores  
 que compiten con los cielos.

Debajo de aquel sayal  
 es un hombre tan bien hecho,  
 que muchas veces sospecho  
 que es persona principal.

Buen rostro, gran cortesía,  
 gran músico de vihuela,  
 pues danza como en escuela,  
 todo para envidia mía.

Tira la barra una legua,  
 que no hay señal que no borre,  
 y si alguna yegua corre,  
 parece viento la yegua.

Tiene fuerza como un toro,  
 ligereza como cabra  
 y gracia que no hay palabra  
 que no parezca de oro.

Cuando aquesto considero,  
 yo propio a Laura disculpo.

DESPOSADO. Si él es tal, yo no le culpo,  
 que hombre soy, y bien le quiero.

Y si por sola la fama  
 se deja de hombres querer,  
 yo disculpo a la mujer

(1) A este mozo dió Hartzenbusch el nombre de Tamiro, que es el que lleva en el cuerpo de la obra.



que por sus obras le ama.

Ten, Melampo, sustinimiento,  
pues te deja por quien vale  
más que tú.

MELAMPO. No hay mal que iguale

a mi envidioso tormento.

Consejal pudiera ser  
que por otro me dejara  
donde más partes hallara  
y más dignas de querer,  
si envidia no me hiciera  
tanta guerra en el sentido.

*(Sale LEBLANCO, mozo de casa.)*

VIEJO. Que va Tamiro es venido.

DESPACHADO. Lertulano es este, espera,  
no te vayas.

VIEJO. ¡Oh, galán!  
Vengáis muy en hora buena  
¡Oh, nuesamo!

VIEJO. Con gran pena  
todos los de casa están,  
que ha un mes que de ti no sa-  
al fin como hombre casado, ¡ben  
tus amos han olvidado.  
De agradecido te alaben  
¿Cómo te va con tu esposa?

DESPACHADO. Bien, nuesamo, a su servicio.

VIEJO. En el lugar buen chico.

DESPACHADO. Un mes es cosa forzosa  
y no me olvido de vos  
que un castal os he traído  
de aceituna.

VIEJO. ¡Hasta cogido!

DESPACHADO. En del dote.

VIEJO. Bien par Dios.

DESPACHADO. Y otro de buena bellota.

VIEJO. Buena tu ventura sea.  
Haz por que Laura te sea  
con sembrera y marquetita.

*(Sale LAURA.)*

MELAMPO. Ya sale, no hay que acordarlo.

DESPACHADO. ¡Laura, qué!

LAURA. ¿Tente, ¿quiere?

VIEJO. De verte galán se altera.

DESPACHADO. No me quiere abrazar!

LAURA. ¡Ya almorzate bastante, ¿verdad?

VIEJO. ¡En, ¿cómo está?

DESPACHADO. Que, no estoy

como siempre, ¡pero lo soy!

Olvídate, entre paréntesis,

que con Laura te quiero.

y con cantarlas bienas  
de atrepe y de laceraciones  
te traigo, y un jamón entero.

*(Abrazan.)*

LAURA. ¡Al fin, que te he de abrazar!  
¡Ay, mala talpa te sé!

DESPACHADO. Abrazáse que yo se  
cuando te pude apretar.

*(Sale el CONDE, y otros invitados.)*

CONDE. Eso es, investigado tiene  
Dado la veien venado.

MELAMPO. Quien bien ama, varle ofenda.

CONDE. Bien se dice por los dos.

DESPACHADO. En este lugar, Martín,  
el mazo, ¿verdad?

CONDE. Yo soy.

DESPACHADO. Atrevidos los eres.

CONDE. Soy veroso como queso.

DESPACHADO. Buen tallado!

CONDE. Razónble.

Bien levanto un buen castal.

¿Quieres tirarte un real

o alguno que por vos haide?

Donde pises los días de ventata  
con harra o pobra.

DESPACHADO. Si ya son tres  
que a vos se diga yo tres.

Ya no leuente más parra.

CONDE. Tanto se ha de abultado  
en las raras de quaramento?

DESPACHADO. Menos, ¿cómo los fumes,  
que no sé el tomar cuando.

VIEJO. Ahora bien, Martín, ¿cómo  
las pláticas extrínsecas?

Las otras, ¿están intrínsecas?

CONDE. Son estos muchos términos.

Para qué, ¿dices, con qué?

VIEJO. Para, Conde, ya. ¿Cómo?

CONDE. De si va la corte los pases  
en esta buena ocasión.

¿Y cuando van que, ¿cómo  
que, ¿cómo, por qué, cómo?

VIEJO. No como, ¿cómo, por qué, cómo,  
¿cómo, ¿cómo, por qué, cómo?

Melampo, entre la mano  
que tengas la cosa buena.

MELAMPO. ¡Haced y Tened, Amos!

*(Pase.)*

VIEJO. ¡Nunca olvidé de galán!

Vamos, Tamiro, mi imperio.

hablarte de espacio.

DESPOSADO.

Vamos.

(*Vanse quedando el CONDE y LAURA.*)

LAURA. ¿Qué tenemos? ¿Cómo estamos?

CONDE. Voyme.

LAURA. Espera.

CONDE. Desespero.

LAURA. Vuelve, Martín, esos ojos, que son la luz de los míos.

CONDE. Mejor dijeras dos ríos que han de llorar mis enojos.

LAURA. Sin causa te has enojado.

CONDE. Dios sabe la que he tenido, pues a un hombre que has querido entre tus brazos he hallado.

Ya vengo a experimentar, aunque es con tan caro aviso, que lo que un tiempo se quiso tarde se viene a olvidar.

LAURA. Deja, mi bien, de quejarte dese fingido favor; que sólo ha sido su amor ensayo para adorarte.

¿Piensas tú que le abracé de mi propia voluntad?

CONDE. ¿Quién forzó tu libertad?

LAURA. Mi padre.

CONDE. ¿Tu padre fué?

LAURA. ¿No ves que me lo mandó?

CONDE. Tú pudieras excusallo.

Al fin, quisiste abrazallo.

No importa; paguélo yo.

Siempre queréis las mujeres a quien os deja y desprecia.

LAURA. No fui tan blanda, aunque necia.

CONDE. Yo sé bien, Laura, quién eres.

Que sin duda que te asió con montera y sayo nuevo.

LAURA. ¿Por esas cosas me muevo?

Debo de ser niña yo.

Más me agrada tu capote lleno de harina y salvado que su sayo ajironado de damasco y chamoleté.

Pégame toda esa harina en aqueste pecho y brazos, mi alma, con dos abrazos.

CONDE. ¡Gracia tienes peregrina!

(*Abrázanse.*)

¡Ah, Celia, si aquesto vieras a qué risa te incitara.

LAURA. ¿Aun no me vuelves la cara?, luego ¿enojaste de veras?

CONDE. Estoy muy sucio y trocado; otro día me verás más limpio, y me abrazarás si acaso vengo enfadado.

LAURA. Según yo tengo ventura en amar quien me aborrezca, ¿quién duda que me acontezca otra mayor desventura?

¿Quién duda que me suceda lo que temo y adivino, pues ya tiene en mi molino fortuna puesta su rueda?

Cástate, ingrato, en buen hora, que aunque es malo para mí, ya de una vez aprendí lo que he de llorar agora.

Ya viuda de dos maridos soy primero que casada.

CONDE. ¡Oh, molinera pesada, para moler los sentidos!

¿Si ya me dejases ir a ver a Celia, mi bien!

Pero cese mi desdén, por que me deje partir.)

¡Ea, mi Laura, no haya más! No llores, cesen enojos;

no falte el sol en tus ojos, con cuya luz me la das.

Mira que estoy de partida. No te quedes enojada.

LAURA. ¡Mi bien!, en lo que te agrada está mi muerte o mi vida.

No me digas más de un hombre de quien la muerte deseo, que huyo desde que le veo y blasfemo de su nombre.

Como no muele el molino con el agua que pasó, así el amor que olvidó no vuelve al mismo camino.

Tuya soy, ya soy más diestra, pues amé a quien olvidase, para que cuando te amase fuese en amarte maestra.

CONDE. Mi Laura, todo lo creo: vete, porque estoy de prisa; pues ya de mi fe te avisa la fuerza de mi deseo.

Dime qué te he de traer de la corte.

LAURA. ¿Qué, te vas?

COND. Bien, así que así, qué, nada,  
y que luego los de valeros.

Vale, se ha por una fuerza  
a la de la Dama.

LARA. Nueva de valeros, como  
me puede.

COND. Bien, así que,  
si de mi se va a la fuerza  
que ha de ser el valeros.

LARA. Hace dolo el valeros,  
que te va a la fuerza.

COND. (Canta)

LARA. Que alguna vez  
se va a la fuerza.

COND. Bien, así que, así que,  
que la fuerza, así que,  
que la fuerza, así que,  
a la fuerza, así que.

LARA. Y que alguna vez  
Martín, que el hijo de la fuerza.

Dime, que el hijo de la fuerza.

Haz, que el hijo de la fuerza,  
de la fuerza, que el hijo de la fuerza.

COND. No me falta, así que.

Vale, que el hijo de la fuerza.

LARA. Pues no la fuerza, Martín,  
haz, que el hijo de la fuerza.

COND. Bien, así que, así que,  
aunque todo es menester,  
que no me han de conocer,  
que el hijo de la fuerza.

Que te traere.

LARA. Bien, así que, así que,  
Tras de mi, así que.

COND. Vale, así que.

LARA. Vale, así que, así que,  
Martín, así que.

COND. (Ma, que a la fuerza, así que.)

(Pasa a la fuerza, así que.)

COND. (Pasa a la fuerza, así que.)

COND. (Pasa a la fuerza, así que.)

COND. (Pasa a la fuerza, así que.)

COND. (Pasa a la fuerza, así que.)

COND. (Pasa a la fuerza, así que.)

COND. (Pasa a la fuerza, así que.)

COND. (Pasa a la fuerza, así que.)

COND. (Pasa a la fuerza, así que.)

COND. (Pasa a la fuerza, así que.)

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

que el hijo de la fuerza, así que.

SOLDADO 1.º

Pase delante el escuadrón formado.  
y téngase gran cuenta con el preso.

PRÍNCIPE.

Hase hecho muy bien, Valerio amado.  
Quédate a ver el fin deste suceso.  
¿Dónde está mi caballo?

VALERIO.

Queda atado  
en una encina dese bosque espeso.

SOLDADO 1.º

A la puerta de Celia nos paremos.  
que es orden que del Príncipe traemos.

*(Páranse con el preso, y aparecen en la ventana la DU-  
QUESA y su criada.)*

TEODORA.

Llega, señora, llega, por tu vida;  
verás un escuadrón de gente armada.

DUQUESA.

Ya vengo del temor descolorida,  
y sobre el corazón la sangre helada;  
que gente es ésta de crueldad vestida.

TEODORA.

Un preso llevan.

DUQUESA.

¡Ay, Teodora amada!

¿Si es el Conde?

TEODORA.

¿Qué dices?

DUQUESA.

Que sospecho

bien cierto que es el Conde.

SOLDADO 2.º

¡Bien se ha hecho!

*(Vanse todas, queda VALERIO.)*

DUQUESA.

¡Ah, señor caballero!

VALERIO.

¿Soy en algo

a vuestra señoría de provecho?

DUQUESA.

Que me esperéis os ruego, si algo valgo,  
por ser quien soy, en vuestro honrado pecho.

VALERIO.

¡Que me place, señora!

DUQUESA.

Pues ya salgo.

*(Quítanse de la ventana.)*

VALERIO.

Basta, que tiene el corazón estrecho.  
A hablarme baja, y de su pena infiero  
que piensa que es el Conde verdadero.

*(Salen la DUQUESA y TEODORA.)*

DUQUESA. ¿Valerio dices que fué?

TEODORA. Valerio me pareció.

VALERIO. Ese fui, señora, yo,  
y el que en la reja os hablé.

Y pues creo que estimáis  
al Príncipe, mi señor,  
tanto por que os tiene amor  
como porque vos le amáis,  
y que os habéis de holgar  
de lo que gusto recibe,  
muestras os doy que ya vive  
con placer y sin pesar.

DUQUESA. ¿De qué suerte?

VALERIO. Este que veis  
llevar al justo castigo  
es el Conde, su enemigo,  
cuyo delito sabéis.

Este es aquel Conde falso  
que os parece verdadero,  
a quien presto ver espero  
en un alto cadalso.

Este es aquel embaidor  
que en la corte se alababa  
de que os hablaba y trataba  
con más palabras que amor.

Este es aquel que muriendo  
dará vida a vuestra honra,  
por cuya lengua y deshonra  
murió, señora, viviendo.

De quien ves que le atropella  
fué preso en la propia raya,  
atado el caballo a un haya  
y él durmiendo al tronco della.

Y un pedernal y una espada

le agitarán que traba  
con que despierto pueda  
deleitarme con el sueño.

Que en este extremo volarle  
y así vivir como vive  
donde vivir le veré  
hasta mañana en la tarde.

Ved si otra cosa mandáis,  
que en este bosque he dejado  
al Príncipe desolado  
de lo que escuchando estáis,  
y voy a pedirle almorzar  
del buen suceso.

DUQUESA. Las razones  
y que sea el galardón  
mayor que te he ofrecido.

Ve, Valerio, en hora buena  
El cielo aumente tí bien  
Los celos, Celia, te den  
más gloria que al Conde pena.

(Llora.)

DUQUESA. Si no me fuera forzoso  
diminuir mi término  
hiciera mi perjurio  
algún efecto furioso,

y fuera que con tal término  
a laquite el viento codo  
lleva la rapta grana  
y después a los tiranos,

que con una copula viva  
y la furia de un pocho  
hiciera Tesoro un hecho  
de verdadera espada.

Que amara tanto yo  
con que el preso les saltara,  
aunque el mundo lo creyera  
y con el por.

VALERIO. Acuerdo yo.  
No se ha de desolarse  
de este amor desesperado  
a que tanta hay cantidad  
de pérdida tan desventuro.

„No te acordaba con mi Valerio  
y con aque, volado a cora,  
Dijo el Rey que quisiste  
el Conde con que yo me  
resolvi.

DUQUESA. Dices muy bien.  
Exceda en el término  
El Rey me ha ofrecido amor,  
y con me diese también.

Y si me que preso me sea preso,  
y que el Conde esto sepa.

(Entra el Conde con semblante alegre y burla.)

CONDE. Delante entras, que se sabe  
que en esta hora de amor.

DUQUESA. Que es de agosto?

ARIELO. Yo sé y sé  
que se entra por agosto.

DUQUESA. Y que las guías os con-  
dena. Principa tirano.

ARIELO. Los dos hemos de tirano.

DUQUESA. Pues qué tirano que tirano.

GIVE. Los que amor os hace tirano  
público y a rebato.

DUQUESA. Dijo ya de la vida  
harto que has me he tirano  
los que producen y corren  
vuestra grande afrenta.

que a saber, si fueras  
que los dos tiranos tiranos  
con los pora y alabado  
de alguna tirano tirano.

Voy a saber si tirano  
que se hace tirano los tirano.

CONDE. Te tirano, no tirano  
fala tirano.

DUQUESA. Si que tirano.

CONDE. Como a tirano que tirano  
con una tirano  
como a tirano de tirano  
le tirano lo que tirano.

que tirano que tirano  
en los tirano y el tirano.

El Príncipe, que tirano  
tirano que tirano que tirano.

DUQUESA. No tirano que tirano.

ARIELO. De tirano que tirano  
de tirano, que tirano que tirano.

Y, por tirano, que tirano  
con tirano que tirano que tirano.

en tirano que tirano  
con tirano que tirano.

que el Príncipe que tirano  
tirano que tirano que tirano.

haciendo que tirano que tirano  
que tirano que tirano que tirano.

que tirano que tirano que tirano  
con tirano que tirano que tirano.

tirano que tirano que tirano  
tirano que tirano que tirano.

CONDE. Mucha tirano que tirano.

En eso debe de estar.

DUQUESA. Si eso andáis por inquirir, desde luego os podéis ir, que no tenéis que buscar.

GALO. ¿Cómo así?

DUQUESA. Porque no ha un hora que ha pasado por aquí preso.

CONDE. ¿Preso?

DUQUESA. Yo le vi.

CONDE. ¿El Conde preso, señora?

ARSELO. Vamos de aquí, ¿qué aguarda a pedir albricias desto. [mos?]

GALO. Dichoso el que se le ha puesto en las manos vivo.

ARSELO. Vamos.

(Vanse ARSELO y GALO.)

CONDE. ¿Dijístelo por burlarte eso de ser preso el Conde? ¿Conocístelo?

DUQUESA. Sí.

CONDE. ¿Dónde?

DUQUESA. Desta casa y de otra parte.

CONDE. Porque le tengo afición, me di si fué verdadera su prisión.

DUQUESA. Si no lo fuera, ¿fuera burla mi pasión?

Ahora le llevan preso

un escuadrón de soldados.

CONDE. O van todos engañados

o tengo perdido el seso.

DUQUESA. Yo le vi con estos ojos,

y le he llorado con ellos.

CONDE. No les deis, pues son tan bellos,

por tan poca causa enojos,

que el Conde es buen caballero.

y sabrá volver por sí

estando preso.

DUQUESA. ¡Ay de mí!

de su salud desespero.

Y si cual tigre no he sido,

en saliendo de su cueva

cuando el cazador le lleva

el hijo recién nacido,

es que el Rey y mi afición

me han dado palabra y fe

que a Próspero gozaré

aunque viniese en prisión.

CONDE. El os debe de pagar

ese amor y justo oficio,

y del vuestro es gran indicio

poneros conmigo a hablar,

que al fin por tratar del Conde,

me habéis tratado en expreso

de que le han llevado preso

y que una cárcel lo esconde.

y no despreciar mi traje.

lleno de harina y pobreza.

DUQUESA. Tratar del Conde es riqueza para mí de gran linaje.

CONDE. ¿Es acaso vuestro esposo.

que habláis como su mujer?

DUQUESA. Eslo el Conde y ha de ser,

a pesar de un envidioso.

CONDE. ¿Quién es?

DUQUESA. El Principe, y tiene

envidia del Conde, y grande,

de ver que el Conde me mande

y que él a servirme viene.

CONDE. ¿Queréis que le mate yo,

que tengo en casa guardada

de vuestro Conde una espada?

DUQUESA. ¿Quién, o cómo te la dió?

CONDE. Estando yo en mi molino,

pasó huyendo a pie y cansado,

que el caballo había dejado

medio muerto en el camino;

y por un vestido así

espada y capa me dió,

y aquella noche durmió

conmigo.

DUQUESA. ¿Contigo?

CONDE. Sí.

DUQUESA. ¡Grande es el dolor del miedo!

CONDE. No tengáis tanto, ¡por Dios!

pues está hablando con vos

el Conde.

DUQUESA. ¿El Conde?

CONDE. Sí.

DUQUESA. ¡Quedo!

Próspero, no te alborotes.

¿Eres tú?

CONDE. Yo soy, mi bien.

¡Paso! Mira que no estén

los neblis sin capirotes.

DUQUESA. Si yo no te abrazo y toco

no he de creer que tú eres.

CONDE. Abrázame; no te alteres.

¿Qué temes?

DUQUESA. Espera un poco.

CONDE. ¿Qué tienes?

DUQUESA. Fnite a abrazar,

y dióme imaginación





mas no me conocerá.  
pues vos no me conocisteis.

(*Entran el PRÍNCIPE y VALERIO.*)

PRÍNCIPE. Alegre mis ojos tristes  
el sol que me alumbra ya.  
No os alteréis, Celia hermosa,  
puesto que me aborreczáis.

TEODORA. ¡Ah, molinero! ¿No os vais?  
¿Fáltaos algo?

CONDE. Cierta cosa.

TEODORA. Pues despachalda y partíos.

(*Vase el CONDE y vuelve a escuchar desde la puerta.*)

PRÍNCIPE. Guerra piden vuestros ojos,  
pues me miran con enojos,  
habrán de llorar los míos.  
¿Por ventura es la ocasión  
la prisión del Conde?

DUQUESA. Y tanto,  
que si no me acaba el llanto,  
piedra he vuelto el corazón.

PRÍNCIPE. Pues, preso, ¿qué honor os quita?

DUQUESA. Ver lo que el mundo dirá.

PRÍNCIPE. Que así engañándose está,  
a más cólera me incita.

VALERIO. Di que le quieres matar.

PRÍNCIPE. Ya, Celia, acierte o no acierte,  
al Conde dará la muerte.

DUQUESA. Y yo la sabré vengar.

PRÍNCIPE. Mejor podrás estorballa  
con sólo hacer mi gusto.

VALERIO. Llega y quitale el disgusto:  
sola está: intenta abrazalla.

PRÍNCIPE. Bien sé, mi vida, que estáis  
muy enojada conmigo,  
porque yo soy enemigo  
de un hombre a quien adoráis;  
pero dadme aquestos brazos;  
que si me hacéis este bien,  
yo haré que libre os le den,  
donde le deis mil abrazos.

DUQUESA. Príncipe, ¿qué atrevimiento  
es éste? ¡Suelta!

VALERIO. No quieras,  
que las mujeres más fieras  
tienen tierno el sentimiento.

PRÍNCIPE. Temo, Valerio.

VALERIO. Porfía.

PRÍNCIPE. ¡Ea!, dadme aqueos brazos.

(*Entra el CONDE y pónese en medio.*)

CONDE. Nunca faltan embarazos.

¿Qué digo? ¡Ah, señora mía!  
¿Quién es éste?

PRÍNCIPE.

DUQUESA. Un molinero

de casa. ¿Qué quieres, di?  
PRÍNCIPE. ¿Qué puede quererte a ti?  
CONDE. Más que a vos pretendo y quiero.  
VALERIO. ¿Qué rústico es el villano!  
CONDE. Cuando en el macho subía,  
me vino a la fantasia  
mi amo.

DUQUESA. ¿Quién?

CONDE. Leridano,  
que me mandó que os dijese  
lo que denantes no pude:  
por que el molino no mude,  
si acaso el río creciese.

Y es que mandéis reformar  
la presa que el agua bate,  
que el río, al primer combate,  
se la ha querido llevar.

Esté más firme, y no sea  
causa que pierda el molino;  
por que al segundo camino  
más firme que antes la vea.

Y dice que le escribáis  
las hanegas y la cuenta  
del trigo que acá se asienta,  
por que respuesta tengáis:  
que él escribirá también  
lo que le deben allá.

DUQUESA. ¿El mayordomo no está  
donde esas cuentas le den?

¿Cómo me vienen, Teodora,  
con estas cuentas a mí?

TEODORA. Este villano es así;  
no le conoces, señora.

DUQUESA. Hermano, pues que así es  
que ya en mi casa no hay gente  
que os entienda y os contente,  
y es la cabeza los pies,  
yo, que al fin os he entendido,  
la respuesta a cargo tomo,  
haciendo de mayordomo,  
el oficio no entendido.

Y así, digo que digáis  
a vuestro amo y mi casero  
que lo que él quisiere quiero,  
como vos me lo mandáis;

y que no tenga temor  
que el río la presa lleve,  
por más que a romper la pruebe  
su creciente y su rigor;  
que tiene buenos cimientos

es la le de quera la hizo  
y que no sea enmendado  
de todos los pensamientos.

Duerma en su cama segura  
que la presa lo estará;  
que no es vil que se cae  
muñquita de noble dura.

¡Que yo por lindera sales!  
Andad con Dios, sabidor  
y mirad que ese temer  
no más vileno que losalero.

En lo que toca a la guerra,  
cada día escudría  
al bay lano, temería  
y la que recibe asienta.

GONDI.

Y con esto andad con Dios,  
Volved allá, bay señora,  
y quien hablo a cosa ligera?

(Canta.)

PABLO.

El se fue por tal día,  
Después el villano burlero  
bueno bien lo ha despachado.

DIEGO.

El mismo, quien me ha dicho  
que en su vida el día tiene  
La guerra del Duque cono  
Vosotros. Ahora me perdéis.

PABLO.

Va, Valero, a tal se fue  
Que haré.

VALERO.

Y es, señores.

DIEGO.

(Mirando sobre sus hombros.)

PABLO.

¿Qué se vale?

VALERO.

«De qué cosa, señores».

Ahora el hecho.

PABLO.

Ya se ve.

VALERO.

(Se va corriendo.)

PABLO.

Es muy bueno.

Y una gloria, señores.

Mucha a Dios, regallo.

VALERO.

¡Basta, el colando está!

¡Qué de la inventura!

PABLO.

Aquí, ¿qué le puede haber?

VALERO.

Poco vale para comer.

PABLO.

Tenid a Colón.

VALERO.

Ande, ande.

que basta que sea malo.

(Pasa y sale a Ray y a Diego.)

(Canta.)

Yo quiero, Bayona, no haber el  
que ya, como que pases de un caso  
y como que pases de un caso.

que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,

(Canta.)

Yo quiero, Bayona, no haber el  
que ya, como que pases de un caso  
y como que pases de un caso.

RAY.

El no sabe, ya está el Duque, no puede  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,  
que es interés, ya me está haciendo, cuando,

(Canta.)

LAF.

Yo quiero, Bayona, no haber el  
que ya, como que pases de un caso  
y como que pases de un caso.

RAY.

(A Bayona, a Ray.)

Yo quiero, Bayona, no haber el  
que ya, como que pases de un caso  
y como que pases de un caso.

(Canta.)

Yo quiero, Bayona, no haber el  
que ya, como que pases de un caso  
y como que pases de un caso.

RAY.

Yo quiero, Bayona, no haber el  
que ya, como que pases de un caso  
y como que pases de un caso.

(Canta.)

(Canta.)

Yo quiero, Bayona, no haber el  
que ya, como que pases de un caso  
y como que pases de un caso.

del antiguo valor de tus agüelos,  
 de quien eres divino descendiente;  
 Rey a quien dieron los eternos cielos  
 el alma más real y generosa  
 que cubrieron jamás humanos velos:  
 ésta que ves cual sombra lastimosa  
 a tus pies arrojada, es por su daño  
 del Conde preso la viuda esposa.

REY.

Tu funesto espectáculo es extraño,  
 señora Celia, ¿necesario ha sido  
 tan blancas tocas y tan negro paño  
 para vencer un hombre ya rendido  
 a la hermosura vuestra, a quien me allego,  
 aunque sin luto, del dolor vestido?

Y cuando no estuviera yo tan ciego,  
 ¿mi real palabra no bastara sola  
 para daros al Conde libre luego?  
 Si en las necesidades se acrisola  
 el oro de la fe y aqueste ejemplo  
 os hace más romana que española,  
 pedid a mi valor que os libre un templo;  
 seréis imagen de su altar divino,  
 por que os adoren como yo os contemplo.

DUQUESA.

No en balde vuestro nombre es peregrino  
 de polo a polo, y vuestra cortesía  
 digna de un pecho de adoraros digna.

¿A quién mejor el templo convenía  
 que a un rey que de mil lauros adornado  
 busca la paz y guerra aborrecía?

Pero como ladrón y maltratado,  
 el Conde mi marido, en el castillo,  
 con guardas, tiene el Príncipe encerrado,  
 y es lo peor que su cruel cuchillo  
 ya dicen que amenaza su garganta:  
 a vos le pido, Rey; a vos me humillo...

REY.

Las piedras, cuanto más hombres, quebranta,  
 Duquesa, vuestro llanto y mueve a pena,  
 y más con más razón quien tiene tanta.  
 Pero, decidme: una amistad tan buena  
 como sería daros libre al Conde,  
 y negando mi sangre por la ajena,  
 ¿merece galardón?

DUQUESA.

Por vos responde  
 el mismo bien que pretendéis hacerme,  
 y el beneficio al premio corresponde.

REY.

A quien tan liberal quiere entenderme  
 no es necesario declararme tanto:  
 yo creo que esperaréis favorecerme.

Ve, Rufino, al castillo, y entretanto  
 que el Príncipe no sabe lo que intento,  
 aunque a las guardas todas cause espanto,  
 al Conde saca libre, y al momento  
 a mí y a Celia nos le trae.

RUFINO.

Yo parto.

(Ahora se descubre el fingimiento.)

De dar contento al Príncipe me aparto,  
 sólo porque le tengas tú (1). (*Vase.*)

DUQUESA.

Es tan grande,  
 que ya por los sentidos lo reparto.

De hoy más, señor, tu Majestad me mande  
 como a esclava que compra en este punto,  
 pues es razón que con tus hierros ande.

REY.

¡Ay, Celia, que me tienes ya difunto!  
 No te llames esclava, sino reina  
 de un rey esclavo y de su reino junto.

Para corona tus cabellos peina,  
 que en ellos reina bien, pues es tan justo  
 que reine en reinos quien en almas reina

DUQUESA.

Dispuesta estoy, señor, para tu gusto,  
 si al Conde me das libre.

REY.

¿En eso dudas?

DUQUESA.

Mira que das al Príncipe disgusto.

REY.

Ansi, Duquesa, a mi remedio acudas  
 como te trae Rufino libre al Conde.

DUQUESA.

Háblenme de placer las piedras mudas.  
 ¡Ah, torre fuerte que mi bien esconde,

(1) Hartzenbusch suprimió el "tú". Este verso y el anterior parece que deba decirlos el Rey y no Rufino.

castigado del agua que se lava.  
 ¿Adónde se fue para ponerse a lavar?

*Don Rodrigo*

*Señor...*

«¿Hay tanta tanta cantidad de agua...  
 para lavar agua tanta el pecado...  
 en los muchos años de España?»

«Oye, señor Rey, ¿qué es lo corriente  
 en España, en los años, en las cosas...  
 ¿Qué es de España y de sus cosas?»

*Rey*

*Rafael, ¿qué es lo corriente?*

*Rey...*

*Los vestidos*

del Rey, Don Rodrigo y los señores...  
 una persona, un año, un vestido...

Al Conde la cuenta al Príncipe

*Rey*

*¡Ah, Rafael!*

*¿qué es lo?*

*Rey...*

Que allá es Conde grande...

*Rey*

«¿Qué es lo que ha Conde de España?»

*Rey...*

El Príncipe es...

*Rey*

*¿Es lo mismo?*

*Rey...*

*¿Es lo mismo?*

*Rey...*

«¿A qué es lo que...? ¿Qué es lo que...?  
 ¿Qué es lo que... al mismo tiempo?»

*Rey*

*Rey, ¿qué es lo mismo?*

*Rey...*

*Conde grande...*

la cuenta de su dolo...

*Rey*

«¿Qué es lo mismo...?  
 ¿Qué es lo mismo...?»

«¿Qué es lo mismo...?  
 ¿Qué es lo mismo...?»

«¿Qué es lo mismo...?  
 ¿Qué es lo mismo...?»

«¿Qué es lo mismo...?  
 ¿Qué es lo mismo...?»

«¿Qué es lo mismo...?  
 ¿Qué es lo mismo...?»

«¿Qué es lo mismo...?  
 ¿Qué es lo mismo...?»

*Rey...*

«¿Qué es lo mismo...?  
 ¿Qué es lo mismo...?»

*Rey...*

*¿A qué es lo mismo?*

*Rey...*

«¿Qué es lo mismo...?  
 ¿Qué es lo mismo...?»

*Rey...*

«¿Qué es lo mismo...?  
 ¿Qué es lo mismo...?»

*Rey...*

«¿Qué es lo mismo...?  
 ¿Qué es lo mismo...?»

*Rey...*

«¿Qué es lo mismo...?  
 ¿Qué es lo mismo...?»

*Rey*

*Rey...*

*Rey...*

*Rey...*

*Rey*

*Rey*

*Rey...*

*Rey...*

«¿Qué es lo mismo...?»

*Rey*

RUFINO.

En no aguardar razón está resuelta.

REY.

¡Que no la detuvieras!

RUFINO.

Fuera en vano,

que va furiosa.

REY.

¡Ah, hijo inobediente,

abrás un rayo tu enemiga mano!

Yo no sé qué me haga, o cómo intente  
remedio ya para mi mal. Rufino,  
y para el alboroto de mi gente.

RUFINO.

Para todo, señor, habrá camino.  
Mas oye un poco, que tu hijo viene.

REY.

¡Haría, si le viese, un desatino!

(*Entra el PRÍNCIPE.*)

PRÍNCIPE.

¿Es verdad, mi señor, que tú mandabas  
que soltasen al Conde libremente?

REY.

¿A mis ojos pareces, fiero bárbaro?  
¡Quitate de mis ojos, mal nacido,  
incapaz de llamarte hijo mío!  
Pues mira que te aviso y te prometo  
que si estás en la corte, y a mis ojos,  
que la muerte que al Conde dar hiciste  
has de pagar con otra, y no con menos,  
y agradece que luego no lo hago.  
Vamos, Rufino; deja ese cobarde.

(*Vase el REY solo.*)

PRÍNCIPE.

Yo cumpliré, señor, tu mandamiento.

RUFINO.

Calla, señor, que es cólera de padre.  
Mañana estará blando y amoroso.  
No te ausentes, sosiégate.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE.

No puedo;

determinado estoy, pues cielo y suelo,  
amor, mi padre, Celia y mi fortuna,  
son contra mí y procuran mi tormento,  
de no hacer resistencia ni pedirles  
el daño que me causan todos juntos;  
iréme de la corte, y aun del mundo,  
donde jamás las nuevas de mi muerte  
puedan venirte, padre; pues la vida,  
dejando a Celia, dejo ya perdida.

(*Vase.*)

## JORNADA TERCERA

(*Sale el PRÍNCIPE solo.*)

PRÍNCIPE.

El cielo está cansado de sufrirme,  
y yo de ir contra él no estoy cansado;  
mi padre, reino y Celia me han dejado,  
y yo no puedo dellos eximirme.

Mi pensamiento veo perseguirme,  
y siempre estoy en él más engolfado;  
de la causa del daño me han echado,  
y yo no veo camino por dónde irme.

Estáme el bien llamando, y yo huyendo,  
y huye de mi alma quien yo sigo,  
pues me aborrece Celia, a quien yo amo.

Quiero acabar con mi dolor muriendo,  
y por darme la muerte cruel castigo  
no me quiere matar, porque la llamo.

Con el ausencia pensaba  
que el dolor se aplacaría:  
por eso me desterraba;  
mas la memoria porfía  
y el pensamiento no acaba.

Vuelvo, patria y padre, a verte,  
pues el pesar y mi suerte  
quiere que a esa mi homicida  
le venga a dejar la vida,  
en pago de darme muerte.

¡Ah, si Valerio viniese  
para que de aquella ingrata  
algunas nuevas me diese,  
y de qué la corte trata!  
¡Ah, Valerio, si te viese!

Que con ti descansarías  
alguna parte del día,  
si en mí puede haber descanso,  
pues con el gusto me canso





que si me la traes aquí  
haré que te quiera a ti.

MELAMPO. Lo que es imposible harás.  
Mas, por verte aborrecella  
en mi presencia, yo voy  
a traella.

CONDE. Ves por ella.

MELAMPO. Contento y pagado estoy  
sólo en que te burles della.

(Vase MELAMPO.)

PRÍNCIPE. ¿No es éste, Valerio amigo,  
el molinero entonado

que, estando Celia conmigo,  
entró a dalle aquel recado?

VALERIO. Dese cuento soy testigo.

PRÍNCIPE. Pues lleguémosle a hablar:  
quizá nos sabrá informar  
del estado de mis cosas.

CONDE. Destas carrascas hojosas  
siento las ramas turbar.

Mas, ¡ay, extraño accidente!

¿Tengo al Príncipe presente  
y no me hiela el temor?

PRÍNCIPE. Dios os guarde, labrador.

CONDE. Bien venga la buena gente.

¿Habéis errado el camino,  
o acaso tenéis que hacer  
algo en aqueste molino?

PRÍNCIPE. No venimos a moler.

CONDE. Bien molido os imagino.

PRÍNCIPE. No lo adivináis muy mal;  
que quien anda y nunca para,  
parece al molino igual.

CONDE. Bien se os parece en la cara  
que sois hombre principal.

PRÍNCIPE. Yo os he visto en otra parte.

CONDE. Estaría de otro arte.

PRÍNCIPE. No, sino de aquesta suerte.

CONDE. Así se espanta la muerte,  
y la vida se reparte.

PRÍNCIPE. Era en cas de la Duquesa.

VALERIO. De Celia, ¿no la conoces?

CONDE. Nueva ama, por Dios, es ésa.

PRÍNCIPE. Y de quien lo dice a voces.

VALERIO. Más que le piden confiesa.

CONDE. ¿Sois vos también su criado?

PRÍNCIPE. Soy un hombre que la adora,  
y soy un cautivo errado.

CONDE. ¡Oxte, puto! ¿A mi señora?

Vos saldréis descalabrado.

PRÍNCIPE. Si tú supieras quién soy,

dirías que la merezco.

CONDE. Yo lo sé, que al diablo os doy,  
y perdonad, que os ofrezco  
por el enojo en que estoy.

PRÍNCIPE. ¿Quién soy?

CONDE. Sois un engañado,  
que os andáis embelesado  
por quien jurara yo aquí  
que me quiere más a mí,  
lleno de harina y salvado.

VALERIO. Todos saben su rigor.

PRÍNCIPE. ¿Cuánto habrá que allá no fuistes?

CONDE. De entonces acá, señor,  
sola una vez.

PRÍNCIPE. ¿Y ésa viste  
su divino resplandor?

CONDE. Antes no resplandecía;  
que un luto negro traía  
por un conde que murió.

PRÍNCIPE. Más vivo está que no yo.

CONDE. ¡Miren qué bellaquería!

PRÍNCIPE. ¿Viste acaso a quién hablaba?

CONDE. Con una carilamida.

De un príncipe se quejaba  
que quitó a un conde la vida,  
y socarrón le llamaba.

Echábanle maldiciones  
entre las dos a montones,  
y para ayudallas bien,  
a todas dije yo: amén,  
que digo las oraciones.

Hoy, que tengo de ir a vella  
y llevarle cierta harina,  
pienso hablar a su doncella  
y pedille esta doctrina  
para salvarme con ella.

Que aunque yo ya estoy salvado,  
no estoy bien asegurado;  
que a fe que temblando estoy.

PRÍNCIPE. Valerio, de vida soy,  
después de estar enterrado.

VALERIO. ¿Cómo así?

PRÍNCIPE. Yo fabliqué  
el remedio más seguro  
que para hablalla tendré:  
en traje tosco y oscuro,  
con este villano iré.

VALERIO. ¿Quiéreste hacer molinero?

PRÍNCIPE. Eso mismo hacerme quiero,  
y a su lado deste entrar,  
adonde la pienso hablar  
y decille cómo muerdo.

VALERIO. Agrádame la invención.

**PALESTRA.** ¡Hasta la vista, con salud, por un  
 mundo más!

**CONDE.** ¿En qué momento  
 se va de afuera desde aquí?

**PALESTRA.** ¿Voy sola, no quisiera.

(Con una bolsa de seda.)

**CONDE.** ¿En qué momento?

**PALESTRA.** ¿En qué momento?

**CONDE.** ¿En qué momento?

**PALESTRA.** ¿En qué momento?

**CONDE.** ¿En qué momento?

**PALESTRA.** ¿En qué momento?

**PALESTRA.** ¿En qué momento?

**CONDE.** Tal es vengas de salud,  
 que no se llama caridad  
 de un simple virtud.

Peró, porque más seguro  
 que pudiese como un muro,  
 el don traje a mostrar  
 que yo me viremos a llevarlos.

**PALESTRA.** ¿Con?

**CONDE.** Pues que no lo juro.

**PALESTRA.** ¿Que si lo juro, que lo sea?

**CONDE.** ¿Y si lo juro, que lo sea?

**PALESTRA.** ¿Pues, ella, ¿cómo de aquí,  
 que en esta jornada sales  
 fuera, verás.

**VALERIO.** ¿En qué momento?

**CONDE.** ¿Voy sola, no quisiera.

**PALESTRA.** ¿En qué momento?

**CONDE.** ¿En qué momento?

**PALESTRA.** ¿En qué momento?

**CONDE.** ¿En qué momento?

**PALESTRA.** ¿En qué momento?

**CONDE.** ¿En qué momento?

**PALESTRA.** ¿En qué momento?

**CONDE.** ¿En qué momento?

que cuando se fuese, se fuese  
 tales estando de su lado más.

Toda de aquello me resulta un daño,  
 y no acordarme al bien que se me da  
 talando a Colón, y en el mismo tiempo  
 que me voy a la vista, me voy a la vista.  
 ¿En qué momento se fuese el momento  
 de cuando me fuese el momento más  
 al tiempo de la vista, me voy a la vista.  
 ¿En qué momento se fuese el momento?

¿En qué momento se fuese el momento?  
 ¿En qué momento se fuese el momento?  
 ¿En qué momento se fuese el momento?  
 ¿En qué momento se fuese el momento?

(Entra MARIANO y LUCAS.)

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**MARIANO.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**CONDE.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

**LUCAS.** ¿En qué momento?

en cuyas prendas estampo  
lo que yo de ti merezco;  
porque no he de hablarte más.

LAURA. No menos me prometía  
la grande desdicha mía  
que el galardón que me das.

No quiero de ti quejarme,  
ni dar a entender que siento  
perder un hombre de viento  
que ha confesado dejarme.

Quéjome sólo de mí,  
que con engaño te amé.

CONDE. ¿Qué te parece?

MELAMPO. No sé  
con qué pagarte.

LAURA. ¡Ay de mí!

Martin, que mejor dijera  
martirio del pecho mío,  
martillo de hierro frío  
que rompe un alma de cera,

¿posible es que eres tan duro  
que divides a los dos,  
que me dejas?

CONDE. Sí, por Dios.

LAURA. ¿Cierto?

CONDE. Pues ¿qué?, ¿te lo juro?

LAURA. ¿Y que estás determinado?

¿Y que ya no me verás?

CONDE. Yo no pienso hablarte más:  
pon en Melampo el cuidado.

LAURA. ¿Eso intentas, mármol duro?

CONDE. No he de escuchar tus enojos  
por vida de ciertos ojos.

LAURA. ¿Cierto?

CONDE. Pues ¿qué?, ¿te lo juro?

(*Íase.*)

LAURA. ¡Al fin el cruel se fué!

MELAMPO. Aquí está quien te desea.

Laura, ¿quién habrá que crea  
tu desengaño y mi fe?

No miras el desconcierto  
que haces con él y conmigo,  
pues dejas un cierto amigo  
por un enemigo cierto.

¿Por qué, ingrata, no me quieres,  
pues que conoces mi amor?

LAURA. Para un hombre que es traidor  
poco valen las mujeres.

Mas pues éste me dejó,  
no se ha de burlar de mí,  
no se vengue en que perdi

por él lo que no estimé.

Fingirme quiero contenta,  
y a quien me aconseja, amar:  
que con un diestro olvidar  
el mejor come pimienta.

El que más presto olvidó,  
si ve que se le da poco,  
suele volver como loco  
a querer lo que dejó.

Melampo, ya yo deseo  
dar remedio a tu pasión,  
porque tu mucha afición  
io merece, cual lo veo.

Habra dos días o tres  
que mi padre me hablaba  
de que casarme trataba,  
¿como ya tan viejo es!

Y de Martin y de ti  
me dijo que yo escogiese  
el que más gusto me diese,  
pero no le he dado el sí.

Ve a mi padre y di que quiero  
que tú seas mi marido,  
pues lo tiene merecido  
tu fe y amor verdadero.

Cree que tu bien procuro  
y el remedio de los dos.

MELAMPO. ¿Es de veras?

LAURA. Sí, por Dios.

MELAMPO. ¿Cierto?

LAURA. Pues ¿qué?, ¿se lo juro?

MELAMPO. Dame, mi bien, esa mano  
por prendas de aqueste bien.

LAURA. La mano y brazos también.

MELAMPO. Amor, reviento de ufano.

LAURA. Mi palabra te aseguro  
que he de gozarte algún día.

MELAMPO. ¿Júraslo?

LAURA. Por vida mía.

MELAMPO. ¿Cierto?

LAURA. Pues ¿qué?, ¿te lo juro?

(*Íanse, y sale el REY y la DUQUESA y TEODORA, su dama.*)

REY.

Si, como aquí te ofrezco, el alma mía,  
mi reino y mi corona, todo el mundo  
darte pudiera, es cierto que lo haría.

Sólo en servirte y agradarte fundo  
lo que merezco, lo que soy y valgo,  
y en que quieras hacerme tu segundo.

Jamás verás que de tu gusto salgo:



empero no desesperes,

que yo llegaré en secreto  
y diré que eres un hombre  
que la adora, y en efeto  
servirá saber tu nombre.

PRÍNCIPE. Que lo sabe te prometo.

Pero háblala después:  
dile que el Príncipe es,  
y que le quiere hablar.

CONDE. Pues mira, deste lugar  
no pienses mudar los pies.

Que yo llegaré por ti  
y tu nombre le diré.

PRÍNCIPE. No me moveré de aquí;  
hecho una piedra estaré.

CONDE. Aguárdate y fía de mí;  
que nadie mejor desea  
que bueno el suceso sea  
destas cosas en que andamos.

Pues, nuesama, ¿cómo estamos?

DUQUESA. Mi Conde, ¿quién esto crea?

Dime, ¿no es este traidor  
el Príncipe?

CONDE. Si, señora,

ya sabéis que os tiene amor.

DUQUESA. ¿Qué es esto, Próspero, ahora?

CONDE. Habla bajo y sin temor.

Que este traidor me ha buscado  
para venir disfrazado,  
viéndome aquí el otro día.  
Sábelo Dios, Celia mía,  
si yo lo tengo llorado.

Pero, al fin, no pude más,  
y le traigo a que te hable.

DUQUESA. ¿Quién lo creyera jamás!

CONDE. Es mi fortuna mudable.

DUQUESA. Dime, mi bien, ¿cómo estás?

CONDE. En viéndote, bueno y sano.

PRÍNCIPE. ¡Oh, lo que tarda el villano!

DUQUESA. Yo estoy, sin verte, perdida.

CONDE. Ponte delante, mi vida,

y tomaréte la mano.

DUQUESA. Veisla aquí.

CONDE. Besalla quiero.

PRÍNCIPE. ¡Lo que tarda el molinero!

DUQUESA. Con el contento de verte  
se me olvida el de mi muerte.

PRÍNCIPE. ¡Ya de esperar desespero!

CONDE. ¿Cómo es eso?

DUQUESA. Que estoy loca  
de ver que el Rey quiere hacer,  
tanto el amor le provoca,  
suya propia tu puer.

CONDE. ¿Eso tomas en la boca?

DUQUESA. En esta locura ha dado;  
pero no te dé cuidado  
que el Rey haga, aunque más val-  
ga, que el Conde que adoro salga [ga,  
del pecho que le ha guardado.

CONDE. Eso creo yo muy bien  
de tu amor.

DUQUESA. Y del desdén  
que le muestro a causa tuya.

CONDE. Esto, mi bien, se concluya,  
por este traidor también.

DUQUESA. En fin, ¡le he de hablar aquí?

CONDE. Conviene, señora, así.

Llegad, Pascual, que, por Dios,  
que he negociado por vos  
lo que no hiciera por mí.

PRÍNCIPE. ¿Conocesme, Celia hermosa?

DUQUESA. ¿Parécete justa cosa,  
loco Príncipe, y debida  
a una dama recogida  
esta invención vergonzosa?

Si aquí fueras conocido,  
¿pudieras darme la fama  
que en este tiempo he perdido  
mientras que no soy tu dama  
ni tú mi propio marido?

Deja ya las mocedades,  
que si va a decir verdades,  
eres más loco que cuerdo.

PRÍNCIPE. Cuando ves que el seso pierdo,  
con razones me persuades.

Yo conozco que estoy loco,  
y que nace esta ocasión  
de sólo tenerme en poco,  
que priva de la razón  
la pena a que me provoco.

¿Qué esperas del Conde muerto?

¿Tú no ves que es desconcierto  
amarle con tal pasión?

¿Es de piedra el corazón?

¿Tienes diamante encubierto?

Ya la tierra le aprisiona.

¿De qué sirve voces dalle,  
ni maltratar tu persona?

¿Piensas de resucitalle,  
como hace la leona?

Piensa, Celia, que jamás  
le verás vivo.

DUQUESA. No estás  
en eso engañado poco.  
Yo le veo vivo y toco,  
y pienso gozalle más;





para quien deja a Francia, su regalo,  
sus padres, sus abuelos y parientes.

ALBERTO.

Huelgo que bien os haya parecido,  
pues es forzoso que viváis en ella.

MADAMA.

En extremo, señor, estoy confusa  
de ver que hasta la corte hemos llegado  
sin que nadie nos haya recibido,  
ni el Príncipe. No sé cuál sea la causa.

ALBERTO.

No os cause aquesto, Flordelis, disgusto,  
que ha sido la venida de secreto,  
y puede ser que no lo haya sabido,  
si ya no fuese caso que ocupado  
esté en cosa que importe, y que no pueda.  
La causa se sabrá bien presto. ¡Hola,  
marcha a la corte! Mas ¿qué gente es ésta?

(Salen el REY y algunos.)

REY.

Haced que lleguen luego esa carroza  
para que a la ciudad volvamos juntos.

MADAMA.

Déme tu Majestad tus pies.

REY.

Mis brazos  
os daré, mi Madama. con gran gusto,  
y mi hija también.

MADAMA.

Esclava vuestra,  
que vengo como en prendas, desde Francia.  
de la amistad que el Rey mi padre os debe.

REY.

La discreción a la hermosura iguala;  
en todo os hizo peregrina el cielo.  
¿Cómo ha venido la Princesa, Alberto?

ALBERTO.

El mar le hizo, señor, algunos días  
el mal alojamiento que ella suele;  
mas, gloria al cielo, no fué nada todo.

REY.

Espantada estaréis, Madama hermosa,

que el Príncipe no salga a recibirnos;  
mas pensando que fuera la venida  
por tierra, por la posta fué a buscaros;  
mas dentro de dos días tendrá aviso  
y dará vuelta con deseo y gana  
de recibir aqueos dulces brazos.

MADAMA.

Pésame a mí que mi señor el Príncipe  
sin causa haya tomado ese trabajo;  
mas bien se vengará de nuestra burla  
con el deseo y gana de esperalle.

(Habrá ruido dentro, diciendo: para, para.)

REY.

¿Qué gente es ésta que camina al bosque,  
Rufino amigo?

RUFINO.

Aquestos son criados  
de la Duquesa Celia, que esta tarde  
se ha venido a aquestas caserías  
a ser madrina de una boda rústica  
de una hija de aqueste molinero.

REY.

Y di, ¿será capaz aquea casa  
esta noche de tan honrados huéspedes?

RUFINO.

Ya entiendo al blanco, gran señor, que tiras,  
y digo que la casa basta y sobra  
a aposentar doblada gente en ella.

REY.

Pues alto huésped tiene la Duquesa,  
y esa boda mejora de padrino.  
Haz que nos traigan de la corte presto  
lo necesario para aquesta noche;  
porque con otra fiesta más solemne  
Madama Flordelis entre en mi corte.

RUFINO.

Apercibida tienes la carroza.  
Venga tu Majestad.

REY.

Venid, Princesa.  
donde descansaréis aquesta noche,  
y mañana dará lugar el día  
para poder serviros con contento.

(L'anse, queda RUFINO solo.)

RIQUEN. ¿Cualquiera de los que se hallan  
del Rey por aquellos parrís,  
por donde se fue de ir  
a ver de la coronación?  
— Por aquí, ¿no, Duquesa?  
— No, no, no, no, no, no, no, no,  
quien en el campo dormía  
con la Mañana Truena.

*Comienzo de la primera y segunda de la comedia.*

PRINCESA. ¿Cómo almorzar he comido,  
Maestro, hasta agora con  
Dios, que he comido con  
que desde Francia la venida  
a mi nobleza?

COMTE. ¿Qué ha sido?

RIQUEN. ¿Cualquiera de los que se hallan?

COMTE. Por una cosa que viene.

MAESTRO. Mañana, como de antes.

PRINCESA. ¿Ese es el Reino donde

del Rey Quiero, como de antes?

COMTE. ¿Cualquiera de los que se hallan?

COMTE. Ahora me acordé.

RIQUEN. A hablar la Duquesa con

quantos con Dios.

*Fin.*

COMTE. El se guarde

de que ninguno eche a

PRINCESA. De que este noble quien soy

Oye.

COMTE. ¿Qué quiere?

PRINCESA. ¿Martín,

¿cualquiera de los que se hallan

del Rey?

COMTE. ¿No por la puerta,

ra de Celia al jardín.

PRINCESA. Dime la verdad, por Dios,

que el Rey y la reina van

a la fiesta.

COMTE. Y dormido.

COMTE. ¿No me has dicho

que ayer se fue de ir a la fiesta?

PRINCESA. ¿Hoy que me dices

que se fue de ir a la fiesta?

COMTE. ¿No me has dicho

que se fue de ir a la fiesta?

PRINCESA. ¿Mañana, como de antes?

COMTE. ¿Ese es el Reino donde

*Comienzo de la tercera y cuarta de la comedia.*

PRINCESA. ¿Qué se está haciendo

en la fiesta al Rey?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

PRINCESA. ¿Cualquiera de los que se hallan?

VOZ. ¿Cualquiera de los que se hallan?

quedar. Duquesa, obligada:  
pues que vengo a ser padrino  
sabiendo que sois madrina.

DUQUESA. De merced tan peregrina  
hallo mi valor indino.

PRÍNCIPE. No es fea la francesilla:  
obliga a tenella amor.

DUQUESA. Es esa merced, señor,  
para el mejor de Castilla,  
y el ser padrino conmigo  
donde la Princesa está  
injusta cosa será:  
sólo a serviros me obligo.

Ella será la madrina  
con vos, y yo os serviré.

REY. En nada contradiré  
lo que Celia determina.

MADAMA. A fe que dichosos fueron  
los señores desposados:  
que padrinos tan honrados  
pocos reyes los tuvieron.

DUQUESA. Mi señor el Rey ha sido,  
de quien yo recibo honor.

PRÍNCIPE. Cobrándole voy amor;  
harto bien me ha parecido.

REY. Duquesa, haced que veamos  
los novios, y trataremos  
de que aquí los desposemos,  
y buen agüero tengamos:  
que ésta su boda lo es  
de alguna que hacer espero.

DUQUESA. Acá se siente el agüero  
para tu gusto al revés.

Pues alto. Casero amigo,  
y vos, Martín, allá entremos,  
y los novios sacaremos  
para que vengan conmigo;  
y mirad que habéis de hacer  
cierto negocio por mí.

VIEJO. Haré, señora, por ti  
cualquier cosa.

DUQUESA. Así ha de ser.

(*Vanse CELIA y el CONDE y MOLINERO, viejo.*)

PRÍNCIPE. Considero tan sin pena  
a aquesta hermosa dama,  
que con gran razón se llama  
flor de lirio y azucena.

Aquí si que mis cuidados  
y amorosos desatinos  
por tan honrados caminos  
serán más bien empleados.

¡Mal haya el tiempo que amé

la ingrata que me aborrece!  
Mujer sin fe no merece  
que nadie le tenga fe.

Princesa del alma sola,  
éste es el Príncipe: éste es;  
serás ahora y después  
mi princesa y española.

Aquí estoy arrepentido  
del tiempo que me engañó;  
no llores mi ausencia, no,  
que aquí tienes tu marido.

(*Sale la DUQUESA embosada y vestida a lo villano, y el MOLINERO viejo, y los desposados, y el CONDE con alguna gente, y salen cantando los del molino. Cantan:*)

“Esta novia se lleva la flor,  
que las otras no.

Bendiga Dios el molino  
que tales novias sustenta.  
Muelan su harina sin cuenta,  
a costa de tal padrino.  
Del trigo que muele amor  
estas muelen de lo fino,  
que las otras no.”

REY. ¡Muy bueno es esto, por Dios!  
¡Gentil agüero y fortuna!

¿Esta novia, no era una?  
¿Cómo ahora vienen dos?

VIEJO. Eran almendras paridas  
las que estás huertas criaban:  
que en una cáscara estaban  
dos desposadas metidas.

Melampo y Martín se casan  
con las dos que son mis hijas,  
pues honras y regocijas  
la boda.

REY. ¡Qué cosas pasan!

Este villano es discreto,  
y viendo que soy padrino,  
no halla mozo en el molino  
que no le casa en efeto.

VIEJO. En fin, señor, ¿que gustáis  
que se hagan estas bodas  
con grande alegría todas?

REY. Y otras muchas que traigáis.

MELAMPO. ¿Vuestra palabra real  
obligáis, justo o injusto,  
de no recibir disgusto?

REY. ¡En mi vida he visto tal!

Digo que sí.

VIEJO. Esto es hecho.

Venga un clérigo que os case.

REY. Mirad si hay alguien que pase,  
que le enseñéis, señores.  
Pero hacedme presente  
la Dama que con vos  
se va para Madrid.

VIEJO. Por ella  
voy como viento ligero.

(Sale el Duque.)

REY. ¿Qué te va que me ajes así?  
Duquesa. ¿A qué con tu marido?

REY. Le pedíste te pido.

(Sale el Conde.)

REY. También  
Duquesa.  
Conde.

El Conde. Práptameo soy,  
que humilde estoy a tus pies  
que vida e muerte me des;  
humilde a tu pie estoy.  
En vos tolé la vida;  
huyendo el fiero rigor  
del Príncipe, no señor,  
a quien también pedíste pido.

REY. ¿Qué es el cuento villano?  
PRÍNCIPE. Tu hijo soy, que a mi plantar  
pido de mí culpa tanto;  
miya, tu perdón y manto.

¿Cómo estás en este traje  
en que te envió con puer-  
ras la Dama en comen-  
za del fugado caso?

Tú, señor, así legado  
al fardo cuanta y así acortada  
por arena de tu gresaca  
en este traje he vivido.

Perdonad, señor, mi  
y dádme esa mano y brazo.

MAJAMA. En aquesto estubo un brazo  
que he ido dando por des-

REY. Tuyo de muestra todo  
que no se me olvide,  
y entre el amor y el placer.

Me que como cuando dades  
¡Ah, Conde, cuánto te he estado!

Duquesa. ¿Hoyas tienes, señor,  
de mujer que tiene amor?

REY. ¿Parecenos fingiendo de todo  
Tú, yo, hatero, cuando

Gracia vuestra inocencia,  
que hee con que te está  
se escusa de este cuidado.

(Ah, señor, Conde)

Conde. ¡Ah, señor!

Conde. ¿Eras con el galán  
que tanta pena y afán  
me da a mi amor, señor?

¿Eras aquel por quien  
me he de ir de mi amor?

Conde. No, señor, no.

¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

Conde. ¿Eras tú, señor?

COMEDIA FAMOSA  
DE  
LA NOCHE TOLEDANA  
COMPUESTA POR  
LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FLORENCIO.  
BELTRÁN.  
JULIO.  
HUÉSPED.  
EL CAPITÁN ACEVEDO.  
EL ALFÉREZ CARRILLO.

LUCINDO.  
RISELO.  
GERARDA.  
LUCRECIA.  
CELIO, *su criado*.  
LISENA.

AURELIO.  
FINEO, *caballero*.  
DOS ALGUACILES.  
UN ESCRIBANO.  
BELARDO.  
TORRITO.

ACTO PRIMERO

*Salen FLORENCIO, BELTRÁN y JULIO.*)

FLORENCIO. Veré la iglesia mayor.  
BELTRÁN. Pues quitate las espuelas.  
FLORENCIO. Si es que importa. quitarélas;  
si no, paréceme error,  
pues habemos de pasar  
a dormir aquesta noche  
a Illescas.  
BELTRÁN. Hoy se va un coche  
que el sol le puede envidiar  
para salir en su oriente  
después que el otro que vió (1)  
Faetón cuando no llegó  
con su carrera a occidente.  
FLORENCIO. De damas debe de ser.  
BELTRÁN. Y hermosas, a fe de hidalgo,  
si yo tengo voto en algo  
desto que llaman mujer.  
FLORENCIO. Tu voto en esta materia  
no es para feas ni hermosas;  
siempre hablas de sus cosas  
conforme te va en la feria.  
¿Estaban ya de camino?  
BELTRÁN. Del coche las vi apaar.

FLORENCIO. ¿Sabes tú de qué lugar  
el coche a Toledo vino?  
BELTRÁN. Un mesón más adelante  
deste presumo que están.  
FLORENCIO. Pues vaya Julio, Beltrán,  
si te parece importante,  
y sepa dónde camina;  
porque si a Madrid se va,  
conversación llevará,  
si a conversación se inclina.  
BELTRÁN. Ve, Julio, y con discreción.  
JULIO. Voy con la que a ti te sobra.  
FLORENCIO. Mi soledad fuerzas cobra  
habiendo conversación;  
que en dejándome, Beltrán,  
entra Granada y su historia  
a hacer mártir la memoria  
donde mis celos están.  
BELTRÁN. ¿Tenemos ya tabarreras?  
¿Agora quieres volver  
a memorias de mujer,  
causa de tantas quimeras?  
Dala al diablo treinta veces,  
que así nos puso a los dos,  
que aun aquí temo, ¡por Dios!  
el rigor de los jueces.  
FLORENCIO. El mío me da más pena  
que la herida de aquel hombre.  
BELTRÁN. ¿A quién habrá que no asombre  
tu fe, de fealdades llena?

(1) Hartzenbusch enmendó "quebró".





que llama a tener amor.

La mujer siempre apetece aquello que se le va, porque lo que en casa está, como a seguro aborrece.

¿No has visto un ave enjaulada, que no da tanto contento como la que va en el viento, libre, hermosa y despenada?

Pues así vienen a ser los hombres ya de camino, porque se van imaginando que los pretenden coger.

FLORENCIO. Ahora bien: ¡Huésped!

(Llama y sale el HUÉSPED.)

HUÉSPED. Señor.

FLORENCIO. ¿Habrá de comer?

HUÉSPED. Si habrá.

FLORENCIO. ¿Qué hay ahora?

HUÉSPED. No hay acá puesto que fuera mejor la costumbre de la tierra donde venís, ni podemos tener de todo.

FLORENCIO. ¿Qué haremos?, que quien pregunta no yerra.

BELTRÁN. Estarnos hoy sin comer. Da un doblón a ese lacayo y partirá como un rayo.

FLORENCIO. ¿Adónde?

BELTRÁN. A Zocodover o al rollo de Ecija, y luego comprará un par de capones, pues ya no habrá perdigones; y poniéndolos al fuego se asarán, y estando asados, comerás en esta tierra si quien pregunta no yerra.

FLORENCIO. Donaires tienes cansados.

¿No tengo de preguntar?

BELTRÁN. Pues ¿estamos en la China?

FLORENCIO. Ahora bien: Julio, camina.

HUÉSPED. Yo iré con él a comprar.

FLORENCIO. Merced me haréis.

BELTRÁN. De aquí a un rato volveremos a comer.

FLORENCIO. ¡Que otra mujer voy a ver!

¡Ay, Lisená!

BELTRÁN. ¡Ay, mentecato!

(Vanse, y salen GERARDA y LUCRECIA, damas, de camino, con capatillos y sombreros, y CELIO, su criado.)

CELIO. La fiesta se dilató, aunque a todos ha pesado.

GERARDA. ¿La fiesta se ha dilatado?

LUCRECIA. ¿Qué, no es el miércoles?

CELIO. No.

GERARDA. ¿Qué pesadumbre se iguala?

Pues ¿cómo se ha descompuesto?

CELIO. Dicese que está indispuesto don Pedro López de Ayala; un gran caballero, hijo del conde de Fuensalida.

LUCRECIA. No te pese, ¡por tu vida!, que se alargue el regocijo; que me parece Toledo muy bien, y cuanto se tarda la fiesta, tanto, Gerarda, me alegro más.

GERARDA. Tengo miedo

que sepa nuestra venida aquel loco de Fineo; no le traiga su deseo donde nuestro gusto impida; que también me agrada a mí esta ciudad generosa.

LUCRECIA. Allí va una dama hermosa.

GERARDA. Y un hombre gallardo allí.

LUCRECIA. ¿Qué buen manto!

GERARDA. ¿Qué buen aire!

CELIO. La gallardía advertid.

GERARDA. ¡Dios te perdone, Madrid, que tuviste de donaire!

CELIO. Yo sé que aquí parecéis muy bien por lo ballenato, y que en la iglesia gran rato os miraron más de seis que me dijeron a mí algunas cosas.

LUCRECIA. ¿De veras?

GERARDA. Ser forasteras (1) lo merece siempre así, que van tras la novedad los hombres con desatino.

LUCRECIA. Mucha gente de camino he visto por la ciudad.

GERARDA. Todos vienen a la fiesta.

CELIO. Estos, forasteros son.

(Salen FLORENCIO y BELTRÁN.)

FLORENCIO. Estas armas y blasón

(1) Verso incompleto. Hartzenbusch añadió después del "¿De veras?" esto:

CELIO. ¡Y cómo!



Pues la sombra con quien viene  
no me desagrada a mí.

FLORENCIO. En cuantas he visto aquí,  
ninguna su talle tiene.

BELTRÁN. ¿Ni Lisena?

FLORENCIO. Ni Lisena.

BELTRÁN. ¡Eso sí, cuerpo de tal!

FLORENCIO. Tenlo por buena señal.

BELTRÁN. Ya lo tengo por muy buena.  
Pues la hermana compañera...

FLORENCIO. ¿Parécete bien?

BELTRÁN. No, a fe;  
mas ¿cuánto va que es o fué  
desta guitarra tercera?  
¡Qué ojos!

FLORENCIO. Bellos.

BELTRÁN. Y escasos  
de hacer a ninguno bien.

FLORENCIO. ¿Qué sientes dellos?

BELTRÁN. Que ven  
una bolsa a treinta pasos.

FLORENCIO. Foco te deben, Beltrán,  
las mujeres.

BELTRÁN. Antes tanto  
que a pagármelo...

FLORENCIO. Me espanto  
del crédito que te dan.

BELTRÁN. Todo lo que les he dado  
me lo deben muy debido,  
porque mal tomado ha sido,  
y es deuda lo mal tomado.

FLORENCIO. Ocasión quiero buscar  
para hablarlas.

BELTRÁN. Llega.

FLORENCIO. Voy.  
Medio enamorado estoy.

BELTRÁN. Amor, comer y rascar,  
todo en el principio estriba.

FLORENCIO. Si es que puede un forastero...

BELTRÁN. ¿Hay tan grande majadero?

GERARDA. ¡Gallardo mozo! ¡Así viva!

FLORENCIO. Hablar a una forastera...

GERARDA. Aunque noble y principal,  
siendo el forastero tal...

BELTRÁN. Todo es moneda forera.

FLORENCIO. Suplicoos, señora mía...

BELTRÁN. Señora, no le escuchéis,  
que ya cansada estaréis  
de tanta forastería.  
Tenía talle, ¡por Dios!,  
de no parar en un año.

LUCRECIA. ¡Oh, cómo es negro el picaño!

BELTRÁN. Mucho me parezco a vos.

FLORENCIO. ¡Que aun en las cosas de veras  
tus burlas se han de mezclar!

BELTRÁN. ¿Tan de veras es llegar  
a hablar a dos forasteras?  
Diga, señor forastero.

FLORENCIO. ¡Déjame, por Dios, Beltrán! (1)

BELTRÁN. Beltrán me llamo, ¿es delito?

LUCRECIA. Que por muchos años sea;  
en la puente de Alcolea  
tomastes el sobreescrito.  
Llevastes la delantera  
a los ciento y veinte ciegos.

BELTRÁN. ¿No dije que éramos legos  
para gente bachillera  
de la que en Madrid nacía?  
Vámonos de aquí, Florencio.

FLORENCIO. Ten un momento silencio,  
por tu vida o por la mía,  
que me agrada esta mujer.

BELTRÁN. A mí esotra no me agrada.

FLORENCIO. ¿Por qué?

BELTRÁN. Saco poco o nada,  
y sabe muy bien volver.

FLORENCIO. Si no tenéis, por ventura,  
quien en aquesta ocasión  
os sirva, y la condición  
de vuestro estado es segura,  
suplicoos que me mandéis,  
si es que la fiesta esperáis,  
que busque en qué la veáis  
con el gusto que veréis,  
que no soy tan pobre aquí  
que no pueda en un balcón  
prometeros colación.

LUCRECIA. ¿Y él, qué me promete a mí?

BELTRÁN. Si acaso desde el mesón  
en que estoy se puede ver,  
señora, Zocodover,  
allí tenéis un balcón;  
mas pensar que quien aquí  
casas ni raíces tiene  
y con los muebles se viene  
ha de hacer lances en mí,  
es cosa de disparates.

LUCRECIA. Cierto que sois descortés.

BELTRÁN. No soy hombre de interés;  
sólo de gusto me trates.

GERARDA. Acepto el ofrecimiento  
por ver que esa cortesía

(1) Para el sentido y la rima sobran este verso y el anterior, o bien faltan otros dos para formar redondilla.

no es cosa de casar  
con un hombre tan malo.

Vienes talde a entender  
que me puedo casar  
porque es lo mismo no obrar  
en ningún momento.

Y yo no me voy a la venta  
sin un voto a Dios.

FRANCISCO: ¡Esto es hecho!

BERNABÉ: ¡Bueno por Dios!

FRANCISCO: ¡Vitea!

BERNABÉ: ¿Cuanto te cuesta?

FRANCISCO: Lessa ventura no mal  
y un poco de trabajo.

BERNABÉ: ¿Y qué te ha dicho con eso?

FRANCISCO: ¡Es la salud del alma!

BERNABÉ: Pensando que del alma  
va fuera alguna sorpresa,  
y así algún tolo.

FRANCISCO: ¿No?

BERNABÉ: Que te han de casar a ruego.

FRANCISCO: ¿Qué cosa, BERNABÉ, qué cosa,  
podrá ser que hombre casase  
sin manchada no quedase  
en su cama y en la cama?

Dilemos, no, deo  
que quiere casar buena  
en casa de nobles.

caso de la luz el día.

Sobra, no tal y lo  
de tal manera me llama  
que no digo la ventana,  
más que vuestro gato y mi.

Ahora casará con  
un gato y un gato  
saldrá a la plaza gato.

GUILLERMO: ¡Y qué es lo que hablo por mí!

FRANCISCO: Aunque tú me por honra  
a los tuyos de honra  
y al que se porta la honra  
gato, gato, gato.

no me casaré con gato.

FRANCISCO: ¿Y con un gato que sea?

BERNABÉ: Si sabes casará aquí.

caso de la luz el día.

FRANCISCO: ¿Y qué es lo que hablo por mí!

GUILLERMO: ¡Y qué es lo que hablo por mí!

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

caso de la luz el día.

y que guardaré de mí  
la belleza que en vos vi  
teniéndooos justo respeto.

Desde aquí soy vuestro hermano:  
si algo hiciere contra vos  
de mi mano entre los dos,  
os deienderá mi mano.

GERARDA. Pues con esa condición  
entraré en vuestra posada.—  
Basta que el hombre me agrada.  
Si es amor, principios son.

¿Qué puedo en esto perder?  
¿No me sabré yo guardar?  
Pero ¿qué puede fiar  
de sí misma una mujer?

FLORENCIO. Beltrán, aquestas señoras  
han de ir a nuestra posada.

BELTRÁN. ¿Está hecho el precio?

FLORENCIO. ¿Que en nada  
tendras silencio dos horas!

BELTRÁN. En casa del mercader,  
del joyero o del platero,  
deja un hombre al compañero  
mientras precio quiere hacer,  
a la puerta de la tienda,  
y cuando sale y se juntan,  
eso mismo se preguntan.

FLORENCIO. ¿Qué hay aquí que compre o ven-

BELTRÁN. A este par de catalufas; [da?  
buena vista y poco tomo.  
¡Ea!, yo soy mayordomo:  
habrá baños, habrá estufas;  
habrá temerario plato.  
Gastemos esos doblones,  
aunque el amor en mesones  
suele comprarse barato;

que cuando desta ocasión  
salga tu hacienda medrada,  
volveremos a Granada,  
tú el pródigo, y yo el lechón.

FLORENCIO. Señoras, Beltrán es hombre  
deste humor; délos servid,  
que a fe que aprendió en Madrid  
el buen humor como el nombre;  
que, dejando estos donaires,  
es hombre para las veras.

BELTRÁN. ¿Qué se intentan de quimeras  
cuando anda el seso en los aires!  
¿Con qué invención ha de entrar  
en la posada?

FLORENCIO. Eso es llano:  
yo diré que soy su hermano,  
y que la vine a buscar

para llevarla a Granada,  
y que ella partió también  
para buscarme.

BELTRÁN. ¡Oh, qué bien!

Digo que es traza extremada,  
que a todas las aventajo,  
pues viene a ser esta vez  
el mesón Aranjuez,  
que junta Jarama y Tajo.

En fin, ¿eres ya su hermano?

FLORENCIO. ¿No lo ves?

BELTRÁN. Y yo ¿qué soy  
de vuesa merced?

LURECIA. Estoy  
por asentalle la mano.  
¡El mi pariente!

BELTRÁN. ¿Pues qué?  
¿No puedo ser su pariente,  
siendo hidalgo y decendiente  
de un rey mago?

LURECIA. ¡Bien a fe!

BELTRÁN. Pero ya sé la ocasión  
de que no lo quieras ser.

LURECIA. ¿Y es?

BELTRÁN. Por no te detener  
en buscar dispensación.

GERARDA. ¿Cómo os llamáis?

FLORENCIO. Yo, Florencio.  
¿Y vos?

GERARDA. Gerarda.

BELTRÁN. Decid,  
¿cómo os llamáis?

LURECIA. Advertid...

BELTRÁN. Un hora os daré silencio.

LURECIA. Yo tengo el nombre de aquellas  
ejemplo de castidad.

BELTRÁN. Sí, mas no será verdad  
que la guardéis como ellas.

GERARDA. Celio.

CELIO. Señora.

GERARDA. Mi ropa  
muda luego a la posada  
destos hidalgos.

FLORENCIO. Robada  
hoy llevo la bella Europa.  
Dadme la mano.

GERARDA. Esta es.

BELTRÁN. ¿Y la vuestra?

LURECIA. Esta es la mía.

BELTRÁN. ¡Fría está!

LURECIA. ¿De qué está fría?

BELTRÁN. De que no toca interés.



(Vase, y salen LUCENA, en hábito de labradora, y ANTELO en ella.)

ANTELO. Que sepas lo que me queda.

LUCENA. En qué estado?  
En. Ante lo, la condición  
como la suelen poner.

No quisesa poner de más  
que como vos acostumbrá  
avredar en esta granola  
misma, repárese en mí.

Si quisiera me casaría  
a cualquier hombre de vuestro  
hacienda, y como quisiera  
que estubo creciendo yo.

Ay, si te casaras la frente  
y con él me casarte,  
Antelo, quisiera, no sé  
de qué, en labrada casarme  
porque como esta ciudad  
se puso a tanto estables,  
y como las novedades,  
de ella o haga ciudad.

Quiero poner ya con leyes  
de lazo y tiempo libre  
a las personas primera  
que a las cosas de los reyes,  
sabe lo que hay en Granada,  
y en Madrid es que hay obré,  
desde mi Florentino así.

ANTELO. La labradora me agrada (1),  
porque de tu entendimiento  
puede en alguna ocasión  
dar la cara ocasión  
de amistad, la perdonen.

El hombre más, mira  
en que te ha de conocer.

LUCENA. Mi señor, la que es mujer

ANTELO. Serriendo la labradora  
que sea en su hija hacienda  
tanto como gobernar.

LUCENA. Gobernar, como yo  
sólo con mi madre parental.

(Sale el HERRERO.)

HERRERO. Quiero decir que voy

(1) El HERRERO, cuando dice: "que sea en su hija hacienda tanto como gobernar" se refiere a la labradora.

(2) El HERRERO, cuando dice: "que sea en su hija hacienda tanto como gobernar" se refiere a la labradora.

(3) El HERRERO, cuando dice: "que sea en su hija hacienda tanto como gobernar" se refiere a la labradora.

La cosa que sea de miya,  
como siempre saber.

Como, en vuestro deseo,

que también habrá que haber

LUCENA. Ten, Antelo, saber.

HERRERO. Como el hermano, vos

seguir, podéis tener  
un momento a vuestro

ANTELO. Ay, de que te casar.

HERRERO. No, como, no sé, no

SEGURO. En que se puede, en estado;  
comiendo, y como, alquilar.

HERRERO. Adónde, qué?

ANTELO. A Madrid.

Que en Madrid, como, alquilar,

como, como, como, como.

La cosa, en su, en su, en su.

HERRERO. En que, en que, en que, en que.

En que, en que, en que, en que.

En que, en que, en que, en que.

En que, en que, en que, en que.

(Vase ANTELO y queda LUCENA.)

(Sale)

Triste como Toledo?

HERRERO.

(Que sea)

JULIO.

Aquellas damas

que en Toledo, como, como, como.

en que, en que, en que, en que.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

que a, como, a, Madrid, como, como.

HUÉSPED.

¿Y del segundo corredor?

TORIBIO.

Bien dices;

la sala adonde estuvo aquel indiano,  
y el aposento del rincón.

HUÉSPED.

Pues, ¡alto!

En esa del balcón estén las damas.

TORIBIO.

Venid conmigo.

JULIO.

Vamos.

HUÉSPED.

Estos días

aun pienso que el Alcázar fuera estrecho,  
que todo el mundo acude a ver las fiestas.—  
¿Inés?, ¿qué digo?, ¿Inés? ¡Ella es hermosa!  
No habrá en Toledo cosa más famosa.

*(Vase, y salen el CAPITÁN ACEVEDO y el ALFÉREZ CARRILLO, de camino.)*

ALFÉREZ. ¡Buena posada!

CAPITÁN. Y quieta.

ALFÉREZ. Mañana lo estará más.

CAPITÁN. De aquí un rato quitarás  
la funda desa jineta,  
y saldremos por Toledo.

*(Dice dentro el HUÉSPED.)*

HUÉSPED. ¡Nunca nos falta un soldado!

CAPITÁN. Pues, huésped, ¿habrá recado?

HUÉSPED. Sí; gracias a Dios, bien puedo  
en mi casa aposentar  
toda vuestra compañía.

ALFÉREZ. La de agora bien podía.

HUÉSPED. ¿Váisla a hacer?

CAPITÁN. Voila a buscar.

HUÉSPED. ¿Adónde?

CAPITÁN. A Ocaña iré, pues voy. (1)

¿Qué hay de fiestas?

HUÉSPED. ¡Bravas fiestas!

CAPITÁN. En ocasiones como éstas,  
no hay hombre, a fe de quien soy,  
que no procure mostrar  
la fe que debe a su rey.

HUÉSPED. Sois noble, y es justa ley.

¿Qué cosa puede alegrar  
más a un español, que ver  
nacer un príncipe a España? (1)

ALFÉREZ. Pienso que en la tierra extraña  
fiestas se deben hacer.

CAPITÁN. En las Indias orientales  
y antárticas las habrá;  
pero no es mucho, si allá  
son vasallos naturales.

En los reinos extranjeros  
habrá justo regocijo.

ALFÉREZ. Dios guarde ese sol que es hijo  
de tan hermosos luceros.

Id, huésped, a procurar  
que pongan las mesas luego.

HUÉSPED. Voy.

CAPITÁN. ¿Habrá un poco de juego?

ALFÉREZ. Si hubiere con quién jugar.

*(Sale LISENA.)*

LISENA. En esta sala de en medio  
puede entrar el Capitán.

CAPITÁN. Si la que decís me dan,  
en casa hallé mi remedio.  
¡Gentil moza! ¿Sois, por dicha,  
hija del huésped, señora?

LISENA. No, señor; soy labradora,  
natural de mi desdicha;

que es un lugar bien desierto,  
donde nacen a morir  
los que vienen a servir.

CAPITÁN. No lo merecéis, por cierto;  
que debiérades mandar,  
si Aquel que lo pudo hacer  
no os obligara a nacer  
en ese estéril lugar.

ALFÉREZ. ¿Hay tal moza de mesón?

CAPITÁN. ¿Hay labradora tan bella?

ALFÉREZ. ¡Que aquestos se sirvan della,  
locos y bárbaros son!

CAPITÁN. ¡Venid acá, por mi vida!  
Volveros quiero a mirar.

LISENA. Digo que podéis entrar,  
porque es la sala escogida.

CAPITÁN. Y vos más que no la sala,  
aunque del Alcázar fuera.  
Alférez, ¿qué pareciera  
con alguna honesta gala  
labradora tan hermosa?

(1) Verso largo: Hartzenbusch lo enmendó suprimiendo el "iré".

(1) Alude al nacimiento de Felipe IV, el 8 de abril de 1605.



CAPITÁN. ¿Fuése?  
 ALFÉREZ. ¿No lo ves?  
 CAPITÁN. Pues bien,  
 ¿qué dijo?  
 ALFÉREZ. Que yo le había  
 parecido bien.  
 CAPITÁN. Si haría.  
 ALFÉREZ. Y que conmigo también  
 iría a Italia y a Flandes.  
 CAPITÁN. ¿Tú quiéresla?  
 ALFÉREZ. ¿Para qué?  
 CAPITÁN. ¿Con qué pensamiento fué?  
 ALFÉREZ. De que hará cuanto le mandes.  
 Háblala, que me decía  
 que era muerta por soldados;  
 que durarán tus cuidados  
 menos que durare el día.  
 Pero dice que la lleves  
 como paje.  
 CAPITÁN. ¿Vive Dios,  
 que habemos de andar los dos  
 como el miércoles y el jueves!  
 ¿Pesía tal, que es como un oro!

*(Vase, y salen LUCINDO y RISELO, caballerías de Toledo.)*

LUCINDO. En este mesón entraron.  
 RISELO. ¿Tan de veras te agradaron?  
 LUCINDO. Prometi matar un toro  
 a cuchilladas, ¡por Dios!,  
 en servicio de la una.  
 RISELO. ¿Hay guarda?  
 LUCINDO. Poca o ninguna;  
 aunque sé llegaron dos,  
 al parecer forasteros,  
 y las han acompañado.  
 RISELO. Aquí hay un galán soldado.  
 LUCINDO. ¡Y no de malos aceros!  
 ¡Jesús, señor Capitán!  
 ¿En Toledo? (1)  
 CAPITÁN. ¿Pues [en] dónde?  
 Esta grandeza os responde.  
 LUCINDO. ¿Qué hay del Marqués?  
 CAPITÁN. Fuése a Orán.  
 LUCINDO. Ya me acuerdo.  
 CAPITÁN. Con él fué  
 don Lorenzo, nuestro amigo.  
 LUCINDO. ¿Qué bueno venís! Yo os digo

que se os luce y que se os ve  
 el regalo de la corte.  
 ¡Grandes fiestas!

CAPITÁN. La ocasión  
 es grande. En este mesón  
 ¿qué puede haber que os importe?  
 LUCINDO. Siguiendo a dos forasteras,  
 desde la iglesia he venido.  
 CAPITÁN. Sólo he sentido el ruido.  
 LUCINDO. Agradóme tan de veras  
 una dellas, que he de hablalla,  
 si vos espaldas me hacéis.  
 CAPITÁN. Bien seguras las tenéis,  
 si Amor os deja gozalla.  
 Y, para hablalla mejor,  
 comeréis aquí conmigo,  
 que bien se sufre a un amigo.  
 LUCINDO. Yo soy vuestro servidor.  
 Pero al revés ha de ser:  
 a mi casa habéis de ir.  
 CAPITÁN. No puedo de aquí salir.  
 LUCINDO. ¿Por qué?  
 CAPITÁN. Por cierta mujer.  
 LUCINDO. Pues, ¡alto!, con vos me quedo.

*(Salen FLORENCIO y BELTRÁN.)*

FLORENCIO. ¿Hubo qué comer, Beltrán?  
 BELTRÁN. Lo que hubiere les darán,  
 sin quedar cosa en Toledo.  
 FLORENCIO. ¿Regálense, por mi vida,  
 que estoy...!  
 BELTRÁN. No me digas más.  
 FLORENCIO. Pongan la mesa.  
 BELTRÁN. Hoy verás  
 una espléndida comida.  
 Para principio les doy  
 de Juanelo el artificio. [cio!  
 FLORENCIO. ¿Que siempre has de estar de vi-  
 BELTRÁN. ¿Qué quieres? Deste humor soy.  
 Galanes hay.  
 FLORENCIO. Dices bien;  
 y que parecen soldados.  
 CAPITÁN. Basta, a amigos tan honrados,  
 que la voluntad les den.  
 LUCINDO. Yo siempre me llevo a ella  
 mejor que a la mesa.  
 CAPITÁN. Vamos,  
 porque esas mozas veamos.

*(Vanse los dos.)*

BELTRÁN. La una es en extremo bella.

(1) Hartzenbusch añadió:

¿Vos en Toledo?

porque el verso era corto.

FRANCISCO. — ¿Qué tal has á comer?  
Nuestro, ¿no comprendes?  
BARCELÓ. — Como cuando antes comíais,  
sustentándose de yerba.  
Voy a hacer una cruel boga de  
traga yerba bebosa larga.

(Alto.)

FRANCISCO. — Dijo, mamá, y como como  
en pueblo, y soy comido  
¡Entonces, como hace  
al fuego, como cuando quise!  
¿Qué tal comer, mamá, comer  
con hambre, como antes  
¡Hambre, hambre! ¡Hambre, hambre!  
Hambre, como aguantaba  
¡Hambre, hambre!

HAMBRE. — ¿Qué comer, mamá, ¿qué comer?

FRANCISCO. — Con hambre, mamá, he perdido,  
pero si está el fuego dentro  
de mi, ¿qué comer, mamá?  
Mi hambre, ¿qué comer?  
— ¡Hambre, hambre!

(Baja, Llamas, una cosa, ¿qué es nada?)

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?  
ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

ITIBIA. — ¿Qué comer, mamá? ¿Qué comer?

FLORENCIO. ¿Y si es ya de otra?  
 LISENA. Los dos  
 sabremos mudar de prendas.  
 FLORENCIO. Id a hacer vuestras haciendas.  
 LISENA. Quedad con Dios.  
 FLORENCIO. Id con Dios.

ACTO SEGUNDO

(Salen el CAPITÁN ACEVEDO, el ALFÉREZ CARRILLO,  
 LUCINDO y RISELO.)

CAPITÁN. Perdonad que en un mesón  
 no puede haber más regalo.  
 LUCINDO. Al de Atalante le igualo  
 CAPITÁN. Si es la mesa el corazón,  
 ¡qué atrevida es la amistad!  
 ALFÉREZ. Amor es atrevimiento.  
 RISELO. Donde sirve el cumplimiento,  
 no asiste la voluntad.  
 LUCINDO. ¿Qué os pareció de la dama  
 de Madrid?

CAPITÁN. Que os ha servido  
 de comida, y me ha valido  
 para no perder la fama;  
 que dando con su hermosura  
 dulces cosas de comer,  
 no reparastes en ver  
 la mesa.

LUCINDO. V fuera locura;  
 porque donde el alma come,  
 el cuerpo es razón que ayune.  
 CAPITÁN. ¿Vos queréis que la importune  
 y que esto a mi cargo tome?

ALFÉREZ. De aquí a las fiestas, no creo  
 que habéis de tener lugar;  
 que muy poco os ha de dar  
 la guarda con que la veo.

RISELO. Debajo de que es hermano,  
 no ha de ser tan cudicioso;  
 que no es amante celoso,  
 ni marido cortesano.

Esta tarde se irá a ver  
 la ciudad.

LUCINDO. ¡Quiéralo el cielo!

CAPITÁN. Más corto levanto el vuelo,  
 con el temor de caer.

Nunca pongo el pensamiento  
 donde tengan fuerza alguna  
 el tiempo ni la fortuna,  
 ni pueda llevarle el viento.  
 ¿Vos estáis enamorado

desta dama de Madrid?

LUCINDO. Perdido estoy.

CAPITÁN. Advertid  
 en la bajeza que he dado.  
 Ni yo camino en el mar,  
 ni en el viento, ni al sol miro,  
 ni por el fénix suspiro,  
 ni estrellas quiero alcanzar;  
 ni me mata seda o tela,  
 ni artificio, ni cabellos  
 rizos, ni anda el alma en ellos  
 como anda el viento en la vela;  
 solamente me parezco  
 a vos en que hoy me ha nacido  
 en casa este amor, que ha sido  
 legítimo.

LUCINDO. No os ofrezco  
 ser padrino de ese amor,  
 hasta saber el sujeto;  
 y si no importa el secreto,  
 tendrélo a mucho favor.

CAPITÁN. Los soldados no podemos  
 amar con secreto, y ser  
 constantes en el querer;  
 que estas dos faltas tenemos.

Apenas entra el soldado  
 con las medias de color,  
 calzón de extraña labor,  
 sombrero rico emplumado,  
 ligas con oro, zapato  
 blanco, jubón de Milán,  
 cuando ya todos están  
 murmurando su recato.

Llevan colores y brío  
 los ojos, y en galas solas  
 más jarcias y banderolas  
 que por la barra el navio.

Pues ¿constancia en el querer?  
 ¿Cómo puede ser constancia?

Ya está en Flandes, ya está en  
 él ausente: ella, mujer. [Francia,  
 ¡Bien haya mi condición!

RISELO. Sólo de oídos hablar,  
 he venido a sospechar  
 que hay duende en este mesón;  
 y si es así, no penséis

que sois el doliente vos  
 de ese dolor, que, ¡por Dios,  
 que hay más de cuatro, y de seis!

CAPITÁN. ¡Por vida del Capitán,  
 que sospecho, y sin sospecho,  
 que ha de entrarme en mal prove-  
 el ser hoy de Inés galán! [cho





Mi remedio espero en vos.  
 ¡Valedme, industria; ayudadme,  
 cielos!, que no quiero amor:  
 id en buen hora, señor.

CAPITÁN. ¡Oye, Inés!

LISENA. Señor, dejadme;  
 que viene Gerarda aquí.

CAPITÁN. Pues ¿vendrasme a ver?

LISENA. Sí haré.

CAPITÁN. ¡Victoria! ¡Vine, llegué,  
 vencí a Inés, a Inés vencí!

(Vase el CAPITÁN, y sale GERARDA.)

GERARDA. ¿Con quién das voces, Inés?

LISENA. ¡Oh, mi señora Gerarda!  
 Con ese necio, que aguarda  
 lo que de otro dueño es.

Persuadirme pretendía  
 que esta noche visitase  
 su aposento.

GERARDA. Que intentase  
 tu amor con descortesía,

fué culpa; mas no lo es  
 quererte siendo su gusto:  
 antes parece muy justo  
 quererte todos, Inés.

LISENA. Si eso hubiéradas tratado,  
 rendida de algún dichoso,  
 ya fuese galán, ya esposo,  
 que os hubiese conquistado,  
 ¿sería entonces razón  
 que otro que os persuadiese,  
 la misma noche quisiese  
 la misma conversación?

GERARDA. Eso, Inés, no puede ser,  
 que es de comunes mujeres;  
 y si guardar honra quieres,  
 uno solo has de querer.

LISENA. Tengo mi palabra dada  
 de ser de cierto galán,  
 y también el Capitán  
 quiere ocupar la posada,  
 cosa que no puede ser.

GERARDA. Notable placer me has hecho  
 en descubrirme tu pecho.

LISENA. Sois mujer y soy mujer;  
 ¿qué queréis?; flaquezas son.

GERARDA. Dime la verdad, Inés:  
 ¿ha sido amor, o interés?

LISENA. Dos deditos de afición.

GERARDA. ¿Aficionado te has?

LISENA. ¿Soy piedra?

GERARDA. Pensé que amor

se trataba a lo señor,  
 y andaba entre ellos no más.  
 No creí que en los mesones  
 hallaba el amor posada.

LISENA. Al amor tal vez le agrada  
 dejar calzas por calzones.

Suele enfadar el faisán,  
 suele la vaca dar gusto,  
 que no hay vestido más justo  
 que aquel que nuevo le dan.

Si del ver nace el amor,  
 y de privación, desco,  
 en los que caminan creo  
 que será más el rigor.

GERARDA. Tú, a lo menos, disculpas  
 cualquiera deseo, Inés;  
 que es muy justo que le des,  
 si en tus méritos reparas.

Mas, pues me has declarado  
 lo más, que es decir que quieres,  
 y que el galán que prefieres  
 tendrá esta noche tu lado,  
 dime cuál destos dos es,  
 así logres tu deseo.

LISENA. Muy cuidadosa te veo;  
 yo te lo diré después.

GERARDA. Vuelve, detente y advierte  
 que sólo es este cuidado  
 gusto de ver si has echado  
 el dado con buena suerte. [tas.

LISENA. ¿Quién?, por mi vida; y no mien-  
 (¡Bien se traza mi invención!)  
 ¿En amores de mesón  
 saber secretos intentas?

No te lo niego por mí,  
 que confesar que ha de ser  
 es lo más que puedo hacer  
 en esta ocasión por ti.

Por honra del caballero.  
 Gerarda, te encubro el nombre.

GERARDA. Pues ¿qué pierde ningún hombre?

LISENA. Su libertad considero;  
 y sé bien que en el sayal

suele estar envuelto el oro,  
 sin que pierda su decoro.

GERARDA. No sientas de mí tan mal;  
 que si el mismo Amor posara,  
 Inés, en este mesón,  
 pudiera con afición  
 rendirse a tu hermosa cara.

Y como se suele dar  
 a la huésped el dinero  
 que lo guarde, considero



Así que Inés me ha tocado,  
y es de mi jurisdicción,  
y alrededor del mesón  
cinco leguas...

GERARDA. Si has pensado,  
Beltrán, que en Madrid hay bo-  
y que el tiempo y la fortuna [bas,  
no dejaron cosa alguna,  
mucho en sus leyes inovas.

Imagina que es Madrid  
en la tempestad que fué  
como el Arca de Noé.  
BELTRÁN. Más como el arca del Cid,  
que en vez de oro tiene arena.

GERARDA. De cada género tiene  
dos animales.

BELTRÁN. Más viene  
a estar de animales llena;  
que los conejos del Parque  
se suben hasta San Juan.

GERARDA. Cosas que en el arca están  
es justo que el tiempo embarque.

Hay dos discretos, dos necios,  
dos ricos, dos mendigantes,  
dos sabios, dos ignorantes,  
dos altos, dos bajos precios,  
dos tues, dos señorías,  
dos grandes y dos pequeños,  
dos gordos y dos cenceños,  
dos palomas, dos arpías,  
dos legos, dos estudiosos,  
dos jardines, dos desiertos,  
dos con ojos y dos tuertos,  
dos sucios y dos curiosos,  
dos damas y dos fregonas,  
para que, en pasando el agua,  
haya sin ir a la fragua  
aquellas mismas personas.

Tú, Beltrán, no has de pensar  
que soy de las bobas yo;  
Florencio no me engañó,  
pero quisome engañar.

Y si es que las ocasiones  
te dan las damas, sin duda  
que, pues de damas se muda,  
trocastes jurisdicciones.

Ya Florencio en tu afición  
tiene tanta señoría,  
que, como chancillería,  
se entra en tu jurisdicción.

Dile que siendo galán  
de las damas, que no es justo  
que fregonice su gusto,

pues es tu oficio, Beltrán,  
que Inés no es lugar que cae  
cinco leguas del mesón;  
pues de tu jurisdicción  
hoy a la suya la trae.

Esta noche ha concertado  
tener su lado de Inés,  
y por prenda, si lo es,  
una sortija le ha dado.

Pues quien me ha de amar a mí  
no ha de tener pensamientos  
de tan bajos fundamentos  
ni ha de humillarlos así.

Quien tanta gala pregona  
y me llama su mujer,  
una estrella no ha ver,  
cuanto y más una fregona.

¡Jesús, qué asco! ¡Qué infame  
gusto! ¡Qué sucio deseo!  
¡Qué vil amor! ¡Qué trofeo  
tan bajo!

BELTRÁN. ¡Quedo! No llame  
vuesa merced tales nombres  
al buen gusto de Beltrán,  
porque es creencia en que están  
muchos muy discretos hombres.

FLORENCIO. Calla, Beltrán, que si vuelves  
por ellas, ha de pensar  
que es mi gusto.

BELTRÁN. ¿He de callar,  
cuando a callar te resuelves,  
tocándome en las dos niñas  
de los ojos? ¡Vive Dios!,  
que hay fregonas más de dos  
sin las bordadas basquiñas,  
sin el manto soplonesco,  
sin el garbo ni el chapín,  
con el tranzado garbín  
y el delantal blanco y fresco,  
que van vendiendo cuajada,  
más que nieve y que tomillo,  
porque aquel amor sencillo  
es lo que al buen gusto agrada!  
¿Qué faldellín de persona  
grave iguala en nieve y flores,  
al ver en paños menores  
una cándida fregona?

¿Para qué puede ser bueno  
al marido ni al galán  
brindalle con solimán,  
que es, en efeto, veneno?

GERARDA. Beltrán, yo digo que Inés  
y otras fregonas de aquí



llama azul de piedra azufre!

¡Sin ti no vivo!

BELTRÁN. ¿Es posible

que sin mí no vives ya?

LISENA. De los requiebros de allá soy, Beltrán, eco insufrible.

Respondo al postrer acento

a la voz de aquel Narciso

que entre aquesta fuente quiso

volver mi espíritu en viento.

BELTRÁN. ¿Qué fuentes? ¿Cómo no ves

que no hay fuentes en Toledo?

GERARDA. Vamos, mi bien.

(Vase GERARDA y FLORENCIO y quedan BELTRÁN y LISENA.)

LISENA. ¡Buena quedo!

BELTRÁN. Sosiégate un poco, Inés.

LISENA. Al fin, infame alcagüete,

capa y manto de los dos,

se me escaparon por vos.

BELTRÁN. ¿Y es mal ocio ir a Hueté?

No hay cosa de más primor

que ser alcagüete o capa,

mayormente cuando tapa

gustos y celos de amor.

Los árboles, ¿no son buenos?

LISENA. Buenos son.

BELTRÁN. Pues ¿quién encubre

más que un bosque, hasta que octu-

seca sus troncos amenos? [bre

El cielo, ¿es bueno?

LISENA. Pues ¿no?

BELTRÁN. Pues cuando el sol se le va,

¿quién encubre cuanto está

debajo dél? Luego yo

soy aquí su semejante.

La noche, que es capa y manto,

llama a su silencio santo;

las manos encubre el guante;

al cuerpo encubre el vestido.

el zapato cubre el pie,

el dosel, al rey que fué

majestad de su apellido.

La bolsa cubre el dinero,

el retrato, la cortina;

a los diamantes, la mina;

la cubierta, al marinero;

el solimán, los defectos

de la cara de las damas;

si esto es así, ¿por qué infamas

a quien encubre secretos?

LISENA. ¿Cómo, Beltrán, cuatro días

de ausencia a Florencio han puesto de tal suerte, y descompuesto las obligaciones mías?

¿Cómo, Beltrán? ¿No era ayer

la que en Granada le vi

llorar más tierno por mí

que la más tierna mujer?

¿Cómo, Beltrán, un hidalgo

miente y llora; vende, infama

una mujer que lo llama

su bien?

BELTRÁN.

De juicio salgo,

con ver lo que beltraneas,

Lisena: si he de dejar

de llamarte Inés, y hablar

en las cosas que deseas,

oye, mira que le has dado

para mudanza ocasión;

que mudanzas siempre son

como el son que se ha tocado.

¡Cuerpo de tal! La mujer

que quiere, no dé lugar

a que otro la pueda hablar.

¿Cómo pueda hablar? Y aun ver.

Sírvete Estacio, y tú gustas

del servicio y del favor;

y tras ser competidor

(cosas en buen trato injustas),

préciase de bravo y viene

a echarnos ya de su calle,

y quieres que el otro calle

las ocasiones que tiene.

Viene huyendo de Granada

por ti, y a sus padres deja,

y tú, con graciosa queja,

dices que has sido olvidada.

¿Qué respondes?

LISENA.

Que aunque hubiera

dado a Florencio ocasión,

porque, en fin, sus celos son

autores de esa quimera,

el venir como he venido,

infamando mi linaje,

y el servir en este traje,

la culpa hubiera vencido.

¡Ah, Beltrán! Di tú que viste

a la amiga de Gerarda,

moza de Madrid, gallarda,

y a Florencio persuadiste,

porque hallaste gusto aquí,

y no digas que yo he sido

causa de su injusto olvido.

BELTRÁN.

No me conoces tú a mí.





LISENA. Yo le voy a aderezar.  
 FINEO. ¡Qué gallardo talle!  
 ALFÉREZ. ¡Airoso!  
 Y antes, niña, que os entréis  
 me decid de qué estáis triste.  
 LISENA. De que hay hombres.  
 FINEO. Si consiste  
 en alguno que queréis  
 que no os paga como es justo,  
 escoged, que otros habrá.  
 LISENA. Ninguno gusto me da.

(Vase.)

FINEO. Tenéis estragado el gusto.  
 ALFÉREZ. ¿Es buena?  
 FINEO. Como mil perlas.  
 ALFÉREZ. Ya estamos solos. Decid  
 lo que os saca de Madrid.  
 ¿Son fiestas?  
 FINEO. No vengo a verlas.  
 ALFÉREZ. ¿Pues a qué?  
 FINEO. Sigo una dama.  
 ALFÉREZ. ¿Haos engañado?  
 FINEO. Tal vez.

Que venia a Aranjuez,  
 echó entre sus deudos fama.  
 Salí, seguila y busqué  
 sus huertas.

ALFÉREZ. ¿Y estaba en ellas?

FINEO. No.  
 ALFÉREZ. Mil cosas cuentan dellas.  
 FINEO. Las que yo he visto os diré.

Grandes maravillas tiene  
 el católico Filipo,  
 aumentadas en España  
 de su agüelo y padre invicto,  
 y si maravillas fueran  
 personas como edificios,  
 diera primero lugar  
 a sus soberanos hijos;  
 el templo del Escorial  
 maravilla octava ha sido,  
 desde nuestro polo al Austro  
 y del ocaso a Calisto.  
 Tienen Toledo y Segovia  
 dos alcázares ativos;  
 Madrid, su rico palacio,  
 de pintura y cuadras rico;  
 pero, dejando estas cosas,  
 dadme por un rato oído,  
 y veréis a Aranjuez,  
 puesto que es mapa su sitio.

A Vaciamadrid llegué;  
 Dios me libre de haber ido  
 a Vaciamadrid de noche;  
 que no le tengo por limpio.  
 Allí vi el rico palacio,  
 con linda vista de ríos;  
 perdone la casa antigua,  
 ruina del tiempo antiguo;  
 que mejor saben las damas  
 su mala traza y abrigo.  
 Partí a Arganda, y vi la quinta  
 del embajador; prosigo,  
 y en San Martín de la Vega  
 duermo.

ALFÉREZ. Aténgome al del vino.  
 FINEO.

A la barca de Bayona  
 madrugo, y atento miro  
 los diques en medio el agua,  
 contra su curso excesivo.  
 Llego, por fin, a Aranjuez,  
 paso el palenque y admiro  
 en la huerta Totipela  
 tantos árboles distintos.  
 Cernieños, melocotones,  
 albérechigos y membrillos,  
 avellanos y nogales,  
 peros, duraznos y guindos.  
 Veo la puente del Tajo,  
 Tajo que el nombre latino,  
 a pesar del fiero moro,  
 conservó por tantos siglos,  
 por cuya causa en su iglesia,  
 Toledo en aljibes fríos  
 le deja entrar como a hidalgo  
 de cuatro costados limpio.  
 Por la calle de Toledo,  
 que así se llama, partimos  
 aquel estanque o mar Tonta.  
 ¿Mar Tonta?

ALFÉREZ. Es su nombre mismo.  
 FINEO.

Muchos tenidos por sabios  
 vi en sus ondas sumergidos,  
 y convertidos en cisnes  
 los confiados por lindos;  
 los que prestan, los que fian,  
 los graves y los remisos,  
 los que casan pobremente,  
 los avarientos y ricos,  
 los mordaces, los que enfadan,  
 los cortos y los prolijos.

ALFÉREZ. Cisnes son de la mar Tonta  
 mil pretendientes ativos.  
 FINEO. Notable es aquel palacio,



una justa literaria,  
y pues picáis de poeta,  
al premio escribir podéis.

FINEO. ¿Qué sujetos?

ALFÉREZ. Más de seis.

FINEO. ¿Hay glosa?

ALFÉREZ. Y un pie que aprieta:

"De Dios es insigne hazaña (1)  
que al mar de Austria se remita,  
pues el nácar Margarita  
pare una perla en España".

FINEO. El tercero y el primero  
tienen más dificultad.

Entro a descalzarme.

ALFÉREZ. Entrad;  
que hablando a Inés os espero.

(Vase FINEO, y sale LISENA.)

¡Ah, mi Inés! ¿No quiere ser  
vuesa merced cosa mía?

LISENA. Para mi melancolía  
venís. Dejadme barrer.

ALFÉREZ. Inés, que, como el aurora,  
pudieras barrer estrellas,  
pues en esas manos bellas  
tal luz del cielo atesora,  
vente conmigo a la guerra,  
toma las armas, Inés,  
y verás...

LISENA. ¿Quedo!, después,  
cuando la noche se cierra,  
me podéis venir a hablar,  
que ya sabéis mi aposento;  
que de día no consiento  
ni doy a nadie lugar,  
porque el huésped no querría  
que supiese esta flaqueza.

ALFÉREZ. Hoy a tu mucha belleza  
iguales tu cortesía.

Fiado de tu palabra,  
voy a rogar a los cielos  
cierren al día los velos  
y que nunca el sol los abra.

(Vase.)

LISENA. Nunca Dios te dé salud,  
ni a ese necio Capitán.  
¡Buenos mis negocios van!  
Arded, celosa inquietud;

matadme el pecho, romped,  
salga el llanto por los ojos,  
destílense mis enojos,  
arded, corazón, arded.

Arded, triste corazón,  
para que, siendo alquitara,  
vierta el agua por la cara  
venenos de su pasión.

Arded, sin cesar de arder,  
y aunque es mi muerte abrasarme,  
valedme vos con matarme,  
pues yo no os puedo valer.

(Salen GERARDA y LUCRECIA.)

GERARDA. ¡Oh, Inés, gran mal!

LISENA. ¡Ay de mí!

¿Qué os puede haber sucedido?

GERARDA. Un forastero ha venido,  
para mi desdicha aquí.

LISENA. Si me ve, soy muerta, Inés.

¿Por qué, siendo vuestro hermano  
Florencio?

GERARDA. Ya encubro en vano  
mi desdicha: no lo es.

LISENA. ¿Y eslo por dicha el que viene,  
que estáis muy emparentada?

GERARDA. Soy, Inés, muy desdichada;  
diferente deudo tiene.

Esta noche has de esconderme;  
que éste sin duda se irá  
por la mañana.

LISENA. (¿Si ya  
quiere el amor socorrerme?)

Yo tengo en el corredor  
desocupada una cuadra  
que para secreto os cuadra;  
en ella estaréis mejor;

por de fuera os cerraré,  
y en dando el tiempo lugar  
os llevaré de cenar.

GERARDA. ¿Diráslo, Inés?

LISENA. No podré,  
que me va en callar la vida.

LUCRECIA. La nuestra queda en tu mano.

LISENA. Entrad quedo. ¡Oh, soberano  
cielo! ¡Esperanza cumplida!

(Entranse las dos, y salen LUCINDO y RISELO.)

RISELO. Yo le hablé de vuestra parte,  
y dijo que la hablaría.  
Aquí está Inés.

LUCINDO. ¡Inés mía!

(1) En el original dice, por errata: "y luego acaba". La corrección es de Hartzenbusch.

LISENA. ¡Por Dios, que ando a buscarte!  
 LUCINDO. ¿Como has hablado a Gerarda?  
 LISENA. A las dos, Lucindo, hablé  
 por los dos.

RISUEÑO. Diárecen tué  
 LUCINDO. Y que responden?  
 LISENA. Aguarda  
 que quema noche es quella  
 a dormir en el mesón  
 y se harán conversación  
 donde las dos se las seló.

LUCINDO. A dormir? Pues, ¿de que modo?

LISENA. Dándole aliento yo,  
 que Gerarda lo trató  
 de aquella manera todo.

RISUEÑO. Pues no habemos de dormir  
 en el mesón, retrat,  
 dondequien talo lugar.

LISENA. Pues las dos os podéis ir,  
 y al Capitán rogareis  
 que os envíe a cenar.

RISUEÑO. Vamos.

LUCINDO. Gerarda noche importante!

LISENA. Mañana me lo dirás.

*(Finen y sale FINEO.)*

FINEO. Cuál extraño suceden,  
 algunas parecen sueños,  
 tales, que los mismos dueños  
 no los entenderlos pueden.

Vine a hablarle a Gerarda  
 con muy buena intención,  
 y vido en este mesón  
 una collana gallarda.

que me ha puesto rias antojos  
 que se me volaron deshecho,  
 con que no poco he templado  
 la toña de aquellos ojos.

Hasta noche, por lo menos,  
 quiero ver. ¿Pero aquí está

LISENA. Esto es quien buscando va  
 aqualos ojos serenos.

¿No agrada a vuesa merced  
 el aguento?

FINEO. ¡Por Dios,  
 que haría más por agradarte vos!

LISENA. Hagámon en este mesón.

FINEO. Toda esta noche he de estar  
 en Toledo.

LISENA. Ahí la vras.

FINEO. Quisiera hablaros un tiempo.

LISENA. Voy a buscar el mesón.

FINEO. Aquí noche y yo tendréis  
 lugar para que no lo cuente?

LISENA. ¡Juntos! Y a quien fueren veinte.

FINEO. Pues, ¿de dónde estáis?

LISENA. En guardando la toña.

FINEO. A toña inquietada es en toña.

LISENA. Si es la toña de oportunidad.

FINEO. La toña de oportunidad.

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

FINEO. ¿Y la toña de oportunidad?

LISENA. ¿Y la toña de oportunidad?

### ACTO TERCERO

*(Sale Blasón, Blasón y FINEO.)*

FINEO.

¿Qué hora es?

Blasón.

Que es la hora de la noche.

¿Y la toña de oportunidad?

vi un receptor de la chancillería  
preguntar por Florencio de Granada.

BELTRÁN.

Sin duda que aquel hombre está en peligro,  
o que ya no le tiene, o será muerto.  
¿Requisitoria viene tras nosotros?

FLORENCIO.

Mayor será para los dos si agora  
de la ciudad salimos.

BELTRÁN.

¿Por qué causa,  
siendo, cual veis, las nueve de la noche,  
y haciéndola tan lóbrega y oscura?

FLORENCIO.

Porque podrá toparnos la justicia,  
que ya estará avisada, y el ser tarde  
es lo más peligroso.

BELTRÁN.

Llama al huésped.

FLORENCIO.

Al fin del día, al comenzar la noche,  
que es el tiempo de todos más seguro,  
que como entonces se recogen todos,  
es más la confusión, el trato y gente.

(Sale el HUÉSPED.)

JULIO.

El huésped está aquí.

FLORENCIO.

Salte allá fuera.

(Vase JULIO.)

Huésped, con hombres que del mundo saben,  
que han sido tan de bien y tan de hecho,  
bien puede un hombre honrado declararse.

HUÉSPED.

¿En qué os puedo servir?

FLORENCIO.

Estadme atento.

Yo di en Granada a un hombre cierta herida,  
de que a peligro estuvo de ser muerto;  
requisitoria dicen que ha venido;

para salir de la ciudad es tarde.  
¿Hay en casa aposento donde pueda  
esconderme esta noche?

HUÉSPED.

Este de enfrente  
tiene a la Concepción unas ventanas,  
o al Carmen, si queréis; que sin peligro  
daréis en un tejado de otra casa,  
y della en un corral, y deste al campo,  
por donde entrar podréis al monasterio.

FLORENCIO.

Pues, ¡alto!, en vuestro amparo me confío.

BELTRÁN.

Huésped, ¿es este salto de peligro?

HUÉSPED.

Es muy fácil, ¡por Dios!

BELTRÁN.

Por eso digo,  
que no soy muy ligero; y pues el cielo  
no me dió cara de ángel, no querría  
hurtalles el oficio.

FLORENCIO.

Abrilde, huésped.

HUÉSPED.

¿Inés? ¿Oyes, Inés?

(Sale LISENA.)

LISENA.

En comenzando  
a dar en mí, no sabes otro nombre.  
¡Válame Dios!, ¿no llamarás a otra?  
¿Parécete que estoy poco cansada,  
de guisar a mil huéspedes la cena?

HUÉSPED.

Abre aquel aposento.

LISENA.

¿Cuál?

HUÉSPED.

¡Qué espacio!

Muestra esas llaves.

LISENA.

No está aquí la suya.





Mas ¿quién duda que se hablen?  
Que alguno ha de hacer ruido.  
y el otro ha de preguntalle.  
Ya, por la respiración,  
dirá con recelos tales  
Florencio: ¿Quién está ahí?",  
con alterado semblante.

Gerarda, oyendo su voz,  
¿cómo es posible que aguarde?  
Que anticipan a la lengua  
los brazos de los amantes.  
Pues ¿cómo, desdichas mías,  
queréis que os sufra y que pase  
porque se gocen los dos?  
Mas yo haré que no se alaben.  
¡Agora os haré pedazos,  
puertas, que mal fuego abrase,  
porque sea con mi muerte  
Sansón deste templo infame!

¡Caed, caed, matadme,  
pues di las llaves y ocasión tan grande  
que Florencio y Gerarda se gozasen!

(Sale el CAPITÁN ACEVEDO.)

CAPITÁN. ¡Ah, señora Inés!  
LISENA. ¡Esto sólo  
a mi desdicha faltaba!  
CAPITÁN. Apenas la noche entraba  
por donde se ausenta Apolo.  
cuando esperé que vinieras;  
has tardado, y son las diez...  
LISENA. ¿No se acaban de una vez  
desdichas que son tan fieras?  
¿Qué le diré? Pero, ¡ay, cielos!,  
¿si será bien? ¿Si será...?  
Este, antídoto dará  
al veneno de mis celos.

Capitán, este aposento  
quisiera desocupar,  
que no hay en otro lugar,  
y sólo un remedio siento.

CAPITÁN. ¡Vive Dios, si fuera el muro  
de Amberes o de Mástrique!...  
LISENA. ¿Quedo! La industria se aplique,  
que es ir a lo más seguro.

Venid conmigo, y diréis  
que la justicia está aquí.

CAPITÁN. ¿Disfrazaréme, o así?  
LISENA. Mejor es que os disfracéis.

CAPITÁN. Pues vamos, que si gustaras,  
que a coces por tu contento  
derribase el aposento...

LISENA. Créolo; mas ¿no reparas  
que te dolerán los pies?  
CAPITÁN. ¡Por Dios, que tienes razón!  
LISENA. ¡Qué soldado fanfarrón!  
CAPITÁN. ¡Qué fresca y qué limpia Inés!

(Entranse, y salen FLORENCIO y GERARDA.)

FLORENCIO. Apenas puedo creer  
que eres tú, bella señora;  
aunque el alma que te adora  
me ha dado luz para ver.  
GERARDA. ¡Ay, Florencio! ¿De qué suerte  
en este aposento entraste?  
Sin duda, a Inés sobornaste.  
¡Oh, cuánto me alegra el verte!  
¿Eres tú? Apenas lo creo.

(Entra BELTRÁN, tentando.)

BELTRÁN. ¡Ce, Florencio! ¿Dónde estás?  
FLORENCIO. ¡Quedo! ¿Qué voces que das!  
GERARDA. ¡Beltrán!  
BELTRÁN. Ni te hallo, ni te veo.  
GERARDA. Por aquí, ven por aquí.  
BELTRÁN. ¿No sabes lo que ha pasado?  
En un rincón he topado  
otra sombra.

GERARDA. ¿Cómo así?  
BELTRÁN. Ella hacia mí se venía,  
tentando por la pared;  
yo, Gerarda, con la red  
de la cama me encubría;  
Púsome en la limpiadera,  
digo en la barba, la mano;  
no sé si parezco alano,  
mas díjome si lo era.  
Descuidóse hacia la boca  
un dedo; apreté, y está  
llorando.

GERARDA. ¿Estaba loca? (1)

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. ¡Maldito seas, Beltrán!  
¡Qué pesadas burlas tienes!  
BELTRÁN. ¡Quedo!, y mira cómo vienes.  
LUCRECIA. ¿Adónde están?  
BELTRÁN. Aquí están.  
LUCRECIA. ¿Qué escuridad de aposento!  
GERARDA. Mi bien, ¿cómo entraste en él?

(1) Faltan dos medios verso para formar redondilla.



¡Vive Dios, que está muy alto!  
Haz cuenta que el perro salta  
por la mala tabernera.

FLORENCIO. ¡Gran gente suena allá fuera!  
BELTRÁN. La cárcel no está tan alta.

Creo que es menor el daño  
de irme a la cárcel a pie.

FLORENCIO. ¡Salta, acaba!

BELTRÁN. Saltaré.

¡Vive Dios, que estás extraño!

“¡Noche bella toledana,  
pierdan su fama contigo  
las noches áticas!”

FLORENCIO. ¿Digo  
que nos prendan?

BELTRÁN. Cosa es llana;  
que soy pesado, ¡por Dios!,  
para danzar saltarélo.

FLORENCIO. Pues yo ya salto.

BELTRÁN. Yo apelo;  
pero saltemos los dos;  
que la vida es del amigo.  
¿Hay quien la quiera tomar,  
de dos la una?

FLORENCIO. ¿Qué azar!

¡Salto!

BELTRÁN. Dios vaya contigo.

GERARDA. Abre, y hallaránnos solas.

BELTRÁN. Saltaré.

LUCRECIA. ¡Buen gobierno! (1)

BELTRÁN. ¡Que quiera un hombre al infierno  
irse haciendo cabriolas!

(*Vanse, como que saltan, FLORENCIO y BELTRÁN, y  
sale LISENA.*)

LISENA. Sosegáos, que ya se han ido.

GERARDA. ¿Quién era?

LISENA. Alguaciles son,  
que buscaban un ladrón.

GERARDA. ¡Qué pesadumbre he tenido!

LISENA. ¿Saltó Florencio?

LUCRECIA. Saltó.

GERARDA. Por esos tejados van.

LISENA. ¿Sintiólo mucho Beltrán?

LUCRECIA. En extremo lo sintió.

Pero ¿quién los trujo aquí?

LISENA. Yo, por haceros placer;  
y de suerte supe hacer,  
que eché al alguacil de aquí.

GERARDA. ¡Buena suerte hemos tenido!

LUCRECIA. Envíalos a llamar  
para que vuelvan a entrar.

LISENA. Luego, en cesando el ruido,  
se volverán al mesón;  
tú en mi aposento estarás,  
y a solas con él tendrás,  
Gerarda, conversación;  
y Lucrecia, en el de enfrente  
quiero que a solas esté.

GERARDA. ¿Dónde mi Florencio fué?

LISENA. ¿Sientes mucho verle ausente?

GERARDA. ¡Ay, Inés: haz de manera  
que le goce!

LISENA. Ven conmigo.

GERARDA. Como a mi estrella te sigo.  
¡Tráeme el sol que el alma espera!

LISENA. Digo que hasta la mañana  
podréis al seguro hablar.  
(*A fe que se han de acordar  
de la noche toledana!*)

(*Vanse, y salen BELTRÁN y FLORENCIO.*)

FLORENCIO.

¿Haste hecho mal?

BELTRÁN.

No tengo güeso sano.

FLORENCIO.

¿Adónde estamos?

BELTRÁN.

¿Puedo yo sabello?

¿Hay mapa de tejados en el mundo?

¿Hay carta que señale rumbo o línea  
de chimeneas, ni de caballetes?

¿Hay Tolomeo, ni otro algún cosmógrafo  
que trate de azoteas?

FLORENCIO.

Esta casa

me parece mesón.

BELTRÁN.

Y éso, sin duda,

porque lo son las de esta acera todas,  
desde la Concepción al Carmen.

FLORENCIO.

Creo

que es palomar aqueste, o gallinero.

(1) Verso incompleto. Hartzenbusch añadió:

Saltaré antes.

BELTRÁN.

Y si juro que no voy a nada, ¿cómo  
hay alguna colmena?

FLORENCIO.

Y yo me he ido  
con los amigos, ¿verdad? ¿o qué  
que la cosa ha pasado? ¿ha pasado  
me he ido, ¿verdad?

BELTRÁN.

De las raíces  
me he dado un poco, un poquito  
que me ha hecho sufrir, vive el cielo!

FLORENCIO.

Si estás mejor con las gallinas?

BELTRÁN.

¡Dale al diablo!, porque entré apenas,  
cuando cerré, cuando el señor gallo,  
creyendo que robaba, quiso alguna,  
y me ha sacado un día con el pico.

FLORENCIO.

¡Dale al diablo!

BELTRÁN.

¡Dale como un estierco!

FLORENCIO.

Que es aquello mismo donde entramos?

BELTRÁN.

Una pascua, de donde he sacado  
tal cantidad de pulgas, que estoy muerto.

FLORENCIO.

¡Pascua! ¿de aquí? ¿por qué no llamo?

BELTRÁN.

Vale, si he hecho, si he hecho, si he hecho.

FLORENCIO.

¡Muy bien!

BELTRÁN.

¡Vale! ¡Vale! ¡Vale! ¡Vale! ¡Vale!

FLORENCIO.

¡Muy bien! ¡Vale! ¡Vale! ¡Vale!

BELTRÁN.

No puedo resultar el parentesco,  
que aunque parezca poco, soy algo.

FLORENCIO.

¡Vale! ¡Vale! ¡Vale!

BELTRÁN.

Si yo revera  
al hijo, como un hijo, como un hijo,  
de escamotear.

FLORENCIO.

¡Vale! ¡Vale! ¡Vale!

BELTRÁN.

Amoro en Toledo con una buena  
si son de día, pero no de noche,  
que hay cuanta escamotear y ladrón,  
hombres del diablo, amigos, perros, pulgas,  
tejados, gallinas y almejas.

FLORENCIO.

¡Ladrones, como ladrones!

BELTRÁN.

¡Vale! ¡Vale! ¡Vale!

FLORENCIO.

¡Oh, peca tal! ¡La casa se almorza!

FLORENCIO.

¡Dame aqese arrabuz, suelta ese perro!

BELTRÁN.

Por tu lo dice, yo me jure es hombre  
conocido no han.

FLORENCIO.

¡Vale! ¡Vale! ¡Vale!

¡Vale! ¡Vale! ¡Vale! ¡Vale! ¡Vale!

FIN.

Noche, por la hermosa las puertas  
abiertas y cerradas, por la  
noche, por la hermosa las puertas.

como (1) al planeta de oro que respetas.

A tus aras ofrezco las bayetas  
más blancas que el flamenco suelo envía,  
si de la bella Inés, tu luz y mía,  
dejas que goce en horas tan secretas.

El mesón de Atalante y sus encantos  
están en éste, donde me han traído  
para que en él sucedan otros tantos.

Haz, noche, como a Siquis y Cupido,  
sábanas y frazadas de tus mantos,  
y dormirán mis celos en tu olvido.

(Sale el ALFÉREZ.)

ALFÉREZ.

Noche, que das descanso a cuanto vive,  
y al son de arroyos y de fuentes duermes;  
tú, que madres solícitas aduermes,  
cuando tus ojos Argos apercebe;

tú, cuyo manto azul el cielo escribe  
de figuras, imágenes inermes,  
así jamás de su humedad enfermes,  
ni el tiempo de sus céfiros te prive.

Porque goce, primero que te huyas,  
de Inés, corona de tus luces bellas,  
haz que me miren con piedad las tuyas;  
que así la suya gozaré por ellas,  
si no es que por invidia de las tuyas  
contrarias se me vuelvan tus estrellas.

FINEO. Otro huésped embozado  
ronda de Inés el terrero;  
irme con descuido quiero,  
para no le dar cuidado,  
que él se quitará de aquí.

(Vase.)

ALFÉREZ. Otro huésped embozado,  
que por ventura ha esperado  
lo que Inés me ofrece a mí.  
Pero en viéndome, se fué;  
no hay de qué tener recelos,  
que en mesón no ha de haber celos,  
aunque el amor me los dé.

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN.

Negra, desaseada, descompuesta,

desafeitada noche; deslucida  
de manto, y de cabellos esparcida;  
envidiosa del sol, con sombra opuesta;  
remisa en bienes, y en traiciones presta;  
adúltera, ladrona y homicida,  
disfrazada, cobarde y atrevida;  
del ganado, terror; del lobo, fiesta.

Por tus mismas traiciones te conjuro,  
miedos, engaños, laberintos, celos,  
que me dejes gozar lo que procuro.

Así te canten buhos y mochuelos,  
e igualen con el sol hermoso y puro  
tu negro curso los piadosos cielos.

ALFÉREZ. Un huésped se ha levantado,  
y de Inés el aposento  
mira, curioso y atento.

CAPITÁN. Por la mano me ha ganado.  
¿Quién este huésped será?  
¿Si por dicha aguarda a Inés?

ALFÉREZ. ¿Si es el Capitán? El es.

CAPITÁN. Aquí el Alférez está.

FINEO. Por ver si aquel hombre es ido,  
otra vez al puesto vengo.  
¡Muy buena ventura tengo!  
Basta, que dos han venido.

¿Cosa que vengan aquí  
con el mismo pensamiento?  
El uno me mira atento,  
y el otro se viene a mí.

Quiero, por disimular,  
volverme a entrar otra vez.

(Vase.)

CAPITÁN. Muchas piezas de ajedrez  
comienza Inés a entablar.

Pienso que sus pensamientos  
son sacar de la talega  
los huéspedes con que juega,  
de todos los aposentos.

¿Si está el Alférez picado?  
Que, si no es mi fantasía,  
a toda la compañía  
Inés ha desafiado.

Sin duda que todos salen:  
otros dos viniendo van;  
que, rendido el capitán,  
poco los soldados valen.

(Entran LUCINDO y RISELO.)

LUCINDO.

Noche serena, dulce, hermosa y clara.

(1) En el original, "asi". La enmienda, que parece acertada, es de Hartzenbusch.



RUBIO.

Noche escita, así, toda, escitosa.

LUCINDO.

Encendiese en tus alas amorosa.

RUBIO.

Cállese, como a ondas de tu agua.

LUCINDO.

Al pensamiento con tu mano ampara.

RUBIO.

Hayse Empino de lances a hermosa.

LUCINDO.

Dame a Gerardo, talis venturosa.

RUBIO.

Tu curas, noche, en mis venturas para.

LUCINDO.

Vuelas, tu sola breves, satisface.

RUBIO.

Noche, tu eres de penas esta curita.

LUCINDO.

En la oscuridad y el dulce desolado.

RUBIO.

Dame al loco que en el dulce porta.

LUCINDO.

Y en un loco, perdímonos, ¡el tu loco!

RUBIO.

Cambio.

LUCINDO.

Fin.

RUBIO.

Mira.

LUCINDO.

Un loco.

RUBIO.

Toda.

LUCINDO. — Gerardo, Rubio, hoy aquí,  
Thomasa y Beltrán eran.

Otra Tercia.

FIN.

Bueno, por Dios! Cuanto está  
y por dos años me fui.Pues no me quiero volver  
a España sin resaca,  
que faltare tanto al pueblo,  
que no pudiera caber.Cruce, señor, con estrado!  
Nadie va de aquí al otro!  
Que, sin duda, se donde  
confirma al fiero de España.Lies, donde, no que estrado  
y por cuatro, y por que tanto  
— que si como, tal vez,  
no pueras fuerdes al campo.Y por cuatro, tal vez,  
a tal vez, tal vez,  
o tal vez, tal vez,  
concurra al fiero de España  
de tal vez, tal vez,  
tal vez, tal vez, tal vez.

Otra Tercia.

FIN.

Vale, Dios! (Que fue tal vez  
de cuatro, tal vez, tal vez)Vale, Dios! (Que fue tal vez  
de cuatro, tal vez, tal vez)

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

LUCINDO.

Tal vez, tal vez.

CAPITÁN. ¡Oírezco al diablo el amor!  
Voime, y volveré después.  
LUCINDO. Ven, y volveremos luego.  
FINEO. Esta mujer desatina.  
HUÉSPED. Oscura está la cocina.  
LISENA. Calle, señor. ¡Fuego, fuego!

*(Vanse, y salen BELTRÁN y FLORENCIO.)*

BELTRÁN. ¡Huye!  
FLORENCIO. ¿De qué sirve ya?  
BELTRÁN. ¡Ventura habemos tenido!  
FLORENCIO. ¡Famosa la noche ha sido!  
BELTRÁN. Sí, ha sido. ¿Qué hora será?  
FLORENCIO. ¡Por Dios, que tienes razón!,  
que aún no es la noche pasada.  
BELTRÁN. La una pienso que es dada.  
FLORENCIO. La una, y aun las tres son.  
BELTRÁN. No, que ya salido hubieran  
las siete hermanas Cabrillas,  
y del cielo en las orillas  
trepando, al norte subieran.  
¡Tres horas dos pobres hombres  
en una caballeriza,  
haciendo mil pulgas riza  
en sus cuerpos!

FLORENCIO. ¡No las nombres!  
¿Pulgas? ¡Demonios las llama!

BELTRÁN. Pulga vi yo que tenía  
tenazas con que mordía.

FLORENCIO. ¡Linda noche!

BELTRÁN. ¡Linda cama!

FLORENCIO. ¡Enamoraos en Toledo  
de las mozas del mesón!

BELTRÁN. ¡Noches toledanas son!

FLORENCIO. Sosiégate.

BELTRÁN. ¿Cómo puedo?

FLORENCIO. ¿Por qué?

BELTRÁN. Con pulgas selladas,  
cada una vale por dos.

FLORENCIO. ¡Terrible noche, por Dios!  
Trocara las cuchilladas

con el que en Granada está,  
si estos ministros envía.

BELTRÁN. Si aquel huésped no salía,  
hoy nos quedamos allá.

Pues más mal me vino a mí.

FLORENCIO. ¿Cómo?

BELTRÁN. Al salir de la puerta,  
en la aldaba, larga, tuerta,  
todo este muslo me así,  
y allá me dejó el un lado  
del calzón, y traigo acá,  
de la fuente que está allá

el hierro que está estampado.

FLORENCIO. No vengo muy bueno yo;  
porque una mula, al salir,  
sin que le fuese a pedir,  
de tal manera me dió,  
que traigo rota una pierna;  
y de aquella puerta baja,  
en el madero que ataja  
del umbral en la linterna  
tal golpe, Beltrán, me di,  
que, a no ser en el cerebro,  
nariz y frente me quiebro,  
y vengo fuera de mí.

¡Válgate el diablo el amor!  
¡Nunca más noche en Toledo!

BELTRÁN. Gente es ésta.

FLORENCIO. Tengo miedo,  
que aún nos falta lo mejor.

*(Salen dos ALGUACILES y un ESCRIBANO y gente de ronda.)*

BELTRÁN. ¿Qué haremos?

FLORENCIO. Ya es imposible  
huir.

ALGUAC. 1.º ¿Quién va?

FLORENCIO. ¿No lo ven?

ALGUAC. 1.º ¿Quién son?

FLORENCIO. Dos hombres de bien.

ALGUAC. 1.º A estas horas, no es posible.

BELTRÁN. Luego ellos no lo serán.

ALGUAC. 1.º ¡A la justicia se tengan!

FLORENCIO. ¿Cosa que a prendernos vengán?

BELTRÁN. Pues no dudes que vendrán.

FLORENCIO. Múdate el nombre.

BELTRÁN. Sí haré,  
y tú no digas el tuyo.

ESCRIBANO. Huir queréis.

BELTRÁN. Yo no huyo;  
cánsome de estar en pie.

ESCRIBANO. Traíganle una silla aquí.  
¿Qué gente?

FLORENCIO. Dos forasteros.

ESCRIBANO. ¿Qué ejercicio?

FLORENCIO. Caballeros.

ESCRIBANO. ¿Caballeros? ¿Cómo así?

Pues ¿dónde a tal hora van?

BELTRÁN. A la posada.

ALGUAC. 1.º ¿De dónde  
vienen?

ALGUAC. 2.º Turbado responde:  
éstos, ladrones serán.  
Apártalos.

ESCRIBANO. Decís bien;



LISENA.

En aquel aposento, deseoso  
de merecer tu voluntad, que en ella  
consiste de un amante el bien más alto.

LUCRECIA.

¿Por dicha hizose mal?

LISENA.

¿De qué?

LUCRECIA.

Del salto.

LISENA.

Entra, que bueno está, pues te desea:  
mas, por si te escuchare algún curioso,  
finge que eres Inés, porque no sea  
deslustrado tu nombre generoso.

LUCRECIA.

Como toda esta noche se pasea  
este patio, por ti será forzoso.

LISENA.

De que os llamen Inés tengo avisados,  
Lucrecia, a vuestros dos enamorados.

LUCRECIA.

¿Que no dirán jamás el nombre nuestro?

LISENA.

Ni vosotras.

LUCRECIA.

Ya sé lo que me importa.

Quédate adiós.

(Vase.)

LISENA.

¡Oh, sol! Si el rayo vuestro

de mis enredos el discurso acorta,  
la vana industria del ingenio diestro  
será la tela que la muerte corta:  
mas yo espero que el alba matizada  
me verá de sus flores coronada.

Yo triunfaré del enemigo mío,  
pues que su dama he dado al propio dueño,  
que en la verdad de mi firmeza fío  
que le despierte del injusto sueño.  
¡Oh, fuerza de mujer! ¡Oh industria, oh brio,  
que de una noche el término pequeño  
de suerte a sus desdichas acomoda,

que excede al curso de la vida toda!

Yo, sin perder aquel honor que debo  
a los mayores de quien vengo honrada,  
con nueva industria, con engaño nuevo,  
tengo toda esta gente sosegada.

Mas primero dará su lumbré Febo  
que esté su pretensión desengañada,  
porque todos me esperan de mil modos,  
y están cerrados y engañados todos.

Golpes siento en la puerta. ¿Qué es aquesto?  
¿Hay nuevo mal, hay nueva desventura?

(Dentro, FLORENCIO y BELTRÁN.)

BELTRÁN.

¡Abran aquí!

LISENA.

¿Quién llama?

FLORENCIO.

¡Abre, Inés, presto!

LISENA.

La voz es de Florencio. ¡Oh, gran ventura!  
Yo voy a abrir. Señor, ¿tan descompuesto?

(Entran agora los dos.)

FLORENCIO.

¡Oh, noche; la más áspera y oscura  
que he tenido en mi vida!

LISENA.

¿De qué suerte?

FLORENCIO.

Con mil peligros de prisión y muerte.

Referirte las cosas que he pasado  
era esperar en este patio el día;  
vengo muerto, perdido y quebrantado,  
y Beltrán casi en brazos me traía.  
Dilo, Beltrán.

BELTRÁN.

Después de aquel tejado,  
y de otras circunstancias que tenía,  
venimos a parar en esta calle,  
llenos de polvo, y lo demás se calle.

Tópanos la justicia, yo no puedo  
decirte más; Florencio lo prosiga:  
respondimos turbados con el miedo;  
que miedo al hombre más honrado obliga,  
y entre dos alguaciles de Toledo



esperar una mujer  
que agora acabo de ver  
pasar del umbral el paso?

(Sale el ALFÉREZ.)

ALGUAC. 2.º Salga esa mujer acá.  
ALFÉREZ. Yo soy el que estoy aquí.  
CAPITÁN. Alférez, ¿vos érades?  
ALFÉREZ. Sí.  
CAPITÁN. ¡Gracioso el engaño está!  
ALFÉREZ. Aquí me dijo que entrase  
Inés, que aquí la hallaría.  
CAPITÁN. Y a mí también, que vendría,  
y que callando esperase;  
y puesto que entrar sentí,  
callé hasta ver quién entraba.  
ALGUAC. 2.º ¿Es esta Inés vuestra esclava?  
HUÉSPED. No, que ayer la recibí.  
ALGUAC. 2.º ¿Quién son estos caballeros?  
HUÉSPED. Alférez y Capitán.  
ESCRIBANO. Y los demás, ¿no abrirán?  
CAPITÁN. De risa me caigo en veros.  
Alférez, ¿vos me buscáis?  
ALFÉREZ. ¿Y vos me esperaréis a mí?

(Sale LUCINDO.)

LUCINDO. ¿Qué es lo que quieren aquí?  
ALGUAC. 1.º Ver quién sois y dónde vais.  
LUCINDO. Esta dama es mi mujer,  
y así, yo con ella estoy.  
HUÉSPED. ¿Qué mujer?  
LUCINDO. Su esposo soy,  
convertido desde ayer.  
Salid, señora Gerarda.

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. Lucrecia soy yo. Beltrán.  
LUCINDO. Yo Lucindo.  
HUÉSPED. ¡Buenos van!  
La burla ha sido gallarda.  
LUCRECIA. Beltrán me dijo que aquí  
me esperaba. ¿Hay tal maldad?  
LUCINDO. Y a mí Gerarda.  
ESCRIBANO. En verdad  
que está bueno todo así.  
ALGUAC. 1.º Abranse esos aposentos.  
¿Qué es esto, guésped?  
HUÉSPED. No sé,  
¡vive Dios!, que me acosté  
libre destos pensamientos,

y que Inés debe de ser  
algún demonio.  
ALGUAC. 2.º Abran presto.

(Sale FINEO.)

FINEO. ¿Con tanta furia, qué es esto?  
Hombre soy y ella mujer.  
ESCRIBANO. ¿Otra mujer?  
HUÉSPED. ¡Ay de mí!  
ESCRIBANO. Hágase santo después.  
HUÉSPED. ¿Qué mujer decís?  
FINEO. Inés,  
que entró a verme y está aquí.  
¿Es delito una fregona  
con un hombre que camina?  
Ayer la hablé en la cocina.

(Sale GERARDA.)

ALGUAC. 1.º ¿Fregona con tal persona?  
GERARDA. De Florencio soy mujer;  
yo con mi marido estoy.  
FINEO. ¡Gerarda!  
GERARDA. ¿Quién es?  
FINEO. Yo soy.  
¿Cómo aquí te vengo a ver?  
GERARDA. ¿Eres Fineo?  
FINEO. Pues ¿quién?  
GERARDA. De vergüenza no te miro.  
FINEO. De tu deslealtad me admiro.  
GERARDA. Yo de la tuya también.  
FINEO. Inés me ha engañado así.  
GERARDA. También a mí me engañó.  
ALGUAC. 2.º ¿Todo Inés lo concertó?  
ESCRIBANO. Venga Inés.  
ALGUAC. 1.º ¿Quién está aquí?

(Salen BELARDO y RISELO.)

BELARDO (1). ¡Par Dios, donaire tenéis!  
¿Desa suerte me abrazáis?  
RISELO. Si vos a abrazarme entráis,  
¿qué es lo que de mí queréis?  
BELARDO. Yo por Lucrecia os tenía.  
RISELO. Y yo a Lucrecia esperaba.  
¿Quién os dijo que aquí estaba?  
BELARDO. ¿Quién os dijo que venía?

(1) Este personaje, que no aparece hasta ahora, sustituyó Hartzenbusch por Beltrán, que parece debe de ser así. Sin embargo, el nombre de Belardo figura también en la lista de personajes. Esta comedia fué muy maltratada antes de ir a la imprenta.





COMEDIA FAMOSA

DE

LA OBEDIENCIA LAUREADA  
Y PRIMER CARLOS DE HUNGRÍA

POR

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FILIPO.  
ALEJANDRO.  
TEBANO.  
DORISTEO.  
AURELIO, *viejo*.  
FLAMINIO.

MARCELA, *dama*.  
ROSELA, *dama*.  
CARLOS, *caballero*.  
GUARÍN, *su lacayo*.  
LUCRECIA, *criada*.  
SOLDADOS.

UN CAPITÁN.  
FILIBERTO, *rey de Bohemia*.  
MARÍA, *reina de Hungría*.  
UN SECRETARIO.

ACTO PRIMERO

*(Suena dentro ruido de pendencia, como casa de juego.)*

FILIPO.                   ; Basta que lo diga yo!  
ALEJ.                   ; Miente, si lo dice!  
FILIPO.                                   ; Muera!  
ALEJ.                   ; Fuera, villanos!  
DORISTEO.                               ; Paz!   ; Fuera!  
TEBANO.                   ; Dentro de mi casa, no!

*(Salen acuchillándose FILIPO y ALEJANDRO, y DORISTEO y TEBANO metiéndolos en paz.)*

DORISTEO.           ; No basta que de por medio  
estén dos hombres de bien?  
ALEJ.               Ver que de por medio estén,  
fué de su vida remedio.  
FILIPO.               No me faltará lugar  
en que me venga de ti.  
ALEJ.               Camina al campo.  
FILIPO.                               - ¿ Irás?  
ALEJ.                                               Sí.  
FILIPO.               Allá te voy a esperar.  
DORISTEO.           Sed amigos.  
FILIPO.                               ¿ Yo su amigo?  
                             ; Cuando aquel alma le saque!

*(Vase.)*

DORISTEO.   No hay remedio que le aplaque.  
ALEJ.           El se aplacará conmigo.

*(Salen AURELIO, viejo, padre de ALEJANDRO, con bácullo, y FLAMINIO, su amigo.)*

AURELIO.           ¿ Qué es esto?  
ALEJ.                                               ; Mi padre viene!  
AURELIO.           ¿ Reñía Alejandro?  
DORISTEO.                                       No.  
ALEJ.               Pues ¿ quién, por mi vida?  
DORISTEO.                                               Yo.

AURELIO.           Desnuda la espada tiene.  
TEBANO.               Era porque paz metía.  
AURELIO.           ¿ Sobre qué fué la cuestión?  
DORISTEO.           Disgustos del juego son;  
                             él miraba, y yo perdía.  
                             Llegó una suerte dudosa,  
                             juzgó, si verdad os digo,  
                             Alejandro como amigo,  
                             y pareció injusta cosa  
                             a Filipo, que compite  
                             conmigo en cosas mayores.  
AURELIO.           ¿ Qué cosas?  
DORISTEO.                                       Ciertos amores.  
TEBANO.               ; Ojalá que allá se esquite!  
AURELIO.           ¿ Es esto verdad, Tebano?  
TEBANO.               La verdad es que reñía  
                             tu hijo.

AURELIO.                                       No lo temía

el alma, Flaminio, en vano.  
**FLAMINIO** Honradamente procede  
 Telamo

**TEBANO** Así quise hablar,  
 pues no es bien dejar pasar  
 lo que remediar se puede

**AURELIO** ¿Dónde está Filipo?

**TEBANO** Es allí  
 al campo

**AURELIO** ¿Y era razón  
 enubrirme la cueva con?

**DORIEN** Mejor decírtela ha sido.  
 Mas, sin darte pesadumbre  
 se pudiera remediar.

**AURELIO** El sol quieren eclipsar  
 que es de aquellos ojos lumbre?

**ALFJ** ¡Ay, Alejandro, por Dios,  
 que de mis canas te duelas!

**AURELIO** Vámonos peligros, recelas  
 de lo que dicen los dos:  
 que no soy el agraviado,  
 ni tengo por que salir

**AURELIO** Si, mal, debes acudir,  
 como caballero honrado  
 al plazo del desafío  
 ¿Que palabras hubo?

**DORIEN** Creo  
 que fue un mentís

**AURELIO** ¿Caso teo

**ALFJ** No tu gran delito el mío;  
 porque, la espada en la mano  
 no agravaron palabras

**AURELIO** Bien  
 Flaminio, con sus ven  
 que Dorién y Telamo  
 confesaron a Alejandro aquí,  
 por traición a mi placer  
 ¿quiere ganar amor

**TEBANO** Así me va a dar de mi

**AURELIO** ¡Ay, Alejandro! mal paga-  
 do a tal amor, a es tal señal  
 heuro, con que quedo,  
 mi orgulloso orgullo  
 Ya es de dos amantes un querer  
 y aunque amor como dos hijos,  
 sólo con uno repartido  
 al punto que el se veo  
 Aunque es Carlos el que me  
 le ha de estudiar, para darle  
 de su amor la más fuerte  
 sólo con querer amor  
 ¿Quiere que a hacer  
 un gran encargo en ti.

porque eres el alma en mí,  
 por quien tenga vida y ser  
 A tu hermana dare presto  
 marido y hacienda aparte  
 sólo por poder dejarte  
 mas rico, honrado y bien puesto

No te digo aquesto aquí  
 porque te enojas, mirara  
 que es amor, alta la cara,  
 mira que me traes en ti

Ahora bien, esta blandura  
 te da, vólveme a buscar  
 a Filipo, y remediar  
 el daño que te procura

Ven, Flaminio

**FLAMINIO** No sabéis  
 reparar el loco amor  
 de Alejandro

**AURELIO** Es un rigor  
 que me tiene tal me voy

**FLAMINIO** A los filios no se confunda  
 mostrando amor

**AURELIO** No puedo  
 repetirme

(Pase los dos)

**ALFJ** ¡Bueno quedo!

**DORIEN** Este amor siempre  
 vuestro honor, en no salir.

**ALFJ** ¿Queréis que satisficiera  
 Filipo esta obligación?

**DORIEN** No se va a salir de aquí

**ALFJ** ¿Queréis que se desentendiera  
 volviendo que no es bastante  
 ¿Caso?

**DORIEN** No es más importante  
 del amor aquel, considerando  
 que no manda de vuestro  
 lo al hermano Morruen?

**DORIEN** También manda obedecer  
 al padre, en primer lugar.

**ALFJ** ¿Es así, querido, con la fuerza  
 que es, en el mundo, Alamo?

**DORIEN** Pues, como que al campo van

**ALFJ** ¿Y si a nadie se le declara,  
 como se ha de ir, primero?

**DORIEN** Es como cualquier hijo  
 que quiere que sea su hijo

**ALFJ** ¿Y si no se declara, primero?

**DORIEN** ¿Y si no se declara, primero?

**ALFJ** ¿Y si no se declara, primero?

(Pase)

TEBANO. ¡Arrogante presunción!  
 DORISTEO. ¿Ahora sabéis que es loco?  
 TEBANO. Extraño amor tiene el viejo  
 al que menos le ha obligado.  
 DORISTEO. ¡Por Dios, que en eso ha mostrado  
 poca prudencia y consejo!  
 Al hijo que es virtuoso,  
 noble y honrado, aborrece,  
 y al malo su hacienda ofrece,  
 de su vida cuidadoso.

Siempre le da pesadumbre  
 con mil maneras de enojos,  
 y aquí le dice en sus ojos  
 que ve por sus ojos lumbre.

Pues no piense tratar mal  
 a Marcela; que Marcela  
 tiene una guarda que vela  
 su remedio, a un lince igual.

Y porque habemos llegado  
 a su casa, poco a poco,  
 sabed que me tiene loco  
 de su hermosura el cuidado.

Trato de ser su marido.  
 y por eso os hablo así.

TEBANO. Bien podéis fiar de mí:  
 como confesor me olvido  
 de lo que decirme suele  
 cualquier amigo en secreto.

DORISTEO. Tengo de vos buen conceto;  
 no es razón que me recele  
 de hablarla en vuestra presencia  
 y que a mí propio os iguale.  
 Pero ya, como el sol, sale  
 dando a la noche licencia.

*(Asómase MARCELA en lo alto con la almohadilla y en ella un ancho de cambray, como que hace vaini-llas.)*

MARCELA. Por la calle os vi pasar,  
 que por la reja miraba,  
 con mi labor, si pasaba  
 quien me obliga a descartar.  
 cuando pasa, el almohadilla,  
 porque no hay tomarla más.

DORISTEO. ¿Qué es lo que labrando estás?

MARCELA. Una flamenca vainilla  
 en un ancho de cambray;  
 mas con tal divertimento  
 de ver si pasáis y os siento,  
 que hay lindas cosas.

DORISTEO. ¿Qué hay?

MARCELA. Anda como niño Amor,  
 entre el alma y la almohadilla,

el aguja y la vainilla,  
 jugando con la labor.

Sangre, por Dios, me costáis;  
 que dos veces me he picado,  
 sólo porque me ha engañado  
 diciendo que vos pasáis.

DORISTEO. ¡Mal haya el fápaz, amén!  
 Pero no hagáis vos labor  
 con aguja, que es dolor  
 que me alcanza a mí también.

MARCELA. Pues ¿qué labor hay sin ella,  
 en gente moza?

DORISTEO. El hilar  
 no se suele mucho usar;  
 mas podréis, Marcela bella,  
 con randas entreteneros.

MARCELA. Si uno así suele ofender,  
 ¿qué labor yo puedo hacer,  
 entre tantos majaderos?

DORISTEO. Tenéis razón; que aun de palo  
 deben de ser enfadosos.

*(Salen CARLOS, estudiante, de camino, y GUARÍN, su criado, con una maleta y escopeta.)*

GUARÍN. ¿Adonde somos odiosos  
 vienes a buscar regalo?

CARLOS. Aunque mi padre, Guarín,  
 me aborrece de tal suerte,  
 por ser de condición fuerte,  
 es ésta mi casa, en fin;  
 es donde vi la primera  
 luz del cielo, y vuelvo aquí  
 porque es centro en que nací,  
 y vuelvo a mi propia esfera.

Amo a Marcela, mi hermana;  
 amo a Alejandro también,  
 aunque no me quieren bien,  
 que es una cosa inhumana.

Si de mi madre pudiera  
 presumir algún error,  
 que fué a mi padre traidor  
 su pensamiento dijera.

Creyera, pues me aborrece,  
 que no me engendró, Guarín;  
 mas fué un ejemplo su fin  
 que como el sol resplandece.

GUARÍN. No debe de aborrecerte:  
 mas a tu hermano menor  
 tiene tan notable amor,  
 que del tuyo le divierte.

Quiérele por su virtud,  
 modestia y recogimiento,  
 discreción y entendimiento...



si no es que de sus amigos  
está haciendo el miedo alarde.

Mal se aplican los trasuntos  
de Alejandro con su ser,  
y aunque el honor todo es puntos,  
esto del decir y hacer  
pocas veces comer juntos.

¿Qué es esto que viene aquí?

(Sale AURELIO con su báculo.)

AURELIO. ¿Conócesme?

FILIPO. No, señor.

AURELIO. ¿Cómo no, si yo fui  
la causa de aquel furor  
que os trujo, Filipo, así?

FILIPO. ¿Vos?

AURELIO. Si, porque el padre soy  
del hombre que os ha ofendido;  
aquí en su lugar estoy.  
que con la espada he venido  
con que por Nápoles voy.

Mi edad ésta me consiente;  
que la de mi edad briosa  
tiene de un clavo pendiente  
la cuchilla, ya mohosa,  
y un tiempo resplandeciente.

Este báculo es la espada  
que se ciñe la vejez;  
no la tengáis envainada,  
que no ha de verse esta vez  
en Alejandro manchada.

Heridme, matadme a mí;  
que le quiero de tal suerte,  
que vengo por él aquí  
para que me déis la muerte,  
pues soy el que os ofendí;

que si yo no le engendrara,  
vuestro agravio se excusara;  
pero, pues yo le engendré,  
yo he sido el que os agravié.

FILIPO. Padre, detente y repara...

AURELIO. ¿Qué quieres?

FILIPO. Que no es razón  
descomedirme a esas canas,  
que tan venerables son.

(Salen ALEJANDRO y FLAMINIO.)

ALEJ. Todas son quimeras vanas  
contra mi honor y opinión.

FLAMINIO. ¡Tente! ¿Qué poco respeto!

AURELIO. Alejandro, ¿dónde vas?

ALEJ. No has tenido buen conceto  
de mi honor, pues aquí estás.

AURELIO. Soy padre; temo, en efeto...

ALEJ. Bien pudieras excusar  
el venir, Aurelio, aquí.

AURELIO. Tu padre me has de llamar.

ALEJ. ¿Qué importa llamarte así?

AURELIO. Que se te puede olvidar.

ALEJ. ¿No imaginas que dirá  
Filipo que te avisé,  
y que Nápoles sabrá  
que tu báculo envié  
adonde mi espada está?

AURELIO. Hijo, no dirán, que aquí  
estamos solos los tres;  
que Flaminio es yo.

ALEJ. Pues di,  
¿no querrá tomar después  
la satisfacción de mí?

AURELIO. Cuando se llame agraviado,  
le casaré con Marcela.

ALEJ. Mayor deshonra has pensado,  
porque dirán que es cautela  
ser de Filipo cuñado.

AURELIO. ¿Qué es cautela?

ALEJ. De temor:  
y así es más justo, señor,  
que a las armas se remita.

AURELIO. Hijo, ¿qué furia te incita?

ALEJ. Sólo velar por tu honor.

¿Qué aguardas, Filipo?

FILIPO. Aquí,  
solo te quisiera ver.

AURELIO. ¡Hijo, duélete de mí!

(Rempuja a su padre y cae [AURELIO] al suelo.)

ALEJ. ¡Quitáos allá!

AURELIO. ¿Puede ser  
que tú me trates así?

FILIPO. A tu padre has arrojado  
al suelo, Alejandro; ¡tente!

ALEJ. ¿Qué te detiene?

FILIPO. He pensado  
que el ser quien soy no consiente  
reñir tan aventajado.

ALEJ. Pues ¿qué ventaja me tienes?

FILIPO. Arrojar tu padre así,  
pues que con eso previenes  
todo el cielo contra ti.  
¡Mira si a la muerte vienes!

Pero, pues tú le arrojaste,  
yo le alzaré de este suelo,



y a mí desagravio ha te  
haber obligado al cielo  
por lo que tú le enjaite.  
ALJ. ¿Que dé mi padre lugar  
a estas afrentas? No quiero  
verle en mi vida ni hablar.

AURELIO.

ALJ.

No te espere,  
pues ya no te puedo honrar.

(Pase.)

AURELIO.

Si de como semejantes  
la vergüenza te destierra,  
vuelve, vuelve, no te espantes,  
que yo me colare en la tierra  
para que tú me levantes.

FILIPPO.

AURELIO.

La causa es mucha,  
pero vándale a buscar.  
FILIPPO. Como tú te supieres dacha.  
AURELIO. Venid de Filippo en lugar  
del hijo que en otro amaba.

(Filippo y sale Carlos y Guarín.)

CARLOS.

¡En el mundo de la vida,  
y en el mundo de la muerte!

GUARÍN.

MAYOR.

¡Bueno es saber, si desgracia del mundo,  
que de la vida me he desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia.

CARLOS.

¡Ay, Carlos! ¿cómo el mundo me desgracia,  
si desgracia de la vida me desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia.

GUARÍN.

¡Válgase Dios! ¿cómo el mundo me desgracia,  
si desgracia de la vida me desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia.

¡Bueno es saber, si desgracia del mundo,  
que de la vida me he desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia.

CARLOS.

y entra Juan.

GUARÍN.

¡Bueno es saber, si desgracia del mundo,  
que de la vida me he desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia.

CARLOS.

Dejarte una mujer andar en el mundo  
y muy confiado a la naturaleza,  
pero favorecer al que la sirve,  
contra su honestidad de cual infamia.

GUARÍN.

Pues ¿que hacer le das?

CARLOS.

No voye al diablo.

GUARÍN.

¡Era, por Dios, si fuera alguna infamia,  
cubriéramos los ojos con ella, ¿verdad?

CARLOS.

¡Qué te dije, me das, ¿verdad, de tu sangre?

GUARÍN.

Santiago O. de J.

CARLOS.

Yo sé de donde viene.

GUARÍN.

¡Cuando digo, me das, me das, me das,  
¿verdad, me das, me das, me das,  
Pues, ¿que hacer le das, me das, me das?

CARLOS.

¡Mi sangre le he de dar, me das, me das,  
¡Mi sangre le he de dar, me das, me das,

GUARÍN.

¡Carlos, ¿cómo el mundo me desgracia,  
si desgracia de la vida me desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia.

CARLOS.

Bueno es saber.

GUARÍN.

¡Bueno es saber, si desgracia del mundo,  
que de la vida me he desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia.

CARLOS.

¡Bueno es saber, si desgracia del mundo,  
que de la vida me he desgracia,  
desgracia me he de la vida desgracia.

donde se ven mil cosas concertadas,  
que ninguna la tiene por sí sola.

GUARÍN.

Señor, mientras tu hermana tiene padre,  
no corre por tu cuenta el honor suyo.

CARLOS.

¿Sabes, Guarín, cómo es la honra?

GUARÍN.

¿Cómo?

CARLOS.

Como un cuerpo gentil proporcionado:  
la cabeza es el dueño de la casa;  
los sentidos, los hijos; pies y piernas  
son los criados; si los ojos faltan,  
¿qué culpa puede darse a los oídos?  
Mas luego queda todo el cuerpo feo,  
de manera que a todos les conviene  
mirar de aquesta unión por cualquier parte.

GUARÍN.

¿No dicen los filósofos que tiene  
el medio la virtud, si son viciosos  
los dos extremos?

CARLOS.

Es común proverbio.

GUARÍN.

Luego, siendo Marcela virtuosa,  
no ha de ser ojos de este cuerpo vuestro.  
Pues ¿qué ha de ser?

GUARÍN.

El medio; y siendo el medio,  
¿qué mucho que a otro medio el medio aplique?  
Medio y medio son uno, y dos mitades  
fabrican un entero, y lo que tiene  
entero ser, entonces es perfecto;  
luego Marcela es sabia y virtuosa,  
pues que juntando el medio que le falta  
viene a quedar perfectamente buena.

CARLOS.

¡Majadero sofisticado!. ¿qué dices?

GUARÍN.

Que aquí tu padre viene.

CARLOS.

¡Oh, padre mío!

(Sale AURELIO.)

Dadme esos pies, pondrélos en mi boca;  
dadme esas manos, de quien soy hechura.  
¿Estáis bueno, señor? No me responde.  
¿Cómo están mis hermanos? Dios os guarde.

GUARÍN.

¡Más que habemos venido mal y tarde!

AURELIO. ¿Cómo te viniste así  
y tus estudios dejaste?

CARLOS. Aunque no me lo mandaste,  
acabé el curso, y partí;  
que allá no tengo qué hacer,  
y me mataba el deseo  
de verte, aunque no te veo  
como te quisiera ver.

AURELIO. ¿Allá pasar no podías?

CARLOS. ¿Qué había de hacer allá,  
gastando dineros?

AURELIO. Ya  
conozco tus fantasías.

Mejor por acá te hallas:

Nápoles es muy vicioso.

¡Qué estudiante virtuoso!

GUARÍN. ¿Esto escuchas? ¿Por qué callas?

CARLOS. Es padre: debo callar.

AURELIO. Pues ¡el criado es un santo!

GUARÍN. Si tú nos aprietas tanto,  
por fuerza habemos de hablar.

Si estamos sorbiendo caldo

todo el año, entre mil textos,

donde somos más *digestos*

que los de Bártulo y Baldo;

si antes de salir el sol,

ya con la lección de prima,

nos cae más niebla encima

que al Pirineo español;

si después de haber comido

menos carne que un halcón,

volvemos a otra lección,

¿qué tiempo habemos perdido?;

si antes de la noche fría

ya estamos, como los bueyes,

volviendo a rumiar las leyes

que pacimos todo el día;

si viene el ama después

con la cena, tan escasa,

que es juego de pasa-pasa,

porque es cena y no lo es;

si antes de entrar en la cama  
hay rosario como el puño,

y sin que nada tiene el dimaño  
ni hay cosa cosida que el ama,  
y esta para de cuenta,  
por más parte que una niema,  
¿podemos que hay por una  
que vive con fuerza? ¿cuéntala?

AURELIO. ¿Vas a ir al baño,  
que me voy a ir con muy buen  
moño, en las quejas de ven-  
tiendo al mundo al mundo?

— En esta es la cárcel por pun-  
to de donde salí pronto,  
no más cárcel, no cuartos,  
palestras o tú, ¿vienes?

— ¿Y cómo es de esta suerte  
Calle? ¿Mal cuando sea?

AURELIO. Pues ¿por qué, señor, deseas  
al punto Carlos la muerte?

GRACIA. De Alvarado ¿qué mal?  
¿Lamento de Carlos son.  
— Qué envidia!

CARLOS. ¿Certo, razón.

GRACIA. ¿Qué envidia? ¿Hay cosa igual?

CARLOS. ¿Deseo el amor que tienes  
a Alvarado?

AURELIO. ¿Entrate allá!

GRACIA. ¿Buen regalo entrara?

— A qué buen destino vienes!

CARLOS. Calle, Gracia, ten paciencia!

— ¿No hay el malo?

GRACIA. ¿Anda bien  
mi vida? ¿Quién hay que crea  
esta virtud y obediencia?

(Dice Carlos y Gracia.)

AURELIO.

Que desde la virtud digna de amarle,  
hasta en los castigos, por el príncipe,  
en Carlos la desgracia es una imprudencia,  
y que esto en mi edad debe culpase.

— Pero ¿cómo al mundo inventaron  
por un ser hombre en que yo le he visto,  
y después de la fuerza a un príncipe,  
a la vida de la virtud quiere dejarse.

— ¿Qué pueras cosas me dices al punto, cielo  
en verdad al malo, y las pueras  
al bueno, que me dices por envidia?

— Por reducir al malo, me fatigo,  
y como me va pasando en el mundo,  
hecho de Carlos y de Alvarado digo.

(Dice Marcella.)

MARCELLA. ¿No venís a la casa aquí

este estudiante perdido  
mucho que a la casa entado?

(Dice Carlos.)

Señor, sí.

— ¿Hay tal? ¿No pesadumbre

¿No hay amor en el mundo?

— ¿Hay modo de vivir,

como tiene por costumbre?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

— ¿Hay amor, hay amor, amor?

LUCRECIA. Mucho ha templado el ausencia.  
MARCELA. Ten, mientras leo, paciencia.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Respondiome airada en fin,  
que tras el casto valor  
va la venganza. Un papel  
está leyendo, y en él  
los libelos de mi honor.  
Quitársele quiero. ¡Suelta!

MARCELA. ¡Ay, Dios!

CARLOS. ¡Suelta, ingrata hermana!

MARCELA. ¿Cómo que suelte?

CARLOS. ¡Villana!,  
a nuestra infamia resuelta,  
suelta el injusto proceso  
de nuestra afrenta.

MARCELA. No seas  
necio, Carlos, si deseas  
de tus cosas buen suceso:  
que cuando este papel fuera  
sospechoso, eres mi hermano  
y no mi marido.

CARLOS. En vano  
le defiendes. Suelta.

MARCELA. Espera.

CARLOS. Suéltale, Marcela.

MARCELA. Carlos,  
deja el papel.

CARLOS. Suelta digo.

MARCELA. ¿Esta fuerza usas conmigo?  
¡Padre, hermano! Ve a llamarlos.

CARLOS. No porfies.

MARCELA. Con alguno  
debió de ser vil mi madre.  
CARLOS. ¿Así infamas a mi padre,  
a quien no iguala ninguno,  
y a una madre santa y tal  
que sólo malo ha tenido  
haberte, infame, parido  
para una deshonra igual?

(Dale un bofetón.)

¡Toma!

MARCELA. ¿Bofetón a mí?

¡Padre, Alejandro!

LUCRECIA. ¿Qué has hecho?

CARLOS. Voyme, que estoy satisfecho  
que me matarán aquí.

(Vase CARLOS.)

LUCRECIA. No des voces, no lo digas.

MARCELA. ¿Cómo no? ¡Padre, señor!

(Sale AURELIO.)

AURELIO. ¿Qué voces das?

MARCELA. ¡Que a un traidor  
con tus regalos obligas  
a que me dé un bofetón!

AURELIO. ¿Es Alejandro?

MARCELA. Si fuera  
Alejandro, lo tuviera  
por más señal de afición.

AURELIO. Pues ¿quién te pudo ofender?

MARCELA. Carlos.

AURELIO. ¿Carlos? ¡Cosa extraña!

¿Cómo tan infame hazaña  
pudo en su virtud caber?

MARCELA. ¡Qué virtud, que es un infame!

AURELIO. ¿Por qué te dió?

MARCELA. Porque digo  
bien...

AURELIO. ¿De quién?

MARCELA. De su enemigo,  
que así quiere que le llame.

AURELIO. ¿Es de Alejandro?

MARCELA. Señor,  
véngame, si eres mi padre.

AURELIO. Por el amor que a tu madre  
tuve, y por tu mismo amor;  
por el que a Alejandro tengo,  
que es más que todo, que hoy veas  
la venganza que deseas.

Tú verás como te vengo.

¿A mi hija bofetón  
porque a Alejandro defiende?  
¡Vive el cielo, que me ofende  
las telas del corazón!

(Vase AURELIO.)

LUCRECIA. Mal has hecho.

MARCELA. No he podido,  
Lucrecia, disimular.  
Aquí te puedes quedar  
mientras de lo sucedido  
aviso con un papel  
a Doristeo.

LUCRECIA. No seas  
causa que más mal te veas.

MARCELA. No tengo vida sin él.

(Vase MARCELA.)

## LUCRECIA.

Amor, tal vez se despierte que eres loco,  
por otros tiempos ya pudo ser cuerdo.  
Tanto se pierden cosas ya por perderlo,  
al otro día viene como quien vino!

Veniendo sólo a vivir que pesen,  
pero con bastante calma, no se acuerda  
cuando ha que servir a la muerte, cuando  
colgado se arroja a las fieras como.

Éste tanto cuidado de vivir, que  
entre tanto pesen, no se acuerda.

Tan sólo en el mundo a fin por fragor.

Mal es el mundo, el tal mundo,  
que, viniendo desde mucho más allá,  
entre las cosas como, hay de las.

(Yo, GARCÍA.)

GARCÍA.

¡Muy bien, amor, amor! ¿Qué me conforma  
la justicia a tu mundo, amor, que,  
con tanta, cuando hay a un mundo,  
con tanta, no se acuerda, no se acuerda.

Viniendo desde a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor.

¡A fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor.

¡A fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor.

Aunque, por, ya del mundo, se acuerda,  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor.

LUCRECIA. — ¿En el mundo?

GARCÍA. — ¿En el mundo? ¿En el mundo?  
a fin por fragor, a fin por fragor.

Del mundo, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor.

LUCRECIA. — ¿Por qué con tanto, no se acuerda?  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor,  
a fin por fragor, a fin por fragor.

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

LUCRECIA.

GARCÍA.

LUCRECIA.

GARCÍA.

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

La familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate  
de la familia de un delate

LUCRECIA. ¡Por esos ojos, Guarán,  
que sabes a moscatel  
con algo de toronjil!

GUARÍN. Gil, norabuena; mas toro,  
eso no, ¡por San Crispín!  
que no soy de los que tienen  
su honor en cosa tan vil.  
Ya yo sé que tus iguales  
sois lo mismo que un candil,  
que en faltándole..., ya entiendes,  
de ningún modo vivís.

LUCRECIA. De tu amo has deprendido.

GUARÍN. ¿Hasle visto?

LUCRECIA. Aquí le vi,  
tan necio y tan descompuesto  
como te contemplo a ti.  
Dió un bofetón a Marcela.

GUARÍN. ¿Hubo coz?

LUCRECIA. ¿No bastó así,  
para una mujer tan noble,  
sin las cosas que decís?

GUARÍN. No lo digo yo por eso,  
sino porque siempre vi  
juntos bofetón y coces,  
como el agua y el anís.  
¿Dónde le hallaré?

LUCRECIA. No sé.

GUARÍN. Voyle a buscar, ¡y de ti  
me libre el cielo, Lucrecia!

LUCRECIA. ¡Ay, majadero en latín!

GUARÍN. ¡Ay, picarona en romance!

LUCRECIA. ¡Ay, alcahuete sutil!

GUARÍN. ¡Ay, zapato de aguador!

LUCRECIA. ¡Ay, desechado escarpín!

GUARÍN. ¡Ay, gualdrapa por enero!

LUCRECIA. ¡Ay, almohaza en abril!

GUARÍN. ¡Ay, almirez boticario!

LUCRECIA. ¡Ay, corchete de alguacil!

(*Vanse. Sale FILIPO, DORISTEO y TEBANO.*)

DORISTEO.

En fin, ¿cómo quedastes concertados?

FILIPO.

Viendo el respeto que le tuve a Aurelio,  
cuando fué tan villano el hijo suyo,  
me prometió a Marcela en casamiento.

DORISTEO.

¿A Marcela? ¿Qué dices?

FILIPO.

Lo que oyes.

DORISTEO.

¿Y qué le respondiste?

FILIPO.

Que la aceto,  
con treinta mil ducados.

TEBANO.

Di, Filipo,  
¿no sabes que la sirve Doristeo?

FILIPO.

¿Doristeo la sirve?

DORISTEO.

Si la quieres,  
Filipo, desposada ya conmigo,  
por palabras, papeles y otras cosas  
que afirman el concierto que hemos hecho,  
y que entre amantes sirven de escrituras,  
buen provecho te haga.

FILIPO.

Si supiera  
sólo tu pensamiento, no acetara  
los tesoros del mundo con Marcela;  
pero desde hoy le suelto la palabra.

TEBANO.

Quedo, que es éste su mayor hermano,  
recién venido agora de Bolonia.

DORISTEO.

¿Es éste, acaso, el estudiante bravo  
a quien Marcela teme?

TEBANO.

El mismo es éste.

DORISTEO.

Si no mirara yo que era su hermano,  
ya por su mal a Nápoles viniera.

TEBANO.

Guárdala más que si su esposa fuera.

(*Sale CARLOS.*)

CARLOS.

Honra, por nuestro daño introducida  
en las leyes del mundo, siempre erradas,  
¿cómo, si son tus manos delicadas,  
aprietas tanto el cuello a nuestra vida?



Ofensas, vengas, agenas, mortales,  
¿adónde están tus otras bellotas?  
Pues en tal caso, ofensa he de tu padre,  
la culpa es de él, ¿quién es el hijo?

— Si el hombre que en el mundo se levanta  
se levanta también en el pensamiento  
de su ley con las del mundo, ¿quién?

Pues con una de las tantas ajenas  
que no puede ser buena cosa mala,  
¿quién más es la culpa del homicidio?

(Sale Antonio.)

ANTONIO: — Los de la casa, ¿quién? Carlos.

CARLOS: — Oh, no padre y tu padre!

DON JUAN: — Tú, Antonio?

TERCERO: — Ideas a hablarlos.

CARLOS: — Siempre con tanto rigor!

DON JUAN: — A qué quieres buscarlos.

ANTONIO: — Pues ¿que ruego yo mercedes,  
si con tan poca ocasión  
das, cuando a vería te ofreces,  
a Mariana, un botellón,  
que es esta, una de vino?

Pues si tienes el que debía  
tu respeto y tu cortesía,  
y no obligabas también  
en la tuya, ¿veras, cómo  
le das un padre a su hija?

No la dices cosa a su  
el atendida soy yo,  
y el que el golpe recibí,  
pues si el dolor está allí,  
¿cómo la alivias, cómo?

y cómo de la casa me sacas  
quien al suceso y al suceso,  
como es justo, me da un título  
que quiero por él la ofensa  
hacerme la satisfacción?

— ¡Torpe, torpe!, ¡Torpe, infame!

(Pasa un criado a darle un papel.)

CARLOS: — Aquí en público, padre,  
¿cómo?

DON JUAN: — ¿Mentiras son estas  
palabras?

CARLOS: — ¿Qué, no, sí, cómo  
se presenta, cómo ofende?  
¿Quieren? ¿Quieren? ¿Quieren?  
¿Mentiras? ¿Mentiras? ¿Mentiras?  
¿Mentiras? ¿Mentiras? ¿Mentiras?

(Pasa un criado a darle un papel.)

— ¿Cómo, cómo, cómo, cómo, cómo, cómo?

¿Cómo, cómo, cómo, cómo, cómo, cómo?

Pues la copa más bien,  
no me das, cómo, cómo,  
¿quién es el hombre que me sea  
le en su obediencia, cómo,  
que en su obediencia, cómo?

No, cómo, cómo, cómo, cómo,  
cómo, cómo, cómo, cómo,  
¿quién es el hombre que me sea  
le en su obediencia, cómo,  
que en su obediencia, cómo?

Antes a la obediencia,  
cómo, cómo, cómo, cómo,  
que en su obediencia, cómo,  
que en su obediencia, cómo,  
que en su obediencia, cómo?

Pues si tienes que le quieres,  
y no debes de querer  
al padre con una obediencia  
que le das a su hijo,  
¿quién es el hombre que me sea  
le en su obediencia, cómo?

¿Quién, cómo, cómo, cómo,  
cómo, cómo, cómo, cómo,  
que en su obediencia, cómo,  
que en su obediencia, cómo,  
que en su obediencia, cómo?

Pues si tienes que le quieres,  
y no debes de querer  
al padre con una obediencia  
que le das a su hijo,  
¿quién es el hombre que me sea  
le en su obediencia, cómo?

¿Quién, cómo, cómo, cómo,  
cómo, cómo, cómo, cómo,  
que en su obediencia, cómo,  
que en su obediencia, cómo,  
que en su obediencia, cómo?

— ¿Quién, cómo, cómo, cómo,  
cómo, cómo, cómo, cómo,  
que en su obediencia, cómo,  
que en su obediencia, cómo,  
que en su obediencia, cómo?

ANTONIO: — ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

— ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

CARLOS: — ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

— ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

ANTONIO: — ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

— ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

— ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

TERCERO: — ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

TERCERO: — ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

TERCERO: — ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

TERCERO: — ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

TERCERO: — ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

TERCERO: — ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

TERCERO: — ¿Vas, cómo, cómo, cómo?

CARLOS. Estos, con poca razón,  
murmuran de mi obediencia;  
volveré por mi opinión. [cho  
¿Qué les digo? ¿Es muy mal he-  
sufrir a un padre estos palos,  
a cuyo caduco pecho  
debo el ser y los regalos  
de que estoy tan satisfecho?  
¿Páreles cobardía  
no matar la senectud  
que estos palos le ponía  
al árbol de mi virtud,  
porque tanto fruto había?  
¿No ven cuán de otra manera  
los palos se han de sentir,  
pues son palos de escalera  
por donde pueda subir  
a la fama que me espera?  
¿No ven que mi justo amor,  
mi obediencia y mi temor  
los recibió por regalos,  
y que en estos cuatro palos  
funda su palio mi honor?  
¿No ven que en el mar profun-  
nave destes palos fundo. [do  
y que voy seguro más,  
siendo este palo el compás,  
por la maroma del mundo? [toria,  
¿No ven que en mi honrosa his-  
de aquel bordón, por memoria  
hizo dos palos la fama  
para la caja en que llama  
los hombres a eterna gloria?  
Pero, pues que no lo ven,  
este acero les dirá,  
castigándoles muy bien,  
que aquél, por padre, se va  
sin que respuesta le den.  
¡Aquél hombre que me hizo,  
bien me puede deshacer!

(Echa mano y acuchillanse.)

DORISTEO. ¡Tente!  
CARLOS. ¡Infame advenedizo,  
no es Marcela tu mujer,  
si mujer te satisizo!  
TEBANO. ¡Extraña furia!  
FILOPO. ¡Ay de mí!

(Huyen y entra GUARÍN.)

CARLOS. ¡Huid, villanos, así!

GUARÍN. ¿Qué es esto, señor?  
CARLOS. No sé.  
Aquí con mi padre hablé,  
y tan desdichado fui,  
que me dió con el bordón;  
fué, y la murmuración  
de esta gente me ha obligado  
a haberles mil palos dado,  
si espaldarazos lo son.

GUARÍN. Vente a casa, que la gente  
se junta.

CARLOS. ¿Qué es ir a casa?  
Yo soy, Guarín, obediente.

GUARÍN. Pues ¿hay más? Dí lo que pasa.

CARLOS. Que me manda que me ausente.

Aquí hay tres cosas, que son:  
de Alejandro la afición,  
de mi padre la obediencia,  
de Marcela la insolencia;  
todas me dan ocasión.

Bohemia hace guerra a Hungría,  
yo me he de ir a ser soldado;  
si quieres mi compañía,  
sin lo que me has obligado,  
nueva obligación sería.

GUARÍN. ¿Eso dices? ¡Vive Dios,  
que iré contigo hasta el fin  
del mundo!

CARLOS. Pues, ¡ea!, adiós.  
Pero escucha, mi Guarín,  
que nos importa a los dos...

GUARÍN. ¿Cómo?

CARLOS. Ve a casa, y el palo  
con que mi padre me dió  
le hurtarás, por mi regalo,  
cuando coma.

GUARÍN. ¿Y podré yo?

CARLOS. Con Alejandro te igualo  
en hurtar lo que hay en casa.  
Mientras come, bien podrás.

GUARÍN. Voy.  
(Vase.)

CARLOS. El alma me traspasa,  
¡oh padre!, el no veros más.  
¡Cielos, ya veis lo que pasa!  
Voy, pues lo queréis así,  
a la guerra desde aquí;  
premiad mi justa obediencia,  
pues me debéis la paciencia  
con que estos palos sufrí.



no tuviera este valor;  
hongo sospecho que fuera,  
porque es la humedad mayor.

CARLOS. ¡Calla, Guarín, en buen hora!  
Ten respeto a un rey.

GUARÍN. La guerra  
es libre; déjame agora.

REY. ¡Valor el soldado encierra!

CAPITÁN. Tu crédito le mejora.

REY. A buena suerte he tenido  
que haya este hidalgo venido  
a servirme. Carlos, oye:  
para que mejor se apoye  
lo que hacerme has prometido,  
¿cómo el río pasarás?

CARLOS. Con esta espada en la boca  
y este corazón, no más;  
allá haré lo que me toca,  
que esto después lo sabrás.

REY. Si nada's bien, ¡buena traza!

CARLOS. El mar es pequeña plaza.

GUARÍN. Seguro podrá pasar,  
como le dejes llevar  
a Guarín por calabaza.

REY. Pues retira el campo mío.  
Tú, con animosos brazos,  
rompe las ondas del río.

CARLOS. Con mil círculos y lazos,  
bordar su campo confío.

REY. Vamos, que tu vuelta espero;  
tú, el premio esperar podrás.

*(Vase el REY y su gente.)*

CARLOS. Guarín, desnudarme quiero  
ropilla y calzón no más.

GUARÍN. ¡Tú eres lindo majadero!  
¿Veniste por nadador,  
o a ser soldado, señor?  
La ropilla sola basta,  
porque si alguien te contrasta  
tengas defensa mayor.

CARLOS. Bien dices; porque desnudo,  
menos podré pelear.

GUARÍN. Que has de volver temo y dudo.

CARLOS. Quisiera el bordón llevar,  
que me sirviera de escudo.  
¿Dónde está?

GUARÍN. Guardado está.

CARLOS. ¡No se pierda!

GUARÍN. No podrá,  
que a tus espaldas le até.

CARLOS. Guárdale bien.

GUARÍN. ¿Para qué?

CARLOS. Por el honor que me da.

GUARÍN. ¿Honor te ha dado un bordón  
que te dió públicamente  
palos en tal ocasión?

CARLOS. Sí, que en un hijo obediente,  
las armas de hidalgo son.  
¿Con la espada no le dan  
al que arman caballero,  
cuando a ceñirse a van?  
Pues lo mismo considero  
en los que viéndome están.

Toma, y aguarda, y adiós.

GUARÍN. El te guie, y a los dos  
nos vuelva a juntar aquí.

CARLOS. ¡Río: a César veis en mí,  
y yo, mi remedio en vos!

*(Vanse, y sale la REINA y ROSELA.)*

REINA. Mientras la gente se ordena  
del nuevo ejército mío,  
salgo, Rosela, a este río  
a pisar la blanca arena,  
así por tratar contigo  
cosas de tanta importancia,  
como por ver la arrogancia  
del campo de mi enemigo.

Entre arboledas soledades  
que estas arboledas forman,  
adonde mejor informan  
las almas de sus verdades,  
quiero que sepas mi intento  
en el dilatar mi estado,  
por si acaso me has culpado  
en razón del casamiento.

ROSELA. Inclita reina María,  
sangre del claro Bohemundo,  
que puedes serlo del mundo,  
como lo fuiste de Hungría:  
conozco tu entendimiento,  
tu varonil proceder;  
pero no puedo entender  
qué te mueva a tal intento.

Filiberto es rey y mozo,  
tan gallardo y envidiado,  
que a muchas hubiera dado  
su amor amoroso gozo;  
de su ingenio hay clara fama;  
de sus hechos, mil historias;  
de sus armas, mil victorias;  
mil versos de que te ama.

Pues ¿qué es esto?

REINA. No lo sé;

contrarias estrellas son  
que gobiernan mi destino  
llorando mis ojos del:

*Quieren a pagar: Rosita*  
de negro, d' en parlar  
de partir en tratar  
su inclinación me condena

Cuando una mujer perfidia  
no le preguntó por qué  
porque te diera yte fue  
por tema y por fantasía

Irás esta si era afición  
a no partir en el Ray  
me ha entablado bien la ley  
de su misma obligación,

y como me arroyo como  
como me podré retarla  
si Alemania ha de decir  
que con ellos se casó.

Por eso que los precedo  
que a tanto en mujer  
siempre me querrá tener  
como a mujer que ha vencido

Quisiera yo que esperara  
con paciencia mi rigor;  
pero cuando me extrañan  
en otro interés repara.

No me vengas Filiberto,  
no puedo y a tuigo veda  
mi mente al vendida  
No en el acierto.

Yo a cierta  
contempla que eres joven  
Ya lo ve, tuas es muy llano  
que si el tuera Octaviano  
sobre ya Cleopatra oír.

Me venais hacer gente  
la que hasta tengo ojos  
para no volver como  
tantas de bondad molesto.

Mi amor alabes, como  
se me viene.

Eso es campo  
Si me vengas como vengas  
de Gendarme culpado.

Si me ignoras de mí  
de punto de mí yte  
con la que al punto y te  
no me viene, como vengas.

Quisiera que me vengas  
a que vengas, como vengas  
la que vengas, como vengas  
a la que vengas, como vengas.

me obliga a hablarle, ven  
a escucharle a escuchar.

*Rosita.* Un pleito que me ha de  
dar en el corazón.

*Reina.* También.

*Rosita.* ¿Hay que esperar templanza  
desde luego hablo tuerto?

*Reina.* Por esta disculpa  
que de su amor me alcanza  
¿Cerraste la puerta?

*Rosita.* Si  
con el jardín bate el río,  
que va creciendo.

*Reina.* Cuando  
que en su abate de tal  
el soldado, arrugante  
l'entrete en esa arbolada,  
que como el agua va queda,  
tendrè su espejo delante.

*Pausa y sale Carlos con la espada desnuda, y me-  
caba como por dele del río.*

*Carlos.* Por la puerta que he pasado  
bate el río con el viento  
y cuando que me vengas  
para que como vengas.

Para que me vengas  
bien lo vengas, como vengas  
de deves, plantas, flores,  
que vengas, como vengas.

¿Que vengas, como vengas?

¿Que de vengas y vengas  
desde el río, con las mañanas,  
hazas de vengas y cristal?

Palacio de de vengas  
de alguna vengas, como vengas.

¿Que vengas, como vengas,  
para que me vengas y vengas?

¿Que vengas, como vengas?

Me vengas, como vengas.

¿Al vengas? Que vengas, como vengas,  
para que me vengas y vengas.

¿Que vengas, como vengas,  
para que me vengas y vengas?

¿Que vengas, como vengas,  
para que me vengas y vengas?

¿Que vengas, como vengas,  
para que me vengas y vengas?

¿Que vengas, como vengas,  
para que me vengas y vengas?

¿Que vengas, como vengas,  
para que me vengas y vengas?

*Rosita.*  
*Reina.*  
*Carlos.*

*Rosita.*  
*Carlos.*

Lavándose está los pies  
una bellísima dama.  
Olmos, cuya verde rama  
corona de Hércules es,  
animad mi atrevimiento;  
así os vistáis de hojas nuevas.  
Mas ya el príncipe de Tebas  
se ofrece a mi pensamiento.

Que ésta es Diana, sin duda,  
y seré yo como él  
si me transforma en laurel  
porque la he visto desnuda.

El marfil, cristal, el hielo,  
menos blanco y terso es;  
tal deben de ser los pies  
con que el alba pisa el cielo.

¿Hay mármol en fuente alguna  
de más limpia perfección?  
O blancos jazmines son,  
o son los pies de la luna.

Alzó el rostro, ¡santo cielo,  
qué hermosura celestial!  
Castigo me espera igual,  
pues ya me convierte en hielo.

En mi vida tu rigor  
supe, amor, ni tus efectos,  
que aunque es mal para discretos,  
yo era ignorante de amor.

Ahora sabré lo que es,  
y pienso decir a voces:  
¡Amor, rendístele a coces,  
pues me has muerto con los pies!

Mas trueca el efeto luego,  
pues por los pies es verdad  
que suele entrar la humedad,  
y tú quieres que entre el fuego.

Sintieronme. Huyendo van.

*(Hablan dentro.)*

REINA. ¡Huye, Rosela! ¡Ay de mí!  
ROSELA. ¿Viéronte?

REINA. Pienso que sí.  
CARLOS. Abriendo una puerta están.  
REINA. Cierra presto.

CARLOS. Ya se entraron.  
Dueños de esta casa son.  
Con la mucha turbación  
una liga se dejaron.  
¡Oh, gran ventura! Alzaréla.  
Verde es, ¡por Dios!, quien alcanza  
en tanta dicha esperanza,  
¿qué mal suceso recela?

¡Oh, pies! Ya que huyendo vais,  
dejarme prenda es exceso,  
pero como me habéis preso,  
vuestros grillos me dejáis.

Ya no podré defenderme  
de vuestros hermosos brazos,  
que, pues me habéis puesto lazos,  
sin duda queréis cogerme.

Verde prenda que ceñistes  
aquella columna hermosa,  
decidme, ¿quién es la diosa  
cuyo mármol blanco vistes? [muro

Mas, ¡por Dios!, que sobre el  
de aquella almena se han puesto.

*(Asómanse en lo alto la REINA y ROSELA.)*

REINA. Yo estoy ya resuelta en esto.  
CARLOS. No sé si estoy muy seguro.  
ROSELA. ¿Qué importa que te haya visto?  
REINA. ¡Pensar que no tengo honor!  
CARLOS. Sol, a cuyo resplandor  
indignamente resisto:

¡qué bien haces de salir  
y enjugarme este vestido!  
¡Pero estás tan encendido  
que me podrás consumir!

Pon los rayos soberanos  
en toda el agua que ves;  
agua soy; baña tus pies,  
o, por lo menos, tus manos.

REINA. Hombre, ¿quién eres?  
CARLOS. Un hombre.  
REINA. ¿Cómo estás así mojado?  
CARLOS. Porque este río he pasado.  
REINA. ¿A qué efeto?

CARLOS. A ganar nombre.  
REINA. ¿Eres Filiberto?

CARLOS. No.  
REINA. Pues ¿quién?

CARLOS. Un soldado suyo.  
REINA. Pues ¿qué es el intento tuyo?  
CARLOS. Cumplir lo que él me mandó.  
REINA. ¿Qué te ha mandado?

CARLOS. Saber  
lo que la Reina de Hungría  
intenta.

REINA. ¡Brava osadía!  
Valor debes de tener.

CARLOS. Si antes que pasara el río,  
que había de ver supiera  
lo que he visto en su ribera,  
otro valor fuera el mío.



REINA Que hay venido/  
CARLOS Dos alancas, luna,  
y, mi amor, Hércules va  
junto al mar que me saque  
deos importantes conatos.

REINA ¡Mientes!  
CARLOS Aun bien que esta prenda  
le dirá a la desdicha  
cuando hayasla me llevaste  
el alma por ella en prenda.  
REINA ¡Suficiente!

REINA ¡Hermosa señora!  
CARLOS Tu ventura y tu valor  
REINA tuelan a tuerte amor.  
CARLOS ¡Ay, Dios, cuán dulce agora!  
REINA ¿Eres caballero?

CARLOS Sí.  
REINA Voyme aquesta noche a hablar  
CARLOS Por donde puedes llegar  
para hablarme?

REINA Por aquí.  
CARLOS Pensándose a mandar a  
que me llamen?

REINA No lo creas.  
CARLOS Más se mataron de amor  
cuando no se va no podrás.  
REINA Venidese una hora.

CARLOS Harélo,  
que lo espero y soy hablado.  
REINA ¿Qué quieres?

CARLOS ¿O que me has dicho  
y lo que me pides en alma?

REINA Dios mal permita, si doy  
por fin a los amantes  
que esto desean.

CARLOS Yo sé  
que soy hombre importante en esto.  
Mientras que sea lo que es  
o sea con mucho me desean  
de buena cuenta que desean  
lo que pretendo ser yo.

REINA ¿Pues me a como, y yo haré  
que sea con mucho me desean  
a buena cuenta.

CARLOS ¿Qué es?  
REINA ¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?  
CARLOS ¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?

REINA ¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?  
CARLOS ¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?

REINA No hay nadie que lo pueda  
CARLOS ¿Qué es? ¿Qué es?  
REINA Ya lo sabrás.  
REINA Veré que cuando me  
grate del tuerto la vista  
REINA Suficiente, no espere con  
Esfuete al agua.

CARLOS ¿Y cómo queda

Pase CARLOS y dicen desdicha, caballer, y desparen  
del mar.

SOLIMAN ¡Mira, que hay una prenda!  
SOLIMAN 2.ª ¡Ay, del agua, agua!  
Suficiente, no espere con prenda.

REINA ¿Tirante?

REINA No lo veré.  
REINA ¿Dónde me voy a ir?

REINA ¿Dónde me voy a ir?  
REINA ¿Dónde me voy a ir?  
REINA ¿Dónde me voy a ir?  
REINA ¿Dónde me voy a ir?

¿Pase a solo A CARLOS y MARICA (señalando)

MARICA

Suficiente, no espere con prenda.  
que es mucho desdicha.

¿Qué es?

¿Qué es?

¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?

MARICA

¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?  
¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?  
¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?

¿Qué es?

¿Qué es?

¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?  
¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?

MARICA

¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?  
¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?  
¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?

¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?

y para que tú juegues no hay tesoro  
en Florencia, en San Marcos de Venecia.

ALEJANDRO.

Calla, hermana Marcela, y suelta el oro;  
menos pierdes en esto, no seas necia,  
que por esto te sufro yo otras cosas  
de un loco amor que nuestro honor desprecia.  
Súfreme, pues te sufro tus viciosas  
costumbres.

MARCELA.

¿Yo viciosas? ¿Estás loco?

ALEJANDRO.

Si que tener galán son virtuosas.  
Súfreme que yo juegue mucho o poco,  
Marcela, pues te sufro a Doristeo.

MARCELA.

¡A qué furor y rabia me provoco!

(Sale AURELIO.)

AURELIO.

¿Qué es esto, hijos, en que siempre os veo?  
¿Qué tienes, Alejandro, con Marcela?

MARCELA.

Hablarte claro, padre mío, deseo.  
Estas son las costumbres que en la escuela  
de buenas compañías ha estudiado  
quien para tus agravios se desvela.  
¿No le ves? De jugar viene picado,  
y, como si yo fuese una ramera,  
la cadena del pecho me ha quitado.

AURELIO.

Hijo, Alejandro, cuando yo no fuera  
tu padre, por ser viejo, merecía  
que un bárbaro respeto me tuviera.

Robásteme mi trigo el otro día;  
anteanoche rompiste el escritorio,  
y sacaste el dinero que tenía.

La herida de Tristán y la de Honorio  
me cuestan más de siete mil ducados,  
que esto es a todo Nápoles notorio.

Sin esto, a mil tratantes y agraviados  
contento con mi hacienda por momentos.  
Todos están de tu rigor cansados.

¿En qué piensan parar tus pensamientos,  
si ya robas en público a tu hermana?  
Estos exceden ya de atrevimientos.

ALEJANDRO.

Padre, no más que si esa barba cana  
fuera de plata, como lo parece,  
hoy os la hurtara, por jugar mañana.

AURELIO.

¡Traidor! Tu desvergüenza me enloquece!  
¿No basta que mi herencia has destruido?  
Al paso de mi amor tu maldad crece:  
el cielo me castiga de ofendido,  
de ver que a Carlos desterré sin culpa;  
Carlos, que ejemplo de obediencia ha sido.

ALEJANDRO.

Padre, ninguno en Nápoles me culpa.  
si no sois vos, pues dicen que os imito;  
que basta a mis locuras por disculpa.

Si mozo fuiste loco y solícito,  
pareceros a vos, como hijo vuestro,  
con justa causa vuestra hacienda os quito.

Si es cuerdo Carlos, claramente os muestro  
que soy más hijo vuestro que fué Carlos,  
pues fuistes mozo, jugador y diestro.

A los padres debemos imitarlos:  
si yo os imito, estad agradecido.

AURELIO.

Tales hijos, ¿quién quiere desearlos?  
¿Yo he sido loco y jugador he sido?  
¿Esto escucho?

MARCELA.

Señor, no llores, mira  
que hasta el temor a Dios tiene perdido.

AURELIO.

¡Plegue a Dios que no incite más su ira!  
Esto con tiernas lágrimas le ruego.

ALEJANDRO.

Que lllore un viejo, a mí nunca me admira.  
Son niños ya; los niños lloran luego.

AURELIO.

Entre el mucho dinero que perdiste,  
también perdiste la vergüenza al juego.  
Dale el oro, Alejandro.

MARCELA.

No pudiste  
decir cosa más loca.

ACRELIO.

Aguarda un poco.

ACRELIO.

De qué me estás esperando, hombre?

ALEXANDRO.

No me asca nadie.

MARCELA.

Que está decir pueda  
un hombre con sentido?

ACRELIO.

Aguarda un poco.

ALEXANDRO.

El buen hijo a su padre en vida hereda.

MARCELA.

No le incites, señor.

ACRELIO.

Aguarda, loco.

*(Vanse, y salen el REY FILIBERTO, CARLOS y gente.)*

REY. Muy agradecido estoy  
de las nuevas que me das.  
Mis brazos, Carlos, te das.

CARLOS. No puedo obligarte más  
que con darte cuanto soy.

Un César quisiere ser,  
un Hércules defender,  
un Múscula en saber morir,  
un Siseida en resistir  
y un Alejandro en vencer,  
en la espada me inspiran  
en la fealdad, un Zopiro,  
en la fe, un Eliotón,  
en alta mar, Ceneiro,  
y por la tierra, Milón.

REY. Carlos, aunque el premio es cor-  
te hego mi capitan [to],  
por envidias, me repeta.

CARLOS. Tus enemigos verán  
si para servirme importo.

REY. Dóble una jineta luego.

CARLOS. Aquí está.

CARLOS. Beso tus pies,  
que como cuando llevo  
brazos con baidón me des

alrededor, como baidón.

¡Guarín!

Señor.

¡Vágame arrojado!

a tus brazos.

Venid, aquí.

¿Cómo estás?

¡Bueno de enojo!

hacho cuarenta por tí.

viéndote eshar en reñajo.

¡Bravo, naldier te has hecho!

Otro, llevan en el pecho

salabazar por firmes.

Y yo, ¿dónde?

En la cábera.

Que va estoy loco, mecho.

Traeme luego aquí baidón  
de mi padre.

¿Para qué?

Ya lo verás.

*(Pase Guarín.)*

REY.

Con razón.

Carlos amigo, te honre.

Grasaleas de reves, son.

CARLOS.

REY.

Si a tí envidia, no temiera,  
diferente premio diera  
el que diera a tu valor.

*(Sale Guarín.)*

GUARÍN.

Aquí está el baidón, señor.

CARLOS.

Dadme más fuerza, quítera.

Quita el hierro a la jineta,  
y en este palo le encaja.

GUARÍN.

Quíterle.

CARLOS.

Pase, Tíerco, Añleta.

REY.

Tiene más palo, ventaja?

CARLOS.

Tiene más virtud, mereta.

REY.

¿Es de aquel árbol precioso,  
aromático, aromático?

CARLOS.

Era de un árbol famoso,  
de donde soy natural.

y en serlo soy muy natural.

Pase, si a quien baidón da,  
por la alforca, le den baidón.

veniendo mi pecho está.

pues con este baidón se baidón.

pase por un árbol va.

Pase, pídeme que lo alforca.

lo que con un árbol precioso.

por ser de un árbol precioso.

que pues un Rey me le dió,  
no es hierro, sino corona.

Y esta borla es bien que pueda  
honrar quien de vos lo queda;  
pero dirán muchos malos  
que por encubrir mis palos  
os quiero vestir de seda.

Ya con borla estáis mejor,  
que aunque sois arma, sois ciencia,  
pues en facultad de amor,  
el maestrescuela obediencia  
os da el grado de doctor.

REY. Carlos, cuéntame el estado  
de la Reina, mi enemiga.

CARLOS. Estás muy acompañado.

REY. Dejadnos solos.

CAPITÁN. ¡Que siga  
tanto la suerte a un soldado!...

*(Vanse y queda solo el REY y CARLOS.)*

CARLOS. Generoso Filiberto,  
cuyos abuelos invictos  
dieron más nombre que a Grecia  
el gran Alejandro y Pirro:  
a saber de tus contrarios  
los encubiertos desinios,  
con esta espada en la boca  
me arrojé al agua vestido.  
A la orilla contrapuesta  
llegué con mayores bríos  
que por llegar a su lumbre  
iba el amador de Abido.  
Tomé puerto entre unas cañas  
que a unos álamos sombríos  
cubrían los verdes troncos  
cuyos pies bañaba el río.  
Detúveme contemplando  
la fertilidad del sitio:  
vi los muros que le cercan,  
las torres y los castillos.  
No hay foso, ni contrafoso,  
por la parte que te digo,  
sino jardines y peñas  
y un espléndido edificio:  
de suerte que por combate  
es imposible camino  
tomar esta gran ciudad:  
hambre es forzosa, y partido.  
REY. ¿Que no sientes en sus muros  
flaqueza, ni hay un portillo,  
ni donde batirlo pueda,  
si no es desde el mismo río?

CARLOS. Yo, por más que la miré,  
sola una flaqueza he visto,  
que agora sabrás, señor.

REY. Ya te escucho.

CARLOS. Y yo prosigo:

Al pie de un verde laurel,  
a un pardo peñasco asido,  
que bien lo está con las peñas  
quien lo fué a tantos suspiros,  
vi dos gallardas mujeres  
entre dos arroyos limpios,  
como pintan a Diana  
en el huerto de Calisto.  
Lavaba la una de ellas  
unos pies adonde quiso  
mostrar la naturaleza  
las manos de su artificio;  
vi dos columnas de mármol,  
que lo que estaba ceñido  
del agua parecía nieve;  
lo que estaba dentro, vidrio.

Lavábase, y de lo alto  
bajaba el cristal rotpido,  
como cuando se tornea  
blanca plata o marfil liso;  
porque parecían pedazos  
del mismo mármol bruñido,  
y que las enflaqueciesen  
me pesaba, ¡por Dios vivo!

REY. No las pintas, Carlos, mal;  
mira que por los oídos  
corre peligro el deseo.

CARLOS. ¿Y en los ojos no hay peligro?

REY. ¿Qué peligro? Por los tuyos  
trocara entonces los míos,  
aunque esas pellas de nieve  
de fuego me hicieran tiros.

CARLOS. Apenas, Rey de Bohemia,  
las dos sienten el ruido...

REY. ¿Qué ruido? ¿No podías  
irte allegando quedito?

CARLOS. Donde hay guerra, ¿no ha de haber  
voces?

REY. Voces hay, y gritos.

CARLOS. Pues la de mis pensamientos  
alzó sus ojos divinos;  
vióme, y a los pies mojados  
dejó caer los vestidos,  
y por el jardín se entraron.

REY. ¡Bueno quedaste!

CARLOS. Perdido.

La mano bella cogió  
las medias y zapatillos;

una bayeta, una faja,  
para mis locos sentidos;  
en esta cárcel he tenido  
con esta prision la luz  
y no es pérdida e esperanza  
Cuchetas, etc.

REY

CARLOS

¡Quiero poder  
al secreto y al amor  
pues he nacido el dier y no!  
Salirme a una aventura  
de la puerta trontopaco  
y desde allí me llaman!

REY

CARLOS

¡Como por Dios, peregrino!  
¿Queréis saber quién era,  
dije que de mi enemigo  
era un soldado, y mi intento,  
ver la calidad del año.  
Dábanme dos mil ducados  
por la luz y yo repleto  
que por menos que un ducado  
sea el grado, preso, indigno,  
matándose que esta noche  
las cosas vanis en frío  
cuanto creíase su que  
ruido, silencio, y lirio,  
que una fuerza vendría con  
¡Dioses, etc.

REY

CARLOS

Es destino  
para esta detención,  
y más, dije, que un amigo  
me había de acompañar  
Gran sereno en la corte, de  
el alma Carlos a lazo  
te matara.

REY

CARLOS

¿Quién te lo ha dicho?

REY

Es en la forma en que  
que se alienta que he nacido  
por y que tengo al volar  
que me he cambiado siempre  
Yo he de acompañarte Carlos  
Mira, Mira, etc.

CARLOS

REY

Va bien  
que sea por la forma en que  
que se alienta que he nacido  
por y que tengo al volar  
que me he cambiado siempre  
Yo he de acompañarte Carlos  
Mira, Mira, etc.

CARLOS

Que sea por la forma en que  
que se alienta que he nacido  
por y que tengo al volar  
que me he cambiado siempre  
Yo he de acompañarte Carlos  
Mira, Mira, etc.

porque emboscado está  
podrás decir al barquero  
lo mismo que César dijo.  
Vamos a esperar la barca  
que se acuerda de mi nombre  
no te harte en general.

REY

CARLOS

¡Fortuna, fortuna, fortuna!  
aunque en la puerta del cielo  
de letras de mi esta carta  
"Dios crúdelo al que es hombre,  
y al señor de la corte!"

(Entra Enrique Dávila y Alvarado)

DIRECCIÓN

Merece la pena Alejandro que sea hombre  
que no me quedare como lirio,  
con las desventajas que le hablo dentro,  
que si es sólo en Nápoles agora  
por todo lo que he visto, la causa ha sido  
no haber hallado un hombre que al castigo  
fuerde que no justice al mal suceso  
a una travesura. (Que en estado  
de mí, que me llaman con a la brava  
y das cosas de quien no viene)  
¡Como si yo pudiera persuadirte  
que no es la de mi vida de con el cielo  
alguna cosa de tanto que me avoca!

ALVARADO

Si hubiera de volver con a mi vida  
que he nacido a la corte de la corte  
no fuera igual de con tu vida  
no es como en la tumba por donde  
y por donde que he visto, con justicia  
un alma como meca, he aprendido  
hablar en mi vida y con presencia  
misma, se llama a ver con tu vida  
¡Que tanto sea María!

DIRECCIÓN

ALVARADO

Misura con María, se presenta  
que se llama con justicia, se llama  
que se llama con justicia, se llama  
que se llama con justicia, se llama

DIRECCIÓN

Que tanto sea María, se presenta  
que se llama con justicia, se llama  
que se llama con justicia, se llama  
que se llama con justicia, se llama

mi juego y mis desgracias algún día.  
Una de dos: o vos, desde este punto,  
no habéis de entrar jamás por nuestra calle,  
o habéis de ser marido de Marcela  
con sólo el manto que la cubre agora.

DORISTEO.

Dadme un día de término.

ALEJANDRO.

¿De término?

DORISTEO.

Pues ¿no es término honrado, y sólo un día?  
¿No he de dar a mis deudos cuenta de esto?

ALEJANDRO.

Yo me contento.

DORISTEO.

Pues el ciclo os guarde;  
y tú guarda de casarte ahora,  
porque tu pobre hacienda verás luego  
pasar desde tu casa a la del juego.

*(Vanse, y sale el REY, CARLOS y GUARÍN.)*

REY. ¿Retiró la barca?

CARLOS. Ya

de este sitio la apartó.

REY. Bien su palabra cumplió.

¿Guarín, dónde está?

GUARÍN. Aquí está.

REY. En fin, ¿no se puede hacer  
este negocio sin ti?

GUARÍN. Vuestro peligro temí.

REY. ¿Y ya no le puede haber?

GUARÍN. Pues ¿quién, si yo os acompaño,  
que soy el valor del mundo,

que soy Hércules segundo,

os puede hacer algún daño?

¿Es de corcho aquesta espada?

¿Soy de natas, o qué soy?

Que me atrevo, como estoy...

REY. Di, adelante.

GUARÍN. A no hacer nada.

REY. En los peligros, Guarín,  
no es defensa el buen humor.

GUARÍN. Llegando a veras, señor,  
y dando a las burlas fin,  
es soltar de una leonera  
dos leones africanos,  
verme la espada en las manos:  
todo un ejército altera.

En lo que ahora hay criado,  
para matar yo, no hay gente;  
no hay injerto de valiente  
como estudiante y soldado.

¿Juegas las armas?

Muy bien.

REY.

GUARÍN.

REY.

Mucho tardan.

CARLOS.

Ya vendrán.

REY.

Si no es que trazando están  
cómo la muerte nos den.

¿Qué armas juegas?

GUARÍN.

Siete espadas,

si me entran el seis y el as.

REY.

Con esas armas darás  
cincuenta y cinco estocadas.

¿Qué más juegas?, que dos solos  
toman bien la espada y daga.

GUARÍN.

¿No quiera Dios que tal haga!

REY.

¿Pues qué?

GUARÍN.

Dados, truco y bolos.

REY.

Menos sabrás de montante.

GUARÍN.

Ese sé yo bien meter,  
que al reñir suelo poner  
cinco o seis calles delante.

REY.

¿Buen compañero traemos!

CARLOS.

La puerta abren al jardín;

desvíate allí, Guarín;

ten cuenta en tanto que hablemos.

GUARÍN.

Allí me hallarás sentado.

*(Salen la REINA y ROSELA.)*

REINA.

Cierra sin hacer ruido.

ROSELA.

Gente suena.

CARLOS.

Aquí ha venido,  
señora, vuestro soldado.

REINA.

¿Venís solo?

CARLOS.

Ya os previne  
de que un amigo vendría.

REINA.

Que nos sentemos querria.

REV.

Dios, Carlos, nos encamine,  
que en grave peligro estamos.

CARLOS.

Esa señora entretén.

*(Siéntanse a hablar CARLOS y la REINA, y el REY y  
ROSELA, y GUARÍN se echa a dormir.)*

GUARÍN.

¿Por Dios, que me suena bien  
el airecillo en los ramos!

¿Musiquitas para mí?

Pues búrlese como quiera,  
que si calo la visera

y corre este fresco así, [ma  
no hay niño en cuna que duer-



como yo, viven los cielos!  
 sin que me desprecien celos  
 de Belsham de Belsham.

No hay águila que con firme  
 espaldas (y) se esfuerza tanto  
 como yo he temerario yo  
 me cillo para darmeirme.

Puede mata a verada  
 tendiendo Carlos, ¿adónde?  
 ¿Ovella tiene a los dos?  
 Y vos, ¿quién más?

REY.

RODOLFO.

REY.

Un soldado  
 que a aquesta aventura viene  
 por Carlos.

RODOLFO.

REY.

RODOLFO.

REY.

Carlos, ¿quién es?

Un capitán.

Y después?

Opinión, señora tiene  
 de caballero.

REINA.

En efecto  
 prevalece como hidalgo.

CARLOS.

REINA.

CARLOS.

Si soy algo, por vos valgo.

Y como galán discreto.

A lo menos, conozco

que me he fiado de vos.

REINA.

Canta, hidalgo, por Dios,  
 que me habéis hecho merced  
 ¿Cómo llegaste?

CARLOS.

Mojado,  
 siempre enjuto el obrar  
 del tuego de la afición  
 que nuestros ojos me han dado.

REINA.

CARLOS.

REINA.

¿Largo afición me tenéis?

¡Ay, que me sé lo que vi!

Ya, no, pues por este "sí"

adelante estoy me tenéis.

¡Hombré se puede ababar  
 que me yó!

CARLOS.

Petardo que se  
 quise así.

REINA.

Que ventura fue  
 la que te dio aquel lugar?  
 Que enarbala tu buena procura  
 a un valor precioso  
 que tanto venís te dio.

CARLOS.

¿Qué afortunado y ventura?

CARLOS.

Hasta el fin me he querido

que todo agrediese.

Y como venís de vos

muchos hoy que la han tenido.

Que me sirve que yo vea  
 lo que vi en este jardín.  
 Si no llega el bien al fin  
 que en el principio desea?

Saber infiere que ha sido  
 la causa que en la obediencia,  
 que tener muchos han querido  
 por una tan alta.

REINA.

CARLOS.

La aventura es ventura.  
 Deseo que sea, y saber  
 si, temiendo, puede  
 venir de la ventura.

REINA.

CARLOS.

Si yo te digo, ¿qué soy,  
 luego a matarte me obligo.  
 Pues desdichado es que no diga  
 que alegre en mi muerte estoy.

Detente, ¿cómo puedes  
 matarme?

REINA.

CARLOS.

Padra es gesto  
 que con eso solamente  
 lo que así dicho me habéis.

Vos con la Reina de Hungría.

REINA.

¿Hay así? ¿Que se de hacer?

*Levantase y dice Carlos a la Reina un gran ac-*  
*tamento.*

CARLOS.

Pues todo esto, ¿qué me dices?  
 ¿O es así, María?

Aunque enarbolen al cielo  
 yo y el soldado que veo  
 de la que estáis hecho,  
 darte el golpe en vano.

REINA.

CARLOS.

REINA.

Detente, a Dios se encomen-

Caros.

Pues, Carlos, ¿deseo  
 que me obligas valiente  
 también a la rey, si es de hombre

¡Vive Dios! que así se comen  
 entre a mi, que grande soy,  
 mi rey.

CARLOS.

REINA.

CARLOS.

¿Qué es lo que ha de ser?

Tenéis venís mi marido.

Si yo, hidalgo, desear  
 me obligas a tal persona,  
 por lo que es la Ventura. ¿A qué  
 me obligas, ¿qué soy?

Detente, ¿qué me dices?  
 de mi comen, ¿qué soy?  
 como al mismo fin de valen-  
 te, ¿qué comen, ¿qué soy?

¡Que cuando pudiera ser,

por eso, ¿qué me dices?

soy del Rey favorecido,  
que ya os llama su mujer.

Sírvole, su sueldo tiro;  
no hay remedio.

REINA. (Ap.) ¿Qué es aquesto?

¿Un hombre me ha descompuesto?

¿Hombre me cuesta un suspiro?

¿Yo hablo en cosas de amor?

¿Yo hallé un hombre a mi gusto?

¿Que hombre me vea es justo,  
sin ser del mundo el mejor?

Yo le haré rey, ¡vive el cielo!

¡Yo le igualaré a quien soy!

Baste.

CARLOS. A matarme voy;  
REINA. mal estimas mi buen celo.

CARLOS. ¡Señora!...

REINA. Rosela, ven.

REY. Aguarda, señora mía,  
que de mi parte os querría  
hablar ahora también.

REINA. ¿Qué queréis?

REY. ¿Por qué olvidáis

a Filiberto y queréis  
que guerra os haga? ¿No veis  
en el engaño en que estáis?

Amadle, y palabra os doy  
que en vuestra vida habéis visto  
hombre más noble y bienquisto.  
Mas ¿quién eres tú?

REINA. El mismo soy.

REY. Y, ¡por Dios, que si no fuera  
por Carlos, que en la barquilla  
volviérais a la orilla  
donde mi campo os espera!

REINA. Pues, ¡por Dios, que si no fuera  
por Carlos y su afición,  
que os pusiera en la prisión,  
donde mi gente os espera!

Vaya con Dios Vuestra Alteza,  
y haga la guerra en buen hora,  
que yo tengo gente agora  
que guardará mi cabeza:

y despidase de ser  
mi marido eternamente.

REY. ¡Señora, espera, detente!

REINA. No me puedo detener.

Con esta barca vendrás  
a verme, cuando quisieres,  
haciendo como quien eres,  
y con tu Carlos no más;

que si intentases traición,  
cuatro mil hombres esperan

una seña, [con] que hicieran  
mil pedazos tu escuadrón.

(Vanse la REINA y ROSELA.)

REY. ¡Ay, Carlos! (1) ¿Qué es aquesto?

CARLOS. Ya lo ves: la Reina es, [to]  
que porque le vi los pies,  
hoy en sus manos me ha puesto.

REY. El alba se está riendo  
de estos disparates, Carlos;  
los pájaros, sin llamarlos,  
que nos vamos van diciendo.

Llama a Guarín, y partamos.

CARLOS. ¿Guarín?

GUARÍN. ¿Moricos a mí?

CARLOS. ¡Tente!

GUARÍN. Que muy bien los vi  
salir de entre aquestos ramos.

CARLOS. ¡Vuelve en ti, necio!

GUARÍN. ¡Señor!

CARLOS. Mira que el barco se acosta.

GUARÍN. ¿No era mejor una posta?

REY. La cama fuera mejor. [dado!]

GUARÍN. ¡Qué bien, Guarín, me has guar-

REY. ¡Oh, qué bien que lo has oído!

GUARÍN. ¿Cómo?

Mientras he dormido,  
cien moros he degollado.

CARLOS. El barquero acosta el barco.

REY. ¿Vas enojado conmigo?

REY. No, Carlos, que soy tu amigo;  
con mucho gusto me embarco.

Muriéndome voy de celos.

CARLOS. ¡Ay, bellissima María!

GUARÍN. ¡Ay, cama velloso mía,  
que toda la lana es pelos!

## ACTO TERCERO

(Sale DORISTEO y MARCELA.)

MARCELA. ¿Que estás dudoso respondes?

DORISTEO. ¿Parécete gran rigor?

MARCELA. ¿De esa manera a mi amor  
y voluntad correspondes?

DORISTEO. Marcela, ningún agravio  
has de presumir de mí,  
porque te respondo aquí

(1) Así en el original; Hartzzenbusch enmendó,  
sin gran necesidad: "¿Hay tal? ¡Carlos!"

— ¡Como le habéis obligado a ir!

— Yo soy vuestro hijo, querida;  
no hay cosa de más noble  
que ir a servir a la patria.

— ¿Como es posible ser personalista?

— Querido, de punto soy  
carismático; pero me obligan  
a ir a servir al Estado, todo  
lo que es que me voy con tres  
— ¿Cuántos? — Al extranjero  
cuatrocientos pesos, con dos  
para que me acompañen  
— ¿Dónde van? — ¿A dónde? — A la  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

— ¿A qué se van? — A servir a la patria.  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

— ¡Muy querido, ¡muy querido!  
¿A qué se van? — A servir a la patria.  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

MARCELA

— ¿A qué se van? — A servir a la patria.  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

— ¿A qué se van? — A servir a la patria.  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

— ¿A qué se van? — A servir a la patria.  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

— ¿A qué se van? — A servir a la patria.  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

— ¿A qué se van? — A servir a la patria.  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

— ¿A qué se van? — A servir a la patria.  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

— ¿A qué se van? — A servir a la patria.  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

— ¿A qué se van? — A servir a la patria.  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

— ¿A qué se van? — A servir a la patria.  
— ¿A qué se van? — A servir a la patria.

OSWALDO: — ¿Dónde? — ¿A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

OSWALDO: — ¿A dónde? — A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

OSWALDO: — ¿A dónde? — A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

OSWALDO: — ¿A dónde? — A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

OSWALDO: — ¿A dónde? — A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

OSWALDO: — ¿A dónde? — A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

OSWALDO: — ¿A dónde? — A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

OSWALDO: — ¿A dónde? — A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

OSWALDO: — ¿A dónde? — A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

OSWALDO: — ¿A dónde? — A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

OSWALDO: — ¿A dónde? — A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

OSWALDO: — ¿A dónde? — A dónde?  
ALDO: — ¿A dónde? — A dónde?

no pienso que tiene poca:  
que de un sobrino del rey  
es biznieto el padre mío.  
Por mi loco desvarío  
y el querer vivir sin ley,  
es pobre, mas es quien es.  
Y pues que no te has casado  
y en esta casa has entrado,  
saldrás en ajenos pies.

DORISTEO. A la defensa me obligas.

*(Metén mano a las espadas.)*

ALEJ. ¡Muere, infame!  
DORISTEO. ¡Muerto soy!  
MARCELA. ¿Qué has hecho?  
ALEJ. A una iglesia voy.  
MARCELA. Pues ¿qué he de hacer?  
ALEJ. Que me sigas.  
MARCELA. ¿Y aquel viejo padre mío,  
no le prenderán también?  
ALEJ. ¡Ay, Marcela! Dices bien.  
Llevarle en hombros confío,  
porque dirán que es culpado  
y pagará por los dos.  
Padre, yo entraré por vos  
y no os dejaré del lado.  
Si hasta aquí mi vida fué  
cifra de hazañas tan feas,  
hoy seré segundo Eneas  
de la casa que abrasé.

*(Vanse, y sale FILIBERTO, CARLOS, GUARÍN y SOLDADOS.)*

REY. Conocida tu ascendencia,  
pues tienes sangre real,  
de mi campo en la presencia  
hoy te he de hacer general.  
CARLOS. ¡Oh, humilde y santa obediencia!  
¡Beso mil veces tus pies!  
REY. Deja la jineta, pues,  
y denle luego un bastón.  
CARLOS. Guarín, oye una razón.  
GUARÍN. En alto lugar te ves.  
Ya, Carlos, no seré yo  
tu privanza.  
CARLOS. Mi Guarín,  
siempre mi amor te estimó.  
GUARÍN. ¿Qué es lo que mandas, en fin?  
CARLOS. Con este palo me dió  
mi padre Aurelio.  
GUARÍN. Es así.

CARLOS. Pues córtale por aquí,  
y hazme del medio un bastón.  
GUARÍN. ¡Válate Dios, por bordón,  
lo que se sirven de ti! [cho  
¿De qué huevos se habrán he-  
más guisados que de un palo  
de un viejo mal satisfecho.  
que por un hijo tan malo  
puso al bueno en tal despecho?

Ya nos sirvió de jineta,  
ya es bastón de general.  
CARLOS. Parte que bien interpreta  
que a la mano celestial  
mi obediencia ha sido aceta.  
Y mostraré, pues me honra  
en el oficio segundo  
el que primero deshonra,  
que de un palo mismo el mundo  
hace la infamia y la honra.  
REY. ¿Por qué no tomas bastón?  
CARLOS. Ya, señor, se fué a cortar  
de la jineta, en razón  
de que en cualquiera lugar  
piense que unos mismos son.  
REY. Tu humilde pecho me obliga  
a que te levante al cielo.  
CARLOS. Y a mí, tu valor, que siga  
del águila tuya el vuelo,  
que al sol los rayos mitiga.

*(Sale GUARÍN.)*

GUARÍN. Este es el bastón, señor.  
CARLOS. Recíbase por favor  
de tu mano generosa.  
REY. En la tuya belicosa  
estará, Carlos, mejor.  
Quedemos solos.  
CAPITÁN. ¡Soldados,  
retírense!  
CAPITÁN 2.º Bien podrán,  
por no ver tan mal pagados.  
¡General a un capitán!  
Mas toda la guerra es dados.

*(Vase el CAPITÁN y su gente, y quedan solos el REY y CARLOS.)*

REY. ¿Qué hay de la Reina?  
CARLOS. Señor,  
pregúntalo a tu valor.  
REY. ¿Responde a tu carta?  
CARLOS. Sí.



ni a mi nombre ni a mi ley;  
honrrarte es cosa real;  
que más es hacer un rey  
que matar a un general.

Vete en buen hora y corona  
tus sienes de ese laurel,  
pues mi voluntad te abona;  
que, para ponerte en él,  
le quito de mi persona.

CARLOS. ¡Oh, Alejandro sin segundo!  
La tierra es bien que me des  
de esos pies, que en razón fundo  
que es el mundo, si tus pies  
merecen pisar el mundo.

La fama en su anfiteatro  
del último Tile a Batro  
y de Poniente a Levante,  
diga, ensalce, escriba y cante  
ese nombre que idolatro.

Si te parece mejor,  
tomaré tan alto estado;  
que el poder de más valor  
es el hacer de un criado  
un absoluto señor.

Pero la traza has de darme;  
que sin tu gusto no hay cosa  
que pueda en el mundo honrrarme.  
Vete, y di a la Reina hermosa  
que determinas dejarme.

REY.

Ordena su campo y gente,  
pon casa a tu honor decente,  
y acabado de trazar  
me has de enviar a llamar  
por criado o por pariente;  
porque a la Reina dirás  
que aquí tienes tus criados,  
y llevaré algunos más,  
que juntos y disfrazados  
en tu servicio tendrás.

Y si amor tanto la apremia  
que con casarte le premia,  
haré paces con María,  
y dejándote en Hungría  
daré la vuelta a Bohemia.

CARLOS. Yo parto, y te avisaré.

REY. Dios te encamine.

CARLOS. Y te dé  
la vida que te deseo.

REY. ¡Buen Carlos!

CARLOS. Si rey me veo,  
yo vendré a besarte el pie.

(Vase CARLOS.)

REY.

No sé quién ama donde no es querido,  
siendo todo el amor un instrumento  
que, destemplado su divino acento,  
disuena a la razón, como al oído.

¿Qué consonancia harán amor y olvido,  
la fuerza y el desdén, si el fundamento  
de amor es un igual consentimiento  
de las dos voluntades admitido?

Ya no quiero querer lo que solía:  
ni de amor las tormentas, ni las calmas;  
hoy toma puerto la esperanza mía.

Quien no ha vencido no pretenda palmas,  
que consiste de amor el armonía  
en la correspondencia de las almas.

(Sale un CAPITÁN, que trae preso a ALEJANDRO.)

ALEJ. Con menos fuerza podéis  
llevarme.

CAPITÁN. Para un ladrón  
no hay respeto.

ALEJ. No hay razón  
para que así me tratéis.

REY. ¡Hola! ¿Qué es esto?

CAPITÁN. Aquí está  
Su Majestad. Gran Señor,  
este traidor.

ALEJ. No es traidor,  
aunque desdichado es ya;  
y en la presencia de un Rey,  
tratadme bien, Capitán,  
que todos los que aquí están  
saben que es injusta ley.

REY. Quedo, ¿dónde le lleváis?

CAPITÁN. A ahorcarle.

REY. ¿Eres soldado?

ALEJ. No, señor, que hoy he llegado  
a este arrabal donde estáis.

REY. ¿Qué ha hecho?

CAPITÁN. Un hombre mató.

REY. ¿Por qué?

ALEJ. Yo te lo diré.

REY. Habla.

ALEJ. A este campo llegué  
hoy, cuando el alba salió,  
con un viejo, padre mío,  
y una hermana.

REY. ¿Dónde vas?

ALEJ. Buscando un hombre no más,  
que en tu campo hallar confío.  
Desde Nápoles salí.  
Llegóse cierto soldado



a que pagar más pronto,  
 cuanto en el soldado es  
 para sus compaños sus hijos  
 como como a ellos  
 (cuerpo muerto, alma)  
 a los hombres muertos.

Y los otros que cuando en los  
 cosas, cuando en los cosas, están  
 cuando en los cosas,  
 como cuando en los.

Y como cuando en los cosas,  
 y como cuando en los cosas,  
 como a la King de Hungría  
 cuando en los cosas,  
 como en los cosas de la vida  
 como en los cosas de la vida,  
 como en los cosas de la vida,  
 como en los cosas de la vida.

como en los cosas de la vida  
 y como en los cosas de la vida  
 como en los cosas de la vida  
 como en los cosas de la vida.

REV. Solitario y dulce en la vida  
 (REV. REV.)

REV. Tened la vida  
 y el alma. A quien más ve  
 como en los cosas de la vida.

REV. Y como en los cosas de la vida  
 (REV. REV.)

REV. Si como  
 (REV. REV.)  
 REV. Si como  
 (REV. REV.)

REV. Si como  
 (REV. REV.)  
 REV. Si como  
 (REV. REV.)

REV. Si como  
 (REV. REV.)

(Doble Mayoría, Menor y Menor y Menor)

REV. Si como  
 (REV. REV.)  
 REV. Si como  
 (REV. REV.)

REV. Si como  
 (REV. REV.)  
 REV. Si como  
 (REV. REV.)

REV. Si como  
 (REV. REV.)  
 REV. Si como  
 (REV. REV.)

REV. Si como  
 (REV. REV.)  
 REV. Si como  
 (REV. REV.)

REV. Si como  
 (REV. REV.)  
 REV. Si como  
 (REV. REV.)

de la vida, como en la vida.

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida.

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

REV. como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

como en la vida, como en la vida,  
 como en la vida, como en la vida,

(Doble Mayoría)

REV. Si como  
 (REV. REV.)

REV. Si como  
 (REV. REV.)

REV. Si como  
 (REV. REV.)

REV. Si como  
 (REV. REV.)

REV. Si como  
 (REV. REV.)

trabajos me han puesto así,  
desde que un hijo perdí,  
por quien donde veis estoy.

Mas no que merezca ser  
huésped de un Rey, ni aun criado;  
sólo os doy este soldado,  
que no tengo qué ofrecer  
para reconocimiento  
de esta merced otra cosa,  
y porque en mi edad briosa  
tuve algún conocimiento  
de las armas que seguí  
con Carlos, delfín de Francia,  
si aquí os fuere de importancia  
podréis serviros de mí,  
que estas canas respetadas  
os allanarán la tierra;  
porque un gobierno en la guerra  
vale más que mil espadas.

ALEJ. Lo que mi padre ha ofrecido  
es cuanto os podemos dar.

REY. No me han dejado lugar  
de mostrarme agradecido.

ALEJ. Id a Hungría conquistando,  
que la iréis toda rindiendo  
con este mancebo hiriendo  
y este viejo gobernando.

REY. De todos contento estoy.  
Venid conmigo.

MARCELA. Hoy el cielo  
ha dado a mi mal consuelo.

AURELIO. Señor, vuestra hechura soy.  
REY. ¡Por cuán extraño camino  
me ha robado el corazón  
la extremada perfección  
de este rostro peregrino!

En mi vida mujer vi  
que obligase a mi respeto  
ni hiciese mayor efeto  
que se ha conocido en mí.

Humillé la majestad,  
porque como la hermosura  
su mismo hacedor figura,  
obliga y fuerza a humildad.

Por esta vez dejo a Hungría;  
que esta rara perfección  
viene a famosa ocasión  
para olvidar a María.

(*Vanse y sale la REINA y ROSELA.*)

ROSELA.

¿Si habrá mudado intento?

REINA.

Yo sospecho  
que la amistad del Rey le habrá mudado.

ROSELA.

Siendo el amor que te mostró tan grande,  
páreceme imposible que le mude  
en espacio tan breve, por lo menos.

REINA.

Según es Carlos, aunque humilde en prendas,  
en pensamientos de lealtad altivo,  
aunque se muerda del amor que tiene,  
y aunque se pierda con perder mi Estado,  
respetará la fe de Filiberto.

ROSELA.

Bien le desvía el Rey con obligarle.

REINA.

¿Qué cargo tiene?

ROSELA.

General le ha hecho.

(*Sale el SECRETARIO.*)

SECRETARIO.

Carlos está, señora, sobre el puente.  
¿Mandas echarlo, o que se vuelva Carlos?

REINA.

Mando que Carlos entre muchas veces.

SECRETARIO.

Entre, señora, muchas veces Carlos.

(*Vase.*)

REINA.

¿Qué te parece?

ROSELA.

Que, pues viene público,  
habrá dejado al Rey, y será cuerdo;  
porque un reino es mejor, cierto y seguro  
que un gobierno de un campo sospechoso.

SECRETARIO.

Va Carlos está aquí.

REINA.

Salíos afuera.

del CARLOS y GUARÍN.)

CARLOS.

Dame, por favor.

REINA.

Si no te das mis brazos,

no puedes tener. Carlos, que has estado  
a disposición de mi voluntad en guerra

CARLOS.

Impediste, señora, el matrimonio  
Del Rey con mi hermana, desolado

la dejó en luto, y en esfuerzo  
fui al campo Apolono, y a servirte, es justo  
que no te pierda, en la guerra ganar puedo  
de diferente rey, con tu licencia,  
del que servido fue por algún tiempo.

REINA.

Y serás mi leal?

CARLOS.

Amor lo diga.

REINA.

Ya no me hablas, Guarín?

GUARÍN.

Soy muy discreto  
y sé las leyes de la corteza.

Dame sus pies, y sales lavista Reina,  
que cuatro cosas a aflicción obligan  
la labia, la presencia de los reyes,  
cuando hablan los mayores y los sabios,  
y cuando dos amantes se requietan.

REINA.

Pues ¿cuáles son aquellas dos amantes?

GUARÍN.

CARLOS.

REINA.

Y cuál?

GUARÍN.

Una deidad de los reyes.

REINA.

Ve a la An... (que de mí no digas)

CARLOS.

Pues así se hace en todo en la corte,  
desplazando al uno y elevando al otro.

Más... (que tanto me contenta en los reyes,  
que para mí fueran a mi trabajo,  
cualquiera en ellos, y mi padre  
deven de ser el uno de sus hermanos?  
Si vas ahora al piano, ¿de cómo se  
llevar de nuevo la vida en la corte?  
No es que me... (que tanto me contenta en los reyes,  
que para mí fueran a mi trabajo)

REINA.

¿Quieres ir a la corte?

GUARÍN.

Un poquito.

Y... (que tanto me contenta en los reyes,  
que para mí fueran a mi trabajo)  
juntos. Así se ha acostumbrado el con-  
sueño en la corte, cuando un antiguo  
Pastor era Carlos y Verano,  
y tienen grandes reyes y monarcas.  
Carlos es un hombre, dice el lente  
de la Casa An... (que tanto me contenta en los reyes,  
que para mí fueran a mi trabajo)  
el te viene a servir, pero advirtiéndote  
que amor vale también por caridad,  
por el tiempo de hacerme como Reina,  
porque soy la más grande el matrimonio.

REINA.

Pues ¿qué quieres, Carlos?

GUARÍN.

Te te embeso  
que lo soy tanto para todos graves;  
porque si amor tanto me contenta  
de tu Rey, Carlos, y por la calle  
viene para un hombre y Reina,  
también, amor, me contenta a la corte,  
y vive Dios, que ahora de la calle  
o de la corte, con los pies el tapado,  
luchando en el amor, me contenta.

REINA.

¿Quieres ir a la corte con los pies?  
Mi hermana me dice.

CARLOS.

¿Quieres ir a la corte?

REINA.

¿Quieres ir a la corte?

El es hombre, Carlos, y Verano, Alma  
del hombre, que a la corte, me contenta  
a la corte, y a la corte, me contenta.

no me podía echar más a galeras.  
¡Qué cosa, para mí siete leones,  
que me suelo espantar de dos mosquitos!  
¡Oh, bellissimo oficio! Por ¡mi vida!  
¿pensaste acaso que era yo profeta?

ROSELA.

Vuelve, Guarín, que burla mi señora.

GUARÍN.

¿Que burla? Linda cosa si me hiciera  
sobrestante mayor de sus cocinas,  
o que guardara yo siete bodegas;  
pero ¿siete leones?

REINA.

En fin, Carlos,  
¿ya vienes a servirme?

CARLOS.

Aquí me tienes.

REINA.

¿Defenderásme del cruel bohemio?

CARLOS.

Tú lo verás; mas sólo te suplico  
que licencia me des para que traiga  
la casa que en el campo me servía.

REINA.

Yo gusto que te sirvan tus criados.  
Parte, Guarín, y sus criados vengan.

CARLOS.

Guarín, ya sabes lo que está tratado.

GUARÍN.

Déjame hacer. Pero, por Dios, te ruego  
que temples de la Reina el pensamiento;  
porque siete leones no se pueden  
entregar a un cristiano temeroso  
de Dios y de las gentes.

CARLOS.

Ten cuidado,  
que has de contar al Rey lo que ha pasado.

(Vase GUARÍN.)

REINA. Carlos, notable alegría  
me da el verte.

CARLOS. Pues en mí,

REINA.

CARLOS.

REINA.

CARLOS.

REINA.

CARLOS.

REINA.

CARLOS.

REINA.

CARLOS.

REINA.

CARLOS.

¿cuál será, viéndome aquí,  
la que siente el alma mía?

Creo que he de aventurarme  
a hacerte dueño de todo.  
Si el amor te ha dado el modo,  
bien puede amor levantarme.

Hoy has de comer conmigo  
en público, y te ha ver  
mi gente, aunque venga a ser  
más envidia en mi enemigo;

y al fin de aquesta comida  
te he de poner el laurel  
de mis reinos, y con él...

Dilo, así Dios te dé vida  
que alcance a ver en tus brazos  
tus biznietos.

He de ser,  
con mil firmas, tu mujer,  
y quizá serán abrazos.

Abra el alma tus mercedes  
tal puerta en su mismo centro,  
que ellas y tú quepáis dentro,  
aunque en el mundo no puedes.

Hagan fiestas mis oídos,  
como aquel día los ojos,  
que mirando tus despojos  
fueron ellos los rendidos.

Querido Carlos, no es  
tiempo de hacerme colores,  
porque me saldrán mayores  
si me tratas por los pies.

A lo menos, decir puedo  
que por los pies os así,  
porque no os fuistes de mí,  
y, en fin, si con vos me quedo.

El juego de tal ventura  
brújula del alma es,  
el conocer por los pies  
de una Reina la figura.

Jugando en tal alto puesto  
bien sé que puedo envidiar,  
pues esos pies me han de dar  
la mano, y con ella el resto.

De pies nació mi ventura  
para que diga después  
que los que nacen de pies  
la suelen tener segura.

Ven. Trataremos los dos  
que mi reino te reciba.  
¡Vivas mil años!

Y viva  
mi Carlos.

¡Guárdete Dios!

(Pase a Juan MARCELA y FERNÁNDEZ)

- REY. Tod te nueva admiración  
una cosa tan posible  
MARCELA. Por qué no, si no es razón?  
REY. Amor no tiene imposible,  
y es regla un excepción  
MARCELA. Una persona real  
que es su igual.  
REY. No es igual  
a aquello que obliga amar  
MARCELA. Y ¿por qué fuerza señor,  
aunque es regla general,  
que fueras que un rey también  
a querer está sujeto  
REY. ¿Lui te duelen?  
MARCELA. No es de den-  
que a ser su igual es prometo  
que de consorte yo muy bien  
Pero creed que le tengo  
por blason y junto ha sido  
que no me ha de tocar hombre  
la mano si no es con nombre  
(De marido)  
MARCELA. De marido.  
REY. Y va te podrás ver  
bueno en el mundo?  
MARCELA. Sin muy buena de ver  
aunque es que Amor es Dios  
y con su poder su poder  
(Sale GUARÍN)  
GUARÍN. Pueden hablar.  
REY. Bien podrás  
GUARÍN. Por el amor, cuando quieras  
que soy suya y como tal  
REY. Como que puedes las manos  
GUARÍN. Para darme besos y caricias  
REY. ¿Por qué no?  
GUARÍN. A verla voy  
¿Qué se está con cuando amor?  
REY. ¿De qué se aduerten?  
GUARÍN. No sé  
que aduerten en la vida  
O sea en ella, o sea en mí.  
¿Adónde es el amor? ¿Qué es en  
Marcela? ¿Se está quieto? (th)  
Marcela. ¿Quitaré?  
REY. ¿Y cómo voy de fuerza?  
GUARÍN. Señor, con credida fuerza  
y con algunas palabras  
que se han de tomar con fines

de Carlos

- REY. 'Notable empresa'  
GUARÍN. Y servarle hoy a la mesa  
que es día de comedias  
REY. ¿Cómo?  
GUARÍN. La Roma ha querido  
que como Carlos con ella  
Favir de marido ha sido  
Fiero que la Roma bello  
le quiere hacer su marido  
REY. Veo y de que parte voy  
GUARÍN. Ya vido de venir otros  
Marcela se me amos.  
(Pase)  
REY. Vete que al amor dlo  
me hacen desamoroso  
MARCELA. Turbado estoy  
REY. ¿Qué de hacer  
en la ciudad un secreto  
Y de hacerlo ha de ser  
que con todos consiguiera  
que en el mundo quisiera  
Veo, cuando quisiera a hermano  
consigo habido de venir  
MARCELA. Una otra vez muy amor  
REY. Un marido bueno de servir  
y como que quisiera  
que en el mundo quisiera  
MARCELA. Como que quisiera a hermano  
(Pase MARCELA)

- REY. Amor me han dicho que  
que yo me voy a punto  
como de una persona  
(Pase el REY y Juan de MARCELA, GUARÍN y el REY)  
MARCELA. De la mesa con un plato  
La mesa se ha de dar  
GUARÍN. No puedo a nadie hablar  
de fuerza de fuerza  
REY. ¿Qué es el amor?  
GUARÍN. Como que quisiera  
y la mesa se ha de dar a punto  
una persona y persona  
(Sale MARCELA)  
MARCELA. Como que quisiera  
GUARÍN. Como que quisiera  
MARCELA. Como que quisiera

ROSELA. en viniendo el convidado.  
¿Cómo toma ya la gente,  
Rosela, mi pretensión?  
Armado está el escuadrón,  
y de tu palacio enfrente;  
tu guarda, en torno ha de estar  
de la mesa; yo no creo  
que, aunque hubiese mal deseo,  
lo que pueda nadie mostrar.

(Sale CARLOS.)

SECRETAR. Carlos está aquí.  
CARLOS. ¿No es hora  
de venir el convidado?  
REINA. Yo pienso que habéis tardado.  
CARLOS. Antes no tardo, señora;  
que se me ha puesto en la fren-  
que lo que tardo eso vivo. [te  
viendo un escuadrón altivo,  
de tanta lucida gente,  
en la plaza de Palacio.  
Y si es que vengo a morir,  
no me parece venir  
a priesa, sino despacio.

REINA. Carlos, para darte muerte  
bastaba un hombre.

CARLOS. Es así.  
REINA. Que los muchos que hay aquí  
vienen para defenderte;  
que aunque todos son amigos,  
la envidia de tu ventura  
en la tierra más segura  
puede engendrar enemigos.  
Dénnos luego de comer;  
la mesa junta sacad.

(Saquen la mesa y platos cubiertos, en que vengan retratadas algunas ciudades, y en otro plato, una corona de laurel y un cetro.)

CARLOS. Espere tu Majestad:  
pues merced me quiere hacer,  
que me sirvan mis criados.

SECRETAR. Cuatro o cinco están aquí.  
REINA. Que entren a servir les di.

(Sale el REY, AURELIO, ALEJANDRO, MARCELA y GUARÍN.)

REY. Entrad en cuerpo, soldados,  
y, por cosas que veáis,  
no habléis palabra.

GUARÍN. ¡Señor!

CARLOS. ¿Qué quieres?  
GUARÍN. Hazme favor  
de oírne.

REY. ¿Qué os admiráis?  
ALEJ. Callaremos, pues tú quieres  
que callemos.

REY. No se excusa.  
REINA. Y ¿en vuestra tierra se usa  
servir también las mujeres?

CARLOS. ¿Qué me dices?

GUARÍN. Que aquí están  
tu padre y tus dos hermanos.

CARLOS. ¡Ya los cielos soberanos  
venganza en esto me dan!

Disimula.

GUARÍN. ¡Que me place!

CARLOS. ¡Hola! Aguamanos me dad;  
presto, esa fuente tomad.

ALEJ. ¡El cielo estas cosas hace!  
Aquí está, señor, la fuente.

(Tome ALEJANDRO la fuente y llegue de rodillas.)

CARLOS. Echa, aunque fuera mejor  
que se lavara el traidor  
y la diera el inocente.

REINA. ¡Qué maestresala tan viejo!

ROSELA. También será allá costumbre.  
AURELIO. ¡Que vea en tan alta cumbre  
mi no conocido espejo!

ALEJ. ¿Quieres más agua?

CARLOS. Echa más;

aunque más discreto fueras  
si de los ojos la dieras  
que de donde me la das.

AURELIO. Dad acá el paño, buen viejo.  
Bueno solía yo ser;  
pero vineme a perder,  
gran señor, por mal consejo.

CARLOS. No me llares gran señor,  
aunque el dolor te lo mande;  
porque cuando soy más grande,  
para ti soy el menor.

Si cuando tú me ofendiste,  
del suelo te levanté,  
¿en qué lugar te pondré  
ahora que me serviste?

AURELIO. El paño te doy, señor,  
que para mis ojos fuera  
mejor, si enjugar pudiera.  
no el llanto, sino el dolor.

Todos estamos aquí;  
a todos nos trujo a verte  
el cielo, en tan alta suerte.

(MARCELA llega a coger las toallas con dos platos trincheros.)





y más obediencia mía.  
Y tú, mi hermano Alejandro,  
causa de tantas desdichas  
de mi padre y de mi hermana,  
vuelve a tu nobleza antigua.  
Veis aquí todos mis brazos.

AURELIO.

Hijo, de las culpas mías  
piden perdón estas canas.  
Grave historia.

REINA.

ROSELA.

REY.

Peregrina.  
Hermosa Reina, yo soy  
Filiberto.

REINA.

Si tenía  
guerra contigo y desdén,  
hoy a justo amor me inclinas  
por lo que has hecho con Carlos.

REY.

Por ti, conmigo confirma  
Carlos inviolables paces,  
porque Marcela me obliga  
a ser su esposo.

CARLOS.

Señor,  
el laurel que tengo, pisa.  
Prometí besarte el pie.  
Cumplirlo quiero.

REY.

Desvía  
para que Marcela llegue.

MARCELA.

CARLOS.

Yo soy de tu mano indigna.  
Manda, señora, a Rosela  
que a mi Alejandro reciba  
por marido.

REINA.

Ella es dichosa.

GUARÍN.

Dadle vuestra mano, prima.  
Eso sí. Cargar, cargar;  
ándese entre ellos la jira,  
y tire el pobre Guarín.  
Todos de Guarín se olvidan.  
Allá los siete leones  
me darán su compañía.  
Despedazarán mis carnes,  
en mí vengarán sus iras.  
Holgaránse algunas viejas;  
lloraránme algunas niñas.

(Hace que se va.)

CARLOS.

GUARÍN.

CARLOS.

GUARÍN.

CARLOS.

REY.

GUARÍN.

ALEJ.

¡Tente, Guarín! ¿Dónde vas?  
A la leonera me iba.  
Diez mil ducados te doy  
y una famosa alcaldía.  
¿Por una vez, o de renta?  
De renta.  
Y yo, treinta villas.  
Entróme treinta con rey,  
gané diez mil, ¡brava dicha!  
Aquí, senado, se acaba  
(todos a sus padres sirvan)  
*La obediencia laureada*  
*y el primer Carlos de Hungría.*

FIN DE LA COMEDIA DE LA OBEDIENCIA LAUREADA  
Y EL PRIMER CARLOS DE HUNGRÍA

# LOS PELIGROS DE LA AUSENCIA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

## PERSONAJE DEL PRIMER ACTO

DON PEDRO: JUANDE, criado.  
DON PEDRINCO: RAMIRO, criado.  
DON FERRIS: MARTIN.  
DON JACINTO: JERONIMO.  
DOÑA RUANA: YERON.  
TODA LA TRUFA.

Entra Don Pedro y Martini.

PEDRO. ¿Qué... al punto desta noche?  
MARTIN. E de adonde viene?

que a la villa venimos (1)  
y almorzamos en la posada.  
Ella es la casa más buena  
que a nosotros nos acomoda.  
Se ha mudado que quedamos  
sobre las cosas viejas.  
gracia ha hecho de un padre,  
sobre quanto la herencia.

PEDRO. ¿Cuanto es la casa hermosa?  
MARTIN. Solo a la manera de casa.

HAUT. ¿Qué, qué cosa es esta?  
PEDRO. ¿Qué cosa?

MARTIN. ¿Que se mudó?  
HAUT. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?  
MARTIN. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

PEDRO. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

MARTIN. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

PEDRO. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

MARTIN. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

PEDRO. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

MARTIN. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

PEDRO. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

en un punto de tiempo  
dame de la casa.

¿Cuanto es la casa?  
¿Cuanto es la casa?  
¿Cuanto es la casa?  
¿Cuanto es la casa?

PEDRO. ¿Que... al punto desta noche?  
MARTIN. E de adonde viene?

que a la villa venimos (1)  
y almorzamos en la posada.  
Ella es la casa más buena  
que a nosotros nos acomoda.  
Se ha mudado que quedamos  
sobre las cosas viejas.  
gracia ha hecho de un padre,  
sobre quanto la herencia.

PEDRO. ¿Cuanto es la casa hermosa?  
MARTIN. Solo a la manera de casa.

HAUT. ¿Qué, qué cosa es esta?  
PEDRO. ¿Qué cosa?

MARTIN. ¿Que se mudó?  
HAUT. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

PEDRO. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

MARTIN. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

PEDRO. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

MARTIN. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

PEDRO. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

MARTIN. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

PEDRO. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

PEDRO. Si él se la pide, confieso  
que don Sancho estime en más  
a don Bernardo.

MARTÍN. Y ¿qué harás  
entonces?

PEDRO. Perder el seso.

(Entre LEONOR, esclava, con manto y sombrerillo se villono, y por otra parte, RAMIRO, criado, cada uno con su papel.)

LEONOR. ¿El seor don Pedro está aquí?

RAMIRO. ¿Está en casa el Veinticuatro?

MARTÍN. ¿No le ves, Leonor? Ramiro.  
llegad, que aquí está mi amo.

LEONOR. Dios guarde tan lindo talle,  
Veinticuatro, el más gallardo  
que vió la insigne Sevilla  
en su cabildo en mil años.

PEDRO. ¡Oh, morena de los cielos,  
en cuyo color mezclaron  
su ocaso oscuro Etiopía  
y España su oriente claro!  
¡Bien haya cuarenta veces  
el buen gusto de aquel blanco  
que se pagó de tu madre,  
que por el que tiene vario  
fué hermosa naturaleza!

LEONOR. Bien dices, porque jugaron  
mis padres al ajedrez.

PEDRO. Hanme dicho que don Sancho  
te quiere como a su vida.

LEONOR. Dice que soy su regalo.

PEDRO. Eres linda conservera.  
¡Bien hayan, Leonor, tus manos!  
Muestra, besártelas quiero.

LEONOR. Algo has visto.

MARTÍN. Con recato,  
que aguarda Ramiro allí,  
criado de don Bernardo.

LEONOR. Este papel te traía  
del ángel que adoras tanto;  
quisiera hablarte, y no puedo,  
que está aquel hombre mirando.

PEDRO. Muestra, morena divina,  
muestra.

MARTÍN. No vendrá muy blanco,  
si ha rato que le traía.

LEONOR. ¿Qué le parece al lacayo?

MARTÍN. Yo, porque guisas lo digo.

LEONOR. Si guiso, también me lavo.

MARTÍN. Y más que escribir se puede  
con el agua de tus manos.

LEONOR. Oiga el señor estornudo.

MARTÍN. Antes de hacerlo me guardo  
porque no te corras, perla,  
con dos erres.

LEONOR. ¡Si me abajo  
por la chinela!

MARTÍN. ¡Detente!

PEDRO. ¡Basta, necio!

MARTÍN. Ángel tiznado,  
mi amo dice que basta.

PEDRO. Sol, eclipsados los rayos,  
toma este bolsillo, y vete,  
que me espera aquel criado.  
Con Martín responderé.

LEONOR. ¡Vivas, don Pedro, más años  
que en una ciudad pequeña  
la enemistad de dos bandos  
y el pícaro por el agua  
de la mar!

MARTÍN. Quedo y reparo.

LEONOR. Tome.

MARTÍN. Bofetón con guante  
de ámbas es favor, no agravio.

PEDRO. ¿Qué manda vuesa merced?

RAMIRO. De mi señor don Bernardo  
es este papel.

PEDRO. Veréle,  
que agora estoy ocupado,  
y responderé después.

RAMIRO. ¡Guárdeos Dios!

PEDRO. Solos quedamos,  
y cargados de papeles.  
Martín, tu consejo aguardo.  
¿Cuál dellos leeré primero?

MARTÍN. Barajémoslos entrambos.  
Mas lee el de doña Blanca,  
porque el de ese necio honrado,  
si viene con pesadumbre,  
no te agüe el gusto.

PEDRO. Es engaño;  
mejor es leer el suyo,  
porque después, si hay enfado,  
doña Blanca me le quite.

MARTÍN. Bien dices.

PEDRO. La nema rasgo.

(Lee:)

“Desconfiado de mi corto merecimiento, no  
he querido aventurar mis esperanzas a los fa-  
vores de doña Blanca, en competencia de quien  
tiene tantos, sino la vida a mis recelos y dis-  
gustos, y, por excusar los que me da v. m., le  
suplico sea servido de venir esta tarde al cam-

pe de Triana, donde me hubiera esperaba-  
do, para verme que te esperaba y la capa."

¡Excella papel!

MARTÍN. Estrado.  
PEPE. Bien has en venir pidiendo  
pase en el de Blanca, negro  
más sencillo a su hijo.

¿Qué?

"Lo que me ha hecho las cosas para ir esta  
noche a Triana, por ser fiestas del Espíritu  
Santo. Hacia el río llevaré en mi coche con  
dosa liras mi primo. Podréis saber más, en-  
trav al desquero de el mismo lugar, donde po-  
dre hablarlos. Si, ay, Dios!, si fuer tan an-  
cho Guadalupe que nunca llegáramos a  
Triana."

MARTÍN. ¿Que fuentes?  
PEPE. ¿Estas con mí?

MARTÍN. ¿Que bien hasido en guardar  
tal placer a tal pesar?

PEPE. ¿Que confusión?  
MARTÍN. ¿Cómo anda?

PEPE. Por una parte el honor  
al diablo me llama,  
y por otra, de mi dama  
no esta bariando el amor. [cer?

¿Que bien? Mas ¿qué puedo ha-  
ber? ¿he de perder mi gusto?  
El feroz dolor que es justo,  
y amor, que no puede ser.

Pierdo en seguida escarín.  
Marta, la que me ofrece  
mi honor desde este día.

Por una parte, es razón  
que al feroz me llama,  
pero cuando se tendrá  
el fin de prometo que fue  
desgracia al no se bariar?

Voy al río, qué a este punto  
barrido me tiene en  
de tan bien me compaño  
¿que un papel deprecio  
¿que me tiene a este  
para cuando le dare  
y poner así en cuberda  
lo que me da de Blanca. He

¿Que bien? ¿Que bien? ¿Que  
que se tiene. Guadalupe, amor,  
que sea en el campo el tiempo.

Guadalupe con gusto vi.

Voy a ir a perder  
con razón, hacer más  
con un poco de amor,  
mucho, que bariando de hacer?

"Voy a Triana, Marta,  
para que que una compaña  
vaya en hora en Triana  
¿que bariando en Triana?

¿Me con gusto me bariando  
que bariando en Triana  
con una compaña. Voy  
y que bariando la compaña? [aparece]

¿Que con bariando este hombre  
que bariando de que bariando?  
Bariando el papel. He turbado  
el fin de bariando tiempo.

Voy a ir en el infante  
que me bariando de que bariando.

¿Me bariando, pero voy  
que bariando de que bariando  
bariando y que bariando me ha gustado  
ver tan de cerca los cosas  
de mi vida, con mi vida,  
y el bariando bariando?

Parte, Marta, a bariar  
entre los bariando a Blanca.

MARTÍN. ¿Que bariando?

PEPE. ¿Que se me arrastra  
toda el alma de que bariando.  
He que Sevilla bariando  
que bariando me bariando  
he que bariando me bariando.  
[bariando en bariando bariando]

¿que bariando de mi bariando  
que bariando me bariando  
que bariando me bariando  
que bariando me bariando  
que bariando me bariando  
que bariando me bariando  
que bariando me bariando  
que bariando me bariando

MARTÍN. ¿Que bariando de bariando  
que bariando me bariando?

PEPE. Voy a ir a bariando, y me bariando  
que bariando me bariando me bariando  
que bariando me bariando me bariando  
que bariando me bariando me bariando  
que bariando me bariando me bariando

[canto y danza de bariando de bariando de bariando]

BARI. 1.º. Voy a ir a bariando  
que bariando me bariando me bariando

[canto de bariando de bariando de bariando]

ALBINO. Voy a ir a bariando  
que bariando me bariando me bariando

BARQ. 2.º Aquí, que ya nos partimos.  
Aquí, hermosas. Entren, vamos.

ALBERTO. Qué bien vestidos de ramos  
con sus dorados racimos,  
en vez de toldos están  
los barcos, ¡oh, gran Sevilla!,  
como cisnes, por la orilla,  
las alas abriendo van.  
Oye, arráez, salga afuera,  
que tengo que hablarle un poco.

BARQ. 1.º Ya la blanca arena toco  
de la mojada ribera.  
¿Qué manda el seor forastero?

ALBERTO. Ese barco he menester  
para Sanlúcar.

BARQ. 1.º Ayer  
me habló cierto caballero.  
¿Es su criado?

ALBERTO. No; fué  
por ver hoy la bizarría  
de Sevilla.

BARQ. 1.º Al fin del día,  
si él gusta, le servirá.

ALBERTO. Quede así; pero esta tarde  
le ha de traer por el río  
que de su hermosura y brío  
hacen las damas alarde,  
y todo entrará en la cuenta.

BARQ. 1.º ¿Pasaré esta gente?

ALBERTO. Sí,  
como luego vuelva aquí.

(Vase, y salga DON FÉLIX, caballero de la corte, de camino.)

FÉLIX. ¡Qué mal quien ama se ausenta!  
Vine de Madrid, posé  
en una casa vecina  
al jardín de Falerina,  
que más encantada fué,  
donde la ventana opuesta  
a la de una hermosa dama  
fué deste incendio la llama,  
y yo, materia dispuesta.  
Señas hice, aunque entendidas,  
a traición disimuladas,  
que mientras más declaradas  
fueron menos acogidas.  
Pagároume con cerrar  
muchas veces la ventana,  
que tantas, tarde y mañana,  
dió mi amor en porfiar.  
Ha llegado la ocasión  
de partirme, y voy de suerte

que de mi vida a mi muerte  
habrá poca dilación.

ALBERTO. Alberto, ¿qué haces aquí?  
El barco que he concertado  
aguardo con el cuidado  
de tu partida.

FÉLIX. ¡Ay de mí!

ALBERTO. ¿De qué es la pena?

FÉLIX. No sé.

ALBERTO. ¿Sientes partirte?

FÉLIX. ¿Pues no?

ALBERTO. ¿Qué ocasión jamás te dió  
quien siempre de mármol fué  
más firme que las columnas  
de su casa, que con necios  
suspiros, por sus desprecios,  
el claro viento importunas?

Si amaras a doña Inés  
como a doña Blanca, creo  
que hicieras mejor empleo,  
por lo que entendí después.

FÉLIX. ¿Cómo?

ALBERTO. Un día que la vi  
sola y a hablarla llegué,  
como yo lo imaginé,  
que te adora conocí.

Pero ya son disparates  
estas cosas para quien  
se va a las Indias, ni es bien,  
señor, que de amores trates.

Que quien ha de gobernar  
una provincia ha de ser  
tan prudente, que aun del ver  
honesto se ha de guardar.

Sé ambicioso, sé arrogante,  
hurta, roba, come, bebe,  
juega, sé avariento, debe,  
ten entrañas de diamante;  
que con sólo ser honesto,  
aunque lo finjas, serás  
respetado, porque es más  
que ser diablo manifiesto.

FÉLIX. Bien dices; pero en mis años  
no te espantes que el amor  
ejecute su rigor,  
solicite sus engaños.

En las Indias podré ser  
virtuoso, pues que ya  
toda la virtud está  
en no tratar de mujer.

Con esto será estimado;  
que como amor es flaqueza,  
el que en ser flaco tropieza,



¡Como los de un vegetal!

¡Certo que tengo razón:  
si puedo en flores me pongo  
si que en los campos me voy;  
pues, ¿qué pretendo la vida  
¡Vaya, vaya, muchachos!  
¡Alfama, alfamales,  
en volando se hallen—  
¡como cuando me voy!  
¡Pues de los volos se apean  
dos chorros!

ISABEL. Voy la memoria  
que tanto, dice de Sevilla  
de que me voy de aquí.

¡Vaya, vaya, como es Toledo!

FRANC. ¡Ay, cielo!

Al partir, una palabra  
fue: que con la voluntad  
se acuerda es así que revolví  
— como ya sé, al que más placerte  
de memoria, dices  
— desde aquí, es el color  
de el que más me acordó.

¡Eso, dices de aquí  
que: ¡Adios a Toledo  
¡Oye, hermano, hermano,  
en agua de vino a mí!  
¡Y más, como es un vino,  
¡aprovecho los años que me  
puedo por verlos, espero  
puedo por verlos, espero.

(Salen Diego, Blanca, María, Juan y Ismael, malalta.)

BLANCA. ¡Agustín, ¿cómo?

ISABEL. ¡Hermano!

¡Pues me pongo al río.

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

¡Ay, mi hermano, hermano!

— Como, ¿cómo me voy a volar  
por el río? Me he volado  
al río, de la cabeza, por el río  
al río, de la cabeza, por el río  
al río, de la cabeza, por el río  
al río, de la cabeza, por el río.

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

Me he volado, como, volado.

— Como, ¿cómo me voy a volar?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

¡Ay, hermano, ¿cómo está?  
que me voy a volar, a volar,  
como, ¿cómo me voy a volar?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

FRANC. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

BLANCA. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

ISABEL. ¡Ay, hermano, ¿cómo está?

que no le pueden querer?

FÉLIX.

Ya que tantos desengaños  
combaten mi pensamiento  
con sentencia tan cruel  
para tan breve proceso,  
turbado y loco de amor,  
enamorado y suspenso,  
indicio de que he perdido  
las esperanzas y el pleito,  
dice amor (1), dulce señora,  
que de vuestra boca apelo  
a vuestros tiernos oídos,  
oidores de su consejo.  
Oigan en apelación,  
y si me condenan ellos,  
quejaréme a vuestros ojos,  
más piadosos, por ser cielos.  
Pero si los dos jueces  
de esos labios, en su acuerdo,  
me han dicho que amáis un hombre,  
siendo vos quien sois, ¿qué espe-  
Otras mujeres, amando, [ro?  
olvidan por hombres nuevos,  
y si no olvidan, no tienen  
puerta con llave en el pecho.  
Pero vos, cuando llegáis  
a decir "un hombre quiero",  
llevóse el alma tras sí  
la puerta del pensamiento.  
Entre muros de diamante  
estará cerrado y preso,  
con ser cosa que hizo Dios  
más alta que el mismo cielo.  
Con esto, os diré quién soy,  
mi jornada y mis deseos,  
para que os quede memoria,  
pues no os queda sentimiento.  
Yo soy don Félix Manrique,  
que por pobre caballero  
vine a servir a la corte,  
último y noble remedio.  
Dióme un príncipe su casa,  
grande por todo y de aquellos  
en quien los reyes se miran,  
cual suele un hombre a un espejo.  
Mas yo, temiendo que tiene  
la fortuna ciertos tiempos  
en que le da una locura  
de deshacer cuanto ha hecho,  
pedí al príncipe que digo

me hiciese algún bien de presto,  
porque no hay firme criado,  
si se muda la del dueño.  
Corre una nave la mar  
con más ricos paramentos  
que un enjaezado caballo,  
cuando lleva en popa el viento;  
duerme el piloto mayor,  
y luego los pasajeros,  
olvidados de que van  
fuera del propio elemento.  
Levántase un huracán,  
en un instante deshecho:  
dan voces: "¡amaina, vira!";  
vanse a pique, no hay remedio;  
ahóganse los culpados,  
y piérdense a vueltas dellos  
los inocentes también,  
porque sus cómplices fueron.  
Di prisa a mi pretensión;  
dióme en Indias un gobierno,  
hice galas y partime  
murmurado de mil necios.  
Murmuren cuanto quisieren,  
que no tengo por discreto  
el hombre, si no es premiado,  
que se envejece sirviendo.  
Dijo un sabio que en palacio,  
aunque esto lo dijo en griego,  
con simiente de esperanzas  
sembraba canas el tiempo.  
Llegué, hermosa doña Blanca,  
a Sevilla, al mismo centro  
de la nobleza, al valor  
del mundo, al humano cielo;  
acerté a tener posada,  
por mi dicha no lo creo,  
enfrente de la alta casa  
que de tu hermosura es templo.  
Dél venías la mañana  
que te vieron mis deseos,  
coronada de más rayos  
que ilustra el oriente Febo;  
pues, como vi tanto sol,  
tantos diamantes tan bellos,  
tantas perlas, oro y plata,  
admirado dije a Alberto:  
"¡Qué presto habemos llegado  
a las Indias, pues tan presto  
nos abrasa tanto sol  
y tales riquezas vemos!"  
Fui continuando tu vista,  
y vi el ejemplo más cierto,

(1) Hartzenbusch, en lugar de estas dos palabras escribió "oidme".



de un imposible que a morir me anima.  
Fuése a otro polo el sol, dejóme el fuego,  
y aunque abrasarse el corazón estima,  
quedara alegre, aunque expirando estaba,  
con que supiera el sol que yo le amaba.

(Sale MARTÍN, disfrazado de ciego, con un muchacho o perrillo atado en un cordel.)

MARTÍN. ¡A qué mal tiempo he llegado,  
si en tan cruel ocasión  
no me vale la invención  
con que vengo disfrazado!

Pues dejar de hablar no puedo  
a doña Blanca. ¿qué haré?

¿Si llegaré? ¿Si podré  
vencer de don Sancho el miedo?

Que es hombre que si entendi-  
que ando de Huete a Alcalá... [se  
Pero ellos me miran ya;  
ciego y rezo, aunque me pese.

¿Hay quien me mande rezar?  
Aunque ciego, todavía  
dejo cierta celosía  
por donde pueda mirar:

que, mientras no sé si soy  
conocido destas dueñas,  
dejo un ojo haciendo señas,  
como quien juega al rentoy.

¿Hay quien me mande rezar  
la oración del Justo Juez,  
de los mártires de Fez,  
de Santelmo para el mar,  
de la vista de Lucía,  
de la Magdalena el llanto  
y del Espíritu Santo,  
hoy, en su bendito día?

BLANCA. Prima, ¿no es éste Martín,  
del Veinticuatro criado?

INÉS. ¿A qué vendrá disfrazado?

MARTÍN. Del santo fray Juan Guarán  
me manden rezar la historia.

SANCHO. Las voces que aquestos dan,  
me matan.

BLANCA. Oye, galán:  
¿tiene, acaso, en la memoria  
la de san Nofre?

MARTÍN. He compuesto  
muchas. Llégueseme acá,  
y cierta cosa sabrá  
que le importa.

BLANCA. Diga presto.

MARTÍN. Hoy, don Bernardo ha enviado  
al Veinticuatro un papel

de desafío, y por él  
salió al campo y le ha buscado.  
Los dos se han visto.

SANCHO. ¿Qué es eso?  
MARTÍN.

Y el santo que aquí llegó,  
como a su contrario vió,  
le dijo, con mucho seso:

“Enemigo Satanás,  
¿qué me quieres esta tarde?”  
No era el demonio cobarde,  
y dijo: “Aquí lo verás”.

Nofre, entonces, desnudando  
la espada de la oración,  
resistió la tentación,  
diestramente peleando;

pero en aquesta pelea,  
mucha gente que pasó,  
que le venciese estorbó.  
¡Plegue a Dios que por bien sea!

(Porque se han ido los dos  
de Alfarache hasta San Juan,  
adonde se matarán,  
si no lo remedia Dios.)

Nofre bienaventurado,  
ruega al Señor sin pasión  
por quien dice esta oración,  
que no por quien la ha pagado.

Librale de que le den  
de palos y azotes fieros;  
dale salud y dineros  
y tu santa gloria, amén.

(Íáyase y deténgase.)

BLANCA. Todo lo tengo entendido,  
y el alma me ha traspasado.  
Inés.

INÉS. ¿Prima?

BLANCA. Ya ha llegado  
la desdicha que he temido.

El Veinticuatro salió  
con don Bernardo, esta tarde,  
al campo: amor no es cobarde,  
ninguno el campo venció.

Lejos de Tablada van,  
donde no impida la gente  
su intento.

INÉS. Tu padre siente  
que pesadumbre te dan,  
y ha reparado en el ciego.

BLANCA. En la oración me contó  
cuanto entre los dos pasó.

INÉS. Que te reportes te ruego.



su antigua gentilidad.

Yo he probado vuestro pecho,  
y cierto que me ha pesado  
de que, siendo tan honrado,  
no esté de mi satisfecho.

Y como hombre que la espada  
ha sacado ya con vos,  
sin ventaja que en los dos  
pueda ser considerada.

digo que si hidalgamente  
me decis lo que habéis sido  
de Blanca favorecido,  
para que lo mismo os cuente,

y estáis en mejor lugar,  
de servirla dejaré,  
porque afición os cobré,  
y os la quisiera mostrar.

desde que reñir os vi.

BERNARDO. Lo mismo me ha sucedido;  
mas ¿tengo de ser creído?

PEDRO. Claro está.

BERNARDO. Pues digo así:

La más hermosa mañana  
que nuestros ojos celebran  
en el rigor del verano  
y con más aplauso y fiesta,  
en este famoso río,  
que de la falda de tela  
de la ropa de Sevilla,  
de tantas ciudades reina,  
con cuchillo de cristal  
corta sobre blanca arena  
este jirón de Triana,  
reliquia de su grandeza,  
vi en un barco a doña Blanca,  
cuando la rubia madeja  
sacaba el sol de las aguas,  
mirándose el rostro en ellas.  
Salió más presto aquel día:  
debió de ser para verla  
sin aguardar al aurora,  
que en Blanca la vió más bella.  
Hice, admirado de ver  
su hermosura y gentileza,  
al arráz de mi barco  
que fuese en corso tras ella.  
¡Oh, cuántas veces pensé  
que si yo corsario fuera,  
robara tal joya a España,  
Paris de tan linda Elena!  
Como iba enramado el barco,  
parecíanme las selvas  
que pinta Ovidio en Fenicia,

de niñas desnudas llenas.  
Acordábame de Europa,  
y que si Júpiter fuera,  
rompiera las blancas ondas,  
nave animada por ellas.  
Finalmente, doña Blanca  
tomó puerto en una huerta,  
no sé si sabré pintarla;  
pero ¿quién habrá que sepa?  
Llevaba un baquero azul,  
brahón y manga francesa,  
cubierto de plata y nácar,  
cielo azul de blanca estrella;  
un manteo de tabi  
puesto en corto, y cortés era,  
pues descubría, al descuido,  
una argentada chinela;  
cintas blancas le apretaban,  
que si por dicha atormentan  
deseos de un imposible,  
pudieran servir de cuerdas;  
eran, en fin, celosias,  
asomándose por ellas  
pies que pisaron más almas  
que aquella mañana arenas.  
Quise pintaros, don Pedro,  
por los pies, como quien juega.  
esta figura que vos  
ya debéis de conocerla;  
porque tratar de su rostro  
fuera tomar sin destreza  
claveles para pinceles,  
y para tabla, azucenas.  
Anduve de árbol en árbol,  
como pájaro que llega  
enamorado a la liga;  
al fin pude hablarla y verla.  
¿Son favores este gusto,  
y que, viéndola en la iglesia,  
a preguntas de mis ojos  
me da en risa las respuestas?  
Jamás se cansó de verme,  
y recibió, cierta fiesta,  
una rosa de mi mano,  
con amorosa apariencia.  
Atrevido fui, y dichoso,  
que a la misma primavera  
di rosas, que agradecida  
me pagó su boca en perlas.  
Díjome una esclava suya  
que le preguntó quién era:  
quien quiere saber quién soy,  
memoria le dan mis penas.





PEDRO. Saben los cielos  
que os estuviera mejor.  
BERNARDO. ¡Matadme, por desdichado!  
PEDRO. ¡A lo menos, por romper  
la palabra!  
BERNARDO. ¿Qué he de hacer,  
celoso y desesperado?

(Salen MARTÍN y DON SANCHE.)

MARTÍN. Aquí se oyen las espadas.  
SANCHE. Caballeros, respetad  
mis años.

PEDRO. Tu autoridad  
basta.

SANCHE. Y el ser tan honradas  
que dan tal satisfacción  
sosegando los aceros.  
No pregunto, caballeros,  
la causa desta cuestión,  
sino a don Pedro suplico  
se venga conmigo.

PEDRO. Iré  
a servirlos.

BERNARDO. Oíd, en fe  
de quien sois, pues no replico  
a la merced de llevar  
al Veinticuatro con vos.

SANCHE. El no llevar a los dos,  
es porque le quiero hablar.

BERNARDO. La causa desta cuestión  
es vuestra hija. Mirad  
que fundo esta libertad  
en que pienso que es razón  
que me la déis por mujer.

SANCHE. Yo os la diera, si no fuera  
de don Pedro, a quien espera,  
que esta noche lo ha de ser.

MARTÍN. ¡Cerró la plana!

SANCHE. Venid,  
señor don Pedro, conmigo.

PEDRO. Beso vuestros pies, y digo...

SANCHE. Ninguna cosa decid;  
que desta suerte remedia  
un padre honrado su honor,  
antes que dé un loco amor  
principio a alguna tragedia.

PEDRO. ¡Ay, Martín!

MARTÍN. ¡Calla, por Dios!,  
que ya es Blanca tu mujer.

BERNARDO. ¡Vive el cielo, que he de hacer  
que no se junten los dos!

ACTO SEGUNDO

PERSONAS QUE HABLAN EN EL:

|               |               |
|---------------|---------------|
| DOÑA BLANCA.  | ALBERTO.      |
| DOÑA INÉS.    | RUFINO.       |
| DON FÉLIX.    | LEONOR.       |
| DON PEDRO.    | MARTÍN.       |
| DON BERNARDO. | EL EMPERADOR. |
| LUCINDO.      |               |

(Salen DOÑA BLANCA y DOÑA INÉS.)

BLANCA.

¡Cuán bienaventurada,  
Inés, puede llamarse  
la que, casando por amores, tiene  
tal dicha en ser amada,  
que puede asegurarse  
de que sola le goza y entretiene  
aquel saber que viene  
con el mismo deseo  
que su esposo tenía  
cuando la pretendía!  
Después de tanta posesión, no creo  
que tenga igual contento,  
porque es cielo en la tierra el casamiento.

Tres años hace agora,  
¡ay, qué dicha la mía!,  
que con el Veinticuatro estoy casada:  
los mismos que me adora,  
creciendo cada día  
la fe con que me tiene asegurada.  
Así de mí se agrada;  
así me hace favores,  
como cuando era amante.  
¡Ay!, vayan adelante  
los regalos, los gustos, los amores,  
que si falta contento,  
es infierno en la tierra el casamiento.

Los hijos que he tenido,  
hermosos como el dueño,  
ángeles desta paz y fe segura  
dice el amor que han sido,  
que sin ellos es sueño,  
quien casa por amor, tener ventura:  
si la que tengo dura,  
sin celos, sin agravio,  
como en don Pedro espero,  
tan noble caballero,  
tan generoso, tan prudente y sabio,  
no quiero más contento:  
cielo en la tierra fué mi casamiento.



MARTÍN. Señor viene.

BLANCA. Y quien le adora.  
por alma que vive en mí.

(Sale DON PEDRO.)

PEDRO.

Pasa la nave igual al pensamiento:  
líquidos montes de salada espuma:  
flecha del agua, de los vientos pluma,  
rayo veloz del húmido elemento;

y en un instante el proceloso viento,  
para que de las alas no presuma,  
hace que la alta máquina consuma  
toda su fuerza con rigor violento.

Lozano almendro esmalta la vestida  
camisa, y en un punto el cierzo vierte  
las flores por la tierra agradecida.

¡Oh humana condición, que nos advierte  
que no hay seguro bien en esta vida,  
porque se va camino de la muerte!

BLANCA. Viéndoos hablar entre vos,  
bien mío, he estado suspensa.

PEDRO. Perdonad si os hice ofensa,  
hermosa Blanca, ¡por Dios!  
que venía divertido.

BLANCA. Pues, mi señor, ¿qué tenéis?  
¿Cómo no me respondéis?  
Agüero mi gozo ha sido  
de algún pesar que me espera.  
¿Qué es esto? ¿Qué novedad  
os obliga?

PEDRO. En la ciudad...  
Pero no es justo que os quiera  
dar disgusto, Blanca mía.  
Después tenemos que hablar.

BLANCA. Mataréisme con callar.

PEDRO. Noche, amores tiene el día  
en que decirlo os prometo.

BLANCA. ¿Cuándo habéis visto mujer  
que del pesar o el placer  
pueda sufrir el secreto?

No habéis sabido callar  
el principio desta pena,  
y yo, de sospechas llena,  
¿podré a la noche esperar?

No, mi bien; no, mi señor;  
que es matarme con sangría  
aguardar al fin del día.  
De un golpe será mejor.

¿Qué tenéis? ¿Qué ha sucedido?

PEDRO. Pues, Blanca, para mi muerte,

de procurador la suerte  
en la ciudad me ha cabido,  
y aunque la puedo trocar,  
bien veis vos que no es razón  
perder honor y opinión.

BLANCA. Agora os quiero abrazar,  
que os prometo que pensé  
que os había sucedido  
alguna afrenta. ¿Eso ha sido?  
¿Qué importa? Con vos iré  
a la corte, al fin del mundo.

PEDRO. Ese es, Blanca, mi pesar;  
que en no poderos llevar  
toda mi tristeza fundo.

No está ahora nuestra hacienda  
para vivir como es justo  
en la corte. Este disgusto  
no será bien que os ofenda,  
alma de mi propia vida,  
que es echarnos a perder  
vivir, no pudiendo ser,  
con la ostentación debida.

Las cortes no durarán  
tres meses, a lo que creo:  
si más, siempre mi deseo  
tuvo aceros de galán.

y él sabrá venir a veros:  
postas hay, Sierra Morena  
no es mar de peligros llena...  
¿Lloráis, hermosos luceros?

Resistid, pues sois mi palma,  
esta forzosa partida:  
mirad que lloráis, mi vida,  
y que es cada perla un alma.

No me engañaba en pensar  
que la noche me ayudara,  
que en los brazos, no en la cara,  
se ha de decir el pesar.

Allí, señora, ayudados  
de caricias amorosas,  
tratáramos estas cosas  
mejor que entre los criados.

Prima, Blanca está afligida  
de que a la corte me voy:  
habladla, que como soy  
más parte en esta partida,  
no me quiero enternecer.  
¿Tan presto ha de ser, señor?  
No, Inés, que fuera rigor;  
y también es menester  
tiempo para prevenir  
el camino.

INÉS.

PEDRO.

INÉS.

Así es razón.

pero que cuando intervienen  
re-crea, hasta punto.

FRANC.  
Dime, ¿por qué en aquellos  
deseos, como en los puntos,  
son tanto más fuertes y queridos  
los que han sido los tuyos,  
y cuántos lagos, cuántos  
puertos, cuántos ríos,  
cuanto de los más sencillos  
y de que es en el alma  
el más, es el más amor  
de los tormentos de la vida,  
que los más que aprisa  
que los se tejan de dolor.

FRANC.

FRANC.  
Buen punto que has escuchado  
lo que don Víctor me dice,  
que te diga.

BLANCA  
Entonces  
no me olvide de mi estado  
y la forma de vivir  
que en momentos por encima  
e por dentro por dentro  
y por mujer se ve.

Buen punto que he de hacer  
al Vientanillo de la vida  
que siempre ha sido mi vida  
y de serlo eternamente.  
pero cuando de mi vida  
y cuando de la vida  
cuando cuando que he de  
hacerme para el futuro.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

BLANCA  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC. (A BLANCA)

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC. Y como que he de hacer

FRANC.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

FRANC.  
Buen punto que he de hacer  
que he de ser con mi esperanza.

Por los peligros que pasando vienes,  
ya que de todos a la orilla sales.  
conozco, dulce mal, el bien que tienes.  
Sean la pena y el descanso iguales;  
que no puede alabarse de los bienes  
quien no supo también sufrir los males.

ALBERTO. Agrádame el alegría  
con que muestras el pesar  
que te dió el pasar el mar.  
FÉLIX. La muerte decir podría.  
A Sanlúcar bendecia.  
de cuya barra salí  
cuando partimos de aquí.  
¡Oh, mal haya, dulce España,  
quien puede y en tierra extraña  
se atreve a vivir sin ti!

ALBERTO. Pues el oro que has traído  
¿no te ha obligado a consuelo  
de haber mudado aquel cielo  
adonde habemos nacido?  
FÉLIX. Ya de las penas me olvido  
que el adquirille me cuesta.  
Tierra es, Alberto, dispuesta;  
pero cuesta tanto ya,  
que no pienso que le da,  
sino pienso que le presta.

ALBERTO. ¿Cómo va de pensamiento?  
¿Resucitó la memoria  
de aquella pasada historia?

FÉLIX. De eso nació mi contento.  
De esta vez, Alberto, intento  
servir a aquella divina  
mujer, pues el oro inclina,  
a quien le quisiera dar  
cuanto ha pasado la mar  
desde que el oro camina.

ALBERTO. ¡Notable imaginación!  
¿Que no la acaben tres años,  
tratos y reinos extraños?

FÉLIX. Tú me diste la lición.  
Dijiste que a mi opinión  
convenía en el gobierno  
no ser a mujeres tierno;  
y como a nadie he mirado,  
estése vivo el cuidado  
con esperanzas de eterno.

ALBERTO. ¿Qué? ¿Ahora la quieres bien?

FÉLIX. Más que cuando me partí.  
Fué pintura al olio en mí  
su hermosura y su desdén.  
Un barco fleta, y prevén  
lo que habemos de llevar,

que con gusto de llegar,  
Sevilla, donde porfio,  
más siento pasar tu río  
que todo el pasado mar.

Veré, Blanca, tu hermosura  
con galas y variedad,  
de que traigo en cantidad  
esto que el mundo procura.  
Y pues no hay cosa segura  
del alto poder del oro,  
toma un alma de tesoro,  
pues sirviéndote diré  
con el oro y con la fe  
que te adoro y que te adoro.

Agradece esta fineza  
de venir como partí.  
que quiero comprar tu sí  
con un alma de riqueza.  
Dame, Blanca, tu belleza;  
no correspondas ingrata,  
y recibe de quien trata  
servirte con tal lealtad  
mil Indias de voluntad,  
que valen más que de plata.

(*Vanse, y salen DON PEDRO, de camino; DOÑA BLANCA y DOÑA INÉS.*)

PEDRO. Pues ya llegó la ocasión  
de partirme, Blanca mía,  
y sabes que honor tan justo  
hoy a los dos nos obliga,  
a ti para no sentir  
tan de veras mi partida,  
y a mí para que me aparte  
sin la muerte de tu vista,  
mira tus obligaciones  
y por nuestros hijos mira;  
aunque era bien excusado  
que tales cosas te diga.  
Pero, pues estamos solos,  
aunque el alma me lastimas,  
y yo las espuelas puestas,  
oye un secreto, mi vida:  
he sido cuerdo en callar  
una pesadumbre mía,  
o porque no la tuvieses  
siendo tu inocencia indigna,  
o porque un marido cuerdo  
no debe, si serlo estima,  
despertar con locos celos  
una voluntad dormida.  
No te los pido, mis ojos;  
sólo decirte quería





en la ausencia y soledad  
que de mis brazos espera.  
Como un hombre considera  
que no hay honor que perder  
cuando nos quiere ofender  
de hacernos ofensas gusta;  
¡mal haya la ley injusta  
que no le puso en mujer!

En fin, a Toledo vas,  
donde ya me pone miedo  
la hermosura de Toledo  
y la discreción, que es más.  
Pero pienso que tendrás  
respeto a mi obligación,  
que quiero, en esta ocasión  
que no la tienes de mí,  
tener, don Pedro, de ti  
tan justa satisfacción.

Fuera de que es calidad  
el acordarse tu honor,  
que vas por procurador  
de Cortes desta ciudad.  
Enfrena tu voluntad  
hasta que el oficio acabes  
con honra y virtud, pues sabes  
que la merced de los reyes  
asienta por justas leyes  
mejor en los hombres graves.

PEDRO. Blanca, tú quedas segura,  
y de ti lo voy también.  
Quédate con Dios, mi bien,  
y lo que digo procura.  
Dame esos brazos.

(MARTÍN, dentro.)

MARTÍN. ¡Jo, jo!

PEDRO. ¿Qué es esto?

MARTÍN. ¡Tente, Mendoza!

Que con el vicio retoza.

PEDRO. Blanca, ya el coche llegó;  
ya los pajes y la gente  
se están poniendo a caballo;  
cuanto con la lengua callo  
el alma, mis ojos, siente.  
Vuelve a abrazarme.

MARTÍN. ¡Arre allá  
con el estribo! ¡Oxte, puto!

BLANCA. Vísteme el alma de luto,  
que ya el corazón lo está.

(Sale MARTÍN con botas y fieltro.)

MARTÍN. Ya, señor, te está esperando  
el coche.

PEDRO. ¿Subieron ya  
los pajes?

MARTÍN. Sevilla está  
tu buen gusto celebrando.

En tan vistosa librea,  
todos a caballo están;  
yo tengo un macho alazán  
que respinga y corcovea  
sólo en tocar el arzón.

PEDRO. Las gracias trueca en endechas.

MARTÍN. Con las orejas tan drechas  
me está mirando a traición,  
que pienso que aquesta noche  
las tuvo con bigotera.

PEDRO. Ya, Blanca, la gente espera.  
BLANCA. Adiós, mi bien.

PEDRO. Llega el coche.  
BLANCA. Martín.

MARTÍN. Señora.

BLANCA. Servid  
de lo que os toca y no más.

MARTÍN. ¿De mí sospechosa estás?  
BLANCA. Esto que os digo advertid,  
que el traerme a mí papeles  
cuando Pedro me sirvió  
esta sospecha me dió.

MARTÍN. Trátame bien, como sueles,  
que si los llevé galán,  
no los llevaré marido.

BLANCA. Ahora bien: esto te pido.

MARTÍN. Plegue a Dios que el alazán  
me arrastre en Sierra Morena  
si le nombrare mujer,  
ni vuelva jamás a ver  
la puerta de Macarena.

(Vanse, y salen RUFINO, huésped; DON FÉLIX y ALBERTO.)

FÉLIX. ¿Qué me contáis?

RUFINO. Esto pasa.

FÉLIX. ¿Blanca, huésped, se casó?

RUFINO. Con don Pedro de Guzmán,  
que va por procurador  
de Cortes hoy a Toledo.

FÉLIX. Bien me dijo el corazón,  
Alberto, este mal suceso.

ALBERTO. ¡Calla, don Félix, por Dios,  
que antes te ha venido bien!

FÉLIX. ¿Bien dices en tanto amor?

ALBERTO. Pues, si la hallaras doncella,  
no era fuerza, aunque razón,  
casarte, siendo quien es?



a Indias: dióme cuidado entonces...

INÉS. Gente ha llegado.

LUCINDO. Paréceme que a lo tierno le dice amores a Inés, ¿y tráeme a ser su amante?

BERNARDO. Ninguna sombra os espante, que éste ya sé yo quién es.

Mañana se irá de aquí.

INÉS. Don Félix, Blanca os adora; don Pedro se parte agora, vos la gozaréis por mí; que quiero que me debáis el fin de vuestro deseo.

FÉLIX. Si en tanta dicha me veo, hoy la posesión tomáis de más de treinta mil pesos.

INÉS. Otra mi codicia ha sido. (Loca estoy, pues he fingido de un ángel tales excesos.)

Venid cada noche aquí, que yo os abriré la puerta.

FÉLIX. Veré la del cielo abierta, y vos, un esclavo en mí.

INÉS. No habéis de ver dónde entráis, que sin luz la habéis de ver.

FÉLIX. Sin luz, ¿cómo puede ser donde tanto sol gozáis?

Que os prometo que llegó donde su antípoda fui, que el del cielo, para mí, nunca alegre amaneció.

Yo vendré, pues vos queréis que a Blanca, sin verla, vea.

INÉS. (Vos veréis quien os desea, y a quien no pensáis veréis.) Adiós.

FÉLIX. A Blanca decid que le traigo un alma de oro.

INÉS. Vos sois su mayor tesoro.

BERNARDO. En lo que pasa advertid.

LUCINDO. ¡Ah, Bernardo!, ¿dónde tiene el honor seguridad?

BERNARDO. ¿Hay tanta facilidad? Mas seguirle me conviene; ver dónde posa y quién es.

FÉLIX. Estos nos miran.

ALBERTO. Si harán, que un forastero galán los ojos lleva en los pies.

BERNARDO. ¡Bueno, el Veinticuatro parte! Ojos, ¿es esto verdad? ¿En tan santa honestidad

halló amor industria y arte para combatir a quien, mi doncella, ni casada, ha dado a mi amor entrada la puerta de su desdén?

¡Ah, Lucindo! Un forastero que mañana se ha de ir, ¿qué no podrá conseguir?

LUCINDO. El es galán caballero, y vendrá cargado de oro.

BERNARDO. La vida le ha de costar, que yo tengo de guardar del Veinticuatro el decoro.

Don Pedro, en esto me fundo: que lo que no es para mí, no ha de ser, fuera de ti, de ningún hombre del mundo.

(*Vanse, y salen DON PEDRO, de negro, y MARTÍN.*)

PEDRO.

Por aquí dicen que el divino Carlos, el César de Alemania, español Júpiter, que con mejores águilas se adorna, el alto alcázar de la iglesia torna. Aquí la quiero hablar, besar su mano, por la merced del hábito, que dice el duque de Alba que me ha hecho agora, y admirar su grandeza soberana, ilustre honor de tanta monarquía.

MARTÍN.

Aún no has querido descansar un día. ¿Qué te parece esta ciudad insigne?

PEDRO.

Que puede hacer a Tebas competencia; que es un famoso monte de edificios, en eterno cimiento fabricados; que es madre de las armas y las letras, donde florece agora Garcilaso, divino Arquipetrarca del Parnaso. ¡Ay, si tuviera yo su vivo ingenio, la constante dulzura de sus versos, que no son versos donde no hay dulzura: cómo escribiera yo, cómo cantara, esposa de mis ojos, tu hermosura, y al Apolo mayor desafiara!

MARTÍN.

Olvidate, por Dios, siquiera un hora; perdone este consejo mi señora, que me pesa de verte tan perdido.

Pedro.

¿Cómo es posible que quidá el hartado?

(Los muchachos van al exterior a detrás.)

MARTÍN.

La cosa es así.

Pedro.

¿Qué le pasa, le repeto?

EMPERADOR.

(Quiso salir.)

Pedro.

¡Qué reino de Guzmán me llama,  
que mora Veintimatro de Sevilla,  
en estas Cortes a servirlos venga!

EMPERADOR.

Desde Teneja, de qué noticia tengo

Pedro.

A Vuestra Majestad, en la jornada  
de Viena servi.

EMPERADOR.

Yá se me acuerda

lo que le vos me dís el duque de Alba,  
y no es punto que estéis sin prento alguno,  
aunque así al principio destas Cortes,  
pues ya túelís servido e merecerle  
¡Soy casado!

Pedro.

De Sevilla es muy casado  
con doña Blarosa de Mendoza, hija  
de don Juanillo de Córdoba.

EMPERADOR.

No es justo  
darnos cargo de guerra, como lo haréis  
de una inconnocida, la primera que haya,  
pues del bálamo de Dios gracia estades,  
mucho a vuestra discreción el escogerlo.

Pedro.

El de Santiago, ante años, en julio.

EMPERADOR.

Soy aficionado a ciertos hábitos quechidos.

Pedro.

Por la ciudad, antes, tengo que baldaros.

EMPERADORA.

Tengo granal puestas al fuego de Alba.

Pedro.

El que se gastele, como lo gasta todo,  
para que vuestros agenos difinas  
tengan valiente a las rematas Cristó.

(Entró a rematarlo.)

¡Qué tal ferocidad, qué tal oscuridad!

MARTÍN.

¡Por Dios, qué larga es Cesar a valiente!  
¡Que puecra así! ¡Que ludo cado!  
Beso la tierra en que las plantas puecra,  
y dote el paradien del lagartazo  
que ha de cruzarte desde briza a briza.  
¡Perra tal! Si vivieros a Sevilla  
con el santo remiendo colorado,  
¡vivi Dios, que has de honrar aque cabido,  
aunque el mata de tal mollera honrada,  
y que me ha de poner alguna cosa  
que puecra a honra de encomienda!

Pedro.

¡Este hijo, Martín!

MARTÍN.

Pues ¿no se ponen  
una cosa, una cosa desobediencia,  
un que por ello prentan re castigar?  
Pues la primera cruz que tú deseches  
por fábulo me pones en todo un lado  
¡Un pedulo que diga "Desobediencia!"

Pedro.

Mira que si en la cruzada en con  
te prentarás de usar.

MARTÍN.

¡Y así más  
como entre molinos de trigo  
dórridos puecrañeros y traidores,  
y conatos valedos y daciones!  
¡En mejor corraite altas raneros,  
molinos de buecos de sus pedros  
supremos que granderos cada día  
¡Y meciras de hombre entre muerdos!

Pedro.

Martin, un monacato en pay meciras.

MARTÍN.

Quien calla y sirve, dicen que harto pide.  
¡Dichoso el lisonjero o maldiciente  
coronista de vicios de señores,  
que no le cuesta nada aquella prosa,  
"más helada que nieve Galatea"!  
Pero, en efeto, lo que fuere sea.  
Con bien llegamos. ¡Lindo agüero ha sido!

PEDRO.

Voy a escribir a Blanca mi fortuna.

MARTÍN.

Y yo a Leonor, sáten de mi deseo,  
que de tu cruz he sido el cirineo.

*(Vanse, y sale DON FÉLIX con espada y broquel.)*

FÉLIX.

¡Oh, noche, que por sendas mal formadas  
huyendo vienes del ligero día,  
que desde el indio, por incierta vía,  
te sigue, las espaldas enlutadas!

Esconde tus estrellas máscara  
para que llegue a ver la prenda mía,  
que de mi atrevimiento desconfía,  
las luces de sus ojos adoradas.

Hoy, con tu negra máscara pretende  
la hermosura encubrir, por quien suspira  
el alma que en su puro rayo enciende.

Más tiene amor mi dicha por mentira;  
que no basta que goce lo que entiende,  
pues no goza del bien quien no le mira.

*(Sale LEONOR.)*

LEONOR. ¡Ah, caballero!

FÉLIX. ¿Quién es?

LEONOR. Una esclava vuestra soy.

FÉLIX. Yo lo soy vuestro, y estoy,  
en fe de serlo, a esos pies.

LEONOR. Tenéos, Félix, tenéos.  
Entrad y venid tras mí.

FÉLIX. ¿Por adónde?

LEONOR. Por aquí.

*(Salen DON BERNARDO y LUCINDO, y otros dos que acompañen, con armas.)*

BERNARDO. ¡Abriéronle!

FÉLIX. Entrad, deseos.

LUCINDO. Entró; ¿qué hay más que aguar-

BERNARDO. Aguardar, Lucindo, importa [dar?  
a que salga.

LUCINDO. ¿Para qué?

BERNARDO. ¿Para no quitar la honra  
al dueño de aquesta casa.  
¡Oh, mujer fácil y loca!  
¿Será verdad que aquí entró,  
Lucindo, un hombre a estas horas?

LUCINDO. No, sino el alba que andaba  
entre las coles de Coria.

Yo, ¡por Dios, que, cuanto a mí,  
que sacara el hombre agora  
de los brazos desta infame,  
que a tal marido deshonra!

BERNARDO. Seremos, de esa manera,  
si la casa se alborota,  
nosotros quien la infamamos.

LUCINDO. ¡Basta; paciencia te sobra!

BERNARDO. ¿No has visto un hombre, Lucin-  
que en alguna cosa topa, [do,  
y con el dolor no habla,  
que el mismo mal le reporta?

Pues de esa manera estoy:  
pase el dolor, que si goza  
desta mujer esta noche,  
yo sé que no venga otra.

LUCINDO. ¿Qué haré para no sentir?  
Irte a casa, pues que cobras  
seso donde otros le pierden.

BERNARDO. Oye una invención famosa:  
yo llevo y llamo. ¡Ah de casa!

LEONOR. ¿Quién es?

BERNARDO. Dile a mi señora  
doña Blanca que me envíe  
desde Adamuz, por la posta,  
don Pedro con esta carta.

LEONOR. Venid mañana.

BERNARDO. No es cosa  
que se pueda dilatar.

LEONOR. Duerme.

BERNARDO. Pues la carta toma.

LEONOR. Salid de presto, ¡por Dios!,  
que doña Blanca se enoja  
de que hayamos respondido;  
y si a la reja se asoma,  
ha de ver abrir la puerta.

*(Sale DON FÉLIX.)*

FÉLIX. ¿Qué bien, qué gusto, qué gloria,  
como sea de la tierra,  
sin sobresalto se goza?

BERNARDO. Teneos a la justicia.

FÉLIX. Tenido soy.

BERNARDO. ¿Cómo nombran  
a vuesa merced?





¿Cómo he temido la muerte?  
¿Quién la vida me asegura?  
Que si tengo de morir  
a las manos de tu ausencia,  
no la pudiendo sufrir,  
mejor fuera en tu presencia,  
que no el alma dividir.

La que entre los dos había,  
¿cómo, señora, podía  
dividirse sin la muerte,  
que, en fin, no tengo de verte?

ALBERTO. Mira que se pasa el día,  
y habemos de caminar

como si quierés llegar  
a Córdoba aquesta noche.  
Gente se apea de un coche.

FÉLIX. Ya tendrás con quién hablar;  
ALBERTO. que aquesta imaginación  
loco te quiere volver.  
¿Si son damas?

FÉLIX. Hombres son.

(Salen DON PEDRO, de camino, con un hábito de San-  
tiago, y MARTÍN.)

PEDRO. Di que me den de comer.

FÉLIX. ¿Qué gentil disposición!

MARTÍN. Ya lo tendrá aderezado  
ese galgo que salió  
rayando el alba.

PEDRO. Hanme dado  
aires de Sevilla.

MARTÍN. ¿Y yo,  
soy barro?

PEDRO. Bien seáis hallado.

FÉLIX. Y vos, señor, bien venido.  
¡Lindo talle!

ALBERTO. ¡Maravilla!

PEDRO. ¿De dónde bueno?

FÉLIX. He salido  
esta noche de Sevilla.

PEDRO. Fuérades mejor servido  
si fuérades hacia allá.

FÉLIX. Bésoos las manos.

PEDRO. Comed  
conmigo.

FÉLIX. Pártome ya.

PEDRO. Hacedme tanta merced,  
que pienso que a punto está.

FÉLIX. Voy con alguna tristeza.

PEDRO. Así la divertiréis.

MARTÍN. Martín, da prisa.  
Ahora empieza  
a asar el perro.

FÉLIX.

Tenéis

escrita en vos la nobleza.

Perdonad, si no recibo  
la merced. Yo voy sin mí,  
y de tanto bien me privo,  
que desde Sevilla aquí  
no he comido, ¡por Dios vivo!

PEDRO. Por eso me habéis de hacer  
esta merced y favor.

FÉLIX. Ya me es fuerza obedecer.

PEDRO. Mas qué, ¿son lances de amor?

FÉLIX. ¿En qué lo echastes de ver?

PEDRO. Voy también enamorado,  
puesto que voy más contento.

FÉLIX. Yo dejo el bien que he gozado.

PEDRO. Yo voy a gozarle, y siento  
el veros ir lastimado.

Que a cuantos veo quisiera  
repartir de mi alegría,  
y que ningún hombre hubiera,  
como es tan grande la mía,  
que sin tenerla estuviera.

Alegraos, que donde vais  
otro sujeto hallaréis,  
pues no es propio el que dejáis.

FÉLIX. Mis tristezas ofendéis  
con pensar que me alegráis.

PEDRO. ¡Por Dios, que gusto de oíros,  
en parte!; que es tal mi amor,  
que estoy para osar pedirlos,  
mientras con tanto rigor  
dáis por Sevilla suspiros,  
me contéis vuestro suceso;  
porque, como quiero bien,  
que os agradezco os confieso  
esa fineza.

FÉLIX. Es por quien  
merece mayor exceso.

PEDRO. Mientras nos dan de comer  
podremos entretener  
el tiempo en nuestros amores.

FÉLIX. Vuestros cortesces favores  
me obligan a obedecer.

PEDRO. También yo sé que quien ama,  
para contar de su dama  
la privanza o el desdén,  
cuando no hay hombres a quién,  
a las mismas piedras llama.

FÉLIX.

Yo soy un caballero de Castilla,  
que don Félix Manrique me apellido;  
para pasar el mar vine a Sevilla



de Silva; soy hombre, en fin, desta condición y humor, que daré vida y hacienda a un forastero, y no quiero que, por verle forastero, ningún cobarde le ofenda.

Vamos con secreto allá, hasta que sepa quién es.

FÉLIX. Déjame echar a esos pies.

PEDRO. El silencio importa ya.

Un caballo tomaré, que traigo aquí, regalado, y, por entrar disfrazado, coche y gente dejaré.

No comamos, que no quiero que éstos sepan dónde voy.

FÉLIX. Loco de contento estoy.

Sois Silva, que basta.

PEDRO. (Hoy muero.

No sé cómo, de turbado, acierto a hablar.) Solamente es fuerza que, de mi gente, llevemos aquel criado.

Martín.

MARTÍN. Señor.

PEDRO. Oye aparte.

A mí me han muerto, Martín.

¿Qué dices?

MARTÍN. Que hoy es mi fin.

PEDRO. Desde que vi desnudarte, algún mal imaginé.

MARTÍN. Cosas de tu ama son.

PEDRO. ¿Qué necia imaginación!

Si lo fué, yo lo sabré.

Dame el caballo y ensilla tu mula.

MARTÍN. Pues, ¿sin comer?

PEDRO. Sí; que éste no ha de saber quién soy, aquí ni en Sevilla.

Don Martín de Silva he dicho que me llamo; mira bien no yerres.

MARTÍN. Algún vaivén te ha desquiciado el capricho.

PEDRO. ¡Vive Dios, que me ha ofendido Blanca!

MARTÍN. ¡Miente, vive Dios, quien lo dice!

PEDRO. ¡De los dos tomaré venganza!

MARTÍN. ¿Ha sido verdad, o imaginación?

PEDRO. Verdad.

MARTÍN.

¿Cómo puede ser que tan principal mujer se atreviese a tu opinión, y más teniendo experiencia tú de sus costumbres graves? Calla, necio, que no sabes *los peligros de la ausencia*.

MARTÍN. Siendo así, ¿qué hará Leonor?

¡Vive Dios, que he de matalla!

PEDRO. Ensilla el caballo, y calla.

MARTÍN. Yo voy.

PEDRO. Don Félix.

FÉLIX. Señor.

PEDRO. Poneos a caballo luego, mientras me sacan el mío. En vuestras manos confío mi vida.

ALBERTO. ¡Que estés tan ciego que te vuelvas!

FÉLIX. ¿Qué aventuro?

ALBERTO. Algún desdichado fin.

FÉLIX. Pues, necio, ¿con don Martín de Silva no voy seguro?

(DON PEDRO, solo.)

PEDRO. Pensamiento desdichado, solos quedamos: pensemos qué venganza tomaremos del honor que me han quitado. Pero, ¿si me han engañado?

(Saque unas cartas.)

Cartas de Blanca, salid, y lo que sabéis decid; traiciones son sus favores; amor, sus falsos amores que los rompa permitid.

(Rómpalas.)

¡Oh, qué mal hice en romper, no sabiendo la verdad, el libro de su lealtad! Volverlas quiero a coger. Aquí dice: "Tu mujer". ¡Oh, qué bien están rompidas mentiras tan bien fingidas y tan engañosa fe! Pues ¡más que letras rasgué tengo de quitarle vidas!

¿Es posible que paciencia tengo en tanta desventura? Bien temí, de tu hermosura,

*las pelaires de la primera.*

Pero no ha de haber diferencia de mujeres principales a aquellas (¡pues son tales!) Si ha de haber, esto es amor, que cuando cualquier temor hace las cosas iguales.

Perdóname, Blanca, que yo me atrevo a den tu inocencia *las pelaires de la ausencia* por más que el honor porfia. Engañas has sido día que engañan e tus ruidos; guarden tu vida los cielos, que no es de caridad, sino querer graduar de agravio las libras de los celos.

¡Mas, como me perdonas con tanta facilidad! Si porque tu honestidad merece crédito honrado. Pero si antes de casado me quisas, fácil sería; mucho yerra, aunque confía, doncella que se enamora, pues vengo a pensar ahora la liviandad que tenía.

Pero no haya más cuñados que pueda confirmar indicios en su pensar los juicios; prudencia de los casados. ¡Mas, como tan declarados con señas prima, pelada e arripetidos, no es nada! ¡Muera Blanca, y muera en mí que así quisiera desde aquí llevar desatada la espada!

(*Parte, y salen DON BERNARDO y HELENA BLANCA*)

BLANCA

En muchos atrevimientos

BERNARDO

No es la primera que soy tan atrevido que he suplicado veneno, que si fuera más honesta, verán la vida de por vida por su vida, que así se ha de castigar quien no se castiga.

BLANCA

¡Pero, ¿qué importa si no due por culpa de otro pecado? (Suspira.)

BERNARDO

Por mucho que lo tiene a no ser vuestro crédito tan poco, no crean que llegase a estado que el respeto se faltase.

Pero cuando una dama de vuestras prendas, Blanca, y nacimiento aventura a su fama, disculpa todo ajeno atrevimiento, pues no es tan justo como ser cruel para mi amor en perdona.

¿Lo veis, caballero, que yo don Félix? (Pues puede el oro?) (Pues el ser torastero?) (No ha de ser amor y vida, que yo me atrevo?) Y, después de casado, de mi haber, sólo honestamente amado.

¡No he tenido respeto al Veinticuatro, ¡por amor habiéndome mirado sólo a efecto de darme a entender que quería casarse con premio, ni esperanza, hasta que he visto en vos tan gran honestidad!

Pues, ¿que locura ha sido entrar en vuestra casa, mi amor?

BLANCA

El ver que habéis perdido el sexo don Bernardo, me divierte en la fama tan justa, que apenas va mi agravio me disculpa.

¿Qué don Félix es éste? (Que torastero y oro? El en buen hora, y mi aguardar que es puesto la vida la locura con que agito de aquesta casa en riesgo, ¡falta, ni valor vuestra voz, luego! ¡Inés, prima, crédito!

(*Salen HELENA BLANCA y FELIX*)

INÉS

Tu día viene, mi amor! Pues ¿qué te viene?

BLANCA

Caballero, Bernardo, ¿cómo va la honra? (¿Qué remedio?) ¡Mas, no da culpa la vida de que me casé con tan atrevido, que si que habiéndome disculpado a don Félix, don Pedro, don Juan, ya habiéndome disculpado

con la espada tan loco atrevimiento.  
Pero él vendrá a Sevilla,  
acabadas las Cortes de Castilla. (*Váyase.*)

INÉS.

Pues ¿cómo habéis llegado,  
don Bernardo, a esta casa descompuesto?  
¿De dónde habéis tomado  
tan gran atrevimiento? ¡Salid presto!

LEONOR.

¿Quieres que llame gente?

BERNARDO.

¡Paso, señora; Inés, detente!

INÉS.

Que no hay detenimiento.  
Salga vuesa merced.

BERNARDO.

Oíd, os ruego.

INÉS.

¡Salid! Salga al momento,  
o, ¡por el agua de la mar, que luego,  
aunque mujer me mira,  
saque las armas que nos dió la ira!

BERNARDO.

Yo no he sido atrevido  
con doña Blanca, ni jamás perdiera  
el respeto debido  
al valor desta casa, si no viera  
entrar en ella un hombre,  
de quien ya sabe que le dije el nombre.

En esta misma puerta,  
por muerto le dejé con mil heridas.

INÉS.

¡Ay, triste! ¡Yo soy muerta!

LEONOR.

Disimula, señora.

INÉS.

No me pidas,  
en tanto mal, que calle.  
¿Hombre a esta puerta?

BERNARDO.

Y hombre de buen talle.

INÉS.

Idos, ¡por Dios!, agora,  
que esas cosas no son de caballero.

LEONOR.

¿A ver a mi señora  
hombre del mundo?

BERNARDO.

Indiano y forastero;  
no os hagáis inocentes.  
¡Ay del honor de los que están ausentes;

INÉS.

Lástima os he tenido.

LEONOR.

¿Hay testimonio igual?

INÉS.

¡Está sin seso!

BERNARDO.

De no le haber perdido;  
pero no os espantéis, si ha sido exceso,  
viendo que en una casa  
tan principal, tan grande infamia pasa.

Por lo menos me vengo  
en que a don Félix le quité la vida;  
y pues venganza tengo  
de don Pedro también Blanca, perdida,  
y él sin honra, ¿qué aguardo?

¡Hoy, Blanca, te aborrece don Bernardo!

Hoy te deja, hoy te infama,  
hoy te desprecia, y del haberte amado  
se arrepiente y desama.

Tu fácil hermosura, ¿a qué ha llegado?  
A venderse por precio  
del oro indiano a un forastero necio.

¡Vive Dios, de no amarte  
eternamente, por tan gran bajeza!  
No supiste guardarte  
del oro, aunque de amor tanta belleza  
libraste muchas veces;  
no sé si eres mujer, mujer pareces. (*Vase.*)

LEONOR.

¿Qué te parece desto?

INÉS.

Estoy sin mí, Leonor.

LEONOR.

¡Todo se sabe!



INÉS

En contrasentido me ha puesto  
que don Blanca, una mujer tan grave,  
inocente, pudorosa,  
no hay para que mi culpa no merezca  
Mas ¡qué mayor castigo

que ser don Félix muerto! ¡Ay vida mía!  
¡Muerto! Yo soy testigo,  
para no le he visto más desde aquel día  
en cuya noche traté

tal vez, espaldas a la puerta oscura  
¡Qué haré, que como loca  
quisiera dar mil voces! Justamente  
la muerte me probará  
y el ver que don Blanca esté inocente  
¡O!o cuántos males nacen  
de un yerro tan torpe que tan logros hacen!

¡Malhita sea el alma  
que me dio para intentar el dolo  
que en esta casa veo  
pues ha le rendido de un necio engaño  
mi perdición y mi al!  
¡Mal have acentra, justo de tí se fia!

(Sale don Juan y Martín)

PROYO: Bien anda tratando aquí,  
y don Félix, con secreto,  
esperando hasta la noche

MARTÍN: No digas con tal silencio.  
LUCAS: ¡Ay, señora, tal tener!  
Vas a desbarbar por todo.

INÉS: ¿Es don Pedro?  
PEDRO: ¿Prima mía!  
INÉS: Pues ¿no venís? ¿Qué es esto?  
PEDRO: Por ver a Blanca, he dejado  
cacha y griter.

INÉS: ¿Vermi bueno?  
PEDRO: No lo soy!

MARTÍN: ¿Para Martín  
no hay lugar poco de pucha?  
INÉS: ¿Como tú? ¿Como has venido?  
MARTÍN: Como quise. ¿Como he venido?  
Cuenta a tu madre, cómo me ha  
muerto a yerro, de Toledo  
(Cambiando como de pie  
los colores, apaciguando  
todas las tal desbarbar.)

(Sale Blanca y Lucía)

BLANCA: ¿Tu venís? ¿Qué dices?  
LUCÍA: ¿Cris?

que te interesa imposible.

LEON R. Fauten y otros

BLANCA: ¡Mi don Pedro!

¡Mi bien! ¿Con silencio tanto?

PEDRO: Blanca, por verte más presta

daje en Peñafiel mi gente

BLANCA: ¿Cuál me ha tenido este tiempo  
tu ausencia! ¡Ay, queridos brazos!  
Que digno ha que carezca  
deste dichoso que todos  
son un verdadero centro.

PEDRO: ¿Qué se ha visto en tal estado?

BLANCA: Perdimos un dulce dueño,

que por mirarlo la cara

no se había visto el pecho.

PEDRO: ¿Si tú me lo vienes, Blanca!

BLANCA: Por siempre, amor y buena.

¡Que bien así está la cruz!

¡Que que de un estado tengo

no puedo escapar más nada!

Este, Blanca, me dio en premio

de mi esperanza el Olvido,

riendo en su corazón mi

muerte, y yo ahora a quien va

en la distancia le he muerto.

Si yo he estado a la cruz

de mi amor a miertes

tu amor, que tanto me

que me he visto a la cruz

que me he visto a la cruz

BLANCA: ¿Mi Martín, amor del cielo!

MARTÍN: No me has visto, señora!

¡Que que me has visto, señora!

BLANCA: ¿Vermi bueno?

MARTÍN: ¿Vermi bueno?

BLANCA: ¿Vermi bueno?

MARTÍN: ¿Vermi bueno?

BLANCA: ¿Vermi bueno?

MARTÍN: ¿Vermi bueno?

BLANCA: ¿Vermi bueno?

MARTÍN: ¿Vermi bueno?

BLANCA: ¿Vermi bueno?

MARTÍN: ¿Vermi bueno?

BLANCA: ¿Vermi bueno?

MARTÍN: ¿Vermi bueno?

BLANCA: ¿Vermi bueno?

MARTÍN: ¿Vermi bueno?

BLANCA: ¿Vermi bueno?

MARTÍN: ¿Vermi bueno?

BLANCA: ¿Vermi bueno?

MARTÍN: ¿Vermi bueno?

BLANCA: ¿Vermi bueno?

MARTÍN: ¿Vermi bueno?

BLANCA: ¿Vermi bueno?

y en estudiar tus papeles,  
y luego escribirte versos.

BLANCA. No me ha enviado ninguno.  
MARTÍN. Teme que no has de entenderlos;  
como a lo moderno escribe...

BLANCA. Señor don Pedro, ¿qué es esto?  
¿Suspense y recién llegado?

PEDRO. No estoy, mis ojos, suspense;  
y si lo estoy es del gusto  
de verte.

BLANCA. Venid, que quiero  
enseñaros vuestros hijos,  
pues no preguntáis por ellos.  
Ven, Inés, a sacar ropa  
limpia al Veinticuatro.

INÉS. Temo  
de su tristeza algún mal.

(*Vanse BLANCA y DOÑA INÉS.*)

LEONOR. ¿Cómo no habla, mancebo?  
MARTÍN. Señora Leonor, no hablo  
por tres cosas.

LEONOR. Diga presto.  
MARTÍN. La primera, porque estoy  
sin gusto. ¿Entiende?

LEONOR. Ya entiendo.  
MARTÍN. La segunda, por faltarme  
voluntad.

LEONOR. Así lo creo.  
MARTÍN. La tercera...

LEONOR. No la diga,  
que viene muy majadero  
de la corte.

MARTÍN. Si lo fuí,  
lo que llevaba me vuelvo.

PEDRO. ¿Tampoco tú disimulas?

MARTÍN. ¡Vive el cielo que no puedo!  
¡Morir tiene aquesta galga!

PEDRO. Habla bajo, y entra dentro;  
no entiendan como culpados,  
que cualquiera movimiento  
presumen que es el castigo.

MARTÍN. Voy.

PEDRO. Perdido estoy, ¡ay, cielos!

PEDRO.

¡Oh, ausencia, quién pintara lo que siente  
de tu traición! ¡Oh, madre del olvido,  
en quien perdió su honor el más valiente  
y se alabó que le venció el vencido!  
En ti padece el príncipe excelente  
la vil murmuración, y es ofendido

el ministro, de sátiras injustas,  
de santas obras y costumbres justas.

En ti se desvergüenzan los criados  
del dueño más ilustre y poderoso;  
róbanse las haciendas, los estados,  
y el más pagado amor duerme celoso.  
En ti yacen por tierra derribados  
los altos edificios, y en el foso  
de la mayor ciudad las hierbas nacen  
que, prado verde, las ovejas pacen.

Por ti falta a su honor la recogida  
doncella y el más firme y leal amigo;  
la muerte es una ausencia de la vida,  
y tú, de todos el mayor castigo.  
No tienes rostro, aunque eres homicida:  
eres espaldas toda, pues contigo  
perdí mi honor, que si por ti no fuera  
ni Blanca me olvidara ni ofendiera.

¿En cuál prisión de Argel, en cuáles baños  
del turco más feroz, en cuál infierno  
puede haber confusión, puede haber daños  
que igualen juntos mi dolor eterno?  
Casa de deshonor, casa de engaños,  
falta de honestidad y de gobierno,  
que a las más viles en bajeza excedes,  
yo lavaré con sangre tus paredes.

Si pudieran hablar, ¿qué me dijeran  
de infamias, desatinos y locuras?  
Ya pienso que hablan, pero bien pudieran  
destos pintados cuadros las figuras.  
Todas me infaman, y mi pecho alteran;  
pues morirán también, aunque seguras;  
porque no ha de quedar, aunque pintado,  
testigo de su afrenta al que es honrado.

Morirá doña Inés, pues será cierto  
ser cómplice con Blanca en el delito;  
merezca pena igual quien le ha encubierto:  
que ni disculpa ni perdón permito.  
La esclava infame en el proceso abierto  
ya tiene el nombre y el castigo escrito.  
¡Oh siempre no excusados enemigos,  
del bien azares y del mal testigos!

Blanca, entre estas sentencias, ¿cuál te es-  
Aquí mi necio amor tiene la espada. [pera?  
Su deslealtad, su infamia considera,  
y que me tiene el alma lastimada.  
Haz cuenta, amor, que matas una fiera,  
no aquella Blanca que de ti fué amada;  
no mires su hermosura, huir procura,  
que ha hecho mil cobardes la hermosura.

No te acuerdes, memoria, de los gustos;  
sólo me representa los agravios;  
mira el honor, que en tiempo de disgustos

de cosas puros los que nacen sabios.  
 Es desgracia en casos tan injustos  
 morir tan joven y errar los labios.  
 ¡Hijo! no detengas mi empresa honrada,  
 mas ayúdame a burlar la espada.

(Sale, y salen DON BERNARDO y DON SANCHE)

BERNARDO. Fuera de Sevilla a mí?

Un confusión me habéis puesto.

SANCHE. Salte, don Bernardo, presto  
 para lo que os trago aquí.

BERNARDO. Yo pienso que desta vez  
 de dicha me vuelven loco.

SANCHE. Alejémosle un poco  
 de la puerta de Jerez.

porque quiero que en Tablada  
 lepa el intento mío.

BERNARDO. Parece que es desatío.

Si es, pues, saca la espada.

BERNARDO. Pues ¿vue para mí, señor,  
 que tan vuestro siempre he sido?

SANCHE. Vos me tenéis ofendido.

BERNARDO. ¿Yo?

Vos, pues, y en el honor

BERNARDO. Mirad que os han engañado.

SANCHE. Engañó a mi sacreos  
 la espada y luego vireis.

Como muere el que es honrado.

BERNARDO. Mirad que os tengo respeto,

¿cómo parece que mal  
 en tal tal desigual.

SANCHE. No os tengo por tan docteto

que os aconseje con vos,

Sacad, Bernardo, la espada

porque el honor agaviada

os se queda de los dos.

de mí, porque no os he muerto;

de vos como os se alteraleis.

BERNARDO. ¿La culpa no me dióis?

que os tiráis a tal descomuerto?

SANCHE. Me dijo Blanca en la carta

que se habéis alterado

en la carta de don Pedro,

¿cómo se os altera ahora,

a promesa de Fernando

agui infame y osado,

de quien se quita la sangre

de la cabeza al noble castro?

¿No os va tan mal como

que os sea tan descomuerto

como os descomuerto que yo

os lo castigare tanto?

Y porque buenos jueces

han de ser de muchos años,

me manda el honor a mí,

y aun el cielo, castigado.

Hay entrastes en su casa

y porque su pecho está

para el vuestro deshonra

halla en su virtud repara

entre mí infamias necias

de dijistes que habéis dado

la muerte a un cierto don Felix,

caballero castellano

que con el oro de Chile

venio su honor reparando,

como buen amigo ausente,

la honra del Veinticuatro

Yo soy su sueno y soy padre

de don Blanca. Entretanto

que viene su honor me toca

que no al gallán don Bernardo,

que defender y otender

como los grandes contrarios

me como decir y hacer,

que no osen en un plato

¿Parece que tengo tanta

luchante para mataros?

No es mucho que vos me plorda,

que los vireis tanto adon

que no don Pedro, a quien dió

un halito de Santiago

el César, y a quien su esposa

aguarda ahorcos los brazos?

No es mucho que sus tres brazos

osos. ¿Que aguardáis? Ya esta

hora pondrá la cordia. ¿Fino

le que talen en osos.

BERNARDO. Tened el volante serio

en las palabras de don Sanché

que osos como fero,

y de ser se os ha alterado

de tal las partes primas

que él lo osos.

SANCHE. Escucha

que osos de la que osos

ninguna osos osos.

BERNARDO. Si os plorda que os osos

que don don Felix ha osos

de osos en casa de Blanca,

que osos osos y osos

¿quedarse osos?

SANCHE. No

porque de osos osos osos

que os osos osos osos

aunque tenga órdenes sacros.  
 BERNARDO. ¿Y si vos los conocéis  
 y os muestran que fué tan claro  
 como el sol?

SANCHO. Si los conozco  
 y verdaderos los hallo,  
 antes que venga don Pedro  
 pondré sus hijos en salvo,  
 y ésta en el cuello de Blanca;  
 que nació Córdoba y Haro.

BERNARDO. Así lo creo de vos,  
 y venid conmigo.

SANCHO. Vamos.  
 Ya voy turbado de ver  
 que aquéste no se ha turbado.  
 ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?  
 Pero ¿de qué me acobardo?  
 ¿No es Blanca mi hija? Sí.  
 Pues no hay que temer agravio.

(*Vanse, y salen DON PEDRO y MARTÍN.*)

PEDRO. Ensilla presto, Martín.  
 MARTÍN. Discreto ha sido el enredo.  
 PEDRO. Pues ¿cómo ausentarme puedo  
 y dar a mi intento fin,  
 si no es con esta invención  
 para que don Félix venga  
 y el justo castigo tenga  
 Blanca de tan vil traición?  
 MARTÍN. Mira que sale.

(*Salen DOÑA BLANCA y DOÑA INÉS.*)

BLANCA. Señor,  
 pues ¿sin descansar siquiera  
 una noche, y la primera  
 que os merece tanto amor,  
 os volvéis de aquesta suerte?  
 PEDRO. ¿No habéis, señora, sentido  
 cómo en Carmona ha reñido  
 mi gente y que ha dado muerte  
 Mendoza a Vasco, aquel paje  
 que vuestro padre me dió?  
 BLANCA. ¿Que Mendoza le mató?  
 PEDRO. ¡Oh, infamia de tu linaje!  
 Presto se dirá de mí  
 que de veras te maté.)  
 En fin, sobre el juego fué.  
 Como yo no estaba allí,  
 hanle preso y embargado  
 el coche y cuanto traían,  
 dos cargas en que venían

las galas que os he sacado:  
 dos cadenas de diamantes  
 y dos joyas. ¡Presto, ensilla!  
 ¡Que por venir a Sevilla  
 y por abrazaros antes  
 que supiédeses de mí,  
 esto me haya sucedido!

MARTÍN. Ya está todo prevenido.  
 PEDRO. Adiós, adiós.

BLANCA. ¡Ay de mí!  
 ¿Qué desdicha es ésta, Inés?  
 INÉS. ¡Dejar solos los criados  
 y el juego!

BLANCA. Más desdichados  
 sucesos temo después.

Poco amor me ha parecido.

INÉS. Mañana podrá volver.

BLANCA. Ausencia y propia mujer,  
 ¡qué presto engendran olvido!

INÉS. Pues ¿ha de perder su hacienda  
 y dejar preso a Mendoza?

BLANCA. Quien ama, Inés, y no goza,  
 algo tiene que le ofenda.

En mal punto fué a Toledo.  
 Su discreción y hermosura  
 le ha puesto en esta locura.

INÉS. Amor, Blanca, todo es miedo.  
 Pero no hay de qué temer,  
 que el Veinticuatro te adora.

BLANCA. Inés, de ausencia de un hora (1)  
 Pedro venía a abrazarme,  
 y de tanto tiempo ahora (2)  
 ha vuelto para dejarme.

Tú verás cómo ha traído  
 alguna mujer.

INÉS. No creo,  
 de la virtud que en él veo.  
 en tanto amor tanto olvido,  
 y un hombre que allá trató  
 cosas de tanta importancia...

BLANCA. No hay lealtad donde ha distancia.  
 Pedro vino y me abrazó,  
 los brazos. Inés, caídos,  
 y un hombre que en los abrazos  
 tiene caídos los brazos,  
 lejos tiene los sentidos.

Sin esto, no preguntó  
 por sus hijos, ni aun hablaba  
 en la cruz que le adornaba

(1) Falta el último verso de esta redondilla.

(2) Falta un verso, antes o después de éste para  
 la redondilla.





Dile palabra a su dueño  
de guardar secreto, y fuera  
bajeza decir el nombre.  
Mas guardarme no es bajeza,  
que si no he de venir solo,  
nadie en el mundo pudiera  
como vos acompañarme,  
ni ser mi amparo y defensa.  
Si llega nuestra amistad  
a que podáis conocerla,  
veréis la más bella dama  
que hay en Sevilla, y si llega  
a más el conocimiento,  
he de hacer que os entretenga  
una prima tan hermosa,  
tan gallarda, tan discreta,  
que a no estar con doña Blanca,  
un ángel os pareciera.  
¿Nombréla? ¡Si! ¡Vive Dios!  
No importa, que no se quiebra  
la palabra con descuido.  
Vuelvo a verla, estad alerta,  
que me va en vuestro cuidado  
estar seguro con ella  
y no menos que la vida.

PEDRO. ¿Puede haber cosa como ésta?

MARTÍN. Martín, yo pierdo el juicio.

MARTÍN. No me espanto que le pierdas,  
porque quien pierde la honra  
no es bien que sentido tenga.

PEDRO. Ya estoy probando la espada,  
como instrumento que temple  
la honra en que ha de cantar  
tan miserables endechas.  
Déjame, amor, que pareces  
un demonio que me tienta,  
si puede haberle piadoso  
y estorbar cosas mal hechas.  
¡Mal hechas dije! ¡Estoy loco!  
¡Calla, que abrieron la puerta!

(Sale LEONOR.)

LEONOR. ¿Sois vos don Félix?

FÉLIX. Yo soy.

LEONOR. ¿Cómo ha sido tanta ausencia?

FÉLIX. Poca salud fué la causa.

LEONOR. Sabe Dios lo que me pesa.

A linda ocasión venís,  
que don Pedro es ido fuera.

FÉLIX. Pues ¿ha venido don Pedro?

¿Cosa que éste mismo sea  
que viene conmigo aquí?

Mas ¿qué cobarde sospecha,  
si éste es don Martín de Silva!  
Entrad.

LEONOR.

FÉLIX.

Entro.

MARTÍN.

Entró tras ella.

PEDRO.

¿Cerraron?

MARTÍN.

Si.

PEDRO.

Mas ¿qué importa?

MARTÍN.

Señor, un instante espera  
para que los halles juntos;  
aunque ¡vive Dios!, que tiembla  
el alma, de imaginar  
tan lastimosa tragedia.  
Quiero tanto a mi señora,  
que una merced te quisiera  
pedir.

PEDRO.

¿Cómo?

MARTÍN.

Que me mates,  
por no verlo. Dame. Prueba  
la espada en mí.

PEDRO.

¡Quita, infame!

MARTÍN.

¡Abierto está! ¡Sígueme!

¡Entra!

(Vanse, y salen DON BERNARDO, DON SANCHO y LUCINDO.)

SANCHO.

De lo que dices me admiro.

LUCINDO.

Pues tened por evidencia  
que por esta puerta entró  
y que le dimos en ella  
mil heridas.

SANCHO.

Ya, Bernardo,  
sé que ni deshonor es cierta;  
pero yo tengo de hablar  
con doña Inés.

BERNARDO.

Fué tercera  
destos amores su prima,  
y negarállos por fuerza.

(DON PEDRO, dentro.)

PEDRO.

¡Abre, infamia de mujeres,  
que en vano la puerta cierras  
de aqueste aposento infame,  
que si de diamantes fuera  
le hiciera a coces pedazos.

SANCHO.

La voz de don Pedro es ésta.

BERNARDO.

Pues don Pedro está en Sevilla,  
ya no importan diligencias.

PEDRO.

¡Abre, infame!

SANCHO.

¿Con mi hija  
hay en el mundo quien pueda



¿Tales son tales palabras?

¡Mátale!

¡Fente!

¡Espera!

*Salen Don Pedro con la espada desnuda.*

PEDRO. ¿Qué es va?

SANTI. Señor Venticuatro.

¿vos tratáis desta manera

a Blanca?

PEDRO. Si es Blanca intente

yo el justo que se parezca

mis palabras a sus obras?

SANTI. Infame la mas honesta

y virtuosa mujer

del mundo

PEDRO. Harto bien se muestra

cerrada en un aposento

con un hombre

BERNABO. Desta prueba

no tienes que replicar.

SANTI. Primero que yo lo crea

lo he de ver con estos ojos.

PEDRO. Sena para defenderla

Puedo vete y lo que contigo

viere; que si el mundo fuera

no me han de impedir matarla

Crusó a la puerta queda

con dos pistolas armada.

*(Sale Doña Blanca en mantel y raso)*

BLANCA. ¿Qué es esto?

SANTI. Mi hija es esta

¿Como viene por por ella

y con un hombre la dejáis?

BLANCA. Acusado es tu valor.

Hay en tu mente? ¿Que prima

de un villano y burlad!

PEDRO. ¡Cielos! ¿Que burla es esta?

¿Un mundo por unido infame

ESCARO. ¿Que os trae a las honras

por un villano antiguo,

he deseno que lo sea.

PEDRO. Mátale.

MARTÍN. Señor.

PEDRO. ¿Por donde?

¿Por esta mujer?

¿Qué es della?

MARTÍN.

BLANCA.

Aquí estoy.

MARTÍN.

¡Valgame Dios!

BLANCA.

Y después del mi inocencia

PEDRO.

¡Rompe las puertas!

SANTI.

¡Rompe!

*(Salen Doña Inés y Don Félix)*

FELIX.

Pues ya no tengo defensa,

don Pedro, contra tu engaño,

pague mi vida la deuda

de la ofensa que te hice.

PEDRO.

¡Cielos! ¿Que mujer es esta?

INÉS.

Felix, no soy doña Blanca,

como su prima, que ciega

de tu amor, te di a entender

que entrabas de noche a verla.

PEDRO.

No te disculpes, Inés,

que aunque mil muertes me dieras,

como este inocente Blanca,

por noble y honrada quedas.

A sus pies pudo perdella.

FELIX.

Y yo, señor, le obedecí.

SANTI.

BLANCA.

A los dos perdí.

con dos condones.

PEDRO.

Senen

como de tu hermosura

BLANCA.

Que os trae la primera.

don Pedro con don Félix.

FELIX.

Como ahora, ya es cierta.

BLANCA.

La segunda, que don Pedro

se va, cuando vuelva

de las Cortes otra vez,

que que en tal lugar le vea

SANTI.

Justo será que los dos

condenados por sus sentencias

BERNABO.

Ordena primero maten.

MARTÍN.

Y a mí, que abrió la puerta

¿qué me darán?

INÉS.

A la horca.

MARTÍN.

Pase y desagraveme della.

PEDRO.

Aquí se maten amalos.

Los peligros de la ausencia.

# COMEDIA FAMOSA

DE

# EL PERRO DEL HORTELANO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DIANA, *Condesa de Belflor.*

LEONIDO, *criado.*

EL CONDE FEDERICO.

ANTONELO, *lacayo.*

TEODORO, *su secretario.*

MARCELA.

DOROTEA.

ANARDA, *de su cámara.*

OTAVIO, *su mayordomo.*

FABIO, *su gentilhombre.*

EL CONDE LUDOVICO.

FURIO.

LIRANO.

TRISTÁN, *lacayo.*

RICARDO, *Marqués.*

CELIO, *criado.*

CAMILO.

## ACTO PRIMERO

(*Salen TEODORO, con una capa guarnecida, de noche, y TRISTÁN, criado. Vienen huyendo.*)

TEODORO. ¡Huye. Tristán, por aquí!

TRISTÁN. ¡Notable desdicha ha sido!

TEODORO. ¿Si nos habrán conocido?

TRISTÁN. No sé; presumo que sí.

(*Váyanse, y entre tras ellos DIANA, Condesa de Belflor.*)

DIANA. ¡Ah, gentilhombre, esperad, teneos, oid! ¿Qué digo?

¿Esto se ha de usar conmigo?

Volved, mirad, escuchad.

¡Hola!, ¿no hay aquí un criado?

¡Hola!, ¿no hay un hombre aquí?

Pues no es sombra (1) lo que vi, ni sueño que me ha burlado.

¡Hola! ¿Todos duermen ya?

(*Sale FABIO, criado.*)

FABIO. ¿Llama vuestra señoría?

DIANA. Para la cólera mía, gusto esta flema me da.

Corred, necio, enhoramala, pues merecéis este nombre, y mirad quién es un hombre que salió de aquesta sala.

FABIO. ¿De esta sala?

DIANA. ¡Caminad,

y responded con los pies!

FABIO. Voy tras él.

DIANA. Sabed quién es.

¿Hay tal traición, tal maldad?

(*Sale OTAVIO.*)

OTAVIO. Aunque su voz escuchaba, a tal hora, no creía que era vuestra señoría quien tan a prisa llamaba.

DIANA. ¡Muy lindo Santelmo hacéis!

¡Bien temprano os acostáis!

¡Con la flema que llegáis, qué despacio que os movéis!

Andan hombres en mi casa a tal hora, y aun los siento casi en mi propio aposento; que no sé yo dónde pasa tan grande insolencia, Otavio; y vos, muy a lo escudero, cuando yo me desespero, ¿así remediáis mi agravio?

OTAVIO. Aunque su voz escuchaba, a tal hora, no creía que era vuestra señoría quien tan a prisa llamaba.

DIANA. Volveos, que no soy yo; acostaos, que os hará mal.

(*Sale FABIO.*)

OTAVIO. Señora...

(1) En el original, "hombre", por errata.

FABIO. No le vias tal,  
como un avejón pueril.  
DIANA. Viste las ceñías?  
FABIO. ¿Qué ceñías?  
DIANA. ¿Una cosa no llevas  
(con oro)?  
FABIO. Cuando levaba  
la escalera.  
DIANA. ¿Hermosa, verdad?  
¡Qué las levabas de allí casa!  
FABIO. A la izquierda tío,  
la izquierda, y la mala:  
con poco los puros puros,  
y en la izquierda del portal  
una la escoba y escoba.  
DIANA. Vos como un lirio gallina.  
FABIO. ¿Qué lirio es?  
DIANA. ¿Pues a tal?  
FABIO. ¿Oírse con el y maldito!  
OTAVIO. Si era hombre de valor,  
tuerca bien sobre la hacha  
desde el portal a la calle.  
DIANA. De valor aquí, ¿por qué?  
OTAVIO. Nadie en Nápoles te quiere,  
que talentras como espota,  
por lo le puede te ve?  
FABIO. No hay mal señores que están,  
para casarse conmigo,  
ciegos de amor? Pues bien digo,  
si la le viste galán.  
FABIO. Pues vivir, jugando,  
y la izquierda el señor.  
DIANA. Sin duda tú caballer,  
por amor, y acortando.  
FABIO. Señora, con interés  
con amigos. ¿Qué errados  
terro. Olavio, tan bonitos!  
Pero yo sé que quien es.  
FABIO. Pídale levada el señor,  
y en la escalera ha de estar;  
ve por él.  
DIANA. Si le he de hallar?  
FABIO. ¿Pues claro está, maldito!  
FABIO. Que me había de bajar  
por el escudo bueyito.  
DIANA. ¿Por el escudo bueyito? (Pase.)  
FABIO. Si sólo viene a averiguarse,  
no me la de quedar culpado  
en casa.  
OTAVIO. Hay bien barón,  
para cuando regira este  
te han puesto en este estado.  
FABIO. Pero aunque es malicia

y más estando en casa,  
bueno en la que te casado.  
esta te izquierda por la  
de los te querer más  
como tanto desorden  
construido como  
por te obligados y otros.  
DIANA. ¿Sabes con alguna cosa?  
OTAVIO. ¿Por qué, no te da  
la que te quedas está  
de cuando, como bueyito.  
FABIO. ¿El escudo de bueyito  
para te maldito en maldito?

(Pase Fabio.)

FABIO. Con el maldito le queda  
una no puede ser peor.  
DIANA. Muerto. ¿Qué es esto?  
FABIO. No de  
este agua galán tío.  
DIANA. ¿Este?  
OTAVIO. No le he visto ya  
más nunca.  
FABIO. Pues este tío  
DIANA. ¿Este bueyito?  
FABIO. Pues ya había  
de escarbar.  
OTAVIO. Eumia con  
las plumas.  
FABIO. ¿Es bueyito?  
OTAVIO. Sin duda a robir viera.  
DIANA. Haréme perder el amor.  
FABIO. Este maldito tío.  
DIANA. Pues, las plumas que vi yo,  
y tanto que sin era escudo,  
en esto se resolvieron?  
FABIO. Como en la izquierda tío,  
con duda en las plumas,  
y como escudo bueyito.  
DIANA. ¿Icaro al sol no suba,  
que al contrario las plumas  
cayó en las plumas maldito  
del amor. Pues este escudo.  
FABIO. El sol la izquierda tío;  
bueyito, el maldito, y bueyito  
las plumas bueyito, el escudo,  
y en la escalera la bueyito.  
DIANA. No estoy para bueyito. Fabio,  
esta agua maldito que bueyito.  
OTAVIO. Tanto bueyito para bueyito  
la verdad.  
DIANA. ¿Qué tiempo, Otavio?

OTAVIO. Duerme agora, que mañana lo puedes averiguar.  
 DIANA. No me tengo de acostar. no, ¡por vida de Diana!, hasta saber lo que ha sido. Llama esas mujeres todas.  
 OTAVIO. Muy bien la noche acomodas.  
 DIANA. Del sueño, Otavio, me olvido, con el cuidado de ver un hombre dentro, en mi casa.  
 OTAVIO. Saber después lo que pasa fuera discreción, y hacer secreta averiguación.  
 DIANA. Sois, Otavio, muy discreto, que dormir sobre un secreto es notable discreción.

(Sale FABIO, DOROTEA, MARCELA, ANARDA.)

FABIO. Las que importan he traído; que las demás no sabrán lo que desear, y están rindiendo al sueño el sentido. Las de tu cámara solas estaban por acostar.  
 ANARDA. De noche se altera el mar y se enfurecen las olas. ¿Quieres quedar sola?  
 DIANA. Sí.  
 FABIO. Salíos los dos allá.  
 OTAVIO. ¡Bravo examen!  
 OTAVIO. Loca está.  
 FABIO. Y sospechosa de mí. (*Vanse.*)  
 DIANA. Llégate aquí, Dorotea.  
 DOROTEA. ¿Qué manda su señoría?  
 DIANA. Que me dijese querría quién esta calle pasea.  
 DOROTEA. Señora, el marqués Ricardo, y algunas veces el conde Paris.  
 DIANA. La verdad responde, de lo que decirte aguardo, si quieres tener remedio.  
 DOROTEA. ¿Qué te puedo yo negar?  
 DIANA. ¿Con quién los has visto hablar?  
 DOROTEA. Si me pusieses en medio de mil llanias, no podré decir que, fuera de ti, hablar con nadie los vi que en aquesta casa esté.  
 DIANA. ¿No te han dado algún papel?  
 DOROTEA. Ningún paje ha entrado aquí?  
 DIANA. Jamás.  
 DIANA. Apártate allí.

MARCELA. ¡Brava inquisición!  
 ANARDA. Cruel.  
 DIANA. Oye, Anarda.  
 ANARDA. ¿Qué me mandas?  
 DIANA. ¿Qué hombre es este que salió?  
 ANARDA. ¿Hombre?  
 DIANA. De esta sala; y yo sé los pasos en que andas. ¿Quién le trajo a que me viese? ¿Con quién habla, de vosotras?  
 ANARDA. No creas tú que en nosotras tal atrevimiento hubiese. ¿Hombre para verte a ti habia de osar traer criada tuya, ni hacer esa traición contra ti?  
 No, señora; no lo entiendes.  
 DIANA. Espera, apártate más; porque a sospechar me das, si engañarme no pretendes, que por alguna criada este hombre ha entrado aquí.  
 ANARDA. El verte, señora, así, y justamente enojada, dejada toda cautela, me obliga a decir verdad, aunque contra el amistad que profeso con Marcela.  
 Ella tiene a un hombre amor, y él se le tiene también; mas nunca he sabido quién.  
 DIANA. Negarlo, Anarda, es error. Ya que confiesas lo más, ¿para qué niegas lo menos?  
 ANARDA. Para secretos ajenos mucho tormento me das, sabiendo que soy mujer; mas basta que hayas sabido que por Marcela ha venido; bien te puedes recoger, que es sólo conversación, y a poco que se comienza...  
 DIANA. ¿Hay tan cruel desvergüenza? ¡Buena estará la opinión de una mujer por casar! ¡Por el siglo, infame gente, del Conde, mi señor!...  
 ANARDA. Tente, y déjame disculpar; que no es de fuera de casa el hombre que habla con ella, ni para venir a vella por esos peligros pasa.



DIANA *sola.*

Mil veces he advertido en la belleza, gracia y entendimiento de Teodoro, que, a no ser desigual a mi decoro, estinara su ingenio y gentileza.

Es el amor común naturaleza, mas yo tengo mi honor por más tesoro; que los respetos de quien soy adoro, y aun el pensarlo tengo por baja.

La envidia bien sé yo que ha de quedarme; que si la suelen dar bienes ajenos, bien tengo de que pueda lamentarme.

Porque quisiera yo que, por lo menos, Teodoro fuera más, para igualarme. o yo, para igualarle, fuera menos.

(Sale TEODORO y TRISTÁN.)

TEODORO. No he podido sosegar.

TRISTÁN. Y aun es con mucha razón, que ha de ser tu perdición, si lo llega a averiguar.

Dijete que la dejaras acostar, y no quisiste.

TEODORO. Nunca el amor se resiste.

TRISTÁN. Tiras, pero no reparas.

TEODORO. Los diestros lo hacen así.

TRISTÁN. Bien sé yo que si lo fueras, el peligro conocieras.

TEODORO. ¿Sí me conoció?

TRISTÁN. No, y sí; que no conoció quién eras, y sospecha le quedó.

TEODORO. Cuando Fabio me siguió, bajando las escaleras, fué milagro no matalle.

TRISTÁN. ¡Qué lindamente tiré mi sombrero a la luz!

TEODORO. Fué detenelle y deslumbrale; porque si adelante pasa, no le dejara pasar.

TRISTÁN. Dije a la luz, al bajar: "Di que no somos de casa", y respondiome: "Mentis"; alzo, y tiréle el sombrero; ¿quedé agraviado?

TEODORO. Hoy espero mi muerte.

TRISTÁN. Siempre decís esas cosas, los amantes, cuando menos pena os dan.

TEODORO. Pues ¿qué puedo hacer, Tristán,

en peligros semejantes?

TRISTÁN. Dejar de amar a Marcela, pues la Condesa es mujer que, si lo llega a saber, no te ha de valer cautela para no perder su casa.

TEODORO. ¿Y no hay más sino olvidar?

TRISTÁN. Lecciones te quiero dar de cómo el amor se pasa.

TEODORO. Ya comienzas desatinos.

TRISTÁN. Con arte se vence todo.

Oye, por tu vida, el modo por tan fáciles caminos.

Primeramente has de hacer resolución de olvidar.

sin pensar que has de tornar eternamente a querer;

que si te queda esperanza de volver, no habrá remedio de olvidar: que si está en medio la esperanza, no hay mundanza.

¿Por qué piensas que no olvida luego un hombre a una mujer?

Porque pensando volver va entreteniendo la vida.

Ha de haber resolución dentro del entendimiento, con que cesa el movimiento de aquella imaginación.

¿No has visto faltar la cuerda de un reloj y estarse quedas, sin movimiento, las ruedas? Pues de esa suerte se acuerda el que tiene las potencias, cuando la esperanza falta.

TEODORO. Y la memoria ¿no salta luego hacer mil diligencias, despertando el sentimiento a que del bien no se prive?

TRISTÁN. Es enemigo que vive asido al entendimiento, como dijo la canción de aquel español poeta; mas por esto es linda treta vencer la imaginación.

TEODORO. ¿Cómo?

TRISTÁN. Pensando defetos, y no gracias; que, olvidando, defetos están pensando, que no gracias, los discretos.

No la imagines vestida con tan linda proporción de cintura, en el balcón,



en quea ymagine, anelli.

— Solo en estas representaciones,  
puesque Dios me dio para ser  
como a los santos en el fin  
la virtud de la fortaleza.

— Como en la de la muerte  
esta imagen representa:

— En donde se designa  
que la muerte es final.

— Pero al que sea contrario  
del mismo destino.  
Dios me dio, en fin,  
en donde se representa.

— Si de verdad que por  
estas tres son cosas  
que la persona represento,  
en donde se indica que  
representa a todos.

— De las cosas que son  
a la vez, como en la  
de la muerte y la vida.

— Que, como represento  
que estas cosas son,  
las tres, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

— Mas, como represento  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida,  
las tres cosas, como en la  
de la muerte y la vida.

TEODORO. Si aquí,  
señora, has puesto la mano,  
igualarle fuera en vano,  
y fuera soberbia en mí.  
Sin verle, pedirte quiero  
que a esa señora le envíes.  
DIANA. Lee, lee.  
TEODORO. Que desconfíes  
me espanto. Aprender espero  
estilo, que yo no sé,  
que jamás traté de amor.  
DIANA. ¿Jamás, jamás?  
TEODORO. Con temor  
de mis defectos, no amé;  
que soy muy desconfiado.  
DIANA. Y se puede conocer  
de que no te dejas ver,  
pues que te vas rebozado.  
TEODORO. ¿Yo, señora? ¿Cuándo, o cómo?  
DIANA. Dijéronme que salió  
anoche acaso, y te vió  
rebozado el mayordomo.  
TEODORO. Andaríamos burlando  
Fabio y yo, como solemos,  
que mil burlas nos hacemos.  
DIANA. Lee, lee.  
TEODORO. Estoy pensando  
que tenga algún envidioso.  
DIANA. Celoso podría ser.  
Lee, lee.  
TEODORO. Quiero ver  
este ingenio milagroso.

(Lca.)

“Amar por ver amar, envidia ha sido,  
y primero que amar estar celosa  
es invención de amor maravillosa  
y que por imposible se ha tenido.

De los celos mi amor ha procedido,  
por pesarme que, siendo más hermosa,  
no fuese en ser amada tan dichosa  
que hubiese lo que envidia merecido.

Estoy, sin ocasión, desconfiada;  
celosa, sin amor, aunque sintiendo:  
debo de amar, pues quiero ser amada.

Ni me dejo forzar, ni me defiendo;  
darme quiero a entender, sin decir nada:  
entiéndame, que puede; yo me entiendo.”

DIANA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que si esto es  
a propósito del dueño,

no he visto cosa mejor;  
mas confieso que no entiendo  
cómo puede ser que amor  
venga a nacer de los celos,  
pues que siempre fué su padre.  
DIANA. Porque esta dama sospecho  
que se agradaba de ver  
este galán, sin deseo,  
y viéndole ya empleado  
en otro amor, con los celos  
vino a amar y a desear.  
¿Puede ser?

TEODORO. Yo lo concedo;  
mas ya esos celos, señora,  
de algún principio nacieron,  
y ese fué amor; que la causa  
no nace de los efectos,  
sino los efectos de ella.

DIANA. No sé, Teodoro; esto siento  
de esta dama, pues me dijo  
que nunca al tal caballero  
tuvo más que inclinación,  
y en viéndole amar, salieron  
al camino de su honor  
mil salteadores deseos  
que le han desnudado el alma  
del honesto pensamiento  
con que pensaba vivir.  
TEODORO. Muy lindo papel has hecho.  
Yo no me atrevo a igualarle.  
DIANA. Entra y prueba.

TEODORO. No me atrevo.  
DIANA. Haz esto, por vida mía.  
TEODORO. Vueseñoría con esto  
quiere probar mi ignorancia.  
DIANA. Aquí aguardo. Vuelve luego.  
TEODORO. Yo voy.

DIANA. Escucha, Tristán.  
TRISTÁN. A ver lo que mandas vuelvo  
con vergüenza de estas calzas,  
que el secretario, mi dueño,  
anda salido estos días;  
y hace mal un caballero,  
sabiendo que su lacayo  
le va sirviendo de espejo,  
de lucero y de cortina,  
en no traerle bien puesto.  
Escalera del señor,  
si va a caballo, un discreto  
nos llamó, pues a su cara  
se sube por nuestros cuerpos.  
No debe de poder más.

DIANA. ¿Juega?



DIANA.

Que vuestra señoría solemnice lo que en Italia llaman gallardía, por hermosura, es digno pensamiento de su buen gusto y claro entendimiento.

Que me pregunte cómo está... no creo que soy tan dueño suyo que lo diga.

RICARDO.

Quien sabe de mi amor y mi deseo el fin honesto, a este favor se obliga. A vuestros deudos inclinados veo para que en lo tratado se prosiga; sólo falta, señora, vuestro acuerdo, porque sin él las esperanzas pierdo.

Si como soy señor de aquel estado, que con igual nobleza heredé agora, lo fuere desde el Sur más abrasado a los primeros paños del aurora; si el oro, de los hombres adorado, las congeladas lágrimas que llora el cielo, o los diamantes orientales que abrieron por el mar caminos tales

tuviera yo, lo mismo os ofreciera; y no dudéis, señora, que pasara adonde el sol apenas luz me diera, como a sólo serviros importara; en campañas de sal, pies de madera, por las remotas aguas estampara hasta llegar a las australes playas, del humano poder últimas rayas.

DIANA.

Creo, señor Marqués, el amor vuestro, y, satisfecha de nobleza tanta, haré tratar el pensamiento nuestro si al Conde Federico no le espanta.

RICARDO.

Bien sé que en trazas es el Conde diestro, porque en ninguna cosa me adelanta: mas yo fio de vos que mi justicia los ojos cegará de su malicia.

(Sale TEODORO.)

TEODORO.

Ya lo que mandas hice.

RICARDO.

Si ocupada

vuesñoría está, no será justo hurtarle el tiempo.

DIANA.

No importara nada puesto que a Roma escribo.

RICARDO.

No hay disgusto como, en día de cartas, dilatada visita.

DIANA.

Sois discreto.

RICARDO.

En daros gusto. Celio, ¿qué te parece?

CELIO.

Que quisiera que ya tu justo amor premio tuviera.

(Vase RICARDO.)

DIANA. ¿Escribiste?

TEODORO. Ya escribí, aunque bien desconfiado; mas soy mandado y forzado.

DIANA. Muestra.

TEODORO. Lee.

DIANA. Dice así:

(Lee.)

Querer por ver querer, envidia fuera si quien lo vió, sin ver amar, no amara, porque antes de amar no amar pensara, después no amara, puesto que amar viera.

Amor, que lo que agrada considera en ajeno poder, su amor declara; que como la color sale a la cara, sale a la lengua lo que al alma altera.

No digo más, porque lo más ofendo desde lo menos, si es que desmerezco porque del ser dichoso me defiendo.

Esto que entiendo solamente ofrezco; que lo que no merezco, no lo entiendo por no dar a entender que lo merezco.

Muy bien guardaste el decoro.

TEODORO. ¿Búrlaste?

DIANA. ¡Pluguiera a Dios!

TEODORO. ¿Qué dices?

DIANA. Que de los dos,

el tuyo venes. Teodoro.

TEODORO. ¿Y tú me, papá, no me pueques  
principio de desquitar  
no estado el entender  
que sabe más que su dueño.

De cierto rey se cuenta  
que le dio a un gran privado  
"Un papel me da cabido  
y si bien le he escrito yo  
quien ver otro de ver  
y el mejor cuquer quier."  
Escritito el cabido,  
y fue el mejor de los dos.

Como que el rey decía  
que era su papel mejor  
fuera y dudo al mayor  
lira de tres que tenía.

"Vosotros del reino largo  
que en gran bulgaro estoy yo"  
El reino le presenta  
la causa, burlado y rogado,

y responsable: "Ha alzado  
el rey me es su cosa que el"  
Que es la que en este papel  
no puede haber cabido.

DIANA. No, Teodoro, que aunque digo  
que el el rey, más diestros  
en por que agite el asunto  
de la causa que yo.

Y no para que presento  
el pleito, que si no agrada  
puede al otro confiado  
de los puntos de un pleito.

Puede de que sea mejor  
a cualquier otro pleito,  
y si el el rey el reino  
como se los sabe de ver.

Desde la tierra más  
más que el reino de ver  
y cuando, cuando más  
puede en tanto no es así.

Que no ofende un desquitar  
sanción, que es el estado  
que se estado desquitarlo.  
Por lo tanto, cuando.

TEODORO. Mas presento a Teodoro  
y a los desquitarlo,  
por, en estado desquitarlo,  
por, en estado desquitarlo.

y, como, como de ver  
desquitarlo, no es así.  
del rey.

DIANA. No lo desquitarlo, no lo.

el caso es así, mujer, fuera.

Si alguna cosa desquitarlo,  
alta, desquitarlo y confía,  
que uno no es más que portar,  
no son pedras las mujeres.

Yo me llevo este papel  
que despacio me conviene  
verle.

TEODORO. Mal error tiene.

DIANA. No hay error ninguno en el.

TEODORO. Huiras tú, leño. Aquí  
tiene el tuyo.

DIANA. Pues allá  
le guarda, aunque bien será  
cuidarlo.

TEODORO. Respóndele.

DIANA. Si.

que no desquitarlo que se guarda  
el el estado desquitarlo.

TEODORO.

TEODORO. Cuento. ¿Qué es, Teodoro,  
de reírse con noble y comedia.

que, desquitarlo, desquitarlo,  
del el estado desquitarlo.  
Tengo también, cuando  
que el el estado desquitarlo.

Mas, no me lo desquitarlo,  
ni el el estado desquitarlo.

"Pues, ¿qué es, Teodoro, que se guarda,  
el el estado desquitarlo."

Desquitarlo, desquitarlo, cuando  
por la causa que desquitarlo.

Que, cuando se desquitarlo,  
y ella se la causa desquitarlo.

Cuando me, como la causa  
en me desquitarlo y me desquitarlo,  
que en la causa desquitarlo,  
de la causa desquitarlo.

Siempre, cuando, cuando  
en desquitarlo, que me desquitarlo,  
que me desquitarlo, cuando  
que me desquitarlo, cuando.

Que, cuando, cuando  
que me desquitarlo, cuando  
que me desquitarlo, cuando  
que me desquitarlo, cuando.

Que, cuando, cuando  
que me desquitarlo, cuando  
que me desquitarlo, cuando  
que me desquitarlo, cuando.

(1) En el original "cuento" con vocal.

que "se puede perder más",  
¿qué rosa, al llorar la aurora,  
hizo de las hojas ojos,  
abriendo los labios rojos.  
con risa, a ver cómo llora.  
como ella los puso en mí,  
bañada en púrpura y grana.  
o qué pálida manzana  
se esmaltó de carmesí?

Lo que veo y lo que escucho  
yo lo juzgo, o estoy loco:  
para ser de veras, poco,  
y para de burlas, mucho.

Mas teneos, pensamientos,  
que os vais ya tras la grandeza,  
aunque si digo belleza,  
bien sabéis vos que no miento;  
que es bellísima Diana  
y en discreción sin igual.

(Sale MARCELA.)

MARCELA. ¿Puedo hablarte?  
TEODORO. Ocasión tal  
mil imposibles allana;

que por tí, Marcela mía,  
la muerte me es agradable.

MARCELA. Como yo te vea y hable,  
dos mil vidas perdería.  
Estuve esperando el día  
como el pajarillo solo,  
y cuando vi que en el polo  
que Apolo más presto dora  
le despertaba la aurora,  
dije: "Yo veré a mi Apolo".

Grandes cosas han pasado;  
que no se quiso acostar  
la Condesa hasta dejar  
satisfecho su cuidado.  
Amigas que han envidiado  
mi dicha, con deslealtad  
le han contado la verdad;  
que entre quien sirve, aunque veas  
que hay amistad, no la creas,  
porque es fingida amistad.

Todo lo sabe, en efeto;  
que si es Diana la luna,  
siempre a quien ama importuna.  
Salió y vió nuestro secreto;  
pero será, te prometo,  
para mayor bien, Teodoro;  
que del honesto decoro  
con que tratas de casarte,

le di parte, y dije aparte  
cuán tiernamente te adoro.

Tus prendas le encarecí,  
tu estilo, tu gentileza,  
y ella entonces su grandeza  
mostró tan piadosa en mí,  
que se alegró de que en ti  
hubiese los ojos puesto,  
y de casarnos muy presto  
palabra también me dió  
luego que de mí entendió  
que era tu amor tan honesto.

Yo pensé que se enojara  
y la casa revolviere,  
que a los dos nos despidiera  
y a los demás castigara.  
Mas su sangre, ilustre y clara  
y aquel ingenio, en efeto,  
tan prudente y tan perfeto,  
conoció lo que mereces.  
¡Oh, bien haya, amén, mil veces  
quien sirve a señor discreto!

TEODORO. ¿Que casarme prometió  
contigo?

MARCELA. ¿Pones en duda  
que a su ilustre sangre acuda?

TEODORO. Mi ignorancia me engañó;  
que, necio, pensaba yo  
que hablaba en mi la Condesa.  
De haber pensado me pesa  
que pudo tenerme amor,  
que nunca tan alto azor  
se humilla a tan baja presa.

MARCELA. ¿Qué murmuras entre ti?

TEODORO. Marcela, conmigo habló;  
pero no se declaró  
en darme a entender que fui  
el que embozado salí  
anoche de su aposento.

MARCELA. Fué discreto pensamiento  
por no obligarse al castigo  
de saber que hablé contigo,  
si no lo es del casamiento;  
que el castigo más piadoso  
de dos que se quieren bien  
es casarlos.

TEODORO. Dices bien,  
y el remedio más honroso.

MARCELA. ¿Querrás tú?

TEODORO. Seré dichoso.

MARCELA. Confírmalo.

TEODORO. Con los brazos,  
que son los rasgos y lazos



de la efímera del amor,  
que no hay ráfaga ni huracán  
que le que arranque los brazos.

(Sale el Tercero.)

DIANA. — ¿Cómo ha conseguido bien-  
agradar a esta muy sencilla,  
que siempre a quien reprehende  
la gran gusto ver la enmienda.  
No se turba ni se altera.

TERCERO. — Dijo, señora, y Marcela  
que aunque salí de aquí  
con tanto disgusto y pena  
de que nuestra afición  
quiesciese en tu ofensa,  
este pensamiento honesto  
para acordarme con ella,  
que me he sentido morir  
y dolióme por respuesta  
que mostrásemos en castigo  
tu piedad y tu evasiva.  
Que me desdiché y alivie  
me el recuerdo ignota,  
no me cobra su envidia,  
pero en las cosas que vena  
como deus la virginal  
a una persona discreta.

DIANA. — Tercero, justo castigo  
le desbaltad merced  
de haber parido el respeto  
y el casto y la nobleza  
que así oselle tras las dor-  
nas no sé qué parte sea  
a que se atreva aún;  
yo me legué y me vergüenza  
el amor, su luz, privilegio  
que al castigo le desdiché.  
Mientras me de salud, se des-  
tace, baste Marcela  
nosotros en un apacible  
que no galea no que en casto  
nosotros, las ideas mudas  
y que por ejemplo se temen  
para castigarlos todos.  
(Diciendo.) ¡Ay, Diana!

(Sale Marcela.)

DOROTEA.  
DIANA. — Señora:  
Tengo muy claro,  
y en su propia culpa, en letra  
y Marcela, que como dice

para hacer labor en ella.  
No sé que esta es cosa  
¿Qué es esto, Marcela?

DOROTEA.  
MARCELA. — Fuerza

de las palabras, claro  
y con, y como oselle,  
¿Encuétrame por Tercero!  
¿Cómo, que me le pida,  
y para punta de ojos  
que amor Tercero oselle.

(Pasa el Tercero, y el Tercero y Tercero.)

DIANA. — ¿Dijo, Tercero, que quieres  
casarte?

TERCERO. — Ya me acuerdo  
hacer cosa sin tu gusto,  
y oselle que en oselle,  
no es cosa como te has dicho,  
que hay, qué me has dicho  
de oselle, que la oselle,  
y que el Oselle oselle,  
que en oselle no es la oselle,  
no es la oselle, oselle,  
para en oselle oselle,  
que en oselle oselle oselle,  
¿Fue en oselle oselle oselle  
a Marcela?

DIANA. — Tercero, ¿quieres casarte?

TERCERO. — ¡Que oselle,  
vive sin Marcela yo!

DIANA. — ¿Que oselle, que oselle  
puedes el oselle.

TERCERO. — Es un oselle,  
que no es oselle, que se oselle,  
que oselle oselle,  
que oselle Marcela oselle,  
que oselle oselle,  
que oselle oselle oselle.

DIANA. — ¿Que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle.

TERCERO. — ¿Que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle.

DIANA. — ¿Que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle.

TERCERO. — ¿Que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle.

DIANA. — ¿Que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle,  
que oselle oselle oselle.

y los corales y perlas  
de esa boca celestial...”

DIANA.  
TEODORO. ¿Celestial?

Cosas como éstas  
son la cartilla, señora,  
de quien ama y quien desea.

DIANA. Mal gusto tienes, Teodoro;  
no te espantes de que pierdas  
hoy el crédito conmigo,  
porque sé yo que en Marcela  
hay más defectos que gracias,  
como la miro más cerca.  
Sin esto, porque no es limpia,  
no tengo pocas pendencias  
con ella; pero no quiero  
desenamorarte de ella,  
que bien pudiera decirte  
cosas; pero aquí se quedan  
sus gracias o sus desgracias,  
que yo quiero que la quieras  
y que os caséis en buen hora.  
Mas pues de amador te precias,  
dame consejo. Teodoro,  
así a Marcela poseas,  
para aquella amiga mía  
que ha días que no sosiega  
de amores de un hombre humilde;  
porque, si en quererle piensa,  
ofende su autoridad,  
y si de quererle deja,  
pierde el juicio de celos;  
que el hombre, que no sospecha  
tanto amor, anda cobarde,  
aunque es discreto con ella.

TEODORO. ¿Yo, señora, sé de amor?  
¡No sé, por Dios, cómo pueda  
aconsejarte!

DIANA. ¿No quieres,  
como dices, a Marcela?  
¿No le has dicho esos requiebros?  
Tuvieran lengua las puertas,  
que ellas dijeran...

TEODORO. No hay cosa  
que decir las puertas puedan.

DIANA. ¡Ea!, que ya te sonrojas,  
y lo que niega la lengua  
confesas con los colores.

TEODORO. Si ella te lo ha dicho, es necia.  
Una mano le tomé,  
y no me quedé con ella,  
que luego se la volví.  
¡No sé yo de qué se queja!

DIANA. Sí, pero hay manos que son

como la paz de la iglesia,  
que siempre vuelven besadas.

TEODORO. Es necísima Marcela.  
Es verdad que me atreví,  
pero con mucha vergüenza,  
a que templase la boca  
con nieve y con azucenas.

DIANA. ¿Con azucenas y nieve?  
Huelgo de saber que tiembla  
ese emplasto el corazón.  
Ahora bien: ¿qué me aconsejas?

TEODORO. Que si esa dama que dices  
hombre tan bajo desea,  
y de quererle resulta  
a su honor tanta bajeza,  
haga que con un engaño,  
sin que lo conozca, pueda  
gozarle.

DIANA. Queda el peligro  
de presumir que lo entienda.  
¿No será mejor matarle?

TEODORO. De Marco Aurelio se cuenta  
que dió a su mujer, Faustina,  
para quitarle la pena,  
sangre de un esgrimidor.  
Pero estas romanas pruebas  
son buenas entre gentiles.

DIANA. Bien dices, que no hay Lucrecias,  
ni Torcuatos, ni Virgilio  
en esta edad, y en aquella  
hubo Faustinas, Teodoro,  
Mesalinas y Popeas.  
Escribeme algún papel  
que a este propósito sea,  
y queda con Dios. ¡Ay, Dios!

(Caiga.)

Cai. ¿Qué me miras? Llega,  
dame la mano.

TEODORO. El respeto  
me detuvo de ofrecella.

DIANA. ¿Qué graciosa grosería,  
que con la capa la ofrezcas!

TEODORO. Así, cuando vas a misa,  
te la da Otavio.

DIANA. Es aquella  
mano que yo no le pido,  
y debe de haber setenta  
años que fué mano, y viene  
amortajada por muerta.  
Aguardar quien ha caído  
a que se vista de seda,



EDERICO. ¿Es aquél Ricardo?  
 LEONIDO. El es.  
 EDERICO. Fuera maravilla rara  
 que de este puesto faltara.  
 LEONIDO. ¡Gallardo viene el Marqués!  
 EDERICO. No pudieras decir más,  
 si tú fueras el celoso.  
 LEONIDO. ¿Celos tienes?  
 EDERICO. ¿No es forzoso?  
 De alabarle me los das.  
 LEONIDO. Si a nadie quiere Diana,  
 ¿de qué los puedes tener?  
 EDERICO. De que le puede querer,  
 que es mujer.  
 LEONIDO. Sí, mas tan vana,  
 tan altiva y desdeñosa,  
 que a todos os asegura.  
 EDERICO. Es soberbia la hermosura.  
 LEONIDO. No hay ingratitud hermosa.  
 ELIO. Diana sale, señor.  
 RICARDO. Pues tendrá mi noche día.  
 ELIO. ¿Hablarásla?  
 RICARDO. Eso querría,  
 si quiere el competidor.

*Salen OTAVIO, FABIO, TEODORO, la CONDESA, y detrás, MARCELA, DOROTEA, ANARDA, con mantos; lléguenle el Conde por un lado.*

FEDERICO.

Aquí aguardaba, con deseo de veros.

DIANA.

Señor Conde, seáis muy bien hallado.

RICARDO.

yo, señora, con el mismo. agora  
 acompañaros vengo y a servirlos.

DIANA.

Señor Marqués, ¿qué dicha es ésta mía?  
 Tanta merced!...

RICARDO.

Bien debe a mi deseo  
 la señoría este cuidado.

FEDERICO.

Creo

que no soy bien mirado y admitido.

LEONIDO.

¡Áblala, no te turbes.

FEDERICO.

¡Ay, Leonido!

Quien sabe que no gustan de escuchalle,  
 ¿de qué te admiras que se turbe y calle?

*(Todos se entren por la otra puerta, acompañando a la CONDESA, y quede allí TEODORO.)*

TEODORO. Nuevo pensamiento mío,  
 desvanecido en el viento,  
 que con ser mi pensamiento,  
 de veros volar me río;  
 parad, detened el brío,  
 que os detengo y os provoco,  
 porque si el intento es loco,  
 de los dos lo mismo escucho,  
 aunque donde el premio es mucho  
 el atrevimiento es poco.

Y si por disculpa dais  
 que es infinito el que espero,  
 averigüemos primero,  
 pensamiento, en qué os fundáis.  
 ¿Vos a quién servís amáis?  
 Diréis que ocasión tenéis,  
 si a vuestros ojos creéis;  
 pues, pensamiento, decildes  
 que, sobre pajas humildes,  
 torres de diamante hacéis.

Si no me sucede bien,  
 quiero culparos a vos;  
 mas teniéndola los dos,  
 no es justo que culpa os den;  
 que podréis decir también,  
 cuando del alma os levanto  
 y de la altura me espanto  
 donde el amor os subió,  
 que el estar tan bajo yo  
 os hace a vos subir tanto.

Cuando algún hombre ofendido  
 al que le ofende defiende,  
 que dió la ocasión se entiende  
 del daño que os ha venido.  
 Sed en buen hora atrevido,  
 que aunque los dos nos perdamos,  
 esta disculpa llevamos:  
 que vos os perdéis por mí  
 y que yo tras vos me fui,  
 sin saber adónde vamos.

Id en buen hora, aunque os den  
 mil muertes, por atrevido,  
 que no se llama perdido  
 el que se pierde tan bien;  
 como otros dan parabién

de lo que habian metido tal  
que se perdian igual  
en le dar, porque es perderse  
tan bien, que puede temerse  
envidia del mismo mal.

TRISTAN.

Si me tantas amestallaciones  
vale un papel de Maraña,  
que contigo se comulga  
de una perdida prestada:  
¿cómo le le dare sin perdo,  
porque a quien no ha menester,  
nada le presta por,  
a la usanza de la corte.

Cuando está en alto lugar  
un hombre, y ¿qué bien lo entenda,  
que le vienen de visitas  
a molestar y entadar!

Venga a mudo de estado,  
como es la fortuna inerta,  
nada buven de su puerta,  
como si fuere apostada.

¿Diferente que llevamos  
con vitagre este papel?

TRISTAN.

Contigo, como y con el  
entrámbos como tenemos.

Muestra, que vendrá lavada  
a en las manos la vereda.

(Sale.)

A Tendón, no mucho?  
(Muestra.) ¿Qué me a entada?  
(Qué buena idea!)

TRISTAN.

La muy noble.

TRISTAN.

Prestando a mi esposa  
el castillo a larga almirá,  
con mariposa porca.

TRISTAN.

¿Cómo, por qué, por  
quiere ya estar tan bueno,  
que no se desquicia el alma  
de las ocupaciones? ¿Por qué  
que ya se muestra Maraña,  
con tanto en mariposa,  
con tanto confusión?

TRISTAN.

Es por el momento que viene  
a las manos como de un  
del todo, que hace la corte,  
que por de que la se se alivia.  
Habrá, por tanto, alivio.

TRISTAN.

Más como hacemos del papel?

TRISTAN.

Como.

TRISTAN.

¿Qué como?

TRISTAN.

(Sale.)

TRISTAN.

(Por qué como?)

TRISTAN.

¿Por qué así  
reponde una persona a H

TRISTAN.

¿Por qué así, tigre?

TRISTAN.

¿Por qué así, como es posible,  
falta, que sea los amantes  
temerosos del amor,

TRISTAN.

que como sólo las rocas,  
con empujando papales,  
venge, como empujando,  
como de como videntes.

Resque, no, double extraño,  
como del amor, como  
como que la sangre, temblorosa  
para comprar el todo.

Resque, como, como,  
con empujando para el gesto,  
que se forma más provecho  
nada, en la ciudad.

Resque, como, como,  
con empujando, como,  
y, tras de, como, como,  
por qué, como, como.

Resque, como, como,  
que como, como, como,  
con empujando, como,  
y, tras de, como, como.

Resque, como, como, como,  
con empujando, como,  
y, tras de, como, como,  
por qué, como, como.

Resque, como, como, como,  
con empujando, como,  
y, tras de, como, como,  
por qué, como, como.

Resque, como, como, como,  
con empujando, como,  
y, tras de, como, como,  
por qué, como, como.

TRISTAN.

¿Por qué, como, como,  
con empujando, como,  
y, tras de, como, como,  
por qué, como, como.

TRISTAN.

Resque, como, como, como,  
con empujando, como,  
y, tras de, como, como,  
por qué, como, como.

TRISTAN.

Resque, como, como, como,  
con empujando, como,  
y, tras de, como, como,  
por qué, como, como.

TRISTAN.

Resque, como, como, como,  
con empujando, como,  
y, tras de, como, como,  
por qué, como, como.

tuvo tan contrario el fin.  
que al fin de su pretensión  
escribió una pluma airada:  
"César, o nada dijiste,  
y todo, César, lo fuiste,  
pues fuiste César y nada".

TEODORO. Pues tomo, Tristán; la empresa,  
y haga después la fortuna  
lo que quisiere.

(Salen MARCELA y DOROTEA.)

DOROTEA. Si a alguna  
de tus desdichas le pesa  
de todas las que servimos  
a la Condesa. soy yo.

MARCELA. En la prisión que me dió  
tan justa amistad hicimos.

Y yo me siento obligada  
de suerte, mi Dorotea,  
que no habrá amiga que sea  
más de Marcela estimada.

Anarda piensa que yo  
no sé cómo quiere a Fabio,  
pues de ella nació mi agravio,  
que a la Condesa contó  
los amores de Teodoro.  
Teodoro está aquí.

DOROTEA. ¡Mi bien!

MARCELA. Marcela, el paso detén.

TEODORO. ¿Cómo, mi bien, si te adoro,  
cuando a mis ojos te ofreces?

MARCELA. Mira lo que haces y dices,  
que en palacio los tapices  
han hablado algunas veces.

¿De qué piensas que nació  
hacer figuras en ellos?

De avisar que detrás de ellos  
siempre algún vivo escuchó.

Si un mudo, viendo matar  
a un rey, su padre, dió voces,  
figuras, que no conoces,  
pintadas sabrán hablar.

MARCELA. ¿Has leído mi papel?

TEODORO. Sin leerle, le he rasgado.  
que estoy tan escarmentado  
que rasgué mi amor con él.

MARCELA. ¿Son los pedazos aquéstos?

TEODORO. Sí, Marcela.

MARCELA. ¿Y ya mi amor  
has rasgado?

TEODORO. ¿No es mejor  
que vernos por puntos puestos  
en peligros tan extraños?

Si tú de mi intento estás,  
no tratemos de esto más,  
para excusar tantos daños.

MARCELA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que estoy dispuesto  
a no darle más enojos  
a la Condesa.

MARCELA. En los ojos  
tuve muchas veces puesto  
el temor de esta verdad.

TEODORO. Marcela, queda con Dios.  
Aquí acaba de los dos  
el amor, no el amistad.

DOROTEA. ¿Tú dices eso, Teodoro,  
a Marcela?

TEODORO. Yo lo digo;  
que soy de quietud amigo  
y de guardar el decoro  
a la casa que me ha dado  
el ser que tengo.

MARCELA. Oye, advierte...

TEODORO. Déjame.

MARCELA. ¿De aquesta suerte  
me tratas?

TEODORO. ¡Qué necio enfado!

(Váyase.)

MARCELA. ¡Ah, Tristán, Tristán!

TRISTÁN. ¿Qué quieres?

MARCELA. ¿Qué es esto?

TRISTÁN. Una mudancita.  
Que a las mujeres imita  
Teodoro.

MARCELA. ¿Cuáles mujeres?

TRISTÁN. Unas de azúcar y miel.

MARCELA. Dile...

TRISTÁN. No me digas nada,  
que soy vaina de esta espada,  
nema de aqueste papel,

caja de aqueste sombrero,  
fietlo de este caminante,  
mudanza de este danzante,  
día de este vario hebrero,  
sombra de este cuerpo vano,  
posta de aquesta estafeta,  
rastro de aquesta cometa,  
tempestad de este verano,  
y, finalmente, yo soy  
la uña de aqueste dedo,  
que, en cortándome, no puedo  
decir que con él estoy.

(Váyase.)





ANARDA. ¿Puedote hablar?  
 DIANA. Ya bien puedes.  
 ANARDA. Los dos que de aquí se van,  
 ciegos de tu amor están.  
 Tú en desdeñarlos excedes  
 la condición de Anajarte,  
 la castidad de Lucrecia,  
 y quien a tantos desprecia...  
 Ya me canso de escucharte.  
 ANARDA. ¿Con quién te piensas casar? (1)  
 ANARDA. ¿No puede el Marqués Ricardo,  
 por generoso y gallardo,  
 si no exceder, igualar  
 al más poderoso y rico?  
 ¿Y la más noble mujer  
 también no lo puede ser  
 de tu primo Federico?  
 ¿Por qué los has despedido  
 con tan extraño desprecio?  
 DIANA. Porque uno es loco, otro necio,  
 y tú, en no haberme entendido,  
 más, Anarda, que los dos.  
 No los quiero porque quiero;  
 y quiero porque no espero  
 remedio.  
 ANARDA. ¿Válgame Dios!  
 ¿Tú quieres?  
 DIANA. ¿No soy mujer?  
 ANARDA. Sí, pero imagen de hielo,  
 donde el mismo sol del cielo  
 podrá tocar y no arder.  
 DIANA. Pues esos hielos, Anarda,  
 dieron todos a los pies  
 de un hombre humilde.  
 ANARDA. ¿Quién es?  
 DIANA. La vergüenza me acobarda  
 que de mi propio valor  
 tengo. No diré su nombre:  
 basta que sepas que es hombre  
 que puede infamar mi honor.  
 ANARDA. Si Pasife quiso un toro,  
 Semíramis un caballo,  
 y otras los monstruos que callo,  
 por no infamar su decoro,  
 ¿qué ofensa te puede hacer  
 querer hombre, sea quien fuere?  
 DIANA. Quien quiere, puede, si quiere,  
 como quiso, aborrecer.  
 Esto es lo mejor. Yo quiero  
 no querer.  
 ANARDA. ¿Podrás?

DIANA. Podré;  
 que si cuando quise amé,  
 no amar, en queriendo, espero.  
 (Toquen dentro.)  
 DIANA. ¿Quién canta?  
 ANARDA. Fabio, con Clara.  
 DIANA. ¡Ojalá que me diviertan!  
 ANARDA. Música y amor conciertan  
 bien. En la canción repara.

(Canten dentro.)  
 ¡Oh, quién pudiera hacer; oh, quién hiciese  
 que en no queriendo amar aborreciese!  
 ¡Oh, quién pudiera hacer; oh, quién hiciera  
 que no queriendo amar aborreciera!  
 ANARDA. ¿Qué te dice la canción?  
 ¿No ves que te contradice?  
 DIANA. Bien entiendo lo que dice;  
 mas yo sé mi condición.  
 Y sé que estará en mi mano,  
 como amar, aborrecer.  
 ANARDA. Quien tiene tanto poder,  
 pasa del límite humano.

(TEODORO, entre.)  
 TEODORO. Fabio me ha dicho, señora,  
 que le mandaste buscarme.  
 DIANA. Horas ha que te deseo.  
 TEODORO. Pues ya vengo a que me mandes;  
 y perdona, si he faltado.  
 DIANA. Ya has visto estos dos amantes,  
 estos dos mi pretendientes.  
 TEODORO. Sí, señora.  
 DIANA. Buenos talles  
 tienen los dos.  
 TEODORO. Y muy buenos.  
 DIANA. No quiero determinarme  
 sin tu consejo. ¿Con cuál  
 te parece que me case?  
 TEODORO. Pues ¿qué consejo, señora,  
 puedo yo en las cosas, darte,  
 que consisten en tu gusto?  
 Cualquiera que quieras darme  
 por dueño será mejor.  
 DIANA. Mal pagas el estimarte  
 por consejero, Teodoro,  
 en caso tan importante.  
 TEODORO. Señora, ¿en casa no hay viejos  
 que entienden de casos tales?

(1) En el original, "se piensa".



Díjome, en fin, que el Marqués le agradaba, y que yo mismo fuese a pedir las albricias.

TRISTÁN. ¿Ella, en fin, tiene marido?

TEODORO. El Marqués Ricardo.

TRISTÁN. Pienso

que a no verte sin juicio, y porque dar aficción no es justo a los afligidos, que agora te diera vaya de aquel pensamiento altivo con que a ser conde aspirabas.

TEODORO. Si aspiré, Tristán, ya expiro.

TRISTÁN. La culpa tienes de todo.

TEODORO. No lo niego, que yo he sido fácil en creer los ojos de una mujer.

TRISTÁN. Yo te digo que no hay vasos de veneno a los mortales sentidos. Teodoro, como los ojos de una mujer.

TEODORO. De corrido, te juro, Tristán, que apenas puedo levantar los míos. Esto pasó, y el remedio es sepultar en olvido el suceso y el amor.

TRISTÁN. ¡Qué arrepentido y contrito has de volver a Marcela!

TEODORO. Presto seremos amigos.

(Sale MARCELA.)

MARCELA.

¡Qué mal que finge amor quien no le tiene!  
¡Qué mal puede olvidarse amor de un año,  
pues mientras más el pensamiento engaño,  
más atrevido a la memoria viene!

Pero si es fuerza, y al honor conviene,  
remedio suele ser del desengaño  
curar el propio amor amor extraño;  
que no es poco remedio el que entretiene.

Mas ¡ay!, que imaginar que puede amarse  
en medio de otro amor, es atreverse  
a dar mayor venganza, por vengarse.

Mejor es esperar que no perderse;  
que suele alguna vez, pensando helarse  
amor, con los remedios encenderse.

TEODORO. Marcela.

MARCELA. ¿Quién es?

TEODORO. Yo soy.

¿Así te olvidas de mí?

MARCELA. Y tan olvidada estoy,  
que a no imaginar en ti,  
fuera de mí misma voy.

Porque si en mí misma fuera,  
te imaginara y te viera,  
que, para no imaginarte,  
tengo el alma en otra parte,  
aunque olvidarte no quiera.

¿Cómo me osaste nombrar?  
¿Cómo cupo en esa boca  
mi nombre?

TEODORO. Quise probar  
tu firmeza, y es tan poca  
que no me ha dado lugar.

Ya dicen que se empleó  
tu cuidado en un sujeto  
que mi amor substituyó.

MARCELA. Nunca, Teodoro, el discreto  
mujer ni vidrio probó.

Mas no me des a entender  
que prueba quisiste hacer.  
Yo te conozco, Teodoro;  
unos pensamientos de oro  
te hicieron enloquecer.

¿Cómo te va? ¿No te salen  
como tú los imaginas?

¿No te cuestan lo que valen?  
¿No hay dichas que las divinas  
partes de tu dueño igualen?

¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?  
Turbado, Teodoro, vienes.

¿Mudóse aquel vendaval?  
¿Vuelves a buscar tu igual,  
o te burlas y entretienes?

Confieso que me holgaría  
que dices a mi esperanza,  
Teodoro, un alegre día.

TEODORO. Si le quieres con venganza,  
¿qué mayor, Marcela mía?

Pero mira que el amor  
es hijo de la nobleza;  
no muestres tanto rigor,  
que es la vengaza bajeza  
indigna del vencedor.

Venciste; yo vuelto a ti,  
Marcela, que no salí  
con aquel mi pensamiento;  
perdona el atrevimiento  
si ha quedado amor en ti.

No porque no puede ser  
proseguir las esperanzas  
con que te pude ofender;  
mas porque en estas mudanzas



TEODORO. ¡Ay, qué me has dicho de afren-  
TRISTÁN. Yo he caído ya, con veros. [tas!  
juntar las almas contentas,  
que es desgracia de terceros  
no se concertar las ventas.

MARCELA. Si te trocare, mi bien,  
por Fabio, ni por el mundo,  
que tus agravios me den  
la muerte.

TEODORO. Hoy de nuevo fundo,  
Marcela, mi amor también;  
y si te olvidare, digo  
que me dé el cielo en castigo  
el verte en brazos de Fabio.

MARCELA. ¿Quieres deshacer mi agravio?

TEODORO. ¿Qué no haré por ti y contigo?

MARCELA. Di que todas las mujeres  
son feas.

TEODORO. Contigo, es claro.  
Mira qué otra cosa quieres.

MARCELA. En ciertos celos reparo,  
ya que tan mi amigo eres,  
que no importa que esté aquí  
Tristán.

TRISTÁN. Bien podéis por mí,  
aunque de mí mismo sea.

MARCELA. Di que la Condesa es fea.

TEODORO. Y un demonio para mí.

MARCELA. ¿No es necia?

TEODORO. Por todo extremo.

MARCELA. ¿No es bachillera?

TEODORO. Es cuitada.

DIANA. Quiero estorbarlos, que temo  
que no reparen en nada,  
y aunque me hielo, me quemo.

ANARDA. ¡Ay, señora, no hagáis tal!

TRISTÁN. Cuando queráis decir mal  
de la Condesa y su talle,  
a mí me oíd.

DIANA. ¿Escuchalle  
podré desvergüenza igual?

TRISTÁN. Lo primero...

DIANA. Yo no aguardo  
a lo segundo, que fuera  
necedad.

MARCELA. Voyme, Teodoro.

*(Váyase, con una reverencia, MARCELA.)*

TRISTÁN. ¡La Condesa!

TEODORO. ¡La Condesa!

DIANA. Teodoro.

TEODORO. Señora, advierte...

TRISTÁN. El cielo a tronar comienza.  
No pienso aguardar los rayos.

*(Vase TRISTÁN.)*

DIANA. Anarda, un bufete llega:  
escribiráme Teodoro  
una carta de su letra;  
pero notándola yo.

TEODORO. Todo el corazón me tiembla.  
¿Si oyó lo que hablado habemos?

DIANA. Bravamente amor despierta  
con los celos a los ojos.  
¡Que aqueste amase a Marcela,  
y que yo no tenga partes  
para que también me quiera!  
¡Que se burlasen de mí!

TEODORO. Ella murmura y se queja.  
Bien digo yo que en palacio,  
para que a callar aprenda,  
tapices tienen oídos  
y paredes tienen lenguas.

*(Sale ANARDA, con su bufetillo pequeño y recado de escribir.)*

ANARDA. Este pequeño he traído  
y tu escribanía.

DIANA. Llega,  
Teodoro, y toma la pluma.

TEODORO. Hoy me mata o me destierra.

DIANA. Escribe.

TEODORO. Di.

DIANA. No estás bien  
con la rodilla en la tierra.  
Ponle, Anarda, una almohada.  
Yo estoy bien.

TEODORO. Pónsela, necia.

TEODORO. No me agrada este favor  
sobre enojos y sospechas,  
que quien honra las rodillas  
cortar quiere la cabeza.  
Yo aguardo.

DIANA. Yo digo así.

TEODORO. Mil cruces hacer quisiera.

*(Siéntese la CONDESA en una silla alta. Ella diga y él vaya escribiendo:)*

“Cuando una mujer principal se ha declara-  
do con un hombre humilde, eslo mucho el tér-  
mino de volver a hablar con otra; mas quien  
no estima su fortuna, quédese para necio.”

TEODORO. ¿No dices más?

DIANA. Pues ¿qué más?



EL PADRE TORDILLO (CUELLO).

ANARCA. ¿Qué es eso que llamas anarquía?

DIANA. (Después de un tiempo.)

ANARCA. (Pues, ¿cuántos años tiene?)

DIANA. (Después de un tiempo.)

Pues es el que le acompaña

en el más fuerte de los vientos.

TORDILLO. (A la mujer que está sola.)

¡Oh! ¿Dónde está?

DIANA. (Pues, ¿cuántos años tiene?)

¿Y qué le estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

(Cuello.)

TORDILLO. (Después de un tiempo.)

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

MARCELA. (Después de un tiempo.)

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

TORDILLO. (Después de un tiempo.)

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

MARCELA. (Después de un tiempo.)

¿Qué estás haciendo?

TORDILLO. (Después de un tiempo.)

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

MARCELA. (Después de un tiempo.)

¿Qué estás haciendo?

TORDILLO. (Después de un tiempo.)

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

¿Qué estás haciendo?

(Cuello.)

RICARDO.

No puede, Pedro, demostrar un bien  
por tal modo de hacer las cosas.

FABIO.

¡Oh! ¿Puede, Ricardo, a tal punto  
que está el Marqués?

MARCELA.

(Después de un tiempo.)

FABIO.

(Después de un tiempo.)

MARCELA.

(Después de un tiempo.)

FABIO.

(Después de un tiempo.)

(Después de un tiempo.)

RICARDO.

¡Oh! ¿Puede, a tal punto, que pueda  
de tal modo de hacer las cosas?

FABIO.

Salve, a tal punto, de tal modo.

RICARDO.

Este es el principio de la vida  
que tiene por criado y por vasallo,  
y yo por otro amigo.

FABIO.

(Después de un tiempo.)

RICARDO.

(Después de un tiempo.)

(Después de un tiempo.)

DIANA.

(Después de un tiempo.)

RICARDO.

(Después de un tiempo.)

y que después de aquel mortal disgusto me elegís por marido y por criado?  
Dadme esos pies, que de manera el gusto, de ver mi amor en tan dichoso estado, me vuelve loco, que le tengo en poco, si me contento de volverme loco.

¿Cuándo pensé, señora, mereceros, ni llegar a más bien que desearos?

DIANA.

No acierto, aunque lo intento, a responderos.  
¿Yo he enviado a llamaros, o es burlaros?

RICARDO.

Fabio. ¿qué es esto?

FABIO.

¿Pude yo traerlos  
sin ocasión agora, ni llamaros  
menos que de Teodoro prevenido?

DIANA.

Señor Marqués, Teodoro culpa ha sido.  
Oyóme ateponer a Federico  
vuestra persona, con ser primo hermano  
y caballero generoso y rico,  
y presumió que os daba ya la mano.  
A vuestra señoría la suplico  
perdone aquestos necios.

RICARDO.

Fuera en vano  
dar a Fabio perdón, si no estuviera  
adonde vuestra imagen le valiera.  
Bésoos los pies por el favor, y espero  
que ha de vencer mi amor esta porfía.

(Váyase el MARQUÉS.)

DIANA.

¿Paréceos bien aquesto, majadero?

FABIO.

¿Por qué me culpa a mí vueseñoría?

DIANA.

Llama luego a Teodoro. ¿Qué ligero  
este cansado pretensor venía  
cuando me matan celos de Teodoro!

FABIO.

¡Perdí el caballo y mil escudos de oro!

(Váyase FABIO, y quede la CONDESA sola.)

DIANA.

¿Qué me quieres, amor? ¿Ya no tenía  
olvidado a Teodoro? ¿Qué me quieres?  
Pero responderás que tú no eres  
sino tu sombra, que detrás venía.

¡Oh, celos!, ¿qué no hará vuestra porfía?  
Malos letrados sois con las mujeres,  
pues jamás os pidieron pareceres  
que pudiese el honor guardarse un día.

Yo quiero a un hombre bien; mas se me  
[acuerda

que yo soy mar, y que es humilde barco,  
y que es contra razón que el mar se pierda.

En gran peligro, amor, el alma embarco;  
mas si tanto el honor tira la cuerda,  
¡por Dios, que temo que se rompa el arco!

(Sale TEODORO y FABIO.)

FABIO. Pensó matarme el Marqués;  
pero, la verdad diciendo,  
más sentí los mil escudos.

TEODORO. Yo quiero darte un consejo.

FABIO. ¿Cómo?

TEODORO. El Conde Federico  
estaba perdiendo el seso  
porque el Marqués se casaba.  
Parte, y di que el casamiento  
se ha deshecho, y te dará  
esos mil escudos luego.

FABIO. Voy como un rayo.

TEODORO. Camina.

¿Llamábasme?

DIANA. Bien ha hecho  
ese necio en irse agora.

TEODORO. Una hora he estado leyendo  
tu papel, y bien mirado,  
señora, tu pensamiento,  
hallo que mi cobardia  
procede de tu respeto;  
pero ya que soy culpado  
en tenerle, como necio,  
a tus muchas diligencias,  
y así a decir me resuelvo  
que te quiero, y que es disculpa  
que con respeto te quiero.  
Temblando estoy, no te espantes.

DIANA.

Teodoro, yo te lo creo.  
¿Por qué no me has de querer,  
si soy tu señora y tengo  
tu voluntad obligada,  
pues te estimo y favorezco  
más que a los otros criados?

TEODORO. Le entienda y no entiendo.  
 DIANA. No hay más que entender. Teodoro,  
 ni pasar el pensamiento [ro,  
 un atomo de esta raval  
 enfrena cualquier deseo,  
 que de una mujer, Teodoro,  
 tan principal, y mas siendo  
 tus méritos tan humildes  
 hasta un favor muy pequeño  
 para que toda la vida  
 vivas honrado y contento.

TEODORO. Cierzo que vue señoría  
 perdí neme si me atrevo  
 tiene en el juicio, a veces  
 que no en el entendimiento  
 mil lucidas intervalos  
 para que pueda ser bueno.  
 Haberme dado esperanzas  
 que en tal estado me han puesto  
 pues del peso de mil dichas  
 casi como sabe enfermo  
 casi un mes en una cama  
 luego que tratamos de esto.  
 Si cuando ve que me enfrio  
 se abraza de vivo fuego,  
 y cuando ve que me abraza  
 se huela de puro hielo  
 dejarame con Marcela.  
 Mas vísteme bien el cuento  
 del *Pedro del hortelano*.  
 No quiere, tirada en celos  
 que me case con Marcela;  
 y en viendo que no la quiero,  
 vuelve a cambiarme el cuerpo  
 y a desperarme al duerno.  
 Pues cómo, a descomer,  
 porque yo no me contento  
 de comesturas tan cansadas  
 que si no desde aquí vuelvo  
 a quemar donde me quieren.  
 DIANA. Eay tú, Teodoro, advierte  
 que Marcela no ha de ser  
 En comesturas sujeta  
 por los celos que en Marcela  
 no hay remedio.

TEODORO. No hay remedio.

Pues ¿quiere visitarme  
 que a descomer y a descomer  
 anda a pedras voluntades?  
 ¿Tengo yo de comer, puedo  
 ablande no tengo gusto  
 en gusto por el gusto?  
 ¿No alivia a Marcela a ella

me alivia y es muy honesto  
 este amor.

DIANA. ¡Pícaro, infame  
 hare vos que os maten luego!

TEODORO. ¿Qué ha e vuesañoría?

DIANA. Dadas por sucio y grosero  
 entre bofetones.

TEODORO. Tente.

(Sale Fabio y el Conde Federico.)

FEDERICO. Bien dices, Fabio, no entremos  
 por mejor es llegar.

DIANA. Señora mía, ¿qué es esto?

DIANA. No es nada, enojos que pasan  
 entre criados y dueños.

FEDERICO. ¿Quiere vuestra señoría  
 alguna cosa?

DIANA. No quiero  
 más de hallaros en las mias.

FEDERICO. Quisiera venir a tiempo  
 que me hallara con más gusto.

DIANA. Gusto, Federico, tengo  
 que afeitadas son niñerías.  
 Entrad y sedred en intento  
 en lo que toca al Marqués.

(Quedan Diana.)

FEDERICO. ¡Ay, ay, Fabio!

FABIO. Señor.

FEDERICO. Yo sospecho  
 que en estos dueños hay  
 algunos gustos secretos.

FABIO. No sé, por Dios, admirado  
 de ver señor donde puede  
 tratar tan mal a Teodoro  
 como que hasta ha hecho  
 la comedia, por señas.

FEDERICO. Baste de sugeto el Leonor.

(Quedan Federico y Fabio.)

(Trueno.)

¿Si agudas no es amor, ¿qué nombre quierdes  
 amor, que tragan, comesturas tales?

Si que quierdes comesturas precipitadas,  
 borrar las llamas por que no ardamos.

Si la granamera muestra los alfileres,  
 que agudas fuerdes no sé desiguales,  
 ¿por qué, comilga, de comilga te vales,  
 y por matar a quien adivas muertes?

¡Oh, cómo Teodoro de comesturas!

quién te besara entonces, mano hermosa, agradecido al dulce castigarme!

No te esperaba yo tan rigurosa: pero si me castigas, por tocarme, tú sola hallaste gusto en ser celosa.

(Sale TRISTÁN.)

TRISTÁN. Siempre tengo de venir acabados los sucesos; parezco espada cobarde.

TEODORO. ¡Ay, Tristán!

TRISTÁN. Señor, ¿qué es esto? ¡Sangre en el lienzo!

TEODORO. Con sangre quiere amor que de los celos entre la letra.

TRISTÁN. ¡Por Dios, que han sido celos muy necios!

TEODORO. No te espantes, que está loca de un amoroso deseo; y como el ejecutarle tiene su honor por desprecio, quiere deshacer mi rostro, porque es mi rostro el espejo adonde mira su honor, y véngase en verlo feo.

TRISTÁN. Señor, que Juana o Lucía cierren conmigo por celos y me rompan, con las uñas, el cuello que ellas me dieron; que me repelen y arañen, sobre averiguar por cierto que les hice un peso falso, vaya: es gente de pandero, de media de cordellate y de zapato fraileasco; pero que tan gran señora se pierda tanto el respeto a sí misma, es vil acción.

TEODORO. No sé, Tristán; pierdo el seso de ver que me está adorando y que me aborrece luego. No quiere que sea suyo, ni de Marcela, y si dejo de mirarla, luego busca, para hablarme, algún enredo. No dudes; naturalmente, es del hortelano el perro: ni come, ni comer deja; ni está fuera, ni está dentro.

TRISTÁN. Contáronme que un doctor, catedrático y maestro,

tenía un ama y un mozo que siempre andaban riñendo; reñían a la comida, a la cena, y hasta el sueño le quitaban con sus voces, que estudiar no había remedio. Estando en lección un día, fuéle forzoso, corriendo, volver a casa, y entrando de improviso en su aposento, vió al ama y mozo acostados, con amorosos requiebros, y dijo: "Gracias a Dios, que una vez en paz os veo". Y esto imagino de entrambos, aunque siempre andáis riñendo.

(Sale la CONDESA.)

DIANA. Teodoro.

TEODORO. Señora.

TRISTÁN. ¿Es duende esta mujer?

DIANA. Sólo vengo a saber cómo te hallas.

TEODORO. Ya lo ves.

DIANA. ¿Estás bueno?

TEODORO. Bueno estoy.

DIANA. ¿Y no dirás: "a tu servicio"?

TEODORO. No puedo estar mucho en tu servicio, siendo tal el tratamiento.

DIANA. ¡Qué poco sabes!

TEODORO. Tan poco, que te siento y no te entiendo, pues no entiendo tus palabras, y tus bofetones siento. Si no te quiero, te enfadas, y enójaste si te quiero; escríbesme, si me olvido, y si me acuerdo, te ofendo; pretendes que yo te entienda, y si te entiendo, soy necio. Mátame, o dame la vida: da un medio a tantos extremos. ¿Hicete sangre?

DIANA.

TEODORO. ¿Pues no?

DIANA. ¿Adónde tienes el lienzo?

TEODORO. Aquí.

DIANA. Muestra.

TEODORO. ¿Para qué?

DIANA. Para que esta sangre quiero.

Halla a Orosio y quien agora  
quiere que te diera luego  
Así sale cuando Teodoro.

TEODORO. Para él?  
DIANA. Para hacer henzos.

*(Pausa de silencio.)*

TEODORO. Hay hijatitos iguales?

TRISTAN. Qué encantadamente son estos?

TEODORO. ¡Dios mío! cuando me ha dado!

TRISTAN. Bien puestos todos al precio,  
otros cuatro botetanes.

TEODORO. Dice que por parte Geizem,  
y llevó el oro con sangre.

TRISTAN. Pagó la sangre, y te ha hecho  
donceta por las narices.

TEODORO. No anda mal agora el perro,  
pues después que muere halaga.

TRISTAN. Todos aquellos extenuen  
han de parar en el amor  
del doctor.

TEODORO. ¡Quíralo el cielo!

### ACTO TERCERO

*(Salen Ricardo y Federico.)*

RICARDO. ¿Dónde viene?

FEDERICO. ¿Dónde va?

RICARDO. ¿A qué vas a las Indias?

FEDERICO. Yo voy a plantar sembrados,  
como tú lo has plantado.

— Que el poder una mujer  
de un hombre grande de mano  
al cuerpo de un hombre, el llano  
con otra mujer puede haber.

Y como una que la verdad  
se cree una mujer.

RICARDO. Ella es mujer, y el criado.

FEDERICO. No perdidos por ella.

La verdad que pronto  
el hombre puede.

De las dos cosas que están  
hay a los dos la verdad.

— Era de bien, la cosa.

La cosa de estar a tierra  
que no sea a los pies de un cerro.

— Dejó una buena fortuna.

— Dejó la de la tierra.

que la verdad, y ya entiendo  
por qué estás tan triste.

— del hombre y de la mujer,  
bien y bien, y en mi amor,  
que apearlos tanto  
los fueras de las de comer.

RICARDO. La fuerza y la fuerza.

— La fuerza me sube.

— Bien puede ser que ya  
vaya a una cosa igual.

— Mas ver sabrás y pajes  
en Teodoro, y tanto pajes  
que son y no fueras más?

— Pues criados uno y tales.

— No los triviera Teodoro  
en una tan notable.

FEDERICO. ¿Cómo que de esto se habla?

— en Nipotes y el doctor.

— de nuestra sangre se cuenta  
una cosa sea verdad.

— de morir.

RICARDO. Y en verdad.

— matarle, aunque ella lo entienda.

FEDERICO. ¿Puede ser?

RICARDO. Bien puede ser,

que las en Nipotes quien vive  
de eso y en oro recibe.

— lo que es sangre ha de vivir.

— No hay más de buscar un vago  
y que lo desquite luego.

FEDERICO. Por la libertad en ruego.

RICARDO. Hay tendrá un juicio pago.

— semejante atrevimiento.

FEDERICO. Sin braves estar.

RICARDO. Sin duda.

FEDERICO. El cielo, verdad, verdad.

— tuerto, tuerto, penitencia.

*(Salen Ricardo, Antonio y Federico.)*

*(Salen Ricardo, Antonio y Federico.)*

FEDERICO.

— Pagar, donde el vino, en el cuerpo  
del hombre, verdad, que se han dicho.

ANTONIO.

— Esto, luego, al buen Teodoro que se tiene.

TRISTAN.

— Digo, verdad, que de la tierra, pajes.

RICARDO.

— Dejó, verdad, el viento.

TRISTÁN.

Todo aquesto es cosa de chacota y zarandajas, respecto del lugar que tendré presto: si no mudan los bolos la fortuna, secretario he de ser del secretario.

LIRANO.

Mucha merced le hace la Condesa a vuestro amo, Tristán.

TRISTÁN.

Es su privanza; es su mano derecha, y es la puerta por donde se entra a su favor.

ANTONELO.

Dejemos favores y fortunas, y bebamos.

FURIO.

En este tabernáculo sospecho que hay lágrima famosa y malvasía.

TRISTÁN.

Probemos vino grieco, que deseo hablar en griego, y con beberlo basta.

RICARDO.

Aquel moreno, de color quebrado, me parece el más bravo, pues que todos le estiman, hablan y hacen cortesía. Celio.

CELIO.

Señor.

RICARDO.

De aquellos gentileshombres, llama al descolorido.

CELIO.

¡Ah, caballero!

Antes que se entre en esa santa ermita, el Marqués, mi señor, hablarle quiere.

TRISTÁN.

Camaradas, allí me llama un príncipe; no puedo rehusar el ver qué manda. Entren y tomen siete u ocho azumbres, y aperciban dos dedos de formache, en tanto que me informo de su gusto.

ANTONELO.

Pues despachad a prisa.

TRISTÁN.

Iré volando.

¿Qué es lo que manda vuestra señoría?

RICARDO.

El veros entre tanta valentía nos ha obligado, al conde Federico y a mi, para saber si seréis hombre para matar un hombre.

TRISTÁN.

(¡Vive el cielo, que son los pretendientes de mi ama, y que hay algún enredo! Fingir quiero.)

FEDERICO.

¿No respondéis?

TRISTÁN.

Estaba imaginando si vuestra señoría está burlando de nuestro modo de vivir, pues ¡vive el que reparte fuerzas a los hombres, que no hay en toda Nápoles espada que no tiemble de sólo el nombre mío! ¿No conocéis a Héctor? Pues no hay Héctor adonde está mi furibundo brazo; que si él lo fué de Troya, yo de Italia.

FEDERICO.

Este es, Marqués, el hombre que buscamos. Por vida de los dos, que no burlamos, sino que, si tenéis conforme al nombre el ánimo y queréis matar un hombre, que os demos el dinero que quisiéredes.

TRISTÁN.

Con doscientos escudos me contento, y sea el diablo.

RICARDO.

Yo os daré trescientos, y despachalde aquesta noche.

TRISTÁN.

El nombre del hombre espero, y parte del dinero.

RICARDO.

¿Conocéis a Diana, la Condesa de Belflor?

TRISTÁN.

En su casa tengo amigos.



RICARDO.

Maldice los criados de su casa.

TRISTÁN.

Maldice los criados y criados  
y los mismos señores de su especie.

RICARDO.

¡Que a Teodoro hablen de dar la muerte!

TRISTÁN.

En fin de los señores, de otra muerte  
porque Teodoro como ya le habido  
no sale ya de noche temeroso,  
por ventura de haberse olvidado  
Que le sirva estos días me han pedido  
debíame servir y ya en firmeza  
de darle alguna noche los pedidos,  
con que el pobrete, en pure repasaras  
y ya puede argüir a sus señores.  
En algún día que venga!

TRISTÁN.

No pudiera  
hallarse en toda España un hombre  
que tan oportunamente le matara.  
Sacríble pues, y así al desgraciado no da  
pagable, y así al a muestra para

TRISTÁN.

Ya los momentos para bien están.

RICARDO.

Cincoenta reales en todo habrán, luego  
que ya en eso en su casa de Duque  
en el día los reales y pedidos están.

TRISTÁN.

Los de quince reales por un agente.  
Váyanse a buscar en buen hora,  
que me agreden. Mucho me han querido  
Mamá de Hierro, María y Simón, y María  
y los otros que dicen que son de los  
Dioses con los otros.

RICARDO.

¡Qué gran hombre!

RICARDO.

A Teodoro también me dicen.

FEDERICO.

El belacero, qué hombre tal tiene!

(Entre Federico, Ricardo y Tristán.)

TRISTÁN.

Avisar a Teodoro me conviene  
perdone el buen señor a los amigos  
a casa mía que no está de aquí muy lejos.  
Mas éste me parece que es Teodoro.

(Sale Teodoro.)

Señor, ¡quédate aquí!

TRISTÁN.

Lo mismo quiero  
Porque de muerte estoy. Tristán amigo  
que me al donde voy, no quiero me lleve.  
Solo y así como al pensamiento voy  
que al mal me dice que ya voy a morir.  
¡Ves, cuánto amor Dios hablo conmigo!  
Pues hoy, de aquel amor se halla tan nueva  
que apenas puedo que me muera  
por que María de tal mal se pone.

TRISTÁN.

Venir aquí como que a los dos muera  
que así me van a morir.

TRISTÁN.

De que muera!

TRISTÁN.

Tod el mundo se dice que muera  
los tres a la vez y a la muerte.

TRISTÁN.

¡Mi amor! ¿Dices, no es así?

TRISTÁN.

Lo voy a decir.  
a la muerte de los tres a la vez.  
Muera a Teodoro y a los otros  
y que le dé de muerte, muera.

TRISTÁN.

¡Jura a mí!

TRISTÁN.

¡Que muera Teodoro  
al punto de su muerte, muera  
y muera a los tres a la vez  
que a todos muera, a la muerte.

tu vida me han trocado a cien doblones,  
y con cincuenta escudos me aseguran.  
Yo dije que un amigo me pedia  
que te sirviese, y que hoy te serviría.  
donde más fácilmente te matase,  
a efecto de guardarte, de esta suerte.

TEODORO.

¡Pluguiera a Dios que alguno me quitase  
la vida y me sacase de esta muerte!

TRISTÁN.

¿Tan loco estás?

TEODORO.

¿No quieres que me abrase  
por tan dulce ocasión, Tristán? Advierte  
que si Diana algún camino hallara  
de disculpa, conmigo se casara.

Teme su honor, y cuando más se abrasa,  
se hiela y me desprecia.

TRISTÁN.

Si te diese  
remedio, ¿qué dirás?

TEODORO.

Que a ti se pasa  
de Ulises el espíritu.

TRISTÁN.

Si fuese  
tan ingenioso que a tu misma casa  
un generoso padre te trajese,  
con que fueses igual a la Condesa,  
no saldrías, señor, con esta empresa?

TEODORO.

Eso es sin duda.

TRISTÁN.

El conde Ludovico,  
caballero ya viejo, habrá veinte años  
que enviaba a Malta un hijo de tu nombre,  
que era sobrino de su gran maestro:  
cautiváronle moros de Biserta,  
y nunca supo de él, muerto ni vivo.  
Este ha de ser tu padre, y tú su hijo,  
y yo lo he de trazar.

TEODORO.

Tristán, advierte

que puedes levantar alguna cosa  
que nos cueste a los dos la honra y la vida.

TRISTÁN.

A casa hemos llegado: adiós te queda,  
que tú serás marido de Diana  
antes que den las doce de mañana.

(Váyase TRISTÁN.)

TEODORO.

Bien al contrario pienso yo dar medio  
a tanto mal, pues el amor bien sabe  
que no tiene enemigo que le acabe  
con más facilidad que tierra en medio.

Tierra quiero poner, pues que remedio,  
con ausentarme, amor, rigor tan grave;  
pues no hay rayo tan fuerte que se alabe  
que entró en la tierra, de tu ardor remedio.

Todos los que llegaron a este punto,  
poniendo tierra en medio te olvidaron,  
que en tierra, en fin, le resolvieron junto.

Y la razón que de olvidar hallaron,  
es que amor se confiesa por difunto,  
pues que con tierra en medio le enterraron.

(Sale la CONDESA.)

DIANA. ¿Estás ya más mejorado  
de tus tristezas, Teodoro?

TEODORO. Si en mis tristezas adoro,  
sabré estimar mi cuidado.

No quiero yo mejorar  
de la enfermedad que tengo,  
pues sólo a estar triste vengo  
cuando imagino sanar.

Bien hayan males que son  
tan dulces para sufrir,  
que se ve un hombre morir  
y estima su perdición.

Sólo me pesa que ya  
esté mi mal en estado  
que he de alejar mi cuidado  
de donde su dueño está.

DIANA. ¿Ausentarte? Pues ¿por qué?

TEODORO. Quiérenme matar.

DIANA. Si harán.

TEODORO. Envidia a mi mal tendrán,  
que bien al principio fué.

Con esta ocasión te pido  
licencia para irme a España.

DIANA. Será generosa hazaña  
de un hombre tan entendido;

que con tres quitarras  
le sacaron de los brazos;  
y después (¡ay, ay!) a mi Cam-  
rera le me casó clara.

Que dando aquel botellón  
Federico me ha tratado  
como del no, y me ha dado  
para darte salud.

Vete a España que yo sare  
que te den más mil escudos.

TEODORO. Hare tan contrito os mande  
con mi ausencia. Dame el pe-

DIANA. ñido, Teodoro, no más  
dejarle que soy mujer.

TEODORO. Lloro más ¿que puedo hacer?

DIANA. En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO. Sí, señora.

DIANA. Espera... Vete.

Oye.

¿Qué mandas?

DIANA. No, nada  
vete.

Vasme.

DIANA. Lloro todavía.

Has momentos que inquiete  
como una persona de amor.  
No eres más?

TEODORO. Oja, señora.

¡ay, ay!

DIANA. Buena tarde, señora!

¡ay, ay, ay!

Maldito Dios, horror!

Teodoro, ¿cómo te encuentras?

¿Qué te mandas? Mas fue justo.

¡ay, ay, ay!

¡ay, ay, ay!

¡ay, ay, ay!

TEODORO. Vasme y volver a mi patria  
quiero.

DIANA. No, yo te sé.  
¡ay, ay, ay!

TEODORO. Teodoro, ¿cómo te encuentras?

DIANA. ¿Qué te mandas? Mas fue justo.

TEODORO. ¿Qué te mandas? Mas fue justo.

DIANA. ¿Qué te mandas? Mas fue justo.

te has de ir a buscar,  
no me pides que te de  
pero vete, que el amor  
tanta con tal ruido honra,  
y viene tu a mi traque.

Vete Teodoro de aquí,  
no te pides, porque pueda  
que yo sé que si te queda  
¡ay, ay, ay!

TEODORO. Quede vuestra señoría  
con Dios, ¡ay, ay!

DIANA. ¡Ay, ay, ay!

Bueno queda y no quien  
era de aquien, pero  
quien está mal, llora bien.

Oja, pues no habéis puesto  
en cosa tan desigual  
¡ay, ay, ay!

¡ay, ay, ay!

¡ay, ay, ay!

¡ay, ay, ay!

¡ay, ay, ay!

MARCIA. No puedo la confianza  
de los años de servirte  
humildemente y darte

¡ay, ay, ay!

DIANA. ¿Qué te mandas? Mas fue justo.

MARCIA. ¿Qué te mandas? Mas fue justo.

DIANA. ¿Qué te mandas? Mas fue justo.

DIANA. ¿Qué te mandas? Mas fue justo.

MARCELA. ¿Pues pidiérate yo a ti,  
sin tener satisfacción,  
remedio en esta ocasión?

DIANA. ¿Hasle hablado?

MARCELA. Y él a mí,  
pidiéndome lo que digo.

DIANA. ¡Qué a propósito me viene  
esta desdicha!

MARCELA. Ya tiene  
tratado aquesto conmigo,  
y el modo con que podemos  
ir con más comodidad.

DIANA. ¡Ay, necio honor!, perdonad,  
que amor quiere hacer extremos.  
Pero no será razón,  
pues que podéis remediar  
fácilmente este pesar.)

MARCELA. ¿No tomas resolución?

DIANA. No podré vivir sin ti,  
Marcela, y haces agravio  
a mi amor, y aun al de Fabio,  
que sé yo que adora en ti.  
Yo te casaré con él,  
deja partir a Teodoro.

MARCELA. A Fabio aborrezco; adoro  
a Teodoro.

DIANA. (¡Qué cruel  
ocasión de declararme!  
Mas teneos, loco amor.)  
Fabio te estará mejor.

MARCELA. Señora...

DIANA. No hay replicarme.

(*I'áyase la CONDESA.*)

MARCELA.

¿Que intentan imposibles mis sentidos,  
contra tanto poder determinados?  
Que celos poderosos declarados  
harán un desatino, resistidos.

Volved, volved atrás, pasos perdidos,  
que corréis a mi fin precipitados;  
árboles son amores desdichados,  
a quien el hielo marchitó floridos.

Alegraron el alma las colores  
que el tirano poder cubrió de luto;  
que hiel a ajeno amor muchos amores.

Y cuando de esperar deba tributo,  
¿qué importa la hermosura de las flores,  
si se perdieron esperando el fruto?

(*Sale el CONDE LUDOVICO, viejo, y CAMILO.*)

CAMILO. Para tener sucesión,

no te queda otro remedio.

LUDOVICO. Hay muchos años en medio,  
que mis enemigos son.  
Y aunque tiene esa disculpa  
el casar en la vejez,  
quiere el temor ser juez,  
y ha de averiguar la culpa.  
Y podría suceder  
que sucesión no alcanzase,  
y casado me quedase.  
Y en un viejo, una mujer  
es en un olmo una hiedra:  
que, aunque con tan varios lazos,  
la cubre de sus abrazos.  
él se seca y ella medra.  
Y tratarme casamientos  
es traerme a la memoria.  
Camilo, mi antigua historia,  
y renovar mis tormentos.  
Esperando cada día,  
con engaños, a Teodoro.  
veinte años ha que le lloro.

(*Sale un PAJE.*)

PAJE. Aquí, a vuestra señoría  
busca un griego mercader.

(*Sale TRISTÁN, vestido de armenia, con un turbante  
graciosamente, y FURIO, con otro.*)

LUDOVICO. Di que entre.

TRISTÁN. Dadme esas manos,  
y los cielos soberanos,  
con su divino poder,  
os den el mayor consuelo  
que esperáis.

LUDOVICO. Bien seáis venido.  
Mas ¿qué causa os ha traído  
por este remoto suelo?

TRISTÁN. De Constantinopla vine  
a Chipre; de ella, a Venecia,  
con una nave cargada  
de ricas telas de Persia.  
Acordéme de una historia  
que algunos pasos me cuesta,  
y con deseo de ver  
a Nápoles, ciudad bella,  
mientras allá mis criados  
van despachando las telas.  
vine, como veis, aquí,  
donde mis ojos confiesan  
su grandeza y hermosura.

LEONOR.— Tiene brevedad y grandeza  
Vejante.

TERENCIO.— Así es verdad.  
Mi padre, señor, en Grecia  
les enseñó, y en su trato,  
el de más ganancia era  
comprar y vender esclavos;  
y así, en la tierra de Azteclia,  
compro en todos el más hermoso  
que vió la naturaleza,  
por testigo del poder  
que le dió el cielo en la tierra.  
Verdante algunos turcos  
entre otra gente bien puesta  
a una galera de Maba,  
que las de un bajo turquesas,  
vendieron en Chatalona.

LEONOR.— Cuál es el alma que lloras.

TERENCIO.— Almoré, el rayo,  
compréle y llevéle a Arsona  
desde la era del comercio  
y esta herida.

LUCRECIO.— Ay, mira, mira,  
cuanto que me traigan  
las entrañas.

TERENCIO.— (Que bien entra')

LEONOR.— ¿De dónde es herida?

TERENCIO.— Tendido.

LUCRECIO.— Al cielo que entra  
tiene la verdad de aríel.  
Llegaron sus ojos rígan  
Señor, mira, mi herida  
y como que oscura fuera  
con bello, con la oscuridad  
de la oscuridad que meceñes  
el alma, que tal vez salen  
se venían desde la tierra  
adán y a desolado alán,  
de un punto en otros almoré,  
estaban en almoré,  
y como de muerte en ella  
que se le echaba de ver,  
con otros tanto almoré.  
Tendón y para perra.  
I. Supplicando de la  
Fuerza de la vida,  
en otros tanto la vida  
como el almoré. Teodoro.  
Mira, en otros de perra,  
y herida en otros  
que, aquella parte de Arsona  
fueron cuando fueron los  
Lamoré y almoré de la

Lamoré al bello para  
Terencio, que queda  
en otros tanto almoré.  
Almoré en Napos, en  
herida como almoré.  
Mira, en otros de perra,  
que, aquella parte de Arsona  
fueron cuando fueron los  
Lamoré y almoré de la  
Fuerza de la vida,  
en otros tanto la vida  
como el almoré. Teodoro.  
Mira, en otros de perra,  
y herida en otros  
que, aquella parte de Arsona  
fueron cuando fueron los  
Lamoré y almoré de la

LEONOR.— (Ya por cambio  
el alma.)

TERENCIO.— Vaso a Terencio.

LEONOR.— A Teodoro.

TERENCIO.— El bien que entra  
tiene, pero en perra.  
Mira, en otros de perra,  
que, aquella parte de Arsona  
fueron cuando fueron los  
Lamoré y almoré de la  
Fuerza de la vida,  
en otros tanto la vida  
como el almoré. Teodoro.  
Mira, en otros de perra,  
y herida en otros  
que, aquella parte de Arsona  
fueron cuando fueron los  
Lamoré y almoré de la

que es verdadera tu historia  
en su regocijo muestra.  
¡Ay, hijo del alma mía,  
tras tantos años de ausencia,  
hallado para mi bien!  
Camilo, ¿qué me aconsejas?

CAMILO. ¿Iré a verle y conocerle?  
¿Eso dudas? ¡Parte, vuela,  
y añade vida en sus brazos  
a los años de tus penas.

LUDOVICO. Amigo, si quieres ir  
conmigo, será más cierta  
mi dicha; si descansar,  
aquí aguardando te queda,  
y dente, por tanto bien,  
toda mi casa y hacienda,  
que no puedo detenerme.

TRISTÁN. Yo dejé, puesto que cerca,  
ciertos diamantes que traigo,  
y volveré cuando vuelvas.  
Vamos de aquí Mercaponios.

FURIO. Vamos, señor.

TRISTÁN. Bien se entrecas  
el engaño.

FURIO. Muy bonis.

TRISTÁN. Andemis.

CAMILO. ¡Extraña lengua!

LUDOVICO. Vente, Camilo, tras mí.

(Váyanse el CONDE y CAMILO.)

TRISTÁN. ¿Trasponen?

FURIO. El viejo vuela,  
sin aguardar coche o gente.

TRISTÁN. ¿Cosa que esto verdad sea,  
y que éste fuese Teodoro?

FURIO. Mas, si en mentira como ésta  
hubiese alguna verdad...

TRISTÁN. Estas almalafas lleva,  
que me importa desnudarme  
por que ninguno me vea  
de los que aquí me conocen.

FURIO. Desnuda presto.

TRISTÁN. ¡Que pueda  
esto el amor de los hijos!

FURIO. ¿Adónde te aguardo?

TRISTÁN. Espera,

FURIO. Furio, en la choza del olmo.

FURIO. ¡Adiós!

(Váyase FURIO.)

TRISTÁN. ¿Qué tesoro llega  
al ingenio? Aquí debajo  
traigo la capa revuelta,

que como medio sotana  
me la puse, porque hubiera  
más lugar en el peligro  
de dejar en una puerta,  
con el armenio turbante,  
los hopalandas gregüescas.

(Salen RICARDO y FEDERICO.)

FEDERICO.

Digo que es éste el matador valiente  
que a Teodoro ha de dar muerte segura.

RICARDO.

¡Ah, hidalgo! ¿Ansi se cumple entre la gente  
que honor profesa y que opinión procura,  
lo que se prometió tan fácilmente?

TRISTÁN.

Señor...

FEDERICO.

¿Somos nosotros, por ventura,  
de los iguales vuestros?

TRISTÁN.

Sin oírme,  
no es justo que mi culpa se confirme.

Yo estoy sirviendo al misero Teodoro,  
que ha de morir por esta mano airada;  
pero puede ofender vuestro decoro  
públicamente ensangrentar mi espada.  
Es la prudencia un celestial tesoro,  
y fué de los antiguos celebrada  
por única virtud; estén muy ciertos  
que le pueden contar entre los muertos.

Estáse melancólico de día,  
y de noche cerrado en su aposento;  
que alguna cuidadosa fantasía  
le debe de ocupar el pensamiento.  
Déjenme a mí, que una mojada fría  
pondrá silencio a su vital aliento,  
y no se precipiten de esa suerte,  
que yo sé cuándo le he dar la muerte.

FEDERICO.

Paréceme, Marqués, que el hombre acieta.  
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.  
No dudéis, matarále.

RICARDO.

Cosa es cierta.  
Por muerto le contad.



FEDERICO

¿Dónde está?

RICARDO

En casa que está muerto de hambre.  
Comerá en su propia casa  
comiendo panal, que siempre queda  
de cuando había el viento frío.

RICARDO

¿Qué ha pasado con Tomás ahora?  
¿Le está echando una segunda mirada  
a la cara de muerto?

RICARDO

Se asustó.

Se está asustando mucho porque  
cuando salió, que no había muerto  
había estado el dueño de la tienda  
con muchas cosas.

RICARDO

Con dinero.

RICARDO

Ya le están al tanto del otro.

RICARDO

„Bravo es el hombre“

RICARDO

Amat e ingenuo.

RICARDO

„Que bien le ha de ir“

RICARDO

Notablemente.

RICARDO

RICARDO

¿Hay más que Tomás y Ricardo?

RICARDO

¿Qué es más que Tomás y Ricardo?

RICARDO

¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?

RICARDO

„En serio“

RICARDO

Que no es como el sapo.  
A darle vol al hermano muerto.  
Al hijo había un hijo que se perdió.

RICARDO

¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?

RICARDO

¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?

RICARDO

E. ¿Hay más que Tomás?

RICARDO

¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?

RICARDO

¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?

RICARDO

¿Hay más que Tomás y Ricardo?

RICARDO

¿Hay más que Tomás y Ricardo?

RICARDO

¿Hay más que Tomás y Ricardo?

RICARDO

¿Hay más que Tomás y Ricardo?

RICARDO

¿Hay más que Tomás y Ricardo?

¿Hay más que Tomás y Ricardo?

¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?

¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?  
¿Hay más que Tomás y Ricardo?

y haber amado a Diana,  
lleva tu esperanza vana  
sólo a procurar su olvido.

TEODORO. ¿Yo a Diana?

MARCELA. Niegas tarde,

Teodoro, el loco desco  
con que perdido te veo  
de atrevido y de cobarde.  
Cobarde, en que ella se guarde  
el respeto que se debe,  
y atrevido, pues se atreve  
tu bajeza a su valor,  
que entre el honor y el amor  
hay muchos montes de nieve.

Vengada quedo de ti,  
aunque quedo enamorada,  
porque olvidaré vengada,  
que el amor olvida así.  
Si te acordares de mí,  
imagina que te olvido,  
porque me quieras, que ha sido  
siempre, porque suele hacer  
que vuelva un hombre a querer,  
pensar que es aborrecido.

TEODORO. ¡Qué de quimeras tan locas  
para casarse con Fabio!

MARCELA. Tú me casas, que al agravio  
de tu desdén me provocas.

(Sale FABIO.)

FABIO. Siendo las horas tan pocas  
que aquí Teodoro ha de estar,  
bien haces, Marcela, en dar  
este descanso a tus ojos.

TEODORO. No te den celos enojos,  
que han de pasar tanto mar.

FABIO. En fin, ¿te vas?

TRISTÁN. ¿No lo ves?

FABIO. Mi señora viene a verte.

(Salen la CONDESA, DOROTEA y ANARDA.)

DIANA. ¿Ya, Teodoro, de esta suerte?

TEODORO. Alas quisiera en los pies,  
cuanto más, señora, espuelas.

DIANA. ¡Hola! ¿Está esa ropa a punto?

ANARDA. Todo está aprestado y junto.

FABIO. En fin, ¿se va?

MARCELA. ¿Y tú me celas?

DIANA. Oye aquí aparte.

TEODORO. Aquí estoy.

(Aparte los dos.)

A tu servicio.

DIANA. Teodoro,

tú te partes; yo te adoro.

TEODORO. Por tus crueldades me voy.

DIANA. Soy quien sabes, ¿qué he de ha-

TEODORO. ¿Lloras? [cer?

DIANA. No, que me ha caído  
algo en los ojos.

TEODORO. ¿Si ha sido  
amor?

DIANA. Sí debe ser;  
pero mucho antes cayó,  
y agora salir querría.

TEODORO. Yo me voy, señora mía;  
yo me voy, el alma no.

Sin ella tengo de ir;  
no hago al serviros falta,  
porque hermosura tan alta  
con almas se ha de servir.

¿Qué me mandáis? Porque yo  
soy vuestro.

DIANA. ¡Qué triste día!

TEODORO. Yo me voy, señora mía;  
yo me voy, el alma no.

DIANA. ¿Lloras?

TEODORO. No; que me ha caído  
algo, como a ti, en los ojos.

DIANA. Deben de ser mis enojos.

TEODORO. Eso debe de haber sido.

DIANA. Mil niñerías te he dado,  
que en un baúl hallarás.

Perdona no pueda más.

Si le abrieres, ten cuidado  
de decir, como a despojos  
de victoria tan tirana:

“¡Aquéstos puso Diana  
con lágrimas de sus ojos!”

ANARDA. Perdidos los dos están.

DOROTEA. ¡Qué mal se encubre el amor!

ANARDA. Quedarse fuera mejor.

Manos y prendas se dan.

DOROTEA. Diana ha venido a ser  
*El perro del hortelano.*

ANARDA. Tarde le toma la mano.

DOROTEA. O coma, o deje comer.

(Sale el CONDE LUDOVICO y CAMILO.)

LUDOVICO.

Bien puede el regocijo dar licencia,  
Diana ilustre, a un hombre de mis años  
para entrar de esta suerte a visitaros.

DIANA.

Señor Conde, ¿qué es esto?



señor Conde, dejéis aquí a Teodoro.  
hasta que se reporte, y, en buen hábito,  
vaya a reconoceros como hijo,  
que no quiero que salga de mi casa  
con aqueste alboroto de la gente.

LUDOVICO.

Habláis como quien sois; tan cuerdamente.  
Dejarle sientto por un breve instante.  
Mas porque más rumor no se levante,  
me iré, rogando a vuestra señoría  
que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA.

Palabra os doy.

LUDOVICO.

Adiós, Teodoro mio.

TEODORO.

Mil veces beso vuestros pies.

LUDOVICO.

Camilo,

venga la muerte agora.

CAMILO.

¿Qué gallardo

mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO.

Pensar poco

quiero este bien, por no volverme loco.

(Váyase el CONDE y lleguen todos los criados a TEODORO.)

FABIO. Danos a todos las manos.

ANARDA. Bien puedes, por gran señor.

DOROTEA. Hacernos debes favor.

MARCELA. Los señores que son llanos  
conquistan las voluntades.

Los brazos nos puedes dar.

DIANA. Apartaos; dadme lugar.

No le digáis necesidades.

Déme vuestra señoría  
las mauos, señor Teodoro.

TEODORO. Agora esos pies adoro,

y sois más señora mía.

DIANA. Salios todos allá,  
dejadme con él un poco.

MARCELA. ¿Qué dices, Fabio?

FABIO. Estoy loco.

DOROTEA. ¿Qué te parece?

ANARDA. Que ya

mi ama no querrá ser  
*El perro del hortelano.*

DOROTEA. ¿Comerá ya?

ANARDA. Pues ¿no es llano?

DOROTEA. Pues reviente de comer.

(Váyanse los criados.)

DIANA. ¿No te vas a España?

TEODORO. ¿Yo?

DIANA. ¿No dice vueseñoría  
"Yo me voy, señora mía;  
yo me voy, el alma no"?

TEODORO. ¿Burlas de ver los favores  
de la fortuna?

DIANA. Haz extremos.

TEODORO. Con igualdad nos tratemos,  
como suelen los señores,  
pues todos lo somos ya.

DIANA. Otro me parece.

TEODORO. Creo  
que estás con menos deseo.  
¿Pena el ser tu igual te da?  
¿Quisiérasme tu criado?  
Porque es costumbre de amor  
querer que sea inferior  
lo amado.

DIANA. Estás engañado,  
porque agora serás mío,  
y esta noche he de casarme  
contigo.

TEODORO. ¿No hay más que darme?  
Fortuna, tente.

DIANA. Confío  
que no ha de haber en el mundo  
tan venturosa mujer.  
Vete a vestir.

TEODORO. Iré a ver  
el mayorazgo que hoy fundo,  
y este padre que me hallé,  
sin saber cómo o por dónde.  
Pues, adiós, mi señor Conde.  
Adiós, Condesa.

DIANA. Oye.

TEODORO. ¿Qué?

DIANA. ¿Qué? Pues ¿cómo a su señora

así responde un criado?

TEODORO. Está ya el juego trocado,

y soy yo el señor agora.

DIANA. Sepa que no me ha de dar

más celitos con Marcela,  
aunque este golpe le duela.

TEODORO. No nos solemos bajar

Los señores le habrán  
a las traídas.

DIANA. ¿Tanta cuenta  
con lo que dice?

TEODORO. Cuarenta.

DIANA. ¿Pues cuánto es ya?

TEODORO. Mi mujer.

(Diana.)

DIANA

No hay más que denter. Tente tortuga,  
como dijo Teodoro. Tente, tente.

(Sale Ricardo y su criado.)

RICARDO

En tanto regocios y alborotos  
no se da parte a los amigos?

DIANA

Tanta  
cuanta vuestrasas me pidieren.

FEDERICO

De ser un gran señor vuestro criado  
se las pedirá.

DIANA

Yo pensé, señores,  
que las pedís (con que licencia os pido),  
de ser Teodoro Conde, y mi marido.

(Ayuda la Comedia.)

RICARDO

¿Qué os parece de aquesto?

FEDERICO

(Estoy sin seso.)

RICARDO

Oh, si le hubiera muerto con pirata!

(Sale Teodoro.)

FEDERICO

Vállele. Aquí viene.

TRISTÁN

¡Tanta sala no es punto!

(Tristán con que queda un lacayo  
expone alfileres a todo el mundo.)

RICARDO

Tanto. Tanto, y como se acostaba.

FEDERICO

Mi nombre, señor, se llama vicio.

FEDERICO

Bien se ha estado de ver.

TRISTÁN

Hecha estuviera

a ser el Conde de Bayona este muerto.

RICARDO

Pues ¿qué importa?

TRISTÁN

Al tiempo que el concierto

hice por los trescientos solamente,  
era para matar, como fue llano,  
un Teodoro criado; mas no Conde.  
Teodoro Conde es cosa diferente,  
y es menester que el galarbón se aumente,  
que más cosa tendrá matar un Conde,  
que cuatro o seis criados, que están muertos,  
unos de hambre, y otros de esperanzas,  
y no pocos de envidia.

FEDERICO

¿Cuanto quieres,  
y mátese esta noche?

TRISTÁN

Mil escudos.

RICARDO

Yo los prometo.

TRISTÁN

Alguna cosa quiero.

RICARDO

Esta valena.

TRISTÁN

Cuentos el dinero.

FEDERICO

Tú vete a presentarlo.

TAMÁS

Vete a matarle.

(Oyen.)

RICARDO

¿Qué quieres más?

TAMÁS

Todo hombre más.

(*Váyanse, y entre TEODORO.*)

TEODORO. Desde aquí te he visto hablar  
con aquellos matadores.  
TRISTÁN. Son los dos necios mayores  
que tiene tan gran lugar.  
Esta cadena me han dado,  
mil escudos prometido  
porque hoy te mate.  
TEODORO. ¿Qué ha sido  
esto que tienes trazado,  
que estoy temblando, Tristán?  
TRISTÁN. Si me oyeras hablar griego,  
me dieras, Teodoro, luego,  
más que estos locos me dan.  
¡Por vida mía, que es cosa  
fácil de greguecizar;  
ello, en fin, no es más de hablar:  
mas era cosa donosa  
los nombres que le decía:  
Azteclas, Catiborratos,  
Serpolitania, Jipatos,  
Atecas, Filimocía,  
que esto debe de ser griego,  
como ninguno lo entiende,  
y, en fin, por griego se vende.  
TEODORO. A mil pensamientos llevo  
que me causan gran tristeza;  
pues si se sabe este engaño,  
no hay que esperar menos daño  
que cortarme la cabeza.  
TRISTÁN. ¿Agora sales con eso?  
TEODORO. Demonio debes de ser.  
TRISTÁN. Deja la suerte correr,  
y espera el fin del suceso.  
TEODORO. La Condesa viene aquí.  
TRISTÁN. Yo me escondo, no me vea.

(*Salc la CONDESA.*)

DIANA. ¿No eres ido a ver tu padre,  
Teodoro?  
TEODORO. Una grave pena  
me detiene, y, finalmente,  
vuelvo a pedirte licencia  
para proseguir mi intento  
de ir a España.  
DIANA. Si Marcela  
te ha vuelto a tocar al arma,  
muy justa disculpa sea.  
TEODORO. ¿Yo Marcela?  
DIANA. Pues ¿qué tienes?  
TEODORO. No es cosa para ponerla

desde mi boca a tu oído.  
DIANA. Habla, Teodoro, aunque sea  
mil veces contra mi honor.  
TEODORO. Tristán, a quien hoy pudiera  
hacer el engaño estatuas,  
la industria, versos, y Creta,  
rendir laberintos, viendo  
mi amor, mi eterna tristeza,  
sabiendo que Ludovico  
perdió un hijo, esta quimera  
ha levantado conmigo,  
que soy hijo de la tierra,  
y no he conocido padre  
más que mi ingenio, mis letras  
y mi pluma. El Conde cree  
que lo soy, y aunque pudiera  
ser tu marido, y tener  
tanta dicha y tal grandeza,  
mi nobleza natural  
que te engañe no me deja,  
porque soy, naturalmente,  
hombre que verdad profesa.  
Con esto, para ir a España  
vuelvo a pedirte licencia,  
que no quiero yo engañar  
tu amor, tu sangre y tus prendas.  
DIANA. Discreto y necio has andado:  
discreto, en que tu nobleza  
me has mostrado en declararte;  
necio, en pensar que lo sea  
en dejarme de casar,  
pues he hallado a tu bajeza  
el color que yo quería,  
que el gusto no está en grandezas,  
sino en ajustarse al alma  
aquello que se desea.  
Yo me he de casar contigo,  
y porque Tristán no pueda  
decir aqueste secreto,  
hoy haré que cuando duerma  
en este pozo de casa  
le sepulten.  
TRISTÁN. (*Detrás del paño.*) ¿Guarda afuera!  
DIANA. ¿Quién habla aquí?  
TRISTÁN. ¿Quién? Tristán,  
que justamente se queja  
de la ingratitud mayor  
que de mujeres se cuenta,  
pues siendo yo vuestro gozo,  
aunque nunca yo lo fuera,  
¿en el pozo me arrojáis?  
DIANA. ¿Qué, lo has oído?  
TRISTÁN. No creas



que me pescarís el cuerpo  
 DIANA Vuelve.  
 FEDERICO Que vuelva.  
 DIANA Que vuelvas.  
 Por el dañaire, te doy  
 palabra de que no tengas  
 mayor amiga en el mundo,  
 pero has de tener secreta  
 esta invención, pues es tuya.  
 FEDERICO Si me importa que lo sea  
 me quiere que calle?  
 FEDERICO Escucha.  
 Que gente y qué grita es ésa?

*(Entra el Conde. FEDERICO, FEDERICA, FEDERICO, CA-  
 ROLINA, FELIX, ANAHELA, DIANEJA, MARCELA.)*

RICARDO Queremos sorprender  
 a vuestro hijo.  
 FEDERICO La bella  
 Nápóles está esperando  
 que salga junto a la puerta.  
 FEDERICO Con florenta de Diana,  
 una correa te espera,  
 'Fendón y pinta, a caballo  
 de Nápóles la rabiosa.  
 FEDERICO Ven, Nápóles a la granja casa  
 más allá que la ausencia.  
 FEDERICO Ven, Nápóles a la granja casa  
 más allá que la ausencia.  
 DIANA Como que algo y la vea,  
 como. Como que sepáis  
 qué soy yo mujer.  
 FEDERICO Detenga  
 la torcaza en tanto bien,  
 con plato de oro la rueda  
 Dos hijos uno de aquí  
 la vive por uno.

FEDERICO Llegar  
 RICARDO Ricardo, y da el parabién  
 RICARDO Darle señores pudiera  
 de la vida de Teodoro,  
 que celo de la Condesa  
 me hicieron que a este estorbo  
 diera, sin esta cadena  
 por natarle, mil escudo  
 llaced que luego le prendan,  
 que es enbierto ladrón,  
 FEDERICO Lo es, no que no pueda  
 ser ladrón quien a su amo  
 defiende.

RICARDO No? Pues, quien era  
 ese valiente fingido?

FEDERICO Mi criado, y por que tenga  
 premio el detener mi vida  
 con otras secretas deudas,  
 con florenta de Diana,  
 le doy con Doroza,  
 pues que ya su señoría  
 vive con Felix a Marcela.  
 RICARDO Ve llor a Marcela.

FEDERICO Y yo  
 a Doroza.

FEDERICO Como que  
 para mi con hijo y casa  
 el amo de la Condesa.

FEDERICO Con poco, cuando nadie  
 por a todos diera, se me ruega,  
 el secreto de Teodoro,  
 dando con florenta vuestra  
 del Perro del Mortelano,  
 he la torcaza comedía.

FIN DE LA FAMILIA Y MEDIA DE "EL PERRO DEL  
 MORTELANO"

COMEDIA FAMOSA  
POR LA PUENTE, JUANA  
DE  
FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

DON DIEGO, *galán*.  
EL MARQUÉS DE VIL-  
LENA.  
DON FERNANDO.

BENITO, *labrador*.  
ESTEBAN, *gracioso*.  
EL REGIDOR.  
JUANA.

DOÑA ANTONIA, *dama*.  
INÉS, *criada*.  
CRIADOS.  
MÚSICOS.

ACTO PRIMERO

(*Salen JUANA y BENITO.*)

BENITO. Templad, señora, el dolor,  
que no estáis en tierra extraña.  
JUANA. ¡Ay, huésped! Que no hay monta-  
como una ausencia de amor. [ñã  
donde el claro resplandor  
del sol nunca ha hecho espejos  
la plata de sus reflejos,  
o donde la arena abrasa  
a la soledad que pasa,  
estar el alma tan lejos.

¡Triste de mí! Que el criado  
que fué a buscar al ausente,  
que os he dicho tiernamente  
que es dueño de mi cuidado,  
cobarde desesperado  
no ha vuelto, y aunque temer  
no pude venirme a ver  
en más desdichas que estoy,  
soy mujer y sola voy,  
que basta decir mujer.

Desta forzosa partida  
no me puedo arrepentir,  
porque fué forzoso huir  
para no perder la vida;  
pero sola y afligida,  
lejos de mi patria amada,  
¿qué podré hacer, desdichada?;  
que nunca mujer ninguna  
venció su adversa fortuna,

de lo que quiso apartada.

Seguí a un noble caballero  
con quien me pensé casar;  
fuéme forzoso dejar  
la patria, que agora espero.  
Fiéme de un escudero  
de mi casa, y no volvió;  
el que amaba y se partió  
no sabe que estoy aquí.  
¡Mirad qué será de mí.  
él huyendo, ausente yo!  
Como dió el Emperador  
al Rey francés libertad,  
partirse en paz y amistad  
de Madrid con tanto amor  
me ha dado, huésped, temor  
que no se fuese tras él  
a Francia, aunque pienso que él  
mejor con Carlos se iría,  
donde esperan cada día  
la portuguesa Isabel.

BENITO.

Dicen que a Sevilla viene,  
adonde se ha de casar.  
Si allá le vais a esperar,  
mucha paciencia os conviene.  
Mi casa, Leonarda, tiene,  
gracias a Dios, don estéis.  
Mejor es que aquí esperéis,  
que, pasando cada día  
gente de la Andalucía,  
nuevas de don Juan tendréis.

No os vais a perder así;  
porque jamás la hermosa



ANTONIA. ¿Viene vuestra señoría con salud?

MARQUÉS. Quien llega a veros, muy mal podrá responderos, porque es la vuestra la mía.

ANTONIA. ¿No habláis. Esteban?

ESTEBAN. No tengo prosa de ausencia estudiada, y os hallo a vos bien tocada, con que muy contento vengo; que la mujer aquel día que no hay disgusto o desdén, se lleva en tocarse bien la save y el alegría.

Quando no está el frontispicio de una mujer adornado, el moño bien asentado y cada cosa en su quicio; cuando es jasje de culebra a las diez de la mañana, o anda el diablo en Cantillana, o a la semana se quiebra.

MARQUÉS. No le ha quitado el humor la jornada de Sevilla.

ESTEBAN. Quién vió del Betis la orilla y a Carlos emperador casarse con Isabel, ¿qué contento no traerá?

MARQUÉS. ¿No preguntáis cómo está Fernando?

ANTONIA. Yo sabré dél más despacio la jornada. La vuestra quiero saber, si lo puedo merecer, por ausente y desvelada.

MARQUÉS. Ya sabes, hermosa Antonia, cómo fué preso el de Francia en Pavia, y remitido a Madrid, Corte de España. El ejército imperial, terror por estas batallas de los confines del mundo, glorioso yace en Italia. Yo, que venir a Toledo, adonde tengo mi casa, deseaba, como quien ha días que della falta, después que en su santa iglesia rendí las debidas gracias, vine a verte, hermosa Antonia, a quien en (1) ausencia larga

debes oírme, así vivas, estas amorosas ansias: en palacio largos días, tristes noches en la cama, y en cuidados siempre tristes. imaginaciones varias. Poco gusto con amigos, ninguno en fiestas y galas: desconfianzas de ausencias y temores de mudanza; faltas del bien que tenía, que toda la ausencia es faltas; pensamientos de tu olvido y memorias de tus gracias. Con esto pretendo, Antonia, supuesto que no me pagas, que conozcas que me debes, que para mis penas basta; porque a quien el bien desea, cualquiera breve esperanza, mientras dura, le da vida, y mientras vive, le engaña.

ANTONIA. En cuantas cosas como éstas dice vuestra señoría. ninguna como este día mentiras tan bien dispuestas: ansias, fatigas, temores, memorias y soledades, como son nuevas verdades quieren parecer amores.

Mas yo los conoceré en que le quiero pedir una merced, por decir que les di crédito y fe.

Un caballero leonés me pide que le reciba en su servicio.

MARQUÉS. Así viva, que puede ser él marqués, y yo su criado el día que sois vos quien lo ha mandado. Entre yo a ser su criado.

ANTONIA. ¡Qué discreta cortesía!

(Sale DON DIEGO.)

DIEGO. Don Diego Pacheco está gran señor, a vuestros pies.

MARQUÉS. Si es Pacheco y es marqués yo puedo servirle ya.

Alzad del suelo. No a mí, pedid las manos a Antonia.

ANTONIA. ¡Jesús! Esta ceremonia no ha de permitirse aquí.

(1) Hartzzenbusch enmendó "que al fin de".

Volved al Marques, don Diego  
Dad vuestra señoría  
las manos.

Desde este día  
que me recibí de ruego.

don Diego, en vuestro servicio  
¡Cuál anda el pobre criado,  
vergilinos y bazuado!

¡Querrán que pierda el juicio!  
Ahora bien, ya que es forzoso,  
si camarero seréis.

En el un molino tendréis.

Buen camarero! / Bueno!

Fernán. / Famoso!

Manojo. Aunque es volverme a partir,  
me voy con vuestra licencia.

Antonia. Venígrade estar de mi asistencia  
más quiero veros salir.

Manojo. / Antonia y Fernán.

Diego. Oye, mió camarero.

Diego. / Manolo, ¿dijo?

Diego. Dar indico

de servir a un señero.

Manolo. / Manolo, ¿dijo?

Venga, Manolo, ha servido  
a una hija de las granas  
de España. Me habéis oído. Flúelos  
de vuestro oído servido.

Diego. ¿Qué es esto que me gente  
de giles, ¿dijo? a valer!

Fernán. La guayadilla, Manolo,  
un bollojo, ¿verdad?

Guayadilla, se le llama al Marques  
y no se puede ir a ver.

No, él, si no, si no, si no.

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

La hermana de don Diego

que vive en la casa de don

Manojo, ¿verdad?

Diego. / Manolo, ¿dijo?

Y aunque ella sea la discreción  
de el Marques de amor se abrasa

por servir a un que no vale

ni para servir a un

vallejo como el Marques

que en la casa de don

Manojo, ¿verdad?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Diego. Qué es ordinario y discreto!

Fernán. La gente mala es la mala  
del mundo, y más peligrosa  
que de uno y otro consejo  
con martirio todo el día  
de su mismo entendimiento  
con discurrir en momentos  
de suelta flaquea.

Huya, Manolo, del la verdad  
que en el mundo se ve,  
que en el mundo se ve,  
que en el mundo se ve,  
que en el mundo se ve.

Aunque gata, Manolo,  
la vida y la vida, y la vida,  
la vida y la vida, y la vida,  
la vida y la vida, y la vida,  
la vida y la vida, y la vida.

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

Manojo. / Manolo, ¿dijo?

ESTEBAN. Defender siempre al amigo  
y no ofendelle jamás.

DIEGO. Ahora bien: desde hoy os quiero  
por maestro. A ver la casa  
voy.

ESTEBAN. Por sus cimientos pasa  
Tajo, humilde prisionero  
de la casa de Villena,  
del gran Pacheco y Girón.  
De lo que es conversación,  
no tengáis, don Diego, pena,  
que yo soy lindo fistol,  
y os enseñaré en Toledo  
gustos que gocéis sin miedo,  
claros como el mismo sol.  
No doncellas, que después  
dan burlas y piden veras;  
que en habiendo zurcideras  
engañarán a un francés.  
No casadas; de sus brazos  
para siempre me despido,  
donde a un puntapié el marido  
hace la puerta pedazos.  
Viudazas; viudazas, si;  
que debajo del decoro  
monjil y diamantes y oro,  
que no está el ditunto allí.  
Verdad es que aquesta Inés  
de doña Antonia me trae  
sin seso, pero no cae  
con el debido interés.  
Y aunque el Marqués, mi señor,  
gusta de mis desatinos,  
el gastar por los caminos  
ha menester más favor. [juego,  
Juega el hombre. Cuando hay  
¿qué hacienda no se aventura?

DIEGO. Aquí la tiene segura,  
siendo amigo de don Diego.

ESTEBAN. Soy su esclavo.

DIEGO. Pues conmigo  
venga, y verá lo que pasa.

ESTEBAN. No habéis menester en casa  
más que a Esteban para amigo.  
Soy el alma del Marqués.

DIEGO. Pues temo que se condene.

ESTEBAN. No hará; que Villena tiene  
llena el alma de quien es.

(*Vanse. Salen JUANA, de labradora, y BENITO.*)

BENITO.

Esta es, señora, la imperial Toledo

que el Tajo de cristal a sus pies viene,  
y parece que en sombras se detiene.

JUANA.

No sé cómo este monte no se espanta  
de sí mismo y mirar grandeza tanta,  
en esa luna líquida que tiene  
por grillos de sus pies.

BENITO.

De Cuenca viene  
Tajo a prendelle con cadenas de oro.  
Nunca su nombre ilustre mudó el moro.  
Es su iglesia mayor imagen viva  
del cielo, que al gobierno sucesiva,  
de Pedro reconoce solamente.

JUANA.

Sus damas, caballeros y su gente  
me han obligado el gusto de manera  
que en tan noble ciudad vivir quisiera,  
aunque fuera sirviendo en este traje,  
que ya no puede haber cosa que baje  
mi fortuna a lugar más abatido.  
Temo que un hombre bárbaro, ofendido,  
me busque y halle, y si escondida quedo,  
Benito, en este traje y en Toledo,  
muy ajustado viene con mi intento,  
teniendo con quietud gusto y contento.

BENITO.

El Regidor, que en nuestra aldea tiene  
hacienda, me parece que os conviene.  
Su hija doña Antonia es la más bella  
dama de este lugar; si estáis con ella,  
no os hará falta discreción ninguna.  
Con esto burlaréis vuestra fortuna  
y veréis un ingenio soberano.

JUANA.

No hubiera para mi remedio humano  
como vivir donde decís agora,  
y más si es tan discreta esa señora.  
Vamos; sabré, señor, adonde vive,  
que dichosa seré si me recibe.

BENITO.

Eso es muy fácil, porque me ha pedido  
que le busque una moza labradora;  
mas no podréis, porque me acuerdo agora  
que había de lavar y amasar.

JUANA.

Digo



que a lavar y a lavar todos me obligo,  
si me agrada esa Antonia.

BENITO

Hay otro error:  
que me mandó los brazos de Toledo  
en su hermosa prisión, mas no es de pena,  
que pierda que esta amante es de Vilena,  
y es su subalterno.

JUANA

Que está amante  
— presente — que importa? Cuando intente  
algún otro intento, ¿no va bota?  
« No le sabré pasar con una embota,  
y si pasar quisiere de otra pieza,  
rampelle con un plato la cabeza? »

BENITO

Y cómo has de llamarle?

JUANA

¿Cómo? Juana.  
Tú si arda tu piel me trairás mañana,  
y al Regidor dirás que soy de Oliva.

BENITO

Por el secreto que en mi pecho fías,  
te ofrezco eterno amor.

JUANA

Vámonos, que voy  
que voy andando así, andando y así desahí,  
y andando llevo a vos en mi falda,  
mi valor, mi persona y mi voluntad,  
pienso que así la llevo como digna,  
que sea pueda vengar de mi fortuna.

(Pase. — Sigue después a Don Juan.)

ANTONIA. No me déis con malos pensamientos  
de mi y de mi amor.

DIANA. Mejor que Dios a los  
amorosos pensamientos,  
ya sé que así me gustan  
mucho más los pensamientos de amor,  
de hacer amor y hacer.

ANTONIA. Vos de todos pensamientos  
para Dios, así me ha de  
dar después y rigor.

DIANA. ¿Dioses no sé a servir  
a mi príncipe que me gobierna  
quien a mi y a mi amor.

no tengo más que decir.  
Siéndome farsa, huir  
de mi patria, hallé mi amparo  
en vos, que fue mi reparo,  
y así como Antonio bella  
que le fue en el estrecho  
que giraba a un tan claro.

Desde que en la Vega me vi  
y cuando fuí a habitarlo,  
propio al amor adentro,  
y como al amor allí  
que en la tierra allí,  
como dicen ya se desierra,  
como dicen en la guerra,  
a Carlos, pero ya estoy  
desde que me vi  
los destinos de mi tierra.

Y luego, como cuando era  
que el Marqués me recibía,  
al momento me hallé  
en el amor que me da,  
con que así como desde  
un pensamiento, que el mis  
descubriendo el mundo he  
con que me amaba y me ama.

Venga al amor y al amor,  
y el que amara al amor,  
y Venga al amor y al amor,  
que me da la fuerza amor,  
y así que digo ya rigor  
mi amor me da y me ama.  
¡Ay, mi amor! ¿Qué me ama  
puedo poder a mi amor,  
que así como me ama los celos  
y así como me ama, guárdame!

Dice los pensamientos que ya di  
celos y pensamientos,  
que es travesía y tra de veras  
de un amor de amor,  
que si ya está así  
pensando la travesía  
que desde la travesía  
que han de mi valor,  
como piensa en amor  
y amor y amor.

ANTONIA

Tu, Diana, desde aquí día  
que el Marqués me ama bien,  
mi amor me ama bien,  
y así como me ama,  
pero como piensa  
de mi amor lo que me carón,  
trabaja de mi amor,  
y así del mundo me guarda.

y a un príncipe tan gallardo  
no le he mostrado afición.

Si vos me queréis, yo haré  
que el Marqués no se disguste  
de que os quiera, y antes guste  
de que yo la mano os dé;  
que de su grandeza sé  
que ha de volver por mi honor.  
Siempre fué casto su amor,  
que son, donde no se alcanza,  
principios de la esperanza  
pensamientos de señor.

DIEGO.

Vos lo decís harto bien,  
pero yo lo haría muy mal  
si a dueño tan principal  
le fuera traidor también;  
y aunque no lo diga bien,  
tengo, Antonia, por muy cierto  
que tendrá el odio encubierto;  
y señores con enojos,  
más despiden con los ojos  
que con rigor descubierto.

Hacer que el Marqués lo quiera  
no tengo por imposible,  
si él se promete posible  
lo que por su boca espera;  
quereldo, pues persevera  
en amaros, que es rigor  
casarle, si os tiene amor;  
que no estará bien casado  
marido que fué criado  
donde hubo galán señor.

(Vase. Salen el REGIDOR y JUANA.)

REGIDOR. Pienso que te ha de agradar,  
que yo lo estoy por extremo,  
la criada que ha traído,  
Antonia, nuestro casero.  
Llegad, no estéis temerosa;  
conoced a vuestro dueño.

JUANA. Dadme, señora, las manos.

ANTONIA. ¡Qué linda persona! Ciertó  
que te agrada con razón.

BENITO. En toda la Sagra, creo  
que no hay moza de su talle.  
brio, limpieza y asco.

ANTONIA. ¿Cómo os llamáis?

JUANA. ¿Yo, señora?

ANTONIA. Vos, pues.

JUANA. A servicio vuestro,

Juana.

BENITO. Sí, señora: Juana,

que era mi padre su abuelo;  
murió, y huérfana quedó:  
a fe que viene de buenos.  
Crióla el cura, su tío,  
hasta grande, y los mancebos  
del lugar son con las mozas  
como los tordos, que en viendo  
colorear, mal maduras,  
las guindas, andan en celo  
hasta que las dan picada,  
si se descuidan los dueños.  
Por eso la traigo acá.

ANTONIA. Hiciste como discreto,  
que Juana es gallarda moza,  
dispuesta y de lindo cuerpo.  
¿Y el sobrenombre?

JUANA. De Illescas.

BENITO. Sí, señora; que su abuelo  
se llamó Pedro de Illescas,  
y Juan de Illescas, el viejo,  
fué tío de Alonso Aguado;  
que, señora, el parentesco  
de los Illescas no es  
la alcuña de mi abolengo.

ANTONIA. ¿Qué haciendas sabéis hacer?

JUANA. Las que por allá sabemos:  
lavar, masar y hacer red.

ANTONIA. Del buen talle me contento;  
regalar quiero a Benito.

REGIDOR. Y yo también darle quiero  
un vestido que se ponga  
las fiestas.

BENITO. Los pies le beso.

(Vase ANTONIA y el REGIDOR.)

JUANA. ¿Oye, tío? Traiga el arca.

BENITO. Al otro mercado vuelvo.

JUANA. Si allá viniere mi primo,  
diga que estoy en Toledo.

(Vase BENITO.)

Sale la nave próspera y bizarra  
de Flandes con inquietas banderolas,  
y sin temor de caminar a solas,  
las áncoras del puerto desamarra.

Entra en el golfo, deja atrás la barra,  
el mar se altera y en dos horas solas  
les deja el viento entre las pardas olas  
como granizo helado o verde parra.

Mas siendo entonces su furor ensayos,  
viendo que sale el sol y hay mar bonanza,

en ánimo se venía con desconsuelo.

Antes alzada del cielo la mudanza  
admiró los rayos del sol rayos  
viendo el tener, al fin la esperanza.

(FIN DE LA ACTO.)

INÉS. ¡Soy yo la recién vendida!  
JUANA. ¡Y vos quien sirve esta casa!  
INÉS. Soy quien se huelga de vicio  
tan cortueta y afilada:  
que la vida se me tenía  
el traje como la cara.  
Vos seáis muy bien vendida.  
JUANA. Vos seáis muy bien hallada.  
INÉS. Vos habéis tenido dicho  
y el fin muy avertado,  
a casa venís que creo  
que os hallaréis bien pagada  
del trabajo y del servicio.  
JUANA. Es de condición muy brava  
la señora doña Antonia.  
INÉS. Es un ángel, una santa,  
a nadie en toda su vida  
dijo una mala palabra  
casa, en fin, donde no hay  
señora mayor, que basta  
para que puedan vivir  
con libertad las criadas.  
JUANA. Cielos que lo tengo a dicho  
ya que saqué de mi casa

(FIN DE LA ESCENA.)

FERNANDO. Inés.  
INÉS. Señor.  
FERNANDO. Ese tipo  
vuestro de larga jorral.  
INÉS. Gracias a Dios que ya tengo  
quien me ayude a jalarla.  
FERNANDO. Quién?  
INÉS. Juana, recién vendida.  
FERNANDO. ¡Por Dios, que es tan buena Juana  
que puede lavar al rey!  
JUANA. ¿Quién es este?  
INÉS. Hijo de cabrío.  
JUANA. De casa, o del Regidor?  
INÉS. Del Mendigo. ¿Que ignorancia!  
JUANA. Como vos venís de Oñate,  
¿no sé de dónde nada?  
Señor, aquí, ya lo veis,  
vengo a servir.  
INÉS. ¿Perdonadla.

¡que así sale más ag...  
La muchacha que  
que antes. ¡En la casa  
tendrá por prendas la libertad!

FERNANDO. En las manos os pongo  
gentil, bella alhama,  
lavar los platos, pud ser  
los carreros de las almas.  
JUANA. Ay, lo que ha dicho, señor!  
INÉS. ¡Hija, Inés! Unos en Francia  
truen las almas santas.  
INÉS. Dónde, porque le agradece  
que son encarecimientos  
de verte las manos blancas.  
JUANA. Como vos venís de Oñate,  
no sé de Toledo nada.  
FERNANDO. A vos, Juana, estas palabras  
¡Bravo, brava y santa!  
JUANA. Hemos alba, ya lo estimo  
¡pienso que soy ignoranta!  
FERNANDO. ¿Que diese naturaleza  
a tal hermosura y gracia  
tan rústico entendimiento!  
Oye, espera, tente, para  
listos quedo, señor.  
FERNANDO. ¿Qué ataca que es la villana?  
JUANA. ¿Y, señor? ¡Malos años!  
Cristiana vieja, y muy rancia.  
FERNANDO. Que no digas una ataca.  
JUANA. ¡Pregunte en toda la Sagra  
que gente son las Blesas!  
INÉS. No se quita ha entrado en casa.

(FIN DE LA ACTO.)

FERNANDO. ¡Este con Fernando aquí!  
FERNANDO. ¿Que hay, lutebani?  
FERNANDO. ¿Que te gusta  
el Marqués de Oñate?  
FERNANDO. Vos.  
(FIN DE LA ACTO.)  
FERNANDO. ¡Mira que así se puede agarrar!  
FERNANDO. ¡Fueron Dios, en la casa habita!  
Toda la familia os acaba  
en la mano, comedia.  
INÉS. Yo  
no hablo a quien me no habla.  
FERNANDO. Hablar y alzarar, Inés.  
INÉS. ¿Qué ha traído la jorrala?  
FERNANDO. ¡Lo que traía a mí!  
INÉS. Es de la jorrala, señor.  
JUANA. ¡Que distinguió que soy.

hallo amor. ¡Brava abundancia!  
No pienso que hay en el mundo  
otra cosa más usada.

Los retirados y graves,  
¿de qué se admiran y espantan,  
si ignoran cómo nacieron?

Es temeraria ignorancia:  
así se conserva el mundo.)

ESTEBAN. ¿Quién es aquesta villana,  
de tan lindo talle y brio?

INÉS. Salga fuera noramala  
y no sea bachiller,  
que es recién venida a casa.

ESTEBAN. Labradora de sentidos,  
pespuntadora de entrañas,  
ojos de brillante espejo,  
que en mirando le retratas;  
linda del cabello al pie;  
honra ilustre de la Sagra,  
por el delantal famosa,  
y por el sayuelo hidalga,  
¿labras vidas, o heredades?  
Que pienso que tus pestañas  
son agujas de tus ojos,  
pues que con sus niñas labras.  
Vuelve esa cara. ¡Ay, qué linda!  
¡Vive Dios, que tiene estampa  
de coger almas con queso,  
como eres toda de nata!

INÉS. ¿Esto sufro?

JUANA. Diga, Inés,  
¿es, también hijo de casa  
este señor barbigallo?

ESTEBAN. ¿Esto le parece falta?  
¿Es mejor cuatro bigotes  
en cuyas espesas ramas  
haya soto de conejos?

Porque yo no sé que valgan  
más que para ser escobas,  
barrer y regar la cara.

JUANA. Como yo vengo de Olías,  
no sé de Toledo nada.

INÉS. ¿Señor viene!

JUANA. A la cocina.

INÉS. Sube esa escalera, Juana.  
ESTEBAN. Juana me ha muerto, señores;  
reñí con ella sin armas.  
¡Qué virotazo me ha dado!

(Vase.)

INÉS. ¡Ah, traidor! ¿Así me pagas  
tanto amor, tanta amistad?

JUANA.

Juana. ¿es ésta buena entrada?  
No temas, Inés, que soy  
un cuerpo que anda sin alma,  
una cifra no entendida,  
una escritura borrada;  
una sombra que anda en pena,  
y una pena en sombras tantas,  
que sólo un sol que está ausente  
puede, con su lumbré clara,  
descifrarle y darle vida,  
gloria, gusto y esperanza.  
INÉS. No te entiendo.

JUANA.

Ni es posible.

INÉS.

Loca me pareces, Juana.

JUANA.

Como yo vengo de Olías,  
no sé de Toledo nada.

## ACTO SEGUNDO

(Salen DON DIEGO y el MARQUÉS.)

DIEGO.

Las fábulas de Ovidio a pensar llevo,  
en lo que vienes refiriendo agora.

MARQUÉS.

Desde ese corredor mire, don Diego,  
a Venus transformada en labradora;  
parece el agua entre sus manos fuego,  
baña el Tajo cristal y ella le dora:  
que si a sus manos cándidas se atreve,  
las doradas arenas vuelve nieve.

Muchas veces, don Diego, entretenido,  
mirando el Tajo, que mi casa baña,  
he visto damas, músicas he oído,  
que es en Toledo la mejor de España;  
pero en el instrumento referido,  
la labradora, que sirena engaña,  
con voz tan celestial cantó de suerte  
que estatua de sus manos me convierte.

DIEGO.

Mujer de tales prendas y tal brio,  
¿lava de la manera que refieres,  
con instrumento tan helado y frío?  
Me obliga a que presuma que la quieres.

MARQUÉS.

El talle, el aire, el gusto, el modo, el brio  
dan sangre y calidad a las mujeres;  
no hay en el gusto más razón que el gusto,

que separe los justos, como que no me ajuste  
 "Gustamos la grandeza de tu talento,  
 a los males nos a los males."

DIEGO

Adios en mi propia desventura  
 que nudo de grandes inconvenientes,  
 como podéis, confundir el casamiento  
 dos personas de estados diferentes.  
 Mas, ¿que queréis hacer? ¿que se le abraza,  
 antes es pobre y está que en la vida

MARQUÉS

¡Estebanillo! Esteban!

(Dijo Esteban)

ESTEBAN

Señor

MARQUÉS

Dame  
 un arañuz salir al Tajo quiero

ESTEBAN

¿Queréis, señor, que alguna gente llame?

DIEGO

El desengaño, con la vida espero

(Dijo Esteban)

MARQUÉS

Cuanto viéndola cerca me desame,  
 más contento tendré que con sidero

DIEGO

Las distancias disminuyen a los ojos  
 me juro de tu valor daros despojos

(Dijo Esteban)

ESTEBAN

Aquí está el anciano

MARQUÉS

¿Qué, don Diego,  
 que le habéis

DIEGO

Don Diego de palmas  
 cubre por esta noche, cuando luego  
 del viento, cuando habéis a esos lomos

MARQUÉS

Vamos a ver si en tal desahogo  
 se templará la llama de un tiempo a otro

(Dijo Esteban, Esteban, a los señores)

ESTEBAN ¡Por la ropa en ese suelo,  
 que aquí habéis de dormir

JUANA No me importan almorzar,  
 que más cuidado rece

ESTEBAN Deja ahora tus tristezas,  
 que los músicos se irán

JUANA Otro día volverás

ESTEBAN ¿Que cansa la estáis a empezas?

No te entiendo una vez eres

entendida y cortesana,

y otra, rusticina villana

JUANA Soy de tornados, ¿que quieres?

ESTEBAN Que mules de tornados

JUANA No ha de tener mi tristeza  
 en ningún color firmeza

hasta que torne mi sol

ESTEBAN ¿Que así ni que desparate?

Fonte aquesas cañafleas

(Señaló a Marqués y Don Diego a Esteban)

ESTEBAN Quita al halcón las plumas,  
 será del viento acicate

que de palomas tropicadas

he visto una banda allí

MARQUÉS ¿Quieren bailar?

DIEGO Señor, sí

JUANA Mira que hay muchas personas

¡Hola! Inés! Dame quién es

el de la banda y color

ESTEBAN ¡La el marques de Valera

JUANA ¡Vaya por Dios! ¿El Marqués?

¡Torquen y vaya de jova

MARQUÉS Ya no lleva aquello eso

ni ve pura y cristal fino

mas relucir de Dios

(Dijo Marqués, Esteban y Inés)

¡Que al río de amor

confunde queros pasos

donde está de amor

donde que con han de torques

¿Quiero al amor y por qué?

¿Quiero al amor y por qué?

(Dijo Marqués, Esteban y Inés)



Nadando va mi tristeza,  
por llegar a su alegría,  
y nunca puede alcanzar  
mis deseados despojos,  
las olas de mis enojos  
dicen que me han de anegar."

MARQUÉS. ¡Hay tal nadar y tal brío,  
tales olas, tal donaire!

ESTEBAN. Si esto nada por el aire  
con tales brazos y brío,  
¿qué nadará por la tierra?

MARQUÉS. Quedaos vosotros aquí.

JUANA. ¡Hola! ¿Viene el Marqués?

INÉS. Sí.

ESTEBAN. Si él la tira, no la yerra.

MARQUÉS. Por el alto corredor,  
de donde veo este río,  
vi, labradora, ese brío,  
que en dama fuera mejor.  
Cuanto me agradaste allá  
lo confirmé aquí, de suerte  
que sin seso vengo a verte.

JUANA. Inés, burlándose está.

INÉS. Claro es eso.

MARQUÉS. Vete, Inés.  
con mis criados un poco.

INÉS. Sí haré, que he visto aquel loco.

JUANA, entreteniéndose al Marqués.

MARQUÉS. ¿Juana, en efeto, os llamáis?

JUANA. Para lo que le cumpliera.

MARQUÉS. Del nombre, Juana, se infiere  
la gracia con que matáis;  
porque al revolver la luz  
de esos ojos, no hay despojos  
que no maten vuestros ojos.

JUANA. Aténgome al arcabuz.

MARQUÉS. ¿Y de dónde sois?

JUANA. No sé  
si se lo diga.

MARQUÉS. Decid.

JUANA. Al gigante de David  
quite vuesasté la ge.

MARQUÉS. ¿De Olías sois?

JUANA. Acertó.

MARQUÉS. ¿Han vido? ¿Quién se lo dijo?  
Amor, que en tus ojos fijo,  
luz de tu patria me dió.

Puede ser que la belleza  
supla un rudo entendimiento.  
(De que me agrada me afrento,  
que es en un noble bajeza.)

JUANA. Quedo, quedo, que no es tanta  
la ignorancia.

MARQUÉS. ¿De qué modo?

JUANA. Bien, señor, lo alcanzo todo,  
y la corte a nadie espanta.

Yo no volviera por mí,  
como vuestra ofensa fuera  
del entendimiento afuera:  
por mi entendimiento, sí.

El exterior (1) aposento  
afrenta quien le desalma;  
y así, es volver por el alma  
defender mi entendimiento.

MARQUÉS. ¿Cómo hablaste rudamente,  
y agora con discreción,  
pues ya tus palabras son  
en estilo diferente?

JUANA. Soy de un lugar rudo parto;  
pero para juegos breves  
tengo...

MARQUÉS. ¿Qué?

JUANA. Dos treinta y nueve,  
y el que yo quiero descarto.

MARQUÉS. No es mala la fullería.

¿De suerte que el juego entablas  
en dos lenguas y en dos hablas?

JUANA. Como me sucede al día (2),  
que en cierto mal importuno,  
aunque no es para villanas;  
tengo el gusto con cuartanas,  
huelgo dos y callo el uno.

MARQUÉS. No sé si puedo entender,  
de tu estilo y tu presencia,  
que es segura tu inocencia.

JUANA. Pues ¿en qué lo echáis de ver?

MARQUÉS. Ahora bien: espera aquí.

JUANA. ¿Esto me faltaba agora!

MARQUÉS. Don Diego, esta labradora  
me tiene fuera de mí.

Háblala y di que me vea,  
que quiero mudarla el traje.  
Tú, Inés, vete, y ese paje  
viento de sus pasos sea.

Esto, sin réplica.

INÉS. Adiós.

MARQUÉS. No le digas a tu ama  
palabra.

INÉS. ¡Qué mala fama  
tenemos!

MARQUÉS. Hablad los dos.

(Vanse.)

(1) Hartzenbusch corrigió "interior".

(2) Hartzenbusch: "Me sucede como haría".





que pasando el mar Europa,  
entre canción y canción  
acepillaba la ropa  
con el dichoso jabón.

Las manos, de blancas natas,  
de lavar y ser ingratas,  
no se quejaban a Inés,  
viendo que estaban los pies  
en el río y sin zapatas.

El agua, en cercos y enredos,  
se los lava y se los besa,  
y como se estaban quedos,  
¡quién fuera arena traviesa  
que le anduviera en los dedos!

Juana, el rostro levantando,  
miróme y fuime acercando,  
de suerte que mi intención  
dije con el corazón,  
y díjela suspirando.

Tú, pues, que mi muerte tratas  
con tus ojos homicidas,  
con que el alma me arrebatas,  
di, Juana, ¿por qué me olvidas?;  
di, Juana, ¿por qué me matas?

JUANA.

Esteban, yo soy amiga  
de Inés, y no es bien se diga  
que le he sido desleal;  
mira que le pagas mal  
lo que te quiere y te obliga.

Vete a servir a tu dueño,  
que de no hacerla traición  
mi palabra y fe te empeño,  
y, fuera desta ocasión,  
otro amor me quita el sueño.

Cojo la ropa, y adiós.

(Vase JUANA.)

ESTEBAN. ¡Juana, Juana! ¡Mala tos  
te la quite! Fuentes, ríos,  
ayudad mis desvarios,  
que quiero quejarme en vos.  
¡Ea, ninfas de Helicon!,  
hoy tenéis nueva corona  
de laurel, que en vuestro polo  
muere amando un paje Apolo  
por una Dafne fregona.

(Vase. Salen ANTONIA y DON FERNANDO.)

ANTONIA. ¿De esa manera lo dices?

¿Tú eres hombre de valor?

FERNANDO. Prueba, Antonia, que es amor,  
porque no te escandalices.

ANTONIA. Sí; pero un hombre, Fernando,

de tu obligación es justo  
que ponga en sujeto, el gusto,  
digno de sus ojos.

FERNANDO. Cuando  
viene amor por accidente,  
no se le da a la elección  
voto, como en la razón,  
que es calidad diferente;

y, Antonia, yo me resuelvo  
en que me muero por Juana.  
Tienes alma tan tirana,  
que las espaldas te vuelvo.

(Vase.)

FERNANDO. No digas tal que es locura;  
aunque ya tan necia vienes,  
que puedo pensar que tienes  
envidia de su hermosura.

(Sale DON DIEGO.)

DIEGO. En vuestra busca, Fernando,  
vengo con grande contento.

FERNANDO. Pedíme albricias a mí,  
pues que mi gusto es el vuestro.

DIEGO. Hallé una joya perdida.

FERNANDO. Por muchos años y buenos.  
Pues venís con tanto gusto,  
no era de pequeño precio.

DIEGO. Era un hermoso diamante;  
sortija de un casamiento  
que podrá ser que algún día...

FERNANDO. Enseñádmelo.

DIEGO. No puedo,  
que le he dejado a guardar;  
mas enseñarle prometo.  
¿Qué haciais?

FERNANDO. Aquí estaba  
dando esperanzas al viento  
y riñendo con mi hermana.  
DIEGO. Son diferentes efetos.  
FERNANDO. Quiero enseñaros la causa.  
Juana.

(Sale JUANA.)

JUANA. Señor.

FERNANDO. Dadme luego  
un jarro de agua; las manos  
manché de tinta escribiendo.  
JUANA. Voy por fuente, agua y toalla.

(Vase.)

FERNANDO. ¿Qué os dicen mis pensamientos?  
¿Riñeme bien doña Antonia?

¡Hareis burla de mí y de éllos!  
 DÍEGO. Burla? ¿Por qué? Si no he visto  
 nunca tanto tallo y cuerpo  
 que si de espanto se le fuera,  
 aunque perdiese Toledo.  
 FERNANDO. Para que no deis disculpa  
 en la escusa que no queráis  
 que la habéis.  
 DÍEGO. Bien me podréis  
 poder esta de mis celos.

*Vale. Entra con agua y toalla y puente.*

JUANA. Bien puede vuestra merced  
 lavarse que viene fresco.  
 Tajo bañada de plata,  
 desde el aljibe riendo.  
 DÍEGO. (Mal podrá tener paciencia,  
 pues a cuantas partes llevo  
 hallo quien quiere a Isabel  
 si en León, ¡amados celos!  
 por dama a rosa y gallarda,  
 por labradora sirviendo  
 ¿A cual hombre dió el amor  
 tanta manera de celos?)  
 FERNANDO. Echa nieve de esas manos  
 para que temple mi fuego.  
 JUANA. ¿Nieve soy yo? Guadarrama  
 muy rube o helado, cierto.  
 FERNANDO. ¿Parece que un deslén  
 no tiene fuerza de hielo?  
 JUANA. Yo no entiendo aquellas cosas.  
 FERNANDO. Yo sé, Juana, que me muera  
 por esas milas hermosas.  
 Haha más agua.  
 JUANA. Estasos queda.  
 Pues que va a haberos lavado,  
 tomad la toalla luego  
 que me agurda a quien le toca.  
 DÍEGO. Y de tanto que sospecho  
 que estéis rogando a mi esposa  
 en contra lo que están viendo.

*(Sale Isabel.)*

ISABEL. ¿Qué que espanto, Juana, ¿dónde?  
 DÍEGO. ¿De dónde a mí?  
 ISABEL. ¿Qué te daña?  
 DÍEGO. ¿Cuerpo hay que haces hoy en día?  
 ISABEL. ¿Pierdes, Juana, que me burlas? ¿No?  
 de tanto pad?  
 FERNANDO. ¡Ahora, Isabel,  
 que se burlan de ti, Diego.

que se he dicho en don Juan.  
 JUANA. Las ignorancias que tengo  
 hacen donaires, señor.  
 DÍEGO. Con ese entendimiento  
 se hará muy bien el mundo.  
 Vendrá señor a tendréis  
 pesadumbre por tu guiso.

*(Pase.)*

JUANA. Ya, señor don Diego, quedo  
 para que me burléis de mí,  
 que ha dado a su cuenta el estado  
 don Fernando mi señor.  
 DÍEGO. ¿Burlas, Juana? No lo creo.  
 De veras habla Fernando  
 y que ni respondes prima  
 con las mismas a su amor.  
 JUANA. ¿Que es amor?  
 DÍEGO. Amor es fuego.  
 JUANA. ¿Fuego de Dios en amor?  
 ¿Eso quiere un hombre cuando  
 que tenga mujer ninguna?  
 DÍEGO. Luego también sospecho  
 sabrás que es celos.  
 JUANA. Yo no.  
 DÍEGO. Celos son basardos, efeto  
 de amor. Celos es locura  
 en que da el entendimiento.  
 Celos es desamor propio;  
 celos es vivir temiendo  
 que a purlo que un hombre adora  
 quiere o mira a otra mujer.  
 por ausencia o por cualquier  
 condición.  
 JUANA. ¿Celos es eso?  
 Pues, don Diego, en vuestra vida  
 los tenéis que son de necios.  
 Tened amor, y no más  
 que vuestras mercedades  
 son tales que por mi vida  
 no temo de vos temer.  
 DÍEGO. Con esas seguridades  
 nos engañar por mercedades  
 los celos.  
 JUANA. ¿Que amor es?  
 Porque yo en los celos y amor  
 FERNANDO. Crees, don Diego, por Dios  
 la pintura que sospecho  
 que se debió de hacer  
 DÍEGO. Que se le mira la pintura.  
 ¿Queréis, señor?  
 FERNANDO. ¿Qué es querer?

Tiene de diamante el pecho;  
tiene de mármol el alma;  
tiene el corazón de acero.

DIEGO. Pues yo pensé que os quería.

FERNANDO. Vamos, y os iré diciendo  
los lances que me han pasado.

DIEGO. Muriéndome voy de celos.

*(Vanse, y queda JUANA.)*

JUANA.

Cuando el sujeto que se quiere y ama  
muestra tibieza y vive sin cuidado,  
es darle celos la razón de estado  
de amor que más provoca, incita y llama.

Canta con celos en la verde rama  
del olmo el ruiseñor, que vió en el prado  
a quien sigue su prenda enamorado,  
y más cuando ella finge que desama.

Contenta estoy con poca diligencia  
en ver que despertaron mis desvelos  
al dueño de mi amor, por competencia.

Muera a cuidados; mátenle recelos;  
porque cuando hay tibieza por ausencia  
el remedio mejor es darle celos.

*(Sale ANTONIA.)*

ANTONIA. Huélgome de hallarte aquí;  
que a solas hablar deseo  
contigo.

JUANA. Que tienes creo  
la satisfacción de mí  
que siempre te merecí.

ANTONIA. La satisfacción me obliga  
a que mi pasión te diga.  
Escúchame, Juana.

JUANA. Escucho.

ANTONIA. El amor me obliga mucho.

JUANA. Tu criada soy y amiga.

ANTONIA. Quiero un secreto pedirte.

JUANA. Aquí a tu servicio estoy.

ANTONIA. Tengo un mal, Juana, en que doy,  
difícil de persuadirte (1)  
que es un infierno de fuego.

¿Conoces este don Diego,  
amigo de don Fernando?

JUANA. Ahora estaban hablando  
los dos, y se fueron luego.

ANTONIA. Ese, de cuanto hay en mi  
es dueño que adoro y quiero.

JUANA. ¡Ah, celos, qué mal agüero  
fué alaharme de que os di!

ANTONIA. Ahora (1) has de hacer por mí.  
¿Sabes su casa?

JUANA. ¿No es  
en la casa del Marqués?  
¡Ay, ingrato dueño mío! *(Ap.)*  
Que es la que cae hacia el río,  
adonde me lleva Inés.

ANTONIA. Es casa tan conocida,  
que no la puedes errar.  
Un papel le has de llevar,  
Juana, que le va la vida  
a mi esperanza perdida.

JUANA. ¿A quién, señora?  
A don Diego.

JUANA. Pensé que al Marqués.

ANTONIA. Y luego,  
de mi parte le dirás...

JUANA. Basta; no me digas más.

ANTONIA. Esto, mi Juana, te ruego.

JUANA. Eso, mi ama, haré yo  
(aunque de muy mala gana).

ANTONIA. Pues entra, y dárte. Juana,  
el papel.

*(Vase ANTONIA.)*

JUANA. ¡Qué presto halló  
castigo quien se burló!  
Paciencia para sufriros,  
amor. ¡Ay, tristes suspiros!  
Celos, no costéis tan caros,  
que cuanto me agrada el daros  
me entristece el recibiros.

*(Vase. Sale el MARQUÉS y DON DIEGO.)*

MARQUÉS. ¡Buena respuesta has traído!

DIEGO. No he visto tal condición.

MARQUÉS. Siempre esta resolución  
gente rústica ha tenido.

DIEGO. Con sus iguales se entienden;  
que indignas de prendas tales,  
de los hombres principales  
bravamente se defienden.

Tus razones la cansaron;  
tus promesas la ofendieron;  
tus dádivas no rindieron,  
ni tus dichas alcanzaron.

Finalmente, he sospechado  
que vencer esta mujer

(1) Falta un verso a esta quintilla.

(1) Quizá deba decir "Aquesto".

mas difícil ha de ser  
que romper un monte helado

MARQUES. Mira, don Diego: quien ama  
no se ha de cansar tan presto.

DIEGO. Antes bien, a un pecho honesto  
obliga cuando desama

MARQUES. Si aquesta mujer me amara  
al instante que me viera,  
por mucho que la quisiera,  
por mujer vil la dejara

Vuelve a hablarla, que rogando  
y prometiendo ha de ser  
conquistar una mujer:

que no huyendo y despreciando.

Háblala de parte mía,  
y no te canses de hablar;  
que no se ha de conquistar  
una mujer en un día

(Sale)

DIEGO. ¿Por qué de partes me asalta  
la fortuna? ¿Qué paciencia  
ha de tener mi prudencia  
o que desdicha me falta?

Si no es dejando esta tierra,  
¿cómo he de poder vivir?  
Pienso que he de proseguir  
de Carlos Quinto la guerra.

Pasarme a Italia es mejor,  
pues tan mal me va en España.  
No podre la me acompañar  
en cualquiera parte amor.

Pero ¿cómo voy a ausente,  
cuando me ha de poder estorbar?

(Sale Diego)

JUANA. Desde los puertos en hallar  
a mi enemigo presente  
¿Que esté solo y en tal puesto?  
Mas huiré amor conmigo  
¿que tarde se halla un amigo,  
y un enemigo que presto!

(Sale Diego)

DIEGO. ¿Qué es?

JUANA. ¿Qué me ha de ser?

DIEGO. ¿Oh, qué gracia!

JUANA. ¿Es mucha?

DIEGO. ¿La tanta  
que mi mujer no me espanta.  
¿En la busca al Marqués?

JUANA. ¿Que Marqués?

DIEGO. El que está aquí  
¿conociéndole allá

JUANA. Este papel te dirá  
si vengo a buscarte a ti.

DIEGO. ¿Papel para mí? ¿De quien?

JUANA. De tu dama

DIEGO. Tú lo eras,  
antes que a buscar vinieras  
a quien te obliga tan bien.

JUANA. Dejémonos de porfías.  
Toma el papel.

DIEGO. ¿Tienes seso?

JUANA. Toma y responde

DIEGO. Confieso  
las obligaciones mías.

Pero en poniendo los pies  
adonde estas, se acabaron,  
pues, en efeto, buscaron  
livianamente al Marqués.

¿Que presto que te mudaste!  
Yo debía hacerlo así,  
pues para venir aquí  
a doña Antonia burlaste.

Yo aseguro que dirías  
que traerías el papel,  
para negociar con él  
lo que para ti querías.

Y aun le harías escribir  
lo que ella no imaginaba  
porque si al Marqués amaba  
podiera tu amor decir

que a un tiempo engañaba a tres  
y aun a cuatro, pues amando  
tu engañabas a Fernando  
a mí, a Antonia y al Marqués.

JUANA. ¿Ha dicho vuestra merced?

DIEGO. Pues para tal traición

JUANA. Pues calle mientras hablo.

DIEGO. ¿Ya qué tengo que escuchar?

JUANA. ¿Qué malis sonetos son

el meter el pleito a voces?

Calle, pues callaba ya.

Doña Antonia mi señora

me ha contado la acción

que viene movida la olvida

por el Marqués, su señor.

Cuando la quise en llegando

a Toledo, y que así don

se hallaron algunos vicios

en su conversación

Pero que después, sirviendo

el respeto le guardo

que sabe un tanto picadero

“que non sabe mentir, non”,



Si es vuesa merced marqués,  
pues por él le dejo yo,  
este marqués he buscado,  
éste fué a quien tuve amor,  
y éste es a quien ya no quiero;  
y así con gran devoción,  
le hago una reverencia,  
dejo el papel, y me voy.  
Si le he dado pesadumbre,  
diga, dándome perdón:  
"Mensajero sois, amigo;  
non merecéis culpa, non."  
Tente, escucha.

DIEGO.

JUANA.

¿Que me tenga?  
Déjeme ir, que por Dios  
que es poca el agua del Tajo  
para que lave su error.  
Oye, Isabel.

DIEGO.

JUANA.

DIEGO.

JUANA.

¿Qué Isabel?  
La que adoro.

Juana soy.  
Suélteme.

DIEGO.

JUANA.

Tente.  
El vestido  
que mi desdicha me dió.

(Sale el MARQUÉS.)

MARQUÉS.

DIEGO.

¿Qué es esto?  
Que no hay remedio  
que te quiera esta mujer.  
Demonio debe de ser.

JUANA.

A no estar vos de por medio,  
nos matábamos aquí  
como cochinos. ¡Pardiez!

MARQUÉS.

JUANA.

¿Tú en mi casa?  
Alguna vez  
este corredor subí.

Y no he tenido advertencia  
de entrar acá, hasta que agora  
el mandallo mi señora  
me dió ocasión y licencia.

Vengo a buscar a Fernando,  
que le queremos cortar  
unas camisas; y al dar  
el primer paso, temblando,

sale estotro escudérón  
y dice que yo he de ser  
vuestra mujer. ¡Qué mujer!  
Las de mi patria no son  
mujeres para Girones,  
ni Villenas ni Pachecos,  
son de Illescas y Mazuecos,

Toribios, Sanchos y Antones.

Quédese, señor, con Dios;  
que el escudero algún día  
me pagará la porfía  
que hemos tenido los dos.

Yo le cogeré en mi casa.

DIEGO.

Pues yo, ¿qué ofensa te he hecho?  
Bien sabes, Juana, mi pecho.

JUANA.

MARQUÉS.

Ya sé todo lo que pasa.  
Juana, yo estimo tu honor.  
Si don Diego te habló en mí,  
la culpa tuve, que fui  
quien le declaró mi amor.

Entra, que quiero mostrarte  
mi casa, y darte un regalo.

JUANA.

A fe, que no fuera malo  
dar celos a Durandarte;  
pero soy mujer de bien,  
y por esto me voy luego.

MARQUÉS.

DIEGO.

JUANA.

Tente, detenla, don Diego.  
Tente, escucha.

¿Vos también?  
Pues por vos me voy mejor.

DIEGO.

JUANA.

MARQUÉS.

Oye una palabra, Juana.  
¿Vos a mí?

Fuerte villana;  
ya es tema lo que fué amor.

(Váncse. Salen ANTONIA y ESTEBAN.)

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

ANTONIA.

ESTEBAN.

Tanto olvido en el Marqués  
no debe de ser sin causa.

Con esta joya me envía.  
Así todos me olvidaran.

Memoria quiero y no joyas.  
Desa manera se llaman.

El que regala, se acuerda;  
el que olvida no regala.

¿No ver ni hablar es regalo?

Como a mí me regalaran,  
más que nunca me quisieran.

Pedir al galán la dama  
algo de su gusto es cosa  
que obliga a servirla y darla.

Sí; que una dama, a un galán  
que truchas le presentaba,  
le pidió un trucho una vez  
diciendo que le cansaban  
las truchas hembras; y el triste  
anduvo cuatro semanas  
buscando un trucho varón.

¿Y hallóle?

Dos trujo en agua,



— ¡Dijo que las guardasen,  
porque después en la casa  
el macho conocería  
siendo la trucha premiada.  
Pero, que me quites dar  
y contárete la causa  
del desdicho del Marqués.  
ANTONIA. Una cadena mañana.  
ESTEBAN. ¿Mañana?  
ANTONIA. ¿Pues es muy tarde?  
ESTEBAN. No, Antonia, mas puen aguardas  
a mañana, yo también  
quiero aguardar a mañana.

(Pase.)

ANTONIA. ¿Lindo bellacón te has hecho?  
INES. Inés!  
(Sale INÉS.)  
INES. ¿Que me mandas?  
ANTONIA. ¿Vine Juana?  
INES. Ya ha venido.  
ANTONIA. ¿Que hay de mis sucesos, Juana?

(Sale JUANA.)

JUANA. Muchas nuevas.  
ANTONIA. ¿Como así?  
JUANA. Halle aquel hombre en la sala,  
dó el papel, tomó el papel,  
y a las primeras palabras  
cruzó la cara a las letras.  
ANTONIA. ¿Como? ¿A las letras la cara?  
JUANA. Raigósele en mil pedazos,  
y diciendo: "Si vuestra ama  
portia, íronse a la guerra,  
que favor y merced tanta  
como me hace el Marqués,  
con traición, no se pagan.  
Hoy me ha dado mil enredo  
y un establo, que enviarán  
los del sol a mi ser de oro,  
que vale a peso de plata."  
Con esto me despedí  
pero diciéndole: ¡ayuda!  
— "Cuando los hombres no quieren  
notables afecciones hablar."

ANTONIA. No te estanché más.  
JUANA. ¿Epopeya?  
ANTONIA. No quiero escucharte nada  
que no estés ya libertada,  
como como sangre en el agua.

(Pase.)

JUANA. ¿Que dice de aque-to Inés?  
INES. ¿Que quiere que diga Juana?  
JUANA. Dichoso es este don Diego.  
Todas le quieren.  
INES. Bien basta  
por ejemplo, doña Antonia.  
JUANA. ¡Ay, quien de ti se hará!  
INES. ¿Tienes tú, Juana, también  
tu poco de amor?  
JUANA. Estaba  
segura, y diéronme celo.  
INES. ¿Que mala pedrada!  
JUANA. ¡Mala!

Yo tengo Inés de mi ojo,  
dos vestidos en el arco,  
y quiero que los saquemos,  
porque me dicen que bajan  
estas tardes a la Vega  
muchos galanes y damas.  
Allí quiero ver mis celos,  
y tú sabrás quien lo causa.  
Sabras tú mi pensamiento  
y yo sabré quien me mata.  
Pero esto, con gran secreto.  
INES. En razón de secretaria  
noy dinero de amorero,  
una noche bosque y montaña,  
hay polbre humide que ablate  
a donde señores hablan.  
Soy libro que no se vende,  
que es la cosa que mas calla,  
y, para decirlo en breve,  
soy necesidad horrala.  
JUANA. Pues tomaremos dos maneras  
con ricas ropas y sayas,  
que quiero ver los secretos,  
si el que dice mi acompaña.  
INES. ¡Esta segira de mí!  
JUANA. Quiero ver si un hombre habla  
con una mujer que tiene  
INES. ¿Y luego?  
JUANA. Sacarle el alma.

## ACTO TERCERO

(Salen INÉS y JUANA, sin música.)

INES.

Está en la Vega de Toledo, Juana,  
con doña Juana, tanta bien, bastante.

No acabo de mirarte y de admirarte.  
¡Qué lindo talle y qué persona tienes!

JUANA.

Cuando me muero yo, ¿de burlas vienes?  
¡Ay, Inés; esto hacen galas y oro!  
No hay cosa que les dé mayor decoro  
que vestir ricamente a las mujeres.  
Cuando estas graves y damazas vieres,  
atribuye a las galas la hermosura.

INÉS.

Si ellas no tienen la primer ventura,  
que es el nacer hermosas, no lo creas.  
por más diamantes que en sus cuellos veas.  
¿Es posible que tú villana fuiste?

JUANA.

Tú misma agora, Inés, te respondiste.  
Pues ¿yo te he parecido gran señora  
con las galas, naciendo labradora?

INÉS.

Mi ama es ésta, cúbrete.

JUANA.

No acierto;  
que es de mis celos la ocasión advierto.

(Sale Doña ANTONIA y una CRIADA.)

ANTONIA.

Aquí quiero sentarme; que esta tarde  
hace la Vega su vistoso alarde  
de la hermosura y galas de Toledo.

JUANA.

Inés, que nos conozcan tengo miedo.

INÉS.

Pues no lo tengas, porque estás de suerte  
que yo me admiro cuando llego a verte.

CRIADA.

Bellas damas. Parecen forasteras.

ANTONIA.

¡Ah, señoras hermosas!

INÉS.

¿Qué te alteras?

ANTONIA.

¿Quiérennos dar de tanto sol un rayo?

JUANA.

Vuesa merced lo pida al mes de mayo.

ANTONIA.

¿Son de Toledo?

JUANA.

¿Para qué le importa?

ANTONIA.

¡Qué bravos filos! ¡Bravamente corta!

JUANA.

Pues advierta que somos sevillanas.

ANTONIA.

Quite dos letras, y serán villanas.

JUANA.

¿Si nos ha conocido?

INÉS.

Calla, necia.

JUANA.

Y ella, que tanto del valor se precia,  
enséñenos la cara, por su vida,  
porque viene muy larga y mal prendida.

ANTONIA.

Esa culpa será de las criadas.

JUANA.

¿Criadas tiene?

ANTONIA.

Muchas; tan honradas  
que pueden ser sus amas.

JUANA.

No lo crea,  
y mire ese galán que la pasea.

(Sale DON DIEGO.)

DIEGO.

Al campo saco las tristezas mías  
por ver si las venciese en desafío.

JUANA.

Inés, éste es aquel ingrato mío.

INÉS.

¿Luego don Diego fué quien te dió celos?

ANTONIA

¡Ah, don Diego, llegad!

DIEGO.

Inmensa dicha

Ven en la Vega?

JUANA

¿Que mayor desdicha?

INES.

Pues ¿tu de mi señora estás celosa?

JUANA

Dí en esta necesidad.

ANTONIA

Menos dichosa  
me prometí la tarde, pues os veo,  
no tengo qué pedir a mi deseo,  
aunque correspondéis ingratamente

DIEGO.

¿Cómo queréis que sin temor intente  
serviros si el Marqués os quiere tanto?

JUANA

Estoy Ines por desculari el manto  
y hacer un levatino.

INES.

Impera un poco

JUANA

No hay, don Ines, al el amor es loco.

*(Entre el Marqués y Esteban.)*

MARQUÉS. En aquí don Diego?

ESTEBAN. El es.

y me está muy obligado.

INES. Juana, el Marqués ha llegado.

JUANA. ¿Que habemos de hacer, Ines?

INES. Qué sé yo, vete si que quieres por mamá y con Ines.

MARQUÉS. ¿Qué habéis con don Diego?

ESTEBAN. Me va por dos mujeres.

¡Mujeres, don Ines!

ANTONIA. Venid, don Diego, hasta el río, por que os voy a desahogar.

¡Vá que es la Vega, tal!

DIEGO. ¿Qué os voy a contar con un punto de los de Marqués?

ANTONIA. Por hay un tal don Ines que me habló mucho a través.

ni es el reñir excusado  
Si es desafío español,  
¿quién ha de partir el sol  
si llevo el sol en el lado?

*(Para los dos.)*

MARQUÉS.

Dé vuesa merced lugar  
señora tapada, a ver  
si tan bizarra mujer  
tiene más con qué matar  
que con tal donaire y brio

JUANA

¡Esto es bueno para mí  
llevándome el alma allí  
aquel enemigo mío

ESTEBAN.

Suplico a vuesa merced  
se quite la sobrevaina  
y no dé heridas con vaina

INES.

Alla, paye, entretened

con mujeres enfadadas

vuestra cansada persona

ESTEBAN.

Y no puede ser fregona  
alguna de las tapadas?

MARQUÉS.

Merecen no por quien soy  
sino sólo en corteza,  
ver amanecer el día

JUANA.

Con tanta de gracia estoy  
que no puedo responderos

MARQUÉS.

La querrel habéis perdido?

Decid que os ha sucedido.

Si os dan punto, valeros.

Si os dan punto, valeros.

JUANA.

Puede haberse muerto  
de desamor.

*(Entre los dos.)*

MARQUÉS.

¡Quemad!  
no puedo que habéis de ser  
para todos.

JUANA.

¡Vá que es gente!  
¿Tardará Ines?

MARQUÉS.

Y por Ines.

JUANA.

¿Que os voy a contar con  
un punto de los de Marqués?

MARQUÉS.

Yo a malis intentos.

JUANA.

Muy mal.

que os voy a contar con un punto

de los de Marqués.

antes de levatino.

por que os voy a contar con un punto

de los de Marqués.

MARQUÉS.

Muy mal, ¿cómo está?

¿Del malis intentos?

JUANA.

Y por Ines.

y tan desiguales son,  
que son señora y criada.

MARQUÉS. Por Dios, que estáis engañada.

JUANA. Pero tenéis condición  
de señor, que harto y cansado  
de la perdiz, apetece  
la vaca; y así parece  
que os da doña Antonia enfado,  
y Juana os regala el gusto.

MARQUÉS. ¡Vive Dios que he de saber  
quién eres!

JUANA. Una mujer.

ESTEBAN. Hacerme fuerza no es justo.

INÉS. Oye, señora tapada,  
menos desdenes.

INÉS. Ataje  
la manopla, señor paje,  
o habrá cox y bofetada.

ESTEBAN. Eres haca, que no creo  
que eres mujer; pero advierte  
que soy paje de alta suerte,  
y que en señoras me empleo.

No tuve sarna en mi vida,  
ni he tomado punto a media.

INÉS. Bien la condición remedia;  
que desde Adán procedida  
tienen sarna original.

ESTEBAN. ¡Vive Dios que te he de ver!

INÉS. Mire que hay una mujer  
que no le ha querido mal,  
y no quiero que me arañe.

ESTEBAN. ¿Qué importa, si la aborrezco?

(Descúbrese INÉS.)

INÉS. Pues yo soy, y quien merezco,  
perro, que tu amor me engañe.

ESTEBAN. ¡Vive el cielo, que es Inés!  
¿Hay tal cosa? ¡Tente, para!

INÉS. No pienso dejarte cara.

MARQUÉS. ¿Qué es eso, Esteban? ¿Quién es?

ESTEBAN. Inés, señor, disfrazada.

MARQUÉS. ¿Y tú, quién eres, mujer?

JUANA. Si Inés se ha dejado ver,  
¿de qué sirve estar tapada?

Juana soy. Cáteme aquí.

MARQUÉS. ¿Qué dices? ¿Hay cosa igual?  
¡Ay, donaire celestial,  
a matar sales aquí!  
¿Tú eres labradora?

JUANA. Pues

anda acá, Inés, no nos riñan.

MARQUÉS. ¿Desta manera se alían  
villanas?

JUANA. Anda acá, Inés.

MARQUÉS. Espera: en mi coche irás.

JUANA. ¿Qué coche, ni qué cochino?  
¿Queréis torcer el camino,  
ya me entendéis lo demás,  
y zamparme en vuestra casa?

INÉS. Vamos, Juana.

JUANA. Inés, camina.

(Vanse JUANA e INÉS.)

MARQUÉS. Labradora peregrina,  
si tosco sayal me abrasa.  
¿qué sirven almas de seda?  
¿Has visto, Esteban, mujer  
más bella?

ESTEBAN. No puede ser  
que ser más hermosa pueda.

MARQUÉS. ¿Hay tan notable invención  
de enamorar y matar?

ESTEBAN. ¡Que no puedas conquistar  
su villana condición!

MARQUÉS. Si enamorarme pretende  
desta suerte, ¿qué he de hacer?  
Algo hay en esta mujer  
que se mira y no se entiende.

(Vanse. Salen ANTONIA y DON DIEGO.)

ANTONIA. Del haberme acompañado  
estoy muy agradecida  
de mi esperanza perdida,  
por el engaño pasado.

DIEGO. No hay amor desengañado  
que quiera más, si no alcanza  
a entretener la esperanza.  
con que me obliga a creer  
que no hay distancia en mujer  
del amor a la mudanza.

Pues para no ser ingrato  
a la merced que me hacéis,  
pedid licencia al Marqués,  
y veréis que no dilato  
el casarme, siendo ingrato  
al favor que me otorgáis;  
que si licencia alcanzáis,  
al mismo punto veréis  
que la posesión tenéis,  
sin que esperanza tengáis.

(Vase.)

ANTONIA. Perdida esperanza mía,  
¡albricias, que ya os hallé!

(Sale Juana.)

JUANA Cuando don Diego se fue,  
¿queda con tanta alegría?  
¿Que habéis tratado los dos?  
ANTONIA. ¡Ay, Juana! Mi casamiento.  
JUANA Muy justo fue tu contento,  
yo se lo pediré a Dios.  
ANTONIA Yo te prometo casar  
con un oficial huirado.  
JUANA En fin, ¿queda concertado?  
ANTONIA No falta más de tratar  
mi dicha con el Marqués,  
yo le voy a hablar, que es justo  
que esto sea con su gusto,  
lo demás abráis después.

(Pase.)

JUANA Aquí se acabó mi vida,  
aquí dió fin mi tragedia,  
aquí, en sombra mi esperanza,  
con triste luto y sangrienta,  
dió fin al acto postrero:  
no hay que aguardar, pues ya que  
todí abrasado el teatro, [da  
y la campaña desierta.  
Aquí fue Troya, aquí mi suerte ordena  
que tenga vida yo para más pena.

¡Oh, cuántas veces, amor,  
te dije yo que tuvieras  
más respeto a la razón!  
Mas tú, ¿que razón respetas?  
¿Quen diera que don Juan  
pagar ingrato pudiera  
tan grandes obligaciones,  
tanto amor, tantas finezas?  
¡Ah, nunca yo te amara ni te viera  
alma de mármol, corazón de piedra!

¡Qué habéiscos de hacer! Morir  
y no aguardar a que veáis  
mis ojos lo que va sabiendo,  
pues con mi muerte autoriza  
Volverme a la patria!  
No, que hay venganza en ella  
de quien trató con desprecio  
por amor quien me desprecia.  
¡Ah, cielo! ¿Quién podrá tener paciencia?  
Que en infinito amor no hay remisión.

(Hay trueno.)

ISRA.

De qué día viene, Juana?

JUANA

De desdichas. Inés, adiós te queda,  
que puesto que villana  
cubre tocho sayal alma de seda.  
Yo voy por mis vestidos  
por licha, los que ves fueron singidos.

ISRA.

Adónde vas? Detente.

JUANA

Por la puente de Alcántara a esas peñas  
desesperadamente.

ISRA.

Tu tristeza conozco por las señas.  
Mas que pareces, eres.

JUANA

¡Ay hombres, deshonor de las mujeres!  
¡Pues, ¿cuál no tuera buena,  
si no nos encantaran el oído!

ISRA.

Dime, por Dios, tu pena.

JUANA

No quieras más de que mi historia ha sido  
continua Habelonia.  
Don Diego se ha casado con Antonia.

ISRA.

Cuando?

JUANA

Allá en el río  
dehieron de tratarle algunas tarde.  
Viene, viene, no fin  
de mis ojos paciencia tan robarda.  
¿Qué aguardo? ¡Fuego, fuego!  
Antonia se ha casado con don Diego.

(Pase.)

ISRA.

Pase desesperada.

(Sale Antonia.)

ANTONIA.

¿Qué es esto? Dime, Inés.

ISRA.

Agora eres

que la villana horrada  
vienes repa, fin de mi historia.

ANTONIA.

¿Cómo celosa?

INÉS.

Juana

está sin seso desde ayer mañana.

Sin duda no es grosera,  
con el traje que trae de labradora;  
que tener no pudiera  
tales vestidos, a no ser señora,  
de que iba ayer cargada  
y anduvo por la Vega disfrazada.

Celos son de don Diego,  
porque hoy en la Vega le has hablado.

ANTONIA.

Agora sí que llego  
a creer el respeto mal guardado;  
mil sospechas tenía:  
tal vez me hablaba bien, y tal fingía.

¡Que no la detuvieras!

INÉS.

Agora sale: síganla, ¿qué esperas?

ANTONIA.

¿Qué haré?

INÉS.

Que consideres...

ANTONIA.

¡Qué cobardes nacimos las mujeres!  
¿Si se va con don Diego?

INÉS.

¿Pues eso dudas?

ANTONIA.

Siempre amor es ciego.

Sólo para engañarme  
trató del casamiento: todo ha sido,  
con palabras, burlarme.

(Sale DON FERNANDO.)

FERNANDO.

¿Qué es esto, doña Antonia?

ANTONIA.

Que se ha ido

la infame labradora,  
y mis vestidos se ha llevado agora.

FERNANDO.

¿Juana con malas manos,  
teniéndolas tan buenas?

INÉS.

¡Linda flema!

FERNANDO.

Pensamientos villanos;  
que diera yo, para vencer su tema,  
más joyas que ha llevado,  
sólo porque escuchase mi cuidado.

Pienso que solamente  
pudiera ser bastante esta bajeza  
para que el fuego ardiente  
que ha encendido en mi pecho su belleza  
sus rigores templara.

¿Tan malas manos con tan linda cara?

ANTONIA.

Mientras que das al viento  
exclamaciones vanas y amorosas,  
seguirla quiero.

FERNANDO.

Intento

que se ajuste a mis penas, tan forzosas,  
que pienso que la lleva  
un falso amigo que no sale a prueba.

ANTONIA.

Yo quiero acompañarte.

INÉS.

Sin duda que los dos pasan la puente.

ANTONIA.

Daré a mi padre parte.

FERNANDO.

De ninguna manera. Brevemente  
saquen el coche, hermana.

ANTONIA.

¡Ay, ingrato don Diego!

FERNANDO.

¡Ay, bella Juana!

(Vanse. Salen el MARQUÉS, DON DIEGO, ESTEBAN y los MÚSICOS.)

MARQUÉS. Llegue la barca a la orilla.

DIEGO. Ya va llegando la barca.

MARQUÉS. A la isla pasar quiero,  
que el Tajo aprisiona en plata.  
¿Los músicos?

DIEGO.

Ya han venido.





Y porque vuelve la barca  
por don Pedro y no ha venido,  
dadme licencia que vaya  
a ver estos desposorios.

ANTONIA. No se harán, si la villana  
no me vuelve mis vestidos.

ESTEBAN. Entrad, si queréis hallarla.

ANTONIA. ¿Quieres, Fernando?

FERNANDO. ¿Pues no?

Acosta; que de una falsa  
amistad tengo una queja,  
y pienso así averiguarla.

ESTEBAN. Entren, y verán la isla  
mejor del Tajo, y a Juana,  
que, pudiendo por la puente,  
quiso pasar por el agua.

(*Vase. Salen DON DIEGO y el MARQUÉS.*)

MARQUÉS.

¿No desembarca Juana?

¿Cómo ha venido con tan gran tristeza?

DIEGO.

Volvió nieve la grana  
que esmalta de su rostro la belleza,  
luego que tus amores  
turbaron, con el miedo, sus colores.

MARQUÉS.

¿Pues de qué tiene miedo?

DIEGO.

De haberse puesto en tal peligro.

MARQUÉS.

¿Y fuera

más justo que en Toledo,  
de la manera que la vi, sirviera?  
¿No ha sido más dichosa?

DIEGO.

Está. de verse indigna, temerosa.

MARQUÉS.

Mira, don Diego: el día  
que un hombre a una mujer le dice amores,  
cesó la cortesía  
y el respeto debido a los señores,  
porque sujeto queda  
a que tratarle mal, si quiere, pueda.  
Juana será estimada  
de ti y de mí, y de todos mis criados

servida y regalada;  
la primavera destes verdes prados.  
de flores guarnecidos,  
envidiarán la tela a sus vestidos.

Sus joyas serán tales  
que se conozca en ellas mi deseo;  
no ha de traer corales  
más que en su rostro.

DIEGO.

De tan alto empleo,  
¿qué menos su belleza  
pudo esperar, señor, de tu grandeza?

MARQUÉS.

Entretén esa gente,  
mientras que voy, don Diego, a persuadilla:  
que ver cuán tristemente  
sale del barco a la arenosa orilla,  
vergonzosa y cobarde,  
muestra que se arrepiente; mas ya es tarde.

(*Vase.*)

DIEGO.

Desdichas que habéis llegado  
a tal extremo conmigo,  
que vengo hasta ser testigo  
de mi deshonra, forzado.  
¿A cuál hombre en tal estado  
habéis puesto, como a mí,  
pues pudiendo hablar aquí,  
por el honor que me toca,  
me cierra él mismo la boca,  
ingrata Isabel, por ti?

Si agora al Marqués hablara  
y quién era le dijera,  
claro está que quien es fuera  
y su nobleza mostrara.  
Claro está que la dejara;  
pero si yo la advertí,  
cuando en la puente la vi,  
y ella, a mi pesar, entró,  
bien sabe que le estimó  
y que me aborrece a mí.

Cuando, por que me entendieses,  
desentendida tirana,  
dije: ¡*Por la puente, Juana!*,  
para que el peligro vieses,  
¿era honor tuyo que fueses  
por el agua a darme enojos?  
Fuertes fueron tus antojos;  
que los hombres advertidos  
pueden disculpar oídos,

bien no lo que yo me he visto.

Perfundo es el juicio, en  
no de verme despreciado  
ni de llegar a estado  
que dije de ser nunca hoy.  
¿Cómo tal queja no doy  
de tanto agravio a los cielos?  
¿Que buen pago a los desvelos  
hasta cerrar los labios?  
Mas bien es que sufrí agravio  
quien tanto gozaba en ellos.  
¿Ya le tozara las manos?  
¿Ya le miras amores tiernos?  
¿Que de maneras de inferno  
que de agravios inhumanos?  
¿Cuándo inventaron tiranos  
tormentos de más rigores  
que ver que tu le enamores  
y el te diga amores ya?  
¿Amores dije? ¡Ojala  
que tuera decirla amores!

Pensamientos nie han venido  
de echarme, de esperar lo  
Tajo, en ese espejo helado  
de abrasado y de corrido  
Defiendo, agravio, el sentido  
que como amor es tuerza  
no sabe tener valor.  
Advierte que un hombre honrado,  
después de estar agraviado  
no es justo que tenga amor.

(Sale Don Fernando, Antonia y Esteban.)

ESTEBAN. Aquí está vdo. don Diego.

ANTONIA. ¿Fue solo en esta ocasión?

ESTEBAN. Que le habéis con discreción  
y no con enojo, os ruego,  
que estará cerca el Marques.

FERNANDO. Don Diego? ¿que soledad  
es esta?

DIEGO. ¿En la amistad  
para tales tiempos es,  
dejado a un hombre afligido  
en lugar de acompañarlo  
que fui y torca de costumbre  
de una mujer olvidada?

FERNANDO. ¿Mujer? ¿Agu no me traes  
el nombre de quien decís?

DIEGO. Pues no me acordé, vna  
no sé agraviar los dios?

¿Cuándo me acordé de  
que viera facciones de un villano  
que al mundo se le llaman?

me obliga a tratarla así.

ESTEBAN. Bien será que en mi vea  
supuesto que es el Marques  
que tiempo tendrá de que  
doña Antonia, si desea  
vengar sus celos.

ANTONIA. Aquí  
hay ardores más depe.

DIEGO. Pronto veréis mi honor  
que agravio pesa que he

(Quedan y salen Margueta y Juana.)

JUANA. No tiene el mundo poder  
Advierta vuesañoría  
que es injusta su porfía  
¿No eres mujer?

MARGUETA. Soy mujer.

MARGUETA. Eres labradora?

JUANA. No.

MARGUETA. Pues quién?

JUANA. No quiero decirlo.

MARGUETA. Pues ¿qué intentas?

JUANA. Encubrílo.

MARGUETA. Hasta cuando?

JUANA. ¿Qué se yo?

MARGUETA. Sabes dónde está?

JUANA. Muy bien.

MARGUETA. Quién te ha de valer?

JUANA. Mi honor.

MARGUETA. En necesidad.

JUANA. Es valer.

MARGUETA. Soy quien soy.

JUANA. Y yo también.

MARGUETA. Amor me obliga.

JUANA. Y a mí.

MARGUETA. De quien?

JUANA. De quien me habló.

MARGUETA. En hombre rabioso?

JUANA. No.

MARGUETA. ¿Pues es caballero?

JUANA. Sí.

MARGUETA. Tiene estilidad?

JUANA. Y mucha.

MARGUETA. Es así igual?

JUANA. No es vuestro igual.

MARGUETA. ¿Es principal?

JUANA. Principal.

MARGUETA. ¿Dónde está?

JUANA. Dónde.

Señor Marques de Villena,  
destituido conde  
de Girona y Padriana,  
casado con doña Antonia.

escribe en papel la fama,  
que no hay tiempo que las borra;  
que son diamantes las letras,  
y bronce eterno las hojas:  
yo soy de León de España,  
que justamente se honra  
de aquellos primeros reyes  
que de la nobleza goda  
quedaron para castigo  
de los bárbaros, que agora  
sólo viven por reliquias  
de las pasadas historias (1).  
Neutrales están mis deudos:  
que quiera a don Juan me estorban.  
Había llegado el mes  
que prados y campos borda:  
aquéllos visten de nieve,  
éstos de flores y rosas;  
bajaban los arroyuelos  
a guarnecer con las olas  
de pasamanos de plata  
las márgenes arenosas.  
Yo, con ocasión injusta  
de enfermedades que toman  
más la ocasión que el acero,  
tal vez voluntades mozas,  
a hablar a don Juan salía  
para excusar mi deshonra,  
que quiere amor que el deseo  
a la razón se anteponga.  
Supo don Sancho estos días (2),  
y una mañana lluviosa,  
que para que no saliera  
parece que el alba llora,  
llegó más presto; ¡ay de mí!,  
que aún me matan sus congojas;  
que celos madrugan mucho,  
porque duermen pocas horas.  
Salió de unos verdes ramos,  
y asiéndome de la ropa,  
que no del alma, a escucharle  
mis pies turbados reporta:  
oigo amorosas razones,  
si puede ser que las oiga  
quien mirando a quien le habla  
está pensando otra cosa;  
pero cuando, ya atrevido,  
más intenta que razona,  
puse mi rostro en defensa

con palabras afrentosas;  
que los hombres atrevidos,  
cuando a su gusto se arrojan,  
para entrar a sus deseos  
tienen por puerta la boca.  
En este tiempo, don Juan  
con espacio libre asona;  
que quien anda de ganancia,  
no le despiertan congojas.  
Luego que mira el suceso,  
como es razón, se alborota:  
pierden el color entrambos;  
yo entonces, el alma toda.  
Así toros de Jarama  
alzan las frentes celosas,  
vierten por la boca espuma,  
fuego por los ojos brotan:  
así en el arena escarban,  
brío enamorado cobran  
y los llama al desafío  
la palestra polvorosa,  
como sacan las espadas  
don Juan y don Sancho, y doblan  
las capas, que al brazo envuelven:  
mi presencia los provoca.  
El estar favorecido,  
que pienso que en esto importa,  
dió más ventura a don Juan,  
que olvidados tienen poca.  
Ibale mal a don Sancho:  
yo, como algunas personas  
que están viendo a los que juegan,  
que del uno se aficianan,  
deseaba que ganase  
don Juan, esperando, ¡ay loca!,  
más desdichas de barato  
que estos olmos tienen hojas.  
Cayó don Sancho, y don Juan  
luego la mano me toma  
y a un pueblo suyo me lleva.  
No hay secreto que se esconda:  
huye a la justicia un día.  
sigole yo, triste y sola,  
luego con un escudero,  
que en Olías me despoja  
de joyas y de consuelos,  
y con engaños me roba;  
mudo el traje, y en Toledo  
sirvo humilde labradora,  
donde me veis y decís  
que mi talle os aficiona:  
decís que me hable don Diego,  
a quien doña Antonia adora,

(1) Faltan versos que completén el sentido de este pasaje.

(2) No se dice quién es este Don Sancho; constaría en el pasaje omitido antes.

en la fama y bellera  
que sea hermosa mi ventura  
que don Diego es don Juan  
que sea nombre y apellido  
por error y por ventura  
como el peligro de exordio  
de cosas desatinadas.  
Para vergüenza y en tomo  
entre yo la fama, esta tanto  
confusa polverosa,  
por tanto en la nobleza  
de nuestra persona hermosa  
que sea la de la ventura  
de un matrimonio honesto,  
como acaudillados a cabalar,  
como quien es honra y gloria  
de Villana y de Guezo,  
de vir, ni vira y ni honra,  
por tanto, por tener,  
por grande por humilde solara  
para mi mujer y mi vir  
que es la cometa tu historia.

MARQUÉS

Cuando me fueras traer  
de tu historia nobleza,  
por el talle y la bellera,  
no hayer debes tener  
yo es fe de favorecer,  
que es fecho y es cosa clara  
el valor por tan liviano  
como en mi noble opinión  
como tanto afellan  
a una y a una villana.

Pero al alma me desva,  
que si la viera al eteo  
que halla mayor consuelo  
desde la oscura vira.  
Tendría que decir que  
a don Juan y a don Juan  
gracia.

JUANA

MARQUÉS

Empare desatadas  
¡Hola, Pío!

(En el Corral)

BAYRAN

MARQUÉS

Aquí estoy,  
¡Hola a don Diego!

(Como don Juan)

DIEGO

¡Hola a don Juan!

MARGARITA

¡Hola a don Juan!

LUCAS

¡Hola a don Juan!

DIEGO

¡Hola a don Juan!

MARGARITA

¡Hola a don Juan!

DIEGO

¡Hola a don Juan!

MARGARITA

¡Hola a don Juan!

(Como don Juan)

FERNANDO

¡Hola a don Juan!

ANTONIA

¡Hola a don Juan!

MARGARITA

¡Hola a don Juan!

JUANA

¡Hola a don Juan!

DIEGO

¡Hola a don Juan!

(Como don Juan)

(Como don Juan)

# PORFIANDO VENCE AMOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El REY DE HUNGRÍA.  
ALEJANDRO.  
CARLOS.  
ARMINDO.

FABIO.  
OTAVIO.  
FELINO, *labrador*.  
ALBANO.

LUCINDA.  
LEONARDA.  
CELIA.  
INÉS.

## JORNADA PRIMERA

(Sale ALEJANDRO, LEONARDA y ARMINDO.)

ALEJ. Pensaba yo que el amor  
en méritos consistía.  
LEONARDA. Pensó bien vueseñoría,  
si tuviera vista amor.  
ALEJ. Decís bien, pues le habéis pues- [to  
en quien no le mereció.  
LEONARDA. Basta que le tenga yo  
para saber que es honesto.  
ALEJ. Querer a Carlos os culpa,  
aunque viva amor sin ley.  
LEONARDA. Basta que le quiera el Rey  
para que tenga disculpa.  
ALEJ. El Rey le quiere, engañado  
de lisonjas y de estrellas.  
LEONARDA. Con lo mismo pueden ellas  
haber mi amor obligado.  
ALEJ. ¿Qué ciencia vuestro conceto  
de sus partes pudo hacer?  
LEONARDA. Todas las que puede haber  
en un amable sujeto.  
ALEJ. ¿Tiene Carlos parte alguna  
más que fortuna y prianza?  
LEONARDA. Quien por méritos la alcanza,  
poco debe a su fortuna.  
ALEJ. De tantos que os estimaban  
hacéis injusta elección.  
LEONARDA. Cuando no fuera razón,  
mis pretensiones bastaban.  
ALEJ. ¿De suerte que está fundado

este amor en interés?  
LEONARDA. Comenzó; pero después  
sus partes le han aumentado.  
ALEJ. Si vos me queréis, también  
podré yo favoreceros.  
LEONARDA. ¿Cómo puedo yo quereros,  
queriendo y diciendo a quién?  
ALEJ. Si la mudanza es mejor,  
¿cómo puede ser culpable?  
LEONARDA. ¿Y qué mujer, si es mudable,  
merece en el mundo honor?  
Y porque tengo temor  
de que hablar con vos me vea,  
me voy; que no es bien que crea  
que le doy celos con vos.  
Dios os guarde.

ALEJ. Guárdeos Dios.  
LEONARDA. Para que de Carlos sea.

(Fase LEONARDA.)

ARMINDO. ¿Agora estarás contento,  
que Leonarda te ha escuchado?  
ALEJ. Nunca más desesperado  
se ha visto mi pensamiento.  
Propuse a Carlos, pensando  
que negara su afición,  
su estado, honor y opinión,  
y su respeto mirando,  
y díjome, sin vestir  
su jazmín sólo un clavel,  
que tenía puesta en él  
la esperanza de vivir,





¿Qué responde amor?

CARLOS. *Replica*

que, para daros respuesta,  
pide el término de un día,  
y que Fabio os llevará,  
que es persona fidedigna,  
decretado el memorial.

LUCINDA. Yo me voy, agradecida  
a la esperanza, que ya  
cuanto pretendo confirma.

FABIO. ¿Y ella trae algún despacho?

INÉS. No soy de las que anticipan  
la voluntad a los hombres;  
miro después que me miran,  
hablo después que me hablan,  
quiero después de querida;  
que no soy como mi ama,  
que de la primera vista  
de Carlos anda en los aires.

*(Vanse LUCINDA y INÉS.)*

FABIO. ¡Notable bellaquería  
tienes escrita en los ojos!  
CARLOS. Fabio.

FABIO. Señor.

CARLOS. ¿En mi vida  
vi más gracioso donaire!  
El memorial contenía  
que le pagase el amor  
que dese río en la orilla  
la debo desde una tarde  
que con otras damas iba  
y las traje a la ciudad.

FABIO. Es altamente nacida  
esta señora.

CARLOS. ¿Qué importa,  
si por esa razón misma  
no merece que la engañe,  
porque imposible sería  
querer, queriendo a Leonarda?

FABIO. Leonarda, señor, es digna  
de tu amor; pero los hombres  
no son doncellas que libran  
su honor a sus casamientos,  
y, como pollas, se crían  
para solamente un gallo.  
Del hombre la bizarria  
es ser galán para todas,  
a la linda, porque es linda;  
a la sabia, porque es sabia;  
a la limpia, porque es limpia;  
todas merecen amor,

que una sola es bobería,  
como no pasen, se entiende,  
desde treinta y siete arriba.

*(Sale el REY.)*

REY.

Carlos.

CARLOS.

Rey invictísimo.

REY.

No tengo  
otro mayor descanso en mis cuidados,  
cuando contigo a conferirlos vengo,  
que verlos, si no en todo remediados,  
en parte, de su pena remitidos  
y a mejor esperanza levantados.

CARLOS.

Siempre están mis deseos prevenidos  
a tu servicio, como dueño solo  
del alma, que gobierna mis sentidos.

Unico rey, como en el cielo Apolo,  
das luz a todo el orbe de mi vida.  
Su movimiento es tu dorado polo.

REY.

La guerra, a los confines reducida  
de Hungría, por el conde mi cuñado,  
primero ejecutada que temida,  
siendo ambición de dilatar su estado,  
pide tan grave y breve resistencia,  
que quede arrepentido y castigado.  
¿Quién te parece a ti que con prudencia  
gobernará el bastón desta jornada?

CARLOS.

Señor, aunque es tan alta preeminencia,  
fielde a mi juicio y a mi espada,  
que amor me enseñará lo que hacer debo,  
pues quien sirve con él no yerra en nada.

REY.

No es tu valor a mi experiencia nuevo;  
mas no querrá mi amor sufrir tu ausencia,  
y aunque importara tanto, no me atrevo.

CARLOS.

Tanto favor, señor, me da licencia  
a pedirte humillado que permitas  
que vaya a hacer al conde resistencia.

REY

En vano la jornada solicitas,  
que no sientas mi ausencia me entristece.

CARLOS

Reconozco mercedes infinitas,  
pero el deseo de servir merece  
perdón; a amor es culpa.

REY

Dime, Carlos,  
¿quien de los caballeros te parece  
mejor para el bastón?

CARLOS

Puede envidiarlos  
el águila dorada en su defensa,  
y los mayores reyes estimarlos;  
mas cuanto a mí sin que reciba ofensa,  
el de mayor valor que tiene Hungría.

REY

Míralo bien.

CARLOS

Que es Alejandro piensa  
el de más experiencia y gallardía;  
es gran soldado el Duque generoso.

REY

La buena dicha capitanes cria.

CARLOS

A Alejandro merece ser diadema  
por sangre por virtud y por la espada.

REY

Castelo no fuera el poniente victorioso,  
No pudiera ya contradecirte en nada,  
pero tú era mejor el Conde Otavio?

CARLOS

Será mejor si a ti, señor, te agrada  
Otavio es valeroso, armado y galán.

REY

Don Alejandro, Carlos, ¿un pateres?

CARLOS

Reclutaba, señor, la gente agorera,  
para a mi doncella venir la prendera.

REY

Parto, y el Conde le dora el bastón.

CARLOS

Es justa cosa que del Conde espere  
lugar en esta empresa el pensamiento.

(Pase CARLOS y sale ALEJANDRO por la otra parte.)

ALEJ. Naladamente se esfuerza  
señor, la guerra del Conde.  
A su intencional corresponde  
la lealtad y la fuerza.

REY Al Conde Otavio le doy  
el cargo desta jornada.  
ALEJ. De su prudencia y su espada,  
señor, satisfecho estoy.

REY Carlos el bastón pedía,  
mas no se le concedi  
por no apartarle de mí  
(Carlos).

ALEJ. REY. Pues bien, ¿no podía  
Carlos llevar el bastón  
desta empresa?

ALEJ. (Quién pudiera  
hablar.)

REY. Pues ¿no metecorá  
Carlos en esta guerra  
lo que el más noble de Hungría?

ALEJ. Mi señor, como están  
concordados, por albrán  
descubiertos, según oír.

El vivir de soldados llevo  
los reves, como también,  
que toda la que no ven  
la ven con otros ajeno.

de aquí que no poder  
remediar lo por venir,  
porque ven por el air  
yenda lo que han de ver.

A Carlos había oído,  
y temíale tanto amor,  
que es imposible, señor,  
que viviera desengañado.

Pero porque también yo  
con la fealdad que he nacido,  
que no le amara, no pudo  
a míla guerra.

REY. ¿Tú que me  
dices, Carlos, la verdad, amor,  
que no hay en Carlos, valor?

ALEJ. Ya temíale en esta guerra  
mi algarabía, y así por  
a mi señor, Otavio.

REY. No se ha de quitar amor  
de la guerra, y más por mí.

ALEJ.

REY. hablar mal de los ausentes.  
Aun no son las suspensiones  
entre iguales cortesía;  
porque es matar con sangría  
ir suspendiendo razones.

Decid, pues, lo que pensáis  
de Carlos; pero advirtiendo  
que se ha de probar, sintiendo  
que en el honor le tocáis.

ALEJ. ¿Qué hay que deciros, señor?  
Carlos con el Conde os vende,  
y con el bastón pretende,  
no la ambición deste honor,  
sino entregalle la tierra,  
y el Conde le ha prometido  
su hija.

REY. Mucho el oído  
de un hombre como vos yerra  
en dar crédito a la envidia.  
Y no me habléis más en esto,  
que pienso que el alto puesto  
os desvanece y fastidia,  
en que veis a Carlos.

ALEJ. Yo  
no os lo pensaba decir,  
temiendo el veros sentir  
su agravio, que el vuestro no.

REY. Pues ¿cómo queréis que crea  
de Carlos tal deslealtad?

ALEJ. Como puede ser verdad.

REY. No es posible que lo sea.

ALEJ. ¿No están las historias llenas  
de traidores alevosos?

REY. También lo están de envidiosos  
de las privanzas ajenas.

ALEJ. A quien le engaña mil veces  
disculpa en su daño amor.

REY. Y creer luego, es error  
en los reyes y los jueces.

ALEJ. ¿Si una carta se cayó  
en una visita a Carlos  
del pecho, por sacar dél  
de cierta dama un retrato,  
que cuanto digo confirma,  
será verdad?

REY. En llegando  
a la prueba de los ojos,  
¿cómo puede haber engaño?

ALEJ. ¿Es ésta su firma?

(*Muéstrale una carta.*)

REY. Sí,  
ésta es su firma, Alejandro.

ALEJ. La letra, no; porque es cifra.  
Yo amaba a Carlos, y tanto  
como vos; pero de celos  
desta dama, y con cuidado  
de mi vida, saber quise  
de la cifra el desengaño.  
y hallé, señor, quien me dió  
este traslado; tan raros  
ingenios hay en los hombres.

(*Muéstrale otro papel.*)

REY. El viene. Las cartas guardo;  
que vos y yo las veremos  
con secreto y con espacio.

(*Salen CARLOS, el CONDE OTAVIO y FABIO.*)

CARLOS.

Aquí está el Conde Otavio,

REY.

Ya presumo  
que Carlos os ha dicho lo que os quiero.

OTAVIO.

Yo cuanto puedo responder resumo  
en que serviros con el alma espero.

REY.

El conde Vincislao, fundando en humo  
de su ambición y de su intento fiero  
las esperanzas desta injusta guerra,  
quejas da al cielo y rayos a la tierra.

Juntad la gente que en tan larga copia  
levaron la pasada primavera  
mis capitanes; que la empresa propia  
os llama alegre, y victorioso espera.

OTAVIO.

Aunque pareec a mi humildad impropia  
esta arrogancia, haré que la bandera  
de vuestras armas la celeste parte  
haga temblar adonde reina Marte.

De turcos dicen que se vale el conde  
vuestro cuñado, en el confín de Hungría;  
pero yo los haré volver adonde  
la Escitia helada el mismo fuego eniría.

REY.

Otavio, la promesa corresponde  
a vuestra generosa valentía.  
Venid los dos conmigo.

## FELICIANOS

(A los fiantes)

¡Venga por la moneda y ¡cambio a la plata!

(Para el Fante con Mercedes y Carlos)

FANTE. Si al fante de ahora el fante  
de ahora entienda, no habrá  
cosa que uno no pueda  
y la necesidad reglar.  
Pero el fante ahora  
de tanta fama se alienta.  
Puede con mucha

CARLOS. o el con amor se nega  
que parece que entienda  
si que a la moneda le vala.

Carlos, si así es, ¿por qué  
con tanto esfuerzo le alienta  
para el hombre es diverso  
que no ningún otro repuso.  
Hay que mucha vez para  
por la calle de Luján  
con duros risa me brinda.  
Llega a ver lo que me manda  
por una buena tierra y hasta  
no hay cambio que no rinda.

FANTE. Dilemos "¡Aquel tu seño-  
nal después ha mercaderes!"  
y entendiendo de cambio  
sálvese con machos de amor.  
Puede entonces el fante  
y digo: "Yo le traeré  
a ver". ¿Cómo dire  
que fante ahora le vala  
pero entendiendo a punto  
y con ello me queda.

Felicianos, ¡venga y cambio  
a plata y a plata punto!  
con ella punto le va a ver  
con punto a tener la parte  
de un fante que puede  
de fante cambio y con  
fante y con fante  
pero si con fante  
de fante le va a ver  
pero con la moneda vale.

Los puntos de fante  
de cambio de fante.  
Un punto, un punto de fante  
de fante de fante.  
Un punto de fante  
de cambio de fante.  
Un punto de fante  
de cambio de fante.

o la moneda se punto  
o fante punto de fante  
con los puntos de fante.  
Carlos, el punto de fante  
no le vale cambio de fante  
de fante de fante.  
Fante, ¿que fante es fante  
de fante, que fante  
que fante punto de fante.  
Carlos, pero si con punto  
de fante punto de fante.  
Fante, la moneda de fante  
no le vale cambio de fante.

Fante, la moneda de fante  
no le vale cambio de fante.  
Fante, la moneda de fante  
no le vale cambio de fante.

(Los fiantes)

ALBA. Carlos, el fante, no vale,  
no le vale punto de fante.  
No le vale punto de fante  
no le vale punto de fante.  
y fante de fante.

CARLOS. Fante, no vale punto de fante  
no le vale punto de fante.

ALBA. Si punto, ¿por qué no vale  
de fante de fante.

CARLOS. Punto, de fante de fante  
no le vale punto de fante.  
Vale punto punto de fante.  
no le vale punto de fante.

FANTE. Si fante punto de fante  
no vale punto de fante.  
que no fante punto de fante  
no vale punto de fante.

(Los fiantes)

CARLOS. Fante, no vale punto de fante  
no le vale punto de fante.  
Fante, no vale punto de fante  
no le vale punto de fante.

ALBA. Si punto, ¿por qué no vale  
de fante de fante.

CARLOS. Punto, de fante de fante  
no le vale punto de fante.  
Vale punto punto de fante.  
no le vale punto de fante.

FANTE. Si fante punto de fante  
no vale punto de fante.  
que no fante punto de fante  
no vale punto de fante.

ALBA. Si punto, ¿por qué no vale  
de fante de fante.

CARLOS. Punto, de fante de fante  
no le vale punto de fante.  
Vale punto punto de fante.  
no le vale punto de fante.

FANTE. Si fante punto de fante  
no vale punto de fante.  
que no fante punto de fante  
no vale punto de fante.

ALBA. Si punto, ¿por qué no vale  
de fante de fante.

CARLOS. Punto, de fante de fante  
no le vale punto de fante.  
Vale punto punto de fante.  
no le vale punto de fante.

Sólo el crédito me admira  
que ha dado su Majestad  
contra mi limpia verdad  
en favor de la mentira.

Decíde que mi inocencia  
saldrá a cumplir el destierro,  
aunque por ajeno yerro,  
con humildad y paciencia.  
Que la segura conciencia  
no puede temer castigo.  
Y a vos solamente os digo  
que me pesa cuanto puede,  
de que el Rey mi señor quede  
en poder de mi enemigo.

Que quien me ha puesto con él  
porque envidia le obligó  
desta suerte, pienso yo  
que no le será fiel.

¡Oh envidia, fiera cruel!  
¡Oh Rey, al sol semejante;  
que cuando con luz constante  
mayor claridad enseña,  
le cubre nube pequeña  
que se le ponga delante!

¡Qué firmeza tan extraña  
a mi privanza le dió!  
¡Qué día me amaneció!  
¡Qué noche me desengaña!  
Tal el sol las nubes baña  
en oro cuando amanece;  
tal al mediodía crece,  
y al declinar de la tarde  
llama la noche cobarde,  
que en su lugar aparece.

Duerme el pájaro escondido  
entre las hojas y ramas,  
cuando en desmayadas llamas  
parte el sol medio dormido.  
Llega el alcotán al nido,  
y arrojando al aire incierto  
el mal tejido concierto,  
las pajas de sangre baña.  
Esta es, envidia, tu hazaña,  
y yo, el pajarillo muerto.

ALEJ. Ve, Fabio, y con esta llave...  
No la deis, que hay más rigor:  
vuestra casa un senador  
visita. Es negocio grave  
que el Rey solamente sabe.  
Voy a tomar los papeles.  
Dios sabe que estos crueles  
términos...

CARLOS. No lo digáis;

que mi obediencia afrentáis.  
Y, pues los amigos fieles  
se conocen en la ausencia,  
hablad al Rey bien de mí.  
Harélo, Carlos, así,  
con justa correspondencia.  
Dadme los brazos.

ALEJ.

CARLOS.

Paciencia,  
y obedecer al poder.

(*Tase* ALEJANDRO.)

FABIO.

CARLOS.

¿Qué es lo que piensas hacer?  
Partirme, Fabio, a la aldea,  
luego que a Leonarda vea,  
a morir y a no la ver.

(*Salen* LEONARDA Y CELIA.)

LEONARDA.

Dicha he tenido en hallarte:  
que hoy tengo necesidad  
de hablar a su Majestad.

CARLOS.

Pues bien podré yo ayudarte.  
Hoy desterrado se parte  
Carlos, Leonarda, a una aldea.  
Desgraciada es bien que sea  
la verdad, porque es hermosa:  
que ser la envidia dichosa  
debe de ser porque es fea.

Que salga dentro de una hora  
me manda el Rey, de la corte.  
Tú, de mis desdichas norte,  
como de mi noche aurora,  
por cuanto el alma te adora,  
pues es forzoso partirme,  
vive en mis fortunas firme:  
que en tanto podrá durar  
la vida que has de animar  
cuanto gustes de escribirme.

LEONARDA.

Hasme dejado de suerte  
con la nueva que me has dado,  
que ya mi vida ha tocado  
los umbrales de la muerte.  
Vengo a hablar al Rey, y a verte,  
y hallo en todo tal mudanza,  
que de tu desconfianza  
y del pasado favor  
del Rey, a sólo mi amor  
viene huyendo la esperanza.

¡Oh, Carlos!; ¿qué valimiento  
de la envidia se escapó?  
¿Qué virtud no derribó,  
qué verdad, qué entendimiento?  
No por mis negocios siento



tu vida, aunque mujer  
sin favor puede temer  
pero por verte atrevar  
que no puede haber pesar  
como dearte le ver.

Quien pensara que pudiera  
dividarte el Rey, ¿ahí?

y que en amor tanta tu  
crédito y la envidia diera?

CARLOS

Sol el Rey, palacio, esfera  
sobre terrestres vapores  
y sus raras resplandores  
y aunque el pallece de mayal,  
tal vez que se engendran rayos  
dan en las torres mayores.

Pero mirándolo bien,  
¿que envidia tanto alcanza  
que la verdad padeció  
más que el primer desden?

LEONARDA

Parte y sea, ¿veras te defi,  
Carlos, igual la paciencia  
que de mi correspondencia  
seguro puedes estar  
que no habrá rosa en el mar  
sotia, yo se en tu ausencia.

CARLOS

Así lo creo de ti,  
pero es que ya mi fortuna  
no me deja parte alguna  
que me defienda de mí.  
¿Puedas enflorarme?

LEONARDA

Si  
que si no ¿quien vería?

CARLOS

Pues así, ¿Leonarda, mi?

CELIA

¿No me habías, Fabio?

FABIO

Estoy  
tan triste, que apenas sé  
Celis, el Fabio que soy.

Mira a Carlos, como a un  
corcelo.

CELIA

Y lo a un corcelo  
que anda, ¿veras, ¿veras,  
que anda al viento, ¿veras?

CARLOS

Anda se moviera ya.

LEONARDA

¿Y con tan tan tan  
Pues la verdad es que  
hay cosas en el mundo  
que no se ven.

CELIA

¿Ahí, ¿ahí?

CARLOS

Leonarda, ¿veras?

FABIO

¿Ahí, ¿ahí?

## LEONARDA

Pues así, ¿veras, ¿veras, ¿veras?

## FIN

Errante en voz a Carlos en palacio.

## LEONARDA

No me deja vivir mi pensamiento—  
Cuando la luz del único topacio  
el celeste país cubre sangriento,  
comienza mi dolor, tanto que sufre  
y el manto de la noche se resquebraja.

Y cuando por las aguas reverbera  
terno los rayos de la buena guerra.

## FIN

Como se acerca la noche y la verdad  
que el mal, como el mal, se temora.

## LEONARDA

Estaba en florada primavera  
dando colores a la tierra, flora  
cuando así, como libre y más hermosa  
que por el sol la comedia italiana.

Daba colores que después  
cayó de los árboles, me habia  
que como de los árboles cayó a la  
capa del viento, así de un momento  
que con coras colores de igual forma  
a como a tiempos y la historia, cuando  
cualquier, cuando se me refiera  
bueno el agua, con el amor, cuando.

Todos por las verdades, verdades  
como verdades, que de todas cosas  
con las cosas del mundo, como  
como, como, como, como, como,  
en por verdades, como, como,  
como, como, como, como, como,  
como, como, como, como, como,  
como, como, como, como, como,  
como, como, como, como, como,

cuando Carlos, por, como, como, como,  
de los árboles, como, como,  
de los árboles, como, como,  
de los árboles, como, como,  
de los árboles, como, como,  
de los árboles, como, como,  
de los árboles, como, como,  
de los árboles, como, como,

HABIA, cuando, con, con, y la historia,  
que, como, con, con, con,

con, con, con, con, con, con,

y ver la opuesta margen les parece.

Así la libertad el tiempo goza  
y lo que no se tiene se apetece.

Entré también, aunque callando estaba,  
y presumo que fué porque miraba.

Pisan las ruedas la menuda arena,  
y los caballos, que a la orilla aspiran,  
al son del agua, que batida suena,  
pedazos de cristal al aire tiran.

Pero que fuese traza o fuese pena,  
ya con turbado anhélito respiran,  
y tropezando la portátil casa.

ni atrás se queda, ni adelante pasa.

Parando, pues, hicimos aposento  
sobre el cristal del arenoso río,  
donde el donaire, el uno y otro cuento  
dió licencia al favor, despejo al brío.  
Parecióme que Carlos, más atento  
que a las demás, miraba tierno el mío,  
porque es en la mujer la confianza  
jurisdicción que cuanto mira alcanza.

Mientras otros caballos añadieron,  
de sí misma cayó la noche helada,  
y las estrellas contra mí salieron;  
de Carlos, por su culpa, enamorada,  
sus manos a la vuelta se atrevieron;  
no diré yo que estando descuidada,  
que aunque vieron mis ojos que me asían,  
no quise yo que vieses lo que vían.

Dejéme asir la mano; poco digo:  
dejéme asir el alma, y en un punto  
a puros pensamientos me persigo,  
y lo mismo que ignoro me pregunto:  
¿Iba Carlos en sí? Yo no conmigo;  
que amor, para abrasarme, todo junto  
el fuego elemental tomó del cielo,  
y para Carlos la región del hielo.

Llegamos juntos; que no fué posible  
que nos dejase Carlos; yo, perdida,  
busqué a mi necio amor sueño imposible;  
de varios pensamientos combatida,  
con este dulce mal, fuego apacible  
y tierna inclinación, con alma y vida,  
como la flor del sol le voy siguiendo,  
y como ella las hojas, almas tiendo.

No hay fiesta, no hay carrera, plaza o calle,  
parte, lugar o campo donde asista  
en que falte Lucinda, aunque obligalle  
no puede tanto amor, tanta conquista.  
Hoy fui, para vivir, resuelta a hablalle.  
Cortés le hallé al favor, dulce a la vista;  
mas no le quiere entender mi pensamiento  
ni yo desengañar mi sufrimiento.

(Sale RUTILIO.)

RUTILIO. Bien me puedes por el porte  
desta carta dar tus manos.

LUCINDA. ¿De mi hermano son?

RUTILIO. ¿Por quién  
pidiera favores tantos?

Pero la guerra extranjera  
no iguala a la de palacio.

LUCINDA. ¿Por qué causa?

RUTILIO. Porque el Rey  
dicen que destierra a Carlos,  
sin saberse la ocasión.

LUCINDA. Si se sabe; porque tanto  
favor y amor, ¿quién pudiera  
sino la envidia acabarlos?  
Cosa imposible parece  
que a Carlos, laurel sagrado,  
en tempestades de envidia  
pudiesen tocar los rayos.  
¿Qué arquitectura del mundo  
tendrá los extremos altos  
seguros de su violencia?

¿Qué bronce, qué duro mármol?

¿Qué mar tranquilo y dormido  
no despiertan los contrarios  
golpes de los vientos fieros,  
que no respetan peñascos?

Pero ¿por ventura es nueva  
de las que el vulgo, inclinado  
a novedades inventa,  
siendo hermafrodita parto  
de la envidia y la malicia,  
que va siguiendo los pasos  
de la virtud como sombra?

RUTILIO. ¿Cómo puede ser engaño,  
si a su puerta vi, señora,  
su carroza y sus criados  
que se parten a una aldea?

LUCINDA. ¿Tan apriesa?

RUTILIO. Pues ¿qué espacio  
dió jamás al que derriba  
el poder, estando airado?

LUCINDA. Bien dices; que la fortuna  
sube a un hombre paso a paso,  
y la envidia, como a vidrio,  
de un golpe le hace pedazos.  
Voy a ver si a Carlos veo,  
para que los dos partamos  
este golpe de fortuna,  
él sufriendo y yo llorando.

(Vanse los tres. Salen FELINO, llorador, y ALBANO,  
criado de CARLOS.)

FELINO

„Que Carlos, mi señor, a mi se le oída  
y de cuando en cuando, ¿Para bien sea?”

ALFARO

Para nosotros, hermano Felino,  
bien creemos de hacer que continúe  
y en un momento, como si él quisiera  
tener el cuerpo del sereno velo  
de purpura nubes, nos llamó turbado,  
y me dijo que el Rey le había mandado  
que le trase al lugar que de la corte  
estuviera más cerca y así él dijo  
“¿Qué cosa quisiera que te lleve?” dije  
Y él me mandó que cuanto pueda le tra-  
la ostentaría, y que prevenga con  
como para quien va la vida para  
sin más cuidado que pasar la vida.

FELINO

El alcalde tenía prevenida  
una fiesta de todos del aldea,  
pero para viene triste que no sea  
hasta que acabe el tiempo de la fiesta.  
Mas que no olvidemos, ¿alguna vez  
en estos momentos?”

ALFARO

Solamente

por el clima y tiempo.

FELINO

Y ¿qué gusto

trae de un momento?

ALFARO

No ha pasado

que venga nadie.

FELINO

¿Qué interés ha sido?

el que a usted interesa de los señores?

ALFARO

A Felipe, ¿qué interés es de los señores?

FELINO

Yo creo, en verdad, que siempre he visto  
Carlos, mi señor, de cuando en cuando,  
que se vea, que se vea de la corte,  
como un poco más, ¿qué gusto?

— ¡Que Carlos, mi señor!

CARLOS

Vuelvanse todos los señores que en España  
que aquí por el clima y por el clima y por el clima.

FELINO

„¿Qué gusto es?”

CARLOS

Porque ya se ve  
tenen, cuando se los señores, ¿qué gusto?

FELINO

Mirando su señoría, ¿qué gusto es  
tu mano, ¿qué gusto es?”

CARLOS

No me gusta

la más pequeña parte de mi persona.  
„¿Estos señores, Felipe?”

FELINO

El señor, triste  
nos quita la salud, que en los señores  
que ya se ve, cuando se los señores,  
los señores, cuando se los señores,  
silencia, cuando se los señores,  
y hasta los señores, cuando se los señores,  
destro, cuando se los señores,  
verdes, cuando se los señores,  
cualquier, cuando se los señores,  
vra, cuando se los señores,  
tán, cuando se los señores,

CARLOS

Pues no es nada que des, cuando se los  
que ya se ve, cuando se los señores,  
una, cuando se los señores,  
en, cuando se los señores,

— ¡Que Carlos!

FELINO

Yo, cuando se los señores,  
para, cuando se los señores,  
ya, cuando se los señores,  
y la, cuando se los señores,

CARLOS

„¿Que Carlos, Felipe?”

FELINO

„¿Que Carlos, Felipe?”

Entré por nuestra ya corte aldeana,  
y veo un coche, y gente cortesana  
aparear a una casa prevenida,  
y del rústico dueño recibida  
veo una dama, dando a un escudero  
la blanca mano; pluma en el sombrero,  
brazo en el manteo, las virillas  
pidiéndoles licencia a las orillas  
para salir brillando por los bajos.  
Los ojos, que caminan por atajos,  
del chapín al cabello se pasean:  
mas no es posible que la faz le vean,  
que unas delgadas tocas la encubrían.  
por donde mil relámpagos salían.  
Dos carros largos a este punto llegan,  
y a los criados rica ropa entregan:  
colgaduras, estrados, sillas, camas.  
Llego a saber quién son las dichas damas,  
si se quedan o pasan adelante,  
y díjome un anciano escudero  
que vienen a vivir a nuestra aldea.

CARLOS.

Es imposible, Fabio, que eso sea.

FABIO.

¿Lo que he visto, señor, es imposible?  
¿No es este sitio alegre y apacible  
para gozar la verde primavera?  
Obligación te corre, aunque no fuera  
sino por ser deste lugar el dueño,  
a hacerle una visita.

CARLOS.

Dese empeño  
nos ha sacado, pues a vernos viene.

FABIO.

Ella es, ¡por Dios! Alguna causa tiene.

(Sale LUCINDA, de camino, y INÉS y acompañamiento.)

LUCINDA. Seguro vueseñoría  
desta visita y de verme  
estaría en su lugar.

CARLOS. Apenas los ojos pueden  
determinarse a creer  
lo que imposible parece.  
¿Es Lucinda?

LUCINDA. Pues ¿quién fuera  
sino yo, Carlos, quien viene  
a teneros compañía  
en la soledad presente?

CARLOS. ¿Aquí venís a vivir?

LUCINDA. ¿No es justo que quien os tiene  
tanto amor, en las desdichas  
y en los destierros lo muestre?  
Persuadieron mis tristezas  
a mis deudos y a mi gente  
que la soledad del campo  
para vivir me conviene,  
y sois vos mi soledad;  
porque solamente os quiere  
el alma por compañía.

FABIO. Responde.

CARLOS. ¡Oh, Fabio! ¿Qué quieres,  
que estoy pensando en Leonarda?

FABIO. No hayas miedo que ella piense  
en ti, porque es el olvido  
la sombra de los ausentes.

LUCINDA. Carlos, amigos fingidos  
son para tiempos alegres.  
Quien acompaña en los tristes  
de verdadero se precie.  
Parte las penas amor  
cuando la causa padece,  
haciendo menos el mal  
si entre dos almas se siente.  
Luego que supe que el Rey,  
por envidiosos alevés,  
os desterraba a estos campos,  
determiné de ponerme  
en manos de la fortuna  
que persigue injustamente  
vuestra virtud, Carlos noble,  
después de haber muchas veces  
con lágrimas consultado  
mi honor y estado, que suele  
ser este justo temor  
rémora que a amor detiene.  
No os enojéis si por dicha  
mi atrevimiento os ofende:  
al César mi hermano sirve,  
no hay ocasión de temerle;  
tened un vasallo más  
y un amigo que os consuele.  
Vivir quiero en esta aldea  
en tanto que el Rey os vuelva  
a su gracia; que yo gusto  
de que con vos me destierre.  
Esto es amor, que si acaso  
ser pagado no merece,  
por lo menos, estimarle,  
de justicia se le debe.

CARLOS. Ha sido resolución  
tan notable, y de tal suerte.

no sabes señora, aligado,  
que para satisfacerle  
a vuestro amor parte alguna,  
no tengo otra, aunque fuese  
tan mortal como el alma.  
En mi amor solamente  
es la desconsolación  
que hasta mis ritos tienen  
para poder servir.

LUCINDA

¿Cómo es la pena? Teme-me  
por tanto determinada  
Que no puede enmascarse  
aun algunos de cuantas  
a los mortales suceden  
como que llegan anando  
a este punto las mujeres.  
Quiero, Carlos, privando  
con el Rey, llevar la gente  
como piedra imán tras vos,  
rotando el que pretende  
como a deidad, y sacando  
los tataros contingentes  
por la brújula del rostro,  
si son azares o reyes,  
no es el amor sino interés.  
Agora que humilde mente  
os ha puesto la fortuna  
adonde ninguno os quiere,  
grave ejemplo de los hombres,  
que los pueblos desvanecen,  
quítro yo, Carlos, seguirlos,  
y cuando todos os dejen,  
quedar losijos al tiempo,  
rogar leyes a sus leyes,  
para que los hombres libres  
ospan, que los mueran fuertes  
asociando con la constancia  
la sumisión del hel.

Los halitos de la alfor,  
tenéis entremetido  
con luz de vuestras ilichas,  
que en desgracia del Rey mueren  
Apuntes de la alfor,  
fuerza es de yo que voy  
por el amor, y no por mí,  
que fuera de se que yo era  
tan loco que acompañar  
lo que se desdiciere.

De pronto, que en el mundo  
no hay más de, ¿viva quien vence!  
Carlos, que soy un hombre  
Más, fuera de, yo, os debéis  
dejar la corte con gusto.

CARLOS

LARIO

LUCINDA

¡Ahí, de vos, a corte,  
que me ha pegado en los  
os fiores.

CARLOS

¿Qué viene  
fuerza la corte en el centro?

LUCINDA

Huélase de pánico en más.

(Con lágrimas de amor.)

ARMENIO

¿Qué hay, Carlos?

CARLOS

(Ole. Acordado.)

¿Qué le ha pasado? Quien no quiere  
cualquier por fortuna,  
os que un hombre, por lo  
Del pulso de la fortuna  
os meados excelentes  
hoy os curas de cada  
que no quieren, ó no pueden  
¿Cómo está el Duque, tu dueño?

ARMENIO

Va le dieron tu padre  
y contra su voluntad  
Carlos, en su plan, empuja.

CARLOS

¿Qué plan?

ARMENIO

No sé, ¿por Dios?

El os acordó que te diese  
un criado de su parte,  
y os iba a dar un  
como criado del Rey.

¿Que te acordó por que os diese,  
que no os acordó de la alfor,  
¿Que os acordó de la alfor,  
¿Que os acordó de la alfor?

CARLOS

Ella os acordó de la alfor,  
que os acordó por la alfor, Arlo.  
¿Que os acordó de la alfor,  
¿Que os acordó de la alfor?

ARMENIO

No os acordó  
en que os acordó Carlos.

CARLOS

¿Qué os acordó?

ARMENIO

No os acordó  
en la corte, como os acordó,  
y os acordó en la corte, como os acordó.

CARLOS

¿Que os acordó de la alfor?

ARMENIO

Os acordó de la alfor.

(Ole.)

LARIO

Fuere

CARLOS

¿Qué os acordó?

LUCINDA

Os acordó de la alfor,  
No os acordó de la alfor, como os acordó,  
Os acordó de la alfor, como os acordó.

en la mía, que ya puedes  
mandar como propia tuya.  
CARLOS. Mis ojos te lo agradecen  
enternecidos, Lucinda.  
LUCINDA. ¿Qué jasepe, qué bronce fuerte  
no enternecen tus desdichas?  
Oro y joyas, Carlos, vienen  
en esos cofres, que bastan,  
por ahora, a entretener te.  
Voy a enviártelos.  
CARLOS. Oye.  
LUCINDA. ¿Eso me dices?  
CARLOS. Detente.  
LUCINDA. Es detener nueve cielos  
sobre los dorados ejes,  
una cometa volante  
que a soplos del sol se enciende;  
un rayo, que rompe nubes  
por las regiones celestes;  
un mar, que sube a dar voces  
donde las estrellas duermen,  
y una mujer con amor,  
que ningún peligro teme;  
porque quien ama no estima  
ni la vida, ni la muerte.

## JORNADA SEGUNDA

(Sale CARLOS solo.)

CARLOS.

Desiertas soledades,  
riberas apacibles,  
a quien la vida desterrado ofrezco,  
pobladas de verdades,  
supuesto que insufribles  
a quien padece como yo padezco:  
¿por qué culpa nerezco  
del Rey, que me ha criado,  
la ausencia y la desgracia,  
que en vida de su gracia  
me tiene en tanto olvido sepultado?  
¡Oh, qué tristes memorias,  
presentes penas y pasadas glorias!

Y tú, Leonarda hermosa,  
que vives descuidada  
del aumento que has dado a mi tristeza,  
¿por qué tan rigurosa  
me dejas, olvidada  
de que iguala mi amor a tu belleza?

¿Es ésta la firmeza?  
¿son éstos los amores?  
¿son éstas las promesas  
con lágrimas impresas,  
entre tantos regalos y favores,  
en mi rostro al partirme,  
ni hay palabra en mujer, ni ausencia firme?

Aquí puedo ofenderte  
con Lucinda, amorosa,  
y no te ofendo yo, ni amor lo quiera;  
tú sí, que de tal suerte  
procedes rigurosa,  
que sola mi verdad no te ofendiera.  
Aires desta ribera,  
que con lascivos giros  
parece que a las flores  
queréis hurtar colores:  
llevad en vuestras alas mis suspiros;  
mas detened el vuelo,  
que si fugo partís, volveréis hielo.

De púrpura vestido  
el claro sol se ausenta;  
todo descansa, cuanto vive y siente;  
las pajas de su nido  
el pájaro calienta,  
hasta la risa del dorado Oriente;  
despénase esta fuente  
de aquella nieve pura,  
y duerme en este prado;  
que sólo mi cuidado  
el privilegio de la noche oscura  
no goza, ni se olvida,  
¡oh perezosa muerte!, ¡oh larga vida!

(Sale FABIO.)

FABIO. ¿El haberme detenido  
tendrás, señor, por agravio?

CARLOS. Bien vengas, amigo Fabio;  
que basta que hayas venido  
para que mi mal reporte.  
Deja disculpas y di  
qué hay en la corte de mí,  
pues que vienes de la corte.

FABIO. ¡Por Dios, señor, que si fuera  
de la Escitia o la Etiopía,  
que pienso que menos copia  
de malas nuevas trujera!

¡Válame Dios, qué mudanza  
hace en el mundo el favor!  
No sé quién tiene, señor,  
en su favor esperanza.

De cuantas cartas llevé,





FABIO. Yo, finalmente, celoso,  
dejo el noturno reposo  
y vuelvo a su puerta a ver  
si la noche conformaba  
con el día, y veo, señor,  
de su familia el rumor,  
porque de visita estaba.  
de noche como de día.  
Alejandro con Leonarda.  
Coche a dos puertas le aguarda,  
y de la propia desvía:  
invención que viene a ser  
o cubierta, o desatino,  
por que piensen que al vecino  
le visitan la mujer.

CARLOS. ¿Duró mucho estar allí?

FABIO. Toda la noche duró;  
que al Duque se le pasó  
más brevemente que a mí.

CARLOS. ¡Que toda la noche hablasen!

FABIO. Fué tal la conversación,  
que abrió la aurora el balcón  
y les dijo que callasen.

CARLOS. No más. Perdí en este punto  
rey, patria, vida y honor.  
¿Hay tal liviandad?

FABIO. Señor,  
una cosa te pregunto:

Si te dejan los amigos,  
¿es mucho que una mujer?

CARLOS. Fabio, hoy la tengo de ver:  
sean mis ojos testigos  
de tan claro desengaño.

FABIO. ¡Qué locura!

CARLOS. No lo es;  
que no quiero que después  
el alma se llame a engaño.

FABIO. No sé nada. Tú verás  
el peligro a que te pones.

(Sale LUCINDA y INÉS.)

LUCINDA. Las pasadas ocasiones,  
¿quién duda que priven más?

CARLOS. Lucinda viene. No estoy  
para hablar con ella, Fabio:  
entreténla, que a mi agravio  
todo el sentimiento doy.  
Y advierte que he de partir  
al anochecer.

(Vase CARLOS.)

FABIO. Yo creo  
que este tu loco deseo

nos va llevando a morir.

Señora mía.

LUCINDA. ¡Oh, mi Fabio,  
con qué pena te esperaré!

¿Qué traes de la corte?

FABIO. Erré

el rumbo del astrolabio,  
y heme pensado perder:  
apenas un hombre vi  
que se acordase de mí.

LUCINDA. ¿Ni mujer?

FABIO. ¿Pues qué mujer?

LUCINDA. ¡Donaire tienes!

FABIO. ¿Donaire?

LUCINDA. Pues negar una verdad  
a quien la sabe, es crueldad,  
y a quien la ignora, desaire.

Si todos aquestos días  
Carlos suspirando pasa,  
y ni en el campo ni en casa  
pueden diligencias mías  
alegrarle, ¿qué ocasión,  
si no amoroso accidente,  
turba un ánimo valiente?

FABIO. Sí, porque de burlas son.

La gracia del Rey, la corte,  
los amigos y la hacienda,  
todo perdido, sin prenda  
que para su vida importe,  
si no eres tú, que piadosa  
hasta en su necesidad  
muestras generosidad;  
porque, en fin, es cierta cosa  
que es último bien del hombre  
la mujer que tiene amor,  
pues no hay muerte, ni temor,  
ni peligro que la asombre;  
con hazañas inmortales  
dais a las plumas sujeto.  
¡Qué bien os llamó un discreto  
los divinos animales!

LUCINDA. Menos retórica, Fabio.  
Cartas llevaste; yo sé  
para quién.

FABIO. Que las llevé  
es verdad, mas no en tu agravio.

Todas eran para amigos,  
si amigos se llaman ya.

LUCINDA. Cosa que tan clara está,  
no quiere muchos testigos,  
no es lealtad, ni discreción,  
lo que es público, encubrir.

FABIO. ¿Cómo eso sabéis decir



ALEJ. ¡Oh pena bien empleada,  
que a tanta gloria se fía!

(*Siéntense y hablen quedo.*)

CELIA. A fe que toman despacio  
la noche.

ARMINDO. Viene perdido  
el Duque, y hará, atrevido,  
dos mil faltas en Palacio.  
Y hablando en mí, Celia mía,  
¿cómo lo estaré por vos?

CELIA. Haréis falta al Rey.

ARMINDO. ¡Por Dios,  
que si lo fuera de Hungría,  
que hasta los mismos diamantes  
de la corona quitara  
para daros!

CELIA. Cosa rara.  
Usanse ya los amantes,  
Armindo, más mercaderes.

ARMINDO. ¿Cómo?

CELIA. Compran más barato.

ARMINDO. ¿Tal se ha encarecido el trato  
del amor de las mujeres?

CELIA. Si todo lo viene a ser,  
no te espantes.

ARMINDO. No me espanto  
de que se encarezcan tanto,  
siendo tanto menester.

ALEJ. ¿Los músicos han venido?

ARMINDO. Sí, señor.

ALEJ. ¿Cantarán?

LEONARDA. Sí.

ALEJ. Cantad, mientras lloro aquí  
mal pasado y bien perdido.

(*Cantan:*)

MÚSICOS. “No estuvo bien en lo cierto  
quien llamó muerte a la ausencia,  
que no ha menester paciencia  
un hombre después de muerto.”

ALEJ. Buena, aunque antigua.

LEONARDA. Extremada.

ALEJ. Bien entonces se escribía.

LEONARDA. ¿Y ahora no?

ALEJ. La poesía  
está ya tan levantada,  
que no hay hombre que la alcan-  
Ella viene a ser, en fin, [ce.  
romance como latín  
y latín como romance.

(*Ruido dentro.*)

LEONARDA. ¡Hola! ¿Qué ruido es éste?

(*Un ESCUDERO, CARLOS y FABIO, como de camino.*)

ESCUDERO. ¡Ténganse, pues!

CARLOS. ¿Por qué causa?

Si está aquí el Duque, no es justo  
que a nadie estorbéis la entrada.

ARMINDO. ¿qué es eso?

Un hombre  
que entró por fuerza en la sala.

LEONARDA. ¿Por fuerza? ¿Qué es lo que di-  
ALEJ. ¿Es de casa? [ces?

ARMINDO. No es de casa.

ALEJ. ¿Quién eres, hombre?

CARLOS. Alejandro.

ALEJ. Carlos soy: ¿de qué te espantas?

CARLOS. Carlos, ¿tú estás en la corte?

Viendo que mis cosas andan  
tan remisas y secretas,  
y que quien hable me falta  
al Rey por mí, y que tú eres  
la puerta para su gracia;  
sabiendo que cada día  
vienes a ver a Leonarda,  
vine a su casa a buscarle  
y suplicarte que hagas  
lo que yo liciera por ti  
si la fortuna contraria  
te pusiera en mi caída  
y estuviera en mi privanza.  
Habla al Rey, así te quiera  
con tal firmeza esta dama,  
que no te desprecie, ausente;  
que no te olvide, aunque caigas.  
Dile que me dé los cargos  
que la envidia me levanta,  
que no es justo que sin ellos  
padezca mi honor infamia:  
dile que yo le he servido  
con tal lealtad...

ALEJ. Carlos, basta,  
que ya sé yo a lo que vienes  
y los negocios que tratas.  
Si el Rey, porque te ha criado,  
sólo que vivas te manda  
en una aldea a tu gusto,  
mientras no tienes su gracia,  
mucho atrevimiento ha sido,  
y fuera cosa excusada,  
venirme a buscar aquí;  
que no es audiencia esta casa  
para negociar en ella;  
pero, ya que te declaras,  
habla a Leonarda, y advierte

que salgo como la luna,  
por un ju de ser sin osten-  
de mi persona y sin tener  
que ella me hablara por  
y sin por ella, mañana  
al Rey que de tu en-  
el solo sabe la causa.  
Con esto me voy más contenta  
en irme y con más temerario,  
que tu en entrar con tal  
modestia y con furia tanta.  
Señora Leonarda yo  
dire al Rey lo que me ha  
vueñaria: que es justo  
servirla, aunque celos han  
atrevimientos que piden  
mas lástima que venganza.

*Vase con todas*

LEONARDA. Apenas estoy en mi  
De tal manera me contenta  
esta locura que has hecho  
CARLOS. Con razón locura llamas  
este frenesí de amor;  
pero si mejor reparas  
en la ocasión que me has dado  
culpa tu injusta mudanza.  
No quiero decir aquí  
que cuando en la gracia estaba  
del Rey, me tuviste amor  
que fuese en el mundo por  
estas cosas una día  
fueran por quejas canchales  
al menos que en mi partida  
era lágrimas y que tal  
carga lo que has cumplido  
con tal firmeza y con tanto  
pero me llegues a ser  
tan libre. Ayerda, Leonarda  
quiero, pero no respondes  
dramáticamente, a mi carta  
que no respondes a quien  
quiero con afirmación  
y seguridad, que el amor  
nada se funda en casualidad.  
Desempeñarse las cosas  
como cuando el Rey me  
espera, que tal vez sea  
conocida con el amor.  
No respondes, por lo tanto  
de que las cosas.

con para mujeres bajas.  
Mientras la estrella que  
nada del mundo tan clara  
y tan hermosa en la noche  
luz con claros de plata  
cuelgan un rey, yo amo el  
tanto como las ca-panas. Libre,  
coral de floridad,  
por la luna en partes varias  
mientras los más amigos  
que siempre te acompañan  
mudase con todo el vulgo  
el aplauso de tu patria;  
muda, mudante, la luna  
tres veces al mes la cara  
en luna, en moza y en vieja  
creciendo y menguando el agua  
mudase los campos verdes  
de flores en pura floración  
cuando pestadas de bele  
guardecas las esmeraldas  
de la rosa de la aurora  
y el mar que con arrogancia  
cuando más humilde duerme  
turbulento se levanta,  
y otra vez el que con cielo  
con las penas de las gaviotas  
barronando paradas nubes  
los estrellas de oro  
de antorchas galantes  
se lleva por de la luna  
ya quiero que una mujer,  
por naturaleza blaca,  
por corazón negro  
por hablar escamoteado  
sea firme cuando no  
cruce y cuere de la luna.  
Vuelve Carlos a la aldea,  
sobre la fortuna y sobre  
que desde las aldeas  
y las aldeas, cuando

*Vase*

CARLOS. Como yo nunca espero por  
lo que me gusta por lo que  
debo y por lo que  
CARLOS. Oye Carlos, y no me  
CARLOS. ¿Que me quieres hablar?  
CARLOS. Ay, Carlos, ay, Carlos, ay, Carlos,  
CARLOS. ¿Qué quieres decirme?  
CARLOS. Yo, Carlos, yo, Carlos, yo, Carlos,

*Vase*

FABIO. Señor, vámonos de aquí.  
 CARLOS. Vamos, que temo que haga algún disparate.  
 FABIO. Mira  
 que el tiempo te desengaña:  
 sal desta casa, en que ya  
 hasta los perros nos ladran:  
 despidete para siempre  
 desta puerta, que de España  
 aquella cerrada imite  
 por donde salió la Caba.  
 CARLOS. Déjame hablar con las rejas.  
 FABIO. ¿Pues qué quieres?  
 CARLOS. Ablandallas.  
 FABIO. Mira que estás en la calle,  
 y que alguna gente pasa.

(*Salen LUCINDA y INÉS, con sombreros, capas y espadas.*)

INÉS. Admira tu atrevimiento.  
 LUCINDA. No hay cosa más atrevida  
 que amor: ni estima la vida,  
 ni escucha al atrevimiento,  
 ni permite a la razón  
 el feudo del señorío,  
 ni el imperio al albedrío:  
 tales son efectos son.  
 INÉS. Sí; pero de noche aquí,  
 y con armas, ¿qué has de hacer,  
 cuando fuesen menester?

LUCINDA. Reñir.

INÉS. ¿Eso dices?

LUCINDA. Sí.

Dos cosas que no ejercitan  
 las mujeres, a los hombres  
 las sujetan, y los nombres  
 que ellos adquieren las quitan,  
 que las letras y armas son:  
 que si éstas nos enseñaran,  
 yo sé que no se alabaran  
 de la injusta sujeción.

Como tan determinadas  
 y tan discretas nos vieron,  
 los hombres nos escondieron  
 las ciencias y las espadas.

Nuestra ignorancia y temor  
 en este engaño tropieza,  
 pues nos dió naturaleza  
 mayor ingenio y valor.

INÉS. Dos hombres están allí.

LUCINDA. En las rejas de Leonarda  
 hay un hombre, y otro aguarda.  
 ¿Si es Carlos?

INÉS. Pienso que sí.  
 FABIO. Señor.  
 CARLOS. ¿Qué quieres?  
 FABIO. Advierte  
 que vienen por esta parte  
 cuatro hombres. Si es a buscarte,  
 sentencia ha sido de muerte,  
 que otros dos están allí.

(*ARMINDO y tres CRIADOS, con máscaras, broqueles y espadas.*)

CARLOS. Estos con máscaras vienen.  
 FABIO. El luto en las caras tienen,  
 y debe de ser por mí.

¿Seis hombres?  
 ARMINDO. Ejecutad  
 lo que Alejandro os mandó.

CRIADOS. ¡Muera Carlos!

LUCINDA. Eso no.  
 INÉS. ¡Qué ciega temeridad!

LUCINDA. Reñid, Carlos, que aquí están  
 dos hombres a vuestro lado.

ARMINDO. Otros dos se le han juntado.

LUCINDA. Llama esa gente, Tristán,  
 y disparen las pistolas.

ARMINDO. ¿Pistolas? ¡No aguardo más!

CARLOS. Síguelos, Fabio, pues vas  
 dando en las espaldas solas.

FABIO. Di a Tristán que no dispare,  
 que no será menester.

(*Entranse CARLOS y FABIO, acuchillándolos; quedan allí LUCINDA y INÉS, y pónese LEONARDA en la ventana.*)

LUCINDA. Agora, Inés, ¿para qué?

INÉS. De aquella reja te llaman.

LEONARDA. Una palabra.

LUCINDA. ¿Quién es?

LEONARDA. Soy la marquesa Leonarda.

LUCINDA. Pues, si acaso me queréis  
 preguntar lo que esto ha sido,  
 por vos, mi señora, fué.  
 Cuatro máscaras hirieron  
 a Carlos.

(*Entran CARLOS y FABIO.*)

CARLOS. ¡Qué de tropel!  
 ¿Huyeron?

FABIO. Los tres, que el otro  
 pagó, señor, por los tres.

CARLOS. ¿Distele?

FABIO. No, sino el alba.





tus desengaños, amor?

¡Ay, tema o locura mía!

¿Por qué quien tiene esperanza, en tanto que el bien no alcanza, muy justamente porfía?

Pero yo, desesperada, ¿qué fin o qué fundamento le doy a mi pensamiento, de Carlos desengañada?

Esperanzas me tenían engañada en su desdén; pero, no esperando el bien, sólo los locos porfían.

INÉS.

Si desta manera vas, señora, por el camino, tú harás algún desatino. Ya no puede serlo más.

LUCINDA.

¿Cuál piensas que, desto, ha sido mi sentimiento mayor?

Ver que Carlos tenga amor donde ha sido aborrecido.

¿Es posible que hay mujer que a Carlos aborreció?

¿Cómo lo que quiero yo puede nadie aborrecer?

Esto lloro, y esto siento: esto, cielos, me atormenta: ésta es la mayor afrenta de mi honrado pensamiento.

No que conmigo, cruel, no me quiera bien sintiera; mas que él a Leonarda quiera y que no le quiera a él.

Mujer, ¿dónde están tus ojos, tu gusto, tu entendimiento, que tanto merecimiento tratas con tantos enojos?

¿Eres piedra, eres figura de mármol? ¿Quién te engendró?

¡Oh, que sin alma te dió el cielo tanta hermosura!

¿Cómo fuiste tan cruel?

Que Carlos, Leonarda, es tal, que a no parecer tan mal, te fuera a rogar por él.

Vuelve por tu entendimiento, Leonarda; quíerele bien, para que tenga también disculpa mi pensamiento.

¡Oh, si aquesto conocieses! No digan que quiero yo hombre que no mereció que tú también le quisieses.

Si es condición de mujer querer lo que ve querido, ¿cómo, siendo aborrecido, no te puedo aborrecer?

INÉS.

LUCINDA.

INÉS.

Tú vas perdiendo el juicio. ¿Agora lo ves?

No sea, pues ya llegas al aldea, que des de tu amor indicio.

(Salen CARLOS y FABIO.)

CARLOS.

FABIO.

Muy de mañana llegamos. Ya la aurora soñolienta con hurtada plata argenta puntas de flores y ramos; ya los dormidos pastores salen del aldea al prado, y las voces del ganado espantan los ruiseñores.

CARLOS.

¿Son hombres o son mujeres aquellos bultos?

FABIO.

CARLOS.

No sé. Dicha, en mi desdicha, fué de mis enemigos fieros.

Fabio, reuniendo venir y a tiempo volver que crea Lucinda que del aldea no pude anoche salir;

pues dormirá descuidada. ¿Si acaso no ha sido cierta mi sospecha, que a su puerta, con la luz más declarada del alba, los bultos son dos mujeres?

FABIO.

Llego a ver lo que comienza a temer no sin causa el corazón. ¿Qué gente?

LUCINDA.

FABIO.

¿Es Fabio? ¡Señora!

CARLOS.

Carlos, Lucinda está aquí. ¿Lucinda? En mi vida vi tan de mañana el aurora. ¿Adónde desta manera?

LUCINDA.

CARLOS.

FABIO.

A recibiros salía. Pues ¿con tanta valentía? ¿Qué la miras? Ella era, por la tribuna de Dios, que te ha cogido con queso.

CARLOS.

LUCINDA.

¿Tanto exceso? No es exceso, Carlos, que viendo que vos

Andas a la ciudad  
con desesperación,  
el postrero remanso  
que en tanta dificultad  
no hay más que me recon-  
y así volví con el día  
a ver al sol del viento  
del coloso de la corte.

Dices que el amor hebreo  
cuando el sol tarda y no viene  
en las brazos le da tiene  
enamorada y celosa;

y dije, viendo que don  
el cielo tanto arrebol  
—Eso tardara mi sol,  
pero no le quiere la aurora;  
que yo le agradezca en esto  
el bien de verle salir,  
que quien le deja venir  
ocupado tiene el gusto.

Cuando el sol es el León  
toca por el julio ardiente,  
campo, flores, prados, gente  
incredible de fuego son,

y va tan poco le duele,  
que haciéndole huir le agusta.  
Gran malaga que en Leonarla  
el sol y el León se hiele.

FABIO  
CARLOS  
Dios qué parados te dio  
a entender que el nombre sabe.  
No tiene gesto tan gra-  
naxer defensa que yo.

Por los dioses que fui  
a la corte, desde hable  
a Alejandro, a quien hable  
desde ahora y él me ve.

Tu me dices al Pompey  
no por lo que me dio Marte  
con su ojo, el que soy. Dar  
le quisiere, por hoy.

Cuando por la puerta entro  
de la fortuna después  
habe por agua los ojos  
¡Dime!

CARLOS  
CARLOS  
CARLOS  
Dime el pre-

Dio, apuesto de tu amor, como  
Un talón que me desahoga.  
¿Qué te he dicho de tanto  
cuando Alejandro las manos?

Caro, pero me he tra-  
go la presión mía; pero  
que por agua juegue  
de la mano y de la

LEONARDA

Yo me he en movimiento  
con un del mundo amor,  
pero un que un grande amor  
lo dice en cierto momento.

A quien no quiere entender  
y no quiere escuchar,  
que elato se puede hablar,  
que no se tema entender.  
Ya he querido que perder  
al que pretitara por ti.  
Carlos, a la corte te  
y donde vendes engañar  
vuelvo con tal desengañar  
en todo, si no es en mí.

A la puerta de Leonarla  
que yo digo claro el nombre  
le he visto el prefijo de  
que las amalia te quería.  
Dime, que es muy gustosa,  
y yo le sé de tu que  
cuando ablas hablas con veras  
perdida era intencional  
que me lo hable tal  
de que por ella me dices.

Dices que el movimiento  
Carlos de Leonarla es más;  
pero voy a probar  
que no tiene entendimiento.  
Y yo, evidente argumenta  
de la cual conozco  
me voy a ir a la corte  
con la tal le pongo  
que voy a ir a la corte  
que voy a ir a la corte  
que voy a ir a la corte.

Tu me dices la que me  
Carlos, a la corte te  
cuando que he querido  
y como, como, como,  
que voy a ir a la corte  
que voy a ir a la corte  
que voy a ir a la corte  
que voy a ir a la corte.

Tu me dices, como, como,  
que voy a ir a la corte  
que voy a ir a la corte  
que voy a ir a la corte  
que voy a ir a la corte  
que voy a ir a la corte  
que voy a ir a la corte.

los agravios de mi fe.

Mejor supe yo guardarte  
de quien te quiso ofender,  
con alma y vida, y mujer,  
maté quien vino a matarte.  
Pues ninguna cosa es parte  
para que me quieras bien,  
vida los cielos te den,  
que con esta cortesía,  
yo te dejo mi porfía  
y me voy con tu desdén.

(Vase.)

CARLOS. Lucinda, Lucinda.

FABIO. Fuése.

CARLOS. Llana a Inés.

FABIO. Escucha.

INÉS. A Celia

que le escuche.

FABIO. Oye a mi amo.

INÉS. Oigale Leonarda, bestia.

(Vase.)

FABIO. Sin bestia le puede oír.

CARLOS. ¿Es posible que yo sea  
hombre noble y bien nacido  
y que una mujer me venza  
en término y cortesía,  
que me quiera y la aborrezca,  
y que yo, bárbaro amante,  
a quien me aborrece quiera?  
¿Que sea tal mi crueldad,  
y que tan ingrato sea  
que a quien me da vida mate,  
y a quien me defiende ofenda?  
¿Tengo entendimiento? No,  
porque si yo le tuviera,  
despreciara a quien, ingrata,  
por Alejandro me deja,  
porque cuando fuera el mismo  
que las historias celebran,  
aún no tuviera disculpa.

FABIO. Señor, procurad la enmienda  
y querer bien a Lucinda;  
que como dijo un poeta,  
olvidar era querer,  
y olvidarás como quieras.

CARLOS. Quiero mucho, y danme celos.

FABIO. Malditos los celos sean,  
que a los enfermos de amor  
las calenturas aumentan.

Sangran a un amante helado,  
y hasta que con su lanceta  
le pican celos el alma  
no le pone amor la venda.  
Mira que tantos desprecios  
son de quien eres afrenta.

CARLOS. Antes por no ser quien fui  
esa mujer me desprecia;  
ya no soy; otro soy ya,  
y como no soy quien era,  
aborréceme Leonarda.

FABIO. Prueba a aborrecerla, prueba.  
Parte del fin tiene ya  
el que una cosa comienza.  
Mas dime cómo se quiere.

CARLOS. Pensando en la gentileza,  
hermosura y discreción  
de una mujer.

FABIO. Luego es fuerza  
que también por lo contrario  
lo que piensas aborrezcas.  
No imagines en sus gracias,  
imagina en su soberbia,  
su interés y su mudanza.

CARLOS. Ahora bien; aunque me muera  
tengo de sacar del alma  
esta dulce, hermosa fiera.  
este veneno endiosado,  
esta confección compuesta  
con hechizos de palabras,  
de oro, esmeraldas y perlas.  
Amores voy a decir  
a Lucinda, Fabio.

FABIO. Aciertas.

CARLOS. Mas no sé si he de saber.

FABIO. Si sabrás, si a verla llegas  
agradecido a su amor.

CARLOS. Aunque necedad parezca,  
ponte allí enfrente, que quiero  
como esto, por ser por fuerza,  
enseñarme a requebrarla.

FABIO. Eres tú como un poeta  
que en un velador ponía,  
escribiendo una comedia,  
un verdugado y un moño  
para escribir coplas tiernas.  
Pero ¿qué has hallado en mí?

CARLOS. Señora, el alma.

FABIO. Bien entras:

mas no pases adelante,  
que dirán, si me requiebras,  
que fué tuya la hermosura,  
aunque yo la dama fea



¡Quién pensara que olvidara  
Carlos sus penas por ti!  
LUCINDA. Viendo tal firmeza en mí  
volvió fortuna la cara.

(Sale FELINO, SIRENA, ALCINDO, labradores, y los  
MÚSICOS, y CARLOS y FABIO.)

MÚSICOS. "Las sierras eran altas  
y malas de subir.  
Los caños corren agua  
y dan en el toronjil."  
FELINO. ¡Pardiez!, amo y señor nuestro,  
que nos debéis grande amor.  
CARLOS. Amigos, todo el mayor  
que puede mi alma os muestro.  
SIRENA. Contéis desde aqueste abril  
mil años.  
ALCINDO. ¿Mil? Dos mil sean.  
FELINO. Justamente en vos se emplean.  
FABIO. "Y dan en el toronjil."  
LUCINDA. Entre tantos parabienes,  
¿no tendrá lugar el mío?  
CARLOS. Y entre los pies de ese brío  
toda mi esperanza tienes.  
Llega, Lucinda gentil,  
por que con tiernos abrazos  
me den parabién tus brazos.  
FABIO. "Y dan en el toronjil."  
CARLOS. Vivo ya tan olvidado,  
con el amor que te tengo,  
de la corte, que no vengo  
mañana ni tarde al prado  
que no me admire de mí,  
burlando el encantamiento  
en que tuve el pensamiento  
cuando en la corte me vi;  
y en llegando a imaginar,  
señora, lo que te debo.  
vuelvo a admirarme de nuevo,  
y no con poco pesar,  
de la ingratitud pasada.  
LUCINDA. Ya, Carlos, te perdóné  
el día que vi mi fe  
agradecida y pagada  
de tu nobleza gentil.  
INÉS. Y tú, sobre tanto agravio,  
¿no nos dices nada, Fabio?  
FABIO. "Y dan en el toronjil."  
CARLOS. Labradores de mi aldea:  
ya no soy quien ser solía.  
Celebrad la prenda mía,  
que el alma agradar desea.

Bailes, juegos, versos, fiestas,  
músicas, voces, ruido,  
sean río del olvido  
estre estas verdes florestas  
de la corte, a quien se rinda  
la envidia, que si hace allí  
corte el Rey, también aquí  
está su reina Lucinda.

¡Ea!, sentaos en la hierba;  
tengamos con igualdad  
asiento, que la verdad  
a su llaneza reserva.

Inventa, Fabio, algún juego.

(Siéntanse.)

FABIO. Es cosa vieja inventar  
juegos.  
SIRENA. Cantar y bailar  
no es viejo. Invéntale luego,  
que no cansa lo que es gusto.  
INÉS. En la boca puesto un palo  
hay un juego; pero es malo,  
que lo honesto sólo es justo.  
FABIO. Jugó un galán ese juego,  
algo de nariz cumplido:  
tenía su dama asido  
el palo con gran sosiego,  
para que él se le quitase,  
y nunca se le quitó.  
Como el juego se acabó  
y esto a un amigo contase,  
el amigo le reñía  
no haber la ocasión gozado  
por cobarde o por turbado.  
a quien, triste, respondía:  
"¿Qué queréis? Soy infeliz;  
no pude aunque lo intentaba,  
pues cuantas veces llegaba  
me estorbaba la nariz."  
CARLOS. Quejarse della fué justo.  
FABIO. Es la envidia tan avara,  
que aún hay quien tenga en su cara  
enemigos de su gusto.  
FELINO. Gente parece que sueña.  
SIRENA. Estos de la corte son.  
LUCINDA. No vienen sin ocasión.  
CARLOS. Por Dios que me han dado pena.  
(Levántanse todos. Sale un SECRETARIO y GUARDAS.)  
GUARDAS. Aquí, señor, está Carlos.  
SECRET. Estar sentado en la tierra  
es señal de tu caída.  
CARLOS. Estoy, Secretario, en ella



como quien ve la fortuna  
sólo esta parte me deja,  
como a los que entierras cosas.

SECRET

Pienso, Carlos, que a las cuerdas  
diera sustin into el verso,  
conocer la grandesa  
en que se viertes algo extraño.

CARLOS

Si puedes por esta aldea  
ancho, hazedme merced  
que regalaros merezca  
sólo un día, y por que hablemos  
de algunas cosas que puedan  
no servir de menester  
al Rey en mi larga ausencia,  
sino de consuelo mío.  
Y si la vended vuestro  
se dirige a mi persona  
aquí estoy, que no me altera  
novedad en mi fortuna  
ni desdicha en mi suerte.

SECRET

El Rey me ha mandado, Carlos,  
que con esta guarda venga  
por vos. Aquí traigo un coche  
la causa en si la muera  
que yo soy tan vuestro amigo  
que a saberlo, en la figura  
el asegurara la vida  
poroso en resistencia.

Que decía?

CARLOS

Que me enseñe  
a que dos palabras como  
como testamento mío  
de mi amor, no de mi fortuna  
con aquella la ramera  
que bien sé yo que me lleva  
la envidia a que en el teatro  
de mi fortuna me vean  
ella y la fama amada  
porque en los entresijos venga  
¡Dios, libertad!

SECRET

Y como yo  
y como yo, Carlos.

CARLOS

Dios, libertad.

SECRET

Pienso,  
que con, desdicha y consuelo;  
que sea por el día mío, y con  
entonces las cosas.

CARLOS

Ya que siendo me voy, me voy,  
Liberada por, me voy, me voy,  
Quiero darte que me habes desdicha, alguna  
mayor que la de perder el amor mío.

Que injuriar del amor de la vida,  
desde me, como algún amor mío  
no fue más, verdad que en envidia  
y de la envidia natural, vengamos.

Lleva en las ojas e preferir tal cosa  
lleva el no se puede lo que se debe.  
Aquí me traigo la envidia, me engano,  
me voy tirado de tormento mío.  
Carigo en tu infame tragedia de amor,  
Resolvo a tu poder que no me des  
a resistir la pena de perderte  
mayor que mi vida y que mi muerte.

Mis pocos bienes y esta parte al fin,  
que sólo de mi hacienda me traigo  
de tanta desdicha memoria sea  
por que la tengas del amor pasado.  
Como mereces tu persona emplea,  
pues no te merezco por desdicha.  
Que ya, por lo demás, que mejor suerte  
que acabar mis desdichas con mi muerte.

SECRET

Carlos, bien sabes tú que si he querido  
con la verdad de mi constante pecho  
que amigable en tu fortuna he sido.  
Pienso que el tuyo queda, caridoso,  
que puesto que me pongo te he servido,  
lo que es el amor, como pudo la fecho.  
Parte según donde el cielo quiere,  
que no sé más el que me traigo conmigo.

Nada para ser tuyo eternamente  
y con la verdad te merezco bien,  
que no es por mí que como me traigo  
quien hite en tu valor tan alto empleo.  
Mi grande amor lo que me traigo como  
hablo por ti el dolor que me traigo  
que fue el amor, mi amor solo me lleva  
la causa de mi vida, el amor.

Si quieres un amor como desdicha  
mi vida, como que en mi vida mío,  
este día mi dolor, como que  
la vida mío, que como me traigo.  
Agosto, que la desdicha mío,  
y tu vida sola, como me traigo,  
juntos, como el amor, como me traigo.

SECRET

(Con que desdicha me traigo, como me traigo.)

CARLOS

Carlos.

PARTI

Carlos.

SECRET

Por la parte  
de mi vida, como me traigo.

FABIO. Estoy sin alma, señor.  
 CARLOS. Adiós, mis pobres vasallos,  
 adiós para siempre. Adiós.  
 verde selva, ameno campo;  
 aunque se va vuestro dueño,  
 no seáis al nuevo ingrato,  
 pues la primavera os queda.  
 Floreced fértiles, dando  
 flores que a sus pies debéis  
 para que gocen sus manos.  
 Antes decid que en mi ausencia  
 se acuerde que en vuestros ramos  
 aprendistes los amores  
 y envidiastes los abrazos.

*(Vanse CARLOS, FABIO y los demás.)*

INÉS. Alza los ojos, señora,  
 y no te entristezcas tanto;  
 que prevenir las desdichas  
 hace mayores los daños.  
 Por ventura quiere oír  
 el Rey la culpa de Carlos,  
 y entendida su inocencia  
 castigar a los contrarios.

LUCINDA. ¡Ay de mí! Que bien creyera  
 que la fortuna, mudando  
 condición, si no remedio,  
 diera alivio a mis cuidados  
 si fuera por Carlos sólo.  
 Pero yo deshago cuanto  
 solicita su inocencia.  
 Siempre fué consejo sabio  
 que se aparten los dichosos  
 de los que son desdichados.  
 ¿Qué será lo que el Rey quiere?  
 ¿Qué resolución hallaron  
 los jueces de la envidia  
 en la sala de Alejandro?  
 Ahora bien; ya fué mi estrella  
 amar a Carlos. ¿Qué aguardo?  
 ¿Qué importa perder lo menos  
 donde se ha perdido tanto?  
 ¿Para qué quiero la vida  
 sin Carlos? A morir vamos  
 donde muere, y acabe  
 la fortuna con entrambos.  
 Con él la envidia, conmigo  
 amor, que es amor bastardo  
 el que viendo los peligros  
 detiene el cobarde paso.  
 Cuando Carlos no me quiso,  
 sin duda estaba informado

de que era yo desdichada,  
 y que era consejo sabio  
 que se aparten los dichosos  
 de los que son desdichados.  
 Todo esto le ha sucedido  
 por mí; pero yo me parto  
 a morir con él, contenta,  
 que he vencido porfiando.  
 Sepa Carlos, sepa el mundo,  
 que muero por desengaño  
 de que hay constantes mujeres  
 a quien piensa lo contrario.  
 Vamos a la corte, Inés,  
 de mis desdichas teatro,  
 porque fuera quedar viva  
 hacer a Carlos agravio.  
 Será mi muerte un ejemplo  
 sangriento en tan triste caso,  
 viendo morir los dichosos  
 por los que son desdichados.

*(Vanse las dos. Salen el CONDE OTAVIO, ALEJANDRO  
 y el REY, con acompañamiento.)*

REY.

Las paces confirmadas con el conde  
 mi hermano, en fin, os agradezco, Otavio.

OTAVIO.

En todo a vuestro gusto corresponde,  
 galán, soldado y consejero sabio.

ALEJ.

¿Qué es esto, cielo, el Rey de mí se esconde?  
 ¿Qué mayor desengaño de mi agravio?  
 ¿Con Otavio secretos que me niega?  
 Pensando voy que el desengaño llega.

Fabrica sobre débil fundamento  
 quien de mentiras, ambiciones fía.  
 Así las esperanzas lleva el viento,  
 así de la venganza llega el día:  
 no perdonaba el Rey un pensamiento,  
 átomo de su misma fantasía,  
 sin partirle conmigo, y ya me encubre  
 lo que apacible al Conde le descubre.

Sin esto, venir hoy acompañado  
 sin saber la ocasión, hasta la puerta  
 de la ciudad, justo temor me ha dado  
 de que fué mi malicia descubierta.  
 Bien puede un testimonio dilatado  
 algún tiempo tener la prueba incierta:  
 pero después él mismo rompe el velo,  
 quita las nubes y descubre el cielo.

REY

Me acordaba de Ulises. Oírsele con agüero  
de la voz al verde no pañado, caído.

OTAVIO

Tu voz, como el viento, golpea siempre  
los ojos que almanen y desmanan, con

REY

Que sabes lo que quiere que me enseñen,  
Tanta amor de la verdad oculto,  
Dormido y albedado de la guerra  
¿En las quechis perdidos la tierra?

OTAVIO

Pues como se fue, trece a frente  
de dos fuertes ejercitos, lucidos  
en arena, vides y número de gente  
los sus mapas pequeños, divididos  
cuyo canal, entonces transparente  
en vez de verdes, aridos, vestidos  
de raras y bonas, retratada tuman  
de aridos lunares, y de raras plantas.

Va pasando en tropa los caballos  
dividiendo las aguas con los pechos  
completiendo arena los herrales callos,  
¿Hayando en qué nido, delitos hechos  
cuando reconocen los vaallos  
y de la inmensa guerra sateltechos  
para las armas. Tanta fuerza tiene

REY

Y hoy en camino que Carlos viene

*Emp. y descomponen Carlos y Pardo. — Sonido de  
truenos y truenos.*

CARLOS. — ¡Buen, como en Majestad!

PARD. — ¡Buenos, ¡buenos, ¡buenos!

REY. — ¡Buen Carlos, que a mierte

que todo lo tiene todo

LEONAR. — ¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

REY. — ¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

CARLOS. — ¡Buen, el Rey!

PARD. — ¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

REY. — ¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

PARD. — ¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

REY

que no me quieran  
¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

OTAVIO

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

¡Buen, el Rey, ¡buen, el Rey!

FABIO. Carlos vitor  
van diciendo por las calles.

*(Con acompañamiento le lleve el REY a su lado, y  
quede allí LUCINDA con INÉS.)*

LUCINDA. Si suele un grande placer  
y una súbita alegría  
quitar la vida, la mía  
¿qué otro fin puede tener?  
De pensar que puede ser  
por no morir, me retiro.  
¡Ay, cielos! Si aquí no expiro  
el alma tengo de acero.  
pues cuando muerto le espero  
César triunfando le miro.

No de otra suerte que a quien  
desde tormenta a bonanza  
pasó la muerta esperanza  
puedo darme el parabién.  
Pero pensando también  
en que mudando lugar  
Carlos se puede mudar  
por no venir a perder  
la vida, es dicha tener  
en tal placer tal pesar.

Carlos a este triunfo atento,  
ya sin memoria ninguna,  
como muda de fortuna,  
mudará de pensamiento.  
Su sobrina en casamiento  
le dará el Rey; esto es cierto.  
La misma dicha me ha muerto,  
pues otros suelen dejar  
la vida en medio del mar,  
pero yo, llegando al puerto.

INÉS. Cuando del cielo recibes,  
señora, tanto favor,  
¿tienes el mismo temor  
y con más tormento vives?

Ingratamente procedes,  
que no es razón presumir  
en lo que está por venir,  
que sin los méritos quedes;  
¿que amando en baja fortuna  
a Carlos tal premio esperan?

LUCINDA. La mar y la tierra alteran  
las mudanzas de la luna.

Y es mi desdicha inconstante  
tan cobarde al bien presente,  
que la he temido creciente  
más que la temí menguante.  
Porque a poder presumir

que otra mujer le gozara,  
sospecho que me pesara  
de ver a Carlos vivir.  
¿Este no es Fabio?

*(Sale FABIO.)*

FABIO. En extremo  
me alegre de verte aquí.

LUCINDA. ¿Qué sabes, Fabio, de mí,  
que mil desventuras temo  
después que en tanta grandeza  
has visto a Carlos?

FABIO. Señora,  
Carlos te estima y te adora.  
Tu discreción, tu belleza,  
tu virtud, tu grande amor,  
es la grandeza en que está;  
que respecto desto es ya  
sombra del Rey el favor  
y el aplauso de la corte.  
Y aunque de mí te escondías,  
le dije que le seguías  
como la imán sigue al Norte,  
y dijo: "¿Ves la grandeza  
en que el Rey me ha puesto ya?  
Pues sin Lucinda será  
aunmento de mi tristeza.

Búscala, y dile que aquí  
procure andar encubierta;  
pero de mi alma cierta,  
que ha de vivir sola en mí".

Y calló, porque mandó  
el Rey que saliese a dar  
audiencia, por contentar  
al pueblo, que la pidió:  
que con mejores alientos  
sirven y guardan su ley  
cuando con prudencia el Rey  
tiene los pueblos contentos.

Tú, pues que Carlos lo está,  
alégrate de que el cielo  
quiere premiar tu buen celo.

LUCINDA. ¿Que Carlos se acordará,  
Fabio, del amor pasado?

FABIO. ¿Habiase de olvidar  
tan presto?

LUCINDA. Un alto lugar  
Fabio, un diferente estado  
no sólo presumo yo  
que esta enfermedad padece;  
pero pienso que aborrece  
a quien humilde le vió.  
Huyen de ver la grandeza

los que la vieron en don,  
que le parece que son  
testigos de su bueza.

FABIO. Pues Carlos siempre fué mas,  
qu' él que ante fueron buenos  
no pueden venir a menos.

LUCINDA. Ahora bien, tu le diras  
que yo andare en este traje  
oculta por que ninguna  
fortuna de la fortuna  
en que le miro me baje,  
y tú buscarme podras,  
que no saldre desta puerta  
de palacio.

FABIO. Así encubierta  
mejor señora estaras,  
en rustica transformada.

LUCINDA. Mira en que te sirvo yo.  
Que le digas. Pero no,  
no le digas Fabio, nada,  
que no le puedes decir  
mas que Carlos entender  
de verme por el perder  
de verme sin el morir.

FABIO. Servidor, señora Ines.

INES. Ya habdas a lo sublime.

FABIO. Pues hay cosa que yo estime  
como tus.

INES. Qué tui.

FABIO. Tus pies.

Soy mortal apasionado  
de pies por cierta roseta,  
y tanto, que a ser poeta,  
te los hubiera gloriado.

(Una pausa.)

LUCINDA.

Salte la rana, y sale la esperanza  
que para el gallo desde el cuarto avienta,  
con su peso en las ondas se levanta,  
y muélate, leña seca, tálamo almorza.  
El piloto que sabe la mar abanda  
la sueta por las nubes alimenta,  
y con brisa del viento y la tormenta  
le enseña de volver hasta la orilla.

Ah, que bueza en tu jardín hallaras  
buenos en dolo, amor, de suspensas,  
salas y su esperanza, a acomodarlas.

Algunas a tener de estar con amor,  
mucho toda la gloria de gemidos,  
diciéndome lo poco de perdidos.

(Sale LEONARDA, CELIA y dos criados.)

LEONARDA. Que sea le viene a saber  
a Carlos a dar audiencia?

CELIA. Cualquiera tiene licencia  
de hablar, y Carlos de oír.

INES. Esto es Leonarda, señora.

LUCINDA. Que quiere Leonarda aquí.

INES. Ver a Carlos.

LEONARDA. Ay de mí!

CELIA. Si yo pudiera pensar  
y tan adivina fuera,  
Celia, que Carlos volviera  
a ocupar este lugar,  
no hubiera usado con él  
de término tan ingrato.

CELIA. Amor, aunque falte el trato,  
vivirá, señora, en él,  
que apenas le mirarás  
fierna, cuando vuelva luego  
más obediente que al fuego  
la cera.

LEONARDA. En lo cierto estas:  
que el grande amor que me tuvo  
cómo se pudo acabar?

CELIA. Estuvo para expirar  
de amor, importante estuvo.

LEONARDA. Apenas le habré mirado  
con los ojos que yo miro  
cuando con tierno suspiro  
recita el amor pasado.

No has visto, Celia, matas  
con breve riego una vela,  
como por el humo anhela  
volver al mismo lugar?

Pues así cuando amor llora,  
la sueta correspondencia,  
por el humo de la memoria  
se vuelve a encender las labias.

Que cuando un amante como  
olvida viendo el rigor,  
soga la cervice amor  
y vuelve a enseñarse el tuer.

Moral con al hoy por suplico  
que lo que tanto en hallado  
señala en perdidos por tal.

CELIA. Así muchos laberintos  
dadas de un suplico.

LEONARDA. Aunque, ¿de dónde buena?

CELIA. Señora, señora, del vicio,  
tierra del señor don Carlos.  
Veniendo della esta tarde.

sabiendo que su merced  
del Rey y él hicieron paces,  
para que mos dé favor  
contra un mozo que mos trae  
sin joicio con un preito;  
mas no podemos habralle,  
porque en viendo los porteros  
gente deste humilde traje,  
no hay dimuños más soberbios.  
¡Bien haya Dios, que de balde  
deja entrar a cuantos quieren  
a pedirle y a rogarle!  
Pensando estoy muchas veces,  
cuando pregunte a los tales:  
“¿Por qué no dejaste entrar  
a la mujer miserable,  
al pobre, al soldado roto  
que trae de Italia o Flandes  
los servicios por arrobas,  
como por onzas la sangre?”.  
que le podrán responder.

LEONARDA. ¿Qué pleito es ese tan grande  
que traéis con ese mozo?

Que gustaré de escucharle,  
porque tenéis buena gracia.

LUCINDA. Hasta agora no se sabe,  
que aún está mi preito en duda.

LEONARDA. Pues, por mi vida, contadme  
la causa, porque os conviene  
hablar persona tan grave.

LUCINDA. Si ella primero me dice  
quién es, y puedo fiarme  
de su mercé, irá de preito;  
aunque ya ciertos mensajes  
llevan al alma los ojos,  
nacidos de vuestro talle,  
de que sois una señora  
que dicen que le dejastes  
luego que el Rey le dejó.

LEONARDA. Eso, amiga, no te espante:  
que es la costumbre del mundo  
desamparar los que caen  
y seguir a los que suben.

LUCINDA. Pues personas hay que saben  
andarse con los caídos,  
sin que el mundo se lo mande.  
Pero, en efeto, ¿quién sois?

LEONARDA. Soy quien hará, como hable  
una palabra con Carlos,  
que ese vuestro pleito alcance  
sentencia en favor.

LUCINDA. ¡Malaño!  
Sois su quillotra, que el valle

atronaba con suspiros,  
por la mañana y la tarde,  
como borrico en las eras,  
diciendo mil necedades  
de una Leonarda.

LEONARDA. Esa soy.

LUCINDA. Yo le vi llamados ángel,  
con otras borracherías.  
Allá tenemos un sastre  
que suele cantar de noche  
seguidillas y romances,  
y le daba muchas cosas  
que de Leonarda cantase.

LEONARDA. Celia, ¿no lo dije yo?  
Pero no se desbarate  
el pleito.

LUCINDA. Es cuento muy largo,  
y estoy temiendo que os canse.  
Haced cuenta que os quería  
un mozo, y que por dejalle  
vos por otro, que era entonces  
más valido, o vos más fácil,  
se fué también él con otra  
que andaba, por obligarle  
a su amor, de rama en rama,  
de flor en flor, de olmo en sauce.  
de una peña en otra peña,  
como dicen los cantares;  
pero como el dicho mozo  
volvió a ser lo mismo que antes,  
también habéis de hacer cuenta  
que venistes a rogarle.

La querida con quillotros,  
que no sé cómo los llame,  
porque dos que se conocen  
presto vuelven a juntarse,  
con este miedo, y sin vida,  
vino a ver. Mas perdonadme,  
que pienso que queda mucho. (1)

LEONARDA. Pues ¿en qué se funda el pleito?  
Porque es la historia notable.

LUCINDA. Carlos lo ha de sentenciar;  
habladle por mí, que él sale.

(CARLOS, tomando memoriales, y ALEJANDRO y FABIO.)

CARLOS. ¿Vue señoría negocia  
conmigo?

ALEJ. Lo que fué antes.  
no es mucho que agora sea;  
porque como yo quedase

(1) Falta un verso asonante en “ae”.



en nuestra America a separar  
los negros y la llave  
agrega que habéis venido  
y es tanto que el Rey me mande  
que os la vuelva. Vuestro ve-  
nido es vuestro negocio más.

CARLOS. ¿Qué más vuestro es,  
al Rey?

FABIO. ¿Qué más? ¿Dime, habla!

ALFÉ. ¿Una cosa os va a decir?

FABIO. ¿Plaza? ¿Una cosa, y conde-  
me ella con una cosa?

¿La plaza de los parientes?

CARLOS. No hablaré a un Mayordomo.

ALFÉ. El noble Carlos, se acuerda.

(Con Asombro.)

FABIO. ¿De eso aunque es necesario,  
más para Dios, todo es malo?

LEONARDA. Señor Carlos.

CARLOS. ¿Quién es?

LEONARDA. Yo.

¿Ahí quien me me olvidé?

CARLOS. La diferencia de villa,

en los ojos la veis.

Señor Leonarda, ¿cuándo?

LEONARDA. A daros el parabien.

CARLOS. ¿Dada, bueno, tanto bien?

LEONARDA. ¿Pero, ¿a qué le responde?

FABIO. Advierte, señora mía,

que es necesario daros más.

LEONARDA. En tanta parte la di.

¿Pueden regirla debía,

que me dá más quien

tiene tanta obligación?

CARLOS. ¿Entonces, ¿qué es esto?

¿Entonces, ¿qué es esto?

LEONARDA. Que un vicio me ha tenido

la pena de mi vida, ¿verdad?

CARLOS. Venid, hay un lado, ¿diferencia?

¿Una diferencia? ¿Hay una?

LEONARDA. Siempre a descomodaros, ¿verdad?

¿Que os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. ¿No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

¿Que os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. ¿Que os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. ¿Que os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

¿Que os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. ¿Que os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. ¿Que os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

¿Que os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. ¿Que os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. ¿Que os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

¿Que os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. Falso, ¿verdad?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

LEONARDA. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

CARLOS. No os sea, ¿verdad? ¿Por qué?

le obligó a dejar escrito  
que de cierta cifra y della  
fué, por Alejandro, Otavio.  
Sin esto, como la guerra  
cesó, del Conde, en las paces  
quedó más cierta la prueba  
por la relación de Otavio.

LEONARDA. ¿Tanto tiene que hablar, Celia,  
esta villana con Carlos?

CELIA. Tiene tan graciosa lengua,  
que, como ya gran señor,  
gustará de hablar con ella.

LUCINDA. ¿Quién dijera que a Leonarda  
desta manera tuviera,  
cuando yo fingí que herido,  
Carlos, llegaste a su puerta.  
para probar si te abría.  
y se quitó de la reja  
con tal crueldad!

CARLOS. ¿Qué castigo  
no ha tenido la soberbia?  
Mas retírate, mi bien,  
y aguardame, que el Rey llega,  
con Otavio y Alejandro.

*(Sale el Rey, OTAVIO y ALEJANDRO.)*

REY. Siendo la prueba tan cierta,  
¿qué disculpa podéis darme?

ALEJ. Que lo que Armindo confiesa  
es que él escribió la carta,  
pero engañóme con ella;  
que yo, por seros leal,  
la tuve por verdadera;  
pero, pues yo me engañé,  
aquí tengo la cabeza.

REY. y estoy a los pies de Carlos.

Pues él os dé la sentencia.

CARLOS. Llegando a que estén, señor,  
estas cosas descubiertas,  
sea el perdón de Alejandro  
el triunfo de mi inocencia.  
El a mis pies, yo a los vuestros.  
os pido por la primera  
merced su vida.

REY. No a mí:

a ti la vida agradezca.

ALEJ. A entrambos, más admirado  
de la virtud y prudencia  
de Carlos que de los hechos  
de Alejandro, Pirro y César.

REY. Carlos, yo tengo tratado  
casarte, y quiero que sea

mi sobrina Rosimunda  
quien tus virtudes merezca.  
Hoy escribiré a mi hermano.

LEONARDA. Una palabra quisiera  
hablar a tu Majestad.

REY. Decid.

LEONARDA. Puesto que se emplea  
Carlos en tan gran señora  
como quien es sangre vuestra,  
amor que estima su gusto  
altos imperios desprecia;  
éste me tiene, y yo sé  
que, puesto que os obedezca,  
no será con voluntad.

REY. ¿Qué es esto, Carlos?

CARLOS. Que fuera

verdad, señor, si Leonarda  
cuando mi fortuna adversa  
me puso en tan bajo estado  
como agora me quisiera  
que en alto lugar me mira,  
pues le debo esta fineza  
a su interés, no a su amor.

LEONARDA. ¿Quién imaginar pudiera,  
mirando vuestra caída,  
que diera, Carlos, tal vuelta  
con vos la fortuna varia,  
que desde aquella baja  
volviéades donde estáis?

CARLOS. ¿Quién sabe si la inocencia  
sufre por cuenta del cielo  
los testimonios y afrentas?  
Y nadie en el mundo ignora  
que la amistad verdadera  
no la próspera fortuna,  
sigue la fortuna adversa.  
Pero ya es tiempo, señor,  
que vuestra Majestad sepa  
que una dama, en sangre ilustre,  
y fénix en su firmeza,  
cuando todos me dejaron  
ella sola fué a mi aldea  
y acompañó mi destierro.  
Con su favor y su hacienda  
viví, que si no...

REY. Detente.

Obligaciones son esas  
que no las pienso impedir;  
antes bien, si aquí la viera...

CARLOS. Aquí está, señor.

REY. ¿Quién es?

CARLOS. Esta labradora. Llega,  
llega, Lucinda.

|          |                                   |                             |
|----------|-----------------------------------|-----------------------------|
| LUCINDA. | Señor,                            | dadle a Leonarda la vuestra |
|          | en mi fortuna se prueba           | Y a Fabio no le darian      |
|          | que por que más que los desdencos | con Ines alguna renta       |
|          | un dicho le detengan              | Principe, dadme favor       |
|          | <i>portando vence amor</i>        | No le pidas en tu tierra    |
| REY      | Dadle la mano Condesa,            | si me es pudiendo al sereno |
|          | a Carlos, mi Condestable,         | por el autor y el poeta     |
|          | y si hay castigos que premian     | perdon con toda humildad    |
|          | pues la quereis, Alejandro,       | Demos fin a la comedia      |

# LA PORFÍA HASTA EL TEMOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON LOPE.  
GUZMÁN.  
HERNANDO.  
LAURA.

EL INFANTE.  
DOÑA LEONOR.  
TEODORA.  
ALDANA.

DON JUAN.  
TIBALDO.  
DON PEDRO.  
EL REY.

REPRESENTÓLA ROQUE DE FIGUEROA.

## JORNADA PRIMERA

(Salen DON LOPE, con banda; GUZMÁN y HERNANDO.)

LOPE. Dejádme. ¿Qué me queréis?

GUZMÁN. Que te vuelvas a la cama,  
que su mismo ser desama  
quien tal hace.

LOPE. No me déis  
consejos en mal que yo  
le padezco solamente.

GUZMÁN. Ajeno es el accidente,  
pero la experiencia no.

LOPE. ¿Has querido bien?

GUZMÁN. Señor,  
con un alma racional,  
del tributo natural  
de los impulsos de amor  
muy pocos se han escapado.

LOPE. ¿Y tú?

HERNANDO. En mi vida he querido  
más de aquello que he sabido  
que no me ha de dar cuidado.

No se alabarán los ríos  
de que han visto en sus corrientes  
mis lágrimas inocentes,  
ni el aire suspiros míos.

LOPE. De muy discreta entereza  
te alabas. Avergonzado  
estoy de haber sustentado  
tan mala naturaleza.

¿Qué le dejas a una fiera,  
incapaz de un alma noble?

Lo inanimado de un roble,  
¿qué menos sentir pudiera?

¿Qué tiene que agradecer  
a su natural injusto  
el que nació sin el gusto  
de amar y de apetecer?

Vete y no asistas mi culpa  
en esta flaqueza mía,  
que juzgas a sangre fría  
y no me hallarás disculpa.

Vete de aquí.

HERNANDO. Ya me voy.

(Vase.)

LOPE. Aprende a querer, bestial,  
y no extrañarás el mal  
de que yo muriendo estoy.

GUZMÁN. ¿Que tanto has querido? Tanto,  
que me he visto (1), por celoso,  
mal premiado y bien quejoso,  
convertido en tierno llanto;  
y he llegado a tal extremo,  
que si tuviera el amor  
potestad de inquisidor.

(1) En el original, "me hizo"; Hartzenbusch, "me han visto".

yo pudiera, por blastemo  
de su ley, estar quemado.  
Pero tal estoy conmigo,  
que siempre observante sigo  
los preceptos que me ha dado

LOPE Elegiste buen sujeto  
para estar tan bien perdido?

GUZMÁN Con estarlo he respondido  
que es para mí el más perfecto

LOPE Aun me parece a mí,  
que la mayor perfección  
es de la que hace elección  
un amante para sí.

Mas ¿qué haré yo, que adoré  
un sol dividido en dos,  
con quien parece que Dios  
en mí acrecentó la fe  
de su mismo resplandor,  
discurriendo en la hermosura  
de una angélica criatura  
la perfección del criador?

¿Qué haré cuando a dos estrella  
de un cielo estoy inclinado,  
tan fija en mi cuidado  
cuando siempre hermosas ellas?

¿Que hare sin poder vivir,  
aun siempre al tormento  
de mi mismo sentimiento?

GUZMÁN Amar callando, y sufrir,  
porque es fuerza en tal rigor  
dividir lo poder.

Me tu puedes querer,  
pero no intenderlo amor

De tu Lector la crueldad  
ablanda tus enojos,  
y tienes puestos los ojos  
en dos cosas sin fiad

Que adora de mármol frío  
una estatua helada advierte  
para sólo ablandecerte  
con alma y sin abedrio

Y en mí no nace señor,  
ni pena lle tu apetito;  
eres hombre, y no es delito  
portar temiendo amor.

Nace de ser admirada  
en el lugar tu patria,  
cuando en ti la sangre fría  
de rol negro ponderada

Que hoy (quien) con ardiente  
rota celosa y fría figura [labios  
atreditarse procura  
con las culpas de los sabios

Y como siempre has vivido  
en opinión de prudente,  
murmuran públicamente  
el querer aborrecido

LOPE y el porfiar despreciado  
¿Que importa si han murmurado  
con la culpa que he nacido?

Con su mala inclinación  
pueden, Guzmán, reprobar,  
pero no me han de quitar  
la gloria de mi elección.

Que como es el no incierto  
no me debo más a mí  
que emplear mi gusto así  
y poder si no acierto

Y aunque a morir me condena,  
que está haciendo te promete  
la dignidad del sujeto  
concedida para mi pena

Y pienso esperar penando  
persecutando y sufriendo,  
por granjear poderiendo  
la que me merezca amando

Y lo que siento no es ver  
nada en mí sin esperanza  
sino saber que otro alcanza  
más ventura en menos ser

Y cuando llega a pensar  
que poco va venturoso  
la y reír, por cosa dichosa,  
si que por más amor

tuerca en el corazón  
los venturosos en ridos  
en tal hastío del alma  
se pluma de ponzoñosos

(Salen Laura, hermana de Don Lope)

LAURA Que me dices, hermano,  
en estos días al accidente  
de esta calentura ardiente  
de tanta fiebre como es mala  
que tira más allá de lo sano

Hecho vuestra presidencia  
que es la cura esta dolencia  
que en vos adoptamos quiere

Rece, hermano, la medicina  
volvíd a la salud

LOPE Laura  
muor ante el resaca  
con mi gusto, mi salud,  
que en vivas flamas desahogado  
salgo a descansar aquí

supuesto que es para mi campo de batalla el lecho.

Respire, Laura, mi aliento; que un espíritu afligido, cuando está más recogido, hace mayor su tormento.

Calentura que está asida al alma con el rigor de exhalaciones de amor, mal curada y bien sentida,

no pide, hermana, lugares que son tan ocasionados para meditar cuidados multiplicando pesares.

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. El infante don Fernando entró en casa; ya, señor, pasa dese corredor, por tu salud preguntando.

LOPE. ¡Bravos extremos de amor hace el Infante conmigo! Con igualdades de amigo me ha tratado, y su favor, con una y otra fineza, se acrecienta cada día.

(Sale el INFANTE.)

INFANTE. ¡Esta es mucha valentía!  
LOPE. Aliéntame vuestra Alteza con sus favores, de suerte que puedo bizarrear contra lo que no es llegar a ver el rostro a la muerte.

Que casi no fuera en mí cualquier mal sin mejoría delito de grosería, favoreciéndome así.

INFANTE. Vos sabéis agradecer mucho más que yo obligar.

LOPE. Esto es, gran señor, pagar lo que debo a vuestro ser; que haciendo grandezas tales beneficios y favores, lisonjean los dolores y disminuyen los males.

INFANTE. ¿Cómo, hermosa Laura, estáis?

LAURA. Como yo también, señor, participo del favor con que a todos nos honráis, con salud y agradecida, vuestros favores gozando,

voy cada día aumentando esperanzas de más vida.

INFANTE. El más cuerdo reprobador los descuidos del no hacer, dicen que es encarecer disimulando el culpar;

y siendo así, yo me doy por culpado y entendido del descuido que he tenido, cuando en vuestra gracia estoy.

LOPE. Y vos me veis en mi casa, dando con este blason envidia y admiración.

¿en qué puede ser escasa la merced que me habéis hecho? ¿Qué secreto habéis, señor, reservado en el favor que me hace vuestro pecho?

¿Qué veces habéis jugado cañas, que yo no haya sido por vos mismo el escogido para darme vuestro lado?

Si persona [se] ha propuesto para casos de importancia en Castilla, Roma y Francia, honrándome siempre en esto,

habéis, con el Rey, señor, favorecido la mía, dando muestras cada día de más fe y de más amor.

Y al dudar y al resolver vuestros casos (1), siempre ha sido observado y admitido mi gusto y mi parecer.

Y esta verdad conocida, juntamente puede Laura decir que con vos restaura esperanzas de más vida:

que como es mi hermana y es quien desea mis aumentos, hace de vuestros intentos particular interés.

INFANTE. ¡Por vida del Rey, mi hermano, que si de Aragón tuviera (1) la corona, que pusiera su poder en vuestra mano!

LOPE. Sólo en una niñería, que ha tocado en extrañeza.

(1) En el original, "lazos". Hartzenbusch. "vuestra Alteza".

(1) En el original, "que si Aragón hubiera", por errata notoria.



puedo contar le vuestra Alteza  
quejoso.

LOPE. ¿Por vida mía,  
que he de saber en que ha sido?

LOPE. Vuestra Alteza dé licencia  
a Laura que en su presencia  
no pueda que es permitido.

LAURA. Laura pidiendo, la licencia  
(Pase.)

INFANTE. Darla es en mi obedecer.  
Yo tomara no saber  
lo que es, por que no se fuera.

HERNÁNDEZ. También podremos nosotros  
irnos, pues Laura se va  
y los deja.

GUZMÁN. Claro está  
(Pase.)

INFANTE. Esperad fuera vosotros.

LOPE. Aquí tiene vuestra Alteza  
en que sentarse.

INFANTE. Si hare,  
si vos os sentáis.

LOPE. No se  
que sea tanta la flaqueza  
de mi mal que me permita  
tan ciego atrevimiento,  
temo de que si me (1) siento,  
vuestro valer se limita.

INFANTE. Sin ninguna enfermedad  
os podéis sentar coningo,  
que con Cardona y mi cuerpo,  
que es segunda calidad.

Sentad, don Lope.

LOPE. Señor,  
muy bien podrá hablar en pie.

INFANTE. Sentad, que me enjare.

LOPE. Si la obediencia es mejor  
en un valallo, no quier  
o bien parecio imprudente  
las culpas de indobiente  
incurrir.

INFANTE. La una espero.

LOPE. Con las mercedes, señor,  
que digo que he recibido,  
y temo la enfermedad  
de la enfermedad mi amor  
pero también mi cuidado.

por una acción natural  
que de mi pecho sale.  
vuestra Alteza ha recatado.

Y como las voluntades  
son todas diferentes,  
existen en muchos  
de diversas calidades.

Imposible es para mí,  
según la merced de  
que nos merezca vuestra Alteza  
que viva fuera de amor.

y siendo así, con voluntad  
con pena me da cuidado  
saber de mi recatado,  
su amor con voluntad.

Y como estas cosas son  
las que más cerca de él  
trase el alma, y puedo en mí  
engendrar satisfacción.

al verme favorecido  
de un peñón a quien me ofrece  
primero que disminuirlo  
todo lo que no he sabido (1).

INFANTE. Mas parte que se conoce  
que es causa deste temor  
la estimación de mi amor,  
o quiero satisfacer.

No sé cómo el rigor equivale  
de un amor vivo y fingido,  
pero nació destinado  
a vivir. Pero y castigo.

curando penas y enojos  
reducido el castigo  
de mi vida al breve suceso  
de dos bellas horas.

Por reducir su extrañeza  
con recato he prometido  
no decir el nombre.

LOPE. Ha sido  
según oír de vuestra Alteza.

INFANTE. Y mi palabra es empeño  
don Lope que no es temer  
el no decir mi amor,  
sino por callar el nombre.

LOPE. Lo que yo quiero quier  
es el amor, no el nombre,  
por poder hablar frequently  
enierta de mi vida.

A estar sin el vuestra Alteza  
fuera el decir lo que siento.

(1) En el original: "delito de con el amor"  
errata evidente.

(1) Tal vez se refiera a la idea de que el  
infante quiere en el original: "por haberlo Lope".

cogerle el entendimiento,  
o traición con mi flaqueza.

Y, pues sabe qué es querer,  
para penar y sentir,  
poñiar sin conseguir,  
y servir sin merecer,

como amante, señor, pido  
que escuches piadosamente  
la causa de un accidente  
que me tiene sin sentido.

INFANTE.

Discreción fué examinar,  
don Lope, mi amor primero;  
que un amante verdadero,  
sintiendo, sabe escuchar.

Y a no ser de los que amor  
a su esclavitud condena,  
supiera escuchar la pena,  
mas no juzgar el dolor.

LOPE.

El día que en Zaragoza,  
al dichoso nacimiento  
de Carlos, vuestro sobrino,  
celebró fiestas el reino,  
al principio de unos toros  
asistí, para hacer tiempo  
para jugar unas cañas,  
en que fuistes cuadrillero.  
En una ventana estuve,  
cerca de otra donde el cielo  
puso en epiciclo breve  
deste su esférico asiento  
dos soles en blanca aurora  
vestidos de rayos negros:  
piadoso luto, sin duda,  
por los amantes que han muerto.  
Rayos de luz fulminaban  
tan vivos en mis deseos,  
que eran los átomos almas,  
y espíritus sus reflejos.  
Animadas sus acciones,  
animosamente hirieron  
mis ojos, porque tenían  
más almas que movimientos.  
De suerte estaban conformes  
en la hermosura del cuerpo  
lo descuidado en lo airoso,  
y en lo hermoso, lo compuesto,  
que para ser su belleza  
un divino atrevimiento,  
tuvo amagos de deidad  
la humanidad del sujeto.  
Sabíamente discurría  
de la fiesta los sucesos,  
exhortación apacible

que hizo mi entendimiento.  
Tan sin mi quedé, señor,  
después que la vi, que creo  
que sólo ya vive en mí  
la vida de mis deseos;  
y así conformado tanto  
mi gusto y mis pensamientos,  
que aquello que no es quererla  
es lo que de mí aborrezco.  
Y de aquí puede inferirse  
mi pena, pues no granjeo  
un minuto de esperanza,  
con dos años de desvelos.  
Referir a vuestra Alteza  
las diligencias que he hecho  
es cansarle, acrecentando  
memorias a mis tormentos;  
y, al fin, yo muero de amores  
tan sin ventura, que pienso  
que nace de mi desdicha  
lo imposible del remedio.  
Y para disculpa mía  
diré, señor, por quién muero,  
que es tal, que vengo a tener  
en lo dañoso el consuelo:  
doña Leonor de Moncada,  
a quien don Juan de Acebedo  
presumo que tiene dada  
palabra de casamiento,  
es por quien vivo, señor,  
tan sin salud, que pretendo  
que pasen por muerte injusta  
las desdichas que padezco.  
Y vuestra Alteza perdone  
el decirle mis desvelos,  
que dichos y perdonados,  
al sentirse serán menos.

INFANTE.

Semejantes ocasiones  
son el crisol destos tiempos  
donde se afinan y apuran  
los amigos verdaderos.  
Por la santísima cruz  
que a esta espada toco y beso,  
que no han de quedar amores  
tan bien sentidos sin premio,  
y que, ya que yo en los míos,  
por desgraciado, no puedo,  
que me he de vengar en ser  
poderoso en los ajenos.  
¿Quieres, don Lope, que trate  
con ella tu casamiento?  
Su sangre dice que sí,  
y mi amor que sea luego.

LOPE.



pretende calificar  
la dichosa suerte mía.

LEONOR. Siendo tan dueño de todo,  
fuera en lo injusto del modo  
sobrada la cortesía;  
porque es un error vicioso  
que pida el que puede dar.

JUAN. Ya doy, pero es qué envidiar  
al mundo. El más venturoso  
de aquellos que han ajustado  
sus obras con su deseo.  
que puede conmigo creo  
tenerse por despreciado.

A su Majestad pedí  
para casarme licencia,  
y estimando la obediencia,  
aunque era forzosa aquí,  
de suerte habló en la elección,  
que pudiera darme celos,  
a no tener mis desvelos  
conocida su intención.

Los infantes don Fernando  
y doña Clara nos da  
por padrinos.

LEONOR. Eso es ya  
comenzar acreditando  
nuestro honor.

JUAN. De mis aumentos  
dice que tendrá cuidado;  
y con esto y haber dado  
fin dichoso a mis intentos,  
ni a él le queda más qué hacer,  
ni a mí más qué desear;  
porque si juntara el mar  
con la tierra su poder,  
y con rayos fulminantes  
el sol, padre de la vida,  
a mis manos reducida  
la inmensidad de diamantes  
que engendra, hermosea y toca,  
no compitieran aquí  
con las dos letras de un "sí"  
de tu hermosísima boca.

LEONOR. Tan divinamente hacéis  
lisonja a mi dignidad,  
que acreditáis, por verdad,  
aquellos que encarecéis.

Pero, si honrarme queréis  
en esta ventura nuestra,  
decid sólo que soy vuestra,  
y así me encareceréis.

ALDANA. El infante don Fernando  
viene a hablar a vuesancé.

LEONOR. ¿Qué me quiere a mí?...  
ALDANA. No sé.

LEONOR. ¿Infante?

ALDANA. Estoy temblando,  
sólo de oírle, no más;  
porque hay fama en Aragón  
que es el Infante un Nerón;  
que es un Nerón, un Caifás;  
que tiene su voz airada  
tan poquito de alleluya,  
que cada palabra suya  
parece una bofetada.

JUAN. El Rey le habrá dicho ya  
que ha de ser nuestro padrino:  
que a esto vendrá imaginó.

LEONOR. Lo que es presto se sabrá.

JUAN. ¿Írme?

LEONOR. Impórtame a mí,  
que nunca buenas han sido  
las visitas de un marido  
sin la posesión de un "sí".

JUAN. Quiero, pues, si es importante,  
dueño mío, a vuestro honor,  
esconderme. Este favor  
perdonara yo al Infante.

(Escóndese DON JUAN, y sale el INFANTE y CRIADOS.)

LEONOR. Sea, señor, vuestra Alteza  
mil veces muy bien venido  
a honrar mi casa, que ha sido  
propia acción de vuestra Alteza.

INFANTE. Yerro será preguntar.  
por salud tan conocida.

LEONOR. La que tengo está ofrecida  
solamente a desear  
felices siglos, señor,  
de vida en que vuestra Alteza (1),  
con el laurel vencedor;  
que su espíritu valiente  
ardiente cometa es ya,  
pues amenazando está  
las regiones del Poniente.

INFANTE. Ya me obligáis a tener,  
con tan heroico decir,  
descos de conseguir  
lo glorioso del hacer.

Y cuando de parte mía  
se acreciente nuestra fe,  
bien podré decir que fue  
de un ángel en profecía.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

LEONOR. ¡Dime, encarecimiento!

INFANTE. Falsa del límite humano  
vuestra belleza y en vano  
la discurrir el pensamiento  
en menuda estimación,  
y por que podrá crear  
mi voluntad y tener  
entera satisfacción  
de mi a solas si gustais,  
quero hablaros.

LEONOR. (En.) Imagino  
que es intención de padrino  
lo que le mueve.) Que os van  
manda el Infante.

TEODORA. Venid  
esclero, *¡¡¡¡¡*

ALDANA. Taravilla de molino,  
vamos.

TEODORA. Gaitero del Cid,  
entrad el primero vos.

ALDANA. Direselo a mi señora  
en apodando, Teodora.

TEODORA. Sea por amor de Dios.

*Vanse los* CRIADOS y *quedan* el INFANTE y DONA  
LEONOR. *(Alto Don Juan escondido detrás del*  
*porche.)*

JUAN. Presto, corazón inquieto,  
de tantas dudas saldrás.  
escuchemos, y sabrás  
la causa deste secreto.

Y advierte, pues me condena  
que dudados los agravios,  
no es de corazones sabios  
anticiparse a las penas.

INFANTE. Habiendo considerado  
de vuestra ilustre asamblea  
el valor y la excelencia  
con que siempre ha concurrido  
en la sangre de Moncada  
memoria a lo futuro  
vuestros aumentos procuró  
por no veros mal casada.

Y así de mi mismo quiero  
daros esposa que aumente  
de vuestra estirpe, excelente  
el blason más verdadero.

De don Lope de Carliosa  
he traigo ofrecido un "sí",  
y en él un alma.

JUAN. ¡Ay de mi  
muerto soy!

INFANTE. De mi persona

no tengo más que informar  
después de haberla nombrado  
y de su hacienda libra daré  
la voz común del lugar  
general satisfacción  
y su calidad se alona  
con el nombre de Cardenal  
que es el mejor de Aragón.

En el período cobarde  
del rostro huben respondido  
que no obstante por ser de  
al que se propiamente.

LEONOR. Señor  
la causa de hallarme aquí  
de vuestra Alteza obligado,  
estando imposibilitado  
de hacerlo me ha puesto aquí.

Y como en el alma está  
determinado otro día  
a este voluntario empeño  
corre por su cuenta ya  
con este color envía  
a decir a vuestra Alteza  
que su amorosa envidia  
sirva por disculpa mía.

INFANTE. Cuando las culpas son tales  
por las disculpas lo son.

LEONOR. Siempre es tal el perdón  
en pechos tan liberales.

INFANTE. Despreciar un casamiento  
por sí tan ratificado  
y por mi gusto tratado,  
es parte de atrevimiento.

LEONOR. Si antes de haber elegido  
propiciara vuestra Alteza  
de don Lope la nobleza,  
concedo que hubiera sido  
atrevida grosería  
mi olvido, claro está  
pero siendo de otro va  
discúlpame el no ser más.

INFANTE. Cuando uno tan desiguales  
las partes con la mudanza  
facil disculpa se alcanza.

LEONOR. Las de mi esposa son tales  
que a mi tener Aragón  
Rey legítimo, el su fuerza  
fintamente si se diera  
el resto por elección.

Y cuando en mi esposa  
nuevas partes no valen,  
ya es menester la mayor  
el querer, ya que lo sea.

que aunque yerre la elección,  
no importa, si yo me ajusto,  
que en los imperios del gusto  
nunca fué ley la razón.

INFANTE.

También en los del poder  
es ley que está derogada  
cualquiera dicha fundada  
en firmeza de mujer.

Y podrá ser que se tuerza  
a rogar el despedir,  
que tal vez suele suplir  
por la voluntad la fuerza.

Y advierta, justo o injusto,  
el que se quiere casar,  
que manos sé yo cortar  
que se dan contra mi gusto.

(Vase, y sale DON JUAN.)

JUAN.

Juntos el bien y el pesar,  
¿por quién pudieran venir?  
¡Cielos!, ¿qué haré? Morir,  
pues que no puedo matar.

¡Ah, respetos naturales  
de los que llegan a ser  
idólatras del poder  
con las personas reales!

¡Cómo enfrenáis el rigor  
de una paciencia ofendida!  
Si hasta aquí he sido querida,  
desde aquí empieza mi amor.

LEONOR.

Y si él funda su poder  
en que deje de casarme,  
yo sé querer sin mudarme,  
y despedir sin temer.

JUAN.

Sólo en estar yo seguro  
en tu amor consiste ya  
mi suerte.

LEONOR.

Antes faltará  
el resplandor claro y puro  
del sol, en la esfera el fuego,  
vivirá un cuerpo sin alma.  
y el mar, con eterna calma.  
dará a su inquietud sosiego,  
que apartar pueda de mi  
la amenaza más impía,  
ni la más necia porfía,  
el alma que ya te di.

Y algo tiene de inorante  
quien nuestros gustos limita,  
si es un rey quien facilita  
y quien lo estorba un infante.

JUAN.

Déjame besar tus pies.

LEONOR.

admiración desta edad.  
En teniendo voluntad,  
todo es fácil.

JUAN.

Así es.

Lo que importa es abreviar  
con el Rey el casamiento;  
que ejecutando el intento,  
menos habrá qué estorbar.

LEONOR.

JUAN.

Ese parecer apruebo.

Diréle a su Majestad  
que importa la brevedad,  
sin decir que no me atrevo;

que si para amedrentar  
corta manos el Infante,  
como verdadero amante  
me sé yo determinar.

(Vanse.)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

## JORNADA SEGUNDA

(Salen TIBALDO y DON PEDRO con memoriales en las  
manos, y DON LOPE DE CARDONA, GUZMÁN y HER-  
NANDO.)

LOPE.

Esto es decir lo que siento.

TIBALDO.

Sí, pero estotro es sentir  
la pena del sentimiento,  
y habemos de proseguir  
don Pedro y yo nuestro intento;  
porque no es ley, ni razón,  
que un infante de Aragón,  
que habia de darme a mí  
ejemplo, atropelle así  
nuestra honrosa estimación.

LOPE.

Saber, señores, quisiera  
los agravios que os ha hecho  
el Infante.

TIBALDO.

A Dios pluguiera  
que los pudiera mi pecho  
ocultar, que yo lo hiciera.

Yo, señor don Lope, tengo  
una hija por casar,  
cuyo estado le prevengo,  
si bien, por no la apartar  
de mis ojos, la detengo.

Y con tanta tiranía  
solicita cada día  
el Infante su hermosura,  
que ha de impedir su ventura



¿ha de mostrar con la mala.

Aunque en su casa entró  
y a su fuer de la virtud  
donna, aunque yo  
que hebreas en inquietud  
la hebreas que habrán.

Y así humildemente,  
calle es esta mostrando  
al Rey que, pues es potente  
entre el suyo, hebreas  
dona, inquietud ardiente.

Y así el suyo superior  
no temerá con vales  
serviente, disvergen  
la hebreas, donda, hebreas,  
el mola que temer honor.

**PRIMO** Llamado, que en la parte  
del río vando, cambiar  
y así de vando, hebreas,  
porque no vado al pasar  
divertido en su corriente  
del caballo se ape-  
y, hebreas, donda, hebreas,  
en el río hebreas, donda,  
granda, que aun para castigo  
de mola, donda, que yo  
cambio la hebreas, donda,  
era una grande.

**LOR** Hebreas,  
y mola, que temer  
cambio, que hebreas, donda,  
mola, que hebreas, donda,  
y mola, del poder  
que hebreas, donda, en su ser,  
es el que hebreas, donda,  
pues se que hebreas, donda,  
por hebreas, donda.

Y así hebreas, donda,  
no hebreas, donda, en su ser,  
que hebreas, donda, en su ser,  
pues hebreas, donda, en su ser,  
y hebreas, donda, en su ser.

Y hebreas, donda, en su ser,  
de hebreas, donda, en su ser,  
hebreas, donda, en su ser,  
mola, que hebreas, donda,  
y hebreas, donda, en su ser.

**TIBALDI** Hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,  
que hebreas, donda, en su ser,  
pues hebreas, donda, en su ser,  
y hebreas, donda, en su ser,  
y hebreas, donda, en su ser.

Y así hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,  
que hebreas, donda, en su ser,  
pues hebreas, donda, en su ser,  
y hebreas, donda, en su ser.

Y así hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

**PRIMO** Y así hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

**TIBALDI** Mola, que hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

**PRIMO** Y así hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

**TIBALDI** Mola, que hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

(Fin Tercera)

**PRIMO** Don hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

(Fin Tercera)

**LOAN** Quasi hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

**PRIMO** Quasi hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

**LOAN** Sa Mola, que hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

Y así hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

**PRIMO** Hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

**LOAN** Y así hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

**LOAN** Y así hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

**PRIMO** Y así hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

Y así hebreas, donda, en su ser,  
cambio, que hebreas, donda,

hace al príncipe estimado.

Y, con perdón de su Alteza,  
la mejor naturaleza  
se adquiere por bastardía,  
cuando obra la tiranía  
en el ser de la grandeza.

LOPE. ¿Luego el Infante es tirano?

JUAN. En un príncipe cristiano,  
tiranía viene a ser  
todo lo que es ofender  
sin dar la causa; y su hermano  
no ha de querer que se entienda  
que por sí le ha de dejar  
que a ningún vasallo ofenda,  
pudiendo facilitar  
con el castigo la enmienda.

LOPE. (Este habla apasionado:  
sin duda alguna ha sabido  
lo que el Infante ha intentado,  
y a sombras deste ofendido  
pretende quedar vengado.)

Defender yo la intención  
del Infante, no es razón,  
si causa ajenos pesares;  
pero en las reglas vulgares  
son los reyes la excepción.

Y si es que puede el Infante  
venir a reinar, no es justo  
que mude el tiempo inconstante  
a su poder el disgusto  
de acusación semejanste.

La más saludable acción  
es no hacer contradicción  
alguna del poderoso.

JUAN. (Este habla malicioso,  
y responde a mi intención;  
pero no se ha de casar  
con doña Leonor, o a mí  
la vida me ha de costar.)  
Su Majestad viene allí;  
venid, si os queréis quejar.

LOPE. Mejor lo mirad primero.

JUAN. Fiscalizar culpas quiero  
de un poderoso atrevido,  
que un infante distraído  
merece un rey justiciero.

(Vase DON JUAN y DON PEDRO.)

LOPE. Medios parecen cristianos  
los que quieren deshacer  
agravios; pero tiranos  
cuando pretenden hacer  
enemigos dos hermanos.

(Sale el INFANTE.)

INFANTE. Este hombre que estaba aquí  
con don Juan, ¿adónde va?

LOPE. Irá a quejarse de mí;  
solamente sé que hará  
mal en disgustarte a ti.

INFANTE. Pasando ayer por la puente  
del río, ese majadero,  
ese grosero imprudente,  
por no quitarse el sombrero,  
al ruido de mi gente  
se hizo desentendido,  
y yo, don Lope, ofendido,  
en el río le arrojé,  
donde de su culpa fué  
castigado y ofendido.

LOPE. Pagó muy bien su pecado.

INFANTE. A la orilla salió a nado,  
si bien el agua, suspensa,  
sintió celebrar la ofensa  
de un hombre tan mal criado.

Y si se viene a quejar,  
bien se puede recelar  
de mí con nuevos temores,  
que en palacio hay corredores  
donde no importa el nadar.

Don Juan de Acebedo creo  
que apadrina su intención.

LOPE. No es posible.

INFANTE. Allí le veo  
con él; y ésta es la ocasión  
que ha mucho que yo deseo:  
porque si castiga aquí  
en éste que yo ofendí  
las quejas por su interés,  
callará don Juan después  
las que ha de tener de mí.

Y aun puede, con lo que digo,  
pensar que le soy amigo,  
mi condición conocida,  
pues le enseño en otra vida  
la imagen de su castigo.

LOPE. Si por mi causa, señor,  
te apasionas desta suerte,  
padezcamos yo y mi amor,  
y no te enojés.

INFANTE. Advierte  
que perderás mi favor  
y la prianza que alcanzas.  
Pon en mí tus confianzas,  
y calla.

LOPE. Ansí lo he de hacer,

— por tu mano he de ver  
lograda mi esperanza.

POE. — Juan Guzmán — Hernando

GUZMÁN. — D'nde va? Éstas en tí?  
Quieres llegar donde está  
el Rey?

HERNANDO. — Pues ¿qué importará?  
No es más Jemericisto?

GUZMÁN. — Di  
otra verdad menos clara  
Hernando.

HERNANDO. — Pues si en el templo  
de Dios, sin dar mal ejemplo,  
de rondón y cara a cara  
entro hasta el altar mayor,  
donde está por asistencia  
su divina providencia,  
¿por qué he de entrar con temor  
adonde está un rey, que sé  
que está sujeto, y con miedo,  
a un panarizo en un dedo,  
a un sabañón en un pie?

GUZMÁN. — Conio los reyes humanos  
han de hacer introducción  
por sí de su estimación,  
para hacerse poderosos,

han menester conservar  
esa humana idolatría.

HERNANDO. — No es burla, un dedo daría  
por poderme transformar  
en lacayo de comedia.

GUZMÁN. — Por qué?

HERNANDO. — Por sólo pegarme  
con el Rey, y no quitarme  
de su lado en hora y media.

La cómica caridad  
de un poeta no está escrita,  
pues la estimación limita  
de la mayor majestad.

Y, como importa a la trama  
haré un rincón al Rey,  
que tanto luce y rey  
se muestra en una rama.

Pero, pregunto, ¿estará  
de su acuerdo, habido  
el Rey, como yo he el Rey,  
Guzmán, al ser recibido?

GUZMÁN. — No puede imaginarse  
cómo bueno a tugeto  
puede que tanto bueno  
siento por el momento.

Siempre pienso que estaré  
según imaginó Hernando  
del buen público teatro.

HERNANDO. — Plagüera al cielo, Guzmán,  
¿quién algún poeta me hubiera  
con su entraña piadosa  
que de más de cuatro cosas  
importantes le avisara?

GUZMÁN. — Que has de decirle que me

HERNANDO. — Darle un más libera  
de una expulsión general  
de figuras de la corte.

GUZMÁN. — Desplazada quedaría  
el lugar.

HERNANDO. — Notablemente.

GUZMÁN. — Y alónde habla esa gente  
de irse a vivir?

HERNANDO. — A Turquía.

(Haya dentro ruido, y diga Don Lope)

LOPE. — Detengase vuestra Alteza

GUZMÁN. — ¡Valgate Dios!

HERNANDO. — ¿Qué te ha dado?

GUZMÁN. — El Intante ha despeñado  
un hombre, y fue de cabeza  
desde aquellos corredores  
al patio.

HERNANDO. — Y tal estoy yo,  
que al golpe, Guzmán, que dio  
sirven de cois mis temores.

GUZMÁN. — No temas, en salvo estamos.

HERNANDO. — Si a su mala inclinación  
le ha cuadrado la invención,  
nosotros también vamos.

GUZMÁN. — Pues ¿qué habemos hecho?

HERNANDO. — Entiendo

que un trailete natural  
se pica en haciendo mal,  
como el que juega, perdiendo.

GUZMÁN. — ¿Que bruto tan importantes  
para mí he de valerme?

HERNANDO. — Soy un hombre simpático  
de Dios y de sus Intantes.

(A la Reina — Don Juan de Austria y su esposa  
— Hernando)

REY. — Alísta, don Juan, que voy a  
mi casa, a donde me convengo.  
Me voy a que, al fin de Dios, estoy  
bien, pero lo que me falta

HERNANDO. — Me voy a que, al fin de Dios, estoy  
bien, pero lo que me falta  
de los años de juventud.

el rigor y la crueldad  
de las manos del Infante,  
que esta culpa ha de excusar  
las que temo contra mí.

(*Íase.*)

HERNANDO. ¿Qué me costara a mí aquí,  
Guzmán, el arrempujar  
a su Majestad?

GUZMÁN. Muy poco;  
porque eso era dar indicio  
de haber perdido el juicio,  
y te tuvieran por loco.

HERNANDO. Grandes preeminencias tiene  
la locura.

GUZMÁN. Disculpadas,  
para no ser castigadas.  
¡Quedo, que el Infante viene!

HERNANDO. ¡Ah, quién pudiera aquí ser  
ahora, sin peligrar,  
loco para arrempujar  
y no para padecer!

(*Sale DON LOPE y el INFANTE.*)

LOPE. Su Majestad está aquí,  
y pienso que has hecho error  
en fiarte del color  
de su rostro.

INFANTE. Si nací  
tras su dicha, porque en él  
se infundió el alma primero,  
cuando sea justiciero,  
¿en qué me ha de ser cruel  
a mí?

GUZMÁN. ¡Extraña tembladera!

HERNANDO. Déjame, Guzmán, temblar,  
que no es quien quiera bajar  
al patio sin escalera.

Demás de que soy mortal,  
y no nací con valor  
a prueba de corredor,  
y pienso que huele mal.

GUZMÁN. ¿Has dado alguna ocasión?

HERNANDO. No, ni tal el cielo vea:  
pero puede ser que sea  
cruel por su devoción.

INFANTE. Cartas de su Santidad  
me dicen que ha recibido  
vuestra Majestad.

REY. Y han sido  
dignas de su cristiandad.

Al parabién que le di

de su creación me responde  
de suerte que corresponde  
al gusto que en él sentí.

(*Sale DON JUAN al paño.*)

JUAN. Por aquí saldrá mejor.  
REY. ¿No está bueno vuestra Alteza?  
A negar el rostro empieza  
su verdadero color.

Don Lope.

LOPE. Señor.  
REY. ¿No está

con diferente semblante  
que otras veces el Infante?

LOPE. Nadie, señor, lo sabrá  
mejor que su Alteza.

INFANTE. Yo  
no siento en esta ocasión  
ninguna indisposición.

HERNANDO. Todo está en que volió.

(*Sacan en brazos a DON PEDRO herido, y sale DON JUAN.*)

JUAN. Hasta que haya vuelto en sí  
procurar no le mover.

LOPE. Esto se pudiera hacer  
sin sacarle por aquí.

REY. ¿Qué es esto, don Juan?

JUAN. Señor.

a este hombre desdichado...

REY. Don Juan confuso y turbado  
y el Infante sin color...

Tuya ha sido esta impiedad,  
de que dan información  
del uno la turbación  
y del otro la piedad.

Y no quiero darme yo  
por entendido hasta ver  
lo que en esto puedo hacer.

LOPE. Desde el corredor cayó  
al patio, haciendo a porfia  
apuestas de ligereza.

HERNANDO. Con el peso de su Alteza  
hacia abajo la tenía.

REY. Téngase mucho cuidado  
con él, si no es muerto ya.

INFANTE. Uno sé yo que lo está  
en la fe de mi cuidado.

Don Juan se me atreve a mí.  
¡Vive Dios que ha de vengarme  
su vida.

JUAN. Por declararme



INFANTE. ¡Que éste a mí para enemigo  
no me tema! ¿Hay tal rigor?)  
REY. Si es que le importa a tu honor  
el secreto, ven conmigo.

(Vase el REY y DON JUAN.)

LOPE. ¿Qué dice don Juan?  
INFANTE. Que quiere

casarse sin mi licencia;  
pero sufra con paciencia  
el daño que le viniere;  
que en tan baja grosería  
su muerte me ha de vengar.

HERNANDO. Voime de aquí, que es azar.

LOPE. Pues, señor...

INFANTE. ¡Por vida mía,  
que no me contradigáis  
en el hacer ni el decir!  
Esta noche ha de morir,  
y ahora quiero que vais  
a ver si habla con mi hermano  
en secreto.

LOPE. Ya, señor,  
estoy de mi loco amor  
quejoso.

INFANTE. Deste villano  
vengo el atrevido intento  
y la culpa que ha tenido  
en poner aquí el herido,  
delante del Rey.

HERNANDO. Sangriento  
está el Infante, Guzmán.

GUZMÁN. Oye y calla.

HERNANDO. Sólo iré  
a nuestra parroquia.

GUZMÁN. ¿A qué?

HERNANDO. A que doblen por don Juan.

(Vanse, y detiene el INFANTE a HERNANDO.)

INFANTE. Espera tú.

HERNANDO. ¿Yo?

INFANTE. Sí.

HERNANDO. ¡Buena hacienda habemos hecho!  
El no queda satisfecho  
y quiere acabar en mí.

INFANTE. ¿Qué estás temblando? ¿Qué es  
¡Poco tienes de valiente! [eso?

HERNANDO. Diez años ha justamente,  
señor, que no me confieso.

INFANTE. ¿Cuántas veces has reñido?

HERNANDO. Nunca he tenido, señor.

pendencia de corredor,  
y toda mi vida he sido  
devoto de los infantes,  
y que pienso certifico  
que es el menor fantico  
más que cuarenta elefantes.

INFANTE. ¿De dónde eres?

HERNANDO. Del lugar  
que vuestra Alteza mandare,  
que nunca mi madre pare  
donde sepa que ha de dar  
disgusto a ningún Infante,  
porque, a saberlo, se iría  
a parir a Berbería.

INFANTE. ¡Graciosísimo ignorante!

¿Qué juzgas tú?

HERNANDO. Señor, sí.

INFANTE. ¿Qué es lo que juzgas?

HERNANDO. No sé.

pero yo respondo en fe,  
y doy por sabido aquí  
todo lo que puede ser,  
que como suele cansar  
a muchos el preguntar,  
me adelanto a responder.

(Sale DON LOPE.)

LOPE. Con su Majestad está  
hablando en la galería,  
pero yo, señor, querría  
que primero...

INFANTE. ¡Baste ya,  
don Lope, o me enojaré!  
Armado esta noche espero  
a las diez en el terrero.

LOPE. En todo obedeceré.

INFANTE. Eso te importa, y callar,  
que aquí mi parte ha de ver  
el castigar y el vencer,  
y a ti te toca el gozar.

(Vase.)

LOPE. ¡Ay, Guzmán! Sin alma quedo.  
¿Qué corazón de diamante  
se holgará de que el Infante  
mate a don Juan de Acebedo?

Y bien sé que de aquí saco  
para mí lo más dañoso,  
que el rayo del poderoso  
siempre hiere en lo más flaco.

GUZMÁN. Sólo a ti te hace favor



el infante, y sólo creo  
que esto no es virtud ni amor.

Y tengo por medio sabio  
no introducirte en su amor,  
si lo que ahora es favor  
viene a ser después agravio.

LOPE. No se que pueda aspirar.  
Guérran amigo, el Infante  
conmigo para adelante  
a algún fin particular.

Y caso que en su interés  
esto se pueda fundar,  
ahora lo he de estimar  
y castigarlo después.

Que aunque estimo y agradezco  
los consejos que me das  
si tuesen ciertos veras  
que a la defensa me ofrezco.

[Pase. Sale DON JUAN, DON LEONOR y LUCRÉSIA.]

LEONOR. ¡Oh, lo que tarda don Juan!  
Ya, Teóclora, no hay paciencia  
para esperar, si licencia  
para casarse le dan.  
En mi oración están  
dos contrarios portando,  
porque cuando estoy pensando  
que don Juan ha de ser mío,  
de mi suerte desconfío  
y vengo a morir dudando.

Acto tirano e injusto  
es cierto que viene a ser  
el quitarle a una mujer  
en los del amor el gusto.  
Solo a quererle he ajusto  
dándole, cruel Infante,  
y sin quererle a morir  
porque de malo de alivio  
que sólo es el mal que es  
el desposar al tirano.

Sólo a don Juan he querido  
y a don Lope aborrecido,  
que tanto me a don Juan he  
otro tanto me he temido,  
y como el alma ha alido  
que no es en lo que me voy  
por la culpa del dolo,  
pudiendo al rigor del mal  
sin respecto liberal.

Y como a don Juan he querido

Y como a don Juan he querido

que se acabe el lamento,  
ya vuela al mal y estuyo  
el rostro del aurora.  
Don Juan me lo dio.

LEONOR. Alma

de que está Teóclora viva,  
en su centro ni alegría  
porque a mil aguas de amante  
arroyo en nuevo río  
el aurora deste día.

[Sale DON JUAN DE ALCORCÓN.]

JUAN. Quién, hermosa duquesa mía,  
duda que me habéis culpado  
todo el tiempo que he tardado  
en veros, pero yo os fio

que a fundarse mi tardanza  
en menos que haceros mía,  
en vano me detendría  
del Rey la menor privanza.

De nuevo dice el Infante,  
mi bien, que me ha matar,  
o que no me he de casar  
¿Y vos?

LEONOR.

JUAN. Que el cielo es bastante  
solamente a deshacer  
mi ajustado pensamiento,  
porque en este casamiento  
está de mi vida el ser.

Dice que el sí de mi boca  
y de su mano el castigo  
se han de encontrar.

LEONOR. ¡Ay, amigo!  
ya parece que me toca

en el alma el sentimiento  
que en un verdadero amor,  
nunca examina el temor  
si es verdadero el intento.

¡Vive el cielo soberano  
que habéis el mundo de ver  
el valor de una mujer  
contra los principes tiranos.

Y que ha de dar la tal  
que haya más dolo todo  
el tirano de una mujer  
triste sepulcro a las fieras.

[Pase.] A mí Marcella lo he visto  
casado, va de su hermano  
y sólo me he acordado  
de un hombre que ha desmentado.

Y el alma que yo he visto  
el poder y que esta noche

disfrazado y en un coche  
os quiere venir a ver  
y a conferir vuestro gusto  
con mi dicha; que esto alcanza  
de los reyes la privanza,  
y todo parece injusto.

Lo que a vos más os agrada  
le podéis decir, y adiós.

LEONOR. Diréle que tengo en vos  
toda el alma transformada,  
que sois a quien solamente  
está ofreciendo mi vida  
la fe de un alma rendida  
y un corazón obediente,

y que de suerte se muestra  
a mí ser el vuestro unido,  
que pienso que no he nacido  
para lo que no es ser vuestra.

JUAN. De suerte debéis hacer  
lisonjas para agradar,  
que pienso que he de ignorar  
el modo de agradecer.

(Vase DON JUAN, y sale ALDANA.)

ALDANA. Señora, mientras ha estado  
el señor don Juan aquí,  
ha estado abajo...

LEONOR. ¡Ay de mí!

TEODORA. ¡Miren qué flema!

ALDANA. Un criado

de don Lope de Cardona  
esperando a que se vaya,  
como puesto en atalaya.

TEODORA. Hecho está, Aldana, una mona.

LEONOR. Mirad si tras él se va,  
que estoy temiendo algún daño.

ALDANA. Antes, si yo no me engaño,  
parece que viene acá.

LEONOR. ¿Es éste?

ALDANA. Señora, sí.

(Sale GUZMÁN.)

GUZMÁN. Esto que parece ahora  
atreimiento, señora,  
virtud viene a ser en mí.

Determinado el Infante  
sale esta noche a matar  
a don Juan, y el estorbar  
que salga es tan importante,  
que está pendiente su vida  
de que vos se lo aviséis;

y adiós, que si le queréis,  
basta quedar advertida.

LEONOR. Esperad, que sale ya  
este diamante a premiaros.

GUZMÁN. Si no fué culpa avisaros,  
con el premio lo será.

Y aunqued estéis agradecida,  
no me deis, señora, nada,  
que virtud interesada  
pocas veces fué creída.

(Vase GUZMÁN.)

LEONOR. ¡Ay, Teodora, muerta quedo!

TEODORA. Y a mí también me ha dejado  
el corazón tan turbado  
que de espanto hablar no puedo.

LEONOR. ¿Cómo podré resistir  
del Infante este rigor?  
Que soy mujer con amor,  
y si muere, he de morir.

Dime, Teodora, un engaño  
por donde en tanto rigor,  
sin perder yo de mí honor,  
le pueda escuchar el daño.

TEODORA. Con el Rey ha de venir  
el Infante, y será bien  
fingir con don Juan desdén  
si quieres verle vivir,  
pues entre tanto el Infante  
mudará de parecer.

LEONOR. ¿Despreciar he de poder,  
Teodora amiga, a mi amante?

Pero perdone mi engaño  
si mi desengaño siente,  
pues lo hago solamente  
por evitarle otro daño.

TEODORA. El Rey viene ya.

LEONOR. ¡Ay de mí!  
¡Qué notable confusión!

(Sale el REY y DON JUAN y acompañamiento.)

REY. Mucho estimo esta ocasión.

JUAN. Yo siempre os he de servir.

LEONOR. ¡Tanta merced, gran señor!  
¿Cuándo pensó ver mi casa  
el bien que por ella pasa?

REY. Su dueño tiene valor  
para mayores mercedes;  
y a apadrinar he venido  
el dueño que has elegido,  
y dalle la mano puedes,

y puede estar contenta  
con tan noble pensamiento,  
porque en honor y su aumento  
lo tomo yo por mi cuenta.

LEONOR ¿Quien es el dueño, señor,  
que decís?

REY El me ha contado  
lo que le habeis estimado,  
y don Juan tiene valor  
para poder merecer  
ser vuestro. A esto he venido.

LEONOR Muy engañado ha vivido,  
porque aunque pudieran ser  
cosas que tan justas son,  
la misma razon defiende  
que el ajeno amor depende  
de la propia inclinación;  
y no sólo no la tengo  
al amor que don Juan muestra,  
pero en sus engaños diestra,  
de sus rigores me abstengo.

REY. JUAN Don Juan, ¿qué es esto? Señor,  
penite.

REY Que errastes es llano,  
pues me trujistes en vano  
a lo que no imaginé.

Y nunca la autoridad  
de vuestro Rey empeñéis  
en cosas que no sabéis  
que son muy cierta verdad.

JUAN Señor. ¿Qué dices?

REY. JUAN Sabe Dios  
que agora.

REY Que os quedeis digo  
que venís como enemigo,  
y no he de volver con vos.

(Pase el Rey. Y queda Don Juan a un lado, en silencio.)

TIERRERA ¡Ay señora, que se va!

LEONOR Tiene amor y está otorgado  
no justo, sí.

TIERRERA El se cree  
la misma, y así está.

LEONOR Que Rey las cosas sabe.  
Yendo, el detalle aquí  
está que procure en mí  
casar, como el agrado.

— ¡Triste de la que siendo  
sugando, cuando así andando  
— hace lo que está imaginando

está y paleciendo y!

JUAN Lo imaginado es lo cierto  
todo ha sido aprehendido  
de un espíritu dormido  
y de un corazón despierto.

— Miente el sentido que aquí  
me dijere que no es sueño  
decir que ha de ser su dueño,  
don Lope! Pero ¡ay de mí!

— Señales cierto ha de ser  
el dueño, pues ha nacido  
sin ventura el otorgado,  
y es la que otende mujer.

— Por donde [le] he de empezar  
a decir mi sentimiento,  
si así no quiere lo que siento.  
— Creer por no me malair?

— Mujer, que no sé que darle  
otra aflicción por!

(Queda Don Juan a un lado.)

GUILLÉN Con don Lope así andar  
viene el Infante.

LEONOR El liberto  
bien más espanta.

JUAN Ah, traidera!  
— ¿Ay, cómo te llaman?

Don Lope es su bien, tirana,  
y mira cuál son agora.

— tu pensamiento traideres  
que porque no me hable aquí  
y tenga celos de mí  
me valdrías con amores.

LEONOR Tú vira con él te va  
mejor, sólo que cuando leerte

JUAN Si va conmigo la muerte,  
muerto la he de hallar allá.

LEONOR Hírate allá, es de mi  
que te como y muerter?

JUAN ¿Qué cosa es ha que acabar  
sólo por no verte así?

— Dime, que más me hallar  
destruyendo a perdarme.

(Pase el Comendador a Don Juan.)

LEONOR ¿Con un hombre se va a casar  
que lleva a don Juan?

— ¿Seguía y entra? ¡Ay, ay, ay,  
cómo digo, cómo,  
del alma ha sido llamado  
para ser más bien traider!

porque he mudado, señor,  
de gusto y de parecer,  
y empecé a reconocer  
mi ventura en su favor.

Y esto sirva de avisaros,  
señor don Juan, que no entréis  
en mi casa, pues sabéis  
que vendréis sólo a cansaros.

El tiempo que supe amar  
supe también defender,  
y ya forzoso ha de ser  
el despedir y olvidar  
para que quede excluido,  
al mismo tiempo que ha entrado  
un esposo apadrinado,  
un amante aborrecido.

LOPE. Hombre que ha llegado a oír  
tan gran favor de tu boca,  
si con la suya no toca  
tus pies, no sabe sentir.

INFANTE. Agora sí me tendrán  
mis sentidos persuadido,  
viendo a don Lope elegido,  
y despreciado a don Juan,  
que en sólo haberos hallado  
en su amor arrepentida  
ha consistido su vida,  
y así, no hay que dar cuidado,  
que a más vida le condeno,  
si su pena se acrecienta,  
solamente porque sienta  
el verte en poder ajeno.

JUAN. Ya que estáis desengañado,  
aquí ¿qué tenéis que hacer?  
Vamos, alma, a padecer  
lo que habemos ignorado.

(*Vase DON JUAN.*)

LEONOR. (La industria ha sido cruel,  
al paso que conveniente.  
A padecer lo que siente  
se va mi vida con él.)

Esto basta por ahora  
por principio de mi amor,  
que es ya muy tarde, señor.

LOPE. En todo os debo, señora.  
el mostrarme agradecido.

INFANTE. Y yo obedezco, y me voy.

(*Vanse el INFANTE y DON LOPE.*)

LEONOR. ¡Teodora, sin alma estoy!

TEODORA. ¡Lindamente lo has fingido!  
LEONOR. ¡Qué puede encubrir mi fe  
con tan notable desvío!  
¡Pero vivid vos, bien mío,  
que yo os desengañaré!

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

## JORNADA TERCERA

(*Sale LAURA y HERNANDO.*)

LAURA. ¿El Infante?  
HERNANDO. Y en señal  
de que viene, estoy turbado,  
que es como haberme soltado  
a mí una furia infernal;  
que dicen, dando querellas,  
deste infeliz, no te asombres,  
que ha muerto seiscientos hombres,  
diez viudas y seis doncellas.

LAURA. Espera aquí.  
HERNANDO. En mi flaqueza  
es impropio.

LAURA. Aquí has de estar,  
que nunca para estorbar  
hizo falta la nobleza.  
Desquitar quiere en mi honor  
lo que por don Lope hace,  
y así, no me satisface  
su mal inclinado amor.

(*Sale el INFANTE.*)

INFANTE. Si cuando llegué a pensar  
que no os pude merecer  
me pudiera yo abstener  
de padecer y penar,  
que excusara sabe Dios  
lo que siento y lo que digo;  
pero ya puedo conmigo  
mucho menos que con vos.  
Tirano hermoso, al rigor  
de un continuo desear,  
¿cuándo te podrá obligar,  
tanto sufrir?

HERNANDO. Sí, señor.

INFANTE. ¿Cuándo sabrás conocer  
la humildad con que te adoro,  
pues sólo contigo ignoro  
la fuerza de mi poder?

Por don Lope he procurado

haciendo así intención,  
y como con su pasión  
le peducula y le pide  
enigma, amorosa parte  
en que se viene de alar,  
con que con hermosa pasión  
le pide, con su intención.

Pero, Laura, he de ser  
como al que se desolado  
desaguar la que ha salido  
en su sufrimiento.

HERNÁNDEZ

«La sola tengo atención,  
Ah, quien san de los tres  
que en Laura se desolado  
para no pagar nada!»

Que según estoví tráfalo  
agora quisiera ser  
Laura para prometer,  
y al cambio volver. Hernando.

LAURA

«En no desprecio en amor  
hago por don Lope aquí,  
pues me queda libre a mi  
la desolación de mi amor».

Cuanto vuestra Alteza le ha hecho  
por don Lope está admitido  
cuidado y cuidado  
en la lealtad de mi pecho.

pero no puedo, señor,  
mientras no dame mi hermano  
a dona Leonor la mano  
disponer según su amor.

porque estoví tan desolado  
de los desolados que siento  
que en cambio más tarde  
mejor el alma divertida.

Y así puedo prometer  
desoladamente por mí  
que al dar la mano y el al-  
saber así y querer.

HERNÁNDEZ

No puedo haber. Cuere  
mucho con mi amor. Infante.

LEONOR

El es verídico amante  
de amor en su corazón.  
Y así puede de palabra  
de amor en su amor.  
don Lope le pide.

«Don Lope le pide».

LEONOR

«Don Lope le pide».

INFANTE

«Don Lope le pide».

«Don Lope le pide».

«Don Lope le pide».

según agrado amor,  
que volver a la parte,  
sólo a fin de mover.

«Esperanza en mi amor,  
«Puedo, como a fin de ver  
a un mismo tiempo estado  
don Lope y mi amor, prometer»  
«La jueza se da a pedir».

LEONOR

«Este es, Guzmán, el amor  
de tu buen amor».

«La mira, así de un amor,  
la pretensión de este amor».

A Laura, como amante  
«Excepción de amor»  
que cuando quiera le di-  
ce no me comunique.

«La dama y mi amor»  
que era a fin de mi amor,  
tal sin duda, porque en ella  
teno toda parte yo».

No me basta. Guzmán,  
el viento de amor,  
de que con el desolado  
y el viento de amor.

«Viento de amor».

GUZMÁN

Solo te pide  
que procures, como sabo  
el remedio de tu agravio  
en darle por enredo».

LAURA

«Ya le han visto».

«Ya le han visto».

HERNÁNDEZ

Vuestro, hasta la parte, así  
«Ay, amor!» «Tené, amor!»  
«Quien duda que ya vuestro  
de ver a dona Leonor  
mis amantes?»

LEONOR

INFANTE

«Ya le han visto».

«Triste parte que esto».

«De que vuestro desolado»  
«Quien duda?» «Quien si no, amor»  
«El viento de amor».

LEONOR

«Ya le han visto».

tener quien vió despedir  
a don Juan, quise seguir  
mi suerte, y a Dios pluguiera  
que no la hubiera creído;  
que es el tormento doblado  
del que se juzga estimado  
y se halla aborrecido.

Alegre entré a visitar  
la causa de los desvelos  
que me han de acabar. ¡Ah, cielos,  
qué imprudente porfiar!

Y apenas, señor, me vió,  
cuando dijo envuelta en llanto:  
“¿Para qué te cansas tanto,  
si tengo otro dueño yo?”

No conquistes por poder  
lo que ha de ser voluntad,  
que es tirana potestad  
rendir por fuerza el querer.

Deja a un alma que se ofende  
que goce lo que desea,  
que el que estorba y no granjea,  
con baja intención pretende.”

Y tan tiernamente hablaba  
en su estorbada afición,  
que al salir cada razón,  
una lágrima encontraba.

INFANTE.

¿Pues a qué fin despidió  
a don Juan, si le quería?

LOPE.

La causa, señor, sería  
el daño que le excusó.

y pues ya quiso, señor,  
mi suerte que ella adorase  
a don Juan, o que ocupase  
todo su ser en su amor,  
determinome a dejarla,  
que es vil acción estorbar  
gustos que no he de gozar  
cuando el hacerlo es cansarla.

Y suplico a vuestra Alteza,  
de su parte y de la mía,  
que anteponga en su porfía  
su piedad y su grandeza.

Que está tan enamorada,  
que esto me importa.

INFANTE.

Eso no.

Ya es tarde, que tengo yo  
mi autoridad empeñada;

y me tienen de cumplir  
lo que me han hecho creer,  
que le importa a mi poder  
no dejarte arrepentir;  
que dirán, y con razón,

no que estás arrepentido,  
sino que yo no he podido  
ver lograda mi intención.

LOPE.

Vuestra Alteza advierta...

INFANTE.

Es ya

muy tarde para advertir.

En lo que fuere pedir  
que os case, todo se hará:

pero en lo contrario no,  
pues no quedo satisfecho  
del engaño que me ha hecho,  
don Lope, en tanto que yo  
no os case y me satisfaga.  
si no es que en esta porfía  
el mismo cielo me envía  
a decir que no lo haga.

HERNANDO.

Guzmán.

GUZMÁN.

¿Qué hay, amigo Hernando?

¿Tenemos nuevos temblores?

HERNANDO.

Estos ya no son temores.

Pero estoy considerando  
que ha de ser en nuestro daño  
el replicar si le casa;  
que hay corredores en casa,  
y ha de hacer el cabo de año.

INFANTE.

Tú, con tu imaginación,  
discursos haciendo estás:  
pero esta noche saldrás  
de toda esta confusión.

A doña Leonor, te he dado  
palabra que has de gozar,  
y tengo de porfiar  
hasta ver tu amor premiado.

Yo propio vendré a llevarte  
esta noche donde seas  
el venturoso, y poseas  
deste bien la mayor parte:

y pues en este interés  
me he puesto sólo por ti,  
cásate agora por mí  
y arrepiéntete después.

(Vase.)

LOPE.

De confuso, no he sabido  
contradecir su maldad.  
Mucho me debéis, lealtad.  
Mucho por vos he sufrido.

Bien claro me informa aquí  
de su intención inhumana:  
por pretender a mi hermana  
porfía en casarme a mí.

¿Qué haré en tan grande rigor



cuando un Instante me incita?  
Mi voluntad trinita  
y contradice mi honor  
¿Que hare?

GUZMAN. Ajustarte de suerte  
con tu misma inclinación,  
que ni pueda tu intención  
aprovecharte ni confunderte.

Con cuanto hacer pretendiere  
calla y sigue el humor,  
y procura tú señor  
desfacer lo que el hiciere.

LOPE. A tu parecer me ajusto  
porque es prudente y me agrada  
sin contradecirle en nada  
ni he de hacer cosa a su gusto.

GUZMAN. Dame te vuelva a tu sosiego  
y me de gusto a los dos.

HERNANDO. Y mi sea mal, ¡plega a Dios!,  
de cuando yo te lo ruego,

que de suerte me aniquile  
viendo este Instante Neron  
que luce mi corazón  
calorosas en un hilo.

Y como oprimi en mi tin,  
tán asustado y deshecho,  
pues que traigo en el pecho  
el alma de un volatin.

(Entra Aldon Días con un papel y Teodora con un papel.)  
(Aldon.)

JUAN. ¿A qué papel?

TEODORA. ¿Al señor?

JUAN. ¿De dónde? ¿Llévate a mí?

Hace tanto al gusto me es

TEODORA. Si creyese en el amor,

de veras me acordado

me acordado y querido

que hubiera accidental

lo que tengo ahora, lo que dudado.

Alonso y veras hablar

seguros de una mujer.

JUAN. ¿Quién duda que aquel poder

para volar como un ave?

¿Será en voz de hombre

estructura humana?

de la que (digo, hombre,

siempre en forma, sólo en voz

de una sola cosa, hombre

hombre, a propósito, a mí,

¿qué que se compare a ti

que por lo que se comparan?

Déjanos en paz padecer  
aprovechados de los engaños  
que si se renovan el daño  
porque me deje de ver.

vuelve y lo que bien podras  
placerte en tales cosas  
que ni puedo esperar menos  
ni es posible sentir mas.

TEODORA. Mira, señor, que se desliza  
de su amor este papel.

JUAN. ¿Que puede decir tu el  
que me disculpe su culpa

¿No soy a quien oprimi

viendo que le cansaba

y que a don Lope estimaba?

Mal Lope quien en tu

de sus fuerzas amove

que si yo fuera presidente

de una república

no hubiera sus rigores!

TEODORA. Y aquí que arriba agora  
quien te este mirando al

cuando esto el agua en el

agua arde que le abra?

¿Hien la agua de agua

trasmuda de agua?

¿Hien que puede ser el amor

correr y desfogar?

¿Hien que puede ser el amor

correr y desfogar?

¿Hien que puede ser el amor

correr y desfogar?

ALDON. ¿Hien que puede ser el amor  
correr y desfogar?

¿Hien que puede ser el amor

correr y desfogar?

¿Hien que puede ser el amor

correr y desfogar?

¿Hien que puede ser el amor

correr y desfogar?

¿Hien que puede ser el amor

correr y desfogar?

TEODORA. ¿Hien que puede ser el amor

ALDON. ¿Hien que puede ser el amor

JUAN. ¿Hien que puede ser el amor

JUAN. ¿Hien que puede ser el amor

JUAN. ¿Hien que puede ser el amor

JUAN. ¿Hien que puede ser el amor

JUAN. ¿Hien que puede ser el amor

JUAN. ¿Hien que puede ser el amor

JUAN. ¿Hien que puede ser el amor

JUAN. ¿Hien que puede ser el amor

JUAN. ¿Hien que puede ser el amor

muestras de tanta piedad,  
fué por templar el rigor  
de aquel resuelto homicida.  
¡Mira si el darte la vida  
con una crueldad fué amor!

JUAN.

Dame el papel.

TEODORA.

Solamente  
dice que conmigo vengas,  
sin que un punto te detengas.  
JUAN. (No es posible que esta gente  
me engañe; pues el leer  
excuso, y no me resisto.)  
Vamos, que le doy por visto,  
y le quiero obedecer.

TEODORA.

Su incredulidad me humilla.  
Venció un amor verdadero.

ALDANA.

No lo quiero, no lo quiero;  
échamelo en la capilla.

(*Vanse, y sale DOÑA LEONOR.*)

LEONOR.

Paciencia, corazón mío,  
que presto, si puede ser,  
me veréis satisfacer  
al dueño de mi albedrío.

Pulsad con menos temor,  
supuesto que vos sabéis  
que sin culpa padecéis  
en la causa del dolor.

Su vida y su amor lo fueron;  
y como viva don Juan,  
fácil remedio tendrán  
desdenes que no lo fueron.

Dejad que él pene también,  
si engañado está mejor,  
pues con capa de rigor  
le dió la vida un desdén.

Y al fin, librándole yo,  
quedar puede en su cuidado,  
de una vez desengañado,  
y vivir dos veces, no.

Ya parece que al ruido  
de sus pasos suspendéis  
la alteración y os movéis  
más manso y menos sentido.

Esperad contra mi daño,  
corazón, el fin dichoso,  
en un desdén amoroso  
y en un poderoso engaño.

(*Salen TEODORA y ALDANA.*)

TEODORA.

¿Qué queréis?, ¿llegar primero?  
¿Habéisos arregostado

al diamante que os han dado?

¿Queréis vos llegar?

TEODORA.

Sí, quiero.

ALDANA.

Ya viene el señor don Juan.

TEODORA.

¿Hay tan gran bellaquería?

LEONOR.

Sólo a ti, Teodora mía,  
mis deseos te darán  
las albricias merecidas.  
¿Viene don Juan?

TEODORA.

Sí, señora;  
y ya está en casa.

LEONOR.

¡Ay, Teodora!

A ser dueño de dos vidas,  
te diera la una a ti.

TEODORA.

Vos mismo os habéis burlado,  
hipócrita embalsamado.

ALDANA.

Notable susto la di.

LEONOR.

Haz que enciendan luces luego,  
que es tarde.

TEODORA.

Por ellas voy.

LEONOR.

Lo mismo que pido, soy,  
si nace la luz del fuego.

(*Sale DON JUAN.*)

JUAN.

Si un tiempo, señora, entré  
a veros más satisfecho,  
fué la causa haberme hecho  
atrevido con mi fe.

Y aunque me han asegurado  
que el mismo amor me tenéis,  
a saber lo que queréis  
vengo confuso y turbado;  
que fuera un error nacido  
de mis locos pensamientos  
volver con atrevimientos  
donde salí despreciado.

LEONOR.

Si quieres resucitar  
mis ya sentidos enojos,  
ver lágrimas en mis ojos  
y en éstos cifrado un mar;  
si quieres ver reducida  
mi desventura a tus labios,  
mi tormento a tus agravios,  
y a tus disgustos mi vida;  
si un alma quieres hacer  
que esté sin culpa, y en pena  
propia una desdicha ajena  
y una virtud padecer,  
muéstrate desconfiado,  
cuando yo por ti me muero;  
que en decir que no te quiero  
lo hallarás todo cifrado.

(Como a la niña, pero de la misma.)

TEODORA (A). Triste de mí, ¡[delante]  
 LEONOR (Que pisa el otro pie)  
 no pelotear me suelte!  
 ¡Puede caer lazo debajo  
 ¡suavemente se inclina! ¡don Juan!  
 Esto, ¿quiere, mi señor,  
 a mi lado y a mi honor?  
 TEODORA (Que se levanta)  
 ¿Que otra vez me he de casar?  
 JUAN (Que abraza a Teodora y ella, [des]  
 que abraza, me mate los caridos  
 para mí, y lo he de ser.

LEONOR (Después de un momento, con el cuerpo de  
 Leonor, con el cuerpo de Teodora)

INFANTE (Alta sobre se inclina)  
 LIRE (Que me tortura en mieta)  
 y no quiere  
 INFANTE (Aunque no quiera,  
 será tu mujer ahora  
 ¡Mal, concoca, mi porra!  
 Solo a mi señor, poder  
 el cielo

HERNANDO (Alfondo va)  
 INFANTE (Ella es la Laura mía)  
 ¡Fare fin a mi tuñado!  
 HERNANDO (No es justo) lo que pasa!  
 Todos tiemblan en la casa,  
 y nos riñen turbado.

INFANTE (Se venga con a probar  
 a mi tu intención, mala y buena,  
 porque nunca me dio pena  
 lo que puedo remediar  
 Nadie palabra me ha dado  
 que no me la haya cumplido  
 (en esto se me ha rompido  
 cuando me he declarado)  
 Díjame que me va  
 a don Lope?

LEONOR (Se inclina)  
 INFANTE (¿Qué de la mano?)  
 LEONOR (El amor)  
 INFANTE (Fare fin de mi tuñado)  
 el amor a los amantes)  
 Si lo quieres, (en que dadas?)  
 y si no, ¿por que te suelas  
 de por amor?

LEONOR (¡Qué! ¿construcción?)  
 ¡Fare sea guerra fugar  
 que viene diferenciando!  
 JUAN (Que me sea de mi)

que me sea de mi, y me!

LEONOR (En haber dado a entender  
 a don Lope que había  
 sido de mi, pero había  
 de me amor y no saber,  
 pero construido apu-  
 lo que declara, primero  
 digo que a don Lope que  
 seña, pero)

LEONOR (Se inclina)  
 INFANTE (Mirado bien)  
 LEONOR (Que he de hacer)

INFANTE (Que me sea de mi)  
 LEONOR (Que me sea de mi)  
 JUAN (Que me sea de mi)  
 INFANTE (Que me sea de mi)

INFANTE (Si me engaña esta mujer)  
 TEODORA (Si me engaña esta mujer)  
 HERNANDO (Si me engaña esta mujer)  
 TEODORA (Si me engaña esta mujer)  
 HERNANDO (Si me engaña esta mujer)

TEODORA (Alfondo va)  
 LEONOR (Alfondo va)  
 ALDANA (Alfondo va)  
 TEODORA (Alfondo va)

(Como a la niña, pero de la misma)

INFANTE (A mi tu intención, mala y buena,  
 porque nunca me dio pena  
 lo que puedo remediar  
 Nadie palabra me ha dado  
 que no me la haya cumplido  
 (en esto se me ha rompido  
 cuando me he declarado)  
 Díjame que me va  
 a don Lope?

LEONOR (Se inclina)  
 INFANTE (¿Qué de la mano?)  
 LEONOR (El amor)  
 INFANTE (Fare fin de mi tuñado)  
 el amor a los amantes)  
 Si lo quieres, (en que dadas?)  
 y si no, ¿por que te suelas  
 de por amor?

LEONOR (¡Qué! ¿construcción?)  
 ¡Fare sea guerra fugar  
 que viene diferenciando!  
 JUAN (Que me sea de mi)

Y si con este cruel  
los dos criados se van  
de don Lope, yo y don Juan  
nos avendremos con él.

INFANTE. Yo propio os he de dejar  
encerrado a los dos.  
¿Dónde está la llave?

LEONOR. ¡Ay, Dios,  
qué notable porfiar!  
Siempre, como cuidadosa,  
la traigo, señor, conmigo.

(*Dásclo.*)

INFANTE. Don Lope, si eres amigo,  
ya te dejo con tu esposa.

LEONOR. Estos criados no es bien  
que se nos queden aquí.

INFANTE. Sí es; que me importa a mí  
que aquí se queden también.

LEONOR. Juzgando su intento voy,  
y lo pienso remediar.

INFANTE. De Laura voy a cobrar  
lo que a don Lope le doy.

(*Vase.*)

LEONOR. De ti solamente espero  
ahora en tal confusión,  
por tu noble inclinación,  
el remedio verdadero.

Su Alteza, inconsiderado,  
que te cases te aconseja,  
y para esto te deja  
dentro mi casa encerrado.

¿Quieres ver el desengaño  
de que no puedes casarte  
conmigo, sin deshonorarte  
tú mismo, ciego en tu daño?

A estas horas, escondido  
está don Juan donde estás.

(*Saca a DON JUAN.*)

Discorre tú en lo demás,  
pues eres bien entendido.

LOPE. Cumplido tienes conmigo.  
Dices muy bien; ya lo veo,  
y lo que ahora deseo  
es no casarme contigo.

JUAN. Señor don Lope, éstos son  
lances que el amor ordena.

LOPE. Casaos muy en hora buena  
con ella, que no es razón

que, pues el cielo os ha hecho  
aquí el venturoso a vos,  
que yo, en ofensa de Dios,  
os quite vuestro provecho.

JUAN. Muy bien mostráis el valor  
que en vuestro ser se atesora.  
LOPE. Perdone mi gusto ahora,  
que más importa mi honor.

Vuestro casamiento os pido  
que abreviéis.

JUAN. Harélo así,  
que ya no saldré de aquí,  
señor, sin ser su marido,  
que de vos aconsejado  
ya no tengo que esperar.

(*Saca HERNANDO la cabeza.*)

HERNANDO. ¿El no se quiere casar?  
¡Pues morirá despeñado!

LOPE. ¿Qué llave me podrá abrir  
si el Infante la llevó?

LEONOR. Puerta al jardín tengo yo  
por donde podáis salir.

LOPE. Pues como franca me deis  
la puerta en esta ocasión,  
yo renuncio mi elección,  
porque con ella os caséis.

JUAN. De pechos tan liberales,  
¿qué amistad no se aficiona?

LEONOR. Eres el mejor Cardona  
que vió el tiempo en sus anales.

(*Vanse, y salen el INFANTE y LAURA.*)

LAURA. Pues ¿cómo es esto, señor?  
¿En mi casa a tales horas?

INFANTE. Eso es decirme que ignoras  
los extremos de mi amor.

En casándose tu hermano  
me dijiste que darías  
remedio a las ansias mías.

LAURA. ¡No se entiende!

INFANTE. ¡Ya es en vano

el quererte resistir,  
que ésta es ya deuda debida,  
si ha de seguirse en la vida  
al prometer el cumplir.

Con su esposa queda ya,  
tan seguro, que esta llave  
sin alma y sentido sabe  
que en su misma casa está.

Y esto ha de ser, Laura mía.



LAURA. ¡Válgame Dios! ¿Dónde irán,  
que el uno y otro se van  
sin decirme nada a mí?

Parece que va mi hermano  
muy confuso, y que el Infante  
lleva turbado el semblante.

¡Ay, cielos, que es inhumano!

De sus arrogantes furias  
temo algún fin riguroso;  
que es don Lope valeroso  
y no ha de sufrir injurias.

La disculpa que le ha dado  
bastante fué; pero no,  
que el uno se suspendió  
y el otro quedó turbado.

Y ¡triste yo! ¿Qué he de hacer  
sin poder remediar nada,  
cuando quedo condenada  
a penar y padecer?

Seguirlos será locura;  
llamar a quien vaya, error,  
que a enojos de tal valor  
ningún medio se aventura.

Y he de sentir y esperar  
ya que no puedo poner  
en la fuerza del tener  
lo fácil de remediar.

(Sale DON LOPE, el INFANTE y HERNANDO, de noche,  
con espadas y broqueles.)

INFANTE. ¡Brava oscuridad!

LOPE. ¡Terrible!

INFANTE. No he visto en toda mi vida  
noche de estrellas vestida  
más íea y desapacible.

Cerca está la puerta ya.

LOPE. Entrar, pienso que es error  
sin alguna luz, señor.

INFANTE. Bien dices. ¿Quién la traerá?

LOPE. ¿Eres tú?

HERNANDO. ¿Qué es lo que quieres?

LOPE. Vuelve, y de casa, volando,  
trae una linterna, Hernando.  
(Tarda lo más que pudieres.

Esto hago, porque espero  
que haciendo gente vendrá  
el Rey, y librar podrá  
a aquel pobre caballero.)

INFANTE. ¿Qué iglesia es ésta?

LOPE. San Juan;

y aquí enterraron, señor,  
el hombre a quien tu rigor  
dió muerte.

INFANTE. ¡Cuál estarán  
sus huesos!

LOPE. ¡Válgame el cielo;  
qué inhumana inclinación!  
Que no tiene el corazón  
como los demás recelo.

INFANTE. Dime, don Lope, ¿has tenido  
algún temor en tu vida?

LOPE. Y tal que no se me olvida.

INFANTE. ¿Hombre eres tú que has temido?  
¿Qué dices?

LOPE. Digo, señor,  
que un bulto espantoso vi  
una noche, y que temí.

INFANTE. Por cierto, ¡gentil temor!

¡Vive Dios, que estoy corrido,  
don Lope, de haberle dado  
seguramente mi lado  
a un corazón que ha tenido  
temor. ¿Qué puede enviar  
contra mí el cielo, aunque sea  
de un muerto la imagen fea,  
para poderme espantar?

¿De un espíritu valiente  
se ha de decir tal bajeza?

LOPE. Considere vuestra Alteza  
que es visto muy diferente  
que imaginado.

INFANTE. El temer  
es acto de cobardía.

LOPE. En la mayor valentía  
del mundo puede caber  
mi temor.

INFANTE. No puede, y digo  
que bajamente sintiera  
de mí mismo si temiera,  
llevándome a mi conmigo.

Y me pesa que los dos  
estemos argumentando  
en cosa tan vil.

(Dentro, DON PEDRO.)

¿Fernando,

Infante?

INFANTE. ¡Válgame Dios!  
¿Quién llama?

LOPE. Algún retraído  
será que nos ha escuchado;  
que dos veces que han llamado  
dentro de la iglesia ha sido.

INFANTE. Parece muy penetrante  
esta voz, que al corazón



se va. Extrada confusión  
me causa en el alma!

*(Dentro. Don Pedro.)*

Infante?

LOPE. Yo quiero saber, señor,  
quien es.

INFANTE. Entraronme a mi,  
y quiero, don Lope, aquí  
examinar mi valor.

Hombre sombra imaginada,  
¿que quieres? ¿Adónde estás?

PEDRO. *(Dentro.)* ¡No vayas a donde vas!

INFANTE. Pues ¿que te importa a ti?

PEDRO. *(Dentro.)* Nada.

INFANTE. ¿Cómo quieres que te crea  
sin verte? Si acaso eres  
espíritu y salir quieres,  
sal, para que yo te vea,  
me en cualquier forma podrás  
decirme tu pensamiento,  
porque hasta saber tu intento  
no volveré paso atrás.

LOPE. ¿Quién era?

INFANTE. No es nadie.

LOPE. Mira.

INFANTE. No hay que mirar lo que veo,  
solamente es lo que creo,  
que lo demás es mentira.

Alguno nos escuchó  
y me ha querido engañar.

LOPE. Que dejes de portar  
en la que quisiera yo.

Que quita el cielo te euvia  
esta con aviso a decir

que dejes de proseguir  
esta doctrina la porta.

En que ha dado en vanidad.

INFANTE. Por el cielo sublevaré  
que no me vayas a la vida,  
que has de perder mi arcabuz!

*(Don Hernando, con una bandera.)*

HERNANDO. Ya se levanta con todo.

LOPE. ¿Con qué luz te levanta  
que pretas poner la vida  
de don Juan?

INFANTE. Hernando, a mi  
aquí puedo esperar.

LOPE. ¿Quién?

HERNANDO. Yo solo he de mirar,

que también te he de mostrar  
mi valor en esta parte.

LOPE. Ya, señor, he prometido  
no replicar. ¡Fate en lucha!  
Don Juan, sabe Dios que he hecho  
todo aquello que he podido.

INFANTE. ¡Bravo acierto fué tomar  
la llave, esto si es tener  
ánimo para emprender  
y valer en portar!

En la linterna se ha vuelto  
la luz y otra viene allí  
que podrá darmela a mí.  
Ya llega. Notable acierto.

*(Sale Don Pedro, el muerto, con sangre en el rostro, empujando y con una linterna en la mano.)*

Hidalgo, por cortesía,  
te suplico, si gustáis,  
que esperéis, y me enseñéis

*(Ha pasado sin parar.)*

esta luz. ¿Que grosería!

¿Ni responder ni esperar?  
Alvierta cualquiera que es  
que nunca el más de cortés  
me dejó de respetar.

y he de castigarle el modo,  
y con su luz conocerlo.

*(Después de un instante a Don Pedro, que va volviendo,  
do, y con el infante al lado y el arcabuz.)*

¿Vulgame Dios!

LOPE. ¿Qué es aquello?

HERNANDO. Que del en el suelo con todo.

LOPE. Sin pulso está. ¡Ah, señor!

¡Mire esa puerta volando!

y llare mi luz. ¡Hernando!

HERNANDO. ¡Ya voy persiguiendo el temor!

LOPE. ¡Ah, señor!

INFANTE. ¿Quién son los Hernandos?

LOPE. ¡Don Juan, yo.

INFANTE. ¡Ay, amigo,  
dime pronto con qué nombre  
se llama que se ha quedado

con el arcabuz que se puso con  
cuerpo sin que muera.

LOPE. ¿Qué es la gente que ha dado  
esta luz?

HERNANDO. ¡El fantasma a quien de la muerte  
puedo yo poner miedo.

LOPE. ¿Quién?

HERNANDO.

INFANTE.                   Agora sí;  
que sólo ha durado en mi  
la porfía hasta el temor.

(Salen DOÑA LEONOR, DON JUAN, TEODORA y ALDANA.)

JUAN.                   ¿Adónde está aquí el Infante?

INFANTE.               ¿Quién lo pregunta?

LOPE.                   Aquí están

doña Leonor y don Juan.

INFANTE.               Porfié como ignorante.

No queráis saber agora  
más de que soy vuestro amigo,  
y así, solamente os digo  
que os caséis muy en buen hora.

LEONOR.               Siempre de tu gran valor  
lo esperé.

JUAN.                   Y yo, aunque tenía.

INFANTE.               Mucho más que a mi porfía  
le debéis a mi temor.

(Sale GUZMÁN.)

LOPE.                   ¿Viene el Rey?

GUZMÁN.               Ya viene allí.

LOPE.                   Aunque algo tarde ha llegado,  
todo está ya prevenido. (1)

(Salen el REY y todos los más que puedan.)

REY.                   ¿Es don Lope?

LOPE.                   Señor, sí.

No se dé por entendido  
vuestra Majestad, que ya  
su Alteza, señor, está  
en su intento arrepentido.

REY.                   ¿Qué hace vuestra Alteza aquí?

INFANTE.               Hanse de casar, señor,  
don Juan y doña Leonor;  
y como me toca a mí  
el ser padrino, he querido,  
para avisar a mi hermana,  
saber si ha de ser mañana.

REY.                   Que vos, don Juan, hayáis sido.  
gustando mi hermano dello,  
el dichoso, estimo yo.

JUAN.                   La vida, señor, me dió  
entonces no parecello.

INFANTE.               Yo, don Juan, que causa fui  
del disgusto que has tenido,  
perdón humilde te pido  
de haber porfiado así.

Y Laura le dé a mi amor,  
que a más virtud me acomodo,  
porque tenga fin en todo  
La porfía hasta el temor.

FIN

(1) "Prevenido" no rima con "llegado"; quizá sea "preparado".



JUAN. que me tengáis por muy vuestro.  
De la voluntad que os nuestro  
podéis, Conde, aseguraros  
si se ofrece en qué serviros.

(Vase el CONDE.)

OTAVIO. Corrido el napolitano,  
dejó de ser cortesano  
en cansaros, persuadiros  
y daros más relación  
de su valor.

JUAN. Bien pudiera  
Celia, cuando le admitiera.  
disculpar su presunción.  
¡Caso extraño! ¡Que no fuese  
(como pensé que sería)  
el llamarse señoría  
ocasión que le admitiese!

Que por la misma razón  
de su desvanecimiento,  
era aqueste casamiento  
la más honrada ocasión.

Mas siendo napolitano,  
digo yo que no querría  
aparecer señoría  
traducida en castellano.

No sé qué tengo de hacer.  
No hay sujeto en que emplealla;  
pues casarme, hasta casalla,  
ya veis que no puede ser.

OTAVIO. Gran dote y grande hermosura  
tantos pretendientes hace,  
que el no resolverte nace  
de estar de los dos segura.

Bien piensa Laurencia ser  
vuestra mujer.

JUAN. Si lo fuera  
si Celia pensar quisiera  
en ser de alguno mujer.

Mas, mientras no se casare.  
no hay que disponer de mí.

(Vanse. Salen CELIA, dama, y FABIA, criada.)

CELIA. ¿Fué ya?

FABIA. Señora, sí.

CELIA. Mientras mi hermano pensare  
que por su gusto ha de ser  
el estado que ha de darme,  
será cansarse y cansarme.

FABIA. Bien puedes agradecer  
el novio que hoy te traía.

CELIA. ¡Ay, Fabia!, que ya le vi.  
y sólo mi gusto en mí  
es la mayor señoría.

FABIA. Tengo por cuerda mujer  
la que muy despacio mira  
qué estado toma, y me admira  
el ligero proceder

de muchas, que, sin mirar  
más de que marido sea.  
a quien menos las desea  
dan este nombre y lugar,  
de que resulta después  
tanto disgusto.

CELIA. Yo creo  
que tiene culpa el deseo,  
que en muchas tan fácil ves.

No sé si es prudencia en mí  
o presunción portuguesa,  
aunque presumo que cesa  
de haberme criado aquí;  
pues ya se me acuerda apenas  
la patria, y Madrid lo es mía.  
Mas no pienso que podría.  
si viese estas plazas llenas  
(como de frutas lo están)  
de maridos a vender  
comprar uno.

FABIA. ¿A qué mujer  
un casamiento dirán

que no la perturbe el seso?  
CELIA. Mi hacienda, Fabia, ha causado  
pensar despacio mi estado;  
este temor te confieso:

que no pienso que por mí  
andan estos pretensores  
fingiendo celos y amores.

FABIA. La mayor riqueza en ti  
es, señora, tu belleza.

CELIA. No debes de saber, Fabia,  
cuánto a la virtud agravia  
tal vez la naturaleza.

La doncella más hermosa  
y de más virtud, sin dote,  
no hayas miedo que alborote  
la juventud codiciosa.

Pues, ¡por Dios que he de ser  
esta vez quien ha de dar [yo  
en escoger y en dejar.

FABIA. ¿Que nadie te agrada?

CELIA. No;  
porque, como yo pensara  
lo que los hombres, también  
lo mirara menos bien,



que dicen que tiene el medio,  
y el medio también, señora.  
en la proporción del cuerpo:  
el rostro modesto y grave;  
limpio sin cuidado el pelo;  
que hurtar galas a mujeres  
hace los hermosos feos.  
Un calzón de espolín de oro,  
verde mar, harto bien hecho.  
con botones de diamantes.  
¿Muy finos?

CELIA.

RISELO.

No los entiendo,  
porque he tenido muy pocos,  
y porque hay pocos que dellos  
sepan la verdad; mas sé  
que, tocándose en el cielo  
la naturaleza un día,  
se le quebró el grande espejo,  
y que todos los pedazos,  
que por el suelo cayeron,  
son ahora los diamantes  
que tienen en tanto precio.  
¿Curiosa imaginación!

CELIA.

RISELO.

Medias y ligas, no pienso  
que es, pintarlas, de importancia;  
pero bien las merecieron  
gentiles piernas y pies.

CELIA.

¿Mas que traía colete,  
pues hablas del calzón sólo?

RISELO.

Ámbar y oro no quisieron  
dar lugar al cordobán,  
como suelen muchos necios  
estar con oro y con ámbar  
cubierto el entendimiento.  
Esto, sobre tela rica;  
el jubón, el ferreruero,  
de los que inventó la envidia  
de vuestros ricos manteos,  
con catorce guarniciones;  
en las plumas del sombrero,  
una rosa de diamantes.

CELIA.

¿Eran también del espejo  
de la gran naturaleza?

RISELO.

No sé, ¿por Dios!; mas sospecho  
que los llamaron brillantes  
nuestros poetas modernos.  
Espada, daga y cadena...

CELIA.

No más que saber deseo  
si ese cuerpo está con alma.

RISELO.

Cada parte de su cuerpo,  
más de mil almas tenía;  
que era gracioso y discreto.

CELIA.

¿Quién es, en este lugar,

tan divino caballero?

RISELO.

En este lugar no es nadie,  
que tiene el suyo más lejos.  
Fabia.

CELIA.

FABIA.

CELIA.

Señora.

Sin duda

que es aqueste el forastero  
que nos contó Feliciano.

FABIA.

Ni aun él pudiera, sin serlo,  
parecer tan bien a todos.

RISELO.

CELIA.

Lo muy visto, siempre es menos.  
¿Caso extraño! ¿Que no voy  
a visitar donde luego  
del forastero no hablen!  
Pues en la corte no creo  
que se echan de ver los hombres,  
porque es un mar tan soberbio,  
que mil príncipes anega.  
Si voy a misa, allí tengo  
mil nuevas de su persona;  
tanto, que casi confieso  
deseo de verle, Fabia.

FABIA.

RISELO.

Perdona, si te he cansado  
con tan necia relación;  
pues te di satisfacción  
de tu gusto y mi cuidado;

y mira cuándo tendré  
para parecer, licencia,  
en presencia, si en ausencia  
piensas que me falta fe.

CELIA.

Cuando quisieres, Risoel;  
mucho te quiere don Juan.

RISELO.

¿Qué bien con su amor tendrán  
mis esperanzas consuelo! (*Pase.*)

CELIA.

Enfado y gusto me ha dado  
la relación.

FABIA.

No sé yo  
cómo, señora, te dió  
a un tiempo gusto y enfado.

CELIA.

Enfado, porque este necio  
me venga ahora a alabar  
lo que podría causar  
en mí amor, y en él desprecio,  
y gusto, porque me ha dado  
deseo de verle ya;  
y así verás que me da  
a un tiempo gusto y enfado.

(*Salen DON JUAN DE SILVA y OTAVIO.*)

JUAN.

Mucho puede en el mundo la hermosura.



OTAVIO

Breve breves la harman

JUAN

Quien

penal. Otavio, que el mayor ventura  
el oro en que todas la Cruz espera.  
¿Ver esta libertad que la gloria?  
Fue con penas por que el dolor

OTAVIO

Además que más que...

JUAN

¡Celia!

CELIA

Que viene

tracando por Otavio

JUAN

¡Celia viene!

CELIA

¡General de la hazaña patria al oro?  
¿Qué has hecho en esta patria?

JUAN

Con infante

de estos muros...

CELIA

¿A qué se que...

JUAN

Cerramos...  
y administrando...  
una...  
ya...  
para...  
cuando...  
un...

CELIA

¿A qué se que...

pretende...  
Buen...  
Buen...

JUAN

¿A qué se que...

CELIA

De todos

JUAN

Pues si antes que todo en...  
cuando te encuentre...  
has de pensar que se por...

CELIA

Más que...  
que todo se...  
subió en...  
por dar...

JUAN

¿Quien la ha...

CELIA

Luego...

JUAN

Hay...

verde en...  
dándole...  
que de...

OTAVIO

Maldito...  
algunos...

JUAN

Si se...  
en los...

CELIA

No le ha...

JUAN

Pues, desde...

se le...  
donde...  
he visto...  
En un...

CELIA

Hac...  
Juntos...

JUAN

Buenos...

CELIA

En la...

JUAN

Buenos...

CELIA

El...

JUAN.

El forastero, pues.

CELIA.

Prosigue. Y viste  
con novedad caballo y caballero;  
que tú, cuando te agrada alguna cosa,  
vano, presumes de poeta en prosa.

JUAN.

Deja las burlas con que siempre tienes  
armado el arco del desprecio injusto  
con mil flechas de bárbaros desdenes;  
que ya para pintarle estoy sin gusto.

CELIA.

¿Pues quieres tú, si enamorado vienes  
y yo estoy de otra cosa con disgusto,  
que contigo, don Juan, no me entretenga?

OTAVIO.

Dejad el forastero, vaya o venga.

JUAN.

No le quiero dejar, que me he corrido.  
¿Tráigole acaso yo porque me agrada?  
Digo, pues, enojado, que vestido  
al uso de Madrid, la bien formada  
persona con gracioso movimiento,  
le dió al caballo, y el caballo al viento. (1)

La carrera veloz juzgando poca,  
el fuerte overo, de arrogancia lleno;  
el breve mar de la fogosa boca,  
bañó (2) de espuma la ribera al ireno.  
Bien pensé yo que las arenas toca  
el pie veloz, imitador del trueno,  
pero no que pudieran verle apenas,  
si fueran tantos ojos como arenas.

Pasó con aire más que halló en el Prado,  
porque llevó tras sí todo el que había,  
pues el olmo más alto, ya copado  
más de piedra que de hojas parecía.  
El overo andaluz, que ya paró  
sobre los pies, apenas se movía,  
parece que decía, con bufido  
espumoso: "Yo soy el que ha corrido".

Llegué contento, y dije al caballero  
que supe mejor, y a su posada  
le acompañé; y, hablando del overo,

me le ofreció con voluntad pagada;  
en fin, me hizo apear, entré primero,  
supe quién era y que su casa honrada  
tenía en Zaragoza, con blasones  
del timbre de los nobles Aragones.

Hablamos en espadas; trujo un paje  
dos negras, que tomamos los dos luego,  
y aunque de punto mi arrogancia baje  
y me digas que de afición me ciego,  
sólo permitiré que le aventaje  
don Luis Pacheco, o ya se funde el juego  
en práctica o teórica, pues puede  
decir que al arte en la destreza excede.

Vinieron unas damas, que ha rendido  
su talle en el lugar tantas, que intento  
contarle los instantes que ha tenido  
al tiempo, en tantos años, si las cuento;  
sacaron ciertas rifas, yo he perdido,  
y con haber perdido, estoy contento  
sólo en pensar que me ha ganado un hombre  
tan discreto, galán y gentilhombre.

Que, si él vive en Madrid, seré su amigo,  
a fe de portugués, con mucho gusto;  
y no para tratar bodas contigo,  
que ya conozco que te doy disgusto;  
mi voluntad le casará conmigo  
en amistad con lazo eterno y justo.  
Esta es la historia, Celia, del overo  
en que bajaba al Prado el forastero.

(Vase.)

CELIA. ¡Buen enojo!

OTAVIO. Con razón.

CELIA. ¿Fuiste tú con él, Otavio?

OTAVIO. ¿Cuándo cesará el agravio  
de tu esquivia condición?

Que yo fui, Celia, con él,  
y aun no es encarecimiento  
lo que dice.

CELIA. Ya su intento  
conozco.

OTAVIO. ¿Qué entiendes dél?

CELIA. Que, viéndome tan extraña,  
que a ninguno destos quiero,  
ya se mete a ser tercero,  
y con palabras me engaña.

¿Dónde vive el forastero?

OTAVIO. Vive en la calle del Prado,  
donde hay un balcón dorado  
y debajo aquel letrero  
que dice: "Casa..."

CELIA. ¿De quién?

(1) Faltan dos versos a esta octava.

(2) En el original, "vano", por errata.



cuando, a dos vueltas que dais,  
ya vuelve el sol a ponerse,  
y toda su confusión  
en mudo silencio vuelve.

Pues ver mil coches de día,  
del Prado armados bajeles;  
mil oficios, mil ociosos,  
pleitos, voces, mercaderes,  
todo a las diez recogido,  
es cosa que me enloquece.  
No sé adónde hay para tantos  
ni camas donde se acuesten,  
ni brazos que los recojan;  
todos, en efecto, duermen,  
y vuelven a levantarse.

FÉLIX. Gallardamente parece  
esa vanidad. Beltrán.

Yo te digo que quien puede  
vivirla, nació dichoso.

BELTRÁN. No me espanto que le muestres  
amor, a tu edad conforme;  
de mí sí que no te aleje  
de sus peligros, primero  
que entre sus ondas te anegues.  
Acá vinieron tres damas  
a buscarte.

FÉLIX. ¿Qué me quieren?

BELTRÁN. Saber si tienes dineros.

FÉLIX. ¿Sienten mi partida?

BELTRÁN. Sienten que no tienes qué las dar.  
FÉLIX. ¡Bravamente se defienden  
del tiempo en Madrid las damas!

BELTRÁN. Las galas las favorecen.  
Visten bien, hablan mejor,  
y con melindres y afeites  
van y vienen al Jordán.

FÉLIX. Tarde es ya. ¿Cómo no vienen  
estos hombres? Que no hay cosa  
que más, Beltrán, desespere  
que detener al que parte.

BELTRÁN. Voy a ver quién los detiene.

(*Tásc.*)

FÉLIX.

Hermosa variedad, centro de España,  
casa del sol, que la gobierna y dora;  
de tanta tierra y mar legisladora  
cuanta en sus pies en oro y perla baña.

Dulce veneno, que la edad engaña  
y el occidente junta con la aurora:  
tanto siento de vos partirme agora,  
que parece que voy a tierra extraña.

Pero si la razón os considera,  
en tanta confusión, llena de engaños,  
tendrá por dicha que dejaros quiera.

Yo vuelvo a prevenir mayores daños;  
que no era bien que vuestro Argel tuviera  
cautivo el tiempo de mis verdes años.

(*Sale BELTRÁN.*)

BELTRÁN. ¡Oh, qué cuento tan gracioso!

FÉLIX. ¿Viene esa gente, Beltrán?

BELTRÁN. Dos.... no sé qué diga, están,  
en traje bizarro, airoso,  
limpio y con notable olor,  
a la puerta, preguntando  
por ti.

FÉLIX. ¿Por mí?

BELTRÁN. Y en llegando,  
la de más talle, señor,  
se quedó muerta, de ver  
que te partes.

FÉLIX. ¿Muerta?

BELTRÁN. Si.

FÉLIX. ¿Entran?

BELTRÁN. Pienso que así  
te podrás entretener,  
mientras los muleros vienen.

FÉLIX. Di que entren.

BELTRÁN. Ya se han entrado.

(*Salen CELIA y FABIA, con mantas.*)

FÉLIX. ¡Gentil tallazo!

BELTRÁN. Extremado.

No sé, ¡por Dios!, qué se tienen  
las mujeres de Madrid.

FABIA. (¿No hablas?)

CELIA. Estoy turbada.

FABIA. ¿Agrádate el hombre?

CELIA. (Agradece.)

FÉLIX. Mis señoras, advertid  
que sin razón os tapáis  
de un hombre que ya se parte.  
(Si no piensas destaparte,  
vámonos.)

FÉLIX. ¿Por qué calláis?

¿Es desconfianza vuestra,  
o provocar mi osadía?

CELIA. No nace la cobardía  
que mi encogimiento os muestra  
de esas sospechas; que creo  
que supiéramos los dos,  
hablar yo, responder vos.



esta noche, en un jardín  
de mi casa, con secreto.

FÉLIX. Que os sirvo en esto os prometo,  
pues por vos me quedo, en fin,  
sin saber a qué me quedo,  
ni quién sois.

CELIA. Aquí vendrán  
por vos.

FÉLIX. Siguelas, Beltrán.

CELIA. Eso no.

FÉLIX. Pues ¿cómo puedo  
estar seguro de vos?

CELIA. Digo que por vos vendrán.  
Adiós, don Félix galán.

FÉLIX. Hermosa tapada, adiós.

BELTRÁN. Descubra vuesa merced  
tantico la faz.

FABIA. Allá  
esta noche me verá,  
y entonces le haré merced.

*(Vanse las dos.)*

FÉLIX. Despide esa gente luego.

BELTRÁN. ¿Qué graciosa necedad!  
¿Luego esto ha de ser verdad?

FÉLIX. ¿No hay, Beltrán, secreto fuego?  
¿No hay minas?. ¿no hay basi-  
[liscos?

BELTRÁN. ¿Luego me das a entender  
que quieres esta mujer?

FÉLIX. Si los más ásperos riscos,  
si el mar más fiero y cruel  
pasar por ella pensara...

BELTRÁN. ¿Cómo se te ve en la cara  
que eres lindo moscatel!

FÉLIX. ¿Qué hombre mozo, Beltrán,  
no probara esta aventura?

BELTRÁN. A cosa que no es segura,  
nunca los discretos van.  
¿Plega a Dios que no haya allá  
quien nos pague de contado  
haber en su casa entrado!

FÉLIX. Ya lo dije.

BELTRÁN. Bien está.

FÉLIX. Despide luego esa gente.

BELTRÁN. Siempre mira, el que es discreto,  
el fin de cualquiera efeto,  
antes que el principio intente.

Si esta mujer es doncella,  
que bien se puede seguir  
de verla. ¿qué has de decir,  
si te cogiesen con ella?

Si es, como pienso, casada,

¿a qué peligro te pones?  
Si es viuda, ¿qué ocasiones  
de un galán y de una espada!

Que, como en efeto cría  
la soledad mal humor,  
hállanse mucho mejor  
con alguna compañía.

Pues ser libre, no lo creo;  
porque, como libre fuera,  
se descubriera, y viniera  
a ejecutar su deseo.

¿Y qué te puede importar,  
de botas y plumas llenos,  
una mujer más o menos?

FÉLIX. Beltrán: servir y callar.

BELTRÁN. Yo digo que es justa cosa,  
y la obediencia, virtud;  
pero tenga yo salud  
como es necedad famosa.

*(Vanse. Salen CELIA y FABIA en casa.)*

CELIA. ¿Fué el escudero?

FABIA. Ya fué;

y aunque es tanta su inocencia,  
no le faltó su malicia,  
admirado de que quieras  
hablar un hombre de noche;  
mas díjele que Florela  
había de estar acá,  
y que era su amada prenda,  
y cosas de matrimonio.

CELIA. Sabe el cielo que me tiembla  
el corazón, de pensar  
el peligro que me espera.  
si no me sucede bien.

FABIA. ¡Ah, señora, qué flaqueza  
tan grande para venganza  
de los hombres que desprecias!  
Vuelve en ti.

CELIA. Pienso que estoy  
arrepentida. ¡Oh, soberbia  
presunción, a qué has traído  
mi ignorancia y mi venganza!  
¿Qué locura fué la mía!  
¿Qué vi en un hombre que apenas  
puedo decir que le vi?  
¿Qué conformidad de estrellas  
pudo ser la de los dos,  
que él, sin verme, aquí se queda,  
y yo, de verle una vez,  
me parto a buscar mi afrenta?  
¿Cómo podremos hacer,  
Fabia, para que no venga?





ella a sí misma se besa,  
pues es traidora a mi boca.

(DON JUAN DE SILVA, dentro.)

JUAN. ¿Qué oscuridad es ésta?  
¡Hola! ¿No hay aquí una luz?

CELIA. ¡Ay, triste!

FÉLIX. ● Quien fuere, sea.

(Saca la espada.)

CELIA. No saquéis, señor, la espada.

FÉLIX. Si sacan luz, será fuerza.

o sea marido o padre.

BELTRÁN. ¿Yo no lo dije?

FABIA. ¿Qué esperas?

Ya no hay remedio, si no es  
que en tu aposento le meta.

CELIA. Ponle detrás de mi cama.

FÉLIX. ¿No es mejor que me defienda?

CELIA. No, señor; esto es mi honor.

FÉLIX. Pues si es vuestro honor, yo muera.

BELTRÁN. ¿Y a mí, dónde ha de llevarme?

FABIA. Venid conmigo a la celda

de un cierto galán sardesco.

BELTRÁN. ¿No hay bodega?

FABIA. No hay bodega.

(Vanse los dos tras FABIA, y sale LUCIO, criado, con una bujía encendida, y DON JUAN detrás, con broquel y capa de noche.)

LUCIO. No ha sido nuestro descuido.

CELIA. Don Juan, norabuena vengas.

Ya salía yo a tus voces.

JUAN. ¿Sin luz una casa, Celia?

CELIA. Yo te juro que mañana  
estos necios y estas necias  
sepan cómo han de servir.

JUAN. Yo sabré reñirlos. Entra,  
que traigo que te contar  
de otro novio que nos ruega  
con más de cien mil ducados:  
hombre de oficio y nobleza,  
y no mal talle.

CELIA. ¿Los años?

JUAN. El treinta y nueve confiesa.

CELIA. Añádele diez.

JUAN. Tendrá  
punto menos de cincuenta.

(Sale FABIA.)

CELIA. Fabia, en gran peligro estás

FABIA. Dios sabe lo que me pesa.

Mas bien le puedes echar.

CELIA. No sé. Del alma quisiera.

## JORNADA SEGUNDA

(Salen DON FÉLIX y BELTRÁN.)

FÉLIX.

Detente, blanca aurora,  
mientras que salgo desta casa vivo.

BELTRÁN.

Ya parece que dora  
su plata el sol.

FÉLIX.

De mi suceso escribo  
la tabla por milagro.

BELTRÁN.

Ya no pensaba verte,  
y cuando me llamaron donde estaba  
escondido, a mi muerte  
dispuse el corazón que me animaba,  
la tuya presumiendo.

FÉLIX.

Lo que ha pasado (1) yo te iré diciendo,  
que son cosas notables.  
Postas a Zaragoza tomo luego.

BELTRÁN.

Camina, pues.

FÉLIX.

No hables.  
Beltrán, palabra hasta Aragón te ruego.

BELTRÁN.

Pues ¿dejas esta dama?

FÉLIX.

Huyendo voy de lastimar su fama.

BELTRÁN.

¿Quién es?

FÉLIX.

No lo he sabido,  
ni señas de su rostro puedo darte.

(1) En el original, "he pensado".



FABIA.

Antes, Celia, no hallé sino cuidado.

CELIA.

¿Qué dices? ¿Que no hallaste...?

FABIA.

¿De que sirve que en tanta desventura tiempo y palabras gaste?

CELIA.

¿Estaba otra mujer con mas ventura aguardando, por dicha, aquel hermoso autor de mi desdicha?

FABIA.

Señora, a su posada llegué con tu papel, y me dijeron...

CELIA.

Ya estoy toda turbada.

FABIA.

Que Beltrán y don Félix se partieron a Zaragoza.

CELIA.

¡Ay, triste!

FABIA.

Esto es sin duda.

CELIA.

¡Por mi muerte fuiste!

FABIA.

En postas, por más prisa, dicen que van.

CELIA.

El bien en postas vuela.

Por más que nos avisa vuestra maldad, traición, arte y cautela, ¡ay, hombres desleales!, no nos pueden mover ejemplos tales. ¿Qué haré?

FABIA.

Temo tu vida.

CELIA.

Ya no la temas, que temer no es justo, en vida tan perdida, ni deshonra, ni muerte, ni disgusto. Cierta será la mía.

¡Mallhaya la mujer que en hombres nia!

¿Esto ha sido nobleza?

Traidor don Félix. ¿tú Aragón naciste?

FABIA.

Reprime la tristeza, que está Riselo aquí.

CELIA.

Pues vete, ¡ay, triste!, que hablar quiero a Riselo.

FABIA.

Tu juicio y tu vida guarde el cielo.

(Vase. Sale RISELO.)

RISELO.

Viendo pasar de camino a tu hermano con Otavio, mi amor perdido, y no sabio, a verte y cansarte vino.

Perdona mi atrevimiento.

CELIA.

¡Ay, Riselo, a qué ocasion te trujo, en tanta pasión, mi cuidado y pensamiento!

¿Dónde te dijo que iba?

RISELO.

Al casamiento, o me engaña, de los principes de España: del sol, que mil siglos viva, con la luna, que ha de dar de su luz tales estrellas, que puede la menor dellas nuestro hemisferio alumbrar.

CELIA.

¿Podré fiarme de ti?

RISELO.

Siempre me has desestimado.

CELIA.

Pues sabe que te ha engañado.

RISELO.

¿Don Juan engañado a mí?

CELIA.

Don Juan es ido a Aragón.

RISELO.

¿A qué va a Aragón don Juan?

CELIA.

Mis desdichas te dirán la ocasión, porque lo son: anoche mató a mi puerta un hombre don Juan, por mí; no porque ocasión le di, que de todo estaba incierta, y tú de experiencia sabes mi desdén.

RISELO.

¡Válgame el cielo!

CEEIA.

Esto ha pasado, Riselo; porque de cosas tan graves sólo a ti se puede dar parte y valerse de ti. Para servirte nací.

RISELO.

sonda pueril ingre,  
que me foy humilde e vido  
que me a contenta.

CARTA

Al partir,  
me mandou a persuadir  
que serias seu amigo,  
que los barones e Arcebis  
fando tanta verga  
esquecidos por contra  
damos vossa pessoa.

E quando vossas me de-  
monstras ao pueril me he certo  
me mandas deo certo  
e com humilde e vido.

Quando pueril foy  
mas em dize que me vey  
fando um me duma certo  
que me mandas deo certo.

Que se pueril e vido sei  
he certo vido. E certo  
de certo pueril foy que me  
que vey a me te certo.

RESPOSTA

Eu não conta de pueril  
e vido. Certo foy  
que me mandas deo certo.

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

CARTA

RESPOSTA

CARTA

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

RESPOSTA

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

CARTA

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

RESPOSTA

CARTA

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Poesia

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Linha

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Poesia

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Linha

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Poesia

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Linha

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

Quando pueril foy  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo  
que me mandas deo certo.

PEDRO.

Espera un poco,  
que ya yo sé que amor, o cuerdo, o loco.  
cuanto más tiene de esperar contento,  
tanto tiene de menos sentimiento.

(Vase DON PEDRO.)

LISARDA.

Amé desde el principio de mi vida,  
Félix, tus altos méritos, guiada  
de aquella luz que el alma enamorada  
a tu dulce prisión llevó rendida.

Contigo, el sol me amaneció, vestida  
desta verde esperanza dilatada,  
contigo, hasta bajar la noche helada  
para volverte a ver entretenida.

Ya con tu ausencia, todo me acabarda:  
ningún remedio de tus manos viene  
a contar la esperanza que te aguarda.

Morir y no tenerla me conviene:  
que más mata esperar el bien que tarda,  
que padecer el mal que ya se tiene.

(Sale BELTRÁN.)

BELTRÁN. Detente un poco, por Dios,  
mientras albricias te pido.

LISARDA. Scas, Beltrán, bien venido.

BELTRÁN. ¿Qué miras, si somos dos?

LISARDA. Como niño busco en vano  
por quien el alma suspira,  
que el espejo en que se mira  
tienta detrás con la mano.

¿No viene mi bien?

BELTRÁN. Ya viene:  
que yo he querido ganar  
las albricias, por hurtar  
las esperanzas que tiene.

LISARDA. No me puedo persuadir  
a que no viene mi bien.

BELTRÁN. Digo que viene también.

LISARDA. Pues iréle a recibir.

BELTRÁN. ¿De qué tal sospecha tienes?  
Ya viene, a fe de español.

LISARDA. De que se queda mi sol,  
y tú como sombra vienes.

La noche sucede al día.

BELTRÁN. Este mismo le verás.

(Sale DON FÉLIX.)

FÉLIX. ¡Ay, prima! Que sufrir más  
parece descortesía.

(Abrazanse.)

LISARDA.

Despacio me has de abrazar;  
que también mata el placer,  
si el lugar que ha de tener  
tiene ocupado el pesar.

Y aunque el amor, siempre loco,  
quiere a tus brazos llevarme,  
ya viene el alma a avisarme  
que me vaya poco a poco.

FÉLIX.

Yo, por lo menos, no puedo  
sufrir tanto, y en mis brazos  
confirмо esperados lazos,  
contra la opinión del miedo (1).

Y aun pienso que este contento  
a tu rostro me obligara,  
si el respeto no templara  
la fuerza al entendimiento.

LISARDA.

¿Qué olor traes de Madrid!  
No sé cómo te abrace.

FÉLIX.

A esa gente que dejé,  
lo que os he dicho advertid.

LISARDA.

¿No respondes? Mal indicio.

FÉLIX.

Estoy, prima, con cuidado.

BELTRÁN.

Las postas se han despachado.  
Ir y venir es su oficio.

FÉLIX.

¿Qué tengo que responder,  
si ya celosa te veo,  
en agravio del deseo  
con que te he venido a ver?

Ver la corte un caballero  
es fuerza en cualquiera parte  
de España, aprendiendo el arte  
de serlo el más verdadero.

Esto en un mes aprendí.  
esto he visto y esto sé;  
vi su estilo, aunque no fué  
gran novedad para mí.

Y pienso que en mis acciones  
se verá, si es de importancia.

LISARDA.

Por lo menos, la elegancia  
de tus discretas razones.

Gastar en Madrid un hombre,  
en un mes, dos mil ducados,  
son indicios extremados  
que aprendió el arte y el nombre.

¡Bravos maestros tuviste!  
Alguno sería mujer.

Presto se ha echado de ver  
lo que en la corte aprendiste.  
que bien se pagan también.

FÉLIX.

No fueron mal empleados:  
con amigos y criados

(1) En el original "muy" por errata.



— ¿No me has visto nunca?

— ¿Aquel advenedizo de ti  
que por culpa de las di-  
versas aventuras me pasó  
una noche a verte aquí?

— Porque entonces me charco  
de sueño, cada vez  
que me encuentro allí  
y sólo me viene a dormir.

LEONARDA

— ¿Qué cosa viene de sueños?  
¿Que haya ya dormido los sueños  
que cuando los despierto  
se perdulan luego?

— De sueños hay en el mundo  
como el castor de los  
señales, pero a nosotros  
la cosa es otra diferente.

PILO

— Si yo te abrazo y te doy  
mi vida, ¿qué de mí  
y de mi vida me voy  
a lo que me queda en mí?  
— ¿Qué cosa me voy? — ¿Qué cosa  
me voy a lo que me queda en mí?

LEONARDA

— Como se ve  
en los sueños y los  
que me vienen a dormir  
para dormir, después  
que me voy de la vida, sólo  
como si hubiera pasado.

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí? — ¿Qué cosa  
me voy a lo que me queda en mí?  
— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

LEONARDA

— No, como, no, como  
me voy a lo que me queda en mí.  
— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

PILO

— ¿Qué cosa me voy a lo que  
me queda en mí?

INÉS. A la fe, quien va de acá,  
Beltrán, mal acostumbrado,  
no traerá más que ha llevado.

BELTRÁN. ¿Tan malo fui?

INÉS. Claro está.

(Sale DON PEDRO DE ARAGÓN.)

FINEO. Señor viene.

PEDRO. En fin, yo he sido  
el postrero que ha gozado  
tus brazos.

FÉLIX. Aún no he llegado.

PEDRO. Mejor dirás: "no he partido".  
según te hallabas allá.  
¿Qué has hecho a tu prima, di,  
que está llorando?

FÉLIX. De mi  
quejosa o celosa está

PEDRO. ¿Tú no ves que es todo amor?  
¿Cuándo te quieres casar?

FÉLIX. Dame un poco de lugar  
para prevenir, señor,

las cosas que he menester.

PEDRO. Respuesta doncella ha sido.  
Pues tú, para ser marido,  
¿qué prevención has de hacer?

FÉLIX. Galas no puedo excusar,  
casa y libreas.

PEDRO. Yo quiero  
salir a todo.

FÉLIX. Primero  
querría desenojar  
a Lisarda.

PEDRO. Y es razón.  
Ven conmigo.

FÉLIX. Si me pide  
celos, la boda despide,  
porque muy cansados son.

(Vanse los dos.)

INÉS. ¡Ah, señor Beltrán!

BELTRÁN. ¿Qué manda?

INÉS. ¡Qué espetado me recibe!

BELTRÁN. Así por allá se vive,  
así se negocia y anda.

INÉS. ¿No trac rizos de allá,  
ni vocablos exquisitos?

BELTRÁN. Esos son cuatro mocitos,  
que a cinco no llegan ya.

Pero, en el mundo, no creo  
que haya más valor que allí.

¡Qué graves personas vi,  
en cuanto pide el deseo!

¡Qué entendimientos tan claros,  
qué amistades, qué lealtades!

INÉS. ¿Lealtades en amistades?

¡Gran cosa, milagros raros!

Ese bien basta que tenga.

BELTRÁN. Aunque no falta castigo.

Quien escoge infame amigo,  
tómese el mal que le venga.

Dejando pueblos en Francia,  
¿tienes ahí cualquier ropa?

Porque es llegar viento en popa.

INÉS. Habrá notable fragancia.

Veraste en agua de azahar,  
que ya está puesta a cocer;  
que todo es bien menester,  
 viniendo de ese lugar.

BELTRÁN. Pagaréte en cien mil cosas.

INÉS. Los ausentes sois ingratos.

BELTRÁN. Ven, y daréte zapatos,  
cintas y cosas famosas.

(Vanse. Salen DON JUAN y OTAVIO.)

JUAN. ¿Por qué te volviste?

OTAVIO. Fué  
forzoso el volverme luego.

JUAN. Perdiste, Otavio, de ver  
los reales casamientos  
de los príncipes de España.

OTAVIO. De mis negocios me quejo,  
que no me dieron lugar.

JUAN. Recibióme bien don Diego,  
y pude esperar dos días,  
si bien en todos no tengo  
nuevas de mi casa, Otavio.

OTAVIO. Ya mi descuido confieso,  
que no he visitado a Celía.

JUAN. No gastéis en cumplimientos  
conmigo, Otavio, palabras.

OTAVIO. ¿Hubo algún nuevo suceso?

JUAN.

Por no mover, como era justo, a España  
con este regocijo,  
al príncipe su hijo,

que fué de su modestia heroica hazaña,  
casó Felipe, Otavio, donde sabes,  
huyendo al monte las siniestras aves.

No la voz infeliz, se oyó ninguna;  
salió Venus hermosa,  
bañada en pura rosa,

Señales de la noche a la luzante  
noche, a la esperanza y al dolor  
cualquiera de Viena o de Hagenau.

Algunas primas y choristas de diez  
de un chorillo burlón  
te suscitaban risas:  
que meceras al silencio del silencio;  
sueños con latidos magníficos  
que se giraban al sol, que se escondían.

Trasero los cuartos con sus alfombras  
que hacían estera del París  
de Fréjeville.

— En los corredores y estancias de Estras  
y de la arquitectura no tiene que ser necesario  
para no decir sobre la de Estras.

Y a decirlo habías en cada cosa  
que había en Estras de ayer  
en aquel momento mismo  
que pasó los años, a la luz  
luzida de las estancias, los días  
los días, el tiempo de las cosas.

Las cosas que hacían risas  
suspendían la memoria:  
el pueblo y sus cosas  
con palabras tan claras, suaves  
que había en cada que hablabas  
de cosas nuevas y las cosas.

— Me adivinas la primavera  
de todos los días  
primavera, me adivinas.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

— Me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera  
— me adivinas la primavera.

JUAN. ¿Tues fué a Atocha.  
 BERNAL. Fué; mas luego  
 que en la reja se apcaron,  
 que me volviese dijeron,  
 porque habían de volver  
 con las hijas de don Pedro;  
 y, tomándola la mano  
 Riselo, se entraron dentro.  
 JUAN. Cerca, sin duda, tenían  
 con lo que los dos se fueron.  
 ¡Traidor Riselo! ¿Tú a mí?  
 Y tú, ¡ingrata!, ¿cómo has hecho  
 desprecio de todo el mundo,  
 para dar en tal desprecio?  
 Yo te casara con él,  
 aunque era pobre.

OTAVIO. No acierto  
 a daros, en tanto mal,  
 consuelo alguno.

JUAN. ¿Consuelo?  
 ¿Adónde le puede haber,  
 si no es en partir tras ellos  
 en las postas de mi honor  
 y de mi agravio en el viento?

BERNAL. Señor: Decio me contó  
 que con el coche vinieron  
 a Madrid; en un caballo  
 conoció al traidor Riselo,  
 camino de Zaragoza,  
 y una dama, que sospecho  
 que sería mi señora,  
 un blanco rebozo puesto,  
 con un sombrero de plumas.

JUAN. Ellos son, Otavio; hoy quiero  
 hacer prueba de tu amor.

OTAVIO. No te dejaré, si entiendo  
 perder mil veces la vida.

JUAN. Salid todos de aquí presto,  
 ¡perros!, que quiero poner

*(Vanse los criados.)*

a la casa infame fuego,  
 donde para mí deshonra  
 se hicieron estos conciertos.

OTAVIO. Don Juan, no es tiempo de voces;  
 de sólo remedio es tiempo.

JUAN. ¡Celia ingrata, al fin mujer!  
 Advierta el hombre discreto  
 que de su sombra se fía  
 que ara el mar y siembra el viento.

*(Vanse. Sale RISELO, de camino, y CELIA, de por-  
 tremera.)*

RISELO. Solamente una mujer  
 engañara a un hombre así,  
 para que se viese en mí  
 lo que más podéis hacer.  
 Que de querer a creer  
 hay diferencia tan poca,  
 que luego a querer provara:  
 pero tenéis condición  
 que aún no sabe el corazón  
 las mentiras de la boca.

A Zaragoza he venido,  
 de mí amor tan engañado  
 cuanto estuve confiado  
 de que no hubieras mentido.  
 Traidor a don Juan he sido,  
 pues no está don Juan aquí;  
 del crédito que te di,  
 tan arrepentido estoy,  
 que no te dejo y me voy  
 porque ya le obligo así.

Estás en un reino extraño,  
 adonde te has de perder;  
 que siendo sola, y mujer,  
 ¿qué más claro desengaño?  
 Ya no puede ser el daño,  
 de lo que ha sido, mayor.  
 Que no fui amigo traidor,  
 necio, sí, decir podrán;  
 y aunque me mate don Juan,  
 quiero defender su honor.

CELIA. Riselo, para tener  
 un hombre de su afición  
 la justa satisfacción,  
 hay poco que agradecer.  
 Amar es obedecer,  
 y padecer, y sufrir:  
 esto se llama servir,  
 esto amar, esto obligar;  
 que amor no se ha de quejar,  
 aunque se viese morir.

Advertida la razón  
 por que vine a esta ciudad,  
 ni la mía es libertad,  
 ni la tuya fué traición.  
 Cumple con la obligación  
 que tienes de caballero,  
 como en tu nobleza espero;  
 que cuando sepas mi historia  
 te dará mi amor memoria  
 de amigo el más verdadero.

La casa que ves aquí  
 es, en aquesta ciudad,  
 de notable calidad:



e que en chegando a otro reino,  
 conmigo se casaría;  
 naon lo fizo el can judeo,  
 que hoje en aquesta ciudad  
 ou fose arrepentimento,  
 que sempre consigo trae  
 aquilo que foy mal feyto,  
 miñas joyas me pediu  
 para dexarme: ¡qué intento  
 de home fidalgo!, e sacou  
 da vaina o cobarde ferro;  
 eu que o vi, espallando voces,  
 e queixumes a os ceos,  
 porque as pedras que me ouviran  
 ajudasen meos desejos.  
 Foy socorrida de tudos  
 os que escutáis meu tormento;  
 que si naon, ficara morta;  
 e de finollos vos pezo  
 amparéi-ua moller,  
 pois ja remedio naon teño,  
 sinaon chorar e morrer,  
 pidiendo mía morte a Deus.

¡Extraña lástima!

PEDRO.

LISARDA.

Extraña:

y que a grande compasión  
 me ha movido el corazón.  
 Tú, Lisarda, la acompaña:  
 tú la ampara, tú la anima;  
 no se pierda, que es piedad  
 justa en tanta soledad,  
 que hasta las piedras lastima.  
 ¡Ea. Inés; ea Fineo!  
 Todos la habéis de alegrar.  
 Beltrán, aquí has de mostrar  
 tu buen humor.

(Vase.)

BELTRÁN.

¿Qué deseo

no tiene ya granjeado?  
 Estad cierta que seréis  
 tan regalada, que estéis  
 sin género de cuidado.

y que si el hombre parece  
 sólo un día en la ciudad,  
 tendrá, de tan gran maldad,  
 el castigo que merece.

LISARDA.

¿Cómo es, portuguesa amiga,  
 el nombre?

CELIA.

Miña señora. [agora  
 Constanza. (Ap.) (Que es bien que  
 constante en todo me diga.)

LISARDA.

Venid conmigo, Constanza.

CELIA.

¿Sois casada?

LISARDA.

Aún no lo estoy;  
 pero ya tan cerca estoy,  
 que es posesión la esperanza.

CELIA.

¿Sois filla do señor vello?

LISARDA.

Es don Pedro, mi señor,  
 mi tío.

CELIA.

Voso valor

tendrá o vello por espello.

LISARDA.

Con su hijo está tratado  
 mi casamiento.

CELIA.

(Ap.) (¡Ay de mí!)

¿Naon está feyto?

LISARDA.

No, y sí. [do.]

CELIA.

(Ap.) (A ver mi muerte he llega-

¿Qué nome tein voso esposo?

LISARDA.

Don Félix.

CELIA.

¡Vállame Deus!

¿E saon os méritos seus  
 dignos para serlo voso?

LISARDA.

Presto, amiga, le verás.

Ven conmigo.

CELIA.

(Ap.) (En él verá

mi muerte. Triste, ¿qué haré?

¡Morir me falta no más!)

(Vanse todos y queda BELTRÁN.)

BELTRÁN.

No he visto en toda mi vida  
 más bella mujer. ¡Qué cara!  
 Nunca Troya se abrasara,  
 ni fuera España perdida  
 por la celebrada Elena  
 y por la bella Florinda,  
 si vieran cosa tan linda  
 y de tantas gracias llena.

¡Oh, portuguesa del cielo,  
 pegado me ha el dios machín  
 con el medio celemin!

Celazos de Inés recelo:

pero ¿qué se me da a mí?

Ellas, si quieren, ¿también  
 no nos dan perros? Pues bien...

(Sale DON FÉLIX.)

FÉLIX.

¡Oh, Beltrán! ¿Qué haces aquí?

BELTRÁN.

Ha sucedido una cosa  
 que no hay encarecimiento  
 con que pueda exagerarla.

FÉLIX.

Si es de Lisarda, son celos;  
 si es de mi padre, son voces.

BELTRÁN.

Del blanco has dado muy lejos.





me halláis, y cuán diferente  
del que os hizo tal desprecio;  
que os juro que he visto en vos  
tanta belleza, que creo  
que tomáis en mi venganza  
de los delitos ajenos.

CELIA. ¿Alleos saon os delitos?

¡Ficay en bora! Non queiro  
que me volváis a matar.

FÉLIX. Aunque no queráis, soy vuestro.  
Dadme una mano.

CELIA. ¿Ua mao?

Que vos cortara prometo  
la vosa, a ter ua fáca.

FÉLIX. ¡Bravo rigor! ¿Qué os han hecho  
mis manos, para cortarlas?

CELIA. Tiraila.

FÉLIX. Yo iré siguiendo  
vuestra luz.

CELIA. ¡Aquí del rey!

FÉLIX. ¡La portuguesa me ha muerto!

### JORNADA TERCERA

(Salen DON JUAN DE SILVA y OTAVIO.)

OTAVIO. Bien parece esta ciudad  
de Augusto César grandeza.

JUAN. Si venciera mi tristeza  
con su pompa y majestad,  
fuera más notable indicio  
de su valor, y más cierto,  
cuanto es más dar alma a un muerto  
que labrar un edificio.

¡Ay Zaragoza, si en ti  
hallase puerto a mi honor,  
como le tuvo el traidor  
que viene huyendo de mí,  
daría eterna alabanza  
a los fueros de Aragón!

Que tomar satisfacción  
no se ha de llamar venganza.

OTAVIO. ¿Acuérdaste, por ventura,  
de aquel galán forastero,  
el que corriendo el overo,  
que en bronce o en plata pura  
esculpirse mereció,

te agradó de tal manera?

JUAN. Bien me acuerdo.

OTAVIO. ¿Pues no era  
desta ciudad?

JUAN.

Pienso yo

que Zaragoza decia;  
mas del nombre no me acuerdo.  
¡Qué galán, qué noble y cuerdo,  
y qué ilustre parecía!

OTAVIO. Pues don Félix de Aragón  
nos dijo que se llamaba.

JUAN. No poco nos importaba  
su amparo en esta ocasión.

Bien arrepentido estoy  
de no haberle dado, Otavio,  
mi casa.

OTAVIO. Para este agravio,  
de que yo testigo soy.

¿no basta ser caballero?

JUAN. ¡Quién le hubiera aposentado,  
para tenerle obligado!

OTAVIO. Que hará lo que es justo espero,  
si te vales dél, don Juan.

JUAN. Preguntaremos por él.

OTAVIO. ¿Qué se pierde, en tan cruel  
fortuna?

JUAN. Aquí nos dirán,  
por ser armas de Aragones  
las desta famosa casa,  
dónde vive.

OTAVIO. Gente pasa.

Pregunta, y no te apasiones:  
que el cielo te ha de ayudar.

(Salen ESCUDEROS, y LISARDA, con manto, e INÉS y  
BELTRÁN, detrás, con una almohada.)

JUAN. Esta dama ilustre y bella  
presumo que viene a ella.

OTAVIO. Y te comienza a mirar.

JUAN. No es culpa la cortesía.

LISARDA. ¿Mandáis algo, caballero?

JUAN. Mi señora, a un escudero  
vuestro preguntar quería  
por don Félix de Aragón.

LISARDA. Esta es su casa, aquí vive.

JUAN. Ya toda el alma apercibe  
indicios de obligación.

LISARDA. No soy su mujer, que soy  
su prima.

JUAN. De cualquier modo,  
me toca ser vuestro todo:  
que tan obligado estoy.

LISARDA. Beltrán, ¿dónde está mi primo?

BELTRÁN. Allá en el Asco quedó.

LISARDA. ¿Queréis que le diga yo  
alguna cosa?



CELIA. ¿Pues qué culpa tengo yo?  
FÉLIX. No más de haber parecido  
a una mujer que he querido.

CELIA. ¿Esa es culpa?  
FÉLIX. ¿Luego no?  
CELIA. ¿En qué puedo parecella?  
FÉLIX. En el hablar; que en la cara  
no lo sé.

CELIA. ¡Quién tal pensara!  
Pero ¿hay más de enronquecella?  
Hoy quiero hartarme de nieve.

FÉLIX. ¿Nieve a nieve, qué ha de hacer?  
CELIA. Dejasteis vos la mujer,  
dichoso en tiempo tan breve,  
como ya me habéis contado,  
¿y queréisme agora a mí  
porque la parezco?

FÉLIX. Si:  
que de allá vine hechizado.  
La dicha de aquel favor,  
tan grande la imaginé,  
como a oscuras la gocé,  
que vine muerto de amor.

Como ciego que escuchando  
el ruido de una fiesta,  
de lo que estará compuesta  
está dentro imaginando,  
de su mismo sentimiento,  
y dice: "esto es oro y plata",  
y en los colores dilata  
la vista al entendimiento;  
que si entonces la cobrase,  
a lo que no vió diría:  
"esto fué lo que yo vía",  
y su opinión confirmase,  
así yo, que ciego vi  
de noche tanta ventura,  
imaginé la hermosura  
que ahora descubro en ti;  
y digo: "Estos son los ojos  
que entonces imaginé;  
ésta aquella boca fué,  
y éstos, los demás depojos".

Tanto, que aunque estás aquí,  
allá debiste de estar.  
pues no pude imaginar  
más gloria que miro en ti.

CELIA. ¿De suerte que yo he de ser  
la que vos imagináis?  
Pues en verdad que os cansáis;  
que no me habéis de coger.

Cuando por Madrid pasaba,  
estaba todo alterado,

de que un hombre habia gozado  
una mujer que le amaba.  
y que, por irse el cruel,  
se habia muerto.

FÉLIX. ¡Ay, Dios! Si fui  
el que la ocasión le di.  
¿Era honrada?

CELIA. Y mejor que él.  
Y aun decían que señora,  
y que su hermano tenía  
un hábito.

FÉLIX. Ella sería.  
CELIA. ¿Lloráis?  
FÉLIX. La memoria llora.  
Vete. Pero no, detente:  
mal consejo me engañó.  
Consuélame.

CELIA. ¿También yo?  
Vos lo sentis tiernamente.

FÉLIX. Sí. Dame esos brazos luego.

CELIA. ¡Qué lindas impertinencias!  
¿Estas son las penitencias  
que hacéis los hombres? ¡Oh fue-  
¡Fiaos, señoras mujeres! [go!  
Si es muerta, ¿qué puedo hacer?

FÉLIX. Morir.  
CELIA. ¿Morir?  
CELIA. O perder  
el seso.

FÉLIX. Si haré, si quieres.  
Pero por ti, vida mía.

(Sale LISARDA.)

LISARDA. ¡Harto bien!

(Habla portugués, disimulando.)

CELIA. Tiraibus lá.  
Ollay, señora, que fa  
con aquesta zumberia.

LISARDA. Quedo, quedo, ya es en vano;  
que no quiero que me des  
disculpas en portugués  
y celos en castellano.  
Pues que le sabéis hablar,  
habladle siempre.

CELIA. Non sey.  
Si una cousiña faley,  
iso non era falar.

LISARDA. ¿Cousiña es tener aqui  
a Félix conversación?  
FÉLIX. Notable es tu condición,  
mayormente contra mí.

LIARDA. — ¡Oh, señora, yo quiero  
a mi hijo.

FEIX. — ¡Oh, la señora,  
yo no le he tenido nunca,  
que en los brazos te he de  
coger, que frepiero por mí  
¡Oh, mi hijo!

LIARDA. — Yo te digo  
lo que me ha sucedido,  
en molles que vive a la  
Dalia, es más que a la Dalia,  
cuanto a gente.

FEIX. — Por tener  
tu mano, la quiero dar.

LIARDA. — Suelta.

CELIA. — Naon más, alto meus,  
que más ve la culpa sua.  
Parece más que a la  
Para más estoy agora!

LIARDA. — ¡Jesu, que molles tan crúa!

CELIA. — ¡Jesu, que molles tan crúa!

LIARDA. — Yo le dire lo que pienso  
a mi tio.

FEIX. — Bien haras.  
Teme, espera, donde vas  
a las bocas de casa,  
que a las bocas de aquel ben  
que me da tanta audacia,  
faz que voy a la ciudad  
dientra de la ciudad me den

(Luz.)

FEIX. — Liarda, mejor sería  
que te sea oportuno  
hacer elección de alguno  
de los muchos que a posta  
te ofrecen en Zaragoza  
ya hecho así tu rigor.

LIARDA. — Que extrínjeros empujados  
siento librecito goza  
como un hombre que no quiere  
Ver con Dios, que ya soy  
muje que podrá desde los  
el remedio que pudiere.

FEIX. — Los viles, arrastrados  
al castaño, que son  
santos de templo  
pudiera con castaño.

Saltados, no me a cuenta  
¡Canta, yo podré con el  
castaño, no me a  
gustoso, ¡Jesu, a la Dalia!

LIARDA. — ¿Que hombre ya no puedo  
más tanto desengañar?

(Luz.)

FEIX. — ¿Que he de hacer a una mujer?

LIARDA. — ¡Yo!

FEIX. — El va tan desengañado,  
que no quisiera responderlo.  
Tendría por mucho agrado  
que me le diesen a la  
de Comarca.

FEIX. — Yo me acuerdo  
que eres.

LIARDA. — ¿Que de de eres  
más lo que me he acordado?

FEIX. — ¿Quieres que te de un consejo?

LIARDA. — Ya le tengo imaginado:  
saldrá Comarca de aquí  
a lo exterior el mundo.

FEIX. — ¿Que  
que me he acordado me  
puedo remedio a la Dalia.  
¿Cómo?

LIARDA. — Yo pienso a la Dalia  
por Comarca, y lo pensado  
que a la Dalia me he acordado  
no he por fuerte Comarca.  
Yo he pensado donde Feix  
no pueda verlo.

LIARDA. — Si Feix  
el Comarca y la Dalia.  
Trataré a Comarca.

FEIX. — ¿Habrá?

LIARDA. — ¡Mira, señora,  
Yo he pensado a la Dalia,  
pero he de guardarlo de  
Feix, como he pensado.  
Ni el tal he de entrar a ver.  
Mira, que hay una Dalia  
que entra el tal a una Dalia.  
Feix, de la Dalia, ver.  
Yo he pensado a la Dalia,  
pero he de guardarlo de  
Feix, como he pensado.  
Ni el tal he de entrar a ver.  
Mira, que hay una Dalia  
que entra el tal a una Dalia.  
Feix, de la Dalia, ver.

(Luz.)

FEIX.

Agitando por Comarca, me he.

FEIX.

(Luz.)

os he buscado: así mi amor estima  
vuestro valor.

FÉLIX.

Que se mostrase escasa,  
fué no saber quién sois.

JUAN.

¡Qué hermosa prima  
tenéis en ella!

FÉLIX.

Esta ciudad abrasa,  
y sólo para mí parece enima:  
porque, como a casarme no me animo,  
a veces soy marido, a veces primo.  
A mi casa venid: honradla agora.

JUAN.

Si os hubiera servido con la mía...

FÉLIX.

Agravio es ése, de quien tanto adora  
el valor, la amistad y cortesía.

JUAN.

No viene para fiestas el que llora  
casos de honor; y traigo compañía.

FÉLIX.

Veros en Aragón, me ha dado pena.

JUAN.

Que esta la honra en voluntad ajena.  
¡Ah cielo! ¡Ah ley del mundo, que ignorante  
puso el honor en la mujer! Yo vengo  
buscando una mujer.

FÉLIX.

Causa bastante  
para perder el seso.

JUAN.

No lo tengo.  
Pérfido corazón, alma diamante  
en este pecho mísero sostengo,  
pues me dura la vida.

FÉLIX.

Mucho alcanza,  
con vivir, la paciencia y la esperanza.

JUAN.

¡Que deje una mujer, para casarse.

títulos, caballeros, gente noble,  
y que venga en un bárbaro a emplearse,  
con más distancia que de un pino a un roble!  
Ya ¿de quién puede un hombre confiarse,  
si toda la amistad es trato doble?  
¡Oh, terrible pensión de la hermosura,  
que aun del amigo no has de estar segura!

Entra el amigo en una casa, y mira,  
no el caballo, la joya, ni la espada;  
no la pintura, que la vista admira,  
ni la cama riquísima bordada:  
que mira la mujer, luego suspira:  
ésta quiere tener, ésta le agrada,  
y sin respeto de que es prenda ajena,  
quiere hacer mala la que nace buena.  
¡Miseria extraña, bárbaro apetito!  
En fin, mi amigo la llevó robada,  
y dicen que a Aragón; aquí permito  
licencia a mi defensa en vuestra espada.

FÉLIX.

Si el agresor de tan cruel delito  
está en esta ciudad, por la sagrada  
imagen del Pirámide, que adoro,  
que ha de morir como en la plaza el toro.  
Ya conocéis aragoneses: creo  
que me podéis fiar estas verdades.

JUAN.

No le disteis lugar a mi deseo  
de proseguir las hechas amistades.

FÉLIX.

Fué causa de venirme un necio empleo,  
aunque no puedo decir de voluntades,  
por la posta a Aragón, cuyo suceso  
traigo en el alma, en mi pesar, impreso.

Las botas puestas, una hermosa dama,  
que tapada no he visto mujer fea,  
partir impide, y a su casa llama,  
porque de noche quiere que la vea:  
cual pajarillo, voy de rama en rama  
al blanco cebo, que picar desea,  
métenme a oscuras, y atrevido y ciego,  
de cuadra en cuadra, a su aposento llevo.

Háblame arrepentida, ¡extraño caso!,  
y que me vaya dice yo sin vella;  
su mano beso, y al mover el paso,  
a voces oigo preguntar por ella:  
túrbanse todos, yo delante paso,  
saco la espada, por morir con ella;  
pero, por más secreto, a su aposento  
una criada me conduce a tientas.



Aperçu de l'histoire de la poésie  
de nos jours et de la poésie, comme  
elle est dite, et comme elle est  
que les choses se passent réellement.  
Sécheresse, donc, y ne se trouve dans  
la poésie moderne et la poésie moderne  
est une poésie de la poésie et de la  
de la poésie et de la poésie et de la  
de la poésie et de la poésie et de la

On the way my English was not understood  
in an earlier time, and I therefore  
use the words. It shows the ignorance  
of the country and the lack of education.  
I have tried to be as clear as possible,  
but still in the end I have been  
too poor to do the things which  
are the most important in the world.

[illegible]

y, cierto, con el no pude matarle; que no quisieron algunos aragoneses.

RISELO. No, sino es yo; que no tengo gana de morir agora por lo que apenas entiendo. Que antes pienso que he servido a don Juan.

JUAN. Si me detengo. traidor Riseló, en matarte, es porque humilde te veo. ¿Dónde tienes a mi hermana?

RISELO. ¿Quieres escucharme?

JUAN. Quiero.

RISELO. Ella me envió a llamar, y dijo que tú habías muerto un hombre, y que la partida al Pardo era fingimiento, porque te ibas a Aragón, y le dijiste, partiendo, que luego fuese tras ti, con joyas y con dineros: que la acompañase yo, ser mi mujer prometiendo, en teniendo libertad: creílo, y con ella vengé, donde como portuguesa, haciendo dos mil enredos, se entró, y me dejó burlado, en casa de un caballero, por quien debió de venir.

JUAN. Quedo; dime el nombre presto.

RISELO. Un don Félix de Aragón.

JUAN. Todo cuanto dice, es cierto. Don Félix se va de aquí, y, sin saber que me ha hecho esta afrenta, me ha contado lo que sepulto en silencio hasta que tome venganza.

OTAVIO. ¿Don Félix?

JUAN. ¿Cómo podremos matarle en su misma casa?

OTAVIO. Don Juan: cuando me resuelvo a lo que importa a mi honor, nunca pienso en lo que pienso. Vamos a matarle.

JUAN. Vamos.

RISELO. Vida y espada os ofrezco.

JUAN. Yo voy a vengar mi honor.

OTAVIO. Yo, tu amistad.

RISELO. Yo, mis celos.

(Vanse. Salen LISARDA y CELIA.)

LISARDA. Está atenta, que te importa, a lo que te voy diciendo.

CELIA. Yo vos oxo e vos entendo.

LISARDA. Soy en las palabras corta. Beltrán te quiere, y te pide por mujer. Yo quiero darte mil ducados de mi parte.

CELIA. ¡Ay, lo que se descomide la fortuna con meu mal!

LISARDA. ¿De qué suerte?

CELIA. ¿Eu sou muller que Beltrán ha de tener?

LISARDA. ¿No sera Beltrán tu igual, siendo muy hidalgo?

CELIA. ¿Quién?

Ora eu queiro falaros verdade e desenganaros de miño valor también.

Eu sou, por miña ventura, filla de Vasco Coutiño, marqués da Fror, e pay miño, de que vos tanto asegura a riqueza de os diamantes que me furtaba aquel home.

LISARDA. ¿Qué dices?

CELIA. Este es meu nome. Ollay si son semellantes os marqueses e os vilaons. Voime a chorar miña sorte e a pedir que veña a morte a acabar tantas paísaons.

LISARDA. Oye, escucha.

CELIA. Perdonaimé, que eu vo co estos enollos a facer fontes meus ollos. ¡Mataime, penas, mataime!

(Vase.)

LISARDA.

Ya se van cada día aumentando mis males y mis celos; que la fortuna mía ha dado en darme penas por consuelos, pues donde alguno intento, todo resulta en mi mayor tormento. Sin duda, Félix sabe la calidad de esta mujer. ¿Qué espero?

(Sale DON PEDRO.)

PEDRO.

Yo haré que no se alabe



justo del remedio tuyo.  
 CELIA. Falay, que bien vos entiendo.  
 PEDRO. Yo tengo necesidad,  
 en mi casa, de gobierno;  
 mi hijo no me obedece,  
 mi hacienda va destruyendo.  
 Estoy en edad bastante:  
 si es verdad, como lo creo,  
 que eres tan noble señora.  
 conque los dos nos casemos  
 queda todo remediado.  
 CELIA. (Tantos acontecimientos,  
 ya me vienen a sacar  
 del alma lo más secreto.)  
 De que eu fora ditosa,  
 craro está; mas vós y eu  
 naon nos podemos casar,  
 porque hay cierto parentesco.  
 ¿Parentesco?  
 PEDRO. Ouí, señor:  
 CELIA. Ua noite que en silencio  
 toda a casa estaba, entrou,  
 foy amor, naon lo condeno,  
 por un ginela a cama,  
 apenas bullendo o vento.  
 donde durmendo me achou.  
 o voso fillo.  
 PEDRO. ¿Qué es esto?  
 CELIA. Naon valeron pregazaons,  
 naon lágrimas que choreu:  
 tuda a noite pelejamos;  
 era más forte: venceu;  
 o campo finco por ele;  
 pero foy con juramento  
 que eu sería muller súa.  
 PEDRO. ¿Hay más extraño suceso?  
 ¿Por qué no te defendiste,  
 o morir?  
 CELIA. ¡Ay, señor meu,  
 que u home, en tales facendas,  
 pelejara con los demos,  
 fará mimos a os diabros!  
 PEDRO. Ahora bien: yo soy más cuerdo  
 de lo que te he parecido,  
 tratando este casamiento.  
 Si es verdad que eres tan noble,  
 yo intentaré tu remedio;  
 pero, para que mejor  
 venga don Félix en ello,  
 y que yo pueda vengarme  
 de la burla que me ha hecho,  
 finge que eres mi mujer  
 y que es de los dos concierto,

hasta llegar la ocasión.  
 CELIA. Teu farey, señor meu,  
 con desejo de agradarvos;  
 que la verdad de meu preito  
 Deus lo sabe, y otro naon.  
 PEDRO. Pues discreción y silencio.  
 (Pase.)  
 CELIA. No va sucediendo mal.  
 Ayudadme agora, cielos;  
 que en tanto amor, son los celos  
 un infierno celestial.  
 ¡Qué bien al viejo engañé!  
 Mas, ¡ay, Dios!, ¿qué hará mi  
 [hermano,  
 buscando por dicha en vano  
 el honor que le quité?  
 ¿Qué se habrá dicho de mí?

(Sale BELTRÁN.)

BELTRÁN. (Aquí está Constanza. Creo  
 que sabe ya mi deseo.)  
 CELIA. (Mi pretensor viene aquí.)  
 BELTRÁN. ¿Hate dicho mi señora,  
 Constanza, mi pensamiento?  
 A cuenta del casamiento,  
 podemos tomar agora  
 cualque abrazo.  
 CELIA. ¿Tente, maon!

(Dale un bofetón.)

BELTRÁN. ¿A mí bofetón, mujer?  
 CELIA. ¿Moller eu?  
 BELTRÁN. Y lo has de ser.  
 CELIA. Falay con siso, villaon;  
 que eu son moller de señor.  
 BELTRÁN. ¿El mozo?  
 CELIA. Naon.  
 BELTRÁN. ¿Quién?  
 CELIA. O vello.

(Entrase grave CELIA.)

BELTRÁN. La hermosura puede hacello.  
 ¡Qué seso de hombre mayor!  
 Pero ¿qué puede tener  
 mujer que enamora a todos,  
 sin amor, de varios modos?  
 Pues causa debe de haber.  
 ¿Hermosura? Claro está  
 que enamora la hermosura;

¡por qué quedas tan oscura,  
por qué oscuras son  
¡estas horas del yndiano día!

(Queda sola, triste.)

FALLA

¡Queda sola, triste! ¡Queda  
en esta hora oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

¡Queda sola, triste! ¡Queda  
en esta hora oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!

¡Queda sola, triste! ¡Queda  
en esta hora oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!

(Queda sola.)

(Queda sola.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

¡Queda sola, triste! ¡Queda  
en esta hora oscura!  
¡Por qué quedas tan oscura,  
por qué quedas tan oscura!

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

(Queda sola.)

(Queda sola.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

(Queda sola.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

(Queda sola.)

(Queda sola, triste.)

con desigual injusta competencia,  
le dan a tu hermosura mis desdichas.

BELTRÁN.

Vuelve a Madrid, que allí te ruegan dichas.

(Salen DON PEDRO, LISARDA, INÉS y CELIA, con vestido castellano muy bizarro.)

PEDRO. Aunque tu mucha hermosura  
es de ti misma ornamento,  
el vestido castellano  
no ha sido de poco efecto.  
Un ángel me has parecido.

CELIA. Os anges fincan a os ceos.

LISARDA. Tú, mi señora, también  
parece que bajas dellos.

PEDRO. Aquí está Félix, sobrina. [to?

FÉLIX. ¡Muerto soy! Beltrán, ¿qué es es-

CELIA. (Ap.) Aquí está el ingrato mío.  
¿Cómo tengo sufrimiento?

PEDRO. Félix.

FÉLIX. Señor.

PEDRO. ¿Has sabido  
que me he casado?  
FÉLIX. No creo  
que quepa tal liviandad  
en tan cuerdo entendimiento;  
pero, porque en la ciudad  
no me molesten tus deudos,  
para partirme a Madrid  
me dad licencia y dineros,  
y goza de mi señora  
muchos años.

PEDRO. Aún hay tiempo  
para disponer de ti,  
que has de cumplir el concierto.  
Yo te doy justo castigo  
de la burla que me has hecho;  
que tales desobediencias  
no me han de obligar a menos.  
Llega y bésala la mano.

FÉLIX. De buena gana, por cierto;  
que no quiero yo que digas  
que en esto no te obedezco.  
Dadme vuestra blanca mano.

PEDRO. Lo blanco excusa.

FÉLIX. Yo os beso,  
por ver si con esta nieve  
pudiese templar mi fuego.  
CELIA. Eu, meu filho, vos bendigo,

(Echale la bendición.)

e por vosa may me teño  
de oxe para adiante.

FÉLIX. ¡Cielos! ¿Cómo soy tan necio  
que no tomo deste agravio  
hoy la venganza que puedo?  
Sepa esta ciudad, y sepan  
nuestros amigos y deudos,  
que si un viejo fué tan loco,  
yo, tan mozo, soy tan cuerdo.  
Dame la mano, Lisarda;  
casarme contigo quiero.  
Ya soy tu marido.

LISARDA. Y yo,  
quien por mi amor te merezco.

(Habla castellana.)

CELIA. Eso no. ¡Suelta la mano,  
traidor don Félix!

FÉLIX. ¿Qué es esto?

PEDRO. Pues ¿tú de esa suerte hablas?

CELIA. Hablar y quejarme puedo.

Hasta aquí pudo tener  
mi loco amor sufrimiento. (r)

FÉLIX. ¿Yo, Constanza, qué te debo?

CELIA. La vida, el honor y el alma.

PEDRO. Alguna desdicha temo.

(Dentro, DON JUAN.)

JUAN. ¡Aunque me cueste mil vidas!

OTAVIO. Entra sin temor.

JUAN. Ya entro.

(Salen DON JUAN, OTAVIO y RISELO, empuñadas las espadas y terciadas las capas.)

PEDRO. ¿En mi casa este ruido?

¿Hay mayor atrevimiento?

JUAN. Don Félix, ¿no me conoces?

FÉLIX. Don Juan de Silva, ¿qué es esto?

JUAN. Tú lo sabes, que en Madrid,  
en casa de un caballero  
como yo, entraste una noche  
con tan loco atrevimiento  
para quitarme el honor.

FÉLIX. ¿Yo? ¿Qué dices?

JUAN. Pues ¿en esto  
puede haber duda, si tú  
me lo has dicho?

FÉLIX. Yo confieso

(r) Falta un verso después de éste, que Hartzenbusch propone sea: "Pagad lo que me debéis".



- que te conté que esa noche  
tuve aquella dicha, y creo  
que era en casa principal,  
pero no fué conociendo  
quién eras.
- JUAN Dame a mi hermana  
que esto ha de ser lo primero,  
que luego verás, don Félix,  
a quién este agravio has hecho.
- FELIX Si yo vienes a tu hermana,  
el cielo permita.
- RIBERO ¡Quedo  
que yo la truje a tu casa!
- FELIX «Tu a mi casa?»
- PEDRO Caballeros,  
yo estoy confuso de ver  
tan espantosos sucesos.  
La razón con que venís  
en esta molestia ha puesto  
la que tengo de quejarme.  
Tú, don Félix, dales luego  
lo que te piden.
- FELIX Señor.
- RIBERO No hay que replicar en esto,  
que todos os acordáis  
que en este portal, fingiendo  
querer matarla una tarde  
(traza de su raro ingenio)  
la defendisteis de mí.
- PEDRO Una dama yo no niego  
que la tenéis aquí,  
pero es portuguesa, y puesto  
que no sé qué busáis.
- JUAN Antes sí, porque la dieron  
las Indias de Portugal  
esa lengua y nacimiento.  
Halla, Constanza.
- CELIA No soy  
Constanza.
- JUAN Ni Celia quieres  
que seas.
- FELIX Tened la daga,  
yo soy su marido, haciéndola  
cuanto a vuestras promesas  
verdad a la luz del cielo.
- PEDRO Si, pero estas amenazas  
se han de confirmar primero,  
con que habéis de ser casado  
de dos maneras.
- JUAN Ya entiendo,  
y me tendré por dichoso  
si, curando mi honor, llego  
a merecer de Lisarda  
la mano.
- PEDRO Si yo merezco  
la vuestra, poned en paz  
esta cosa y mis deseos.  
El dote de mi sobrina,  
señor don Juan, que os ofrezco,  
es cincuenta mil ducados.  
Yo de Celia llevo a cambio  
«Y qué te das a Beltrán  
por un año de república?»  
Mí ducados, con tres.
- FELIX ¿No basta?
- CELIA ¡Ay, teneos!
- FELIX Aquí se acaba, señores,  
la dicha del forastero.

FAMOSA COMEDIA

# EL PREMIO DEL BIEN HABLAR

DE

## FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

LEONARDA, *dama*.  
DON JUAN DE CASTRO.  
DON ANTONIO, *viejo*.  
MARTÍN, *lacayo*.

DON PEDRO.  
ANGELA, *dama*.  
FELICIANO.

RAMIRO, *huésped*.  
RUFINA, *esclava*.  
CARRILLO (1), *criado*.

### ACTO PRIMERO

*(Salen LEONARDA, dama, y RUFINA.)*

LEONARDA. ¿Doblaste el manto?  
RUFINA. Ya vengo  
de quitarte ese cuidado.  
LEONARDA. ¿Dijiste, Rufina, a Hurtado  
que a la tarde salir tengo?  
RUFINA. Ya, señora, le prevengo  
de que has de ver a doña Ana.  
LEONARDA. ¡Qué de juventud liviana  
que nos esperaba enfrente!  
RUFINA. Servir pudiera de puente  
desde Sevilla a Triana.  
Mas, si en toda la ciudad  
no hay tu talle, ¿qué te admira?  
LEONARDA. Más presumo yo que mira  
del oro la cantidad:  
dineros son calidad,  
dijo el cordobés Lucano;  
porque esto de padre indiano  
mueve más la juventud;  
que a la nobleza y virtud,  
pocos extienden la mano.  
¿No estaba don Pedro allí,  
aquel mi gran pretendiente?  
RUFINA. Aquel necio maldiciente  
de su hermano, entre ellos vi.

LEONARDA. ¡Lo que hablaría de mí  
toda aquella mocedad,  
con su necia libertad!  
RUFINA. Allí estaba un caballero,  
al parecer, forastero,  
con más seso y gravedad.  
LEONARDA. En ninguno reparé,  
por si estaba allí mi hermano.  
RUFINA. No estaba allí Feliciano,  
que uno a uno los miré.  
Pero el forastero fué  
quien me pareció mejor.

*(Dentro, ruido.)*

LEONARDA. Parece que oigo rumor,  
y cerca de nuestra casa.  
RUFINA. ¿Cómo esto en Sevilla pasa?  
¡Abre ese balcón, Leonor!

*(Entren, las espadas desnudas y las capas revueltas,  
DON JUAN DE CASTRO y MARTÍN su criado.)*

JUAN. ¡Entra, y dondequieraq sea!  
LEONARDA. ¡Jesús!  
JUAN. No os alborotéis.  
RUFINA. ¿Cómo no? ¿Qué pretendéis?  
LEONARDA. ¿Quién habrá que aquesto crea?  
¿Hasta mi estrado os entráis?  
¡Hola!

JUAN. Si en venir huyendo  
de la justicia os ofendo,  
vuestro respeto agraviáis.

(1) En la lista de personajes le llama Camilo; pero en el texto Carrillo. Hartzenbusch conservó las dos formas.



con dueña, escudero y paje,  
y en viéndolo, se tapó  
dejando caer la margen  
del manto al pecho, en lo negro  
luciendo cinco cristales.  
Como cuando el sol hermoso  
por nubes opuestas sale,  
así de sus ojos bellos,  
luz por las puntas de Flandes.  
Pero no templó su lengua;  
que luego dijo: “¡Que trate  
mi hermano, por interés,  
con esta indiana casarse! [cho  
Que. ¡vive Dios!, que me han di-  
que vendió en Indias su padre  
carbón, o hierro, que agora  
se ha convertido en diamantes.  
Que, puesto que es vizcaíno,  
para el toldo que ésta trae,  
son muy bajos sus principios.  
¡Malhayan Indias y mares!”  
Yo, no pudiendo sufrir  
palabras tan desiguales  
al valor de un caballero,  
dije: “Vuestra merced hable  
como quien es, que desdice  
de las palabras el traje:  
que es honrar a las mujeres  
deuda a que obligados nacen  
todos los hombres de bien,  
por el primer hospedaje  
que, de nueve meses, deben.  
y es razón que se les pague.  
Que, puesto que son las lenguas  
espadas, para templarse  
quiso Dios que las pusiesen  
en los pechos de sus madres.”  
“¿Quién le mete en eso a él,  
no conociendo las partes?”,  
respondió, descolorido.  
Yo dije: “El ver que la infamen  
sin dar ocasión y el ser  
hombre, que basta a obligarme,  
cuando no naciera noble.”  
Replicó: “Pues oiga y calle,  
si no sabe quién soy yo,  
y que no es bien que se case  
mi hermano desigualmente.”  
Respondí yo: “Los que saben  
que en Vizcaya a los más nobles  
se les permite que traten,  
con hábitos en los pechos,  
no dicen razones tales;

y, sin conocerla, digo  
que el ser mujer es bastante  
nobleza, y que no es honrado  
quien no las honra.” “¡Dejadme!  
—dijo entonces—. ¡Mataré  
este necio, si es su amante!”  
Repliqué: “No la conozco;  
pero lo que digo baste  
para hablar en su defensa.  
Saca la espada, cobarde;  
que donde palabras sobran,  
temo que las obras falten.  
¡Saca la espada! ¿Qué esperas,  
pues no te detiene nadie?”  
Pero, ¡vive Dios!, que apenas  
las dos se vieron iguales,  
cuando pienso que la indiana  
vino en forma de algún ángel  
y le derribó en el suelo,  
sin que a tenerle bastasen  
cuantas espadas y amigos  
pretendieron ayudarle.  
No espere mejor suceso  
la lengua que las infame,  
ni menos que vida y honra  
quien las defiende y alabe.  
Con esto quise tomar  
la iglesia para librarme,  
y, por la confusa gente,  
tomé diferente calle;  
al revolver de la esquina  
vi estas casas principales,  
juzgué por ellas el dueño,  
es imposible engañarme.  
Traigo una hermana conmigo,  
a quien doy tantos pesares,  
que este postrero, señora,  
temo que su vida acabe:  
esto solamente siento.  
Hasta que la noche baje,  
os suplico permitáis  
que en vuestra casa me ampare,  
para partirme a Sanlúcar,  
donde a las Indias me embarque,  
si podrán llevar el peso  
de mis desdichas sus naves.  
Que tan justa obligación  
hará que el alma os consagre  
la tabla deste milagro,  
que con letras de oro en jaspe  
diga que pudo, en Sevilla,  
don Juan de Castro librarse,  
con doña Angela, su hermana.

de dos peligros tan graves  
Y por la vez el pintor,  
cuando la tabla seña,  
como ha de poner la historia,  
y pues así la hermosa imagen  
ya me pongo de rodillas  
para que así me retrate  
que quien defiere a mujer,  
bien es que por tal a lance.

LEONARDA La razón en que os halla  
no da lugar a respuesta;  
vuestro valor manifiesta  
lo que haceis, y lo que habláis.  
Esa mujer que obligó  
vuestro, y palabra os doy  
que mintió, porque yo soy  
nieta de tan noble abuelo  
que por bien nacida, al cielo  
siempre agradecida estoy.

Es de mi padre el solar  
el más noble de Vizcaya;  
que a las Indias venga o vaya,  
qué honor le puede quitar?  
Si le ha enriquecido el mar,  
no implica ser caballero.  
Quiso honrar ese escudo  
mi padre; mas no podra,  
qui con espada el lengua ya  
con que digo que no quiero.

Es de hierro y carbon  
el lenguaje maliciente,  
pero yo quiero, aunque m este  
tiempo, en esta ocasión  
escudado y apunido,  
para más castidad le halló  
en la tierra mi más calle  
con tanto el idioma, en su lengua,  
para cortarle la lengua  
y el carbon para quemarlo.

Pierdo que vuestro es hermano  
bueno, ¿quién lo prete?

JUAN, ¿Dónde lleva el cielo que ha puesto  
en la cumbre en vuestra mano?

MARTÍN Malicia, celos, malicia.

Yo soy la culpa, o ¿quién lo?

RUFINA Yo, papá, en vuestro dar.

Yo soy la culpa, o ¿quién lo?

MARTÍN Yo soy la culpa, o ¿quién lo?

RUFINA Yo soy la culpa, o ¿quién lo?

(Canto: Juan, Rufina, Martín, y Leonarda.)

FELICIANO Yo soy la culpa, o ¿quién lo?

Yo soy la culpa, o ¿quién lo?

LEONARDA ¿Dónde vas tan descompuesto?

PEDRO ¿Sabes en qué día?

LEONARDA ¿En qué día?

PEDRO ¡Ay, Leonarda, que cuando  
queda mi hermano don Diego!

LEONARDA ¿Qué tan bruscamente megas,  
con siempre murmurando

que mucho que quiera así?

FELICIANO ¿Que buen modo de consuela?  
Vamos de aquí.

PEDRO ¿Sabes el río  
que representamos leido?

Mas era hermano mío y  
no me tocaba el castigo.

FELICIANO Yo soy de don Pedro amigo,  
y tuve a don Diego amor.

Si hablaba mal, yo me  
de ruin gente que a la honrada  
siempre fue de respetada.

LEONARDA ¿Tan iluso?

FELICIANO ¿Lo ves?

Y, vive Dios, que si enciende  
la tierra este bruto  
que le he de matar!

PEDRO. No quiero  
que habiendo de volver donde,

que es Sevilla confusión  
y de en confusión esta

quien Feliciano, podrá  
matarle en con mucho?

Los hijos de don Diego  
a Sancho de don Diego  
para matarle pagados,  
porque así se los de matar,  
y no se los de matar.

FELICIANO ¿Vosotros a don Diego  
con es lo que quería?

PEDRO ¿Sabéis  
perro que para matar

encontráis la culpa  
de don Diego, y tan alredo  
los hijos, que van matados  
creéis con vuestro más fuerte  
que por don Diego más fuerte,  
con a no encontrar mi culpa  
me mata con esta espada  
de espada de vuestro hijo.

Que si me matas, don Diego  
¿Que me va a matar mi hermano?

FELICIANO ¿Que me va a matar mi hermano?  
¿Que me va a matar mi hermano?

(Canto: Juan, Rufina, Martín, y Leonarda.)

ANTONIO. ¿Dónde va tu hermano así?  
 LEONARDA. Allá, con sus amistades,  
 a ejecutar necedades  
 que te den cuidado a ti.  
 ANTONIO. Dicen que ha herido a don Die-  
 un forastero don Juan. [go  
 LEONARDA. Los dos a buscarle van:  
 uno, necio, y otro, ciego.  
 ANTONIO. Pues ¿qué quiere Feliciano?  
 ¿Acabar mi vida así?  
 LEONARDA. Este don Pedro que aquí  
 trujo a mi pesar mi hermano,  
 queriendo que su mujer,  
 como se lo ha dicho, sea;  
 que en estas cosas se emplea.  
 ANTONIO. Algo le ha de suceder.  
 Siempre los malos sucesos  
 vienen por malos amigos;  
 no tiene un padre enemigos  
 como los hijos traviesos.  
 Matarán este don Juan,  
 ¿quién lo duda? Es forastero.  
 LEONARDA. Es valiente caballero,  
 tendrá amigos, no podrán.  
 La causa de la cuestión  
 fué decir mal de mujeres  
 don Diego; pues ¿cómo quieres  
 que le ayude la razón?  
 ANTONIO. ¿Luego el don Juan defendía  
 las mujeres?  
 LEONARDA. Sí, señor.  
 ANTONIO. Ese hombre tiene valor.  
 No hay cosa, Leonarda mía,  
 más digna de un hombre honra-  
 Ser quien le mató quisiera: [do.  
 así en las venas se altera  
 el humor del tiempo helado.  
 Si supiera dónde estaba,  
 favor le diera, y dinero.  
 Propia acción de caballero.  
 ¿Quién lo bien hecho no alaba?  
 Voy a buscar a tu hermano,  
 que es loco y rico.  
 (Vase. Sale RUFINA.)  
 RUFINA. Ya quedan  
 adonde hallarlos no puedan.  
 LEONARDA. Sólo temo a Feliciano.  
 ¿Dónde pusiste al criado?  
 RUFINA. Martín, que aqueste es su nombre,  
 queda, por más tordo que hombre,  
 en el pajar enjaulado.

Pienso que ha de cantar bien,  
 porque aun apenas entró,  
 cuando de comer pidió.  
 LEONARDA. Haz que de comer le den;  
 que yo haré, con gran secreto,  
 la comida de don Juan.  
 RUFINA. Lástima los dos me dan.  
 LEONARDA. El caballero es discreto;  
 y que me ha puesto, Rufina,  
 en notable obligación.  
 RUFINA. Por ella obliga a afición,  
 y por la persona inclina.  
 Pidióme un libro.  
 LEONARDA. Hasme dado.  
 Rufina, grande contento:  
 hoy sabrá mi nacimiento;  
 que tú, sin mostrar cuidado,  
 le darás mi ejecutoria,  
 diciendo que aquí la hallaste  
 en un cofre mío.  
 RUFINA. Pensaste  
 una sutil vanagloria.  
 LEONARDA. Quiero que sepa que tengo  
 sangre de un señor de España.  
 RUFINA. Si la vista no me engaña,  
 a pensar que quieres vengo  
 ser con él más que piadosa.  
 LEONARDA. ¿No te parece que fuera,  
 quien a don Juan mereciera...?  
 RUFINA. Di lo demás.  
 LEONARDA. ¿Venturosa,  
 sin temer tormenta o calma?  
 Porque el bien hablar, Rufina,  
 es una señal divina  
 de la nobleza del alma.

(Vanse. Sale DOÑA ANGELA, dama, y RAMIRO, huésped.)

ANGELA. No sé cómo he de tener  
 paciencia en tan mal suceso;  
 que, si no es perder el seso,  
 no me queda qué perder.  
 HUÉSPED. ¿No pudiera suceder  
 el matar a vuestro hermano?  
 Que fuisteis dichosa es llano;  
 que en dos males es error  
 no agradecer el menor  
 y quejarse al cielo en vano.  
 ANGELA. Conozco que mayor mal,  
 huésped, suceder pudiera;  
 que esto no me sucediera,  
 fuera a mi inocencia igual.





un millón que hay en mi casa  
por vuestro servicio, y luego  
honor, sangre, vida y alma.

ANGELA. El cielo os pague el consuelo.

FELICIANO. ¿Vuestro nombre?

ANGELA. Angela.

FELICIANO. Basta.

No se engañó quien le puso.

¿Huésped?

HUÉSPED. ¿Señor?

FELICIANO. Dos palabras:

Con estos cincuenta escudos  
regalaréis esta dama,  
mientras que vuelvo a Sevilla.

HUÉSPED. ¿Cuándo volveréis?

FELICIANO. Mañana.

(Vase.)

HUÉSPED. Cincuenta escudos me dió.

ANGELA. Término de gente hidalga.

HUÉSPED. ¡Pesía tal! Es rico y noble.

Puede comprar a Triana.  
Una hermana tiene, hermosa,  
para quien su padre guarda  
cien mil ducados de dote.

ANGELA. La fortuna, mi madrastra,  
ha guardado para mí  
cien mil penas y desgracias.

(Vanse. Salen DON JUAN y MARTÍN.)

JUAN.

¿Cómo pasaste a verme?

MARTÍN.

Con licencia

de la mulata, que es la quintaesencia  
de toda la discreta picardía  
que lo moreno desta tierra cria.

JUAN.

¿Has comido?

MARTÍN.

¿Qué dices? Treinta platos  
me trujo esta princesa de mulatos:  
y, sirviendo la paja de manteles,  
comí mejor que en sillas ni doseles;  
y, para postre, mano y paz de Francia,  
que puesto que teniendo la fragancia  
la limpieza, pastilla y no ser fea,  
disimular pudiera la gragea.  
¿Comiste tú?

JUAN.

Pedíle a la morena  
un libro, por pasar mejor la pena  
de tanta soledad; y ella, que ignora  
qué historias salen en la corte agora,  
en vez de tanta prosa, verso y fama,  
me trujo la nobleza de su ama,  
de mil colores y oro, y la he leído;  
con que también estuve entretenido  
como con los donaires del Parnaso,  
del Orfeo, del nuevo Garcilaso.  
Es tanta, finalmente, su belleza,  
que puede competir con su nobleza.  
Vino, Martín, tras esto la comida,  
guisada de la dama defendida  
con tal regalo, olor, gusto y aseó,  
que sólo le ha faltado a mi deseo  
el postre que te dió la mulatilla.

MARTÍN.

¡Qué bizarra es la gente de Sevilla!  
¡Qué liberal, qué limpia y generosa!

JUAN.

¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?

MARTÍN.

¿Cómo discreta? Cicerón, Cervantes  
ni Juan de Mena ni otro después ni antes  
no fueron tan discretos y entendidos.  
Es una arpa templada en los oídos,  
es sentencia en favor por el consejo,  
consonancia en cristal de vino añejo,  
son de doblón en mesa o plata doble,  
cortés respuesta de persona noble,  
ruido de arroyuelo ardiendo Febo.  
soneto de don Luis. Séneca nuevo:  
con hambre, los torreznos que se frien;  
con tercianas, las fuentes que se rien,  
o más sonoro que en la espalda suele,  
de los que azotan, a quien no le duele,  
o en un falso testigo o alcahueta  
el eco de una solfa de baqueta:  
pues en llegando a hablar de la hermosura,  
Diana es fea, Filomena oscura,  
la doncella de Francia y la doncella  
de Dinamarca nones son con ella,  
porque el sol es muy lindo, y nos enfada  
por los caniculares, y ésta agrada.  
Quedémonos aquí, pues has topado  
las Indias sin la mar, que tú embarcado  
irás a tu aposento con Leonarda,

y se con la malata, que me aguarda  
en mi pajar sin largar las esetas,  
porque si aquí se empuerran treinta flotas,  
que es menester hacer mayor teatro,  
¿que aun esta esclava si la vende es oro?

JUAN

¡Como pienso, Martín, lo que has soñado!  
¡Bien parece que en paja te has echado!

MARTÍN

Si, mas no la he cocida, que me dieron  
naranja que la cadera rompieron,  
un pernil con las hebras como grana,  
que alborera a un hipocóndrico la gana  
y, a estar hecha en figura más perfecta,  
de un cardenal pudiera ser muceta  
una ave enamorada.

JUAN

¡Enarbolala!

MARTÍN

De tierna, derretida y bien asada  
Hubo su ramito de ova y queso  
que pudieran venderme por el peso.  
Con esto y diez tragados de cazalla,  
dije, poniendo aparte la tralla,  
los ojos ya del buen liner testigo:  
"Malata, ¿dónde están los enemigos!"

JUAN

¡Ay, Martín! ¿cómo todo me alegrara  
si en Madrid y hasta Angola dejara  
pero ver que es tan benemrita y que afilada  
ha de estar del peligro de mi vida,  
no me permito gustar ni contento!

MARTÍN

¡Quédate con esta Leonarda en tu aposento!

(Sale LEONARDA y ROSARIO.)

LEONARDA. Hablando quedo muy mal  
de acostado y de comido.

JUAN. No lo he pensado en mi vida,  
hermosa, cuánto igual.

LEONARDA. Quien me hubiera dicho  
a vuestra salud quisiera.

JUAN. Mucho a mi muerte también,  
pero así de esclava le alaba:  
que cuando yo cuando esclava  
me diere, me pinta en ella.

Vine a mi centro en venir  
donde vuestra esclava vive.  
Parece que me apercebe  
de que me tengo de servir.  
Si aquí se puede ver y oír,  
toda mi ventura en tierra,  
toda mi malicia destierra,  
porque después de no estar  
en el cielo, no hay lugar  
mayor descanso en la tierra.

Pero ¿qué ha de ser de mí,  
ya que en tal lugar estoy,  
si en sienda noche me voy  
de aqueste día en que os vi?  
Si tan presto el bien perdi,  
fuerza fue mi ventura.  
No es bien el que para dura,  
mas ¿quién, señora, pensara  
que mi contrariedad vengara  
vuestra divina hermanara?

¿Cuál es el muerto no acierto,  
bella Leonarda, a jurgar,  
si el no vengo me fue de dar  
la muerte ya soy el muerto.  
Pensé que llegaba al puerto  
de mis de dichas y luego  
donde a la muerte nacíste  
con tal tormentita y ruego,  
que quiere sergo a mi  
el alma en un mont de fuego.

Que hice ya a vuestras ojos,  
que vengas mi contrariedad,  
cuando las hebre testigos  
de mis lágrimas y ansiedad.  
Juro de que con amor  
doctore sus me lloraba:  
amor, que me tiene en calma;  
pero vuestra discreción  
sabe que la obligación  
alvo las muertes al alma.

Primero es así, que no sé  
¿Quién sea que me obliga a?  
Y no lo puedo negar,  
pero sé que es un defecto.  
Mas ¿cómo tiempo  
tengo en amor de vivir  
pero así como esclava,  
pero me transformo en dueña  
no me divierte de vivir  
como una defendiera.

LEONARDA. Señor don Juan, si viera  
decomiendo justicia,  
mal podré yo persuadirle.

contra lo que vos queréis;  
y basta que me dejéis  
con tantas obligaciones  
sin decirme esas razones,  
para más pena y dolor;  
que no le detiene amor  
a quien deja las prisiones.

Defenderme antes de verme  
no fué amor, nobleza fué  
o condición vuestra, en fe  
de obligarme y conocerme;  
pero si fué defenderme  
nobleza, nobleza fué  
el haberos defendido,  
con que diréis, con razón,  
que cumple su obligación  
beneficio agradecido.

Vos os vais porque queréis,  
y algún deseo lleváis,  
pues porque queréis os vais  
cuando quedaros podéis.  
Al peligro anteponeís  
el ángel que en la posada  
debe de estar lastimada.  
¡Mirad qué extraños desvelos,  
que os estoy pidiendo celos  
sin amor ni ser amada!

Dicen que la enfermedad  
tiene la espada desnuda  
cuando está la vida en duda;  
y en mí el ejemplo mirad.  
A matar la libertad,  
la espada desnuda entrastes,  
aunque piadosa me hallastes;  
pero el efeto que hicistes  
no os lo dije, pues os fuistes  
con más prisa que llegastes.

Id en buen hora a buscar  
esa dama venturosa,  
que estará tan cuidadosa  
como me habéis de dejar.  
Mirad si queréis llevar  
alguna cosa de aquí;  
que os aseguro que fuí  
dichosa en que luego os vais,  
porque si más os tardáis  
me llevarades a mí.

JUAN. Leonarda, si yo me voy  
es por no daros enfado,  
que del ángel lastimado  
legítimo hermano soy;  
y el favor que me dais hoy,  
en el alma le imprimí.

Bien quisiera estarme aquí,  
si tuviera atrevimiento,  
porque este humilde aposento  
fuera cielo para mí.

El cuidado de mi hermana  
confieso que me le da.

LEONARDA. ¿Qué es vuestra hermana?

JUAN. No está  
lejos, sabedlo mañana.

MARTÍN. ¿Para qué andáis por rodeos  
donde se os ven los enojos,  
pues por la boca y los ojos  
andáis trocando deseos.

Pensad la partida bien;  
que él se muere por no irse,  
y tú, si puede decirse,  
porque se quede, también.

Por lo menos, ya que fuese  
prisión esta voluntad,  
hasta saber la verdad  
responde, aprueba y estése.

¡Ea! ¿Qué os estáis mirando?

JUAN. Por mí, yo me quedo aquí.

LEONARDA. Y yo, ¿qué diré de mí?

MARTÍN. Di que lo estás deseando.

RUFINA. Y él, ¿no tiene hermana allá?

MARTÍN. No, perra..., perla quería  
decir, que tú lo eres mía.

RUFINA. Tu hermano ha venido ya.

LEONARDA. Salgamos del aposento,  
y cierra tú.

JUAN. Adiós.

LEONARDA. Adiós.

RUFINA. En fin, ¿se quedan los dos?

LEONARDA. O es amor, o atrevimiento.

(*Vanse. Queda LEONARDA y sale FELICIANO.*)

FELICIANO. Leonarda, señora mía.

LEONARDA. ¡Cuánto me alegro de verte!  
que me has tenido con pena  
de ver que tan loco fueses  
a acompañar otro loco.  
¿Qué ha sucedido, qué tiene?  
¿Habéis hallado, por dicha,  
al forastero valiente?  
Mas ¿qué? ¿Le habéis muerto?

FELICIANO. Yo  
soy el que vengo a la muerte.

LEONARDA. ¡Ay, cielos! ¿Estás herido?  
¿Dónde? ¿Cómo?

FELICIANO. ¡Espera! ¡Tente!  
Que es una herida invisible,



entonces fué de la Sierpe.  
Toma mi hacienda, mi vida,  
como sola el alma dejes,  
y esto porque no la tengo.

LEONARDA. Llama, Rufina, esa gente,  
hoy que el ángel de mi hermano  
al coche en oro convierte.

RUFINA. ¡Basta, que estáis dos a dos!

FELICIANO. ¡Ay, Angela, si te viesen  
en esta casa mis ojos!

LEONARDA. ¡Ay, don Juan, cuánto me debes!

RUFINA. ¡Ay, Martín, si a mi color  
tal San Martín le viniese!

## ACTO SEGUNDO

(Salen DON JUAN y MARTÍN.)

MARTÍN.

Parece nuestra historia encantamiento.

JUAN.

No lo parece, sí lo es.

MARTÍN.

Al día  
abre las puertas con dorado aliento  
la bella aurora que las flores cría.

JUAN.

Estaba, como digo, en mi aposento,  
cuando la noche el filo igual tenía  
en la balanza con que pesa estrellas,  
más triste que ella suele estar sin ellas.

Pensaba sólo en mi querida hermana,  
cuando oigo abrir la puerta, y que Rufina  
me dice que Leonarda, más humana,  
hablarme en su aposento determina.  
Voy tras la esclava como sombra vana,  
mira tú con qué luz mi error camina,  
y asido de su enfaldo a oscuras llevo  
a la esfera bellísima del fuego.

Una bujía en una cuadra ardía,  
y con vislumbre trémula enseñaba  
lo que en la cuadra bien compuesta había:  
que una cama de seda y oro estaba,  
el ámbar de aire, en viento le servía,  
que por las cuatro partes respiraba.  
Allí yo te confieso que suspengo  
llegar mi dicha por la posta pienso.

“¿Qué os detenéis?”, me dice la mulata.

“Corred, cobarde, esa cortina luego.”

Y descubriendo un cielo de oro y plata,  
de una hermosa mujer me abrasa el fuego.  
Yo, cuando pienso que Leonarda trata  
de algún yerro de amor, que es siempre ciego,  
conozco que es doña Angela, mi hermana,  
y fuése en humo mi esperanza vana.

“¿Qué es esto, dije, dulce hermana mía?”  
Y como con su rostro me juntaba,  
sentí que huésped en la cama había,  
que Leonarda de celos suspiraba.  
Martín, yo te confieso el alegría  
que ver mi hermana en tal lugar me daba;  
pero que en parte me pesó, pues creo  
que fuera más dichoso mi deseo.

Después de hablar con ella más de una hora,  
le dije: “¿Cómo este lugar tomaste,  
pues era de Leonarda, mi señora?  
¿Tan presto el noble término olvidaste?”  
“Mándome, respondió, mudarle agora  
para poder hablar cuando llegaste.  
Pasa de la otra parte, por que puedas  
agradecer lo que obligado quedas”.

“Yo escucho desde aquí”, dijo Leonarda;  
y detívenme yo cobardemente;  
pero ella, presumiendo de gallarda,  
remitió su temor a su accidente.  
Fingió que el animal, el que acabarda  
más las mujeres, se atrevió a su frente.  
Ya ves con qué donaire fingiría  
el miedo que era entonces osadía.

Ya desvía las trenzas, ya la ropa,  
ya del cuello los cándidos cambrayes,  
ya se vuelve a cubrir con lo que topa,  
mezclando alegre risa en dulces ayes.  
Yo, viendo mi fortuna viento en popa,  
le dije al corazón: “No te desmayes”,  
cuando la luz, a ruego suyo inclina,  
aunque mulata sin color, Rufina.

Sueltos en crespos rizos sus cabellos,  
ondas de la tormenta del espanto,  
puso risueña en mí los ojos bellos,  
no siendo el animal que temía tanto.  
Retrato el alma entre las luces dellos,  
y finjo, por la colcha que levanto,  
que pasa el animal, y que le veo.  
¡Y era lo que pasaba mi deseo!

No ha visto el mismo amor desde que miente,  
que desde que nació mentir sabía,  
tan bien fingido espanto y accidente  
más bien trazado para dicha mía;  
y fuélo grande estar su hermano ausente,  
porque a acostarse lo conduce el día,



que esto pudiera ser mas la ventura,  
cuando más quere, todo la asegura.

El muerto baja a la bordada orilla  
de la cama, por ver si halla el rastro,  
y halla una hermosa zapatilla  
que le fustaba el alma de albañastro  
lleva hacia la fragua de Sevilla,  
porque y por vida de don Juan de Castro!  
que el más grave error no fuer pudiera  
la linda zapatilla billetea.

Con esto, a mi aposento vuelvo y digo  
a mi barba mil requiebros tales,  
que desde agora a tu sentir me obligo  
por tales bienes los mayores males;  
No ha sido el sueño de mi bien testigo,  
que ajenos en los túlgidos umbrales  
del cielo puso el pie la blanca aurora,  
cuando me halló como me ves ahora.

MARTÍN

¡Sueño extraño y última bodega  
de tu temer! Más breve fue mi historia.  
Por la mulata a la cocina llega,  
que allí ella es una parte de tu gloria.  
Duerme, o habido en el umbral del fuego  
un sueño que pudiera andar la noche.  
Siento temer y paso a paso aplio  
la farsa de la temeraria locura.

Pero atenta la boca en el repara,  
que allá a primera y en la mañana  
cuando durando me agarró la cara,  
y en las sacras me estoró las penas.  
Pues luego me tortura en mi para,  
quiere volver, trocisco en dos aristas  
y dice en la espada con la frente,  
despertada las gatas y la gente.

Cuál me salta a la cara, cual me agarra  
por una puntacilla, puello el tino,  
matra en el puerto y así halla la barra,  
que enlaza la puerta de dentro.

¡Qué poco una resaca como guitarra  
monstruosa le culla, haciendo vino  
por las Carrasolendas como el 12  
Las resaca de la que por el agua

Fernán, que está de la tortura  
baptista del sudor de la resaca,  
por el al agua de la resaca  
de la resaca de la resaca.  
¡Oh, Fernán, que Juan, la que divina  
de la resaca, la que la resaca,  
que en la resaca de la resaca  
de la resaca, la que la resaca.

JUAN. Grande sueño, aquí te estoró  
hasta que sepas quien es.

MARTÍN. Tengo de hablarte de cosas.  
JUAN. Mi voluntad te responde.

(JUAN)

MARTÍN. Muy bien te quedas estar,  
que es Leonardo, mi primo.

(SAL. LEONARDO)

LEONARDO. Martín

MARTÍN. Pareces aurora  
en la luz y el madrugada.  
Querría andar en tu casa  
adivina en la.

LEONARDO. Otro fin  
me ha despertado. Martín  
que de la resaca de la resaca

MARTÍN. Digno porque tienes  
más de la resaca,  
por los trabajos notables  
que en tierra y en el poder.

LEONARDO. Pero ¿que te ha despertado?  
MARTÍN. Un sueño como el tuyo.

LEONARDO. No es, digamos  
que en la resaca de la resaca

MARTÍN. No sera pena de amor  
que don Juan, mi hermano

LEONARDO. No te puede faltar con el tuyo.  
MARTÍN. De la resaca de la resaca

LEONARDO. Pero ¿de la resaca? De quien?  
MARTÍN. Mi resaca de la resaca,  
de que en la resaca de la resaca

MARTÍN. No la resaca de la resaca.  
LEONARDO. ¿Qué resaca de la resaca?

MARTÍN. De la resaca de la resaca?

LEONARDO. ¿Y no ha querido resaca  
de la resaca de la resaca,  
que la resaca de la resaca,  
resaca de la resaca

MARTÍN. De la resaca de la resaca,  
de la resaca de la resaca

LEONARDO. ¿Y no ha querido resaca  
de la resaca de la resaca

LEONARDO. ¿Y no ha querido resaca  
de la resaca de la resaca,  
que la resaca de la resaca,  
resaca de la resaca

que me va la vida a mí  
en tener mi libertad.  
El sabe mi calidad:  
tan buena como él nació.

Yo regalaré su dama;  
no por eso ha de pensar  
que es mejor aventurar  
el crédito de mi fama.

Ella es muy linda, ¡por Dios!,  
y en él muy bien empleada,  
ya la he visto despojada.  
Bien se pagaron los dos.

Hasta verla, tuve en duda  
la voluntad y la vida;  
desvelos me dió vestida;  
celos me ha dado desnuda.

No es cosa para sufrir;  
que celos antes de amor  
es como necio acreedor  
que firma sin recibir.

Di que no me hable más  
en lo que habemos tratado.  
Si mi señor te ha engañado,  
no vuelva a Madrid jamás.

MARTÍN.

Plega a Dios que un ignorante  
me lea, ilustre señora,  
en versos, versos un hora,  
y un mal músico me cante,  
y que algún falso deudor,  
de estos mohatrereros viejos,  
por audiencias y consejos  
haga pedazos mi honor.

Plega a Dios que sea creída  
la primera información,  
y quitenme la opinión,  
que sin opinión no hay vida.

Que me vendan mis parientes  
y me olviden mis amigos,  
y que a mil falsos testigos  
nazcan otros tantos dientes.

Que sirva a señor ingrato,  
y si hubiere lugar, quiero  
que me tire un candelero  
a quien pidiere barato.

Que se aficione a capones  
mi dama, por voces vanas,  
y si tuviere tercianas  
me curen por sabañones.

Que compita con bonete  
y me atruene un bachiller;  
que hable grueso mi mujer  
y mi criado en falsete.

Que me ensucien una aldaba

cuando por llamar la tuerza,  
y que me casen por fuerza,  
que con voluntad bastaba.

LEONARDA. Ya te conozco, Martín.  
Para tordo eres mejor.  
Yo entendí que tu señor  
miraba otro blanco y fin.

MARTÍN. Lo dicho, dicho; no hay más.  
Oye, señora, detente.  
Escucha.

LEONARDA. Vete, insolente.

(Vase.)

MARTÍN. ¿De esa manera te vas?

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO. ¿Qué es esto?

MARTÍN. ¡Perdióse todo!

FELICIANO. ¿Quién sois, y qué hacéis aquí?

MARTÍN. Señor, yo vine, yo fui.

FELICIANO. Quien se turba de ese modo,  
bien claro dice quién es.

MARTÍN. Soy cajero, y he vendido  
unas randas que he traído,  
como lo sabréis después.  
Si algunas voces he dado,  
por mi dinero será.

FELICIANO. Y la caja, ¿dónde está?

MARTÍN. Aquí enfrente la he dejado,  
de donde agora pasé.

FELICIANO. ¿Y a quién las habéis vendido?

MARTÍN. Si a vuestra mujer ha sido  
o a vuestra hermana, no sé;  
y aquí estaba una esclavilla,  
la cual Rufina se llama.

FELICIANO. No es mi mujer esa dama.

MARTÍN. Yo sé poco de Sevilla.

FELICIANO. ¿De qué nación?

MARTÍN. Turco soy.

FELICIANO. ¿Turco?

MARTÍN. Digo de Turín.

FELICIANO. ¿Piamontés?

MARTÍN. Sí, piamontín.

En grande peligro estoy.

FELICIANO. ¿De qué país del Piamonte?

MARTÍN. De Illescas.

FELICIANO. ¿De Illescas? ¿Cómo?

MARTÍN. Tal miedo de veros tomo,  
porque yo soy de Belmonte.

FELICIANO. No me agradáis. ¡Ah, Leonarda!

(Sale LEONARDA.)

LEONARDA ¿Te felicitaré?

FRANCISCO Yo soy

MARTÍN Gracias a los celos, digo,  
mucho al mismo tanto.

¿A pensar como se los dabo  
unos ruidos de que espero  
en esta guerra al francés?

LEONARDA Unos ruidos se los he comprado.

FRANCISCO Prefiero el ruido de los

MARTÍN Los fusillos, ¿verdad?  
prefiero más los de guerra.

FRANCISCO ¿Pues qué guerra tenemos?  
Venid a verla.

(Luz.)

LEONARDA Martín  
escuchad.

MARTÍN ¿Qué me mandáis?

LEONARDA Qui a verton desque vengats.

MARTÍN Pense que datamos fin  
a nuestros cuentos, por Dios,  
pero esta ventura fue,  
pues diquértelo, podré  
hablar yefura con vos.

(Luz.)

LEONARDA.

A las peras del año desgranar  
cosecho bello, las abiertas flores  
cualdo en abroge por dos cuarteles  
en cada uno un claro tijón.

Fuero en el campo que sobre quitan  
el fruto de sus ardidos arcos,  
diganos como los compendios  
que tanto fabricaban desdichos.

Los pedos de que ya caudito oída  
hallaron un cristal, los arcos  
de sus fusos que el diablo hechar.

Los fusos que sacos y abrojos  
cualdo poro que raba fabricaba.  
Tal los puros que a puros ya oídos.

(Una dama, Angela.)

ANGELA ¿Qué es?

LEONARDA No lo sé.

ANGELA Mi hermano Leonardo me  
ha comprado los ruidos  
de la guerra de los fusos.  
Dijéronme que era  
verdad que él los  
de la guerra, que me los ha

comprado, que él me los ha comprado.  
Dijéronme que él los ha comprado.  
Dijéronme que él los ha comprado.

Y luego le oída de  
mi me habiendo comprado  
cualdo como me los oída  
dijéronme que él los ha comprado.  
Dijéronme que él los ha comprado.  
Dijéronme que él los ha comprado.  
Dijéronme que él los ha comprado.  
Dijéronme que él los ha comprado.

Ma, de qué es eso?  
Pues que me oída  
puro me oída  
de mi hermano los fusos.  
Amor de los fusos oída  
no oída ni te oída  
ma que a mi oída oída.  
Mirá tu a pado habi-  
puro de mi oída,  
puro de mi oída.

LEONARDA Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.

Nunca oída me oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.

Y a mi hermano oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.  
Dada Angela me oída  
no puede haber fusos oída.

Aficionéme de ver  
que sacase un caballero  
en mi defensa el acero,  
sólo porque soy mujer.  
Angela, no he menester  
dineros, sino contento;  
ayuda mi pensamiento;  
que fuera de mi nobleza,  
no hay en las Indias riqueza  
que iguale tu casamiento.

ANGELA. Yo, señora, haré tu gusto,  
fuera de ser de mi hermano.

LEONARDA. Daba a don Pedro la mano,  
no con pena ni disgusto;  
pero ya querer es justo  
a quien defiende mi honor.

(Sale RUFINA.)

RUFINA. Don Antonio, mi señor,  
viene con don Pedro a hablarte.  
Escóndete.

ANGELA. ¿Si es casarte?

LEONARDA. No hay obediencia en amor.

(Vase ANGELA. Salen DON ANTONIO y DON PEDRO.)

ANTONIO.

¿En tal peligro queda?

PEDRO.

No parece  
que una hora pueda dilatar la vida.  
Mengua el valor y el accidente crece.  
Mi casa queda toda reducida  
a sola mi persona.

ANTONIO.

Si en vos queda,  
será más aumentada que perdida.

PEDRO.

Bastante hacienda y mayorazgo hereda  
quien sólo quiere ser esclavo vuestro,  
cuando esta dicha el cielo me conceda.

ANTONIO.

Vos conocéis el justo amor que os muestro.  
Aquí está mi Leonarda, que en su gusto  
sabéis, don Pedro, que se mueve el nuestro.

Leonarda, sin respuesta, sin disgusto,  
hoy se ha de hacer este concierto; hoy quiero  
que lo que quiero yo tengas por justo.

Es don Pedro tan noble caballero,  
que quiero honrar mi casa de la suya.  
Doyle, sin joyas tuyas, en dinero,  
cuarenta mil ducados, aunque es tuya  
mayor parte después; dale la mano,  
para que la escritura se concluya.

Mayorazgo he fundado en Feliciano;  
ya sabes que es razón; diez mil de renta.  
gracias a Dios, le quedan a tu hermano,  
que en la nobleza y las virtudes cuenta  
tiene por dote de mayor decoro  
lo que la vida y la opinión aumenta.

PEDRO.

Si llevo en mi Leonarda tal tesoro,  
¿no me basta saber que es prenda mía?  
¿Qué valor en su pie merece el oro?

LEONARDA.

Estimo vuestra noble cortesía,  
señor don Pedro, aunque yo estaba ajena  
de que la dicha que decís tenía.

Esto sólo os respondo.

ANTONIO.

No condena  
la vergüenza jamás estas acciones.  
Vamos adentro, no la demos pena.

PEDRO.

No voy contento yo de sus razones.  
Disgusto me parece que ha sentido.

ANTONIO.

Fingen disgusto en estas ocasiones.

PEDRO.

Poco dichoso con Leonarda he sido.

ANTONIO.

Aquel encogimiento fué forzoso.

PEDRO.

Aún no fui de sus ojos admitido.

ANTONIO.

Vos lo seréis cuando seáis su esposo.

PEDRO.

Dadme licencia que después la vea.

ANTONIO.

Dueño sois desta casa.

PEDRO

Venturero,

padre y señor, quien tanto bien posea

*(Vase los dos.)*

LEONARDA ¿Quién pensara que tan presto  
tuvieran fin semejante  
mis pensamientos altivos?

RUFINA ¿Puede mi señor forzarte?

LEONARDA Puede quitarme la vida.

*(Salen DON JUAN y MARTÍN.)*

JUAN ¡Déjame, necio!

MARTÍN ¿Qué haces?

JUAN Que tengo de hacer? Morir.

MARTÍN Pues ¿de qué manera sales?

LEONARDA ¿Qué es esto, don Juan?

JUAN Perderme.

LEONARDA ¿Adónde vas?

JUAN A matarme.

LEONARDA ¿Por qué, señor?

JUAN Por tu gusto.

LEONARDA ¿Gusto, de qué?

JUAN De casarte.

LEONARDA ¿Oste a mi padre?

JUAN Sí.

LEONARDA Pues ¿qué dijo?

JUAN Que me mates.

LEONARDA ¿Yo que respondo?

JUAN Tibiezas.

LEONARDA ¿Y don Pedro?

JUAN Necesitate.

LEONARDA Semejante.

JUAN ¿Cómo puede?

LEONARDA ¿Digo el sí?

JUAN Bastó calarle.

LEONARDA No se está.

JUAN Soy desdichado.

LEONARDA Y yo siempre.

JUAN Eso basta.

LEONARDA Hermano, basta.

JUAN Basta, basta.

LEONARDA ¿Qué he de contestar?

LEONARDA Basta es buena.

JUAN Basta es buena.

MARTÍN Basta es buena.

LEONARDA Basta es buena.

MARTÍN Basta es buena.

LEONARDA Basta es buena.

MARTÍN Basta es buena.

LEONARDA Basta es buena.

MARTÍN Basta es buena.

Pues, vete salir sin cosa,

¡y preséntasle disparte!

JUAN ¿La Martín? ¡A embarcar!

MARTÍN ¿Cómo puedes ser tan bárbaro,

si he empleado mi dinero

en holandas y carterías?

Soy desta casa dueño.

Pequele quientos reales

a Feliciano, y preñado

tratar en Italia y Florencia.

JUAN Digo que te embarques luego.

MARTÍN ¿Dónde tengo de embarcarme?

JUAN Dentro del mar de mis casaca.

MARTÍN Notables por los apuntes.

JUAN Mas no, que corre tormenta,

y era forzoso anegarte.

LEONARDA Ve, Rufina, al corredor,

porque puedas avisarme;

el Martín tiene que dar

en la puerta de la calle,

que quiero hablar libremente.

RUFINA Yo voy.

MARTÍN Y voy a por alfiler.

*(Vase los dos.)*

LEONARDA Don Juan las ingratitudes

ofender las olvidadas.

Mucho en poco tiempo debes

al alma que aquí anegarte

(Cuál bien me ha de dar).

¡Tú no quieres, si es en dejarme

engañar de un repudiar,

como a los hombres, así a ti!

¿Qué mostrara hoy todo en mí?

¿Qué es lo que dice a mi padre?

¿Qué le obliga a hacer lo mismo?

¿Puede así hacer lo mismo?

No puede, si es que se ha

feliciano que así he de

obligado a olvidarlo,

por no olvidarme de ti.

Pero tú, don Juan, que supiste

en la casa que me das.

No me puedes olvidar,

que así me has de olvidar,

que así me has de olvidar,

que así me has de olvidar,

que así me has de olvidar,

que así me has de olvidar,

que así me has de olvidar,

que así me has de olvidar,

que así me has de olvidar,

que así me has de olvidar,

que así me has de olvidar,

con resolución tan grande quiere casarte, ¿qué importa que tú con tu hermano trates resistir la voluntad?

LEONARDA. No hayas miedo que me case con don Pedro, don Juan mío, que si de mi hermano sabes que desea conocerte, no será mi padre parte para casarme por fuerza.

JUAN. ¿Qué notables tempestades corre esta pobre barquilla en dos tan breves instantes! ¿Es posible que en dos días cosas por un hombre pasen que aun en dos años parecen imposibles de contarse? Mil veces en mi aposento pienso que puedo engañarme, porque me niego a mí mismo ser tan presto y ser verdades, o, por lo menos, que duermo y que sueño disparetes, por más que los nacimientos conciertan las amistades.

Entré, señora, en tu cuadra; vi con doña Angela un ángel, y por unas celosías de cabellos descuidarse blanco marfil mal ceñido de lágrimas orientales; vi dos manzanas de nieve escritas de azul esmalte, y dije: "Bien haya el árbol donde tales frutos nacen". Luego vi encubrirse todo, quedando sólo en cristales unos rayos que tenían breves grillos de diamantes. Vine con esto más loco, olvidéme de mis males; que no esperados placeres olvidan grandes pesares. Prometíme de tener dueño que el mundo envidiase: rico, noble, hermoso, ilustre, de alto valor, de alta sangre, en pago de la defensa y alabanzas inmortales; que me deben las mujeres honras, virtudes, linajes, desde que ceñí la espada, no sufriendo que afrentasen

mujer ninguna a mis ojos, lo cual me ha costado cárcel, heridas, perder la patria, envidias, enemistades, oficios, cargos, hacienda, hasta que pude obligarte con lo que sabes, señora, que te ha obligado a ampararme. Y apenas quise salir, no a dejar mis soledades, sino por ver si te vía, cuando el sueño se deshace, oigo decir que te casas, y oigo decir que me maten.

LEONARDA. Don Juan, un hombre valiente ¿tan tiernos extremos hace? Mirad que entrasteis muy bravo para salir tan cobarde.

JUAN. ¿Qué seguridad queréis para que con vos me case? Una firma suele ser firmeza de amor constante.

LEONARDA. Voy a escribir un papel.

JUAN. ¿Y firmarásle?

LEONARDA. Esperadme. Mal conocéis las mujeres con amor.

JUAN. El cielo os guarde.

(Vase.)

Fortuna, que a Sevilla me trujiste huyendo del rigor en que me hallaste, en qué mar a las Indias me embarcaste que con tal brevedad me enriqueciste?

Mas no es el fin del bien que le conquiste, si de la posesión te descuidaste, pues para más tristeza me alegraste; que no hay alegre bien si el fin es triste.

No me des dichas para no gozallas; no me des glorias para no tenellas, ni el breve bien que en esperanzas hallas; que no pudiendo asegurarse dellas, parece que es más dicha no alcanzallas que vivir con el miedo de perdelas.

(Al entrarse DON JUAN sale FELICIANO.)

JUAN. ¿Quién es? ¡Notable desdicha! FELICIANO. ¿Qué es lo que mandáis aquí?

(Aparte.)

JUAN. Aunque temerla perdí,



muy breve ha sido la dicha.

Aquí no hay otro remedio  
como decir la verdad;  
que será temeridad  
perder lo que hay de por medio.  
¿Sois Feliciano?

FELICIANO. Yo soy.

JUAN. A vos os busco.

FELICIANO. ¿A qué efecto  
me buscáis?

JUAN. Yo soy don Juan  
de Castro y Portocarrero

FELICIANO. ¿Sois el que a don Diego hirió?

JUAN. Soy el que ha herido a don Diego

FELICIANO. Saco la espada.

JUAN. Esperad,  
y sabréis a lo que vengo.

FELICIANO. Vos a matarme vendréis

JUAN. Oídme, señor, os ruego,  
dos palabras.

FELICIANO. Ya os escucho,  
aunque es por cierto respeto

JUAN. Sabéis, que si lo sabréis,  
que renimos bueno a bueno  
don Diego y yo?

FELICIANO. Bien lo sé.

JUAN. Pues, según esto, ¿qué debo  
entre caballeros nobles?

FELICIANO. De todo estoy satisfecho

JUAN. Esto es cuanto a la herida,  
porque a vos que no a don Pedro  
doy esta satisfacción

FELICIANO. El término de irrazadero

JUAN. Donde he estado retirado,  
la una hora que me dijeron  
que la señora Leonor,  
con noble y piadoso pecho  
trajo a don Juan aquí.  
Yo como en fin huésped,  
no considerando las partes  
del el honor tan problem,  
por las razones de la muerte  
descorrido el monasterio,  
y abandonado la villa,  
a vos quien la vida vengo  
traer, como por la vida;  
pero ya volviendo los dueños  
no pudo hombre, que se pinta  
por lo de ad alacranado  
suplicar que la señora  
halla con sus vayas al muerto,  
que en una tan principal  
punto que la puso al cielo

Con esto y vuestra licencia,  
al monasterio me vuelvo,  
y a mi señora justicia,  
cosa que volviendo temo  
las manos me han de valer,  
que a los pies pocos les debo

FELICIANO. Puesto que yo soy amigo  
de don Pedro y de don Diego  
lo soy mas de la verdad  
y del valor de los pechos.

A estas horas puede ser  
que esté don Diego muriendo,  
ya que por tan justa causa  
en peligro os habeis puesto;  
no habéis de salir de aquí,  
porque no es justo, ni quiero,  
si no es que yo os acompañe;  
que si de Leonor el celo  
fue impar de vuestra hermana,  
también obligado quedo

por ella, por vos, por mí  
y por Leonor a teneros  
en mi casa, hasta que seas  
seguro a Cádiz o al Puerto.  
¿Habréis visto alguno en mi casa?

JUAN. Ninguno.

FELICIANO. Pues me apremio  
sin que la sepa mi hermana  
ni mi padre, decirlo queréis.

JUAN. Indulced a nuestros pies

FELICIANO. (Aparte al cuarto teatro.)  
Esta es la clave. Temed  
esta posesión cerrad puertas  
y advertid que hay una puerta  
por donde, si no habéis quedado,  
se puede encontrar mi hermana,  
por esa ansiedad con silencio  
que se ha guardado este  
Mi alma os guarde y os  
que desde los pechos me  
pueda encontrar a los vuestros

JUAN

(Fin)

TERCERA

¿Qué pudo componer mi pensamiento  
que del alma, como si la quisiera  
como haber a don Juan al cuerpo halla  
estrella de mi alma el fundamento?

Castro (190) Juan (190) Leonor (190)  
mi mente en el punto de la partida  
de los nobles y la justicia  
dispone a don Juan, mi pensamiento

Ya estaba el alma sin tener sosiego,  
vestida de mortal desconfianza;  
pero valióme la esperanza luego.

Ella es el bien, mientras el bien se alcanza;  
que como el árbol es materia al fuego,  
así vive el amor con la esperanza.

(Sale LEONARDA.)

LEONARDA. Como mi hermano ha venido,  
don Juan se escondió.

FELICIANO. Leonarda,  
¿qué hay de nuevo?

LEONARDA. Que me aguarda  
un mal también prevenido.

Con don Pedro está firmando  
mi padre las escrituras.

FELICIANO. En voluntades seguras,  
¿quién puede temer amando?

LEONARDA. Si tú no temes, yo sí,  
que hacer este casamiento  
estorba mucho tu intento.

FELICIANO. Leonarda, después que vi  
a doña Angela, que adoro,  
sin saber quién es don Juan,  
mil pensamientos me dan,  
cuyos efetos ignoro.

¿Quieres a don Pedro bien?  
¿Quieres casarte?

LEONARDA. No hay cosa  
cual una pregunta ociosa,  
con que más penas me den.

FELICIANO. No te puedo encarecer  
lo que me alegra escucharte,  
porque a serlo, sólo es parte  
querer tú ser su mujer.

Este ha de ser enemigo  
de doña Angela, si muere  
su hermano, pues quien lo fuere.  
¿cómo puede ser mi amigo?

¿Tengo de tener cuñado  
que a doña Angela persiga?

LEONARDA. Feliciano, amor te obliga  
de un ángel bien empleado.

Por tí no quiero casarme;  
que también a mí me dan,  
sin conocer a don Juan,  
pensamientos de guardarme.

Sin saber por qué, me guardo  
de lo que los dos intentan.

FELICIANO. Por tu vida, que me cuentan  
que es el hombre más gallardo  
que ha venido de Castilla.

Que en un monasterio está  
donde a visitarle va  
lo más noble de Sevilla.

¿Quieres que vaya por él  
para que a su hermana vea?

LEONARDA. Claro está que lo desea,  
mas ¿cómo vendrás con él?

FELICIANO. En un coche, con recato.  
Honor, no es esto ofenderos;

(Aparte.)

que antes es ennobleceros  
lo que con Angela trato.

LEONARDA. Busca a mi padre, y dirás  
esto que sabes de mí.

FELICIANO. Yo voy; advierte que aquí  
esa palabra me das,

LEONARDA. De don Juan digo que soy,  
si tú quieres que lo sea,  
aunque nunca don Juan vea.

FELICIANO. Loco por Angela estoy.

(Vase.)

LEONARDA. Bueno es, ir por él agora,  
y dentro de casa está.  
Vivid, esperanza, ya.  
¿Oyes, Rufina?

(Sale RUFINA.)

RUFINA. Señora.

LEONARDA. Abre ese aposento, y llama  
a don Juan.

RUFINA. En él entré  
denantes, y no le hallé;  
hice despacio la cama  
y, como vi que no vino,  
fuíme.

LEONARDA. ¿Dónde puede estar?  
Que, no habiendo otro lugar,  
pareciera desatino.

¡Ay de mí, si se partió,  
temiendo mi casamiento!

RUFINA. Pues él no está en mi aposento;  
lo mismo imagino yo.

LEONARDA. El se fué desconfiado.

¿Qué haré? Muerta soy, ¡ay cie-  
¡Extraña fuerza de celos! [los!

RUFINA. Si se fué, ¿qué te ha llevado,  
que, los ojos de agua llenos,  
haciendo extremos estás?

LEONARDA Del alma Brisa de nido,  
del tiempo Brisa de amor.

(Saca Linda Anuncia y Martín)

ANGELA (Leonarda)

LEONARDA (Andrea)

ANGELA (Qué es esto)

LEONARDA Don Juan es el. Estoy bien

ANGELA (Don Juan)

LEONARDA Qué cosa tan poca,  
que no sea de ver que prota  
serva quien prota quiere.

MARTÍN No era muy poco tener  
ser de los Pedro-mujer,  
para que su muerte repa-

ANGELA No fue tanto personal  
que me dejara mi hermano.

LEONARDA Pues que te lo delirio es feroz,  
para darme a morir.

MARTÍN El no sabe por la guerra

LEONARDA Si antes que suela bien  
cuando se va na le ve.

MARTÍN Tu hermano viene.

LEONARDA (Estoy muerta)

(Sale Feliciano y Don Juan)

FELICIANO Angela, para alegraros,  
de trago le noto que poco  
Del los brazos a don Juan.

ANGELA (Don Juan mi hermano)

LEONARDA (Que es esto)

FELICIANO En un cocho, y mi amigo,  
le saque del ministerio.

ANGELA (Como su hallas, hermano)

JUAN Porque esculdese el contento  
que viene sin sorpresa.

Mirar lo estáis ahora, debo  
que es tan grave deucha  
tanto, me al no han hecho  
«En la señora Leonarda»

LEONARDA Yo soy a servirlo vuestro.

JUAN No sé si se han los que

la otra que plan bien.

LEONARDA En extremo le desecha,  
señor don Juan, cometen  
que por allá Indicia abulo  
de que se deba Angela, autor.

JUAN Se la mecha que la bavea,  
digo de mi malher por lo  
Ya mi desgracia capitea.  
Con vengo como a don Pedro  
que se meca primero, manese

refa. Mas que me lo mecha de ver

LEONARDA (Muestrame No se mecha) (Me  
se mecha, al que jando  
que han mecha con una cosa  
que porvendo desechado.)

JUAN (Como el volar del viento,  
te viene para el viento,  
de que se hay al mecha,  
con tanta razón le mecha)

LEONARDA (En el viento, que se de ver,  
se mecha que para la mecha,  
de que mecha que se mecha,  
que mecha que mecha)

FELICIANO Yo se mecha (Leonarda)

(con una cosa del Pedro)

LEONARDA (El viento te ha los brazos,  
y el mecha mecha agredido)

FELICIANO (Muestrame bien)

LEONARDA (El viento)

MARTÍN (Muestrame bien)

(Al viento)

JUAN (Con viento bueno)

MARTÍN (Muestrame bien, mecha,  
se hay buena, se hay que mecha  
de que de Pedro, que mecha  
cuando Indicia, mecha)

mecha que el viento mecha mecha  
Cometa con una mecha,  
y a la primera bala mecha

mecha mecha mecha,  
y tres mecha de mecha,  
cargado, mecha que vayan

mecha mecha y mecha mecha,  
Longo mecha mecha mecha,  
y en un cocho mecha mecha

mecha mecha y mecha mecha,  
y que se mecha a mecha,  
mecha mecha mecha mecha

mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha

mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha

mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha

mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha

mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha

mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha

mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha

mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha

mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha

mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha

mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha,  
mecha mecha mecha mecha

volveos al monasterio,  
que sabéis que cada día  
ir a buscaros prometo;  
y fiad de esta palabra.

JUAN. Honráis un esclavo vuestro.

Adiós, señora Leonarda;  
adiós, Angela.

ANGELA. Los cielos  
os libren, don Juan.

LEONARDA. Y os guarden  
para lo que yo deseo.

### ACTO TERCERO

(Salen DON ANTONIO y FELICIANO.)

FELICIANO. Cuando don Pedro salía,  
que por su causa no entré,  
escuché que te decía  
“padre y señor”, con que fué  
cierta la sospecha mía.

ANTONIO. Pues ¿qué sospechas?

FELICIANO. Sospecho  
que habrás casado a Leonarda.

ANTONIO. Tratado está, no está hecho.  
Como ser su esposo aguarda,  
de tu amistad satisfecho,  
entra por padre y señor,  
más humilde que un deudor.  
Porque cuantos se han casado,  
de esta manera han entrado,  
o sea interés, o amor.

Pero apenas pasa un mes,  
cuando es suegro, y dél se afren-  
y por cualquier interés, [tan,  
entre las cosas le cuentan  
que se aborrecen después.

Pésales de ver que vive,  
como de heredar los prive,  
y dicen que un siglo dura.

FELICIANO. Don Pedro a tanta ventura  
justamente se apercibe.

Pero no se la darás,  
a lo menos con mi gusto,  
pues desobligado estás.

ANTONIO. ¿Has tenido algún disgusto  
con don Pedro?

FELICIANO. ¿Yo? Jamás.

ANTONIO. Pues dóysela yo por ti,  
cuya amistad con exceso  
no es de gusto para mí,

¿y agora sales con eso?

¿No es tu amigo?

FELICIANO. Señor, sí.

Y a otros muchos preferido.

ANTONIO. No, Feliciano; los dos  
habéis reñido. ¿Qué ha sido?

FELICIANO. Amigos somos, por Dios;  
no habemos los dos reñido. [za?

ANTONIO. ¿Hay pendencia? ¿Hay amena-  
¿Habló mal de ti en ausencia?  
Que hay amigos de esa traza:  
lisonjean en presencia  
y murmuran en la plaza.

Por mujer debió de ser;  
alguna te habrá quitado.  
No niegues.

FELICIANO. Yo, ¿qué mujer?

ANTONIO. Pues ¿cómo hoy te causa enfado  
lo que abonabas ayer?

FELICIANO. Porque mayorazgo era,  
presumiendo que muriera  
su hermano, y vive y está  
fuera de peligro ya;  
y que le dieras quisiera  
mejor marido a Leonarda.

ANTONIO. ¿La palabra no se guarda?

FELICIANO. Digo, señor, que es muy justo;  
pero el no ser con su gusto  
me detiene y acobarda.

ANTONIO. Pues ¿qué gusto es menester?

¿Tengo yo de obedecer  
a Leonarda, o ella a mí?  
Yo le conocí por ti,  
por ti será su mujer.

Galas y joyas previno,  
de mi palabra fiado,  
y cumplirla determino.

FELICIANO. Temor notable me ha dado...

ANTONIO. ¿De qué?

FELICIANO. De algún desatino.

ANTONIO. ¿Quién le ha de hacer?

FELICIANO. Mi hermana.

ANTONIO. ¿Tu hermana?

FELICIANO. Veraslo presto.

ANTONIO. Pues fúndese en ser liviana,  
y tú necio y descompuesto,  
y casaréme mañana.

FELICIANO. Pues has llegado a decir  
disparate semejante,  
no te quiero persuadir.

ANTONIO. ¡Salte allá fuera, ignorante!

(Vase.)

FELICIANO. No es gran tarea sufrir  
En gran confusión me siento,  
don Juan está en su aposento,  
y por su hermana perillado  
y don Pedro, prevenido  
al injusto casamiento.

(Que ciertos plázos le dan  
al alma, e bien curra tarda!  
Todos en peligro están;  
mas ¡ay, cielo!, si Leonarda  
quisiera bien a don Juan.)

(Salen DON JUAN, DONA ANGELA, LEONARDA y MARTÍN.)

LEONARDA. Estarás muy triste aquí?

ANGELA. Agraviás mi voluntad.

JUAN. Confieso la edad  
del tiempo que estoy sin ti,  
pero, luego que te veo,  
vence la satisfacción  
cuanto a la imaginación  
esta pidiendo el deseo.

ANGELA. El cuarto de Feliciano,  
de suerte compuesto está,  
que en el consular podrá  
hacer saludeles mi hermano.

Tiene muy ricas pinturas  
y enseres de excelencia.

JUAN. Sin de unos ojos amantes,  
Angela, mostrás coherencia.

Allí la puerta, y pa'é  
al de Leonarda, por allá  
nadamos y así me  
el por qué puedo yo ir.

¡Qué hombre de estudio trata  
la ciencia de la guerra  
acordado con la fama  
en su estudio de plaza!

¡No es apócrifo, Martín!

MARTÍN. Señor.

Se sabe en secreto y leve,  
e conjeturas voya-  
gas, la ciencia, por, amor,

¡Qué, con, un estudio  
hace, la ciencia, con, amor,  
que, por, un estudio,  
la ciencia, con, amor,

¡Qué, con, un estudio,  
la ciencia, con, amor,  
que, por, un estudio,  
la ciencia, con, amor,

¡Qué, con, un estudio,  
la ciencia, con, amor,

trocarse en cuartos su plata  
por premio, entendiendo ingrata  
su misma naturaleza.

El terno del lince  
ha hecho lo que la perdido,  
que haliezo en él su poder,  
y no haya cuartos aquí.

LEONARDA. ¿Como podrá irte a ver  
a don Juan, mientras se esconde?

MARTÍN. Lo que el amor te responde,  
ma quiero yo responder.

LEONARDA. Pero ¿quién a halando  
hallará de ser?

MARTÍN. Pues ¿cómo  
cuentas, porque no podremos  
entretenernos hablando?

que si no, y si la mulata  
hemos puesto un gateado,  
que capota y rasendo  
son cuartos, y es otro plata.

JUAN. Si llega tan dulce día  
que yo tenga libertad,  
veremos tu libertad.

LEONARDA. Pues ¿cómo, Angela, ma?

(¡Qué hombre de estudio!

ANGELA. Yo en su estudio voya-  
por también, entendiendo  
cosas varias, y que es queto  
hacer de un plato, cuartos.

Halla en su estudio de libro,  
gran estudio de estudio,  
que, por, un estudio,  
la ciencia, con, amor,

¡Qué, con, un estudio,  
la ciencia, con, amor,  
que, por, un estudio,  
la ciencia, con, amor,

¡Qué, con, un estudio,  
la ciencia, con, amor,  
que, por, un estudio,  
la ciencia, con, amor,

¡Qué, con, un estudio,  
la ciencia, con, amor,  
que, por, un estudio,  
la ciencia, con, amor,

¡Qué, con, un estudio,  
la ciencia, con, amor,  
que, por, un estudio,  
la ciencia, con, amor,

¡Qué, con, un estudio,  
la ciencia, con, amor,

LEONARDA. ¿Queréis que os responda yo?

ANGELA. Claro está que lo desco.

LEONARDA. Pues haga Olimpia el empleo a que Otavio la obligó, pues que la enseña a querer, y los hermanos trocados quedarán en paz casados.

JUAN. ¿Qué puedo yo responder?

MARTÍN. ¡Brava cifra, pesía tal! Qué enigma tan encubierta, si la quiere descubierta Leonarda. ¿qué dicha igual?

LEONARDA. Sí quiero; y le pediré las albricias a mi hermano; pero oye un sueño.

MARTÍN. En vano sueñas; ya no hay para qué.

LEONARDA. La madre de las tinieblas, en la silla de su imperio, daba las puertas al huerto y las llaves al secreto. Estaban todas las cosas en un profundo silencio; hasta la envidia dormía: no hay más encarecimiento, cuando soñé que en un prado estaba sola durmiendo, a cuyas flores servía de abanillo el manso viento, y que vino un pardo azor, de una águila negra huyendo, que se amparaba en mis brazos, y que por tenerle en ellos desperté, y vi que me había llevado del pecho abierto el corazón con las uñas.

MARTÍN. ¿Qué podrá ser este sueño?

MARTÍN. Notables andáis de cifras. Que no lo entiende os prometo uno de aquestos que saben castellano como griego. Declaraos un poco más, y lo que decís sabremos.

JUAN. Si te llevó el corazón, paloma andaluz, durmiendo, el pardo azor de Castilla, hago testigo a los cielos que te dejó toda el alma.

MARTÍN. ¡Oh, qué fin para un soneto! Nueva manera de amor, seguidillas en requiebros: "Azor de Castilla, paloma andaluz".

¿Quién los viera, madre, comer alcuzcuz!

JUAN. Este está borracho ya.

MARTÍN. ¡Pluguiera a Dios!

LEONARDA. Di tu cuento.

ANGELA. ¡A gentil entendimiento encomendado se ha!

MARTÍN. ¿Tan linda te ha parecido la cifra que nos dijiste?

ANGELA. Yo me entendí.

MARTÍN. Sí, entendiste, pues todos te han entendido.

JUAN. ¡Ay, mi Leonarda! Si viera a doña Angela casada con tu hermano, y que empleada mi vida y alma estuviera en tus méritos divinos, ¡qué vida fuera la mía! La fuerza de esta alegría hace pensar desatinos.

Esta ciudad generosa fuera mi patria; saliera al alba, pero no fuera a buscar jazmín y rosa al campo, sino a mi lado, porque lo hallara en tu cara, y yo en tus ojos hallara luz serena y sol dorado.

Viera regalada mesa, tan alegre, al medio día, que de tanta dicha mía aun a mí propio me pesa.

Cuando la noche en su abismo cerrara el cielo español, durmiera yo con el sol antípoda de mí mismo.

¿Qué príncipe, qué señor tan descansado viviera?

MARTÍN. ¡Por Dios, que no le dijera tal requiebro un labrador!

JUAN. Pues ¿qué le puedo decir?

MARTÍN. Grosero amador estás: aquí no has hablado más que de comer y dormir.

JUAN. ¿Sabes tú más?

MARTÍN. Sí, en verdad.

JUAN. ¿Eres tú culto, por dicha?

MARTÍN. Eso fuera por desdicha, que no por habilidad.

Dejo las cosas divinas, a que un hombre está obligado, después que se ha levantado: ya, señor, las imaginas.



Pero, después de comer,  
no era justo repasar  
tu esposa y ver el lugar  
por una mujer querer ver?

JUAN

— ¡Dios no, Martín, qué me rifará!

Los dioses me castiguen.

MARTÍN

— ¿Por qué piedad los llaman  
a los de las cosas malas?

Pongan tal su voluntad  
con cuenta para y también  
el dios castiga con  
que así las cosas van.

Entonces a tal de Veneros,  
que así nacieron los dioses,  
que por un ver de necesidad,  
no dar limosna a los mendigos.

El dios me por el río  
en un estremo largo  
que una ventura con misas  
haya trase el humor frío.

Vea el salado sal  
del agua y la blanca arena  
de lava y de ceniza llena  
y entre las reses bullir.

Vea cómo se alteran  
frente del calor y plomo,  
en otro estremo, y cómo  
la flor de mal aroma.

Vaya en el río también  
por el campo de Tablada,  
que una mujer festejada  
gale que la quieren bien.

O a la comedia, que algunas  
saben dejar los chapines  
se haya a tal de la comedia  
con el punto de la comedia.

Vaya a una buena vecina,  
vea cómo se floran  
que no talen los amigos  
se mueren con las cortinas.

— ¿Cuándo fue tal parcer  
con el que se dijeron, don Juan  
mucho ha de ser que galle  
que de un punto a otro.

— ¿Con el punto a otro?

REFINA

— ¿Ay, señora? ¿Cómo voy  
con desiendo con unido  
que te he dicho y mi mujer  
cuerpo con el castigo?

JUAN, que con mucho gusto  
ha de ser. Ay, qué bueno.

que con las cosas en casa  
con las cosas y diosinos,  
y el hacer a la puerta, muerto  
por el dios con los puntos  
primarios y castigo.

MARTÍN

— En un castigo los cosas  
por el dios.

LEONARDA

— ¡Ay, no puedo  
ver el dios.

JUAN

— ¡Ni hablar,  
que las cosas. Entonces,  
de castigo y de castigo.

LEONARDA

— ¡Yo, entonces, con el dios?  
— Como punto y castigo  
y no ha de ser la vida  
si no saber que me case?

MARTÍN

— Lo que más quiero, Diana,  
es saber que el dios se quede  
a ver que con talen,  
como que con talen y viles,  
apunta con talen.

que talen, entonces, hace  
Cuenta la persona. Entonces  
se para de los dios.

mucho. Entonces, con talen,  
y talen los dios.

que talen, entonces, con talen,  
de buena que con talen,  
a ver que con talen.

mucho. Entonces, con talen,  
para que con talen,  
pequeño dios y pequeño.

pero con haber mil años,  
ni hay punto que se saben,  
y punto de los dios.

ni hay punto que se saben,  
y punto de los dios.

JUAN

— Yo no se saber remedio  
de a la comedia y a la padre

que con talen. Entonces, con talen,  
que con talen, entonces, con talen,

y que con talen, entonces, con talen,  
ni hay punto que se saben.

LEONARDA

— ¡Ay, entonces, con talen,  
que con talen, entonces, con talen,

ni hay punto que se saben,  
y punto de los dios.

ni hay punto que se saben,  
y punto de los dios.

JUAN

— Yo no se saber remedio  
de a la comedia y a la padre

LEONARDA

— ¡Ay, entonces, con talen,  
que con talen, entonces, con talen,

JUAN

— Yo no se saber remedio  
de a la comedia y a la padre

RUFINA. ¡Tu padre!

LEONARDA. Escondeos los dos.

JUAN. ¿Quién habrá que no se canse de tanto esconder?

ANGELA. Quien tiene amor.

JUAN. No hay amor que baste.

(*Vanse. Queda LEONARDA. Sale DON ANTONIO.*)

ANTONIO. ¿Cómo, Leonarda, es posible que a ver las joyas no sales, siendo propio en las mujeres con las galas alegrarse? Mira que están los criados de don Pedro para darte tal presente, que es razón que le agradezcas y alabes. ¿Qué es esto? ¿No me respondes?

LEONARDA. Señor, por no declararme, no te respondo.

ANTONIO. Bien dices; que, puesto que te declaras, has de hacer mi voluntad. Porque engendrarte y criarte me ha dado este imperio en ti.

LEONARDA. ¿Hacen el alma los padres?

ANTONIO. No, sino el cuerpo; que el alma Dios la infunde.

LEONARDA. Si en tres partes se divide el alma, y una es la voluntad, ¿no sabes que no es tuya, sino mía? Que aun Dios no quiso quitarme la libertad, con ser Dios. Fuera de esto, ¿no es bastante que el bien que se da una vez no fué de nobles quitalle? Si el cuerpo me diste, ¿es bien que como a dueño le mandes? Ya es mío, pues me le diste. Mira que es, en hombres graves, pedir lo que dan, bajeza.

ANTONIO. ¿Hay libertad semejante? Pues ven acá, que no quiero, como era justo, enojarme. ¿Cuál es mejor casamiento: que con extraño te cases, o con el que más conoces? ¿No es mejor, hija, emplearte en quien puedas tú decir, por conocerle y tratarle, que está dentro de tu casa?

LEONARDA. Suplicote que repares en la palabra que has dicho.

ANTONIO. ¿Cómo?

LEONARDA. Yo quiero casarme con quien en tu casa vive.

ANTONIO. Agora quiero abrazarte y echarte mi bendición, y a los dos, Leonarda, alcance.

(*Vanse. Salen MARTÍN, DON JUAN y ANGELA.*)

MARTÍN.

¿En efeto, nos vamos?

JUAN.

No es posible aguardar a que venga el nuevo esposo.

ANGELA.

Culpo, don Juan, tu condición terrible.

JUAN.

¿Cuál hombre tan a prisa fué dichoso?

ANGELA.

Queriéndote Leonarda, es imposible darle la mano.

JUAN.

Un padre es poderoso.

MARTÍN.

No hay padre en voluntades de mujeres.

JUAN.

¿Qué viento no mudó sus pareceres?

MARTÍN.

¿Y dónde quieres ir?

JUAN.

Quiero embarcarme, pues fuera de peligro está don Diego. Aquí puedes, doña Angela, esperarme, que a despedirme de Leonarda llevo; que porque no es razón, quiero forzarme, que se queje de mí. Tú parte luego, y apercibe la ropa que trujiste.

MARTÍN.

Yo voy.

(*Vanse los dos.*)

ANGELA.

Yo quedo enamorada y triste.

¡Dese la mal al momento que aspira  
a conquistar, y por la rosaba tierra,  
al no poderla bafía le destierra,  
y al no ir tan bien, ni el calor inspira.

Del bien poco me en su gloria mira,  
en una casa se espasa encuentra,  
y con tirón del momento guerra,  
las ondas truenan, por dentro resaca.

Más, más allá de la parte se la da,  
este momento es el viento fuerte,  
y halla la muerte cuando es pensada.

Así por ese río del mundo muerte  
comenta su importante movilidad;  
preferida la nave, más allá de muerte.

(Sale don Antonio.)

ANTONIO. ¿Quién se quita y habla aquí?

ANGELA. Ya ve la vida, ¡que de gracia!

ANTONIO. Mujer de tan buena gracia,  
en el con vive así?

¿Quién así?

ANGELA. Señor, ¿señor?

ANTONIO. No es turbio.

ANGELA. Señor, de vuestras valor.

bien puedo ser mi amor.

ANTONIO. Suponíamelo posible. [mucho]

ANGELA. Don Juan de Castro es mi her-

Por la herida de don Diego

vino a su posada luego,

con don Pedro, Francisco,

padrino, me trujo aquí.

ANTONIO. ¿Aquí, dentro de la historia?

ANGELA. ¿Y? ¿Exposición de mi gloria?

[Inclinándose, con un gesto de perla]

ANTONIO. No de balle Francisco.

[Inclinándose, mirando]

en Francisco. [Y así se trata]

ANGELA. No me ha estado una mano.

ANTONIO. De tan principal poder

mejor se me aconseja. [Abre]

Vosotros, Francisco, ¿qué os ha ha-

ANGELA. ¿Y? ¿Qué tengo de recomendar?

[A Sebastián, que está]

ANTONIO. ¿Y? ¿Algunos apuros aquí?

ANGELA. ¿Que apuros tiene en mí?

ANTONIO. Algunos me hacen.

[Señalando, que se ve un momento]

mucho más, rogando.

ANGELA. ¿Y? ¿Y, supongo, pedida?

[Abre, y se ve un momento]

ANTONIO. ¿Entendí que era posible venir?

ANGELA. ¿Como se puede de aquí.

ya me he perdido para mí.

ANTONIO. ¿Qué dices?

ANGELA. ¿Que quiero venir.

[Inclinándose]

ANTONIO. ¿Por Dios, que en la de sales  
hasta que me a la muerte?

[Inclinándose]

RUFINA. Don Pedro, ¿cómo se llama?

ANTONIO. Ahora puedo decir.

que está siempre en estado.

poco queda la creación.

se muestra en la creación.

de la creación, el momento.

(Pase por María, en la casa.)

MARTÍN. ¿Puedo entrar?

RUFINA. Fíjate, señor.

MARTÍN. Virgen, ¿cómo, ¿y de qué?

a dimitirme de ti.

hacer de que me me.

un mar de llanto y dolor.

RUFINA. Ya ve, ya, Martín, señor.

la tormenta que me sigue.

están conmigo, me me.

MARTÍN. [Ay, ay, ay]

RUFINA. [Ay, ay, ay]

ha mucho que ya pasó.

MARTÍN. [No, señor, Ruffina]

RUFINA. [Ay]

[Abriendo, mirando]

con que se me ha perdido?

MARTÍN. Pues, ¿cómo, ¿qué me dice?

Que, ¿cómo, ¿qué me dice?

RUFINA. No, lo mismo, los momentos.

MARTÍN. ¿Y, me se llama?

Pero, ¿cómo, que me se llama?

RUFINA. Mujeres, ¿cómo, ¿cómo?

entendiéndose, ¿qué me dice?

MARTÍN. [Ay, ¿qué, ¿cómo, ¿cómo?]

que, ¿cómo, ¿cómo, ¿cómo?]

que, ¿cómo, ¿cómo, ¿cómo?]

te perdidos, ¿qué me dice?

[Que me se llama, ¿cómo?]

¿Cómo, ¿cómo, ¿cómo?]

¿Cómo, ¿cómo, ¿cómo?]

¿Cómo, ¿cómo, ¿cómo?]

¿Cómo, ¿cómo, ¿cómo?]

¿Cómo, ¿cómo, ¿cómo?]

¿Cómo, ¿cómo, ¿cómo?]

al sótano más profundo.

Tú sabes dónde dormí,  
cercado, con mil cuidados,  
de animales vidriados.

(Salen LEONARDA y DON JUAN.)

JUAN. El confiarme de ti  
ha de ser para mi daño.

LEONARDA. No hayas miedo que lo sea.

JUAN. En fin, ¿quieres que te crea?

LEONARDA. Tú sabes que no te engaño.

JUAN. ¿Dónde doña Angela está,  
Martín?

MARTÍN. ¿No está con Leonarda?

LEONARDA. Conmigo, no.

MARTÍN. Pues aquí  
la dejé, mientras juntaba  
la ropa.

JUAN. ¿Y tú no la has visto,  
Rufina?

RUFINA. ¿No puede, en casa,  
andar doña Angela libre?

MARTÍN. Si con Leonarda no está,  
no hay aposento en que esté.

JUAN. Habla, Leonarda, ¿qué aguardas?  
Hame llevado tu hermano,  
como sabe que te casas,  
a mi hermana. ¡Bueno quedo,  
sin la suya y sin mi hermana!  
¡Vive Dios que si esto fuese,  
que pienso que tal infamia  
me obligaría...!

LEONARDA. Don Juan,  
paso, y con dignas palabras  
de quien eres y quien soy.

JUAN. ¿Qué palabras hay honradas  
donde no lo son las obras?

LEONARDA. Mira que conmigo hablas,  
y que si eres defensor  
de las mujeres, y tratas  
mal mi respeto, diré  
que las mujeres engañan.

JUAN. Leonarda: si esta traición  
procede de vuestra culpa,  
bien sabes que me disculpa  
mi honor y buena opinión;  
porque no será razón,  
donde es la ofensa tan llana,  
que tengas defensa humana,  
pues muy atrevida quieres  
que defenda las mujeres  
y no defienda mi hermana.

¿Sería buena defensa  
que, por defenderte a ti,  
me hiciese tu hermano a mí  
en el honor esta ofensa?  
Cuando tú te casas, ¿piensa  
que ha de merecer su mano?  
Pues no quiera Feliciano  
que vuestra casa alborote;  
que aunque pobre, tiene en dote  
ser quien es y yo su hermano.

Mi hermana ha de parecer;  
porque en llegando a mi honor,  
no hay hermosura ni amor  
por quien le deje ofender.  
No he defendido mujer  
con más razón en mi vida.  
Dámela, si eres servida:  
basta que, de mi adorada,  
quedes, Leonarda, casada,  
no doña Angela perdida.

Mira tú si a tu hermosura  
igual respeto he guardado,  
pues la espada no he sacado  
para hacer una locura.  
¿Mi honor puesto en aventura,  
y yo tan cuerdo y discreto?  
Pondré la furia en efeto,  
aunque le pese a mi amor;  
que no es bien perder mi honor  
por no perderte el respeto.

LEONARDA. Tente, espera; que no sé  
que pueda haberte ofendido  
Feliciano, y si esto ha sido,  
satisfacerte podré.

Yo misma te vengaré;  
yo seré tuya, si quieres;  
no te vayas, no te alteres.  
Angela me toca a mí,  
porque he aprendido de ti  
a defender las mujeres.

Si yo soy tuya, no es bien  
que de mi hermano te quejes;  
cuando la tuya le dejes,  
conmigo quedas también.  
Seré tuya, aunque me den  
mil muertes. Cierra los labios,  
mi bien; que los hombres sabios,  
cuando se ven agraviar,  
aunque mueran por callar,  
no publican los agravios.

A mi padre, al mundo, al cielo  
diré que soy tu mujer.

JUAN. Martín, ¿qué tengo de hacer

entre tanto fuego y hielo?

MARTÍN ¿Que puede darte risuelo en tanta seguridad?

JUAN ¿No sería risuelo?

MARTÍN No, como razón prudente que si alguna mujer miente, veinte mil tratan verdad.

Así, quieren y aventuran, mueren, baten y entretienen, adueñan van y vienen, ligan, regalan y curan, nuestras decurias procuran. Por ellas hay tanta historia que guarda eterna memoria. La casa en que no hay mujer, como lirio, viene a ser ni tiene pena, ni gloria.

Leonita te hago en decir que las queras y las creas, porque vió se que deseas humillarte hasta morir. Sin mirares ni hay vivir, que así Dios vió que convenia el darte su compañía. Que el más valiente que ves, llora en muriendo, a sus pies pediendo que le perdonen.

JUAN Ahí va bien, aunque no tenga en toda tal vida honra, quiero que me des un poco de espada y buena daga. Dale, ¿verá? a cambio venga tu talará, quiero, con que si me desdices, me des, en esta misma hora, la espada de mi vida. Por tal honor de mi vida.

Que si se ha de dar, aquí, donde yo me encuentro, que se ha de dar, se ha de dar, y en esta misma hora, quiero que me des un poco de espada y buena daga. Dale, ¿verá? a cambio venga tu talará, quiero, con que si me desdices, me des, en esta misma hora, la espada de mi vida. Por tal honor de mi vida.

Que si se ha de dar, aquí, donde yo me encuentro, que se ha de dar, se ha de dar, y en esta misma hora, quiero que me des un poco de espada y buena daga. Dale, ¿verá? a cambio venga tu talará, quiero, con que si me desdices, me des, en esta misma hora, la espada de mi vida. Por tal honor de mi vida.

que más quiero yo, por ellas, querar, como en amallas y engrasado por humilladas que libre por amolladas.

(Fin.)

MARTÍN ¿Puede haber mayor valor?

LEONARDA El está el de hoy en mí.

(Fin. FELICIANO.)

FELICIANO Estaba con Juan aquí.

LEONARDA Yo detengo un furor, queriendo su honor, por exultante la muerte.

FELICIANO ¿Como hallas de tanta muerte?

LEONARDA Pues como tengo de hallarte, si has querido aventurarte a librarme y a perderte?

FELICIANO ¿Quié es la que dices, Leonar?

LEONARDA Que, por que viene pronto, ¿la mujer de mi vida?

FELICIANO De como quieres, Aguarda.

LEONARDA Yo la traigo en la mano.

¿No es el que me quieres?

A un hombre de tal valor a un hombre le has quitado tal honor, ¿verá?

(Desaparece un tiempo.)

FELICIANO ¿Ya quitado? ¿Entes en él?

LEONARDA De donde la traigo, presto.

FELICIANO Es, en verdad, la que me quieres, ¿verá? me la vi,

y, compachoso de mí,

con Juan se la había librado.

Y, por, ya se ha librado,

yo le tengo en mi mano,

como antes me la dio,

pero de un hombre querido.

LEONARDA ¿Ya has pensado a don Juan?

FELICIANO En mi mano le he puesto, y él, se ha librado, le he puesto, porque a don Pedro se ha ido, con su compañía, como antes me la dio, pero de un hombre querido.

LEONARDA ¿Ya has de ir a darle el honor?

FELICIANO Así de donde le traigo, presto me la dio.

(Fin.)

LEONARDA. Pues, di, Martín: ¿a qué efeto don Juan con esta mentira culpa a mi hermano? ¿Eso mira a mi defensa y respeto? ¿Cuál hombre noble y discreto tal hubiere imaginado? ¿Dónde, Martín, la has llevado? Tú la tienes, esto es cierto, y que ha de costarte, muerto, la vida que me has quitado.

MARTÍN. ¡Esto sólo me faltaba!

LEONARDA. ¿Dónde está? Dímelo presto; que te sacaré los ojos, si no me lo dices luego.

MARTÍN. Mira que nos ha engañado Feliciano, y que es enredo: que don Juan trata verdad.

LEONARDA. No lo creo.

MARTÍN. ¿No lo creo?

¡Plega a Dios, si la he llevado, que vuelva a darme otro beso el mastín de la cocina, y que entre gatos y perros pase otra noche tan mala! Pero déjame entrar dentro, que quiero hablar con don Juan.

LEONARDA. ¿Qué fin tendrán mis sucesos?

(Vase. Sale DON ANTONIO.)

ANTONIO. Paréceme que te burlas de mi obediencia y respeto. Tres recados te he enviado de que ya viene don Pedro; bien agradecida estás, que aún sus joyas no te has pues-  
¿Qué tristezas son, Leonarda, [to. estas que afligen tu pecho?  
¿No basta ser gusto mío?  
¿No basta que yo lo quiero?  
¿En qué andáis los dos hermanos?  
¿Queréis acabarme presto?  
¿No basta que diga un padre: "dada la palabra tengo"?  
No ha menester una hija saber cuál hombre, cuál dueño, su padre le quiere dar; que hay tal diferencia en esto, que ella escoge con los ojos, y él con el entendimiento. Sólo que te diga yo, que sólo tu bien deseo:  
"Cásate con quien hallares

dentro de aquel aposento", basta para obedecerme y para saber que acierto.

LEONARDA. Pues ésa es tu voluntad, digo, señor, que obedezco.

(Vase. Sale DON PEDRO, galán y acompañamiento.)

PEDRO. Vengo a servirte y honrarme, señor, con todos mis deudos. Dame tus pies.

ANTONIO. Con los brazos sale a recibirte el pecho.

PEDRO. ¿Adónde está Feliciano? ¿Qué poca ventura tengo! ¿No honrarme en esta ocasión!

ANTONIO. Yo y Feliciano tenemos cierto disgusto.

PEDRO. ¿Soy yo la causa? ¿No está contento de ser mi cuñado? ¿Ya este nombre y parentesco le ha quitado el de mi amigo?

ANTONIO. Vais de la ocasión muy lejos. Hele escondido una dama, y con este pensamiento, lo que siente por amor no lo diré por respeto.

PEDRO. ¿Cómo no viene Leonarda?

ANTONIO. Entremos en su aposento, que ya debe de aguardar.

(Alzan el tapiz y están de las manos DON JUAN y LEONARDA.)

ANTONIO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

JUAN. Es que estoy con mi mujer, y de la mano la tengo.

PEDRO. Pues si la tienes casada, ¿cómo, don Antonio, has hecho a un caballero esta burla?

ANTONIO. ¿Yo burla? ¡Viven los cielos que ha de morir el traidor!

LEONARDA. Paso, señor; que no pienso que se dejará matar. Y yo disculpada quedo, pues me mandaste casar con quien en este aposento hallase. Yo hallé a don Juan. Lo que mandaste obedezco.

ANTONIO. ¿Hay tal maldad? ¡Feliciano! ¡Feliciano!

PEDRO. Si don Pedro



en el momento. El hijo.  
**ANTONIO:** Mi apellido me fue patero.  
*(Como por la otra parte se oye y oye a FLORENCIO.)*  
*(A Rosa Nuncia se la muestra.)*  
**FLORENCIO:** Adios ya está hecho.  
 Las cosas voy apurando  
 que me hacen falta en él. *(Pausa.)*  
**ANTONIO:** ¿Que hacer? ¿Trabaja? ¿Que haré?  
**JOAN:** Siendo la cosa en la mano;  
 yo Gusto y Votocarrero  
 me voy con vosotros a lo que es.  
 Si la herida de don Diego  
 tal ribera en ocasión  
 como herido caballero  
 y el no pudo ir a tal  
 bien saber que no le ofenda;  
 pero si está ofendido.  
**PEDRO:** Señor don Juan, yo no siento  
 más herida que perder  
 la copetaza y el deseo;  
 por lo se pierda todo;

*(Dentro de la Iglesia que se oye en  
 una familia antigua y de otros.)*  
**JOAN:** Humild, amor, y como y como,  
 que como como, como como  
 del padre de la madre y la madre.  
**FLORENCIO:** Como, como, como, como,  
 en quien hay, como, como,  
 del hijo de la madre y la madre.  
**JOAN:** No le doy, no le doy, como,  
 sobre Martín y la madre.  
*(Dentro de la Iglesia Martín y Rosa Nuncia se  
 muestran por primera vez.)*  
**MARTÍN:** Aquí, como, como,  
 sobre Martín y Martín,  
 que como como, como,  
**ROSINA:** Yo he conocido al padre.  
**MARTÍN:** A mi hijo, como,  
 como como, como,  
 es el que como no me arrepiento.

FIN DE LA FAMILIA COMEDIA DE "EL PREMIO DEL  
 BIEN HABLAR"

# QUIEN AMA, NO HAGA FIEROS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

A DON JORGE DE TOBAR VALDERRAMA

ALCAIDE DE LA FORTALEZA DE COMPETA, Y OFICIAL PRINCIPAL DE JORGE DE TOBAR,  
SU PADRE, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, Y SU SECRETARIO DE ESTADO, CAMARA Y  
PATRONAZGO REAL DE CASTILLA

Por dos cosas principales se dirigen a los hombres que lo son, los cuidados de los estudios y los trabajos del ingenio: o por celebrar sus virtudes y dar (siendo tales los escritos) alguna inmortalidad a sus nombres, o porque a la sombra de su protección ellos la alcancen: en que parece que corre el interés de entrambos. Cansados están ya los oídos desta proposición en tantos libros; mas como es uno el intento, no es mucho que sean las razones idénticas. Si yo quisiera celebrar las excelentes partes que en v. m. puso el cielo, así de su generoso nacimiento como de su natural valor, persona y cortesía, hiciera sospechosa la dirección de esta comedia, y fuera mayor que el presente el papel con que le envío; de suerte que me está más bien la segunda intención que la primera, poniendo a la sombra de la luz de su valor y entendimiento el discurso de esta fábula, tanto por honrarla de su favor cuanto por agradecer los que he recibido siempre del señor Jorge de Tobar, su padre, persona tan digna de la confianza de los papeles de Estado y de mayores lugares, si a mayores puede aspirar la pluma, acompañada de tanta virtud y confianza en los reinos y sucesiones de tales príncipes, luciendo su verdad, integridad y celo entre los excelentes ministros que ha tenido esta Monarquía, dicha grande del imperio; pues cuando dijo Plinio que tenía necesidad de amigos la fortuna del príncipe, yo siempre entendí que hablaba de los ministros: fundamento de su conservación, en que está la dificultad, pues el suceder es por naturaleza.

Alabo, entre otras partes, su cortesía, rara en los hombres de lugares eminentes, y no soy solo en estimar esta virtud con tanto extremo, pues escribiendo Cicerón por Marco Fabio a Celio, fiel mayor entonces, entre las partes de que le alaba, dice que era cortés y comedido. Yo, por lo que tengo advertida esta modestia suya tantos años, digo con Ovidio:

*Huic igitur meritum grates ubicunque licebit,  
Pro tam mansueto pectore semper agam.*

Que mirando muchas veces a v. m. me parecía justamente que no podía ser de otro original tal ejemplo de modestia, afabilidad y cortesía: no menores causas que para amarle, para osar dirigirle esta imitación de un amante al uso de estos tiempos, la furia con que le ausenta la fuerza del agravio, y la invención con que le vuelve la tibieza que imagina, cuando con más paciencia no le llaman. Puede ser que este carecer de la posesión sea amor propio, por la falta que hace el deleite a la costumbre: así fué opinión de Aristóteles, que el hombre naturalmente con más afecto se ama a sí mismo. V. m. lea los que este discurso tiene, para que juntamente queden corregidos y honrados: lo primero con la lima de su gran juicio, y lo segundo con su nobleza y virtud, tan conocida y estimada, que sólo hablar en ella me pueden culpar por atrevimiento. Dios guarde a v. m. como deseo.

Su Capellán,

LOPE DE VEGA CARPIO.

## FIGURAS DE LA COMEDIA

DON FÉLIX, *caballero.*  
GASTÓN, *su criado.*  
LISARDO, *novio.*  
EL CONDE OTAVIO.

MARCELO, *su criado.*  
FINEO, *casamentero.*  
DOÑA ANA, *dama.*

FLORA, *su madre.*  
DOÑA JUANA, *dama.*  
INÉS, *criada.*

## ACTO PRIMERO

(Sale Don Félix y Gastón en vestido.)

GASTÓN. ¿Cómo me has de dar por él?

FELIX. Pensarle a plata en la mas

GASTÓN. ¡Bueno! Adverga, me das  
si es un papel de papel?

FELIX. Yo te doy lo que te lleva  
desde Italia a aquí. Gastón  
Si tantas las leguas son,  
¿qué quieres más que te deba  
de traer este papel  
de cuatro calles de aquí?

GASTÓN. Luego no cuentas que fui  
con tal peligro por él?

Si la estafeta trajera,  
sóla una carta tomara  
lo que de plata pesara  
o mayor porte quisiera.

Y cuando hay un sejanquitos  
por quien piden tanta suma,  
¿está el valor en la pluma  
peso que ha pesado a tantos,  
o en la substancia, que obliga  
al otro que le firmo?

FELIX. Pues, ¿heme obligado yo?

GASTÓN. Quien ama a todo se obliga.

Das cosas al decir  
a un cortosino hablador  
que ha de hacer un amador  
Y ¿cómo?

FELIX. Gastar y sufrir.

GASTÓN. Todo es malo, pero yo  
de buena fama gastaré.

FELIX. Sufrir, en

GASTÓN. Sufrir, repara,  
que agravarse y celarse na.

FELIX. Pues ¿qué?

GASTÓN. Las hipertensiones  
de una madre y de una tía,  
que estando noche y día  
acusan los mil parentescos.

¿Has alguna vez tenido  
drama con celoso?

FELIX. No.  
GASTÓN. ¿Dichoso tú! Porque yo  
condemnado he sido.

FELIX. No, cuando de padre,  
Arriba en siempre, supuestos  
o quejas que me piden  
en estado de un criminal.

Todá vez a los tres quince

padres, hermanos, sobrinos,  
hasta vecinos.

GASTÓN. ¿Vecinos?

Eso son los que recuerden  
todas una historia de amor;  
que no atendiendo a su casa,  
ver lo que en las otras pasa.  
Eso es general error.

FELIX. No se amará un vecino  
hasta ver al otro entrar  
si allí se puede bajar.

FELIX. De cualquier manera es dino.

GASTÓN. Yo como una mujer  
adonde un galán hablaba,  
que toda la noche estaba  
a una ventana por ver  
y por escuchar los riques  
y obligarle descomenta  
a traer una balleta  
y dispararle boliques.

Mas ella, con la pluma  
de escuchar, a la puerta,  
cada noche se ponía  
un caballo en la cabeza.

con que el galán que tiraba  
hacia tanto ruido,  
que discurría el mundo  
y a la señora llamaba.

FELIX. Yo por ver casa tan nueva,  
con arriate le tiraba.

GASTÓN. ¿Qué importa? También buscara  
algún morrión a prueba!

FELIX. Ahora bien, dame el papel.

GASTÓN. Mucho deña a deña Ana.

FELIX. Ponte el vestido rosado

que me dio el Conde.

GASTÓN. Por el  
te hea mil y quinientos  
veces, como apócrifo.

FELIX. Manos que tan francos son  
Y boca y alma cortosina.

Este papel, donde puse  
las miras.

GASTÓN. Vuelven los  
con el taxi.

FELIX. Oye un poco  
que hasta velle pinto continuo.

¿Leña? "Mi amor?"

GASTÓN. "Oye, qué linda entrada!"

FELIX. "Leña!" "Mi amor?"

GASTÓN. "Oye, qué..."

FELIX. "Mi amor, te voy de bo-

va en entremés entrada. ¿Qué,

No habrá remedio de hablar si no es con una invención."

GASTÓN.

FÉLIX.

En ocasión

que aquí no tiene lugar.

GASTÓN.

A Garcí-Sánchez pedía un sacristán que le hallase una invención que sacase su manga de cruz un día;

pero viéndole el calzón

roto, y en pedir prolijo,

"Saca unas calzas, le dijo,

y será buena invención".

Y si tú la has de sacar,

regalo o vestido sea,

que a su madre, aunque áspid sea,

podrá templar y ablandar.

FÉLIX.

(*Lea.*) "Y la invención me parece que te pongas de camino [ce y te finjas su sobrino."

GASTÓN.

¡Oh, cuánto amor enflaquece!

FÉLIX.

(*Lea.*) "Di que eres de la Montaque padres y señas van [ña, en esa memoria."

GASTÓN.

¿Harán

los diablos esta maraña?

Pero cierta vieja un día

dicen que los engañó.

FÉLIX.

Ponte de camino.

GASTÓN.

¿Yo?

FÉLIX.

¿Tienes botas?

GASTÓN.

Sí tenía;

mas viendo que es el beber

camino más pasajero,

trocando cuero por cuero

dellas me deshice ayer.

FÉLIX.

¿Y fieltro?

GASTÓN.

¿Tan gran señor

te sueñas, que has de llevar

lacayo con fieltro?

FÉLIX.

Es dar

a mi persona valor.

GASTÓN.

No hay donaire para mí

como un lacayo en verano

con fieltro.

FÉLIX.

¡Tu blanca mano

estuvo, señora, aquí!

¡Mil veces beso el papel!

GASTÓN.

El papel y los dichosos

se parecen.

FÉLIX.

¡Qué enfadosos

donaires! ¡Ya estás cruel!

GASTÓN.

Sonle en todo muy parejos

los pobres, que ya son graves, que el papel, si no lo sabes, se hace de trapos viejos.

Bésale, que podrá ser que haya estado en hospitales.

FÉLIX.

Los tiempos no son iguales;

ya no es hoy lo que era ayer.

GASTÓN.

Mas antes siempre es loquera, porque todos locos son.

FÉLIX.

¡Qué linda fué la invención del papel!

GASTÓN.

¡Nunca lo fuera!

FÉLIX.

Ahora bien: cesa de hablar; pongámonos de camino.

GASTÓN.

¿Tú qué has de ser?

FÉLIX.

Yo, sobrino.

GASTÓN.

¿Y yo no he de emparentar?

FÉLIX.

Si gustan con majaderos,

pues los hay de tu librea.

GASTÓN.

¿Huérfano quieres que sea?, pero tuviera dineros

o estuviera en gran lugar,

de la fortuna accidentes,

que me salieran parientes

más que tiene arena el mar.

(*Vanse, y salen DOÑA ANA, dama, y FLORA, su madre, quitándose los mantos, y INÉS, criada.*)

FLORA.

Toma esos mantos, Inés.

ANA.

¿De qué vienes tan mohina?

FLORA.

Con el dedo se adivina

lo que con los ojos ves.

INÉS.

Enfádanla parlatorios.

ANA.

Pues eso no es culpa mía.

FLORA.

Para doncellas se había

de dar licencia a oratorios.

ANA.

¿Es por aquellos corrillos

de galanes?

INÉS.

Claro está.

FLORA.

Basta, que eres blanco ya

destos locos mozalvillos.

ANA.

¿Espántaste de que miren

una mujer por casar?

FLORA.

Mirar, no; mas remirar.

ANA.

Pues ¿qué importa que remiren,

si yo no miro a quien mira?

FLORA.

¿Yo no te vi con el manto

hacer caireles?

ANA.

Que tanto

me aprietes, madre, me admira.

FLORA.

Una mujer ha de estar

en misa como una imagen,



FINEO. Por un famoso letrado,  
me habló anteayer Filiberto.

ANA. ¿Tiene muy larga la barba?

FINEO. Mucho.

ANA. Pues váyase a un yermo.

FINEO. Es hombre tan gran letrado,  
que entre sus libros suspenso,  
por entender una ley,  
tomó un orinal, y en medio  
del verso, hallando el sentido,  
dió con él sobre un *Digesto*,  
y haciéndole mil pedazos,  
dijo: *Sic intelligendum*.

ANA. Dios me libre desa gente.

FINEO. No quiero libros, que quiero  
hombre para mí con alma  
y con libre entendimiento.

FLORA. Un mocetón es mejor:  
o mocetón, o...

ANA. A lo menos,  
connmigo hablará en romance,  
que es lengua con que me entiendo.  
¿Piensas tú que los que saben  
letras todos son discretos?  
Pues cree que hay en latín  
muy gentiles majaderos.

FLORA. Eso sí; venga el perfil  
de uno de aquestos mozuolos  
que rizan los aladares  
con molde a fuego.

FINEO. ¡Y qué fuego!

FLORA. Ya dan muñecas también.

FINEO. Si lo son, no será nuevo.

FLORA. Si va a decir la verdad,  
que otra vez te traté desto,  
Lisardo me agrada mucho;  
que es honrado caballero  
y de razonable hacienda.

FLORA. Verle y hablarle deseo.

FINEO. Yo le traeré cuando gustes;  
y voime.

FLORA. Guárdete el cielo.

INÉS. ¡Ah, señor Fineo!

FINEO. ¡Oh, Inés!

INÉS. ¿Tan coja soy, que no tengo  
de hallar un marido yo?

FINEO. Tengo un honrado mancebo.

INÉS. ¿Oficial?

FINEO. No es oficial.

INÉS. Pues arrímole.

FINEO. ¿Tan presto?

INÉS. No quiero gente de leva  
que se remita al paseo

y esto de andar a la droga,  
sino marido de asiento.

FINEO. Calle, que yo la daré  
para asiento un zapatero  
que de estar en la banqueta  
se le pega a los grigüescos.

(Vase.)

FLORA. En fin, doña Ana: Lisardo  
me agrada, y verle pretendo.

ANA. No lo miras con los ojos.

FLORA. ¿No? Pues ¿con qué?

ANA. Con los dedos.

FLORA. Mira quién llama.

INÉS. Ya suben.

FLORA. ¿Y quién son?

INÉS. Dos forasteros.  
Criado y amo parecen.

ANA. Entraréme en mi aposento.

FLORA. De forasteros, no importa.

(Salen de camino DON FÉLIX, galán, y GASTÓN,  
graciosamente.)

FÉLIX. Guarde vuestra vida el cielo.  
¿Sois Flora, acaso?

FLORA. Yo soy.

FÉLIX. ¡Los brazos!

FLORA. Pues ¿a qué efeto?

FÉLIX. Yo soy don Juan.

FLORA. ¿Qué don Juan?

FÉLIX. Señora, un sobrino vuestro,  
hijo de Alvaro Velarde  
y de doña Juana Tello.

FLORA. Ya el alma me lo decía,  
y con golpes en el pecho,  
el corazón.

ANA. (Bien cayó.)

(Abráncense.)

INÉS. ¡Famosamente lo han hecho!

ANA. ¡Qué bizarro está don Félix!

INÉS. ¿Y Gastón, es barro?

FÉLIX. Vengo  
con un disgusto notable.

FLORA. ¿Disgusto?

FÉLIX. Pasando el puerto  
se le cayó una maleta  
a este mozo, que es un necio,  
donde traía las cartas  
de mis padres.

FLORA. Mal suceso.





pensé querer, forzándome mi estrella;  
pero ver a doña Ana bien nacida,  
virtuosa y rica, y, como veis, doncella  
de tanta gracia y hermosura, ha hecho  
un incendio la nieve de mi pecho.

No lo dudéis: tal gracia y hermosura  
no ha menester más dote.

FINEO.

Así lo creo;  
pero en aquesta edad será cordura  
llevar el dote en aucas del deseo;  
pasóse el tiempo, y la inocencia pura,  
cuando nunca se vió mejor manteo  
que de bayeta, o frisa, y que la grana  
era la mayor gala cortesana.

Mal año; agora, en solas guarniciones  
un dote de otro tiempo va cifrado,  
y aquestas son las ciertas ocasiones  
del honor mal perdido y peor guardado.  
Lisardo, antojos son las aficiones;  
amor a muchos se perdió casado:  
venga el dinero luego, que en el mundo,  
si no es lo principal, es lo segundo.

LISARDO.

Amor que sólo estima el bien que espera,  
a la imaginación desnudo asiste.

FINEO.

Eso de amor es bárbara quimera;  
si se resfría el trato, amor le viste.

FINEO.

Doña Ana, al fin, es única heredera.

LISARDO.

En eso no presumo que consiste;  
porque es tan moza y tan gallarda Flora,  
que se puede casar, si quiere, agora.

Pues que bueno será que el día primero  
que riña con su yerno, os amenace.

LISARDO.

Cátese, para como el bien que espero  
un día, un hora, un cuarto, un punto abrace.

FINEO.

¿Queréisla ver?

LISARDO.

La vida menos quiero.

FINEO.

Pues hoy serán las vistas, y amor trace  
que se concluya, pues os viene al justo.

LISARDO.

No hay más riqueza que casar con gusto.

*(Vanse, y salen DOÑA JUANA, dama, y MARCELO.)*

JUANA. Dile al Conde tu señor  
que yo estoy desocupada.

MARCELO. La carroza está parada,  
aguardando ese favor.

JUANA. Pues pídele albricias dél,  
si te parece que es grande.

MARCELO. Y aun haré que me las mande  
antes que le advierta dél.

*(Sale el CONDE.)*

CONDE. Ya es tarde, que ya he subido.

MARCELO. Va las albricias perdí.

CONDE. No harás, aunque al bien que vi  
por mi hallazgo se las pido.

JUANA. ¿Tan perdido os presumís?

CONDE. Pues ¿no es encarecimiento  
que sola en mi entendimiento  
por luz del alma vivís?

JUANA. No tiene locura amor  
como es el encarecer.

CONDE. Siendo locura el querer,  
será el decirlo mayor.

JUANA. ¿Cómo habéis, hasta hoy, esta-  
Con esperanza de veros, [do?  
que no hay vivir sin teneros;  
con esto engaño el cuidado.

Pero vos no habréis tenido  
esa memoria de mí.

JUANA. No, porque no la perdí.

*(Sale un ESCUDERO.)*

ESCUDERO. Aquí, señora, ha venido  
Flora, con su hija bella.

CONDE. ¿Estorbo yo?

JUANA. No, señor;  
antes nos haréis favor,  
y holgaréis de hablalla y bella;  
que tiene, aunque en tierna edad,  
un gallardo entendimiento.

*(Salen FLORA y DOÑA ANA.)*

FLORA. Volved el coche al momento.



dejarásme las que esconde  
don Juan en mi corazón.)

CONDE. De hoy más me podéis servir.

FÉLIX. Dichoso en extremo soy.

CONDE. Venid conmigo.

FÉLIX. Yo voy  
adonde podré decir

que recibo nuevo ser.

CONDE. ¿Quién es este gentilhombré?

FÉLIX. Ya no ha de tener mi nombre:  
sólo el vuestro ha de tener.

CONDE. Quiero a los dos recebiros.

FÉLIX. Téngolo a mucha ventura.

GASTÓN. Soy, señor, añadidura  
de don Juan, para servirlos.

CONDE. Hombre parecéis muy sano.

GASTÓN. Albricias os diera yo;  
que un albéitar que me vió,  
me halló manco de una mano.

CONDE. ¿Qué érades en vuestra tierra?

GASTÓN. Hidalgo no más.

CONDE. ¿No más?

GASTÓN. ¿Y es poco?

CONDE. ¿Bueno serás  
para la guerra?

GASTÓN. ¿Qué guerra?

CONDE. La del servir.

GASTÓN. ¿Qué mayor?

CONDE. ¿Tu nombre?

GASTÓN. Gastón me llamo;  
muy bueno para mi amo,  
si es bueno ser gastador.

JUANA. Vamos al jardín, primero  
que os vais.

FLORA. Tenemos que hacer.

JUANA. ¿Cuándo nos hemos de ver?

FLORA. Yo por momentos lo espero.

(*Vanse, y quede DOÑA JUANA sola.*)

JUANA.

Si en un carcaj dorado están metidas,  
Amor, tus flechas, bien se ve que a tienta,  
ciego, las sacas, con diverso intento  
del que después se mira en las heridas.

Quitás, sin vista, diferentes vidas,  
y como las esparces por el viento,  
y el blanco no se ve del pensamiento,  
por eso quieres, y por eso olvidas.

Tirando así, no hay alma que resista  
las duras puntas de tus flechas fieras,  
porque el mundo contigo se resista.

¡Oh, si con vista, dulce Amor, nacieras

y acertaras las almas con la vista!  
Mas no fueras amor, si la tuvieras.

(*Vase, y salen LISARDO, FINEO, INÉS y CRIADOS.*)

FINEO. ¿Aún no han venido de fuera?

INÉS. No, señor; mas ya vendrán.

¿Es novio aqueste galán  
que a mis señoras espera?

FINEO. ¿No se ve que novio es?

INÉS. Parécelo en el olor.

FINEO. ¿Huelen los novios?

INÉS. Mejor

los suelen oler después.

No tiene mala persona.

¿Son aquestos sus criados?

FINEO. Los mismos.

INÉS. Bien adornados:

cosa que no poco abona.

Que los criados, Fineo,

son portada del señor.

FINEO. Del coche es este rumor.

INÉS. Que vienen mis amas creo.

(*Salen FLORA y DOÑA ANA.*)

FLORA. Cansada vengo.

ANA. [Y] yo, pues;

pero a gran ventura tengo  
la comodidad del premio.

FLORA. ¡Qué gallardo caballero!

Es muchacho el conde Otavio.

ANA. Todos te agradan; no creo  
que has tenido quietos ojos.

FLORA. ¿A qué llamas ojos quietos?

ANA. Honestos quise decir.

FLORA. ¿Pues en qué no son honestos?

¿Es vengarte del sermón?

ANA. ¿Malicias?

FLORA. Yo las confieso.

FINEO. Aquí está el señor Lisardo.

FLORA. Por todo extremo me huelgo.

LISARDO. Pues holgaos con esa dama,  
y será por todo extremo.

INÉS. ¡Espantosa necedad!

FINEO. ¡Vive Dios, que es buen agüero!

El casamiento se hará,

que ya el desposado es necio.

FLORA. Siéntese vuesa merced.

LISARDO. Sabe Dios lo que me siento.

INÉS. ¿Más que le mata el albarda?

FINEO. Más que no para hasta cielo.

FLORA. Mira qué buen talle tiene.



FÉLIX. Y yo lo que tú no fueres.  
ANA. Ven al jardín, y hablaremos  
mientras mi madre y Lisardo  
hacen tan necio concierto.  
FÉLIX. Si él sale con lo que intenta,  
yo le tendré por discreto.

(*Vanse.*)

GASTÓN. ¿Cómo estamos ella y yo?  
INÉS. ¿Y como le va de juego  
a él?

GASTÓN. Jugando a la argolla  
dijo que estaba Cisneros  
cuando le llamó su amo,  
y él respondió: "Yo voy luego,  
que poco me falta ya;  
va a doce, y dos bocas tengo."  
¿Quién duda que los criados  
del desposado moderno  
tendrán a vuesta merced  
llena la testa de viento?  
¿Qué paje barbón la mira?  
¿En qué lacayo gallego  
ha puesto los ojidiablos?

INÉS. Cáigase un cesto de peros,  
tengan dinero los sanos,  
tengan salud los enfermos,  
sepa bien el beber frío,  
pasen mis años de ciento  
cuando yo no fuere tuya.

GASTÓN. Pues voy contento con eso,  
que como nunca decís  
verdad en los juramentos,  
al revés te vendrá todo.

INÉS. ¡Adiós, Durango!

GASTÓN. ¡Adiós, Duero!

INÉS. Leandro quise decir.

GASTÓN. Yo, Hero; mas ya no acierto,  
que como no sé nadar,  
siempre a la orilla me quedo.

ACTO SEGUNDO

(*Salen el Conde, LISARDO y MARCELO.*)

CONDE.

Vos haréis como noble caballero  
en dejar de casaros con doña Ana.

LISARDO.

Después que vi las sombras que os refiero,  
propuse el fin a mi esperanza vana.

CONDE.

Yo la quise, Lisardo, y yo la quiero;  
ya sabéis que el poder todo lo allana,  
si bien guardando siempre su decoro.

LISARDO.

Ya sé la fuerza del valor del oro.

Es el oro, señor, la quinaesencia  
del poder de la tierra; donde él toca,  
no queda honor, edad, fuerza y prudencia;  
uno vence, otro priva, otro provoca.  
Allá tuve también otra advertencia  
con que mi voluntad, o mucha o poca,  
quedó, si no resuelta, al fin, templada.

CONDE.

¿Pues es más que de mí doña Ana amada?

LISARDO.

De aquel Osorio habréis la historia oído,  
que vió caer el hombre cuarto a cuarto;  
lo mismo a mi temor le ha sucedido,  
con que de amor el pensamiento aparto.  
Hase formado un hombre repartido  
a mis ojos, de suerte que me parto  
para siempre de en casa de doña Ana,  
que no será temor ni sombra vana.

CONDE.

¿No me diréis quién hay que más la quiera?

LISARDO.

Satisfacer mis celos sólo puedo;  
los vuestros no, pues basta que os refiera  
que dividido deste intento quedo.  
Querelda, Conde, o quien mi ausencia espera;  
que de casarme, sosegado el miedo,  
no me importa saber el más dichoso;  
que no lo seréis vos, si estáis celoso.

(*Vase; salen DON FÉLIX y GASTÓN.*)

FÉLIX.

¿Era Lisardo éste?

CONDE.

El mismo era.

FÉLIX.

Pues ¿Lisardo contigo?



CONDE

Hala qué tal!

en punto de casarse.

FELIX

Aguante el matrimonio,  
no gano que andara atorado  
a fuerza de pedir que andara;  
de que entre ellos está el acordado  
no hay nada a tu amor.

CONDE

Ya estás muerto  
a punto de casarte con ella.

FELIX

Ella es que no debes, y así ha-  
cede lo que es posible por tu parte,  
y que con tal comercio salieras  
esta afición de no poder casarte.

CONDE

Y si así, don Juan, que con tal amor te pagó,  
y tanto me oíste que en razón te pagó,  
el estar a ella así es consuello  
debe ser prescindiendo.

Y pues has consentido en mi servicio  
esta tal voluntad para casarme  
hay que de hacer también un nuevo oficio.

FELIX

Ya la dulzura está en mudarme.

CONDE

Y, anda, a ella Juan.

FELIX

Tuve interés  
bastante de casarme.

CONDE

Quiero estar  
punto de ella Ana, y casarme de ella.

FELIX

No tal accidente, sino por tal bella.

CONDE

Pero que ella Ana me de jure  
quiero que siempre se acuerde  
porque cuando no él ni de ella.

FELIX

Que él me dé a ella por amor, verán.

CONDE

Si quieres conmigo casarte,  
puedes que así él me dé;  
por lo mismo, que él me dé,  
no hay nada que no sepa el momento.

Si te quieres casar, yo te prometo  
que te lo haré, o me casaré,  
no siendo de la misma, hasta en otro  
caso de que sepa el momento.  
Ya me casaré con ella, ya me casaré  
con ella, ya me casaré con ella,  
por verla de ella, a ella Ana,  
para el momento de ella y para.

Mañana me voy a ella, en persona  
y que fuese, que fuese, verán,  
no habrá esperanza que no sea nada.

FELIX

Ello no es así; me voy a ella.

CONDE

Yo sé que en esto me daré la vida,  
María, verán, que fuese, verán.

MARÍA

Ya tienes a la puerta la carreta.

CONDE

Lo que me tiene, la esperanza que.

(Vase el Conde y María)

FELIX

(Que te pases Juan)

CONDE

Que es bueno  
que gano al Conde.

FELIX

Y me casaré de ella Ana,  
después de ser, verán, verán,  
que fuese, verán, a ella Ana.

CONDE

No hay esperanza, verán, que fuese,  
que fuese, verán, que fuese,  
que fuese, verán, que fuese.

celos, que son de amor famosa espuela.

No siempre se ha de amar como tú quieres.

FÉLIX.

Cuando guardan lealtad, amor lo manda.

GASTÓN.

Yo conozco, señor, a las mujeres;  
la que se queda atrás, con celos anda.  
Sosiégala diciendo que te mueres;  
si nunca amor sin celos se desmanda.  
inquiétala, y obliga a mil desvelos,  
que amor se hace gigante con los celos.

(*Vanse, y salen DOÑA ANA y DOÑA JUANA.*)

JUANA. Esta ha sido la ocasión,  
doña Ana, de visitarte.

ANA. En fin, ya por esa parte  
salgo de la obligación.

JUANA. Toda la tiene don Juan,  
tu primo, a mi grande amor.

ANA. Pues ¿no es el Conde mejor,  
más discreto y más galán?

JUANA. No me lo parece a mí.

ANA. En fin, ¿le obligaste?

JUANA. Ya  
tan fuera del alma está  
como yo lo estoy de mí.

Hazme tan grande placer,  
¿placer dije?, bien dijera  
mejor, de hacer que me quiera,  
pues tú lo podrás hacer,  
que, como tu sangre, en fin,  
solicitarás mejor  
el principio de mi amor  
y de mi esperanza el fin.

ANA. Esta ha venido a matarme.  
¡Ay, celos! ¿Qué me queréis?  
¿No basta que me los deis,  
amor, con desconfiarne,  
sino que yo misma sea  
quien me mate y solicite  
mi muerte?

JUANA. Bien se permite  
que en nuestra amistad se vea  
esta fineza de amor.

ANA. Digo que yo le hablaré  
para que estime tu fe  
y conozca tu valor.

JUANA. Conoceré tu amistad.

ANA. Segurísima estar puedes.

JUANA. Harásme dos mil mercedes.

ANA. Y él ¿sabe tu voluntad?

JUANA. Mis ojos, que lenguas son  
del alma, dicho le han  
muchas veces a don Juan  
la fuerza de mi afición.

ANA. Pues ¿va a tu casa?

JUANA. Acompaña  
al Conde.

ANA. Será por verte.  
¡Declarado se ha mi muerte!  
¡Falso amor! ¡Traición extraña!  
¡Ah, don Félix! ¡Cuántas veces  
esto de tu amor temí!

¿Y él nunca te dijo a ti  
lo mucho que tú mereces?

JUANA. Hasta agora me requiebra  
con palabras generales.

ANA. Pues ya con principios tales  
has cuenta que se celebra  
tu dichoso casamiento.

JUANA. Ese es el fin a que aspiro.  
Por lo imposible suspiro.

ANA. ¡Llevó mi esperanza el viento!

JUANA. El viene. ¡Ay, Ana, remedia  
mi mal!

(*Salen DON FÉLIX y GASTÓN.*)

FÉLIX. Mi prima y señora.

ANA. ¿Qué podré callar agora,  
que amor no acabe en tragedia?

Mira, primo, que está aquí  
mi señora doña Juana.

FÉLIX. Con los rayos de doña Ana,  
que me deslumbran, no os vi.

JUANA. Disculpado estáis, don Juan.

FÉLIX. Prima, aquí tengo que hablaros.

ANA. ¿Qué sirve buscar reparos,  
si tantos celos me dan?

FÉLIX. Prima, el Conde mi señor,  
que nunca mi señor fuera,  
quiere que a su dama quiera,  
para proseguir tu amor.

Que dice que doña Juana  
no estorbará, entretenida,  
su deseo, y que la vida  
daré a su esperanza vana.

Paréceme obedecer,  
conio tú gustes, su gusto,  
pues no te dará disgusto  
lo que por burla ha de ser;  
que pues de mí estás segura  
que con el alma te adoro,  
y de guardarte el decoro  
nuevamente amor te jura,



doña Ana el favor que ha hecho al Conde, no ha de poder en muchos tiempos volver como la tuve, a mi pecho.

CONDE. Pues, señora doña Juana, ¿ya tan olvidada?

JUANA. Creo que os debe mayor deseo la hermosura de doña Ana.

Con esto, no os espantéis si me retiro de vos.

CONDE. En este jardín los dos hablemos, si vos queréis, porque tengo que contaros un casamiento.

JUANA. Si fuese con don Juan, y amor me diese tanto bien...

CONDE. Quiero obligaros. Habla entre tanto, don Juan, con doña Ana en mi favor.

FÉLIX. Ya voy a hablarla, señor, pues tanta ocasión me dan.

(Vanse el CONDE y DOÑA JUANA.)

ANA. Pensarás que estoy ya muerta porque hablaste a doña Juana.

FÉLIX. Y tú, porque hablaste al Conde, que debo de estar sin alma.

ANA. Si le hablé, señal sería que tengo lengua.

FÉLIX. No habla quien no la tiene, y a mi no pienso yo que me falta.

ANA. ¡Qué le dirías de amores, que de engañosas palabras, qué de mentiras de hombres!

FÉLIX. La mentira, cosa es clara, que nombre de mujer tiene.

ANA. La verdad es cosa llana, que también tiene ese mismo.

FÉLIX. ¿Estás contenta?

ANA. Y pagada.

FÉLIX. En fin, gustas de perderme, pero tú dirás qué ganas.

ANA. ¿Qué pierdo, si te he perdido?

FÉLIX. Tienes razón: poco o nada.

ANA. ¿Cómo sufres que al jardín lleve un galán a tu dama?

FÉLIX. Como es tan grande mi amor, no he sentido que se vaya. Pero tú, ¿cómo le dejas,

si, como pienso, le amas, que al jardín vaya con ella?  
¿No ves que amor quiere guardas y que de las ocasiones resultan cosas extrañas?  
Como es tan grande mi amor, no he sentido que se vaya.

(Sale FLORA quedo.)

FÉLIX. ¿Qué mal término tuviste!  
ANA. Pues ¿tú en mi término hablas?  
¿Villano vil!

FLORA. ¿Qué es aquesto?  
FÉLIX. ¡Tu inadre, voyme!

(Vase.)

FLORA. ¿En qué andas?  
¿Piensas que ya no lo entiendo?

ANA. Ven a inatarme.  
FLORA. ¿Tú tratas de villano a don Juan?

ANA. Sí.

FLORA. ¿Si dices?  
ANA. ¿De qué te espantas?

FLORA. ¿No me he de espantar de ver que le quieras bien, ingrata, a Lisardo, al Conde, a todos cuantos te quieren?

ANA. Acaba, que todo es quimera tuya.

FLORA. ¿Quimera al querer le llamas? En tanto pesar me huelgo, que has descubierto la hilaza.

ANA. ¡Hilárame tú mejor!

FLORA. ¡Basta, necia; necia, basta!

ANA. ¿Tan mal te parece a ti que yo estuviera casada con mi primo? ¿No es mi primo don Juan hijo de tu hermana? ¿Pierde por su padre acaso? ¿No es Velarde? ¿No es Sarabia? ¿No le dieron, como a ti, su principio las montañas y de la dispensación, si ese disparate entablas, dos mil ducados, es barro?

FLORA. ¡Plega a Dios!...

ANA. ¿Tente, no hagas disparates!

FLORA. Morderé.

ANA. No muerdas, puesto que rabias, que porque salgas de pena,



pero sin manos no, que han de ser largas para que pueda darle el oro a cargas.

FLORA.

Ahora vamos a hacer las escrituras, y ruin sea esta vez por quien quedare.

LISARDO.

Vamos, que desta vez serán seguras, como en el juramento se repare.

(Vanse los dos, y sale DON FÉLIX y GASTÓN.)

ANA.

¿Qué fin han de tener mis desventuras?  
¿Pero qué desventura habrá que pare si no es en mí?

FÉLIX.

¿Qué es esto, Inés?

INÉS.

¿Qué quieres?

El tiempo, el son, mudanzas, las mujeres.

FÉLIX.

¿Lisardo aquí otra vez?

INÉS.

¿Pues no lo miras?

GASTÓN.

Háblala, por tu vida, cuerdamente.

ANA.

¿Eres don Félix tú? ¿De qué te admiras, pues ocasión me has dado suficiente?  
¿Si tú a casarte en otra parte aspiras, es milagro que yo lo mismo intente?  
¿No sabes que no hay gustos ni placeres que olviden la venganza en las mujeres?

FÉLIX.

Prima, pero ya no prima, y si prima, falsa, y tal, que en mis bienes suena mal, pues a dejarme se anima, ¿qué pecho habrá que reprima la fuerza de tu mudanza, que al honor y al alma alcanza?  
¡Ah, cómo se echa de ver que pasas, como mujer, del amor a la venganza!

Si te dije que quería de burlas a doña Juana, porque eras mi luz, doña Ana,

como lo es el sol al día, ¿qué ofensa hacerte quería, pues antes era defensa del Conde, cuyo amor piensa tu ingrato pecho pagar?  
Pero quien quiere olvidar, bien sabe fingir la ofensa.

¿Qué buena paga de amor!

¡Tarde y mal! Mas nunca el mal

llegó tarde. ¡Qué mortal

veneno! ¡Qué vil temor!

¿Yo ser a tu fe traidor?

¿Yo mudarme? Mas, ¿qué digo,

si tu esposo y mi enemigo me han de vengar hoy aquí, pues yo quedo muerto en ti y él queda vivo contigo?

ANA.

Poco a poco, que es locura pensar que nadie ha de ser tan suyo, que pueda hacer desprecios a la ventura.

La voluntad más segura, si es discreta y fué dichosa, ha de estar más sospechosa, que quien ama, no ha de amar de burlas para matar un alma, siempre celosa.

¿Qué querías que yo hiciera?

Si dices que has de querer,

¿puédote yo el alma ver?

¿Es tu pecho vidriera?

No hay burla más verdadera que llegarse amor burlando; que el amor lisonjando entra mejor sin recelo, porque el trato es como anzuelo que pesca el alma callando.

¿Había yo de aguardar a lo que pudiera ser, y que hablando de querer te supieras tú guardar?  
La ocasión ha hecho errar muchos, que no lo creyeron, que más santos que tú fueron; luego, Félix, no presumas, que te servirán las plumas donde los otros cayeron.

FÉLIX.

¿Disculpas tu liviandad con lo que está por venir?

ANA.

Nunca ha sido el prevenir a lo menos necesidad.

FÉLIX.

El mudar tu voluntad bien se ve que no es honor.



ANA. Si bastara, ¿qué importa?  
 (Tal cosa) (Otra a los chicos  
 que están en el fondo)  
 ¿cuando se quiere amor?

ANA. Hay un grande libertad!  
 (Esto se refiere a sus ojos)

ANA. Félix, mis meritos son los  
 que en mi familia me han

FELIX. (Frente de la familia)

ANA. No son de mi padre ni de mi

FELIX. No las aceptas en darme,  
 que en llegando a no querer,

FELIX. ¿has pensado que puede haber  
 una vergüenza al matarme?

GASTÓN. Señor, te lo digo, medita.

FELIX. Señora, tú me estás acordando

ANA. ¿Dejarte morir?

GASTÓN. Señor,

ANA. ¿dejarlo morir?

FELIX. ¿Dejarte, mamá?

(Tal cosa)

FELIX. ¿Qué es esto? Otra vez penden-

FELIX. Haglo al cielo juramento. ¡cía?

FELIX. y a mi familia. ¡no sagradas  
 son guardadas de mi vida,  
 a la patria en que nací  
 a mis padres y a mis amigos,  
 a mis amigos.

FELIX. Detente!

FELIX. No me detengo!

FELIX. ¿Si quieres?

ANA. De que historia de Zaira  
 señor primo, más al cielo?

FELIX. No, señorita, historia Ana  
 es verdadera historia.

FELIX. Lo que tú me cumpliré,  
 el amor, la tierra y el tiempo  
 y todos los vientos juntos  
 se me pueden en medio.

ANA. ¿Todos los vientos?

FELIX. Y todos  
 cuando se quiere y no se puede  
 de un viento eternamente  
 cuando se te ama.

FELIX. ¿Primo?

FELIX. ¿dijo, que si has visto bien?

FELIX. Fue, GASTÓN, un buen hombre  
 con papales rectas,  
 una cara sencilla y  
 un gran punto a la memoria.  
 Dime el nombre de GASTÓN.

en la noche (1) segunda.

Donde sus padres.

FELIX. (¿Qué es esto?)

¿Adónde vas de por donde?

¿De justos que me mandan?

¿quieras morir a mi prima?

FELIX. Teo, no te voy a la familia.

no he llegado a declararme

no te voy a dar que me voy a morir.

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

¿cómo se te que voy a morir?

111. En el original dice que voy a morir "una mujer".  
 De donde se deduce "una mujer". El resto de la  
 comedia es una comedia.

recibir la bendición  
de los que lo son por cierto,  
aunque no sean obispos,  
porque después pueden serlo.  
A mi señora doña Ana  
no hablo, porque la veo  
con las manos en los ojos.  
Tú, Inés, pues bien los merezco,  
dame tus abiertos brazos.

INÉS. En fin. ¿te vas?  
GASTÓN. ¿Cómo puedo  
no irme?

INÉS. Dios te encamine.

GASTÓN. Y a ti te libre de perros.

FLORA. Alza los ojos, doña Ana:  
alza los ojos del suelo.  
¿Lágrimas tú?

ANA. Pues ¿qué quieres,  
pues ya se va cuanto quiero?  
Y cuando no fuera así.  
¿a ser su sangre no debo  
estas lágrimas?

FLORA. Yo digo  
que no llores, que aún yo tengo  
como cera el corazón;  
pero que tengas consuelo,  
que en haciéndose la boda  
con la bendición del cielo,  
querrás bien a tu marido,  
como otras muchas lo han hecho.

ANA. Desconfío, madre mía.

FLORA. La cosa de más contento  
en la mujer son las galas;  
déstas dos mil te prometo.

ANA. Madre, las galas y joyas  
no bastan, porque es lo menos  
para pasar tanta vida  
al lado de un hombre necio.

(*Vanse, y salen el CONDE y MARCELO.*)

CONDE. Dos cosas son bien notables.

MARCELO. La boda se vuelve a hacer,  
y se va don Juan.

CONDE. No hables  
jamás en loor de mujer,  
porque todas son mudables.

MARCELO. Todas no, que hablas con ira;  
que es lo más que dicen dellas  
engaño, burla y mentira.

CONDE. Quien pone esperanza en ellas,  
¿qué piensa, de qué se admira?  
¡Qué bien dijo Sanazaro

que sembraba en el arena  
y que araba el viento claro!  
MARCELO. Más vale sola una buena  
que el mundo.

CONDE. Es ejemplo raro.

MARCELO. Raro sin comparación.

Mas las que son, buenas son.

CONDE. Créolo. Estoy enojado.

Terrible ocasión me han dado,  
y me hace hablar la ocasión.

Bien sé yo que una mujer  
virtuosa puede ser  
coro de una ciudad.

En muchas hay variedad.

MARCELO. Es que les falta el poder;  
mas que vario un hombre sea,  
¿no es fealdad?

(*Sale DON FÉLIX, de camino, y GASTÓN.*)

FÉLIX. Vueseñoría  
me dé los pies, porque vea  
que viene el mal en un día,  
y que el bien siempre rodea.

Señor, mi padre me escribe  
que queda para morir.

CONDE. Sola esa carta prohíbe  
el detenerse y sufrir  
el alma el mal que recibe.

FÉLIX. Yo lo quisiera excusar;  
pero mi pobre hacendilla  
mal se podrá gobernar,  
que costó mucho adquirilla,  
y es un honrado solar.

CONDE. Haz que le den mil ducados.  
Vente conmigo, don Juan.

(*Vanse el CONDE y MARCELO.*)

FÉLIX. Vivas los años doblados  
de Néstor.

GASTÓN. ¡Por Dios, que van  
los duelos con pan dorados!

FÉLIX. No hay, Gastón, sino partir.

GASTÓN. ¿No te alegra este dinero?

FÉLIX. Ya no estoy para sentir,  
porque gozarlos no espero,  
como el que quiere morir.

GASTÓN. ¡Mil ducados! ¿No estás loco?  
¡Pese al alma de un judío!

FÉLIX. Ya todo lo estimo en poco;  
pero partamos con brío.  
¡Celos, yo mismo os provooco!

Que todo aquele accidente  
no basta para la muerte.

GARCÍA. La muerte de morir sin celos,  
paga el portazgo en momentos  
y pronto desahucio.

FLORE. ¿Cómo puedo yo poder  
dividir hoy y a mí a ver?

GARCÍA. Tercera, ya así durades,  
y una hora a los cuidados  
de la más linda mujer!

(Flore y van todos Ana y Leonardo)

ANA

Y como que comarce,  
que estoy ya tan contento d'interese  
Ya no quiero darme.

LEONARDO

No sé cómo tan paciencia suficiente  
para tanta feura.  
ni sea palabra en suar ni si segura

ANA

¿Qué Dios son la temera?  
Vete con Dios, Leonardo, vete luego,  
y eternamente siempre,  
y esta casa.

LEONARDO

Que bueno, así amor o fuego  
en la casa que esperanza  
en la casa que de la vida?

¿Que así me desahucio?

Y, en medio de la vida desahucio  
como de mi la vida?

¿Que así desahucio me así desahucio?  
De así así desahucio?

Mañana desahucio de mi desahucio.

Mañana desahucio de mi desahucio.

También desahucio de mi desahucio.

Mañana desahucio de mi desahucio.

Mañana desahucio de mi desahucio.

Mañana desahucio de mi desahucio.

Mañana desahucio de mi desahucio.

Mañana desahucio de mi desahucio.

ANA

Desahucio de mi desahucio.

LEONARDO

De qué la vida? ¿Desahucio de mi desahucio?

ANA

Con el agua a la boca  
no puedo que hablo.

LEONARDO

Que te desahucio  
por boca y por interese.

¡Mal haya amor que con verdad te trata!

(Flore y van todos)

FLORE

(Que voy con desahucio)

ANA

Que la desahucio, como el desahucio  
en medio de la vida,  
y que se va de aquí desahucio.

FLORE

Por qué?

ANA

Porque me desahucio  
el amor que desahucio, el amor que desahucio.

¿Así, como, así, como desahucio?

¿Cuanto desahucio de mi desahucio? ¿Cuanto desahucio de mi desahucio?

Que desahucio de mi desahucio.

Con la vida el desahucio de mi desahucio.

¿Habrá así, como desahucio?

¿Así, como, como desahucio? ¿Así, como, como desahucio?

FLORE

Que así desahucio de mi desahucio.

¿Desahucio de mi desahucio?

ANA

Mañana desahucio.

Mañana desahucio de mi desahucio.

¿Que desahucio de mi desahucio?

FLORE

¿Desahucio de mi desahucio?

¿Que desahucio de mi desahucio?

ANA

Mañana desahucio de mi desahucio.

FLORA.

Perdiendo estoy el seso.

¿Hay desdicha tan brava? ¿Hay tal suceso?

(Sale INÉS.)

INÉS. Apenas puedo, de risa,  
darte un recado, señora.

FLORA. ¿Viene el Conde por ventura?  
Buscaré donde me esconda.

INÉS. Que no es el Conde.

FLORA. Pues ¿quién?

INÉS. Dos hidalgos en dos postas.

FLORA. ¿Quién?

INÉS. Don Juan y su criado.

ANA. Toda el alma me alborotas.

FLORA. ¡Por el siglo de mi padre  
que nos han de volver locas!

ANA. ¿Búrlaste, Inés?

INÉS. ¿Qué es burlarme?

Va entran.

(Salen DON FÉLIX y GASTÓN, en cuerpo.)

GASTÓN. ¿De qué te enojas?

FÉLIX. ¡Jesús, Jesús! ¡Qué descuido!  
¡Los papeles que me importan  
honra y vida! Y, por lo menos,  
¿dónde está mi ejecutoria?

FLORA. ¿Qué es esto, señor sobrino?

FÉLIX. Este demonio, que acorta  
mi vida con sus descuidos.

ANA. Temblando me tiene toda.

FÉLIX. La ejecutoria olvidada,  
que es todo mi amparo y honra,  
me deja en el aposento.  
¡Vive Dios!

GASTÓN. Tenle, señora.

FÉLIX. Estaba en Villacastín,  
y con la ocasión forzosa  
de ser el lugar behetría,  
que noble o no tanto monta,  
de mi ejecutoria trato  
con tres o cuatro personas  
que estaban en la posada,  
y dice con linda sorna  
el pícaro, el ganapán,  
que se le olvidó.

GASTÓN. Reporta  
la cólera.

FÉLIX. Pues ¡picaño!,  
no se os olvida la bota  
ní, para vuestros regalos

la bien prevenida alforja,  
y mi ejecutoria sí.

FLORA. Ten la espada rigurosa.

GASTÓN. Llegá tú, pues eres ángel,  
si te acuerdas de la historia  
del sacrificio.

ANA. No sé  
si me conoce.

GASTÓN. Y te adora.

ANA. Viniendo de tanta ausencia  
puede ser que no conozca  
los que le habemos servido.

GASTÓN. ¿Ausencia llamas seis horas?

FLORA. Repórtate ya, sobrino,  
que es ya tarde, y si alguien ronda,  
pensará lo que él quisiere,  
y es la vecindad de forma  
que daremos que decir.

En fin, ¿tú vienes a posta,  
digo, por la posta, en busca  
de tu carta ejecutoria?

¡Ay, sobrino, cómo entiendo  
que la causa desto es otra!

Pero, sea la que fuere,  
achaque quieren las cosas.

FÉLIX. ¿Yo? ¡Plega a Dios!

FLORA. No lo jures.

FÉLIX. Tú verás si un ave torna  
con más presteza que yo,  
por más que los aires rompa,  
si la ejecutoria veo.

FLORA. En noche oscura y lluviosa,  
no corras postas, sobrino;  
sobrino, duerme y no corras.  
Vente a descansar, que, en fin,  
achaque quieren las cosas.

(Vase.)

FÉLIX. ¿No me hablas?

ANA. ¿Qué he de hablar?

FÉLIX. ¿Soy tu ejecutoria agora?

Eres alma por quien vivo,  
eres mi bien y mi gloria.  
¿Casástete ya?

ANA. No sé.

FÉLIX. Si te llamabas mi esposa,  
¿cómo te has casado? ¡Ay, cielo!  
Venga el dichoso que goza  
tus manos, deme la muerte,  
si bien el gozarte sobra.

ANA. Y todo aqueso que dice,  
¿lo dice la ejecutoria?

FELIX. Si, no lo es.  
 ANA. ¡Válgase Dios  
 que hidalgos tan lindos!  
 Entra, Gastón, por la carta.  
 FELIX. ¿Qué carta?  
 ANA. De la memoria  
 se te olvidó la que viene;  
 ahaque quiere las cosas.

*(Pase.)*

GASTÓN. ¡Brava vava me van dando!  
 FELIX. Voy a ver si la apasionan  
 unos deseos rendidos  
 por unos ojos que lloran.

*(Pase.)*

INÉS. ¿Y a él qué se le ha olvidado?  
 El escarpín?

GASTÓN. Una moza  
 que estaba en aquesta casa  
 a manera de pelota.

INÉS. ¿No es el hidago también?  
 ¿No viene a buscar la joya  
 de su ejecutoria?

GASTÓN. Si;  
 pero eres tu, y está rota.  
 Hagamos las amistades,  
 así en estrado y alfombra  
 te sientes, y a la ventana  
 tengas papagayo y mona.

INÉS. Digo que yo te perdono.  
 GASTÓN. Dame aquesta mano.

INÉS. Toca;  
 que cuando hay vergüenza en ellas,  
 ahaque quieren las cosas.

### ACTO TERCERO

*(Escena. Las cosas y Doña Juana.)*

JUANA. En fin, ¿qué se me olvidó Juan?  
 LISARDO. Cielo de mi nacimiento,  
 aunque todo há, todo viento,  
 resalte para lo tuyo.

JUANA. ¿Y qué era primo y galán  
 de doña Ana?

LISARDO. Linda criote,  
 don Juan al Cielo diérrte  
 que enano (no) castigo.

En el signo de Júpiter engran-  
 gado, adivino y amante.

El ángel entre las flores  
 mata al venado inocente  
 como un cristal el ardiente  
 ardiente a las almas;  
 la muerte, con sus regios,  
 sujeta por pies de lana  
 nuestra alma y la humana  
 tal vino a apartar la vida  
 en tu hermosura escondida.  
 la caridad de doña Ana.

Yos cuenta, arrepentido  
 de mi amor y no más,  
 que conduje en amor  
 a los aguas del olvido  
 del tiempo que la he querido  
 yida a tu gracia perdí  
 dando por satisfacción  
 mis engañes tan mal hechos,  
 que todos los milles pechos  
 de engañar heiles con.

JUANA. Antes te quiero creer  
 que quererte.

LISARDO. La venganza  
 en amor todo lo alcanza.

JUANA. Venganza debe de ser.  
 LISARDO. Que esta ingrata muere,  
 que a don Juan tanto la querido,  
 pero el engaño entendido  
 para señalar tu amor,  
 que la venganza muere  
 el juicio de amor a vivir.

Va la angustia con leonad,  
 en tanto que me engañaba,  
 que como verdad tibia,  
 porque tu amor por verdad  
 mata, vengo a la verdad  
 y de los dos el castigo  
 queda todo aludido  
 y como amor al amor,  
 que los celos con dolor  
 que hará dar viene a mi muerte.

JUANA. Con estos celos me vengas  
 en el juicio con la muerte.

LISARDO. Si es verdad, ¿no me ves  
 que no hay cosa que más gale  
 venganza tan merecida?

JUANA. Si no fue mi promesa  
 más que a la venganza, amor  
 al amor el luego indulto  
 que nunca que la venganza  
 con darme los castigos.

LISARDO. No tienes ya qué temer,  
que son comenzar a amar,  
señora, en otro lugar,  
principios de aborrecer;  
y en siendo tú mi mujer,  
¿por qué ha de faltarme el trato  
que a nadie ha salido ingrato?

JUANA. Porque aunque en mis brazos sea,  
quien los que amaba desca,  
tendrá en el alma el retrato.

Tras esto, palabra di  
de casarme con don Juan  
al Conde.

LISARDO. Las que se dan,  
bella doña Juana, así,  
muy pocas veces las vi  
llegar hasta el cumplimiento;  
que basta ser casamiento  
para empezar a mentir;  
pues el eco ha de decir,  
tras el casamiento, "miento". [me

JUANA. Ahora bien: yo he de informar-  
desta ausencia y deste enredo,  
donde verás lo que puedo,  
en pudiendo asegurarme.

LISARDO. Mucho quisiera emplearme  
en quien vengarme pudiera.

JUANA. En casa de Flora espera.

LISARDO. Celos: a muchos casáis;  
pero no me arrepintáis,  
pues es menos mal que muera.

(*Vanse, y salen DON FÉLIX, DOÑA ANA, GASTÓN  
y INÉS.*)

FÉLIX. No es de noble el castigar,  
ni la venganza hidalguía.

ANA. Es mucha la ofensa mía.

FÉLIX. Quien no sabe perdonar,  
no diga que es bien nacido.  
Y yo ¿cuándo te agravié?

ANA. Cuando se atrevió tu fe  
a solicitar mi olvido.

FÉLIX. Celos en gente discreta  
siempre fueron disculpados.

ANA. Cuando son celos honrados,  
¿de qué el alma se inquieta?

FÉLIX. ¿Hay celos sin honra?

ANA. Sí.

FÉLIX. ¿Cuáles?

ANA. Los que piensan mal  
de una persona leal.

FÉLIX. Engañaste.

ANA. ¿Cómo así?

FÉLIX. Porque no puede haber celos  
que piensen bien, porque son  
temor.

ANA. La satisfacción  
ha de quitar los recelos.

Y los celos han de ser  
tales, que callarlos pueda  
el que los tiene, y no exceda  
del crédito que ha de haber  
de las prendas del honor.

FÉLIX. Como no los has tenido,  
culpas mi error.

ANA. Nunca ha sido  
grande, sin celos, amor.

FÉLIX. Pequeño el tuyo sería,  
por esa misma razón.

ANA. Celos tuve, pero son  
como en causa tuya y mía.

Y bien te acuerdas que fueron  
principio de nuestro daño.

FÉLIX. Ya, mi bien, el desengaño  
de mis verdades te dieron.

¿A qué puede tu belleza  
ni mi grande amor llegar,  
que a obligarme a confesar  
que tuve en volver flaqueza?

Al puerto, mi bien, llegué;  
pero no pasé del puerto,  
porque de tu olvido cierto,  
en su nieve me abrasé.

Apenas a Guadarrama  
vi la cumbre, cuando vi  
mi cierta muerte, si allí  
no hallaba paso mi llama.

Busqué el achaque que ves,  
y el rostro vuelto a la torre,  
dije a Gastón: "Pica, corre,  
hasta que en Madrid estés;  
que me dejo el alma allá",  
ejecutoria del cielo,  
y aun olvidada recelo,  
pues en tu pecho lo está.

Ya vine, ya he confesado  
que no he de vivir sin ti.

Gastón, ¿no es aquesto así?

¿Qué buen testigo!

ANA. Abonado.

GASTÓN. ¿Hay tachas qué me poner?

ANA. Más que cabellos.

GASTÓN. Señora,  
cuanto don Félix te adora  
ha confirmado el volver.

Desenójate, por Dios,





FÉLIX. Gastón.  
 GASTÓN. Señor.  
 FÉLIX. ¿Cómo había  
 doña Ana de recibirme?  
 ¡Oh, qué mal hice en venirme!  
 ¡No en balde se resistía!  
 Con el Conde está casada.  
 GASTÓN. El que quiere y se resiste  
 en otro gusto consiste.  
 FÉLIX. Que hallara. Gastón, mudada  
 una mujer en ausencia  
 de un año, y aun de un mes, vaya;  
 mas que mudado se haya  
 en seis horas, ¡no hay paciencia!  
 GASTÓN. ¿Seis dices? ¿De eso te espanta?  
 Pues ¿tu ingenio no advina [tas?  
 que son casas de la China,  
 compuesta de piezas tantas  
 que en un hora un caballero  
 muda a otro barrio su casa?  
 Pues así esta gente pasa  
 su casa al barrio primero.  
 Preguntaron a un letrado  
 cómo firmeza tendría  
 una mujer, y aquel día,  
 después de haberlo estudiado,  
 dijo, mil libros leídos,  
 y advirtiéndolo en sus antojos:  
 "Como naciera sin ojos  
 y tapados los oídos".  
 FÉLIX. Ahora bien: hasta saber  
 si esto es así o no es así.  
 disimulemos aquí.  
 GASTÓN. Y aun mulos podemos ser.  
 FÉLIX. Doña Juana, si casada  
 doña Ana está con el Conde,  
 la misma razón responde  
 que está muy bien empleada.  
 Ello ha sido su ventura;  
 la mía contigo sea,  
 que es lo que el alma desea  
 y lo que mi honor procura.  
 JUANA. Ahora sí que procedes  
 como hidalgo montañés,  
 y así, quiero que me des  
 los brazos que me concedes.  
 Ya por ser recién venido,  
 ya porque mi dueño eres.  
 FÉLIX. Por todo, pues tú los quieres.

(*Abrázala, y sale DOÑA ANA.*)

ANA. ¡Bien a fe!

FÉLIX. ¡Yo soy perdido!  
 ANA. Muchos años os gocéis.  
 JUANA. Para servirte serán,  
 que ya es mi dueño don Juan.  
 Y pues que ya lo sabéis,  
 voy a visitar a Flora.

(*Vase.*)

ANA. ¿Tienes vergüenza en la cara?  
 GASTÓN. Que viene el Conde repara.  
 ANA. ¡Esto me faltaba agora!

(*Salen el CONDE y MARCELO.*)

CONDE. ¿Tan presto vino don Juan?  
 FÉLIX. Para servirlo, señor.  
 CONDE. ¡Oh, amigo! Todo es amor.  
 MARCELO. Y más que juntos están.  
 CONDE. ¿Si estarán...?  
 MARCELO. Disimulando  
 harás aquesto mejor.  
 CONDE. ¿Cómo te has vuelto?  
 FÉLIX. Señor...  
 MARCELO. ¿No ves que se está turbando?  
 FÉLIX. Una carta recibí  
 con un propio, en que ya estaba  
 mi padre bueno.  
 CONDE. Pensaba  
 no verte tan presto aquí.  
 FÉLIX. Los deseos de servirte  
 me han vuelto.  
 CONDE. Bien se parece.  
 MARCELO. Que lo agradezcas merece.  
 CONDE. Tengo, don Juan, que decirte  
 una grande novedad:  
 que me caso con doña Ana.  
 MARCELO. ¡Bien dicho!  
 FÉLIX. ¿Esperanza vana!,  
 ¿qué aguardáis? Desesperad.  
 Huélgome yo de tener  
 tal señora.  
 CONDE. Yo pudiera  
 buscar mi igual: mas no hubiera  
 en todo el mundo mujer  
 de su virtud y valor.  
 Por señora la tened.  
 ANA. Por tal favor y merced,  
 beso vuestros pies, señor.  
 FÉLIX. Dadme, señora, las manos.  
 ANA. Alzaos, don Juan.  
 GASTÓN. ¿Qué es aquesto?  
 FÉLIX. ¡Ah, cielos!



Quiérese el Conde casar  
con ella, y ventura tanta  
no quiera Dios que la pierda  
porque yo venga a inquietarla.  
Cásese doña Ana, es justo;  
que no es mucho que sus gracias  
suban a ser señorías,  
pues que son señoras de almas;  
yo he puesto en razón mi amor,  
y con algo de venganza,  
que un pensamiento ofendido  
todo es trazas y amenazas.  
Quiero casarme contigo,  
porque tus prendas son tantas,  
tan claro tu entendimiento  
y tu nobleza tan clara,  
que no habrá quien no me estime  
por prudente, que mi casa  
ha menester tu gobierno,  
y la del Conde te aguarda,  
porque siendo suegros suyos,  
haz cuenta, Flora, que mandas  
su estado, y que él favorece  
mis pretensiones honradas.  
Esto te digo en secreto.  
Allá contigo lo trata,  
que yo sé que es tu remedio.  
¿Qué has hecho?

GASTÓN.  
FÉLIX.

Buscar venganza  
de una mujer que me ha muerto  
con obras y con palabras.

(Vase.)

FLORA.

¿Hay sucedido ni le ha habido  
que tenga comparación  
con tan extraña invención?  
Notable venganza ha sido.

(Sale DOÑA ANA.)

¿Hay mujer de tal ventura  
si llega a efeto mi bien?  
¿Qué hay, señora?

ANA.  
FLORA.

En tu desdén  
mi dicha estuvo segura.

¡Bien haya el primero día  
que amaste a don Félix!

ANA.  
FLORA.

¿Qué?  
Ya sé quién es, ya lo sé,  
y sé que no soy su tía.

Ya me ha dicho la invención;  
celos son grandes parleros,  
que son valientes de fieros,

puesto que cobardes son.

ANA.

Ya sé que don Félix es  
de Córdoba y de Cardona.  
¿Luego el ser quien es abona,  
madre, la historia que ves?

FLORA.

Por mi bien le aborreciste,  
Ana, y al Conde miraste,  
pues para ti padre hallaste  
y a mi marido me diste.

Ya estamos los dos casados,  
que él me tiene voluntad,  
y no es, hija, liviandad,  
sino partir los cuidados  
del gobierno de la casa  
y que asista un hombre en ella,  
porque sin él la atropella  
cualquiera viento que pasa.

¿Qué picaro no se atreve  
a una viuda, al fin sola,  
pues por más que se acrisola  
no cumple con lo que debe?

ANA.

Tengo pleitos; es forzoso  
un hombre que entienda en ellos.  
¡Saldrás fácilmente dellos  
si los gobierna tu esposo!

FLORA.

Son cosas muy fastidiosas  
estas deudas de tu padre.  
Hombre importa.

ANA.

¡Ay, madre, madre!  
Achaque quieren las cosas.

FLORA.

Sin esto, mi soledad  
y el verme de noche aquí  
con esclavos, es en mí  
más que honor, temeridad.

Si quisiese algún ladrón  
tomar esa poca plata,  
de aquesta gente que trata  
de escalar cualquier balcón  
y dar garrote a una reja,  
¿qué remedio nos quedaba?  
Hija, la mujer más brava  
es en fin humilde oveja.

No hemos de estar temerosas  
que un bellaco nos taladre  
las puertas.

ANA.

¡Ay, madre, madre!  
Achaque quieren las cosas.

FLORA.

Con esto, si viene aquí,  
animal a al casamiento.

(Vase.)

ANA.

Buenas noches, pensamiento:



CONDE.

¿De qué lo sabes tú?

JUANA.

De lo que he visto;  
pues, fuera de señales evidentes,  
le vi darle sus brazos.

CONDE.

¡Vive el cielo,  
que no hay de quién fiar! ¿Qué haré, Marcelo?

MARCELO.

¿Quién te ha de aconsejar?

CONDE.

Vete, señora,  
que yo sabré tomar venganza agora  
del criado traidor que me ha ofendido.

MARCELO.

Agora, señor, pienso que escondido  
estaría en su casa aquestos días,  
y que fingió el camino para eso.

JUANA.

Así porque decir verdad profeso  
como por lo que debo a tu persona,  
quise desengañarte.

CONDE.

Agradecido,  
de no te haber amado perdón pido.

(Vase DOÑA JUANA.)

MARCELO.

Siempre tuve, señor, este recelo.

CONDE.

Morir tiene este bárbaro, Marcelo.

(Sale FLORA.)

FLORA. Bueno será darle parte,  
agora que solo está.

MARCELO. Su madre viene.

CONDE. No habrá  
quien de matalle me aparte.

FLORA. A hablar a vueseñoría  
vengo con mucho contento.

CONDE.

Ese me falta, aunque intento  
tener contento algún día.

FLORA.

Quiero decirle un secreto,  
como a mi yerno y señor.

CONDE.

Como a tu amigo es mejor,  
cuya lealtad te prometo.

Que eso de yernos es cosa  
por celestial influencia  
malquista con la paciencia  
y con el gusto enfadosa.

Lo que es suegros y cuñados  
es república insufrible.

FLORA.

¿Luego ya será imposible  
que vivamos concertados?

CONDE.

Pues ¿si tú me quieres dar  
esa tu marchita rosa,  
los Monteros de Espinosa,  
¿cómo la podrán guardar?

No la guardaste o quisiste  
no la guardar de su primo,  
y a mi honor, que tanto estimo,  
su deshonor ofreciste.

¡Pues vive Dios!

FLORA.

¿Qué engañado  
de algunos celos estás!

CONDE.

¿Yo engañado?

FLORA.

Aquí verás  
la presunción que te han dado,  
porque éste no es mi sobrino.

CONDE.

¿Y eso no es mucho peor?

FLORA.

No, Conde, sino mejor.  
Este caballero vino  
de Granada a pretender  
un hábito.

CONDE.

¿Qué amistad  
me haces en dar calidad  
a quien has dado mujer?

FLORA.

No he dado tal.

CONDE.

¿Luego en él  
no has a doña Ana empleado?

FLORA.

No, pues tengo concertado  
de casarme yo con él.

CONDE.

¿Tú con él?

FLORA.

Pues ¿por qué no?

CONDE.

¿Engañasme?

FLORA.

Del concierto,  
como a mi señor te advierto.

CONDE.

Pues daré esta noche yo  
porque se case contigo  
seis mil ducados de albricias.

FLORA.

Pues, Otavio, si codicias  
ser tan liberal conmigo,  
yo me contento con dos.





para desvelar a Flora,  
y el ausentarme, fué celos  
por las concertadas bodas.  
Tenerlos de doña Juana  
tanto a doña Ana alborota,  
que por ellos ha fingido  
que te quiere bien. Perdoná;  
que no se agravia el valor  
porque en otro su amor ponga  
una mujer; que esas causas  
o gusto o cielo las obra.  
Creyendo tu casamiento,  
fué tal mi llama celosa,  
que por tenerla a los ojos  
y atormentar su memoria,  
con Flora quise casarme.

CONDE. ¿Das licencia que responda?  
FÉLIX. Sí, señor; lo que quisieres.  
CONDE. No es decente a tu persona  
el casamiento que dices,  
aunque la palabra rompas,  
que bien sé que lo fingías,  
primo don Félix con Flora,  
como con doña Ana yo,  
aunque en el valor me sobra.  
Pero estoy casado ya.  
y espero pronto la novia  
más bella que ha visto el sol  
desde que baña la aurora.  
Liberal seré contigo,  
porque quiero que dispongas  
tú con el tuyo mi gusto,  
Haz que nos las llamen. ¡Hola!,  
estas damas. Tú, don Félix,  
finge ser el novio agora.  
Ya vienen todas, señor.  
GASTÓN. Flora ha dejado las tocas,  
y viene con lechuguillas.  
No dudes que a venir sola.  
tengo para mí que fuera  
la más hermosa de todas.

(Salen LISARDO y FINEO acompañando a DOÑA ANA  
y DOÑA JUANA, con vestidos enteros, y de la mano  
de FINEO FLORA, con lechuguillas y galas, y INÉS  
detrás.)

LISARDO. Por padrino me traían  
desta boda, pero ignoran  
que estábades vos aquí  
y en ocasión tan dichosa.  
CONDE. Serélo de buena gana.  
y vendrán a ser tres cosas,  
casamentero y padrino

y velado, en una sola.  
Comienzo por la primera.  
GASTÓN. ¡Bravos pares de palomas!  
mas las unas son torcaces  
y palominos las otras.  
CONDE. Haced cuenta que echo suertes.  
A doña Juana le toca  
Lisardo. No hay replicar.  
JUANA. Yo soy, señor, muy dichosa.  
LISARDO. ¿Qué dicha como la mía?  
CONDE. Doña Ana será mi esposa  
si no hay nadie que lo impida.  
FÉLIX. Yo lo impido, y que antepongas  
mi amor al tuyo.

CONDE. ¿Hay testigos?  
GASTÓN. Ya llegan tres por la posta,  
pero todos con mil tachas.  
CONDE. ¿Qué sabe Gastón?  
GASTÓN. Que a solas  
los he visto hablar mil veces.  
CONDE. ¿Y Inés?  
INÉS. Que doña Ana adora  
a don Félix; que don Juan  
es nombre que no le toca.  
CONDE. Es verdad, porque es mi primo,  
Córdoba, Aragón, Cardona,  
Priego, Aguilar...

GASTÓN. Y Montilla,  
¡piese al alma de la loca!  
CONDE. Diga su dicho Fineo.  
FINEO. Diréle sólo en la loa  
de las partes de don Félix,  
que sé que son generosas.  
CONDE. ¿Qué sabe Lisardo?

LISARDO. Sé  
que si celos apasionan,  
yo me vi muerto por él.  
CONDE. La información va famosa.  
Mas tomemos juramento  
a doña Ana.

ANA. ¿Dónde agora  
pondré la mano?

FÉLIX. En aquesta,  
que la vuestra, esposa, os toma.  
FLORA. Eso no, que has de ser mío.  
FÉLIX. Tuyo soy, discreta Flora,  
pues soy de tu bella hija.  
CONDE. Flora, esto es hecho. Reporta  
el pensamiento.

FLORA. Tú has hecho  
esta invención.

ANA. ¿Yo, señora?  
GASTÓN. Vuesa merced se desnude

|  | Incien                                                                                                           | Incien | Tenue                                                                                                                         |
|--|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
|  | de antequiera de tenia,<br>que ya no se tiene el partido<br>como luego de guerra<br>y desase por guerra y Incien |        | Entra el mal de mundo<br>que ya no se tiene el partido<br>de guerra por no haber guerra<br>que se tiene por guerra por guerra |

# QUERER LA PROPIA DESDICHA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

CLAUDIO CONDE, SU VERDADERO AMIGO

Siempre he tenido en la memoria aquellas palabras de Sócrates de las cuales, con razón, hace memoria Plutarco. "Que el amigo ha de ser como el dinero, que antes de haberle menester se sabe el valor que tiene." No me engañó a mí esta confianza en el que v. m. mostró, amigo *per tot discrimina rerum*, y en tantas adversidades; pues, creo que no tiene en su diálogos de amistad Luciano tan peregrinas fuerzas como han pasado por los dos en nuestros primeros años. Esta comedia, intitulada "*Querer la propia desdicha*", si no en la misma sustancia, por lo menos en el título, conviene con aquellos sucesos notablemente, cuando con tanto amor v. m. me acompañó en la cárcel, desde la cual partimos a Valencia, donde no corrimos menores peligros que en la patria, pagando yo a v. m. con sacarle de la torre de Serranos y de sentencia tan rigurosa la piedad usada conmigo en tantas fortunas, que si alcanzara a esta edad pudiera mejor que de Damón y Pitias hacer memoria de nosotros el Principe de la Retórica latina, y pedir el ilustrísimo marqués de Aitona con mayor causa el tercer lugar que deseaba Dionisio. Partimos antes de los primeros bozos a Lisboa, confirmando más nuestro amor, por opinión de Séneca,

la necesidad y la semejanza donde embarcamos a la jornada que el rey Felipe II prevenía a Inglaterra entonces. No se pueden sin algún sentimiento traer a la memoria tantos y tan varios accidentes, porque dijo bien de la fortuna Ovidio: *et tantum constans in levitate sua est*. Los peligros, finalmente, de la guerra, de la mar y de tantas ocasiones, me obligaron a elegir, entre muchas, esta comedia, pues todas eran desdichas que yo quise, destierros que amaba y peregrinaciones que idolatraba una voluntad bárbara en años que el apetito loco pone los pies en el cuello de la razón prudente, y dirigida a v. m. para que se acuerde de que entre tantos príncipes, en tan numeroso ejército, generales, capitanes, galeones, armas, banderas, amigos y enemigos, fuimos siempre tenidos por hermanos, y que esta memoria está confirmada con el título de la sangre, para que no pueda borrarla el tiempo, que la distancia de las profesiones ni la mudanza de los estados no tienen fuerza en tan justas obligaciones, ni el reconocimiento de las mías puede faltar en mi pecho mientras tuviere vida. La de v. m. guarde Dios lo que yo deseo.

Capellán de v. m.,

LOPE DE VEGA CARPIO.

## FIGURAS DE LA COMEDIA

DON JUAN.  
ANGELA.  
EL REY.

DON NUÑO.  
TELLO.  
DOÑA INÉS.

CELIA.  
LAURENCIO.  
OTAVIO.

## REPRESENTOLA RIQUELME

### ACTO PRIMERO

(Sale DON JUAN y ANGELA.)

ANGELA. ¿Más que os habéis olvidado  
en esta ausencia de mí?  
JUAN. Eso fué lo que temí;

por la mano habéis ganado;  
pero nunca me he acordado,  
porque no fué menester,  
aunque una vez pudo ser.

ANGELA.  
JUAN.

¿Una? ¿Cómo?  
Sí, por Dios;  
desde apartarme de vos

hacerme sufrir a ver.

ANGELA

Yo me hice mujer cédula  
que nunca me fuere olvidado  
cuando me dijiste casado,  
hasta que con lo digas.

ANGELA

Ver que es lo que me enseñais,  
porque yo sé que mi amor  
ha sido un desmentido  
que a todas horas me llama  
fuerza de esta que me ama  
cuando se duelen el temor.

ANGELA

Los tener juntos  
en vez por mí yo nunca soy  
en tal na. que siempre estoy  
temiendo lo que os da  
que de la deslecha mía  
ides, queda tener confianza  
en vuestró. Alvida.

JUAN

No alcanza  
tal ensueño a tal belleza,  
que me faltará firmeza  
si me faltará esperanza.

Ya que por allí temia,  
señora, cuanto me ven,  
mejor pudiera también  
temer la deslecha mía.

Apenas amanecía  
el sol con rayos de ardor,  
cuando solo los ojos podían  
desmentar mi dolor,  
mis rindos a sus celos,  
mis celos a sus celos.

Y como los dos querían  
florear a las estrellas,  
cuando ignatillo con ellas  
las temores de perfectos  
Tanto deslecha error  
con sus lágrimas de amor  
de amor, con sus lágrimas de amor  
que se glorió fuera de él,  
el glorió, y tan vivo se él  
que se bailaban por dentro.

Tuente así deslecha  
de la memoria que se con  
fianza, que Alfé al deslecha  
¿Qué me enseñais, qué dices?  
Al que enseñais? No he visto  
que he visto que he visto que  
el he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que

¿Qué me enseñais que he visto?

don Juan, ¿qué le ha de creer?

por no ha enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que

Ya he visto que he visto que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que

Si el sueño me enseñais  
al deslecha me enseñais  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que

En tal, si he visto que he visto  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que

(Pase al final de la obra.)

RAY

RAY

RAY

¿Qué me enseñais que he visto?  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que  
que he visto que enseñais que

RAY

ANGELA. Trájome cartas don Juan.  
 REY. Cuidados dendos te dan,  
 como en Aragón a mí.  
 ANGELA. De su corona salí  
 para servirte en Castilla.  
 REY. De ella mereces la silla.  
 ANGELA. Veas, invicto señor,  
 a los pies de tu valor  
 desde Toledo a Sevilla.

(Vase.)

REY. En fin, don Juan, ¿cómo has he-  
 esta jornada, que ha sido [cho  
 para mí la que ha tenido  
 más cuidadoso mi pecho;  
 que bien estoy satisfecho  
 de tu juicio, que en todo  
 tendrías el mejor modo  
 como el discurso mejor?  
 JUAN. Oye, invicto sucesor  
 del glorioso nombre godo:

Cuando la vecina noche  
 que de los indios despierta,  
 temerosa de sus reyes  
 llama a las claras estrellas  
 que le hagan compañía,  
 entré en la ciudad que César  
 dió nombre, y en quien el Ebro  
 trueca cristal por arena.  
 Informéme de las cosas  
 de Aragón, con advertencia  
 de que no diese el cuidado  
 de mi pensamiento muestra.  
 Pregunté por qué ocasión  
 no casaba a la princesa  
 el rey, pues que ya sus años  
 daban paso a su belleza.  
 Dijéronme que teniendo  
 tantos disgustos y guerras  
 Aragón, no era posible  
 tratar de bodas y fiestas.  
 Llegó el alba de otro día,  
 y como el cuidado vela,  
 con ella estaba vestido;  
 que no hay cuidado que duerma  
 después de haber visitado  
 el Atlante de la Reina  
 que vino primero a España  
 para serlo suya y nuestra;  
 ya entiendes que el Pilar digo,  
 sobre quien el cielo asienta  
 la Madre del mejor Hijo,

mejor que en basas de estrellas;  
 fui a palacio, y a besar  
 la mano al rey, que con ella  
 honró mi boca, y mis manos  
 con sus brazos. Aquí llega  
 con algunas bellas damas  
 la bellísima princesa;  
 adoran al sol mis ojos,  
 pongo la rodilla en tierra;  
 levántame, por alzarme  
 a que la viese más cerca;  
 miro atento su hermosura;  
 no sé cómo la encarezca;  
 no quisiera enamorarle,  
 sólo casarte quisiera;  
 pues, por tu vida, señor,  
 y así Castilla la vea  
 pasar de un siglo a otro siglo,  
 que eran las damas tan bellas,  
 que bien pudieran lucir  
 a no estar en su presencia;  
 pero nunca en la del sol  
 han lucido las estrellas.  
 Allí doña Ana de Fox  
 mostraba en blanco la fuerza  
 del fuego entre tanta nieve,  
 pues rayos sus ojos eran.  
 En doña Beatriz de Castro  
 y en doña Juana de Urrea  
 se vieran como en Cleopatra  
 aquellas famosas prendas:  
 no despreciaba el color  
 doña Angela de Bolea,  
 que, afrontando el artificio,  
 se preciaba de morena;  
 a doña Juliana Enriquez  
 compuso naturaleza,  
 para dar ingenio al arte  
 de claveles y azucenas,  
 y doña Gracia, con tantas  
 acompañó su belleza,  
 que si es agravio alabarla,  
 el silencio la encarezca;  
 higas de cristal, con lazos  
 de nácar, en blanca tela,  
 jeroglíficos hacía  
 doña Hipólita Centellas;  
 y todas no la libraban,  
 con ser con malicia puestas,  
 ni del deseo de amarla,  
 ni de la envidia de verla.  
 ¿Mas de qué sirve pintarte  
 sus desiguales bellezas?





NUÑO. Aquí  
su mayor privanza viene.

(Sale TELLO.)

TELLO. Donde un hombre el amor tiene,  
también es su centro allí.  
Yo aseguro que don Juan,  
si ya con Angela ha dado,  
está, en mármol transformado,  
en figura de galán.  
Bien haya un humilde amor:  
“¿Quiéresme?” “Sí.” “Pues junte-  
[mos  
almas. ¿Cuándo nos veremos?”  
“En saliendo mi señor.”  
Salió; júntanse, meriendan,  
hablan, viven. ¡pese a tal!  
y no hablarse por cristal  
y advertir que no lo entiendan.  
Es una muerte entre dos  
y un hablar fuera de sí.  
NUÑO. El Rey te llama.  
TELLO. ¿Está aquí?  
NUÑO. Aquí está.  
TELLO. ¡Válgame Dios!  
REY. Escúchame.  
TELLO. Dame el pie.  
REY. Levanta.  
TELLO. A mirar tu cara,  
como si el cielo mirara,  
que en tu grandeza se ve.  
REY. ¿De qué sirves a don Juan?  
TELLO. De cochero le servía;  
tuvo palabras un día  
con un cierto don Tristán,  
que tenía tres criados:  
metió mano mi señor  
para todos, que el valor  
vale por muchos soldados;  
yo, desconociendo el pan,  
salto del coche, el azote  
dejo, y del primer bote,  
calvo al señor don Tristán.  
Luego, al primero que embisto  
doy un tanto, y al segundo,  
de un cintarazo le tundo;  
finalmente, yo resisto  
toda una calle de gente.  
Mi señor, agradecido,  
puesto en silencio el ruido,  
me dijo amorosamente:  
“Tello, un hombre tan de bien

no quiero que sea cochero.  
¿Sabes leer, lo primero?”  
“Y aprendí a escribir también.”  
“Pues ¿cómo diste en el coche?”  
“Era noble, y no sabía  
cómo a caballo andaría  
de día, y también de noche;  
y con aquesta invención  
hallé un eterno caballo,  
donde parece que hallo  
mi propia imaginación.”  
REY. Con engaño semejante  
veniste a ser caballero  
en figura de cochero.  
TELLO. Djole un representante  
a César, en Roma, un día:  
“Mientras un rey represento,  
pienso que lo soy, contento  
de mi propia fantasía.”  
Y así, yo, que eternamente  
iba a caballo, señor,  
caballeresco valor  
tuve clavado en la mente.  
REY. No es necio.  
NUÑO. No le sacó  
sin causa de aquel oficio  
don Juan.  
REY. Del humor da indicio,  
que en el oficio adquirió.  
TELLO. Hay hombres que en decir dan  
que los cocheros es gente  
diabólica e insolente,  
y en un necio engaño están.  
Los griegos y los troyanos,  
los más valientes hacían  
cocheros, porque tenían  
riendas y armas en las manos.  
Héctor y Aquiles tuvieron  
cocheros de gran valor,  
a quien Virgilio, señor,  
y Homero mil honras dieron.  
En su coche cada día  
el sol el mundo rodea;  
y basta que el sol lo sea  
para honrar la cochería.  
REY. O con los ojos le miro  
que ya he mirado a don Juan,  
o sus despejos me dan  
gusto, o su donaire admiro.  
Mira, Tello: toda acción  
tiene de malos y buenos;  
no por los daños ajenos  
pierden los que buenos son.

Para lo que te he llamado  
es sólo para saber  
si tiene hoy de comer  
don Juan si en esta empujado.

TELLO. Llamado no señor,  
que no tiene que empujar  
bien de comer, no es tratar  
en materia de su honor.  
No tiene bien de comer  
ni más, y así es tan igual  
que si tiene bien ni más,  
como que hay bienestar.

Es tan cuerdo y tan prudente  
que a nadie le entender la da  
y pues el contento esta  
rato sin duda se siente.

Tiene criados honrados,  
bien vestidos, bien vestidos,  
y siempre bien avenidos  
porque son tres las criadas.

Peró quélese alabar  
que jardo sacó fardo,  
que como es pobre huirada  
malde le quiere far.

El coche que yo decía  
tenía un dos caballos,  
que si quisiera casallas  
un doscientos podía.

No eran parientes y es claro  
que todo estaba seguro,  
que el uno era hijo de uno  
y el otro era hijo de uno.

Yo, que por me lugar  
tenido, con hombre va,  
dijo el hijo claro un día:  
"Por Dios, que no le de enano."

Hice un fuerte reclamo  
que día tras día oírlo,  
levé el caballo, y sólo  
corrió como un puerco.

y por un día que reír,  
si este del otro alaba,  
de alabanderos no hinc  
rán que pudiesen salir.

REV. El hombre es noble. En la  
don Juan es padre?

TELLO. En extremo.

REV. Pero con la mala tomo  
No sé.

TELLO. Fuera así tin,  
que ya te sabes, señor,  
lo que la pobreza cria.

REV. ¿Cómo?

TELLO. Aquella fantasma  
con que conserva la honra.  
REV. Aguarda que. Nadie ven  
Nada bien con los ajeos  
te gustan.

(Pausa.)

TELLO. Nunca los celeo.  
Peró yo que hablabas bien  
que si no he estado mal,  
quiere Nació a quien labora  
dan Juan.

(Hacen Dña. Julia y Tello.)

ISLA. Que he jugado ahora?  
CELIA. Y con repicón igual.  
Si he visto de no teneria,  
le hablo en aquesta ocasión  
dada Angela de Aragón.

ISLA. Los ojos me dan paciencia  
Los ojos me a decir,  
y dice sólo por el ojo,  
para si se pudo a los ojos,  
sin tener para que sufrir.

CELIA. Los ojos son inmensidad.  
ISLA. Pero así como los ojos  
habla, con varios quehacer.  
Celia, a los ojos paciencia  
Ayúdame Tello.

CELIA. Señala.

TELLO. Tello, ayúdame.

ISLA. A un hombre  
congo en boca que, en fin  
la honra, la honra y otra  
Vienta Juan?

TELLO. No hoy, yo  
quien te deo a saber.  
Don Juan viene ahora, ayer  
de Zaragoza sólo.  
y hoy entraron en Toledo  
mucho de gente, y como  
haceri merced de las cosas,  
con sus mercedes quehacer.  
Y más allá, más allá  
hay una tal del que se llama  
en el alabado.

ISLA. Ayúdame  
cualquier día, para Juan.

¿Habla con un Macdonald?

TELLO. Con un Macdonald hablo.  
Más en el día, porque yo

lo que te mueve.

INÉS. Es verdad.

¿Habló con Angela?

TELLO. Aquí

en este punto llegué;  
sólo con el Rey hablé;  
digo, que el Rey me habló a mí.  
INÉS. ¿No te hablaba en el camino  
de su hermosura?

TELLO. ¿A qué efeto  
a un hombre que es tan discreto  
preguntas tal desatino?

Yo me voy a descansar;  
que estas postas me han frizado,  
con los golpes que me han dado,  
todo el globo circular.

Mándame, fuera de ser  
hombre de dos caras, algo,  
que soy montañés hidalgo,  
aunque fuí cochero ayer.

Mas no me desprecio de esto;  
que si el gobierno tuviera,  
yo sé que a ninguno diera,  
sin examen, tan gran puesto.

¿Qué secretario ha callado  
más secretos que un cochero?  
¿Qué hielos sufrió en enero,  
velando, el mejor soldado?

Ni ¿qué calor, si es Apolo  
cochero canicular;  
ni qué tempestad, ni mar  
como con un fieltro solo?

¿Quién ha visto lo que vemos?  
¿Quién calló lo que llamamos?  
Sin esto, aposento damos,  
y en un desierto le hacemos.

¿Qué no ha visto un coche? ¿A  
deben los secretos más? [quién

(Sale Nuño.)

NUÑO. Tello.

TELLO. Señor.

NUÑO. ¿Aquí estás?

TELLO. ¿Cómo puedo estar más bien?

NUÑO. El Rey, mi señor, me ha dado  
este papel, que te dé  
para don Juan; y, pues sé  
que él gusta y tú eres honrado,  
pídele albricias primero.

TELLO. Harélo, señor, así;  
que el haber bien para mí  
consiste en ser tú el tercero.

NUÑO. Voile a dar este papel.  
Pienso que te ha de servir  
de no tener que teñir,  
porque es oficio crüel.

TELLO. ¿Acuérdasete del bayo  
teñido de carmesi?

NUÑO. Perdido de risa vi  
al Rey.

TELLO. Parto como un rayo.

NUÑO. Señora.

INÉS. Aquí he estado hablando  
con Tello.

NUÑO. Es hombre de humor.

Hoy, con el Rey, mi señor,  
ha estado bufonizando,  
y en donaire le ha caído.

INÉS. ¿Mandáis en qué os sirva?

NUÑO. El cielo

os guarde.

INÉS. Guardas recelo.

Perdonad, si sois servido.

(Vanse.)

NUÑO.

Dulce fueras, amor, dulce y sabroso,  
y lleno de placer en tus desvelos,  
si no te dieran la pensión los ciclos,  
con que llegas a ser tan riguroso.

No fuera tu desdén dificultoso,  
si sólo te quedaras en recelos;  
mas cuando llegas a matar de celos,  
no eres amor, sino traidor furioso.

Porque, siendo tus partes tan divinas,  
que con el curso de los ciclos vuelas,  
admites impresiones peregrinas.

Mas bien haces, si temes y recelas;  
porque dicen, amor, que no caminas,  
si celos no te calzan las espuelas.

(Sale ANGELA.)

ANGELA. Amor bien agradecido,  
creced, pues habéis llegado  
a ser más bien empleado,  
que fuistes aborrecido:  
ya vuestro bien ha venido.  
Temed, amad y estimad;  
perdone la honestidad,  
si siempre ha de estar segura;  
que quien no pica en locura,  
no pasa de voluntad.

Con justa causa os obligo.

estar a la r de voy;  
 paupen, puen, en flamen dios,  
 estar llaves en, a muertra  
 Fluel e muertra, rpa  
 en dir a rpa el la rpa muer  
 idios en que no chompa,  
 puen con la rpa muertra  
 no se muertra a puen  
 que el fluel de la muertra

Eno, Tary, muertra, y estura  
 ymuel, muer, muer, fluel  
 de el muertra puen en fluel  
 a fluel muertra en muertra  
 muertra muer en muertra  
 de puen muertra muertra  
 en en fluel de la rpa muertra  
 no muertra que muertra  
 que fluel que en el fluel  
 fluel, muertra, y muertra

—Quen se nos fluel que  
 que fluel, que muertra  
 a en muertra muertra  
 f. la fluel a fluel per m?  
 a muertra muertra  
 muertra de la rpa muertra  
 de muertra de la rpa muertra  
 muertra muertra, muertra  
 que de muertra a la muertra  
 en muertra a muertra

Quen el muertra muertra  
 a muertra muertra muertra  
 muertra, muertra, muertra  
 la muertra muertra muertra  
 en muertra, muertra muertra  
 muertra a muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 en el muertra muertra a muertra  
 que muertra, muertra muertra  
 que muertra muertra

Fluel el fluel muertra  
 que fluel muertra muertra  
 que muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra

—E ha fluel muertra que a la  
 que muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra

Fluel de un muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra

14812

muertra muertra muertra  
 fluel muertra muertra  
 a muertra muertra muertra  
 de muertra a fluel muertra muertra  
 a muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra

a muertra muertra muertra  
 que a muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra

N. 1501

Fluel muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra

Fluel de fluel a muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra

A muertra muertra muertra  
 muertra a muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra

Fluel muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra  
 de muertra muertra muertra

a muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra

Quen muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra

Quen muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 muertra muertra muertra  
 de muertra muertra muertra

Fluel muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra

Fluel muertra muertra muertra  
 a muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra  
 que muertra muertra muertra

y suspiros no son tiros.

De esto habéis de ser servida,  
y de darme, sin querer,  
licencia para tener  
este amor toda mi vida.

(*Vase.*)

ANGELA. Nuevo estilo de obligar,  
nuevo modo de querer.

(*Salen DON JUAN y TELLO.*)

JUAN. Sospecho que del placer  
es grande amigo el pesar.

TELLO. ¿Por qué?

JUAN. Porque siempre veo  
que andan juntos.

TELLO. Es verdad;  
pero es como al amistad  
el envidioso deseo.

JUAN. ¿Cómo?

TELLO. Que la envidia sigue  
a la dichosa fortuna;  
no porque amistad alguna  
a andar juntos les obligue,  
sino por hacerle mal.

JUAN. En fin, Angela, mi ausencia  
hizo alguna diferencia,  
por ser a todas igual.

¿Qué hacía don Nuño aquí?  
Que, aunque no oí lo que hablaba,  
bien eché de ver que estaba  
favorecido de ti.

ANGELA. Hablas ya como quien tiene  
las mercedes que te han hecho  
en la hacienda y en el pecho.

JUAN. Conozco el bien que me viene  
de esa hacienda y ese honor,  
pero no para tener  
más libertad en querer  
y hablar con menos amor.

Y mi pecho y mi persona  
no tienen necesidad  
de otra mayor calidad  
que de Córdoba y Cardona.

Y si faltarme Aragón  
se puede decir de mí,  
por eso le tengo en ti,  
para tener perfección.

Y cuando no fuera tal  
esta señal en mi pecho,  
la que tú en el alma has hecho

ya fuera roja señal.

Vi a Nuño, y dime a entender,  
notando su cortesía,  
que alguna dicha tenía,  
señora, que agradecer.

No es ofender tu valor  
tener celos, sin que seas  
culpada, ni es bien que creas  
que es ser ingrato a tu amor.

Nace de propios desvelos  
el llegarlos a sufrir;  
y así, te quiero advertir  
que hay dos maneras de celos:  
unos, señora, que están,  
cuando igualmente se ama,  
en crédito de la dama,  
y otros, que tiene el galán.

Pensar mal es ofender  
el crédito, y es culpar  
la dama; mas recelar,  
con la fuerza del querer,  
es humildad del galán;  
porque se tiene por menos  
que los que, de prendas llenos,  
con el mismo intento están.

Ansí que no es bien que aquí  
tu vana sospecha arguya  
que es desconfianza tuya  
lo que es humildad en mí.

ANGELA. Cuando culpado estuvieras,  
el discurso te abonara.  
Ya sé que el amor repara  
en las cosas más ligeras.

Nuño me sirve, es verdad;  
pero yo le he dicho aquí  
que he puesto, don Juan, en ti  
lo más de mi voluntad.

Díjome que era muy justo,  
conociendo tu valor,  
no desamparar tu amor,  
y emplear tan bien mi gusto.

Y con mucho cortesía  
se despide, y despidió  
su esperanza, pues que yo  
tan firme en ti la tenía.

Esto es cuanto a celos toca;  
en lo demás, de tu bien  
no te doy el parabién.

JUAN. Pues ¿qué ocasión te provoca?

ANGELA. No te quisiera yo más  
de lo que eres para mí;  
que hallaba humildad en ti,  
y ya con menos estás.





otras mil veces la tierra.  
¿Amigo yo? Esclavo vuestro,  
vuestra hechura, vuestra sombra.  
No sé qué diga, que veo  
de mirarme en vuestra gracia,  
de mi bajeza el extremo.  
Mas como un claro cristal,  
guarnecidos los extremos  
de ébano y plata, y colgado  
en un real aposento,  
no pierde su claridad  
porque en él se mire un feo  
y le queda como el sol  
la luz que tuvo primero,  
así yo, viéndome en vos,  
vuestra grandeza no ofendo,  
pues tan espejo os quedáis,  
tan rey, tan sol y tan bueno.

REY.  
Ya que esto sabes de mí,  
y yo de tu entendimiento  
que para todo accidente  
serás, don Juan, de provecho,  
dime, ¿qué hablabas aquí?  
Y advierte, que es buen consejo,  
decir la verdad al rey,  
fuera de haberte dispuesto  
con darte nombre de amigo.  
¿Viste con quién?

JUAN.  
REY.  
Desde lejos,  
doña Angela de Aragón  
me pareció.

JUAN.  
Aquí me pierdo.  
¿Qué bien le dieron a pobre  
que no tenga contrapeso?  
El Rey la quiere.

REY.  
¿Qué dices?  
JUAN.  
Que ha días que con secreto  
sirvo a doña Angela, y soy  
tan pobre, que no me atrevo,  
por ser, cual sabes, tan rica,  
a pedirla en casamiento;  
que como no tiene hijos  
el duque, su padre, temo  
que me la niegue.

REY.  
Sosiega,  
sosiega, don Juan, el pecho,  
que te he visto en las colores  
que piensas lo que no pienso.  
No la tengo voluntad,  
aunque sus merecimientos  
bien pudieran obligarme;  
porque en otra parte he puesto  
los ojos; y aun en la misma,

como piensas, te prometo  
que los quitara, obligado  
de lo mucho que te quiero.  
Señor, a tanta merced  
y tanto favor, no tengo  
para cada parte un alma,  
pero...

JUAN.

REY.  
No más. ¿Qué era aquello  
que te dió?

JUAN.

REY.

Aquesta sortija  
con este listón de celos.  
Dirás tú: "¿Por qué pregunta  
el Rey, si no le va en esto  
nada, tantas cosas?" Mira,  
mira, don Juan; un enfermo  
huelga de tratar con otro  
del mismo mal el remedio  
de su enfermedad, y así  
me informo para sabello.  
Yo quiero bien, y he tenido  
aqueste amor en silencio.  
Llégate más. Muchos días,  
por el estado que tengo,  
no lo sabe la ocasión,  
si bien tal vez la dijeron  
los ojos que la querían,  
quíerolo decir, por dueño.  
Mas como el mirar los reyes  
sea en diversos sujetos  
sólo para hacer merced,  
no cayó en su pensamiento  
que quería por amor  
recibir la merced de ellos.  
He tratado de casarme,  
como ves, por ver si puedo  
divertirme, y no aprovecha.  
Finalmente, me resuelvo  
a que sepa doña Inés  
de Córdoba que la quiero.  
Nombréla. Basta; no importa,  
pues sabes todo el suceso,  
y quiero que se lo digas,  
como que yo me entretengo  
honestamente en miralla,  
entre tanto que tenemos  
la respuesta de Aragón.  
Mira cómo te encomiendo  
cosas de gusto y amor,  
que son los polos supremos  
del entendimiento humano,  
fiado en tu entendimiento.  
No excuso agora arrojarme  
al suelo o al mar sin suelo

JUAN.



puesto que no fuera Rey.  
sino amigo, que ésta es ley  
de cualquier hidalgo honrado.

Fióme su pensamiento;  
amadle si vos le amáis,  
que con esto me obligáis.  
Inés. Más vuestro desprecio siento  
que el dejarme de querer.

(ANGELA, al paño.)

JUAN. Yo os quiero.  
ANGELA. ¿Qué es lo que veo?

JUAN. Mas no puede mi deseo  
querer más contra el poder.  
Hacedme este bien a mí  
si me estimáis.

ANGELA. El la ruega.  
Inés. Lo que con razón se niega  
a nadie ofende.

JUAN. Es así,  
si en esto hubiera razón.  
Y, por Dios, hermosa Inés,  
pues sabéis que mi interés  
no es más que sólo afición,  
pues lo demás no lo estimo,  
que tan justo amor paguéis.

Inés. Sospecho que os atrevéis  
en fe de mi deudo y primo.  
¿Hay locura semejante?

Id con Dios, que venís ciego.  
JUAN. Estad bien en lo que os ruego.  
Inés. Tengo el alma de diamante.

(Vase.)

JUAN. Pues con sangre en él imprimo  
que es la que de mí tenéis.

ANGELA. "Sospecho que os atrevéis  
en fe de mi deudo y primo."

JUAN. ¿Hay donaire semejante?

ANGELA. Quién duda que lo sería  
la gracia con que os decía  
"tengo el alma de diamante".

Ni con menos respondéis  
a lo tierno de ser primo:  
"pues con sangre en él imprimo  
que es la que de mí tenéis".

JUAN. ¿Tenéisme a mí por tan ciego  
que lo diría por mí?

ANGELA. ¿No le dijistes aquí  
"estad bien en lo que os ruego"?

JUAN. Es verdad; pero no era

materia de propio amor,  
ni al vuestro ni a mi valor  
tan notoria ofensa hiciera.  
ANGELA. Pues ¿cómo pueden venir  
a propósito estas cosas  
tan ciertas?

JUAN. Siendo forzosas  
para quien llega a pedir.

ANGELA. ¿Vos a Inés?

JUAN. ¿Si yo os pudiera  
satisfacer!

ANGELA. Hacéis bien;  
que ni vos podéis también,  
ni yo tampoco os creyera.

(Sale el Rey.)

REY. Solos pienso ya que están.

JUAN. Vos sois el mayor testigo  
de que os trato verdad.

ANGELA. Digo  
que sois...

REY. ¿Qué es esto, don Juan?

JUAN. Aguardadme aquí que quiero  
ver lo que me manda el Rey.

ANGELA. ¿Qué poco guardáis la ley  
de amante y de caballero!

Pero ya la fantasía  
os habrá mudado en todo.

REY. ¿Cómo te habló de ese modo  
doña Angela?

JUAN. Porque había  
hablado aquí con Inés  
rogándola que te amase.

REY. No es mucho que sospechase.

JUAN. Quien ama, siempre lo es.

REY. Que tú amores la decías.  
¿Y no la has desengañado?  
JUAN. Sin razón has agraviado,  
señor, las verdades mías.

Si perdiera a Angela bella,  
alma por quien tengo vida,  
vida al alma tan asida,  
que quiero y muero por ella;

si pensara que jamás  
la habían de ver mis ojos,  
por celos, o por enojos,  
que no hay que decirte más,

no le dijera el secreto  
que tú me dijiste a mí.

REY. Todo lo creo de ti,  
honrado, sobre discreto;  
pero no es justo que des

pesadumbre a lo que quieres  
Ya comienza a las mujeres  
día que va quiere a Inés,  
que aunque no me está muy bien,  
te doy licencia que digas  
mi secreto pues la obligas  
a que le guarde también.

JUAN. Antes tengo por mejor  
veros y cierto lo digo.

REY. Vete.

JUAN. Escucha a tu enemigo  
sintiendo lo te aminor.

ANGELA. ¿Qué me puedes ya decir?

JUAN. Su licencia el Rey me dió,  
que no me atreviera yo  
sin ella.

ANGELA. Ya quiero oír.

JUAN. El Rey y Nuño han tratado  
casarle con doña Inés,  
de secreto que esto es,  
muy bien lo que la he rogado.

El agravio que hay aquí  
es el romper el secreto,  
pero lo que yo prometo,  
muy tal que lo cumpla así.

ANGELA. ¿Así como puede ser,  
si me quieres a mí y me adora?

JUAN. Despreciable señora,  
puedo dejar de querer,  
y por haberle besado  
pretender a doña Inés;  
esto, finalmente, es  
Aque te pudiese quedar  
no pudiese el Rey que tratamos  
otra cosa.

ANGELA. Y, te creo.

Celos pujan el deseo.

JUAN. ¿Tendrás en paz?

ANGELA. Si entiendo.

(Vase con Juan.)

REY. Pues Angela, ¿cómo quieres  
esta promesa de mi?  
¿Fugarte a Portugal,  
que también me importunas?

ANGELA. ¡Ay, señor, porqué me estás  
que me estás a darme fe,  
y así me estás a darme fe,  
y así me estás a darme fe,  
y así me estás a darme fe.

REY. ¿Cómo dices?

ANGELA. Pues, señor,  
¡Ay, señor, porqué me estás  
que me estás a darme fe,  
y así me estás a darme fe,  
y así me estás a darme fe.

y gravas de doña Inés?

REY. ¿Quieres te la lleves que se casan?

ANGELA. Don Juan, y que ya trata  
tu licencia.

REY. ¿Que licencia?

Bien dices que mientras pasan  
estas cosas son secretos,  
aunque no vengan a ser,  
no hay Angela que teoier,  
¡Oh, cómo me das Juan discreto!

Pues, que aunque de licencia  
para darme mi amor,  
bueno me das a mi amor,  
extrínseco y cuerda advertencia  
Angela.

ANGELA. ¡Señor!

REY. ¡Advierte!

que no dices que la caso.

ANGELA. No dices en tal vida la pasa  
si no es para obederte.

Y luego el cielo la tuya.

REY. Yo hare tan grande a quien que-  
re que le envidien. [res.]

ANGELA. ¿De quién eres  
que hay valor que te de arguya?

(Pase.)

REY.

Poderosa potencia, entendimiento  
no por la general filosofía

que da a la facultad la fórmula  
que vive en el mundo infamante.

Pero, para rindió al conocimiento  
e inclinó a un amor la fantasía,  
rindió primero el corazón a la pasión,  
¿quién tuviera tan leve arrepentimiento?

Más hubiera la razón que los sentidos,  
cuando la verdad quisiera las almas,  
que cuando al ver se daban los pensamientos,  
con el darme ser, ¿quién me diera?  
porque si el cuerpo me diera por los sentidos,  
al alma me diera por los sentidos.

(Vase con Angela.)

ANGELA. Así me estás a darme fe,  
y así me estás a darme fe. Que aunque  
te me estás a darme fe, [res.]

¡Ay, señor, porqué me estás  
que me estás a darme fe,  
y así me estás a darme fe,  
y así me estás a darme fe.

si tanto a Dios se parecen?  
¡Qué gran ser la monarquía!  
Si fuera rey, no durmiera,  
por no pensar que no era  
rey el tiempo que dormía.

Con justos, con altos modos,  
hizo Dios un rey, un hombre  
que fuese igual en el nombre  
y en la grandeza entre todos.

Ya me ha visto.

REY. Tello amigo,  
¿cómo no nos vemos ya?

TELLO. Porque un rey, señor, está,  
como es rey, sólo consigo.

Y he notado, o son antojos  
de mi ignorancia fingidos,  
que oye con otros oídos  
y que ve con otros ojos.

No te entiendo.

TELLO. Si ha de oír  
un rey, es lo que otro oyó,  
porque al rey se lo contó,  
no porque lo oyó decir.

Si ha de ver, fuerza ha de ser  
que es por lo que el otro vió.  
No te explicas.

REY. ¿Cómo no,  
si es tan fácil de entender?

¿Anda el rey por la ciudad,  
para ver, ni para oír?

Ya te entiendo.

REY. Esto es decir  
que está en duda la verdad.

Cierto emperador había  
que tal vez se disfrazaba  
y por la ciudad andaba,  
donde él mismo oía y vía.

Murmuraban a un rey griego  
una noche unos soldados,  
por mil pantanos cargados  
de un máquina de fuego,  
y él, que iba entre ellos desnudo,  
"Del cetro y la monarquía  
murmuralde—les decía—;  
mas no de mí, que os ayudo".

Tello, ejemplos de tu mano  
no pueden tener valor.

Gran razón tienes, señor.

Hable del campo un villano.

¿Qué hay por allá, que también  
informa algún desigual?

Señor, decir mucho mal  
y hacer siempre poco bien.

En estos dos polos solos  
se mueve, aunque injusta ley,  
una corte.

REY. Pues el rey  
tiene diferentes polos.

TELLO. ¿Quién, señor?

REY. Premio y castigo,  
para el malo y para el bueno.  
¿Qué hay del Conde?

TELLO. Que anda lleno  
de pena por ti, y consigo.  
¿Llámasle conde, y no sabe  
de qué?

REY. ¿No tiene de dónde?

TELLO. ¿Es conde el conde que esconde  
el nombre, aunque ilustre y grave,  
porque no tiene una casa,  
un cortijo, ni un lugar  
de que se pueda nombrar?

REY. ¿Que es tan pobre?

TELLO. Aquesto pasa.

Ayer labró, de madera,  
una cochera, y decía  
yo que llamarse podía  
el conde de la Cochera.

Conde de anillo le has hecho;  
llamarle pienso de Albania,  
de Troya o de Caramania,  
si no le ha de dar provecho.

El don mal calificado  
que largos años espera,  
es hermosura en ramera  
y es ser capón y casado;  
es un necio irremediable  
en talle hermoso y galán,  
es fuerza de ganapán,  
y riqueza en miserable;  
es donaire en quien jamás  
ha sido bien escuchado,  
y es ingenio en desdichado;  
que no hay que decirte más.

REY. ¿Ereslo tú?

TELLO. Sí, por Dios.

Pues, sabiendo tú mi nombre,  
¿no me haces hombre? Eres hom-  
negociáramos los dos: [bre,  
tú, fama, y yo, vida ansí.  
Mas ya, para la que queda,  
no me des nada que pueda  
darme cuidado de mí;  
que me fué tan importuna,  
desde que nací, señor,  
que no podrá tu valor





que un rico, aunque sea un necio,  
diga una cosa común,  
y verás criados, deudos  
y amigos que en un aplauso  
dicen que es cosa del cielo.  
Dame tú que un pobre diga  
algún donaire o concepto,  
y verás que a los que escuchan,  
la risa se vuelve en hielo.  
Pero, dejando estas cosas,  
enfadosas por lo menos  
y cansadas por lo más,  
¿cómo estamos en tu pecho?  
Yo en el corcho, claro está,  
de tus chapines, contento  
de que el alma que te he dado  
sirva de alcornoque en ellos.  
¿Don Juan estará en la tuya?

No lo creas.

ANGELA.

TELLO.

Si lo creo.

ANGELA.

Tiene otro dueño.

TELLO.

¿Qué dices?

ANGELA.

Que don Juan tiene otro dueño.

TELLO.

¿Quién?

ANGELA.

Doña Inés.

TELLO.

Celos.

ANGELA.

No,

sino agravios que me ha hecho,

Pregúntalo a él y a todos.

Si fuese verdad...

TELLO.

ANGELA.

¡Ay, Tello!

Así es amor inconstante.

Aquestos ojos le vieron

rogarla y decir, aquí,

mil amores y requiebros.

¿Esos ojos?

TELLO.

ANGELA.

Estos ojos.

TELLO.

¿Cómo no le deshicieron

sus rayos?

ANGELA.

Porque con agua

estaban los rayos muertos.

¿Luego has llorado?

TELLO.

ANGELA.

¿Es milagro?

TELLO.

Si, que en la esfera del fuego  
es mucho engendrarse el agua.

Pero apostaré que fueron

las lágrimas del aurora.

¿Dónde lloraste, que quiero

ir a coger blanco aljófár?

ANGELA.

TELLO.

Tello amigo, en este lienzo.

Dámelo, así Dios te dé

lo mejor de mi deseo,

y te daré...

ANGELA.

No prosigas.

Toma, Tello.

TELLO.

A don Juan llevo  
este lienzo de verdades  
y este puñado de celos.

(Vase TELLO.)

ANGELA.

Celos que amor en las sospechas cría  
son del temor una insufrible ausencia,  
una solicitud y diligencia,  
que mueve la turbada fantasía.

Son una indivisible compañía  
celos y amor, y aun pienso que una esencia;  
pero con esta sola diferencia:  
que celos son la noche; amor, el día.

Forzosos celos son, no son violentos;  
apenas nace amor, cuando los llama;  
nadie puede entender sus movimientos;  
ninguno, defenderse de su llama;  
porque, si son los celos pensamientos,  
¿quién puede no pensar perder lo que ama?

(Sale DON NUÑO.)

NUÑO.

¿Qué me puede suceder,  
acabando de llegar,  
si lo primero es hallar  
cuanto deseaba ver?  
Mal partir y buen volver  
perdonan cuanto, partiendo,  
estuve, ausente, sufriendo,  
pues con estaros mirando  
hallo más gloria llegando  
que tuve pena partiendo.

Ya me doy la bienvenida  
de tanta desconfianza;  
que en amor que no se alcanza  
es la esperanza perdida.  
Y aunque, de verme, ofendida,  
por aborrecerme estéis,  
quitarme ya no podéis  
la gloria de haberos visto.  
Conque al disfavor resisto  
que con pesares me hacéis.

ANGELA.

No tengo por cortesía  
el decir que me queréis,  
don Nuño, y que os ofendéis  
de la poca lealtad mía;  
pues en este mismo día  
sé cuán diferente estáis:  
que a doña Inés deseáis,

y que tenga por muy cierta  
que sabe el Rey y es muy cierto  
casi que las dueñas lo saben.

Mar ¡le quepá a él a ella  
primero, don Nuño aquí  
decirme primero a mí  
para que me avisara?  
Si yo dijere, como bella  
y por amor, a la dueña,  
y don Nuño a don Juan  
que lo mate en nuestra ausencia,  
a un tiempo es la pertinencia  
de matarlo y de gallo.

(Dentro.)

Nuño. «Yo a don Juan, si llega agora  
de Aragón, ¡espera, tente!  
Finis. Celoso amante  
la obliga a don Juan ahora.  
Don Juan que la quiero tener  
y tratarla de casarme  
con doña Inés, por pagarme  
el amor que le he tenido,  
o doña Inés me ha querido  
y le hablo por obligarme.  
No supe jamás su amor.  
Sin duda me quiere bien,  
y a su primo habló también  
para mostrarlo mejor.  
Pues si ella me hace favor  
y trató mi casamiento  
y olvido mi pensamiento,  
que vengarse de un desdén  
es de amor el mayor bien  
después del arrepentimiento.

(Sale el Rey.)

Rey. Sean. Nuño bien venido.  
Mucho te guarde el cielo.  
Rey. ¿Qué hay de Aragón?

(Dentro Carlos.)

Nuño. Acusado por el Rey, la dueña  
Inés se al le hablo al Rey  
y le dió el consentimiento  
de doña Inés. Bien verá  
que fue amoroso, que por amor  
de esta dueña, una muerta  
Pues será bien primero  
si hablar de don Juan  
si lo que he oído es cierto  
que se va a Aragón en una hora.

en Aragón de ahora  
por el camino. A los ojos  
transmórgase en blanco el negro.

(Dentro don Juan y don Juan.)

Juan. Aquí está el Rey.  
Tello. ¿Dónde Nuño?  
Juan. ¡Oh, Nuño!  
Nuño. ¡Don Juan!  
Tello. ¿Tan pronto?  
Nuño. Llegué ya a la ciudad.  
Tello. La primera vez que has vuelto  
te perdona el haber sido  
color al revés.

Rey. Yo creo  
que se ha de hacer todo bien.  
Nuño. A mi Majestad pospongo  
que vire el mundo.  
Rey. Aunque don Juan, ¿qué es esto?  
Juan. Antes que nada, señor  
de qué variedad me has hecho.  
Rey. ¿A qué me lo has llamado?

Juan. No señor.  
Rey. Muerte.  
Tello. ¿Será Tello?  
Juan. Sea. Bien sé que la vea  
Mas yo he estado pensando  
Mira, señor, ¿qué es lo  
que me has hecho.

Rey. ¡Oh, Tello!  
Tello. Mira que Alfonso tan digno  
de ser tu nombre, que bien hecho  
para v. de don Juan, para  
para este señor, el señor,  
rey de Castilla y León,  
para tu hijo.

Rey. ¿Qué es esto  
que viene en blanco?

Juan. Señor,  
los lugares que me tengo  
Muestra la prima.

Tello. ¡Oh, qué bello!  
¿Qué es esto? Bien se ha hecho.  
No hay como como la dueña,  
para poder como el mundo.  
Rey. Ya lo sé. Vire el mundo.  
Nuño. ¿Qué es esto, señor?  
Rey. ¿Qué es esto, señor? ¿Qué es esto?  
¿Qué es esto de la muerte del padre?

(Dentro el Rey y don Juan.)

Tello. Mira que he oído decir  
Juan. Tello, ¿qué es esto?

TELLO. No importa, que el Rey es franco.

JUAN. A mi humildad contradice  
dejalle tanto lugar.

TELLO. Lee.

JUAN. No me atrevo.

TELLO. Prueba.

JUAN. "De Conde de Villanueva",  
y en lo que viene a sobrar  
de lo blanco del renglón,  
"Duque de Arévalo" ha puesto.  
¡Puto!

TELLO. Pues ¿tú descompuesto?

JUAN. Aquestas cosas no son,  
señor, para hablar en seso.  
Hoy, de locuras es día.  
Alzaré a vueseñoría  
y vuestra excelencia en peso.

JUAN. En la próspera fortuna,  
se muestra el hombre prudente.

TELLO. Quien no la celebra y siente,  
nunca Dios le da ninguna.

Salto y relincho a lo payo.  
¡Ea! ¿Qué me das a mí,  
que no poco te serví?

JUAN. A ser sol, te diera un rayo.

TELLO. En nuestra pobreza escasa,  
bien la quisiera tomar,  
para subirme a espulgar  
a la azotea de casa.

Mas ya no quiero otro sol  
que el tuyo. Desde hoy me nombra  
tu sombra; estoy a tu sombra.

JUAN. El gabán de tornasol  
y el vestido plateado  
y cuatrocientos escudos  
son tuyos.

TELLO. Quiero que des  
a esta boca treinta pies;  
hablen en tu loor los mudos.  
¡Plega a Dios que nunca veas  
la envidia!

JUAN. ¡Qué necio estás!  
Que, si no la he de ver más,  
muy poco bien me deseas.

Desdichado de aquel hombre  
que nadie, Tello, le envidia;  
porque donde no hay envidia,  
ni hay bien, ni hay fama, ni hay  
[nombre.

TELLO. ¿Quieres que te dé un consejo?

JUAN. ¿Tú a mí?

TELLO. De tanta importancia,  
que te admire mi ignorancia;

tal vez el agua es espejo.

JUAN. Está bien dicho.

TELLO. Haz a todos,  
en esta prosperidad,  
buen rostro, y con humildad  
les habla de varios modos.

Guarda de ser descortés,  
que picarás en malquisto,  
como algún soberbio he visto  
que lo ha pagado después.

Buen hablar, buen responder  
y hacer bien, el de alto vuelo,  
es hacer más blando el suelo.  
por si volviere a caer.

JUAN. Añado, por el consejo,  
doscientos escudos más.

TELLO. La lección tomando vas;  
soy charco, y sirvo de espejo.

(Salen INÉS y ANGELA.)

ANGELA. ¿Que, en efecto, no es verdad?

INÉS. ¿Yo con don Nuño?

ANGELA. Habla quedo,  
que está aquí don Juan.

INÉS. No puedo.  
JUAN. Justo parabién me dad  
de la merced que me ha hecho  
su Majestad. Duque soy  
de Arévalo.

INÉS. Mil os doy,  
y mil abrazos al pecho.

JUAN. A la merced que me hacéis.  
¿qué respuesta puedo dar?

INÉS. ¿No le llegáis a abrazar?

JUAN. ¿No merezco que me deis  
el parabién de este bien?

¿Tan presto mostráis tristeza?  
Alzad, mi bien, la cabeza,  
y daréis el parabién;

pues no me le queréis dar,  
recibiréisle de mí.

ANGELA. No me habléis, don Juan, así  
pues ya no me habéis de hablar.

JUAN. Injustos celos.

ANGELA. No son;  
que abrazaros doña Inés  
no es ocasión, pues no es  
doña Inés vuestra ocasión.

Yo me entiendo.

JUAN. Y yo quisiera.

ANGELA. Vos lo sabréis algún día.

JUAN. Quien tan bien ama y porfía.



a quien ya, con no lo ser,  
me deja en tan bajo estado.

Pero dirá mi esperanza  
que llamar no la quería  
mujer, para serlo mía,  
sino mujer en mudanza.)

(Vase.)

REY. Pide, don Juan: aquí estoy;  
pide, no estés temeroso;  
soy tu amigo y poderoso,  
mira qué dos cosas soy.

¿Qué dudas de mí y de ti?  
Amor, justa queja alcanza;  
no haber en ti confianza  
es faltar valor en mí.

Si es justo mi sentimiento,  
deja que tenga valor,  
pues dejo yo, por amor,  
que tengas merecimiento.

JUAN. ¿Adónde hallaré cadenas,  
esposas, eses y clavos  
para confesar esclavos,  
para darte a manos llenas  
las almas que ya te debo?  
Pues tantas veces me haces,  
que pienso que me deshaces  
por volverme a hacer de nuevo.

Lo que me has dado es de suerte  
que para muchos bastara,  
y que a Alejandro causara  
nueva admiración el verte.

El cual, al que le pedía  
dote para una doncella,  
le dió la ciudad más bella  
que en treinta reinos tenía,  
y, viéndole como estoy,  
le dijo: "Griego, ¿qué quieres?  
Tú pides como quien eres,  
y yo doy como quien soy".

Mas, para no te cansar  
con prólogos, excusados  
en rey y vasallo indigno,  
entre señor y criado...

REY. Don Juan, añade entre amigos,  
y di, que contento aguardo  
lo que me quieres decir.

JUAN. La cifra de bienes tantos,  
el epílogo, señor,  
y el sello al favor pasado  
es darme para mujer  
a doña Angela, que igualo

ya en grandeza, desde el día  
que debo el ser a tus manos:  
háblala, si eres servido;  
dile que gustas que, estando  
tan iguales...

REY. No prosigas.

Allá viene. Aguarda un rato  
detrás de aquella antepuerta.  
JUAN. Tello, aquí nos escondamos  
a esperar el mayor bien.

TELLO. ¿Qué tienes que estar dudando,  
si te dió un lienzo de perlas,  
en señal de este contrato?

JUAN. Bien dices; mas suele ser,  
sin amor, fingido el llanto.

(Sale ANGELA.)

ANGELA. De las paces de Aragón  
vengo a darte el parabién,  
y de casarte, también.

REY. Cosas imposibles son;  
pero vanse disponiendo.

ANGELA. El cielo te dé, señor,  
lo mismo que tu valor  
a voces le está pidiendo.

REY. Angela, tu buen deseo  
recibo, y el parabién,  
porque desees mi bien  
y porque en tu bien me empleo.

Y así, excusando de ser  
casamentero enfadoso,  
no quiero que estés suspensa:  
yo trato y la mano pongo  
en tu remedio.

ANGELA. Señor,  
bien del pecho generoso  
que debe al Duque, mi padre.

REY. Esto se resuelve todo  
en que don Juan de Cardona  
sea... ¿qué dudo?, tu esposo.  
Bien sé que en tratarte de esto  
te doy más gusto que enojo,  
y que, como a los que lloran  
por algún caso forzoso  
y tienen, con la vergüenza,  
las lágrimas en los ojos,  
tienes la risa en los labios,  
y que el mismo "sí", amoroso,  
por salir, rompe las perlas  
de tu boca blanco adorno,  
y entre ellas, como entre guijas  
arroyuelo sonoro.



de sus brazos y su vital  
y amarlos, amara de vez.

Quí dices?

ANITA

Que se los agradece  
el amor que a ellos tanto tiene,  
y que de sí parte tanto  
bienquiere, y tal consuelo.

Cuando era pavorosa, cuan-  
do a dos haan seido, queria  
guerra con ellos, tanto  
para guerra y paz.

Y yo, que a guisa de  
pensaba que los odiaba a mí,  
que desde que soy quien fui  
me he casado con ellos.

En guarda de ellos a mí  
y que, herida, me cubriera  
mas ya no, porque pensara  
que ya me odiaba con ellos.

Pues no he de tener nada  
que pensar que me haia a mí  
a por tí, como hoy le vi  
distantes del que ha sido.

Tú form la guerra, marida,  
mas ya del poder torado,  
viviré tan mal casada,  
que no me pueda abogar.

Si de un casamiento igual  
se engendra amor, yo no engeno  
si tan odiada lo quisiera,  
muera que amor lo quisiera.

Tú te casas maravilla  
el ver así casaditos,  
yo me casaré lo que quisiera  
y él se casará en casita.

Que esto, y con tu herencia,  
me voy, al fin, a parir  
a la justa desdicha  
de tu amor y tu malicia.

A la cual cantan y jodo  
mire que es en una cosa  
a una mujer, porque  
dado es su casado.

Y dígame que el amor  
que le ha estado, tendrá  
para que le ha estado  
para que le ha estado.

Y como su malicia es,  
por su malicia y su malicia  
casi casada, Maritona!

A dos haan, con ellos, hoy,  
que me casó con ellos,  
para que se casó con ellos,  
para que se casó con ellos.

que yo me casó con ellos  
y que yo me casó con ellos.

(Canta)

RITA: ¡Hasta ahora!

JOSE: ¡Yo he sido!

¡Casi con ellos, con ellos,  
y con ellos, con ellos,  
y con ellos, con ellos,  
y con ellos, con ellos!

Yo me casé con ellos, con ellos,  
de ellos, con ellos, con ellos,  
verdad, con ellos, con ellos,  
¡Hay, con ellos, con ellos!

De ellos, con ellos, con ellos,  
que me casó con ellos, con ellos,  
que me casó con ellos, con ellos,  
que me casó con ellos, con ellos!

Yo me casé con ellos, con ellos,  
que me casó con ellos, con ellos,  
que me casó con ellos, con ellos,  
que me casó con ellos, con ellos!

Yo me casé con ellos, con ellos,  
que me casó con ellos, con ellos,  
que me casó con ellos, con ellos,  
que me casó con ellos, con ellos!

JOSE: No lo creo.

ANITA: ¡Casi con ellos, con ellos!

JOSE: ¡Casi con ellos, con ellos!

JOSE: ¡Casi con ellos, con ellos,  
yo me casé con ellos, con ellos,  
yo me casé con ellos, con ellos,  
yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos,  
yo me casé con ellos, con ellos,  
yo me casé con ellos, con ellos,  
yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

JOSE: Yo me casé con ellos, con ellos!

Tello, porque soy más que ella.  
; Pues vive Dios que he de ser  
aquello que de antes era.  
Ya quiero ser pobre yo,  
si así puedo merecerla.  
; Basta! Lo que tiene de ángel  
ha hecho que Angela tenga  
propia condición del cielo,  
pues quiere que la merezca  
con pobreza y con suspiros.

TELLO. Con suspiros y pobreza  
suelen ser aborrecidos  
cuantos aman y desean;  
mas ¿cómo podrás ser pobre  
y bajar desde excelencia  
a la merced que tenías?

JUAN. Para bajar. ¿quién lo piensa?  
Fortaleza es menester  
para subir una cuesta;  
para bajarla, ninguna.  
Yo bajaré donde vea  
doña Angela de Aragón  
que, si por rico me deja,  
me vuelva a querer por pobre.

TELLO. Mayor desatino intentas  
que se ha visto ni se ha oído.

JUAN. ¿De qué sirve la riqueza,  
sin Angela? ¿De qué sirven  
los títulos, ni la renta?  
No quiero, sin ella, Tello,  
los estados donde llega  
la rueda de la fortuna,  
que por la inconstancia es rueda:  
sin ellos podré vivir,  
no podré vivir sin ella.  
Angela es ángel, es móvil  
y rige mis tres potencias:  
por ella tienen acción  
mis sentidos.

TELLO. Linda tema.  
Ya te vas volviendo loco.

JUAN. Amor me manda y me fuerza  
querer la propia desdicha  
y temer la dicha ajena.

ACTO TERCERO

(Salen el REY y DOÑA INÉS.)

REY. Silencio engendra el recato,  
y la grandeza, respeto.

INÉS.

La indignidad del sujeto  
tal vez favorece el trato.

REY.

Por eso a don Juan mandé  
que de mi amor te advirtiese.  
El causó que os respondiese,  
señor, lo que injusto fué.

INÉS.

REY.

Antes me parece justo,  
queriendo bien a don Juan:  
porque los reyes no dan,  
con la voluntad, disgusto.  
No la quiero yo forzada,  
ni fuera. Inés, justa ley:  
porque ha de estar, para un rey,  
muy libre y desocupada.

INÉS

El no saber, gran señor,  
la merced que me habéis hecho  
ocupó entonces mi pecho  
de tan mal pagado amor.

Pero, pues vos me queréis,  
yo me forzaré a olvidalle:  
que en entendimiento y talle,  
como en ser rey, le excedéis.

REY.

No, Inés; no quiero aposento  
de quien otro se ha de echar:  
libre le quisiera hallar,  
para entrar, mi pensamiento.

Que si encontrar a la puerta  
otro hombre, o dentro de casa,  
tanto ofende y tanto abrasa,  
cuando la sospecha es cierta,  
¿qué será en el mismo centro  
del alma, al venirle a hallar?  
Pues no se pueden matar  
dos almas que se hallan dentro.

Si está la tuya ocupada  
de la que don Juan te dió.  
¿cómo quieres tú que yo  
con ella saque la espada?

Un rey puede desterrar  
de su tierra a quien le ofende;  
de su casa, al que pretende  
con modo injusto privar:  
pero, aunque el cetro y la palma  
le dé absoluto la ley,

¿cómo puede, Inés, un rey  
sacar un alma de otra alma?

INÉS.

Señor, con dificultad;  
y es bien responderte así,  
porque es muy justo que a ti  
te trate siempre verdad.

Pero, en razón de haber sido  
desleal a tu secreto  
don Juan, no admito el conceto,

que nunca el amor he sentido.

La ceguera me retróveda  
de un pensero, señor.

ni el alma que de su amor  
nunca en la vista obligada.

Bien me quisiera vengar  
con decretos que hebra visto  
quien me perdonaba, olvidado  
de vuestros ojos, y dar

oculto a que por mi  
cavase en el garfio, justa,  
mas no he de hacer cosa injusta  
que nunca uno he visto.

aumentar en la voluntad  
y, pues que va la vida,  
no suplico le obliguen  
pues le fualo en calidad

a que mi guarda sea.  
Yo hare, bien, lo que pudiere;  
que no heo, bien, no se quiere,  
algun cosa diere.

(Canto solo.)

Yo he pensado muy bien  
de que puerde por mi  
pues el pensamiento  
me mata, me mata el mundo.

Cual he que Dios se taten quieto  
no dudarle a otro gallo,  
longa guerra a Dios, Juan,  
y un día Juan sea tierra.

¿Que poco de la grataleta  
se paga la voluntad?  
Y más al la voluntad  
se ha, resuelto a la belleza.

(Canto solo, canto.)

Nada.

El esto solo. De que se es, según  
dijiste, si Juan?

Es.

Que hay, Juan?

Nada.

Vengo

a suplicarte, señor, que me hables.

Es.

¿Qué dices, Juan? ¿De que se es, según  
dijiste, si Juan?

Nada.

(Canto solo, canto.)

Rey

(Canto solo, canto.)

Nada.

Come, me, Juan, que te quita,  
y lo trae, Juan, que me trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,

que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,

que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,

que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,

que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,

Es.

Come, me, Juan, que te quita,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,

que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,

que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,

que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,

que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,  
que trae, Juan, de Córdoba, que trae,

Nada.

(Canto solo, canto.)

más desatinadas son  
las que la vienen siguiendo!  
¿Si es el Rey quien quiere a Inés,  
que dice que es poderoso?  
O ser don Juan es forzoso,  
pues su amor el mismo es.

Mandóme el Rey olvidar,  
no es mucho en tanto poder.

(Salen DON JUAN, TELLO y LAURENCIO.)

JUAN. No me acabas de entender.

LAURENCIO. Es porque no quiero entrar.

TELLO. Mira que está Nuño aquí.

JUAN. ¡Nuño!

NUÑO. No me he descuidado,  
si el parabién no te he dado.

JUAN. Satisfecho estoy de ti.

NUÑO.

Son tantas las mercedes que recibes  
cada día del Rey, que por un año  
te doy el parabién de las que faltan,  
y al cabo de él comenzaré el que viene.

JUAN.

¿Qué te parece de esto?

TELLO.

Razón tiene.

NUÑO.

La alcaldía, don Juan, de Calatrava,  
pienso que fué de todas la postrera.  
De ésta te doy el parabién, por cosa  
de tanta confianza como honrosa.  
Pero apártate aquí.

JUAN.

¿Qué es lo que dices?

NUÑO.

La inconstancia, don Juan, de las mujeres,  
tan parecidas siempre a la fortuna,  
que no puede tener firmeza alguna  
sabrás ya por ejemplos, por historias  
que escribieron con sangre sus memorias.  
Mas ¿para qué con prólogos? Te advierto  
de lo que siempre fué tan claro y cierto.  
Doña Angela ha tratado de casarme  
con doña Inés; yo pienso que su intento  
es de tu prima el noble casamiento.  
Si la quieres, don Juan, si la pretendes,

dejaré de servirla y de estimarla;  
que queriendo a doña Angela, no creo  
que se queje mi honor de mi deseo.

JUAN.

Nuño, por esta roja cruz que al pecho  
me honró más que los títulos y villas,  
confianzas y oficios: que bien sabes  
que el Rey no diera cruz a quien no fuera  
muchos años soldado en la frontera,  
que no he tenido a doña Inés, mi prima,  
más voluntad de la que da la sangre,  
y que puedes querella si es tu gusto.

NUÑO.

Guárdete el cielo, que de un gran disgusto  
me has sacado con eso.

JUAN.

Pienso, Nuño,  
que presto te podré llamar mi primo.

NUÑO.

Igual con el de Inés tu nombre estimo.

(Vase.)

LAURENCIO. Vuélveme agora a informar  
de lo que tengo de hacer.

JUAN. Dejar las cartas caer  
en acabando de entrar.

LAURENCIO. Fingiré que me he turbado  
de ver al Rey.

JUAN. Dices bien.

TELLO. ¡Plegue al cielo que te den  
el porte!

LAURENCIO. Ya va pagado.

TELLO. No intentes tan gran locura.

JUAN. Ven, Laurencio, que conmigo  
entrarás donde te digo.

LAURENCIO. La entrada llevo segura;

Dios disponga la salida.

JUAN. No temas; tu César soy.

LAURENCIO. A ti del mar en que voy,  
llevo la fortuna asida.

(Pausa DON JUAN y LAURENCIO.)

TELLO. Si eres áspid al consejo,  
amorosa obstinación  
de tu propia perdición,  
hoy en las manos te dejo.

No puedo más; esto es  
fuerza de amor invencible.

Malas cosas son con castillo,  
Yello que ligas le des;  
Tú quieres en la guerra  
Solera contra tu dolo  
que en un día, no  
de un día supiera hallar.  
Al día le guerra con.

(Queda solo)

RAY  
Quelque bondad me  
que en un día a Aragón  
y allá me puedo guiar  
y allá me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar

FRANC  
Yo sé que con un día  
me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar

REY  
Tú sabes de veras, ¿verdad?  
Que para poder guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar

FRANC  
Dime, ¿verdad?  
Dime, ¿verdad?  
Dime, ¿verdad?  
Dime, ¿verdad?  
Dime, ¿verdad?  
Dime, ¿verdad?  
Dime, ¿verdad?  
Dime, ¿verdad?

REY  
Tú sabes de veras, ¿verdad?  
Que para poder guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar

de la guerra Castellana,  
dándole al brado ayo  
que así lo de la guerra  
como que en la guerra  
para que viera, y eso  
que es verdad.

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Yo sé que con un día  
me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar  
que al día me puedo guiar

REY  
Tú sabes de veras, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

REY  
Dime, ¿verdad?

FRANC  
Dime, ¿verdad?

aunque esta ofensa me hizo,  
de no tocarle en la vida.

TELLO. En el principio del libro  
de Job parece, señor,  
que esa excepción has leído.  
Juro en tu real espada  
y en ese sagrado signo  
de no lo decir jamás.

REY. Vete, hidalgo bien nacido,  
que en saliendo con mi intento,  
yo tendré cuenta contigo.

TELLO. Logren los cielos tus años,  
y veas por muchos siglos  
las dos barras de Aragón  
al lado de tus castillos.

(Vase.)

REY.

Pasó Leandro el Abideno estrecho,  
cortando montes al licor salado  
con los brazos de amor, y el abrasado  
Píramo se pasó, por Tisbe, el pecho.

El Ateniense, en lágrimas deshecho,  
pide la estatua al popular senado;  
Hércules, de sus fuerzas despojado,  
mujer estuvo entre mujeres hecho.

Todos hallaron en amor disculpa:  
piérdese el seso en él, la razón calma;  
mas no don Juan, pues el honor le culpa.

Niéguale el tiempo de laurel la palma,  
que de perder la vida amor disculpa,  
pero no del honor, parte del alma.

(Sale ANGELA.)

ANGELA.

Amor, pues que desnudo  
te pintaron, con ser la edad del oro,  
para mostrar que pudo  
tu fuego más que su mayor tesoro:  
no te quiero vestido,  
que amenazas desprecio, si no olvido.

Amaba yo segura  
el divino valor de mi sujeto;  
mas, puesto en tanta altura,  
vendrá para el gobierno a ser discreto,  
mas no para estimarme,  
pues cuanto viene a ser vengo a humillarme.

Para los dos tenía  
hacienda yo bastante; yo no quiero  
su imperio y gallardía;  
que aunque es verdad que, como amor primero,

me ha de costar la vida,  
mi libertad la doy por bien perdida.

REY. Angela, con gran razón  
puedo quejarme de ti,  
pues en mi casa y en mi  
has puesto tal confusión.

Y, debajo del secreto  
que a un rey se debe guardar,  
porque sabré castigar  
cualquiera contrario efeto,  
has de saber que ha perdido  
don Juan, que yo tanto amaba,  
el seso por ti, que estaba  
de su voluntad asido.

Por haberle despreciado.  
se ha fingido ser traidor,  
aventurando su amor  
todo el honor conquistado.

Tal modo de empobrecer,  
sólo lo intentara un loco,  
ni tener mi gracia en poco  
por la más bella mujer.

Unas cartas ha fingido  
que envía al rey de Granada,  
dando ocasión a la espada  
de un poderoso ofendido.

Mas él, que no se acordó  
que yo matarle pudiera,  
con que mejor te perdiera  
que por grande te perdió,  
quiere empobrecer así,  
y quiere que así le quieras.  
ANGELA. Bien fué menester que fueras  
quien has sido para mí.

Necia he sido: soy mujer;  
que la más prudente y cuerda  
no es posible que no pierda,  
tal vez por su mismo ser.

No sé por qué me han tenido  
por discreta, pues que di  
causa a don Juan con que a ti  
y a mí nos haya perdido:

a ti, con ese desprecio,  
y a mí, con perderte a ti.  
Dos amores hay aquí:  
uno loco y otro necio;

el loco es el de don Juan,  
y el mío, el necio, señor:  
al suyo, aunque es grande error,  
por loco, perdón le dan:  
pero al mío, con ser necio,  
¿quién le querrá perdonar?





al claro son de las sonoras cajas,  
que por el Zacatín juntas salían.  
Cobraban alma las campañas bajas,  
y las montañas altas respondían;  
ya sabes la arrogancia y las ventajas  
con que el aire soberbio desafían.  
Dame licencia que su orgullo ataje,  
que es de Reduán soberbio y Bencerraje.

REY.

Ni al Bencerraje ni a sus cajas temo,  
aunque atruene campañas y montañas;  
ni a Benzaide, si fuera Polifemo;  
más que a los vientos las tiernas cañas  
temo un traidor, y temo con extremo  
la fiera ingratitud de sus entrañas;  
que merece temor el falso trato  
de un hombre que es con su señor ingrato.

Ya no quiero que vais a Calatrava,  
sino que os despidáis de la alcaldía,  
y aun de esa cruz con que os honré: pensaba  
que a mejores que vos honrar podía;  
que cuando cruz y fortaleza os daba,  
fiado en vuestra sangre, no sabía  
que quien la fortaleza dió por oro  
vendería la cruz también al moro.

Que caiga un hombre del supremo estado  
en que le pone un rey, por envidiosos,  
con cielo y tierra queda disculpado;  
mas no si cae por hechos afrentosos  
de donde estuvo puesto y levantado.  
Pero no podéis ser de los quejosos  
de la fortuna: que sin causa alguna  
ni ha derribado a nadie la fortuna.

JUAN.

Señor, yo os he servido, y si culpado  
y en alguna cosa, amor lo ha hecho.

REY.

Las llaves me volved, y de mi estado  
no entréis más en la sala.

JUAN.

Habéis deshecho,  
como pintor el lienzo que ha borrado,  
la imagen que firmaba vuestro pecho.

REY.

No quiero imagen yo, si fuera Apeles,  
que del pintor afrenta los pinceles.

(Vase.)

JUAN.

Sabes que es esto?

ANGELA.

No sé;

pero ¿no se ve bien claro?

JUAN.

Pero ¿en qué duda reparo

cuando tan claro se ve?

De tu amor la culpa fué.

Mira lo que me has debido.

ANGELA.

No no entiendo lo que ha sido:

pero sé que eres culpado.

Pues a mí no me has ganado

después que al Rey has perdido.

JUAN.

Por ganarte le perdí.

ANGELA.

No tomaste buen acuerdo:

que no se tiene por cuerdo

hombre que se pierde así.

JUAN.

Lo que sabe el Rey de mí,

que ya de mi perdimiento

estoy alegre y contento.

ANGELA.

Pues, Duque, si alegre estás...

JUAN.

No me llames Duque más:

ya de serlo me arrepiento.

TELLO.

Mirad los dos cómo habláis,

que el primero que llamó

Argos al palacio, vió

bien el peligro en que estáis.

Los mármoles que miráis

son ojos, lenguas sus frisos.

JUAN.

No importan ya tus avisos:

que en los hombres desdichados

corren apriesa los hados

y son los males precisos.

(Sale OTAVIO.)

OTAVIO.

Su majestad me manda, aunque me pesa,  
de que vuestra excelencia, de mi boca  
escuche, señor Duque, aquesta nueva:  
cancele aquella cédula que dice  
que de renta le da dos mil ducados.  
y vuelva la merced de los sesenta.

JUAN.

Yo no me siento agora con dinero.  
Id, señor, a mi casa y tomad luego  
el menaje y la plata de servicio,  
y por la buena nueva, esta cadena.

OTAVIO.

¿Esta nueva podéis tener por buena?

JUAN.

Esta es la nueva que mejor podía  
llegar, Otavio, a la memoria mía.



si de sola el alma  
quiere amor que admitas  
los merecimientos,  
y a ser cielo aspiras  
de humanas riquezas,  
me desnuda, y libra  
la ley de tu gusto  
por tu mano escrita.  
Pobre queda el cuerpo,  
poderosa y rica  
el alma, que adora  
la tierra que pisas.  
No pensé que fueran  
causas que ofendían  
la verdad de amarte  
con entrañas limpias;  
mas luego, bien mío,  
que tu amor me avisa  
que de sólo amor  
quiere que me vista,  
y porque los hombres  
que es la honra afirman  
la mayor riqueza,  
amor me la quita  
con perderla toda,  
quiere que te sirva,  
y, siendo leal,  
que traidor me finja;  
y si esto es ser pobre,  
la opinión lo diga,  
que sin honra viven  
en su tierra misma  
los que ves más ricos,  
puesto que se vistan  
los indios diamantes  
y el oro de Tíbar,  
si no llevan honra;  
por donde caminan  
los señalan todos  
y a veces los silban.  
Vesme aquí tan pobre,  
hermosa homicida,  
que aun apenas soy  
lo que ser solía.  
Perdí de mi Rey  
lo que más se estima:  
el favor, la gracia  
que con él tenía.  
Perdí con mis deudos  
lo que me servían;  
que si bien no esperan,  
el servir expira.  
Perdí los amigos,

que no hay quien asista  
con el que era grande  
si el tiempo le humilla.  
Perdí mis estados:  
desde señoría  
y excelencia grave,  
a merced me inclinan.  
Ni aun ésta merezco,  
pues es de justicia  
que a quien no las hace,  
ni merced le digan.  
Todo lo he perdido,  
del cuerpo me quitan  
la honra, y la hacienda  
del alma me privan.  
Angela, tus gracias,  
si agora desvías  
tus divinos ojos  
de tantas desdichas,  
desde aquí me parto  
a acabar la vida,  
si hay vida sin muerte,  
y alma sin tu vista.  
Montes de Toledo  
en sí me reciban,  
adonde en el Tajo  
más altos se miran.  
Llevarán mi llanto  
sus corrientes frías  
a la mar de España,  
que no perlas finas;  
hallaráme el sol  
en la dulce risa  
del alba, llorando  
las desdichas mías,  
y cuando se parta  
a las playas indias,  
a criar el oro  
con la pena misma,  
serán mis doseles  
robustas encinas,  
la hierba mi cama,  
la muerte tus iras,  
y diré contento  
al fin de mis días  
que me ha muerto un ángel  
que me dió la vida.  
Don Juan de mis ojos,  
como de antes eras;  
Córdoba y Cardona.  
¿Qué mayor riqueza?  
Ni conde ni duque  
quieren que te quiera

ANGELA.



REY. Ya te he dicho por qué intento, doña Inés, tu casamiento.

INÉS. Cuando contigo privase, cuando fuese lo que fué.

REY. Pues ¿no amabas a don Juan por gentilhomme y galán con tanta firmeza y fe?

¿En aquel tiempo no era don Juan más que bien nacido?

INÉS. El no ser ya lo que ha sido me obliga a que no le quiera.

REY. Extraño efecto en mujer, extraña contrariedad, que hoy no tenga voluntad de lo que la tuvo ayer.

INÉS. Señor, si yo le miraba como tú, ¿de qué te admira?; pues los favores son iras que tu majestad le daba. No ve que su amor se acaba, y el mío le maravilla. Hizole igual a su silla, y en un hora le ha deshecho, y espántase que mi pecho imite a un rey de Castilla.

Ayer le hiciste subir donde el sol su carro encierra, y hoy no le has dejado tierra adonde pueda vivir, ¿y no quieres inferir que una mujer pueda ser mudable, si a tu poder hace mayor repugnancia, sabiendo que no hay distancia desde mudanza a mujer?

REY. Tienes razón; has vencido; pero si ocasión me ha dado don Juan, no queda probado que don Juan no te ha ofendido.

INÉS. ¿Y no basta que haya sido traidor?

REY. No sé si es traidor; pero tu amor lo es mayor, porque si amor le tuvieras, cuando en desdicha le vieras mostrara tu fuerza amor.

Tú debes, Inés, de ser de las de ¡viva quien vence!; y así es bien que yo comience a dejarte de querer; porque es cierto que mujer que deja a un hombre caído, o en su vida lo ha querido,

o tiene, como tirano, el amor en una mano y en otra mano el olvido.

Angela. ¿aquí estás?

ANGELA. Aquí con don Juan hablando estoy.

REY. Huélgome, a fe de quien soy, de hallarte con él así, y vengo a pensar de ti, hallándote en este punto con don Juan, y a él tan junto, que, como noble mujer, le acompañas hasta ver adónde queda el difunto.

Inés no le quiere ya.

ANGELA. No le habrá querido Inés, que le quisiera después que pobre y deshecho está.

INÉS. Pues, Angela, ¿quién habrá que quiera a quien ya cayó en desgracia del Rey?

ANGELA. Yo, que de esa voz eco he sido; que si cayó, yo he querido darle la mano, y tú no.

Yo le quise con verdad, y la verdad es tan fuerte, que no la mata la muerte ni la ofende la crueldad. Subióle su Majestad hasta el sol de los cabellos; mas ya que le suelta de ellos, por que no se haga pedazos quiero ponerle mis brazos para que caiga sobre ellos.

REY. No digas, Angela, más, que notablemente obligas; pero yo no hay más que digas si tan declarada estás.

Ni tú digas que caerás, don Juan, cuando ya previene amor la fuerza que tiene, pues un ángel, como ves, antes que en la tierras des a tenerte en brazos viene.

Dichoso el hombre que ha sido tan bien amparado aquí, que no halla poder en mí para vengarse, ofendido. El castigo merecido, cuando no, don Juan, la muerte, fuera a la tierra ofrecerte; mas ¿cómo tendré poder



para de arte caer,  
si un ángel quiere tenerle?  
Tengo de quitarle vo-  
lo que él es sus brazos guarda?  
Diré si es ángel de guarda  
que soy rey. Por cierto, no.  
Tu dudar me obligo  
en tanto enojo, pues viene  
a hacer que la ira entrene  
ver que en cuádras tan alta  
la que te tuvo te talte,  
la que te dejó te tiene

SAC. DON. (RISOL)

NUÑO

Embajador de Aragón  
dicen que esta tarde llega,  
ya confirmadas las paces  
que vuestras bodas cienciertan.  
Hasta la raya le obliga  
el rey, con igual gravitación,  
a traer la bella infanta  
que ya de Castilla es reina,  
para que hasta allí, señor,  
tu vaya también por ella,  
y en Medinaceli se hagan  
las bodas.

REY

Por tales nuevas,  
Nuño, te doy cuatro villas.  
Marqués te título de ellas.

NUÑO

Beato tal venes tan pie,  
y mayor merced me hicieras  
si por dula.

REY

No pruegas  
hasta que mi intento oyo.  
Dime, ¿fun de tu loco amor  
harto disculpado quedas  
con merced, como le viro,  
que dona Angela te quiera,  
para que así aceptarte  
me grata tan sin prolección  
por rengón amor del mundo,  
aunque mi velta perdiera,

para castigar tu error,  
hay le quiero dar a ella  
lo que te habia quitado.  
dona Angela le posea.  
Vuelvite tu hermosa toda  
con tu amor y tus penas,  
las pierdes y alacabras.  
Ella es hermosa y hermosa  
ella es, don Juan, tu esposa,  
para que el tiempo venga  
y tu, querido de haber  
hecho a mi amor tal comen-  
Quiero que a tomarle vayas  
de rodillas por la tierra  
la mano que me es esposa.

JUAN

En mi justa te sentarás.  
Señora, aquí de rodillas  
quedo a vuestras excelencias  
me de perdon y la mano.  
Me sienta tener que quiera,  
frente a la te a don Nuño  
la tuya.

INES

Ya que por tierra  
vayas con gran voluntad.

TELLO

Y sierra Tello, no queda  
una mano por ahí.

CELIA

Aquí tienes la de Celia.

TELLO

Señor, ya tengo una mano  
boda de poner a casar,  
porque será para mí  
mano de matar randelas.

REY

De Madrid, Tello, tenedla  
de alacabras en tenencia.

TELLO

Relinchar meoio del fondo.

JUAN

Aquí don Juan te vendrá.

NUÑO

Quiero la mano española  
se maten.

JUAN

No lo voy  
pues ahora meoio meoio,  
para el amor y el poder.

FIN DE LA COMEDIA "QUERER LA PROPIA DESDICHA"

# LOS RAMILLETES DE MADRID

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

MARCELO, *caballero.*

FABIO, *lacayo.*

LISARDO, *alférez.*

FINEO, *caballero.*

ROSELA, *dama.*

INÉS, *criada.*

OTAVIO, *viejo.*

DOMINGA, *labradora.*

LIDIO, *paje.*

LUCINDO.

LAUSO.

BELISA, *dama.*

CLARA, *criada.*

LISEO.

CELIO.

LA MÚSICA.

## ACTO PRIMERO

(*Salen MARCELO y FABIO, de camino.*)

MARCELO. ¿Hay gusto como llegar  
un ausente a donde quiere?

FABIO. Conforme le sucediere,  
y más en este lugar.

MARCELO. ¿Qué puedo, Fabio, temer?  
¿No está Belisa segura?

FABIO. Si hay en la corte hermosa,  
es la de aquesta mujer.

MARCELO. Pues ¿qué más seguridad?

FABIO. ¿Segura, y mujer hermosa?

MARCELO. Sí, porque en ella es forzosa  
la arrogancia y gravedad  
y la presunción de sí.  
Menos segura es la fea,  
que al primero que la vea  
dirá mil veces que sí,  
porque está desconfiada,  
que si aquel galán se va,  
en un año no hallará  
otro que le diga nada.  
Una hermosa, en confianza  
de los que le han de querer,  
por lo que ha de merecer  
desestima lo que alcanza.

FABIO. ¿De manera que las feas  
son fáciles?

MARCELO. Esto siento.

FABIO. Dichoso tu pensamiento,  
que en tal belleza te empleas.

MARCELO. Mil gracias, Fabio, le dan  
mis celos, celoso estuve,  
del Alférez con quien tuve  
tal pesadumbre en Milán.  
Por él la guerra dejé,  
y en la que me dieron celos,  
por la piedad de los cielos  
ya pongo en Madrid el pie.

FABIO. Sospechas me dió que había  
aquel Alférez valiente  
de procurar libremente  
señor, tu muerte y la mía:  
que, como buen escudero,  
me afirmé con don Luis  
cuando tras de aquel mentís  
le diste con el sombrero.  
En fin, ha sido cordura  
dejar, Marcelo, a Milán  
por Madrid, adonde están  
las armas de la hermosura.  
Esta es la casa en que vive  
el dueño de tu cuidado.

MARCELO. ¡Oh edificio, el más honrado  
que el tiempo en la fama escribe!  
¡Oh caja de la belleza  
de un ángel, cuyos umbrales  
exceden los orientales  
en resplandor y en riqueza!  
¡Oh Puerta del Sol hermosa!

FABIO. Con su fruta y su pescado  
En ruy alabaz dorado  
Vive el aurora su esposa  
Aquí si que menas vanas  
fueran, con varias molduras  
las griegas arquitecturas  
y las soberbias romanas  
Pero será la mayor  
la firmeza de Belisa,  
porque vió el alma en aviso  
de la que tiene su amor  
Si has librado si has sentido  
mi guerra bien te he pagado,  
para lo he sentido y librado  
hasta perder el sentido  
FABIO. No me dejarás a mi  
hacer otra exclamación?  
MARCELO. Tienes a Inés afición?  
FABIO. Participada de ti.

Cuando un amor quiere bien  
es descomulgación de amor;  
que todos tienen amor  
cuanto le tratan y ven

Amar tengo que es el tipo  
amor de participante.  
¡Oh, más que el mal rutilar—  
unletras, viento ayro!

¡(Baila) Con de una pañeta  
tan limpia en su proceder,  
que en plata puede haber  
los lucidos en Talavera!

A mi espanto me inclino  
más que a miura en Milán  
Por ti sea el gran León  
aquí, ¡invento divino!

Todo lustre y gracia rora  
en la que fraga la bella,  
que parece en su villa  
Talavera de la Reina.

MARCELO. Dime, amoroso, y mira  
que todo el mal.

*(Baila Inés y Fabio)*

BELISA. *(Qué me cuenta)*  
Marcelo en Madrid?

INÉS. Si le viésteis  
¡tan de verdad hermosa,  
cuando le vió a mi  
con tanta afición la hermosa!

MARCELO. En su dulce vida hermosa  
en su dulce vida hermosa,  
¡Baila a mi gusto, amoroso!

trae mi angustia de su verte  
para dar vida a mi muerte  
y dar muerte a mi mujer.

Qué es esto? ¿Los brazos de las  
caer con fuerza tanta?  
Ya mi pretensión te aganta?  
Ya de mi pueblo te aleja?  
¡No me abrasa!

BELISA. *(Qué me dice)*

MARCELO. Frente a mi con la verdad!  
¡No sabes que a la amistad  
estrecida es el amor!

¡porque es de las cosas las  
apretadas de tal suerte,  
que en la rompe la muerte!

BELISA. *(Cómo ha de ser un abrazo)*

Que vi no pienso Marcelo,  
que para Inés sea de un  
de otra suerte.

MARCELO. A tanto amor,  
tales cosas se hacen?

BELISA. *(Baila)* Escribiendo me vendió

MARCELO. Como lo he visto en Milán

Trae conmigo en el amor  
de la muerte que me ha ido

BELISA. Mucho me acuerdo de verte  
en el amor de la guerra

MARCELO. En verte me al ver al tierra  
me frujo de mi amor, muerte  
y una bien me da que me  
con una en aldea bien  
desde agosto que he de verte  
frente a mi al amor

BELISA. *(Qué me cuenta)*

MARCELO. *(Si)*

de que me cuenta  
lo que me cuenta a mi amor.

BELISA. *(Cómo me ha sido por mí)*

¡Baila Inés, amoroso!

MARCELO. *(Baila Inés)*

al ver la verdad, porque  
en una buena hermosa

Que me ha dicho verdad  
cuando me ha dicho

cuando me ha dicho  
cuando me ha dicho

Que la vida me ha pasado  
en la vida, Inés,  
cuando me ha dicho, Inés,  
a mi amor, amoroso.

Me ha dicho, y me ha dicho  
cuando me ha dicho, Inés,  
cuando me ha dicho, Inés,

con salud y sin pasión.

Mira si me mandas algo,  
aunque más ausente estoy  
que en Milán; porque te doy  
mi palabra, a fe de hidalgo,

de no rehusar cosa alguna  
que de tu servicio sea.

BELISA. Así es razón que lo crea,  
sin poner duda ninguna.

¿Mandas otra cosa?

MARCELO. No.

BELISA. Dios te guarde.

MARCELO. Y a ti.

FABIO. Inés.

INÉS. ¿Quieres algo?

FABIO. Que me des.

si soy tan dichoso yo,  
los brazos, por bien venido.

INÉS. ¿Cómo te los puedo dar,  
si el ejemplo he de imitar  
de lo que has visto y oído?

FABIO. ¿Luego ya se ha declarado  
el olvido de Belisa?

INÉS. Cuidado que vino a prisa,  
con prisa fué descuidado.

¡Es gran bellaca el ausencia!

FABIO. ¿Hay alguna novedad?

INÉS. Un poco de voluntad,  
ya casi correspondencia.

FABIO. ¿Mujer que quedó llorando,  
tan presto se ha vuelto hielo?

INÉS. Fabio, el amor es buñuelo,  
que ha de comerse abrasando.  
Hiélase amor en ausencia.

Mudó Belisa galán.

FABIO. ¿Y tan adelante están?

INÉS. No hay sino prestar paciencia.  
¿Mandas otra cosa?

FABIO. No.

INÉS. Dios te guarde.

FABIO. Pues ¿qué tienes,  
donde tan seguro vienes?

MARCELO. ¡Ay! Que mi amor me engañó.

FABIO. "Una hermosa, en confianza  
de los que la han de querer,  
por lo que ha de merecer,  
desestima lo que alcanza."

¿Qué te parece, si están  
las hermosas más seguras!

MARCELO. ¡Pluguiera a Dios, desventuras,  
que me matara en Milán  
el alférez a quien di  
con el sombrero en la cara,

antes que la tuya hallara  
tan airada contra mí!

¿Qué dice Inés?

FABIO. Claramente

dice que hay otro.

MARCELO. ¿No engaña?

FABIO. No miente quien desengaña;  
sólo quien engaña, miente.

¡Vive Dios, que la mujer  
que dice luego: "Yo tengo  
dueño; a no engañaros vengo",  
que es de noble proceder!

Unas bellaconas que hay,  
que en Madrid no pocas vi,  
que toman deste el tabí,  
de aquél el sutil cambray,  
ya la joya, y ya el regalo,  
y a todos dicen: "Vos sólo  
sois mi dueño, sois mi Apolo",  
quisiera ver en un palo,  
o hacer fruta de sartén  
de sus ánimas.

MARCELO. ¡Ay, Fabio!

¿Qué haré, con tan claro agravio?  
Consolarte.

FABIO. Dices bien.

MARCELO. Pero ¿dónde está el consuelo?

FABIO. ¿Dónde? En cuatro mil mujeres.

MARCELO. ¿Que quiera, queriendo, quieres?

FABIO. De amor, al amor apelo.

MARCELO. Pues ¿dónde quieres que tope  
quien pueda querer así?

FABIO. Pienso que una vez leí  
en las *Rimillas* de Lope  
que el querer olvidar era  
el principio de olvidar.

MARCELO. Ya quiero.

FABIO. Ven a buscar  
a quien quieras y te quiera.

MARCELO. ¿Dónde?

FABIO. En el Prado.

MARCELO. He pensado

que son verdes pensamientos.

FABIO. Bien dices, que es de jumento  
enamorarse en el prado.

Pues ir a la iglesia a ver  
mujeres es gran maldad.

MARCELO. Injusta infidelidad

fué siempre, a mi parecer.

FABIO. Oyeme atento, así vivas.

Junto a la plaza Mayor  
tiene Madrid una calle,  
que la Imperial se llamó.



abrevia dilaciones de tal modo, que allí se ha de ganar o perder todo.

Prometíles ventanas y merienda: vieron los toros, y esa noche tuve puerta en su casa, no porque se entienda que más que con los ojos me entretuve: sólo me ha dado una esperanza en prenda, que al cielo claro de su sol me sube, si no pretende fácil engañarme para después difícil despeñarme.

Así paso los días con papeles, y las noches, con armas a su puerta, hasta que con sus labios de clav'es, roja y blanca, la aurora al sol despierta; pero, a no me matar celos crueles de un cierto ausente, aunque con pena incierta, no pienso que el estado de mis males hallara bienes que llamara iguales.

Díjome una criada que tenía correspondencia allá con un soldado, primero amor de aquesta prenda mía, que del duque de Sesa fué criado. Mas, que desconfiada que vendría, o agradecida a mi mayor cuidado, le olvidaba por mí, cuyos desvelos me matan, de su amor y de mis celos.

ALFÉREZ.

¡Pluguiera a Dios que yo de vuestra ausencia pudiera contar la misma historia! [cia  
Y más que el asistir a su presencia son actos para el fin de la vitoria. Hace mi mal al vuestro diferencia, por la distancia que hay de pena a gloria. Vos, en casos de amor vivís dudoso; yo, en los de honor, ni alegre ni dichoso.

Y para que sepáis con qué disgusto vengo a Madrid, sabed que estando un día, no lejos de Milán, el campo agosto, salió de la española infantería un cierto aplauso de contento y gusto de hablar en la retórica y poesía; porque suelen tal vez andar las musas en las armas de pólvora confusas.

Yo discurrí por los que España goza, como Gregorio Hernández, que al Parnaso dió nueva luz; don Diego de Mendoza, don Fernando de Acuña, y Garcilaso, el muy discreto entre la gente moza, dijo que el Ariosto sólo, el Taso, eran poetas, porque desta ciencia gozaba España estado de inocencia.

Yo dije que no solos los pasados,

en letras y en conceptos, excedían; pero que ser del mundo celebrados muchos de los presentes merecían. Respondíome que legos engañados de vulgares aplausos escribían, y que eran gente sin dotrina alguna, pobres en la virtud y en la fortuna.

“Muchos conozco yo muy principales, le dije entonces, y es pasión muy necia no honrar un español sus naturales, pues a sí mismo en ellos se desprecia”. “Vos sois el necio, replicó: que tales son con quien sus necedades precia”. “Mentis”, le dije; y él me tira luego el sombrero a la cara, vuelto en fuego. Esto es decir verdad: sola una pluma, del trencellín entonces desasida, me tocó el rostro; y por decirlo, en suma, le di, riñendo, una pequeña herida. Si afrentan plumas, que lo estoy presuma mi honor; mas la quistión controvertida, él dicen que lo está cuantos Guzmanes Aste alféreces tiene y capitanes.

FINEO.

Lisardo, nunca ofenden plumas viles, mayormente de bárbaros sujetos, o cortadas groseras o sutiles, que todos para el mal nacen discretos. Si fueras Héctor tú, si el griego Aquiles, no pudieras salir con más efetos honrado de suceso semejante.

ALFÉREZ.

Con esto, no pasamos adelante.

FINEO.

Pues ¿hízose amistad?

ALFÉREZ.

Partióse luego, y no le he visto más.

FINEO.

No os dé cuidado. Venid a ver el fénix de mi fuego, único como yo, por abrasado, que quiero que veáis si amor es ciego.

ALFÉREZ.

Ya no es ciego el amor, sino vengado. Decidme el nombre.



FINES

¡Si es Felisa, es bueno!

ALFÉREZ

Está de gracias y coquetería lleno

(Felisa Ríndese a él. C. ALF. CORRE, con admiración, y exclama: ¡Es muy bonito!)

RUBILA ¡Hay en el mundo jardín  
como este, hermosa calle!  
Digo que Valencia, calle  
calle se agacha y gemin.

CLARA Y nada si por taratán  
deste mundo estás.  
Porque tan hermosa vas,  
que parece que estás flores;  
si no fueras ni tus colores,  
podrías que en las das.

RUBILA Hay tan lindas ramilletes!  
Hay rosas tan bonitas!

CLARA De las que tú me regalas,  
tantas como te prometes,  
que habrán de ser alabanzas  
para salir cada día.

(Felisa Detiene a Rubila y se va corriendo de Clara.)

DOMINICA Que cosa, rubia, mira  
¡No te da de fiar de mis flores!  
Mas no las quieres, mientras  
quieres al que tiene  
tantas flores que quiere  
sacarlas en pedos de amor.

Quiero al pobre rubio?  
Mas, rubia, en las rosas  
quiero como quieres! No?  
¡Ah! Mas no las tienes en la  
calle, así que te las doy.  
Mas, rubia, ¿qué quieres?  
Quiero rosas de amor!  
Pero, ¿cómo te las doy?  
¡Oh! ¿quieres al pobre de  
la calle y al pobre?

RUBILA ¡Ah, rubia, ¿quieres?  
quieres Rosas de amor?

DOMINICA No, ¿a ti quieres, rubia,  
de amor de amor a ti?

RUBILA Y si las quieres, ¿qué quieres?  
Me das que te quieres?

(Felisa Mirando a Clara.)

MARCEL ¿Quieres, rubia, de amor?

FABIO

MARCEL

¡Ay que dientes de oro!  
No los das a los niños de  
calle, ¡ay el año a los pobres!  
Clara, ay, que te enamoras  
en el jardín de amor.  
Esta joven hermosa  
que hay tantas en las calles,  
¡ay, que las alabanzas  
con esa luz hermosa!

(Felisa Ríndese.)

FABIO

MARCEL

¡Ay, rubia, mira, rubia,  
en primavera y verano  
que flores tan hermosas  
en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia!

Desde que me das flores  
y tantas flores, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia!

¡Ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia!

MARCEL

¡Ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia!

MARCEL

MARCEL

DOMINICA

¡Ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia,  
¡ay, que tantas flores  
que en las calles, rubia!

que puede honrar dos vergeles  
con los tientos de claveles  
que agora criando estoy.

ROSELA. ¿Y podréis traerlos hoy?

DOMINGA. Hoy, no; mas será mañana.

ROSELA. Adiós, hermosa aldeana.

MARCELO. ¡Qué bellísima mujer!

FABIO. Puede en estos campos ser  
Flora, Amaltea y Diana.

MARCELO. ¡Ah, labradora gentil!

¿Qué te dijo aquesta dama?

Ansí de rosa y retama

te enriquezca el verde abril,  
que no me niegues quién es.

DOMINGA. Caballero, aquí llegó.

y de otras flores compró,  
porque yo llegué después.

Mas díjome si tenía  
seis macetas de claveles,  
que transformar en vergeles  
ciertos balcones quería.

Yo le respondí que sí,  
y se los pienso llevar;  
si no me falta lugar;  
porque no los tengo aquí.

MARCELO. ¿Dónde vive?

DOMINGA. Que vivía  
me dijo... Llegaos acá.

FABIO. ¿Al oído?

MARCELO. Bien está.

Yo la sé como la mía.

DOMINGA. No me espanto que os agrade;  
yo soy mujer, y la hermosa  
me vuelve loca.

MARCELO. Es la cosa  
que más rinde y persuade.

Tomad aqueste doblón,  
y a la casa no volváis.

DOMINGA. Pues, ¿de mí qué receláis?

MARCELO. Basta; yo tengo ocasión.

DOMINGA. ¿Este es falso, o verdadero?

Que dan en la corte agora  
metal que se sobredora,  
a título de dinero.

FABIO. Malicias de Leganés.

¿Queréis por él veinte reales?

DOMINGA. ¿Tráelos ahí cabales?

FABIO. Sí.

DOMINGA. Pues volveré después.

(Vase.)

MARCELO. Fabio, la mujer es bella.

No lo dudes: no me acuerdo  
de Belisa.

FABIO. ¿No te dije  
que hay aquí hierbas del cielo?

MARCELO. Ramilletes de Madrid,  
si tenéis estos remedios,  
¿para qué van a Tesalia  
por hierbas los hechiceros,  
ni a los montes de la Luna?

FABIO. Yo apostaré que por eso  
a la puerta de la cárcel  
mandaron en cierto tiempo  
que se vendiesen las flores.

MARCELO. Pues ¿es delito dar seso?

FABIO. ¡Pluguiera a Dios que prendieran  
las muchas flores que vemos  
andar agora en la corte!

MARCELO. ¿Flores de qué?

FABIO. Yo me entiendo  
No quiero hacerme malquisto.

MARCELO. ¿Flores en la corte, necio?

FABIO. Pues cuando aquellos señores  
los ramilletes prendieron,  
un jeroglífico fué  
de las flores deste tiempo.

MARCELO. Siempre en los grandes lugares  
ha de haber grandes excesos.  
Gracias al gobierno, Fabio,  
que son los malos los menos.  
Pero advierte que he pensado  
que en esta mujer tenemos  
contrahierba de Belisa.

FABIO. Es bella.

MARCELO. Escribirla quiero.  
Tú llevarás el papel.

FABIO. ¿Cómo?

MARCELO. Fingiéndote luego  
labrador de Leganés,

que eres marido diciendo  
desta bella labradora.

FABIO. ¿Y dónde hallaré los tientos  
de los claveles que pide?

MARCELO. En Madrid, con el dinero.  
Voy.

MARCELO. Y yo voy a escribir.

FABIO. Tente.

MARCELO. ¿Quién viene?

FABIO. Sospecho  
que es la mudable Belisa.

MARCELO. ¡Ay, Fabio! En mirarla, tiemblo.

(Salen BELSA e INÉS.)

BELISA. ¿Ya se acabaron las flores?

- Isa. Tarde llegar.
- BELESA. Tarde llegar!
- Isa. Aunque en ardiente lumbre  
que quedes en florido jardín.
- BELESA. En jardín?
- Isa. En jardín.
- BELESA. Al jardín? ¿Dónde?
- MARCELO. ¡Oh! Mi rama entre las flores?  
Dijo: ¡por Dios, que soy necio!  
que quedes en jardín florido  
esta hora en este punto  
porque es jardín medio día  
y el otro medio le venden  
rápido cuéllele las flores.  
Y anda, vuestra penitencia  
al alba en jardín de flores  
y la noche es campo seco.  
(Que marchale.)
- BELESA. Que se marchale.
- MARCELO. Se espanta, pero temo  
no dar vista a un galán  
ya que vos no me dais celos.
- BELESA. Que galán?
- MARCELO. Vos lo sabéis.  
Y pues que del no las temo,  
no es bien que de mí las tenga.  
Dadme un guardo.
- BELESA. Oí.
- MARCELO. No quiero.
- BELESA. Enchale, por caridad.
- MARCELO. Tanto que llueve, que cae.
- BELESA. Que, Fabio? Fabio, encuérale.
- MARCELO. No seas como tu dueño.
- Isa. Qué los dueños, que han de ser  
que se queden que pisen  
de mí ramos floridos  
sea a siete equidistantes.
- BELESA. Valgame Dios!
- Isa. Valgame Dios.
- BELESA. No valgame por cosa.
- BELESA. Que han de ser a siete equidistantes  
cuando es poco.
- Isa. Tanto.
- MARCELO. No puedo, no me  
por poco le es, Dios me libre.
- BELESA. ¿Por qué?
- Isa. Del amoroso  
y como un ángel del cielo  
se le viene del viento  
marcel, Marcel y otros nombres  
le trae con la palabra  
por poco vos le venís  
sustituido y conservado.
- BELESA. Y por nota, dos nombres.  
Atraca como en Madrid,  
discreta como en Toledo,  
como en Sevilla, amorosa  
y con te como en Marruecos.  
Yo he comprado una capines  
dos perdidos, tres ramones,  
un pernil de garrachosa  
y dos piernitas de carne.  
De los dichos ramilletes,  
por la presa no se cuenta  
que hasta pases de Cuarenta  
para la moneda feva.  
(Que marchale, con la broma sus  
tres galanes ocultos.)  
para cuatro platos distintos.  
Qué os he dado, ¿me respondéis?  
(Y es esta noche la noche?)  
Esta y otras cosas como  
que es ginebra de presa  
y entrecien estar de amor.
- BELESA. (Fina.)
- BELESA. Hecho todo.
- Isa. Bien le va.
- BELESA. Qué dices?
- Isa. Que más pronto  
le como por los platos.  
BELESA. ¡Ay! ¡Ay! el amor perdido!
- Isa. Como el amor, como el amor.  
BELESA. No, decíale que tiene  
era el amor.
- BELESA. Es verdad,  
pero como ante el amor  
está, cuando en la lengua  
de la cometa cubren,  
ante la cometa en amor,  
porque así se ama primero.  
Marcelo, que ahora me ha  
las disoluciónes los celos.  
Trasme más eroga tu  
luna, Marcelo, ramillete,  
tallado, porque Marcel  
se volva de amoroso.  
Ahí me Fabio de encubrir  
en verso, como del amor.  
(Que hay la presa al amor.)  
-Marcel, Marcelo y otros nombres  
traje como en Madrid,  
discreta como en Toledo,  
como en Sevilla, amorosa  
y con la presa en Marruecos.

Esta noche, disfrazada,  
iré a su calle, y si veo  
que es verdad lo que éste dice,  
puertas, rejas, aposentos,  
cena, mujer y criados  
han de rodar por el suelo.  
¿Qué dices?

INÉS.

BELISA.

Que soy mujer,  
y que distancia ponemos,  
desde resolver a obrar,  
como desde el rayo al trueno.

(Salen ROSELA y CLARA, en su casa.)

CLARA. ¿Qué gentil talle tenía!

ROSELA. A lo menos, ¿qué cortés,  
Clara, amores me decía!

CLARA. Intenté saber después  
quién era y dónde vivía;

ROSELA. pero nunca me atreví.  
Agrádanme, Clara, a mí  
los hombres de aquella traza.

CLARA. ¿Que se vendan en la plaza  
hombres también!

ROSELA. ¿Cómo así?

CLARA. Pues ¿no le hallamos en ella?

ROSELA. Sí, pero no le llevamos.  
Porque eso fuera ir a ella  
por flores, hierbas y ramos,  
y con fruto volver della.

(Sale LIDIO, criado.)

LIDIO. Aquí trae un labrador  
unos tiestos de claveles.

ROSELA. ¿Labrador?

LIDIO. Y hombre de humor.

(Sale FABIO, de labrador.)

ROSELA. Entre.

FABIO. ¿Qué villano Apeles  
pudo retratar mejor?

¿Cuál de sus mercedes es  
desta casa la señora?

ROSELA. Yo soy.

FABIO. Yo beso sus pies.  
Soy de aquella labradora  
del lugar de Leganés  
su marido, con perdón:  
que porque andaba ocupada,  
en esta buena ocasión,  
en hacer cierta colada,

me dió a mí la comezón  
de traeros unos tiestos  
de claveles, tan compuestos,  
que a haber azucenas rojas,  
dijéradles, en las hojas,  
que eran azucenas éstos.

No ha producido tan bellos  
claveles, venid a vellos,  
el instrumento de Dios;  
pues, a no haber boca en vos,  
no hubiera color como ellos.

Si os diera un hijo, no hiciera  
más que en daros su hermosura.  
El olor siento acá fuera.

¿Qué inocencia!

En sangre pura  
los bañó la primavera.

ROSELA. ¿Eso pudo ser?

FABIO. Bien pudo;  
que un día que hizo menudo  
a las hojas se limpió,  
de quien el clavel salió  
teñido en sangre.

ROSELA. No es mudo.

FABIO. Esto dicen los poetas,  
que son bravos tintoreros  
de hacer rosas y mosquetas.

ROSELA. ¿Qué os he de dar?

FABIO. No hay dineros  
para flores tan perfetas.

Y Dominga no me habló  
en que los cobrase yo;  
porque dice que los juego,  
o topo algún diablo luego  
destos que no dicen "no".

Ella vendrá por acá;  
su merced se los dará.

ROSELA. ¿Tenéis hijos?

FABIO. Diez o doce.

ROSELA. ¿Tantos?

FABIO. Y aun así me goce,  
que encinta Jimena está.

Que, como tan mal cenamos,  
que es causa de no dormir,  
bien desvelados estamos.

Mas yo tengo que os pedir  
si hacia aquí nos retiramos.

ROSELA. ¿Cómo?

FABIO. De un galán novel  
traigo aquí cierto papel  
para dar a su quillotra;  
que, escarmentado de otra...  
¿Quiere ver lo que hay en él?

RAMON. — ¿Qué más idealismo?  
 CARO. — 50.  
 ROSALBA. — ¿Pues qué?  
 CARO. — ¿Cuántos minutos?  
 ROSALBA. — ¿Cuánto pague y pague.  
 RAMON. — ¡Hala!  
 CARO. — No hay que pagar nada.  
 ROSALBA. — ¿Que no me pague nada?

(Luz de luna.)

— ¿Por qué quedáis los muchachos de noche por las esquinas que son habida cuenta que es de noche hasta de cuando?

CARO. — ¿Hasta qué hora de la noche?  
 ROSALBA. — ¿Hasta qué hora de la noche?  
 CARO. — ¿Hasta qué hora de la noche?

ROSALBA. — ¿Qué más?  
 CARO. — ¿Qué más?  
 ROSALBA. — ¿Qué más?  
 CARO. — ¿Qué más?  
 ROSALBA. — ¿Qué más?

CARO. — ¿Qué más?  
 ROSALBA. — ¿Qué más?  
 CARO. — ¿Qué más?  
 ROSALBA. — ¿Qué más?  
 CARO. — ¿Qué más?  
 ROSALBA. — ¿Qué más?

ROSALBA. — ¿Qué más?  
 CARO. — ¿Qué más?  
 ROSALBA. — ¿Qué más?

CARO. — ¿Qué más?  
 ROSALBA. — ¿Qué más?  
 CARO. — ¿Qué más?

ROSALBA. — ¿Qué más?

— ¿A qué hora de la noche?  
 CARO. — ¿A qué hora de la noche?  
 ROSALBA. — ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

— ¿A qué hora de la noche?

sin dar a entender que vengo  
a su calle, ni a su casa,  
saber lo que pasa dentro.

INÉS. Pues ¿no te ha de dar más pena?  
¿No sabes que los discretos  
nunca escuchan?

BELISA. Muy bien dices;  
pero es el amor muy necio.  
Aunque, si verdad te digo,  
como ya por mí lo siento,  
poco entendimiento tiene  
quien no quiere bien, con celos.  
Son celos despertador  
del amor rendido al sueño,  
que inquietan alma y sentidos  
al continuo movimiento.  
Dice la memoria a amor:  
"Hasta tal hora me duermo",  
y él, cuidadoso, a la misma  
los celos le pone luego;  
llega el punto, da la rueda  
y quedan juntos, despiertos,  
alma, potencias, sentidos,  
levantándose al remedio;  
porque en viendo que otro alcanza  
el lugar que yo merezco,  
poco entendimiento tiene  
quien no quiere bien con celos.  
Esta es la casa. ¡Ay de mí,  
de mi Marcelo, o martelo,  
y aun de mi martirio, o mar  
donde me abraso o me auego!  
Llama, llama.

INÉS. ¿Estás en ti?

BELISA. La noche, su manto negro  
desguarnecido de estrellas  
tiende en los hombros del cielo.  
Ella nos cubre, no importa.

INÉS. Ya he llamado; y tan suspenso  
está el aire, que responde  
en lo más lejos el eco.

(Saca la cabeza FABIO.)

BELISA. ¿Suspenso?

FABIO. ¿Quién está ahí?

INÉS. Fabio, yo soy.

FABIO. ¿Quién diremos?

INÉS. Inés.

FABIO. ¿Qué Inés?

INÉS. La de antaño.

FABIO. ¿A tales horas? ¿Qué es esto?

INÉS. Di a Marcelo que está aquí  
Belisa.

FABIO. ¡Guarte aca, negro!

¡Vive Dios, que me matase!

Dile que se vaya luego;

que si lo sabe Cardenia,

tarde o nunca cenaremos.

BELISA. ¿Qué es esto, pícaro infame?

¿Sabes que soy yo quien llevo

a tu puerta? ¿Qué Cardenia

es ésta? ¡Abre aquí, abre presto!

FABIO. ¿Cómo abrir? Cierro y me voy;

que están cenando, y yo tengo

a mi cargo la bebida.

INÉS. Fnése.

BELISA. Y yo me estoy muriendo.

(Dentro, FABIO.)

FABIO. Dice Cardenia que está

la bebida como un fuego.

Da prisa a la cantimplora.

Daca esas tortadas, Pedro.

¡Ea!, apercibe los postres.

BELISA. ¿Los postres? Pues sean mis celos.

INÉS. ¿Coces das?

BELISA. ¡Y he de romper  
la puerta!

(Sale MARCELO.)

MARCELO. ¡Paso! ¿Qué es esto?

BELISA. Esto es honra.

MARCELO. ¿Quién es?

BELISA. Yo.

MARCELO. Pues ¿de cuándo acá tenemos  
estos bríos?

BELISA. Desde ahora.

MARCELO. Vete con Dios, que es mal hecho

que tú pierdas de quien eres

y yo pierda, por tus celos.

el crédito que tenía

con los padres y los deudos

desta dama que está aquí;

que han venido a los conciertos

del casamiento que trato.

BELISA. ¿Que tú tratas casamiento?

MARCELO. Como tú con quien te sirve.

BELISA. Pues ten, Marcelo, por cierto

que antes que llegue a mi casa,

me he de matar; porque creo

que mi llanto y tus agravios

servirán de lazo estrecho

al cuello que de tus brazos

pensó hacerle en algún tiempo.



MARCELA. No (entre. Berta más que todo, por movimiento de Pablo para abrigarle).  
 Entró, y véase en silencio toda la casa: ¡ah! no hay Cardenas, ni en sus domos alma y espanto que a ti. ¿Qué me hay, ciego?

BERTA.  
 MARCELA. Entró ya a ver.

BERTA. No, que me voy.

MARCELA. Oye, hermana.

BERTA. No hay que hablar, ¡muerto aquí con todos! ¿no ves qué dolor de las venas me demerita?

MARCELA. Muy bien, pero no me jure. Pero, ¿cómo voy ahora? Ramillete de Madrid a vosotros, bien conocidos.

## ACTO SEGUNDO

(Entre Otavio y Berta)

RUELA

En fin, a la hora te desmorona este jardín de can?

OTAVIO

Tener apelo.

para el abril a las tres y media,  
 por que, los años se resquebrajan por el  
 no solo a la hora a la hora,  
 muestra la hora de la hora.  
 Ya, como el tiempo, ya, como el tiempo,  
 y con los puntos que traen los años.

RUELA

¿En qué hora te muestra la hora?

OTAVIO

Aquí, en la ciudad de los años,  
 la hora, como por los años,  
 con los puntos, como por los años.

RUELA

Yo, si la muestra de los años,  
 como el punto de la hora, como por los años,  
 (Entre los años).

OTAVIO

¿Qué punto, como?

RUELA

¿Más que la hora del punto, como?

OTAVIO

¡Ah! es también que dice, como  
 que era una hora, como por los años,  
 Pero, como ya, como por los años,  
 a las horas, como por los años,  
 que, como, como, como, como, como.

(Entre Clara)

CLARA

Aquí, como, como.

OTAVIO

Para, como, como.

¿Qué, como, como, como?

MARCELA

(Entre Berta)

Por, como, como, como, como,  
 como a la hora, como, como, como,  
 y esa, como, como, como, como,  
 como, como, como, como.

RUELA

Bien, como, como.

MARCELA

¡Oh, como, como, como, como, como,  
 Yo, como, como, como, como,  
 como, como, como, como,  
 como, como, como, como, como.

Aquí, como, como, como, como,  
 como, como, como, como, como,  
 como, como, como, como, como,  
 como, como, como, como, como.

Como, como, como, como, como,  
 como, como, como, como, como,  
 como, como, como, como, como,  
 como, como, como, como, como.

Ya, como, como, como, como, como,  
 como, como, como, como, como,  
 como, como, como, como, como,  
 como, como, como, como, como.

(Entre)

¡Hoy, como, como, como, como!

MARCELO.

Para Madrid son flores delicadas;  
pero tendrán al hielo resistencia.

OTAVIO.

Yo pienso que serán las cuatro dadas.  
Trazad los cuadros, mientras yo voy fuera.

MARCELO.

Hallaréis vuestras armas dibujadas.

OTAVIO.

¿No haremos una fuente?

MARCELO.

Si tuviera

noria, yo la formara tan curiosa,  
que se parara el sol cuando corriera.

OTAVIO.

Pues yo la haré, por ver tan nueva cosa.

(*Váyase.*)

ROSELA. ¿Adónde pensáis fundar,  
Andrés, aqueste jardín?

MARCELO. Aquí lo veréis; que, en fin,  
de vos le pienso imitar.  
Naranjos, por el azahar,  
no pienso poner en él;  
pondré, señora, un laurel  
para tan justa vitoria,  
si el fin de mi dulce historia  
me coronare con él.

Oíd, pues, que voy plantando  
el jardín de aqueste modo,  
porque en vuestras partes todo  
le voy, señora, imitando:  
vuestra frente me está dando  
coronas de rey hermosas;  
vuestras mejillas, las rosas  
estrellamares, o estrellas  
vuestros ojos, y estas bellas  
manos, mosquetas lustrosas.

Claro está que he de tomar  
de vuestra boca el clavel:  
habrá de coral plantel  
como le tiene la mar;  
con temor se ha de calar,  
no quiero nieve pedirós:  
mas, si puedo persuadiros,  
veréis crecer sus despojos  
con el agua de mis ojos

y el aire de mis suspiros.

Quisiera también poner  
algún cuadro de esperanza;  
pero mi desconfianza  
dice que se ha de perder,  
pues sembrar y no coger  
es perder tiempo y caudal;  
pero ya piensa mi mal  
hacer en este jardín  
una fuente en un delfín,  
que es de tormentas señal.

Dad vos licencia a mis ojos  
para que, vueltos en fuentes,  
fertilicen sus corrientes  
las plantas de mis enojos.  
Vuestros serán los despojos,  
las labranzas serán mías;  
y si, tras tantas porfias,  
algún bien el alma alcanza,  
será ejemplo mi esperanza  
de lo que pueden los días.

ROSELA. ¿Qué es lo que decís, Andrés?  
¿Cómo habláis tan cortesano?  
¿Sois caballero, o villano?

MARCELO. El amor nunca lo es.

Con este disfraz intento,  
y con honesta afición,  
poner en obligación  
vuestro libre pensamiento.  
¿Aún no me habéis conocido?  
¿Sois Marcelo?

ROSELA.  
MARCELO.

El mismo soy;  
que tras mis engaños voy,  
sin esperanza, atrevido.

ROSELA. Pues ¿qué habéis hallado en mí  
para tal atrevimiento?

MARCELO. Pensar de mi pensamiento  
que os puede obligar así.

Donde no tiene interés  
lugar, la industria es el medio  
mejor, si vos al remedio  
queréis acudir después.

Dentro estoy de vuestra casa,  
jardinero en ella soy.

ROSELA. Temblando, Marcelo, estoy;  
todo me hiela y me abrasa.

Si os considero atrevido,  
luego os miro enamorado;  
si enamorado, arrojado,  
y si arrojado, perdido.

Dejaros de agradecer  
lo enamorado, no puedo;  
lo atrevido, me da miedo.

resaca en el agua, tener

El agua, tengo de ahogar  
en la arena, pero no está  
pájaro, cuando aquel hombre  
fuerá bastante seguro.

¡Pero, cuando fuerá seguro,  
se dará nada de poder  
cuando fuerá más seguro  
al que se atreve, al menos.  
No fuma, mejor, qué fuma  
a tal punto, a a tal hombre!

MARCELO

ROSA

Tu me  
que los acabo a presentando  
que lo de ser la conciencia  
no que cuando quise, se acabo  
MARCELO Si más, cuando quise, se acabo,  
y siempre en el agua, en  
que, cuando, y cuando  
y ya le tengo, cuando  
¿qué teudo?

ROSA

Que se en el agua,  
no de un mal, cuando  
que de mucha, cuando  
y en el agua, y en el agua,  
MARCELO En el agua?

(Entra el MARCELO, ROSA y TINA)

ANTONIO

Pero, que, cuando  
que, cuando, cuando  
MARCELO Pero, que, cuando

TINA

¡Pero, que, cuando, cuando,  
cuando, cuando, cuando,  
cuando, cuando, cuando,

Y, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando

De, cuando, cuando, cuando,  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando

ROSA

MARCELO

¡Pero, que, cuando, cuando,  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

TINA

que, cuando, cuando,  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando

ROSA

que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando

TINA

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando  
que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

MARCELO

que, cuando, cuando, cuando

TINA

que, cuando, cuando, cuando

que traerás espada muda,  
de las que responden bien?

FINEO. Póngome deste hombre al lado,  
aunque no soy contra ti,  
por que des, Lisardo, en mí,  
como hombre noble y soldado:  
no porque no es mi enemigo  
éste que tuyo lo es,  
pero porque no le des  
sin armas.

ALFÉREZ. Lugar te pido  
para matar un traidor  
que con algún pistolete  
eso mismo se promete,  
en forma de labrador.

MARCELO. Que no le traigo es sin duda,  
ni de matarte deseo,  
puesto que agravio tan feo  
a todo engaño me ayuda.

El haber entrado aquí  
diré a aqueste caballero,  
porque ni puedo, ni quiero  
decirte la causa a ti.

FINEO. Sosegaos, ¡por vida mía,  
Alférez!, que él me hablará.

ALFÉREZ. Conmigo, ¿qué no podrá  
vuestro amor y cortesía?

Mas no he de poner la espada  
en la vaina hasta saber  
lo que éste pretende hacer;  
pues es cosa declarada  
que ha venido de Milán  
sólo a matarme.

FINEO. No sé.  
Apartaos; yo le hablaré.

MARCELO. ¡Buenos mis sucesos van!

Yo soy, ¡oh ilustre y noble caballero!,  
pues que de hoy más os deberé la vida,  
a quien Madrid Marcelo de Vivero,  
por conocidas armas, apellida.  
En medio del amor más verdadero  
que cupo en alma de su ardor vencida.  
me fui a Milán, por ver tan variable  
la condición de la mujer mudable.

Cuando la visitaba, la pesaba;  
cuando faltaba un hora, me escribía;  
cuando no la buscaba, me buscaba,  
y cuando la olvidaba, me quería.  
Si algún regalo o joya la enviaba,  
sin descubrirla, a mi poder volvía.  
Canséme, y fuíme a ver si, entretenido,  
hallaba a un largo amor un breve olvido.

Sucedíome la historia con Lisardo  
que habréis sabido ya: volvine a España,  
y cuando abrazos, como ausente, aguardo,  
de que a otro quiere bien me desengaña.  
No me hallé para celos tan gallardo,  
que no tengo en sufrillos buena maña:  
dejé la empresa, y di en buscar un medio  
que fuese, con amor, de amor remedio.

Vi del Alférez la famosa hermana,  
entre las hierbas y diversas flores  
que, sin sembrallas, ve toda mañana  
en su plaza, Madrid, de mil colores;  
dijele amores, fué esperanza vana;  
pero, después de algún papel de amores,  
con aquesta invención entré en su casa.

FINEO.

¿Esto es verdad, en fin?

MARCELO.

Sólo esto pasa.

Porque si ser hermana conociera  
del Alférez, la calle no pasara;  
porque, cuando agraviado me sintiera,  
campos tiene Madrid, y él me buscara.  
Si amáis su hermana, nunca el cielo quiera  
que, debiéndos la cosa que es más cara,  
os quite vuestro gusto, pues ya intento  
volverme a mi primero pensamiento.

Belisa, aquesta dama que os decía,  
anoche me buscó, muerta de celos  
de una Cardenia a quien querer fingía  
por dar justa venganza a mis desvelos.  
Decid a vuestro amigo...

FINEO.

(¡Ay, suerte mía!

Su enigma declararon mis recelos.)

MARCELO.

Que esté seguro, aunque no soy muy sabio,  
de que no tengo que vengar mi agravio.

FINEO.

Alférez, retiraos aquí conmigo.

ALFÉREZ.

¿Qué dice ese hombre?

FINEO.

Más que yo quisiera.

ALFÉREZ.

¿Por qué razón?

FINO.

Porque es quien yo temía,  
y a quien hecha tanta ansia tenía.

ALFÉREZ.

¿Comes tan mal de quien te está celoso?

FINO.

¿Comerá con las comas la de la agria  
comalona? Unas, que se adora  
y que muere, de mal a la calle,  
vive a la casa y mal ruido su calle.

ALFÉREZ.

Pues ¿no será mejor que la matemos?  
Cualquiera que sea.

FINO.

Ya no es justo,  
pues quien a otro sus secretos tra,  
ya por amigo entonces le tenía.  
Pues ¿cómo puede que mate un hombre  
cuando ve de su amigo tan hambre?

ALFÉREZ.

En la corte buscaré firmada,  
tanto el ver a la raven de estado,  
con un comididad más elegante?  
Mas ¿cómo no pensar más adelante  
en cosas de su casa y del estado?  
Puede matar ese hombre que ha venido  
a matarme a traición?

FINO.

El no sabía  
que tiene nuestra casa.

ALFÉREZ.

¿A qué venía?

Porque también se casa temerán  
dichos con tanta tan contraria  
a la verdad y a la razón.

FINO.

Los cosas  
mucho han de ser. ¿Dichos?  
¿Dichos? ¿Dichos? ¿Dichos? ¿Dichos?  
¿Dichos? ¿Dichos? ¿Dichos? ¿Dichos?  
¿Dichos? ¿Dichos? ¿Dichos? ¿Dichos?  
¿Dichos? ¿Dichos? ¿Dichos? ¿Dichos?

ALFÉREZ.

¿A qué venía?

FINO.

¿Comerá con las comas la de la agria  
comalona? Unas, que se adora  
y que muere, de mal a la calle,  
vive a la casa y mal ruido su calle.  
¿Comerá con las comas la de la agria  
comalona? Unas, que se adora  
y que muere, de mal a la calle,  
vive a la casa y mal ruido su calle.  
¿Comerá con las comas la de la agria  
comalona? Unas, que se adora  
y que muere, de mal a la calle,  
vive a la casa y mal ruido su calle.

ALFÉREZ.

La cosa más celosa y temeraria  
me habéis contado, que creer pudiera  
si antes no voy a ver a la mujer.  
¿Que de mi padre, en esta? ¿Hay tal fuerza?

FINO.

¿Que de mi padre, en esta? ¿Hay tal fuerza?

ALFÉREZ.

La espada oscura y vete a la cama  
[FINO]

FINO.

Cayó. André que ya tenía licencia.

MARIANO.

Antes me hubiera a mí (jardín prometido)  
por su peligro ni encerrarme quisiera. [FINO]

FINO.

Ya he levantado una gran casa nueva,  
sólo me quedaba que dar a la casa.  
Mas dicen de que está así la casa  
para yo la grande y el hombre a casa. [FINO]

(Sale FINO a la casa de la casa.)

FINO.

MARIANO.

MARIANO.

No he podido

FINO.

comer a la casa grande.

FINO.

¿Comer a la casa grande?

FINO.

¿Comer a la casa grande?

FINO.

¿Comer a la casa grande?

FINO.

¿Comer a la casa grande?

FINO.

¿Comer a la casa grande?

FINO.

¿Comer a la casa grande?

FINO.

¿Comer a la casa grande?

FINO.

¿Comer a la casa grande?

FINO.

¿Comer a la casa grande?

pidiendo lo que le daña.

Es amor una pasión  
que pide, y yo así lo siento,  
un divino entendimiento  
para tener perfección.

No le vi tener en precio  
de hombre que poco alcanzase,  
ni discreto que olvidase  
tan a prisa como un necio.

Con esto, que no es por dar  
a mi ingenio vanagloria,  
doy a amor en mi memoria  
tanta fe como lugar.

Medio tratado tenía  
de Fineo el casamiento;  
mas mudó mi pensamiento,  
con los celos de aquel día.

Habla con Marcelo, hermano;  
cásame con él, ¡por Dios!  
que mejor entre los dos  
quedará el concierto llano.

Es Marcelo caballero.  
¿Ha mucho tiempo?

LISEO. No sé.  
BELISA. El nombre siempre lo fué.

LISEO. ¿De qué apellido?

BELISA. Vivero.  
LISEO. Y yo salgo a la fianza.

Pero has de saber, Belisa,  
que hay caballeros a prisa,  
a quien el nombre no alcanza.

¿Quieres ver por qué en España  
se pierden muchas ciudades?

BELISA. Entre muchas novedades,  
nunca la vi más extraña.

LISEO. Es gallardo advertimiento  
de un hombre de buen juicio.

BELISA. Alabarle tú es indicio  
de su buen entendimiento.

LISEO. Pues piérdense muy ligeros  
los lugares sin recato  
cuando los hombres de trato  
se meten a caballeros;

que en cesando en un lugar,  
lo que es la mercadería,  
desde una casa vacía  
hasta mil suelen quedar;

porque pueden enterrallo  
y clamorear a pino,  
en pasándose un vecino  
desde la tienda al caballo.

BELISA. Pues ¿piensas que es dese modo  
Marcelo?

LISEO. No lo sé yo.

BELISA. Tan noble, hermano, nació,  
que, por su linaje todo,  
es hidalgo desde Adán.

LISEO. ¿Que entonces hubo Viveros?

BELISA. A tan nobles caballeros,  
este principio les dan.

LISEO. Ahora bien: a hablarle voy.  
Recógete.

BELISA. Satisfecha  
de tu amor, voy sin sospecha.

LISEO. Tu hermano y su amigo soy.

BELISA. Mi vida en tu mano he puesto.

LISEO. De las partes deste hidalgo,  
hermana, al crédito salgo.  
Con el "sí" volveré presto.

(Vase BELISA. Salen FINEO y CELIO.)

Fineo es éste.

FINEO. El hermano  
está aquí de mi Belisa.

CELIO. Harto bien tu amor avisa  
a lo cuerdo y cortesano.

FINEO. ¿Luego entiende mi afición?

CELIO. Pues ¿qué afición no se entiende?  
El que ama, y el que pretende,  
y el que teme, ciegos son.

Quien ama, poniendo fe:  
quien pretende, porque espera;  
quien teme, porque le altera  
cualquiera sombra que ve.

FINEO. ¡Oh, Liseo!

LISEO. ¡Oh, mi Fineo!

¿Qué hay de bueno por acá?  
Veros, que ha mil tiempos ya  
que en ninguna parte os veo.

¿Hay amor?

LISEO. No amé jamás.

Y ya pasó, si algo fué.

FINEO. ¿No jugáis?

LISEO. No tengo qué,  
y hay muchos que saben más.

FINEO. ¿Vais a la comedia?

LISEO. No;

porque no me siento en parte  
donde no traten del arte  
que ha mil años que pasó.

Yo voy no más de a escuchar:  
buena o mala, al fin se acaba.

Pero, ¿cómo me olvidaba,  
viendo que os habéis de holgar,

de pedirlos que me deis  
el parabién de una boda,



jura que ni casa toda  
 con vuestra persona hureta /  
 ¿Habéis casado?

FINO

LINO

Nu-  
 aunque en Madrid bien pudiera  
 pues hay virtud que me diera  
 más fama que tener ya

Mirad qué pretito en su casa  
 puede crecer también

FINO

Bien mereo el por bien,  
 si vuestra fortuna se casa  
 que es un laurel en bellota  
 y en laguna singular  
 quien más pudiera imitar  
 su pura naturaleza

Pero ¿quien es el dador?

LINO

La Marcha de Vivero,  
 un gallardo caballero,  
 un hombre generoso,  
 bien visto en este lugar

FINO

LINO

Ya le conoces. (Ay de mí!)  
 Belia le quiere aún  
 ya no le puedo estorbar

FINO

Ni era. Lino, advertid:  
 Cañilla es lo mejor  
 que dando es tenerlo amor  
 lo más está concertado.  
 Marcelo le visita bien  
 a vuestra merecimiento

LINO

FINO

¿Qué más? Así lo mereo  
 Conociendo y al también  
 que él y sus padres desearon  
 a la gran casa de Dios

LINO

FINO

Puede ser cosa en el día  
 las cosas le van de bien  
 (Habrále hablado)

LINO

A eso voy  
 osario de este aire  
 bien resuelto

FINO

LINO

¿Qué haré  
 Por daros la buena noticia  
 (Mirad qué algar)

FINO

LINO

Dad en verdad  
 Puerta de Vivero, advertid  
 más allá que Anacleto está  
 descomulgado y no esperamos  
 más de él que que él pidiere  
 que de las ventanas, para  
 volver la vista, han sido  
 tal de vuestras ventanas  
 y como que están en punto  
 advertid, Belia, al día

de la seguridad si al hijo  
 que tiene un collar hasta  
 Si quiere entremeterse  
 piedras, diémosle y también  
 ya se diré toda mi historia  
 barriendo el papel en agua  
 Odi, vijar, odi, barriendo

LINO

FINO

¿Qué es lo que dice? Repara  
 en la gente que se escucha  
 ¿Por qué me has llamado en casa?  
 Quisiera veros a todos  
 en casa. Belia, en verdad  
 como la esposa al día con el día  
 ¿Os recorda a Belia? ¡Basta!  
 Procurad a Dios que el Alférez  
 a quien Dios le espada  
 la obra muere aquí de  
 que está la vida de la vida  
 Yo tuve la vida, yo

LINO

FINO

Fino, ya que los cosas  
 de mi amor a mí le obligan  
 en otra parte las pido  
 Vuelvo a casa y al tiempo  
 la vida es el desengaño  
 pero yo

FINO

Dijiste, Fino,  
 pidiere veros a todos  
 ¿Qué han a mi vida de saber  
 que los cosas en casa están  
 si en todo casa los cosas  
 dices cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?

LINO

FINO

LINO

¿Que cosas de la vida?

¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?

FINO

LINO

¿Que cosas de la vida?

FINO

¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?  
 ¿Que cosas de la vida?

LINO

¿Que cosas de la vida?

MARCELO.

Abraza

el hombre, amigo Fineo,  
que con mayor confianza  
puedes de su obligación,  
y conociendo que es tanta,  
ocúpame en tu servicio;  
que bien sé que es corta paga  
la vida, el alma, la hacienda;  
que la hacienda, aunque no iguala  
a estas dos, tal está el mundo,  
que el amigo que se halla  
que la pierda por su amigo,  
bien merece eterna fama.  
Gasten versos los poetas  
en su divina alabanza,  
y para que sepas tú  
si soy déstos, prueba el alma,  
en la voluntad, la vida,  
en la sangre y la esperanza,  
en la hacienda: que de todas  
puedes tener la que basta  
para saber que sabré  
hacer obras las palabras.

FINEO.

A tantos ofrecimientos  
para responder me faltan;  
pero aseguraros puedo  
de que en esa confianza  
os diré que me ha pesado  
de que fuese mi desgracia  
tal que amase yo a la prenda  
que es de vos tan estimada.  
Quisiera no haber nacido  
antes que ver que se casa  
con vos, pesándome a mí;  
que el amistad limpia y santa  
en los bienes del amigo  
se alegra, y ha de ser falsa  
la mía forzosamente,  
pues vivos celos me abrasan.

MARCELO.

Ya os dije, como sabéis,  
Fineo, en aquella casa  
que amaba a cierta Belisa  
antes que me fuese a Italia,  
y que por hallar, volviendo,  
de su amor tanta mudanza,  
quise a Rosela, Rosela,  
de aquel mi enemigo hermana.  
Pero si vos la queréis,  
haré tan poco en dejalla,  
que no hablaré más en ella.  
¿Yo a Rosela?

FINEO.

MARCELO.

Imaginaba  
que el amistad del Alférez

sería por esa causa;  
que se usa en este lugar  
andar siempre los que agraviados  
unidos con los que sufren.

FINEO.

Mis desventuras. ¿qué aguardan  
que no dicen la verdad?  
¿Para qué mis celos callar  
¿Habéis topado a Liseo?

MARCELO.

FINEO.

No.  
Pues a buscaros anda,  
para casaros.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

MARCELO.

¿Con quién?  
¿Con quién? Con su bella hermana.  
¿Con Belisa?  
Con Belisa.  
¿Luego sois a quien amaba  
mientras estuve en Milán?  
Soy a quien el tiempo engaña,  
como a muchos que en mujer  
han puesto sus confianzas.  
Pues, ¡vive Dis!, que ha de ver  
amor la mayor hazaña  
de amistad que ha visto el mundo.  
Yo no os podré dar palabra  
de que no amaré a Belisa,  
que es carácter en el alma;  
mas si me busca Liseo  
y este casamiento trata,  
no me hallará, porque pienso  
hacer a Irún mi jornada,  
sirviendo al duque de Sesa,  
que al gran príncipe acompaña  
de Lerma y Denia, y con esto  
yo os cumpliré la palabra.  
Vos en mi ausencia podréis  
volver, Fineo, a su gracia,  
y ella, que al fin es mujer,  
hallará bastante causa  
para poderse mudar,  
y más ella, que es tan varia  
que no hay veleta en el mundo  
que sepa tantas mudanzas.  
Eso no es justo.

FINEO.

MARCELO.

FINEO.

CELIO.

FINEO.

Dejadme  
aquí, enfrente de su casa,  
que yo os hablaré despacio  
antes que a Burgos me parta.  
Vamos, Celio.

¿Qué te ha dicho  
Marcelo?

Es historia larga.

(Vase.)



MARCELO. Eso juro yo por Dios.  
 FABIO. Oye, ¿no hablamos los dos?  
 INÉS. ¿Qué quiere el que ya se va?  
 FABIO. ¿Qué te he de traer de allá?  
 INÉS. Mucho romadizo, y tos.  
 FABIO. Présteme para traello  
 su pecho, señora Inés;  
 verá lo que traigo Cello.  
 Mas pues al confin francés  
 voy, como galgo, del cuello.  
 dígame cualquier encomienda.  
 INÉS. Que a nadie le dé la paz,  
 aunque la costumbre ofenda.  
 FABIO. Yo le guardaré la faz,  
 a título de su prenda.  
 INÉS. Oye, si a Vizcaya va,  
 tráigame un poco de dicha.  
 (*Váyase INÉS.*)  
 FABIO. Nobleza y lealtad dirá.  
 MARCELO. ¿Hay más notable desdicha?  
 FABIO. Calla, que por bien será.  
 MARCELO. Bien o mal, yo he de cumplir  
 mi obligación, o morir.  
 FABIO. ¿Qué galas has de llevar?  
 MARCELO. ¿Si me llevan a enterrar,  
 qué me tengo de vestir?  
 FABIO. Deja locuras cansadas.  
 MARCELO. Yo me voy por mis jornadas  
 a la muerte.  
 FABIO. ¡Oh, moscatel!  
 ¡Vivan Ana, y Isabel,  
 las dos estrellas trocadas!  
 (*Salen LISARDO y ROSELA.*)  
 ALFÉREZ. Debajo de juramento  
 te he contado lo que pasa.  
 ROSELA. ¿Que hay tesoro en nuestra casa?  
 ALFÉREZ. Con nuestro viejo avariento  
 este mancebo engañado  
 han hecho el concierto.  
 ROSELA. En fin,  
 fingen hacer un jardín  
 para tenerle cerrado.  
 ALFÉREZ. Quieren con esa invención  
 sacar el oro encubierto.  
 ROSELA. Pues ¿tú tiéneslo por cierto?  
 ALFÉREZ. Los moros de la expulsión  
 dicen que en España dejan  
 gran número de doblones,  
 porque no los corazones,  
 sino los cuerpos alejan.  
 Y pensando que algún día

los podrán volver a ver,  
 más los quieren esconder  
 que perderlos.  
 ROSELA. Ser podría.  
 Mas ¿dónde supo Marcelo  
 este secreto?  
 ALFÉREZ. En Milán.  
 ROSELA. Pocos secretos lo están.  
 Lisardo, al tiempo y al cielo.  
 Muy cierto debe de ser,  
 pues Marcelo se di-iraza.  
 ALFÉREZ. Habrán buscado esa traza  
 por no darse a conocer.  
 Otra vez, Rosela mía,  
 te encomiendo este secreto.  
 Adiós.  
 ROSELA. No es hombre discreto  
 el que de mujer los fía.  
 ¿Qué te parece de haber  
 fingido Marcelo amor  
 para encubrirse mejor?  
 CLARA. Que no será yo mujer  
 si dél y del bellacón  
 que con los tiestos venía  
 no me vengare algún día.  
 ROSELA. ¿Hay más extraña invención?  
 Oro encubierto buscaba.  
 CLARA. Como Juan de Leganés  
 venía vestido Andrés  
 y las estrellas contaba.  
 ROSELA. Toma los tiestos, y así,  
 con los claveles los echa  
 por la ventana.  
 CLARA. ¿Aprovecha  
 de alguna venganza?  
 ROSELA. Sí.  
 Que de quien traición me hacía  
 y con engaños me abraza,  
 no ha de quedar en mi casa  
 esperanza ni alegría.  
 La alegría en la color,  
 y la esperanza en lo verde,  
 para que jamás se acuerde  
 de su memoria mi amor.  
 (*Sale OTAVIO.*)  
 ¿Es éste mi padre?  
 CLARA. El es.  
 ROSELA. Corrida estoy.  
 OTAVIO. ¿No ha venido  
 Andrés?  
 ROSELA. ¿Qué Andrés? ¿El fingido?  
 OTAVIO. Pues ¿era fingido Andrés?



o, siendo mal nacido, ha dado en grave quien su secreto de mujer confía.

(Salen MARCELO y FABIO.)

MARCELO. A Burgos llegado habemos.

FABIO. Famosa ciudad.

MARCELO. La silla  
y cabeza de Castilla.

FABIO. La Corte en ella tenemos.

No falta señor o amigo.

MARCELO. Esta no puede llamarse  
ausencia.

FABIO. No es ausentarse  
traerse a Madrid consigo,  
ver del rey tantos criados,  
mercaderes y guanteros,  
sastres y de otros oficios,  
a quien no causa contento;  
que de los de su persona  
es infinito el proceso.  
A los músicos de cámara  
topé.

MARCELO. Por Dios, que me huelgo;  
que decían que el mejor,  
que el mismo Apolo era muerto.

FABIO. También he visto a Belardo,  
que decían que por medio  
se había quebrado un brazo,  
y debió de ser del peso  
de lo que tiene en las manos,  
pues es más que todo el cielo.

MARCELO. Hay en Madrid ciertos hombres,  
Fabio, que sueñan despiertos.  
Ellos se entienden.

FABIO. Mañana,  
según se dice, saldremos;  
que hoy ha salido la casa  
de aquel príncipe supremo,  
excelentísimo duque  
de Lerma.

MARCELO. Pasa en silencio  
tan alta grandeza, Fabio,  
que ni romanos ni griegos,  
desde César a Alejandro  
tal ostentación hicieron,  
de sola aquesta salida  
puede escribir, te prometo,  
un libro un historiador.  
Dos horas enteras pienso  
que tardó en pasar su casa.  
¡Qué plata, qué reposteros,  
qué orden, qué majestad!

FABIO. Vive Dios que estoy suspenso.  
No pensé envidiar jamás  
ser acémila yo, y creo  
que lo fuera, por cubrirme  
de plata y oro hasta el cuello.  
Mañana dicen que vamos  
a Quintanapalla.

MARCELO. Tengo  
escrita, Fabio, a Belisa  
una media carta en verso.  
Tú has de ir por la posta allá.  
Cien escudos te prometo  
si antes de llegar a Irún  
letra de Belisa veo.

¡Ea! ¿Qué me estás mirando?

FABIO. ¿Agora tenemos eso?

MARCELO. Esto has de hacer.

FABIO. Ahora bien;  
por ir a Madrid me huelgo.  
Mas porque de versos tratas,  
hoy en un corrillo dieron  
cuatro versos de una glosa  
a estos altos casamientos.

MARCELO. ¿Tienes el papel?

FABIO. ¡Pues no!

MARCELO. Muestra.

FABIO. Lee recio.

MARCELO. Leo.

“Por una enigma tan alta,  
triunfos España apercibe;  
pues dando lo que recibe  
le queda lo que le falta.”

¡Brava, por Dios!

FABIO. Es notable.

MARCELO. Y el tercer verso imposible.

FABIO. Yo lo tengo por posible  
a un ingenio razonable.

MARCELO. Pues yo la quiero glosar  
mientras a Madrid te envío.

FABIO. Si la glosas, yo te fío  
el premio.

MARCELO. Yo he de probar.

Busca posta, que en un día  
has de ver a mi sirena.

FABIO. Dios me la depare buena,  
como el médico decía.





*(Sale FABIO, con un sombrero francés, un fieltro viejo, unas botas y un azote.)*

*(Lea.)*

FABIO. Paz sea en aquesta casa.  
INÉS. Y será la paz de Judas.  
BELISA. Fabio.  
FABIO. Pues ¿aún no te mudas.

siquiera a ver lo que pasa?  
Tenemos ya novedad.

¿No te alegras de mirarme?  
¿De qué tengo de alegrarme?

Muy linda fiesta en verdad,  
ver metido un salchichón  
en un fieltro y un sombrero.

Buenas albricias espero,  
pues cuarenta leguas son  
las que he venido hasta aquí  
por arte del diablo.

Muestra  
la carta.

Es desdicha nuestra  
no hallar jamás gracia en ti.

¿Dónde queda tu señor?

*(Abra.)*

Camina a Fuenterrabía,  
y yo pienso que podrá  
por mí decirlo mejor.

Que cuatro postas arreo,  
más que postas, mecinas,  
me han dejado más ruinas  
que al Romano Culiseo.

*(Lea.)*

“Belisa, yo voy sin ti,  
pero con tantos cuidados,  
que ellos me llevan a Burgos,  
pues yo no siento los pasos.  
Si creo que voy conmigo,  
son ilusiones y engaños,  
pues mientras más tierra piso  
más atrás me voy quedando.  
Desdichado por tu ausencia,  
piso de Lerma los campos,  
el primero que en el mundo  
llegó a Lerma desdichado.”

No lo entiendo.

Dice bien,  
porque a príncipe tan alto  
nadie le vió que no fuese  
dichoso.

Bien dicho, Fabio.

“No sé qué traigo sin ti.  
mas pienso que celos traigo,  
infame para sufrillos,  
terrible para nombrillos.  
¿Qué importa que en Madrid que-  
lugar donde salen tantos, [den,  
si queda en él uno solo  
que es causa de mis agravios?  
Huélgome que es hasta Francia  
la jornada que llevamos;  
que quiero sacar de España  
amor tan desatinado.  
Traducir pienso en París  
la historia de mis cuidados  
de castellano en francés  
por que no la entiendan tantos;  
que aún hay en él hermosuras  
que con firmeza han quedado  
desde que lloró Belerma  
un corazón tantos años.”  
No leo más.

¿Por qué no?

Porque sólo le ha faltado  
a cada copla de aquésta  
¡ay, ay, ay!

Rigor extraño

Pues, Fabio, si allí hay Belermas,  
dile a tu dueño engañado  
que en Madrid hay Durandartes  
menos firmes y más sabios  
que dan corazones de oro  
con diamantes, que más años  
duran, y con más provecho;  
y si no, pide un traslado  
al célebre don Luis  
de Góngora, que guardado  
dijo que tuvo Belerma  
ese corazón siete años  
envuelto en un paño sucio.

Luego bien nos vendrá a entram-  
¡ay, ay, ay! [bos

A escribir voy.

*(Vasc.)*

Inés, ¿qué es esto?

Es el diablo,

Fabio, que anda en Cantillana.

Pues, Inés, exorcízallo  
con el hisopo del cura  
que fué sacristán de faunos.



LUCINDO.

Como sus naturales,  
se preciarán sus aguas de leales.

\* MARCELO.

Del duque de Pastrana  
trae música el barco, vizcaína.

LUCINDO.

En lengua castellana  
cantan.

MARCELO.

Del barco sale a la marina.

LUCINDO.

Ya de España el monarca,  
con la reina, también entra en la barca.

*(Si quisieren la podrán hacer, y dará vuelta con las dos personas reales sentadas, y toda cubierta de árboles; la música saldrá de vizcaínos, y el baile, de tres vizcaínas, con panderos, y un vizcaíno que las guíe.)*

Sea bien venida  
la reina linda,  
sea bien venida;  
venga el sol de España  
muy en hora buena,  
nora buena venga  
la linda señora.  
Sea bien venida  
para ser aurora,  
sea bien venida  
de Francia dichosa.  
Sea bien venida,  
Guipúzcoa la adora;  
sea bien venida,  
provinciana toda,  
que no vizcaína;  
sea bien venida  
la reina linda,  
sea bien venida.  
Filipe divino  
venga norabuena;  
los franceses lirios,  
vengan norabuena,  
junte a sus castillos,  
venga norabuena;  
que duren mil siglos,  
venga norabuena;  
mas no vizcaíno,  
guipuzcoano sea;

venga norabuena,  
norabuena venga,  
venga norabuena.

*(Muden el son a folias.)*

Zure, vegi ederro  
enel astaná  
cativaturic nave  
librea ninzaná (1).

*(En bailando esta folia diga una: "Zatoz, zatoz", y respóndale: "Zatoz, andrea, yay, yay, andrea, zatoz, cuequin", y otra diga: "Vay, jaina" (2), y éntrense con regocijo. Salen ROSELA y OTAVIO.)*

OTAVIO.

En tanto tiempo, ¿puede ser, Rosela,  
no parecer Marcelo, muerto o vivo?  
Sin duda, de tu hermano fué cautela.

Yo, como en bronce, en la memoria escribo  
la ofensa vil del que una vez me engaña,  
y para la venganza me apercibo.

¿Para qué vino este soldado a España?  
¿Qué hace aquí?, pues ya sufrir no puedo  
que tenga el ocio por heroica hazaña.

Si fué a Milán don Pedro de Toledo,  
favor le diera yo con su excelencia.  
La patria siempre dió pereza y miedo.

Débele de agradar la diferencia  
de los gustos y amigos de la corte,  
y no querrá sufrir su larga ausencia.

ROSELA.

¿Quién habrá que tu cólera reporte,  
tan diferente de lo que él merece?

OTAVIO.

¿Qué tiene aquí que hacer que a nadie importe?

El venir de Milán nos encarece,  
y viene con Marcelo por tesoro,  
que en forma de villano se me ofrece.

No dudes tú de que han partido el oro.

(1) Hartzenbusch pone esta traduccion:

Cara y ojos hermosos,  
amada mía,  
me tienen cautivo,  
siendo libre.

(2) También traduce Hartzenbusch esto:

"Vente, vente, Vente, mujer. Si, si, mujer, vente  
connmigo. Si, señor."



que si le busqué por mí,  
 agora por ti me toca.  
 ¿Tal maldad he de sufrir?  
 ¿Dónde tienes el papel?

ROSELA.

Aquí.  
 Muestra. Si nació  
 con honra verás agora.

ROSELA.

La que tengo vive en ti.

(Salen LUCINDO, MARCELO y LAUSO.)

LUCINDO. La glosa ha sido extremada.

MARCELO. Por estar ya de partida  
 no pudo ser más lucida,  
 más vista y más castigada:

que las musas con espuelas  
 nunca fueron de provecho.

LAUSO. ¡Cómo habláis de satisfecho!

LUCINDO. Todas éstas son cautelas  
 para pedirnos agora  
 lisonjas.

MARCELO. Tenéis razón,  
 pues hijas las musas son  
 del silencio y del aurora;  
 y aquí ni le puede haber,  
 ni hay mañana en que escribir.

LAUSO. ¿Queréis volverla a decir?

MARCELO. Siempre os quiero obedecer.

Por una enigma tan alta,  
 triunfos España apercibe,  
 pues dando lo que recibe,  
 le queda lo que le falta.

Propuso España una enigma  
 de una estrella celestial  
 que un sol coronando anima  
 con una perla oriental  
 que el cielo por lumbre estima.

Francia, que la frente exalta  
 da triunfos y lirios de oro;  
 el blasón del sol esmalta  
 con darle otro igual tesoro  
 por una enigma tan alta.

Trocar quieren dos estrellas,  
 alegres, Francia y España,  
 yendo Júpiter por ellas,  
 y en el mar que a las dos baña  
 poner columnas tan bellas.

Alégrase cuanto vive  
 con las estrellas hermosas  
 que la blanca paz recibe,  
 y a las entregas dichosas  
 triunfos España apercibe.

No gozara del laurel

deste divino tesoro  
 a no tener para él  
 Ana celestial el oro  
 de lo que vale Isabel.

El mismo peso apercibe,  
 y en este cambio real,  
 donde la partida escribe  
 claro está que queda igual,  
 pues, dando lo que recibe,

llevan a Francia el aurora  
 que de Francia viene a España,  
 cuyos pies Madrid adora:  
 y así, España, en esta hazaña,  
 lo que le falta atesora.

Con esto a enigma tan alta  
 ha satisfecho Isabel,  
 que aunque su sol le hace falta,  
 en el que viene por él  
 le queda lo que le falta.

LUCINDO. Confieso sin invención  
 de envidia o lisonja vana,  
 que lo difícil allana  
 con toda satisfacción,

y que ese verso tercero  
 que imposible parecía  
 está más claro que el día.

LAUSO. Marcelo, un traslado quiero  
 para enviar a Madrid.

MARCELO. Vuestro es el papel y el dueño,  
 Marcelo. Fabio es éste. ¡Cielo! ¿es sueño?

Por palacio os divertid,  
 pues hay un año que ver  
 en sólo un aparador  
 del duque; que con temor  
 de ausente, aguardo a saber  
 nuevas de Madrid.

LAUSO. No sé  
 si allá asegure un ausente.

(Vanse, y sale FABIO.)

FABIO. Dame tú los pies.

MARCELO. Detente.

FABIO. Pues ¿qué, quieres darme un pie  
 después de tanta porfía,  
 de tales postas causada,  
 que traigo desmantelada  
 a toda Fuenterrabía?

MARCELO. Cartas presto.

FABIO. Una dirás.

MARCELO. Si es de Belisa, ésa sobra.

FABIO. Paso, que rompes la obra.  
 Parece que loco estás.



MARCELO. Quien inventó las incertidumbres  
de la vida de estar  
FABI. Arred habrán de estar  
de ante a tierra como puertas.  
Ninguna cosa daña  
un cortés por ellas,  
que más bien a las doncellas  
proporcionen paradas.  
Y así, puesto por sus temas  
aleja amante alado  
que el sobrecorrido quita  
no le den con otra arma.

MARCELO.

¡Juego de Dios en ella y en sus ojos  
juego de Dios en quien de suelta te!

FABI.

Halla bien de fuerte con estos  
que está en este mundo noche y día  
y los saliendo que es de tus amigos,  
la misma gente, con porfia  
de apartar, cual suele cuando dura,  
dura en vanamente a voces: ¡ura, ura!

MARCELO.

Una y otra, ¡crisál y vire, a fondo  
y la tanta más helada y fría  
a el alma de Dios, en quien el cielo  
pone la vida, él el sol se enfoca  
no me podrán temer ni dar consuelo,  
ni en el fuego y la desolada mar.  
Ya soy la esfera elemental, así pinto  
a la región adonde yo voy y me llevo.

FABI.

...Eso es lo que ya con tanta calma  
comprendo también? ¡Bueno, bueno, bueno!

MARCELO.

¿Comprendo, como sea, como que la vida  
que me pasa al lado de mi vida de la vida?

FABI.

Pues ¿qué es eso? ¡Hay, amigo, en la vida  
hay cosas muy buenas!

MARCELO.

FABI. Yo también.  
Y cuando estás aquí, ¿qué te pasa?

FABI.

...Tú a lo que estás?

MARCELO.

Tú a qué?

FABI.

Vive Dios, que yo he de ir a buscar  
para encontrar volver.

MARCELO.

No te pases como  
con el juego del mundo, porque sabes  
que ya a Madrid a ver la casaca.

FABI.

Y si no hay del mundo al lado  
además de mí en el mundo, ¿qué  
que hay fuera con estos la diestra?

MARCELO.

Te explicas a la forma la palabra.

Pues ya de las palabras puedes ver  
que la vida es la vida, y que la vida es la vida,  
y ver al el la vida que ya he de.

FABI.

¡Ahí ya, por Dios! ¿Dónde es el mundo?

MARCELO.

Muere de la vida, que la vida  
muere de la vida, que la vida  
muere de la vida, que la vida  
muere de la vida, que la vida  
muere de la vida, que la vida

muere de la vida, que la vida  
muere de la vida, que la vida  
muere de la vida, que la vida  
muere de la vida, que la vida  
muere de la vida, que la vida

FABI.

¿Dónde es el mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida

...Que la vida es la vida.

FABI.

¿Dónde es el mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida

MARCELO.

¿Dónde es el mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida  
a la vida del mundo, como de la vida

FINEO. que es lo demás confusión.  
Juzga la buena intención,  
y en el deseo repara.  
A mis parientes he dado  
cuenta deste casamiento,  
y todos con gran contento  
le han recibido y honrado.  
Con tu licencia, vendrán  
para hacer las escrituras.  
BELISA. ¿Cuándo tantas desventuras  
fin a mis penas darán?  
Pero bien, alma ofendida,  
podéis tener sufrimiento,  
pues aqueste casamiento  
ha de quitarme la vida.  
(Sale LISEO.)

LISEO. Aquí, hermana, cierta dama  
viene a darte el parabién,  
y podrá darle muy bien,  
pues la hermosura se llama,  
bien de la naturaleza.

BELISA. ¿Es deuda vuestra?

FINEO. No sé.

LISEO. Quién era le pregunté,  
ciego de tanta belleza,  
a un escudero o criado  
que del coche la sacó,  
y "Rosela, respondió,  
hija de Otavio".

FINEO. El cuidado  
de su hermano habrá nacido,  
que es el amigo mayor  
que tengo.

BELISA. Vengóse amor  
de mi mudanza y olvido,  
pues ni olvido ni mudanza  
puedo hallar contra Marcelo,  
ni entre montañas de hielo  
hallará mi amor templanza.

(Salen ROSELA y acompañamiento.)

ROSELA. A daros el parabién  
vengo; mas con más razón  
le da vuestra perfección,  
a quien os le da también.

Gozad del señor Fineo  
y las prendas que aquí están  
mil años, que sí serán,  
si son las de mi deseo.

Debo a Lisardo mi hermano  
el bien de veros.

BELISA. Dejad

complimientos y tratad  
en estilo humilde y llano.

FINEO. Esta es vuestra servidora.  
¿No dejaremos, Liseo,  
estas damas?

LISEO. Un deseo  
tan tierno que nace agora  
en los ojos de Rosela  
me mandaba detener.

FINEO. Bien puede llegar a ser  
mayor de lo que desea,  
porque a fe que es casamiento  
de más valor que pensáis.

LISEO. Si os caso y vos me casáis,  
pagaréis mi pensamiento.

FINEO. Daréle un tiento a su hermano

(Váyanse LISEO y FINEO.)

BELISA. Mucho me huelgo de veros.  
ROSELA. Yo tanto de conoceros,  
que lo encareciera en vano.

Acertáis en la elección  
de Fineo de tal modo,  
que en sus partes hay el todo  
de vuestra imaginación.

Años ha que el amistad  
que con mi hermano profesa  
nos dice con voz expresa  
su nobleza y su bondad.

Huélgome que vuestro empleo  
acertase en su valor.

BELISA. Ya presumo que mejor  
cupiera en vuestro deseo;  
que de suerte le alabáis  
que creo que habéis venido  
celosa, y si aquesto ha sido,  
a tan buen tiempo llegáis,  
que os le alargo desde aquí.

ROSELA. ¡Ay, Belisa! No penséis  
que habéis visto ni aun veréis  
el fuego que vive en mí.

Confieso que tengo amor;  
pero amor tan diferente,  
que ingrato, traidor y ausente  
le llora mi ciego error.

Y por que perdáis los celos  
y agradezcáis la visita,  
sabed que el alma me quita,  
por el rigor de los cielos.

un mancebo, un caballero  
que de la casa de Sesa  
es hechura, aunque profesa

un tintero, un plato y una.

Este que así lo venía  
entró en tal cosa a inquietarme  
puede haberme puesto a tomar  
tantos que mueran los.

Mirad si osaréis seguir  
de quien a esta hora  
el hombre.

BEATA. ¿Que me queréis,  
doncellos? No podéis darme  
con el corazón a un hombre  
que me malicia tanto.

ANITA. (Que grita.)  
BEATA. ¿Que me queréis?  
No osaréis en quien  
a Madrid como yo.  
Mas osaréis por lo todo  
(Sale María y Juan.)

FABR. Atrevimiento hay todavía.  
MARCELA. Ninguno, me temo temo  
BEATA. Esperad, que así se dicen  
los entredos de el asunto.

MARCELA. Yo soy.  
BEATA. ¿Hay atrevimiento  
con el hijo?

MARCELA. El hijo es mi.  
— porque, ¿por qué dices el plato  
que los hay de verdad?

BEATA. ¿Hay una  
alta entrada y espuesta?  
BEATA. repálate en Madrid.

BEATA. Si estáis bien, María, por favor  
quiero te encuentres a un castigo  
para hacer que no olvides.

(Sale Juan.)

BEATA.

(Trasero.)

QUE es esto?

BEATA. El plato que me da.

ANITA. Oh, Juan! Es una cosa.

MARCELA. Dime, ¿por qué te encuentras?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

BEATA. ¿Por qué te da?

ANITA. ¿Por qué te da?

una ciudad del diluvio  
entre arboledas y piedras.  
A las once, en fin, entró;  
la salva a las nubes vuela  
a castigarlas con humo  
lo que con las aguas pecan.  
Hubo Consejo de Estado  
por la mañana, y la puerta  
se dió a los franceses franca,  
que admiraron la grandeza  
del duque y la ostentación  
de aparadores y mesas,  
porque fué todo el camino  
tan grande, que se confiesan  
vencidos Cleopatra, Antonio,  
Jerjes, Alejandro y César.  
El obispo de Bayona  
y otra francesa nobleza  
que a la luna el pie besaron  
trataron de las entregas.  
Mas su Majestad, que estuvo  
hasta las doce con ella,  
salió a cenar, con indicios  
del dolor de tanta ausencia.  
Partió a Burgos, y con él  
fué el de Velada, Lisera,  
Flores de Avila, Almazán  
y el de San Román.

LISEO. ;Qué pena  
llevarían de sus galas!

MARCELO. Tiempo y ocasión les queda  
para mostrallas en Burgos.  
En fin, a las diez, la reina  
partió a Irún, donde comió,  
y se juntó la riqueza  
de grandes títulos, guardas  
y de la gente de guerra.

LISEO. ¿Quién fueron los que se hallaron  
para acompañarla?

MARCELO. Tiembla  
la imaginación, Liseo,  
así por tanta grandeza  
como porque justamente  
todos formarán mil quejas;  
mas remitiendo a los libros  
que difusamente puedan  
celebrarlos, oíd la cifra.

LISEO. Esa es disculpa y prudencia.

MARCELO. Cabeza desta jornada  
era el gran duque de Uceda,  
con poderes y recados  
que trajo desde Briviesca,  
príncipe que si la fama

contase sus excelencias  
faltaria tiempo al tiempo  
y a la edad plumas y lenguas.  
Gorguerán pardo vistió,  
cuajado de oro; no sepas  
más de que tuvo el vestido  
cuarenta libras de perlas.  
Cien mil ducados valía  
el cintillo.

LISEO. Bravas piezas.  
¿Qué caballo?

MARCELO. Rucio; y tal,  
que copete y clin pudieran,  
como quisiera esconderse,  
envolverle en blancas cerdas;  
el obispo de Pamplona,  
que acompañaba a la reina;  
el almirante gallardo  
y el galán duque de Cea,  
cuyas galas son sus años,  
que más se envidian y precian:  
el duque de Sesa...

LISEO. ¿Paras?

MARCELO. En Sesa mi lengua cesa.  
porque siendo dueño mío,  
dirán que es de amor licencia;  
mas tiempo me queda a mí  
en que celebrarle pueda  
sin que parezca lisonja.  
De mala gana le dejas.  
Es puerto de mis fortunas,  
y de mi remedio puerta  
donde puso mi esperanza  
con pluma de oro: "Aquí cesan".  
Para el duque de Pastrana,  
si tú no le conocieras,  
hurtara flores el campo,  
volvióse la silva en selva.  
El duque de Peñaranda,  
de cuyo padre se acuerdan  
repúblicas en la paz,  
ejércitos en la guerra;  
el de Maqueda, de quien  
dicen que el Africa tiembla;  
mas viéndole tan galán  
asegurará sus fuerzas.

LISEO. Bien.

MARCELO. El conde de Altamira,  
hoy la puso en las estrellas,  
y el mayordomo mayor  
que la reina a Francia lleva,  
duque de Monteleón.  
Mas mirad, musas, que llega

el gran rondo de Saldaña  
el rayo del sol de Lerma.  
Dadme versos, dadme flores,  
y vosotras, verdes vegas  
de Ojuna, alegraos de ver  
que Peña tan fiel suceda  
a tales padres y abuelos  
¿Que valas?

LIBRO

MARCELO

Las que al sol peñan  
cuando en el Oriente sale  
y el de la laguna, Cerda,  
que va fue real corona  
el de Olivares no deja  
pluma ni lengua a la fama  
con ser diamantes sus lenguas,  
el de Poyar Mirabel  
Paredes y Santisteban,  
Barajas, Arcos y Castro,  
Camara y Siete Iglesias  
capitanes de las guardas  
españolas y tolenses  
el conde de Villamor,  
bizarro en cualquiera empresa  
Cantillano que hasta Francia  
llevó española firmeza  
el comendador mayor  
de la gran cruz de Montosa  
y del Consejo de Estado  
el que mil reinos celebran  
¿Quién?

LIBRO

MARCELO

Don Agustín Mera,  
y del Consejo de Guerra  
don Diego Brachero, a quien  
Mula que rinde laurea;  
don Pedro Pacheco, castre  
e ingenio en gobierno y letras  
don Fernando, el de Carmona,  
presidente en el de Hacienda,  
don Ramón de Arellano,  
tan fuerte en la nobleza  
como en letras y virtud,  
y tan claro en todas ellas  
el gran padre confesor  
a quien, España venera  
por santo religioso;  
tanto los honra de guerra  
al combate del alcaide  
Pedro José Méndez Caceres  
Tales rimbombos que están  
en chisporroteo y densa

LIBRO

MARCELO

¿Llegó también don Antonio  
Barralmerán?

Vosotros

hacer competencia al sol  
¿Don Juan de Córdoba?

LIBRO

MARCELO

Llega

a tenerla de sí mismo  
en única gentileza.

LIBRO

MARCELO

¿Don Diego Chacón?

Bizarro

don don Juan de Saavedra  
que allí el galán se llamara  
si antes el galán no fuera;  
a don Francisco de Prado  
dar la nombre flores bellas  
de don Vicente Zapata,  
de don Francisco Brucheta,  
de don Fernando Verdigu,  
y de otros mil, si me diera  
licencia el tiempo, ya hablara  
mas será razón que sepa  
que don Antonio Betarte  
que los archeros generales  
fue lindísimo en todo,  
que siempre en todo se extremaba  
iba don Pedro Carrillo  
el de Pinto y Caracina,  
don Antonio de Toledo,  
y para cerrar la cuenta  
don Bartolomé Salvaterra;  
y porque el algunas quedara  
sin frecuencia que es costumbre,  
les doy palabra que serán  
bravamente celebrados.

LIBRO

MARCELO

¿Que dicen de las literas?  
Si me van las de la plaza, ¿Llevo  
primero don la mano  
del río, la vuelta a las aguas,  
para por allí la retorcida, escondida  
cubierta que divide los ríos  
a España y Francia, que encuentra  
barrido de las montañas,  
la que la fiera mata,  
las dos orillas raras  
talmente de nodos,  
don esas que mil caminos  
y gradas se tornan, rotas,  
con raras vueltas,  
estando las dos montañas  
y así don en parte son  
correspondiente a la guerra;  
partidos y unidos, los años  
entre los montes, lindes  
a modo de eslabones  
con sus caminos, divisiones,  
comunicación que se abren

y a todas partes abiertas.  
 Dos barcas chatas había  
 que gobernaban dos cuerdas  
 que a este sitio caminaban  
 sin otros remos ni velas.  
 Bajaron, pues, los de España,  
 por su parte, con la reina,  
 y los de Francia, Liseo,  
 con la divina princesa;  
 trájola el duque de Guisa,  
 y acompañando a su alteza  
 mucha nobleza de Francia  
 y brava gente guerrera  
 que estaba en dos escuadrones  
 sobre una montaña puesta,  
 y en las orillas del río  
 a este tiempo las trompetas,  
 las cajas, las chirimías,  
 las dos naciones alegran.  
 Entraron en las dos casas.  
 y a las dos barcas por ellas,  
 donde, en la mitad del río,  
 se vieron reina y princesa.  
 Habláronse, no lo oí;  
 luego dicen que el de Uceda  
 hizo su razonamiento  
 de aquella famosa entrega,  
 a quien respondió el de Guisa  
 lo mismo, en lengua francesa.  
 Escribióse todo así,  
 y al despedirse la reina  
 le dió una cruz de diamantes  
 a la señora duquesa  
 de Medina; volvió al fin  
 la barca a Francia con ella,  
 yo fuí a llorar, y mirando  
 en España la princesa  
 serenísima a los ojos,  
 di otro sol que el agua templa,  
 andaba encima del río  
 la paz, divina doncella,  
 con una túnica roja  
 y azul a jirones hecha,  
 sembrada de lirios de oro  
 la parte azul; la sangrienta,  
 de castillos y leones,  
 y encima de sus cabezas  
 sembraba oliva y laurel.  
 clavellinas y azucenas  
 diciendo: "Filipe y Luis  
 vivan en paz, vivan; sean  
 Ana y Isabel sus lazos";  
 y luego rompiendo vieras

la superficie del agua  
 sacar la honrada cabeza  
 el claro río Behovia  
 revuelta en coral y perlas.  
 y que cercado de ninfas  
 españolas y francesas  
 todas respondieron: "Vivan,  
 que por muchos años sea".

(Sale el ALFÉREZ metiendo mano, y FINEO, CELIO y OTAVIO.)

ALFÉREZ. Ellos, traidor, vivirán;  
 pero tú es razón que mueras.  
 OTAVIO. Hijo, detente.  
 FINEO. Lisardo,  
 ¿si a tu padre no respetas,  
 qué has de hacer con tus amigos?  
 MARCELO. Pues ¿cómo, Alférez, tú intentas  
 matarme sobre seguro?  
 ALFÉREZ. No son aquéstas las quejas  
 del agravio de Milán,  
 que ya satisfecho queda.  
 A mi padre le he contado  
 lo que me ha dicho Rosela.  
 En mi casa entraste; basta.  
 OTAVIO. ¿Era justo pretenderla  
 en forma de jardinero?  
 MARCELO. No conociendo las prendas  
 de vuestro valor y sangre,  
 amor me dió la licencia.  
 Ramilletes de Madrid,  
 buscando remedio en hierbas  
 de mudanzas de Belisa  
 a hacer jardines me enseñan:  
 luego que supe mi error  
 volví la espalda.  
 ALFÉREZ. No creas  
 que aquí valen las espaldas.  
 MARCELO. Nunca yo supe volverlas.  
 ¿Sabéis que soy hombre noble?  
 OTAVIO. Muy bien.  
 MARCELO. Pues mi mujer sea  
 Rosela, y goce Fineo,  
 que es justo, a Belisa bella.  
 ALFÉREZ. Basta; yo envaino la espada.  
 Todos mis agravios quedan  
 satisfechos en tus brazos.  
 FABIO. Pues yo no envaino mis quejas.  
 LISEO. ¿Qué hay, Fabio?  
 FABIO. Aquí se ha contado  
 una relación moderna  
 de la jornada de Irún,



sin hacer memoria en ella  
de los pobres jaravos,  
y así esta noche en la cena  
la querrá hacer, porque hay  
mucho nobleza gallega,  
y así se tiene que ir allá.

FERRER. Aquí acaba la comedia,  
a quien Dios Madrid la favorece  
y ramilletes se le dan.

FIN

# EL SABER PUEDE DAÑAR

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CARLOS, *galán*.  
PRÍNCIPE DE FRANCIA.  
DUQUE OCTAVIO.  
PERSIO, *criado*

CAMILO, *criado*.  
INÉS.  
CELIA, *dama*.  
ROSELA, *dama*.

TURÍN, *gracioso*.  
RUGERO, *galán*.  
LISEÑO, *criado*.  
MÚSICOS.

## ACTO PRIMERO

*(Salen PERSIO y CAMILO, las espadas desnudas; CARLOS, rebozado, con una pistola.)*

CAMILO. Decid quién sois, caballero.  
CARLOS. Vuélvanse, hidalgos, y adviertan que, si otra vez lo preguntan, será plomo la respuesta.  
PERSIO. Pues desembozaos el rostro  
CARLOS. Ya les digo que se tengan: que he remitido a esta boca que lo que preguntan sepan.

*(Sale el PRÍNCIPE LUDOVICO.)*

PRÍNCIPE. Caballero, deteneos.  
El Príncipe soy.  
CARLOS. Respeto ese nombre toda Francia,

*(Desembózase.)*

cuanto más la hechura vuestra.  
Carlos soy.

PRÍNCIPE. Carlos. ¿tú aquí?  
CARLOS. Pues ¿no es más que vuestra Alteza me lo pregunte a estas horas?  
PRÍNCIPE. ¿Salías de aquella puerta?  
CARLOS. Salía de aquella casa.  
PRÍNCIPE. ¿Qué tienes, Carlos, en ella, que para salir te han dado, a tales horas, licencia?  
Si no que entrabas agora,

que hace mayor la sospecha.  
CARLOS. Tener, señor, amistad con los nobles dueños de ella.  
PRÍNCIPE. Pues ¿tan tarde los visitas, y siendo cosa tan necia entrar en casas honradas con pistolas y rodela?  
¿Ese traje puede ser para visitar doncellas tan principales? ¿No sabes que las personas discretas no entran a hacer visitas menos que estando compuestas, y que se agravia una casa principal entrando en ella sin aquella compostura con que al dueño se respeta?  
Si yo, con el que se debe a Aurelio, por ver a Celia, pongo con temor los ojos en los hierros de estas rejas, ¿cómo tú, Carlos, visitas en forma que a las ramera, que se pagan del ruido de broqueles y escopetas, dos damas de tal valor como Celia y Rosela, hijas de Aurelio y hermanas de Rugero?  
CARLOS. ¿No tuviera para este traje, señor, en esta casa licencia ningún deudo a quien se trata



y llegaron sus criados  
a reconocirme. En fin:  
supe, a mi pesar, Turín,  
sus celos y sus cuidados,  
y mis desdichas también.

TURÍN. Pienso que en la celosía  
hacen señas.

CARLOS. Desconfía  
de que remedio me den  
favores en tanto mal.

TURÍN. Voy a ver quién anda en ella.

(CELIA, dama, en la reja.)

CELIA. ¿Es Turín?

TURÍN. ; Hermosa estrella,  
nuncio del alba oriental!

CELIA. ¿Es Carlos aquél?

TURÍN. ¿Pues quién?

Y ¡por Dios!, que está de suerte  
que sólo el hablarte y verte,  
de su mal último bien,  
puede darle vida agora.

CELIA. Llámale.

TURÍN. Llega, señor.

CARLOS. ¿Es Celia?

TURÍN. ¿En el resplandor  
no se conoce el aurora?

CARLOS. En las postreras desdichas  
de mis pensamientos veo  
tu esperanza y mi deseo,  
tus favores y mis dichas.  
Apenas pueden ser dichas  
las fortunas que han pasado,  
después de haberte dejado,  
por mí; pero fué forzoso  
que siendo aquí tan dichoso  
fuese allí tan desdichado.

El Príncipe, que llegó  
a consultar estas rejas,  
me dió del hallarme quejas,  
y satisfacciones yo.

Finalmente me mandó,  
pues entrar aquí podía,  
le sirviese, Celia mía,  
de tercero de su amor.  
Aquí hay poder y valor.  
¿Qué puedo hacer si porfía?

CELIA. Carlos, amor ha sacado  
un privilegio a sus celos  
para engaños y desvelos,  
no te llames desdichado,  
pues con traerle engañado

y confiarte de mí;  
pues ha de pasar por ti  
lo que yo he de responder,  
segura puedes tener  
la voluntad que te di.

No respondas que es traición,  
pues nunca en amor lo fué,  
sino defenderme, en fe  
de tu misma obligación.  
Si al hacerle oposición  
no puedes por ser criado,  
porque palabra te he dado  
de ser tuya, es ya tu honor  
defenderme de su amor  
para cuando estés casado.

Esto, no pudiendo ser  
con armas, entra el engaño  
para remediar el daño  
que me puede suceder.  
Si no he de ser su mujer  
y tuya sí, ¿no es razón  
que esto se llame traición?,  
pues estás más obligado  
que a la lealtad de criado  
a tu honor y a mi opinión.

Entretenle con razones;  
que señores resistidos  
son siempre poco sufridos  
de amorosas dilaciones;  
sus mayores aficiones  
llevan mal la resistencia;  
tú fingirás diligencia  
y él se cansará también:  
que nunca se hallaron bien  
la grandeza y la paciencia.

CARLOS. Mucho confío de ti.  
Pero ¿mis celos podrán  
sufrir que un hombre galán  
te quiera, aunque sea por mí?  
¿No he de hablarte por él?

CELIA. Sí.

CARLOS. Pues ¿no basta hablarte en él?

CELIA. En él sí, mas no por él.  
Si de alabar nace amar,  
mal le podrás alabar  
estando celoso de él.

TURÍN. Señor, gran gente y ruido  
de instrumentos.

CARLOS. ¿No será,  
Turín, quien celos me da?

CELIA. Licencia, Carlos, te pido;  
que si es un cierto galán  
que da en servir a Rosela,

¡Qué error con tanta  
bondad y con tanto dolo.  
FACIL: En el amor te dejas captar  
como te sales la trampa.  
CELIA: No, porque es amor, ingenuo.  
CARLOS: ¿Amor de los de hoy?  
CELIA: No, porque es el amor de los  
de siempre, amor de verdad.

(PAUSA)

FACIL: ¿Amor así así?  
TURÍN: Sí, lo es.  
Inocencia de los tiempos  
al que va por perdidos,  
más pronto me dudaré  
CARLOS: De que puede salir  
que ya no busco más amor.  
TURÍN: Pues, ¿cómo?  
CARLOS: No quieren  
los celos darse licencia,  
que tanto en mí tempestades  
hacen tierra y cielo.

TURÍN: No sólo todo Parto  
Vente, amor, a gozar.

(Saca la Daga. CARLOS, LUCAS y MATEO.)

OCTAVIO: ¿Comedero, y sin templear  
Templado viene Amador.  
LUCAS: ¿Tan cuidadoso, señor  
quieres que Rosita este?  
Dios que temblón.  
OCTAVIO: Yo sé  
que la despierta en amor.  
MATEO: Resucita la hermosa Celia,  
si por ventura durmiera,  
que vida que la muerte a un punto  
no es (esto que decimos) amor. Dile.

FACIL: Y más no es por Celia?

TURÍN: No.

Por que este mundo es vicio.

CARLOS: Si Rosita es amor.

con melos durmiendo ya.

MATEO: Abrazo con celos.

de que las mujeres no abren.

o no saben que poseen dentro

un mundo de lo que son.

TURÍN: Porque que dices, ¿no?

¿A la verdad?

CARLOS: ¿Abre?

TURÍN: Y que la del día

que ya lo sabe se sabe.

(PAUSA. Se la mira.)

ROSITA: ¿Y el Dios?  
OCTAVIO: ¿Qué es Dios?  
LUCAS: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?

OCTAVIO: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?

OCTAVIO: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?

OCTAVIO: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?

OCTAVIO: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?

OCTAVIO: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?

OCTAVIO: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?  
TURÍN: ¿Qué es Dios?  
CARLOS: ¿Qué es Dios?

OCTAVIO. Al más atrevido amor  
harán los celos cobarde.  
El Príncipe quiere aquí.

LISENO. ¿A quién?

OCTAVIO. Díceme Rosela  
que a Celia, y será cautela  
para desvelarme a mí.

LISENO. Mejor te guarden los celos.  
que es Rosela cautelosa.

OCTAVIO. Sabes que pienso, y es cosa  
nunca dicha de los celos.  
¿No has visto cómo el pincel  
cuando no es la mano ingrata.  
Liseno, un rostro retrata,  
que le parece, y no es él?

Pues con semejanza igual  
son, si lo pinta el honor,  
celos retrato de amor,  
y amor el original.

(Salen el PRÍNCIPE y CAMILO.)

PRÍNCIPE.

No he podido dormir.

CAMILLO.

Tantos desvelos  
son del poder injusta confianza.

PRÍNCIPE.

Amor me obliga a respetar dos celos.  
si por esencia no, por semejanza:  
de Celia desamor, de Carlos celos,  
no le dejan lugar a la esperanza,  
pues no esperando el bien, ¿de qué te admira  
si el sueño de los ojos se retira?

CAMILLO.

Para tanto poder. ¿hay cosa alguna  
que nombre de imposible tener pueda?

PRÍNCIPE.

Si un reino conquistara, de ninguna,  
Camilo, mi valor dudoso queda;  
ni al poder ni al valor, ni a la fortuna,  
sino sólo al amor se le conceda  
hacer que una mujer inaccesible  
se humane, siendo ingrata, a ser posible.

No quiero yo con término violento  
rendir la voluntad que no me estima.  
si bien confieso que el desprecio siento,  
aunque no es parte que mi amor reprima.

CAMILLO.

Pues ¿qué es agora, gran señor, tu intento?

PRÍNCIPE.

Saber, Camilo, esta celosa enima,  
y luego, blandamente porfiando,  
vencer sirviendo y obligar amando.

Dios, que lo puede todo, hacer pudiera,  
como rey de infinito poderío,  
que el hombre más rebelde le quisiera;  
mas no quiere forzar el albedrío;  
pues si vemos que Dios por premio espera  
de su amor otro amor, espere el mío:  
que no es razón, si amor de amor se infiere,  
que quiera un hombre lo que Dios no quiere.

Yo sé que hacer pudiera con violencia  
que me quisiera Celia, mas no es justo;  
que es mucha la distancia y diferencia  
que tiene amor desde la fuerza al gusto.  
Parecióme discreta diligencia  
para excusar de Carlos el disgusto,  
hacerle mi tercero, pues le obligo  
en fe de ser criado y ley de amigo.

Porque si yo le fio mi secreto  
y él me fuese traidor, está muy claro  
que con justicia a mi rigor sujeto  
quedaba Carlos sin humano amparo.

CAMILLO.

Los celos te proponen un conceto,  
no sé si tan discreto como raro;  
pero, en fin, justificas de esa suerte  
la causa que te da para su muerte.

¡Oh!, cuántos hombres que jamás pensaron  
hacer ofensa al deudo y al amigo,  
cuando de la ocasión cerca se hallaron  
ni temieron la infamia ni el castigo.  
Nobles mujeres que su honor guardaron;  
es la ocasión tan bárbaro enemigo,  
que le perdieron por hallarse en ella:  
tanto puede vencer, tanto atropella.

(Salen CARLOS y TURÍN.)

TURÍN.

El Príncipe está aquí.

CARLOS.

Temblando llego.

PRÍNCIPE.

Carlos, ¿de dónde bueno?





dijera mi pensamiento,  
señor, en esta ocasión.

Pero como son iguales,  
¿qué te puede aconsejar  
quien te mira fluctuar  
entre pensamientos tales?

Dejar a Celia pudieras,  
porque el no querer querer  
el fin de amor suele ser,  
o que otra dama quisieras.

Pero llevar los recados  
del Príncipe sin desvelos,  
con un linaje de celos  
tan picantes y abrasados,  
que en vez de olvidar serán  
desesperación de amor,  
porque entonces es mayor  
cuanto más celos le dan.

CARLOS. Su casa es ésta, que quieren  
mis desdichas inhumanas  
que aun el verse sus ventanas  
mis pensamientos alteran.

Tan cerca está de palacio,  
que aun celos vengo a tener  
que desde él la pueda ver.  
TURÍN. Pues vete en celos despacio,  
que pensarás, si esto pasa,  
a traerte antojadizo,  
que ha de hacer un pasadizo  
desde palacio a su casa.

CARLOS. Tan confuso estoy, Turín,  
que de confuso y de ciego  
a tratar mis penas llevo  
sin imaginar el fin.

Esta es la causa, ¡ay de mí!  
no menos que de mi muerte.  
TURÍN. Bien alegre viene a verte.

CARLOS. ¿Qué importa? ¡Ya la perdí!

(Salen CELIA y ROSELA.)

CELIA. Ya, Carlos, el corazón  
me avisó de que venías.

CARLOS. Bien pudo, pues le tenías,  
que es su propia condición.

ROSELA. Qué puntual es quien ama.

¿Ha de estar Celia sin él?

CARLOS. Quien le da no tiene de él  
más del nombre que se llama.

CELIA. Pienso, Carlos, que no vienes  
con gusto.

CARLOS. Y piensas muy bien,  
en que se prueba también

que el mío en tu pecho tienes,  
pues te ha dicho mi tristeza  
tal, que no me da lugar  
a que te puedan negar,  
que siendo sol tu belleza,  
descubrir es fuerza en mí  
hasta el mismo pensamiento.  
¿Qué es esto, Turín?

CELIA. ¿Qué intento

te mneve a saber de mí  
lo que Carlos, mi señor,  
muere por decirte ya?

CELIA. Pues habla, Carlos, que está  
en un cabello mi amor.

CARLOS. Quebraráse si está así.  
CELIA. No hará, que le tengo yo.  
CARLOS. Ya no podrás.

CELIA. ¿Cómo no?

CARLOS. Escucha la causa.

CELIA. Di.

CARLOS. El Príncipe...  
CELIA. No prosigas,  
que todo entendido está.

CARLOS. Culpada te sientes ya.  
CELIA. Culpada en que tú lo digas.

TURÍN. Salí de notable trance,  
que cuando el escucha oí,  
de dos leguas presumí  
que teníamos romance.

CARLOS. Déjame decir lo que es,  
que aun entre gente vulgar,  
cuando se comienza a hablar  
es término descortés.

CELIA. ¿Qué me puedes tú decir  
sin ser en ofensa mía?

CARLOS. Pnes temes, algo recelas.

CELIA. No mi culpa, mi desdicha.

ROSELA. Menester habéis tercero,  
porque en celosas porfías  
se satisfacen mejor.  
CELIA. La voluntad clara y limpia  
oféndese fácilmente.  
Rosela, de niñerías.  
¿Puedo a un hombre poderoso  
resistir?

CARLOS. No le resistas;  
pero escucha lo que intenta.

ROSELA. Oye a Carlos, por tu vida.

CELIA. Ya le escucho.

CARLOS. Aquella noche  
que el Príncipe, cuando iba  
a salir, me halló en tu puerta,  
aunque la disculpa mía



CARLOS.

Prosigue, que esto es cosa tan segura  
que por cristal el corazón te veo.

RUGERO.

Aunque nuestra amistad sencilla y pura  
para los dos es tan segura cosa,  
mi padre, con la edad, no se asegura.

Mis dos hermanas, cada cual hermosa,  
por su camino, ya las ves presentes,  
causan cuidado a su vejez celosa.

Y queriendo excusar inconvenientes,  
me ha mandado decirte, y yo lo digo.  
dos cosas, aunque juntas, diferentes.

Que no entres más aquí, si yo te obligo,  
sino que nos tratemos allá fuera,  
sin ver con la verdad que eres mi amigo.

La otra, desigual de la primera,  
es que si alguna de las dos te agrada,  
luego te la dará, como ella quiera.

Esto para mostrar cuan estimada  
es tu persona de él y el gran disgusto  
de que te quite el murmurar la entrada;  
pero mirar por nuestro honor es justo.

CARLOS.           Rugero, con la llaneza  
que sabéis, os visitaba,  
y con respeto miraba  
el valor, gracia y belleza  
de estas damas, a quien hoy  
vuestro padre me ha ofrecido  
para honrarme, si ha sabido  
de qué sangre en Francia soy.

Dos príncipes merecían:  
pero ya que mi ventura  
tan alto honor me asegura  
que de mi humildad las fian,  
dadme vos la que queráis,  
pues cualquiera es la mejor.

RUGERO.       Aunque es igual su valor  
y tan cortesano andáis,  
no neguéis la inclinación,  
que es efeto natural.

CARLOS.       ¿A quién dió juicio igual  
tan honrada confusión?

En Venus, Palas y Juno  
tuvo Paris que escoger;  
y aquí todo viene a ser  
Venus, pues que todo es uno.  
No hubiera Paris ninguno  
que aquí se determinara;  
cada cual, única y rara,  
dice que naturaleza

formó de su igual belleza  
los dos ojos de su cara.

Como suelen dos figuras  
salir de una misma estampa,  
en su estampa el cielo estampa  
sus dos raras hermosuras;  
como quien de rosas puras  
mira esmaltados rosales,  
que, viéndolas tan iguales,  
no sabe cuál corte, estoy  
tan confuso, que las doy  
por estrellas celestiales.

Que, supuesto que hay en ellas  
algún lucero mayor  
en belleza y resplandor,  
todas, en fin, son estrellas;  
y de estas damas tan bellas  
que hoy tan descuidado vi,  
digo y me despido así  
para que os lo diga a vos:  
que querré más, de las dos,  
la que más me quiera a mí.

(Vase.)

RUGERO.       ¿Qué os parece?

ROSELA.       Dice bien  
Carlos, al término atento  
que debe a quien es.

RUGERO.       Pues yo,  
por su parecer y acuerdo,  
os pregunto cuál le quiere.

CELIA.       ¿Qué pregunta de discreto!

RUGERO.       Pues ¿qué puedo hacer?

CELIA.       Escucha,  
que quiero darte un consejo.  
RUGERO.       ¿Cómo?

CELIA.       Carlos es criado  
del Príncipe, y es mal hecho  
casarse sin su licencia.  
Habla al Príncipe, Rugero;  
di que conmigo le casas.

RUGERO.       ¿Qué sutil advertimiento  
para decir que le quieres  
por término tan honesto!  
Voyle a hablar.

CELIA.       ¿Tan presto?

RUGERO.       Sí.

CELIA.       Pues ¿por qué?

RUGERO.       Porque sospecho  
que hiciera agravio el espacio  
a quien respondió tan presto.

(Vase.)



PRÍNCIPE. Duque, perdonad; que es fuerza que entretengáis esta gente, en tanto que yo merezca que Celia escuche mis ansias.

OCTAVIO. Pues ¿qué diré?

PRÍNCIPE. Que con ella trato de casaros, Duque; pero advertid que esto sea sin que la veais ni habléis. OCTAVIO. Sólo hablaré con Rosela. PRÍNCIPE. Solamente para eso os doy, Otavio, licencia.

(Salen CARLOS y TURÍN.)

CARLOS. Yo voy con harto temor. TURÍN. Basta amar para que temas.

PRÍNCIPE. ¿Delante de mí te pones, infame? Si no tuviera respeto a que te ha criado mi padre, el alma te hiciera pedazos dentro del pecho.

OCTAVIO. Sosiéguese vuestra Alteza. Por ventura, no es culpado Carlos.

CARLOS. Pues, señor, ¿qué ofensa en tu deservicio puede haber hecho mi inocencia?

PRÍNCIPE. Pides a Celia a Rugero, que aquí me pide licencia para que os caséis los dos, ¿y estás inocente?

CARLOS. Advierta vuestra Alteza que hoy me dijo que me casase con ella, o con Rosela, o no entrase en su casa; porque llegan los vecinos a poner en su honor villanas lenguas. Y en fe de que esto es verdad, sea este papel la prueba, respuesta del que me diste. Pues, trayéndote respuesta, ¿cómo es posible casarme?

PRÍNCIPE. ¿Respuesta?

CARLOS. Sí, señor. PRÍNCIPE. Muestra.

(Lee el papel.)

CARLOS. ¿Qué os parece de esto, Otavio?

OCTAVIO. Carlos, si a su hermano ciega tu amor, libre está el Delfín: él dijo que Aurelio intenta casarte con Celia.

CARLOS. Duque, si él os quitara a Rosela, yo sé si tuviera culpa.

OCTAVIO. ¿No es quitármela si piensa casarla con vos?

CARLOS. ¿Conmigo?

OCTAVIO. Con Rugero lo concierta. En lo demás, perdonadme.

PRÍNCIPE. Yo he leído. Aquí te llega, Carlos; verás lo que dice.

CARLOS. No quiero que me lo lea vuestra Alteza; antes le ruego que, para que yo no venga a ser traidor a Rugero, hombre que mi bien desea, ni a mi honor, que basta haber tratado casar a Celia conmigo para que yo el nombre de honrado pierda, solicitando tu gusto.

PRÍNCIPE. ¿Qué honra, Carlos, tan nueva! ¿Porque trataron casarte, sin que llegue a ser, te afrentas? ¿Qué hicieras a ser casado?

CARLOS. Servirte en cosas honestas es, señor, mi obligación.

PRÍNCIPE. Creciendo vas mi sospecha. El primer criado eres que de las cosas secretas del gusto de su señor no quiere parte en saberlas.

CARLOS. Aquí tengo yo un hidalgo en mi servicio, de prendas seguras, y que en su casa con libertad sale y entra, de quien te puedes fiar.

PRÍNCIPE. ¿Sois vos?

TURÍN. Soy de vuestra Alteza vasallo humilde.

PRÍNCIPE. ¿Tu nombre?

TURÍN. Turín, señor. Mi ascendencia es tan noble, que de Adán la traigo por línea recta.

PRÍNCIPE. ¿Tú sales y entras en casa de Celia?

TURÍN. Privo con ella, en razón del buen humor.

PRÍNCIPE. Si aquesta noche conciertas, Turín, de Adán descendiente, que me hable por sus rejas, dos mil ducados te mando.

TURÍN. Pues tenlo por cosa cierta.

PRÍNCIPE. ¿Que tanto con ella puedes?





como en supremo poder.  
 INÉS. Yo te confieso que tengo temeraria tentación.  
 TURÍN. Si a tomar con bendición los dos mil ducados vengo, nos podemos ir de aquí, y casarnos luego, Inés.  
 ¡Ea, mis ojos! No estás dudosa.  
 INÉS. ¿Júraslo así?  
 TURÍN. Por esos claveles juro ser tuyo, y maridalmente tu diatriba eternamente.  
 INÉS. ¿Qué es diatriba?  
 TURÍN. Es algo oscuro; pero después lo sabrás. Vete a la reja, que es tarde, porque el Príncipe no aguarda, donde con él hablarás melindrosa y cristalina, envuelta en un tafetán, como Celia y ella están; que con una mantellina engañaba la criada a aquel galán que tenía de la bella Estefanía, que llamaron Desdichada.  
 INÉS. Yo voy por el tafetán, y luego a la reja salgo.

(Vase.)

TURÍN. ¿Es barro, si a un pobre hidalgo dos mil ducados le dan?  
 Si yo por mil mundos de oro sangre alguna derramara, ninguna disculpa hallara, o si perdiera el decoro a la majestad real; mas por fingir que una dama, siendo Inés, Celia se llama, ¿a quién le resulta mal?  
 Este es el francés Delfín.  
 Quien ama, todo es cuidado.

(Salen el PRÍNCIPE y CAMILO, de noche.)

PRÍNCIPE. Pienso que nos ha engañado, Camilo amigo, Turín.  
 CAMILO. Es tan loco aquel desdén, que no la podrá rendir; y del hacer al decir hay muchas leguas también.

PRÍNCIPE. ¿Quién va?  
 TURÍN. Quien está esperando a vuestra Alteza, señor.  
 PRÍNCIPE. ¡Oh, Turín!  
 TURÍN. No hagáis rumor. Id poco a poco llegando; que si Celia no ha salido, es imposible tardar.  
 PRÍNCIPE. ¿Que pudiste negociar lo que Carlos no ha podido?  
 TURÍN. Este género de ciencia quiere un poco de invención. Celia me tiene afición, y es mucha la indiferencia de fiar de un hombre grave estos negocios de amor; porque se guarda el honor de quien de sus leyes sabe. Hacemos mucha ventaja en ablandar asperezas, porque siempre las flaquezas se fían de gente baja.  
 Llega, señor, que ya siento ruido en la celosía, como a la risa del día mueve a las flores el viento.  
 PRÍNCIPE. Dale lo que prometí, Camilo, a Turín. Yo llevo.  
 TURÍN. Haz que me despachen luego.  
 CAMILO. Yo lo haré, Turín, por ti, trayendo carta de pago.  
 TURÍN. El ribete ofrezco y como.  
 CAMILO. Nunca de los pobres tomo; de hacer bien me satisfago.  
 TURÍN. Si tienes quien no te quiera, encárgame tu desdén, y haré que te quiera bien, si es piedra, si es mar, si es fiera.  
 CAMILO. De tu habilidad lo creo.  
 Ven mañana a verme.  
 TURÍN. Iré, y un cuadro te llevaré en que está cantando Orfeo.  
 CAMILO. Para mí no es menester.  
 TURÍN. En la ciudad de tomar se ha mandado pregonar que se llame agradecer.

(Vase. INÉS, con un tafetán, a la reja.)

INÉS. Sea, señor, vuestra Alteza bien venido.  
 PRÍNCIPE. ¡Celia hermosa!

(Salen CARLOS y el DUQUE OCTAVIO.)



a averiguar este agravio donde lo entienda Rugero.

CARLOS. Pues, Octavio, yo me muero; yo pierdo la vida, Octavio.

Volver, ya no puede ser, si allá no he de sosegar; que, acachado de llegar, sé que tengo de volver.

Idos vos, que yo no puedo dejar de hablar a esta ingrata, si la osadía me mata o aquí me amenace el miedo.

Llamaré, no tiene duda.

OCTAVIO. Haréis mal, y no abrirán; que a marido, y no a galán, abre quien ya se desnuda.

No siendo mujer que ya sepa los brazos del dueño que aguarda, a pesar del sueño, a ver si en la calle está.

Y no hay engaño en el mundo que permita un caballero tan noble como Rugero.

CARLOS. Pues yo, en que me mate fundo mi venganza.

OCTAVIO. Es uedad.

CARLOS. ¿Por qué, si yo se lo digo?

OCTAVIO. Porque, siendo vuestro amigo, cometeréis deslealtad.

CARLOS. Pues algo tengo de hacer que me pueda sosegar.

OCTAVIO. Iros, Carlos, y pensar que esta dama era mujer.

CARLOS. Si firmes no las hubiera, de gran virtud y valor, era el remedio mejor que hallar mi agravio pudiera: mas si por una mudable hay mil firmes, ¿no es razón que culpe su condición, siendo su ser inculpable?

OCTAVIO. No estáis muy enojado.

CARLOS. ¿Cómo no?

OCTAVIO. Porque no hubiera cosa que el respeto hiciera para su virtud sagrado.

Que en no siendo firme alguna, es condición de los hombres que con generales nombres lo paguen todas por una.

CARLOS. Nunca tan fuera de mí pienso estar que ofenda a tantas firmes, honradas y santas

por una que yo perdí, y más que no me ha dejado por quien vale más que yo.

OCTAVIO. ¿Disculpáisla?

CARLOS. ¿Por qué no?

OCTAVIO. Pues si no estáis agraviado yo os dejo.

CARLOS. Hacedme un placer, por vida del Duque.

OCTAVIO. ¿Cómo?

CARLOS. Por último acuerdo tomo hablar hoy esta mujer.

Sacad la espada y fingid que reñís conmigo.

OCTAVIO. Harélo, si os sirvo, que ya recelo lo que intentáis.

CARLOS. Advertid que vais huyendo.

OCTAVIO. Si haré.

(*Riñan.*)

si bien, aunque sea burlando, me pesa.

CARLOS. Estoy aguardando que huyáis, Octavio.

OCTAVIO. No sé.

CARLOS. Huid, que burlas no hacen fe del valor.

OCTAVIO. Así es.

CARLOS. Hombres hay de tales pies que huyen desde que nacen.

OCTAVIO. Yo huyo.

CARLOS. ¿Pues cuatro a uno, perros?

OCTAVIO. ¿Eso más?

CARLOS. Huid, traidores.

OCTAVIO. Carlos, decid que no va huyendo ninguno.

(*Vanse, y salen CELIA, ROSELA y RUGERO.*)

RUGERO. Más confusión me ponéis.

CELIA. Pues ¿qué respuesta pretendes, si nuestro disgusto entiendes?

RUGERO. ¿Al Príncipe os atrevéis, a quien yo no pienso hablar?

Pues ¿casándoos de su mano y aceptando vuestro hermano lo que él nos puede mandar.

tú, Celia, al Duque desprecias, y tú, Rosela, a mi amigo Carlos?

- ROMA. Se puede ir claro.  
 como antes de ella se presentó.  
 ¡Dile al Duque que me llame!  
 he olvidado más que nada de  
 y con eso está ya  
 que me traerán dote aviendo  
 ¡Como tener!
- ROMA. Dando a Carlos  
 a Celis, y al Duque a mí.  
 ROMERO. Muy claro habéis.  
 ROMELA. Para ti.  
 está en fama mudarlo.  
 CELIA. Rose a él muy bien.  
 ¡Qué le va al Príncipe en eso!  
 ROMELA. Vase clar.  
 ROMERO. Buen divertimento  
 ha sido que estoy atento  
 porque me determinaba  
 si golpe de espada fueran.  
 Y ahora a la puerta llaman.  
 CELIA. Inés.  
 INÉS. Señora?  
 CELIA. ¿Que es eso?  
 INÉS. Carlos que ha llorado tanto  
 que en efecto le han almorzao  
 De nuda la comida trae.  
 ROMERO. Vaya a ver lo que es.  
 CELIA. No quiero  
 que se vaya. Dile que entre Carlos.  
 ROMERO. Déjame, pues.  
 INÉS. Ya está dentro.

(CARLOS se levanta desahogado y se va por una puerta.)

- CARLOS. Aparte querrá bulirte  
 ROMERO. Que vienes barba / res.  
 CARLOS. No vienes, amor, comiendo.  
 ROMERO. Pues comen y así agorero.  
 CARLOS. Vienes Perfidia, señora.  
 CELIA. Perfidia, ¿por qué Romero  
 no ha de salir de la sala  
 que es Romero, hermano nuestro  
 CARLOS. Señora, ¿cómo está?  
 megal el justo mundo.  
 que así se lo que ha sido  
 siempre me acordando esto,  
 para daros una pena  
 de entrada así descomulgado.  
 Muy como de vuestra casa  
 que ya como enclava venís  
 viene a mirar esas rejas  
 y en ellas un hombre. Bajo  
 a Perfidia, sale.

me de una persona y presento  
 como los vuestros me aporran,  
 con peligro escarmentado  
 de la vida que me ha dado.  
 la ciudad sola del cielo  
 que siempre me ha  
 al propio saber no puedo  
 porque vale para todos  
 no le hay un arma de fuego.  
 Entre como comiendo  
 algo dentro a mesa de vino.  
 "¡Ay, ¿cómo han comido!" y en  
 talor se ve que. Como. ¡Tanto  
 que así como del bulir,  
 que no del tener elito.  
 En la voz y en el estado  
 de los que con él vienen  
 me paró el duque. Ojalá  
 ¡Sería notable ver  
 y cómo desahoga a  
 si le hubiese herido la muerte!  
 Que cosa le ver el Duque  
 mi grande amigo y mi dueño.  
 el Rey el Duque le comen  
 por el tener caballer  
 de los que hoy tiene. Pero.  
 Haviendo mirado, Romero  
 de mostrar de esta dote  
 vaya un gentil hombre nuestro  
 que sea con florido  
 en el Duque / porque quiero  
 si han desahogado de  
 entre los comidos que tengo  
 para una Italia y a España.  
 ¿Que desahogado como?  
 CELIA. No sé, por dote el Duque.  
 ROMELA. ¡Ay, Celis, que a mí me han mirado  
 ROMERO. No es este hombre. Celis. En  
 para dar del secreto  
 de un mundo. Aquí, señora  
 que no lo saben muy pronto  
 como comen al comido  
 con que querrán.

(Pausa.)

- CARLOS. ¿Como así querrán  
 para el que está bien  
 de una cosa? Ya que. Mañana  
 es de, ahora que ya  
 que, almorzando de esto  
 que me comen esta cosa  
 entre de una persona y comen.

ROSELA. ¿No es muerto el Duque?

CARLOS. Sosiega,

hermosa Rosela, el pecho:  
que locuras de un celoso  
ni tienen razón, ni tiempo.  
Y tú, en el poco que queda  
para que vuelva Rugero,  
oye las últimas quejas  
que desesperado ofrezco.  
Celia ingrata, a tus oídos.

CELIA. La causa, Carlos, espero  
de la locura que dices,  
tan inocente, que creo  
que de tu ofensa no sabe  
el nombre mi pensamiento.

CARLOS. Llegando, Celia, a estas rejas,  
adonde mi loco amor  
piensa que queda el olor  
que de estar en ellas dejas,  
no para decirte quejas,  
sino tan tiernos amores  
que mereciesen favores  
en justas correspondencias,  
cesando las competencias  
de esperanzas y temores,  
hallo en ellas al Delfín.  
como tú sabes mejor.  
y, agradeciendo su amor  
tú, ingrata; tú, Celia, en fin;  
tú, que un tiempo serafín,  
desdenes fueron tus galas,  
con mariposas te igualas,  
pues a la luz del poder  
diste tornos hasta hacer  
cenizas tus bellas alas.

“Sea bien venido, oí,  
su Alteza”, cuando llegó,  
cosa que escuchaba yo  
cuando más dichoso fui.  
Lo demás no lo entendi;  
pero bastóme entender  
que ya le quieres querer.  
¿Quién hubiera imaginado  
que yo fuera desdichado  
y que tú fueras mujer?  
¡Ay, Celia, qué satisfecho  
de tus palabras me vi!  
¡Qué diamante presumí  
era el alma de tu pecho!  
¡Qué de cosas has deshecho  
con tal determinación!  
Pero dirás que es razón.  
y yo, Celia, por venganza,

que fué injusta la mudanza  
si fué justa la elección.

Mientras que no le quisiste,  
osé competir con él;  
querido, eso no, cruel.  
Pues por él me aborreciste,  
yo parto a Italia tan triste  
de mi esperanza burlada,  
en tus palabras fundada,  
para no volver a verte,  
que yo, el amor y la muerte  
hacemos esta jornada.

Yo, celoso; amor, corrido;  
la muerte, para quitarme  
la vida, aunque de matarme  
debo estar agradecido.  
Voy tan fuera del sentido  
como quien sin alma parte;  
porque presente olvidarte  
es aumentar mis desvelos;  
porque hay de mi parte celos  
y hermosura de tu parte.

Nadie presente olvidó  
con celos, porque ha de ver,  
y viendo no puede ser  
que olvide quien tanto amó.  
Mucho te adoraba yo,  
como a olvidarte me obligo,  
que si para mi castigo  
tan viva te retraté  
en el alma, ¿dónde irá  
que no te lleve conmigo?

CELIA.

Si tu pena no mirara,  
esos celos de la reja,  
como injusta y necia queja,  
con risa los celebrara;  
pero cuéstate muy cara  
la burla, pues sin prudencia  
tratas, Carlos, de tu ausencia;  
y aunque sé que no ha de ser,  
para el hombre es menester  
mil vidas de resistencia.

¿Yo en la reja? ¿Yo al Delfín?  
¿Qué dices, Carlos? ¿Qué tienes?  
¡Qué mal informado vienes  
de quien procura mi fin.  
que debe de ser Turín.  
pues a tus ojos les fías  
esas locas fantasías  
que me has venido a decir,  
y no te puede mentir  
al alma que allá tenías!

El Delfín no me rindiera,



Carlos: ¡al fuera el Delta  
como Delta en latin  
y a toda Irlanda me diera  
Quiera me estimara y quisiera  
no diera (redin no  
a quin un le engaño,  
porque a la vieita hoy  
como tonto en tan poco  
una mujer como yo)

En el mar de tal valor  
cuando quien soy imagine  
de que los ardo del nes  
que indese de que  
y tan cerca, ya al mayor  
del mundo Deyan la palma,  
cual la sea en calma  
y los barcos que enderezan,  
quien al mundo del vea  
las corrientes del alma.

Que una mujer en verdad  
pero los otros mueren  
en su mundo, pulcra, en  
de aprendiendo lealtad.

Después la necesidad (1)  
pero Carlos no se acordó  
que en lugar de padre era  
hay hombre que con mujeres  
y mujeres son sus esposas.

Yo he sido Carlos, hijo  
de al Deyan Jefe de la  
y yo como al fuera más.  
Mas, ¿qué es, ¿qué es más?  
Con un hombre que?

Carlos: ¿Qué es más, ¿qué es más?  
Carlos: yo he sido, pero no  
entonces me desolaba.

Me he ido a la casa  
de un hombre que no me

Carlos: ¿Qué es más, ¿qué es más?  
Carlos: yo he sido, pero no  
entonces me desolaba.

Me he ido a la casa  
de un hombre que no me

Carlos: ¿Qué es más, ¿qué es más?  
Carlos: yo he sido, pero no  
entonces me desolaba.

Carlos: ¿Qué es más, ¿qué es más?  
Carlos: yo he sido, pero no  
entonces me desolaba.

Rosela

Carlos

Carlos

Rosela

Carlos

Rosela

Carlos

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

Rosela

(Quel del)

Que estoy así en silencio

Dejado que me se conoce

su locura y su gloria

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

Rosela: ¿Qué?

Carlos: ¿Qué?

CAMILO. Son las joyas que le das conformes a su valor.  
PRÍNCIPE. Si se las diera mi amor, Camilo, valieran más.  
Porque es menester que cries, naturaleza, brillantes, en la China más diamantes y en Ceilán nuevos rubíes.

Y aun son cambios diferentes en que ella recibe agravios con las rosas de sus labios y las perlas de sus dientes.

CAMILO. ¡Bravo pintor es amor!

PRÍNCIPE. ¿Estaba Carlos ahí?

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Si, señor.

PRÍNCIPE. Carlos, vencí.  
Turín fué bravo inventor.  
Anoche con Celia hablé, y hoy me prometió que iría a un jardín donde podría hablarme despacio.

CARLOS. Fué empresa de tu valor, y dices bien que venciste, pues aun no llegaste y viste cuando alcanzaste favor.

PRÍNCIPE. Palabra, Carlos, le dí de casarte con Rosela, su hermana.

CARLOS. Pienso que apela al Duque Octavio de mí.

PRÍNCIPE. Visítale. Carlos, hoy, Rosela apele o no apele.

CARLOS. Perder al Duque le duele.

PRÍNCIPE. Yo lo quiero, y soy quien soy.

Quédate, que ando juntando joyas que a Celia le dé.

CARLOS. Siempre el dar dichoso fué. Entra, señor, obligando, verás que las almas robas.

PRÍNCIPE. Sí, mas con diversas tretas, que se pagan las discretas y se enamoran las bobas.

(Váncse los dos.)

CARLOS. Hoy hizo mi vida fin.  
¡Y Celia quiere negar, y esta tarde ha de ir a hablar al Príncipe en un jardín!  
¿Hay tal maldad?

(Sale TURÍN.)

TURÍN. Carlos es.

¿Era ya tiempo de verte?

¿Tanto Celia te divierte?

Desde hoy me pongo en los pies las alas de aquel planeta que es árbitro de la mar, no des en imaginar que te volverás poeta.

CARLOS. Hoy es llegado tu fin,

(Saca la espada.)

infame.

TURÍN. ¿Por qué, señor?

Mira que soy pecador.

CARLOS. Confíesate a Dios, Turín.

TURÍN. ¿No hay más de enviar a un hombre como piedra al cuarto bajo? [bre

CARLOS. Irás con menos trabajo.

TURÍN. Será infamia de tu nombre.

¿No sabes que desde el cielo tardaría, al poder ser, seis mil años en caer,

señor, una piedra al suelo

y que un alma en un instante baja del suelo al infierno?

CARLOS. Vivir bien, si hay fuego eterno.

TURÍN. Mátame con un montante

y no con ese espetón,

que no me dará lugar para que pueda llevar de mis culpas contrición.

Pero di, ¿por qué me matas?

CARLOS. ¿Por qué habló Celia al Delfín?

TURÍN. ¿Celia? Aquí sea mi fin comido de garrapatas

si no era Inés, que, cubierta de un tafetán de su ama habló de Celia a la dama, tanto el interés concerta por pescar dos mil ducados, de que le tocan los mil.

CARLOS. ¿Qué dices?

TURÍN. Que amor sutil lleva los ojos tapados cuando le guían los celos, y si lo puedes saber, tenme lástima y de ver que estoy haciendo buñuelos sirviéndome de sartén los miserables calzones.

CARLOS. ¿Que dije tales razones por tu ocasión a mi bien!

Diego. Por mi parte voy bien.  
No hay tal, porque las costumbres  
siempre hacen las costumbres,  
que por donde van por donde.

Venid allá donde vamos  
a irnos a la ciudad,  
llega a bailar, se reparte para  
que se han visto y se conocen.

CARLOS. Ayudábelos la vida. ¡Dad!

TERCIO. ¡Oh, cómo se ve que son los que...

(Sale Diego y Carlos, con vestidos y sombreros, y se despiden.)

RUIZA. Aquí está, que no se fue.

CARLOS. A pedirle perdón venga.

Celia hermosa, de mi culpa.

CARLOS. Quitad el crédito Alberto.

(Un pañuelo se ve en el suelo a los pies de Carlos y Celia hablando.)

CARLOS. Deseo, refiera más.

Celia. Deseo que pida a Rugeri.

que voy al campo.

CARLOS. (No escuchas)

que desengaña lo llevo.

a que me perdonen?

Celia. ¡Hola!

cuchero!

CARLOS. Amarga.

Celia. Cuchero.

al campo, hacia los jardines.

CARLOS. Celia, dejadme ir.

Oye, mi hijo, que ya se

que tal estado me le han hecho.

al Príncipe.

Celia. Por aquí.

aléjate al momento más pronto.

(Sale el hijo.)

CARLOS. Faldas Celia.

TERCIO. Celia, venid.

CARLOS. Ayudábelos la vida.

TERCIO. Me he ido, cómo me he ido.

(Sale.)

CARLOS. Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

¡Ay, qué dolor me da!

PRÍNCIPE.

Mi hijo, la que es.

OCTAVO.

Ah, los hijos.

Príncipe, mi hijo, mi hijo, mi hijo.

PRÍNCIPE.

Me hubiera gustado si mi hijo.

Celia, quien promete que algo me da.

CARLOS.

Por dicha vuestra Alteza ha estado el día.

PRÍNCIPE.

Celia, yo se fue lo que me da.

CARLOS.

Puede ser que Rugeri no permita.

en que el venga también, esta cosa.

PRÍNCIPE.

Lo tengo por cierta.

y si Rugeri viene, yo soy mujer.

OCTAVO.

No pienso vuestra Alteza en lo que me da.

que hace mayor la pena el pensamiento.

PRÍNCIPE.

Puede yo me pensar en lo que me da.

OCTAVO.

Mira de este jardín los árboles, flores.

diversidad en todas.

diversidad en todas en todas.

mirar con la voluntad a todos, mirando.

que muestra su corazón con voluntad.

tratando el otro de que se trata.

en la voluntad que se los da.

PALMER.

Todo el mundo me da, me da.

OCTAVO.

Mira los ojos de esta mujer, flores.

diversidad en todas.

diversidad en todas.

diversidad en todas.

diversidad en todas.

diversidad en todas.

diversidad en todas.

diversidad en todas.

diversidad en todas.

diversidad en todas.

diversidad en todas.

PRÍNCIPE.

En todos los días. Celia, yo se fue.

CAMILO.

Es un carro de bueyes, que un villano,  
con una vara en la grosera mano,  
sobre su yugo puesta, rige y guía.

PRÍNCIPE.

También es carro en el que viene el día.

OCTAVIO.

De caballos, señor, que no de bueyes.

PRÍNCIPE.

Bueyes, Duque, sustentan a los reyes.  
¿Qué haré yo que entretenga mi deseo?

OCTAVIO.

Preguntarnos, señor, alguna cosa.

PRÍNCIPE.

¿Cuál es la más odiosa?

CAMILO.

Un ignorante que de sí presume  
y todos le aborrecen.

PRÍNCIPE.

¿Qué cosa más los hombres apetecen?

OCTAVIO.

La honra y buena fama.

PRÍNCIPE.

¿Quién duerme en mejor cama?

CAMILO.

Quien no sirve ni debe ni pretende,  
habla de todos bien y a nadie ofende.

PRÍNCIPE.

¿Cuál hombre por su culpa es desdichado?

OCTAVIO.

El rico miserable que, forzado,  
deja en su muerte lo que más quería,  
a quien su vida más aborrecía.

PRÍNCIPE.

¿Quién es el rey?

CAMILO.

Un hombre semideo  
que tiene de Dios sólo dependencia,  
a quien todos le prestan obediencia

y es única justicia que el bien premia  
y que castiga el mal.

PRÍNCIPE.

¡Brava academia  
hacéis mi amor! ¿Aquella no es carroza?

OCTAVIO.

Son, señor, arrieros  
que llevan unos cofres y una moza.

PRÍNCIPE.

A mano izquierda digo.

CAMILO.

Los overos  
conozco; Celia es, y ya se apea.

PRÍNCIPE.

Poneos aquí detrás, por que no os vea,  
que a su tiempo saldré solo; no quiero,  
si la sigue, dar celos a Rugero.

(*Escóndense, y salen CELIA, ROSELA e INÉS.*)

CELIA. Parecióme este jardín  
a propósito, Rosela,  
para templar en sus fuentes  
el fuego de mi tristeza.

ROSELA. Por estar sola, acertaste,  
aunque excusarlas pudieras,  
pues que ya te hablaba Carlos.

CELIA. Sí, pero es justo que sienta  
que no merece mi honor  
que le agravien sus sospechas.

ROSELA. Ya te pedía perdón.

CELIA. Son de artillería piezas  
los celos, que en disparando  
se pueden entrar por ellas.

(*Sale el PRÍNCIPE.*)

PRÍNCIPE. Seáis, Celia, bien venida.  
Perdido estoy de esperaros.

CELIA. Y yo, señor, de miraros  
estoy perdiendo la vida.

PRÍNCIPE. La palabra y fe cumplida  
¿os ha dado tal temor?

CELIA. ¿Cuándo os he dado, señor,  
la palabra que decís?

PRÍNCIPE. ¿Negáis cuando la cumplís  
agradecida a mi amor?

CELIA. ¿Yo, señor, cuándo os hablé,  
ni vos me hablastes ni vistes?



INÉS. Tomad vos este diamante.  
Quede a los siglos futuros  
eterna vuestra memoria.

PRÍNCIPE. Por poco me hablara en culto.  
Pobre Carlos, si te quiere,  
de matarte no me excuso.  
Este libro es el proceso,  
Celia le ha escrito, y yo juzgo.

OCTAVIO. Lee, señor, lo que dice.

PRÍNCIPE. Leo, pero no descubro  
la verdad que yo esperaba,  
pues dice en término oscuro

(Lea.)

“Pregúntasme si le quiero:  
número cincuenta y uno”.

OCTAVIO. ¿Qué quiere decir en eso?

CAMILO. Yo de ese número arguyo  
los días que ha que le quiere.

PRÍNCIPE. ¿Burlas, Camilo?

CAMILO. No burlo.

PRÍNCIPE. ¿Qué dices, Otavio?

OCTAVIO. Digo

que todo el sentido dudo,  
si en tan grande disparate  
se puede poner alguno.  
Ella se quiso escapar  
de este peligro y no supo  
mejor que con esta enigma.  
Por más que intento discursos  
no puedo dar en el blanco.

PRÍNCIPE. Si hay algún sentido oculto,  
debe de ser el que entiendo.

OCTAVIO. ¿Cómo?

PRÍNCIPE.

Su padre dispuso  
el casamiento de Carlos;  
y de lo que ya le culpo  
se libra con la obediencia,  
porque con su edad ajusto  
el número de sus años,  
que serán cincuenta y uno.

CAMILO. ¿Qué bien dice vuestra Alteza!

OCTAVIO. El sentido más seguro  
me parece de esta enigma.

PRÍNCIPE. Pues ¿éste os agrada?

CAMILO. Mucho.

PRÍNCIPE. Lisonja, al fin, de criados:  
que en diciendo el dueño suyo  
una necedad, la apruehan  
como por divino impulso.

(CARLOS y TURÍN.)

CARLOS. Si no habló con el Delfín

Celia, Turín, sino Inés,  
¿cómo salieron las tres,  
a mis ojos, del jardín?

TURÍN. Yo te diré la razón.

CARLOS. Buscarás otra mentira.

TURÍN. Que está aquí el Príncipe, mira.

PRÍNCIPE. Carlos, a buena ocasión.

Pero no vendrás por mí.

CARLOS. Como tu licencia tengo,  
a ver a Rosela vengo.

PRÍNCIPE. ¿A Rosela?

CARLOS. Señor, sí.

PRÍNCIPE. Tenemos una cuestión  
los tres sobre cierta enima,  
pues toda París estima  
tu ingenio y tu erudición.

Este libro de memoria  
tiene dos versos, que han sido  
de tan difícil sentido  
que te darán fama y gloria  
el declararle o decir  
tu parecer.

CARLOS. ¿Yo, señor?

PRÍNCIPE. Pues ¿quién, en París, mejor?

CARLOS. En pretenderte servir...

PRÍNCIPE. ¿Conoces la letra?

CARLOS. Escrita  
en barniz, ninguna forma  
se conoce ni conforma  
con lo que el papel la imita.

(Lea.)

“Pregúntasme si le quiero:  
número cincuenta y uno.”

PRÍNCIPE. No lo ha entendido ninguno.

CARLOS. Bien fuera saber primero  
la causa de esta pregunta.

PRÍNCIPE. A una dama pregunté  
si quería a un hombre, y fué  
tan vergonzosa, que junta  
los oráculos dudosos  
que había en la antigüedad  
con su necia volunjad.

CARLOS. En los casos amorosos  
hay siempre motes, y enimas,  
y empresas; y así es razón  
estimar su discreción.

PRÍNCIPE. Dilo, pues, si tú la estimas.

CARLOS. Pregúntanle que si quiere  
su galán, y dice aquí...

PRÍNCIPE. ¿Qué dice?

CARLOS. Que sí.

PRÍNCIPE. ¿Que sí?



CARLOS: Dios, Carlos, ¿de qué se quiere  
construir a uno en gremios,  
dime claramente "sí"  
que una vez y más  
hacer un hombre bueno.

¡Pues con el "sí" dirán,  
y si lo dice, señor  
claro está que tiene poder  
no como a un niño.

PRINCIPAL: ¡Dí!, no hay más que saber  
Vencer de aquí.

CARLOS: ¡Grat diáspora!  
Díste en Roma.

PRINCIPAL: ¡Y así es la vida!  
¿Que lo quieres aprender?

PRINCIPAL: ¡Pues, hombre, para un día  
Cada vez de aquí.

(Que se va.)

CARLOS: ¿En qué momento esto?

TEREN: La verdad es que el regalo  
pues lo recibí del señor  
que se llama el señor "sí".

CARLOS: No parece que sea por mí.  
Pues de tantas personas  
¿¿¿ cómo es, Teren?

TEREN: ¿Querido señor, a propósito?  
Solo puede convertirse  
de haber venido al jardín  
igual libro de memoria,  
que de aquí mismo en mí  
me parece "sí".

¡Pues con esta historia  
ya no tengo que ir.

TEREN: El príncipe es muy listo.  
Después que te lo enseñó  
en su libro el señor.

CARLOS: ¿Qué me tiene resaltar?  
Pues el príncipe responde  
que fue el mismo, sobre  
el señor "sí" de aquí.

## AUTO TEATRO

(En la casa de Teren.)

CARLOS: ¿Qué hora?

TEREN: ¿Qué hora, señor?  
Así mismo que habíamos quedado.

CARLOS: ¡Bueno, Teren, que se acuerde  
Dime que hora es.

TEREN: ¿Qué hora, señor, que es la hora?  
¡No, hombre! (Teren.)

CARLOS: ¡Sólo, sí.

TEREN: ¿Y después?

CARLOS: ¡Dime, sí.  
que lo grave de la historia.

TEREN: ¡Ellos como hacen esto.

CARLOS: No verás, señor, más bien.  
¡Habría que ir a la casa.

TEREN: ¡Dí, que es la historia.

CARLOS: ¡Gracias, sí. Luego, si quieres  
que hablas y me enseñes  
por el señor la historia.

(Que se va.)

CARLOS: ¿De cuando sea, Teren,  
al señor Carlos sí?

TEREN: ¡Sé, señor, de cuando esto.  
que está, que está, de cuando.

CARLOS: ¿Y con la historia?

TEREN: ¡Vas, señor?

CARLOS: No, sí, por sí.

TEREN: ¡Vas, señor, a la historia.  
que está, que está, de cuando.  
que está, que está, de cuando.

CARLOS: ¿Un hombre que es un galán,  
tome tal historia?

CARLOS: ¡La historia y la historia  
me me enseñas, Teren.

CARLOS: No, señor, que está, que está.  
de cuando, de cuando, de cuando.

CARLOS: ¡Y, sí, señor, sí. No, sí, sí.  
que está, que está, de cuando.

CARLOS: No, sí, señor, que está, que está.  
que está, que está, de cuando.

CARLOS: ¡Vas, señor, a la historia.  
que está, que está, de cuando.

CARLOS: No, sí, señor, que está, que está.  
que está, que está, de cuando.

CARLOS: Sí, sí, sí, que está, que está.  
que está, que está, de cuando.

CARLOS: ¡Vas, señor, a la historia.  
que está, que está, de cuando.

CARLOS: No, sí, señor, que está, que está.  
que está, que está, de cuando.

CARLOS: ¡Vas, señor, a la historia.  
que está, que está, de cuando.

CARLOS. Al mayor señor de Francia, con mi dama en un jardín.

CELIA. ¿No podría ser que acaso hubiesen entrado allí?

CARLOS. No fué acaso para mí, sino muy terrible caso.

CELIA. Nunca un noble caballero de su dama piensa mal.

CARLOS. Ni la mujer principal olvida el amor primero.

CELIA. ¿Qué es lo que pensáis hacer, si estáis ya desengañado?

CARLOS. Morirme desesperado; que olvidar, no puede ser.

CELIA. Dos mujeres hay aquí que entrambas os quieren bien.

CARLOS. Dios se lo pague, y también me dé sufrimiento a mí.

CELIA. ¿Queréis que nos descubramos, y diréis cuál os parece mejor?

CARLOS. (Venganza me ofrece amor. Celos, ¿qué aguardamos?) Descubríos para veros; mas para quereros, no.

CELIA. Quien de esta suerte os buscó, Carlos, no quiso ofenderos.

ROSELA. Pues de mí, seguro estáis de que no la acompañara, si vuestra ofensa tratara.

TURÍN. Y vos, daífa, ¿no os quitáis la sobrevaina?

INÉS. Aquí tienes, Turín, tu esposa en agraz.

TURÍN. ¡Con qué desollada faz a pescarme el alma vienes!

INÉS. Eres de mis ojos lumbre.

TURÍN. Lo de agraz estoy pensando. ¡Plegue a Dios que en madurando no tengamos pesadumbre!

CARLOS. Conozco que fué fineza el haber venido aquí, y que, con verte, perdí gran parte de mi tristeza.

¿Cuál hombre, lo que ha querido, en su casa resistió?

CELIA. No haberte ofendido yo, con libertad me ha traído.

Si el Príncipe me pregunta si te quiero, y respondí que sí, ¿qué quieres de mí?

ROSELA. Esto a los engaños junta, Carlos, de Turín e Inés.

CARLOS. ¡Pluguiera a Dios que no hubieras escrito, ni causa dieras para tanto mal después!

CELIA. ¿Para qué tú declarabas lo que ninguno entendía?

CARLOS. ¿Para qué? Yo no sabía si era yo de quien hablabas.

Perdí, Celia, por saber, al Príncipe, de tal modo, que le desagradó en todo y ya no me puede ver.

Con cuanto hago, le enfado; ya no entro donde está, y fui, como sabes ya, su valido el más privado.

Celoso estaba de mí, pero no me aborrecía, en tanto que no sabía que era querido de ti.

No sé qué habemos de hacer. ¡Mal haya el saber, que ha sido causa de haberme perdido!

ROSELA. A muchos daña el saber, cuando es con bachillería.

CELIA. Y aunque sea con prudencia; porque la envidia y la ciencia tienen inmortal porfía.

ROSELA. Da el saber sin fundamento, arrogancia y presunción. Los sabios con discreción humillan su entendimiento.

CARLOS. ¿De cuáles te he parecido?

ROSELA. No sé cómo responderle; pero no quisiera verte, por entendido, perdido.

CELIA. Oigo en la sala rumor.

CARLOS. Eso, alguna causa tiene.

TURÍN. ¡Por Dios, que dicen que viene el Príncipe, mi señor!

CARLOS. ¿A mi aposento? ¿A qué efeto?

CELIA. ¿Hay por donde salir?

CARLOS. Sí.

Turín, ya sabes.

CELIA. Aquí veré yo si eres discreto.

(Vanse las irs. Salen el PRÍNCIPE y CAMILO.)

CARLOS. ¿Vuestra Alteza en mi aposento?

PRÍNCIPE. Carlos, vengo a visitarte.

CARLOS. En mi muy humilde parte, indigno, señor, me siento.

Pero de muchas maneras



se tuyo lo que me parece bien; no han sobrado al peine, como tú querías humilde; guárdalos, Carlos, que algún príncipe diera por ellos lo que yo te doy a ti por que los estimes."

¡En todo tengo de entrar!  
Malilla debo de ser.

CARLOS. ¿Quieres dejar de leer?

PRÍNCIPE. Quisiera dejar de amar.

¿Dónde están estos cabellos?

CARLOS. Aquí están.

PRÍNCIPE. Que diera yo,  
como Celia imaginó,  
lo que ella dice por ellos.  
¿Qué es eso de oro?

CARLOS. Una banda.

PRÍNCIPE. También tendrá su papel.  
No más, que el amor cruel  
tanto conmigo lo anda.

Por lo que en esto conciben  
imaginar y envidiar,  
que me hace enamorar  
de papeles que a otro escriben.

Tomad aqese retrato  
y llevadle a mi aposento.

CARLOS. Perdidísimo te siento.

PRÍNCIPE. Amo un corazón ingrato.

CARLOS. Me espanto de que no mandes  
que con hachas le llevemos.

PRÍNCIPE. No son súbitos extremos,  
sino sentimientos grandes.

*(Vanse, llevando el retrato.)*

TURÍN. ¡Bueno quedas!

CARLOS. Aun apenas  
pienso que pasa por mí,  
Turín, lo que he visto aquí,  
si apenas se sienten penas.

¿Hase usado tal rigor?

TURÍN. Bravos, de celos efetos.  
¡Que no haya celos discretos,  
siendo tan discreto amor!

CARLOS. ¡Allá se lleva el retrato!

TURÍN. ¿Quién vió saquear los celos  
al amor?

CARLOS. ¡Valedme, cielos!

TURÍN. ¡Vive Dios, que ha sido ingrato  
al tiempo que le has servido!  
¿No hay a apelar de este agravio?

*(Sale el DUQUE OCTAVIO.)*

CARLOS. Seas bien venido, Otavio.

OCTAVIO. No sé si soy bien venido.

Déjanos solos, Turín.

TURÍN. Aquí me voy a tomar  
los polvos de estornudar.

*(Vase.)*

OCTAVIO. Tendrás desdichado fin.

CARLOS. La tristeza con que vienes  
y el decirme que no sabes  
si eres bien venido, Otavio,  
me ha dado pena notable.

¿Es del Príncipe, por dicha?

OCTAVIO. Si no nos escucha nadie,  
sabrás, Carlos, a qué vengo.

CARLOS. Seguro puedes hablarme,  
aunque las paredes oyen,  
por que los hombres se guarden.

OCTAVIO. Peor es un falso amigo  
que dice lo que no sabe,  
y lo que entre sí presume  
publica por todas partes.

CARLOS. No serás tú de esos hombres.

OCTAVIO. Carlos, mandóme matarte  
el Príncipe, con secreto,  
que no quiero dilartame  
en prólogos excusados.

Conocerás, de avisarte,  
cuán lejos estoy de hacello;

mas, por que no te matase,  
si yo lo negaba, alguno  
de mí que se persuaden  
que basta, para ser justo,  
que el poder lo injusto mande,  
aceté el darte la muerte;

y como si te mirase  
ya con la envidia que muchos,  
que con tu virtud deshaces,  
aprueban su injusto acuerdo:  
que, a fe, que si freno hallasen  
los que consultan lisonjas  
y todo lo juzgan fácil,  
que acertasen, Carlos, más,  
y en lo más, menos errasen.

¡Turbado estoy!

CARLOS. No te turbes,  
OCTAVIO. pues tan buen amigo hallaste  
para tan fuerte ocasión.

CARLOS. Ya no quiero que me abracés,  
sino que me des tus pies.

OCTAVIO. Mejor es que te levantes  
y, con toda brevedad,  
de nuestro remedio trates;

CARLOS. que no tiene ni mayor peligro  
de traidor, que de enemigo,  
que ya en todos se figura  
no sólo a Alemania, o a Holanda,  
donde no sepan de mí.

OCTAVIO. (Que está.) ¿Qué es constante  
tanto en el amor?

CARLOS. ¿Qué otra  
de amor, agota obligarle  
¡Que tanto puede en celos!

OCTAVIO. Hijo, que te le encasaban  
y que traidor, te mataban.

CARLOS. Bien, pero ya disculparme  
como Adán, por no saber,  
vine a estado miserable  
después que Celso, Octavio,  
que era su tío, qui mostrase,  
por privilegio de amor,  
defenderse y engañarle.

OCTAVIO. En momento que los dos  
vanis juntos esta tarde,  
en dos calabos, al tiempo,  
sin casaca y pajes,  
por que yo pueda decir  
que en el te mata y te matare  
puedo a París de noche.

CARLOS. A los del Consejo, o al  
Venera, o a todos, o a todos,  
y al hijo, Octavio, te pague  
esta vida, que te dolo  
por un vil no muy bastante,  
sinque fueras indigne tuyo.

OCTAVIO. Con saber me casaron:  
Carlos, que te quiero bien  
Dile, te libre.

CARLOS. Dame, y guarde.

(Entra Carlos, Octavio y Carlos.)

PALESTRA. Mi amor, Carlos,  
de que me tienes de un gusto  
que dices, es por gusto o por gusto  
que me tienes, y estás  
que me tienes, y estás.

CARLOS. Después de todo, de que me tienes,  
además, me tienes a gusto  
que me tienes, y estás.

PALESTRA. Después de todo, de que me tienes,  
además, me tienes a gusto  
que me tienes, y estás.

PALESTRA. Después de todo, de que me tienes,  
además, me tienes a gusto  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

Los que por amor muestran  
de ellos, muestran, muestran  
que me tienes, y estás.

de César y Aquiles junto,  
por tal liberalidad.

PRÍNCIPE. ¡Ah! Persio, dáselos puede.

PERSIO. Ven, Inés.

PRÍNCIPE. ¡Por Dios, que excede  
a toda temeridad,  
lo intrépido, lo terrible  
de esta mujer!

CAMILO. Bien pudiera  
tu Alteza, a cosa que fuera  
a sus desdenes posible,  
feriar retrato y papeles.

PRÍNCIPE. No lo dije, porque quiero  
verla, Camilo, primero;  
que, como son tan crueles,  
será bien, sin darle aviso.

CAMILO. El duque Otavio, señor.

PRÍNCIPE. Vete, que ya su color  
muestra que no fué remiso  
en obedecer mi gusto.

(Sale OCTAVIO.)

¿Qué hay, Otavio?

OCTAVIO. Ya, señor,  
se ejecutó con rigor  
tu gusto, justo o injusto.

PRÍNCIPE. ¿Cómo?

OCTAVIO. Salimos al campo  
en dos caballos, señor,  
cuando ya en el mar de Atlante  
los suyos bañaba el sol.  
Díjeme en París que había  
visto en un jardín la flor  
de Francia, en cierta madama,  
de cuya conversación  
quedé una tarde cautivo,  
y que, teniendo temor  
a ciertos hermanos suyos,  
cuya valiente opinión  
era conocida en Flandes  
y en Alemania mejor,  
confiaba de él mi vida,  
si se ofreciese ocasión.  
Díjome que llevaría,  
que es la defensa mayor,  
en un tahalí dos pistolas;  
y, aunque entonces me pesó,  
por que no entrase en sospecha,  
que es profeta el corazón,  
le dije que era acertado;  
porque nunca defendió  
la prevención de las armas

al que matan a traición.  
Salió Carlos tan gallardo  
y de tal disposición,  
que no sé cómo no pudo  
la estrella con que nació  
librarle de este peligro,  
pues que tanta perfección  
en las letras y en las armas  
liberalmente le dió.

Yace a legua de París  
un bosque que fabricó  
Dédalo naturaleza  
para laberinto al sol:  
ahí, la caza y las fieras,  
la calandria y ruiseñor,  
por verdes rejas le miran,  
que por cielo abierto, no.  
En la margen de un arroyo,  
cuya verde guarnición  
la primavera francesa  
de lirios de oro vistió,  
un castillo tiene, a quien  
la puerta adorna el blasón  
de mis nobles ascendientes;  
y aquí llegamos los dos:  
la dama que le decía,  
fué un villano cazador  
que, saliendo del castillo  
luego que llegar nos vió,  
haciendo blanco del pecho,  
el polvo ardiente sembró  
por el aire, y todo el plomo,  
desde el pecho al corazón.  
Cayó Carlos de la suerte  
que, por loca presunción,  
florido almendro en febrero  
derriba cierzo veloz,  
o como la hermosa garza,  
herida del pardo halcón,  
baja del aire a la tierra,  
teñida en sangriento humor.  
Fué a decir: "¡Traición, Otavio!",  
cuando, rota la razón,  
metió la muerte el cuchillo  
entre la vida y la voz.  
Eché el cuerpo en una acequia,  
y de sepulcro y de honor  
sirvieron, señor, las piedras  
con que cubierto quedó.  
Di al villano mil escudos,  
mas con una condición:  
que no parase hasta ver  
tierra de puerto español.



Ma ¿que suspensa es ésta?  
Pues una Delfin, ¡por Dios!  
que te ha pesado su muerte  
después de la ejecución.

PRÍNCIPE. El alma me has visto, Octavio.  
Diera a París por no haber  
muerto a Carlos. ¿Que he de hacer?

OCTAVIO. Mucho tan gallardo y sabio  
no es mucho que te lastime.

PRÍNCIPE. ¡Oh, cómo ha sido mal hecho!  
Lágrimas me pide el pecho,  
y como sombra le oprime.  
¡Oh celos! ¡no! accidente!

[Sale.]

OCTAVIO. Aunque llorando se va,  
no diré que vivo está,  
por si linge o se arrepiente.

Ejecutan poderosas  
su mutable condición,  
y en un mismo tiempo son  
vengativos y pacíficos.  
¿Que piensan los ofendidos?  
¿Que intentan los agraviados?  
¿Apenas están vengados,  
cuando están arrepentidos?

[Pase. CELIA, ROSA, INÉS, y PRÍNCIPE con el retrato  
de Carlos.]

PERITO. Aguártele que se deshecho  
por no traer el retrato  
en público.

CELIA. Ese retrato  
quiso el cielo que se deshecho,  
ya que tan gruesa fui  
en pedirsele a su Alteza.

INÉS. Mucho de su gentileza  
en esta imagen conozco.

Entre los papeles son

CELIA. Puntos, lólos donde sabes

ROSALBA. Como viene por que alabe  
el valor y discreción.

CELIA. Celia, de su Alteza. ¿Que lo  
tan admirarla, que ya  
dos veces dueño sera  
de cuanto ofruerle pueda.

PERITO. Fácille tan grande amor

CELIA. Siempre ha sido de mi amado,  
por las leyes de mi estado  
y licencia de mi honor.

Eno, Perito, le dirás  
y el cielo se guarde.

PERITO. Y a vos  
no sé, Rosalba. Celia, Dios  
la alienta que os tiene.

[Sale.]

ROSALBA. ¿Pues que le habéis pedido  
estas joyas te atrepienten?

CELIA. Por muchos inconvenientes.  
Roseta, la cado

[Sale Rosalba.]

RUERO. ¿Que? Celia, ¿qué de aquí?

CELIA. Un retrato que me trata  
ese retrato, que habia  
esperado habia en los, tan mi,  
por con que yo pegado.

RUERO. Bien está.

CELIA. ¿Que tienes?

RUERO. No sé.

CELIA. ¿Pues no te acuerdas, no has  
dicho, es el año de Dios.

¿O lo causa el mal humor?

ROSALBA. Es de la pintura el arte  
tal que una misma gente  
no dió el el travieso punto.

CELIA. ¿Tienes estas cosas? ¿que tienes?  
¿Haber elado cado?

RUERO. No.

Mas para no me teo.

ROSALBA. Perito, ¿que? ¿viene?

¿No me suspendas así!

RUERO. No se por donde comienza  
tan, tanto el dolor me viene  
que así me viene el alma en mi.

Perito ¿que mucho si ya

Caltra la dora colado?

¿Carlos, mi mayor amigo?

¿Carlos, con sin ella está?

¿Carlos, que era el mundo ser

del ser por quien era yo?

CELIA. ¿Carlos, dices que murió?

RUERO. Na, que viólo de ver.

Entre a buscarle, y estaban

mis criados dando voces

ya to las pallas comen

por donde a Carlos amado.

¿Preguntan lo oculto,

y su muerte me duele,

si hay un mundo de

de diferentes opoos.

Pero lo cierto, que el mal siempre es cierto, es que le han traidores. [muerto]

ROSELA. Será muy cierto, pues era Carlos leal.

Pero ¿el Príncipe no manda que se haga información?

RUGERO. Cuando es grave la ocasión, la justicia a oscuras anda.

ROSELA. Parte, hermano, ¡por tu vida! e infórmate bien del caso.

RUGERO. Voy, con tan helado paso, que llevo el alma rendida.

(Vase.)

ROSELA. Habla, que Rugero es ido. Vuelve en ti.

CELIA. Ya no podré; y si vivo, no tendré alma, vida ni sentido.

Pero, quién fué culpa, muera. ¡No es razón que viva más, muerto Carlos!

ROSELA. ¿Dónde vas?

CELIA. ¡Voy a despeñarme!

(Al irse CELIA salga CARLOS y le ponga la mano en el pecho.)

CARLOS. Espera.

CELIA. ¡Jesús! ¿Es Carlos?

CARLOS. Yo soy.

CELIA. ¿No eres muerto?

ROSELA. ¿Es Carlos?

CELIA. Si.

CARLOS. Pudiera serlo, por ti.

—No sé si seguro estoy.—

CELIA. Bien puedes. Habla.

CARLOS. Si Otavio

no fuera a quien le mandó el Príncipe, de quien yo supe tan injusto agravio. El consejo, al fin, más sabio fué que al Príncipe dijese, luego que a verle volviese, que en el campo me mató con una bala, y que yo de toda Francia me fuese.

Sin verte y ver a Rugero, no quise. Dame tus brazos con los últimos abrazos.

CELIA. ¿Qué dices?

CARLOS. Partirme quiero

donde no sepan que muero, porque con menos violencia se venga de mi inocencia; y tú no te ofendas de él, que mal se guardó niel quien vive en eterna ausencia.

Es tan breve mi partida como el peligro responde; ni puedo decirte dónde, que le va a Otavio la vida. Quien queda, todo lo olvida, de que más pena recibo, de ver que me quedé vivo; mas no vivo, muerto estoy, pues para partirme estoy, puesto ya el pie en el estribo.

No hay morir como partir sin saber dónde parar, pues ya no hay tierra ni mar adonde pueda vivir. Yo voy, en fin, a morir con la pena de no verte, con el dolor de perderte, con la fe de no olvidarte, y de celoso en dejarte con las ansias de la muerte.

Si pudiera escribirme, o yo escribirte pudiera, vida de mi muerte fuera el saber que estabas firme; mas ni tú puedes decirme, no sabiendo dónde vivo: “Carlos, tus cartas recibo”, para volverme a escribir, ni yo te puedo decir: “Señora, aquesta te escribo”...

Tan mal a partirme acierto, que piensa mi loco amor que hubiera sido mejor que Otavio me hubiera muerto. No fué remedio el concierto, si a la muerte me apercibo: pues, en mal tan excesivo, seguro puedo decir que allá no podré vivir, pues partir no puedo vivo.

Si tuviera confianza de verte algún tiempo, creo que entretuviera el deseo la más pequeña esperanza; mas fué para su venganza un poderoso tan fuerte, que me ha de llevar mi suerte



que en su recámara enseñan.  
aunque de armas, librería.  
Lo que hacer Rugero deba  
cuando se os ofrezca a vos,  
que por vos la sangre vierta.

PRÍNCIPE. Yo, Celia, en ferias de amor  
quiero que las mías sean  
pagarme el que os he tenido.

CELIA. Soy contenta; ya están hechas.

PRÍNCIPE. Esto es cuanto a papeles.  
Cuanto a cabellos y prendas  
como bandas y otras cosa-  
quiero que me deis licencia  
para veniros a ver.

CELIA. Pues ¿quién, señor, os lo niega?

PRÍNCIPE. Bésoos mil veces las manos.

CAMILO. ¡Bien las ferias se conciertan!

ROSELA. ¿Qué pedirá, que le niegue?

PRÍNCIPE. Restan solamente, Celia,  
las ferias de este retrato.

CELIA. ¿Y qué quiere vuestra Alteza?

PRÍNCIPE. Esas manos, con los brazos,  
para que más firmes sean  
estas nuevas amistades.

CELIA. Eso no es justo que tenga  
efeto, pues yo no pude  
obligar mi honor por fuerza,  
que es siempre menor de edad.  
Vuestra Alteza se divierta  
de este pensamiento agora,  
y fuera de él, mire y vea  
lo que de mi casa quiere.

PRÍNCIPE. ¿Querré yo alguna cadena,  
alguna joya o sortija?  
Ahora bien, ¿estáis resuelta,  
madama, a tratarme así?

CELIA. Si cosa posible fuera,  
¿quién la pudiera negar?

PRÍNCIPE. ¿Luego de esa suerte queda  
este retrato por mío?

CELIA. Como vuestra Alteza quiera,  
se le llevarán mañana.

PRÍNCIPE. No quiero yo cosa vuestra,  
pues la voluntad no es mía:  
y por que nadie le tenga,  
con rabia de despreciado  
le he de hacer pedazos.

(Al darle, salga CARLOS.)

CARLOS. Tenga,  
señor, tu Alteza las manos.

PRÍNCIPE. ¿Quién es?

CARLOS. Quien para defensa

de su vida halló esta imagen.

PRÍNCIPE. ¡Jesús! ¿Eres Carlos?

CARLOS. Era

Carlos, cuando Dios quería.

PRÍNCIPE. ¿Hay tal maldad e insolencia?

¿Que no eres muerto?

CARLOS. Guardéme

para tu mano; que fuera  
deshonor de mis pasados  
el morir por mano ajena  
y con fama de traidor.

CAMILO. Rugero y Otavio llegan.

PRÍNCIPE. Allí te retira, Carlos.

(Salen RUGERO, OTAVIO y TURÍN.)

RUGERO. ¡Señor! ¿Aquí vuestra Alteza?

¡Tantas honras en mi casa!

PRÍNCIPE. Basta, Rugero, ser vuestra.

TURÍN. Señor, ya que os hallo aquí,  
aunque de hallaros me pesa,  
hacer que Otavio me diga  
en qué parte muerto queda  
Carlos, mi amado señor,  
que dicen que en una selva  
le mataron salteadores,  
y aun no faltan malas lenguas  
que dicen que está culpado,  
si fueron celos de Celia.  
Duque.

PRÍNCIPE. Señor.

OCTAVIO. ¿Qué hay de Carlos?

PRÍNCIPE. Dadnos de su vida cuenta.  
¿Fuisteis con él?

OCTAVIO. Yo fuí,  
y de un castillo a la puerta  
que estaba en medio de un bosque,  
con espantosa respuesta  
le tiraron una bala.

PRÍNCIPE. Como tienen dependencia  
los reyes de Dios, también  
mentirles es grave ofensa.  
Salid, Carlos.

CARLOS. Aquí estoy.

TURÍN. ¡San Blas! Que te atiente deja.  
El es. ¿Qué lo estoy dudando?

PRÍNCIPE. Otavio, que Carlos quiera  
vivir, es cosa forzosa  
y naturaleza nuestra;  
mas que yo matarle os mande,  
y vos, con desobediencia,  
le dejéis vivo, no tiene  
disculpa.

OCTAVIO. Escuche tu Alteza:

cuando le dije su muerte  
no le pesó y de contento  
me fuera vivo?

PRÍNCIPE. Es verdad.  
¿No será?

OCTAVO. ¿Dónde me pesó?

PRÍNCIPE. Pues como va la vida,  
y que en viendo que la vida  
se había de arrepentir  
que era víctima de su grandeza,  
quiso haberle este seruido  
para que me lo agradeciera  
vuestra Alteza y toda Francia.

PRÍNCIPE. Que yo perdiera me duele  
es justo, por tal dancula  
más cortarle la cabeza  
a Carlos, será forzoso  
por tantas desobediencias  
que aunque no sean traiciones  
hay muerte que le merezcan.  
Llévme preso y en albaide  
no quiero que Octavio sea  
porote buena invención  
para que Carlos no muera.

CELIA. Señor, si el matar a Carlos  
es por interés de Celia,  
dadle la vida por mí,  
y acobardará los tercos;  
ponerle en la prisión tanto  
que se le coma la recta,  
entrando en su virtud  
la vergüenza en competencia  
Alma de vida inmortal.

es el honor que se venga  
ve una vida con voluntad  
elocata, ¿verdad, verdad?

CARLOS. Eso no, yo he de morir  
antes que sufrir tu afrenta.

CELIA. Yo quiero tu vida, Carlos.

CARLOS. ¿Que muera que tú la quieras?

CELIA. Eso he de ser.

CARLOS. No ha de ser.

PRÍNCIPE. Toda vuestra perdición  
en tener la muerte  
Rogero.

ROGERO. Señor.

PRÍNCIPE. A Celia.

PRÍNCIPE. Deseo a Carlos.

ROGERO. Palabra.

PRÍNCIPE. digna de vuestra grandeza.

PRÍNCIPE. Oídme por tanto gusto  
como las fugidas nuevas  
de Carlos quedando vivo.

PRÍNCIPE. le dé la mano a Rosela.

PRÍNCIPE. ¿Y para Turco, un tray mal?

PRÍNCIPE. ¿No habrá una de aquellas  
que posen los indios?

PRÍNCIPE. La misma, ¿dónde la he de  
tocar, Inés.

PRÍNCIPE. ¿Vera el Indio?

PRÍNCIPE. ¿De Francia?

PRÍNCIPE. Aquí él es poeta.

PRÍNCIPE. cuando un vuestro seruido

en el ejemplo, en su prueba

con el saber puede dañar

quiere temerle por ser

# SANTIAGO EL VERDE

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

BALTASAR ELISIO DE MEDINILLA

Ganó tanta fama Persio, no habiendo escrito más que aquel pequeño libro de sus sátiras, por opinión de Marcial y Quintiliano, que a muchos les ha parecido que la hallarian mejor por aquel camino que por el de otras empresas, diciendo bien, difíciles. Mas no es pequeño engaño creer que igualan la antigüedad, que apenas imitan, con libertades bárbaras, y siendo más lo que hablan que lo que escriben. Eurípides decía que si el hablar continuamente era prudencia, que mayor la tenían las golondrinas que los hombres: juicio cruel de algunos, y con extremo en los versificadores de estos años, cuyas plumas parecen a las de los virotes, que ellas no hieren, pero acompañan a las malas intenciones, y dan velocidad al hierro; y no lo es pequeño discurrir en esta materia quien desea huir del odio; pero como ni por bien ni por mal se adquiere más ventura con este género de impertinentes, que Liñán llamaba los *Impecables*, tal vez se deja llevar la queja de la ocasión, y a puros ruegos de la templanza se defiende la ofensa de la ira; pensión grande de los doctos, como V. m., que también ha empleado su virtuosa vida, desde sus tiernos años. Pero aunque lo sea, le deben consolar aquellas palabras de Aristóteles en el libro de buena Fortuna, que *nihil est melius intellectu, & scientia præter Deum*. Toda diferencia de facultades abrió puerta a la invidia; el teólogo, el jurista, el filósofo y los demás padecen sus contrarios; pero no con la destemplanza que los poetas; debe de ser la causa que se les opone con autojos de mayor ignorancia la calumnia, porque desta facultad hay pocos que tengan las partes que se requieren, y en juntando consonantes, no sufren igualdad con el sol ni tienen por soberbia ser Icaros de sus rayos. Los que tienen natural, no tienen arte; los que tienen arte, no tienen natural, y si alguno entrambas cosas, o no las ejercita, o le parece que es mejor gastar el tiempo en alabarse a sí mismo que en escribir para que sepan lo que sabe. Había en Alemania un catedrático maldiciente de todo, que se llamaba Lázaro, y como jamás imprimía y siempre murmuraba, pusiéronle a la puerta de su escuela, de letras grandes: "*Lázaro, veniforas*"; porque hasta dar a luz lo que se sabe no es justo des-

estimar lo que saben los otros. Que el poeta tenga infusión celestial necesariamente, no lo enseñó poco Cicerón, trayendo por testigos a Platón y a Demócrito: *Sape audiui Poetam bonum neminem sine inflammatione animorum existere posse, & sine quodam afflatu quasi furoris*. Hacer violencia a la naturaleza es tiranía del apetito, codicia de la fama y vanagloria del gusto. Baja comparación se ofrece, pero altamente significativa: aquel árbol ensebado que se pone en las fiestas es único ejemplo: trepan por él al tafetán algunos que desde la punta les enseña el aire, y con unos como grillos en los pies suben, sudan, resbalan, caen, cuál al principio, cuál a la mitad y cuál cerca del fin. Déstos, los primeros causan risa, los segundos, esperanza, y los terceros, admiración. Estados evidentes de la poesía, y que ya V. m. en su entendimiento habrá repartido entre los que conoce. Este premio, este palio alcanzó V. m. soberanamente, escribiendo aquel libro *Verè aureus, disertè, & graphicè*, de la limpia Concepción de la Virgen, no resbalando por la materia deleznable que cubre a los importunos el pirámide de la fama, sino volando como águila caudalosa, y haciendo círculos generosos a su extremo. En tanto amor, en tanta amistad, no hay sospecha de lisonjas, ni lo que todos saben necesita de crédito. Mis comedias andaban tan perdidas, que me ha sido forzoso recibirlas como padre y vestir las de nuevo, si bien fuera mejor volverlas a escribir que remediarlas. De las que lleva esta décimatercia parte cabe a V. m. la que se llama *Santiago el Verde*, imitando la estación que hace Madrid el primero día de mayo al Soto, donde el padre Manzanares, adornado de tantos coches, no envidia las altas ruedas del Tajo, las naves del Guadalquivir ni los naranjos de Guadalquivir. V. m. la reciba y lea, si no la vió representar, y se acuerde siempre que tiene en mí un verdadero amigo y Padre, que, como el cazador al pájaro, está mirando la destreza con que hace presa en el laurel que merecen tan pocos y pretenden tantos.

Capellán de V. m.,

*Lope de Vega Carpio.*





las tuyas por la mañana.

Allí le veo (6) vestir,  
tan curiosa y limpiamente,  
que aunque decírtelo intente  
no te lo sabré decir.

También le veo comer,  
hablar y andar (7) con amigos.  
CELIA. Pocas cosas sin testigos  
aquí se pueden hacer  
respecto de las ventanas  
y del curioso mirar.

TEODORA. Comenzáronme a engañar  
ciertas esperanzas vanas  
de hablar con él algún día,  
y con aquesta ocasión,  
abría de mi balcón  
mil veces las celosías.

Mas no por hacer ruido  
ni por toser levantó  
jamás el rostro, ni yo  
pude penetrar su oído.

CELIA. ¿Si es sordo el tal caballero?

TEODORA. Es tan bizarro (8) y galán  
un pisador alazán  
en que sale, que les quiero  
echar (9) la culpa a los pies.

CELIA. En fin, ¿él no te ha mirado?

TEODORA. Mi estrella lo habrá causado,  
y este caballo después.

CELIA. Si tiene estrella en la frente,  
no es mucho (10).

TEODORA. Vengo a pesar  
que es de bestias estorbar.

CELIA. Que vivas, Teodora, enfrente,  
y que un mozo tan galán  
no haya mirado al balcón;  
él tiene la condición  
de su caballo alazán.

TEODORA. ¿Cómo?

CELIA. Que siempre camina  
boca abajo; pues si alzara  
el rostro, cosa es muy clara  
que te viera.

TEODORA. No imagina  
cuando sale más que en sí,  
en acomodarse bien  
en la fila en que le ven  
cuantos pasan por allí;

en componerse el sombrero,  
el cuello (11) y barba.

CELIA. Tú amas  
una imagen.

TEODORA. Bien le llamas,  
imagen, un mármol quiero;  
mas no para el daño aquí.

CELIA. ¿Cómo?

TEODORA. Que vi entrar un día  
ciertas damas, Celia mía.

CELIA. ¿A ver ese hidalgo?

TEODORA. Sí.

Cubríome un sudor mortal,  
fuéme faltando el aliento,  
y dije a mi pensamiento:  
sin duda, es amor mi mal.

Lo que a solas ha pasado,  
mejor es que tú lo sientas  
que decírtelo.

CELIA. Tú intentas  
un amor desatinado;  
que al fin no puedes culpar  
quien no sabe que le quieres.

TEODORA. Celia, aquellas dos mujeres  
me hicieron enamorar.

CELIA. Nacerían tus desvelos  
de aquellos celos también;  
que nunca amor corta bien  
si no se da un filo en celos.

Mas si codicias, Teodora,  
ese caballero, yo  
haré que te hable.

TEODORA. Eso no,  
que algo mi opinión desdora.

CELIA. ¿Y siendo con mi opinión?

TEODORA. Eso mi gloria sería.

CELIA. Dime el nombre.

TEODORA. Don García.

CELIA. Ya he pensado la invención.  
Aguarda aquí, que a escribir  
voy un papel.

TEODORA. ¿A quién?

CELIA. Calla.

(Váyase CELIA, y sale LISARDO.)

LISARDO. Duro campo de batalla  
es este amar y sufrir.  
Alejandro no probó  
la conquista de un desdén,  
y por eso dicen bien

(11) En el autógrafo, "cabello".

(6) En el autógrafo, "miro".

(7) En idem, "jugar y hablar".

(8) En idem, "brioso".

(9) En idem, "poner".

(10) En idem, "bien dices".

que todo el mundo vea  
 Fugamos cuando se llame  
 el hombre: así lo creerá  
 luego lo el mundo vea?  
 He modificado la segunda línea: 112

Compara.      L'uso di *Unser*, el *Notre* di  
di Cuius, v'è un abitudine  
gratia.

[illegible]

Teodoro, un jardín y todo esto con un hilo. Puerta (11) desde el río de esta flota, dirección

Ya el alma me lo decía  
que por la casa te buscaba  
TIRANA Y voy a Celso preguntaba  
por vos con miedo por la (14)  
que un ardiente y flojo

**LEONARDO** No me dicen más aspirar  
que en delo (15) tanto, porque  
que pinto, que el alma en el  
como vercelas los mueve,  
dando en un punto de rose  
suelen beberlos a la

È te fecit, que non habet  
a sui huiusmodi ad istud  
v. p. et facit et tunc  
et normis le. tunc.

que va no tingué que deixar  
molt a l'alt de la seva vida.

*Lobelia*      Berry ruber.  
*Solan.*            Lobelia. 20  
     et quae sunt maximae epiplo-  
     mae flos coeruleus. Item lobelia.  
Fuerit de qua scribam alio  
in Tractatu.

que olinga na la zafra  
 12 de Dhaq (deq Gafra)  
 13 de Dhaq (10) de qaf, qaf  
 14 de Dhaq (10) de qaf, qaf  
 15 de Dhaq (10) de qaf, qaf

Figure 1. (a) 2D map of the study area, (b) 3D map of the study area.

LARRY: Qui l'a écrit, le livre  
à l'école, sur l'homme  
qui ne lui donne rien.

C'est  
 Qu'en ce moment douloureux  
 Brûlé de ta main froide  
 Un vel' de chair de son malin

**FRANCIS** — C'ella, per un mal di de stomac  
que tiene certa el triendell.

LEONARDO Si, che, per questo, non

defensores de tu raza  
y por Dios que todos los días  
A Celia traigo salud.

a quon debet iure  
intercedunt in iura  
Hic sunt illi expositores

Propheta. — Mais est-ce que ces deux  
tu feras des prophètes.

LEONARD: Così un capofamiglia come  
di Turchi.

1. *Examine the following passage.*  
 2. *Write a short note on the same.*

amor que nunca te dió,  
Celia, pesadumbre alguna,  
te enseñó lo que has de hacer.

(Vase TEODORA.)

CELIA. Hoy le tengo de poner  
a los pies de la fortuna.  
LISARDO. ¡Ay, Celia mía! ¿Qué dice  
Teodora?  
CELIA. Aparte me habló,  
como viste, y me contó  
que lo que más contradice  
a darte gusto es pensar  
que te burlas.  
LISARDO. ¿Yo, muriendo  
por ella?  
CELIA. Que así lo entiendo  
le dije.  
LISARDO. Vuélvele a hablar.  
Dile, hermana, cuánto ofende(17)  
al cielo en hacer agravio  
a su hermosura.  
CELIA. El más sabio  
amando menos se entiende.  
Tu intento pase adelante (18).  
Vete agora a pasear,  
que despacio quiero hablar  
a Teodora.  
LISARDO. No te espante,  
Celia, mi ignorancia amando,  
porque no hay aborrecido  
discreto.  
CELIA. Hoy serás querido  
amando (19) y importunando:  
que el rogar y importunar  
ablandar las piedras puede.  
LISARDO. Como esta piedra lo quede,  
mañana envío a avisar (20)  
tu desposado a Toledo;  
que si ha de llevarte allá,  
Teodora me quedará,  
con quien consolarme puedo.  
CELIA. Yo no he visto a don Rodrigo:  
pero te aseguro aquí  
que no habrá consuelo en mi  
para no vivir contigo.  
LISARDO. Tú le verás que es gallardo  
y que por fama te adora.

CELIA. A avisar voy (21) a Teodora.  
LISARDO. Adiós, Celia.  
CELIA. Adiós, Lisardo.

(Vanse, y salen DON GARCÍA y LUCINDO, caballeros.)

GARCÍA. ¡Bravas victorias de amor  
alcanzo en este lugar!  
LUCINDO. Por lo que cuesta el favor,  
de Pirro te he de contar  
una sentencia, un primor.  
GARCÍA. ¿Quién fué Pirro?  
LUCINDO. Un fuerte griego  
que a los romanos venció  
dos veces a sangre y fuego;  
mas tanta sangre perdió,  
que dijo: "A los dioses ruego  
no me den otra victoria,  
pues, venciendo, vendré a ser  
vencido."  
GARCÍA. Pues con mi historia,  
¿qué tiene Pirro que ver  
ni la romana memoria?  
LISARDO. ¿Vences damas?  
GARCÍA. Cuantas quiero.  
LUCINDO. Si cuesta tanto dinero,  
tú vienes a ser vencido.  
GARCÍA. En la sentencia he caído,  
y ser el vencido espero.  
¿Qué lindamente lo pescan  
en Madrid!  
LUCINDO. Diestras están  
las que en este oficio dan.  
GARCÍA. ¿Cuántas edades refrescan,  
cuántas acabando van!  
Pero pagarte la historia  
con una fábula quiero,  
digna de mayor memoria.  
LUCINDO. Si es destas ninfas, ya espero.  
GARCÍA. Y escrita en su honor y gloria.  
Entróse en una despensa,  
por un agujero estrecho,  
una zorra: agora piensa  
cuál puso barriga y pecho  
de aquella abundancia inmensa.  
Probó a salir: no cabía,  
porque el haber engordado,  
la puerta le defendía:  
lloraba el placer pasado,  
y el mal futuro temía.  
A las que a verla vinieron

(17) En el autógrafo, "y dile cuánto le ofende".  
(18) En ídem, "que el hombre más ignorante".  
(19) En ídem, "rogando".  
(20) En ídem, "llamar".

(21) En el autógrafo, "Yo voy a hablar".



dar satisfacción de mí?  
 INÉS. Es muy principal mujer;  
 pero bien podría ser  
 que la habléis.  
 GARCÍA. ¿Allá, o aquí?  
 INÉS. ¿Aquí? ¡Qué gracioso cuento!  
 Allá, y con mucho temor.  
 GARCÍA. Dad la traza.  
 INÉS. La mejor  
 es seguirme.

GARCÍA. Soy contento.  
 Este mozo irá con vos (25),  
 que él nos dirá vuestra casa.  
 INÉS. Venga.  
 PEDRO. Voy.

(Vanse INÉS y PEDRO.)

GARCÍA. De lo que pasa,  
 ¿qué dices?  
 LUCINDO. Mira, por Dios,  
 que a gran peligro te pones.  
 Que como en este lugar  
 se usa tanto el murmurar,  
 y con tan malas razones,  
 esta señora doncella,  
 mal informada de ti,  
 podría tener allí  
 alguien que vuelva por ella.

GARCÍA. Lucindo: si a su balcón  
 he alzado el rostro, yo quiero  
 que me maten; y así, espero,  
 dándola satisfacción.

darle también a entender  
 que he traído de Granada  
 una lengua muy honrada  
 para honrar cualquier mujer.

No soy yo de los mancebos  
 ociosos que andan aquí.

LUCINDO. Pienso que es mejor así,  
 si no son enredos nuevos  
 de alguna de aquestas damas;  
 pues dando satisfacción  
 quedarás con opinión  
 de tratar bien de sus famas.

Porque, si no, vendrá a ser  
 que, de noche, alguna gente  
 vengar este agravio intente.

GARCÍA. ¿Cómo la podremos ver?

LUCINDO. Fingiendo alguna invención.

GARCÍA. ¡Vive Dios, que estoy corrido

que mujer haya tenido  
 de mí tan mala opinión!

Vamos, que será forzoso  
 dar satisfacción igual;  
 porque sólo el decir mal  
 puede sufrirse a un celoso.

De mi lengua está ofendida,  
 y yo, no sólo lo estoy,  
 mas, por la fe de quien soy,  
 que no la he visto en mi vida.

(Vanse, y salen CELIA y INÉS.)

CELIA. ¿Que es tan galán don García?  
 INÉS. Señora, yo te prometo  
 que justamente Teodora  
 puso en él su pensamiento.

CELIA. Cuidadosa la escuchaba:  
 que siempre pone deseo  
 de la vista la hermosura (26).

INÉS. El es un hombre bien hecho,  
 de buen rostro y gentil aire,  
 linda proporción de cuerpo;  
 habla con cierta blandura,  
 que como dulce instrumento  
 lisonjea los oídos.

CELIA. Qué, ¿te pareció discreto?

INÉS. Pocas palabras le oí;  
 pero muestra entendimiento.  
 Reposado y substancial;  
 no como muchos que veo,  
 preciados de su romance,  
 que son todos sus conceptos  
 panderos que hacen ruido,  
 con dos cascabeles dentro.  
 El aposento es posada,  
 pero está limpio y compuesto,  
 y con extremado olor;  
 que oler bien un forastero  
 en posadas de Madrid  
 es, de ser limpio, argumento.  
 Unos damasquillos vi,  
 verdes, y nácares, creo,  
 y una imagen sobre uno  
 de mano de buen maestro;  
 ya entenderás: un retrato.

CELIA. ¿Retrato de dama, bueno,  
 de aquestos de en mi conciencia,  
 con la mano sobre el pecho?

INÉS. Lo mismo, y con buenas manos.

CELIA. Los pintores dan en eso

(25) En el autógrafo, "Vaya este mozo tras vos".

(26) En el autógrafo, "la alabanza".





sino en cuidado de un pleito que me han puesto ciertas dudas a un mayorazgo que tengo; y, ¡vive Dios, que a saber quién os ha dicho...!

CELIA. Teneos, y perdonadme, que ya estoy de vos satisfecha. Y tanto, que me ha pesado de que me haya sido el veros de tanta satisfacción.

LUCINDO. Si para testigo puedo valer algo, siendo amigo, los años que ha que profeso la amistad de don García, no he visto mozo tan cuerdo, ni de lengua tan honrada.

CELIA. Digo, señores, que creo que han engañado a Teodora, y que ha sido fingimiento. Y así, al señor don García que me perdone le ruego haberle escrito, atrevida.

GARCÍA. A mi fortuna agradezco y al que deste testimonio ha sido, señora, el dueño haberme dado ocasión para que viniese a veros, y habéisme de dar licencia que otras veces venga a hacerlo.

CELIA. Mucho quisiera serviros, mas tengo notable miedo a mi hermano; porque, al fin, como a padre le respeto. Trata de casarme ahora: que para mi casamiento tiene treinta mil ducados.

LUCINDO. ¡Qué bien informa en derecho!

CELIA. Verdad es que se pasea de noche, entretenimiento de mozo, y que a nuestra puerta nos deja tomar el fresco, como es uso de Madrid, donde sentadas podemos estar hasta media noche. Gracias a Dios, coche tengo, y al Prado voy muchas tardes.

GARCÍA. (Lucindo, por Dios, que temo (31) que me ha cogido con liga.

LUCINDO. ¿Agrádate?

GARCÍA. Por extremo.

LUCINDO. Pues yo he mirado en sus ojos ciertos relámpagos tiernos, señal de la tempestad que forman las nubes dentro. Conquista los treinta mil, y a Granada llevaremos un ángel de plata pura.

GARCÍA. Más precio sus ojos bellos que cuanta plata han traído las ondas del mar soberbio por la canal de las Indias (32).

LUCINDO. A los treinta mil me atengo.) (33)

(Sale FABIO.)

FABIO. Señora, tu hermano viene: aunque ciertos caballeros le han detenido en la calle.

CELIA. Salid, señores, de presto, que me pesará que os vea. Lo que tratado tenemos habrá esta noche lugar para poder resolverlo.

GARCÍA. Yo volveré por aquí, y, si disfrazado puedo, os hablaré en cierta cosa que importa a mis pensamientos.

CELIA. A la puerta me hallaréis.

INÉS. Dígame su nombre.

PEDRO. Pedro.

INÉS. Pues, Pedro, ¿vendrá esta noche?

PEDRO. Vendré, más cierto que un yerno, cuando trata de casarse, a la casa de su suegro.

(Vanse los tres; sale LISARDO.)

LISARDO. ¿Qué gente salió de aquí?

CELIA. Unos hombres que vendían almizcle.

LISARDO. Pues ¿qué querían?

CELIA. Quiero adobar para ti unos guantes y un colete. Como pasaban, llamé; pero no me concerté.

LISARDO. Que me pesa te prometo. Cuando oí su buen olor entendí que era otra cosa.

CELIA. Tienes condición celosa.

(32) En el autógrafo, "por la canal de Panamá".

(33) En ídem falta este verso, sustituido por este otro:

LUCINDO. ¡Pesia tal! Versos tenemos.

(31) En el autógrafo, "¡Por Dios, Lucindo, que pienso!"

LEONARDO. ¿Cómo voy de mi tiempo,  
Y ahora qué más debo hacer,  
que tanto de amor me da,  
seguro al cumplimiento  
¡Tóbele papel!

CELIA.  
LEONARDO. ¿Qué quieres,  
papel, o qué cosa que  
te sirva?

CELIA. No sé a qué sirve.  
LEONARDO.

LEONARDO. Dime, me avisas  
cómo me voy a poner que ve  
el tallo de don Genaro,  
y le sale a la cara la cabeza?

CELIA.  
LEONARDO. Yo sé bien, pero ya sabes  
a qué trabajo. Celia me  
deja estudiar

a don Rodrigo de tu  
¿Tu hermano, Leonardo, a mí?

LEONARDO. Hace un retrato copiar  
del que así te tenías mejor,  
y a Toledo le envió

CELIA. Eso, sólo pienso que fué  
quererle aquel poco amor  
que le quisiera le había dado  
si fueran su hermano.

CELIA. ¿Porque, hermano, el dinero  
de que es vivo y no gustas  
a quien le quieres,  
y alude de la muerte,  
que el amor y la vida segura  
de quien se quiere amar.

LEONARDO. Pues le mueras, Celia, ve  
con don Rodrigo, como  
te gusta y te convenga,  
pues te gusta que me des.

Pues está tan desahogada  
del amor, como yo.  
Pues de la que se me entregó  
no me ha dado más nada.  
¿Qué dice Teresa?

CELIA. ¿Qué? Teresa.  
CELIA. ¿Qué?

LEONARDO. ¿Qué? Teresa.  
CELIA. ¿Qué? Teresa.  
CELIA. ¿Qué? Teresa.  
CELIA. ¿Qué? Teresa.

LEONARDO. ¿Qué? Teresa.  
CELIA. ¿Qué? Teresa.

TARSA. ¿Qué? Teresa.  
CELIA. ¿Qué? Teresa.

LEONARDO. ¿Qué? Teresa.

TARSA. ¿Qué? Teresa.

LEONARDO. ¿Qué? Teresa.

CELIA. ¿Qué? Teresa.

## CELIA

Amer, enfermedad de los sentidos,  
luchada en tortura. ¿Qué más puedo  
que presto me dé a la vida  
lo que yado hacer a los vicios?

Algunos pensamientos, arrebatos  
a darme más victoria que desajos,  
serán dulce pensamiento a una amara  
y entrarán a tal vez, descomuldo.

Viento y yo, amor, pero no eres  
viento ni yo en las extremas,  
que bien sabes que a tal vez, amor,  
comenzas bien, pero te fin, amor,  
y yo viento, amor, cuando te quieres,  
no te puedo lo mucho, amor.

CELIA. ¿Qué? Teresa.

## TERESA

Partiendo que bien que se ve  
y yo a tal vez, amor.

## CELIA

CELIA. No sé a qué sirve.  
¿Qué? Teresa.  
CELIA. ¿Qué? Teresa.

## TERESA

CELIA. ¿Qué? Teresa.

## CELIA

CELIA. ¿Qué? Teresa.  
CELIA. ¿Qué? Teresa.

## TERESA

CELIA. ¿Qué? Teresa.  
CELIA. ¿Qué? Teresa.

## CELIA

CELIA. ¿Qué? Teresa.

## TERESA

CELIA. ¿Qué? Teresa.

CELIA. ¿Qué? Teresa.

CELIA.

Nunca yo burlarme suelo  
con las veras, Teodora, y las amigas.  
La vista te engañó, de aquel mozo  
cruel, desde el sombrero hasta las ligas:  
lo lejos te engañó.

TEODORA.

¡Válgame el cielo!

CELIA.

El cerca es el infierno.

TEODORA.

No me digas  
que es don García fiero.

CELIA.

No lo digo;  
mas fierísimo, sí.

TEODORA.

¿Burlas conmigo?

CELIA.

Mas, ya que el talle es tal, su entendimiento  
lo mejora. ¡Por Dios, que es un caballo!  
Es necio al óleo (35).

TEODORA.

¡Ay, loco pensamiento!

CELIA.

Cosa buena, Teodora, en él no hallo.  
Llegó con un notable atrevimiento,  
modo de hablar que de vergüenza callo;  
y, cuando fuera como tú decías,  
se va a Granada dentro de dos días.

Casado está, con hijos y cuidados (36).

TEODORA.

Más que se fuera (37) dentro de dos horas,  
si es necio y feo por entrambos lados.

CELIA.

Presto la voluntad desenamoras.

TEODORA.

Yo, Celia, ¿qué papeles, qué recados,  
qué promesas de amor, tal vez traídas;  
qué regalos, qué gustos, qué ternezas (38)  
pasé con su merced en mis tristezas?

Estos no fueron más de pensamientos;  
que hasta que el pajarillo está enjaulado,  
ligero puede acuchillar los vientos,  
y con el pico hurtar la plata al prado.  
Cuando fuera su talle a mis intentos,  
¿de qué me puede a mí servir, casado?  
Es un casado sota que hace veinte  
a quien espera carta diferente.

Hasta que venga carta que me cuadre,  
descartaré dos mil. Váyase a prisa;  
críe esos hijos; que le llamen padre  
los ya crecidos, al poner la mesa;  
los niños (39). "taita", en brazos de su madre;  
que solamente, y con razón, me pesa  
de que he pasado algunas noches malas.

CELIA.

¡Qué bien (40) que te aprovechas de las alas!  
¡Fíad de amor, de celos, de desvelos (41),  
de deseos que van por celosías!

TEODORA.

¿Qué deseos, desvelos o qué celos  
no volverán mis esperanzas frías (42),  
con tantos hijos, casamiento y duelos (43).  
y el término de ausencia de dos días,  
mal talle, corto ingenio y todo engaño?

CELIA.

¡Bien haya quien estima el desengaño!

TEODORA.

Pésame que por él fui rigurosa  
con tu hermano Lisardo.

CELIA.

A tiempo ha sido;  
que puedes, siendo blanda y amorosa,  
dejarle de tu amor agradecido.

(38) En el autógrafo, "¿qué gustos, qué requie-  
bros, qué finezas?"

(39) En ídem, "tiernos".

(40) En ídem, "A fe".

(41) En el impreso, "Teodora, y sus desvelos".

(42) En el autógrafo, "qué celosías no se vuel-  
ven frías".

(43) En ídem, "con niños, casa, casamientos, due-  
los".

(35) En el autógrafo, "olio".

(36) En ídem, este verso, entre líneas, pero de  
mano de Lope, y borrado, otro que en su lugar decía:  
"sus pleitos tiene todos acabados".

(37) En ídem, "vuelva".

## TERCERA

¡Adiós, loco vándete al campo,  
afuera, loco amor, de error y engaño!  
¡Hálemos a Icarillo!

## CELEA

Aquí venía

(Que bien que le le quicó a don García.)

(Hacen Don García, Celea y Pedro.)

GARCÍA Y tú, amigo, ¿cómo te va?  
LUCINDO Pedro se ríe de vos.  
PEDRO Si río, porque por Dios,  
que las das lo merecido  
el en rendir tan presto,  
y tú, en decir que acortó.  
LUCINDO Pues, díme, ¿cómo es qué erro?  
(No es esto, ¿por qué es lo que es?)  
(No te pierda ya el entretenimiento  
en una historia ociosa,  
que en la vida se encuentra  
a perder el tiempo tenga.  
¿Adiós, y la vida?)  
PEDRO Si tú te lo quisieras poner,  
y no se ha de hacer ofensa  
a un hombre ni a su virtud,  
gloria su pensamiento,  
pero si en esto hay engaño,  
¿cómo es de un hombre el darme  
tanto en el atrevimiento?  
LUCINDO No es que se lo de como  
que ya sabemos, ¿verdad?  
PEDRO Tal vez hoy nos engañan.  
GARCÍA Qué me estás diciendo?  
Este loco te lo agüen  
que el cuerpo es un universo;  
que no dice un misterio  
aquí, allá, allá, allá.  
LUCINDO No te equivoques, don García,  
que de la vida se aprende  
mucho que al que se enseña  
al más en la vida un día  
y que a un hombre mirando  
cómo andas, como pasas  
de cuerpo, con voz risueña,  
dile a la vida, ¿verdad?  
"¿Qué maravilla haces,  
porque es tan leve la vida,  
cuando es tan dura la vida,  
cuando es tan pesada la vida?"  
Y el remate: "De la vida  
nada me debe contar."

que en los ojos del amor  
que escoge el amor,  
¡Vámonos, amigos!  
Pues muchos debe de haber  
de los mismos errores,  
y uno siempre se va,  
que en la vida se va.

GARCÍA Sí, pero ¿cómo es?

PEDRO Hemos estado

y así es la vida.

GARCÍA Y así es la vida;

porque yo nunca he podido

ni saber cómo ni cómo

ni cómo, pero que es

la misma vida, verdad?

Y la vida, ¿verdad?

Más dime, ¿por qué es la

la vida?

PEDRO La vida que dice

que es la vida, verdad?

y una vida que tiene

que es la vida, verdad?

¿Qué es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que es la vida, verdad?

que has de ser un santo arguyo,  
si no es que se muda el viento;  
que conozco sus mudanzas.

GARCÍA. ¿Es mejor, como decía  
Lucindo, la bizarría  
de aquestas damas roanzas,  
que acabando de pelar  
a un hombre, pieza por pieza,  
pelándole la cabeza,  
echan pelos a la mar?

PEDRO. ¡Oh, qué cuento te diré  
de un corro de ciertas sotas,  
que estando en risa y chacotas  
—la casa yo me la sé—  
cierto parche se cayó.  
y sobre cuál le traía  
hubo tal grita y porfía:  
“Vos le trajistes”, “Yo no”;  
“Yo estoy como una manzana”;  
“Yo, limpia como un cristal”;  
“Marcia le trajo”; “No hay tal,  
que dió a los pies de Diana”,  
que como cuatro guarduñas,  
con las garras de dos varas,  
se hicieron quesos las caras,  
y vivos rallo las uñas!

GARCÍA. ¡Maldito seas, amén!  
¡Qué propia historia lacaya!

PEDRO. Alto, pues; sirve tu Maya;  
¡plegue a (44) Dios que pare en

GARCÍA. A la casa hemos llegado. ¡bien!  
Inés está en el balcón.  
Sin duda, aquesta ocasión  
es premio de mi cuidado (45).

(Sale Inés, arriba.)

GARCÍA. ¿Es Inés?  
INÉS. ¿Pues no lo ven?  
Sólo aguarda mi señora  
que vengan; y está Teodora  
con ella ahora también.  
Voylas a avisar.

(Vase.)

GARCÍA. Lucindo,  
a Teodora requebrad.  
LUCINDO. El cuidado me dejad.

PEDRO. Y yo a mi lacaya (46) lindo.  
GARCÍA. ¡Oh, si tuviédeses dicha  
que esta Teodora os quisiese!  
LUCINDO. Dejadme el cargo.  
PEDRO. ¡Ah, si fuese  
tan rica la sobredicha  
como esotra de mi amo!  
LUCINDO. Ya salen.  
GARCÍA. Estad alerta.

(Salen TEODORA, CELIA e INÉS.)

CELIA. ¡Buen fresco corre a la puerta!  
PEDRO. Saltando de ramo en ramo  
vienen estas tortolillas.  
TEODORA. Ya es verano.  
CELIA. Saca, Inés,  
dos sillas bajas, o tres.  
INÉS. Ya voy.  
PEDRO. Pues que piden sillas,  
cierta será la jornada.  
GARCÍA. Por aquí llegarme quiero.  
CELIA. ¿Quién es?  
GARCÍA. Aquel caballero.  
CELIA. ¿Cuál? ¡Jesús!  
GARCÍA. El de Granada.  
CELIA. Daca esas sillas, Inés.  
LUCINDO. A esotra parte me paso.  
TEODORA. ¿Quién es?  
LUCINDO. Soy galán acaso.  
TEODORA. Y esotro hidalgo, ¿quién es?  
LUCINDO. Es el señor don García,  
vuestro vecino, que viene  
a cierta satisfacción.  
TEODORA. Ya no hay nadie que se queje.

(Siéntese DON GARCÍA con CELIA, LUCINDO con TEODORA, PEDRO con INÉS.)

LUCINDO. Así se harán amistades  
más presto.  
CELIA. El venir a verme  
esta noche os agradezco.  
GARCÍA. Señora, si un accidente  
quita a un hombre en un instante  
la vida, y vemos que muere,  
un accidente de amor  
no pienso que es menos fuerte  
que cuantos he dicho aquí (47)

(44) En el autógrafo, “¡Quiera”.

(45) Faltan en ídem este verso y el anterior, sustituidos por estos otros:

INÉS. Son ellos.  
PEDRO. Decir si son  
no puede ningún criado.

(46) En el autógrafo, “pescada”.

(47) En ídem están este verso y el que sigue sustituidos por éstos:

que cualquiera enfermedad  
de las que peligro tienen.





LUCINDO. y que es antes de dos días.  
Quien eso os ha dicho, miente:  
porque estamos más de espacio  
de lo que a vos os parece  
después que ama don García  
vuestra amiga y la pretende  
para el santo matrimonio.  
TEODORA. Otro disparate es ése;  
siendo casado, y con hijos.

LUCINDO. ¿Quién?

TEODORA. Don García.

LUCINDO. ¿Que intenten

hombres decir tales cosas!

TEODORA. Celia me lo dijo.

LUCINDO. Advierte

que a Celia la han engañado (53).

TEODORA. El engaño bien (54) se entiende.

(Levántase TEODORA.)

En fin, Celia, ¿tú me engañas?

¿Esto a mi amistad se debe?

¿Es ésta buena amistad? (55)

CELIA. ¿Qué dices?

TEODORA. Que tú me vendes.

CELIA. ¿Estás loca?

TEODORA. No estoy loca;

tú sí, que con pecho aleve

me quieres quitar la vida (56).

CELIA. ¿Esto mi amor se merece

por acudir a tu gusto?

TEODORA. ¿Tú a mi gusto?

CELIA. ¿Pues qué quieres?

Por ti hablé a don García.

GARCÍA. Por vos, no; que solamente

quiero yo a Celia; que a vos

no os he visto, que me acernde.

TEODORA. ¿Dónde se sufre que digas,

para que de amarle deje.

que es casado?

GARCÍA. Y dijo bien;

que aunque la vida me cueste,

me pienso casar con Celia.

TEODORA. ¿Con Celia?

INÉS. Tu hermano viene.

(Salen LISARDO y los MÚSICOS.)

LISARDO. ¿Qué es esto? ¿Qué gente es ésta?

(53) En el autógrafo, "que habrán a Celia engañado".

(54) En ídem, "ya".

(55) Este verso dice en el autógrafo "Y sé toda la verdad".

(56) En el autógrafo, "mi bien".

FABIO. Con tu hermana están; detente.

CELIA. Hermano, seas bien venido.

LISARDO. Celia, ¿qué alboroto es éste?

CELIA. Unos mozos que pasaban,  
destos en hablar valientes,  
tales cosas nos dijeron  
sin haballes ni ofendelles,  
que a no llegar a este punto  
estos señores, que tienen  
los respetos como el talle...

LISARDO. Basta así: vuestas mercedes  
lo han hecho como quien son.

GARCÍA. Yo os prometo que se acuerden  
del castigo del hablar.

PEDRO. Yo le di cuatro cachetes

al uno dellos, que ahora

entrambas manos me duelen.

No puede un hombre de bien,

si no es en luna creciente,

dar de noche mojiçón,

porque hay caras con juanetes.

LISARDO. En cortesía suplico

a vuestas mercedes que entren

a este patio, que está fresco.

¡Hola, Fabio! ¿Quedó nieve?

Baje Laurencia una caja.

Oirán cantar dulcemente

la divina consonancia,

que al mundo admira y suspende,

del nuevo Apolo, Juan Blas;

que aquestos señores vienen

conmigo del Prado agora,

donde vi parar las fuentes

y suspenderse los aires.

GARCÍA.

Si pudiera detenerme,

recibiera esa merced.

PEDRO.

Los criados, señor, heben

en ausencia de la sed

de sus amos: di que suenen

las divinas cantimploras.

GARCÍA.

Irme es fuerza, no me esperen.

LISARDO.

Pues adiós.

GARCÍA.

Adiós, señores.

CELIA.

Advertid que se os acuerde

del Soto de Manzanares.

MÚSICOS.

Es villancico excelente.

LISARDO.

Leandro y Fabricio, entrad.

CRÍADO.

El son brinda.

GARCÍA.

Invidia tenme.

(Vanse todos; quedan DON GARCÍA, LUCINDO y PEDRO.)

LUCINDO. ¿De qué?



hace vivir descuidados.  
**RODRIGO.** Contradices, majadero,  
 tu misma comparación,  
 porque si el dinero fuera  
 espejo, alguno se viera  
 en él con mala opinión.  
**LISEO.** Esa es la gracia que ven,  
 y dan a entender que no.  
**RODRIGO.** Esta es la casa, que yo  
 la sé por las señas bien.  
 ¿Qué gente sale de allá?  
**LISEO.** Un pollino y moza son.  
**RODRIGO.** ¿Si es merienda?  
**LISEO.** La razón,  
 si bien el olor la da,  
 nos dará este gentilhombre.

*(Sale FABIO, criado.)*

**RODRIGO.** ¡Ah, hidalgo!  
**FABIO.** Vaya esa plata  
 con cuidado. ¿Qué mandáis?  
**RODRIGO.** ¿Es de Lisardo esta casa?  
**FABIO.** Esta casa es de Lisardo.  
**RODRIGO.** ¿Queda en ella?  
**FABIO.** Esta mañana  
 fué con mi señora Celia  
 al Soto.  
**RODRIGO.** ¿Hay tan gran desgracia?  
 ¿Vendrá tan presto?  
**FABIO.** A la noche;  
 que allá comen, y me aguardan  
 con el recado que ves.  
**RODRIGO.** ¿Quién a los dos acompaña?  
**FABIO.** No más que una amiga suya.  
**RODRIGO.** ¿Es huerta, es casa?  
**FABIO.** Es plaza,  
 donde hoy el verano alegre  
 corre sus toros y cañas.  
 Bien parecéis forastero,  
 pues no sabéis que se llama  
 Santiago el Verde este día,  
 en que las hermosas damas  
 y las que no son hermosas  
 van con espantosas galas  
 al Soto de Manzanares.  
**RODRIGO.** Bien ha llegado la fama  
 en Toledo a mis oídos:  
 que no es tanta la distancia.  
 Hombre dicen que en Madrid,  
 con tan grandes voces habla  
 que suena el eco en Toledo.  
 Pero decidme de gracia,

como cuando piden algo  
 suelen decir en Italia,  
 ¿queréisme guiar al Soto?  
**FABIO.** ¿Quién sois? Porque vuestras ga-  
 y ese talle me han movido [las  
 a pensar si en nuestra casa  
 venís por la mejor prenda.  
**RODRIGO.** Don Rodrigo soy de Lara,  
 a quien, si no se le mudan  
 la fortuna y la esperanza,  
 será de Celia marido.  
**FABIO.** Que perdonéis mi ignorancia  
 con darme esos pies os ruego;  
 y creo que si llevara  
 al Soto de Manzanares  
 la misma Fénix de Arabia  
 no fuera de mis señores  
 con tanto gusto estimada.  
 Mil veces en hora buena  
 vengáis.  
**RODRIGO.** Vuestra buena gracia  
 estimo por buen agüero  
 del gusto y bien que me aguarda.  
**FABIO.** Si queréis algún caballo  
 para ir al Soto, jornada  
 a caballo, breve y corta,  
 y a pie polvorosa y larga,  
 harélo ensillar, que hay seis  
 que pueden tener las armas  
 del rey de España.  
**RODRIGO.** Yo traigo,  
 por ser breve la jornada,  
 el mejor que allá tenía.  
**FABIO.** Pues seguidme.  
*(Vase FABIO.)*  
**LISEO.** ¿Qué acobardas  
 las manos con este hidalgo?  
**RODRIGO.** La cadenilla pensaba  
 darle; mas parece poco.  
**LISEO.** Más poco, señor, es nada.  
 Dale, que cuando conocen  
 una condición avara,  
 criados informan mal.  
**RODRIGO.** Bien dices. Daréle el alma;  
 pero no, que es ya de Celia.  
**LISEO.** Pues dale un alma de plata.  
*(Vanse, y salen los que pudieron, bailando en rueda,  
 con guirnalda de flores, y los Músicos, can-  
 tando.)*  
**MÚSICOS.** ¿Quién dice que no es éste



tanto sombrerillo y pluma,  
tanto amante?

GARCÍA. Digo en suma  
que no viendo el bien que espero,  
todo cuanto miro aquí,  
que en esta alegre ribera  
celebra la primavera,  
es infierno para mí.

(Sale PEDRO, criado.)

PEDRO. Ya no pensé que te hallara.

GARCÍA. ¿Cómo, Pedro?

PEDRO. Está de suerte  
el campo, que ha sido el verte  
milagro.

GARCÍA. ¿Y mi prenda cara?

PEDRO. Tu prenda cara, señor,  
queda con Teodora allí.

GARCÍA. ¿Y su hermano?

PEDRO. No le vi.

GARCÍA. Teodora me da temor.

¡Oh, si pudieses llegar  
y decirle que aquí estoy!

PEDRO. Aunque conocido soy,  
por ti la tengo de hablar.

GARCÍA. ¿Cómo?

PEDRO. ¿Tienes un doblón?

GARCÍA. ¿Para qué?

PEDRO. ¡Gentil amante!

GARCÍA. No porque el doblón me espante,  
mas por saber la invención;  
que, aunque tu intento no sé,  
es maliciosa esta dama.

PEDRO. Cuando piden a quien ama  
no ha de decir para qué;  
que ha de ser quien así está  
reloj con estas señoras,  
que ha de dar a todas horas  
sin saber a quién se da.

GARCÍA. Toma, y Ulises te enseñe.

PEDRO. A Ulises puedo enseñar.  
¿Adónde os tengo de hallar,  
que no es justo que me empeñe  
en tal peligro?

GARCÍA. Detrás  
de aquel álamo que abraza  
aquella vid.

PEDRO. ¡Linda traza!

(Vase PEDRO.)

LUCINDO. ¿Agora contento estás?

GARCÍA. Hasta verla estaré triste.

LUCINDO. Esta variedad que veo  
el más ardiente deseo  
gustosamente resiste.

GARCÍA. De todo estoy incapaz.  
Trasládese a un verde soto  
la corte.

LUCINDO. ¡Bravo alboroto!

(Ruido dentro.)

(Dentro.) ¡Afuera, ténganse, paz!

LUCINDO. ¿Qué es aquello?

GARCÍA. Cuchilladas.

LUCINDO. ¡Qué notable gente acude!

GARCÍA. Con una que se desnude,  
se sacarán mil espadas.

LUCINDO. Hacia aquí vienen bailando.

GARCÍA. Este regocijo es fiesta.

LUCINDO. Gente de pandero es ésta.

GARCÍA. Pues vámonos retirando.

(Apártanse, y salen cantando los MÚSICOS, y una  
mujer bailando.)

MÚSICOS.

“En Santiago el Verde me dieron celos.  
Noche tiene el día; vengarme pienso.  
Alamos del Soto, ¿dónde está mi amor?”

GARCÍA.

Esta seguidilla acabaré yo.

MÚSICOS.

“Alamos del Soto, ¿dónde está mi amor?  
Si se fué con otro, moriréme yo.”

GARCÍA. Mal agujero; pero vamos  
al puesto que señalé.

LUCINDO. Yo te aseguro que esté  
entre aquellos verdes ramos.

(Vanse DON GARCÍA y LUCINDO.)

MÚSICOS.

“Manzanares claro, no pequeño,  
por faltarle el agua corre con fuego.”

(Vanse cantando, y salen CELIA y TEODORA, con  
capoillos.)

TEODORA. ¿Qué es lo que vienes buscando?

CELIA. Ninguna cosa, Teodora.

TEODORA. Parece que vas agora





TEODORA. Pues no viene, eso será.

LISARDO. Vengale a ver, y sabrá que tiene galán marido.

TEODORA. Buscarla será mejor.

LISARDO. Que se esconde sospechamos vuestra esposa entre estos ramos.

RODRIGO. Por ser de los ramos flor.

LISARDO. Que la vamos a buscar dice Teodora.

RODRIGO. Y es justo.

LISARDO. Aquí esperad.

RODRIGO. Con el gusto que amor obliga a esperar.

(*Vanse LISARDO, TEODORA y INÉS; quedan DON RODRIGO y LISEO.*)

LISEO. Melindre quiere tener Celia.

RODRIGO. ¿Melindre en la corte? Mas bien es que se reporte mi esposa en dejarse ver. que lo que se ha de comprar se ha de mirar poco a poco.

(*Apártense a un lado, y salen DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO y CELIA.*)

GARCÍA. Estoy por tus ojos loco.

CELIA. Estas prendas me has de dar.

RODRIGO. ¡Bravas damas y galanes!

LISEO. Hoy es el bosque de amor.

RODRIGO. Será de Celia rigor con desdenes y ademanas huir de que yo la vea.

LISEO. Búscala tú, que es razón.

RODRIGO. Campo y bodas.

LISEO. Pues ¿qué son?

RODRIGO. Plegue a Dios que por bien sea.

(*Vanse DON RODRIGO y LISEO.*)

GARCÍA. Este naipe es un retrato de cierta dama; ya es muerta.

CELIA. ¿Muerta?

GARCÍA. Si; que está olvidada, y ausente lo mismo fuera.

CELIA. ¡Buena cara, por mi vida!

GARCÍA. Era un poquito morena, pero con lindas facciones.

CELIA. ¿Lindas?

GARCÍA. Pues ¿deso te pesa?

CELIA. Lo moreno viene aquí; lo lindo, allá se le queda;

mas basta que tú lo digas para que yo te lo crea.

GARCÍA. ¿Celos?

CELIA. ¿Yo celos? ¡Temprano!

¿Qué cintas verdes son éstas?

GARCÍA. No sé; ¡por Dios! Disparates

que vienen a que los veas.

Estos son dos papelillos

de cierta dama burlesca,

destas que venden el gusto.

PEDRO. Sí; que amor tiene taberna

donde alguno se emborracha.

LUCINDO. Yo pienso que Pedro acierta;

que destos ramos sin duda

muchos las llaman rameras.

CELIA. Leer quiero este papel.

GARCÍA. Por tu vida, no le leas;

mira que el tiempo se pasa.

CELIA. También se pasa la pena.

(*Lee el papel.*)

“Quien pasa dos días sin visitarme, pasará muchos sin verme, pues bien sabe vuesa merced que me tenía ociosa y enamorada; luego que vi tan recia la tempestad, me prometí la serenidad que veo, porque de los amores y las cañas, las entradas. Si vuesa merced no se atreve a venirme a ver a mi casa, déme licencia que yo vaya a la suya; que las mujeres, cuando queremos, también sabemos ser hombres.”

GARCÍA. No leas, Celia querida, cosas tan viles como éstas, y que en efeto pasaron antes que yo te quisiera.

Echale agora en la manga y allá sabrás lo que queda; mira que me tienes muerto con soledades y ausencias.

Dime alguna cosa tuya, que estas cosas no vinieran a tus manos sin tu gusto; pero, al fin, si me confiesas de pensamientos pasados, allá llevas las ofensas.

CELIA. Entibiado me has el gusto con estas cosas; mas eran, como tú dices, en tiempo que no me ofendes con ellas.

GARCÍA. No, Celia, no vienes tú como quien ama de veras; algo traes de mudanza;

que en las bridas y en tus puertas  
mis amores resplandecen;  
mis amores las puertas  
donde están las mujeres.

*¿Dónde están que se queman  
y en cenizas que sólo quedan  
en las puertas que se enpareja  
linda, por Dios, que se mueren  
¿Qué amor es tan bien, que pueda  
desear tan desolada  
cruel, con aquella entrada  
un hombre que tiene el alma  
muerto que se desahoga?*

*¿Perdida que está en cruz  
de flores y de tristezas  
De la vida, en esta vida  
mucho dolor, que lleva  
el alma con amor aborrecida.*

*¿Qué amor es ese?*

*¡Ay, cuánto me duele,  
que la vida sea tan triste!  
El que la vida sea tan triste  
el hombre que la vida  
¡Lágrimas que me dan  
Nunca, en esta vida  
Mi amor, vida en esta  
¿Qué amor es ese?*

*Salir  
de pronto desde mi vida  
aguarda.*

*¿Qué es de amor?*  
*¿Qué es de amor, en esta vida  
muerto, amor?*

*¿Dónde?  
¿Dónde es, en esta vida  
muerto, amor?*

*¿Ay, Dios,  
muerto, amor?*

*¿Qué amor  
las de Dios, en esta vida  
Te me estás bien, en esta vida  
de la vida, en esta vida  
y muerto, amor.*

*¿Qué amor es ese?  
de la vida, en esta vida  
de la vida, en esta vida.*

*El amor es la vida en esta vida  
que muere, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
que muere, amor, en esta vida  
que muere, amor, en esta vida  
que muere, amor, en esta vida  
que muere, amor, en esta vida  
que muere, amor, en esta vida.*

*¿Qué amor es ese?*

de la vida, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.

*GARCÍA  
¿Qué amor es ese?  
Hasta que muere, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.*

*GARCÍA  
Dios, amor,  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.*

*INTE  
¿Qué amor es ese?*

*GARCÍA  
Dios, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.*

*INTE  
¿Qué amor es ese?*

*PERRO  
Dios, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.*

*PERRO  
¿Qué amor es ese?  
Dios, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.*

*INTE  
¿Qué amor es ese?  
Dios, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.*

*GARCÍA  
Dios, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.*

*INTE  
Dios, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.*

*INTE  
Dios, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.*

*INTE  
Dios, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.*

*PERRO  
Dios, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.  
muerto, amor, en esta vida.*

*INTE  
Dios, amor, en esta vida  
muerto, amor, en esta vida.*

CELIA.

¿Hay desdicha mayor?

INÉS.

Si tú sabías  
que tu hermano, señora, te casaba,  
¿para qué le buscabas y escribías?

CELIA.

Pensé la dilación que me aguardaba;  
mas quise acrecentar las glorias mías,  
cuando para Teodora le buscaba.  
Ya le vi, ya le quise, y ya lo pago,  
pues ha de ser, Inés, mi eterno estrago.

INÉS.

Que luego olvidarás, con nuevo dueño.

CELIA.

No olvidaré en mi vida a don García.

INÉS.

Así lo dicen todas; pero es sueño:  
las firmezas de amor duran un día.

CELIA.

¡Ay, cómo siempre en término pequeño  
le desaparece amor! Desdicha mía  
fue conocer un hombre tan gallardo.

INÉS.

¿Si es aqueste que viene con Lisardo?

(Salen LISARDO, TEODORA, FABIO, DON RODRIGO y  
LISEO.)

LISARDO.

Está de suerte el Soto, con la gente  
que hoy le celebra, que se habrá perdido.

RODRIGO.

Los árboles exceden la corriente,  
que el Nilo enturbia.

INÉS.

¡Qué galán vestido!  
El talle ya es razón que te contente.

CELIA.

No tan presto al amor vence el olvido.

TEODORA.

Aquí está Celia.

LISARDO.

Hermana, ¿dónde estabas?

CELIA.

Donde no imaginé que me buscabas.  
Sentada a las orillas dese río,  
por donde amenos olmos le hacen calle,  
me holgaba de mirarle con el brío  
que suele julio, con calor, quitalle.

RODRIGO.

¿Qué te parece el nuevo dueño mío?

LISEO.

Que tiene bello rostro y lindo talle.

LISARDO.

Este es tu esposo.

RODRIGO.

Dadme vuestras manos.

LISARDO.

Términos excusemos cortesanos.

CELIA.

No os espante, señor, de que turbada  
me sienta al veros el primero día,  
en campo abierto, sola y descuidada.

RODRIGO.

Tal vez amor al campo desafía;  
para matarme a mí sacó la espada  
en este campo, aunque es vitoria mía,  
pues siendo vuestros ojos salteadores,  
salió a robarme y me mató de amores.

Un Ovidio este bosque me parece,  
este día famoso de Santiago  
de bellísimas ninfas se guarnece;  
mucho en su variedad me satisfago.  
Mas como Venus clara resplandece  
cuando en el Occidente cubre el lago  
del ancho mar el sol: sois vos con ellas  
lucero entre bellísimas estrellas.

CELIA.

Mirad, señor, que aunque ese ingenio invidio,  
que también os diré que andaba solo  
entre los bosques, como pinta Ovidio,  
desafiando al Amor el rubio Apolo.

LISARDO.

A mí me dan las fábulas fastidio,

amante del mundo y sus amables y queridos  
 Trágame de una cosa, quejados  
 Busca el campo.

ROMÁNICO

Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

ROMÁNICO

Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

ROMÁNICO

Un hombre que me voy

ROMÁNICO

Un hombre que me voy

ROMÁNICO

Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

ROMÁNICO

Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

ROMÁNICO

Un hombre que me voy

ROMÁNICO

Un hombre que me voy

ROMÁNICO

Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

ROMÁNICO

Un hombre que me voy

ROMÁNICO

Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

ROMÁNICO

Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

ROMÁNICO

Un hombre que me voy

Un hombre que me voy

ROMÁNICO

Un hombre que me voy

Un hombre que me voy

ROMÁNICO

Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

ROMÁNICO

Un hombre que me voy

Un hombre que me voy

ROMÁNICO

Un hombre que me voy

ROMÁNICO

Un hombre que me voy

ROMÁNICO

Un hombre que me voy

Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

(Caden) Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

(Caden) Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

(Caden) Un hombre que me voy

(Caden) Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

(Caden) Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

(Caden) Un hombre que me voy  
 A ver a los que me gustan y me gustan,  
 Y en medio de los que me gustan y me gustan.

(Caden) Un hombre que me voy

Mas ya ventura señalas  
a mi señor don García.

Entre aquellas zarzas queda,  
muerto por verte y hablarte.  
Si pudieses escaparte  
sin que nadie verte pueda,  
darásle vida; que allí  
todo hoy sin comer bocado,  
celoso y desesperado,  
está muriendo por ti.

TEODORA. ¿Por mí? Pedro, si verdad  
me dijeras, yo te diera  
una cadena.

PEDRO. No fuera  
mentirte buena amistad.

TEODORA. ¡Ay, alma! Crédito dalde.

PEDRO. Bien me lo puedes creer.  
¿Piensas tú que soy mujer.  
para que mienta de balde?

(Vase PEDRO.)

TEODORA. Vete, que ya voy tras ti.  
Inés, que digas te ruego  
a Celia que vuelvo luego,  
si preguntare por mí.

(Vase TEODORA.)

RODRIGO. Yo he venido, como veis,  
Lisardo, a vuestro concierto,  
por ver a Celia, tan cierto,  
como por las cartas veis.

Después de vista lo afirmo  
con nuevas obligaciones.

LISARDO. Y yo las satisfacciones  
que tengo de vos confirmo.

RODRIGO. ¿Cómo queréis que esto sea?

LISARDO. Habiendo vos de posar  
en mi casa habrá lugar  
para que aquesto se vea.

RODRIGO. La merced, Lisardo, aceto:  
que ya como hermano soy  
vuestro huésped.

LISARDO. Y yo estoy  
seguro del mismo efeto.

CELIA. Inés, ¿adónde se fué  
Teodora?

INÉS. ¿No viste aquí  
a Pedro?

CELIA. ¿Pues vino?

INÉS. Sí.

CELIA. ¿Hablástele?

INÉS. No le hablé:  
porque él hablaba al oído

CELIA. a Teodora, y la llevó.  
Bien imaginaba yo  
la contrahierba de olvido  
en esta enemiga mía,  
que con él se fué a hablar.

INÉS. Si tú te quieres casar,  
¿qué culpas a don García?

CELIA. ¡Ay, Inés! Tienes razón;  
pero es justo sentimiento  
de mi injusto casamiento  
mudar tan presto afición.

INÉS. ¿No aguardaras sólo un día?  
Amor quíere se vengar  
de presto.

CELIA. ¡Que fuese a hablar  
Teodora con don García!

Entrambos toman venganza  
de mí, que a entrambos ofendo:  
a Teodora, pues emprendo  
contradecir su esperanza,  
cuando se puede excusar,  
y a don García, en casarme  
al fin. Quiero aventurarme  
a seguirlos, y a estorbar  
que no hablen.

INÉS. Mucho emprendes.  
Mira que el valor ofendes  
de que te sueles preciar.

CELIA. Esta es la prueba mayor;  
que nadie, aunque haya desvelos,  
hasta que lleguen los celos  
conoce si tiene amor.

(Vase CELIA.)

LISARDO. Trataremos nuestras cosas  
como a los dos esté bien.

RODRIGO. Será fuerza que lo estén,  
y allanar las más forzosas.

Demás que no he de salir  
un punto de vuestro gusto.  
LISARDO. Con vida y casa, y es justo,  
siempre os tengo de servir.

¿Dónde están Celia y Teodora?

INÉS. Al coche pienso que van.

LISARDO. Pues solas pienso que están,  
tratarán a solas ahora

de vuestra persona y talle.  
Recoge, Fabio, la gente,

que se va el sol diligente.  
FABIO. ¡Hola, Juan! Voy a avisalle  
que llegue a esta orilla el coche.

(Vase LISARDO, INÉS y FABIO.)



LUCAS. ¿CÓMO VA?  
 RODRIGO. ¡Ay, Lucas!  
 ¿¿puedes no darme  
 dejar de ser esta noche?  
 LUCAS. ¿Cómo de ser esta noche?  
 ¡Pues que es el lugar  
 para la de tres lunar  
 cuando para carnal!

(PUEBLO Y CORO. TENDRÁ A LOS LUCAS. PUEBLO Y  
 LUCAS.)

TENDRÁ. ¡Hoy pensaba que se obliga  
 el matrimonio: presente  
 de que Celia se te casó.  
 GARCÍA. No me da gusto que te niegue  
 ni el tiempo ni el ser quien soy,  
 la verdad que traté siempre.  
 Yo dié a Celia favores,  
 porque me engañó de suerte  
 que entendí que eran verdades  
 cuantas me dijo, hasta verme  
 en el estado que ves.  
 No fué agravarte sin verte,  
 y sin saber que tú fuiste  
 la causa de que la viese.  
 Ella se casó y me dejó,  
 y pudiera, de tenerme  
 por marido, honrarse tanto  
 como del que a serlo viene.  
 Quise volverme a Granada,  
 y acordéme que las leyes  
 de amor dan licencia a un hombre  
 de que, ofendido, se vengue.  
 Yo quiero, Teodora hermosa,  
 si tú a mí me lo consientes,  
 quererte y vengarme.

TEODORA. Mira  
 que antes que a tratar comiences  
 de amor y de venganza  
 mira muy justo que pienses  
 si puedes salir con todo  
 si en el amor te descomen  
 de dos García, ¿qué dices  
 pues el se extraña y te quiere,  
 de que los dos se venguen?

TENDRÁ. ¿Qué más, y qué fácilmente  
 se perdona? ¿Y qué  
 quererte y quererte  
 que los dos se venguen?  
 GARCÍA. ¿Y qué?

GARCÍA. Te voy  
 a decir lo que voy a hacer  
 dos hijos a que agüentes

los dos se venguen y a ser  
 A TENDRÁ. Te voy a decir lo que voy a hacer  
 (Rodrigo y los dos se venguen.)

GARCÍA. ¿Hay más gran locura?  
 Los hombres, que tan encarecen  
 los engaños de su amor,  
 pues cuando mayor se sienten,  
 buscan más y más el remedio?  
 ¡Ah! ¡Mal haya la mujer  
 que cuando engaña a alguno  
 no le castiga y le devuelve  
 el alma hasta hacer venganzas,  
 que de celos se venguen!  
 ¡Mal haya la que se fia  
 de sus engaños, que suelen  
 costar las honras y vidas,  
 que ellos tan mal agüeden!  
 Que amor.

TEODORA. Celia viene  
 y resaca de veros:  
 alguna gran pesadumbre  
 Mejor será que te de.  
 Quedate adentro y a la noche  
 no permitas que te espere  
 más de las horas que dices  
 (Van Teodora.)

GARCÍA. El alma me levanta.  
 GARCÍA. Tenme

por la más cuerda mujer  
 que es posible encarecerte,  
 pues he podido mirarte,  
 villano como insolente  
 en brazos de mi enemiga  
 sin vergüenza, y como afeite  
 ligero por en el amor  
 engañar la sencilla mujer,  
 desfogar a Teodora  
 con los brazos y los dientes.

GARCÍA. ¡Oh, qué gracia me da!  
 ¡De tanto que tú me  
 estás en brazos de un hombre  
 y que yo, por las desdichas  
 me voy a ser asesinado!

TENDRÁ. ¿Y qué más puedes y tienes  
 los celos de la mujer,  
 que en la corte se enteran?

TENDRÁ. ¡Ay, Teodora, Teodora!  
 que para yo, Dios me perdone,  
 cuando, en dos García  
 después de su amor, me  
 se, ¡parto con Teodora!

GARCÍA. ¿Por qué no?  
 CELIA. Porque me ofende Teodora, con ser mi amiga. En Madrid sobran mujeres; enamórate, García, pues ya lo quiso mi suerte, que no te vea, ni oiga; y no es bien que me atormentes a los ojos con Teodora.

GARCÍA. Pues, si Teodora me quiere, ¿quieres tú que ande en Madrid, donde amor se compra y vende, a buscar una mujer que me quiera tiernamente?  
 ¿Quieres que ande con escalas de noche a subir paredes?

CELIA. ¿Escalas? Eso era en tiempo, si hay quien de aqueso se acuerde, de Calixto y Melibea.

GARCÍA. Pues si tratan de intereses, ya ves cuál me tienen pleitos. Demás que tú no me puedes pedir más obligaciones que hablarte tan pocas veces.

CELIA. ¿No es obligación tocarme una mano, y locamente llegarme al rostro?

GARCÍA. Otras cosas de más importancia suele lavar en Madrid el río al pasar de su corriente. Lávate el rostro y las manos, y harás que en ella se queden mis atrevimientos locos.

CELIA. ¡Lindo, a fe! ¡Bravos desdenes! Pegado te ha los donaires Teodora. Pues oye: advierte que fuertemente la quieras y lo que has dicho sustentes; porque si acaso, rendido a alguna memoria, vuelves, te he de hacer llorar seis años.

(Vase CELIA.)

GARCÍA. ¿Amenazas?... ¿Fuése?

LUCINDO. Fuése.

GARCÍA. ¿Ves si fué bueno el consejo?

LUCINDO. Celos es piedra en que quiere amor quilatar el oro.

GARCÍA. Más que siempre me atormente; que en eso está mi descanso.

LUCINDO. ¿Qué aguardas?

GARCÍA. A sólo que entren en el coche, para ver si va dentro el novio.

LUCINDO. Advierte que ya le toma la mano.

GARCÍA. Vengarse, Lucindo, quiere, como ha visto que la miro.

LUCINDO. Pues finge que no lo sientes.

GARCÍA. ¡Los favores que le hace! ¡Plegue al cielo que te anegues, coche, al entrar en el río!

PEDRO. Dicho y hecho.

GARCÍA. ¡Recogedme, aguas, que a librarla voy!

(Vase.)

PEDRO. Echóse al agua.

LUCINDO. Ya quiere salir con Celia a la orilla.

(Sale DON GARCÍA con CELIA en brazos; TEODORA, LISARDO, DON RODRIGO, LISEO, FABIO y INÉS.)

GARCÍA. De peligro como aqueste, ¿quién, si no yo, te librara?

CELIA. Mis brazos te lo agradecen, cuando tú los estimaras.

RODRIGO. Mucho a este hidalgo se debe.

LISARDO. Si por él no hubiera sido, cuanto bien tengo se pierde.

RODRIGO. Díganos vuesa merced quién es, pues tan bien se debe que le sirvamos.

GARCÍA. Señor, aunque es traje diferente, del oficio soy, señor; mil remedios se me ofrecen: maestro soy.

RODRIGO. ¿De las armas?

GARCÍA. No, señor; que solamente coso y hago de vestir.

RODRIGO. Gallarda persona tiene.

GARCÍA. Pues sepa vuesa merced que a quien el serlo pretende le está muy bien el buen talle y el vestir curiosamente; porque al tomar la medida a un príncipe, o si se ofrece a alguna curiosa dama, con buen talle a entrambos llegue; demás que el oficio me honra, que yo no a él.

RODRIGO. Puede hacerle



dijo al trono de marfil;  
que siendo la más sutil,  
me toca Apolo más veces;  
todos sus redobles son  
en mi flaqueza, y no advierte  
en tocar más la más fuerte,  
pues menos toca el bordón.

O no tenga a razón poca.  
cuando su canto celebre,  
de que alguna vez me quiebre,  
pues tantas veces me toca."

Dando con esto a entender,  
comparación extremada,  
que la cuerda más delgada  
y sutil, que es la mujer,  
pone un hombre tanto honor,  
confianza, amor, verdad,  
cuidado, gusto, lealtad,  
recato, hacienda, valor,

que no es mucho, si la toca  
tantas veces, que la pierda,  
y, rota en partes la cuerda,  
venga a parecernos loca.

LUCINDO. Ella habló como sutil  
y de instrumento de Apolo;  
que Séneca, que fué solo  
en el aplauso gentil,  
dijo que naturaleza  
fué sabia en quitar poder  
y fuerzas a la mujer;  
porque a tener fortaleza,  
no se pudiera vivir.

GARCÍA. ¿Qué importa, si en su hermosura  
las dió la fuerza segura  
con que nos pueden rendir?

Hércules, fuerzas tenía,  
y como mujer hilaba,  
porque una mujer que amaba  
en mujer le convertía.

¡Ay, Dios! ¿Qué tengo de ha-  
Lucindo, sin esperanza. [cer.  
disculpando la mudanza,  
que es débil cuerda en mujer?

Irme a Granada no puedo:  
que mis negocios están  
en estado que me dan,  
si les vuelvo el rostro, miedo.

Pues ¿cómo podré sufrir  
el ver a Celia casada?  
Pero la invención pasada  
será mejor proseguir,  
sea o no sea locura.

PEDRO. ¿Cuál? ¿La del sastre, señor?

GARCÍA. Sí: que está desnudo amor,  
y amor vestirse procura.

PEDRO. ¿A qué efeto?

GARCÍA. A entrar a ver  
esta mujer que me inata.

PEDRO. Lucindo, ¡por Dios, que trata  
mi amo echarse a perder!

LUCINDO. No lo intentes, don García,  
que es desatino notable.

GARCÍA. Pues ¿cómo quieres que hable  
a la ingrata prenda mía?

Dejadme ahora ser loco.

PEDRO. Dado que su sastre seas,  
y que entres y que la veas,  
que no es el peligro poco,  
si te diesen a cortar

GARCÍA. una tela, ¿qué has de hacer?  
¿Hay más que echarla a perder  
y allá volvella a comprar?

LUCINDO. ¡Muy buena ganancia es ésa!

PEDRO. ¡Lindo oficio!

LUCINDO. El arte alaba.

PEDRO. Será el sastre que cortaba  
el paño y la sobremesa,

y decía: "¡Pesía tal,  
qué linda tabla de paño!"

GARCÍA. Yo no siento que haya engaño  
para remediar mi mal  
como el de aquesta invención.

LUCINDO. Y el fin, ¿no se ha de mirar?

GARCÍA. Los que comienzan a amar,  
como los valientes son.

Seguidme, que solamente  
en su gusto amor repara;  
porque si el fin se mirara,  
no hubiera un hombre valiente.

(*Vanse, y salga CELIA sola.*)

CELIA. Amor, ¿en qué te ofendí.  
que no me quieres dejar?

Si me fuerzan a casar,  
¿qué se te da, amor, a ti?

¿Qué quieres, si no nací  
para ser de don García,  
con esa injusta porfía,  
tan bárbara como tuya?  
Pues el dejar de ser suya  
consiste en que no soy mía.

Déjame, amor; que cuidados  
imposibles no los precio.  
No seas conmigo necio,  
pues lo son los porfiados.

tuor, y en medio de pasados  
dos siglos y un papel  
y del imperio de los años.  
No me extraña, pues, que vivas  
en las ligeros ventura  
y fugaces en el.

—Dime, amor, que te he oído  
mucho, que te he oído  
en la persona de un vecino  
de los vecinos de la casa  
Cada uno me preguntó:  
si se acuerda don García  
de Granada, cómo quise  
pasarme con papeles  
que tú con papeles tales  
quiere la nieve más fría.

Has visto, pues, cómo  
hoy un papel me devuelve,  
que si en Granada se fue  
y de Madrid salió luego  
no con papeles nuevos  
de una casa tan barata  
que si es bien, si es y es  
que quiere poner, amor,  
color inglés a mi hombre  
con papeles de Granada.

(Diciendo Don Rodrigo.)

RODRIGO

Si como yo, Celia hermosa,  
no me pude mayorazgo  
poner en la casa de la casa  
de veneno tan dulce  
como es, como que sepa  
la hermosa preda que adhiere  
fuerza Mula en teatro.  
Y si como yo me he visto  
toda con esta fuerza  
de rubor hermosa de oro.

Hoy, amor, me he visto  
avergonzado, que me  
para, yo del teatro,  
que a mi, como que sepa  
Linda no la conozco  
que si me, como que sepa  
toda con esta fuerza  
de rubor hermosa de oro.  
Y si como yo me he visto  
toda con esta fuerza  
de rubor hermosa de oro.  
El otro es como a y verde.

de mi haber visto en teatro,  
por que si me, como que sepa  
gustarme en teatro.  
Y, cuando me gustaba  
del oro de un teatro,  
pero de una, como que sepa  
y diferente en teatro,  
que al teatro de teatro  
como a mi, como que sepa.

Celia

—Amor, como que sepa  
a la teatro que me he visto  
pero de una, como que sepa  
de teatro que me he visto  
pero de una, como que sepa  
yo, como que sepa  
que me he visto  
pero de una, como que sepa  
pero de una, como que sepa  
pero de una, como que sepa.

Tu hijo de teatro, y así  
me gusta, como que sepa.

RODRIGO

—Pero, amor, si Granada  
el oro de un teatro,  
Italia, como que sepa.

Celia

—En Granada, amor, como que sepa  
pero de una, como que sepa  
pero de una, como que sepa  
pero de una, como que sepa.

Y así, como que sepa  
pero de una, como que sepa.

RODRIGO

—Veo, amor, la teatro,  
pero de una, como que sepa.

Celia

—En qué teatro?

RODRIGO

—Amor, como que sepa  
pero de una, como que sepa.

Celia

—Cuando, amor, como que sepa  
pero de una, como que sepa  
pero de una, como que sepa  
pero de una, como que sepa.

(Diciendo Celia y amor Don Rodrigo.)

RODRIGO

—Amor, como que sepa  
pero de una, como que sepa  
pero de una, como que sepa  
pero de una, como que sepa.

—Cuando, amor, como que sepa  
pero de una, como que sepa.

(Diciendo Don Rodrigo y amor Don Rodrigo.)

(Diciendo Don Rodrigo y amor Don Rodrigo.)

y cuando los favores animoso,  
que son nublado, y sol, celos y amores.

Como se opone a su divina cara,  
hasta que rompe sus oscuros velos,  
y parece que el sol su curso para.

Así, por confusiones y desvelos,  
hasta que el desengaño le declara,  
se esconde amor, cuando le encubren celos.

(Salgan DON GARCÍA, LUCINDO y PEDRO, y las *sastres*.)

GARCÍA. Aquí me dicen que está.

RODRIGO. ¿Es el maestro?

GARCÍA. Yo soy,  
que de vos quejoso estoy.

RODRIGO. No tiene remedio ya  
el daros aquesta obra;  
perdonad; la culpa es vuestra,  
pues sabéis la casa nuestra,  
para acudir; basta y sobra,  
ya que la vuestra no sabe  
ninguno en casa.

GARCÍA. Teodora.

¿no la dijo?

RODRIGO. Esa señora  
dijo que érades muy grave,  
y no a propósito.

GARCÍA. Bien  
me paga la vecindad,  
y vos, con la voluntad  
que os quise querer también.

La palabra me habéis dado;  
mirad que sois caballero.

RODRIGO. Vino otro sastre primero,  
con quien habemos sacado  
los recados, que ya están  
para que Celia los vea.

GARCÍA. Cuando mi zapato sea,  
en lo que es vestir galán,  
daré un ojo de la cara;  
pues estos dos oficiales,  
¿haylos en la corte iguales,  
de corte, medida y vara?

Y por ti, menos haré (62)  
la mitad.

RODRIGO. Yo no querría  
pesadumbres.

GARCÍA. La porfía  
cesará con que daré  
al maestro veinte escudos.

RODRIGO. Como vos os obliguéis  
a que no se queje (63), haréis  
que quedemos todos nudos.  
¿Cómo os llamáis?

GARCÍA. Justo.

RODRIGO. Nombre  
notable en saste fué Justo.

GARCÍA. Antes porque visto al justo  
es justo que así me (64) nombre.

Al justo se ha de pedir  
lo que fuere menester,  
a gusto se ha de comer  
y justo se ha de vestir (65).

Y porque el vestir a gusto  
también importa, es razón  
ser justo, pues pocas son  
las letras de gusto a justo.

Corre alguna injusta fama,  
no en Madrid (66), donde hay maes-  
tan hidalgos y tan diestros [tros  
para vestir una dama

y un príncipe, que podrían  
ser sus propios camareros,  
y en todo tan verdaderos  
que mil haciendas les fian.

De mí os sé decir que soy  
el que dellos menos valgo,  
y soy muy honrado (67) hidalgo  
y en tal posesión estoy.

RODRIGO. ¿De dónde sois?

GARCÍA. Vizcaíno,  
a vuestro servicio.

PEDRO. Y yo  
¿soy barro, pues no nació  
más noble hidalgo el tocino?

LUCINDO. Vuesa merced esté cierto  
que le habemos de servir.

RODRIGO. Mi palabra he de cumplir,  
pero con este concierto.

GARCÍA. Haré que a todo se allane.

RODRIGO. ¡Hola, Liseo!

LISEO. Señor.

(Salga LISEO.)

GARCÍA. Yo haré, no tengáis temor,

(63) En el impreso. "a desenojarle".

(64) En ídem, "me viene bien éste".

(65) En el autógrafo dicen estos dos versos:

al tiempo justo traer  
y justamente vestir.

(66) En el autógrafo, "mas no aquí".

(67) En ídem, "y que soy muy bien".

(62) Estos dos versos dicen en el autógrafo:

Daca esa medida y vara,  
que por lo menos haré.



Rodrigo: ¿De la casa y que yo gané?  
 He a mi esposa que está con  
 el muestro.

León: El de dentro.

Rodrigo: El de fuera.

León: ¿Que a contar

te atreves? ¿Por qué no te?

(Entra León.)

Celia: Aquí me pongo ahora más

de comadre te comadre.

Pepe: Ya corre.

García: No le entiendo nada

tal grado.

León: ¿Por qué no?

(Entra León.)

Celia: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿De la casa y que yo gané?  
 He a mi esposa que está con  
 el muestro.

León: El de dentro.

Rodrigo: El de fuera.

León: ¿Que a contar

te atreves? ¿Por qué no te?

(Entra León.)

Celia: Aquí me pongo ahora más

de comadre te comadre.

Pepe: Ya corre.

García: No le entiendo nada

tal grado.

León: ¿Por qué no?

(Entra León.)

Celia: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(Entra León.)

García: ¿Por qué no?

(1) En el texto original, "comadre", que significa

(2) En el texto original, "comadre".

(3) En el texto original, "comadre".

que ya no hay fe que no rompa!  
 CELIA. ¿Parézcoos gentil?  
 GARCÍA. Y tanto,  
 que ya no hay turca ni mora  
 que me lo parezca más.  
 CELIA. Todo a un loco se perdona.  
 GARCÍA. ¿Está bien (71) de aqueste largo?  
 CELIA. Si es largo como la historia,  
 arrastrará por el suelo;  
 pero lo que arrastra honra.  
 GARCÍA. El ruedo, dieciséis (72) palmos;  
 la manga, entre larga y corta;  
 de la ropa condiciones  
 de cierta mujer hermosa,  
 larga en prometer palabras,  
 corta en cumplirlas con obras.  
 La cintura así se mide.  
 PEDRO. ¿No ves que la abraza agora?  
 GARCÍA. Al fin te tengo (73) en mis brazos,  
 deuda de mi amor tan propia.  
 CELIA. Calla, atrevido, que estoy  
 temblando.  
 LUCINDO. Invención famosa.  
 GARCÍA. ¿El cuello está bien así?  
 CELIA. ¿Volveréme a la redonda?  
 GARCÍA. No, que aun en tan breve ausencia  
 es la vuelta peligrosa.  
 Mostrad (74) los brazos. ¡Ay, Dios,  
 qué pido!  
 CELIA. La manga, corta,  
 al uso; mas no de suerte  
 que parezca vanagloria.  
 RODRIGO. Dan agora las mujeres  
 en traer muñecas gordas.  
 PEDRO. Darles sustancias y pistos.  
 GARCÍA. Esto es hecho.  
 CELIA. Yo estoy loca  
 de ver tu atrevido pecho.  
 GARCÍA. ¿Mi atrevimiento te enoja?  
 Pues más te queda por ver.  
 ¿Dónde están las sedas?  
 RODRIGO. ¡Hola!  
 Dad las sedas al maestro.  
 GARCÍA. Martín, esas telas toma.  
 INÉS. ¿Y a mí, señor, no es razón  
 que me déis alguna cosa?  
 ¿Tengo de salir así  
 a acompañar vuestra novia?

RODRIGO. ¿Qué quiere Inés que le dé?  
 INÉS. Un vestido que me ponga  
 en vuestras bodas, señor.  
 RODRIGO. Desde el chapín a las locas  
 tendrá la señora Inés.  
 INÉS. Mil años goces tu esposa.  
 GARCÍA. ¿Para qué es bueno mil años?  
 Pues una mujer no es moza  
 de treinta.  
 PEDRO. Yo he visto algunas  
 que con un siete y tres sotas  
 descubren treinta, y el siete  
 entre las cartas arrojan;  
 y como si fueran niñas  
 juegan, triscan (75) y enamoran  
 mozelos cuyos abuelos  
 las sirvieron (76) cuando mozas.  
 RODRIGO. Son cuerpos embalsamados.  
 PEDRO. Son muchachas a la sombra;  
 pero al sol vuélvenle saestre,  
 que les hace al rostro (77) alforzas.  
 RODRIGO. Diga, maestro, ¿qué varas  
 entrarán en saya y ropa  
 de Inés?  
 GARCÍA. Dilo tú, Martín;  
 que yo no visto personas  
 menos que Celia.  
 PEDRO. ¿Yo?  
 GARCÍA. Sí.  
 PEDRO. ¿Que gustes de aquestas cosas! (78)  
 Para ropa y saya a Inés  
 trescientas varas le importan.  
 RODRIGO. ¿Trescientas?  
 PEDRO. De pasamanos  
 ¿es mucho?  
 RODRIGO. No digo agora  
 sino de seda.  
 PEDRO. De seda,  
 treinta varas son forzosas.  
 RODRIGO. ¿Treinta?  
 PEDRO. ¿No ha de ser holgado  
 para si después engorda?  
 RODRIGO. Cofrade sois del pendón.  
 PEDRO. Lléguese acá. No se corra,

(75) En el impreso, "luscán", por errata.  
 (76) En ídem, "tuvieron", por errata.  
 (77) En ídem, "mil".  
 (78) En ídem, estos versos dicen:

(71) En el autógrafo, "¿Agrádaos".  
 (72) En ídem, "catorce".  
 (73) En ídem, "En fin, estás".  
 (74) En ídem, "Dadme".

Martín, dilo tú,  
 que yo visto otras personas.

PEDRO. ¿Yo?  
 GARCÍA. Sí, acaba; ¿qué reparas?  
 PEDRO. ¿Que gustes de aquestas cosas!



TEODORA. Fingiólo por don Rodrigo.  
 CELIA. Míralo muy bien primero,  
 que ahora ha venido aquí  
 y medida me ha tomado.  
 TEODORA. ¿Para tus vestidos?  
 CELIA. Si;  
 pero en la seda ha cortado,  
 gracias a amor, que no en mí.  
 TEODORA. Que, en fin, ¿él se declaró  
 por oficial?  
 CELIA. Librementemente,  
 como casada me vió.  
 TEODORA. Pues ¿cómo con tanta gente  
 le he visto a caballo yo?  
 CELIA. Como esos milagros hace  
 el engaño o el dinero,  
 si a mil faltando deshace (86).  
 ¿Es mucho hacer caballero  
 a un hombre que no lo nace?  
 TEODORA. ¡Ay, Celia! No más engaños  
 de forasteros traidores;  
 no quiero más desengaños  
 ni casarme por amores,  
 ocasión de tantos daños.  
 Hazme placer (87) de tratar  
 con tu hermano el casamiento  
 que hasta aquí me dió pesar.

(Salgan LISARDO y FABIO.)

LISARDO. ¿Dónde queda?  
 FABIO. En su aposento.  
 LISARDO. No le vayas a llamar,  
 que acaso escribe a Toledo.  
 FABIO. Aquí están Celia y Teodora.  
 LISARDO. Con eso contento quedo.  
 CELIA. Este es mi hermano, y agora (88)  
 decirle tu intento puedo.  
 LISARDO. Honráis con mucha razón  
 Teodora, esta casa vuestra,  
 y más en esta ocasión.  
 TEODORA. A la antigua amistad nuestra  
 responde mi obligación.  
 LISARDO. Tengo a mi Celia casada  
 con un galán caballero.  
 TEODORA. Ella está bien empleada.

CELIA. Que ha de estar Teodora espero  
 más que envidiosa envidiada,  
 y casar juntas las dos.  
 LISARDO. Pues ¿con quién se ha de casar?  
 CELIA. Con vos.  
 LISARDO. ¿Connmigo?  
 TEODORA. Si vos  
 no amáis en otro lugar.  
 LISARDO. ¿Ni en otro mundo, por Dios!  
 CELIA. No te turbes, que ya tiene  
 Teodora resolución,  
 y a saber la tuya viene.  
 LISARDO. Quien sabe (89) mi pretensión,  
 ¿qué dilaciones previene?  
 Yo soy suyo, y lo he de ser.  
 TEODORA. Yo quisiera merecer  
 tal marido y tal cuñada.  
 LISARDO. Ocasión tan deseada  
 bien me puede enloquecer.  
 Haremos dos casamientos  
 juntos que a la corte admiren.  
 CELIA. ¿Qué hay, Inés?  
 INÉS. Con mil contentos  
 te escucho.  
 CELIA. Aunque más suspiren (90)  
 mis pasados (91) pensamientos,  
 he de ser de don Rodrigo.  
 INÉS. ¿Aún piensas que es don García  
 aquel fingido enemigo...?  
 CELIA. Bizarro talle tenía.  
 No puedo acabar connmigo  
 aquella imaginación.  
 LISARDO. Así queda concertado,  
 y en prendas desta afición,  
 Fabio.  
 FABIO. Señor.  
 LISARDO. Con cuidado,  
 como pide la ocasión,  
 llama a Justo, sastre nuestro;  
 vístame de oro a Teodora.  
 TEODORA. ¿Qué Justo?  
 LISARDO. El hombre más diestro  
 que tiene la corte agora.  
 Es excelente maestro.  
 Saque telas y tabies,  
 blancos, verdes, carmesíes;  
 robe esas tiendas un día,  
 mientras yo a la Platería  
 sus diamantes y rubíes.

(86) Falta en el impreso este verso.

(87) En el impreso, "merced".

(88) Este verso y el anterior dicen en el autó-grafo:

TEODORA. Admirado me ha el enredo.  
 ¿Es Lisardo?

CELIA. Si; y agora.

(89) En el impreso, "sabiendo".

(90) En ídem, "me retiren".

(91) En ídem, "cobardes".

Guarandónes y libere  
muertos por las alas,  
con el viento los colores  
que por caído con vos  
abre color los amores.

GAUCIA. No, guero, mueren y mueren,  
vuelan al viento, en tanto  
que vive el viento.

TRISTANA. Seguro  
que ya habéis de amarnos bien  
y os vamos a ser amigos.

TRISTANA. ¿Vosotros? ¿Vosotros de las penas, guero,  
volved y volved.

TRISTANA. ¿Vosotros, gueros, volved  
las penas. Inés, te diré  
lo que os he de contar.  
GAUCIA. ¿Qué cuento que me contaréis?  
TRISTANA. ¿Cuento de amor y de dolor,  
y de amor y de dolor.

GAUCIA. ¿Qué historia a mí tener,  
que este cuento de amor,  
que se volviera en aguija,  
tan fuerte flecha de amor?

TRISTANA. ¿Vosotros, gueros, volved y volved.

TRISTANA. ¿Qué os habéis de contar,  
sabiendo que este cuento  
os va de amor?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero,  
que os habéis de contar?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero,  
que os habéis de contar?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero,  
que os habéis de contar?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero,  
que os habéis de contar?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero,  
que os habéis de contar?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero,  
que os habéis de contar?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero,  
que os habéis de contar?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero,  
que os habéis de contar?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero,  
que os habéis de contar?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero,  
que os habéis de contar?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero,  
que os habéis de contar?

¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

TRISTANA. ¿Qué cuento de amor, guero?

GAUCIA. ¿Qué cuento de amor, guero?

me las daréis, para que yo las lleve  
y vista al mismo sol, si hay sol de nieve.

Con esto pasará los tristes días  
que he de estar en Madrid, pues sólo aguardo  
verla casar, creciendo en mis porfías  
los celos de un marido tan gallardo,  
que entonces piensan las historias mías  
declarar mis desdichas a Lisardo  
diciéndole quién soy, y que en Granada  
tiene una alma, una vida y una espada.

Pagaré las hechuras, y sin ellas  
os daré una cadena que tenía  
para la hermosa Celia, en cuyas bellas  
manos, ¡ay, Dios!, mi boca puse un día.  
Llevad las sedas o enviad por ellas.  
Quien digo soy; mi nombre, don García.  
Este, mi pensamiento, y esta historia,  
principio de mi mal, fin de mi gloria.

SASTRE. Estoy con mucha razón  
de escucharos admirado.  
Casos de amor siempre son  
notables.

GARCÍA. Yo os he fiado  
por mercader de afición.  
Las telas de mi secreto  
cortad como os diere gusto.

SASTRE. Vestirle justo os prometo  
y vestir a Celia al justo  
vuestro amoroso sujeto,  
que yo tengo las medidas  
de otras ropas que le he hecho  
y cuantas hoy trae vestidas.

GARCÍA. Estoy de vos satisfecho.

SASTRE. Perderé por vos mil vidas.

GARCÍA. Dios os guarde (98).

(Vase.)

SASTRE. ¿Quién dijera  
que este hidalgo no era sastre?  
Dicha ha sido, pues pudiera  
sucederme algún desastre  
con que de sastre saliera.

(Váyanse; salgan CELIA y LISARDO.)

LISARDO. Esto que te digo vi.

CELIA. Pienso que te has engañado.

LISARDO. A palacio descuidado  
aquesta mañana fui  
porque daba el Duque audiencia;

y entre muchos caballeros,  
de hábito, de los primeros  
entró a hablar a su excelencia.

CELIA. ¿Nuestro sastre?

LISARDO. El mismo digo,  
y vi que, cuando salió,  
con ellos se paseó  
y habló como yo contigo.

CELIA. ¿Justo, el que mis vistas hace?

LISARDO. Justo, el que tus ropas cose.

CELIA. ¿Y en qué paró?

LISARDO. Despidióse,

y como no satisface  
a la opinión recibida  
lo que puede ser engaño,  
y un suceso, por lo extraño,  
a curiosidad convida,

seguíle, y vi que subió  
en el poyo del zaguán  
en un caballo alazán  
que Córdoba no le vió  
mejor en la verde orilla  
del claro Guadalquivir.

CELIA. Sólo te puedo decir  
que me espanta y maravilla  
que aquí de vestir me corte  
y allá me el mismo ser.

LISARDO. Como eso pueden hacer  
los milagros de la corte.

Dos lacayos, cuatro pajes  
le acompañaban. Llegué,  
y al uno le pregunté,  
viéndolos en buenos trajes,  
con el sombrero en la mano:  
“¿Quién es este caballero?”  
y él me dijo: “Un forastero”;  
y luego, muy cortesano,

me contó cómo venía  
de Granada, y pleiteaba  
cierta hacienda, y se llamaba...  
ya me acuerdo: don García.

CELIA. Mira, hermano, que sospecho  
que serán muy parecidos.

LISARDO. Sí, porque cortar vestidos  
como vemos que lo ha hecho,  
y tener su tienda aquí

y ser caballero allá,  
fuera de razón está;  
mas ¡vive Dios!, que le vi.

CELIA. ¿Mirástele bien la cara?

LISARDO. Dos mil veces le miré,  
y le fui siguiendo a pie  
y fuera adonde parara,





allá me pienso morir;  
que pensar sin ti vivir,  
ángel, es cosa excusada. [bres!

CELIA. ¡Qué bien engañan los hom-  
¿Hay ruiseñor que así cante?  
¿Hay hechizo semejante,  
tales ansias, tales nombres?  
"Yo me partiré a Granada;

(Fisgando.)

allá me pienso morir;  
que pensar sin ti vivir,  
ángel, es cosa excusada."

¡Ay, García: yo sería  
tuya, si pudiese ser!

GARCÍA. ¿Quieres tú ser mi mujer?

CELIA. Quiero y no puedo, García.

GARCÍA. Pues vete, y déjame aquí.

CELIA. ¿Qué has de hacer?

GARCÍA. Trazas de amor.

CELIA. Salvo mi honor.

GARCÍA. Es tu honor

luz que resplandece en mí.

INÉS. ¡Ay, señora! ¡Don Rodrigo!

(Salga DON RODRIGO.)

RODRIGO. ¿Qué hay, maestro?

GARCÍA. Este jubón  
truje a probar.

INÉS. ¿Y el moscón,  
no prueba nada conmigo?

PEDRO. Los abanillos, por Dios,  
faltan de asentar. Inés.

RODRIGO. ¿Probástele?

CELIA. Lindo es,  
y entendámonos los dos,  
porque es sastrer liberal,  
de que estoy agradecida,  
porque no he visto en mi vida  
tan excelente oficial.

Pensé yo que mentiría,  
como lo suelen hacer,  
pero he venido a saber (103)  
que es verdad cuanto decía.

(Váyanse CELIA, INÉS, LUCINDO y PEDRO; queden  
DON GARCÍA y DON RODRIGO.)

RODRIGO. ¿No es muy gallarda mi esposa,  
maestro?

GARCÍA. Muchas he visto  
y muchas visto, y ninguna

tan bella me ha parecido.  
Es un ángel, y creedme,  
porque los sastres nacimos  
con estrellas de pintores,  
diferenciando el oficio  
en que ellos hacen las caras  
y nosotros los vestidos;  
y así, sabemos (104) los cuerpos  
proporcionados y lindos,  
como el arte del pintor,  
por sus líneas y artificios.  
Yo os he cobrado afición,  
y quiero ser vuestro amigo.  
Pagáisme, señor, con eso  
la afición que os he tenido;  
pero pésame del nombre,  
que el amigo leal y limpio  
está obligado al honor  
de su amigo.

RODRIGO. ¿Qué habéis dicho?

GARCÍA. ¿Si un hombre honrado supiese  
de su amigo un gran peligro,  
no le había de avisar?

RODRIGO. Claro está.

GARCÍA. Pues ya os aviso,  
cumpliendo con serlo vuestro,  
como hidalgo vizcaíno (105),  
que erráis este casamiento;  
no porque pueda deciros  
de Celia falta ninguna,  
sino que como la visto,  
he hecho mil ricas galas  
y tan costosos vestidos,  
que en los de mi profesión  
han bastado hacerme rico.  
Estos no los dió uno sólo;  
sospecho que cuatro o cinco  
han tenido este cuidado.  
Discreto sois: harto os digo.

RODRIGO. Y tanto, señor maestro;  
que, como a su huésped dijo  
el otro que comió mal,  
pienso deciros lo mismo,  
porque no pensé, ¡por Dios!,  
que fuéramos tan amigos;  
y esto lo echaréis de ver.  
Mas creed que este consejo  
de tal manera lo estimo  
como os lo dirá el efeto  
desta cadena.

(104) En el impreso, "sacamos".

(105) Faltan este verso y el anterior en el impreso.

(103) En el impreso, "entender".

CAROLITA

Me voy.

¿Qué es lo que te hace querer  
 irte, hijo, por ahí fuera?  
 ¿Qué es lo que te hace querer  
 irte, hijo, por ahí fuera?  
 ¿Qué es lo que te hace querer  
 irte, hijo, por ahí fuera?  
 ¿Qué es lo que te hace querer  
 irte, hijo, por ahí fuera?  
 ¿Qué es lo que te hace querer  
 irte, hijo, por ahí fuera?

RODRIGO

¿A dónde vas?

¡Oh, María! ¿Cómo, cómo, cómo  
 puedes, tú, que eres tan sencilla,  
 tan sencilla, tan sencilla, tan sencilla,  
 tan sencilla, tan sencilla, tan sencilla,  
 tan sencilla, tan sencilla, tan sencilla?

La sencilla, la sencilla, la sencilla,  
 la sencilla, la sencilla, la sencilla,  
 la sencilla, la sencilla, la sencilla,  
 la sencilla, la sencilla, la sencilla,  
 la sencilla, la sencilla, la sencilla?

Me voy, me voy, me voy, me voy,  
 me voy, me voy, me voy, me voy,  
 me voy, me voy, me voy, me voy,  
 me voy, me voy, me voy, me voy,  
 me voy, me voy, me voy, me voy?

Así me voy, así me voy, así me voy,  
 así me voy, así me voy, así me voy,  
 así me voy, así me voy, así me voy,  
 así me voy, así me voy, así me voy,  
 así me voy, así me voy, así me voy?

(Salen LEONARDO)

LEONARDO: Desde luego, desde luego.

RODRIGO: Si no me encuentras, te diré.

LEONARDO: Pues, ¿cómo me encontraré?

RODRIGO: Y, ¿cómo me encontraré?

LEONARDO: A Toledo.

RODRIGO: ¿A qué efecto?

LEONARDO: Estando allí,

RODRIGO: prometo a Dios al mundo.

LEONARDO: ser religioso. ¡Hermano!

RODRIGO: No me acordaba del mundo.

LEONARDO: que es de mucha gente el mundo.

RODRIGO: cuando la tempestad.

LEONARDO: viene el viento en volando.

RODRIGO: cuando el viento en volando.

LEONARDO: cuando el viento en volando.

RODRIGO: cuando el viento en volando.

LEONARDO: cuando el viento en volando.

RODRIGO: cuando el viento en volando.

LEONARDO: cuando el viento en volando.

RODRIGO: cuando el viento en volando.

LEONARDO: cuando el viento en volando.

RODRIGO: cuando el viento en volando.

LEONARDO: cuando el viento en volando.

RODRIGO: cuando el viento en volando.

LEONARDO: cuando el viento en volando.

RODRIGO: cuando el viento en volando.

LEONARDO: cuando el viento en volando.

RODRIGO: cuando el viento en volando.

LEONARDO: cuando el viento en volando.

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

RODRIGO

LEONARDO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

RODRIGO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

En el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,  
 en el mundo y en la vida,

LEONARDO

LISARDO. ¿Era, por dicha, Lisardo, alguno destes vestidos?

LISARDO. Más antes no servirán; porque el señor don Rodrigo se va a Toledo.

CELIA. ¿A Toledo?

LISARDO. En este punto me dijo que estando herido hizo voto, y que es forzoso cumplirlo.

CELIA. ¿De qué?

LISARDO. De ser religioso (113); y es que por este camino quiere romper los conciertos, y estoy que pierdo el sentido; porque sospecho que infames alguna cosa le han dicho.

TEODORA. Siempre hay en los casamientos envidiosos enemigos.

CELIA. ¿El, en efecto, se va?

LISARDO. Vaya el necio, que yo he sido muy venturosa en perderle.

LISARDO. ¡Ay, Celia! Yo me lastimo de mi honor, y estoy en puntos de matarle en desafío, y aun dentro de su aposento.

GARCÍA. Si el honor que habéis perdido con la opinión se remedia (114) con dar a Celia marido, yo conozco un caballero que varias veces me ha dicho que se casará con Celia, de enamorado y perdido, sin que le deis un escudo.

LISARDO. ¿Es bien nacido?

GARCÍA. Es tan limpio como el sol. A mí me daba, por que viniese a decirlo, una joya de diamantes; mas somos los vizcaínos muy cortos para alcahuetes; porque sé que deste oficio hallara quien le matara, cuando el recado me dijo.

LISARDO. ¿Y de dónde es?

GARCÍA. De Granada.

LISARDO. ¿Mozo?

GARCÍA. Mozo.

LISARDO. ¿Rico?

GARCÍA. Rico.

LISARDO. ¿Y qué nombre?

GARCÍA. Don García; que, por serme parecido, tenemos grande amistad, y casi juntos vivimos. Mil hombres, por él me tienen.

LISARDO. Celia, el hombre que yo he visto es aqueste caballero que quiere ser tu marido (115).

CELIA. Holgariame de ver hombre que nos ha traído en aquesta confusión (116).

GARCÍA. Pues si en el traerle os sirvo, aguardad (117) un poco aquí.

CELIA. (¿Hay hombre tan atrevido? ¡Cielos! ¿En qué ha de parar tan confuso laberinto?)

(Salga DON RODRIGO.)

RODRIGO. Para partirme a Toledo, licencia vengo a pedirlos, y a lamentarme del daño de haber a Celia perdido; que alcanza toda mi casa, deudos, parientes y amigos, y que me deja tan triste (118) que, a no pensar que me privo del mundo, en la Religión, hiciera mil desatinos.

LISARDO. Dame, Lisardo, esos brazos. No estoy ya tan ofendido como lo pensaba estar, pues habiéndonos escrito mil veces en los conciertos, nunca me habéis advertido del voto que me decís. Pero quedemos amigos; que al desposorio de Celia para esta noche os convido.

RODRIGO. ¿Tan presto casada está, pues apenas me despidió (119), cuando la tenéis casada?

(Salga FARIO, criado.)

(113) Faltan estos cuatro versos en el impreso, que se sustituyen por éstos:

TEODORA. ¿Pues a qué?

LISARDO. De religioso hizo votos.

(114) En el impreso, "restaura".

(115) En el impreso, "casar contigo".

(116) En idem, "tan grande".

(117) En idem, "esperadme".

(118) En idem, "tiene de suerte".

(119) Aquí acaba el autógrafo. Pero en lugar de este verso y el anterior dice:

¿Celia se casa? ¿Con quién?  
Pues apenas me despidió...

FABIO. Aquí, señor, ha venido  
un caballero galán,  
que dice que es granatino,  
y me pregunta por tí,  
pero parece infinito  
a Justo, el sastre de casa.  
LUCINDO. Celia, ¿quién es tu marido.

*(Callean dos Caballeros de Armas y Don García  
vestido más galán y Lucindo y Pedro)*

GARCÍA. Dame, Lisardo, esos brazos  
¿Qué es esto?

GARCÍA. Justo me ha dicho  
la merced que me habéis hecho.

LUCINDO. Pues, ¿quién son?

GARCÍA. Aquí conmigo  
viene quien sabe quién soy.

CABALLERO. Para almorzar y servirlo,  
si es que no le conocéis,  
los dos, Lisardo, venimos.

RODRIGO. ¿Qué es esto? ¿Qué engaño es éste?  
Si es burla que habéis fingido,  
jurad que me corro mucho  
de que las uséis conmigo.

GARCÍA. Tan bueno soy como vos.  
¡Paso, señor don Rodrigo!  
Don García soy.

LUCINDO. Y yo  
soy Lucindo, y soy su primo.

RODRIGO. ¿No me dijistes aquí  
lo que sabéis?

GARCÍA. Yo os he dicho  
que cuatro o cinco personas  
dieron a Celia vestidos.

RODRIGO. Pues por eso fingí yo  
lo del hábito franciscano.

LUCINDO. ¿Hay confusión semejante?  
Pues, si vos queréis fingirlo,

que alus queréis enseñarle?  
Pues vos tan noble y tan rico  
juntado con Celia, mujer  
que la vierten entre cinco?

GARCÍA. Dice verdad, pero son  
todos mis cinco vestidos,  
que me dieron esta traza.

RODRIGO. A la escuela lo remito  
que, aunque no soy zamorano  
pienso retar esos cinco.  
LUCINDO. ¡Paso, que es ya mi cuñado  
don García!

CELIA. Don Rodrigo,  
servios de no matar  
a quien es ya mi marido.

RODRIGO. Que vos lo digáis, señora,  
me basta, y yo soy su amigo;  
y pues no he llegado a novio,  
seré su amigo y padrino.

LUCINDO. Pues qué tan liberal  
sedlá de Teodora y mis.

TEODORA. Es verdad que yo soy rica,  
y con los brazos la adrezo.

PEDRO. Y a Pedro, que para Inés  
pidió tres mil molinos,  
¿no hay quien le dé alguna mano?

INÉS. Yo te la doy, entre mis.

LUCINDO. Vos os queréis sin casar.

LUCINDO. Si no os casáis con Lucindo.

RODRIGO. Bien se puede dar la mano.  
LUCINDO. Bien podéis, pues es de amigo.

Con esto podemos dar  
a nuestros hijos príncipes  
y fin a Santiago el Verde.  
escrita en vuestro servicio.

FIN DE LA FAMILIA FEMERIA

DE "SANTIAGO EL VERDE"

# SERVIR A BUENOS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

## PERSONAS DEL PRIMER ACTO:

|                           |                         |
|---------------------------|-------------------------|
| <i>El REY de Francia.</i> | <i>CELIA, criada.</i>   |
| <i>CÉSAR.</i>             | <i>FÉNIX.</i>           |
| <i>El CONDE ARNALDO.</i>  | <i>SILVIO, villano.</i> |
| <i>CARLOS.</i>            | <i>LAURA, villana.</i>  |
| <i>LISARDA.</i>           |                         |

## ACTO PRIMERO

*(Salen el REY LUDOVICO y CÉSAR.)*

REY. Por eso, del alma sale,  
César, a la lengua amor.

CÉSAR. No hay pena, invicto señor,  
que con la de amor se iguale.

REY. Ni consuelo en su tristeza  
como un amigo fiel,  
para amor.

CÉSAR. Hablando en él  
descansará vuestra Alteza.

REY. Cuanto os dijere, guardaldo  
con llave en el corazón.  
Es de mi mal la ocasión  
su hija del conde Arnaldo.

CÉSAR. ¡Hermosa dama!

REY. Yo pienso  
que estudió naturaleza  
la estampa de su belleza,  
no por instrumento inmenso  
de aquel poder soberano,  
mas, hablando a nuestro modo,  
porque parece que en todo  
puso cuidado su mano.

CÉSAR. Vuestra Alteza se rindió  
justamente a la más bella  
dama de París.

REY. Si en ella  
el alma depositó  
mis potencias y sentidos,  
justos fueron los despojos,

pues el gusto de mis ojos  
aprobaron mis oídos.

Para amar y no sentir,  
hermosura puede haber;  
mas, como es engaño el ver,  
es desengaño el oír.

Esto, César, asegura  
mi elección y pensamiento,  
pues quiso su entendimiento  
competir con su hermosura.

Y son los dos tan iguales,  
que en la perfección que vieron,  
su nombre a Fénix pusieron  
los pinceles celestiales.

Mi pena es ver que su estado  
no sé si dará lugar  
a que pudiese intentar  
lo que tengo imaginado.

Pienso que Fénix, que tiene  
este nombre con razón,  
conoce ya mi pasión:  
tanto a declararse viene.

Y os juro que solicito  
mi resistencia de forma,  
que lo que la vista informa  
aun apenas le permito;

pero, en llegando a mirar,  
es amor tan bachiller,  
que lo que piensa esconder  
eso viene a declarar.

No sé si haberme entendido,  
a Fénix, causa le ha dado  
para haberse retirado,  
por dicha mi engaño ha sido,  
a una aldea donde tiene  
hacienda el Conde.

CÉSAR. No hará,  
que el tiempo ocasión le da.

REY. A veces, el Conde viene



a París, y le pregunto  
cómo se halla, y muy gustoso  
alaba un monte hermoso  
y á su vez le habla junto,

un río donde se mira  
vanaglorioso de sí  
y que se entretiene allí  
pega en una en otro tira.

Y aún me comienda también  
a pasar allí algún día,  
lo que hoy aceta guerra  
que la malicia me ven.

a Félix, no hay que pensar  
que tenga el alma sosiego.

CLAR. Pues señor, partamos luego,  
con la ocasión de cazar,  
donde sin ser entendido,  
la pueda hablar a ver.

REY. Si; pero ¿cómo ha de ser?  
Pues que pienso que ha tenido

Luisa, ¿quien vi servia,  
celos de Félix.

CLAR. Luisa, ¿cómo te acordarás  
de cuando te acordarás?

REY. Amar. Claro la tenía  
que Luisa lo entrase  
y a Félix, así como amor  
de donde tuvo favor  
ahí donde en el padre.

(Luisa, Clara, Rey y Félix, todos.)

LUISA. No me digas, no digas  
Gela, no digas.

CLAR. Adentro  
que me voy al Rey.

REY. ¿O? que tanto  
puede venir a buscar

que se acordando una persona  
se olvida a la vez de uno?

LUISA. Me acuerdo de uno  
dentro que el Rey se acordó  
tanto hablando en Félix.

CLAR. ¿Cero?

que lo dices de querer.

LUISA. Así de amor, como me  
Gela, hablando el amor.  
¡Dios!

REY. ¡Hébrase guerra!  
¿Cómo y cómo que ha sido  
el amor el que se ha perdido?

LUISA. No hay como dices, no  
el amor se acordó.

que vuestra Alteza me mande  
en qué lo sirva.

REY. ¡Ay, qué grande  
cosa me la obligas!

en que me tiene. Luisa,  
vuestra favor, que aun por breve  
momento, como me se atreve  
y me da licencia, gracias.

Voy a ir a una aldea  
que Arnaldo me ha convidado  
a un punto a un punto preciso  
que he de ir a donde está.

con que se va a un  
cuartito de cuatro docenas  
cuatro docenas, cuatro  
de una especie de vino.

Ya, por llevar una travesía  
ahí donde, haciendo de un  
que alude de que me  
muerto a una travesía.

¡Ay, que me lo que me,  
¿qué dices, me me dices?

LUISA. Que cuando Arnaldo se acordó  
como a un momento de.

Que el punto de su punto,  
amante, como me me grandiosa,  
puede al punto a travesía.

REY. Voy a ir a donde está,  
con el punto de Luisa.

¡Ay, que me lo que me!

LUISA. Hecho como tanta obediencia  
gracia, como a un punto de.

que se acordando, pensando,  
gracia me acuerdo a punto,  
como que como acordado,  
punto a un punto de.

cuando el punto de, como a un punto  
el punto de su punto de. (Se  
el punto de Luisa, como a un punto,  
que ha acordado un punto de.)

REY. ¡Ay, que me lo que me!

LUISA. ¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

CLAR. ¡Ay, que me lo que me!

REY. ¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

¡Ay, que me lo que me!

pero a sufrirla me ayuda  
 ver que quien ya tiene tantas  
 no puede temer ninguna.  
 Celos son unas sospechas  
 que con temerosas dudas  
 muestran, del mal que se teme,  
 algunas luces confusas.  
 Pero, en llegando a mostrar  
 la verdad en que se fundan,  
 mudan el nombre en agravios,  
 desengañan y no turban.  
 Aún no han llegado los míos  
 a transformarse en injurias;  
 conservan nombres de celos,  
 que los desengaños buscan.  
 Estos solicita el alma,  
 mientras no vive segura  
 del amor del Rey, si bien  
 lo que me importa me culpa:  
 porque amor es locura  
 que más se aumenta mientras más  
 Iré disfrazada a ver [se cura.  
 si de Fénix la hermosura  
 lleva al Rey donde me mate,  
 porque no le valga excusa.  
 Quiero que mis propios ojos  
 con mi pensamiento cumplan;  
 que amor, cuando está perdido,  
 cuanto no mira, disculpa.  
 Quedaré desengañada,  
 y no en dudosa fortuna:  
 que mientras no hay desengaño,  
 anda la razón a oscuras.  
 Si bien es remedio a veces:  
 que, aunque el amor lo procura,  
 es luz de noche, que lejos  
 ciega mucho y poco alumbra.  
 Mejor fuera hacer ausencia,  
 que no hay rigor que no sufra  
 ésta: mata amor sin ver,  
 ver y desengaños, nunca.  
 Porque amor es locura [se cura.  
 que más se aumenta mientras más

(Vase, y salen FÉNIX y CARLOS.)

CARLOS.

Gran ocasión ofrece,  
 hermosa Fénix mía,  
 la retirada vida de la aldea  
 a quien gozar merece  
 tu dulce compañía:  
 ni teme, ni pretende, ni desea

cosa que ver no sea  
 esos ojos hermosos  
 libres de los cuidados  
 que pueden dar mirados  
 de tiranos amantes poderosos;  
 porque las voluntades  
 tienen menos defensa en las ciudades.

Yo merecí, señora,  
 por años de quererte,  
 tus brazos, con palabra y fe segura,  
 que vuelvo a darte agora,  
 más firme hasta la muerte,  
 que el largo tiempo que en sí mismo dura;  
 rindióse tu hermosura  
 al nombre de marido:  
 no méritos: efeto  
 de un amor tan secreto,  
 que cuando le imagino divertido,  
 yo mismo estoy dudoso  
 si, siendo tu criado, soy tu esposo.

Verdad es que me ha dado  
 calidad diferente.  
 que a mi buena fortuna lo atribuyo,  
 el haberme criado  
 tan amorosamente  
 el Conde, mi señor y padre tuyo:  
 de que también arguyo  
 haberle sido ingrato  
 con estas deslealtades:  
 pero ¿qué voluntades  
 seguras estarán, de un largo trato?  
 Que ocasión y hermosura  
 obligan a traición la fe más pura.

FÉNIX.

Yo, Carlos, a culparte,  
 ¿cómo puedo atreverme,  
 si en el mismo delito fui culpada?  
 Verte, hablarte, tratarte,  
 bastantes a vencerme  
 si fuera nieve yo, si piedra helada,  
 y el ser también amada,  
 me sirvan de disculpa  
 de tu valor, pues creo  
 que no hubiera deseo  
 que se librara de la misma culpa:  
 que tus merecimientos  
 la dieron a mis nobles pensamientos.

Supuesto que el secreto  
 ha sido tan dichoso,  
 ya no temo la vida, ni la muerte:  
 el Conde tiene un nieto,  
 un niño tan hermoso,

que los ejemplos de los dioses me aconsejen  
 y al no saber de muerte  
 que la muerte es nada,  
 que la vida que los dioses  
 y con tal estar perdidos  
 una muerte ni la vida le da cobijo;  
 en el caso le resalta  
 del amor la fuerza la dolor y vida.

La vida, dice, al fin  
 sólo ha sido mi vida.  
 Ay, si fuera a París, viera el "monde".  
 Que la vida sólo de una  
 costumbre y atrevida  
 por que sólo la fuerza se escucha  
 en los. Caros por siempre  
 puede con una costumbre  
 que quien de vida una  
 la costumbre de una  
 donde a la vida se puede estar fuera  
 qué cosa, si el bien alcanza  
 fuera la costumbre, no la esperanza

(Los cuatro se van.)

SILVIO: Pienso que no habré de llegar  
 de aquellas nuevas los dos  
 no menos que el Rey, ¡por Dios!  
 dicen que viene al lugar.  
 Iba a preguntar a que  
 y así por los de tralla,  
 como viera de capilla,  
 agarrándome del pie,

respondieron que a casa;  
 como algunos que murmuran  
 que costumbre de la vida,  
 no se cansan de la vida.

Hay nuestro mundo de vida.

CARLOS: Luego al lado no pasa.

SILVIO: No pasa de vuestra casa  
 por la de poner en ella.

FEDER: Aquí el Rey?

SILVIO: Como le viene.  
 Si no le queréis creer,  
 el mundo viene a poner  
 diligencia en su aseo.

(Los cuatro se van.)

CARLOS: ¡Hoy, después que ha pasado!

Va no hay nada que deves  
 sólo cosa de vivir.

CARLOS: La vida que ha tenido

aunque tu le perdieras.

CARLOS: No hará mucho el Rey aquí.

(Los cuatro se van.)

LAURA: ¿El Rey viene?

SILVIO: ¿Quién? ¿El Rey?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

CARLOS: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

FEDER: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

LAURA: ¿Quién? ¿El Rey? ¿Quién?

más que los jardines cultos,  
estas malezas agradan.

Hoy os he dado disculpa  
de hacer en la corte falta.  
¿Ha mucho que estáis aquí?  
¿Tenéis aquí vuestra casa?

CONDE. Habrá un mes, o poco menos,  
que a Fénix, por alegrarla,  
truje, señor, de París.  
Aquí vive y aquí pasa  
en ejercicios del campo  
las tardes y las mañanas.  
Carlos.

CARLOS. Señor.  
CONDE. Llama a Fénix.  
REY. César, ya se alegra el alma,

ya se previenen los ojos,  
como cuando sale el alba  
abriendo la puerta al día  
en celajes de oro y nácar;  
las aves, que del ausencia  
del sol quejosas estaban,  
que gorjeando en los nidos,  
lo que han de cantar ensayan;  
y como los arroyuelos  
cuajado cristal desatan,  
y al nuevo calor del día  
discurren líquida plata.  
Así la lengua suspensa,  
noche de ausencia tan larga,  
al salir el sol de Fénix,  
el silencio desenlaza.

(Sale FÉNIX.)

FÉNIX. Deme los pies vuestra Alteza.  
REY. Hermosa Fénix. (¡Qué clara  
se me ve el alma en los ojos!  
Temo que, a la lengua salga.)  
¿Cómo os halláis en el campo?  
¿Es posible que os agrada  
esta soledad?

FÉNIX. Señor,  
aunque parece que es tanta,  
no falta en qué se entretengan,  
como allá las esperanzas,  
aquí todos los sentidos:  
los ojos, en flores varias  
cuyos aromas no envidian  
a las orientales plantas;  
los oídos, en las aves,  
y el gusto, en la alegre caza,  
de que hay tantas diferencias

por estas verdes montañas.  
Son aquí los días mayores  
que en París, con que es más larga  
la vida corta en la corte.

REY. Para poco tiempo alaban  
los sabios el campo, Fénix;  
pero ya vuestra alabanza  
me obliga a quererle ver,  
quédese aquí comenzada  
esta cuestión, que después  
que vuelva quiero acabarla.  
Dios os guarde y dé la dicha  
que merecéis.

FÉNIX. Vuestras armas  
respete el sol donde nace,  
y como señor de Francia  
lo seáis del polo opuesto.

REY. ¡Ay, César, de sola Arabia!  
¿Dónde ha nacido tal Fénix?

CÉSAR. Tú quieres con justa causa  
la que por única puede  
ser el Fénix de su patria.

(Todos se van con el REY. [Queden LAURA y FÉNIX.] )

LAURA. A fe, señora mía,  
que tu condición me espanta.  
¿Toda esta grandeza dejás  
por un monte y cuatro casas?  
Dichosa quien vivir puede  
en las Cortes.

FÉNIX. Mira, Laura,  
pues sola tú de mi vida  
fuiste y eres secretaria.  
Tú que sabes mis desdichas,  
si permite amor llamarlas  
con este nombre, en agravio  
de Carlos, que fué la causa:  
tú que del ángel que fué  
de mis amorosas ansias  
fruto y consuelo, has tenido  
el secreto y la crianza,  
no creas que hay para mí  
cortes, fiestas, joyas, galas  
fuera de Carlos, que Carlos  
es centro donde descansa  
el alma como en su esfera  
el fuego, el ave en las alas  
del viento; sin esto, aquí  
tengo el lugar que me falta,  
en París de hablarle y verle.  
y sin la pensión que paga  
amor a los celos, donde



FÉNIX. al sol no le aconsejara.  
No más, que es lisonja clara;  
pero venís de París.

LISARDA. ¿Daisme palabra en efeto  
de guardar secreto?

FÉNIX. Aquí  
me suelo guardar de mí;  
lo mismo a vos os prometo.  
Aposento voy a hacer  
donde estéis y donde hablemos.

LISARDA. El vuestro las dos tendremos;  
hacedme, Fénix, placer  
que merezca vuestra cama.

FÉNIX. Esa os daré, mas sin mí,  
que en estando el Conde aquí  
a su aposento me llama.  
Entrad, no déis ocasión  
a que os vean.

LISARDA. En vos fío,  
Fénix, el remedio mío.

(Entrese LISARDA con SILVIO.)

LAURA. ¿Qué es esto?

FÉNIX. Celitos son,  
que a nadie guardaron ley.

LAURA. ¿Conócesla?

FÉNIX. Como a mí.  
No la conocer fingí.

LAURA. ¿De quién los tiene?

FÉNIX. Del Rey,  
que me ha mirado en París,  
solicitado y hablado,  
y César me dió un recado  
de su parte en San Dionís.  
Causa de haberle pedido  
al Conde que me trujese  
a esta aldea, por que fuese  
causa de más breve olvido.  
Que tengo por cosa llana,  
si no es que olvidada estoy,  
que señores quieren hoy  
y no se acuerdan mañana,  
mayormente el que es supremo.

LAURA. Pues ¿qué pensó esta señora?

FÉNIX. Reinar.

LAURA. ¿Tanto el Rey la adora? (1)

FÉNIX. Pero lo que fuere sea;  
yo la debo regalar.

LAURA. La corte se ha de mudar  
poco a poco a nuestra aldea.

Rey y reina están aquí  
si ésta sale con la empresa.

FÉNIX. Ni la envidio ni me pesa:  
Carlos es rey para mí.

(Vanse, y dicen dentro:)

CONDE.

¿Extraño caso!

CÉSAR.

Y lamentable fuera  
a no haberle este hidalgo socorrido.

(Sale el REY, descompuesto; CARLOS, con un venablo,  
y el CONDE y CÉSAR.)

CONDE.

Herido va el caballo.

CÉSAR.

La carrera,  
como las aves, por el aire ha sido.

CARLOS.

¿Siente algo vuestra Alteza?

REY.

Que sintiera  
la oscura noche del eterno olvido,  
es sin duda, mancebo generoso,  
a no ser por tu brazo valeroso.  
Gracias a Dios, no tengo mal ninguno.

CARLOS.

Pues yo voy a avisar a vuestra gente,  
por que no parta con la nueva alguno  
que, necio, alborotar la corte intente.

(Vase.)

REY.

No ha llegado favor tan oportuno  
en tanta confusión como el presente;  
si no es por él, el jabalí me mata.

CÉSAR.

¿Bravo valor!

REY.

Un Hércules retrata.  
¿Quién es este mancebo. Conde?

CONDE.

(1) Falta el último verso a esta redondilla.



que tengo como a hijo y le he criado  
como a mi señor.

REY

Como es tu nombre?

CONDE

Carlos, como mi hermano se me llamaba.

REY

Pues ¿qué es la causa de que así se llame?

CONDE

No hay cosa más de haberme dejado  
grande Ricardo inglés para la planta  
en la conquista de la tierra santa.

REY

¿No volvió más?

CONDE

Es fama que cuando  
quedó en Danavia y otros dicen muertos.

REY

¿Que gallardo mancebo!

CESAR

Por lo alto  
parece que el valor tiene encubierto.

REY

No ha de quedar el bien que del recibí  
sin premio, Conde.

CONDE

Pues tened por cierta  
que es digno de cualquier merced vuestra.

REY

Dice el rostro y el valor lo muestra.

(Ente y salen Carlos y Félix.)

Que dios, Carlos, que tan alta suerte  
te ha sucedido!

CARLOS

Féix de mis ojos,  
si no es por este brazo ya la muerte  
poniera su corona en mis despojos.

FÉLIX

Pues ¿cómo sucedió?

CARLOS

Me fui a verte  
y el no te hallar no me te causó enojo,  
mandó el tiempo con de huesos de hombre.

FÉLIX

No falta que busco ni para enocharse!

CARLOS

Adelante el fuerte Ludovico  
generoso mancebo, rey de Francia,  
por su valor al de Heracles apor-  
ta fueros nuevos y rampas de imperio,  
si bien le urge el codo del hierro  
y tu padre también corta distancia  
tras una fiera que por dicha hiciera  
Francia Venusta el Adán fuera.

Siguela por un prado en quien apor-  
tazan español dobló las flechas,  
su cortando cristales las arenas  
se pudieron quejar de su rigores,  
pero al entrar por unas selvas limas  
le murtas y laureles vnoslores,  
tanto el venado el jabali y arado  
colvi fieroz del yerro prunado.

Las medias lunas de la boca en vnos  
espuma y sañero y con la ardiente punta  
del diestro lado, rigido resuelve  
y por el mismo al alazan se junta  
y herirle el Rey con el venable vuelve  
unque animoso, la color difunta,  
pero la fiera el encendido hueso  
aplica así que le levanta en peso.

Asomose a lo roto de la herida  
parte de los ocultos intestinos,  
y derribando al Rey con presta huida  
paso de los laureles a los pinos.  
Yo, viendo en tal peligro de la vida  
el Rey, invoco, Félix, los divinos  
patrones de París, y diligente  
me opongo, Marte al animal ardiente.

Al bote del venable vuelve arado,  
leñando al Rey, y fiero me acomete,  
va, con izquierdo pie le espere asado,  
cuboso la victoria se promete,  
cuando por el acero ensangrentado  
hasta el rebelde corazón le mete.

Y vertiendo el espasmo espumoso  
a tierra estampa con gruñe quejoso.

Un ruñido de monte que pendía  
de la pretina saco velosamente  
de una vana de tigre que tenía  
aorta y marca de oficial valiente.

y al tiempo que los filos discurría  
por el cerdoso cuello, de su gente  
llegó gran copia, que dejó envidiosa  
del valor que me das, Fénix hermosa.

FÉNIX. Ventura notable ha sido  
y digna de tu valor.  
Yo me voy, que este rumor  
es de que el Rey ha venido.

Ya anochece; si pudiere,  
esta noche te hablaré.

CARLOS. Paga mi cuidado.

FÉNIX. ¿En qué?

CARLOS. En que poco tiempo espere.

FÉNIX. En estando recogidos,  
que presto será, mi bien.

(Vase.)

CARLOS. Plegue a los cielos que estén  
como cansados, dormidos.

Esparcen la süave voz al viento  
sonoros rui señores junto al nido  
que de pajas y plumas han tejido  
sirviéndoles los picos de instrumento,  
cuando a la mira el cazador atento,  
dispara con horrísono ruido  
en círculo de plomo dividido  
muerte veloz con breve sentimiento.

Así Fénix y yo, con voz süave  
cantamos, libres de que el nido acierte  
quien tiene obligación a honor tan grave;  
pero temiendo de la misma suerte  
que si el secreto nido el Conde sabe,  
tendrá tan dulce vida amarga muerte.

(Sale SILVIO.)

SILVIO. Esta sí que es linda vida,  
pesa al campo y su labranza:  
pasear y hinchir la panza.  
de ricas telas vestida.

¡Desdichado de quien nace  
donde le mandan nacer!

A nadie dan a escoger:  
Dios es quien hace y deshace.

Si yo escogiera, naciera  
de un príncipe, y no villano.  
Pero yo me quejo en vano:  
que si, quien nace, escogiera,  
¿cuál hombre quisiera ser  
oficial, ni labrador?

¿Quién no se fuera señor?  
Mas ¡lo que fuera de ver  
todo un mundo de señores!  
señor a señor sirviera.

Pero ¿cómo se comiera,  
si no hubiera labradores?

¡Oh, sabia naturaleza,  
qué bien lo trazaste así!

¿Qué hay, Silvio?

CARLOS.

SILVIO.

Hablar en que vi,

Carlos, la mayor grandeza  
que este monte imaginó:  
el Rey cenando, en efeto.

CARLOS.

SILVIO.

Con secreto.

CARLOS.

SILVIO.

¿En efeto, el Rey cenó?

Y tan en efeto fué,  
que se cenó veinte pratos,  
sin dar un hueso a seis gatos  
que le miraban en pie.

De las pollas y perdices  
así el olor me provoca,  
que lo que el Rey por la boca  
cené yo por las narices.

Hablaron luego de vos.  
No sé qué diabros hicistes,  
que tal ocasión les distes.  
Lo que hice debo a Dios.

CARLOS.

Porque yo, ¿cómo pudiera  
tener valor, ni ocasión?

SILVIO.

Mostró el Rey tanta infición,  
que yo presumí que os diera  
alguna renta o castillo.  
¿Cuánto va que antes de un mes  
sois mosiur?

CARLOS.

Puse a sus pies,  
con un venablo y cuchillo,  
la más indómita fiera  
que por todo este horizonte  
fué parto de selva o monte.

SILVIO.

Tal servicio, premio espera.

Si os dan algo, como creo,  
¿no me llevaréis allá?  
Que, con lo que he visto acá,  
ya tengo un alto deseo.

CARLOS.

Díjome Fénix a mí  
que estabas enamorado  
de Laura.

SILVIO.

CARLOS.

SILVIO.

No se ha engañado.  
Pues ¿cómo saldrás de aquí?

Laura, señor, fué casada;  
su marido le dejó  
un niño, cuando murió:



SILVIO. podrá ser, si no te guardas,  
que te den un beneficio.  
Hablas cuerda y temes sabia.  
¿Quién me mete a mí en las cosas  
de los otros? Hasta el alba  
no digo "esta boca es mía";  
que a nadie vino desgracia  
por acostarse temprano.  
Pues adiós, Silvio.

LAURA. Adiós, Laura.

SILVIO. (Vase.)

LAURA. Basta que el Rey vino aquí  
por Fénix, y hablarla trata  
esta noche; porque César  
la advierte y da la palabra  
del estilo que merece  
su calidad y su fama.  
Fénix, discreta, me ha dicho  
que, aunque tiene confianza  
de quien es, teme que Carlos  
se enoje y, con esta causa,  
intente algún desatino,  
y que cuando el Rey se valga  
de la escuridad, a efeto  
de entrar con secreto a hablarla,  
yo le guíe al aposento  
donde la Condesa aguarda,  
averiguando sus celos  
desengañar su esperanza.  
Pero él viene.

(Salen el REY y CÉSAR, de noche.)

REY. Yo le he dado  
la palabra de guardarla  
el decoro que es razón.

CÉSAR. ¿Cuándo amor palabra guarda?

REY. Aquí es fuerza, porque a Fénix  
yo no tengo de obligarla  
más que al estado que tiene.  
¿Quién va?

CÉSAR. Quedo.

LAURA. ¿Quién es?

REY. Laura.

LAURA. ¿Dónde está Fénix?

REY. Presumo  
que con el Conde.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Si tarda  
Fénix, bajará el aurora

LAURA. Entrad, que tras esta sala  
está la cuadra en que duermie.  
César, allá fuera aguarda.  
REY. En el corredor espero.  
CÉSAR. No pienso que, si soñara,  
CARLOS. pudiera ver tales cosas.  
¿El Rey con César y Laura?  
¿Y Laura guiando al Rey,  
con tal despejo, a la cuadra  
donde Fénix duerme, y Fénix  
del concierto descuidada!  
¿Qué haré? Mas ¿qué puedo hacer  
que contra el poder me valga  
de un Rey? ¡Ah, traidora Fénix!  
Quiero alborotar la casa.  
Mas ¿para qué? Que en sabiendo  
que es una mujer liviana,  
estorbar que no lo sea  
no es honra, sino venganza.  
Porque si la inclinación  
de su liviandad declara,  
lo más es el consentirla;  
lo menos, ejecutarla.  
¿Hay, Fénix, tal liviandad?  
Mas quien a sangre tan clara  
perdió el respeto conmigo.  
¿qué hará con un rey de Francia?  
Ya te he conocido, Fénix;  
ya no por Fénix de Arabia,  
única en ser casta al mundo,  
sino por Fénix de infamia.  
El hijo que de los dos  
fué fruto, haré que mañana,  
si puedo, no goces, Fénix;  
que, si no me reportara,  
diera voces que le dieran,  
al Rey, de matarme causa.  
Mas poco puede tardar  
mi muerte, si ya te cansa  
mi vida. ¡Ah, cruel fortuna!  
¿Qué imaginación pensara  
que hoy me dieras tanta dicha  
en dar vida a quien me mata?  
Libré al Rey, y el mismo Rey  
me viene a quitar el alma;  
porque no hay mayor tormenta  
que después de gran bonanza.

No me pesa de haber sido  
un remiso en tal desgracia,  
porque el rey, después de Dios,  
y después del rey, la patria  
El vive por mí, yo no,  
un tal vez Fenix ingrata  
que así me da un rayo fiero,  
pues lo ha de ser su mudanza

## ACTO SEGUNDO

### PERSONAS QUE HABLAN EN EL

|             |              |
|-------------|--------------|
| EL REY.     | LEONARDA.    |
| EL ALCALDE. | LUCIA.       |
| CASAR.      | DAVID.       |
| CEAR.       | CARITA. RAY. |
| RAY.        | DONDE.       |

(Quedan el Rey y Casar.)

CEAR. Vuestra Alteza esté contento  
que hoy a Paris ha llegado  
Fénix.

RAY. Tan desconfiado  
estoy de mi pensamiento  
que apenas me da alegría  
nueva que tengo mi obra.  
Cesar cuando yo tuviera  
la esperanza que antes.

CEAR. ¿Pero no está en aquella plaza  
vuestra esposa y criola?

RAY. Sí,  
pero no las voy para mí  
por en esta empresa de una.

CEAR. Pues, ¿qué falta, no tanto exceso  
de tener que hacer?

RAY. Nunca he podido hacer  
de tenerlo al punto.

por tener en esperanza van  
poco que cuando se acaba.

Mejor me es un alboroto  
de la mano villosa.

o de una. "Desde aquí  
quedó con Fénix hablar  
con el hotel de lugar,  
que después se pudo ir."

Yo me iba por el  
quedó en mi voluntad  
después de la ciudad.

y por el lado de la casa.  
Como me va a ir.

que "si hubiera la mi casa",  
y respondíase en favor  
de mi esperanza y sueldo.

que estaba traves y ruidosa  
de la monda literaria.

Respondió: "Fénix gallarda,  
un tiempo Leonarda hermosa."

Y me dio en el momento  
que estaba de mi casa,  
que por un lado y otro valor,  
Fénix como plaza el viento.

Vos, vos, Fénix, no verdad."  
Y, encareciendo mi  
para con esta casa  
el alma y la esperanza.

Pero después, me  
dijó a Fénix de un  
¡Quiero, voso, hacer de mi casa,  
Cesar, de color de mi!

Hizo, me, de que cuando  
en la casa me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

Se fue, me, de que cuando  
me quedé, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

Pero, me, de que cuando  
me quedé, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

En esta, el punto, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

Y me, me, de que cuando  
me quedé, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

Y me, me, de que cuando  
me quedé, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

Y me, me, de que cuando  
me quedé, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

Y me, me, de que cuando  
me quedé, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

Y me, me, de que cuando  
me quedé, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

Y me, me, de que cuando  
me quedé, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

Y me, me, de que cuando  
me quedé, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

Y me, me, de que cuando  
me quedé, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

Y me, me, de que cuando  
me quedé, me quedé,  
para mi casa me quedé,  
para Fénix de mi casa.

dirás que fué poderoso,  
y que es su amor tiranía.

Mientras, Fénix, padre tienes,  
a quien el Rey respetara,  
hoy tu liviandad declara  
que a abrirle tus puertas vienes.”

Mira, César lo que amor  
puede hacer, pues dos celosos  
nos hallábanos quejosos  
y con un mismo temor.

Pero, como recibí  
la vida, después de Dios,  
de Carlos, fuí, de los dos,  
el que más pena sentí.

En esto, Laura venía,  
diciéndome que era fuerza  
salir, y a salir me esfuerza;  
que, por Carlos, no quería.

Salgo, en fin, y el mozo, osado,  
de la espada prevenido,  
“¿Quién va?”, me dice, atrevido.  
Yo respondo, reportado:

“Carlos, yo soy”, y con esto  
a mi aposento me voy,  
donde hasta el aurora estoy,  
afligido y descompuesto.

Y fueron justos desvelos,  
pues entré con tanto amor,  
César, a buscar favor,  
y salí lleno de celos.

CÉSAR.

Como Laura me avisó  
que me quitase de allí,  
a mi aposento me fuí:  
por eso Carlos llegó.

REY.

Mejor fué, pues he sabido  
por quién tan mal me ha tratado  
Fénix; si bien me ha pesado  
que éste Carlos haya sido.

¿Qué haré, Cesar, que no es jus-  
que compita un rey con él? [to  
Sufrir es cosa crüel,  
de los celos el disgusto.

Si es que Fénix le quería,  
echarle de aquí no puedo,  
sin gran nota, y tengo miedo  
a que descubrir podría

al Conde mi pensamiento.  
Pues matar a quien me dió  
la vida, primero yo  
dejaré mi loco intento;

porque, si el bien recibido  
es deuda de un pecho honrado,  
quien es rey, más obligado

nace a ser agradecido.

CÉSAR.

¿Quieres que yo te aconseje?

REY.

Es el oficio mayor  
del amigo.

CÉSAR.

Pues, señor,  
ni se vaya, ni se queje,  
sino que, haciéndole bien  
y pagándole el servicio  
con un grande beneficio,  
quedes libre dél también.

REY.

¿Cómo?

CÉSAR.

A un tiempo puedes dalle  
un título y casamiento,  
que ayuda a este pensamiento  
tener Carlos tan buen talle.

Fuera de cumplir también  
con Fénix, si la acobarda  
Lisarda, y dando a Lisarda  
marido.

REY.

Dices muy bien;  
que si con Carlos la caso,  
Lisarda tendrá remedio;  
yo, sin que estén de por medio  
los celos en que me abraso,  
y Fénix, para querermi,  
sin Carlos y sin Lisarda;  
que Lisarda ya no aguarda  
más desengaños que verme  
de Fénix enamorado.

CÉSAR.

Tratarlo con ella quiero.  
Pues habla al Conde primero,  
por que, del Conde abonado,  
no repare la Condesa  
en la calidad.

REY.

No hará,  
que el talle la obligará  
a más difícil empresa.

Fuera de que habrá de ser,  
y no lo que ella desea.

CÉSAR.

Si querrá, cuando le vea.

REY.

No hay imposible al poder.

*(Vanse, y salen el Conde y FÉNIX.)*

FÉNIX.

Para quien quietud desea,  
no cansa el campo jamás.

CONDE.

Mejor en París estás,  
Fénix, que en aquella aldea.

Demás que ya el Rey tenía  
propósito de venir  
por instantes a impedir,  
ya tu quietud, ya la mía.

Que es bueno el campo confieso;



perdido esta carta allá,  
gracias a que yo me fui  
era. Ahora, ¿cómo vamos

los dos de amigos y por los  
hermanos y amigos de uno  
por la carta de donde se  
apenas al punto de la

«Hoy, ¿cómo vamos? No voy  
a ver al Rey, por los amigos  
que él viene a verme».

FINIX. ¿Qué vamos  
a hacer, ya vamos, por lo visto?

«Allí, por lo visto, van  
dos Carlos, uno en el  
cuarto de uno que andaba  
allí en la ciudad de la».

«Después que el Rey me ha  
tampoco como arrepentida» (dijo).  
de que Carlos, después  
de verlo, le haya confiado.

Peró, por lo visto, allí  
en una ciudad (un cuarto  
le tiene por tanto, que  
ella, en la, había, en el  
se le ha desmentado,  
acompañando al mismo  
con su hijo).

(Que todos, están)

FINIX. Ya, señores,  
la, ahora, en el, en el,  
de, ya, en el, en el,

FINIX. Carlos

DONDE. Luego, como ya

FINIX. Faltan, ahora, en el,

DONDE. Pero, ya, en el,

FINIX. No

DONDE. Hemos, en el,

FINIX. ¿Qué, en el,

FINIX. Un, ahora, en el,

FINIX. con, ahora, en el,

FINIX. «Voy, en el,

FINIX. «El, Carlos, en el,

FINIX. El, ahora, en el,

FINIX. en, la, en el,

FINIX. «El, ya, en el,

FINIX. ¿Cómo, en el,

FINIX. Ya, en el,

FINIX. de, en el,

FINIX. En, ahora, en el,

en, ahora, en el,

«Voy, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

FINIX. «Faltan, ahora, en el,

FINIX. Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

FINIX. Parece, en el,

FINIX. En, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

«Que, Carlos, en el,

sirva de joya a mi pecho  
y de cadena a mis brazos?

LAURA. Dios sabe con el temor  
que a tu casa le he traído;  
que, como es tan parecido,  
temo que diga tu amor.

Pero ¿cómo puede ser,  
puesto que el Conde le vea,  
que nuestro recelo crea  
que le pueda conocer?

Que la justa confianza  
que tiene de tu valor,  
asegurando el temor,  
deshace la semejanza.

Que, si yo te sirvo aquí,  
disculpa también ha sido  
haber a Carlos traído.  
Mas, si te parece a ti,  
mudémosle el nombre a Carlos:  
que Carlos y parecido  
a Carlos, verá que ha sido  
Carlos retrato de Carlos.

FÉNIX. ¿Cómo le quieres llamar?

LAURA. Lauro, por Laura, es mejor.  
FÉNIX. Carlos.

NIÑO. ¿Señora?

FÉNIX. Mi amor,  
el nombre os quiero quitar:

Lauro os llamáis, ¿entendéis?

Mirad que sois Lauro ya.

NIÑO. Sí, señora; claro está.

Llamadme, y vos lo veréis.

FÉNIX. Carlos.

LAURA. No responde agora.

FÉNIX. Lauro.

NIÑO. ¿Señora?

FÉNIX. ¡Oh, qué bien!

¿Quién es vuestra madre?

NIÑO. ¿Quién?

Lauro es mi madre, señora.

FÉNIX. Con esto, al temor restauro  
confianza de que puedo  
tenerle aquí.

NIÑO. No haya miedo  
que yerre el papel de Lauro.

FÉNIX. Lauro, tan bien lo decís,  
que viviréis desde agora  
conmigo.

NIÑO. Diga, señora:  
¿no meriendan en París?

FÉNIX. Sí, Lauro tiene razón.

Llévale, Laura; y advierte  
que le enseñes de tal suerte

que no olvide la lición.

LAURA. Segura de Lauro estoy.

FÉNIX. Con él cesan mis enojos.

LAURA. Vamos, Carlos de mis ojos.

NIÑO. No Carlos, que Lauro soy.

(Tasc.)

FÉNIX.

Amó la hermosa reina del Egipto  
un caballo veloz, con que tuvieron  
infamias las hazañas que pudieron  
dejar su nombre en bronce eterno escrito.

Pasife, un toro amó, con infinito  
deshonor, que las fábulas le dieron,  
no porque fué verdad, pero quisieron  
decir que amar indignos es delito.

Yo amé, yo erré. ¡Qué error tan disculpado  
el de quererte yo, Carlos!, pues eres  
del cielo copia, del amor traslado.

Tú me disculpa de mi error, si quieres:  
que amar lo que merece ser amado  
hace menor el yerro en las mujeres.

(Sale CARLOS.)

CARLOS.

Cuidados míos: muy a prisa intenta  
un agraviado amor perder la vida,  
tan triste, tan cobarde, tan perdida,  
que apenas un cabello la sustenta.

A los agravios, la venganza alienta,  
y en mí no quiere amor que yo la pida:  
que aunque la causa del amor se olvida,  
nunca se olvida del honor la afrenta.

Como infiernos de amor, en que amor pena,  
son los celos, que salen a los labios  
del fuego de que el alma vive llena.

Pues si infiernos de amor los llaman sabios,  
¿qué nombre tiene amor para su pena,  
después que se averiguan los agravios?

FÉNIX. Carlos mío, darme albricias  
de la mejor nueva puedes,  
que entre favores de entrambos,  
a nuestra fortuna debes;  
que como aquel ángel tuyo  
gocé en la aldea dos meses,  
sintiera agora, en París,  
estar un hora sin verle.  
A Laura le osé pedir  
que en la ciudad me sirviese,



porque si aquí no procedes  
connigo como quien soy,  
y como dueño te atreves,  
haréte quitar la tuya  
aunque la vida me cueste.  
Pues ¿quíeresme tú negar  
lo que mis ojos...?

CARLOS.

FÉNIX.

Detente,  
que te despeñan los ojos,  
que tal vez como júeces  
por falsas informaciones  
dan sentencias diferentes  
de lo que fueran sabiendo  
la verdad.

CARLOS.

Cuando tú niegues  
que no fué el Rey, es un hombre  
el que en tu aposento, aleve,  
entró aquella misma noche.  
Eso es verdad.

FÉNIX.

CARLOS.

FÉNIX.

Pues ¿qué quieres?

Que sepas que la Condesa  
Lisarda, que vino a verle,  
quiso averiguar sus celos,  
y que yo, porque no hiciese  
fuerza el poder a mi honor,  
que determinado es fuerte,  
fuí cómplice en el engaño.  
El engaño bien se entiende  
que es el que me has hecho, ingra-  
ni pudo, sin que la vieses, [ta:  
venir la Condesa aquí

CARLOS.

FÉNIX.

ní, ya que vino, volverse.  
Mientras estaba cazando,  
llegó aquí secretamente,  
y con el alba salió;  
pero ahora me parece,  
por el sentimiento injusto  
con que mi firmeza ofendes,  
que no son los celos míos  
los agravios que encareces.  
Ya entiendo lo que ignoraba:  
vino la Condesa a verte  
poniendo la culpa al Rey;  
tú, viendo que el Rey la quiere,  
estás muy desatinado;  
pues, Carlos, ¿cuando previenes  
ausencia por otras damas,  
es bien que de mí te quejes  
y que me pongas la culpa  
si prendas del Rey pretendes?  
Deja mi honor, que me cuestas  
mucho para no tenerme  
el respeto de criado

que a lo marido me pierdes.  
Si quieres irtte celoso  
del Rey, ¿quién puede tenerte?  
Carlos tengo aunque te vayas;  
no hayas miedo que me queje  
de no tener prenda tuya,  
como se quejaba, ausente  
Elisa Dido, de Eneas,  
y cuando no la tuviese,  
espada no ha de faltarme,  
aunque para darine muerte  
basta acordarme que fuí  
mujer que pude atreverme  
a querer hombre tan vil,  
que ha pensado bajamente  
que él merece que le ofendan  
y que yo pude ofenderle.  
Fénix, Fénix, amor mío,  
señora mía.

CARLOS.

FÉNIX.

No pienses  
engañarme con palabras  
cundo con obras me ofendes.

(*Vase.*)

CARLOS.

¡Oh lágrimas de amor, dulce violencia!  
¡Oh llanto poderoso! ¡Oh fuerte encanto!  
¡Oh sirena fingida, a cuyo canto  
calla el rigor y duerme la prudencia!

Contigo no hay valor, poder ni ciencia,  
que puede tanto un amoroso llanto,  
que el cielo, con poder y saber tanto,  
no tiene para el llanto resistencia.

Pues siendo de mujer, celos y enojos  
ni aun agravios sabrán mover el labio,  
sino darle mil almas por despojos.

No se fie el más cuerdo, honrado y sabio,  
porque si espera ver llorar sus ojos  
perdonará después cualquier agravio.

(*Vase, y sale SILVIO, de camino.*)

SILVIO.

Esta, señor pensamiento,  
es la corte de París;  
aquí labrador venís  
a ser cortesano a tientto.

No, corte, porque yo quiera  
que esto me agradezcas ya;  
vinoseme el alma acá,  
que a fe que yo no viniera.

Huyóse Laura de mí;  
que con aquesta mudanza

supo bien tomar venganza  
de haberle negado un sí.

Como si no fuese nada  
el sí para un casamiento,  
siendo el mas fuerte instrumento  
que deja el alma obligada.

Oh escritura que después  
hace arrepentir a tantos,  
pues diciendo sepan cuántos  
ninguno sale de que es!

Muchí me debes amor,  
pues a la corte he venido  
haciéndome prevenido  
los avisos de un tenor.

Dicen que hay cosas aquí  
de París! y que en ti caben  
que aborrecen los que saben  
vivir y morir en ti.

Aquí dir que la verdad  
anda suelta y libre,  
la mentira deslizada  
y talia la voluntad.

Dicen que quieren de nuevo  
los que por sus intereses  
por no sufrir prevén  
y por no sufrir desprecian.

Que con el padre es cruel  
la soberbia y la codicia;  
que ríenla alcanza justicia,  
y que ella le alcanza a él.

Que torra el que es más blal  
con los pocos amigos  
y que hay muchos amigos  
para hacer y deshacer con él.

Oh, Laura! Grande poder  
el de tu hermosura ha sobre  
tudo a París, no ha traido  
desde que te he visto.

¿Qué me dices de volver  
mejor, mejor, mejor  
con todos de los que  
con todos he visto.

Alto al viento, al viento,  
al viento, al viento,  
que siempre vive en paz  
miro a mirar y hablar poco.

(Entra Laura, se sienta en un sillón y mira a Damián.)

Damián: — Damián, Laura, que has cambiado  
de amor, tan linda estás,  
que a menudo me miras, das  
más en desearlo, más.

Laura: — ¿Y estás perdido por ti?  
Pues pregúntate, que yo  
del alma truje un sí  
que en su sorpresa aprendí.

El habito cortésito  
me trujo la confusión  
l'ago, Laura no, afición.

Quiero y sin tocar la mano  
y vete con Dios, Damián,  
mira que Carlos te espera.

Damián: — ¿Has pensado te altera?  
¿A que vengiste a París?

Laura: — A no ver como es mi alma,  
como a las muchas aca,  
Vete que te agüita va.

Que tal tu amara sea  
Vivir, v a la corte dudo  
el modo de ablandarte.

Laura: — No sé la corte parte  
si así me hacer me aconseja.

(Entra Damián.)

Damián: — ¿Todavía estás  
siente, Laura?

Laura: — ¿Qué es?  
Siento, Laura, como me  
a la hermosura, sí.

Laura: — ¿Dices que de ante  
la alma en caso de los creídos  
antes al alma, que cuando  
más, que cuando, la confusión  
el alma con el mundo  
que hay, como es el mundo  
de Carlos?

Laura: — ¿Y, los amigos,  
Damián, me aconseja, más.

Damián: — ¿Y, los amigos, más  
a la hermosura, sí.  
a la hermosura, sí.  
con todos de los que  
con todos he visto.

Damián: — ¿Y, los amigos, más  
a la hermosura, sí.  
a la hermosura, sí.  
con todos de los que  
con todos he visto.

Damián: — ¿Y, los amigos, más  
a la hermosura, sí.  
a la hermosura, sí.  
con todos de los que  
con todos he visto.

Damián: — ¿Y, los amigos, más  
a la hermosura, sí.  
a la hermosura, sí.  
con todos de los que  
con todos he visto.

y perlas la arena diese.

Todo fué tristeza y luto  
dejándome tu rigor;  
ni planta miré con flor  
ni flor que esperase fruto.

En todo hallé soledad,  
y como en nada te hallé,  
determinéme a la fe  
a venir a la ciudad.

Vesme aquí, Laura, ¿qué piensas  
hacer de mí?

LAURA.

Bien pudiera  
agora, si yo quisiera,  
vengarme de tus ofensas.

Pero quiero proceder  
como mujer cortesana,  
que no quiero ser villana,  
aunque lo pudiera ser.

Yo soy toda la privanza  
de Fénix; yo haré que estés  
en su casa, o prueba un mes  
hasta entender la mudanza;

que aquí podremos tratar  
lo que nos esté mejor,  
mas no has de ser labrador.

SILVIO.

Ya sé que no hay que labrar  
en los campos de la corte,  
siempre estériles; mas di,  
¿qué puedo yo hacer aquí  
que para vivir me importe?

¿Qué oficio tendré en su casa  
del Conde?

LAURA.

Si has de servir  
a Carlos, no hay que pedir  
oficio mientras se casa.

Mas, pues a la corte vienes,  
entra con mucha humildad,  
ganando la voluntad,  
Silvio, pues ingenio tienes.

Que te quieran bien procura,  
por bien hablado y bien visto,  
que hacerse un hombre malquisto  
es necedad y locura.

Con decir de todos bien,  
hay correspondencia igual,  
porque si tú dices mal,  
de ti le dirán también.

Acompáñate con buenos,  
y tú lo parecerás;  
respeta al que sabe más  
y alienta al que sabe menos.

No te metas en tu vida  
a bachiller, porque es cosa

notablemente enfadosa,  
cansada y aborrecida.

Nadie, en efeto, te arguya  
aunque estén de infamias llenas,  
de mirar casas ajenas,  
sino de mirar la tuya.

Honrar mujeres codicia,  
no lo desigual iguales,  
de cortesía a las malas,  
y a las buenas de justicia,

Que con estos documentos  
segura vida tendrás.

SILVIO.

¿Tienes que decirme más?

LAURA.

Que aquestos seis mandamientos  
cifran dos.

SILVIO.

Atento estoy,  
que me debe de importar.

LAURA.

No fiar, ni porfiar.

SILVIO.

Esa palabra te doy.

(*Vanse, y salen el REY, LISARDA y CÉSAR.*)

REY.

Siempre, Lisarda, he pensado  
en tu remedio.

LISARDA.

Yo lo creo,  
gran señor, de tu deseo,  
de tu amor y tu cuidado.

REY.

Condesa, yo te he casado,  
para sosegar mejor  
a los que hablan en tu honor;  
porque mirar por la fama  
de lo que quiere quien ama  
es el verdadero amor.

Pienso que conocerás  
el dueño que darte quiero,  
que es Carlos, un caballero,  
que no hay que decirte más.  
A tu estado añadirás  
otro que yo quiero darte,  
por pagarle y por pagarte  
dos grandes obligaciones.

LISARDA.

En muchas, señor, me pones  
de servirme y de alabarte.

¿No es ese Carlos criado  
de Arnaldo?

REY.

Lisarda, no;  
es criado el que sirvió,  
pero no el que se ha criado.  
Su hermano, al Conde le ha dado  
por padre, en su larga ausencia:  
mira tú si hay diferencia  
y si esta verdad abona  
en su gallarda persona



aprovechó mi mal momento.

—Dile a Carlos la vida  
debe. Dile que en su  
nada de él no basta lev  
para desde tan delada  
Si en el mundo no le te ca-  
tando obligarle a ello  
y de sus conseras  
si estos este cadaver  
que en darte lo que me ha  
no puedo pagarle más.

De Alejandro se alzó  
que dio su mundo. Conozco  
con que en bronco en un  
una buena muerte.

Le mirose quere hacer su  
para ganar mayor poder  
puedo que me deja en su  
perdido y ser un hombre  
pues a quien me dio la vida,  
no le doy menos que el alma.

Pues la dicha vuestra Alca  
su razón será razón  
que yo le diga la mía.  
Este atento.

Atento estoy.

Conozco que tu culpa  
en dejar que tu alma  
pueda obligar la mía,  
mas tal distribuido error  
porque tengo personalidad  
de tu noble presunción  
que a mi imaginación reñe,  
no estimas su valor.

Con eso y que vuestra Alca  
algunas veces me dio  
si no expusiera, espanto  
sobre mi estado de.

Le mirose, pues, desde luego  
que lo quiero, graci a ser  
marzo a la muerte.

que me voy a morir  
porque padece y aharas  
conque el viento ha been  
y conseras y pases.

quiere que lo mismo sea,  
a Fénix con vuestra Alca  
mea? Mea de conseras por  
conseras que tras mudo?

pues habiéndose muerto.

Responde a conseras  
que por que se conseras  
conseras, como he el gran.

un conseras de conseras.

Unos, luego a qué mudo  
que me han sido conseras  
que sera mala muerte al dueño  
y así le seras el conseras.

—Dile a Carlos la vida  
debe. Dile que en su  
nada de él no basta lev  
para desde tan delada

Si en el mundo no le te ca-  
tando obligarle a ello  
y de sus conseras  
si estos este cadaver

que en darte lo que me ha  
no puedo pagarle más.

De Alejandro se alzó  
que dio su mundo. Conozco  
con que en bronco en un  
una buena muerte.

Le mirose quere hacer su  
para ganar mayor poder  
puedo que me deja en su  
perdido y ser un hombre

pues a quien me dio la vida,  
no le doy menos que el alma.

Pues la dicha vuestra Alca  
su razón será razón  
que yo le diga la mía.  
Este atento.

Atento estoy.

Conozco que tu culpa  
en dejar que tu alma  
pueda obligar la mía,  
mas tal distribuido error

porque tengo personalidad  
de tu noble presunción  
que a mi imaginación reñe,  
no estimas su valor.

Con eso y que vuestra Alca  
algunas veces me dio  
si no expusiera, espanto  
sobre mi estado de.

Le mirose, pues, desde luego  
que lo quiero, graci a ser  
marzo a la muerte.

que me voy a morir  
porque padece y aharas  
conque el viento ha been  
y conseras y pases.

quiere que lo mismo sea,  
a Fénix con vuestra Alca  
mea? Mea de conseras por  
conseras que tras mudo?

pues habiéndose muerto.

LEONARDO

REY

LEONARDO

no siendo vos el juez,  
que tenéis mucha pasión.  
Y con esto os desengaña,  
porque primero que yo  
sea de Carlos, ni Francia  
juntos nos halle a los dos.  
tendrán los cuatro elementos  
paz en su disforme unión,  
quietud las aguas del mar.  
piedad la envidia feroz;  
la ambición, descanso y gusto;  
buena fortuna, el temor;  
amor, paciencia, agraviado,  
y los celos, discreción.  
Case vuestra Alteza a Carlos  
con Fénix, que yo le doy  
palabra que calle Carlos  
y que ella no diga "no";  
que con esto y su licencia,  
desengañada me voy;  
y, si no manda otra cosa,  
mil años le guarde Dios.

(Vase.)

REY. De mi paciencia me espanto.  
El ser mujer, me disculpa.

CÉSAR. Vuestra Alteza tiene culpa  
de haberla escuchado tanto.

Pero, pues tiene poder,  
¿por qué se ha de resistir?

REY. Esto, César, es decir,  
y no es el decir hacer.

Claro está que ha de ser fuerza,  
si no fuere voluntad.

CÉSAR. El parecer liviandad,  
a que se queje la esfuerza.

Pero, pues que celos son  
de Fénix, oye y verás  
cómo entre los dos pondrás  
tan notable confusión,

que, si algún amor había,  
cese para siempre en ellos.

REY. Si fuese sin ofendellos,  
notable industria sería.

(Salen CARLOS, DIONÍS y SILVIO, vestidos de licayo.)

CARLOS. El Rey me envía a llamar,  
y llevo notable pena.

DIONÍS. Pues no pases desta sala.  
que allí está hablando con César.

CARLOS. ¿Cómo, Silvio, entraste aquí?

SILVIO. Señor, por ver la grandeza  
del palacio, que a su rey

ya le he visto en nuestra aldea.  
Allí está Carlos, señor.

CÉSAR. REY. ¡Carlos!

CARLOS. Deme vuestra Alteza  
los pies.

REY. Yo te debo, Carlos,  
la vida: pagarte intenta  
mi obligación.

CARLOS. Mi humildad  
levantaréis de la tierra.

REY. He tratado con Arnaldo  
casarte con la condesa  
Lisarda, y como, señora,  
por humilde te desprecia,  
yo quiero que la enamores,  
porque no hay más dulce fuerza  
de conquistar voluntades;  
porque yo sé de tus prendas  
que rendirán cualquier dama,  
por mucho que se defienda.  
César te dará dineros,  
joyas, caballos, libreas;  
no quiero más de que pongas  
tu persona y tu prudencia.  
Esto ha de ser sin decir  
que yo te mando que emprendas  
servirla: que si lo dices,  
perderás, Carlos, con ella,  
mi gracia, y quizá la vida.  
De día, galán, pasea  
su calle, y de noche, armado,  
ronda su puerta y sus rejas.  
¿Hasme entendido?

CARLOS. Señor...

REY. No repliques. ¿A qué guerra  
te envío yo, a qué peligro,  
a qué difícil empresa?  
¿A qué mar llevas armada  
para poner mis banderas  
en las más remotas playas?

CARLOS. Pluguiera a Dios que eso fuera,  
que yo lo supiera hacer.

REY. Carlos, Carlos, esto es fuerza:  
hacer lo que manda el rey  
es ley de naturaleza.  
Venid con César. Tú, luego,  
sin que en palacio se entienda,  
le darás diez mil escudos.

(Vase.)

CÉSAR. Ven, Carlos.

CARLOS. (El Rey ordena



LISARDA. No me miréis.  
CARLOS. ¡Quién pudiera!  
LISARDA. Pues idos.  
CARLOS. Quedad con Dios.

(Vase.)

LISARDA. ¡Ah, gentilhombre!  
SILVIO. ¿Soy yo?

LISARDA. Oídme.  
SILVIO. ¿Yo? ¿Para qué?

LISARDA. ¿Servís a Carlos?

SILVIO. No sé.

LISARDA. ¿Sabéis lo que es esto?

SILVIO. No.

LISARDA. ¿Pues con él no entrastes?

SILVIO. Sí.

LISARDA. ¿Dónde estáis?

SILVIO. En su posada.

LISARDA. Algo sabréis.

SILVIO. No sé nada.

LISARDA. ¿De quién os teméis?

SILVIO. De mí.

LISARDA. ¡Qué necio que estáis!

SILVIO. Por vos.

LISARDA. ¿No pensáis hablar?

SILVIO. Soy firme.

LISARDA. ¿Qué aguardáis?

SILVIO. Licencia deirme.

LISARDA. Yo os la doy.

SILVIO. Quedad con Dios.

(Vase.)

LISARDA. ¡Ay, Celia! ¡Quién entendiera lo que este Carlos pretende!

CELIA. Bien fácilmente se entiende que éste hablara, si pudiera.

Teme el gran competidor que tiene en el Rey.

LISARDA. No sé, si ha un mes que el Rey no me ve, de qué procede el temor.

cuya ingratitud ha sido causa que de aquella historia ya no haya en mi amor memoria que no la sepulte olvido.

Reparando en Carlos bien, hombre digno me parece de amarle.

CELIA. Bien lo merece;

y el Rey, tu olvido también.

LISARDA. Si por él no se declara,

y Carlos tiene el valor que muestra, tendréle amor.

CELIA. Señora, la causa es clara, y que el no hablarte es por él.

LISARDA. Es ya su valor tan grande, que, aunque el Rey no me lo manpienso casarme con él. [de,

(Vanse, y salen el REY y CÉSAR.)

REY.

Vano fué mi remedio.

CÉSAR.

No muy vano,

pues ya te mira con semblante humano Fénix, que se mostraba tan airada, y parece que Carlos no le agrada. Sin esto, la Condesa, a Carlos mira.

REY.

Mi sufrimiento con los dos me admira; mas tengo aquel servicio tan presente, que no hay remedio que mi amor intente, que siendo contra Carlos, le permita. Carlos a la Condesa solicita, mas no por eso Fénix le desprecia. Mi voluntad, en porfiar tan necia, estando aquesta noche desvelado, un remedio me ha dado, que ha llegado a ser como el enfermo que no duerme, pensando en los remedios que ha de hacerme.

CÉSAR.

¿Y qué remedio ha sido?

REY.

Este es el Conde.

Oíd lo que le digo y me responde.

(Sale el CONDE.)

CONDE.

¿Qué es, señor, lo que manda vuestra Alteza?

REY.

Conde, la confianza en la nobleza de vuestra sangre, a daros un cuidado en que me va la vida me ha obligado.

CONDE.

¿La vida, gran señor? Guárdeos el cielo. Mi sangre sabe Francia. y vos, mi celo.

REY

¡Tened la mano! Cienzo en vuestra espada

CONDE

En estado en vuestro real con escudada.

REY

¡Largos por viles de guerra! ¡Moros!

CONDE

¿Con plebe? ¡Fuerzas os lo promet!

REY

Yo voy a Carlos, el que osada y rando  
del servicio que vuestro aligad.  
Pódselo valdad que darle quiero  
diciendo vos, como de vos lo espero:  
que es vuestro hijo, bobulo en otros años,  
puesto de amor se entrara los engras,  
y esto a Fenix y a el pará que puellar  
decirlo a todos, para hermanos quedan

CONDE

Como tan para justamente obliga  
que ser hermanos y los dos le diga,  
para que a Carlos valdad le sobre;  
que si vos le casais, no será pobre,  
que en vuestro mayor a la cometa  
Llorada, que de verle no le pena,  
con tantas gulas bien imaginaba  
que vuestro Alcaz le osación le daba,  
al cuando así para servidumbre.

REY

Feniz con el secreto, como os pido.

CONDE

Vos a servirme, y a decirle a Fenix  
lo que los de serie de con grande gusto,  
y ya decir, almor el que es tan gran  
de ver de vos a Carlos tan bostado.  
Mi hijo es Carlos, para que le lo grande

REY

¡Feniz!

REY

¡Qué os puerre, Feniz!

CONDE

Que es valdad  
que con hermanos, como el primero  
valde, como el primero hermano

de la Cometa. Carlos, para le lo grande  
valdad

REY

¡Que os valde, como el primero  
valde, como el primero hermano

CONDE

No hay Feniz tan os? como el primero

para, como el primero hermano

FENIX

No hay Feniz tan os, como el primero  
que ver que osada y rando,  
y que de viles engras,  
el tener no le retire

CARLOS

No quiero que te hable y como  
un hombre que está osando

FENIX

¡Cruel! ¡Que engrasme osando  
tu tener en como tan clara  
que osada y lo ignorara  
me la diera lo osando!

Hay en París otro cuento,  
si no tu amor? En la osadura  
de servir a la Cometa  
mi osada y osando te  
Reber en tu calle el viento,  
no hay hombre que no te hable  
en su casa y en su calle  
y en verte osando osando  
y lo que la calle tiene,  
quieres, tu que os lo calle?

¡Extralo, para me lo osando!

Como osando lo osando  
que con hombre osando osando  
Mi osando y lo osando  
En osando osando osando  
con osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

Que osando osando osando

CARLOS

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

¡No osando osando osando!

no sabiendo la razón  
que a amarme debe obligarte.  
No he querido declararte  
el secreto; que, en efeto,  
estoy al rigor sujeto  
de su mano poderosa;  
que de una mujer celosa  
no se ha de fiar secreto.

Pero, en viéndote llorar  
y llamarme mal nacido,  
máteme el Rey, pues ha sido  
el que me pudo obligar,  
Fénix, a hacerte pesar.  
Que cuando la queja suya  
a deslealtad lo atribuya,  
no hay vida o perdón que pida;  
que más que vale mi vida  
pesa una lágrima tuya.

Como caerse del cielo  
la estrellas, así son  
tus lágrimas. No es razón,  
Fénix, que las goce el suelo.  
Dame, en tanto mal, consuelo;  
recoge, pues, las estrellas,  
que lloras mi vida en ellas.  
Mira que un niño que tienes  
harás llorar, si a hacer vienes  
que lloren niñas tan bellas.

Dame esos brazos.

FÉNIX. Desvía.  
CARLOS. ¿A mí me niegas los brazos?  
FÉNIX. Sí diera, si fueran lazos.  
CARLOS. Lazos fueron algún día.  
Pues advierte, Fénix mía,  
que por fuerza he de abrazarte.  
FÉNIX. Sabré mil vidas quitarte.  
CARLOS. No sabrás, porque te adoro.  
FÉNIX. ¡No me pierdas el decoro,  
que he de matarme o matarte!

(Sale el CONDE.)

CONDE. ¿Qué es esto, Fénix, qué es es-  
¿En qué los dos estos días [to?  
andáis con tantas porfías,  
tú airada y tú descompuesto?  
FÉNIX. ¿Yo, señor?  
CONDE. Y tú también.  
¿Es buena descompostura?  
CARLOS. A quien servirte procura,  
que le traten mal no es bien.  
Y, pues que nos has hallado,  
señor, en esta pendencia,

quiero, si me das licencia,  
decirte lo que ha pasado.

Que por todo pasaré,  
pero no por cosas bajas;  
que reconozco ventajas  
en la sangre, y no en la fe.

Porque en verdad y lealtad  
pienso que soy el primero  
del mundo.

CONDE. Carlos, yo espero  
de tan necia enemistad  
saber la causa.

CARLOS. Es bastante  
para irme o no vivir.  
Da mi señora en decir  
que un anillo de un diamante  
que le falta he sido yo,  
señor, quien se le ha tomado.  
pensamiento que le ha dado  
desde que galán me vió.

Y aunque le digo que el Rey  
diez mil escudos en oro  
me ha dado, contra el decoro  
debido por justa ley

a un hombre que tú has criado,  
no es posible que me crea.

CONDE. Fénix, ¿de cosa tan fea  
puede ser Carlos culpado?

FÉNIX. Si yo le veo servir  
a Lisarda, ¿no es razón  
que tenga esta presunción?  
CARLOS. ¿Esto tengo de sufrir?

Déme vuestra señoría  
licencia, que un hora más  
no he de estar en casa.

FÉNIX. Harás  
una grande bizarría.

Vete, pero no lo creo,  
que te tiene el alma asida  
Lisarda.

CONDE. Muy atrevida,  
Fénix, con Carlos te veo;  
y yo sé que está inocente  
y que tú engañada estás.

FÉNIX. Con las alas que le das,  
¿qué cosa habrá que no intente?  
Déjale ir; ¿qué ha de hacer  
Carlos aquí ya tan hombre?

CARLOS. Bien dice: que hasta mi nombre  
debe ya de aborrecer.

Dame licencia y la mano.  
Guerras hay.

CONDE. Carlos, advierte





Poco ha que fui tu esposa;  
que soy tu hermana amor apenas sabe,  
pues ¿qué más dulce suerte  
que con aquesta fe darnos la muerte?  
Pero si aquella prenda  
de los dos adorada  
no puede quedar sola, y no te fias  
de que tu amor no ofenda  
la fe desengañada  
con el trato amoroso que solías  
pasar noches y días  
tan cerca de mis brazos,  
vete, Carlos, que es justo  
no dar este disgusto  
al cielo que hoy defiende tus abrazos;  
vete, que sola ausencia  
hace al amor tratado resistencia.  
Que si el Rey porfiase  
en darte a la Condesa,  
por más que ser tu hermana y no tu esposa,  
Carlos, imaginase,  
el alma te confiesa  
que muriera celosa y envidiosa.  
Mas esta prenda hermosa,  
este Carlos pequeño,  
llévale allá contigo,  
no ha de quedar conmigo;  
siga las desventuras de su dueño,  
por que tengas presente  
a quien tan presto has de olvidar ausente.

CARLOS.

Desesperado intento.  
¿Perdernos, Fénix, quieres  
a los dos en un día?

FÉNIX.

¿Será justo  
que un hombre de su aliento  
se crie entre mujeres?  
Suceda de una vez todo el disgusto.

CARLOS.

Mira que es caso injusto.

FÉNIX.

Sí, Carlos, mas forzoso;  
que nuestro pensamiento  
dirá mi sentimiento,  
y quedará mi padre sospechoso;  
y es quitarle la vida  
si entiende que yo fui tan atrevida.  
Ven esta noche, hermano,

¡nunca yo lo dijera!,  
de tu casa a la muestra con secreto,  
y con este villano  
a la puerta me espera;  
daréte el niño que nació sujeto  
a tanto mal.

CARLOS.

¡Qué efeto  
de un amor tan notable!

FÉNIX.

¡Qué desdicha perderte!

CARLOS.

¡Dejarte yo! ¡Qué muerte!

FÉNIX.

¡Qué estado entre los dos tan miserable!

CARLOS.

¡Loco estoy!

FÉNIX.

¡Yo perdida!

CARLOS.

¡Yo voy sin alma, Fénix!

FÉNIX.

¡Yo sin vida!

(*Vanse, y salen LAURA y SILVIO.*)

LAURA. ¿Eso es cierto?

SILVIO. Y es tan cierto,  
que no hay otra cosa en casa,  
y sin esto, que se casa,  
y que hoy se firma el concierto.  
Muerta estoy.

LAURA.

SILVIO. Pues ¿tú, de qué?

LAURA.

Yo me entiendo.

SILVIO.

Pues ¿qué daño  
os viene del desengaño?

LAURA.

Ese, Silvio, yo le sé.

SILVIO.

Si es su hermano natural  
Carlos de Fénix, no puede  
quitarle su hacienda.

LAURA.

Excede  
otro mal del mayor mal.

Demás de que el casamiento  
de la Condesa se hará,  
con que Carlos quedará  
rico, próspero y contento.

SILVIO.

A la fe, Laura, que ha sido

¿cómo decir la verdad,  
que distantes quedas  
tan de la Llanura oscura?

«Oh, ¿qué lástima me espera  
en las lúgubres cimas tal!  
¡No pienso almas y joyas  
en la ruina y la guerra!»

Cuando, noche en vivir,  
hacer sentir mejor como  
has pensado en me ha de haber  
la multitud el morir.

Aquí la vida se cometa,  
replácese y pensar;  
no más casques ni esperar  
ni actividad ni guerra.

que impensadamente  
en un pliego de papel  
quiere preservar por el  
las últimas vicisitudes.

No quiero esperar un mayo  
ni un planeta orbeclizante  
que inspirando graniza  
sea de sus vientos rayos.

Más quiero, cuando aquel  
traición y amargura  
que allá largueta y prolonga  
No me pluman a mí.

porque sé que me futurura  
le habrá que tal vez  
porque ninguno más  
en silencio es que resaca.

¿Pero qué guerra que el aura  
alga a mi cuerpo reducida?  
Que para que miso, reducidos  
la intensidad se reduza.

LÁSTIMA

«Ah, lástima! Pero yo me siento  
cuando la noche instantánea,  
y el sol que el día ilumina  
en la alba calma y serena».

El agua dulce de las fuentes  
cualquier corriente y quieto,  
ya para ser como el viento,  
en flujos, en ondas, el viento.

¡Ah, lástima! Que me has probado  
cuando del momento  
del que por momentos  
me he de ir así reduciendo.

¿Cuándo es cuando  
me al momento te voy  
por momentos y momentos,  
que al momento de las almas?

¿Cuándo es cuando  
me voy como al momento  
con la última lástima.

«Ah, lástima! Pero yo me siento  
cuando la noche instantánea,  
y el sol que el día ilumina  
en la alba calma y serena».

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

que me siento reduciendo  
me he de ir así reduciendo  
Me he de ir así reduciendo  
Me he de ir así reduciendo  
Me he de ir así reduciendo  
Me he de ir así reduciendo  
Me he de ir así reduciendo  
Me he de ir así reduciendo

«Ah, lástima! Pero yo me siento  
cuando la noche instantánea,  
y el sol que el día ilumina  
en la alba calma y serena».

«Ah, lástima! Pero yo me siento  
cuando la noche instantánea,  
y el sol que el día ilumina  
en la alba calma y serena».

«Ah, lástima! Pero yo me siento  
cuando la noche instantánea,  
y el sol que el día ilumina  
en la alba calma y serena».

«Ah, lástima! Pero yo me siento  
cuando la noche instantánea,  
y el sol que el día ilumina  
en la alba calma y serena».

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

LÁSTIMA

Es más segura la aldea.  
**SILVIO.** Digo que tienes razón.  
 Adiós, Laura. Bien decís  
 los que vivís en París,  
 sus gustos mudanzas son.  
**LAURA.** ¡Qué presto me olvidarás!  
**SILVIO.** De ti no llevo cuidado,  
 que ya me habrás olvidado  
 antes que parta, y aun más.  
**LAURA.** Dios te dé dicha en España,  
 Silvio.  
**SILVIO.** Bien es menester.  
 En fin, me voy a perder.  
**LAURA.** ¿Por qué?  
**SILVIO.** Porque es tierra extraña.  
**LAURA.** Extraña de tu país,  
 mas del mundo la mejor.  
**SILVIO.** Bien me estaba labrador.  
 Adiós, Laura. Adiós, París.

*(Vanse, y solen CÉSAR y el REY, de noche.)*

**CÉSAR.** Próspero suceso ha sido.  
**REY.** Resultaron dos efectos,  
 César, notables entrambos.  
**CÉSAR.** Como de tu claro ingenio.  
**REY.** Lisarda, desengañada  
 de mi voluntad, ha puesto  
 los ojos en Carlos. Fénix  
 ha mudado el pensamiento.  
**CÉSAR.** Claro está que si Lisarda  
 tiene de Carlos por cierto  
 que es hijo del Conde Arnaldo,  
 tratará su casamiento,  
 porque tiene prendas Carlos  
 para ponerle deseo,  
 como con Fénix las tuvo  
 para abrasarte de celos.  
**REY.** Díjome el Conde que estaban  
 tan admirados y atentos,  
 que apenas mostraron gusto  
 de saber que hermanos fueron,  
 y es que como no sospecha  
 lo que de Fénix sospecho,  
 piensa que esta admiración  
 nació del mismo suceso.  
 Por lo menos, yo he pagado  
 a Carlos lo que le debo  
 casándole con Lisarda,  
 y libre de celos puedo  
 seguir la empresa de Fénix,  
 que es el último remedio.  
 Esta es su casa del Conde;

como grave amante vengo  
 donde no puedo de día.  
**CÉSAR.** Grande es tu amor.  
**REY.** Es inmenso.  
 ¿Qué hora será?  
**CÉSAR.** Las once.  
**REY.** ¡Que le sirva de consuelo  
 a un amante el ver de noche  
 las ventanas de su dueño!  
**CÉSAR.** Como asiste el alma en él,  
 descansa más asistiendo  
 más cerca, señor, del alma.  
**REY.** Notable desasosiego  
 en la hermosura de Fénix  
 padece mi entendimiento.  
 Yo pienso que si llegase  
 a saber lo que padezco,  
 que de otra suerte pusiese  
 a mis cuidados remedio.  
 No vivo, César, no vivo,  
 y te confieso que siento  
 que siendo quien soy me tenga  
 en un estado tan necio  
 terrible pasión de amor.  
**CÉSAR.** Oye, señor, que han abierto  
 la puerta de aquel jardín  
 que sale al patio primero.  
**REY.** Mujer parece quien sale.  
**CÉSAR.** No es sin causa.  
**REY.** A verla llevo.

*(Sale FÉNIX, con el niño de la mano.)*

**FÉNIX.** Sola mi fortuna pudo  
 obligarme a lo que vengo;  
 pero perdiendo la vida,  
 ¿qué mayor fortuna temo?  
 Allí están Carlos y Silvio.  
 Carlos mío, llega presto,  
 porque no es posible hablarte,  
 sabe Dios lo que lo siento.  
 El Conde me está esperando.  
 Aquí te doy cuanto puedo.  
 Este es Carlos, nuestro hijo.  
 Bien sabe, Carlos, el cielo  
 que la fe de ser tu esposa  
 obligó mi atrevimiento.  
 Soy tu hermana; así lo dice  
 nuestro padre; así lo creo.  
 Carlos, vuestro padre es Carlos.  
 Dadme los últimos besos.  
 Adiós, mis ojos, adiós,  
 Carlos, que me voy muriendo.



SILVIO. ¡Ah, Laura, qué bien se vía  
que el palacio te agradaba!  
¡Qué fingida me engañaba!  
¡Y matrimonio quería!

CARLOS. Pues ¿cómo admirarte quieres?  
¿No es lo que los sabios hacen?

SILVIO. Dos cosas desde que nacen  
saben todas las mujeres.

CARLOS. ¿Y son?

SILVIO. Bailar y engañar.

CARLOS. Silvio, contra los preceptos  
hablas. Los tres más discretos  
son ver, oír y callar.

SILVIO. ¿Tú no lo dijiste así?

CARLOS. Sí dije.

CARLOS. Pues oye y calla.

(*Salen el CAPITÁN y dos SOLDADOS con arcabuces.*)

CAPITÁN. Aquí dicen que han de estar.

SILVIO. Gente viene.

CARLOS. Aquí te aparta.

CAPITÁN. ¿Qué gente?

CARLOS. Criados somos  
del Conde.

CAPITÁN. ¿A estas horas andan  
fuera de casa?

CARLOS. ¿Qué importa,  
si es la puerta de su casa?

CAPITÁN. ¿Es Carlos?

CARLOS. El mismo soy.

CAPITÁN. Pues dadme, Carlos, las armas,  
que os manda prender el Rey.

CARLOS. ¿A mí?

CAPITÁN. A vos.

CARLOS. ¿Por qué?

CAPITÁN. No mandan  
los reyes dar la razón  
por que prenden.

CARLOS. ¿Cosa extraña!

SILVIO. Entra, Silvio, y dile al Conde  
que el Capitán de la guarda,  
por orden del Rey, me prende.

CARLOS. Si has hecho cosa tan mala  
que te cueste vida y honra,  
saquemos, Carlos, la espada;  
que es mejor honrosa muerte  
que la vida con infamia.

CARLOS. Estoy inocente, Silvio.

SILVIO. Pues yo diré lo que pasa.

CARLOS. Sola esta espada he traído;  
pues me la pedís, tomadla;  
que quien con ella le sirve,

CAPITÁN. no pienso yo que le agravía.  
Esto me ha mandado el Rey.  
Vamos.

CARLOS. Sin duda es la causa  
haber sabido que Fénix  
es mi mujer y mi hermana.

(*Vanse, y salen el REY, LISARDA y CÉSAR.*)

REY. Mucho me agrada, Condesa,  
tu intento, pero no creo  
que podrá ya tu deseo  
salir con tan justa empresa.

LISARDA. De haberte dicho me pesa  
que pagando su afición  
he tenido inclinación  
a Carlos para casarme,  
viendo que quieres negarme  
cosa tan puesta en razón.

REY. ¿No es Carlos hijo del Conde  
Arnaldo? Luego es mi igual,  
porque con ser natural,  
a su valor corresponde.  
De aquí imagino que donde  
hubo fuego, como en ti,  
aún hay reliquias, que aquí  
lo que es justo concedieras,  
si envidia dél no tuvieras,  
y agora celos de mí.

REY. Engañada estás, Lisarda,  
y pésame que a tu boca  
salga presunción tan loca.

LISARDA. Pues ¿qué es lo que te acobarda  
para no casarme?

REY. Aguarda,  
que muy presto lo sabrás.

CÉSAR. Señora, engañada estás,  
porque si posible fuera,  
el Rey a Carlos te diera,  
aunque tú mereces más.

(*Salen el CAPITÁN, SOLDADOS y CARLOS.*)

CAPITÁN. Aquí, señor, he traído  
de donde mandaste, preso  
a Carlos.

REY. ¿Que allí le hallaste?

CAPITÁN. Sí, señor.

LISARDA. ¿Preso! ¿Qué es esto?

CARLOS. Aquí vengo, gran señor,  
preso, aunque inocente vengo.

REY. ¿Inocente?

CARLOS. Ya sé yo



que todos los hombres serían  
a testamentos, a envidias  
de enemigos y sin de donde.  
Algo te han dicho de mí  
que si no me dexas pronto.

REV. No, Carlos, no quiero oírte.

LILIANA. ¿Quieres darme a mí  
vuestro Altera? Dado le es por  
por todo el amor pasado.

REV. Liliana, no vengas conmigo  
que lo de de ti a mi padre  
y Carlos y yo sabemos.

CAPITAN. Desde donde vuestra Altera  
que lleve a Carlos.

CARLOS. Hoy [supo]  
de mi vida al poder poner.

REV. Este por ahora puesto  
en la torre de palario.

(Sale el Conde, Félix, Liliana y Carlos.)

FÉLIX. Cuando estáis pareados  
de amor, ser padre es diadema.

CONDE. Félix, temeroso lego.  
Supe la prisión de Carlos  
y a vuestra Altera empuja  
que me muestre el mi hijo  
no tardarme entonces, Félix.  
¿Carlos preso a tales horas?

FÉLIX. Señor, como hermana suya  
dijo que en toda mi vida  
tive mayor sufrimiento.  
Y como Félix, ¿quién duda  
que lo habréis oído?

CONDE. ¿Cómo  
que estáis señor revelado  
con las palabras del rey,  
ni del secreto de Carlos  
ni de nuestro secreto?

REV. ¿Qué es lo que me dices?  
¿Cómo, sólo la confesión  
al que Carlos me ha contado,  
o que la vida le da?  
No que se dice que pronto  
haré carta póstuma  
de por difuntos. ¿Qué  
me dice Carlos hijo mío?

LILIANA. Señor, siempre me he ido  
conseguido a su lado, como  
con una hija de mi hermano,  
en tal compañía le puse.  
Mi amor es verdad y Carlos.

pero para que le hablo pronto  
contándole que le voy  
le hablo, yo me rendo  
a ser su mismo vengador.

REV. El delito, yo se venía

que tiene alguna desgracia  
pero ya sabes que debe  
haber justicia, con REV.

CONDE. Señor, si sabes merced  
por fama y por servicio  
a vuestra honra y a la  
salud de mi hijo, me lo  
me lo dices.

REV. Antes, puesto

hacerlo. Conde, jura.

CONDE. Pues si lo soy, es pronto  
que me tenga el padre noble  
puesto en la ley.

REV. Obedece, presta.

Aquí se queda que Carlos,  
desea, y de amor desea  
con la hija de un amigo  
en la ciudad de amor,  
y así tiene de un hijo,  
que le tenga tan pronto  
que le le exhortado.

¿Parece que es bien con esta  
que por que me da la vida  
y le sabe todo el resto  
de lo de hacer justicia?

CONDE. Señor, ¿cómo vos me dices  
cómo desisto de amor  
con tanta desgracia?  
Ese rigor, esa furia  
de esta para los vicios  
que ya con herida sangra  
no saben que me lo dicen.

¿Queréis que me abandone  
en el honor que a desgracia  
jura el día de hoy a Carlos  
no perdáis a vuestra vida,  
que ahora me lo doy, ¿no?

REV. ¿Cómo me lo doy, con?

FÉLIX. Más, ¿cómo me lo doy, con?

CONDE. Pues, señor, ¿cómo me lo doy,  
que ha sido Carlos mío  
a mi a él, como lo he tenido  
con un hijo de mi  
con la de mi?

REV. ¿Cómo, señor, ¿cómo  
el tengo?

CONDE. ¿Vas, ¿no es?

CONDE. ¿Qué tengo? ¿Qué es justicia?

que yo en cosas naturales  
del primer bozo me acuerdo;  
nunca juzgo por las canas.

*(Sale CÉSAR con el niño.*

CÉSAR. Aquí está el testigo.

CONDE. El cielo  
le guarde; ¡qué buen testigo!  
Yo, a lo menos, ya estoy tierno,  
y casi de verle lloro.

¿Es posible que tu abuelo  
pide justicia de Carlos  
mirando un ángel tan bello?

REY. ¿Perdonaradeles vos.  
buen Conde, si fuera vuestro?

CONDE. Y pienso echarme a los pies

del ofendido soberbio.

REY. Mirad lo que decís, Conde,  
que es el niño nieto vuestro.

CONDE. Pues, señor, lo dicho, dicho;  
en los brazos me le llevo.

REY. Carlos, vos sois condestable  
de Francia. A Lisarda ruego  
que trueque a Carlos por César.

SILVIO. Pues yo con Laura me quedo,  
ya que el niño tiene padre.

LISARDA. Lo que es tu gusto obedezco.

CARLOS. ¿Quién podrá alabar, señor,  
tu valor y entendimiento?

FÉNIX. Quien supiere cuánta dicha  
fué siempre servir a buenos.  
Con que la comedia acaba,  
senado, a servicio vuestro.



ACTO PRIMERO

(Salen LAURA y ARNALDO; LAURA con una carta.)

LAURA. Si sospechoso os dejé,  
aunque no tendréis razón,  
yo os daré satisfacción.

ARNALDO. Leed la carta.

LAURA. Sí haré.

[Lec.] “Bien sé que no hay en el mundo quien merezca el divino valor de la princesa Laura; mas suplico a vuestra Majestad no pierda por vecino lo que otros pretenden ganar por extranjeros. Mi embajador lleva poder para efectuar los capítulos que ofrezco. Guarde Dios a vuestra Majestad. — *Federico, príncipe de Transilvania.*”

ARNALDO. ¿Qué dice?

LAURA. Que no habéis sido  
quien mi casamiento trata.

ARNALDO. De que a tantos seáis ingrata  
estoy, hermana, ofendido.

A mí me es fuerza casaros;  
sabe Dios si hacer quisiera  
un hombre tal que pudiera  
alabarse de igualaros.

Pero, pues no puede ser,  
imaginad que es querer  
darle un imposible nombre,  
porque al imperio del hombre  
se ha de rendir la mujer.

LAURA. Pensaréis que es arrogancia  
dilatár mi casamiento,  
porque a mi merecimiento  
hay infinita distancia.

Engañáisos, porque soy  
la misma humildad.

ARNALDO. Estoy  
confuso, que despreciéis  
todos cuantos hombres veis,  
pues en la causa no doy.

Vos, gallarda; vos, discreta;  
vos, con salud, ¿qué razón  
os tiene a tal opinión  
bárbaramente sujeta?

Si el haber tanto estudiado,  
ocasión, Laura, os ha dado  
para haceros singular,  
es cansaros y cansar  
vuestro ingenio y mi cuidado.

De donde venga a entender

que, si esto de fama y nombre  
hace tan soberbio al hombre,  
será locura en mujer.

LAURA. Ni el haber tanto estudiado  
a eso me ha desvanecido,  
sino sólo que he querido  
satisfacer mi cuidado:

los hombres aborrecer.

ARNALDO. Pues, decidme, ¿qué os han hecho?

LAURA. Ninguna cosa.

ARNALDO. Sospecho  
que ocasión debe de haber.

LAURA. Si ponéis el pensamiento  
en mi honor, es loco intento.

ARNALDO. Pues decidme la ocasión.

LAURA. Por volver por mi opinión,  
os la diré; estadme atento.

Antes, generoso Arnaldo,  
que a las artes liberales  
diese principio, ni hubiese  
ocasión para indignarme,  
había dado en leer  
los libros más principales  
de historias y de poesías,  
y de tragedias de amantes;  
hallaba en todos los hombres  
tan fuertes, tan arrogantes  
tan señores, tan altivos,  
tan libres en todas partes,  
que de tristeza pensé  
morirme, y dije una tarde  
a una dama a quien solía  
comunicar mis pesares:

“Filida, ¿qué puede ser,  
que en cualquier parte que traten  
de mujeres, ellas son  
las adúlteras, las fáciles,  
las locas, las insufribles,  
las varias, las inconstantes,  
las que tienen menos ser  
y siguen sus libertades?”

“Eso, Filida me dijo.

Laura, solamente nace  
de ser dueños de la pluma,  
de cualquiera acción que hacen.  
Por ellas no hay Roma o Grecia  
ni Troya que no se abraze;  
luego nos dan con Elena  
y con el robo de París:  
de todo tienen la culpa;  
y los hombres, inculpables,  
son los santos, son los buenos  
y los que de todo saben.”



LAURA.

La envidia y las virtudes, abrazarse:  
la verdad, con los tiempos, encubrirse:  
dejar, quien habla mal, de arrepentirse.  
y el poder ofendido, de vengarse;  
un pobre que fué rico, de quejarse.  
y un necio liberal, de consumirse;  
un alto, de caer por preferirse,  
y un bajo, de subir por humillarse.  
Ser cuerdos en el loco los enojos:  
de los que obraron bien, faltar los nombres;  
sin sombra de disgustos los placeres:  
ciegos los celos, y el amor con ojos,  
veré primero que querer los hombres,  
ni dejar de vengar a las mujeres.

(Sale JULIO con un libro.

JULIO. Para mi honor y ejercicio,  
andar con dificultades  
es como tratar verdades  
a quien miente por oficio.  
¡Válgate Dios, por extraño  
filósofo!

LAURA. Julio amigo.

JULIO. Al fin vine a dar contigo;  
pero yo te desengañó  
de que no daré en saber,  
aunque tú la ciencia seas,  
y presumo que desees...  
¿Qué, Julio?

JULIO. Echarme a perder.

Yo no tengo inclinación  
a las letras, ¿qué me quieres?  
Si eras necio y sabio eres,  
¿qué mayor transformación?

JULIO. Si fuera necio, no creo  
que hacerme sabio pudieras;  
que si ignorante dijeras,  
fuera posible al deseo.

De un ignorante, en efeto,  
hacer un sabio es posible;  
pero es alquimia imposible  
hacer de un sabio (1) un discreto.

LAURA. Pues ¿qué libros traes ahí?

JULIO. A Aristóteles traía:  
que como yo le entendía,  
ninguno me entienda a mí.

LAURA. ¿Luego tú no cres de aquellos  
que se precian de saber

JULIO. lo que quieren entender?  
Por ser necio, fuera dellos;  
pero tengo inclinación  
más humilde, por no dar  
risa a quien pueda notar  
mi ignorancia, con razón.

Mas, dejando aparte el gusto  
con que me haces estudiar,  
¿cómo te va de casar?  
¿Dijiste *si*? Que es muy justo,  
claro está que no lo excusa  
tu singular parecer.  
¿Podrélo saber?

LAURA. Si el ser  
mujer, del rigor me excusa (1)  
con que aborrezco el casarme,  
también podrán ofenderme,  
y muchos daños hacerme,  
y por inútil dejarme.

A mi hermano dije aquí  
que yo no me casaría.  
Pues ¿por qué, señora mía?  
Por temor.

JULIO. ¿Temor en tí?

LAURA. Mucho he leído, y estoy  
con los hombres enojada.  
JULIO. ¿Ah, cómo estás engañada!

LAURA. ¿Defiéndeslos?

JULIO. Hombre soy.

LAURA. No temas, Julio, que a tí  
sólo tengo voluntad,  
en tanta diversidad.

JULIO. ¿Por qué méritos a mí?

LAURA. Por hijo de una mujer  
que me crió, y por criarte  
conmigo.

JULIO. No sé en qué parte  
escriben, y puede ser,  
que le echaron a un león  
un perro pequeño, y viendo  
que al golpe del brazo horrendo  
no mostraba turbación,  
dejóle vivo, y con él  
se crió; mas, cuando vió  
que era grande, ensangrentó  
las negras uñas en él.

LAURA. No hayas temor, Julio amigo:  
que yo no quiero matar  
los hombres: sólo vengar  
mujeres.

JULIO. Lo mismo digo,

(1) Así en el original y en Hartzenbusch; pero parece evidente que debe decir "necio" y no "sabio".

(1) Así en los textos; pero deberá leerse "acusa".



¡Nunca ganaba el hombre  
perdida, verás, en el arte  
de caer, porque el castigo  
cayó sobre a tu real persona.

Y, pues es debercer  
al hombre la penitencia  
eterna y castigo.

LAURA. Causa, ¿qué más causa ha...

JULIO. ¡Pues tal! Magda a culpa  
a causa y a penitencia.

LAURA. No me han culpado a mí, ¿verdad?  
No me justificaré los ojos.

JULIO. Algunas veces a que  
un hombre hubiera sido más  
castigo, pero la causa  
podría ser mejor bien.

Pero ahora que se han  
exhibido dos seres causados,  
que son los causados.

LAURA. ¿Por fin, ¿quién del mundo...

JULIO. Trágame al castigo.

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

JULIO

¡Nunca ganaba el hombre  
perdida, verás, en el arte  
de caer, porque el castigo  
cayó sobre a tu real persona.

Y, pues es debercer  
al hombre la penitencia  
eterna y castigo.

LAURA. Causa, ¿qué más causa ha...

JULIO. ¡Pues tal! Magda a culpa  
a causa y a penitencia.

LAURA. No me han culpado a mí, ¿verdad?  
No me justificaré los ojos.

JULIO. Algunas veces a que  
un hombre hubiera sido más  
castigo, pero la causa  
podría ser mejor bien.

Pero ahora que se han  
exhibido dos seres causados,  
que son los causados.

LAURA. ¿Por fin, ¿quién del mundo...

JULIO. Trágame al castigo.

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

Trágame, ¿quién es el culpado?

porque si la respuesta me trajeras  
como yo imaginé, con más cuidado  
y ostentación en la ciudad entrara.  
¿Es Laura hermosa?

OCTAVIO.

Es peregrina y rara.  
Mas todo lo deshace la locura  
de aborrecer los hombres y casarse.

LISARDO.

¿Qué tema de mujer duró segura?

OCTAVIO.

De ésta puede temerse y recelarse.

LISARDO.

Yo pienso ver. Otavio, su hermosura.

OCTAVIO.

Bien puede vuestra Alteza disfrazarse  
y atreverse a la corte del bohemio.

LISARDO.

Yo llevo, de humillarme, justo premio.  
¿Al transilvano príncipe desprecias,  
hermosa Laura?

OCTAVIO.

¿No será disculpa  
no haberte visto?

LISARDO.

¡Ay, esperanzas necias!  
Responderá que mi humildad me culpa.

OCTAVIO.

¿Qué le importa al valor de que te precias  
esta arrogancia, si quien soy te culpa?  
Gente camina en tropa.

LISARDO.

Todos creo  
que llevan a la corte este deseo.

*(Salen ALEJANDRO y AUGUSTO, con dos CRIADOS, de camino.)*

ALEJANDRO.

Si no os hubiera hallado en el camino,  
las nuevas me volvieran a Ferrara.

AUGUSTO.

Que lo mismo pudieran imaginar,

Duque, si en el camino no os hallara.  
¡Bravo desdén!

ALEJANDRO.

Extraño.

AUGUSTO.

Peregrino.

Dicen que es Laura en todas ciencias rara.

ALEJANDRO.

Pues ¿cómo ha dado en este pensamiento,  
si le consta el valor del casamiento?

AUGUSTO.

Porque quiere escribir contra los hombres,  
porque quiere vengar a las mujeres.

ALEJANDRO.

Augusto, si es discreta, no te asombres;  
que tienen pensamientos bachilleres.

OCTAVIO.

¿Quién son estos señores?

CRIADO.

Son sus nombres  
y sus estados, si saberlos quieres.  
Alejandro, gran duque de Ferrara,  
que sólo el nombre pienso que bastara.

El otro es el famoso y fuerte Augusto,  
hijo del rey de Albania; hanse topado  
en el camino y, con amor que es justo,  
cortésmente los dos acompañado.

OCTAVIO.

¿A qué van a la corte?

CRIADO.

Un mismo gusto  
presumo que los lleva, aunque engañado,  
pues no quiere casarse la Princesa.

ALEJANDRO.

Digna parece de los dos la empresa.

Vos, por Augusto, a quien el nombre obliga,  
y yo, por Alejandro.

AUGUSTO.

Juntos vamos  
a conquistar tan bárbara enemiga,  
aunque en tan alta empresa nos perdamos.

ALEJANDRO.

Pues este pensamiento se prosiga,

con la amistad y amor que precedieron  
y vengo al fin, amigos.

ALFREDO.

(Laura hermana  
entra corriendo hacia y se apena.)

(Laura. Alfredo. Alfonso y la Chica.)

OSCAR.

(Oscar lo que dijo.)

LEONOR.

Y ¡ya! ¡prestatos  
servir las dos a Laura! ¡No, ya! ¡No,  
que la compaña que las dos prestenden  
querrá guardar amor a mi deseo.

DIANA.

En público serví a Laura entiendo.

LEONOR.

Y en secreto... ¡porque en Laura ven  
injerencia que no puede ser vendida  
sin amor, sin modestia y sin vestido.

(Laura y Juan. Laura. Diana. Leonor y Juan.)

LAURA. (No venís más.)

DIANA. No pudimos.

Castida, Pablo y Dante.

LAURA. Advertidos por orden. Julio  
no llegó más a la puerta.

JULIO. Va al teatro, que muy  
gozoso de una audición. (Des-  
aparece el vergüenza, corriendo hacia  
Laura.)

LAURA. De que no. ¡Juro la vergüenza!

JULIO. De que venís a dar  
a las damas de la escuela  
lesiones contra los hombres,  
que os aman y respetan,  
y que yo que al fin he ido  
lo estudio y guardo la pureza.  
LAURA. No te metas conmigo,  
es el, hijo que se burla  
del profesor.

DIANA. Ya sabrás  
a qué voy con esta.

LAURA. Queremos para siempre  
ser que a los hombres les compa-  
ña que los hombres  
hacen de la naturaleza  
el amor amor los hombres.

¡muerte amor y la muerte  
por amor, por amor  
dar, sirven y hacen bien.  
Regido Dios agra-  
la acción.

DIANA.

Dijo su Altea,  
que no era amor, ni le había  
el que los hombres son hombres,  
porque queríamos a al-  
ter, amor, amor, y no fueran  
ni queridos, pues de queridos  
a la parte que nos querían.  
Querían los hombres a que  
los fueran queridos y se pudiesen  
que amor ni amor, que  
los hombres se burlaban  
es imposible y lo que  
de muerte que si es discreta  
la mujer, hace la misma,  
si ni fuerza ni se corre  
la obligan a querer bien  
a algún hombre.

JULIO.

(Que se burla  
en esta proporción,  
siendo estudiante, por lo de)  
, Que otra mujer... (No se  
ni le da.) Sin amor...  
(Sonriendo.) Hay ni amor?  
, Que... (No, y lo querían,  
que no es amor ni del hombre,  
y que los hombres que ampa-  
ran, si no se a la misma.)  
, Que que no hombre ni burla,  
ni vida, ni amor, ni amor,  
por no se a la es burla,  
que solo amor ni amor,  
que en esta proporción, la mujer  
y con saber que no el hombre  
hay algunos estudiantes,  
los estudiantes de este mundo.)

DIANA.

Finalmente, Laura,  
dijo que no me obliga  
este amor, si amor, amor,  
a agradecer a los hombres  
más que a la naturaleza  
que me obligó a ser de.

LAURA.  
DIANA.

Alfonsina.  
Vosotros, Altea,  
algun hombre que al alguno  
por amor, amor, pudieran  
ni amor, amor, el amor  
y a los tres todos por amor,  
por amor de Dios.

porque el amor que desea  
el cuerpo es amor bastardo;  
que el legítimo no llega  
a tocar cosas mortales  
y que mañana perezcan.  
Lo inmortal ama el amor,  
de donde luego contempla  
al Criador en la criatura,  
de manera que se acerca  
a aquel angélico amor,  
fuego que abrasa y recrea  
los espíritus celestes.

Muy bien.

LAURA.

JULIO. (¡Muy mal!)

LAURA. Hoy quisiera  
tener qué darte.

JULIO. (Pues déle  
una estampa. ¿Hay insolencia  
como esta nueva invención?)

LUCELA. Con tu licencia, no queda  
probada aquella opinión.

LAURA. ¿De qué manera, Lucela?

LUCELA. Los filósofos antiguos,  
sean de Italia, o de Grecia,  
concedieron dos amores:  
el que primero comienza  
y el que, por llamar al otro,  
llamaron correspondencia;  
si sólo hubiera el amor  
propio y solamente hubiera  
quererse un hombre a sí mismo,  
hasta su tiempo estuviera  
engañado el mundo, y vemos  
que nuestros sabios no llegan  
a lo que aquellos antiguos:  
ejemplo inefable sean  
Aristóteles, Platón  
y otros muchos que celebra  
la fama.

LAURA. Aquí no es bien  
con argumentos, Lucela,  
responder a los maestros.

LUCELA. Mi señora: quien enseña,  
a los discípulos debe  
satisfacer.

LAURA. Oye y piensa  
que si quien anda a aprender,  
por ignorancia o soberbia,  
anda a poner objeciones,  
confundirá las escuelas,  
y en su vida sabrá nada.

LUCELA. Saquemos un entinema,  
si te parece, señora.

LAURA.

de toda esta controversia.

No hay que sacar. Escuchad:  
concédese a la que llega  
a tratar del matrimonio,  
que con gran recato advierta  
en las partes de su esposo;  
porque si la cama y mesa  
aumenta amor en algunos,  
en otros, enfado aumenta.  
El más cuerdo se convierte  
en un demonio, y apenas  
se mira en la posesión,  
cuando la mayor belleza  
desprecia, deja y olvida  
por la más necia y más fea:  
que si la propia mujer  
le sufre por santa y cuerda,  
piensa cómo él es demonio.

JULIO.

Camilo llama a la puerta,  
y por fuerza quiere entrar.

LAURA.

Pues dile que entre sin fuerza.

(Sale CAMILO, criado.)

CAMILO.

El Príncipe me ha mandado  
que te advierta que han venido  
dos novios, que no han sabido  
los muchos que has despreciado.

Es el duque de Ferrara,  
Alejandro, el uno, y hombre  
que de este polo, su nombre,  
al contrapuesto no para.

Y el otro, señora, es  
príncipe de Albania.

LAURA.

Di

que ya voy.

CAMILO.

Harélo así. [Vase.]

LAURA.

Y tú, Lucela, después  
repetirás la lección.

JULIO.

(¿Hay locura semejante?  
Entendimiento arrogante.  
¿quién te dió tal opinión?)

(Vanse las tres, y salen LISARDO y OCTAVIO.)

OCTAVIO.

Notablemente han entrado.

LISARDO.

Muy conforme a su grandeza.

OCTAVIO.

Pero ¿dónde va su Alteza,  
de esta suerte disfrazado?

LISARDO.

Calla, que hay un hombre aquí.

JULIO.

(Aquestos son forasteros.)

¿Dónde bueno, caballeros?

¿Cómo se han entrado aquí?

LISARDO.

Las pinturas nos llevaron  
los ojos, los pies se fueron

que ellos se consideren  
los tallos del escarabajo  
...¿o más sencillos?

JUAN: España

LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?

LUIS: ¿Dónde?

JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?  
JUAN: ¿Dónde?  
LUIS: ¿Dónde?

LAURA.

No todo aquello por que yo suspiro puede ser bueno, y más si me ha engañado la apariencia del bien, pues dan veneno tal vez en oro, que el mirar condeno.

ALEJANDRO.

No mira Laura a nadie.

AUGUSTO.

En eso veo de su rigor la condición villana.

ARNALDO.

Habla, hermana: que pienso, y aun lo creo, que murmuran de verte tan tirana.

LAURA.

No me puedo esforzar, aunque deseo hablar, por darte gusto.

LISARDO.

Soberana  
belleza adorna a Laura, si hay belleza que no ofenda a tan bárbara aspereza.

OCTAVIO.

En fin, ¿te agrada?

LISARDO.

No diré que he visto cosa que más mis ojos agradase, menos sus rayos que del sol resisto, y me pienso llegar, aunque me abraze.

OCTAVIO.

Ya se levantan.

LISARDO.

Si este bien conquisto mi nombre haré que al de Alejandro pase.

ALEJANDRO.

No es justo, gran señora, daros pena.

LAURA.

Perdón os pido; no me siento buena.

(Vase.)

ARNALDO.

Laura después satisfará, señores, lo que hoy le niega la primera vista.

ALEJANDRO.

Ver a su Alteza son grandes favores.  
Dadme licencia que a su lado asista.

LUCELA.

¿Cuál de éstos es mejor?

DIANA.

Pues ¿hay mejores?  
Laura el mirar por su opinión resista,  
que yo quiero mirar, aunque la siga.

LUCELA.

Y yo también, si la verdad te digo.

(Vanse, y quedan LISARDO, OCTAVIO y JULIO.)

JULIO.

¿Qué os parece?

LISARDO.

Que es belleza sin igual, pero ofendida de aquel rigor, que corrida tiene a la naturaleza.

Ser mujer y no querer, contradice, aunque porfia la humana filosofía.

JULIO.

Bien sabe que la mujer ha de apetecer el hombre cual la materia a la forma, y aunque en esto se conforma, es con diferente nombre, y tanta bachillería, que no se deja entender. Mas ya debe de volver.

LISARDO.

¡Dichosa la suerte mía!

(Sale LAURA.)

JULIO.

Un español ha venido sólo a verte, y yo te ruego que le honres.

LAURA.

¿Estás loco?

JULIO.

Tiene grande entendimiento.

LAURA.

Pues ¿él viene a disputar conmigo?

JULIO.

Ese fuera exceso digno de mayor castigo que de aquel mozo soberbio que pensó, con falsas plumas, escribir su atrevimiento en el papel de los rayos del sol, y con cera el fuego. Trae mil libros curiosos.





LAURA. Leed adelante.  
 LISARDO. Arsindo.  
 LAURA. ¿Qué escribe?  
 LISARDO. Escribe el gobierno  
 dei hombre a la imitación  
 de la economía.  
 LAURA. Y luego  
 tratará de las mujeres  
 y de aquel tirano imperio  
 con que las mandan los hombres.  
 Quemadle, que no le quiero.  
 Ebandro.  
 LISARDO. ¿Qué trata?  
 LAURA. Escribe  
 LISARDO. dos amores y dos Venu,  
 una divina, otra humana.  
 LAURA. Bueno, adelante.  
 LISARDO. Eracleo;  
 este escribe alquimia.  
 LAURA. Echadle  
 en un crisol en el fuego.  
 LISARDO. Fabio de Arcano.  
 LAURA. ¿Qué trata?  
 LISARDO. Magia natural.  
 LAURA. Bien puedo  
 leerle.  
 LISARDO. Seguramente.  
 Filópenes; de veneno.  
 LAURA. Señaladle, por si acaso  
 matar los hombres intento.  
 LISARDO. Paso, divina amazona:  
 tened más lástima de ellos.  
 Lauro.  
 LAURA. ¿Qué escribe?  
 LISARDO. Alabanzas  
 de las mujeres.  
 LAURA. Bien creo  
 que quien se llamaba Lauro  
 se precie de este argumento.  
 ¿Qué nación?  
 LISARDO. Es español.  
 LAURA. ¡Oh, cuánto a España debemos  
 las mujeres!  
 LISARDO. Es verdad;  
 no hay nación que en mayor precio  
 las tenga, ni más las sirva.  
 El hombre que vale menos  
 gasta en vestir su mujer  
 más que en el dote le dieron.  
 Laurencio.  
 LAURA. ¿Qué escribe?  
 LISARDO. Trata  
 de cómo un hombre discreto

se ha de casar, y en qué edad.  
 LAURA. Señalad ese Laurencio.  
 LISARDO. Achiles Tacio.  
 LAURA. Dejadle.  
 LISARDO. Trata amores.  
 LAURA. Ya le tengo.  
 LISARDO. Lidio: historia de Lucrecia.  
 LAURA. Famoso; pero dejemos  
 la lista para después,  
 y escogeré los que fueren  
 a mi propósito.  
 LISARDO. Creo  
 que hallaréis cosas notables.  
 LAURA. ¿Queréisme servir? Que pienso  
 que para mi librería  
 y estar mi estudio compuesto  
 como merecen mis libros  
 y como honrarlos deseo,  
 a propósito seréis.  
 LISARDO. Señora, si yo merezco  
 serviros, ¿qué mayor bien  
 pedirles puedo a los cielos?  
 Digo que quedo a serviros,  
 y que tan contento quedo,  
 que por no decir locuras  
 tan justas, no lo encarezco.  
 Julio.  
 LAURA. Señora.  
 JULIO. Señala  
 dentro en palacio aposento  
 a Lisardo.  
 JULIO. El primer hombre  
 a quien tal merced has hecho.  
 (Vanse LAURA y JULIO.)  
 LISARDO. ¿Qué dices, Otavio?  
 OCTAVIO. Digo  
 que todo va sucediendo  
 mejor que lo imaginaste;  
 pero es locura en exceso  
 conquistar una mujer  
 hecha de aborrecimientos  
 de hombres, y con dos señores  
 (que la han de servir, haciendo  
 tan grandes ostentaciones)  
 por competidores.  
 LISARDO. Necio.  
 el peligro en las mujeres  
 no está en quien las mira lejos.  
 porque a quien se aleja más  
 sabes que le quieren menos;  
 por eso luego se olvidan

de los sucesos y de las  
esperas que quedan en la vida,  
quién sabe si será mejor morir  
que no vivir en la Tierra  
donde los sucesos son siempre  
cruelmente, por lo que se llama  
muerte y no, como dicen, para  
que pueda morir en guerra,  
como que en la guerra muere.

## ACTO SEGUNDO

Entre DIANA y LUCIA.

DIANA

—Diana, que para siempre  
es el suplicio de la vida,  
que me voy a la vida, tanto  
la vida, en la vida,  
a darle el cuerpo a la  
de la vida, que ha sido  
como el cuerpo de la vida,  
como el cuerpo de la vida.

LUCIA

—Diana, que para siempre  
es el suplicio de la vida,  
que me voy a la vida, tanto  
la vida, en la vida,  
a darle el cuerpo a la  
de la vida, que ha sido  
como el cuerpo de la vida,  
como el cuerpo de la vida.

DIANA

—Diana, que para siempre  
es el suplicio de la vida,  
que me voy a la vida, tanto  
la vida, en la vida,  
a darle el cuerpo a la  
de la vida, que ha sido  
como el cuerpo de la vida,  
como el cuerpo de la vida.

LUCIA

—Diana, que para siempre  
es el suplicio de la vida,  
que me voy a la vida, tanto  
la vida, en la vida,  
a darle el cuerpo a la  
de la vida, que ha sido  
como el cuerpo de la vida,  
como el cuerpo de la vida.

DIANA

—Diana, que para siempre  
es el suplicio de la vida,  
que me voy a la vida, tanto  
la vida, en la vida,  
a darle el cuerpo a la  
de la vida, que ha sido  
como el cuerpo de la vida,  
como el cuerpo de la vida.

—Diana, que para siempre  
es el suplicio de la vida,  
que me voy a la vida, tanto  
la vida, en la vida,  
a darle el cuerpo a la  
de la vida, que ha sido  
como el cuerpo de la vida,  
como el cuerpo de la vida.

LUCIA  
DIANA

Entre DIANA, LUCIA y JUAN.

LUCIA

—Diana, que para siempre  
es el suplicio de la vida,  
que me voy a la vida, tanto  
la vida, en la vida,  
a darle el cuerpo a la  
de la vida, que ha sido  
como el cuerpo de la vida,  
como el cuerpo de la vida.

LUCIA

—Diana, que para siempre  
es el suplicio de la vida,  
que me voy a la vida, tanto  
la vida, en la vida,  
a darle el cuerpo a la  
de la vida, que ha sido  
como el cuerpo de la vida,  
como el cuerpo de la vida.

LUCIA

—Diana, que para siempre  
es el suplicio de la vida,  
que me voy a la vida, tanto  
la vida, en la vida,  
a darle el cuerpo a la  
de la vida, que ha sido  
como el cuerpo de la vida,  
como el cuerpo de la vida.

DIANA

—Diana, que para siempre  
es el suplicio de la vida,  
que me voy a la vida, tanto  
la vida, en la vida,  
a darle el cuerpo a la  
de la vida, que ha sido  
como el cuerpo de la vida,  
como el cuerpo de la vida.

LUCIA

—Diana, que para siempre  
es el suplicio de la vida,  
que me voy a la vida, tanto  
la vida, en la vida,  
a darle el cuerpo a la  
de la vida, que ha sido  
como el cuerpo de la vida,  
como el cuerpo de la vida.

por eso el hombre lo es,  
saliendo mujer después,  
como que fué por error  
faltar a lo que pretende.  
culpando los instrumentos  
para obrar.

DIANA. Tus argumentos  
Laura, mi señora, entiende,  
y se burla de ti y de ellos,  
pues esa misma razón  
con que los hombres lo son,  
le ha obligado aborrecellos.  
Dime alguno que haya sido  
sin mujer.

LISARDO. No puede ser.

DIANA. Pues confiesa que aquel ser  
de mujer le han recibido.

LISARDO. No, Diana, que le tiene  
del hombre; y esta cuestión  
tratar en otra ocasión  
con más decencia conviene.

LUCELA. Laura se ha de persuadir  
y confesar inferior.

LISARDO. Eso es, o tener amor  
o, por lo menos, sentir  
bien de los que le han tenido.

LAURA. ¿Yo amor, secretario? ¿A quién?

LISARDO. A un hombre.

LAURA. Dices muy bien,  
si el hombre hubiera nacido;  
mas mientras naturaleza  
no hiciera por mi diseño  
un hombre, es cosa de sueño  
querer rendir mi firmeza.

LISARDO. Si le ha de hacer a tu gusto,  
elige de los que están  
en palacio.

LAURA. No tendrán  
méritos, Lisardo, al justo.

LISARDO. Luego como oro en crisol  
quieres que venga a poner  
ese imaginado ser?

LAURA. Eso quisiera, español.

LISARDO. ¿Y pensabas esperar  
a que la naturaleza  
pusiera tanta belleza  
que te pudiera agradar,  
a que el hombre se formara  
y fuera creciendo así  
hasta ser perfecto?

LAURA. Sí.

LISARDO. En buena edad te alcanzara.  
Ahora, no en balde los sabios

hablaron de las mujeres  
como sabes, pues tú quieres  
satisfacer tus agravios  
con tantas sofisterias  
y opiniones singulares.

DIANA. Lisardo, cuando repares  
en que ofenden las porfías,  
repara en que has de tener  
tres enemigos aquí.

LISARDO. Diana, no hay ser en mí  
que no conozca su ser.

DIANA. Pues ¿qué pretendes?

LISARDO. No más  
que argüir; que el argüir  
no es lo mismo que sentir  
la verdad.

LUCELA. Luego darás  
más valor a la mujer.

LISARDO. En cuanto haberme rendido;  
pues muchos sabios han sido  
de ese mismo parecer.

LAURA. ¿Luego confiesas que aquello  
que es más firme es lo mejor?

LISARDO. No, señora, que el amor  
hizo que diese el cabello  
Sansón a los filisteos.

LAURA. Y ese amor, ¿de qué nació?

LISARDO. De la hermosura que vió  
para rendir sus deseos.

LAURA. Y esa hermosura ¿en qué estaba?

LISARDO. En mujer.

LAURA. Pues si era suya,  
de aquesta fuerza se arguya  
que al más libre sujetaba.

LISARDO. No confesaré yo tal,  
que también mata el veneno,  
y no por eso es más bueno,  
sino una cosa mortal.

LAURA. Desigual comparación,  
pues los venenos son feos,  
y lo que rinde deseos  
son belleza y perfección.

LISARDO. ¿Y una adelfa ponzoñosa,  
no tiene alegre hermosura  
cuando en hoja verde oscura  
produce encarnada rosa?

¿Y una espada que despidе  
de su acero resplandor,  
que al sol parece mejor  
y con sus rayos se mide,  
no mata, y es en razón  
espada hermosa y dorada?

LAURA. Ni la adelfa ni la espada

morro con una sonrisa:  
— Mi mujer, es que al poco  
cuando hay purificación al-  
diva, así, como que es  
y por lo tanto sin más;  
— porque el alma al alma  
no le importa el cuerpo  
la hermosa el cuerpo no  
me importa el alma al alma.

Vamos, los cuerpos están,  
el alma no, y la mujer  
del alma lo que hace

JULIA. Tumbando las mujeres muertas,  
quitándoles la salud

LEONARDO. Eso es, Julia defende  
nuestra parte

JULIO. No le entiendo  
en relación a la virtud.

Laura. Vuelo y vuela y vuela  
Delida a la vida aquí.

LEONARDO. Hecho cuando de mí.

Laura. Esos por lo que en mí.

LEONARDO. Bien dice, rendirle a mí.

DIANA. Quien rinde no está rendido.

LEONARDO. ¿Qué dice?

DIANA. ¿Que no ha querido  
rendirse.

JULIA. ¿Dónde vas?

Laura. Voy  
a entretenerme al jardín.

DIANA. Verás, cuando dice  
no se puede, porque no  
de como y como, bien, es.

(Llama las damas a Laura)

(Llamando)

¿Qué pretende, no, como por ejemplo  
vamos al sol con una sonrisa?

Un día, como que se ha convertido  
no se le importa, no le importa el alma.

Disculpa de como se convierte  
no dice que se convierte, pero

que cuando como por ejemplo  
no dice que se convierte, pero

no dice que se convierte, pero  
no dice que se convierte, pero

no dice que se convierte, pero  
no dice que se convierte, pero

no dice que se convierte, pero  
no dice que se convierte, pero

no dice que se convierte, pero  
no dice que se convierte, pero

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALFA. ¿A cómo vamos, como?

ALEJ. conocimiento de alguna  
que rinda su voluntad?  
Viéndome yo, si el secreto  
me guardas, como discreto,  
en tanta dificultad,  
supe que cierta mujer  
hacer hechizos sabía,  
tales que sólo podía  
sus esperanzas vencer;  
y viéndome tan ajeno  
del remedio, que ya aguardo,  
el antidoto, Lisardo,  
hice del mismo veneno.  
"Venza mujer a mujer.  
dije, y lábrese un diamante  
con otro, y Laura constante  
comience a saber querer."

Consultéla, y pide, en fin,  
una cinta de su frente,  
u otra cosa solamente  
que se dirija a este fin,  
con tal que ha de haber tocado  
su cuerpo o rostro.

LISARDO. No sé.  
Duque, si crédito dé  
como le da tu cuidado  
al hechizo que refieres,  
si bien he visto y leído  
que han de esta suerte rendido  
muchos hombres las mujeres;  
pero si tan cierto estás,  
prosigue, señor, tu intento,  
que aunque es fuerte atrevimiento,  
el rigor de Laura es más.

ALEJ. Faltan las cintas, que a ti  
te será fácil entrar  
donde las puedas tomar,  
y dárme las luego a mí.

LISARDO. ¿Está el misterio en que toquen  
su rostro?

ALEJ. No más.

LISARDO. Pues parte  
y déjame.

ALEJ. Si a obligarte  
puede ser que te provoquen  
oro y diamantes, el suelo  
que pisas haré cubrir.

LISARDO. Tú has de vencer.

ALEJ. O morir.  
(Vase.)

LISARDO. Logre tu esperanza el cielo.  
Extraña imaginación.

Querer vencer con hechizo  
a Laura, que el cielo hizo  
de tan fuerte condición.

Cintas pide; yo haré  
que en otro sujeto pruebe  
lo que puede y lo que mueve,  
y que ella segura esté.

Este es Julio, en él quería  
hacer aquesta experiencia,  
porque contra toda ciencia  
me valga la industria mía.

(Sale JULIO.)

JULIO. Yo pienso que he de pedir.  
para dejar esta casa  
licencia.

LISARDO. ¿Qué hay, Julio amigo?

JULIO. Los desatinos de Laura.

LISARDO. Habrá dicho en el jardín  
excelencias y alabanzas  
de las señoras mujeres,  
y de los hombres infamias.

JULIO. Estábase yo diciendo,  
dando materia las plantas,  
que las unas con las otras  
naturalmente se casan,  
y cómo no daban fruto  
las palmas enamoradas  
de aquellos racimos de oro  
sin la vista de otras palmas;  
enseñábase las flores  
que medran con las que aman.  
las aves, que solas lloran  
y que acompañadas cantan,  
y viendo el agua a una fuente  
dijele también que el agua  
se casaba con la tierra.  
y ella, entonces, enojada,  
con el marfil de la mano  
rompió la sonora plata  
y bañóme rostro y cuello.

LISARDO. Si fuera, Julio, Diana,  
hoy eras ciervo, y vivieras  
las selvas.

JULIO. Ann bien que hallara  
compañeros en mi mal,  
que no siente su desgracia.  
Pero ¿qué has hecho después  
que te dejamos?

LISARDO. Pensaba  
de Laura en las asperezas,  
y por divertir el alma



¿Acostumbró sola?

Y halló una cosa estremada  
fuerza con el cuerpo que tiene  
no sólo cuando se halla  
de otros otros espaldas

Y esto me ha que haya  
rosa y como, tendré hombre.  
Si me gustara más.

hace de pronto, o que sale  
con el torcedo de la estampa,  
¿hará de nuevo también?

¿Qué le da duda?

Como extraña

por ganes das, I. L. L. L. L.  
y una figura bellísima  
tomando la cintura

del rostro, como nueve y hallan  
que parecen esta conforme  
e igual al cuerpo a la cara

Si me gusta como el rostro  
formado al cuerpo que basta  
haber una tupa e belleza  
como Dios en Italia.

pronto me gusta salir  
con demostración tan clara  
si eres petimón.

¿Qué quieres?

Muchas.

¿Cómo?

Aguarda,

que he aquí algo que me gusta,  
me gusta de una hermosa dama,  
y te me gusta con ella.

¿Quieres las cosas que se dan  
y sabes muy bien que  
aunque me gusta mucho

¿Qué cosa es que me gusta  
hacer de las cosas raras  
expresiones?

—¿Qué quieres  
por hombre que me la espalda  
como una hermosa dama,  
y me al me gusta Guachetarra.

¿Quieres que me gusta  
la expresión de mi cuerpo?

¿Quieres que me gusta  
de la cosa que me gusta

Me gusta que me gusta  
con una expresión.

—¿Qué quieres  
de una hermosa dama  
por hombre que me gusta

por hombre que me gusta

que hablan de ellos habiendo.  
—¿Quieres que me gusta  
con una expresión, y que me gusta  
con una expresión, y que me gusta  
con una expresión, y que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

—¿Quieres que me gusta

LAURA. Servirte, Arnaldo, desco.

ARNALDO. Como las ninfas te veo  
en Ovidio fugitivas.

Mira que es forzoso ya  
hacer aquesta elección.  
Príncipes gallardos son,  
y todo este reino está  
con amorosos deseos.

Augusto es muy gentilhombre,  
y Alejandro, al de su nombre  
vence en iguales trofeos.

Elige, hermana, y tendrás,  
un esclavo en mí.

LAURA. Si haré,  
aunque no sé si podré,  
si tanta prisa me das.

Prueben la espada y la pluma  
esos príncipes, y quien  
me pareciere más bien,  
de ser mi esposo presuma.

ARNALDO. ¿Y qué han de hacer?

LAURA. Un torneo

de a caballo, no de a pie,  
aunque en el de a pie se ve  
cuanto imagina el deseco  
en gala, en talle y en brío.

ARNALDO. Mil dificultades hallo  
en torneos de a caballo.

LAURA. Yo lo imposible porfío,  
y el de a pie, niños, mujeres,  
lo pueden ejercitar.

ARNALDO. ¿Y en qué han de poder probar  
la pluma como tú quieres?

LAURA. En un libro de alabanzas  
de las mujeres.

ARNALDO. No seas  
tan bárbara.

LAURA. Pues no creas  
que tengan sus esperanzas  
de otra suerte posesión.

ARNALDO. Ahora bien: voy, aunque siento  
que sólo a tu casamiento  
pretendes la dilación.

(Vase.)

LAURA. Enojado va mi hermano.

JULIO. Con razón.

LAURA. Julio, ¿aquí estás?

JULIO. Buenas dos pruebas les das:  
probarán vencerte en vano.  
¿Libros mandas escribir?  
Diez años han menester,

si a Horacio se ha de creer,  
que tantos suele pedir,  
si bien hay hombres agora  
de tanta sabiduría,  
que escriben diez en un día,  
y si de prosa en un hora.

Pero son, aunque lo pida  
el vulgo, para quien vienen,  
libros fineras, que tienen  
veinticuatro horas de vida.

LAURA.

JULIO.

Julio, llámame a Diana.  
Voy a dalle el parabién  
de que a querer hombre bien  
tu pensamiento se allana.

(Vase.)

LAURA.

De otra suerte lo dijeras  
si supieras cuál estoy,  
y la venganza que doy  
a los hombres tan de veras.  
Yo vine a sus manos fieras  
cuando menos lo pensé;  
no sé cómo me fié  
de mi mayor enemigo:  
pero si no fué castigo,  
desdicha y venganza fué.

Quién me dijera que yo,  
aunque es ley de Dios, amara  
a mi enemigo, y buscara  
el veneno que me dió;  
quien menos lo imaginó,  
es al fin quien me ha rendido,  
y mayor venganza ha sido  
que un hombre tan desigual  
me ocasione a tanto mal  
como por él me ha venido.

Pero primero que entienda  
que le quiero, abrasará  
el hielo, y el fuego hará  
que el campo del mar se encienda.  
Seré, por más que me ofenda  
amor causándome enojos,  
rendida sin dar despojos,  
fortaleza sin mudanza,  
deseo sin esperanza

y amor con vista y sin ojos.

¿Cómo podré defender  
de las mujeres los nombres,  
si de parte de los hombres  
amor me quiere poner?  
Diligencias puede hacer,  
pero no me ha de rendir,



en mi gracia ni en mi casa,  
y aun haré echarte del reino.  
DIANA. No pensé que me estimabas  
tan poco.  
LAURA. Vete de aquí.  
DIANA. Yo me iré, pues tú lo mandas.  
LAURA. Oye.  
DIANA. ¿Qué quieres?  
LAURA. ¿Lisardo  
quiérete a ti?  
DIANA. Ni aun levanta  
los ojos para mirarme;  
que este pensamiento anda  
entre mis ojos y yo.  
LAURA. ¡Vete!  
DIANA. ¡Cuánto una apariencia engaña!  
Díjeme mi amor; erré.  
Triste queda; voy turbada.

(Vase.)

LAURA.

¿Qué es aquesto? Lisardo se ha atrevido  
a rendir mi opinión libre y gallarda,  
y aflígeme el amor, porque se tarda.  
que es tirano que aflige resistido.

Síguele el corazón, y convencido,  
rendido, es fuerza lo que al fin aguarda,  
y aunque resista, el alnía se acobarda,  
y, enferma la razón, se da a partido.

Mas yo, que con mi espíritu peleo,  
defiendo mi razón con mi disculpa,  
y cuando ya se rinde mi entereza.

Antes quiero a las manos del deseo  
morir del mal por encubrir mi culpa,  
que buscar el remedio en mi flaqueza.

(Sale JULIO.)

JULIO. Basta, señora, que ya  
se ha concertado el torneo.  
Sólo en el libro el deseo  
suspense y confuso está.

Pero buscarán poetas  
que escriban.

LAURA. Sí buscarán.  
pero pocos hallarán,  
si bien el nombre interpretas,  
porque de ignorantes legos,  
¿cómo se podrá fiar  
competencia que ha de dar  
a la fama tantos pliegos?

En lo que toca al torneo...

JULIO. Alejandro es más galán;  
todos el premio le dan;  
suyo ha de ser el trofeo.

LAURA. ¿Alejandro?

JULIO. Sí, señora.

LAURA. Pues ¿tiénese inclinación?

JULIO. Sólo en su servicio son  
mis servicios agora.

LAURA. No solías tú querer  
a Alejandro.

JULIO. Así es verdad;  
porque es ésta voluntad  
acabada de nacer.

LAURA. Pésame que se la tengas.

JULIO. Aun con esta inclinación,  
quieres tomar ocasión,  
para decir que te vengas.

Pues, dime, ¿quién ha venido  
como el duque de Ferrara?

En su persona repara.

¿Qué gallardo, qué lucido!

¿Qué lindo rostro, que talle,  
qué discreción!

LAURA. Calla, necio;  
si te compra amor con precio.

JULIO. ¿Por qué me mandas que calle?

LAURA. Porque te debe de haber  
pagado para tercero.

JULIO. ¡Plega a Dios que si le quiero  
más de por sólo querer  
un hombre de tal valor,  
ni él me ha dado cosa alguna,  
que venga a tan vil fortuna  
que me trate mal tu amor!

(Sale LISARDO.)

LAURA. ¿Este es Lisardo?

LISARDO. Quisiera  
ser Virgilio, gran señora,  
porque en tu alabanza agora  
divinamente escribiera.

en justo agradecimiento  
de haber rendido tu gusto  
a lo que es tan santo y justo  
como es ya tu casamiento.

Está toda la ciudad  
contenta, y los pretendores,  
lentos de celos y amores,  
sin hallar dificultad

en pelear y escribir,  
previniendo varias sumas  
de dos maneras de plumas

masa molida y salta:

—Yo que tanto me he dado  
a alguien que me lo hizo  
por gusto y por amor,  
y de tal manera, que  
se moliera muy poco des-  
para al volver me lo he-

JULIA: —Dices a quien, de todos estos  
quienes. Laura, ¿a tal fin?

—El Alcaide de las Indias.  
Me lo he dado.

Laura: —(Pase grupo.)

JULIA: —¿Por qué con una letra  
que era mala tu nombre?

—Por que así se me da.

Juan: —El caso, como de dille  
a Mercedes, que se tal  
a tal, ¿no? ¿no?

—No hay tal cosa, no lo he  
visto nunca.

Laura: —Tu tal  
cosa. No me lo has visto  
nunca, lo que te importa  
de Alcaide. Julia, ¿no  
es una letra?

Juan: —¿A tal fin?  
¿A tal fin, como tal fin  
que se tal de tal fin, no  
y tal fin, no de tal fin  
que se tal a tal fin, no  
—Mercedes, tal fin.  
Laura, ¿cómo se tal?

Laura:

Vos os que de tal fin, tal fin  
a tal fin, tal fin.

Laura:

Me lo he dado:  
como se tal, como se tal, como se tal,  
y tal fin, tal fin, tal fin.

Laura:

Se tal fin, como se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin, como se tal fin,  
como se tal fin, como se tal fin,  
como se tal fin, como se tal fin.

Laura:

(Pase grupo.)

Laura:

Vos os la letra.

—A tal fin.

Laura:

(Pase grupo.)

Laura:

Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

Laura:

Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

Laura:

(Pase grupo.)

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

—Que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

Laura:

Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

Laura:

(Pase grupo.)

Laura:

(Pase grupo.)

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

Laura:

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

Laura:

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

—Mercedes, que se tal fin, como se tal fin,  
y tal fin, como se tal fin.

LISARDO.

¡Plega a Dios, mi señora, que los cielos me priven de la vista, si he mirado dama de tu palacio! Y si recelos te han engañado...

LAURA.

No me han engañado.  
(Antes que tenga amor, me matan celos.)  
¿Qué es esto, amor? Apenas engendrado, ya sales por los ojos y la boca.  
Mas ¿qué podrá el honor, la razón loca?

LISARDO.

¿Qué tiene Laura? ¡Cielos! ¿qué es aquesto?  
¿Cómo se turba Laura? ¿Quién me engaña?  
¿Pensará pensamiento tan honesto que soy yo aqueste principe de España?  
De divinas colores se ha compuesto.  
Pues si la nieve, de clavel la baña, de estos vivos esmaltes y colores, bien puede mi esperanza tomar flores.  
¿Atreveréme a ser tan atrevido?  
Mas no, que su vergüenza me ha engañado.  
Si piensa en el castigo merecido, en eso la divierte su ciudad.  
Amor, si las colores de esto han sido, no vais por flores a su hermoso prado; que puede ser que por tan gran locura en áspides las vuelva su hermosura.

LAURA.

Lisardo, yo he pensado que sería de esta dama que digo, atrevimiento.  
Dame palabra que desde este día no tendrás amoroso pensamiento.

LISARDO.

Mil palabras te doy, señora mía, y no de aquellas que se lleva el viento; que hien sé yo que, quien servierte debe, ha de vivir más puro que la nieve.

LAURA.

No te quiero tan nieve, ni tan puro; mas, si de casto amor quieres ejemplo, mírame sólo a mí, que ser procuro de honesta voluntad heroico templo.

LISARDO.

¿Que te mire me mandas? Yo te juro, por esos ojos, que jamás contemplo otra cosa que a ti.

LAURA.

¿Mis ojos juras?

LISARDO.

No ha sido error en cosas tan seguras.

LAURA.

¿En efecto, quedamos concertados que has de mirarme a mí?

LISARDO.

Sí, mi señora.

LAURA.

Si una virtud nos lleva encaminados, no hay que tener temor.

LISARDO.

¿Quién teme agora?

LAURA.

De Diana nacieron mis cuidados.  
¿Tú no la quieres bien?

LISARDO.

El alma adora esta honesta virtud.

LAURA.

Lisardo, advierte que tengo de quererte, sin quererte.

Con esto excusarás de amar ninguna de estas que mis lecciones aborrecen.

LISARDO.

Aunque fuera Diana aquella luna en quien del sol los rayos resplandecen, que no quiero más bien, ni más fortuna, que saber que mis ojos te merecen.  
Dame el favor que pido, que es mi amigo este español.

LAURA.

Pues traéle aquí contigo.

LISARDO.

Harélo así, si me honras, Laura hermosa, de este favor.

LAURA.

Por darte gusto quiero darle esta banda de color celosa.

LISARDO.

Volverla verde, aunque es azul, espero.





DIANA. ¿Quién las llaves le daría?  
 JULIO. No sé más de que es galán.  
 DIANA. Yo sé que el precio le dan  
 de más fuerza y valentía;  
 pero no a Laura, si es,  
 como tú dices, criado.  
 JULIO. Antes pienso que le han dado  
 la victoria al ferrarés.  
 DIANA. ¿Quién? ¿A Alejandro?  
 JULIO. ¿Pues quién?  
 DIANA. Con el de lo blanco es risa.  
 JULIO. Voyme.  
 DIANA. ¿Y a qué, tan aprisa?  
 JULIO. Debes de quererle bien.  
 DIANA. Si es quien sospecho, es justo.  
 JULIO. ¿Quién piensas?  
 DIANA. Laura.  
 JULIO. ¿Qué dices?  
 ¡Laura!  
 DIANA. No te escandalices.  
 JULIO. Darásle extraño disgusto,  
 si sabe que lo imaginas.  
 DIANA. Como se fué del balcón  
 a la primera ocasión,  
 y cerraron las cortinas,  
 creí que no estaba allí;  
 y agora, viéndola entrar,  
 acabé de confirmar  
 lo que entonces presumí.  
 JULIO. No creas que una mujer  
 emprendiera desatino  
 tan grande.  
 DIANA. Lo que imagino,  
 si no fué, pudiera ser;  
 que mil valientes mujeres  
 han hecho hazañas iguales.  
 JULIO. No quiero que las señales.  
 que basta que tú lo eres.

(Vase JULIO; salen LISARDO y OCTAVIO.)

LISARDO. ¡Hoy me quisiera matar,  
 vencido y desesperado! (1)  
 OCTAVIO. El de lo blanco, en efeto,  
 llevó el premio.  
 LISARDO. Estoy celoso  
 de verle entrar más airoso,  
 más galán y más discreto.  
 OCTAVIO. Mira que está aquí Diana.  
 LISARDO. Retírate, Otavio, allí.  
 Perdonadme, que no os vi:  
 lugar tendremos mañana.

Lláname su Majestad.  
 DIANA. Lisardo.  
 LISARDO. Diana hermosa.  
 DIANA. Yo lo fuera, a ser dichosa  
 en que tanta voluntad  
 fuera de ti conocida.  
 LISARDO. Otras veces, de esta culpa  
 te he dado a Laura en disculpa:  
 Laura, en fin, de mí servida,  
 que me manda no mirar  
 a otra dama que a su Alteza,  
 cuya virtud y nobleza  
 puedo honestamente amar.  
 DIANA. Amar y mirar, Lisardo.  
 LISARDO. Sí, con platónico amor.  
 DIANA. De aquel pasado rigor,  
 no menos soltura aguardo.  
 Será fuente detenida...  
 ¡Oh, qué furiosa ha de ser  
 en comenzando a correr;  
 a querer y a ser querida!  
 Lisardo, a las ocasiones  
 es perderse el acercarse;  
 ya debe de rebelarse  
 Laura a (1) sus mismas lecciones.  
 ¿Qué sirve quererse hacer  
 de tan varonil sujeto,  
 pues ha de ser, en efeto,  
 la mejor mujer, mujer?  
 ¡Oh, cómo se ha conocido  
 que la mayor fortaleza  
 de la mujer es flaqueza,  
 y amor, el mayor olvido!  
 La más firme fué más vana;  
 la más grave, lisonjera;  
 la más dura fué de cera,  
 y la más cuerda, de lana.  
 ¡Quién la vió dar cada día  
 preceptos contra los hombres,  
 dándoles infames nombres  
 de traidores a porfía!  
 ¿Para qué fué tan tirana  
 de amor para honesto fin,  
 si había de ser, en fin,  
 la más honesta liviana?  
 Quiera y déjenos querer,  
 porque vea a quién le toca  
 la más principal, más loca,  
 y la de más ser, sin ser.

(Vase.)

(1) Faltan dos versos a esta redondilla.

(1) En el original, "en".



Después que Arnaldo en el supremo asiento  
ocupó su lugar y yo en el mío,  
con alas de oro, por el manso viento  
la fama de que soy el precio envío,  
al aplauso templado el instrumento,  
entró Alejandro con gallardo brío:  
Alejandro, gran duque de Ferrara,  
que el sol a verle en su balcón se para.

Con calzas verdes, armas blancas lleva;  
pendiente al hombro, un verde manto obscuro  
con mil hiedras de aljófar, labor nueva,  
de quien, si álamo no, firme fué muro,  
con los padrinos, y el aplauso eleva  
el vulgo, ya de su valor seguro,  
en un caballo, de los vientos pluma:  
de la crin al codón, rico de espuma.

Afirmóse en el sitio ya dispuesto,  
y entró con más soberbias que ventajas  
el príncipe de Nápoles al puesto,  
las altas piezas de la vista bajas,  
fuerte caballo, de color honesto,  
danzando al son de las templadas cajas;  
manto, penacho y calzas carmesíes,  
sembrado de granadas de rubíes.

Siguióle Enrique, de Campania conde,  
en un rucio rodado corpulento,  
que a las trompetas con gemir responde,  
celoso de seguirlas por el viento:  
su pensamiento un negro manto esconde,  
aunque quiso decir su pensamiento,  
pues entre mil estrellas circunstantes  
se mostraba una luna de diamantes.

El alemán gallardo Lucidoro  
entró arrogante, de leonado y plata,  
en un melado que del carro de oro  
del sol, para vencer al sol desata,  
y con igual belleza que decoro,  
la rienda a un bayo florisel dilata,  
de pardo y naranjado, tan gallardo,  
que todo a la inquietud parece pardo.

Aquí llegó Rodulfo Palatino,  
al son de la baqueta levantando  
un overo español, cuyo camino  
parece que en el aire va buscando;  
otra vez a la tierra más vecino,  
parece que en el agua va nadando:  
calzas, plumas y manto negro lleva:  
de algún antiguo amor, tristeza nueva.

Entre otros muchos, para no cansarte,  
bizarro, tu español la plaza mide,  
sobre color azul, al mismo Marte,  
que a la esfera del sol rayos despidе  
un tostado alazán; como con arte

naturaleza a círculos divide,  
y en los matices que uno en otro embebe,  
sobre negro color, manchas de nieve.

Mi banda vi que el pecho le partía;  
que, si como era azul, fuera dorada,  
la elíptica del sol viera aquel día,  
de más vivas estrellas matizada;  
el alazán, tan a compás venía,  
que al tiempo de asentar la planta herrada,  
dijeras cada vez que en alto vuela  
que tomaba consejo con la espuela.

Describirte el valor con que, arrogante,  
cuando le obliga la señal, que en ristre,  
convertido en un monte de diamante,  
pasó la lanza de la cuja al ristre,  
serán las luces que sustenta Atlante  
querer que a cierto número registre;  
muchos venció, gloriosa estaba España  
de verle ya señor de la campaña,

cuando, sin otra música ni trompa,  
padrinos, prevención, nombre ni fama,  
hizo que la de todos interrompa  
un caballero, que el mejor se llama;  
todo de blanco, la soberbia pompa  
mostró, en servicio de su casta dama:  
hasta el caballo blanco, y por los fines,  
lazadas blancas sobre ricas crines.

Sobre las armas, una esfinge bella,  
cuya letra decía: "Yo me entiendo",  
llevaba airoso, aunque cifrado en ella  
cuanto el casto color iba diciendo;  
entró en el campo con tan buena estrella  
que, a su español y a los demás venciendo,  
quedándose primero en la victoria,  
de todos se llevó la palma y gloria.

Yo, entonces, la opinión de que no pueden  
quererse bien los hombres puse en duda;  
porque, si las virtudes tanto exceden,  
confesaré que su valor se muda.  
De hoy más, conmigo acreditados queden;  
y más cuando tu ingenio les ayuda:  
que eres, Lisardo, tal, que es bien que esperes  
que se rinda el valor de las mujeres.

LISARDO. Laura, de tu relación  
quedo celoso, de suerte  
que con disfrazada muerte  
me has engañado a traición;  
el español, con razón  
puede estar desesperado,  
pues habiendo levantado  
sus esperanzas al cielo,  
quedó como suele al hielo

creo ya, como predi.

— ¡Tú! ¡Mujer, volviendo  
que dicen que te casaste,  
dices que si no me quieres  
pues que al de ahora quieras,  
pues ya habrás oído  
que te obligan a querer  
¡Mas ¿cómo no podré querer  
hombre que sea acreedor  
tanto a mi amor? a mi amor  
de tan valiente amor? —

— En fin, ¿de Laura? entiendo  
si te llama, agradecida  
de verte de hombre querido  
que te haberte levantado  
esto me comuela sólo,  
ya que olvidando tú  
pues es fuerza que de mí  
y del alma que te adora  
tengas lástima, señora,  
porque la tengan de ti

LAURA

— Menos señora, Leonardo,  
¡Plazma en ti! ¿Qué es aquello?  
¿Yo amor? ¿Que dices? ¿Tan poco

(En)

Pues ves cuanto en honor te hablo  
si sabes que me acordaré  
no digo que yo he querido  
hacerme de lo que he sido  
volviendo, cuánto me he de  
vivir sin tener amor  
que me haré mi marido.

Habla, pues.

LEONARDO

— ¡Juntos vamos.

LAURA

— ¿Tú tienes amor de mí?

LEONARDO

— Te adoro, Laura, no lo dudes.

LAURA

— El valiente que dices.

— ¡Cuánto más! ¡Cuánto es y más!  
¡Que soy de la tierra primera!

LEONARDO

— ¡Aprisa que te acorralo,  
como acorralo, y te acorralo  
cuando me quieras de lo  
al de cuando he sido  
de cuando yo ya es amor,  
aprieta con amor, que si amor  
me sirve de amor adoro.

LAURA

— ¡Dices valiente, hombre,  
del mundo a la tierra primera.

LEONARDO

— ¡Ay, Laura!

LAURA

— ¡A dices.

LEONARDO

— Segunda, hombre, hombre,  
de la tierra, primera,  
¡Cuánto dices que soy!

— ¡Dices que amor, hombre,  
que si no me quieres, pues,  
volviendo al amor, punto.

LAURA

— ¡Me lo dices, me lo dices,  
dices que amor.

LEONARDO

— ¡Pues me lo dices, hombre,  
es amor, hombre.

LAURA

— ¡Que dices que amor, hombre,  
y de cuando he sido.

LAURA

— ¡Pues dices que amor,  
y de cuando he sido.

LEONARDO

— ¡Y me lo dices, hombre,  
y de cuando he sido.

LAURA

— ¡Te pido, hombre, punto.

— ¡Ay, Laura, hombre.

LAURA

— ¡Dices que amor, hombre.

LEONARDO

— ¡No es amor, hombre.

LAURA

— ¡Me lo dices.

LEONARDO

— ¡Dices amor.

LAURA

— ¡Que me lo dices, hombre.

LAURA

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

— ¡Te lo dices, hombre.

déjamele a mí querer;  
que aun no le dejas volver  
la libertad que me dió.

LAURA.

Que te quiera.

DIANA.

Si él me quiere.

¿será mucho...?

LAURA.

Eso es mentira.

DIANA.

Ya tu lenguaje me admira.

LAURA.

Digo que por mí se muere,  
y que, por saber quién es,  
correspondo a un justo amor;  
que yo sé que su valor  
me disculpará después.

Y cuando llegue a decir  
quien es de mi calidad  
que tiene amor, es maldad  
quererlo contradecir.

Diana, en resolución.

yo amo; deja de amar.

que no es éste tu lugar.

Soy tu igual.

DIANA.

LAURA.

Tienes razón;

pero con la diferencia  
de mi parienta y mi dama.  
Ama, pues hay tantos; ama.  
que de hoy más tienes licencia.

Mira, y no me des enojos,  
si amar tu gusto desea,  
como a Lisardo no sea.  
que te sacaré los ojos.

(Vase.)

DIANA.

¿Hay semejante rigor?

¿Hay locura semejante?

Pero ¿qué firme diamante  
no vuelve de cera amor?

¡Ay de mí! ¡Perdí mi bien,  
perdí toda mi esperanza!

(Sale LUCELA.)

LUCELA.

¡Tú triste! ¡Tanta mudanza!

¿De quién te quejas?

DIANA.

¿De quién?

De Laura, Lucela, en fin  
mujer; ama Laura ya:  
declarada Laura está;  
ya su desdén hizo fin.

Y para que lo confirmes,  
Lucela, basta saber  
que edificios de mujer  
duran poco tiempo firmes.

¿Qué falta no les ponía?

¿Qué culpas no les hallaba?

Sus traiciones infamaba

Laura de noche y de día.

Pero ¿quién ha de creer,  
aunque amor su ser restaura,  
viendo tal ejemplo en Laura,  
cosas dichas por mujer?

Ama, si quieres amar;  
que ya nos dice que amemos,  
como a su amor observemos  
aquel sagrado lugar.

Aina desde hoy; mas sin pena,  
pues ya quedan sus lecciones  
cubiertas de mil borrones  
y escritas en el arena.

(Vase.)

LUCELA.

Dulces victorias de amor,  
levantad blasones altos,  
pues nunca se han visto faltos  
de nobleza y de valor.

¿Para qué Laura blasona  
y lo que enseña no hace,  
y al amor que la deshace  
hoy sus triunfos no perdona?

Ame, pues nació mujer,  
pues que sólo por amar  
han venido a sujetar  
muchas reinas su poder.

(Vase; salen AUGUSTO, ALEJANDRO y ARNALDO con  
acompañamiento.)

AUGUSTO.

Ya que diste licencia que tan breve  
el libro fuese, generoso Arnaldo,  
conociendo de Laura el pensamiento,  
manda que luego se presente el libro:  
que aunque del precio estoy desconfiado,  
no perderé en las letras, si en las armas  
no tengo la ventura que merezco.

ARNALDO.

Para servirlos, cuanto puedo ofrezco.  
A Laura quiero hablar, y sepa Laura  
que son injustas ya sus dilaciones.

ALEJANDRO.

Darás con obras alma a las razones:  
más vale un libro solo, si ha cifrado  
lo más que muchos sabios han escrito.



Armando

De la hermanita fu la bella Elena  
que más quiero y más venero. Deseo  
para cuando todo lo que necesito  
más necesario sea para mi bien,  
espero por fin ver pronto su destino.

ARNALDO

Un día podrás ver la mano y el alma  
de la que me quieres y me amas,  
que en la vida en su la existencia  
de la virtud, supe y guardo  
podrá verla cuando a tu lado  
de la mano a quien se yuda al hombre  
arriba su gloria de su eterno nombre.

ALFONSO

Con esta queda. Principio advertido  
de lo que más conviene a mi destino.

Armando

Properamente los vides.

ARNALDO

Y levante  
vuestra hermana. Escribo a las mujeres  
conclusion de las cosas buenas.

(Hacia Alfonso y Armando, sub. Laura)

LAURA. ¿Qué es lo que estás de no

ARNALDO. Bueno, estas palabras buenas  
de las cosas que reñes.  
Bueno, las cosas en ti.

LAURA. ¿Has escrito?

ARNALDO. Ya has escrito.

LAURA. Presentar las cosas.

ARNALDO. ¿Cien?

que dices las cosas.

LAURA. Lo que a Alfonso me.

ARNALDO. ¿Qué es lo que a Alfonso me  
que a Alfonso me  
de ella que está el día  
con la que estás de ella?

LAURA. ¿Dices que es de ella?

ARNALDO. Viste, es la que me.

que me de ella.

(Fin)

LAURA. Ya se ve, y me  
sin poder de tener.

de decir las cosas  
y que me de ella.  
¿Qué necesidad es de que me  
cuando me de ella?  
¿Qué cosa puedo yo  
que me de ella?  
de ella me de ella.  
¿Al mejor de ella?

¿Dices que es de ella?  
que me de ella?  
de ella me de ella.  
de ella me de ella.  
de ella me de ella.  
de ella me de ella.  
de ella me de ella.  
de ella me de ella.

(Sub. Laura con un papel)

LAURA. Por lo que estás de no  
con mucho papel  
te diré lo que por el  
tan al mejor de ella.

LAURA. ¿Dices que es de ella?

(Sub. Laura)

"Laura, hija del noble Tostado, que  
que haber escrito a Alfonso y a Alfonso  
y haber escrito a Alfonso y a Alfonso  
que a Alfonso y a Alfonso  
que a Alfonso y a Alfonso  
que a Alfonso y a Alfonso  
que a Alfonso y a Alfonso  
que a Alfonso y a Alfonso."

LAURA. ¿Dices que es de ella?

LAURA. ¿Dices que es de ella?

LAURA. ¿Dices que es de ella?

(Fin)

LAURA. ¿Dices que es de ella?

(Sub. Laura con un papel)

LAURA. ¿Dices que es de ella?

este memorial agora,  
hazme esta merced, señora,  
pues tienes tiempo y lugar.

LAURA. ¿Has hablado con Lucela?  
DIANA. Ni la he visto.

LAURA. Muestra, a ver.  
Cosa que viniese a ser  
algún engaño o cautela.

(Lea:)

“Diana, prima de vuestra Alteza, dice que, pues que vió tan imposible el amor de Lisardo, lo ha puesto en Alejandro. Pide y suplica a vuestra Alteza sea servida darle un pasaporte de querer; no se le antoje mañana otra cosa y pierda lo que ha querido tanto tiempo.”

Basta, ¡villanas!, que hacéis  
burla de mí. ¿Qué es aquesto?  
¿Dos memoriales tan presto  
como ya mi amor sabéis?  
¡Vete, y no vuelvas aquí!  
¿Hay tal burla? ¿Hay tal maldad?  
(Venguéme de la crueldad  
con que se vengó de mí.)

DIANA.

(Vase DIANA; sale LISARDO.)

LISARDO. ¿Dónde me llevas, amor (1),  
entre tantas esperanzas  
de llegar al mayor precio?  
¡No me mates como a necio,  
por injustas confianzas!  
Aquesta es Laura divina.  
Mal dije: humana es mejor,  
pues ya, por serlo, a mi amor  
piadosamente se inclina.

LAURA. ¿Es Lisardo?

LISARDO. El mismo soy,  
que venía triste a verte,  
sospechoso de mi muerte,  
que pienso que ha de ser hoy.

LAURA. Por ti, Lisardo, padezco  
notables persecuciones

LISARDO. ¿Para qué dabas lecciones?

LAURA. Para que ya te aborrezco,  
pues tú también me das vaya.

LISARDO. No te enojas, que el amor  
ningún trabajo o temor  
le enflaquece o le desmaya.

(Sale JULIO.)

JULIO. Huélgome que estéis agora  
juntas dos habilidades,  
dos monstruos y dos ingenios,  
en el mundo singulares;  
dos ángeles, y no es mucho,  
pues conviene con el ángel  
el hombre, como sabéis,  
en una de las tres partes.  
Yo quiero bien, y, pues ya  
dan licencia que se trate  
en esta casa de amor,  
dadme un remedio que baste  
para no querer.

LAURA. ¿Por qué?

Si es amor para casarte.  
Julio, lícito es amor.  
Ama, que no es como de antes.

JULIO. Es muy forzoso olvidar.

LAURA. ¿Es en persona mudable?

¿Es en mujer imposible?  
Quiere bien en otra parte.  
Dime la causa.

JULIO. La causa  
es tan fuerte, que me salen  
colores al rostro, Laura,  
y se me altera la sangre.

LAURA. ¿A quién quieres?

JULIO. Quiero a un hombre.

LAURA. ¡Jesús! El cielo te guarde  
de dar en tan grande error.

JULIO. No ha sido en mi mano amarle.

LAURA. Julio, si amando a mujer  
no es el amor medicable,  
amando a un hombre, ¿qué esperas?  
Que algún escolar me saque  
este espíritu del cuerpo.

¡Que ni que calle o que hable,  
que esté velando o durmiendo,  
de mis sentidos se aparte  
Alejandro!

LAURA. ¿Quién, el Duque?

JULIO. ¡Que esto por un hombre pase!  
¡Yo he de perder el juicio!

LAURA. Grande lástima.

LISARDO. Notable.  
Pero aquí aparte me escucha  
que de su remedio trate.  
Alejandro me pidió  
que unas cintas te tomase  
para hechizarte con ellas;  
yo, por no ver hechizarte,  
si a otra persona engañaba,  
quise que en Julio probase,

(1) Verso suelto entre redondillas. Debe ser primer verso de una perdida.



AUGUSTO. el Príncipe transilvano;  
y porque veáis que fuí  
el victorioso en el campo,  
aquesta es la banda azul.  
Valedme, industria. ¿Qué aguardo?  
Federico, si el segundo  
fuiste, por primero gano,  
que soy aquel caballero  
a quien todos llamáis blanco.  
Bien sabéis que es Laura mía,  
y que merezco su mano.  
LAURA. Con mentira, no; que yo  
por mostraros que ha llegado  
el valor de las mujeres  
al más victorioso lauro,  
armada en blanco salí  
a venceros y a mostraros  
cómo salí con mi intento.  
LISARDO. Das un imposible caso,  
que no es casarte, señora;  
y así, merezco tu mano  
por el segundo lugar.  
ALEJ. Ese le toca a Alejandro.  
porque no has escrito el libro;  
y yo en el libro he ganado  
primero lugar a todos.  
LISARDO. Antes yo, pues aquí hago  
presentación del que agora  
para su alabanza traigo:  
que si la de las mujeres  
con razones has probado,  
yo presento un libro vivo,  
que es Laura, en que estáis mirando  
las virtudes y excelencias  
y todo el valor cifrado  
que hay en todas las mujeres.  
ALEJ. Cuando se admita el engaño  
con que procedes aquí,  
es contra lo decretado  
darte a Laura, porque fuiste  
su criado o secretario,  
y tercero de mi amor,  
que en un caballero honrado  
es afrenta.  
LISARDO. A lo que dices  
yo respondiera en el campo,  
que nunca yo fuí tercero  
ni de tu amor he tratado  
con Laura.  
ALEJ. Testigos tengo.  
LISARDO. ¿Qué testigos, Alejandro?  
ALEJ. Estas cintas que me diste  
de Laura.

LISARDO. Pues has llegado  
a tratar tu misma afrenta,  
sabe, generoso Arnaldo,  
que quiso hechizar a Laura.  
y me pidió del tocado  
cintas, para hacer con ellas  
que le amase, pero en vano,  
porque dándole estas cintas  
que a Julio el rostro tocaron,  
Julio ha estado por hechizos  
de Alejandro enamorado.  
JULIO. ¿Hay tal maldad? ¡Vive Dios,  
que quiero desafiaros!,  
mas pedir primero al rey  
se duela de los trabajos  
que he pasado amando a un hombre  
sin saber cómo ni cuándo.  
Dadme las cintas, que quiero  
quemarlas, y lleve el diablo  
cuantos se valen de hechizos;  
que sólo han de ser amados  
por sus méritos los hombres,  
y el que fuere cojo o manco  
o tuviere otros defectos,  
que suelen ser tras los años,  
hechice con el dinero,  
que es el hechizo más sabio,  
y ahorrará de guedejas,  
bigoterías y estofados.  
ALEJ. Bien pudieras, Federico,  
excusar, siendo obligado  
al secreto, por quien eres.  
decirle oyéndole tantos:  
pero yo te haré entender  
*(Va a meter mano.)*  
si los caballeros...  
ARNALDO. Paso,  
que si Laura tiene amor  
al Príncipe transilvano,  
no querrá verle en peligro  
antes de verle en sus brazos.  
Laura, ¿quíeresle?  
LAURA. Sí quiero.  
JULIO. ¡Oh, gracias al cielo santo  
que confiesas que hombre quíeres!  
ARNALDO. Alejandro, si casaros  
con Laura no fué posible;  
Augusto, si os ha quitado  
el premio por más ventura,  
aquí os están esperando  
Diana y Lucela.  
ALEJ. Doy

a mi Diana la madre  
Amante Y yo a Lucía  
Julio Y yo estoy  
por impedir como dabo,  
el matrimonio del Duque  
Laura Yo me he rendido, senada,  
y pues vivir no es posible

un los hombres, y me caso,  
no pierda la Vengadora  
de las mujeres, pero tanto  
quanto almorcerlos quise  
tanto los odio y amo

FIN

# LA MOZA DE CÁNTARO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE FELIX DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

EL CONDE.

DON JUAN, *galán*.

FULGENCIO, *galán*.

DON DIEGO, *galán*.

DON BERNARDO, *vicjo*.

PEDRO, *lacayo*.

MARTÍN, *lacayo*.

LORENZO, *lacayo*.

BERNAL, *lacayo*.

DOÑA MARÍA, *dama*.

DOÑA ANA, *viuda*.

LUISA, *criada*.

LEONOR, *criada*.

JUANA, *criada*.

UN ALCAIDE.

UN INDIANO.

UN MESONERO.

MÚSICOS.

## JORNADA PRIMERA

(*Salen DOÑA MARÍA y LUISA, con unos papeles.*)

LUISA. Es cosa lo que ha pasado  
para morir de risa.

MARÍA. ¿Tantos papeles, Lúisa,  
esos Narcisos te han dado?

LUISA. ¿Lo que miras dificultas?

MARÍA. ¡Bravo amor, brava fineza!

LUISA. No sé si te llame alteza  
para darte estas consultas.

MARÍA. A señoría te inclina,  
pues, entre otras partes graves,  
tengo deudo, como sabes,  
con el duque de Medina.

LUISA. Es título la belleza  
tan alto, que te podría  
llamar muy bien señoría  
y aspirar, señora, a alteza.

MARÍA. Lindamente me conoces;  
dasme por la vanidad.

LUISA. No es lisonja la verdad,  
ni las digo, ¡así te goces!  
No hay en Ronda ni en Sevilla  
dama como tú.

MARÍA. Yo creo,  
Lúisa, tu buen deseo.

LUISA. Tu gusto me maravilla.

A ninguno quieres bien.

MARÍA. Todos me parecen mal.

LUISA. Arrogancia natural  
te obliga a tanto desdén.  
Este es de don Luis.

MARÍA. Lo leo  
sólo por cumplir contigo.

LUISA. Yo soy de su amor testigo.

MARÍA. Y yo, de que es necio y feo.

(*Lee:*)

“Considerando conmigo a solas, señora doña  
María....”

(*Rómpele.*)

No leo.

LUISA. ¿Por qué?

MARÍA. ¿No ves  
que comienza alguna historia  
o que quiere en la memoria  
de la muerte hablar después?

LUISA. Este es de don Pedro.

MARÍA. Muestra.

LUISA. Yo te aseguro que es tal,  
que no te parezca mal.

MARÍA. ¡Bravos rasgos! ¡Pluma diestra!

(*Lee:*)

“Con hermoso, si bien severo; no dulce, apa-  
cible, vi rostro, señora mía; mentida vista, me  
miró vuestro desdén, absorto de toda humani-



del agua rosada y no con lo brillante, volví  
esta que el color me te clarifique vuestra faz  
la hermosura pasada."

*(Acordándose.)*

Que recorta ya ésta, di

Que recorta te la dio?

LUISA. ¿Por qué envidias esto?

MARTA. ¿Por qué? Yo?

Habla de otra de aquí (1)

LUISA. Hástele bien por tu vida.

Puede haber un discreto

que envidia su comedia

en invención tan linda?

MARTA. Esta es la vida invención.

Ahora bien, ¿hay más papel?

LUISA. El de Don Diego, que en él

se cifra la discreción.

*(Lee.)*

"Si yo fuera tan del amor como vuestra merced  
hermosa, hecha estaba el partido."

MARTA. Que es partido? No prodigo

*(Rompele.)*

LUISA. ¿Que nada te ha de agradar?

MARTA. ¿Pienso que quere jugar

a la pelota conmigo?

Luisa, en resolución

yo no temo de quere

hacerse locura.

LUISA. Que sea de hacer

si tal vez como éstas sea.

MARTA. Vámonos a la casa.

Venga de Plancha su comedia

para cuando tan pronto sea como

para ir a la cama.

Como? de entre la red

del padre, que yo no voy

dándole a la cara con el

de cuando andan aquí

comulgando de su herencia?

que si yo a la herencia

no quiero ni verla

que cosa valdrá la vida

Nada con esta arrogancia?

No hay punto inferior

si es inferior el hijo?

LUISA. Hombres de mucha arrogancia

se pretenden.

MARTA.

Tu te das

que rompas el pelo así.

LUISA.

Fueron los de esta casa

MARTA.

¿Tan mal como rompas?

¡Jesús! ¿qué rompas

los pelos de las mujeres?

Si a mí me rompas, ¿qué rompas?

LUISA.

¿Qué rompas, rompas?

MARTA.

¿Me rompas? No he de romper

LUISA.

si lo poder he de lo

que rompas he de lo

MARTA.

¿Puede el poder obligarme

a hacer un villano?

LUISA.

Ni tú te rompas la cabeza

para tanta soberbia.

MARTA.

La vuestra libertad

dices que no es de tener

sino las que van tras ella

pretendiendo desahogar.

LUISA.

Los malos, también

en rompiendo la Dios

MARTA.

¿Y rompiendo a rompiendo?

LUISA.

Nada se de a romper

que rompas, rompas los

MARTA.

¿Qué?

LUISA.

Me rompas y don Diego

MARTA.

¿Qué rompas, que rompas

si no me rompas bien

y te rompas luego?

LUISA.

Y don Luis, ¿es el muy malo?

MARTA.

Tú salud rompas. Luis

Muchos se rompa a poco

que a la vez después van

LUISA.

Los se rompa y se rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

que rompa y rompa

(1) No se le da importancia. Encomendado a la  
4.ª. "Habla de rompas aquí."

que es rey de la necedad  
como el otro de Castilla.

LUISA. Don Diego está confiado.  
Joyas te ha hecho famosas.

MARÍA. ¿Joyas?

LUISA. Y galas costosas.  
Hasta coche te ha comprado.

MARÍA. Don Diego de noche, y coche.

LUISA. De noche, un gran caballero.

MARÍA. Mas ¡ay, Dios!, que no le quiero  
para don Diego de noche.

Otra le goce. Luisa,  
no yo. ¿De noche visiones?

LUISA. Oigo unas tristes razones.

MARÍA. Volvióse en llanto la risa.

¿No es éste mi padre?

LUISA. El es.

(Sale DON BERNARDO, viejo, de hábito de Santiago,  
con un lienzo en los ojos.)

BERNARDO. ¡Ay de mí!

MARÍA. Señor, ¿qué es esto?

¿Vos llorando y descompuesto  
y yo no estoy a esos pies?

¿Qué tenéis, padre y señor,  
mi sólo y único bien?

BERNARDO. Vergüenza de que me ven<sup>te</sup>  
venir vivo y sin honor.

MARÍA. ¿Cómo sin honor?

BERNARDO. No sé.

Déjame, por Dios, María.

MARÍA. ¿Siendo vos vida en la mía,  
cómo dejaros podré?

¿Habéis acaso caído,  
que los años muchos son?

BERNARDO. Cayó toda la opinión  
y nobleza que he tenido.

No es de los hombres llorar,  
pero lloro un hijo mío  
que está en Flandes, de quien fio  
que me supiera vengar.

Siendo hombre, llorar me agrada,  
porque los viejos, María,  
somos niños desde el día  
que nos quitamos la espada.

MARÍA. Sin color y el alma en calma  
os oigo, padre y señor;  
mas ¿qué mucho sin color,  
si ya me tenéis sin alma? [no?

¿Qué había de hacer mi herma-

¿De quién os ha de vengar?

BERNARDO. Hija, ¿quiéresme dejar?

MARÍA. Porfías, señor, en vano.

Antes de llorar se causa  
la excusa; pero no agora;  
que siempre quiere el que llora  
que le pregunten la causa.

BERNARDO. Don Diego me habló, María;  
contigo casarse intenta;  
respondile que tu gusto  
era la primer licencia,  
y la segunda del duque.  
Escribí, fué la respuesta  
no como yo la esperaba;  
que darte dueño quisieran  
estas canas, que me avisan  
de que ya mi fin se acerca.  
Puse la carta en el pecho,  
lugar que es bien que le deba;  
que llamarse deudo el duque  
fué de esta cruz encomienda.  
Vino a buscarme don Diego  
a la plaza; nunca fuera  
esta mañana a la plaza,  
y con humilde apariencia  
me preguntó si tenía,  
aunque con alguna pena,  
carta de Sanlúcar. Yo  
le respondí que tuviera  
a dicha poder servirle.  
Breve y bastante respuesta.  
Dijo que el duque sabía  
tu calidad y nobleza,  
que le enseñase la carta,  
o que era mía la afrenta  
de la disculpa engañosa.  
Yo, por quitar la sospecha,  
saqué la carta del pecho,  
y turbado leyó en ella  
estas razones, María:  
"Quien tal mostró que tal tenga.  
Muy honrado caballero  
es don Diego; pero sea  
el que ha de ser vuestro yerno  
tal, que al hábito os suceda  
como a vuestra noble casa."  
Entonces don Diego, vuelta  
la color en nieve, dice,  
y de ira y cólera tiembla:  
"Tan bueno soy como el duque."  
Yo, con ira descompuesta,  
respondo: "Los escuderos,  
aunque muy hidalgos sean,  
no hacen comparación  
con los principes, que es necia.

Desleídas n le escribo  
a don Alonso que venga  
dele Plando a matar. "  
Aquí su mano soberbia  
Pero prosigan mis ojos  
lo que no puede la lengua  
Dejar. Que tanta veng  
una ofrenda e requeve  
cuantas el que la recibe  
al que la ignora la cuenta  
Errado traigo. María  
el rostro con tanto leír  
Dulce soy de la infancia,  
cautivo soy de la ofrenda.  
El eco aún en el alma  
que si es la cara la puerta  
han respondido los ojos  
viendo que llaman en ella.  
Alé el viento, dijeron  
que lo adorne, no lo crea  
que intenten al afrentar,  
pensando que le cubren.  
Prendido allí la justicia  
y preso en la cárcel queda  
¡Pluguiera a Dios que la mano  
desde hoy estuviera presa!  
¡Ay, hijo del alma mía!  
¡Ay, Alonso, si estuvieras  
en Ronda! Pero ¿que digo?  
Mejor es que ya me parda.  
Salid, lágrimas, salid,  
mas no es posible que puedan  
borrar alientas del rostro  
porate con ruidos de arena  
que nunca se aparta la mano,  
quedan en el alma huellas.

(F.L.)

LUISA. F.L.  
MARÍA. Dejaros de tanto  
que no puede responder.  
LUISA. Ve tras él, que puede ser  
que intente daros la muerte.  
MARÍA. Venga, pedido ya tiene.  
LUISA. Dime bien, ¿quieres que  
que no es responder que  
adivine sobre el viento.

(Pausa. En medio don Alonso y Fulgencio.)

FULG. La fama es un viento  
de viento y de viento  
DIGO. En las cosas humanas  
¿quién puede tener control?

FULG. Los años de don Bernardo  
o ponan culpa, don Diego  
Cedid que estuve ciego.  
F.L. Es don Alonso, ¿verdad?  
v gran soldado.  
DIGO. Ya es hecho  
y vi me libre, guardad.  
FULG. Un consejo os quiero dar  
para mejorar el pecho.  
DIGO. ¿Cómo?  
FULG. Que dejes a España  
luego que salgais de aquí.  
DIGO. ¿A España, Fulgencio?  
FULG. Si  
porque sea una hazaña  
que a don Alonso cubra  
que fuera de la razón  
que el tiempo es una cosa  
que siempre cambia.  
DIGO. Toda Ronda es una cosa  
Claro está. Si se desahora  
con el viento al viento  
era bastante desahora.  
FULG. Mostrarme la cara fue  
verlo de un hombre mayor.  
DIGO. En las cosas del hombre  
¿quién hay que pueda más?  
FULG. El tiempo puede curar  
las cosas terribles.  
(Sale el ALCAIDE de la cárcel con un preso y dos soldados.)  
ALCAIDE. Una vez más, aquí  
que quiere hablar.  
DIGO. Dejados.  
FULG. Llegados al viento.  
ALCAIDE. Llegó a la puerta abierta  
pedir que se desahore  
y dar que no quera.  
Parosme de aquí, ¿no?  
v una cosa, os lo  
gustó de que la desahore  
a viento al viento.  
DIGO. ¿Qué cosa?  
ALCAIDE. La cosa, y perdón.  
que es una cosa, perdón.  
os es que os pardo.  
ALCAIDE. El viento, ¿no?  
os muestra el viento. Ronda.  
FULG. En las cosas humanas  
¿quién puede tener control?  
DIGO. En las cosas humanas  
¿quién puede tener control?

de vuestra persona y traje?  
**MARÍA.** Dan ocasión los sucesos para desatinos tales.  
**DIEGO.** Descubríos, por mi vida, advirtiéndome que no hay nadie que aquí pueda conoceros.  
**MARÍA.** Yo soy.  
**DIEGO.** Pues ¿vos en la cárcel?  
**MARÍA.** El amor que me debéis desta manera me trae, a que agradecida al vuestro me fuerza a que me declare. A pedirlos perdón vengo y a que no pase adelante este rigor, pues el medio de hacer estas amistades es el casarnos los dos: que cuando a saber alcance don Alonso que soy vuestra, no tendrá de qué quejarse. Con esto, venganzas cesan, que suelen en las ciudades engendrar bandos, de quien tan tristes sucesos nacen. Vos quedaréis con la honra, que es justo, y que Ronda sabe; satisfecho el señor duque, desenojado mi padre, y yo con tan buen marido que pueda mi casa honrarse y don Alonso, mi hermano.  
**DIEGO.** ¿Quién pudiera, sino un ángel, señora doña María, hacer tan presto las paces? Vuestro gran entendimiento y divino en esta parte, ha dado el mejor remedio que pudiera imaginarse. No le había más seguro, y, sobre seguro, fácil. para que todos quedemos honrados cuando me case. No será mucha licencia que al altar dichoso abrace sagrado de mis deseos, donde está amor por imagen, pues ya decís que sois mía.  
**MARÍA.** Quien supo determinarse a ser vuestra, no habrá cosa que a vuestro gusto dilate. Confirmaré lo que digo

con los brazos. ¡Muere, infame! ¡Jesús! ¡Muerto soy! ¡Traición!  
**DIEGO.** ¡En canas tan venerables pusiste la mano, perro? Pues estas hazañas hacen las mujeres varoniles. Yo salgo. ¡Cielo, ayudadme!

*(Élese, y sale FULGENCIO.)*

**FULG.** Paréceme que he sentido una voz, y que salió esta mujer que aquí entró, que no sin sospecha ha sido, más turbada y descompuesta que piden casos de amor. No fué vano mi temor. Don Diego. ¿qué sangre es ésta?  
**DIEGO.** Matóme doña María, la hija de don Bernardo.  
**FULG.** ¡Alcaide, gente! ¿Qué aguardo? Mas cosa injusta sería ocasionar su prisión. Esperar que salga quier, que esto ya es hecho.

**DIEGO.** Yo muero, con razón, aunque a traición.

Muy justa venganza ha sido por fiarme de mujer; mas no la dejen prender.

**FULG.** Yo pienso que habrá salido.

Pero ¿por qué no queréis que la prendan?

**DIEGO.** Ha vengado las canas de un padre honrado. Esto en viéndole diréis, y que yo soy, cuanto a mí, su yerno, pues se casó conmigo, aunque me mató cuando los brazos la di.

Con esto vuelvo a su fama lo que afrontarla pudiera.

**FULG.** Toda la cárcel se altera. Quiero buscar esta dama.

*(Lleve FULGENCIO a DON DIEGO; salen el Conde y DON JUAN, galanes.)*

**CONDE.** Hermosa viuda, don Juan.

**JUAN.** No he visto cosa más bella. Con razón, Conde, por ella esos desmayos os dan.

**CONDE.** ¿Hay tal gracia de monjil? Que es de azabache, repara,

*(Al abrazarle, saque una daga y dñle con ella.)*



y es decoro justo y santo.

MARTÍN. Una viuda con un manto es obispo con roquete.

Fuera de esto, aquel estar siempre en una misma acción no mueve la inclinación que el traje suele obligar.

Ver siempre de una manera a una mujer, es cansarse.

CONDE. Pues ¿puede el rostro mudarse?

MARTÍN. Pues ¿no se muda y se altera mudando el traje, el semblante?

JUAN. Conde, Martín dice bien, porque el variar también da novedad al amante.

MARTÍN. De mi condición advierte que me pudren las pinturas, porque siempre las figuras están de una misma suerte.

¿Qué es ver levantar la espada en una tapicería a un hombre que todo un día no ha dado una cuchillada?

¿Qué es ver a Susana estar entre dos viejos desnuda, y que ninguno se muda a defender ni a forzar?

Linda cosa es la mudanza del traje.

CONDE. La viuda, en fin, ¿es conversable, Martín?

MARTÍN. No me quitó la esperanza si entráis con algún enredo, que dice que da lugar que la puedan visitar.

CONDE. Yo le buscaré si puedo.

JUAN. Como visto no te hubiera. fácil remedio se hallara.

CONDE. Si en que me ha visto repara, fingirme, enojarla fuera.

Llama, que yo he prevenido con que me pueda creer.

JUAN. No lo echemos a perder.

CONDE. No puedo estar más perdido.

MARTÍN. Ya te ha visto. A verte sale.

CONDE. No le has parecido mal.

¿Hay jazmín, rosa y cristal que a la viudilla se iguale?

(Salen DOÑA ANA, viuda, y JUANA, su criada.)

ANA. Novedad me ha parecido. Vuesñoría perdone.

CONDE. No hay novedad que no abone el deseo que he tenido de serviros, si yo fuese, para que no os cause enojos, tan dichoso en vuestros ojos que serviros mereciese.

ANA. Juana, sillas.

MARTÍN. No va mal, pues piden sillas.

JUAN. Martín,

la viudilla es serafín de perlas y de coral.

MARTÍN. ¿Agrádate a ti también?

JUAN. A esta pregunta responde que está enamorado el Conde y yo no.

MARTÍN. Dices muy bien.

ANA. ¿Quién es este caballero?

CONDE. Mi primo don Juan.

ANA. Señor, perdonad.

JUAN. No ha sido error. Hablad, que estorbar no quiero.

ANA. Vos no podéis estorbar, ni aquí tendréis ocasión.

JUAN. No lo mandéis.

ANA. Es razón.

JUAN. No me tengo de sentar.

ANA. Ahora bien: yo no porfio.

JUAN. Decisme que necio soy.

CONDE. Oídme.

ANA. Oyéndoos estoy.

JUAN. Por lo mismo me desvío.

CONDE. Señora, aunque os he mirado mil veces sin conoceros, antes que viniera a veros tuve de veros cuidado.

Vuestro esposo, que Dios tiene, era mi amigo; jugamos una noche; comenzamos por una rifa, que viene a ser como en los amores la tercera que concierta, o a lo menos que despierta el gusto a los jugadores.

Perdió, picóse, sacó unos escudos, y luego, terciando mi primo el juego cuatro sortijas perdió.

Mas vamos a lo que importa. Esas sortijas eché menos; pesadumbre fué, tan mal amor se reporta,

ANA.





ANA. No sin vos, y con vos, si.  
JUANA. Mucho le has favorecido,  
para ser la vez primera.

ANA. Cuando él me favoreciera,  
mi favor lo hubiera sido.  
Mas no me quiso entender;  
tomó la amistad del Conde.

JUANA. Agora, tibio responde;  
aún no ha llegado a querer.

ANA. Necio pensamiento mío,  
que en tal locura habéis dado,  
volved atrás, afrentado  
de ver tanto desvario.  
; Yo, que de tantos me río,  
ruego, pretendo, provocho!  
Pensamiento, poco a poco;  
no diga el honor que pierdo  
que sois con desdenes cuerdo,  
ya que quisistes ser loco.

Dieron los ojos en ver,  
puesto que en lugar sagrado,  
al hombre más recatado  
de mirar y de entender;  
mas, ya que ha venido a ser  
provocado a desafío,  
responde tan necio y frío,  
que me pide que a otro quiera.  
; Mirad quién tal os dijera  
deste pensamiento mío!

En vano estoy descansando  
con daros disculpa a vos;  
mas tengámosla los dos:  
vos, amando, y yo, pensando;  
porque de pensar amando  
lo que puede resultar,  
viene el alma a sospechar  
lo que imagino del ver,  
porque no hubiera querer  
si no hubiera imaginar.

Que no queráis os advierto  
hombre tan fino y helado,  
que por lo helado me ha dado  
tristes memorias del muerto;  
pero, si a cogerle acierto  
con mirar y con rogar,  
guárdese, pues, de llegar;  
que, agraviada una mujer,  
quiere hasta que ve querer,  
por vengarse en olvidar.

(Vanse; sale un INDIANO, de camino, y un Mozo de mulas.)

INDIANO. Pasaremos de Adamuz,

Mozo. si este recado nos dan.  
Por eso dice el refrán:  
"Adamuz, pueblo sin luz".

Mas mira que desde aquí  
comienza Sierra Morena.  
INDIANO. Tú las jornadas ordena;  
eso no corre por mí.

(Sale un MESONERO.)

MESONERO. Bienvenidos, caballeros.

INDIANO. Pues, huésped, ¿qué hay que co-

MESONERO. Desde hoy al amanecer. [mer?  
dos mozos, seis perdigueros  
vienen con un perdigón,  
de que estoy desesperado.

INDIANO. Para mí basta.

MESONERO. Ha llegado  
a hurtaros la bendición  
una mujer que le tiene.  
INDIANO. Y cuando yo le tuviera,  
por ser mujer, se le diera.  
¿Viene sola?

MESONERO. Sola viene.

INDIANO. ¿Sola? ¿De qué calidad?

MESONERO. Pobre, y de brío, gallarda;  
porque en un rocín de albarda,  
el término perdonad,  
como un soldado venia.  
Ella propia se apeó;  
le ató, y de comer le dió  
con despejo y bizarria.

Volvíla a mirar, y vi  
que un arcabuz arrimaba.  
INDIANO. ¿Que es tan brava?

MESONERO. Aunque es tan brava,  
os aseguro, de mí,  
que más su cara temiera  
que su arcabuz.

INDIANO. ¿Habéis sido  
galán?

MESONERO. Bien me han parecido;  
ya pasó la primavera,  
y estamos en el estío:  
así los años se van.

INDIANO. ¿Qué traje trae?

MESONERO. Un gabán,  
que cubre el traje, no el brío;  
un sombrero razonable,  
todo de poco valor.  
Al fin parece, señor,  
de buena suerte y afable,  
menos aquel arcabuz.

INDIANO La está.  
MIRONES La misma es.

(Canta. *INDIANO. MIRONES. Y el mundo que en la tierra.*)

MARÍA Yerramos vos, hermano,  
que los enseñó por Adamus,  
por ser (como real,  
a ser) furia los adués  
al leu. Ande que así  
ha sido el amor igual  
al poder con la tierra.  
(Ay, poder, ¿cómo dolo  
me de el arte de la vida!)  
¿no me, no, el Dios? Es la vida.  
Dando, dadas los amigos  
en la tierra (como real,  
me, ¿no?) que me son  
los más en la tierra.

Los de mi hermano pudieran  
más los más, señor,  
sueño los más en la tierra,  
sueño que me son la tierra.

Y os enseñó en la tierra  
me, ¿no me, no, el Dios?  
por me enseñó el arte  
de la tierra o la tierra.

Al fin, bien es la tierra  
(de qué me enseñó en la tierra)  
(Fue la tierra, ¿no?) a la tierra.  
con me, con en la tierra? (no)

Así que me en la tierra  
a la tierra (como real,  
que es, ¿no me, no, el Dios?)  
volar en la tierra de la tierra.

Pero la tierra (como real,  
del cielo (como real,  
a la tierra (como real,  
me, ¿no me, no, el Dios?)

INDIANO Como la tierra los enseñó  
dar la tierra a la tierra (como real,  
para enseñar los tierra  
que por ellos son los tierra  
a la tierra (como real,  
a la tierra (como real,  
a la tierra (como real,  
a la tierra (como real,

MARÍA Yerramos vos, hermano,  
que los enseñó por Adamus,  
por ser (como real,  
a ser) furia los adués  
al leu. Ande que así  
ha sido el amor igual  
al poder con la tierra.

MARÍA Yerramos vos, hermano,  
que los enseñó por Adamus,  
por ser (como real,  
a ser) furia los adués  
al leu. Ande que así  
ha sido el amor igual  
al poder con la tierra.

y a servir en ella vos,  
que cuando los padres talan  
en tierra (como real,  
a la tierra (como real,  
a la tierra (como real,  
a la tierra (como real,  
a la tierra (como real,  
a la tierra (como real,  
a la tierra (como real,

INDIANO  
MARÍA

(Canta. *MARÍA. Yerramos vos, hermano,  
que los enseñó por Adamus,  
por ser (como real,  
a ser) furia los adués  
al leu. Ande que así  
ha sido el amor igual  
al poder con la tierra.  
(Ay, poder, ¿cómo dolo  
me de el arte de la vida!)  
¿no me, no, el Dios? Es la vida.  
Dando, dadas los amigos  
en la tierra (como real,  
me, ¿no?) que me son  
los más en la tierra.*)  
Los de mi hermano pudieran  
más los más, señor,  
sueño los más en la tierra,  
sueño que me son la tierra.  
Y os enseñó en la tierra  
me, ¿no me, no, el Dios?  
por me enseñó el arte  
de la tierra o la tierra.  
Al fin, bien es la tierra  
(de qué me enseñó en la tierra)  
(Fue la tierra, ¿no?) a la tierra.  
con me, con en la tierra? (no)

MARÍA

MARÍA

INDIANO

MARÍA

INDIANO

(Canta. *MARÍA. Yerramos vos, hermano,  
que los enseñó por Adamus,  
por ser (como real,  
a ser) furia los adués  
al leu. Ande que así  
ha sido el amor igual  
al poder con la tierra.  
(Ay, poder, ¿cómo dolo  
me de el arte de la vida!)  
¿no me, no, el Dios? Es la vida.  
Dando, dadas los amigos  
en la tierra (como real,  
me, ¿no?) que me son  
los más en la tierra.*)

(Canta. *MARÍA. Yerramos vos, hermano,  
que los enseñó por Adamus,  
por ser (como real,  
a ser) furia los adués  
al leu. Ande que así  
ha sido el amor igual  
al poder con la tierra.  
(Ay, poder, ¿cómo dolo  
me de el arte de la vida!)  
¿no me, no, el Dios? Es la vida.  
Dando, dadas los amigos  
en la tierra (como real,  
me, ¿no?) que me son  
los más en la tierra.*)

(Canta. *MARÍA. Yerramos vos, hermano,  
que los enseñó por Adamus,  
por ser (como real,  
a ser) furia los adués  
al leu. Ande que así  
ha sido el amor igual  
al poder con la tierra.*)

MARÍA

Desde hoy soy criada vuestra:  
y creed que soy criada  
que os excusaré de muchas.  
Mozo. Convertirse quiere en ama.  
MARÍA. No habrá cosa que no sepa.  
Mozo. Y yo salgo a la fianza:  
que la buena habilidad  
se le conoce en la cara.  
INDIANO. Hanme dicho que en la corte  
hay ocasiones que gastan  
inútilmente la hacienda,  
y yo querría guardarla,  
que cuesta mucho adquirirla.  
MARÍA. La familia es excusada  
donde hay tanta confusión,  
pues no le repara en nada.  
Yo sola basto a serviros:  
no habrá cosa que no haga.  
de cuantas haciendas tiene  
el gobierno de una casa.  
INDIANO. Pues partamos, en comiendo,  
y fiad de mí la paga.  
MARÍA. ¡Ay, fortuna! ¿Dónde llevas  
una mujer desdichada?  
Pero no fueras fortuna,  
a saber en lo que paras.

## JORNADA SEGUNDA

(Sale DON JUAN y el CONDE.)

JUAN. Compiten con sus virtudes  
sus gracias y perfecciones.  
CONDE. ¡Que tantas persecuciones,  
visitas, solicitudes,  
celos, desvelos, requiebros  
tengan por premio su olvido,  
hasta verme convertido,  
de Amadis, en Beltenebros!  
¡No he visto tales aceros!  
JUAN. Conde, no habéis de cansaros;  
que el estado de estimaros  
ya es principio de quereros.  
CONDE. ¡A los principios me estoy,  
al cabo de tres semanas!  
¿Adónde, esperanzas vanas,  
con este imposible voy?  
JUAN. Todas son penas posibles,  
pues que sin celos amáis.  
CONDE. ¡Ay, ojos! Celos me dáis,  
aunque celos invisibles.

Quéjase de amor doña Ana,  
y a mí no me tiene amor:  
esto es celos, en rigor.  
JUAN. ¿Por qué, si es sospecha vana?  
CONDE. Es celos lo que imagino,  
que no es celos lo que sé:  
cosa que pienso que fué,  
y que en mi daño adivino.

(Sale MARTÍN.)

MARTÍN. Por poco tuviera calma  
la nave de tu deseo:  
entro, y a doña Ana veo.  
Venus de marfil con alma.  
¿Cómo te podré pintar  
de la suerte que la vi?  
Cultas musas, dadme aquí  
un ramo de blanco azahar  
de las huertas de Valencia  
o jardines de Sevilla.  
Comience una zapatilla  
de la Vera de Plasencia,  
porque entremos por la basa  
a esta columna de nieve,  
argentado azul, pie breve,  
que de tres puntos no pasa.  
CONDE. ¿Tres puntos? Necio, repara..  
MARTÍN. Pues lo digo, yo lo sé;  
puntos son, que, de aquel pie,  
los tomara por la cara.  
JUAN. ¿Cómo lo viste?  
MARTÍN. Un manteo  
esta licencia me dió,  
donde cuanto supo obró  
la riqueza y el aseo.  
Pero pidió los chapines,  
porque mirarla me vió,  
y entre las cintas metió  
cinco pares de jazmines.  
JUAN. De escarpines presumí,  
según anda el algodón.  
MARTÍN. Esos para gambas son:  
que a cierta dama que vi  
con cañafistolas tales,  
que se pudiera, aunque bellas,  
purgar su galán con ellas,  
por drogas medicinales.  
Pregunté si era importante  
traer damas delicadas  
las pantorrillas preñadas,  
y, con risueño semblante,  
me dijo: "No es gentileza;



JUAN. Levantó la pluma el vuelo.  
 ANA. Gran sujeto, a toda ley.  
 JUAN. ¡Qué bien pinta a nuestro rey!  
 ANA. Mejor le ha pintado el cielo.  
 MARTÍN. ¡Gran soneto!  
 CONDE. No le he dado,

porque no estoy dél contento.  
 Decid vos.

ANA. ¡Qué atrevimiento,  
 donde vos habéis hablado!  
 JUAN. Escuchad tales excusas.  
 ANA. Más que os ha de causar risa.  
 CONDE. Hablad, divina poetisa.  
 MARTÍN. Silencio, que hablan las musas.

ANA.

Amaba Filis a quien no la amaba,  
 y a quien la amaba, ingrata, aborrecía;  
 hablaba a quien jamás la respondía,  
 sin responder jamás a quien la hablaba.

Seguía a quien, huyendo, la dejaba;  
 dejaba a quien, amando, la seguía;  
 por quien la despreciaba, se perdía,  
 y al perdido por ella, despreciaba.

Concierta amor, si ya posible fuere,  
 desigualdad que tu poder infama;  
 muera quien vive, y vivirá quien muere.

Da hielo a hielo, amor, y llama a llama,  
 porque pueda querer a quien la quiere  
 y pueda aborrecer a quien desama.

CONDE. Vos os podéis alabar,  
 que nadie puede, señora.

ANA. ¿Hablará don Juan agora?  
 JUAN. Dejádmele imaginar.

Una moza de cántaro y del río,  
 más limpia que la plata que en él lleva,  
 recién herrada de clínela nueva,  
 honor del devantal, reina del brío;

con manos de marfil, con señorío,  
 que no hay tan gran señor que se le atreva,  
 pues donde lava, dice amor que nieva,  
 es alma ilustre al pensamiento mío.

Por estrella, por fe, por accidente,  
 viéndola henchir el cántaro en despojos,  
 vendí la vida al brazo transparente.

Y, envidiosos del agua mis enojos,  
 dije: ¿Por qué la coges de la fuente,  
 si la tienes más cerca de mis ojos?

ANA. Malos versos.

JUAN. No sé más.

ANA. ¿Un caballero discreto  
 escribe a tan vil sujeto?  
 No lo creyera jamás.

CONDE. Tiene doña Ana razón.  
 JUAN. Si hubiérades visto el brío  
 del nuevo sujeto mío,  
 la hermosura y discreción,  
 dijérades que tenía  
 tanta razón de querer,  
 que no supe encarecer  
 lo menos que merecía.

ANA. Si es disfrazar vuestra dama,  
 como suelen los poetas,  
 por tratar cosas secretas,  
 sin ofensa de su fama,

está bien; pero, si no,  
 bajo pensamiento ha sido.

JUAN. Ninguna cosa he fingido,  
 ni tengo la culpa yo;

porque no lejos de aquí  
 vive la hermosa Isabel,  
 por quien el amor cruel  
 hace estos lances en mí.

Sirve un indiano que viene  
 a la corte a pretender.  
 No sé qué puede querer  
 quien tanta riqueza tiene.

ANA. ¿A tal sujeto, tal fe?

JUAN. La que me ha muerto y rendido,  
 moza de cántaro ha sido,  
 moza de cántaro fué.

En él, este amor bebí,  
 todo me abrasó con él;  
 ella fué sirena, y él,  
 mar en el que me perdí.

Con él, veneno me ha dado,  
 con él me mató.

ANA. Si fuera  
 Martín quien eso dijera,  
 estuviera disculpado.

Pero un caballero, un hombre  
 como vos...

JUAN. No es elección  
 amor; diferentes son  
 los efectos de su nombre.

Es, desde el cabello al pie,  
 tan bizarra y aliñosa,  
 que no es tan limpia la rosa,  
 por más que al alba lo esté.

Tiene un grave señorío,  
 en medio desta humildad,  
 que aumenta su honestidad  
 y no deshace su brío.





No te precies de cruel,  
manutisa carmesí,  
ni por el color turquí,  
hárbara violeta, ignores  
tu fin, contemplando, flores,  
"que ayer maravilla fui".

De esta loca bizarría  
quedaréis desengañadas  
cuando con manos heladas  
os viere la noche fría.  
Maravilla ser solía,  
pero ya lástima doy;  
que de extremo a extremo voy  
y desde ser a no ser,  
pues sol me llamaba ayer  
"y hoy sombra mía aun no soy".

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Dicha he tenido, por Dios.  
Isabel, ¿adónde bueno?

MARÍA. ¿Adónde bueno, Isabel?  
Adonde hallase el requiebro.  
¿Pensáis que no tengo yo  
mi poco de entendimiento?

JUAN. Bien conozco que no ignoras;  
tanto, que a veces sospecho  
que finges lo que no entiendes.

MARÍA. Lo que no quiero no entiendo.  
Pero a la fe que me admira  
que un caballero tan cuerdo  
y tan galán como vos  
humille sus pensamientos  
a una mujer como yo.  
¿Sois pobre?

JUAN. Pues ¿a qué efeto  
me preguntáis si soy pobre?

MARÍA. Porque si os falta dinero  
para pretensiones altas,  
no tengo por mal acuerdo  
requiebrar lo que a la cuenta  
del entendimiento vuestro  
os costará zapatillas,  
ligas, medias y un sombrero  
para el río, con su banda,  
avantal de lienzo grueso,  
chinelas, ya sin virillas,  
que solía en otro tiempo  
en los pies de las mujeres  
la plata harrer el suelo.  
Castañetas, cintas, tocas,  
que para últimos empleos  
de las damas, fondo en ángel,  
no hay plata en el alto cerro

del Potosí, perlas ni oro  
en los orientales reinos.  
Más pienso que os costarían  
las randas de un telarejo  
que una legión de fregonas.

JUAN.

No juzgaras mis deseos  
por el camino que dices  
si te dijera el espejo  
el despejo de su talie.

MARÍA.

¿Espejo y despejo? Bueno.  
Ya con cuidado me habláis,  
porque, en efeto, os parezco  
mujer que os puede entender;  
pues yo os prometo que puedo.  
Pero el estar enseñada  
a oír vocablos groseros  
de un indiano miserable:  
"ve por esto, vuelve presto,  
esto guisa, aquello deja,  
¿limpiaste aquél ferreruelo?,  
ve por nieve, trae carbón,  
esto está sin sal, aquello  
sin agrio, llama a este esclavo,  
esto lava, y dame un lienzo.  
¿Cómo gastas tanta azúcar?  
Para madrugar me acuesto:  
despiértame de mañana,  
pon la mesa, luego vuelvo"  
y otras cosas de este porte  
me han quitado el sentimiento  
de otras razones más grandes,  
no porque no las entiendo.  
En efeto, ¿qué queréis?

JUAN.

MARÍA.

Que me quieras, en efeto.  
Bien aforrada razón,  
y bien dicha para presto.  
Bien digo yo que pensáis  
que a mi corto entendimiento  
importan resoluciones,  
atajos y no rodeos.  
Pues levantad el lenguaje,  
que, como dicen los negros,  
el ánima tengo blanca,  
aunque mal vestido el cuerpo.  
Habladme como quien sois.

JUAN.

Yo, Isabel, así lo creo,  
porque pensando en tu oficio  
tal vez el respeto pierdo,  
pero en mirando a tu cara  
vuelvo a tenerte respeto.  
Mas no te debe enojar  
que te diga mi deseo,  
que sólo son por el fin

María. ¡Ay, Juan, Juan, protete!  
 ¿Qu' dirás de ser hermanal?  
 Que naciste en el mismo linaje,  
 no me hereda la fortuna  
 de la suerte que te ha tocado.  
 Cantalo a la que naciste,  
 cuando la espada a los dientes  
 tire, desafiado. ¡Ay,  
 y acometido al pecho  
 hiera la coartación  
 turno vueltas y vueltas.  
 Pues no, mi señor, por vida  
 de los dos, porque no quiero  
 que cuando la guerra sea  
 enfaden mi herido con  
 Estéme quedas las manos  
 y aun la pericleración quedas  
 que no seremos amigos  
 en no siendo el trato yerno.  
 Como vas, Isabel, hoy.  
 Juan. ¡Mia dueña! ¡Ay, Dios, que te dolió!  
 Me pienso que por un padre  
 te sigo, te busco y te  
 dilatas a mi verdaderal  
 el justo agradecimiento  
 pues yo te sigo, Isabel  
 que por quererte desgracia  
 le das hermanal mujer,  
 darme y entendimiento  
 que tiene aqueste lugar  
 porque más estimo y quiero  
 un hijo de tu chirrino  
 que las perlas de tu collar  
 más precios en tu herencia  
 vas aquel centavo puesto  
 a la frente del olvido  
 perdíste el tal dulce hijo  
 y ver que a tu dulce voz  
 diste el agua riente  
 en el día que saca  
 de tierra a la que entra dentro  
 a ver cómo se da prisa  
 el agua a heredarle el gozo  
 con la coartación a tu risa  
 en los brazos o en tu seno  
 que con tanta cierta daga  
 hacia me de tu padre  
 cuando yo me acordaba  
 por dar daga a la daga  
 a cuando por el estorbo  
 me viera de tu padre  
 en las alas de su destino  
 que y ahora a la daga

María. Ya me acordaba que daga  
 daga Isabel, ya me acordaba  
 que cuando yo me acordaba  
 no todo es dar a la guerra.  
 Juan. ¿Que respondes, Juan?  
 María. Ocaso mío, ya no puedo  
 responder ninguna cosa  
 porque hecho que soy hermanal  
 a la de la voluntad  
 pienso que cuando me  
 y así, como ella me  
 daga porque se va con ella  
 que el querer heredar a la  
 y que me acordaba.  
 Juan. ¡Ay, dueña, Isabel!  
 María. ¡Ay, dueña!  
 Juan. ¡Pues vaya por hermanal  
 que no me desgracia!  
 María. ¡No, dueña, Isabel!  
 Juan. ¿Que me estorbo?  
 María. Contéstame, o contéstame  
 la que se he dado por hermanal  
 Juan. ¡Padre, cuando una mujer  
 a una por Dios, que la tiene  
 cuando que la es un alma  
 a la que el alma me  
 María. Pues no, no me acordaba.  
 Juan. ¡Pues Dios, que alma me  
 que cuando me acordaba  
 Juan. Como los dos, no lo creo  
 María. ¡Dios, que como me  
 Juan. ¡Dónde está, dueña, tu madre?  
 María. En la cárcel, a la herencia  
 Juan. Luego tu madre el día  
 Juan. ¿Que me estorbo?  
 Leonor. Isabel.  
 María. Leonor, ¿cómo  
 Leonor. ¿Con esta hermanal?  
 María. ¡Pues, ¿cómo?  
 Leonor. ¿Qué te daga, Juan?  
 María. ¡Ay, Juan, cuando yo me  
 y me acordaba de ti  
 que me acordaba cuando me  
 me acordaba y cuando  
 Leonor. ¿Sabes, Juan, cuando me  
 Juan. ¿Que te acordaba cuando  
 que me acordaba cuando  
 me acordaba cuando me  
 María. ¿Que me acordaba cuando me  
 que me acordaba cuando me  
 al agua a la daga  
 el agua a la daga, y cuando

la fuerza del aire el fuego.

Mas como él me quiere a mí.  
no más de para querer.  
¿qué pierdo en corresponder?

LEONOR.

Mucho.

MARÍA.

¿Cómo?

LEONOR.

Mucho.

MARÍA.

Di.

LEONOR.

Adora mi ama en él.

MARÍA.

¿Quién te lo ha dicho?

LEONOR.

Luisa,

y que solicita aprisa  
su casamiento, Isabel.

Por eso, si no envidaste,  
descarta, y quédate en dos.

MARÍA.

¿Sábeslo bien?

LEONOR.

Sí por Dios.

MARÍA.

Tarde, Leonor, me avisaste.

No porque pueda alabarse  
del más mínimo favor,  
sino por tenerle amor,  
que no es fácil de olvidarse.

LEONOR.

Necia fui en imaginar  
que un don Juan tan entonado  
para mí estaba guardado.

Un hombre te quiero dar,  
compañero de otro mío,  
bravo, pero no cruel,  
que puede ser, Isabel,  
de cuantas profesan brío.

No pone codo en la puente  
hombre de tales aceros,  
ni han visto los lavaderos  
más alentado valiente.

Ama en tu misma región.

¿Quién te mete con don Juanes?

MARÍA.

¿Tu ama trata en galanes?

LEONOR.

De honesta conversación  
de un Conde que la visita  
le nacieron los antojos.

MARÍA.

¿Quién la ve tan baja de ojos  
a la señora viudita!

LEONOR.

Hermana, enviudó ha dos meses.

Viénele grande la cama.

MARÍA.

Y en fin, ¿le quiere tu ama?

LEONOR.

Como si juntos los vieses.

MARÍA.

Ve por el cántaro y vamos  
al prado.

LEONOR.

A Pedro verás,  
que se quedan siempre atrás  
él y Martín de sus amos.

(Vase.)

MARÍA.

A mis grandes desconsuelos  
sólo faltaba este amor,  
a este amor este rigor,  
a este rigor estos celos.

No me bastaba tener,  
para no ser conocida,  
este género de vida,  
sino a quien quiere, querer.

Pero ¿andaré en competencias?  
Moza de cántaro, en fin,  
cristalino serafín,  
con vos será impertinencia.

Mejor es ser lo que soy,  
pues que no soy lo que fui.  
“Aprended, flores, de mí  
lo que va de ayer a hoy.”

(Vase; salen MARTÍN y PEDRO, lacayos.)

PEDRO.

¿Y que tiene tan buen talle?

MARTÍN.

Esto me dijo Leonor,  
y que es la moza mejor  
que tiene toda la calle.

Es una perla, un asombro,  
rinden parias a su brío  
cuantas llevan ropa al río  
y llevan cántaro en hombro.

Es mujer que éste don Juan,  
primo del Conde, mi dueño,  
pierde por hablarla el sueño,  
desmayos de amor le dan.

De la suerte la pasea  
que a la dama de más partes:  
pero en estos Durandartes  
poco el pensamiento emplea.

De noche la viene a ver,  
y anda el pobre caballero  
de su cántaro escudero,  
sin dormir y sin comer.

Sirve a un caballero indiano  
tan cuitado, que consiente  
que vaya y venga a la fuente,  
puesto que le culpo en vano;

porque pienso que ella gusta  
de salir, por ver y hablar,  
que a mozas deste lugar  
mucho el salir no disgusta,

a jabonar y a lavar  
a los pilares al río.

PEDRO.

En fin, ¿es moza de brío  
y que puede descuidar

de camisas y valonas  
a un hombre de mi talante?



Voto a tus ojos serenos,  
Isabel, porque te asombres,  
que me mate con mil hombres  
y esto será lo de menos.

Ablándate, serafín.

MARÍA. Déjeme, no me zabuque.

PEDRO. Aquí en la esquina del Duque  
hay turrón. Vamos, Martín.

MARTÍN. Vamos y gasta, que luego  
estará como algodón.

PEDRO. Sí, mas coz y mordiscón;  
párese rocín gallego.

(*Vanse.*)

ANA. Quedo, no os pongáis delante,  
que ya he visto por las señas  
que es aquella vuestra dama.

JUAN. Pues Leonor viene con ella,  
¿quién duda que es Isabel,  
fuera de que no tuviera  
ninguna aquel talle y brío?

ANA. Disculpa tiene en quererla  
el señor don Juan.

JUANA. La moza  
en otro traje pudiera  
hacer a cualquiera dama  
pesadumbre y competencia.

JUAN. ¿Es todo por darme vaya?

ANA. Quisiera verla más cerca.  
Dígame vuesa merced  
que está aquí una dama enferma  
que se le antoja beber  
por la cantarilla nueva,  
que no oír de mala gana.

JUAN. Sólo por serviros fuera.

MARÍA. ¡Ay, Leonor!

LEONOR. ¿Qué?

MARÍA. Tu señora

y aquél, mi galán, con ella.

LEONOR. Parece que te has turbado.

MARÍA. Por poco se me cayera  
el cántaro de las manos.

JUAN. Aquella señora os ruega  
que la deis un poco de agua.

MARÍA. De buena gana la diera  
a ella el agua, y a vos  
con el cántaro.

JUAN. No seas  
necia.

MARÍA. Llevádsela vos,  
y de vuestra mano beba.

JUAN. Mirá que en público estamos,

y las mujeres discretas  
no hacen cosas indignas.  
Iré, porque nadie entienda  
que me da celos a mí.

MARÍA. Vuesa merced beba, y crea  
que quisiera que este barro  
fuera cristal de Venecia;  
pero serálo en tocando  
esa manos y esas perlas.

ANA. Beberé, porque he caído.

MARÍA. Si el agua el susto sosiega,  
beba, que todos caeremos,  
si no en el daño, en la cuenta.  
Yo he bebido.

ANA. Y yo también.

MARÍA. Yo pesares.

ANA. Yo sospechas.

MARÍA. ¿Qué caliente!

MARÍA. Vuestra manos  
de nieve servir pudieran.  
Haz que llegue el coche.

ANA. ¿Ah, Hernando!

ANA. Buena moza.

MARÍA. Buena sea  
su vida. ¿No la acompaña,  
mal galán? ¿Así se queda?

JUAN. A darte satisfacciones.

MARÍA. Estoy yo tan satisfecha,  
que será gastar palabras.

JUAN. Mira, Isabel, que esto es fuerza,  
y que bien sabe Leonor,  
dejo aparte mi fineza,

que el Conde sirve a doña Ana.

MARÍA. Cántaro, tened paciencia.

Vais y venís a la fuente:  
quien va y viene siempre a ella,

¿de qué se espanta si el asa  
o la frente se le quiebra?

Sois barro; no hay que fiar;  
mas ¿quién, cántaro, os dijera

que no os volviéades plata  
en tal boca, en tales perlas?

Pero lo que es barro humilde  
en fin por barro se queda.

No volváis más a la fuente;  
de que estoy segura y cierta  
que no es bien que vos hagáis  
a los coches competencia.

JUAN. ¿Qué dices? Mira, Isabel,  
que sin culpa me condenas.

MARÍA. Yo con mi cántaro hablo.  
Si es mío, ¿de qué se queja?

Váyase vuesa merced.



JUAN. — ¡Vive que el pecoso se aleja.  
¡Vive descomulgado!

LEONOR. — ¡Vive como antes estabas,  
cabezudo que Leonor sabe  
que no es posible que quita  
esta de sus tímidos ojos!

MARÍA. — No la tocas, ¿¡por qué le das  
que se vaya con disgusto!

LEONOR. — Leonor es como yo llevo,  
que los otros no han podido,  
pero no mere yo pecar  
en que el siempre dices.  
Así que me aborzo le me muera  
la fe de los ramos del Juan  
, está tallada a tal punto!

LEONOR. — ¡Hija, hazme halcosos, cediendo!  
Te descomulgada quedas  
y el alma va perdida  
(Sale Juan y María.)

PEPE. — Como los volantes juegan,  
perdió el turrón y el dinero.

MARTÍN. — Como la corte asienta  
que no se crea lo posible.  
¿Quién ve tanta diferencia  
de personas y de oficios,  
vendiendo cosas diferentes  
lo que hablan, las cosas  
turrón, castañas, mielucas,  
brochos de mermelada,  
letturios y conservas,  
nif, fipetillas de asomar  
floritos rosarios, ramos  
requiltes y mantones,  
agradillos y de tanto  
reclamarlos, relucen  
promociones, obras suaves  
y a don Alvaro le falta  
mantenerse, ditas tallas!

PEPE. — Mas, ¿qué, que esto es así?

MARTÍN. — ¿Qué, ¿de qué es la historia?

PEPE. — ¿No están ahora, ¿no están?

MARTÍN. — ¿Qué promesas están?

PEPE. — ¿Pues que volaba don Juan  
acostando sus creencias!

MARTÍN. — ¿Quién es ese chico, Isabel,  
que, con lagrimas, la gente  
sigue y que sigue  
que pueden dudar por él?

PEPE. — Venid, Isabel, está bien  
que los dos, por la misma  
quiero a mi vida, porque  
quiere los a para siempre.

Quiero tan hermosa, y me  
a su hermosa hermana,  
como de tu corazón habito!

Quiero, te que tengo, Isabel!

No es posible que se crea  
mucho de mi vida,  
en que luego de tener  
algunos días, me voy.

Quiero, te que tengo, Isabel,  
que desde, entre, como así.  
Dime, ¿qué es, que no tiene  
que con lagrimas se crea.

¿Qué es, como y la que cuenta  
que se trata de se cuenta,  
porque en segundo la tiene  
los guardas de la vida.

En el Club de la vida, como  
¡quiere de lagrimas, Isabel,  
y de con la lagrimas  
lagrimas, como así.

Si yo me encuentro en Madrid  
con quien a él en la historia,  
ha visto que le ha tocado  
la tomo en Valladolid!

Porque en segundo, como  
que la de historia, como  
tu hay que esperar, porque se cuenta  
que pueden dudar por él.

Ven, Leonor, venid a casa.  
Triste vas.

Perdida estás.

¿A qué vas?

A lo que voy.

Fino creíste lo que para  
No quise.

¿Entonces?

Tengo.

¿Ay?

¿Qué hay?

¿Entonces?

¿Entonces, Isabel?

Me lo voy.

¿Entonces, a la casa?

## JORDANA TERESA

Como Pepe, María, Juan, y Leonor, como  
a la historia, María, como así.

Entonces, Teresa, digas, me voy, como  
Entonces, a la casa, que me voy, como así.

MARTÍN. Con el cántaro le ha dado.  
 BERNAL. Lavado, Lorenzo, vas.  
 LORENZO. ¿Esto se puede sufrir?  
 PEDRO. Llévale a curar, Bernal.  
 LORENZO. ¡Vive Cristo, que la tal!...

*(Ahora salen.)*

MARTÍN. No lo acabes de decir.  
 PEDRO. No queda lacayo en ser  
 donde esta mujer está.  
 MARTÍN. ¡Bravas bofetadas da!  
 PEDRO. Dos mozas azotó ayer.  
 BERNAL. ¡Ea, ea, que no es nada!  
 MARÍA. ¡Picaro! ¡Pellizco a mí?  
 ¡Fuera digo!  
 LEONOR. ¿Estás en tí?  
 LORENZO. ¿A mí. Isabel, cantarada?  
 ¡Voto al hijo de la mar!  
 MARÍA. Llegue el lacayo gallina.  
 PEDRO. Daga trae en la pretina.  
 MARÍA. Y aun enseñada a matar.  
 Llegue el barbado, y dárle  
 dos mohadas a la usanza  
 de mi tierra, por la panza,  
 y hará el puñal lo que suele.

LORENZO. Mataréla.  
 PEDRO. Estoy aquí  
 a pagar de mi dinero.  
 LORENZO. Pues con él haberlas quiero,  
 aunque es mujer para mí.  
 PEDRO. Miente.  
 LORENZO. Véngase conmigo.

*(Vanse los lacayos, y quedan solas Doña María y Leonor.)*

LEONOR. ¡Buenos van, desafiados!  
 MARÍA. ¡Qué diferentes cuidados  
 me da, Leonor, mi enemigo!  
 LEONOR. ¿No le has visto más?  
 MARÍA. Ayer.  
 LEONOR. Alegre quisiera hallarte,  
 porque te alcanzara parte  
 de mi contento y placer.  
 Ya Martín se determina,  
 y nos queremos casar.  
 Mira que nos has de honrar  
 y que has de ser la madrina.  
 MARÍA. Estoy desacomodada  
 del indiano, que si no  
 yo lo hiciera. Aquí me dió  
 su casa una amiga honrada,  
 donde de prestado estoy.  
 LEONOR. Mi señora te dará

vestidos. Vamos allá,  
 que pienso que ha de ser hoy.  
 MARÍA. Tendré vergüenza de vella.  
 LEONOR. Anda, que te quiere bien,  
 y sé que tiene también  
 gusto de que hables con ella.  
 MARÍA. Vamos, y de aquí a tu casa  
 te diré lo que pasó  
 en el río.  
 LEONOR. No fui yo;  
 que mujer que ya se casa  
 ha de mostrar más recato  
 del que solía tener.  
 MARÍA. Es achaque, voy por ver  
 aquel caballero ingrato.

Fuimos Teresa, Juana y Catalina  
 el sábado, Leonor, a Manzanares;  
 si bien yo melancólica y mohina  
 de darme este don Juan tantos pesares.  
 De tu dueño las partes imagina;  
 que cuando en su valor, Leonor, repares,  
 presumirás que no me he vuelto loca,  
 que soy muy necia, o mi afición es poca.

Tomé el jabón con tanto desvario  
 para lavar de un bárbaro despojos,  
 que hasta los paños me llevaba el río,  
 mayor con la creciente de mis ojos.  
 Cantaban otras con alegre brío.  
 y yo, Leonor, lloraba mis enojos,  
 lavaba con lo mismo que lloraba,  
 y el aire de suspiros lo enjugaba.

Bajaba el sol al agua transparente,  
 y el claro rostro en púrpura bañado;  
 las nubes ilustraba el occidente  
 de aquel vario color tornasolado,  
 cuando, despierta ya del accidente,  
 salió la ropa de uno y otro lado.  
 y viendo los extremos la torcimos  
 y a entapizar los tendedores fuimos.

Quedando, pues, por los menudos ganchos  
 las camisas y sábanas rendidas,  
 salieron cuatro mozas de sus ranchos,  
 en toda la ribera conocidas.  
 Luego, de angostos pies y de hombros anchos,  
 bigotes altos, perdonando vidas,  
 cuatro mozos. No hablé; que fuera mengua  
 estando triste el alma, hablar la lengua.

Tocó, Leonor, Juanilla el instrumento  
 que con cuadrada forma en poco pino  
 despide alegre cuanto humilde acento,  
 cubierto de templado pergamino,  
 a cuyo son, que retumbaba el viento,

[illegible][illegible]

Fuero de los Indios con el fin de que  
que administrasen justicia y mandasen  
a Vuestro alcaide, adelantado, o go-  
v. en su lugar, fazienda con los indios.  
Indiano, en caso de contrapunto, re-  
que en caso de necesidad, que el  
que a la vez del alcaide. Dado en grande  
que a la vez del alcaide.

4. *Impressions and the possible arrival*  
 of a great being, the unknown,  
 to direct the type and possible  
 - just how subtle the first class

ANA: [Sings "Sweet Home"]  
 JEAN: [Sings "Lullaby"]  
 MARIA: [Sings "Sweet Home"]  
 ANA: [Sings "Sweet Home"]

Magla Questa locazione di moltissima  
Lente: per un più sicuro  
distribuzione, etc.

1990. *Journal of the American Veterinary Medical Association*, 148: 1511-1512.

|       |                            |
|-------|----------------------------|
| ANA   | Compensation and all costs |
| MAR/A | Fixed costs: maintenance   |

JUANA. Cierto que te tengo amor.  
Es el servicio mejor  
y la más limpia mujer  
de cuantas andan aquí.  
Ruégala que esté contigo.  
ANA. ¿No querrás estar conmigo,  
Isabel?

MARÍA. Señora, sí.  
ANA. ¿Qué sabes hacer?  
MARÍA. Lavar,  
masar, cocer y traer  
agua.

ANA. ¿No sabrás coser?

MARÍA. Bien sé coser y labrar.

ANA. Pues esto será mejor.  
Manto y tocas te daré.

MARÍA. Señora, yo no sabré  
servir de dueña de honor.

Este es un hábito agora  
de cierta desdicha mía  
que vos sabréis algún día.

JUANA. Aquí está don Juan, señora.

JUAN. Siempre soy embajador:  
el Conde os pide licencia,  
y dice que de su ausencia  
fué causa vuestro rigor.  
Que tratáis tan mal su amor,  
que ya toma por partido,  
en la caza divertido,  
solicitar a su daño  
una manera de engaño  
que a los dos parezca olvido.

A vos, excusando el veros,  
y a él, señora, el cansaros:  
pero no quiere engañaros  
ni olvidarse de quereros:  
visitaros y ofenderos  
es fuerza para servirlos.  
esto me manda decirlos:  
mirad si le dáis licencia,  
que le cuesta vuestra ausencia  
cuantos instantes, suspiros.

ANA. Vos venís en ocasión  
que os he hecho un gran servicio,  
a lo menos es indicio  
de esta mi loca pasión:  
mirad en qué obligación  
os pone el haber traído  
a mi casa quien ha sido  
lo que tanto habéis amado,  
que os quiero ver obligado,  
pues no puedo agradecerlo.

Volved los ojos, veréis

a Isabel, que viene aquí  
no para servirme a mí,  
sino a que vos la mandéis.  
Que no quiero que os canséis  
en buscarla en fuente o prado.  
Mirad si estáis obligado  
y cómo he sabido hacer  
que vos me vengáis a ver,  
no como hasta aquí, forzado.

JUAN. De vuestra queja os prometo  
que es el Conde, mi señor,  
la causa, cuyo valor  
únicamente respeto;  
porque ¿cuál hombre discreto  
no conociera y amara  
de vuestra belleza rara  
la divina perfección,  
y el discurso a la razón,  
y a vos el alma negara?

Con esto, la puse en quien  
la misma desigualdad  
disculpe la voluntad  
para no quereros bien;  
mas no me pidáis que os den  
gracias de haberla traído  
mis ojos, que antes han sido  
para no poderla ver,  
pues testigo habéis de ser,  
y yo menos atrevido.

(Salen el Conde y MARTÍN.)

CONDE. Tanto la licencia tarda,  
que sin ella vengo a veras.  
ANA. Conde, mi señor, disculpa  
de ausencia de tanto tiempo.

Llega una silla, Isabel.  
JUAN. Aquí me estaban riñendo  
tu ausencia.

CONDE. Buena criada,  
y nueva, que no me acuerdo  
haberla visto otra vez.

ANA. Buena cara, gentil cuerpo.  
¿No es muy linda?

CONDE. Sí, por Dios.

ANA. De que os agrade me huelgo:  
que es ya dama de don Juan.

CONDE. Si es así el entendimiento,  
disculpa tiene mi primo.  
Verla más despacio quiero.  
Pasad, señora, adelante.  
¿De dónde sois?

MARÍA. No sé cierto



pues con la fe le mudaste  
y con el alma, que es más.

Que desde que te la di,  
de cántaro la tenía;  
pues pienso que se decía  
este proverbio por mí.

Nunca quisiste trocar  
cuando yo lo deseaba  
al hábito que te daba  
el que ya quieres dejar.

Si cuando yo te rogué  
hábito honrado tomaras,  
la voluntad disculparas,  
que baja en tus prendas fué.

Si el venir aquí son celos,  
pensando que así me guardas,  
son, Isabel, sombras pardas  
en ofensa de tus cielos.

¿Qué guarda de más valor.  
Isabel, que tu hermosura,  
si ella misma te asegura  
que merece tanto amor?

Vive Dios, que te he querido  
y te quiero y te querré  
con tanta firmeza y fe  
que vive mi amor corrido  
de no vencer tu rigor,  
siendo tú tan desigual.

MARÍA. Quien siente bien, no habla mal,  
que para tener valor  
para poder igualaros,  
aunque de vuestro apellido  
príncipes haya tenido  
Italia y Francia tan raros,  
sóbrame a mí el ser mujer:  
pero si de vuestro engaño  
a los dos resulta daño,  
desengaño habrá de ser.

No estoy contenta de estar  
donde con hacer mudanza  
del hábito mi esperanza  
aspire a mejor lugar.

Ni menos estoy celosa,  
ni os guardo, aunque os he querido.  
que en este humilde vestido  
hay un alma generosa  
tan soberbia y arrogante,  
que el cántaro que dejé  
un cielo en mis hombros fué  
como el que sustenta Atlante.

Yo os quiero bien, aunque soy  
de naturaleza esquiva;  
pero hay otro amor que priva,

por quien os dejo y me voy.

No os dé pena, que os prometo  
que no hay nieve tan helada:  
pero he nacido obligada  
a su amor y a su respeto.

No puedo hacer más por vos  
que decir que os he querido;  
en fe de lo cual os pido,  
y del amor de los dos,  
que una cosa hagáis por mí.

JUAN. ¿Cómo ausentarte, mi bien?

¿Después de tanto desdén,  
esto merezco de ti?

MARÍA. No excuso, aunque lo sintáis,  
este canino.

JUAN. Isabel.

¿qué dices?

MARÍA. Que para él  
esta joya me vendáis.

Diamantes son; claro está  
que justa sospecha diera  
si a vender diamantes fuera  
mujer que a la fuente va:

JUAN. que con lo que ella valiere  
podré a mi casa llegar.  
Cuando pensaba esperar,  
quiere amor que desespere.

¡Notable desdicha mía!  
¡Tristes nuevas! ¿Quién amó  
con la fortuna que yo?  
Mas ¿quién, si no yo, podía?

Tened la joya y la mano,  
que entrambas diamantes son,  
si es la mina un corazón  
tan firme como tirano.

Que, cuando forzosa sea  
vuestra partida, no soy  
hombre tan vil.

MARÍA. Si no os doy  
la joya, don Juan, no crea  
vuestro pecho liberal  
obligarme con dinero;

que, pues de vos no lo quiero,  
bien creeréis que me está mal.  
¡Oh, qué habéis imaginado  
de cosas, después que visteis  
la joya! Aunque no tuvisteis  
culpa de haberlas pensado,

JUAN. pues yo os he dado ocasión.  
Cuando yo, Isabel, pensara  
tal bajeza, imaginara  
prendas que más altas son,  
de las que tenéis, bastantes





Yo sé que, si me casara,  
padrino os hiciera a vos.

MARTÍN. Yo no pude más, ¡por Dios!

PEDRO. ¿Pedro también no la honrara?  
¿No tengo cueras y sayos,  
capas, calzas, que por yerro  
quedaron en su destierro  
vinculadas en lacayos?

Pues, por el agua de Dios,  
aunque poca me ha cabido,  
que yo soy tan bien nacido.

MARTÍN. ¿Quién pudiera, como vos,  
honrarme con Isabel?

PEDRO. ¿Hay hidalgo en Mondoñedo  
que pueda, como yo puedo,  
volver la silla al dosel?

MARTÍN. Dejad el enojo ya,  
y, pues que sois entendido,  
decidme si acierto ha sido  
casarme.

PEDRO. Pues claro está;  
que es muy honrada Leonor,  
aunque pide más caudal  
la talega de la sal,  
que anda el tiempo alrededor.

Mas, queriendo el Conde bien  
a doña Ana, por Leonor  
os hará siempre favor,  
y ella ayudará también  
de su parte vuestra casa.

MARTÍN. Pues con eso pasaremos.

PEDRO. ¿Quién queréis que convidemos?  
No lo excusa quien se casa.

A Rodríguez, lo primero;  
a Galindo y a Butrón,  
a Lorenzo y a Ramón,  
y a Pierres, buen compañero.

Haced llevar un menudo,  
que no hay hueso que dejar.

MARTÍN. Eso es darles de cenar.

PEDRO. En esta ocasión, no dudo  
de que tendrán los señores  
arriha gran colación.

MARTÍN. Por allá, conservas son  
y confites de colores.

Lobos de marca mayor  
tendremos en cantidad.

PEDRO. Por eso es enfermedad  
que no ha menester doctor.

(*Vanse; salen DOÑA ANA y DON JUAN.*)

JUAN. Yo pienso que es condición,

y no amor, vuestra porfía.  
¿Y quién sin amor podía  
sufrir tanta sinrazón?

JUAN. No es sin razón la ocasión  
que me fuerza a no querer  
lo que del Conde ha de ser.

(*Salen el CONDE, y diga aparte, sin que le oigan.*)

CONDE. Necios celos me han traído  
de un deudo, amigo fingido,  
y de una ingrata mujer.

JUAN. Cuando no os quisiera bien  
el Conde, mil almas fueran  
las que estos ojos os dieran.

ANA. ¡Oh, mal haya el Conde, amén!

CONDE. ¡Don Juan la muestra desdén,  
y ella a don Juan solicita!

ANA. ¿Con oro en mármol escrita  
tiene el amor una ley  
que, como absoluto rey,  
no hay traición que no permita?

Demás que esto no es traición;  
que nunca yo quise al Conde.

CONDE. En lo que agora responde  
conoceré su intención.

JUAN. Ninguna loca afición  
que se haya visto ni escrito  
ha disculpado el delito  
del amigo; que el valor  
es resistir al amor  
y vencer al apetito.

Que yo con vos me casara  
es sin duda, si pudiera.

ANA. ¿Y si el Conde lo quisiera,  
y aun él mismo os lo mandara?

JUAN. Entonces es cosa clara;  
mas cierta podéis estar  
que no me lo ha de mandar.

Y así, me voy; que no quiero  
dar a tan gran caballero  
ni sospecha, ni pesar.

(*Quiérese ir, y sale el CONDE y deténese.*)

CONDE. Detente.

JUAN. Si habéis oído  
lo que ya sospecho, aquí,  
pienso que estaréis de mí  
seguro y agradecido.

CONDE. Todo lo tengo entendido;  
y si, por quereros bien,  
trato mi amor con desdén,  
doña Ana no ha sido culpa,  
porque sois vos la disculpa,



incapaz de resistencia.  
Yo no soy mármol, si bien  
no soy yo quien me gobierna,  
que obedecen a Isabel  
mis sentidos y potencias.  
Cuando esto en público digo,  
no quiero que nadie pueda  
contradecirme el casarme,  
pues hoy me caso con ella.  
Sed testigos que le doy  
la mano.

CONDE. ¿Qué furia es ésta?  
ANA. ¡Loco se ha vuelto don Juan!  
CONDE. ¡Vive Dios, que si es de veras,  
que antes os quite la vida  
que permitir tal bajeza!  
¡Hola, criados! ¡Echad  
esta mujer hechicera  
por un corredor, matadla!  
JUAN. ¡Ninguno, infame, se atreva,  
que le daré de estocadas!  
CONDE. ¿Un hombre de vuestras prendas  
quiere infamar su linaje?  
JUAN. ¡Ay, Dios, su bajeza es cierta!  
Pues calla en esta ocasión,  
ya no es posible que pueda  
ser más de lo que parece.  
CONDE. ¿Con cien mil ducados deja  
un hombre loco mujer  
que me casara con ella  
si amor me hubiera tenido?  
MARÍA. Quedo, Conde; que me pesa  
de que me déis ocasión  
de hablar.

JUAN. ¡Ay, Dios!, ¿si ya llega  
algún desengaño mío?  
MARÍA. No está la boda tan hecha  
como os parece, señor;  
porque falta que yo quiera.  
Para igualar a don Juan  
¿bastaba ser vuestra deuda  
y del duque de Medina?  
CONDE. Bastaba, si verdad fuera.  
MARÍA. ¿Quién fué la dama de Ronda  
que mató, por la defensa  
de su padre, un caballero,  
cuyo perdón se concierta  
por vos, y que vos buscáis?  
CONDE. Doña María, a quien deben  
respeto cuantas historias  
y hechos de mujeres cuentan.  
MARÍA. Pues yo soy doña María;  
que, por andar encubierta...  
JUAN. No prosigas relaciones;  
porque son personas necias,  
que, en noche de desposados,  
hasta las doce se quedan.  
Dame tu mano y tus brazos.  
MARTÍN. Leonor, a obscuras nos dejan;  
los padrinos son los novios.  
ANA. Justo será que lo sean  
el Conde y doña Ana.  
CONDE. Aquí  
puso fin a la comedia  
quien, si perdiera este pleito,  
apela a *Mil y quinientas*:  
mil y quinientas ha escrito;  
bien es que perdón merezca.



# ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

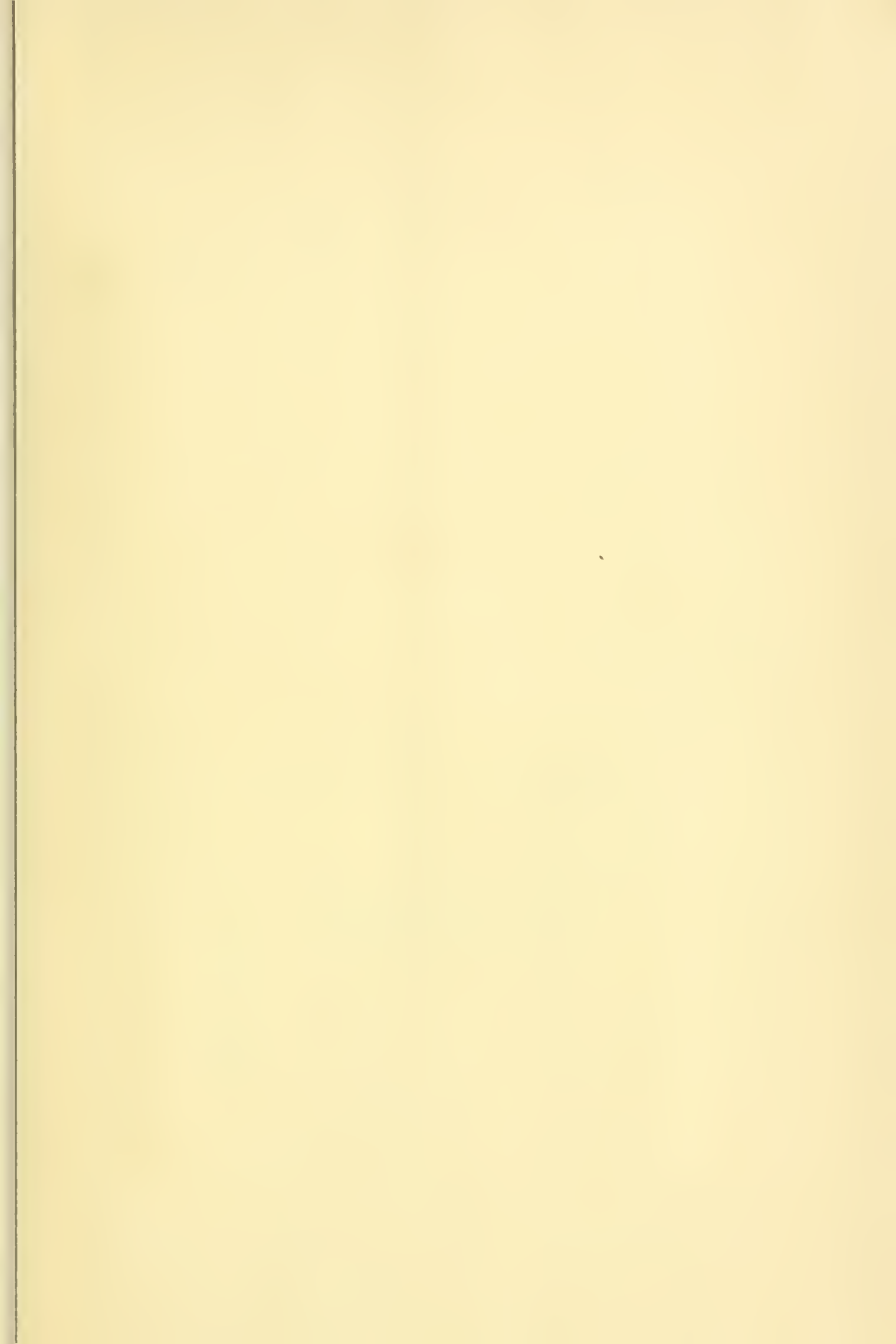
| PÁG. | COL. | LÍNEA      | DICE                                                                | LÉASE              |
|------|------|------------|---------------------------------------------------------------------|--------------------|
| 4    | I    | 17         | vienes!                                                             | viene!             |
| 22   | I    | 44         | Verso largo. Hartzenbusch suprimió el "yo".                         |                    |
| 24   | 2    | 4          | riamos;                                                             | ya más;            |
| 30   | 2    | 39         | lado amanecer                                                       | lado todo amanecer |
| 31   | I    | 40         | dará                                                                | dirá               |
| 37   | 2    | 8          | se recela;                                                          | te recela;         |
| 38   | I    | última.    | mis                                                                 | mil                |
| 39   | 2    | 13         | junta                                                               | juntan             |
| 63   | 2    | 14         | caballero?                                                          | caballero!         |
| 66   | I    | 16         | disimulado, bien                                                    | disimulado bien.   |
| 67   | I    | 32         | licencia;                                                           | licencia.          |
| 67   | I    | 33         | estarás                                                             | Estarás            |
| 71   | 2    | 24         | ¡Buen talle!                                                        | ¿Buen talle?       |
| 75   | 2    | 34         | cadalso.                                                            | cadahalso.         |
| 82   | 2    | 5          | vasallan                                                            | vasallos           |
| 91   | I    | 38         | El mar                                                              | La mar             |
| 137  | I    | 7          | comer                                                               | comen              |
| 140  | I    | 1          | más tiene                                                           | nos tiene          |
| 151  | 2    | 40         | oro. Alejandro                                                      | oro a Alejandro.   |
| 155  | I    | 30         | Abido.                                                              | Abidos.            |
| 156  | I    | 35         | "si",                                                               | "vi".              |
| 167  | I    | 9          | lo que pueda                                                        | lo pueda           |
| 185  | 2    | 14         | y que te adoro.                                                     | y que te doro.     |
| 192  | I    | 38         | que el sol                                                          | que al sol         |
| 194  | I    | 16         | pederla.                                                            | perderla.          |
| 201  | 2    | 41         | ha distancia.                                                       | hay distancia.     |
| 209  | 2    | 30         | faltar la                                                           | saltar la          |
| 211  | I    | 48         | que puede;                                                          | quien puede;       |
| 213  | I    | 18         | paños                                                               | pasos              |
| 218  | I    | 1          | saco                                                                | jaco               |
| 248  | 2    | 35         | ha                                                                  | a                  |
| 252  | I    | 27         | Este verso deberá leerse así:<br>que vas abriendo puerta a mi desco |                    |
| 252  | 2    | 28         | el amor y el                                                        | al amor el         |
| 310  | 2    | 47         | calma                                                               | cama               |
| 318  | 2    | 31         | en aceptar                                                          | en no aceptar      |
| 322  | 2    | 35         | conocer                                                             | conoce             |
| 335  | I    | 45         | gente                                                               | tiempo             |
| 354  | 2    | 25         | Muchos                                                              | Muchas             |
| 364  | I    | 26         | de aquel                                                            | del                |
| 368  | 2    | 0          | quietarés                                                           | quietarás          |
| 414  | 2    | 16         | año                                                                 | amor               |
| 417  | I    | 3          | muchos tiempos                                                      | mucho tiempo       |
| 428  | I    | penúltima  | Aragónes                                                            | Aragones           |
| 447  | I    | 5          | vos le                                                              | vos me             |
| 463  | I    | 8          | es de                                                               | es el              |
| 476  | 2    | 8          | garrobillas                                                         | Garrobillas        |
| 487  | I    | anteúltima | Isis                                                                | Ífis               |
| 511  | I    | 22         | alteran.                                                            | alteren.           |
| 512  | I    | 4          | no lo                                                               | no los             |
| 530  | 2    | 33         | CARLOS.                                                             | CAMILO.            |
| 530  | 2    | 36         | CAMILO.                                                             | CARLOS.            |
| 557  | 2    | 37         | no pequeño.                                                         | rio pequeño.       |
| 562  | I    | penúltima  | estado,                                                             | estrado,           |
| 588  | 2    | 23         | yerro                                                               | hierro             |



| PÁG. | CORR. | LÍNEA         | DEBE            | LEER                                                  |
|------|-------|---------------|-----------------|-------------------------------------------------------|
| 639  | 2     | 6             | elíptica        | elíptica                                              |
| 642  | 2     | 40            | LETRA           | LETRA                                                 |
| 652  | 2     | 13            | Para edad       | Para edad                                             |
| 655  | 1     | 37            | Mucha           | Mucha                                                 |
| 663  | 1     | 7             | imagino         | imagino                                               |
| 666  | 1     | 45            | ¿Quién          | ¿Quién                                                |
| 666  | 1     | 48            | 67              | 67                                                    |
| 667  | 2     | 37            | salí la ropa    | salí la ropa                                          |
| 667  | 2     | 38            | v. viendo       | v. viendo. Esta co-<br>rrección parece evi-<br>dente. |
| 668  | 1     | 21            | ganando         | el ganador                                            |
| 668  |       | 36            | v. que deria    | de deria                                              |
| 670  | 1     | 3             | pudiera         | pudieran                                              |
| 673  | 2     | antepenultima | trato           | trato                                                 |
| 674  | 1     | 25            | contenía que    | contenía ayer que                                     |
| 674  | 1     | 38            | vanos v. juegan | vanos, juegan                                         |









PQ  
6438  
A1  
1916  
t.1 3

Vega Carpio, Lope Félix de  
Obras. Nueva ed.

Erindale  
College



